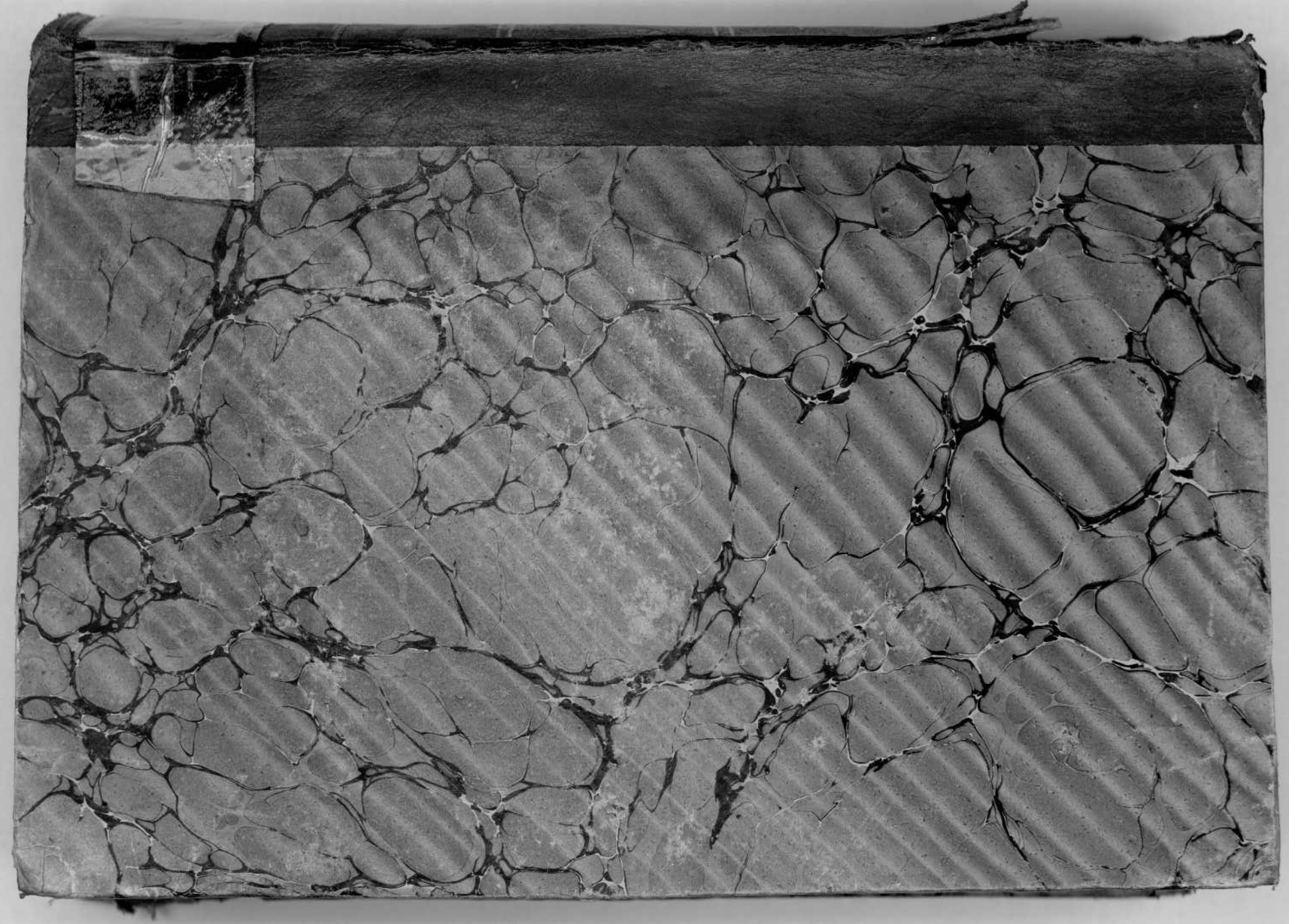

4000

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO VIGÉSIMONONO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO VIGESIMONONO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POEMAS ÉPICOS.

COLECCION DISPUESTA Y REVISADA, CON UN PRÓLOGO Y UN CATÁLOGO,

POR DON CAYETANO ROSELL.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
M. RIVADENEYRA. — EDITOR. — IMPRESOR.
SALON DEL PRADO, 8.

1854.

VALORES ESPAÑOLES

PRÓLOGO.

Con la misma brevedad, ó por mejor decir, con la misma priesa con que hemos reunido y dado á la estampa la coleccion que forma el presente tomo, darémos cuenta á nuestros lectores de algunas particularidades que puedan interesarles, ya respecto á las obras en él contenidas, ya acerca de sus autores, ya en cuanto á la formacion del volúmen mismo. En materia de *poemas épicos*, no faltará quien crea que una coleccion como la que publicamos ha mas de dos años en nuestra Biblioteca es ya suficiente dósis, sobre todo si se pone en tela de juicio la cuestion de *épicos*, de que tambien entonces nos hicimos cargo; pero recordamos que con motivo de aquella publicacion, un conocido crítico echó de menos cierto poema, que él preferia á otros muchos; y aunque para notar la falta era aun temprano, pues ignoraba lo que mas adelante hariamos, estimamos su buen consejo, siquiera porque con él podemos hoy escudarnos para proseguir y terminar, como lo hacemos, nuestro repertorio.

Ni este ha salido á medida de nuestro deseo, ni nos atrevemos á decir que aun aspirando á mayor empeño, hubiéramos conseguido realizarlo. El catálogo de poemas castellanos, que insertamos á continuacion, dará idea de lo que seria semejante empresa. ¿Quién no gastaria su vida en recorrer tan dilatado campo? Y cuando á costa de indecibles fatigas y de paciencia, hubiese uno llegado al término, ¿quién conservaria su razon sana para dar cuenta á los demás de peregrinacion verdaderamente tan heróica? Porque así como de la locura se dice que suele ser contagiosa, de los versos puede afirmarse que los buenos despiertan y alumbran el entendimiento de quien los oye; mas los malos, si son muchos, ofuscan y pervierten al mas despejado ingenio. De todas suertes, para clasificar y comparar entre sí las producciones de la épica castellana, y para deducir de su estudio lecciones provechosas, dada como primera la condicion de aptitud, de que creemos no estar dotados, seria menester mas tiempo del que suele concederse á esta especie de trabajos; que los que en España se llaman literarios, ó han de caminar con tanta lentitud, que rara vez llegan á colmo, ó con tal precipitacion, que son mas bien descrédito que alabanza para quien los emprende.

El tomo primero de *Poemas épicos*, xvii de nuestra Biblioteca, comprende los que todos los críticos y coleccionistas han reputado hasta ahora como modelos de nuestra lengua, en este género de poesía; en el presente hemos recorrido la escala por completo, partiendo desde el último tercio del siglo xvi hasta la restauracion literaria, tan dichosamente promovida á fines de la centuria pasada y principios de la que corremos; descendiendo desde el poema de grandes proporciones, hasta el que concentra su clásica estructura en un solo canto; desde el de asunto mas heróico, hasta el puramente descriptivo é imaginario; desde el que atesora la propiedad y galas de nuestra locucion en su mejor época, hasta el que se pierde en el laberinto artificial del pedantesco culteranismo. Hemos procurado además ofrecer muestras de otra clasificacion no menos interesante, la de géneros ó escuelas, dando á conocer, ya á los que siguieron de léjos á los épicos de

la antigüedad, ya á los imitadores del Taso, degeneracion de aquellos, ya á los mal aprovechados discípulos del Ariosto, y con ellos á todos los que profesaban el arte de la andante caballería, mas frenéticos é insustanciales que sus héroes mismos, ya á los parafraseadores de los sagrados textos, ya, en fin, á los flébiles y amanerados amantes del idilio. Y es de ver con qué cándido eclecticismo se esfuerzan los mas en representar todos estos caractéres, invadiendo de vez en cuando ajenas jurisdicciones, pues ninguno habia tan superior al espíritu de su tiempo, que pudiese sobreponerse á él y tiranizarle. La épica, literatura completamente exótica para nosotros, no podia contar con Lopes ni Cervántes entre sus cultivadores. Esto en cuanto al repertorio, absolutamente considerado; que por lo que hace á la eleccion de las obras, quizá habrémos procedido mas temerariamente, no atinando á dar gusto á nadie, pues de los aciertos en este particular, puede decirse lo que el autor de la *Austriada* decia de

«Los concetos;
Que faltan cuando sobran los sugetos.»

Empecemos pues hablando de la *Austriada*, ya que involuntariamente se nos ha ocurrido citarla, y ya que es el poema con que encabezamos esta segunda parte; con cuyo motivo, y recordando lo que indicamos en la primera sobre el órden en que aquellos van impresos, confesamos tambien no haber seguido el cronológico en la presente, y la razon es la dificultad que hemos hallado en procurarnos oportunamente algunas de las ediciones de aquellas obras.

Juan Rufo Gutierrez, natural y jurado de la ciudad de Córdoba, poeta muy aplaudido de sus contemporáneos, si hemos de contemplar sinceras las composiciones laudatorias que le dedicaron el altivo Góngora, el severo Lupercio de Argensola y el benévolo Cervántes (1), insertas entre los preliminares de la *Austriada*, fué cronista (2) del señor don Juan de Austria, y por lo tanto tes-

(1) Cervántes le alaba además en el escrutinio de la librería de don Quijote: «Aquí vienen tres todos juntos, dice el Barbero, la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla; la *Austriada*, de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y el *Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.—Todos esos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España.» Pero Cervántes no era hombre que escatimase á nadie los elogios.

(2) Enviado por la ciudad de Córdoba para dar el parabien al vencedor de los moriscos, segun parece, cuando este volvió á Madrid, despues de recorrer como capitan general de la mar los puertos del Mediterráneo, recibió del mismo Príncipe el cargo de cronista suyo, y le siguió á las jornadas de Levante, que juntamente con la guerra de Granada, forman el asunto de la primera parte de su poema. La segunda no llegó á escribirla, ya por la muerte de su Mecénas, ocurrida poco despues de haber regresado él á la corte, ya por los disgustos que al parecer le sobrevinieron. A esto sin duda alude en uno de sus apotegmas (*Las seiscientas apotegmas, de* Juan Rufo; Toledo, 1596, folio 94); pues refiere que soliendo un amigo reprenderle porque no componia la segunda parte de su *Austriada*, á tiempo que pasaban ambos por donde habia varios pajarillos enjaulados, y entre ellos uno de estos que suben la comida y bebida con el pico, como todos estuviesen cantando menos este, «veis aquí, dijo, un retrato del silencio de mi pluma:

Para el hombre que no es rico,
Cadena es el matrimonio,
Y tormento del demonio
Sustentarse por su pico.»

Rufo asistió en calidad de prócer á las Cortes celebradas en su patria el año 1570, y aun dícese que habló discreta y elocuentemente delante de Felipe II; mas no le sucedió lo mismo algun tiempo despues, que habiendo ido á besar la mano á su majestad (Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*) por la merced de quinientos ducados que le mandó dar en pago del trabajo empleado en la composicion de la *Austriada*, se vió tan suspenso y embarazado, que no acertó á proferir palabra. De estos quinientos ducados cuenta él mismo (*Apoteg.*, folio 99 vuelto) que fué gastando en el sustento de su casa hasta que no le quedaban sino cincuenta, los cuales se puso á jugar; y preguntado por qué hacia aquel exceso, respondió: «Para que las reliquias de mis soldados venzan ó mueran peleando antes que el largo cerco los acabe de consumir.»

Dejó Juan Rufo dos hijos, uno llamado Juan, y otro Luis. Este se hizo célebre en el arte de la pintura, pues habiendo ido muy jóven todavía á Roma, venció en público certámen al famoso Miguel Angel. Desde Barcelona, donde, segun parece, se hallaba Rufo comisionado por el Rey para proveer de vestuario á algunos tercios del ejército, dedicó al mismo Luis una carta en redondillas, que por la ternura que toda ella respira y por contener una minuciosa descripcion de los juegos y entretenimientos infantiles, merece reproducirse. Dice así:

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis daños.
. . . . . .
Dos veces al justo son
Las que Febo ha declinado
Hasta el Capricornio helado
Desde el ardiente Leon;
Despues que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Más por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.

tigo ocular de casi todo lo que refiere. Tal vez por esta misma razon no se atreveria á traspasar en su obra los límites de una *historia verdadera*, como la llama en la Dedicatoria á la Emperatriz; pero ¿á qué imponerse entonces las trabas de la versificacion, y entre todas las formas métricas, elegir una de las mas arduas? Ello no hay duda que debe ser su narracion sumamente exacta, cuando tan conforme la hallamos con la *Guerra de Granada*, de don Diego Hurtado de Mendoza, y con la que de la *Guerra* tambien *de Chipre y suceso de la batalla naval* dejó escrita el divino Herrera; pero ¿cómo conciliar el designio de componer una *verdadera historia* con el anhelo que á cada paso se descubre en el escritor de arrancar sus mas sonoros acentos á la trompa épica? Abusando seguramente de la confesion de nuestro autor, y prescindiendo de la afectacion que pueda haber en su modestia, dice el señor Munárriz en su traduccion del *Blair* que Rufo «pronunció sin pensarlo el juicio que debe formarse de su obra, cuando aseguró en el prólogo que es

Espérame, que ya voy
Do te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
Adonde quiera que estoy.
Mas al fin destas jornadas
Espero sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que serémos camaradas.
Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mia,
Y hacerte he compañia
Como si fueras anciano;
Y si algun camino luengo
Te cansa ó causa embarazos,
Llevarte he sobre mis brazos,
Como en el alma te tengo.
Darte he besos verdaderos,
Y trasformándome en ti,
Parecerán bien en mi
Los ejercicios primeros.
Trompos, cañas, morterillos,
Saltar, brincar y correr
Y jugar al esconder;
Cazar avispas y grillos,
Andar á la coscogita
Con diferencias de trotes
Y tirar lisos virotes
Con arco y cuerda de guita.
Chifle en hueso de albarcoque,
Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque.
Hacer de una haba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarcillos,
Joyas en que no se pierde.
Zampoñas del alcacil,
Y de cogollos de cañas
Reclamos, que á las arañas
Sacan á muerte cruel;
Y romper una amapola
Hoja por hoja en la frente,
Y escuchar á quien nos cuente
Las consejas de Bartola.
Llamarémos, si tú quieres,
Por excusarnos de nombres,
Tios á todos los hombres
Y tias á las mujeres.
Columpio en que nos mezcamos,
Colchones en que trepemos,
Nueces para que juguemos
Y algunas que nos comamos.
Cuarto lucio en el zapato,
Mendrugos en faltriquera,
Con otra cosa cualquiera
Que sacar de rato en rato.
Tener en un agujero
Alfileres y rodajas,
Y acechar por las sonajas
Cuándo pasa el melcochero.
Y porque mejor me admitas
De tus gustos á la parte,
Cien melcochas pienso darte
Y avellanas infinitas.
Mazapanes y turron,
Dátiles y confitura,
Y entre alcorzada blancura
El rosado canelon.
Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas
Te enseñaré la verdad.

Por su agudo ingenio y afable trato fué Rufo muy estimado y distinguido de los principales personajes de su tiempo; pero resuelto á volver á su patria despues de diez años que faltaba de ella, salió de la corte *pobre y desfavorecido*, como él mismo dice, y al pasar por Toledo se detuvo ocho meses en aquella ciudad al arrimo del dean de su iglesia, don Pedro de Carvajal, á quien en agradecimiento dirigió el último soneto que se halla en sus poesias impresas, al fin de las *Apotegmas*. En la dedicatoria de esta obra se queja tambien al Príncipe del poco favor que habia tenido, diciendo que espera de él, no las mercedes sin tasa que muchos, sino la que baste para emplear la vida en loables estudios, ya que por falta de arrimo ha perdido parte de lo mejor de su edad. Llegado á Córdoba, echó de menos á tantos amigos, que prorumpió en aquel dicho consignado despues en su citada obra: «No hay batalla sangrienta que tanto: portille el escuadron de los amigos como diez años de tiempo (*)».

De la *Austriada* se hicieron tres ediciones en tres años seguidos: la primera en Madrid, en 1584; la segunda en Toledo, el año siguiente, y la última en Alcalá, en 1586. De la primera se tiraron cinco mil ejemplares, por confesion del autor mismo, que refiriendo cómo se le quejaba un caballero, buen soldado, de que no hubiese hecho mencion de él en la *Austriada*, le preguntó si la habia leido; y contestándole el caballero que no habia topado con ningun tomo de ella, replicó Rufo: «Pues si de *cinco mil* cuerpos que se han impreso no habeis topado con uno, ¿qué mucho que yo no haya topado con vos, que sois uno solo?» (*Apoteg.*, folio 128).

Habiéndole dicho un poeta amigo suyo que queria hacerle un epitafio para cuando muriera, contestó que se lo haria él mismo, é improvisó este:

Aquí yace un pecador
Que al morir, nacer quisiera,
No por vivir como quiera,
Mas para vivir mejor.

(*) Debemos la mayor parte de estas noticias referentes á Juan Rufo á nuestro buen amigo el distinguido literato y erudito ilustrador de *Quevedo*, don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y á un artículo biográfico del mismo Rufo, que publicó en el *Semanario Pintoresco Español* el señor don Luis María Ramirez y de las Casas-Deza, curioso investigador de las antigüedades de Córdoba.

una curiosidad escrita en verso, de materias difusas, en que intervinieron diversas maneras de personas, lugares y sucesos». Diez años sabemos que empleó Rufo en la composicion de su poema (si no es que quisiese competir hasta en esto con Virgilio); y ¡consume un hombre diez años de su vida en una empresa de mera curiosidad!

Adolece, en verdad, la *Austriada* de los defectos comunes á todos nuestros poemas: de falta de interés en el conjunto por la multiplicidad de sus incidentes; de desigualdad en sus tonos; de languidez con frecuencia en sus narraciones, por el empeño de referir hasta los pormenores mas insignificantes, ó por ignorar el arte de referirlos sobriamente y con un rasgo brillante que los realce y vivifique; pero á pesar de todas estas imperfecciones y otras muchas en que pueda repararse, el libro es un monumento literario, que supone en su autor grandes dotes de poeta. ¡Qué de trozos pudiéramos elegir llenos de noble sencillez, de locuciones vigorosas, de octavas fáciles y precisas, de combates bien descritos, de caractéres diestramente bosquejados!

Véase cuán bien resume en una octava las primeras empresas del marqués de Mondéjar.

Pasa el Marqués á Lanjaron, y en ella
Rompe la furia al bárbaro enemigo;
Ya en Órgiva le vence y atropella,
Ya en Pítris hace en él igual castigo;
Entre Vélez con otro estrago y mella
Le hace de su mal parte y testigo;
En Andarax le ofende y le maltrata;
En Paterna le vence y desbarata. (Pág. 21, oct. 3.ª)

Y con qué alusiones históricas tan oportunas prepara la narracion de las atrocidades de los moriscos (octavas 7.ª y 8.ª).

Ejemplo se vió nuevo y espantoso,
De toda crueldad aborrecible,
Por quien del pueblo al mundo mas famoso
El sexto emperador no es ya terrible;
Ni es de maravillar que el sanguinoso
Tirano de Sicilia irremisible
Holgase al son del lamentable lloro
Que Perilo entonó dentro del toro.
De hoy mas, fama parlera, callar puedes
Las muertes que vió el campo marciano,
Los caballos atroces que Diomédes
Sepulcros hizo del linaje humano;
Olvida ya las aras y paredes
De Busíris y Anteo el africano,
Y la ferina gula del que ciego
Quedó por mano del astuto griego.

Don Juan de Austria está perfectamente representado en esta octava (pág. 26, 7.ª)

Así lo quiso, y fué tambien servido
De dar á don Juan de Austria (que tal era
Del príncipe fatal el apellido),
Los mayores aplausos de la esfera:
Gallarda agilidad, claro sentido,
Hermosa proporcion, beldad severa,
Ser á todos amable y apacible,
Humilde en paz, en armas invencible.

Y con no menos energía, parecida á la de nuestros célebres dramáticos, se pinta á sí propio Luis Paez de Castillejo, ofreciéndose á pelear por su rey y por su patria (pag. 34, 11.ª)

Yo, mis hijos, mis deudos y criados
Las armas tomarémos sin fatiga,
Y á servir nuestro rey como soldados
Irémos, por la fe que nos obliga,
Sin ser desta ciudad remunerados
Ni que yo lleve oficio en esta liga.
Para aquesto nacimos caballeros;
Para aquesto es la sangre y los dineros.

La muerte de Alonso Flores en el canto VI, la de *Céspedes el Fuerte, despreciador altivo de la muerte* en el X, y en este mismo, el combate singular de don Diego de Leiva con el turco Ismenio, manifiestan las felices disposiciones de Rufo para la parte episódica, que sabia amenizar sin necesidad de recurrir á vanas declamaciones ni pensamientos peregrinos. Pero este es cabalmente uno de los lados por donde flaquea, pues cuando la ocasion lo requiere, aparece pobre de ornato, escaso de imágenes poéticas, falto de digresiones que interrumpan y animen la narracion; y así se hace cansada una lectura, en que no se halla mas variedad que la que naturalmente dan de sí los acontecimientos. Rufo sabe trazar una figura, mas no bosquejar un cuadro ni revelar los secretos de la composicion y del colorido; sabe decir de don Fernando de Valor que iba

El título de rey tiranizando;

pero no siempre acierta á dar á la diccion el temple acerado de las armas que maneja y viste;

sabe en el canto VIII imitar la tempestad de la *Eneida*, y poner en boca del Comendador mayor estas palabras

¡Oh venturoso aquel, cuyo tormento
Fenece entre estas ondas fortunales, etc. (Pág. 41, oct. 20.)

que recuerda el *terque quaterque beati, queis ante ora patrum...* de Virgilio; mas no llega nunca á crear un gran pensamiento, una grande escena, un conjunto armónico, siquiera parezca pequeño y aislado con relacion al todo. Este en breves palabras es el juicio que la *Austriada* nos merece; pero al cabo es una obra recomendable, útil para el estudio como documento histórico, mas extraña á la invencion que á la exactitud; como epopeya, insignificante; como poema, digno de estimacion, y como monumento de estilo y lengua, merecedora de figurar en nuestra BIBLIOTECA de autores clásicos (1).

Pasemos á emitir tambien llanamente nuestra opinion sobre la *Vida y muerte del patriarca San Josef*, escrita por el maestro JOSÉ DE VALDIVIELSO (2). Seria muy injusta suposicion considerar esta obra como una epopeya, cuando su autor no la calificó de tal, y cuando al declarar él mismo en el prólogo la ocasion que le alentó á escribirla, la desconfianza con que la habia emprendido y las críticas prematuras que se habian hecho de ella, parece que previene las objeciones que en este sentido pudieran dirigírsele. El *San Josef* es una de tantas vidas de santos como entonces se escribian, y con que se alimentaba la devocion, digámoslo así, literaria de nuestros abuelos. Si la forma es ambiciosa y la versificacion rigurosamente épica, es porque al cabo se trataba de un asunto sagrado y sublime, y no se conocia, como tampoco hoy se conoce, otro molde mas ajustado á que acomodarlo. Son indudablemente los asuntos divinos, mas quizá que ningun otro, propios de la epopeya; pero los recursos á que debe apelarse difieren mucho de los que se emplean en los argumentos profanos, la ornamentacion es muy distinta, lo maravilloso del artificio necesariamente tiene que ser tambien de diversa índole; y VALDIVIELSO no se entregó de seguro, y así lo confiesa ingenuamente, á los profundos estudios que requiere tan atrevido intento. Escribió un libro en verso y le exornó como pudo, ó como lo creyó mas conveniente. Resta averiguar si en el modo de realizarlo procedió ó no con acierto.

Expuso desde su nacimiento hasta su feliz tránsito la vida del glorioso Patriarca, y aun le representó despues descendiendo al limbo para consolar con esperanzas de próxima libertad a las almas de los santos padres que gemian en aquel encierro. Ensalzó su ilustre orígen, le alabó como esposo predestinado de María, le pintó íntegro amante de la mas pura de las mujeres, digno tutor del Hombre-Dios, dechado de humildad y de paciencia, modelo de sabiduría, cifra y colmo de todos los merecimientos y virtudes. Pero empañó un alma tan angelical con el aliento de pasiones demasiado humanas; profanó el santuario de aquel templo con el oropel de mundanas pompas, y no supo vestir la hermosa imágen de la religion cristiana sino con el grosero atavío de los ídolos del gentilismo.

¿Puede darse mas ridícula extravagancia que aquella alegoría de la casa de la Fama, con que llena una buena parte del segundo canto (3), ni impertinencia mas insensata que las discusiones

(1) Algo mas severo y preciso es el juicio que hace de la *Austriada* el señor don Manuel José Quintana; pero en descargo de nuestra conciencia, debemos decir que el profundo crítico considera á RUFO como poeta épico, y nosotros le recomendamos como hablista. El señor Quintana se expresa así: « No tan infeliz en *versificacion* y *lenguaje* es la *Austriada*, cuyo autor, algo mas instruido y mas culto, pudo dar á sus versos y octavas mejor estructura (que Zapata á su *Cárlo famoso*, y Semper á su *Carolea*), y tal cual regularidad y sentido á su diccion. Mas no hay que buscar en él ni invencion en las cosas ni interés y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresion, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento sin artificio ni invencion poética ninguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada, hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su objeto, al parecer, no es mas que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa, y sin comparacion mejor que él... El pobre JUAN RUFO estaba muy ajeno de lo que su argumento encerraba, ni, aunque lo comprendiese, tenia medios de desempeñarlo.»

(2) En vano hemos buscado una biografía de este poeta; si existe alguna, no ha llegado á nuestras manos. Contentémonos con saber que floreció á principios del siglo XVII; que escribió tambien las alabanzas de la Virgen de *El Sagrario de Toledo*, como puede verse en el Catálogo; y que fué natural de esta ciudad y capellan muzárabe de su iglesia catedral.

(3) Comparémosla con la de Valbuena en su *Bernardo*, y advertirémos la inferioridad de aquella respecto á esta. Lo que se piensa mal se expresa del mismo modo, y este trivial axioma es tan evidente en el presente caso, que ni aun la diccion de VALDIVIELSO puede compararse con la de su predecesor. De la interminable tirada de octavas de que consta aquel pasaje la mejor es la siguiente:

Aquí la general fama es señora,
Horrendo monstruo, voladora fiera,

que entabla á lo mejor sobre puntos esencialmente dogmáticos, usando de toda la maquinaria silogística del escolasticismo? Los celos y congojas de san Josef degeneran en demencia; los ángeles, mensajeros del Altísimo, y cuantos personajes razonan en el poema parecen retóricos ó misioneros; rara es la descripcion que no esté monstruosamente recargada con pormenores ociosos é inoportunos; las personificaciones, metáforas y alegorías son casi siempre mitológicas, y sobre mitológicas, vulgares y amaneradas. ¿Merece pues el *San Josef* el nombre de buen poema? A excepcion de algun canto, como el del nacimiento de Jesus, de algun cuadro graciosamente concluido, como el de los desposorios, y de algunos toques vigorosos y oportunos, nada hay en él que revele un plan bien concertado, ni una pluma ejercitada en composiciones de cierto empeño. Todo parece allí fortuito y como improvisado. El canto de los pastores, que á veces deja entrever felices disposiciones para el género bucólico, se cae á lo mejor de las manos por el tono de chunga que toma el poeta, pintándolos comilones y beodos.

Cuál que en saberlas sazonar se extrema (las migas),
Llega con la cuchar, y vuelve luego
A gustarlas, y viendo que se quema,
Hacen dél los demás donaire y juego;

Él de las migas y el placer blasfema,
De la cuchar, de la sazon y el fuego:
La lengua por la boca mueve aprisa;
Hacen dél los demás donaire y risa (1).

Velazquez sabia pintar bufones y beodos, pero ciertamente no los colocó en su cuadro de la Adoracion de los pastores.

Hemos citado los defectos de mas bulto: seamos justos enumerando algunas de las principales perfecciones. En primer lugar, pocos poetas tenemos que hayan manejado con mas prodigalidad y riqueza de fantasía toda especie de amplificaciones. El que quiera aprender á contemplar un asunto ú objeto bajo todas sus fases y maneras, que lea y estudie á VALDIVIELSO, pues no dejándose uno contagiar de su falta de gusto y buen criterio, podrá sacar gran provecho de su erudicion y fecunda vena. Su estilo es por lo comun ameno y vario, su diccion fácil, aunque peque á menudo de incorrecta, su versificacion flúida, si bien monótona y poco rítmica, grande su riqueza de imágenes, y sus metáforas naturales, pero frecuentemente expresadas con voces abyectas ó conceptuosas. De todo ello veremos ejemplos en algunas octavas.

La aurora del dia de los desposorios (canto v).

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abriles, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.
. . . . . .

Quisiera ver los desposorios bellos,
En que al yugo de amor virtuoso y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor estima y tiene en tanto.
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y *ella no le trata*,
Su partida importante no dilata.
. . . . . .

Tanto de la mentira afirmadora
Cuanto de las verdades mensajera;
Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,
Hace cual rayo su veloz carrera,
Mirando, oyendo, hablando cuanto mira,
Mezclando la verdad con la mentira.

El sétimo verso es un enigma, y el octavo un ripio.

(1) Completemos, sin ocupar tanto espacio, esta descripcion muy bella en otro lugar, pero muy inoportuna en este:

La trápala y la grita anda derrota,
Comen cual si comieran á destajo;
Anda la rueda la liberal bota
Tras el chismoso mal nacido ajo;
Por segundar ninguno se alborota;
Tras la pimienta suelta del tasajo
Suenan las voces y la grita suena:
Ya es fuego el hielo y es placer la pena.
Cuál con el cucharon grosero ahonda
Para sacar las migas mas calientes;
Cuál, puesto al cinto de la recia honda,
Deja colar el vino entre los dientes;
Cuál el caldero trae á la redonda,
Siguiéndole los otros diligentes;
Cuál con la mano, de las migas llena,
Unta al que las cogió barba y melena.
Salen corriendo de la alegre choza
Unos tras otros por el blanco suelo,
Y como gente placentera y moza,
Gozosos velan al rigor del hielo;
Cuando el nuncio Gabriel se desemboza
De entre la nube de color de cielo:
Cércalos una luz hermosa y clara;
Deslúmbralos la lumbre de su cara.
Cuál con las migas por el suelo rueda,
Cuál ciego cae á la beldad que admira,
Cuál boca abajo, cuál de espaldas queda;
Y cuál apenas de temor respira;
Cuál por huir entre el *gaban* se enreda,
Cuál, hecho matachin, al sesgo mira,
Cuál con el cucharon se queda tieso,
Cuál deja el rostro entre la escarcha impreso.

En esto de los cielos *se descuelgan*
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cuelgan
Con cifras del amor blancos pendones;
Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor puro y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

La Esposa llega á las puertas del templo,

Presos en red de perlas los cabellos,
Mezclado el alheli, jazmin y rosa,
Y el oro rico que se mira en ellos,
Enriqueciendo su color preciosa,
Las luces *graves* de los ojos bellos,
Haciendo su belleza mas hermosa,
Hechos divino albergue y casto nido
Del celestial castísimo Cupido.

Y de los dos esposos,

Cada cual dellos en su pecho escribe
La deuda de su amor mientras viviere,
Cada cual dellos con dos almas vive,
Y cada cual sin alma alegre muere;
Josef, que de su Esposa la recibe,
Corresponderla con la suya quiere;
Ella, cual cortesana agradecida,
Por pagarle en su Dios le da alma y vida.

El canto VII comienza desplegando la pompa y lozania de la primavera.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas *cubriéndose la cara*,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.
. . . . . .
Con furia ingrata y sin piedad desquila
La rica oveja mano codiciosa,
Y la ubre gruesa con amor distila
Para su recental la leche hermosa;
La fértil tierra con primor perfila
El prado verde de clavel y rosa,
Descubriendo á los cielos el tesoro
Que riega el alba con sus perlas de oro.
. . . . . .
Crece la sangre y su virtud remoza;
El viejo se renueva en su edad fria;
El jóven tierno con prudencia moza
Sigue del niño ciego la porfía;
El que en la casa se regala y goza
Sale de verde con el pardo dia;
Las martas deja el rico y los armiños,
Los viejos el hogar, el sol los niños.

Entre la multitud de afectos con que en el canto XV saluda san Josef al Dios recien nacido, hay trozos de verdadera ternura y entusiasmo, felicísimas imitaciones de los libros sagrados:

Todo, Señor, tus alabanzas diga,
Todo te magnifique y engrandezca,
Todo te ensalce, todo te bendiga,
Y todo el bien de todos te agradezca;
La tierra al cielo en tu alabanza siga,
El cielo por la tierra te la ofrezca;
Todos te alaben por diversos modos,
Pues engrandece tu niñez á todos.
. . . . . .
¿Sois vos el que asomado á las murallas
Labradas de los astros mas serenos,
Os jactais de ser Dios de las batallas,
Rayos flechando y disparando truenos?
Sois el gigante de las fuertes mallas,
Que de temor los hombres tiene llenos?
Sois el leon que el mundo se comia,
Y el Dios que de venganza se decia?

En conclusion, de vez en cuando se eleva á la altura de los grandes épicos. Pintando á la Envidia en el canto XVIII, dice:

Son las monstruosas desgreñadas hebras
Del mal peinado horrífico cabello,
Víboras ponzoñosas y culebras
Que ondean encima del arado cuello;
La frente llena de arrugadas quiebras
Produce un largo verdinegro vello,
Que hace sombra á los ojos denegridos
En dos cavernas húmidas hundidos.

Asalta el monstruo en su lecho al rey tirano:

Llegó la Envidia, y de sus tristes hebras
Un manojo arrancó, y emponzoñada
Al pecho le arrojó vivas culebras
Cebadas en su sangre requemada;
En él hicieron ponzoñosas quiebras
Para roerle el alma atribulada:
Esparció podre entre las hebras de oro;
Sembró dolor, veneno, rabia y lloro.

Hemos dicho antes que los asuntos divinos son quizá los mas propios de la epopeya, y corrobora este aserto la intervencion que Homero y Virgilio daban en sus cantos á las deidades. El

cristianismo no tiene que abandonar la tierra para buscar lo maravilloso: Jesucristo, al nacer entre nosotros y revestirse de la naturaleza humana, realizó lo que en los clásicos antiguos era solo una invencion, un artificio ó *máquina*, como ellos la llamaban; y de esta ventaja se aprovecharon Milton en su *Paraíso perdido*, Klopstock en su *Mesiada*, Hojeda en su *Cristiada*, y otro autor menos conocido (1) en un asunto filosófico y atrevido como ninguno, á saber, la *Redencion del infierno*, sublime complemento de la del hombre. Y si todas las obras del supremo Hacedor son otros tantos portentos dignos de las alabanzas de los poetas, ¿cuál mas interesante que la *Creacion del mundo*, cuál mas grandiosa que la primera aurora de este universo, en que del seno de la nada nacen la vida, el movimiento, la armonía, la luz y el esplendor de la naturaleza?

Espectáculo tan magnífico, de que se sintieron inspirados hasta los gentiles, no podia menos de exaltar á los poetas cristianos, admirados de la magnífica cuanto sencilla narracion del *Génesis*. Ya en el siglo IV floreció Draconcio, á quien se atribuia el *Hexaemeron* ó *Divina semana*, que no es sino el poema *de Deo*, impreso á fines del siglo pasado por don Faustino Arévalo, el cual únicamente trata de la *Creacion del mundo* como por via de introduccion a aquel estimable libro. Pero en 1615 apareció en Roma un poema castellano del doctor ALONSO DE ACEVEDO, gallardamente impreso por Juan Pablo Profilio, poema que en España pasó, al parecer, desapercibido, y de que en la actualidad solo tenia noticia algun curioso investigador de nuestras rarezas ó algun docto apasionado de nuestra antigua literatura. Afortunadamente logramos haberle a las manos, y despues de leido, no supimos de qué admirarnos mas, si de la excelencia de una obra que puede figurar muy bien al lado de nuestras primeras producciones, ó de la vergonzosa oscuridad en que yacia. Su autor (2), bien por hallarse ausente de nuestro suelo y residir, segun parece, de tiempo atrás, en la ciudad reina de las artes y del buen gusto, no se muestra inficionado con los vicios que tan comunes eran en los escritos de aquella época. Es grandilocuente sin hinchazon, clásico sin amaneramiento, severo sin rigidez, hombre de vasta instruccion sin afan por aparentarla; su lenguaje es siempre noble, escogido y propio; su estilo acomodado á la grandeza de sus pensamientos; la versificacion robusta y numerosa, pues aunque disuelve con frecuencia los diptongos, y acentúa con alguna incorreccion, no altera la gallardía de la frase, ni perjudica jamás al brio de los conceptos. En pocos escritores se hallará eleccion de epítetos mas acertada ni acepciones de verbos mas significativas, dos propiedades que á primera vista indican al gran poeta, al que lo es por la naturaleza y por el estudio (3).

Su obra, sin embargo, no era completamente original. En el último tercio del siglo XVI floreció en Francia un poeta, M. Guillaume de Saluste, titulado señor de Bartas, á quien, si no miente la fama, apellidaron sus contemporáneos príncipe de la poesía francesa. Escribió este en verso la *Sepmaine ou Creation du monde* (4), con tan universal aplauso, que se hicieron de ella treinta

(1) A. SOUMET, *La Divine Epopée;* Paris, 1840, 2 volúmenes en 8.º

(2) ¿Quién era el doctor ALONSO DE ACEVEDO? ¿Cuáles sus obras? ¿Por qué causa se hallaba ausente de su patria? Nada sabemos de él. Por una expresion que suelta en una octava, que copiarémos despues, averiguamos que era natural de la Vera de Plasencia. Cervántes le cita en su *Viaje del Parnaso*, y de un modo que excita mucho la curiosidad:

Y desde léjos me quitó el sombrero
El famoso ACEVEDO, y dijo: *A Dio,*
Voi siate il ben venuto, cavaliero;
So parlar zenoese, e tusco anch'io.
Y respondí: *La vostra signoria*
Sia la ben trovata, padron mio.

¡Qué abandono el de nuestra nacion! Y ¡qué síntoma tan poco favorable á su porvenir es esta indiferencia con que miramos el estudio de nuestra historia y la celebridad de nuestros grandes hombres! Si ACEVEDO hubiese sido extranjero ¿quién no le conoceria? Un escritor moderno ha dicho que si los franceses se ilustran con alguna hazaña, únicamente lo hacen por el gusto de referirla; pero el pueblo que olvida las de sus antepasados es porque ni sabe apreciarlas, ni tiene resolucion para acometerlas.

(3) En elogio de la *Aminta*, de Jáuregui, escribió en Roma este bellísimo soneto:

Nació junto al Eridano abundoso
Aminta en su ribera esclarecida,
Noble zagal, cuya niñez florida
Sintió de amor el arco riguroso.
Este con Tirsis, un pastor famoso,
Pasaba en amistad su triste vida,
Y en voz se lamentaba repetida
Con su toscano plectro numeroso.
Mas vino de la Bética ribera
Un jóven de gallardo ingenio y brio;
Y Aminta por el docto sevillano
Dejó su patria y amistad primera,
Y ya en el Bétis en estilo hispano
Canta, olvidado de su lengua y rio.

Don Luis José Velazquez, en sus *Orígenes de la poesía castellana*, compara el poema de ACEVEDO, el *Bernardo* de Valbuena y la *Cristiada* de Hojeda, en cuanto á la falta de carácter épico y de estilo, con la *Gigantomachia* de Gallegos, la *Mejicana* de Lasso de la Vega, la *Saguntina* de fray Lorenzo Zamora y otros de semejante traza. La obra de ACEVEDO nada tiene de extraño que la juzgara Velazquez sin conocerla; ¡pero decir que el *Bernardo* no tiene de poema épico ni aun el estilo!

(4) La edicion que hemos tenido presente es de 1578, *pour la veufve de Jean Durant*, sin año. Juan Dessi hizo una traduccion castellana, que citamos en el catálogo.

ediciones seguidas, y se tradujo al latin y á todas las principales lenguas de Europa. Dícese que era uno de los poemas que mas admiraba Goethe; y en efecto, si se atiende á su invencion, tal vez será el primero de su época; como libro de erudicion, puede tenerse por una verdadera enciclopedia, mas como obra de estilo y formas, es cosa ridícula é infelicísima de todo punto. Por donde quiera que se abra se tropieza con metáforas extravagantes, con argumentaciones indigestas, antítesis, repeticiones, juegos de palabras, fárrago de lo mas incongruente que puede darse. Así comienza el poema:

Toy, qui guides le cours du ciel porteflambeaux,
Qui vray Neptune, tiens le moite frein des eaux,
Qui fais trembler la terre, et de qui la parole
Serre et lasche la bride aux postillons d'Aeole...

Para decir que Dios no habia aun separado los elementos, se expresa de esta suerte:

Car l'Archer du tonnerre,
Grand mareschal de camp, n'avoit encor donné
Quartier à chacun d'eux.

Si bien mas adelante emite este pensamiento tan poético:

Des oyseaux les souspirs
N'estoyent encor portez sur l'aile des zephyrs.

En suma, se ve que el buen Saluste era todo un Gracian, si se quiere con mas talento y fantasía, pero con la misma propension á la verbosidad, porque quien llama á Dios *Mariscal de campo*, no está léjos de creer que las estrellas son *gallinas de los campos celestiales*.

Pues bien, guiado Acevedo por su instinto poético, por su saber y su buen gusto, se propuso refundir el poema de Saluste, aprovechando lo que á todas luces era excelente ó bello, mejorando lo que con alguna alteracion podia perfeccionarse, añadiendo lo que creyó oportuno, y suprimiendo toda aquella hojarasca que deslucia la obra; con lo cual consiguió regularizarla, reducirla á proporciones convenientes y crear realmente otra nueva, que bien merece el título y los honores de original. La índole de aquella composicion, esencialmente descriptiva, hacia preciso introducir algunos episodios que le diesen variedad é interrumpiesen la monotonía de una narracion constante, y con este objeto terminó el canto primero con la rebelion de Luzbel y el triunfo de los ángeles, y el segundo con una breve conmemoracion del combate de Lepanto. Mas para que se comprenda hasta qué punto redondeó nuestro autor la escabrosa produccion de su modelo, y si era verdadero poeta quien aquella empresa acometia, baste decir que mientras el señor de Bartas finalizaba su dia sétimo con una prolija disertacion moral, Acevedo coronó dignísimamente su obra con una breve pintura del juicio final, comprendiendo en su elevada penetracion que una obra cuyo asunto era la creacion del mundo, debia rematar con el tremendo vaticinio de su ruina y postrer anonadamiento.

Quisiéramos confrontar algunos pasajes que el poeta castellano tomó del original para que se viera de qué manera imitaba ó traducia; mas no nos es dado detenernos tanto. La embrollada y cacofónica pintura del caos en que Acevedo padeció un descuido, pues no vuelve á dejarse arrastrar de tan funesto ejemplo, está copiada exactamente de M. Saluste; no es menester advertirlo.

Pero sobre esta estrofa del poema francés:

Avant qu'Eure soufflast, que l'onde eust des poissons,
Des cornes le croissant, la terre des moissons,
Dieu, le Dieu souverain n'estoit sans exercice:
Sa gloire il admiroit: sa puissance, justice,
Providence et bonté estoient à tous momens
Le sacré sainct objet de ses hauts pensemens.
Et si tu veux encor, de ceste grande boule
Peut estre il contemploit l'archetype et le moule.
Il n'estoit solitaire, avecques lui vivoyent
Son Fils et son Esprit, qui par tout le suyvoyent,

Acevedo, teniendo presente la índole de nuestra lengua, construye esta rotunda octava:

Antes que distinguiese el sol los dias,
Y al aire en torno el fuego rodease,
Y el Oceano con las ondas frias
De la tierra las faldas inundase;
Y antes que el tiempo por oblicuas vias
La carrera callada apresurase,
No estaba solo Dios, que en sí asistia
Gozándose en su trina compañía.

El laborioso símil de Saluste que dice :

En formant l'univers fit donc ainsi que l'ourse,
Qui dans l'obscure grotte au bout de trente jours
Une masse difforme enfante au lieu d'un ours :
Et puis en la lechant, ores elle façonne
Ses deschirantes mains, or' sa teste felonne,
Or ses piedz, or' son col : et d'un monceau si laid
Son industrie anime un animal parfaict,

Lo traduce así :

Mas como la osa ruda, que lamiendo
Del parto informe la cerdosa pasta,
Con la lengua formando va y puliendo
El cuerpo feo de su torpe casta,
Y con astucia natural va haciendo
De un peso tosco, de una carga vasta,
De un monton grueso, su animal perfecto,
Del natural instinto raro efecto...

Sospechamos, sin embargo, que Acevedo no tuvo presente el original francés, sino la version literal que hizo en italiano el signor Ferrante Guisone (Venetia, 1595); y nos induce á esta sospecha el bellísimo apóstrofe (pág. 248, octava 16) con que saluda á la luz, *Dios te salve, alma luz*, etc., que nos parece mas conforme á la traduccion citada, *Dio ti salvi, ó celeste et vivo lume*, que al *Clair brandon, Dieu te gard, Dieu te gard, torche saincte*, del original.

En todo lo que Acevedo pone de su propio ingenio es oportuno y grande, y muestra un sabor en extremo clásico que cede al torrente de su inspiracion. ¡Qué imitacion tan feliz del salmo *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annunciat firmamentum*, es aquella octava (novena de la pág. 247), que concluye diciendo :

. . . . . .
Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos!

Y ¡qué bien amplificada se ve esta idea en las dos octavas siguientes!

Si como muestra de estilo grandilocuente y numeroso, nos propusiésemos citar octavas ó trozos enteros de su obra, tendriamos que reproducir aquí la mayor parte de sus cantos. La rebelion de los ángeles es un cuadro digno de Milton :

De coro en coro por la ardiente esfera
Un confuso murmurio se levanta;
No hay sosiego ni paz, todo se altera;
Cada uno á tomar armas se adelanta;
Tal furor muestra la tempestad fiera
Con que á la tierra el mar turba y espanta,
Cuando se sueltan del eóleo claustro
Del un lado Aquilon, del otro el Austro.

En el dia tercero describe la situacion y curso de los diferentes mares, las corrientes de los rios, las especies de árboles, flores y frutos, y unas veces majestuoso é imponente, otras tranquilo y risueño, ó finalmente rápido é impetuoso, nos lleva siempre tras la magia de sus acentos:

Como del ancho Nilo la profunda
Corriente en varios cuerpos se reparte,
Cuando los campos fértiles inunda,
Que aquí se junta y acullá se parte,
Allí corre derecho, allá asegunda
El natural triángulo á otra parte,
Y revolviendo por los valles, juega
Fertilizando la agostada vega.
. . . . . .
O cuando el fiero grito, con que atruena
Las playas, en sonido alegre muda,
Y de la frente plácida y serena
Con manso movimiento espuma suda;
O cuando retozando en el arena,
Las márgenes parece que saluda:
¡Qué apacible rüido, qué suave
Saltar atrás, al son y compas grave!

¿Quiere pintar la trasformacion de la naturaleza, revistiéndose de pronto de céspedes y de flores? Pues hé aquí el ingenioso símil de que se vale :

Cual la viuda que con negro manto
Toda se cubre, y para mas enojos,
Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de sus ojos;
Pero olvidada del funesto canto,
Vistiéndose despues ricos despojos,
Y compuesta de joyas con grande arte,
Risueña á las segundas bodas parte;
. Deste modo la esfera seca y dura,
Que se mostró con pálidos colores,
Cubrió el cuerpo despues con vestidura
Recamada de yerbas y de flores;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Aquí recuerda la querida vega de su patria; allí se detiene á contemplar la mansion del Fénix; primero refiere los amores y raros instintos de los peces, luego la naturaleza de los cuadrúpedos, y sigue en su curso arrebatado al caballo, dando la preferencia sobre los de las demás naciones al que se apacienta orillas del Ebro, ó al que pace en los campos Elíseos, *que Guadalete con sus aguas baña;* el cual

Cuando en la guerra las escuadras mira,
Y oye el son de la bélica trompeta,
Por las narices vivo fuego espira,
Como cuando el gran Júpiter saeta;
Y ardiendo en llamas de coraje y ira,
Al son del instrumento, cual saeta
Parte, y en la trabada escaramuza
Las encontradas picas desmenuza.

¿A qué entretenerse en citar nuevos ejemplos, si en la admirable obra de Acevedo es mas difícil hallar un verdadero defecto, que una belleza de primer órden en las páginas del autor mas adocenado? No privemos tampoco á nuestros lectores del gusto de apreciar por sí mismos el mérito de un poeta, que para nosotros puede llamarse nuevo. Solo desearíamos que le diesen á conocer críticos mas autorizados, y que juzgándole detenida y profundamente, añadiesen este rico floron á la corona de nuestra musa épica (1).

De semejantes recomendaciones nos ahorra el poema de *Nápoles recuperada por el rey don Alonso*, que insertamos en seguida, escrito por el célebre príncipe de Esquilache (2); y no porque creamos que todo el mundo esté convencido de su bondad material é intrínseca, sino, al contrario, porque estamos muy seguros de que serian en extremo injustas las alabanzas que le tributásemos. El primero que, jugando del vocablo, llamó al príncipe de Esquilache *príncipe* de la lírica castellana, ó ganó el título de ignorante, ó quiso ganar las albricias de lisonjero. Mostró el Príncipe ciertamente aptitud é ingenio poco comun en las poesías ligeras, en la letrilla, el romance y otras composiciones por el estilo; pero de allí no podia pasar; su cabeza era un globo que, en fuerza de ir sin lastre, podia remontarse hasta cierta altura. En su *Nápoles recuperada* no hay defectos que ofendan al buen sentido, ni desvarios que exciten risa, pero en cambio no hay tampoco belleza alguna. Es un manjar insípido é inodoro. La accion camina desde que se anuncia, sin que se pueda averiguar por dónde; suceden allí muchas cosas, pero ninguna necesariamente; tan extraños son los episodios á la fábula primordial, como la fábula á la comprension de los lectores. El lenguaje, sin embargo, es fácil; la versificacion corre con cierta fluidez, propia de una pluma experta en toda suerte de combinaciones métricas; y aunque el estilo es confuso, los períodos embrollados, y la forma favorita, ó por mejor decir exclusiva del autor, era la antítesis, no llega uno á exasperarse con su lectura. Nos librarémos de la responsabilidad en que hemos incurrido al elegir esta obra para nuestra coleccion diciendo: que como desde luego nos propusimos dar muestras de todos los géneros que nuestros épicos cultivaron y de los períodos de que debe constar nuestra historia literaria, hemos preferido la *Nápoles recuperada*, por no ser de las mas difusas ni de las mas monstruosas é irregulares de aquellos tiempos, á otras obras que bajo todos aspectos ofrecian mayores inconvenientes.

(1) Sabemos que el señor marqués de Pidal, tan versado en los estudios hasta de nuestros mas desconocidos monumentos literarios, comenzó á escribir años atrás un juicio sobre el poema de Acevedo, que no llegó á terminar, porque le sorprendieron en tan loable ocupacion otros cuidados. Sabemos tambien que tiene formado muy alto concepto de nuestro poeta placentino, y es sensible que cuando reproducimos la obra de este, nos veamos privados de otra tan excelente como seria la de su panegirista.

(2) Don Francisco de Borja y Acevedo, príncipe de Esquilache, caballero del insigne órden del Toison de Oro, gentilhombre de cámara del rey Felipe IV y gobernador capitan general de las provincias del Perú, fué hijo de don Juan de Borja, conde de Mayalde y Ficallo, mayordomo mayor de la emperatriz doña María, y de doña Francisca de Aragon y Barreto, hija de Nuño Ruiz Barreto, señor de la Quarteira, en Portugal. Nació, al parecer, en 1580; fué discípulo de Bartolomé Leonardo de Argensola. Durante su gobierno en el Perú se hizo la conquista de las Maynas en el Marañon, y en su nombre se fundó la ciudad de San Francisco de Borja, en aquellos reinos. Habiendo terminado los seis años de su virreinato, se embarcó para España en fines de 1621. Consta que vivió retirado algunos años en la ciudad de Valencia, y falleció el 26 de octubre de 1568, á la edad próximamente de ochenta años. Fué de elegante persona, de buena complexion y apacible natural.

Ademas de su *Nápoles recuperada*, cuyas ediciones citamos en el catálogo, obra que dice él haber escrito mucho antes que se imprimiese, dejó *Obras en verso*, Madrid, 1639, reimpresas magníficamente en Ambéres, en la imprenta Plantiniana, 1654; *Oraciones y meditaciones de la vida de Jesucristo*, por el B. Tomás de Kempis, con otros dos tratados de *Los tres tabernáculos* y *Soliloquios del alma*, obra póstuma, publicada en Bruselas por Francisco Foppens, 1661, 4.° Tambien se le atribuye: *Instruccion de Séneca á Neron, Plutarco á Trajano*, y *Sentencias filosóficas del doctor Juan de Olarte*, MS.

Sigue en el órden de sucesion el *Arauco domado*, de Pedro de Oña (1), dado á luz en 1596; libro tan raro, segun los editores de una impresion moderna hecha en Valparaiso (de Chile), que el único ejemplar existente, seria quizás el que cita en su catálogo M. Ternaux-Compans, perteneciente á su biblioteca. Nosotros nos hemos servido de otro para nuestra edicion, y en vista de él hemos podido restablecer algunos pasajes viciados en las ediciones posteriores, viciados de intento, porque se referian á expresiones y frases arbitrariamente modificadas. La *Araucana*, de Ercilla, y el ruidoso éxito que obtuvo desde su aparicion, despertó en muchos ingenios el deseo de rivalizar con aquella obra; mas de cuantos concibieron tan mal designio, solo uno consiguió acercarse á la altura de su modelo, y este fué Pedro de Oña en la produccion á que nos referimos. Aun cuando el mismo autor no confesase ingenuamente en su prólogo que seguia los pasos del cantor de Arauco, basta leer unas cuantas estrofas de su poema para adivinar la buena fuente en que habia bebido. La estructura de ambas composiciones es idéntica; lo son el cuadro y el colorido, y únicamente, no sabemos por qué capricho, introdujo una alteracion singular en la forma métrica, adoptando las octavas en cuanto al número de versos, pero variando el sistema de la consonancia, pues rimó entre sí los segundo, tercero y sexto, así como los primero, cuarto y quinto, y conservó pareados los dos postreros.

Todos los cantos terminan con su pausa expresa, y todos los siguientes principian con unas cuantas reflexiones mas ó menos oportunas; artificio, si tal nombre merece lo que es sistemático por esencia, muy usado por la mayor parte de los Homeros de aquella época. Abunda el *Arauco Domado* en galanas descripciones, en combates pintados con variedad, desenfado y valentía, en riquísimos cuadros de costumbres y en caractéres enérgicos y varoniles; pero acontece lo que en la epopeya de Ercilla, que los araucanos llevan la mejor parte, y los españoles, aunque figuran en el cuadro, es como en lontananza. Entre los bárbaros sobresalen Tucapel y su amada Gualeva; esta vehemente, apasionada, fiera; aquel altivo, soberbio, heróico y hasta temerario; resultando de esta semejanza de cualidades cierta uniformidad en el tono de los afectos, que hubiera desaparecido con solo degradar un tanto la vigorosa figura de la heroina. El canto v es un bellísimo idilio, y la escena de Caupolican y Fresia, que templan la fiebre de su amor en las cristalinas aguas del estanque de Elicura, no la hubiera desdeñado Ovidio para sus Metamórfosis. Los sucesos de Talgueno y Quidora, que tienen mucho de novelescos y maravillosos, se leerian con gusto reducidos á menores proporciones, y el sueño y profecías de Quidora amortiguan mucho la accion y perjudican á su verosimilitud. Por último, el lenguaje es natural y no exento de animacion y brio, pero decae en algunos razonamientos por demás prolijos, y frecuentemente se rebaja con el uso de palabras y locuciones indignas de la poesía culta. El Galvarino de la *Araucana* se halla reproducido exactamente en su imitacion, la cual celebraron en dos canciones que se leen al frente de la edicion primitiva el doctor Francisco de Figueroa y el padre Hojeda.

El espacio que resta para completar las páginas de este tomo lo ocupamos con varios poemas de cortas dimensiones, acerca de los cuales no creemos necesario hacer advertencia alguna, porque en general son bastante conocidos. Los dos cantos del *Endimion*, de Marcelo Diaz Calllegerrada, poeta que, segun afirma en su Dedicatoria, determinó *seguir el estilo claro y cierto de Castilla*, como Lope de Vega, á quien llamaba su maestro, pertenecen á la escuela conceptuosa y enigmática de los cultos; pero resumen en limitado trecho un género que tuvo muchos apasionados, el amatorio mitológico; y en este concepto y en el que dejamos dicho, no estamos arrepentidos de haberle dado la preferencia.

(1) El capitan Gregorio de Oña, criado y crecido en guerras, y muerto hecho pedazos en la de Chile, fué padre del licenciado Pedro de Oña, nacido en la ciudad de los Confines, última de las que fundó Valdivia en el territorio araucano; y él mismo declaró su patria, diciéndose natural de los *Infantes de Engol*, nombre que el gobernador Hurtado de Mendoza ordenó se diese á la ciudad de los Confines. Cuando salió Oña de su pais, y pasó á Lima á estudiar en el colegio de San Felipe y San Márcos, era ya de edad bastante para comprender la *frásis, lengua y modo* de los indios araucanos. En Lima fué donde escribió el *Arauco Domado* (*primera labor que salió de sus manos*) y algunas otras obras que imprimió allí mismo, como la *Cancion real á San Francisco Solano*, publicada al frente de una vida de aquel santo, un *Soneto á la universidad de San Márcos de Lima*, impreso con las Instituciones y ordenanzas de la misma corporacion en 1602, y el *Temblor de Lima*, en el año 1609, poema en octavas y en un solo canto. Propúsose escribir una obra del género pastoril, cuyo asunto debian ser *los venturosos lances de don Hurtado de Mendoza en la corte*, y prometió al terminar el *Arauco* escribir la segunda parte, que no llegó á salir á luz. Lope de Vega, en la silva II del *Laurel de Apolo*, atribuye á Oña *un poema heróico armónico suave del patriarca Ignacio de Loyola*, que sin duda es el mismo que mencionamos en nuestro catálogo.

En el género puro del idilio, la *Fábula del Genil*, de PEDRO ESPINOSA (1), es un excelente ejemplo. «Puede asegurarse (dice Sedano en su *Parnaso Español*, tomo I, pág. 28) que en su línea es pieza original, donde lucen á competencia el furor poético, el entusiasmo, la abundancia y propiedad de las imágenes, la valentía y hermosura de las pinturas ó descripciones, la imitacion y el gusto de la antigüedad, y la dulzura y pureza del estilo. Sobre todo, sostiene y concluye la fábula con tal arte y primor, que por sola esta circunstancia merece esta excelente composicion la preeminencia entre todas las semejantes que tiene la lengua española, y el paralelo con las de la griega y latina». Mas justo y exacto pareceria este elogio hecho con mas llaneza.

El que el mismo colector dedica á la *Raquel*, de DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA (2), está mas justificado. «No se puede adaptar á esta hermosa y elegante composicion el título de poema épico por carecer de muchas de las circunstancias y requisitos que constituyen la epopeya, y por otros defectos, hijos del mal gusto del siglo de su autor; pero lo noble de los pensamientos, la elevacion y majestad de las expresiones, el decoro de las personas, lo bien tejido de la fábula, el alto número y culto verso, y sobre todo, las muchas y graves sentencias de que está adornado, le hacen muy digno del aplauso que logra entre los eruditos.»

Con menos palabras recomienda el excelentísimo señor don Manuel José Quintana el *Deucalion*, del conde de Torrepalma, DON ALONSO VERDUGO DE CASTILLA. «El conde de Torrepalma, dice, en su imitacion ovidiana del *Deucalion* hizo prueba de un eminente talento para escribir y versificar.» (*Introduccion histórica á su coleccion de poesías castellanas. Poesía castellana del siglo* XVIII.) Basta, en efecto, este reducido poema para que su autor ocupe un lugar privilegiado en nuestro Parnaso.

La *Agresion británica*, del SEÑOR DON JUAN MARÍA MAURY, que vió la luz pública el año 1806, es una obra cuyo mérito no necesitamos encarecer, y á que sabrán dar la estimacion debida nuestros lectores.

Al insertar el canto de las *Naves de Cortés destruidas*, que DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN escribió para el primer certámen abierto por la Academia Española en 1777, nos ha parecido conveniente incluir tambien el de DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN, que fué el favorecido con el premio, para que, comparándolos, pueda juzgarse del mérito de cada uno. El de MORATIN, mas erudito (3), por decirlo así, aunque algo mas episódico que el de su competidor, se hallaba ya impreso en la Coleccion de sus obras, que con las de su hijo don Leandro forma el tomo II de nuestra BIBLIOTECA; mas con el fin de que no resulte aquí repetido, hemos copiado la edicion del mismo canto, hecha en Barcelona en 1821, con numerosas variantes, que se atribuyen al mismo don Leandro.

Igual comparacion podrán hacer nuestros lectores entre la *Inocencia perdida*, del SEÑOR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON, que hoy se imprime por la vez primera (4), y la del SEÑOR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO (5), que concurrieron tambien al certámen abierto por la Academia sevillana de Bue-

(1) Natural de Antequera, capellan del duque de Medinasidonia, don Manuel Alonso Perez de Guzman, y rector del colegio de San Ildefonso de San Lúcar de Barrameda, segun don Nicolás Antonio. Fué el primero que reunió en coleccion algunas composiciones de los poetas de nuestro siglo de oro, y otras inéditas, y entre ellas algunas suyas, como la *Fábula del Genil*, formando de todas un libro, que tituló: *Primera parte de las flores de poetas ilustres castellanos*, impreso en Valladolid en 1605.

(2) Nació en Toro, de familia noble y conocida, oriunda de Galicia, á principios del siglo XVII. Fué muy dado al estudio, y conocedor de varias lenguas, corregidor de Leon y muy favorecido del conde de Olivares. Padeció algunos infortunios, y se retiró á Toro, donde murió hácia el año 1660. Compuso varias poesías, que dió á luz su hijo don Juan Antonio en 1674.

(3) Se conoce que Moratin estudió los cronistas y poetas de asuntos americanos, pues la noticia de aquellos versos que dicen:

Mas ¡ay! que ese adalid, el mismo dia
Que nacer vimos al sajon Lutero,
Nació tambien para la afrenta mia,

parece estar tomada de estos otros dos infelicísimos, que Saavedra de Guzman tiene en su *Peregrino indiano*.

Cuando nació Lutero en Alemaña,
Nació Cortés el mismo dia en España.

(4) Debemos manifestar aquí nuestra gratitud al amigo del señor LISTA, que nos facilitó la copia de esta obra inédita, el señor don Antonio Martin Villa, dignísimo secretario de la universidad de Sevilla, no menos conocido por su talento y saber, que por su modestia y retraimiento, de todos los discípulos de aquellas célebres escuelas. La vida del SEÑOR DON ALBERTO LISTA todo el mundo la conoce. A él le son deudores de su educacion literaria la mayor parte de los ingenios que honran hoy nuestra literatura.

(5) Fué ministro del tribunal supremo de la Rota. En 1793 fundó en Sevilla la *Academia de letras humanas*, que influyó mucho en la propagacion del buen gusto literario. En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz de aquella ciudad, fundando en su distrito la hospitalidad domiciliaria para socorro de todo género de necesidades, y proporcionando en su casa la vacunacion pública y gratuita; y en el hambre que padeció Sevilla en 1812 formó dos hospitales de desfallecidos de ambos sexos. En 1827

nas Letras hácia el año de 1803, en que obtuvo el premio la segunda. Si hubiéramos podido adquirir la coleccion de números del *Correo de Sevilla*, y todas las demás noticias, relativas á la polémica literaria que con motivo de ambas composiciones se suscitó entre críticos muy aventajados, las hubiéramos asimismo reproducido. Los cantos del SEÑOR REINOSO están dotados de mas animacion y brio; el del SEÑOR LISTA es mas espontáneo y dulce; las octavas del SEÑOR REINOSO, rotundas, rítmicas, llenas de la suave sublimidad de Herrera, debieron seducir á los jueces del certámen, mas que la clásica regularidad á que se sujetó el célebre autor de la oda á *la Muerte de Jesus*.

Estas son las ilustraciones que hemos juzgado conveniente añadir á nuestra coleccion. Deseábamos enriquecerla con alguna otra produccion inédita, y aun tuvimos esperanzas de publicar el *Puren indómito* de Fernando Alvarez de Toledo, que don Nicolás Antonio da como manuscrito. Lo está efectivamente, y hemos podido disponer de una buena copia que se nos facilitó con este objeto (1); pero sus desmedidas proporciones y el ser obra, mas bien inapreciable como monumento histórico, que útil como poema, nos obligaron por fin á desistir de nuestro propósito.

Para el catálogo que va adjunto hemos registrado algunos índices y bibliotecas (2): trabajo penosísimo y despues de todo imperfecto, porque ¿quién podrá lisonjearse, y menos en tan breve tiempo como son dos meses, de haber desenterrado del polvo de nuestras bibliotecas todos los tesoros que por espacio de uno y otro siglo ha producido en este solo ramo nuestra fecunda literatura? De la multitud de vidas de santos con que hemos tropezado, solo referimos las que nos han parecido mas importantes, ó las que, cuando menos, guardan la forma épica; porque anotar las escritas en décimas, romances y seguidillas, como jácaras de ciego, hubiera sido tarea interminable, y no sabemos hasta qué punto provechosa. Tampoco hemos incluido los poemas ascéticos y morales, pues la mayor parte nada tienen de heróico, sino la paciencia de los que los escribieron. De algunos manuscritos (3) hubiéramos podido dar cuenta; pero prescindiendo de los inconvenientes que pueda esto tener, eran al cabo tan pocos, que no debiamos atribuirles ni siquiera el mérito de la abundancia. Si el presente volúmen, ya que no ha sido ilustrado con tanta inteligencia y detenimiento como otros de la BIBLIOTECA, tuviera la fortuna de agradar como estos á nuestros lectores, lograriamos la mas grata recompensa á que pueden aspirar los que se dedican á tan áridos trabajos.

fué nombrado primer redactor de la *Gaceta del Gobierno*, y despues presidente de una comision de estadística general. Desempeñó otros cargos no menos honoríficos, y en todos dió pruebas de su grande saber é ilustracion. Su *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria* se publicó por primera vez en 1816.

(1) El señor don Serafin Estébanez Calderon fué quien primero nos sugirió esta idea, y posteriormente debimos á la benevolencia del señor don Buenaventura Cárlos Aribau la copia á que nos referimos. Es lástima que no se haya aprovechado hasta ahora en ninguna publicacion de historiadores de Indias un libro tan interesante.

(2) La Nacional de esta corte, aumentada con la que perteneció al señor Böhl de Faber, procedente del Puerto de Santa María; la del señor don Agustin Durán, dignísimo decano de la misma Biblioteca; la del señor don Pascual Gayangos, no menos generoso que el señor Durán de las preciosidades que posee, y la escogida de nuestro buen amigo el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe. Tambien nos han auxiliado con sus noticias y advertencias los señores don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Tomás y don Indalecio Sancha, los dos oficiales de la Biblioteca Nacional y bibliotecario el primero de ambos de la Real Academia de la Historia; y por último, el señor don Justo de Sancha, hermano del mismo don Tomás, que ha gastado su vida en atesorar preciosísimos documentos para nuestra bibliografía é historia literaria. Reune este caballero un copioso y bien razonado índice de poemas castellanos; otro de los libros de caballería citados en la librería de *Don Quijote*, con una genealogía de los héroes caballerescos, y dos de los autores mencionados por Cervántes en el *Viaje del Parnaso* y el *Canto de Caliope*, en que por incidencia se da cuenta de otros muchos. La amabilidad con que dicho señor accede á los ruegos de sus amigos, nos hace confiar en que muy pronto verán la luz pública sus trabajos, recibiendo en ello gran satisfaccion los amantes de nuestras letras.

(3) La reina doña María Josefa Amalia de Sajonia, esposa de Fernando VII, sabemos que dejó escrito un poema de la *Vida de San Fernando;* mas ignoramos dónde existe. Dentro de poco esperamos que vea la luz pública uno del señor don Manuel Breton de los Herreros, cuyo asunto es la *Desvergüenza*, digno de su incomparable fecundidad y asombrosa vena.

CATALOGO

DE POEMAS CASTELLANOS HERÓICOS, RELIGIOSOS, HISTÓRICOS, FABULOSOS Y SATÍRICOS.

AFAN DE RIBERA ENRIQUEZ (Fernando). — *Fábula de Mirra.* Nápoles; Lázaro Scorig, 1631.

AGUILAR (Gaspar).—*Expulsion de los moros de España por la sacra católica real majestad del rey don Felipe III.* Valencia; Pedro Patricio Mey, 1610, 8.°

AGUIRRE Y SANTA CRUZ (Don Iñigo). — *El heroe sacro español, santo Domingo de Guzman.* Madrid; 1641, 4.°

AILLON (Juan de). — *Fiestas de Lima por los veinte y tres mártires del Japon.*

ALARCON.—*Conquista de las islas Azores.*

ALDANA (Francisco de). — *Historia del Génesis.—Partenió y Nise.—Angélica y Medoro.* — Estas obras atribuye al autor don Nicolás Antonio, y Brunet las cita así: «*Todas las obras que hasta agora se han podido hallar del capitan Francisco de Aldana... agora nuevamente puestas en luz por Cosme de Aldana, su hermano.*» P. Madrigal, 1591, dos tomos 8.° — Confiesa el mismo Brunet que de este libro raro no ha visto mas que la primera parte, de 1593, y la segunda, de 1591; pero cree que debe existir de la primera parte una edicion de 1589 ó 1590, porque la dedicatoria de la misma tiene la fecha de 21 de junio de 1589. En efecto, la primera edicion se hizo en Milan por Pablo Gotardo Poncio, 1589, 8.°

ALONSO (Agustin). — *Hazañas de Bernardo del Carpio.* 1585, 4.° — Don Nicolás Antonio no da mas noticias de este poema. Brunet, con referencia al catálogo de Crofts, añade que es muy raro y que se imprimió en Toledo por Pero Lopez de Haro en dicho año. Existe en la Biblioteca Nacional entre los libros que pertenecieron al señor Böhl de Faber.

ALVAREZ DE TOLEDO (Fernando). — *Puren indómito, guerras de Arauco.*— MS. citado por don Nicolás Antonio en el tomo I de su *Bibliotheca nova*, p. 367.

ALVAREZ DE TOLEDO PELLICER Y TOVAR (Gabriel).—*Obras póstumas poéticas con la Burromaquia.* Sácalas á luz el doctor don Diego de Torres Villarroel. Madrid; en la imprenta del convento de la Merced, 1744, 4.°

ANÓNIMO. — *Conquista de la Nueva Castilla*, poema heróico, publicado por la primera vez por don J. A. SPRECHER DE BERNEGG. Paris y Leon; Saint-Hilaire, Blanc y compañía, editores. — Es un libro en 8.°, impreso en Leon de Francia el año 1848 por Rodanet y compañía, de cuya existencia no teniamos ni hemos visto noticia alguna. El editor participa su descubrimiento en un prefacio escrito en francés con la traduccion al lado, cuyas palabras son las siguientes:

«Los amantes de la literatura española deben á una casualidad el descubrimiento de esta epopeya. Hé aquí cómo:

»Recorriendo yo un dia el catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Real de... me llamó la atencion el título de este poema; pedí el manuscrito, y grande fué mi sorpresa cuando ví que estaba escrito en verso.

»Esta relacion de la *Conquista de la Nueva Castilla* no se ha publicado hasta el dia, á pesar de haberse dado á luz otros muchos poemas mucho menos notables, en que se celebran igualmente las proezas de los españoles en las vastas comarcas de las Américas; obras muy conocidas del público. Me he podido convencer de ello despues de haber dado un sin número de pasos á fin de ver un ejemplar impreso, que no he podido encontrar, ni aun hallar rastro alguno de la impresion de este poema en ningun tiempo.

»El estilo romancero (*sic*), á la par que sublime y enérgico, algun tanto impregnado del genio caballeresco, junto con la ortografía del prólogo, parece indicar haber sido compuesto hácia la mitad del siglo XVI, sin fecha ni nombre de autor.

».... Esta epopeya, no solo presenta un mérito raro y un valor real por su importancia poética, sino tambien por fidelidad y exactitud de la narracion de los hechos, que coincide perfectamente con los testimonios y aseveraciones de los mejores historiadores españoles del Nuevo-Mundo.»

La obra está dirigida al muy magnífico señor Juan Vazquez de Molina, secretario de la Emperatriz y Reina, nuestra señora, y de su Consejo.

Despues tiene por título: *Relacion de la conquista y del descubrimiento que hizo el gobernador don Francisco Pizarro en demanda de las provincias y reinos que ahora llamamos Nueva Castilla.*—Hace principio desde la primera vez que partió de Panamá hasta todo lo que en la prision de Atabalipa sucedió, la cual está partida en dos partes: la primera comienza describiendo el tiempo en que se hizo á la vela en Panamá.

La segunda principia así: Aquí hace principio la segunda parte, que habla en la segunda vez que el magnífico señor gobernador don Francisco Pizarro partió de Panamá en demanda de la provincia de Túmbez hasta la prision de Atabalipa y conquista de la gran ciudad del Cuzco, la cual comienza así, hablando el Gobernador.

La primera parte tiene cinco cantos, la segunda tres, y el autor ha añadido porcion de notas para explicar algunos pasajes ó hacer ver su conformidad con los historiadores. Todo el poema está en octavas, rimando entre sí los versos primero, cuarto, quinto y octavo; segundo con tercero, y sexto con sétimo; los cuales son de doce, once y diez sílabas mezclados indistintamente. La versificacion pues, si no depende muchas veces de lo vicioso de la copia, es inarmónica y desabrida, el lenguaje no muy anticuado, la narracion sumamente concisa y de vez en cuando expresiva y sentenciosa. Con estos datos puede ser que se averigüe el autor, la verdadera época y la procedencia de esta composicion, al parecer desconocida.

ANÓNIMO.—*El libro de Apolonio*, en verso alejandrino; el de *Santa María Egipciaca*, en versos cortos, sin medida fija; *La adoracion de los Reyes.*— Publicados por el excelentísimo señor don Pedro José Pidal en la *Revista de Madrid*, tomo IV, 2.ª serie, 1840, 8.° mayor.

Anónimo (V. A. M.)—*Jesucristo, su vida, doctrina, pasion y muerte por la redencion del genero humano*, poema histórico en cinco cantos. Valencia; don Benito Monfort, 1844, 8.°

Anónimo.—*Eliezer y Neftali*, poema.

Anónimo. — *La Ignorancia*, panegírico por un poeta de la Puerta del Sol. Madrid; don Benito Cano, 1796, 8.°

Anónimo (D***).— *La invasion inglesa en la América meridional*, canto épico. — Impreso en una obra titulada *Rimas en honor de la España*. Madrid; Imprenta Real, 1817, 8.°

Anónimo. — *Libro de la celestial jerarquía é infernal Laberinto*, metrificado en metro castellano en verso heróico.

Anónimo. — *Poema del Cid.* — Impreso en el tomo I de la *Coleccion de poesías castellanas, anteriores al siglo* XV, publicadas por don Tomás Antonio Sanchez. Madrid; don Antonio de Sancha, 1779, 8.°

Aparici y Guijarro (Don Antonio).— *La batalla de Bailen*, poema en silva, que obtuvo el accesit en el certámen abierto por la Real Academia Española en 1850. Madrid; Imprenta Nacional, 1851, 8.°

Arbolanche (Jerónimo de).—*Las Abidas*. Zaragoza; Juan Millan, 1566, 8.°

Ayrolo.—*La Laurentina*, poema heróico. Cádiz; 1624, 8.°

Azcutia (Don Manuel).— *Saltos de una pulga.—La escalera del palacio real ó el besamanos*, poemas.—Impresos en la obra titulada *¡Sopla que quema!* Madrid; imprenta de don Francisco Sales de Fuentes, 1846, 8.° mayor.— *Muerte de Jesus*. Madrid; don M. Rivadeneyra, 1848, en 16.° marquilla.

Bacallar.—*Los Tobías*. Madrid.

Balbi de Correggio (Francisco).— *Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Araez y de la hermosa jarifa Aben-Cerases*, etc., vueltos en verso por... Milan; Pacífico Poncio, 1593, 4.°— *Vida del ilustrísimo señor Octavio Gonzaga*, recogida por el mismo. Barcelona; Hubert Gotard, 1581, 4.° — *Pasada del serenísimo señor don Vincenzo Gonzaga y Austria, duque de Mantua y Monferrat por el estado de Milan, para ir á tomar el poseso de su estado de Monferrato*, etc. Mantua; Giacomo Ruffinello, 1688, 4.°—Poema en seis cantos, con curiosas descripciones de fiestas.

Barahona de Soto (Luis).— *Primera parte de La Angélica*. Granada; Hugo de Mena, 1586, 4.°—No se publicó la segunda parte.

Barco Centenera (Martin del).—*Argentina, Conquista del Rio de la Plata y Tucuman y otros sucesos del Pirú*. Lisboa; Pedro Craesbeck, 1602, 4.°— Se publicó en los *Historiadores primitivos de Indias*, de Barcia, considerándose como una crónica, pues realmente por tal debe reputarse. Es libro muy raro.

Barrios (Don Miguel de).—*Panegírico á las Musas.—Panegírico al excelentísimo señor don Luis de Benavides, marqués de Frómista y de Caracena*. — En la coleccion de poesías del autor, impresas por primera vez en Bruselas, 1665, con el título de *Flor de Apolo;* se repitió esta edicion con el título de *Coro de las Musas*, en Bruselas; 1672, 12.°, y posteriormente en Ambéres por Jerónimo y Juan B. Verdussen, 1694, 4.°

Belmonte Bermudez (Luis de).— *La aurora de Cristo*. Sevilla; Francisco de Lyra, 1616, 8.°

Berceo (Gonzalo de).— *Vida de santo Domingo de Silos; de san Millan de la Cogolla; El sacrificio de la Misa; El martirio de san Lorenzo; Los loores de nuestra Señora; Signos que aparecerán ante del juicio; Milagros de nuestra Señora; Duelo de la Vírgen el dia de la Pasion de su fijo; la vida de santa Orna*. — Impresos en el tomo II de la coleccion de *Poesías castellanas anteriores al siglo* XV, por don Tomás Antonio Sanchez.— Madrid; don Antonio de Sancha, 1782, 8.°

Bermudez y Alfaro (Licenciado Juan).— *El Narciso*, flor traducida del Cefiso al Bétis por el...—Lilio cultivado en cadencias rimas, si no tan oloroso como en sus paternos exámetros, imitacion del dulce poeta latino en las trasformaciones quinta y sexta de su tercero libro. Lisboa; Jorge Rodriguez, 1618, 8.°

Bocanegra (Anónimo de). — *Triunfos de la fe*. Cuenca; 1654.

Bocangel y Unzueta (Don Gabriel). — *Retrato panegírico del serenísimo señor Cárlos de Austria, infante de España, príncipe de la mar*. Madrid; en la imprenta del Reino, 1633, 8.° — *La Lira de las Musas, de humanas y sagradas voces, junto con las demás obras poéticas antes divulgadas*. Madrid; Cárlos Sanchez, 1637, 4.°

Bolea y Castro (Martin de). — *Orlando enamorado*. Lérida; Miguel Ponto, 1578.—Esto dice don Nicolás Antonio, de cuya exactitud dudamos.— *Orlando determinado*. Lérida; Miguel Prats, 1578, 8.° Zaragoza; 1587, 8.° — A este autor llama equivocadamente don Nicolás Antonio Abarca de Bolea.

Borja (Francisco de).—*Príncipe de Esquilache.—Nápoles recuperada por el rey don Alonso*. Zaragoza; Juan de Noort, 1651, 4.° Ambéres; 1657, en la imprenta plantiniana de Baltasar Moreto, y en 4.° como la de Zaragoza. —*Canto de Jacob y Raquel*.

Boscan (Juan).—*Fábula de Leandro y Hero*.

Botello de Carvallo (Miguel). — *La Filis*. Madrid; Juan Sanchez, 1641, 12.° — *Píramo y Tisbe*. Madrid; 1621, 4.°

Botello de Moraes y Vasconcelos (Francisco).—*El Alfonso*. Paris; chez Etienne Michalliet, 1712, 12.° Salamanca; Antonio Josef Villagordo, 1732, 4.°— *El Nuevo Mundo*, poema heróico. Barcelona; Juan Pablo Marti, 1701, 4.°

Bonilla (Alonso de). — *Nombres y atributos de la impecable siempre Vírgen María*, etc., poema en octavas. Baeza; Pedro de la Cuesta, 1624, 4.°—En la aprobacion que hizo de este libro Lope de Vega Carpio dice «que esta poesía de Bonilla bien merece el superlativo de *bonísima* por su bondad, por su ejemplo y porque, despues de deleitar y enseñar, imita el oficio de los ángeles, cantando siempre alabanzas á Dios glorioso en las excelencias de sus santos...»

Braones (Alonso Martin).—*Triunfos de Jesus*. Sevilla; Lúcas Martin de Hermosilla, 1686, 4.°

Bravo (Nicolás). — *Benedictina, en que se trata de la milagrosa vida del glorioso san Benito*, poema en diez y ocho cantos y en octavas. Salamanca; Artur Taberniel, 1604, 4.°

Bravo de Velasco (Don Manuel). — *Júpiter y Io*, poema. Salamanca; Diego Cosio, 1641, 8.°

Camargo (Hernando de). — *Muerte de Dios por vida del hombre*. Madrid; Juan de la Cuesta, 1619, 4.°

Campoamor (Don Ramon de).—*Colon*, poema en diez y seis cantos. Valencia; J. Ferrer de Orga, 1853, 8.° mayor.

Cano (Juan).—*La Fénix*.

Caravajal y Robles (Rodrigo de). — *Assalto y conquista de Antequera*. Lima; 1627. — Don Nicolás Antonio atribuye á este autor otro poema de *La batalla de Toro*. No lo conocemos.

Carrillo y Sotomayor (Don Luis). — *Fábula de Atis y Galatea*, impresa entre sus obras. Madrid; Juan de la Cuesta, 1611, 4.°

Castellanos (Juan de) — *Elegías de Varones ilustres de Indias*. Madrid; Viuda de Alonso Gomez, 1589, 4.° — Forma el tomo IV de nuestra Biblioteca.

Caudivilla (El licenciado), criado del Rey nuestro señor y natural de la imperial ciudad de Toledo. — *La Historia de Tobías*. Barcelona; Sebastian Matesvad, 1615, 8.°— El ejemplar que hemos tenido á la vista, de la Biblioteca Nacional y procedente de la librería de don Nicolás Böhl de Faber, tiene algunas hojas manuscritas, y entre ellas la portada.

Cayrasco de Figueroa (Don Bartolomé). — *Templo militante, flos sanctorum y triunfo de sus virtudes*. Lisboa y Madrid; 1609, 15 volúmenes folio.

Centenera (Don Martin del Barco).— *Conquista del rio de la Plata, Argentina y Tucuman y otros sucesos del Pirú*. Lisboa; 1602, 4.°

CERVINO (Don Joaquin José). — *La Virgen de los Dolores*, poema. Madrid: imprenta de la Publicidad, 1848, 8.°— *La victoria de Bailen*, canto épico. Madrid; Higinio Reneses, 1851, 8.°

CÉSPEDES (Pablo de).—*Fragmentos del poema ó tratado de la pintura*, escrito por el licenciado Pablo de Céspedes. —Impresos en el tomo IV del *Parnaso español de Sedano*, p. 272. Madrid; don Joaquin de Ibarra, 1770, 8.°

COLODRERO DE VILLALOBOS (Don Miguel). — *Fábula de Theseo y Ariatna*, impresa en su coleccion de *Varias rimas*. Córdoba; Salvador de Cea Tesa, 1629, 4.° — Con el mismo apellido hemos visto citado *El Alfeo*. Barcelona; 1639, 8.°

COLOMA (Don Juan), virey, capitan general de Cerdeña. — *Década de la Passion de Jesucristo con el cántico de su gloriosa resurreccion*. Caller; Vicente Semberino, 1576, 8.° Madrid; Querino Gerardo, 1586, 8.°

COLLADO DEL HIERRO (Agustin).—*Apolo y Dafne*.

CONTRERAS (Francisco de). — *Nave trágica de la judía de Portugal*, en tres cantos y en octavas. Madrid; Luis Sanchez, 1624, 8.°

CORRADI (Don Fernando). — *El cerco de Zamora*, poema que obtuvo el *accesit* en el certámen de 1833. Madrid; Imprenta Real, 1833, 4.° marquilla.

CORRAL Y ROJAS (Antonio de). — *Relacion del rebelion y expulsion de los moriscos del reino de Valencia*. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba y Oviedo, sin año de impresion, 4.°

CORTEREAL (Hierónimo de).—*Felicísima vitoria concedida del cielo al señor don Juan de Austria en el golfo de Lepanto de la poderosa armada otomana*. Lisboa; Antonio Ribeiro, 1578, 4.° — Un hermoso códice de este poema se conserva en la Biblioteca Nacional. Está escrito en verso suelto, y es una reproduccion de la *Historia de la santa Liga*, de Fernando de Herrera, puesta en endecasílabos.

CORTÉS DE ARANDA Y VILLALON (Don Alvaro).— *Poema hendecasílabo, que contiene el principio, orígen y progresos de la alta y verdadera ciencia astronómica*. — Impreso al frente del tomo II de las *Tablas filípicas de los movimientos celestes*, del doctor don Gonzalo Antonio Serrano. Córdoba; en la imprenta del autor, 1744, folio.

CUEVA (Juan de la). — *Conquista de la Bética*. Sevilla; Francisco Perez, 1603, 8.°—*Llanto de Vénus en la muerte de Adónis*. — Forma parte de las obras del autor, impresas en Sevilla por Andrea Pescioni, 1582, 8.°

DAS POVOAS. — *Vita Christi*, en verso castellano. Lisboa; 1614, 4.°

DÁVILA Ó AVILA (Padre Juan Baptista de), jesuita madrideño. — *Pasion del Hombre Dios*, en décimas. Leon de Francia; 1661, 4.°

DESSI (Joan), presbítero.— *La Divina Semana, ó Siete dias de la creacion del mundo*. Barcelona; Sebastian Mathevad y Lorenzo Deu, 1610, 8.°

DIAZ (Alonso). — *Poema castellano de la historia de nuestra Señora de Aguas santas*. Sevilla; 1611, 8.°

DIAZ (Eduardo ó Duarte), portugués. — *La conquista que hicieron los poderosos y católicos reyes don Fernando y doña Isabel en el reino de Granada*, compuesta en octava rima por... Madrid; Alonso Gomez, 1590, 8.° — Está aprobado por don Alonso de Ercilla, y hay sonetos en alabanza del autor de *Pedro de Padilla*, *Alonso Fernandez de Mesa*, *Pedro de Medina* y otros. Consta de veinte y un cantos.

DIAZ DE CALLECERRADA (Marcelo).— *El Endimion*. Madrid; Luis Sanchez, 1627, 4.° — Reimpreso en el presente tomo.

DIAZ DE FREXENAL (Vasco). — *Los veinte triunfos*, hechos por...—Aunque no tiene lugar ni año de impresion, está en letra de tórtis y parece ser de mil quinientos treinta y tantos.

DIEZ Y FONCALDA (Don Alberto). — *Fábula de Júpiter y Dánae*.— Impresa entre las poesías varias de este autor. Zaragoza; Juan de Har, 1655.

DUEÑAS (El bachiller Alejo de). — *La crianza mujeril al uso Danae*, fábula original satírico-jocosa, puesta en octava rima. Pamplona; Josef Longas, 1786, 4.° —Mallorca; Felipe Guasp, 1814, 8.°

DUQUE DE ESTRADA (Don Diego). — *Octavas rimas á la insigne victoria que la serenísima alteza del príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, con tres galeones, del famoso cosario Alí Araez Rauazin*. Mezina; Pedro Brea, 1624, 4.°

ENCINA (Juan de la).—*Viaje de Jerusalen de don Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa, y otros caballeros*. Madrid; Francisco Martinez Abad, 1752, folio.—No hemos podido ver otra edicion mas antigua.

ENCISO Y MONZON (Don Juan Francisco de).—*La Christiada*, poema sacro. Cádiz; 1694, 4.°

ENRIQUEZ DE NAVARRA (Don Luis). — *Laurel histórico y panegírico real de las gloriosas empresas del rey nuestro señor Felipe V, el Animoso*. Madrid; Francisco Laso, 1708, 4.°

ERCILLA Y ZÚÑIGA (Don Alonso). — *La Araucana*. — La primera parte parece que se publicó por el año 1569; la primera y segunda en 1578, y la tercera en 1589. La mas antigua que hemos visto es la de las partes primera y segunda, hecha en 1578, en Madrid, por Pierres Cosin, y la de las tres partes reunidas, de la misma casa, una y otra en 4.° Hablamos de otras muchas ediciones en la nota puesta al principio de este poema, inserto en el tomo I de *Poemas épicos*, XVII de esta BIBLIOTECA. Sobre la continuacion á la *Araucana*, que escribió don Diego Santistéban y Osorio, véase el artículo SANTISTÉBAN de este catálogo.

ESCOBAR CABEZA DE VACA (Pedro de).—*Lucero de la Tierra Santa y grandezas de Egipto y monte Sinaí*, etc. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba y Oviedo, 1594, 8.°

ESCOBAR Y MENDOZA (Antonio de). — *San Ignacio*, poema heróico. Valladolid; Francisco Fernandez de Córdoba, 1613, 8.° — *Nueva Jerusalen María*, poema heróico. Quinta impresion. Madrid; Manuel Martin, 1761, 8.°

ESCOIQUIZ (Don Juan). — *Méjico conquistado*. Madrid; Imprenta Real, 1798, 3 volúmenes en 4.°

ESPINOSA (Nicolás). — *Segunda parte del Orlando, con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, fin y muerte de los Doce Pares de Francia*. Zaragoza; Pedro Bernuz, 1555, 4.° Ambéres; Martin Nucio, 1557, id. Alcalá de Henares; 1559, id.

ESPINOSA (Pedro).—*Fábula del Genil*, impresa en la coleccion de *Flores de poetas ilustres castellanos*, publicada por el mismo Espinosa. Valladolid; 1605. — Posteriormente en el tomo I del *Parnaso Español*, de Sedano. Madrid; Joaquin Ibarra, 1768, 8.°—Forma tambien parte de este tomo II de nuestra COLECCION DE POEMAS.

ESPRONCEDA (Don José de).—*El Pelayo*, fragmentos de un poema titulado... Madrid; Yenes, 1840, 8.° marquilla.

FARIA Y SOUSA (Manuel). — *Dafne y Apolo*.—*Narciso y Eco*. — *Pan y Apolo*. — *Tamiras y las Musas*. — *Vénus y sus Gracias*. — *Retrato de Albania*. — *Coronacion de Felipe IV*.—Impresos con otros poemas en la *Segunda parte de la Fuente de Aganipe ó Rimas varias del autor*. Madrid; Juan Sanchez, 1644, 8.°

FERNANDEZ MORATIN (Don Nicolás). — *La Diana, ó arte de la caza*. Madrid; Miguel Escribano, 1765, 8.° — *Las Naves de Cortés destruidas*; canto épico, reimpreso en este segundo tomo de *Poemas*.

FERNANDEZ Y GONZALEZ (Don Manuel).— *La batalla de Lepanto*, canto épico en octava rima. Granada; Zamora, 1850, 8.°

FERREIRA DE LA CERDA (Doña Bernarda).—*España libertada*, primera parte. Lisboa; Pedro Craesbek, 1618, 4.°— La parte segunda se imprimió tambien en Lisboa, por Juan de la Costa, 1673, 4.° — En la portada se dice ser poema póstumo.

FORNER (Don Juan Pablo).— *La Paz*. Madrid; Villalpando, 1796, 4.°

FRANCIA Y ACOSTA (Don Francisco). —*El Peñasco de las lágrimas*, poema ó fábula que forma parte de la obra titulada *Jardin de Apolo*, impresa en Madrid por Juan Gonzalez, 1624, 8.°

FRANCO FERNANDEZ (Blas). — *La Vara de Iesé y su divino Fruto.* — *Vida de Jesus y María*, poema heróico, con discursos históricos, políticos y morales, en tres partes. Madrid; Julian de Paredes, año 1674, en 2 volúmenes en 4.°

FUENTES (El magnífico caballero Alonso de). — *Libro de los cuarenta cantos peregrinos*, divididos en cuatro partes, la primera *Historias de la Sagrada Scriptura*, la segunda de *Hechos de Romanos*, la tercera de *Casos de diversas naciones*, la cuarta de *Historias de cristianos con las cosas que acaescieron en la conquista de Málaga y Granada*. Zaragoza; Juan Millan, letra de tórtis, 1564, 4.°— Son romances con comentarios ó declaraciones en prosa.

GABARDA (Don Estéban). — *Dios, el Alma y la Religion*, poema en tres cantos. Valencia; José Rius, 1849, 8.° mayor.

GALLEGOS (Manuel). — *La Gigantomaquia*. Lisboa; 1628.

GARCÍA DE ALARCON. — *La victoriosa conquista que don Alvaro Bazan, marqués de Sancta Cruz, general de la armada y ejército de su majestad, hizo en las islas de los Azores el ano de* 1583. Valencia; junto al Molino de la Rovella, 1585, 8.°

GARCÍA (Gaspar). — *Primera parte de la Murgetana del Oriolano, guerras y conquista del reino de Murcia por el rey don Jaime I de Aragon, donde se ilustra casi toda la nobleza de España*. Valencia; Juan Vicente Franco, 1608, 8.°

GARRIDO DE VILLENA (Francisco). — *El verdadero successo de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los Doce Pares de Francia*. Toledo; Juan Rodriguez, 1585, 4.° — Tradujo además *los tres libros de Mateo María Boyardo, conde de Scandiano, llamados Orlando enamorado*. Alcalá de Henares, en casa de Hernan Ramirez, 1577, en 4.° — *El infelice robo de Elena, reina de Esparta, por Paris, infante troyano, del cual sucedió la sangrienta destruicion de Troya*. Toledo; 1585, 8.°

GINER (Miguel). — *Sitio y toma de Anvers*. Milan; 1587, 8.° Ambéres; en casa de Christóbal Plantino, 1588, 8.°—Es un poema en seis cantos en octavas.

GIRON DE REBOLLEDO (Alfonso). — *La Pasion de Cristo*. Valencia; Juan Mey, 1563, 8.°

GOMEZ DE LUQUE (Gonzalo), natural de Sevilla. — *Libro primero de los famosos hechos del príncipe Celidon de Iberia*. Alcalá de Henares; Juan Iñiguez de Lequerica, 1585, 4.°

GÓNGORA (Don Luis de). —*El Polifemo*, comentado por Don García de Salcedo. Madrid; Juan Gonzalez, 1629, 4.°

GONZALEZ DE CANEDO (Miguel). — *Alegoría de El monstruo español*, poema en octavas. — El ejemplar que hemos visto en la Biblioteca Nacional carece de portada.

GONZALEZ TOMEO (Cristóbal). — *La vida y penitencia de santa Teodora de Alejandría*. Madrid; 1619, 4.° Córdoba; 1646, 4.°

GRACIAN (Fray Jerónimo). — *La Josefina*. — Madrid; Don Antonio de Sancha, 1780, 8.°

GRANÉS (Don Salvador María). — *El templo de la Fama.— Ensayo de un poema épico á la honrosa lucha que ha sostenido la nacion espanola contra el tirano usurpador de sus derechos*, etc. Madrid; Don Francisco Martinez Dávila, 1815, 8.°

GUAL (Don Antonio). — *Marte en la paz, ó narracion de las justas celebradas en Palma por la pacificacion de los partidos que dividian la nobleza*. Palma; Gabriel Guasp, 1646, 4.°

GUILLEN DE AVILA (Diego). — *Panegíricos en alabanza de la reina católica dona Isabel*.

GUTIERREZ DE PAMANES (Pedro). — *Batalla de los Gigantes y los Dioses*. Málaga; Juan René, 1607, 8.°

GUZMAN (Francisco de). — *Triumphos morales, dirigidos al felicissimo rey don Felipe II*. Alcalá de Henares; Andrés de Angulo, 1565, 4.° Sevilla; 1581, 8.°

HENRIQUEZ BASURTO (Diego). — *El triunfo de la virtud y paciencia de Job*. Roan; imprenta de L. Maurry, 1649, 4.°

HENRIQUEZ GOMEZ (Antonio). — *La culpa del primero peregrino*. Roan; por Laurent Maurry, 1644, 4.° Madrid; 1735. — *Sanson Nazareno*, poema heróico. Ruan; por Laurencio Maurry, 1651, folio. Ruan; en la emprenta de Laurencio Maurry, 1656, en folio menor, con láminas grabadas por Daquet. — *La Torre de Babilonia*, citada por don Nicolás Antonio. Quizá forme parte de sus *Academias morales de las Musas*, que son varios poemas y cuatro comedias, segun Brunet, el cual da las siguientes impresiones: Burdeos; Pedro de la Court, 1642, 4.° Madrid; Jos. Fern. de Buendia, 1688 y 1690 y 1734, 4.°

HERNANDEZ (Alonso). — *Historia Partenopea (del Gran Capitan en Nápoles, en versos de arte mayor), dirigida al ilustrísimo y reverendísimo señor don Bernardino de Caravajal, cardenal de Sancta Cruz, compuesta por el muy elocuente varon Alonso Hernandes, clérigo hispalensis, protonotario de la Sancta Sede Apostólica, dedicada en loor del ilustrísimo senor don Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Terranova, gran capitan de los muy altos reyes de España*. Roma; Stefano Guillen de Lorena, 1516, folio. — Así dice la portada de este curioso libro, que hemos tenido ocasion de examinar en la librería del señor don Pascual de Gayangos, y de consiguiente procedió equivocado don Nicolás Antonio, atribuyéndoselo á Luis de Gibraleon, no sabemos con qué fundamento.

HERNANDEZ BLASCO (Francisco). — *Universal redempcion, pasion, muerte y resurreccion de nuestro Señor Jesucristo*. Alcalá de Henáres; Juan Gratiano, 1584, segun Brunet, y 1621, 4.° Toledo; Pedro Rodriguez, 1598, 4.° Madrid; Imprenta Real, 1602. — No hemos visto mas edicion que la de 1602. Es un poema en octava rima, en cuatro libros: el primero contiene diez y seis cantos; el segundo otros diez y seis; el tercero trece, y el cuarto y último once. Este poema está continuado por Luis Hernandez Blasco, hermano del autor, como se ve en el artículo siguiente.

HERNANDEZ BLASCO (Luis). — *Segunda parte de la universal redempcion, en la cual se contienen los hechos de los sagrados apóstoles, sus persecuciones y varios sucesos de la Iglesia Militante*. Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1615, 4.°

HOJEDA (Padre fray Diego de). — *La Cristiada*. Sevilla; Diego Perez, 1611, 4.° — No existia mas edicion de este poema, que habia llegado á hacerse muy raro; y hoy está ya reimpreso en nuestra COLECCION, tomo I de *Poemas épicos*.

HUERTA (Jerónimo de). — *Florando de Castilla, lauro de caballeros*. Alcalá de Henares; en casa de Juan Gracian, 1588, 4.° — Tiene la aprobacion de don Alonso de Ercilla. Huerta ó Güerta, natural de Escalona, fué médico de Felipe IV. Publicó una traduccion de Plinio; (Madrid; 1624, 2 volúmenes, folio), de los *Problemas filosóficos* (Madrid; 1624, 4.°) y un tratado latino sobre la *Inmaculada Concepcion* (Madrid; 1650, 4.°) —*El Florando de Castilla* es un poema que, en cuanto á la invencion, no carece de regularidad y buen gusto.

HURTADO (Luis). — *Historia de San Joseph*, en octavas. Toledo; Pedro Rodriguez, 1598, 8.°

JÁUREGUI Y AGUILAR (Don Juan de). — *La Farsalia*, poema español, por... Madrid; Lorenzo Garcia, sin año de impresion, 4.°—*El Orfeo*, idem idem. Madrid; Juan Gonzalez, 1624, 4.° — Ambos poemas se hallan en un volúmen en 4.°, impreso por Lorenzo García, á costa de Sebastian de Armendariz, en Madrid, año 1684.

JIMENEZ AILLON (Diego). — *Hechos del Cid*. Alcalá de Henáres; Juan Iñiguez de Lequerica, 1579, 4.° La edicion príncipe es de Ambéres, casa de la viuda de Juan Lacio, 1568. — Libro raro, de que hemos visto dos ejemplares, uno en la librería del señor Gayangos, y otro, perfectamente conservado, en la Biblioteca Nacional, entre los libros que pertenecieron al señor Böhl de Faber, y lleva este título: *Los famosos y heróicos hechos del invencible y esforzado caballero, honra y flor de las Españas, el*

Cid Ruiz Diaz de Vivar con los de otros varones ilustres dellas, no menos dignos de fama y memorable recordacion. Al citar este libro el catálogo de monsieur Ternaux-Compans, impreso en el *Tesoro de los poemas españoles*, que publicó en Paris el señor Ochoa, añade lo siguiente: «Se ve por el prefacio que el autor habia seguido la carrera de las armas. En él refiere que compuso siete obras en prosa, dedicadas al duque de Saboya, al príncipe de Sulmone y al marqués de Vico. Don Nicolás Antonio, que le consagra un artículo, no las menciona. Este dato podria tal vez hacerle reconocer como autor de algunos libros de caballerías publicados bajo el velo del anónimo. Este poema, en octavas y en treinta y dos cantos, contiene toda la vida del Cid, desde su nacimiento hasta su muerte.»

Jimenez (Fernandez). — *Restauracion del Hombre.*

Jorge (Luis). — *Fábulas náuticas.*

La infanta coronada por el rey don Pedro doña Inés de Castro. — El ejemplar del señor Gayangos no tiene portada.

Lamo y Pichon (Don Bartolomé).—*La Annunciacion de María*, poema heróico, en un canto.—S. L., 1642, 4.°

Laba (Fray Francisco de). — *El sol máximo de la Iglesia, san Jerónimo*, poema heróico en octavas rítmas. Sevilla; Francisco Sanchez Reciente, 1726, 4.°

Laso de la Vega (Gabriel), criado del Rey nuestro señor, natural de Madrid.—*Primera parte de Cortés valeroso ó la Mexicana.* Madrid; Pedro Madrigal, 1588, 4.° — *Idem, emendada y añadida por su autor, dirigida á don Fernando Cortés, tercero marqués del Valle.* Lleva esta segunda impresion trece cantos mas que la primera. Madrid; Luis Sanchez, 1594, 8.°—*Elogios en loor de los tres famosos varones don Jaime, rey de Aragon, don Fernando Cortés, marqués del Valle y don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz.* Zaragoza; Alonso Rodriguez, 1601, 8.°

Leon y Luna (Don Gabriel). — *Canto conciso á la triunfante fuga y glorioso destierro de María Santísima á Egipto.*—Sin lugar ni año de impresion.

Leon y Luna.—*Fuga de Egipto de María.* (S. l. et a.)

Lista y Aragon (Don Alberto). — *La inocencia perdida*, canto épico, impreso por primera vez en el presente tomo, segundo de la *Coleccion de Poemas épicos* de nuestra Biblioteca.

Litala y Castelvi (Don Joseph). — *Poema épico y sagrado á la vida de san Jerónimo.* — Forma parte de su *Cima del Monte Parnaso Español*, etc. Caller; Onofrio Martin, 1672, 4.°

Lopez (Alfonso) el Pinciano. — *El Pelayo.* Madrid; por Luis Sanchez, 1605, 8.° — Contiene este poema veinte libros ó cantos en octavas.

Lopez de Gurrea (Don Baltasar), conde del Villar. — *Fábula de las Belidas*, poema heróico. — Forma parte de sus *Clases poéticas*, impresas en Zaragoza, por Juan de Ibar, 1665, 4.°

Lopez de Vicuña (Juan).— *Obras en verso del Homero español*, que recogió... Madrid; viuda de Luis Sanchez, 1628, 4.°

Lopez de Zárate (Francisco).—*Fiestas en la traslacion del Santísimo Sacramento á la iglesia colegial de Lerma.*— Forma parte de sus *Obras varias*, impresas en Alcalá por María Fernandez, 1651, 4.°

Lopez de Zárate (Francisco).— *Poema de la Invencion de la Cruz.* Madrid; Francisco García, 1648, 4.°

Lopez Henriquez de Calatayud (Pedro).— *El nacimiento y primeras impresas del conde Orlando.* Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba, 1594, 4.°—Este poema es una imitacion del italiano de Dolce; tiene veinte y cinco cantos y láminas grabadas en el texto.

Lorente (Don Francisco). — *La Ciudad eterna ó los cristianos*, poema en diez cantos. Madrid; don Alejandro Gomez y Fuentenebro, 1848, 8.° mayor.

Losa (Andrés de) —*Batalla y triunfo del hombre.* Sevilla; 1580, 8.°

Mallara (Juan). —*El Hércules.*—*La Psyche*, que cita como manuscristo don Nicolás Antonio.

Mansino de Quevedo (Vasco). — *Triunfo del monarca Filipo III en la felicísima entrada de Lisboa.* Lisboa; Jorge Rodriguez, 1619, 8.°

Mañer (Salvador).—*Historia de la pasion de nuestro Señor Jesucristo.* Madrid; Marin, 1752, 4.°

Martí (Luis). — *Primera parte de la historia del bienaventurado san Luis Beltran*, compuesta en octava rima. Valencia; 1583, 4.°—La segunda parte no llegó á publicarse.

Martinez (Don Diego), cura de la villa de Tacubaya.—*Piadosos recuerdos y consideraciones de los dolores que padeció la Madre de Dios y Señora nuestra en la pasion de su dulcísimo hijo Jesus, en sesenta y tres octavas.* Méjico; don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1788, 4.°

Martinez (Eugenio), natural de Toledo. — *Genealogía de la Toledana discreta*, primera parte. Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1604, 4.° — Este libro, inmenso repertorio de fábulas y aventuras caballerescas, es un verdadero laberinto, y como un compendio de todos los poemas italianos de su género. En el catálogo de monsieur Ternaux-Compans se explica su argumento, que no deja de ser curioso: Antidoro, rey de Inglaterra, da un torneo, y promete la mano de su hija y la corona al vencedor. Clarimonte, hijo de una maga, derriba á todos sus rivales. Interrumpe de repente el torneo la llegada de Sacridea, princesa de Toledo, que reclama la proteccion de todos los caballeros contra Lucinio, su primo, que intenta usurparle la corona. Clerimonte pelea contra él; sacan del palenque á ambos campeones sin sentido, y uno y otro, creyéndose vencidos, dejan la corte y van á buscar aventuras. Llega entre tanto el príncipe de Persia, bajo el nombre de caballero del Fénix, el cual, despues de haber vencido á todos los caballeros de la corte y ganado el amor de Sacridea, al ir á casarse con ella, le desafia un caballero desconocido, que resulta ser Loanisa, princesa de Oriente, que viene á vengarse del abandono en que la ha dejado. Despues de una multitud de aventuras se descubre que el príncipe de Persia es hermano de Sacridea, de modo que nada se opone á su casamiento con Roanisa. Clarimonte, que en estas idas y venidas ha hecho grandes proezas en el Peloponeso, se descuelga reclamando la mano de la princesa de Inglaterra, y aquí acaba la primera parte.—«A pesar de lo malo que es este poema, añade monsieur Ternaux-Compans, no se le puede negar al autor cierto talento para versificar, siendo notable sobre todo que las descripciones de combates, que á cada paso ocurren, nunca se repiten.» —Martinez fué monje cisterciense, y escribió un poema sobre la *vida y martirio de santa Inés.* Alcalá de Henares; Hernan Ramirez, 1592, 12.°

Martinez Guindal (Licenciado Josef).—*Poema sagrado de Cristo paciente, primera vez introducido en el mundo en las sombras del Viejo Testamento, desde el Génesis hasta los Macabeos.* Madrid; Francisco Nieto y Salcedo, 1665, 8.°

Mata (Fray Gabriel de). — *El caballero Asisio; primera, segunda y tercera parte en el nacimiento, vida y muerte del seráfico padre san Francisco.* Bilbao; Matías Mares, 1587, 4.° — *Segundo volúmen del caballero Asisio en las gloriosas vidas de cinco famosos santos de la órden, santa Clara, san Antonio de Padua, san Buenaventura, san Luis, obispo de Tolosa, y san Bernardino.* Logroño; por el mismo impresor Matías Mares, 1589, en 4.°— *Cantos morales sobre el discurso de la vida humana.* Valladolid; Herederos de Bernardino de Santo Domingo, 1594, 4.°

Maury (Don Juan María). — *Esvero y Almedora*, poema en doce cantos. Paris; 1840, 4.°—*La Agresion británica*, poema. Madrid; Imprenta Real, 1806, 8.°—Impreso entre los de este tomo.

Medinilla (Baltasar Elisio).—*Limpia Concepcion de Nuestra Señora.* Madrid; viuda de Antonio Martin, 1618, en 8.°

Melendez (Juan). — *Historia de la aparicion y milagros de nuestra Señora de la Sierra, del lugar de Villarroya.* Zaragoza; 1627, 8.°

MELENDEZ VALDÉS (Don Juan).—*La caida de Luzbel*, en un canto en octavas. Madrid: Imprenta Real, 1820, 4 volúmenes en 8.° — Reimpreso en el *Tesoro de los poemas españoles*, coleccionados en Paris, por Don Eugenio de Ochoa. Paris; Baudry, 1840, 8.° francés.

MENCOS Y MANSO DE ZÚÑIGA (Don Joaquin), baron de Bigüezal.—*El cerco de Zamora*, poema premiado por la Real Academia Española. Madrid; Imprenta Real, 1833, 4.° marquilla.

MENDEZ DE VASCONCELOS (Juan)—*Liga deshecha de los moriscos*, poema épico en diez y siete cantos. Madrid; Alonso Martin, 1612, 8.° de doscientas y siete páginas en diez y siete cantos.—*Liga deshecha por la expulsion de los moriscos de España.*

MENDOZA (Don Antonio de), comendador de Zurita.—*Vida de nuestra Señora María Santísima.* — Obra póstuma. Nápoles; Juan Francisco Paz, 1672, 8.°

MESA (Cristóbal de).—*El Patron de España.* Madrid; Alonso Martin, 1612, 8.° — En la biblioteca del señor don Pascual Gayangos existe un ejemplar que, además del *Patron de España*, comprende las *Rimas* del mismo autor, impresas en 1611, y es de presumir que la edicion del poema sea del propio año. — *Navas de Tolosa.* Madrid; P. Madrigal, 1594 y 1598, 8.° — Está aprobado por don Alonso de Ercilla, y lleva al frente un soneto laudatorio de Torcuato Tasso. — *Restauracion de España.* Madrid; Juan de la Cuesta, 1607, 8.° — *La Eneida de Virgilio.* Madrid; 1615, en 8.°—*Las églogas y geórgicas de Virgilio, y las rimas y tragedia El Pompeyo.* Madrid; por Juan de la Cuesta, 1618, en 8.°

MICHEL (Francisco). — *Crónica rimada de las cosas de España desde la muerte del rey don Pelayo hasta don Fernando el Magno, y mas particularmente de las aventuras del Cid*, publicada por primera vez por don... Viena de Austria; 1847, 8.°

MIRÓ (Don Clemente).—*Polonia sacrificada.*

MONCAYO Y GURREA (Juan de), marqués de San Felices.—*Poema trágico de Atalanta y Hipomenes.* Zaragoza; Diego Dormer, 1636, 4.°—*Fábula de Vénus y Adonis.*—*Idem de Júpiter y Calixto*, impresas ambas entre sus *Rimas.* Zaragoza; Diego Dormer, 1652, 4.°

MONTALVAN (Juan Perez de).—*Orfeo en lengua castellana.* Madrid; 1624 y 1687, 4.°

MONTEMAYOR (Jorge de). —*Historia de Alcida y Silvano.*—*Historia de los muy constantes é infelices amores de Píramo y Tisbe;* publicadas ambas á continuacion de la *Diana* del mismo Montemayor en Madrid; Imprenta Real, 1602, 8.°

MONTIANO Y LUYANDO (Don Agustin Gabriel de).—*El Robo de Dina.* — Madrid; Alonso Balvás, 1727, 4.°

MORA (Don José Joaquin). — *Leyendas españolas.* —Entre ellas hay algunas que pueden reputarse como verdaderos poemas; por ejemplo, *El Primer conde de Castilla, Don Opas*, etc. Lóndres; Juan Wertheimer y compañía, 1840, 8.° marquilla.

MOREIRA (Manuel).—*Poema africano; sucesos de don Fernando Mascareñas en el decurso de seis años.* Cádiz; Juan de Borja, 1655, 4.°—Poema muy curioso, históricamente considerado, y muy raro, del cual no tuvo noticia don Nicolás Antonio.

MOSQUERA DE BARNUEVO (El licenciado don Francisco), natural de Soria.—*La Numantina, dirigida á la nobilísima ciudad de Soria.* Sevilla; Luis Estupiñan, 1612, 4.° — Poema en quince cantos en octavas con unas notas curiosísimas para la historia y hechos memorables de los numantinos.

NIEVA (El licenciado Sebastian de Nieva Calvo).—*La mejor mujer, madre y Vírgen, sus excelencias, vida y grandezas, repartido por sus fiestas todas.* Madrid; Juan Gonzalez, 1625, 4.°—Poema sacro en catorce cantos, que aprobó Lope de Vega, en Madrid á 18 de agosto de 1624.

NOROÑA (Conde de).— *Omniada*, poema en verso libre. Madrid; Imprenta Real, 1816, 2 volúmenes en 8.°—*La Quicaida*, poema heróico-cómico. — Impreso en el tomo de las poesías del autor. Madrid; Vega y compañía, 1779, 8.°

OIZA (Vicente de).—*Epílogo en octava rima de la vida del bienaventurado Luis Gonzaga.* Milan; sin año; 8.°

OLIVER Y FULLANA (Nicolás).— *Descripcion de las Islas Baleares*, poema que se insertó en el tomo de España del Atlas Blaviano. Amsterdam; 1663.

OÑA (El licenciado Pedro de), natural de Infantes de Engol en Chile.—*El Ignacio de Cantabria;* primera parte. Sevilla; Francisco de Lyra, 1639, 4.° — *Temblor de Lima el año de* 1609. Lima; 1609. — *Arauco domado.* En la ciudad de los Reyes; por Antonio Ricardo de Turin, 1596, 4.° Madrid; 1599, 4.°; 1605, 4.° Valparaiso, Imprenta Europea, 1849, 8.° — Va inserto en el presente tomo.

ORTEGA (Fray Francisco).—*El Monserrate*, poema heróico.

OSEGUERA (Diego de), contino de la casa de su majestad, natural de la villa de Dueñas.— *Libro intitulado Estaciones del cristiano.* Trata de las mercedes que Dios ha hecho al hombre. Valladolid; Diego Fernandez de Córdoba, 1580, 4.°

OTUARTE (Don Cayetano María de). — *La Dulciada*, poema épico dividido en siete cantos. Madrid; don M. de Búrgos, 1833, 8.°

OVANDO SANTAREN (Don Juan de). — *Descripcion panegírica de Málaga*, impresa en sus *Ocios de Castalia.* Málaga; Mateo Lopez Hidalgo, 1665, 4.°—*Orfeo militar.* Málaga; Mateo Lopez Hidalgo, 1688, 4.°

OVIEDO Y HERRERA (Don Luis Antonio), conde de la Granja. —*Vida de santa Rosa de Santa María, natural de Lima y patrona del Perú;* poema heróico. Madrid; Juan García Infanzon, 1711, 4.°

PADILLA (Juan de).—*Retablo de la vida de Cristo.* Sevilla; Juan Valva, 1550. — Esta impresion no tiene nombre de autor. Hemos tenido presente la hecha en Valladolid por Diego Fernandez de Córdoba en 1582, letra de tórtis, á dos columnas, folio.—*Los doce triunfos de los doce apóstoles, fechos por el Cartujano;* poema heróico cristiano del Homero y Dante español, dado á luz por don Miguel del Riego. — Va adjunto el *Retablo de la vida de Cristo y el auto de Dios*, de Mencos. Lóndres; Cárlos Wood, 1841, folio.—*Grandezas y excelencias de la Vírgen Señora nuestra*, compuestas en octava rima. Madrid; P. Madrigal, 1587, 8.°

PADILLA (Fray Pedro de), natural de Linares, carmelita calzado en Madrid, amigo íntimo de Cervantes y elogiado por este. — *Grandezas y excelencias de la Vírgen nuestra Señora.* Madrid; Pedro Madrigal, 1587, 8.° Madrid; por Vega y compañía, 1806, 8.°—Tradujo además *El segundo cerco de Dio*, compuesto por Jerónimo de Corte Real. Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1597, 12.°

PALAU (Bartolomé). — *Victoria de Cristo.* Valencia; por Juan Navarro, 1583, 8.°

PAULO (Francisco Gregorio).—*La vida de san Ramon Nonato*, en octavas. Zaragoza; 1618, 4.°

PELEGRIN CATALAN (Blasco). — *Trofeo del oro, donde el oro muestra su poder mayor que el del sol y la tierra, con allegaciones de todas las tres partes pretendientes, habiendo cada uno contado su valor.* Zaragoza; Domingo de Portonariis y Ursino, 1579, 4.°

PELLICER DE TOBAR ABARZA (Josef). — *La Astrea sáfica, panegírico al gran monarca de las Españas y Nuevo-Mundo, en que recopila los mayores sucesos de su felicísimo reinado hasta el año de* 1635. Zaragoza; Pedro Verges, 1641, 8.°

PERALTA (P. de) Barnuevo.—*Lima fundada.* Lima; 1732, 2 volúmenes, 4.°

PEREZ DE CULLA (Vicente). — *Expulsion de los moriscos rebeldes de la Sierra y Muela de Cortes, por Simeon Zapata, valenciano.* Valencia; Juan Bautista Marzal, 1633, 4.°

PINTO DELGADO (Joan).—*Poema de la reina Ester*, en sextinas.— Van añadidas las *Lamentaciones de Jeremías*, la *Historia de Rut* y varias poesías. A Roven; chez David du Petit Val, imprimeur ordinaire du Roy, 1627, 8.°

PISON Y VARGAS (Don Juan).—*La Perromaquia*, invencion poética en ocho cantos. Madrid; don Antonio de Sancha, 1786, 4.°

PLANO (Don Juan de). — *El Seno de Abraham*, poema en tres cantos, escrito en silvas. Madrid; García y compañía, 1803, 8.°

PORTALEGRE (Fray Antonio de), franciscano portugués.—*A Paisao de Christo*, metrificada en lengua portuguesa y castellana. Coimbra; 1581.

PORTILLA DUQUE (Juan de la) —*España restaurada por la Cruz*. Madrid; 1661, 4.°

PUJOL (Jaime).—*Relacion poética de las fiestas que hizo el marqués de la Casta, virey de Mallorca, por la ida á Madrid del serenísimo señor infante don Juan*. Mallorca; Francisco Oliver, 1677, 4.°

QUERO (Don Manuel de). — *El Hombre*, ensayo épico en tres cantos. Sevilla; don Francisco Álvarez y compañía, 1848, 8.°

QUIRÓS (Juan de). — *Cristopatía*. Toledo; Juan Ferrer, 1555, 8.°

RAMOS DEL MANZANO (Juan). — *Abides ó el Pastor regio*.

REBOLLEDO DE PALAFOX (Don Bernabé de), marqués de Lazan.—*Métrica historia, sagrada, profana y general del mundo; sus tres primeras edades sobre el libro de El Génesis*. Zaragoza; por Juan Malo, 1754, 4.°

REINA CEVALLOS (Miguel de).—*La Elocuencia del silencio*, poema heróico. — *Vida y martirio de san Juan Nepomuceno*. Madrid; por Diego Miguel de Peralta, 1738, 4.°

REINOSA (Fray Pedro de). —*Histórico-sacro poema*, en octavas reales. *La Prodigiosa fénix de la Gracia* (Santa Casilda), etc. Madrid; Lorenzo Francisco Mojados, 1727, 4.°

REINOSO (Don Félix José).— *La inocencia perdida*, poema épico en dos cantos, impreso en 1804, y con posterioridad en el *Tesoro de poemas españoles* de la coleccion de Paris, Baudry; 1840, 8.° francés.

REJON DE SILVA (Don Diego).— *La Pintura*, poema en tres cantos. Segovia; 1786.

REYES (Gaspar de los) —*Pasion de Cristo*. Sevilla; 1613, 8.°

REYES (Fray Gaspar de los), del órden de San Agustin, músico y poeta de una memoria felicísima, que dice don Nicolás Antonio. — *Obra de la redencion y de la pasion de Cristo*, en octavas. Sevilla; 1613, en 8.°

RIBERA (Antonio). — *Poema de la limpia concepcion de Nuestra Señora*. Sevilla, 1616, 4.°

RIBERA (Fernando de).—*La guerra de Granada que hicieron los Reyes Católicos*.—Así lo afirma don Nicolás Antonio, y copiando á Estéban de Garibay en su compendio de *Historia de España*, libro 18, capítulo 1.°, añade: *Fernando de Ribera, vecino de Baza, escribió en metro castellano la Guerra de Granada, con opinion de toda verdad y elocuencia poética. Cuya obra escriben haber adulterado don Enrique Henriquez, tio y mayordomo mayor del mismo rey don Fernando, porque el autor no le loaba cuanto él quisiera*.

RODRIGUEZ DE CASTRO (Estéban), portugués. — *Fábula de Arion*; impresa entre las *Rimas* del autor. Florencia; Zanobio Pinhoni, 1625, 8.°

RODRIGUEZ DE VARGAS (Damian). — *La verdadera hermandad de los cinco mártires de Arabia*. Toledo; 1621, 4.°

ROMERO DE CEPEDA (Joaquin). —*La Destruicion de Troya, Conserva espiritual*. Medina del Campo; por Francisco del Canto, 1588, 8.°

RUFO GUTIERREZ (Juan).—*La Austriada*. Madrid; 1584. Toledo; Juan Rodriguez, 1585, 12.° Alcalá de Henares; Juan Gracian, 1586, 8.°—Poema épico, aplaudido por el Cura en el donoso escrutinio de la librería del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Va reimpreso en este tomo.

RUIZ DE FIGUEROA (Gonzalo). —*Psyches y Cupido*. — *Juicio de París*.

RUIZ DE LA VEGA (Don Domingo).— *El Pelayo*, poema épico. Madrid, viuda de M. Calero, 1840, 3 vol. 8.° mayor.

RUIZ DE LEON (Don Francisco).—*Hernandia; triunfos de la fe y glorias de las armas españolas*, etc. Madrid; imprenta de la viuda de M. Fernandez, 1755, 4.°

SAAVEDRA (Don Angel de), duque de Rivas.—*El paso honroso*, poema en cuatro cantos. — Impreso en el tomo II de su Coleccion de poesías. Madrid: Sancha, 1821, 8.°— *El moro expósito ó Córdoba y Búrgos en el siglo X*; leyenda en doce romances endecasílabos. Paris; 1834. 2 volúmenes 12.° mayor.

SAAVEDRA GUZMAN (Don Antonio de), natural de Méjico. — *El Peregrino indiano*. Madrid; en casa de Pedro Madrigal, 1599, 8.° — Poema en veinte cantos en octava rima, que trata de la conquista de Méjico por Hernan Cortés.

SA DE MENESES (Francisco). — *Malaca conquistada por el grande Alburquerque;* poema heróico. Lisboa; 1624, en 8.°

SALAS BARBADILLO (Alonso Jerónimo de). — *Recaredo y Rosimunda;* novela amorosa, escrita en octavas, inserta en la primera parte de *El subtil cordobés Pedro de Urdemalas*. — A don Fernando Pimentel y Requesens.— Con un tratado del *Caballero perfecto*. Madrid; Juan de la Cuesta, 1620, 8.° — Este poema comienza en el folio 62 de la novela; se interrumpe en la octava LXVI, al folio 76 vuelto, y prosigue al folio 111 vuelto, repitiéndose dicha octava LXVI, y prosigue hasta el folio 126, en que termina. — *Patrona de Madrid restituida*. Madrid; 1609 y 1750, ambas en 8.° — Poema épico en doce libros ó cantos, que fué aprobado en Madrid á 5 de enero de 1609 por el célebre poeta Vicente Espinel, y en 25 de los mismos mes y año por el no menos célebre predicador y escritor fray Cristóbal de Fonseca.

SALAZAR Y TORRES (Don Agustin). — *Fábula de Euridice y Orfeo*, impresa en su *Cítara de Apolo*. Madrid; Francisco Sanz, 1681, 4.°

SALCEDO CORONEL (Don García de).—*Ariadna*, canto en octavas. Madrid; Juan Delgado, 1624, 4.°

SALDUEÑA (Don Alonso Solís), conde de Saldueña. — *El Pelayo*. Madrid; oficina de Antonio Marin, 1754, 4.° — Es un poema en octavas en doce cantos.

SALGADO Y CAMARGO (Don Fernando). — *El santo milagroso augustiniano, san Nicolás de Tolentino*, poema heróico. Madrid; Imprenta Real, 1628, 4.°

SALINAS (Emmanuel de).— *La casta Susana*. Huesca; 1651.

SAN AGUSTIN (Fray Juan de). — *Triunfo panegírico, aplauso real y sagrado, celebracion festiva que al nuevo culto que á san Fernando III, rey de Castilla y Leon, concedió nuestro muy santo padre Clemente X, consagró la muy ilustre iglesia de Sevilla*. Sevilla; Tomé de Dios Miranda, 1671, 4.°

SANCHEZ (Don Angel), sacerdote de la extinguida compañía de Jesus, natural de Rioseco.—*La Titiada*, compuesta en doce libros y escrita en silva. Madrid, viuda de don Joaquín Ibarra, 1793, 2 volúmenes en 8.°

SANCHEZ DE LA CÁMARA (Diego). — *Pasion de Cristo*. Madrid; Quirino Gerardo, 1589, 8.°

SANCHEZ GALINDO (Benito). — *Victoria de Cristo*. Barcelona; Sanson Athut, 1576, 4.°

SAN MARTIN (Gregorio de).—*El triunfo mas famoso que hizo Lisboa á la entrada del rey Felipe III de España y II de Portugal*. Lisboa; Pedro Craesbeeck, 1624, 4.°

SAN PEDRO (Anónimo de).—*Caballería celestial*.

SANTISTÉBAN Y OSORIO (Don Diego) —*Cuarta y quinta parte de la Araucana, dirigida á don Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos, Andrade y de Villalba*. —La cuarta parte en trece cantos y la quinta en veinte. Salamanca; Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.° — *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas*. Madrid, Suarez de Castro, 1599, 12.°

SANZ (Hipólito). — *La Maltea, en que se trata la famosa defensa de la religion de San Juan en la isla de Malta*. Valencia; Juan Navarro, 1582, 8.°

SAVARIEGO DE SANTANA (Gaspar). — *Iberiada, hechos de Scipion Africano en estas partes de España*. Valladolid; Luis Sanchez, 1603, 8.°

SAZATORNIL (Don Juan Antonio). *Napoleon*.

SEGURA DE ASTORGA (Juan Lorenzo).—*Poema de Alejandro*

Magno.—Se imprimió en el volúmen tercero de la coleccion de *Poesías Castellanas anteriores al siglo* XV, publicada por don Tomás Antonio Sanchez. Madrid; don Antonio de Sancha, 1782, 8.°

SEGURA (Fray Bartolomé).—*Amazona cristiana.*—*Vida de la beata madre Teresa de Jesus.* Valladolid; Francisco Fernandez de Córdoba, 1619, 12.°

SEMPERE (Hierónimo).—*La Carolea*, primera y segunda parte. Trata las victorias del máximo Cárlos V, emperador invictísimo, rey de España. Valencia; Juan Arcos, 1560, 8.°

SIERRA (Alfonso de).—*Misterios de la vida de Cristo y Vírgen Santísima.*—1605.

SILVA (Helena de).—*Pasion de Cristo.*

SILVEIRA (Miguel de).—*El Macabeo.* Nápoles; Egidio Longo, 1638, 4.° Madrid; Francisco Martinez Abad, 1751, 8.°

SILVESTRE (José de), marqués de Cuellar, despues duque de Alburquerque.—*El robo de Proserpina*, poema heróico-cómico. Madrid; 1751, 4.°

SILVESTRE (Pedro).—*La Proserpina*, poema heróico jocoserio. Madrid; Francisco del Hierro, 1721, 4.°

SOLÍS FOLCH DE CARDONA, etc. (Don Alonso), conde de Salducña.—*El Pelayo*, poema en doce cantos. Madrid; Antonio Marin, 1754, 4.°

SOSA (Gaspar de).—*Historia de los tumultos de Nápoles.*

SOTO DE ROJAS (Pedro). — *Los rayos de Faeton.* Granada; Baltasar Bolibar, 1652, 4.°—*Fragmentos de Adónis.* Idem, idem.

SUAREZ DE ALARCON (Juan). — *La infanta coronada doña Inés de Castro.* Lisboa; 1606, 4.°

SUAREZ DE FIGUEROA (Cristóbal). — *España defendida*, poema heróico. Madrid; Juan de la Cuesta, 1612, 4.°

SUAREZ DE VARGAS (Cristóbal). — *Descension de nuestra Señora á la santa iglesia de Toledo.* Toledo; 1656, 8.°

TAFALLA NEGRETE (Don Josef). — *Justas que celebró el reino de Aragon en la beatificacion de san Pedro Arbués.* — En la coleccion del autor titulada *Ramillete poético.* Zaragoza; Manuel Roman, 1706, 4.°

TAMARIZ (Cristóbal).— *Historia de los santos mártires de la Cartuja, que padecieron en Lóndres*, en seis cantos y en octavas. Sevilla; A. de la Barrera, 1584, 4.°

TAPIA (Don Eugenio de).—*Sevilla restaurada*, fragmentos de un poema épico, intitulado...—Forma parte de la coleccion de poesías del autor. Imprenta Nacional, 1821, 8.°

TARSIS (Don Juan de), conde de Villamediana.—*Fábula de Faeton.* — *Fábula de Apolo y Dafne* — Impresas en la coleccion de sus obras, recogidas por el licenciado Dionisio Hipólito de los Valles. Madrid; María de Quiñones, 1635, 4.°

TORENO (Conde de).—*La muerte de Abel*, poema. Madrid; 1779, 8.°

TORRADO DE GUZMAN (Don Pedro). — *Triunfos de Jesus.* — Sevilla; 1672, 4.° — *Triunfo inmaculado de la emperatriz del cielo y tierra, María.* Sevilla; Juan Francisco Blas, 1669, 4.°

TORREPALMA (Conde de).—*V. Verdugo de Castilla.*

TOVAR (Luis de). — *Poema místico del glorioso santo Antonio de Padua*, en trece libros y en octavas. Lisboa; Pedro Craesbeck, 1616, 12.°

TRIGUEROS (Don Cándido María).—*La Riada;* describese la terrible inundacion que molestó á Sevilla en los últimos dias del año 1783 y los primeros de 1784. Sevilla; Vazquez y compañía, 1784, 8.°

TRILLO Y FIGUEROA (Francisco de). — *La Neapolisea*, poema heróico del Gran Capitan. Granada; Baltasar de Bolivar y Francisco Sanchez, 1651, 4.°

ULLOA PEREIRA (Don Luis).—*Alfonso VIII, rey de Castilla, príncipe perfecto, detenido en Toledo por los amores de Hermosa ó Raquel, hebrea, muerta por el furor de los vasallos.*—En su coleccion de prosa y verso. Madrid; Imprenta Real, 1630, 4.° Madrid; Francisco Sanz, 1674, en 4.° Forma parte de este segundo tomo.

URREA (Jerónimo de).—*El caballero determinado.*— *Cárlos vitorioso.* MS. segun don Nicolás Antonio.

UZIEL (El doctor Jacobo).—*David*, poema heróico en doce cantos. Venecia; Barezzo Barezzi, 1624, 8.°

VACA DE GUZMAN (Don José María). — *Las Naves de Cortés destruidas.* Madrid; don Joaquin Ibarra, 1778. Joseph Ibarra, 1789, 8.° — Forma parte del presente tomo.

VALBUENA (El doctor don Bernardo de). — *El Bernardo ó la victoria de Roncesvalles.* Madrid; Diego Flamenco, 1624, 4.° Idem, don Antonio de Sancha, 1807, 3 tomos en 8.° —Va incluido además en el tomo I de nuestra COLECCION. Escribió tambien: — *La Grandeza mejicana.* Méjico; 1604.—*El siglo de oro en las selvas de Erifile.* Madrid; 1608.—De estas dos obras hizo una edicion la Real Academia Española en la imprenta de Ibarra en 1821.

VALDIVIELSO (El maestro José de). — *Sagrario de Toledo*, poema heróico. Madrid; Luis Sanchez, 1616. Barcelona; Estéban Liberos, 1618, las dos en 8.°—*Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca san José.* Toledo; 1607. Madrid; 1612, 8.° Madrid; oficina de Francisco del Hierro, 1727, en 3 volúmenes en 4.°—Comentada la obra por el doctor don Diego Suarez de Figueroa. La reimprimimos en este tomo de la BIBLIOTECA.

VALVERDE (Reverendo padre maestro fray Fernando de). — *El santuario de nuestra Señora de Copacabana*, en diez y ocho silvas. Lima; Luis de Lira, 1641, 4.°

VALVIDARES Y LONGO (Fray Ramon). — *La Iberiada.* Cádiz; don Vicente Lema, 1813, 2 volúmenes en 4.° Madrid; E. Aguado, 1825, 2 volúmenes en 4.°

VARGAS (Baltasar de).—*Breve relacion en octava rima de la jornada que ha hecho el illustrissimo y excelentissimo senor duque de Alba desde Espana hasta los Estados de Flándes*, poema en octavas. Anvers; Amato Tavernerio, 1568, 8.°

VARGAS Y PONCE (Don José).—*El Peso Duro*, poema épico. Madrid; imprenta que fué de Fuentenebro, 1813, 8.°

VATRES (Alfonso de).—*Fábula de Adónis y Vénus.*

VAYO (Don Estanislao de Koska).—*El Cid.*

VEGA (Bernardo de la). — *La bella Cotalda y cerco de París.* Méjico; 1601, 8.°

VEGA CARPIO (Lope Félix de).—*La vírgen de la Almudena.* — *La hermosura de Angélica* y *La Dragontea.* — Estos dos poemas se imprimieron juntamente con otras poesías en Madrid; por Pedro de Madrigal, 1602, 8.° — *La Circe y otros poemas.* — *La manana de San Juan.* Madrid; 1625.—*Jerusalen conquistada.* Madrid; 1608. Barcelona; imprenta de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1609, 8.°—*Fiestas en la traslacion del santísimo Sacramento á la iglesia mayor de Lerma.* Valencia; Joseph Gasch; 1612, 8.°

VEGA (Gabriel de la). — *La Feliz campaña y los dichosos progresos que tuvieron las armas de su majestad católica el rey don Felipe IV en estos Países-Bajos el ano de 1642*, etc. Sin lugar de impresion, 1643.

VEGA (Don Ventura de la).—*A la gloriosa entrada del rey nuestro senor en Madrid, despues de pacificar la Cataluna*, canto épico.—Forma parte de la coleccion de composiciones escritas con tal motivo, impresas en Madrid; don Leon Amarita, 1828, 4.°

VERA Y FIGUEROA (Juan Antonio).—*El Fernando, ó Sevilla restaurada*, poema épico escrito con los versos de la *Gerusalemme liberata* del insigne Torquato Tasso. Sevilla; 1625. Milan; H. Estefano, 1632, 4.°—Esta edicion con estampas, y las dos en 4.°

VERA ORDOÑEZ DE VILLAQUIRAN (Diego de).—*Heroidas belicas y amorosas.* Barcelona; Lorenzo Deu, 1622, 4.°

VERDUGO DE CASTILLA (Don Alonso), conde de Torrepalma. — *El Deucalion*, poema en octavas; impreso en el tomo III del *Parnaso español* de SEDANO, p. 86. Madrid; don Joaquin de Ibarra, 1770, 8.° y en las *Poesías selectas castellanas*, por don Manuel José Quintana, al to-

mo III, p. 405. Madrid; Gomez Fuentenebro y compañia, 1807, en 8.°—Tambien va incluido en el presente tomo.

Vergara Salcedo (Don Sebastian Ventura). — *Panegírico al duque de Nájera.* — Impreso en su coleccion de poesías titulada *Ideas de Apolo*, etc. Madrid; Andrés Garcia, 1666, 4.°

Vezilla Castellanos (Pedro de la). — *El Leon de España*, en versos, primera y segunda parte. — *Antigüedades de Leon, martirios de san Marcelo, sus doce hijos y otros santos.* Salamanca; Juan Fernandez, 1586, 8.°— Es uno de los libros condenados en el escrutinio de la librería de don Quijote.

Viana (Antonio de). — *Antigüedades de las islas Fortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife y aparecimiento de la imágen de Candelaria.* Sevilla; 1604, 8.°—Es libro rarísimo, que solo hemos visto citado.

Villagra (El capitan Gaspar de). — *Historia de la Nueva Méjico*, del capitan Gaspar de Villagra. Alcalá; Luis Martinez Grande, 1610, 8.° — Poema en verso suelto en treinta y cuatro cantos. Aprobaron este libro los famosos poetas el maestro Espinel y el doctor Cetina, en Madrid, á 9 y 10 de diciembre de 1609.

Villaviciosa (El doctor don José de). — *La Mosquea*, poética inventiva, en octava rima. Cuenca; Domingo de la Iglesia, 1615, 12.° Madrid; viuda de Francisco del Hierro, 1732, 8.° Id.; don Antonio de Sancha, 1777, 8.° — Comprendida en el tomo I de *Poemas épicos* de nuestra Coleccion.

Virués (Cristóbal de). — *Historia del Monserrate.* Madrid; Querino Geraldo, 1588, y no 87, como afirman don Nicolás Antonio y don Vicente Jimeno. — Se repitió en 1601; en Milan por Gratiadio Ferrioli en 1602, y en Madrid por Alonso Martin en 1609, y por don Gabriel de Sancha en 1805. La edicion de Milan, hecha por el mismo autor, es una refundicion de la primitiva. Hemos incluido tambien este poema en el tomo I de nuestra Coleccion. Virués fué asimismo poeta lírico y dramático, autor de las tragedias *La gran Semíramis*, *La cruel Casandra*, *Atila Furioso*, *La infelice Marcela* y *Elisa Dido.*

Virués y Spínola (Don José Joaquin). — *El cerco de Zamora*, poema en cinco cantos. Madrid; Búrgos, 1832, 8.°

Vivas de Contreras (Francisco). — *Grandezas divinas, vida y muerte de nuestro Salvador Jesucristo... ahora nuevamente reducidas al lenguaje y estilo comun destos tiempos por el licenciado don Fernando Vivas de Contreras, su nieto.* Madrid; Diego Diaz de la Carrera, 1643, 4.°

Yague de Salas (Juan). — *Los Amantes de Teruel, epopeya trágica con la restauracion de España por la parte de Sobrarve y conquista del reino de Valencia.* Valencia; Pedro Patricio Mey, 1616, 8.°

Zamora (Lorenzo de). — *La Saguntina.* Alcalá; Juan Iñiguez de Lequerica, 1587, 8.° Madrid, Juan de la Cuesta, 1607, 8.°, con el título de *Primera parte de la Historia de Sagunto, Numancia y Cartago.* — Este autor es menos célebre como poeta que como teólogo.

Zapata (Luis). — *Cárlos famoso.* Valencia; Juan Mey, 1566, 4.°

LA AUSTRIADA,

DE JUAN RUFO,

JURADO DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA.

DIRIGIDA A LA SACRA, CESAREA REAL MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ DE ROMANOS,

REINA DE BOHEMIA Y HUNGRÍA, ETC.

SACRA, CESAREA REAL MAJESTAD,

AL deseo que toda mi vida he tenido de servir á vuestra majestad, acompañado de las heróicas virtudes que en su real persona resplandecen, se ha juntado la obligacion en que vuestra majestad pone á estos reinos con volver á ellos, sin ser parte para estorballo las caras prendas que deja en Alemania, ni los muchos años que en ella ha imperado; negocio digno de que España, ufana y agradecida, le celebre con eternas alabanzas, pues vuelve á sus entrañas quien nos honra con su autoridad y ser, quien nos edifica con su santa vida, quien nos alumbra con su divino entendimiento, y quien nos consuela con su piedad afable, y generosa largueza, en compañía del Rey nuestro señor, que con la de tal hermana aliviará mucha parte de los graves y continuos cuidados que le resultan del gran peso de su poder y monarquía. Guarde Dios á vuestra majestad muchos años con larga vida y entera salud por el bien y merced que nos ha hecho con su buena vida, á cuya memoria, procurando yo corresponder como puedo, ofrezco y consagro este tributo humilde de mi talento, para que siempre viva en la de los hombres la verdadera historia que en verso escribí, y el testimonio del amor y reverencia que tengo, tuve y tendré á tan gran princesa y señora. Vuestra majestad se sirva de aceptar este servicio, pequeño respeto de su grandeza, pero el mayor que yo pude hacerle, así por ser el fruto que cogí de mi tiempo, que, segun los filósofos, es la mas preciosa joya, como porque el sugeto es el señor don Juan de Austria, hermano menor de vuestra majestad, y obedientísimo siempre á su servicio. Su alteza me mandó ocupar en escribir su vida, que, con ser breve, dió larga materia en que volasen muchas plumas mejores que la mia; y si hizo elecion della, siendo tan falta de lo que á otros sobra, debió ser porque sus hechos esclarecidos tenian poca necesidad del ornamento y primor de los elocuentes y graves escriptores. La soledad y falta que su vida hace ha despertado un general deseo de leer cosas suyas en muchas personas de autoridad, á cuya instancia determiné sacar á luz esta primera parte de mi escriptura. Vuestra majestad sea servida de amparar mi justo propósito de la malicia, que es implacable enemigo, y me argüirá de los yerros que han de ser causa para que la envidia me perdone, aunque tampoco me aseguro della por lo bien que empleé mi cuidado y estudio, y habello acertado á dedicar al merecimiento de vuestra majestad, que Dios nuestro Señor guarde y prospere, como puede, y todos deseamos.—Fecha en Madrid, 20 de marzo de 1582.

Humildísimo siervo de vuestra majestad,

JUAN RUFO.

AL LECTOR.

Si en este mi libro hallares algo bueno, agradécelo á mi trabajo, y las faltas perdónalas á la rudeza de mi ingenio; acertarás en lo uno y en lo otro. Las materias de que trato son difusas, y en ellas intervinieron diversas maneras de personas, tiempos, lugares y sucesos. Si de algunos dignos de memoria te pareciere que no hago mencion, cree que no ha sido pasion ó negligencia, sino falta de relaciones; y aunque pudiera excusarme con decir que esta obra es una curiosidad escripta en verso, y que no está obligada á ser historia general, digo que quien con razon pudiere quejarse, sea á mí, y no de mí, que en otra impresion quedará sin queja, como yo sin culpa. En cuanto al hecho de la verdad de las cosas que trato, forzosamente habrá diferentes opiniones, como las hay en todos los casos de que muchos deponen; lo que yo pude hacer fué en las evidencias estar á lo cierto, y en las dudas atenerme á lo verisímil, porque si esta no fuera mi intencion, mas espacioso campo hallara para escribir, y mas oportunidad para explicarme, en otros sugetos de invencion, que en el de historia, y tan moderna. De dos cosas no se me podrá hacer cargo: la una, de que no tomé el consejo de Horacio, pues gasté diez años de perpetuo estudio en componer y limar este tratado; y la otra, de que antes de sacalle en público no consulté gravísimos tribunales, por cuyo aplauso y autoridad fuí, no solo conhortado, pero casi compelido á manifestarlo, como constará por lo precedente. Los defetos que fueren enmendables me hallarán oyéndolos detrás de la tabla con el pincel en la mano, obediente á cualquiera que alegare verdad, por rústico que sea; mas si el contexto entero desta escriptura padece general detrimento, no faltará tiempo que la mate ni olvido que la sepulte, infelice y único remedio de malos escriptores.

SONETO

DE PEDRO GUTIERREZ RUFO, HERMANO DEL AUTOR.

Caro amigo, señor y hermano mio,
A quien de sus grandezas tanta parte
El cielo ha dado, que con ser yo parte,
Las oso celebrar sin desvarío;
Por quien se ufana el Bétis, sacro rio,
Viendo acordarse á vuestro ingenio y arte
La lira y el furor de Apolo y Marte,
Exaltando la Iglesia y bando pio.
Aunque tal gloria os da la patria amada,
Recebid, nuevo Homero, alegremente
Esta nueva primicia de mi mano,
Empresa para mi bien señalada;
Que si os alabo á vos incapazmente,
Basta alabarme á mí de vuestro hermano.

SONETO

DEL LICENCIADO MIGUEL DE BAEZA MONTOYA.

Sonora trompa, que el valor hispano
Con eternas memorias enriqueces,
Gallardo entendimiento, que engrandeces
La fama de don Juan el soberano;
El ingenio mas alto y mas galano,
En llegando á decir lo que mereces,
Enarcando las cejas, le enmudeces
Con digna admiracion de mas que humano;
Que tanta majestad, tanta grandeza,
Tan profundas sentencias, tan desnudas
Verdades en tus versos resplandecen,
Que en queriendo llegar á tanta alteza,
Las mas discretas lenguas quedan mudas,
Pagando con silencio lo que ofrecen.

ESTANCIAS

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Después que de clarísimos varones
Fué madre la gran Córdoba dichosa,
Hijos que cada cual por mil naciones
Mas rica la dejaron y famosa;
Para que no olvidase tantos dones
La mano del muy Alto poderosa,
En uno quiso darle todo cuanto
En muchos dividido valió tanto.
Es Rufo aquesta cifra, donde cabe
La ciencia que mil vasos tuvo llenos;
Lo que supieron todos solo sabe,
Y en duda está si todos fueron menos;
La doctrina de Séneca mas grave,
Camino tan sabido de los buenos,
Y resplandor de Córdoba y España,
En sus doctas sentencias le acompaña.
Ni el estilo le falta verdadero
Del que cantó tus guerras, bella Italia,
Y aquella sujecion y yugo fiero
Nacidos en los campos de Tesalia,
Pues si invidioso deste, mandó Nero,
Antes que diese fin á la Farsalia,
Privarle de la vida, ¿qué le diera
A Rufo, si en su tiempo floresciera?
Por eso quiso Dios, como tan justo,
Que, pues á todos estos les excede,
Y (con tu paz, Maron, y grato gusto,
Si no mayor, igual á tí ser puede)
En tiempo venga del felice Augusto,
Que Dios este renombre le concede
Al gran Filipe, príncipe segundo
En nombre, y el mayor de todo el mundo.

SONETO

DE DON LUIS DE VÁRGAS.

Apolíneo jurado, á quien jurado
Las musas han de dar favor contino
Y coronar con palma y lauro dino
Las dignas sienes de mayor dictado;
No fué el Maron, de todos tan nombrado,
Ni Valerio, Propercio, Enio ó Licino,
Ni el gran Homero, Emilio ó Afronino,
Con mas justa razon de Apolo honrado;
Porque, si ellos cantaron las hazañas
De varones sin ley, que deseosos
Anduvieron de fama y nombre raro,
Tú cantaste victorias mas extrañas,
Hechos mayores, casos mas famosos
Del jóven de Austria, de la Iglesia amparo.

SONETO

DE DON DIEGO DE RÓJAS MANRIQUE.

Clarísimo don Juan, la fama inmensa
Con que ocupaste tierra, mar y cielo,
Si la cubriera olvido en este suelo,
Sintiera con razon tan grave ofensa;
Y así, no quiso mas estar suspensa
La pluma á tí debida y á tu celo;
Antes con dulce canto dar consuelo
Al mundo, y á tus hechos recompensa:
A tal espada, Príncipe, tal pluma,
Y á victorias tan altas tal historia
Quiso el cielo aplicar con arte santa,
Que si, ilustre don Juan, en tí se suma
Eterna fama con eterna gloria,
Tú y ellas en tu Rufo, que las canta.

SONETO

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

Cantaste, Rufo, tan heróicamente
De aquel César novel la augusta historia,
Que está dudosa entre los dos la gloria,
Y á cuál se deba dar ninguno siente;
Y así, la fama (que hoy de gente en gente
Quiere que de los dos la igual memoria
Del tiempo y del olvido haya victoria)
Ciñe de lauro á cada cual la frente.
Debeis con gran razon ser igualados,
Pues fuistes cada cual único en su arte,
Él solo en armas, vos en letras solo,
Y al fin ambos igualmente ayudados,
Él de la espada del sangriento Marte,
Vos de la lira del sagrado Apolo.

SONETO

DE MIGUEL DE CERVÁNTES.

¡Oh venturosa, levantada pluma,
Que en la empresa mas alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma!
Calle de hoy mas el escriptor de Numa,
Que nadie llegará donde llegaste,
Pues en tan raros versos celebraste
Tan raro capitan, virtud tan suma.
¡Dichoso el celebrado y quien celebra,
Y no menos dichoso todo el suelo
Que de tanto bien goza en esta historia!
En quien envidia ó tiempo no harán quiebra;
Antes hará con justo celo el cielo
Eterna mas que el tiempo su memoria.

SONETO

DE FRANCISCO CABERO.

Tanto cortó, don Juan, tu aguda espada,
Y tanto sujetó tu brazo osado,
Que tuvo un tiempo tu felice hado
La fama por mil causas admirada;
Mas, como á celebrarte era obligada,
Dió el cargo á Rufo, tu fiel criado,
Cuyo cantar suave y levantado
Al mundo vuelve aquella edad dorada.
Tú pues, sabio lector, con grato oido
Este heróico poema escucha y mira,
Y en él verás las cosas mas perfetas;
Oye del mayor príncipe nacido
La dulce historia en la acordada lira
Del príncipe jurado entre poetas.

LA AUSTRIADA.

CANTO PRIMERO.

Trátase del origen de los moriscos, y del estado en que el mundo se hallaba cuando se rebelaron, y qué causas tuvieron para ello. Determinaron alzar rey, y hacen reseña de la gente que hay útil para el ejercicio de la guerra, con un ardid extraño.

Las armas de Filipe Augusto canto,
Y aquel su hermano heróico y no vencido,
Que en guerras alcanzó renombre tanto,
Triunfando de la muerte y del olvido;
La santa liga y el naval quebranto,
El otomano orgullo entristecido
Por la mas clara y próspera victoria
De cuantas fueron dignas de memoria.

Diré de Europa los sucesos varios,
La pérdida de Chipre lastimera,
Y sangrientas escuadras de contrarios
Que en fuerte hora ocuparon su ribera;
Casos he de escrebir extraordinarios,
Cuya recordacion estar debiera
Esculpida con oro en mármol duro,
Para memoria eterna en lo futuro.

No invocaré las musas, ni son parte
Para darme socorro en tal historia,
Ni llegaré á pedir favor á Marte,
Ni á Apolo que enderece mi memoria;
No escribo de sugeto á quien el arte
Pueda industriosamente añadir gloria,
Ni me hará gastar tiempo perdido
La vana pompa del hablar fingido.

Dejando pues la bárbara doctrina,
Invoco de las causas la primera,
Eterna Majestad, que es una y trina,
En quien la vida vive que se espera,
Porque infunda en mi voz gracia divina,
Son vivo y eficacia verdadera;
Que no hay subir tan alto humano aliento
Sin quedar engañado y ser violento.

Y vos, primero rey de las Españas,
A quien el sumo Rey que rige el cielo
Del orbe cometió partes tamañas,
Que adoran su bondad con santo celo;
Pues tanta parte sois de las hazañas
Que celebrando en versos me desvelo,
Mostradme atento oido y pecho humano,
Que, si es mia la voz, vuestra es la mano.

En tanto pues ¡oh ejemplo sin segundo!
Que llega el tiempo en que la pluma mia
Ose hacer de vos historia al mundo,
Oid á vuestro ceptro debe monarquía,
Oid la justa causa en que me fundo,
Que ya mi pecho siente la armonía,
Y se esfuerza á cantar notables cosas
Al son terrible de armas espantosas.

Después que, por pecados de la gente,
Aquel legislador supersticioso
Que de la esclava Agar fué descendiente
Turbó tanto el católico reposo,
Y los enormes odios del Oriente
Llegaron hasta el fin prodigioso
De establecer imperio al otomano
La injusta saña de uno y otro hermano,

La presuncion, el mando y la riqueza
Del Turco, poderoso en nuestros daños,
Crecieron á la par con su grandeza
En breve espacio de infelices años;
De cuyos fundamentos y firmeza
Resultaron después males tamaños,
Que se mostraron bien al descubierto
El remedio dudoso, el daño cierto.

Y nuestra madre santa, piadosa,
Con su casa y reliquias celestiales,
Vino á poblar, devota y religiosa,
Los términos que son occidentales;
Mas Africa, insolente y belicosa,
Tocando al arma siempre á sus umbrales,
Y otras civiles guerras, han causado
Tormenta esquiva en su tranquilo estado.

Dejo la variedad y la mudanza
Que en esta larga tempestad ha habido,
Y aquel naufragio horrible de venganza
Que urdió el aleve conde fementido.
No trato del temor y la esperanza,
Ni de varios efetos que han tenido,
Porque todo lo digno de memoria
Tiene ya su lugar en cada historia.

Mas la resolucion de aquesto sea
Ver las dificultades y fatigas
Que á nuestra edad opone y acarrea
La multitud de gentes enemigas.
En cuanto baña el mar y el sol rodea
Se aperciben espadas y lorigas
Contra la religion, y á Dios pluguiera
Que solo en esto el daño consistiera.

No viéramos á Francia, que solia
Resplandecer con fe tan poderosa,
Que á las otras naciones excedia,
Y en tierra y cielo se hacia gloriosa,
Andar agora por diversa vía,
De suerte que la vida licenciosa
Inficiona y corrompe con malicia
La importante salud de la justicia.

Las llagas penetrantes y mortales
Y el destemplado humor contagioso
Amancillan los miembros principales
Para hacer estrago mas dañoso;
Lujuria y gula dan los temporales
Que alimentan el cáncer venenoso,
Produciendo su fruto lastimero
Lo que sembró el maldito y vil Lutero.

De tí ¿qué he de decir? ¡oh Ingalaterra!
Después que la católica María
Depositó el real cuerpo en la tierra,
Y el alma subió al reino de alegría.
¡Qué de calamidades, cuánta guerra,
Sectas, muertes, infamias, tiranía,
Pervierten la costumbre y modo honesto
En que su ejemplo y vida te habian puesto!

La feroz Alemania, que pudiera
Al Turco resistir osadamente,
Por ser la que en Europa mas se esmera
En gruesa artillería y brava gente,
Discorde entre sí vive en esta era,
Frenética del mísero accidente,
Los ojos de la fe desalumbrados,
Envuelta en noche escura de pecados.

Y aquellas que á los bárbaros hicieron
En otro tiempo menos denodados,
Y á los cristianos reyes acudieron
Con fuertes escuadrones bien armados,
Otras parecen ya, no las que fueron:
Solo tienen los títulos pasados;
Sus nombres son Hungría y Transilvania,
Y en todo lo demás son Alemania.

Flándes, que ya fué amigo sospechoso,
Agora es enemigo declarado;
Que el novelero vulgo, sedicioso,
En guerra injusta campo trae formado.
La rebeldía, el uso belicoso,
Y del septentrion el clima helado,
Apocan y consumen finalmente
Los tesoros del Rey, armas y gente.

No trato del afan cotidïano
Con largo sufrimiento padecido,
Ni de las guerras que el valor hispano
En tales asperezas ha vencido;
Que su virtud y esfuerzo sobrehumano,
En tantas pruebas visto y conocido,
Nueva historia requiere, nuevo canto,
Y no es posible aquí obligarme á tanto.

¡Oh reinos malamente pervertidos!
¿Por qué vuestra pasion así os engaña?
¡Oh! ¿cómo no os lastiman los gemidos
Que lanza con razon la madre España?
No el gran tropel de citas[1] descreidos,
Ni el de africanos es quien ya nos daña,
Pues vuestras diferencias obstinadas
Pertrechos suyos son y armas osadas.

¿Sois los dientes de Cadmo por ventura,
Terrible parto de la airada tierra,
Que con ferocidad inicua y dura
Se consumieron en esquiva guerra?
¡Oh gran vergüenza, grave desventura!
Oh engaño que á su costa tanto yerra,
Volver la espada contra sus entrañas,
Y darse por despojo á las extrañas!

Mas ¿dónde me transportan estos males,
Que á fuerza me sacaron del camino,
Por medio de asperezas desiguales
De horror sangriento y de furor malino?
No son para cantar miserias tales,
Aunque á otras dar la vuelta determino;
Mas si el tocallas causa algun disgusto,
Concédase el quejar á un dolor justo.

Dolerme debo yo, quejarme quiero
De un hado acerbo, de un suceso duro,
Y dar al mundo indicio verdadero
Porque sienta el dolor en que me apuro.
Dentro de España (¡oh caso lastimero!),
Piedra de Pedro y de la Iglesia muro,
Alteracion diabólica y sangrienta
Al cielo hace ultraje, al orbe afrenta.

Vense en ella banderas arboladas,
Lanzas en cuja y flechas venenosas
De perfidas naciones rebeladas,
Que osaron emprender nefarias cosas;
Tambien se ven iglesias abrasadas
Con abominaciones monstrüosas,
Y un arrogante mozo que se halla
Rey desta dura y pertinaz canalla.

¿Es insolencia aquesta? ¿Caso es este
Para pasar callando entre renglones?
Razon permitirá que manifieste
El proceso de tantas divisiones;
Porque, volando el tiempo, no moleste
Con variedad, que engendra confusiones.
Comienzo pues la historia memorable,
No menos dolorosa que notable.

En la provincia fértil y abundosa
Por donde el Bétis baña el reino hispano
Y estampa en la ribera deleitosa
El nombre que le quita el Oceáno,
Granada se ve allí, ciudad famosa,
Así porque es cabeza á un reino ufano,
Como porque el benigno y cortés cielo
Le templa el aire y enriquece el suelo.

Llamóse Iberia, y tuvo antiguamente
Su asiento donde es hoy la sierra Elvira,
Humilde habitacion de pobre gente,
Que solo en cultivar puso la mira,
Hasta que vino la agarena gente
Ejecutando el fuego de su ira,
Y, misera, dejó á los siglos todos
La infelice memoria de los godos.

Es fama que la dueña sin ventura,
Principio y ocasion de tantos males,
Reducida á la extrema desventura,
Sus desgracias allí gimió fatales;
Lloró su desastrada hermosura,
Haciendo aquellos ojos rios caudales,
De donde nació el fuego que á Rodrigo
Hizo de sus estados enemigo.

[1] Escitas.

La penosa aficion del bien perdido
Y el gran remordimiento del pecado,
A Nata (que tal era su apellido)
Aborrecer hicieron lo poblado,
Que suele ser descanso al afligido
Estar de soledad acompañado;
Y así, esta dama por camino incierto
Se retrujo á una cueva en el desierto;

Adonde los iberios se pasaron
Poco después, ciudad fundando nueva,
La cual tambien de Nata intitularon,
Y Gar, que significa entre ellos cueva.
Los altos edificios se encumbraron,
Y la experiencia hizo clara prueba
De cuanto á la Vandalia quilataba
La máquina que allí se comenzaba.

Mejorando contino, al fin, de suerte,
Con el propicio revolver del cielo,
A ser lugar acreditado y fuerte,
No solamente levantó su vuelo,
Mas cabeza de un reino tal, que advierte
Cualquier remoto habitador del cielo
Ser rico, inexpugnable y abundante
De cuanto al trato humano es importante.

Y así, aunque con ardid, esfuerzo y maña
Recuperó la baptizada gente
El resto todo de la insigne España
Mas gloriosa que dificilmente,
Solo este reino, con osada saña,
No solo no humilló la altiva frente,
Mas hizo al cristianismo fuertes daños
Continuos setecientos y mas años.

A cuya causa siempre se comia
Pan con dolor, bañado en triste llanto,
Y el sueño pocas veces carecia
De bélicos rebatos y quebranto;
Y así, cualquiera rey que sucedia,
Con ira justa y con desdeño santo
Procuraba librar desta mancilla
Al reino valeroso de Castilla.

Hasta que de Aragon vino Fernando
Para ser de Isabel esposo dino,
Y tener, como tuvo, de su bando
En sus acciones el favor divino;
Tanto, que á los antípodas domando,
Hizo, á gloria y honor del Uno y Trino,
Estar suspenso el orbe de la tierra
Con pura religion, justicia y guerra.

Y por tan justa ser la de Granada,
Movió sus justas armas invencibles
Contra la fuerza arábiga obstinada
De enemigos osados y terribles.
La empresa fué sangrienta y porfiada,
Los casos della casi que imposibles,
Porque se requeria que en sustancia
Igualase el trabajo á la importancia.

No contaré yo aquí el proceso largo
De aquella famosísima conquista,
Ni menos pensaré que esté á mi cargo
Hacer de aquellos héroes clara lista;
Mas digo en su alabanza y mi descargo
Que cada cual daria á un coronista
Noble materia de capaz sugeto
Para hacer su estilo mas perfeto.

Y que, después de tantas novedades,
Suertes, peligros, trances y proezas,
Ganadas villas, sitios y ciudades,
Altos castillos, bravas fortalezas,
Donde las generosas calidades
Llegaron á la cumbre sus finezas,
El Católico Rey domó á Granada,
Victoria mas que todas deseada.

Permite pues que un poco me dilate
(¡Oh curioso lector!), y que te diga
El dulce fin del áspero combate
Antes que el comenzado se prosiga.
Nunca la guerra hubiera tal remate,
Ni tal premio obtuviera su fatiga,
Si Isabel, mas que el fénix sola y rara,
Presente en el réal no se hallara.

No cual la madre del cobarde Nino
Suplió esta falta en hábito indecente,
Si bien con el esfuerzo peregrino
Acaudilló en batallas tanta gente,
Sino como mujer de aquel divino
Fernando, y como reina tan prudente,
Que su valor y tocas delicadas
Prestaban el denuedo á las espadas.

No meneó las armas con sus manos,
Como en Efeso un tiempo las mas dinas,
O la guerrera virgen que á troyanos
Entre las huestes persiguió latinas;
Que los triunfos de Marte soberanos
Son del femíneo sexo obras indinas:
Mal parecen varones femeniles,
Y no bien las mujeres varoniles.

Así que esta honestísima señora,
Observando los límites de dama,
Fué de ejércitos firme protectora,
Echando nuevos cargos á la fama;
Leyes fundó que duran hasta ahora,
Y Astrea misma las abraza y ama,
Con las otras hermanas cardinales
Que tuvo juntas con las teologales.

El victorioso rey ya comenzaba
A entrar por la ciudad que se rendia,
Y muy de corazon la saludaba
De parte de la Iglesia sacra y pia.
«Aquí donde el error ciego reinaba,
Tu ley florecerá, mi Dios, decia,
Y donde ejercitaban torpes vicios,
Te ofreceré debidos sacrificios.»

Turbado vino luego el de Granada
A dar las llaves y pedir la mano;
Lo cual hecho, humillóse, y lastimada
Alzó la voz, diciendo, casi insano:
«Si en alguna manera consolada
Pudiera ser mi pena ¡oh rey cristiano!
No fuera poco alivio al bien perdido
Saber quién eres tú, que me has vencido.

»Mas pues la grave causa de mi lloro
Excede á todo humano sufrimiento,
Perdido el reino, piérdase el decoro,
Descúbrase la fuerza del tormento;
Tuya es mi tierra, tuyo mi tesoro
Y la enojosa vida que sustento,
Que dura mas de aquello que debria,
Solo para mayor desdicha mia.

»Padrastro me fué en vida el padre mio,
Y por sello tambien, después de muerto,
El odio transfirió en mi cruel tio,
De mis tragedias instrumento cierto.
Mas no es en fin del vulgo el desvarío
Todas las veces adivino incierto,
Pues grande siendo, poderoso y rico,
Por mal agüero me llamó el rey Chico.

»¿Qué provincia de trato hay tan ajena,
Que lo esté de entender mi desventura?
Pues los condes en Cabra, y en Lucena
Los señores me traen por orladura,
Ligado el cuello á misera cadena,
Apocado el semblante y la figura.
Nunca plega ya á Dios nazca persona
Que las prisiones mezcle á la corona.»

Aquesto Abenabdalla referia,
Sus desgraciados casos lamentando;
Mas el gran vencedor, que no podia
Estalle mas, de lástima, escuchando,
«No vencen los ejércitos, decia,
En el número y fuerza de su bando,
Sino en virtud de Dios, á quien la gloria
Se debe atribuir de la victoria.»

Tambien le aseguró que la clemencia
Divina le tendria de su mano,
Y que conoceria en la experiencia
Obras, no de enemigo, antes de hermano,
Si al Evangelio diese la obediencia
Como bueno y católico cristiano,
Para gozar después el premio eterno
Y escapar de las penas del infierno.

De un tal afecto y gracia acompañaba
Fernando la doctrina verdadera,
Que del pecho infiel desarraigaba
Aquella vana ceguedad primera;
Al rayo de la fe se calentaba,
Cual se suele ablandar tratable cera
A los del resplandor del rojo Apolo,
Cuando está en medio de uno y otro polo.

Indicios qué dió luego conocidos
De haber de convertirse, y los clamores,
Que mueven á piedad de los vencidos
El poder libre de los vencedores,
Con otras condiciones y partidos
Hechos por abrazar daños menores,
Segun el tiempo y ocasion presente,
Favorecieron la vencida gente.

Y así, quedó el rey Chico en Almería
Con un atruendo honesto y limitado,
Conservando el renombre todavía
De rey para consuelo de su estado.
Tambien para pasar en Berbería
O quedar en España de su grado,
A todos los demás se dió licencia,
Las puertas ensanchando á la clemencia.

Unos se fueron, otros se quedaron,
Aquestos por su rey, aunque perdido,
Aquellos porque al punto abominaron
Las tierras habitar que habian perdido;
Mas no por eso en el partir dejaron
De saludar con llanto y alarido
El dulce gremio de su patria amada,
Que llevan en las almas estampada.

El Rey y Reina vuelven á Castilla,
Dejando de aquel reino la tenencia
Al conde valeroso de Tendilla,
En armas señalado y en prudencia;
Y así, nunca se tuvo á maravilla
Después la rectitud y suficiencia
De que usó en la república reciente,
Y en compartir la sospechosa gente.

Unos se empadronaron en Granada,
A cierto barrio grande reducidos,
Que fué una poblacion edificada
De ciertos venedizos y huidos
De aquella mortandad tan celebrada
Y memorable á cuantos son nacidos
(Yo digo la batalla milagrosa
Que llaman de las Navas de Tolosa).

Y por ser de Baeza naturales
Los mas de los que el sitio edificaron,
Llamáronle Albaecin, y otros no tales
La *e* y la *c* en *y* y en *z* mudaron.
Aquí pues unos, otros en Casales,
De la vega y del valle se arraigaron,
Y muchos en las villas de la sierra
Que llaman Alpujarra en esta tierra.

Son decisiete leguas de longura,
Que miran á levante y al poniente,
Y extiéndense con once por la anchura
Entre Granada y aguas del Tridente;
Fria montaña, peñascosa y dura,
En valles honda, en cerros eminente,
Dispuesta para engaños y celadas,
Motines, asechanzas, emboscadas.

Esta dispusicion inexpugnable
Del sitio, y la terrible servidumbre,
Cuanto mas nueva, mas intolerable
A los que libertad tuvo en la cumbre,
Y aquella obstinacion abominable
Que de Dios los privaba y de su lumbre,
Al arma los volvió para venganza,
Con mas temeridad que confianza.

Mas no costó barato aquel motivo,
Aunque fué sin sazon ni fundamento;
Pues, sobre la matanza y hado esquivo
De algunos hombres fuertes que no cuento,
Tendrá Córdoba siempre el dolor vivo,
Igual con la razon y sentimiento
Que se debe á la muerte presurosa
De un hijo por quien ella es mas famosa.

¡Oh prenda cara ilustre! ¡Quién pudiera
Tu ingenio y tu valor mayor que humano
En voz cantar que perdurable fuera
En todo cuanto abraza el Oceáno!
Que si el acerbo fin no previniera
El largo paso de tu orgullo ufano,
Tú fueras, don Alonso, en todo el mundo
Mayor que fué tu hermano sin segundo.

Como pues fuese el de Aguilar ya muerto,
Que espejo fué de aviso y valentía,
Y la rebelion al descubierto
Corriese mas sin freno cada dia,
A tantos desconciertos un concierto
Al Rey le pareció que convenia,
Que los presentes ímpetus templase
Y el tiempo venidero asegurase.

Fueron las condiciones del partido
Tales, que fácilmente redujeron
El pueblo sedicioso y atrevido,
Excepto algunos que á Marruecos fueron.
Parece que después atento oido
A la verdad del Evangelio dieron,
Cuyos misterios altos y concetos
Obraron, aunque en vasos imperfetos.

Que ya á Dios uno y trino se volvian,
Y al cándido baptismo se llegaban
Tantos, que mal entre ellos parecian
Los que en su pertinacia se obstinaban;
Inconvenientes dello procedian,
Que bien por experiencia se notaban;
Y así, para el remedio conveniente,
Preciso se les dió el órden siguiente:

Que quien ser no quisiese fiel cristiano,
De la fiel España se partiese
Al reino de los moros mas cercano,
Adonde mas á cuenta le viniese.
Cumplióse aquesto, y fué un acuerdo sano,
Porque el abrojo al trigo lugar diese;
Y quedaron entonces divididos
Los pertinaces de los convertidos.

Mas, como lengua ni hábito mudaron
Y es mala de olvidar vieja costumbre,
Morabitos después les ofuscaron
Sin gran dificultad la nueva lumbre;
De Africa y de Asia, en la Alpujarra entraron
Moros y turcos bien sin pesadumbre,
Cubiertos, como Ulises el artero,
Dentro en la piel vellosa del carnero.

Especialmente aquellos que lanzados
Habian sido del edito urgente,
Eran bien acogidos y hospedados
Del vecino ó amigo ó del pariente,
A quien con mil denuestos porfiados
Siempre decian: «¿Cuál razon consiente
Que un miserable género de vida
Como la misma muerte nos divida?

»No son tan poderosos nuestros daños
Cuanto nosotros flacos ser debemos,
Pues el ñudo que dieron tantos años
De ley, sangre y amor desconocemos,
Y vamos á poblar reinos extraños,
Los unos porque el nuestro aborrecemos,
Los otros, por quedarnos en España,
Hacemos profesion de ley extraña.

¡Oh vergonzoso extremo de flaqueza!
Oh ciega confusion! Oh desventura!
¿Dónde está agora aquella fortaleza
De quien apenas la memoria dura?
¿Cómo se empobreció nuestra riqueza?
¿Cómo se hizo nuestra fama escura?
Y lo que peor es, ¿cómo sufrimos
Vivir sin restaurar lo que perdimos?

Estas exclamaciones y despechos,
Y la canina sed de novedades
Que al vulgo escandaliza en sus provechos,
Mayormente atinando á libertades,
Bastaron á encender los tibios pechos
Y torcer las mudables voluntades;
Que el terno de las furias fabricaba
Negocio de que tanto interesaba.

Fué la conjuracion puesta en efeto,
Y así los hombres mozos como ancianos
Juraron á su modo que en secreto
Serian enemigos de cristianos,
Y que, llegado tiempo mas perfeto,
Con armas se alzarian en las manos,
Para hacer en nombre de Mahoma
La guerra desde España hasta Roma.

Por Africa la fama tendió el vuelo,
Y luego dió consigo en el Oriente,
La trompa resonando sin recelo
De ciudad en ciudad, de gente en gente;
Vuelta á mano derecha, pasó el hielo
Del norte frio, y revolvió al poniente
Con volar lento, y fué porque reporta
La nueva mas despacio á quien le importa.

Y aun luego que llegó no fué creida;
Que la noble virtud no comprehende
La vil maldad, ni queda persuadida
A que otro erró, si claro no lo entiende;
Mas la intencion dañosa y corrompida
Tan licenciosamente el paso tiende,
Que, causando de sí larga noticia,
Incita, mueve, irrita á la justicia.

Así que, del propósito estupendo
No pudo estar el fin disimulado;
Antes, al paso que iba el mal creciendo,
Era por toda España divulgado;
Mas no se castigaba el caso horrendo,
De condigno, por ser un cáos turbado;
Que el delicto que á muchos pone culpa
La misma muchedumbre lo disculpa.

Aunque en tal caso mas seguro fuera
La furia del rigor anticiparse;
Que, siendo grave el mal, grave debiera
La medicina ser para curarse.
Era costumbre desta nacion fiera
En trabajos y afan ejercitarse
Sin pena, porque aun desde que mamaban,
Sus padres en dureza los criaban.

Al agua, al aire, al frio y al sereno
De industria algunas veces los ponian,
Cuando de Capricornio el gran terreno
Las noches largas en extremo enfrian;
Y cuando Febo en el ardiente seno
Del can rabioso está, tambien solian
Hacer el mismo ensayo, y desta suerte
Era su decendencia brava y fuerte.

Después la agilidad, la fuerza y maña,
El ser muy alentados y ligeros
Les enseñaban, ora en la montaña,
Ora en los valles fértiles y oteros;
En vez de lanza, algun baston ó caña
Jugaban, y hacianse certeros
De aquellas armas que la tierra cria,
Tirando no sin premio y á porfía.

No de Lacedemonia aquel severo
Estilo que Licurgo introducia
A tal rigor llegó, ni el civil fuero
La educacion á tanto constreñia,
Ni del Septentrion el reino fiero
En tales experiencias se imponia,
Ni los atenienses se imagina
Que usasen tan extraña disciplina.

Tanta solicitud, tanto aparato
Andaba entre esta gente endurecida,
¡Oh pueblo desleal, linaje ingrato,
Sacrílega nacion, falsa, homicida!
Bien pudiera salirnos mas barato
El daño que á lamentos os convida,
Si la misericordia en vos usada
No dilatara el golpe de la espada.

Tambien daba lugar á la clemencia
El pensar que las malas intenciones
Iban tras vanidad con insolencia;
Y léjos de llegar á ejecuciones,
España restribaba en su potencia,
Temida en remotísimas naciones,
Y el rey Filipe, cuanto poderoso,
Tanto menos del caso receloso.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA LEON

Como quien al francés habia oprimido,
Y pasado de Italia sus banderas
Al norte helado, habiendo aquellas sido,
Después de las romanas, las primeras;
Habia con valor restituido
Al duque de Saboya las fronteras
Y posesion de su perdido estado,
Negocio al parecer desafuciado;

En Africa ganado mil trofeos,
Y parece que Dios siempre regia,
En la paz y en la guerra, sus deseos,
Y que, como tan justos, los cumplia;
Mas quien saber quisiere sin rodeos
La causa mas urgente que impedia
La prevencion que entonces importaba,
Y la razon á voces imploraba,

Sepa que de ministros discordancia,
Menudear de avisos diferentes,
Odio, ambicion, disignios, arrogancia,
De emulacion pesados accidentes,
Dieron lugar á que la exorbitancia
Llegase á mayor mal que inconvenientes,
Y abriese puerta á conocidos daños,
Que no se olvidarán en muchos años.

¡Oh eterna celestial Sabiduría,
Que ves las ignorancias de la tierra,
Y al hombre andar buscando cada dia
La excusa, y no la enmienda, cuando yerra!
Infunde agora en la rudeza mia
Nueva facundia, con que desta guerra
Explique la graveza, y los pesares
Se vuelvan desengaños ejemplares.

No andaban los moriscos muy errados
Para atinar al blanco de su intento,
Ni en vanas esperanzas sustentados,
Ni fabricaban torres en el viento,
Pues eran españoles esforzados,
Y sus disinios iban en augmento;
Crecian sus haciendas y linajes,
Y nuestras guerras y peregrinajes:

Ellos gozando de sus largas vidas
En los fértiles senos de Vandalia,
Nosotros en batallas muy reñidas
Con toda la Asia, la Africa y la Galia;
Nosotros por las ondas homicidas
Desde el Indo remoto hasta Italia,
Ellos bien reservados destos daños,
Teniendo á cuatro hijos en tres años.

De los cuales ninguno profesaba
Religion, castidad, letras ni guerra,
Ni vagabundo, al viento velas daba
Por altos mares léjos de su tierra;
Una patria comun los albergaba,
Y un comun ejercicio en llano y sierra,
Por el cual la gran madre agradecida
Se mostraba al sustento de su vida.

Tanto, que en menos de una edad entera
Crecido habian ya y multiplicado
En número y riquezas, de manera
Que parecia caso no pensado.
Previstas estas cosas, ¿quién no viera
El peligro que estaba aparejado?
O ¿quién no procurara no pensallo,
Si el remedio estuviera en olvidallo?

Iban tan á lo cierto con su hecho,
Al paso que las cosas procedian,
Que, árbitros en el daño y el provecho,
Siempre en una balanza nos ponian;
Igualmente hacia en su derecho
El bueno ó mal estado en que nos vian,
Porque los victoriosos esparcidos
Menos pueden que juntos los vencidos.

Así miraban desde Talanquera
Las turbulencias del linaje humano,
Como en el alto roble el buitre espera
El fin de algun combate que inhumano
Trabaron entre sí una y otra fiera,
Y cuanto crece aquel furor insano,
Tanto se huelga mas la ave glotona,
Hasta que á los despojos no perdona.

El tiempo daba fuerzas al destino
De aquella mal nacida y torpe gente,
Hasta que permitió el favor divino
Que declinase miserablemente,
Y comenzó á impedilles el camino
Nuestro rey, severísimo y prudente,
Mudándoles el traje á la cristiana,
Y el arábigo en lengua castellana.

La voz deste precepto, á ellos tan duro
Como contrario objeto de su intento,
Hizo portillo al aparente muro
De su vergüenza, y vióse el sentimiento;
Porque, desconfiando en lo futuro,
Trataron de venir en rompimiento,
Cortando el hilo á muchas prevenciones;
Que donde hay fuerzas cesan elecciones.

La instancia misma con que se apelaba
De la nueva ordenanza, y la querella
Que de cada morisco se fundaba
Para excusar el cumplimiento della,
Era argumento en que se comprobaba
Cuán buen principio fué el establecella,
Cuán importante medio confirmalla,
Cuán justo y santo fin ejecutalla.

El tiempo volador llegar queria
Al fin del plazo que les fué asignado,
De dos años; mas nadie en aljamía
Hablaba, ni mudaba el traje usado.
Ninguno la prematica temia,
Porque á mas entre sí estaba obligado,
Y todos de consuno se animaban
Para el levantamiento que tramaban.

Es la necesidad gran inventora,
Sutil maestra de artes no aprendidas;
Tiene de Argos la vista veladora,
Y del lince las señas conocidas.
Esta les enseñaba cada hora
Astucias y cautelas nunca oidas,
Y entre ellas una que les fué maestra
Para hacer reseña y tomar muestra.

Fingen que su hospital está sin renta,
Sin proprios ni hacienda competente,
Y que para remedio desta afrenta
Importa hallar forma y expediente
Tal, que el público bien provecho sienta
Sin que el particular se descontente,
Porque á servir al alto Dios se atienda,
Y el prójimo en su nombre se defienda.

Después que un medio y otro fué apuntado,
Se resolvió, el acuerdo concluyendo,
En que todo morisco esté obligado,
Los viejos y mochachos eximiendo
A dar un estipendio señalado
Porque la devocion vaya creciendo.
Hecha pues la instruicion, los diputados
Salieron á los pueblos aliados,

Sembrando horror, soberbia y esperanza,
Escándalos, orgullo, traicion, guerra,
Y agramente acusando la tardanza,
Por quien su hecho dicen que se yerra;
Así que resultó de la cobranza
La brava alteracion de aquella tierra,
Y por padron abierto averiguarse
La gente que útil era para armarse,

Pasaron de cien mil, ¿quién tal creyera?
De edad robusta y juveniles años,
De los cuales ninguno la carrera
Rehusa de pasar á muerte y daños:
Todos confirman la intencion primera;
Y para renunciar los desengaños,
No de otra suerte cierran los oidos
Que sierpe á los encantos prohibidos.

Los de las Alpujarras y del valle
De Leclin, y tambien los de la vega
Donde el fresco Genil corre del talle
Que el torcido Meandro á Grecia riega,
Piden que el Albaicin inquiera y halle
El modo y tiempo de trabar refriega,
Y prometen de estar sin alegría
Hasta que el sol arribe á tan buen dia.

Con esto se avivaron los conciertos
En el mismo hospital, donde ocurriendo,
So color de tratar remedios ciertos
Para obras pias, al contrario siendo,
Los mas entremetidos y despiertos,
Sobre el negocio torpe confiriendo,
Al rudo vulgo que escuchaba atento
Doblaban el malvado atrevimiento.

Estando pues así juntos un dia,
Llegó á deshora un viejo tan anciano,
Que el tardo paso apénas sostenia
Con un bordon, temblándole la mano,
Porque la destemplanza seca y fria
Ningun sentido le dejaba sano;
Mas la sangrienta lengua inficionada
Así formó la voz grave y pesada:

«¿En qué andais vacilando, hijos mios,
Entre prolijas dudas ofuscados,
Que os hacen ser remisos y tardios,
Sin ver la priesa que nos dan los hados?
Ya la violencia de los grandes rios
Rompió las puentes y cegó los vados,
Y pues el agua á la garganta vemos,
Forzoso es que nadando nos salvemos.

»Si el tiempo nos dejara mas licencia
Para la ejecucion desta aventura,
Bien fuera de propósito y prudencia
Tentáramos agora la ventura;
Mas ¿qué será de nuestra decendencia
Si obedecemos la ordenanza dura,
Siendo contraria en todo á nuestra gloria,
Y bastante á acabar nuestra memoria?

»Pudo con las reliquias destrozadas
De la rota cruel del rey Rodrigo,
Pelayo, desde cuevas olvidadas,
Volver pujante contra el enemigo;
De donde tantas cosas señaladas
Resultan, que aun ahora es buen testigo
La dura sujecion que nos ofende,
Pues es tragedia que de allí depende.

»Y vosotros, que sois sin duda alguna
Ejército mejor y de mas gente,
Y en tierra que no es menos oportuna
Para lidiar aventajadamente,
Aun no os osais fiar de la fortuna,
Que siempre ayuda mas al mas valiente,
Favorece la pronta confianza,
Desdeña los recelos y tardanza.

»Seréis de Africa y Asia socorridos
De gentes, vitüallas, municiones,
Y podréis, si quisiéredes partidos,
Pedir aventajadas condiciones;
Que al cabo es imposible ser vencidos
Adonde con murallas y bastiones,
Baluartes, fosos, sitio y aspereza,
Os hace fuertes la naturaleza.

»Mas sobre todo, en todo caso os pido
Un rey alceis, por evitar señores,
De cuya division han procedido
Perpetuamente invidias y rancores;
Y pues que de Granada está ofendido
Un noble descendiente de Almanzores,
No hallo para rey mas útil hombre
Que quien la sangre afronta con el nombre.

»Este por línea recta y masculina,
De sucesion legítima apurada,
Es Almanzor, y por la femenina
Es de los mismos reyes de Granada;
Tiene talento y gracia peregrina,
Con una presuncion tan elevada,
Que nunca pensó menos de que el hado
Le hubiese para rey predestinado.

»Acuérdaseme ya que me decia
Mi viejo padre: ¡Oh quien vivir pudiese
Sin ver la funeral postrimería
Hasta que la fatal mudanza viese;
Que si la memorable profecía
Durante esta mi vida se cumpliese,
Ninguno mas ufano ni jocundo
Jamás se partiria deste mundo.

»Yo, que del ciego enigma procurando
Saber la exposicion, era importuno,
Le oí decir: Sabrás que no sé el cuándo,
Mas claramente sé que en tiempo alguno
De regia estirpe nacerá Fernando,
Restaurador felice y oportuno
De nuestra libertad y patrio suelo,
Que así lo ordena el revolver del cielo.

»El linaje, el valor, el nombre veo
En este concurrir, y así no dudo
Que la real corona y su trofeo
Para nadie mejor guardarse pudo.
Aquesto me parece, aquesto creo,
Y no penseis ¡oh hijos! que soy rudo,
Pues me doctrinan tiempo y experiencia,
Que padre y madre son de la prudencia.»

Nunca se vió materia mas dispuesta
A recebir la forma competente,
Que el conclave maldito á la requesta
Del viejo pernicioso y elocuente;
Ni con celeridad prender mas presta
En la inflamable arista el fuego ardiente,
Que en los ya afistolados corazones
El tósigo conforme á sus pasiones.

Y en fin por general voto se ordena
Que con asalto crudo y mano armada
Entren la noche para el mundo buena
Los de las Alpujarras en Granada;
Y tomada la Alhambra, horrible pena
A fuego y sangre sea ejecutada,
Con tal rigor, que en todo el ancho suelo
Se borre el cuento del troyano duelo.

Apriesa por los pueblos comarcanos
Fué la resolucion del presupuesto,
Para que tomen armas en las manos
Cuando en el Albayzin se echare el resto.
Ya vuelan los discursos inhumanos
Encaminados al ardid funesto,
Reforzándose mas cada momento,
Como se altera el mar creciendo el viento.

Y así anduvieron con secreta maña,
Insidias de hora en hora maquinando,
Con el veneno de infernal zizaña
Que las almas les iba inficionando.
Abre los ojos, venerable España,
Mira el trabajo que te está aguardando,
Llora los hijos que en tus mismos brazos,
Adulterinos, te harán pedazos.

No las terribles huestes otomanas,
Ni los soberbios pueblos alemanes,
Ni bárbaras banderas africanas,
Son las que te darán estos afanes;
Mas gentes tumultuosas y villanas,
Y apóstatas esclavos con desmanes;
Pero no los desprecies, que te digo
Que es malo dentro en casa el enemigo.

Y si, usada á mirar mayores cosas,
El presente fracaso no estimares,
Estima las naciones invidiosas
Que á la mira estarán de tus pesares;
Teme las amistades sospechosas,
Las mas comunes y particulares,
Y présaga al seguro puerto atiende,
Que una centella todo el monte enciende.

Mira que el bien con paso tardo crece,
Y el mal por el contrario apriesa vuela,
Y muchas veces do el poder fallece
Abunda la malicia y la cautela;
Rompe pues el peligro que se ofrece,
Que ya el rabioso mónstruo se rebela;
No pierdas tiempo, escucha, está en alerta,
Que ya la furia Aleto está á la puerta.

CANTO II.

Coronan al reyecillo, y vense presagios y señales en el cielo y en la tierra que anuncian la rebelion. Los moriscos de la Alpujarra acuden la víspera de Páscua á alzarse con Granada; sobreviene tempestad que se lo impide hasta la siguiente noche; lo cual fué causa que los del Albayzin mudasen parecer.

Después que la primera inobediencia
Trujo el hombre á tan áspero destierro
Cual plugo á la eternal justa sentencia,
En pena digna de su grave yerro,
Nació la muerte esquiva y la dolencia,
La invidia, la codicia, el odio, el hierro,
Contrastes desta que llamamos vida,
Siendo guerra ordinaria y muy reñida.

Y como el ángel desagradecido
A eterna punicion fué condenado,
Sin que de excusa fuese guarecido,
Por ser tan de malicia su pecado;
Así el hombre cayó, mas fué inducido,
Mas ignorante y menos obstinado,
Y Dios Cristo en la vara de justicia
Ingirió el ramo de piedad propicia.

Y así, mudó el destierro en voluntario,
Abriendo llano paso para el cielo,
Si, resistido acá todo adversario,
La caridad alzase en alto el vuelo;
Mas quiso el hombre á Dios ser tan contrario,
Que puso su esperanza en este suelo,
Y procuró su bienaventuranza
Donde es todo miserias y mudanza;

Donde están de peligros y de males
Los caminos cubiertos y atajados,
Dellos por ser acaso, son mortales,
Dellos por ser temidos, son doblados;
Mas destos enemigos desiguales,
Contra el linaje humano conjurados,
El mas vil, abatido y detestable
Es mas perjudicial y formidable.

Este es aquel infame atroz delito
Que se llama traicion ó alevosía,
En quien se incluye un número infinito
De torpes vicios que el profundo cria,
Y en este confiaba aquel maldito
Vulgo que de su Dios escarnecia,
Queriendo violar la fe y tesoro
De la preciosa Iglesia y su decoro.

Dos veces el gran Delio habia corrido
Sus doce habitaciones celestiales,
Y cuatro de hora en hora reducido
El dia y noche á términos iguales,
Después que fué el edicto establecido
So pena de castigos capitales,
Cuyo desden parece que hacia
Crecer en los moriscos la osadía.

Y así, no habian dejado alguna cosa
Que no intentasen con igual cuidado
Para la sedicion escandalosa,
Por quien pensaban mejorar de estado;
Habian con astucia monstruosa
Armas y otros pertrechos allegado,
Hecho embajadas y oradores vanos
Para diversos príncipes paganos.

Habian provocado al reyezuelo,
Y él aceptado el cargo, aunque terrible,
Cual ave sin razon que del señuelo
Creyó el sonoro canto y apacible,
O como pece que el esquivo anzuelo
Sorbió, engastado en cebo convenible,
O como el que, encharcando en agua fria,
Enfermó de incurable hidropesía.

Si por notables, aunque injustos, hechos
La memoria de muchos se derrama,
Y á pesar de los éfesos derechos
Erostrato alcanzó su torpe fama,
Razon es que dejemos satisfechos
A los que de entender deseo los llama
Las partes deste osado forajido,
Y toda la ocasion de habello sido.

Don Fernando de Válor se decia,
Altivo mozo y de escabroso trato;
Mas nunca se entendió que subiria
Jamás á tal manera de contrato.
De los antiguos reyes decendia
Que en Córdoba tuvieron reino grato;
Hacienda tuvo y renta moderada;
Tambien fué veinticuatro de Granada.

Usaba en paz política su oficio
Como cualquiera noble ciudadano,
Sin que de sus costumbres diese indicio
Que le enturbiase el crédito cristiano;
Y acaso un dia en el civil bullicio,
Queriendo motejalle de marrano,
Le fué el ponerse daga prohibido,
De que en extremo se mostró ofendido.

De aquí le resultó prision dañosa,
Y sus émulos tanto le aquejaron,
Que por sentencia pública y odiosa
A no ceñir espada le obligaron;
Con áspera pasion y desdeñosa
Otras desaventuras le cercaron,
De suerte que la nueva del reinado
Infame le halló y encarcelado.

O fuese (como pudo ser) por esto,
O que sola ambicion lo corrompiese,
Él se determinó de estar opuesto
Al riesgo que por todo le viniese,
Y á cada cual mandó que al plazo puesto
A punto y de buen ánimo estuviese;
Que él esperaba con su esfuerzo y maña
Ahuyentar las águilas de España.

Don Fernando el Zaguer, que era un su tio,
Astuto y curador de su persona,
Por confirmalle mas el señorío
Trató que se le diese la corona;
Fué la solemnidad del hecho impío
(Segun por fama cierta se pregona)
Bien digna de notar con maravilla,
Y no para dejar de referilla.

Siendo en una gran casa convocados
De una parte los viudos y solteros,
De otra, con sus mujeres, los casados,
Un alfaquí sacó un libro de agüeros,
Cumplidos por el tiempo, y aprobados
De su ley y Alcoran por verdaderos,
Dentro del cual leyó una profecía,
Cuyo tenor morisco así decia:

«Los árabes, clarísimos profetas,
Previstos cursos de constelaciones,
Puntos de estrellas, fuerza de planetas,
Que acá en el mundo hacen impresiones,
Hallamos que oprimidas y sujetas
De cristianos serán nuestras naciones
Allá en España; mas después, con guerra,
Serán señores libres de la tierra.

»El tiempo durará de su destierro
Hasta que todos, ya por sí volviendo,
Se levanten y enmienden de su yerro,
A dulce libertad camino abriendo.
La gran dificultad romperá el hierro,
Lo cual habrá de ser interviniendo
Un mancebo con olio y crisma ungido,
Y de real progenie producido.

»Hereje de su ley será primero,
Y habido exteriormente por cristiano,
Mas en lo interior y verdadero
Será en linaje y fe mahometano.»
Esto pronosticó el portento fiero,
Y á voces aprobó el vulgo profano,
Visto que todo tanto conformaba
Y al término presente se ajustaba.

No quedó por decir cómo venia
Del firme tronco por la línea reta
De aquel que en los abismos gime hoy dia
Y es adorado dellos por profeta.
¡Oh soberano Hijo de María!
Del mundo arranca la malvada seta,
Y en el profundo infierno arda con ella
Aquel solo inventor perverso della.

Habiendo todos pues determinado
Dalle de rey el título y renombre,
Quisieron que también, con ley y estado,
Desde allí renunciase el primer nombre;
Y fué luego resuelto y acordado
Que Abenhumeya se apellide y nombre,
Por un nieto que tuvo su ascendiente
Mahoma, engañador de tanta gente.

Entonces con aplauso le pusieron
Al nuevo rey de púrpura un vestido,
Y á manera de beca le ciñeron
Al cuello y hombros un cendal bruñido;
Cuatro banderas á sus piés tendieron,
Una hácia el levante esclarecido,
Otra á do el sol se cubre en negro velo,
Y otras dos á los polos dos del cielo.

Reclinóse sobre ellas, y prostrado
Hizo oracion, y luego juramento
De morir por su ley, y por su estado
Poner aquella vida y otras ciento;
Juró de serles rey justificado,
Como á vasallos que eran instrumento
Para que el reino en él resuscitase,
Y el perdido poder se restaurase.

Habiendo así jurado el reyezuelo,
En pié se levantaba satisfecho,
Cuando por todos uno besó el suelo
De donde alzado habia el pié derecho;
Alzanle en hombros y el clamor al cielo,
Alegres y contentos de lo hecho;
Hiere el aire el rumor y voz plebeya,
Diciendo: «¡Viva el rey Abenhumeya!»

«Célebre y muy festivo sea este dia
Al sacro rey de Córdoba y Granada,
Y Mahoma, que en todo es nuestra guia,
Le dé ventura y vida prosperada;»
El vano sacerdote repetia
Tal bendicion con voz mal entonada,
Y luego resonaba la plebeya,
Diciendo: «¡Viva el rey Abenhumeya!»

Tal forma de elegir reyes se usaba
Antiguamente entre ellos, y tal era
La presuncion con que este mozo estaba,
Como si rey pacífico naciera;
Y las secretas órdenes que daba,
Eran obedecidas donde quiera,
Y guardado el secreto; causa espanto
Que, siendo tantos, le guardasen tanto.

¡Oh mundo, en fin, sujeto á turbaciones!
¡Cuán bien de ti escarnece el que es prudente,
Y de tus variables condiciones
Prevenido, se guarda eternamente,
Pues la reina sin par de las naciones,
El espejo y señora de la gente,
Con su reputacion y poderío
No pudo prevenir tal desvarío!

Materia larga es dada á todo el suelo
Con ejemplar y vivo documento,
Que el mas ufano vele con recelo,
Sospechoso del bien y del contento;
Claramente mostrado habia el cielo
Indicios del extraño acaescimiento,
Si del velo mortal la niebla escura
No perdiera de vista esta lectura.

Viése en el orbe puro de la luna
Una extendida línea transparente,
Que se extendia á modo de coluna
Del Alpujarra contra el occidente;
Sin forma ni color de nube alguna,
Representaba en sí confusamente
Riscos, árboles, monte, hombres armados,
Y en medio dellos otros enlutados.

Viéronse por el aire otras señales,
Aves no conocidas y disformes,
Y partos en la tierra de animales
Con quimerina proporcion inormes,
Y trabajos del sol, que á nuestros males
Los sarracenos dicen ser conformes,
Así como interpretan su fortuna
Segun los accidentes de la luna.

Mas ¿quién de los planetas el aspeto
Busca, ni los prodigios celestiales,
Cuando el conocimiento mas perfeto
Está en demostraciones mañuales,
Pues no saben jamás guardar secreto
A la maldad los ojos corporales,
Y en ellos, como en lumbre cristalina,
Se nota lo traspuesto y determina?

Así que, quien tuviera buen sentido,
Y algunas circunstancias nivelara,
Cuanto en su corazon tenia urdido,
Escripto á cada cual viera en la cara;
Mas Dios los privó dél; que fué servido
De que esta sedicion se efetüara
Para cauterizarte ¡oh noble España!
Este maldito cáncer y zizaña.

Vivian todos en cuidado eterno,
Solo esperando para levantarse
La fria sazon del encogido invierno,
Cuando las noches suelen dilatarse,
Para con mas espacio y mas gobierno
Con las tinieblas en Granada entrarse,
Y si necesidad los compeliese,
Poderse antes volver que amaneciese.

Cuando yacen galeras repartidas
Y mal armadas en invernaderos,
Las buenas boyas dellas despedidas,
Faltas de vitüalla y de dineros,
Y cuando de las ondas homicidas
No se deben fiar flacos maderos,
Si bien fuese posible estar á punto,
Si no es con arriscallo todo junto.

Querian, como tengo referido,
Que noche fuese, y la del Nascimiento,
Para hallar el pueblo mas unido,
Seguro en ejercicios de contento,
Y con la devocion embebecido,
Suspenso, tibio, atado y soñoliento,
Las casas solas y los templos llenos,
Sin armas y las manos en los senos.

Ellos, por el contrario, en arma puestos,
Determinados, listos y animosos,
Agiles y solícitos y prestos,
De presa y de venganza codiciosos,
Hallaban por indicios manifiestos
Que habian de salir victoriosos,
Y sabe Dios si entonces lo salieran,
Si nuevas causas no contravinieran.

La noche era llegada milagrosa
Que el Hijo eterno de la inmensa Alteza
Al mundo hizo muestra gloriosa
Del bien que no alcanzó naturaleza,
Quedando inmaculada aquella Esposa,
Vírgen y Madre llena de pureza,
Y hecho paraíso el pobre suelo
Con toda la riqueza y bien del cielo.

El sol del horizonte habia partido,
Llevando á los antípodas el dia,
Y la terrestre sombra escurecido
El aire con tiniebla inerte y fria;
Las lumbres del octavo habian subido
A la mitad del curso que las guia;
Helaba á Europa el Capricornio duro,
Ayudado del triste y frio Arcturo;

Cuando una banda suelta y escogida
De aquella juventud vana, perjura,
Se acercaba á Granada de corrida
Con el secreto de la noche escura;
Era soberbia gente y atrevida,
Pronta en el mal, y en el trabajo dura,
Cruel, rústica, torpe, cual se cria
Quien no obedece ley ni policía.

Estaba el Albayzin puesto en alerta,
Esperando de aquellos la llegada,
Entre firme temor y gloria incierta,
Mas la resolucion siempre obstinada;
La antigua enemistad les da ancha puerta
Para el difícil fin desta jornada,
La nueva imposicion, la justa pena,
La propria culpa y la virtud ajena.

Pocas eran las armas que tenian;
Mas no solo de aquellas confiaban,
Sino de berberiscas que atendian,
Y apriesa noche y dia se forjaban;
Las grandes llamas salamandrias crian
En las ardientes fraguas que bufaban;
Los duros yunques ya, de fatigados,
Se rinden á los golpes porfiados.

Esto saben, y tienen entendido
Que el estrago cruel que en los cristianos
Harán, les dejará, sin mas partido,
Las vidas y las armas en las manos.
Ya el gallo con su canto y alarido
Denunciaba á los míseros humanos
El nuevo declinar del sol ausente
Hácia el ocaso bajo y nuestro oriente.

La hora se pasaba que elegida
Para el asalto estaba y la matanza,
Mas los del Alpujarra en su venida
El Albayzin acusa de tardanza;
Ya con helada mano, endurecida,
El miedo les oprime la esperanza,
Y ya con nuevo ardor se la renueva
Cualquier rumor sutil que el viento mueva.

Bien cerca de los muros de Granada
Llegaba el escuadron osado y fiero,
Para dalle á sentir con su llegada
Un confuso dolor y lastimero;
Mas quiso el cielo justo en la jornada
Obstáculo poner firme y entero,
Con que se refrenase aquel malino
Furor, que iba ya al fin de su camino;

O fuese que el Autor de la natura,
Segun la ley eterna que le ha dado,
La hobiese para aquella coyuntura
De tal forma dispuesto y ordenado;
O que la Vírgen consagrada y pura
Con la divina gracia haya alcanzado
Nueva dispensacion, cual requeria
De su precioso Hijo el natal dia.

Veis aquí que comienza tramontana
Fuertemente á soplar del norte frio;
Ofúscanse los rayos de Diana
Con globos llenos de húmido rocío;
Comienza el agua condensada y cana
A volver do partió con veloz brio,
Y sin mudar esencia en tiempo breve,
Cambiando forma, baja hecha nieve.

La furia horrible de los torbellinos
Cada momento mas se ve ir creciendo;
Cubre la blanca nieve los caminos;
Tambien los hombres luego va cubriendo,
Que van desalumbrados y mezquinos,
Desatinando aquí, y allí cayendo,
Sin órden, sin aviso, sin consuelo,
Sin otra cosa ver que nieve y cielo.

Obras son de tus manos, Padre eterno,
Y mercedes que haces conocidas;
Que este oficio, Señor, no te es moderno,
Ni el celo de tu grey jamás olvidas;
Las aguas suspendiste con gobierno
Al rojo mar, y estando divididas,
Dieron camino por el hondo seno
Al pueblo tuyo, de aflicciones lleno.

Otras prerogativas y favores,
De que llenas están las escripturas,
Concediste en los tiempos que mayores
Del todo se temieron desventuras;
Por un justo un millon de pecadores
Esperas á piedad, y no apresuras
El golpe irrevocable del castigo
Sin procurar la paz con tu enemigo.

Ya la cándida aurora cristalina
Nuestro rico horizonte regalaba,
Y aunque bañada alzó la faz divina,
Las rosas en belleza atrás dejaba;
Su gallarda presencia alabastrina
Con un velo de niebla disfrazaba,
La cual fué causa que los foragidos
No fuesen descubiertos ni sentidos.

Habian caminado largo trecho,
Sin osarse parar un solo punto,
Porque si esto cesara en tal estrecho,
La pausa y el morir llegara junto;
Y alguno que la hizo en tal estrecho,
Entre el hielo quedó yerto y difunto;
Los demás, prosiguiendo el curso incierto,
Tanto corrieron, que tomaron puerto.

Entre unas fuertes rocas, cuya altura
Parece que confina con el cielo,
Las poderosas manos de natura
Tienen minado el peñascoso suelo
Con una cueva donde noche escura
Tiende contino el tenebroso velo.
Jamás rayo solar le halló entrada,
Ni de selvaje fiera fué habitada.

Llena estaba de horror, lento y sombrío,
El aire espeso, el suelo deleznable,
Con un polvo imperfecto que natio
Cubrió la superficie inhabitable.
Tal esparce la fama á su albedrío,
Que fué de Caco el techo abominable,
Y tales como Caco allí se entraron
Los que en costumbre y casa le imitaron.

Herido de los duros eslabones,
Escupió el pedernal vivas centellas,
Y sucesivamente los tizones
Luego sonaron inflamados dellas;
Cuando algunos, buscando provisiones,
Trujeron tantas cabras, que con ellas
Mataron la gran hambre que llevaban,
Y previnieron otra que esperaban.

Tomado ya el refresco, y guarecida
La descomodidad de dentro y fuera,
La una con substancia de comida,
La otra con la llama placentera,
Comienza entre la gente descreida
Un razonar confuso, de manera
Que cada cual hablaba, y no se oia
El mismo las palabras que decia.

Cual estar suele en la solemne fiesta
Al público espectáculo la gente,
Alborozada, estrecha, descompuesta,
Y fuera del decoro que es decente;
Mas luego que á su vista es manifiesta
La figura que sale, atentamente
Oye el teatro, y con la voz de uno
Está puesto en silencio cada uno;

Así aquel vulgo infame allí se oia,
Y así tambien quedó suspenso y mudo,
A instancia de uno dellos, que pedia
Por señas atencion, y habella pudo.
«Oh compañeros mios, les decia,
Bien sé que no hay aquí ingenio tan rudo
Como este mio inútil y grosero,
Ingenio al fin de un pobre ganadero;

»Mas la razon, el tiempo y el deseo
Me obligan á deciros lo que siento,
Y el valor firme que en vosotros veo
Me da para hablar atrevimiento.
Esta fuera la hora, segun creo,
Que, si no se opusiera á nuestro intento
El recio temporal, toda Granada
Tuvieran nuestros brazos asolada.

»Adviértoos esto, no porque se entienda
Que la buena ocasion haya pasado,
Ni porque yo, señores, me pretenda
Eximir del negocio comenzado;
Antes porque se ofrece mejor senda
Si remitimos el suceso y hado
Esta noche al arbitrio de fortuna,
Que no es malo acertar de dos la una.

»Si el hallar los contrarios la pasada
En sus iglesias buena suerte fuera,
¿Cuánto os parece mas aventajada
Esta que la que viene nos espera,
Pues dormirá la gente descansada,
Como quien ya veló la noche entera,
Sepultada en un sueño tan profundo,
Que no despierte hasta el otro mundo?

»No es la multitud, no, siempre en la guerra,
La mejor parte ni la mas segura:
Testigos dello son en mar y tierra
Jérjes y Dário, reyes sin ventura;
Esto sólo yo bien, porque en la sierra,
Aunque pastor, me dí un tiempo á letura,
Y en medio de mi rústico ejercicio,
Imité de los sabios el oficio.

»La determinacion, furia y denuedo,
La preminencia del anticiparse,
Causar al enemigo espanto y miedo
En la primera forma de mostrarse,
Prometen de victoria el premio ledo
A quien sabe del tiempo aprovecharse,
Y el que es acometido escapa tarde
De falto de consejo ó de cobarde.

»Acometidos, ciegos, ignorantes
Estarán en aquel pueblo perdido,
Y pensarán algunos que gigantes
Somos que del infierno hemos salido;
Otros, que con ejércitos pujantes
Las lunas de Asia á España han decendido;
Y en fin, será al remate deste engaño,
Nuestro el atrevimiento y suyo el daño.

»¡Oh, cuántos reinos estarán atentos
A la hazaña ilustre que emprendemos,
Y á cuántos encubiertos pensamientos
Materia de disignio ofrecerémos!
Cuán ricos, cuán ufanos y contentos
En dulce libertad nos hallarémos,
Si deste yugo y carga tan pesada
Cortamos las coyundas con la espada!»

No dijo mas, y todos repitieron
En alta voz las últimas razones,
Y con bárbaro aplauso señal dieron
De unánimes tener los corazones;
Mas entre tanto que estos compusieron
Aquellas licenciosas conclusiones,
El Albaizyn no fué en establecellas,
Antes en rehusallas y temellas.

Con saber que, demás de la potencia
Del Turco, tienen á Africa vecina,
Cierto el socorro y la correspondencia,
Pues la Alpujarra con el mar confina,
Y mas estando ciertos que en Valencia
Y Ronda hay multitud luciferina
Aliada con ellos en linaje,
Intento, profesion, deseo y lenguaje.

Causas eran aquestas suficientes,
Estando la maldad tan adelante,
Para romper cien mil inconvenientes
Un pueblo ciego en tiempo semejante;
El cual, segun el voto de prudentes,
Era sin duda número bastante
A poner la ciudad en tanto aprieto,
Que nunca se alabara del efeto.

Así que ya la trama estaba urdida,
Bien á costa del noble reino hispano,
Donde la fe católica se anida
Y el verdadero término cristiano,
Si no fuera su fuerza enflaquecida
Y disipado su furor insano
Solo por la mudanza no esperada
De aquellos que habitaban en Granada.

La noche toda habian esperado,
Puestos á punto para rebelarse,
Entre las asperezas del cuidado
Y determinacion de aventurarse;
Mas luego que de aquel furor pasado
Tuvieron algun tiempo de enmendarse,
Mudando parecer, se maldecian,
Y al prosupuesto que tenido habian.

¡Oh cuán sabia maestra es la experiencia,
De los avisos madre verdadera,
Y cómo, en fin, sin ella no habrá sciencia
Que pueda introducir noticia entera!
Notable suele ser la diferencia
Que traen las cosas vistas desde fuera
De aquello que después con el efeto
Mudan y alteran en cualquier sugeto.

Que habian estos con afecto extraño
Deseado gran tiempo el que tenian,
Sin que lugar tuviese desengaño
Contra la obstinacion en que vivian;
Y de aquellos que un término tamaño
Con tal astucia procurado habian,
La dilacion de un dia los retire,
¿Quién puede haber que dello no se admire?

Tal su cara mujer y hijos llama,
Como si un año hubiera estado ausente,
Y con lágrimas tiernas que derrama
Los saluda y abraza estrechamente;
Otro con suspirar el aire inflama,
Doliéndole su yerro intensamente;
Y cada cual, en fin, se reconcilia
De nuevo con sus deudos y familia.

Así que, de diversas opiniones
Se ve esta gente, y la que ya venia,
La una, moderando sus pasiones,
Volver la rienda á mas segura via;
La otra, pertinaz en sus traiciones,
Buscar la sedicion y tiranía,
Siguiendo del error la furia insana
Con la rabiosa sed de sangre humana.

Las horas vuelan, y el ligero paso
Del cielo con el curso cotidiano
Tras sí llevaba el sol, de luz escaso,
A bañarlo en las ondas de Oceáno,
Donde sin dilacion dejó en traspaso
A la tiniebla escura el aire vano;
La noche desplegó sus negras alas,
Cubierta y manto de las obras malas.

Estaban los moriscos escondidos
En la cueva escurísima profunda
Mientras la prima pasa, y advertidos
De marchar comenzando la segunda;
Siendo pues ya del tiempo persuadidos,
Con hora á sus intentos mas jocunda,
Concitados de espíritu malino,
A Granada enderezan su camino.

«Silencio! espacio! todo el mundo alerta!»
Iban diciendo, y reparando á trechos,
Cual suelen ir á la parada cierta
Los cazadores, della satisfechos.
¡Oh infelice de aquel que errando acierta,
Y halla para daño los provechos!
Estima la hormiga á buena suerte
Las alas que la llevan á la muerte.

¿Adónde vais, decid, gente perdida,
Solicitando vuestro agravio mismo?
¿Qué costumbre y maldad envejecida
Os precipita en el tartáreo abismo?
La gracia celestial, que concedida
Os fué en el agua santa del baptismo,
¿Qué fruto de virtud ha producido,
Pues la verdad habeis desconocido?

Yo os digo pues que la debida pena
De vuestras insolencias y pecados
Os tiene de esparcir en tierra ajena,
A perpetuo destierro condenados;
Y metidos en áspera cadena,
En vano lloraréis bienes pasados;
Que para mas dolor os serán tales
Los que llamais agora acerbos males.

Iréis por los desiertos solitarios
Desnudos, miserables y mendigos,
Martirios padeciendo extraordinarios,
Sin que alguno os admita por amigos;
El cielo justo os llamará contrarios,
Los hombres, fementidos y enemigos;
Seréis siempre vecinos sospechosos,
Hechos en todo á Dios y al mundo odiosos.

La muda noche en sueño á los mortales
Tenia envueltos, y el profundo olvido
Curaba los trabajos corporales
Y cuidados del ánimo afligido,
Cuando aquellos ministros infernales
Llegaron al lugar constituido,
Habiendo muerto algunas centinelas
Por dar mejor principio á sus cautelas.

Con temerario orgullo y osadía
En el cuartel morisco se lanzaron,
Adonde á la sazon rumor no habia
Ni seña de las que antes concertaron;
Tanto, que cada cual desconocia
El sitio mismo, y todos se turbaron
De aquella novedad, que no sabian
Quién fuese causa; y entre sí decian:

«¿Dormimos ó velamos, compañeros?
¿Qué tierra es esta á que hemos arribado?
Si no es el Albayzin, de muy groseros
Debemos el camino haber errado;
Si es él, ¿do están agora los guerreros
Que con tanta eficacia han procurado
De mucho tiempo atrás nuestra venida
Como total remedio de su vida?

»¿Qué es del orgullo? Qué es de las banderas,
Los pertrechos y máquinas secretas?
Qué es del estruendo? ¿Adónde están las veras?
¿Dónde tambien las lanzas y escopetas?
¿Cómo para partirse delanteras
Las mujeres y edades imperfetas,
No cargan el bagaje á toda furia,
Teniendo la tardanza por injuria?»

Estas exclamaciones y otras tales
Sembraban con recelo y altiveza,
Escudriñando atentos los umbrales
Por inquirir el fin de la extrañeza,
Cuando sintieron voces, que formales
Estas fueron: «Dejáos desa simpleza;
No andeis en vano aquí haciendo alarde,
Hermanos, que venis pocos y tarde.»

Oida la respuesta desdeñosa,
Replican sin tardar desta manera:
«¡Oh gente infame, vil y mentirosa,
Canalla con razon perecedera!
No penseis que la vida vergonzosa,
Por quien huis la gloria verdadera,
Asegurais con vuestra cobardía;
Que antes la perderéis por esa via.

»Quien salta foso, y tarde se arrepiente,
Ni bien llegado tuvo pensamiento
Ni vuelve á do partió, y forzosamente
Halla el peligro en su arrepentimiento;
Así el pasado brio impertinente,
Y el presente fingir falso escarmiento,
Os han de abandonar en el profundo
De todas las miserias deste mundo.»

Tras esto, comenzóse á echar un bando
En alta voz, y dijo el pregon fiero:
«Abenhumeya, rey de nuestro bando
Natural y señor mas verdadero,
Os manda que no estéis disimulando
Con el temor servil de ajeno fuero,
Certificándoos que á su cargo toma
El defender la secta de Mahoma.

»Y que ya el de Marruecos ha venido
A ligarse con él para esta guerra
Con ejército grande y corregido
Y absoluto poder en mar y tierra.»
Así acabó, y al punto un alarido
Hirió el aire, atronando llano y sierra,
Al son de gaitas y de tamborinos,
Que incitaban los ánimos malinos.

Sembrado aquel escándalo, se fueron
Con otros pocos que tras sí llevaron,
A los cuales, no solo persuadieron,
Pero á todos los mas que allí quedaron;
Mas con nuevo discurso que hicieron
Para estar á la mira se guardaron;
Aquellos van, en fin, al reyezuelo,
Y estos quedando esperan con recelo.

Ya del levantamiento escandaloso
Por toda la ciudad rumor se oia,
Y el novelero vulgo bullicioso
Sus lenguas sin compás desenvolvia,
Cuando el caudillo pronto y valeroso
Que dentro del Alhambra residia,
Viendo las cosas en confuso estado,
El camino eligió mas acertado.

Don Iñigo Hurtado entonces era
Sucesor y legítimo heredero
Del que por fama ilustre y verdadera
En aquel reino alcaide fué primero;
Su hijo don Luis le sucediera;
Así que, era don Iñigo el tercero,
No desigual al padre ni al abuelo
En ánimo, en prudencia, en justo celo.

Y la clemencia de sus buenos hados
Señal dió clara en ocasion tan ciega,
Porque los muchos pueblos conjurados
Que habitaban la fértil y ancha vega,
Estaban prevenidos y citados
Para mezclarse á un tiempo en la refriega
Al belicoso son de dos cañones,
Marchando apriesa con sus escuadrones.

Debe notarse que Iñigo el prudente
Habia acaso dado para armarse
Él mismo contraseño entre su gente
Si viesen los moriscos levantarse;
Mas, venido el tumulto y acidente,
No quiso hacer muestra de alterarse;
Así que, en los escándalos mayores
Mudó sus pareceres en mejores,

Mandando que soldado ni artillero
Tirase pieza ni hiciese estruendo;
Lo cual fué salvamento verdadero
Del naufragio que se iba pareciendo;
Porque luego con ímpetu guerrero
Los de la Vega, el contraseño oyendo,
Se vinieran cubriendo los caminos
Hasta los altos muros granadinos.

Ya los del Albayzin necesitaran
A declararse; y como descubiertos
Los unos y los otros asaltaran,
De morir ó vencer del todo ciertos,
Los que iban á la sierra se tornaran,
Abriendo puerta á nuevos desconciertos.
Mirad de cuán livianas ocasiones
Se viene á colmo de íntimas pasiones.

En esto el alba da con luz dudosa
Indicio de la cierta y verdadera,
Y el Marqués sin recelo subir osa
Al Albayzin, que rabia y desespera;
Mas él con elocuencia generosa
Comienza á conhortalle de manera,
Que fué reparo á su congoja extraña,
Y heróico beneficio para España.

Porque si el Albayzin se saqueara
Con disoluta militar licencia,
Como el voto comun con voz muy clara
Tenia pronunciada la sentencia,
De saña y de temor se rebelara
El Alpujarra toda en competencia,
Y no se refrenara fácilmente
El soberbio furor de tanta gente.

Por esto el de Mondéjar les obliga
Mostrando tener dellos buen concepto,
Y sus neutrales ánimos mitiga
Con artificio de orador perfeto;
«Desechad el temor y la fatiga,
Les dice, y cada cual esté quieto,
Amigos, que no habrá quien os ofenda:
Gozad en paz las vidas y hacienda.

»Aquellos insolentes del rüido
Serán segun su culpa castigados,
Y vosotros, que habeis fieles sido,
Segun vuestra bondad remunerados;
Que yo tengo por cierto y entendido
Que hombres infames y desesperados,
Por mas que hagan, no podrán haceros
Buscar desasosiego en que perderos.»

Fué de aquel eficaz razonamiento
La persuasion y efeto poderoso,
Tal, que á todos sacó de pensamiento
Las dudas y el orgullo escandaloso;
Y así, con general contentamiento
Se encomendaban al Marqués piadoso;
Y ofreciendo obediencia verdadera,
Comiénzanle á hablar desta manera:

«¡Oh, de Mendoza próspera coluna,
Por quien ya nuestra débil esperanza
Nos pudo prometer salud alguna
En esta peligrosa y mala andanza;
Refugio que de la áspera fortuna
Nos conduces á puerto de bonanza,
¿Con qué palabras te agradecerémos
El bien que con las obras no podemos?

»La casa de Mondéjar y Tendilla,
Esmaltada de títulos y honores,
Entre los nobles grandes de Castilla,
De tí vendrá á tus claros sucesores,
Pues en tenernos hoy justa mancilla
Haces al Rey servicio, á nos favores;
Que no hay tan flaco ó desvalido amigo
Que pueda ser mejor para enemigo.

»Aquí habemos de ser siervos leales
A todo trance y riesgo, en muerte y vida:
Suplicámoste pues que destos males
Nos libre tu prudencia esclarecida.»
El Marqués, cuando oyó razones tales,
La gracia les confirma concedida,
Y dejando seguro aquel portillo,
Baja á Granada, que pretende abrillo.

Cercado en torno de tropel de gente
A la plaza llegó, donde ya habia
Congregacion gallarda y eminente
De infantes listos y caballería,
A los cuales mandó precisamente
Retirar á sus casas sin porfía,
Y que se esté aprestado cada uno
Para tiempo mas útil y oportuno.

«Estad todos á punto y en alerta,
Les dice, para cuando se os mandare
Salir, y dárseos ha por señal cierta
Dos piezas que el Alhambra disparare;
Creed que la dolencia descubierta
Requiere cura tal, que cuando obrare,
En vez de resolver, no mueva humores
Que puedan engendrar daños mayores.»

Con esto, de la gente aquella parte
Que es de cualquier república ornamento,
Cuando Júpiter reina, y cuando Marte
Airado predomina y turbulento,
Obedeció al Marqués; mas los que el arte
Siguen vulgar con vano fundamento,
Sintieron luego mal del prosupuesto,
Abominando dél, y mas del resto.

En corrillos infames ayuntados,
Interpretaban varias opiniones,
Unos contentos, otros espantados,
Otros diciendo enigmas y baldones,
Metiéndose en negocios excusados,
Fuera de su talento y profesiones,
Dando con rigurosa ley esquiva
Espantosa y cruel difinitiva.

Tanto del torpe vulgo la arrogancia,
Tanto su confusion puede y se extiende
Contra todos los casos de importancia,
Que su curiosidad grosera ofende;
¡Oh malicia fundada en ignorancia,
Por quien tan mal se arguye y reprehende,
Solícito fiscal para lo bueno,
Enemigo mortal del bien ajeno!

CANTO III.

Vuelve la gente que habia salido á reconocer qué camino habian hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya.

Grandes cosas descubre el pensamiento
Tan á perder de vista, que el sentido
Se turba, y no da fuerzas á mi aliento
Que basten á cumplir lo prometido;
¡Oh madre de la gracia, por quien siento
El corazon devoto y encendido,
Gobierna y rige tú mi débil mano,
Porque mi pluma exceda al vuelo humano!

No canto yo en sofística armonía
El fabuloso imperio de fortuna,
Ni afirmo con licencia de poesía
Que puede haber á caso cosa alguna;
Los cielos hizo quien los cielos guia,
Y cuanto está debajo de la luna
Al mismo Hacedor está sujeto,
Que es de todo la causa y el objeto.

Este Legislador de la natura
Dejó en el hombre libre el albedrío,
Con el mas noble ser de criatura
Del mundo, y dióle dél el señorío;
Mas, como es hijo de la tierra dura,
A tal dureza llega y desvarío,
Que olvida, embriagado en su miseria,
La inmortal forma por la vil materia.

Ríndese al apetito en torpe guerra,
Y quiere en el pecar salvoconduto;
Tanto, que, errando siempre, tanto yerra,
Que hace ley su gusto disoluto;
Como el profeta falso que en la tierra
Para el infierno impuso el gran tributo;
Que agora es causa aquí de mis querellas,
Pues de su fuego son estas centellas.

Granada ya en quebranto estaba puesta;
Y el Marqués, previniéndose á la guerra,
Esperaba por horas la respuesta
De hombres que fueron á correr la tierra
Para saber la vía manifiesta
Por donde se volvian á la sierra
Aquellos temerarios precursores
De todos los escándalos y errores.

Estando pues suspenso, aunque alterado,
El pueblo, lleno de rumor de gente,
Llegó la nueva que se habia esperado,
Y relacion del bando inobediente.
Febo, que en el austral solsticio helado
Mostraba entonces su dorada frente,
Tenia la brevísima jornada
En dos iguales partes nivelada.

La Alhambra hizo el son pesado y fiero,
Las vegas y los montes retumbaron,
Y muchas madres con temor sincero
Sus hijos á los pechos apretaron;
Las aves prestas el volar ligero
Al cerco de la luna levantaron,
Y en toda la ciudad se oyó ir creciendo
Un disonante y belicoso estruendo.

Como al orgullo y grita de monteros,
Los canes de que Irlanda mas se esmera,
Corriendo vienen bravos y ligeros
Cuando se halla la selvaje fiera,
Los altos riscos, ásperos y fieros,
No hacen tarda la veloz carrera,
Ni el monte espeso ni el zarzal esquivo
Refrenar pueden el feroz motivo;

Así, rompiendo priesas y embarazos,
Que trae consigo la primer jornada,
Algunos se escaparon de los brazos
Donde su fuerza amor tenia empleada;
Otros aun no esperaron los abrazos
De anciano padre ó madre lastimada;
Que cuando el templo jánuo abrir se siente;
Amar y obedecer es ser valiente.

De aquí uno, de allí dos, y de otra parte
Tres, cuatro, cinco ó mas, correr se vian,
Y siguiendo el católico estandarte,
En número y en ánimo crecian;
Al campo apriesa salen de aquel arte
Que el agua que las nubes nos envian
Se va juntando, hasta que se incluye
En conducto que al mar la restituye.

Mientras que marcha con la infantería
El de Mondéjar, va mas adelante
Por general de la caballería
Un caballero á Marte semejante;
Su coraje, su punto y gallardía,
Su clara estirpe es justo que se cante:
Don Alonso de Cárdenas se llama,
Del tronco de la Puebla hercúlea rama.

Guiaba pues su gente, acelerando
El paso, por coger en descubierto
Los moriscos, que se iban acercando
A la falda de un monte áspero y yerto,
Que está la ardiente esfera amenazando,
Con helado cristal siempre cubierto,
Como parte de aquella que es llamada
Por larga perscripcion Sierra-Nevada;

Mas de los nuestros fué el afan perdido,
Y no pudo el alcance efetüarse;
Que el tiempo que en salir habian perdido
No fué posible entonces restaurarse.
Ya del primero móvil compelido,
Bajaba el claro sol para abrazarse
Con Tétis grave, cuando el seguimiento
Reparó en el mayor impedimento,

Así porque era invierno y á tal hora,
Como porque ya estaban emboscados
Los pérfidos contrarios, que á deshora
Osaban hacer muestra de esforzados.
Razon será tratar un poco agora
De cuanto aquellos iban obstinados;
Y una sola maldad, segun contemplo,
Podrá de las demás ser claro ejemplo.

Entre los que huyeron de Granada,
Arrebatados del motin primero,
Sin dilacion salió, y con mano armada,
Un hombre alborotado y novelero,
Llevando tras su furia acelerada
Dos hijas que tenia el mónstruo fiero,
La una zagaleja de quince años,
Y otra que estaba en los primeros paños.

Al cinto asida aquella le seguia
Atónita y con pasos desiguales;
Esta, que apenas con los piés habia
Tocado de la vida los umbrales,
En los robustos brázos sostenia,
Que fueron los verdugos infernales,
Trangresores del órden de natura,
Del paternal amor excepcion dura.

Porque, como los nuestros ya sintiese
Que por momentos mas le van entrando,
Y el peso embarazoso le impidiese
Los suyos alcanzar, que iban volando,
Dejarle quiso, y porque no viniese
A dar en manos del piadoso bando,
Le puso en las crueles de la muerte:
¡Oh corazon terrible! Oh caso fuerte!

«No puedo ya, les dice, ¡oh hijas mias!
Sobre el cansado cuerpo comportaros,
Ni el alma en cuanto durarán mis dias
Podrá por mi dolor de sí apartaros;
Seréis luego primicia en las porfias,
Y para esclavas tengo de dejaros
De aquesta gente odiosa, mi enemiga,
Que hallará su premio en mi fatiga.

»No, no ha de ser así, ni mi paciencia
Podria tolerar injuria tanta.»
Aquesto dicho, la final sentencia
Mete en ejecucion, y al orbe espanta:
Un agudo puñal con violencia
Ensangrentó en los pechos y garganta
De la hija mayor, y en tiempo breve
La otra sepulto en la blanca nieve.

Negaba ya su luz serena y pura
A los mortales el señor de Delo,
Dando lugar á la tiniebla escura
Y al ornamento del octavo cielo.
Era del sitio la aspereza dura,
Duro el peligro y el rigor del hielo;
Y así, volver los nuestros á Granada
Fué la resolucion mas acertada.

Hallaron la ciudad triste y llorosa,
A tanta incertidumbre reducida,
Que, siéndole su ausencia muy penosa,
No se pudo alegrar con su venida;
Vuela la fama, que jamás reposa,
Con duplicada carta y mas cumplida;
Y conversando con diversas gentes,
Hace tambien efetos diferentes.

Mas ya los rayos del siguiente dia
Por el hermoso oriente blanqueaban,
Y el velo obscuro de la sombra fria
Del hemisferio nuestro ahuyentaban
Cuando la inica y dura compañia,
A quien mas cada hora se juntaban,
Hizo con temerario atrevimiento
A su elegido rey recebimiento.

Halláronle, segun era el concierto
En un lugar que Béznar se apellida,
Y es en Valdeleclin, término cierto,
Que está de la Alpujarra á la salida;
Allí la desvergüenza al descubierto
Osaba andar mas suelta y conocida,
Y la soberbia que injuriaba al cielo
Se prostraba al maldito reyezuelo.

Uno le besa el pié y otro la mano,
Con lágrimas de amor ardiendo en saña,
Diciéndole: «¡Oh Rey, nuestro soberano,
Reparador del mal que así nos daña,
Por años puedas mil reinar ufano,
Y tal ventura tengas en España,
Que no hallen contraste tus deseos
De Cádiz á los montes Pirineos!

»Y desde allí á los Alpes encumbrados
Te acompañe de César la fortuna;
El reino de Saturno dé á tus hados
Obediencia apacible y oportuna;
Trinacria, sin debates porfiados,
Huelge de ser contigo siempre á una;
Venecia se te dé, tambien Bretaña,
Las dos Panonias, Flándes y Alemaña.

»Entonces se verá un siglo dorado,
Y el mundo, á mejor suerte reducido,
Descansará con verse sojuzgado
De tí y del otomano esclarecido,
Cuya felicidad y firme estado
Harán perpetuo el parentesco unido
Que habrá de afinidad con lazo estrecho,
Comun en el honor y en el provecho.

»Sabemos por antigua profecía
Que tu real tronco por su línea reta
Un ínclito varon produciria
Para ensalzar á nuestro gran profeta;
Por tí el divino oráculo decia:
No hay otro Abenhumeya á quien competa;
Tuya es la precedencia favorable
Por ley justa y sentencia irrevocable.

»Hacémoste solemne juramento
De agora y para siempre obedecerte,
Con todo aquel debido acatamiento
Que amor y temor pueden ofrecerte,
Sin que nos puedan ser impedimento
Las temidas insidias de la muerte;
Antes por tí al camino le saldrémos,
Y su terrible nombre invocarémos.

»No será necesario que se escriba
Esto, ni que nosotros lo firmemos;
Que presto se verá en la furia esquiva
Con que á tus enemigos domarémos;
Con rojas letras de su sangre viva
Tus altos previlegios probarémos;
Las armas crian los emperadores,
Que no los elocuentes oradores.»

Siguió á aquestas palabras el estruendo
De confuso gritar, y el gran rüido
El aire cerca y léjos fué hiriendo,
Que reiteraba el son estremecido;
Mas ¿qué hará Granada, que sintiendo
Está el acerbo ultraje y mal partido,
Si el remedio conviene darse luego
Y el caso es grave, peligroso y ciego?

¿Qué medio razonable habrá que pueda
Desórden componer tan intricado?
Qué embajador que hable ni interceda
Con un furor rebelde y obstinado?
¿Quién al campo saldrá, si en casa queda
El enemigo cierto aposentado,
Si todo en fin estaba de tal arte,
Que habia inconveniente á cada parte?

Andaban tan validos vanos cuentos,
Que daban al mentir larga licencia,
Pasando la palabra por momentos,
Nacida de malicia ó de inocencia;
Al persuadirse los entendimientos
No consultaban mucho la prudencia,
Antes algunos si después oian
Lo que ellos inventaron, lo creian.

Y así, la nueva como mas lo fuese,
Era luego á las otras preferida,
Sin que á lo verisímil se atendiese,
Ni á la prueba de parte conocida:
Mas, aunque en esto confusion hobiese,
No dejaban pasar hora perdida
La fragua ardiente y el voraz cepillo,
La ronca lima, el sonador martillo.

Con las otras maneras de instrumentos
De armígeros maestros y oficiales,
A cuya industria y golpes violentos
Se disponen y rinden los metales,
Y aquella furia de los elementos,
Pestilencia rabiosa de mortales,
A toda priesa entonces se hacia
En inflamados hornos noche y dia.

Era pues el orgullo de manera,
Que no eceptaba condicion de gente,
Edad, oficio, cargo, ni pudiera
Alguno reservarse justamente;
La autoridad pacífica y severa
De aquellos que el saber resplandeciente
Sube al gobierno y mando de la tierra,
Las armas se vestia al son de guerra,

Reconociendo bien por experiencia
Aquel proemio de Justiniano,
Que dice ser las armas y la sciencia
El nervo y fuerza de la regia mano:
De digno varon es digna sentencia
Que el áspero camino vuelve llano,
La república adorna y aprovecha,
Y hace que se reine sin sospecha.

Estaba ya la guerra declarada,
Y el negocio venido en rompimiento,
La gente ruda andaba alborotada,
La discreta encubria el sentimiento;
Cuando España, devota y angustiada,
Al cielo alzó la voz con triste acento,
Diciendo á Dios: «¡Oh Padre piadoso!
Oye mi sentimiento doloroso.

»Si domé las antárticas regiones
Por tí, Dios mio, y vi otro nuevo dia;
Si tu ley escribí en los corazones
De aquella gente que ídolos creia;
Si por trabajos y persecuciones
Prosigo esta demanda todavía;
Si procuro lanzar con guerra tanta
Al turco inmundo de la casa santa,

»Toque el amargo son de mi gemido
Tus grandes puertas de misericordia,
Y responda al remedio que te pido
De los cristianos reyes la concordia;
Que los mortales golpes que he sentido
Y agudos filos de civil discordia
Avivan y encruelecen mis dolores
Con el justo temor de otros mayores.

»Nave de Pedro soy, y en el mar fiero
Resisto al cierzo, al ábrego y solano;
Pio Quinto es mi santo marinero,
Y Filipe el timon lleva en la mano:
Al uno el corazon puro y sincero
Es aguja, y tú el norte soberano;
Al otro el claro ingenio que á tí ofrece
La vista informa y brazo fortalece.

»Mil Scilas, mil Caribdis peligrosas
Me niegan el seguro y dulce puerto;
Si aquesas manos tuyas poderosas
No me conceden salvamento cierto,
Duros peñascos, sirtes arenosas,
Soberbias ondas, nuevo desconcierto,
Me rompen, me detienen y me anegan,
A vista de la tierra que me niegan.»

Como padre que al hijo llorar siente,
Y movido á piedad del blando ruego,
Le mira atento con severa frente,
Disimulando el amoroso fuego;
Y aunque ha condecendido interiormente
Con lo que el niño pide, no así luego
Manda que se le dé lo que desea,
Para que humilde y moderado sea;

El Padre celestial desta manera
Se hubo con su España tan querida,
Y por desarraigar la secta fiera
Que estaba en la Alpujarra endurecida,
Permitió que la guerra procediera
Sangrienta de ambas partes y reñida,
A los suyos dejando amenazados,
Y á los rebeldes impios castigados.

En tanto que esto en la ciudad turbada,
Juntando armas y gente, sucedia,
La secta inobediente y obstinada
Inormes culpas contra Dios hacia.
Suene mi voz llorosa y lastimada;
Mueva justo dolor la lengua mia,
Y hiera el triste son, hiriendo el viento,
Las almas con debido sentimiento.

Entró en Granada un hombre destrozado,
Ensangrentado el rostro y el vestido,
Triste el semblante, el paso apresurado,
Corto el aliento, flaco y consumido;
Llegó de vulgo y juventud cercado
Al Alhambra, y en ella recebido,
Al Marqués se humilló, y con voz penada
Dió principio á su misera embajada:

«Señor, le dijo, vengo á tu presencia,
El alma traspasada de dolores,
Con nuevas que no sufren elocuencia,
Corteses circunloquios ni primores;
Tristeza, llanto, afan, pena, dolencia,
Serán aquí retóricos colores,
Pues tanto mal carece de consuelo,
Si no es de mano del que rige el cielo.

»Yo soy uno de aquellos sin ventura
Que por influjo de contrario sino,
Naciendo en la Alpujarra mal segura,
Amalla como á patria nos convino,
Bien que la vecindad estrecha y dura
Del odioso linaje serracino,
Mostrándo sus dañadas intenciones,
Présagos hizo nuestros corazones.

»Mas nunca pudo la fatal mudanza
Como debiera ser de nos temida;
Y así, con una débil esperanza
Nos era menos grave aquella vida;
Oye pues la miseria y mal andanza
De nuestra suerte ingrata dolorida,
Terrible en especial para conmigo,
Pues me quiso hacer parte y testigo.

»Fuí á visitar en aciago dia
Una majada pobre de ganado,
Y á la tarde á mi casa me volvia
A ver el bien que en ella habia dejado;
Estos eran seis hijos que tenia,
Y una mujer que Dios me habia dado,
Honrada, sabia, casta y amorosa,
Con razonables partes de hermosa.

»Para llégar al pueblo me faltaba
Distancia de dos tiros de ballesta,
Cuando un gran fuego vi que dél alzaba
La llama al cielo clara y manifiesta;
Oí clamor de gente que gritaba
Con voz confusa y perdicion funesta,
Cuyas quejas sentia interpoladas
De tiros de arcabuz y cuchilladas.

»La sangre me cuajó un helado miedo,
Sueño mortal traspuso mi sentido,
Los piés se me turbaron, y el denuedo
De los vecinos males fué vencido.
En este amargo trance estuve quedo
Un breve espacio; mas el gran rüido
De nuevo penetró mi sentimiento
Con ira ardiente, y me volvió el aliento.

»Y así, con presto paso y alma osada,
Proseguí el triste fin de mi viaje,
Para acabar con mi familia amada
La vida, ó defenderla sin ultraje;
Llegué al lugar, y luego vi la entrada,
El fiero estrago del cruel linaje,
Que no me dió lugar un solo instante
De llevar mi propósito adelante.

»No sé qué brazo ejercitado y fuerte
Me dió en los pechos con un canto duro,
Y dando en tierra, me hallé de suerte
Que el sol me pareció negro y escuro;
¡Oh venturoso yo, si allí la muerte
Me diera, cual pensé, puerto seguro,
Y excusara con sola una herida
Las muchas que padece esta mi vida!

»Después de haber estado larga pieza,
Como, Señor, te he dicho, transportado,
En mí torné, y alzando la cabeza,
De verme vivo me quedé asombrado;
Mas, como de un dolor otro se empieza,
Y el mismo morir huye al desdichado,
Recuperé el sentido ¡ay triste! cuando
Era partido ya el morisco bando.

»La vista revolví, y á cada parte
Hallé cuerpos difuntos que yacian,
Entre los cuales no sabria contarte
Las disformes heridas que tenian;
Solo diré que estaban de aquel arte
Que las furiosas ondas los envian,
Cuando, impelidos de tormenta fiera,
Causan horror y llanto en la ribera.

»Vi el templo santo puesto por el suelo,
Representando su cruel rüina,
Muertos los sacerdotes, y su duelo
Testificando su fiel doctrina;
El persignarse, en que con limpio celo
Habian impuesto aquella gente indina,
Tenian en los pechos y semblantes
Sellado con heridas penetrantes.

»En este atroz martirio y otros tales
Bien se pudiera al vivo figurado
Entender el proceso de mis males;
Mas quise dellos ser mas informado;
Habiendo pues los míseros umbrales
De mi infelice casa atrás dejado,
Temblando escudriñé los aposentos,
Y archivos los hallé de mis tormentos.

»Entre su sangre vi los inocentes,
De las manos sacrílegas deshechos,
Con llagas frescas y resplandecientes
Pasadas las cervices y los pechos;
Otras anotomías insolentes
Hallé en sus rostros para mis despechos;
Tanto, que apenas conocer podia
Los hijos á quien yo engendrado habia.

»Mil veces los llamé por nombre en vano,
Interrumpiendo su mortal reposo,
Y tratando sus llagas con la mano,
Cruel me parecí, de muy piadoso;
Luego á la fuerza del dolor insano
Acometí con llanto caudaloso,
Y di recios bramidos sin concierto,
Como leona sobre el hijo muerto.

»Ronco ya de llorar, con voz doliente
Me quejaba á mi dulce compañera,
Contándole mi pena eficazmente,
Como si el cuerpo frio lo sintiera.
En esto el claro sol llegó á occidente,
Y la noche mostró su vista fiera;
Tiempo oportuno á la tristeza mia,
Como al que alegre está el sereno dia.

»Cubierto pues del tenebroso manto,
Solté mejor la rienda á mis gemidos,
Y la justa ocasion del triste llanto
De nuevo hizo guerra á mis sentidos;
Las fieras de los montes entre tanto
Bajaron con horrísonos aullidos,
A dar á algunos muertos sin ventura
En sus golosos vientres sepultura.

»La luz, al mundo clara y agradable,
Asomaba ya entre uno y otro polo,
Trayendo á todo triste y miserable
Consuelo, sino fué para mí solo,
Que, viendo el espectáculo espantable,
Llamé enemigo al resplandor de Apolo,
Duro accidente de mis graves males,
A ejemplo de las penas infernales.

»En fin, por no alargar mi triste cuento,
Yo enterrecí y rompí la dura tierra
Con lágrimas y hierro, y al momento
Le dí despojos de la injusta guerra;
Obsequias canté al son de mi tormento,
Diciendo: ¡Oh cuerpos nobles, do se encierra
Mi ánima angustiada y afligida,
Que por las vuestras anda de partida!

»Pues el contino afan de mi ejercicio
En adquiriros el sustento humano;
La horrible Parca, usando de su oficio,
Ha hecho ya con mi descanso vano,
Aqueste piadoso beneficio
Recebid á lo menos de mi mano,
Hasta que el alto Dios servido sea
Llevarme adonde para siempre os vea.

»Así del paso me partí acïago
Habrá dos dias, que parecen años,
Sabiendo bien cuál es del mundo el pago
A tanta costa de mis propios daños;
Nunca por Roma padeció Cartago,
Ni Roma por los bárbaros extraños
Tanta persecucion, que mi fatiga
Su mal no imite y su rigor no siga.»

Aquí dió fin á su mortal querella
Este que con razon se lamentaba,
Y el Marqués entendió del tenor della
Que la tardanza apriesa amenazaba;
Y así, para poner remedio en ella,
Con la gente que á punto se hallaba,
Ordena de salir á la campaña
Con santo celo y con honrosa saña.

Mas ya de la comarca concurria
Tropel de gente, que á la fama vino,
De la fértil y rica Andalucía
Y todo aquel distrito convecino:
Sueltos jinetes, buena infantería,
Con mucha lanza, mucho arcabuz fino,
Llegaban á Granada de hora en hora,
Que esto agradece y sus desgracias llora.

Íbase el de Mondéjar acercando,
Con buen concierto, á la fragosa sierra,
Y las escuadras le iban alcanzando,
Puestas en órden con ardid de guerra;
Las súbitas insidias recelando
Por el áspero sitio de la tierra,
Que en la templada y apacible España
A los Alpes imita de Alemaña.

Con el caudillo intrépido y severo
Va á punto con su gente de á caballo,
Aquel que de la Puebla es heredero,
Y yerno suyo, digno de estimallo;
Va tambien su retrato verdadero;
Perdona si tu ingenio y virtud callo,
¡Oh don Francisco de Mendoza raro!
Pues no saber loarte es lo mas claro.

Allá por donde Céfiro respira
El almo Febo habia tramontado,
Y nuestro campo, puesto ya á la mira
Del otro, en el Padul se habia alojado;
La muda noche pasa, el sueño inspira
Reposo, solamente asegurado
De la advertida y diligente vela
Que hace la nocturna centinela.

Cuando en Dúlcar, lugar que cerca estaba
Del Padul, algun tanto guarnecido,
Se tocó al arma porque en él se entraba
Grande parte del bando descreido.
El nuestro, que sintió lo que pasaba,
Acude, como suelen al bramido
De la inocente res fidos mastines
Contra lobos rapaces y malsines.

La alteracion, la priesa, el tiempo obscuro,
Y ser tan poco plática la gente,
Hizo ser aquel trance mal seguro,
Que fuera segurísimo otramente;
Porque, llegados al recuentro duro,
Los nuestros se mezclaron ciegamente;
De suerte que el engaño en los amigos
Dañó como en los mismos enemigos.

La escaramuza peligrosa y fuerte
Con su mismo desórden se encruelece,
Hace la confusion comun la suerte,
Y enemigo el error quien le parece;
Este al que amaba causa esquiva muerte,
El otro da la vida al que aborrece;
¡Oh dura condicion, caso inhumano!
Oh género de guerra mas que insano!

Del castellano bando cuatrocientos
En la ciega revuelta muertos fueron,
Y del morisco mas de otros quinientos
Al tartáreo Aqueronte decendieron;
Mas cuando los concordes elementos
La venida del sol agradecieron,
Sin detenerse mas la vil canalla,
Busca la sierra y huye la batalla.

La sierra buscan, que es la fortaleza
De que ellos mayormente se fiaban;
Mas los caballos nuestros con presteza
Los pasos y el vivir les acortaban;
La humana frágil mísera corteza
Con las agudas lanzas destrozaban
A tantos, que los fértiles arados
De cuerpos parecia estar sembrados.

Aquí los dos cuñados generosos,
Como otros fuertes dos nuevos Atridas,
A muchos de los moros alevosos
Privaban de las almas y las vidas;
Hubo entre ellos algunos animosos
Que perdellas osaban bien vendidas,
Haciendo rostro con denuedo extraño,
No sin mezclar estorbo, ofensa y daño.

Tal hubo allí que, della atravesado,
Iba subiendo por el asta arriba,
Y por poco se viera antes vengado
Que muerto, aunque de forma tan esquiva;
Y así, no debe ser menospreciado
El mas flaco enemigo en cuanto viva;
Que el destroncado toro se levanta
En ocasion que mata, aunque no espanta.

Cesó el alcance bien entrado el dia,
Y á recoger tocó la seña luego,
Porque el lugar y tiempo requeria
Meterse en órden y tomar sosiego;
Mas, como aquella gente nunca habia
Ejercitado el belicoso juego,
Sintió sus duras leyes de manera
Que muchos rehusaban la carrera.

Y habíales el miedo en tanto grado
Envilecido en el furor primero,
Que, yéndose con paso apresurado,
Temia cada cual ser el postrero;
Que el arduo y noble oficio de soldado,
Crisol de la fineza verdadero,
Es un saber que nace de experiencia,
Y una cuerda osadía con paciencia.

Es constante virtud, que no se aprende
En los confines de la patria amada,
Do á cada paso al sufrimiento ofende
Memoria de la vida regalada,
Como claro de aquí se comprehende,
Sin mil ejemplos de la edad pasada;
Y así, es ardid que importa dar la guerra
Al enemigo á vista de su tierra.

Mas el Marqués, que deshacerse mira
El bisoño escuadron cada momento,
Cual nieve al sol cuando al verano gira,
O fuego al agua, ó como polvo al viento,
Puso á su corazon instintos de ira,
Y espuelas al caballo, con intento
De poner freno á todos con vergüenza,
Y castigar quien della no se venza.

Apriesa los asalta, y desta suerte
Los reta de la torpe cobardía:
«¡Oh adulterinos de la nacion fuerte
Que es hoy espejo de la valentía!
¿Adónde os lleva el miedo de la muerte,
Que espantar otro tiempo no solia
Aquellos que ganaron combatiendo
La misma tierra que pisais huyendo?

»Teniendo aun ellos por competidores
Moros valientes en esfuerzo y maña,
No estos pocos descalzos labradores
Que desarmados van por la montaña,
¿Por qué desconoceis vuestros vigores?
Por qué arrastrais el crédito de España?
Por qué ese miedo infame así os arguye,
Que os obliga á huir de quien os huye?

»Pero ya que teneis los piés gallardos,
¿De qué sirve ese peso impertinente
De espadas, arcabuces y de dardos,
Duras corazas, malla reluciente?
¿No veis que en el correr os hará tardos,
Y que no vais con hábito decente?
Al sordo ¿qué aprovechan blandos sones,
Ni á liebres pieles fuertes de leones?

»Mejor será que os despojeis temprano,
Como habeis de hacello mal y tarde;
Por tanto, quien quisiere irse liviano
Las armas deje aquí como cobarde.»
Así acabó, y la espada alzó en la mano,
Jurando por la vida (que Dios guarde)
Del Rey, que matará á quien se mudare
Si primero las armas no dejare.

Mas ellos, conociendo su delicto,
Que es escalon primero de la enmienda,
Con ojos bajos y semblante aflicto
No esperan á que mas se reprehenda;
Antes apriesa vuelven al conflicto,
Y con deseo de que nadie entienda
Que jamás pretendieron retirarse,
En ocasiones piensan señalarse.

Así el campo se pudo ir recogiendo
Hasta cerca del puente de Tablate,
Porque es paso forzoso aunque estupendo,
Y cumple que se gane por combate.
Este es un puente el cual no está midiendo
Corriente río que sus piedras bate,
Mas un foso profundo, que se extiende
Por largo espacio, y el camino hiende.

De aquella banda mira al mediodía,
Desta al septentrion, y así del valle
Divide la Alpujarra, y es la via
Por donde nuestra gente debe entralle.
Otra dificultad mayor habia
En el difícil paso que pasalle,
Porque hay á la otra parte un monte fiero
Que le tiene debajo á caballero.

Donde ya el reyezuelo habia sentado
Su ejército insolente y atrevido,
Después de roto el puente, aun no fiado
De estar solo en el sitio preferido.
En un caballo bien enjaezado
Andaba, de color verde vestido;
Y á la maldita y áspera canalla
Desta manera exhorta á la batalla:

«Ea, mis valerosos seguidores,
Ea, leones, ea, soldados mios,
Agora es tiempo de mostrar vigores,
Bravos corajes y encendidos brios
Contra aquellos vestidos de colores,
Llenos de recamados atavíos,
Que nos vienen buscando por su antojo,
Pobres de esfuerzo, ricos de despojo.

»Gente es que suele andar toda su vida
Las manos en los guantes ó en el seno;
Usan pantuflos en la edad florida,
Siendo apacible el temple del terreno;
Desmáyanse si tarda la comida;
Huyen, como de peste, del sereno;
El aire los ofende cuando pasa,
Y si este no los hiela, el sol los asa.

»Agora el trabajar pisando hielo,
Bebiendo dél, y á veces de mañana,
Y por cama la tierra, y techo el cielo,
Amanecer la barba crespa y cana,
¿Cómo pensais, decid, que venga á pelo
A gente delicada y holgazana,
Sin desear la muerte aborrecida,
Por no sufrir tal género de vida?

»Mas ¿en qué me detengo, si á la clara
Los conoceis, cual yo, de luengo trato?»
Interrumpióle en esto la algazara
Del arrogante vulgo y el rebato;
El cual, viendo los nuestros cara á cara,
Comenzó con villano desacato
A pregonar injurias fanfarronas,
Sin excepcion de cargos ni personas.

Al punto pues que de una y otra parte
Dieron de arma señal con fiero estruendo,
Los hondos valles con el son de Marte
Se estaban reciamente estremeciendo;
Las armas que inventó la infernal arte,
Relámpagos y truenos despidiendo,
Lanzaban juntamente en competencia
Rayos sin piedad ni resistencia.

Vuelan en fin las balas contrapuestas,
Causando estrago y muerte acelerada,
Escupen flechas duras las ballestas,
Con la yerba mortífera aplicada.
Entre aquellas demandas y respuestas
Andaba entre la gente de Granada,
A la cual la vanguardia habia tocado,
Solícito el Marqués y desarmado.

El de Mendoza claro conocia
El peligro á que estaba entonces puesto,
Y que á su cargo allí no competia
Tan mal seguro y arriscado puesto;
Y como de otra parte visto habia
El temor de los suyos manifiesto,
Entendió que el consejo mas prudente
Era dalles ejemplo de valiente.

Mas su animoso yerno en tal estrecho
Le dijo: «Pues del todo te aventuras,
Contra las observancias y derecho
Que se requieren en batallas duras,
¿Por qué á lo menos ese honroso pecho
Con defensivas armas no aseguras?
Mira, Señor, que no son estos dias
Para tentar á Dios por muchas vias.»

Oida aquella inspiracion divina,
El Marqués la metió luego en efeto,
Poniéndose de pasta diamantina
Un milanés y bien forjado peto;
Apenas cuatro pasos mas camina,
Cuando el discurso del fatal secreto,
Llegado al fin y término, descubre
Aquello que al humano seso encubre.

Cortando el aire con veloz silbido
Llegó una bala, y en el peto fuerte
Hizo golpe y formó claro sonido
En lugar que lo dieraá presta muerte,
Si no fuera del temple resistido,
O por mejor decir, de buena suerte,
Que para el buen don Iñigo guardaba
Dios, que destos peligros le salvaba.

Con este trance y otros mil de guerra,
Que el tiempo no me da lugar que diga,
Perdiendo gente se ganaba tierra,
Haciendo mayor daño á la enemiga,
Hasta que «España, dijo, cierra, cierra;»
Y comenzó á pasar no sin fatiga
El roto puente por un paso estrecho
Que como lo demás no fué deshecho.

Abenhumeya desde la alta cumbre
Reconoce que pierde la batalla,
Y que los suyos andan sin mas lumbre,
Haciendo muestra ya de rehusalla.
«Si, como sois copiosa muchedumbre,
No fuérades, les dijo, vil canalla,
Para el puente romper manos sobraran,
Y piés para huir no se hallaran.

»Mas, por ser esta culpa la primera,
Alcanzaréis perdon de mi clemencia,
Que andando el tiempo hallaréis severa,
Y aun rigurosa, si os tomais licencia.»
Esto les dijo solo, y mas dijera,
Si no viera en estado la pendencia,
Que no podia ya della escaparse
Sin morir, ó ser preso ó retirarse.

Destas de guerra duras condiciones
La última escogió por menos daño;
Y así, llegaron nuestros escuadrones
A su real, temiendo algun engaño.
No fué el despojo ricos pabellones,
Tesoro ó joyas de artificio extraño,
Sino ciertas moriscas y criaturas
Que estaban entre grandes espesuras.

Reclinaba ya el sol sus hebras de oro
Tras las columnas del famoso Alcides,
Dando lugar al estrellado coro
Y fin preciso á semejantes lides;
Cuando emboscado el ambicioso moro,
Trazaba nuevas máquinas y ardides;
Nuestro campo alojado reposaba,
Y la guardia á sus horas se mudaba.

CANTO IV.

El campo de Abenhumeya va cada dia en aumento, y hace atrocísimos martirios en los cristianos que vivian en la Alpujarra. El marqués de los Vélez forma ejército á su costa por la banda de Murcia. El de Mondéjar, habiendo roto algunas veces los moros, va sobre las Guájaras y las toma por combate.

Tiéndese en tanto la veloce fama
Por todo el mundo, y con la voz terrible
Monstruosamente afirma, jura y clama
Lo cierto, lo dudoso y lo imposible;
Ya silba apriesa, ya amenaza y brama
Cual sierpe cruda y cual leon terrible,
Haciéndose por horas mas verbosa
Con el aplauso vil de gente ociosa.

Suénase que Selim baja en persona
Con gruesa armada al reino de Poniente,
Y que á Fernando trae hija y corona
Para hacerle yerno y rey potente,
Y que á los venecianos les perdona
El tributo ordinario y el presente;
Que tiene trato hecho con Italia,
Y paso prometido por la Galia.

Abridme agora ¡oh coros celestiales!
Vuestro helicon sagrado, en quien espero;
Mostradme los secretos esenciales
De aquel original mas verdadero,
Donde se ven las causas principales
Y los efetos, sin que falte un cero;
Donde está firmemente averiguado
Lo presente, futuro y lo pasado.

El délfico planeta trujo el dia;
Mas antes que del todo pareciesen
Las pirámides de oro con que guia
Los años, como á Dios plugo que fuesen,
Abenhumeya marcha por la vía
Que menos embarazos le ocurriesen,
Y mas su atrocidad se efetúase
Para que su poder se acrecentase.

Siguiéndole va el campo castellano,
Aunque las asperezas lo estorbaban,
Y así iba por los pueblos el tirano,
Levantando las gentes que faltaban;
Pero corrian tras su hado insano
Los que aun dudosos á la mira estaban,
Cual suele de madera alguna puente
Arrebatada ser de gran corriente.

De tierra de Almuñécar acudieron
A la rebelïon muchos lugares,
Y del Valdeleclin luego vinieron
Con mano armada herejes á millares;
Del Alpujarra en arma se pusieron
Escuadrones fortísimos á pares;
Los de Guadix llegaron á porfía,
Los del Cenete y rio de Almería.

Pasa el Marqués á Lanjaron, y en ella
Rompe la furia al bárbaro enemigo,
Ya en Órgiva le vence y atropella,
Ya en Pitris hace en él igual castigo;
Entre Vélez con otro estrago y mella
Le hace de su mal parte y testigo;
En Andarax le ofende y le maltrata;
En Paterna le vence y desbarata.

Mas era el retirarse peleando
Continuamente en sitio aventajado;
Y así, le cuesta gente á nuestro bando
Cualquier paso de tierra que es ganado;
El moro, su furor ejecutando,
Pasaba como rayo acelerado,
Alzando tras de sí en aquel distrito
Un número de gentes infinito.

Y los fïeles que pasaban antes
Entre estos elches sus honestas vidas,
Tan pocos cuantos son los navegantes
Respecto de las ondas homicidas,
No pudiendo á tal fuerza ser bastantes,
Las suyas eran luego sometidas
Al mas abominable uso de guerra
Que las furias trujeron á la tierra.

¿Quién pues de aquellos dias acïagos
Hará lamentacion justa y debida?
Quién de inocente sangre tantos lagos
Podrá cantar con voz entristecida;
Las abominaciones, los estragos,
La castidad preciosa escarnecida
De doncellas á vista de sus padres,
Que ven lo mismo en las cuitadas madres?

Ejemplo se vió nuevo y espantoso
De toda crueldad aborrecible,
Por quien del pueblo al mundo mas famoso
El sexto emperador no es ya terrible;
Ni es de maravillar que el sanguinoso
Tirano de Sicilia irremisible
Holgase al son del lamentable lloro
Que Perilo entonó dentro del toro.

De hoy mas, fama parlera, callar puedes
Las muertes que vió el campo marcïano,
Los caballos atroces que Diomédes
Sepulcros hizo del linaje humano;
Olvida ya las aras y paredes
De Busiris y Anteo el africano,
Y la ferina gula del que ciego
Quedó por mano del astuto griego.

Y si la pïedad no te enmudece,
Destos rebeldes habla, destos cuenta;
Que en mí la voz de lástima fallece,
La mano se me turba y desalienta;
Pero si nuestra España se engrandece,
Liquidado el remate desta cuenta,
Pueda mas la razon que la terneza,
Y escríbase de todo la certeza.

Mártires hubo allí que sin recelo
O pena de morir, á Dios llamando,
Vieron sus piés y manos por el suelo
Con la caliente sangre palpitando,
Y sus lenguas después volverse hielo;
Y así los troncos juntos levantando,
Con humilde paciencia agradecian
Los ásperos martirios que sentian.

Otros en fuego lento eran ardidos,
Otros con pedernales desollados,
Otros de horca infame suspendidos,
Otros por entre breñas arrastrados;
Otros, á las mujeres cometidos,
Eran con alfïleres lacerados,
Y así acababan las prolijas vidas
Llagados de millares de heridas.

Dos hermanos mancebos bien andantes,
Hijos de Arce el alcaide, fueron puestos
En sendas cruces, siendo mucho antes
Rogados con ofertas y protestos
Que apostatasen, y ellos, muy constantes,
No solo á padecer fueron dispuestos,
Mas con palabras llenas de consuelo
Se despidieron ambos hasta el cielo.

¿Qué diré de las madres lastimeras
Que, viendo suceder lo que bastara
A hacer de pïedad llorar las fieras,
Murieron sin que el hierro les tocara?
Antes cuando las manos carniceras
De aquella multitud cruda y avara
Atrozmente sus hijos les herian,
Sus almas tras las dellos despedian.

Y aquellos cuerpos frios que, acogidos
Al mas seguro puerto de natura,
De la cruel invidia defendidos
Yacian en la triste sepultura,
Eran desenterrados y ofendidos
Con denuestos y fuego: ¡oh saña dura!
Pues no perdona tu inclemencia fuerte
Los despojos humildes de la muerte.

No faltaron allí viles sayones
Que con manos sacrílegas nocivas
Diesen de eclesiásticos varones
A perros á comer las carnes vivas
Miembro por miembro, y luego las faciones,
Y para dalles penas mas esquivas,
El último tormento era en los ojos,
Porque primero viesen sus enojos.

Mas pudo nuestra Iglesia y madre buena
Destos males sacar glorioso aumento,
Pues ni el temor, la muerte ni la pena,
Amenazas ni blando ofrecimiento,
Hambre ni sed, engaño ni cadena,
Ni el ángel malo, que era el instrumento,
Contra la fe pudieron, que es mas fuerte
Que el cielo, que el infierno y que la muerte.

Y así, abrazados de tan firme escudo,
Conhortándose en ricas esperanzas,
Les dió la caridad el fuerte ñudo
Que no desatan tiempo ni mudanzas;
Conviértete á tu Dios, ¡oh pueblo rudo!
Pues él mismo te avisa en tus venganzas,
Y ves en los que afliges evidente
La gracia de su mano omnipotente.

Es caso de memoria eterna dino
Que en este siglo férreo y estragado,
Do el herético error y desatino
El mundo en tantas partes trae burlado,
Se viese al vivo imágen del divino
Colegio santo del apostolado,
Cuando con sangre justa cultivaba
La celestial semilla que sembraba.

Mas ¿cómo volveré á lo que trataba?
Que á mil armas se toca por la tierra,
Y en muchas dellas al cerrar se traba
A un tiempo mismo la sangrienta guerra;
Crecen las iras y contienda brava,
Su estruendo y confusion vence y atierra
El órden de escribir y los concetos,
Que faltan cuando sobran los sugetos.

Esfuerza pues agora, voz cansada,
Que del trabajo nacen galardones;
Y tú, lengua, no estés desconfiada,
Pues nunca á la razon faltan razones.
Mas ya de nuevo estímulo inflamada
El alma siento; ya hallo ocasiones
En la verdad, donde contemplo y leo
Escripto aquello que cantar deseo.

El Alpujarra se me representa
Hidra con mil cabezas ponzoñosas,
Y cada cual de sangre se alimenta
De temerarias armas y enojosas;
Su furia noto aquí y allí violenta,
Y el vario proceder de nuestras cosas,
Sin que pueda de un golpe ser cortada
Cerviz en tantos nervios afirmada.

Otro caudillo veo que se muestra
De nuestra parte con semblante fiero,
En medio de un ejército que adiestra
A su mismo estipendio, órden y fuero;
En ardid y justicia hace muestra
Igual al mas osado y mas severo,
Y, á ser ciertos, venciera, de gallardo
Y fuerte, á Rodomonte y Mandricardo.

Si tal como este príncipe Argos fuera,
Nunca Mercurio astuto le engañara,
Por mas facundia que en decir tuviera,
Ni al blando son de cítara cantara;
Jamás peligro vió de que temiera,
Ni cosa deseó que obrar no osara;
Fué un istmo que impidió que la morisma
De Murcia se mezclase á estotra cisma.

Este es el de los Vélez, que corona
Fué de Fajardos, y de España amparo,
Arriscando su estado y su persona
A todo el daño del peligro claro;
Fez, Marruecos, Argel y la Belona,
A la gran fama de su esfuerzo raro,
Estaban por entonces casi en duda
Si á la rebelion darian ayuda.

Y así, nuestro buen rey, agradecido,
Le confirmó de general el grado,
Reservándole gasto tan crecido
Como en aquella empresa habia tomado;
Mas en tanto que aquí me he detenido,
Al arma oigó tocar por otro lado,
Allá hácia la banda de poniente,
Donde está el de Mondéjar y su gente.

Un alto monte, lleno de aspereza,
De espadas y de lanzas coronado,
Ver me parece, en cuya fortaleza
El sobreestante vulgo está fiado;
Peñas volcando, que por su graveza
Son prestas al bajar por cada lado
Con tropel, y se llevan hasta el centro
Las cosas que les salen al encuentro.

Dos caballeros por la falda espesa
Veo anhelar á la sublime cumbre,
Contra aquel terremoto que no cesa
De dar incomportable pesadumbre;
Mas ni el peligro de la suerte aviesa,
El sitio alpestre, ni la muchedumbre
Les obliga á estancar en la subida,
Sin privallos primero de la vida.

Y así, les pone fin un mismo dia,
Y una misma ocasion, que honra se llama,
Rinde los cuerpos á la tierra fria,
Y al cielo encumbra la su noble fama;
Su epitafio escribir justo seria,
No en los cipreses de funesta rama,
Sino en laureles que representasen
Triunfo de bien morir, y así informasen:

«Yacen libres de afan, trabajo y vicio
Dos bienaventurados caballeros,
Que por la fe murieron en su oficio,
A Dios humildes, á las armas fieros;
La inmortal parte deste sacrificio
Subió á gozar los bienes verdaderos;
La tierra esconde en sí el despojo humano,
Mas hale de volver tarde ó temprano.

»El uno don Luis Ponce se llamaba
De Leon, que es dignísimo pariente
Del gran don Manüel, que refrenaba
De los leones el coraje ardiente;
Este pues, que sus hechos imitaba,
Siendo en belleza y años floreciente,
Dejó muriendo lleno de mancilla
El ameno contorno de Sevilla.

»El otro, que en la vida habia hecho
Mayor tardanza, y ser ya jubilado
Pudiera en guerra, pues con fuerte pecho
A Carlo invicto siempre anduvo al lado,
Don Juan de Villaroel fué, que el derecho
De senectud habiendo renunciado,
Sus altos pensamientos le acabaron,
Y en Úbeda las damas le lloraron.»

Tramonta en esto el sol por Oceáno,
La noche se levanta de la tierra,
Suspéndese el rigor de Marte insano,
Y la tiniebla es tregua de la guerra;
Las horas prestas con volar liviano
Siguen la ardiente luz que el año cierra,
La cual al igualar del horizonte
Bañó la cumbre al contrapuesto monte.

Renuévase en el campo aquel bullicio
Que para tal empresa se requiere;
La gente se dispone al ejercicio;
La mas honrada señalarse quiere;
El buen Marqués, cumpliendo con su oficio,
El menos peligroso medio inquiere
Para ganar el sitio inexpugnable
Con ejemplar industria memorable.

Manda que, repartida á todos lados,
Arremeta de Córdoba la gente,
Quedando en el ejército soldados
En número y en forma conveniente.
No deben en silencio ser pasados
Tus claros hijos patria preeminente,
Ni es justa cosa que recelos vanos
Tal ocasion me quiten de las manos.

Solo resta que, siendo yo tu prenda,
Mires por mí, pues á ti misma toca,
Y que tu dignidad turbe y suspenda
La invidia que tu ser mueve y provoca,
Porque el grosero vulgo no pretenda
Alegar que soy parte, pues tan poca
Soy de ti, que eres todo cuanto digo,
Y mas, de que es el mundo buen testigo.

¿Quién duda, esclarecida patria mia,
La reseña que tú hacer pudieras,
Así de valerosa infantería
Como de bandas de á caballo fieras,
Tus ciudadanos, tu caballería,
Tus armas, estandartes y banderas,
Pues claramente el número excedieron
De todas las ciudades que allí fueron?

¿Quién no sabe que tú, Córdoba, fuiste
Liberal, animosa y diligente
Desde el instante mismo que sentiste
De Granada el tumulto y accidente?
Quién niega la constancia que tuviste,
Manando como clara y viva fuente
Armas, hombres, caballos y tesoro,
Conservando á tu fama su decoro?

Bien hizo desto en tiempos ya pasados
Experiencia Jerez de la Frontera,
Cuando sus muros rotos y asolados
Turbaban la esperanza postrimera;
Y mas, habiendo sídole negados
Los muy justos socorros que pidiera
A pueblos comarcanos poderosos
Con encarecimientos piadosos.

El sitio se estrechaba por momentos,
Crecian daños y sobraban muertes;
Faltaban dentro ya los bastimentos,
Que es falta que enflaquece á los mas fuertes;
Y así, en trabajos, penas y tormentos
Se vieran fenecer todas las suertes,
Si en tan estrecho punto no llegaras,
Y la ciudad amiga no libraras.

La cual, al beneficio agradecida,
Guarda con pacto eterno inviolable
La perfecta amistad y ley debida
A caso que es ya sido tan notable;
Y tan bien es de ti correspondida
Con recíproco amor y perdurable,
Que dura y durará de gente en gente,
Creciendo, si es posible que se aumente.

Ya el amenazador ronco instrumento
Y el pífano sonante denunciaban
El peligroso asalto y rompimiento
Contra los moros que en el fuerte estaban.
¿Quién dirá la virtud, fuerza y talento
Que en nuestros capitanes se mostraban,
Aumentando el valor de los soldados
En su patria nacidos y criados?

Tú, don Diego de Argote, noble argivo
Que de Argos traes insigne decendencia,
Y tú, don Pedro de Acevedo altivo,
De corazon y de gentil presencia,
Y tú, Cosme de Armenta, ejecutivo
En armas, adornadas de experiencia,
Y tú, buen don Francisco de Simancas,
Que, mozo, imitas los de sienes blancas,

Arremetistes con denuedo extraño
Con vuestras valerosas compañías
Contra el morisco esfuerzo, cuyo daño
Estaba reparado por mil vías;
Tanto, que tú, diabólico rebaño;
Seguro en aquel trance te sentías,
Sin pensar cuánto pueden los aceros
De justa causa y tales caballeros.

Difícil era y larga la subida,
Y la defensa recia la estorbaba;
De suerte que la furia descreida
A su salvo ofendia y contrastaba;
Usando de la pólvora homicida
Y de la flechería que volaba,
Herian á los nuestros de mampuesto,
Con estrago y desórden manifiesto.

No se adelanta allí paso de tierra
Si á buen precio de sangre no es comprado,
Porque desde las cumbres hacen guerra
Toda edad, todo sexo, todo estado;
Los altos riscos de la antigua sierra
Sacados del lugar que habian durado
Por tantos siglos, caen desde su altura,
Buscando nuevo centro en la hondura.

Con horrísono estruendo y ligereza,
Nacida de aquel peso que los lleva,
Pasan causando muertes y tristeza,
Sin que celada valga ó peto á prueba;
Cual suele de algun carro la graveza
Dejar la sierpe incauta que la prueba
El cuerpo roto y sin poder valerse,
Moviendo sus extremos sin moverse.

Tal se quedaba allí la flor de España:
Dichoso el que llamar á Dios podia.
Mas ya por toda la áspera montaña
La gente aventurera arremetia;
Temblaba cerca y léjos la campaña
De los golpes, estruendo y vocería;
El moro invoca su deidad propicia,
Los nuestros al apóstol de Galicia.

Tanto perseveró el afan crecido,
Que á pura fuerza pudo ser ganado
Cierto eminente sitio que habia sido
Tambien por los contrarios ocupado;
Desde el cual pudo ser algo ofendido
El mas alto y mejor fortificado;
Y así, se combatió hasta que Apolo
Dejar quería nuestro mundo solo.

Los cuatro capitanes cordobeses,
Viendo acabarse el dia, y no aquel hecho,
No se curan de petos milaneses,
Que honrosa saña les guarnece el pecho;
Y despreciando mantas y paveses,
Al recuesto arremeten mas derecho,
Diciendo: «¿A qué se espera la venganza?
Que ya parece culpa la tardanza.»

Y con dichos y hechos escogidos
Van exhortando apriesa los soldados;
Mas no pueden de muchos ir seguidos,
(Tanto los pasos eran intrincados).
Entre ciertos peñascos carcomidos,
Al mismo fuerte juntos y arrimados,
Hicieron alto, y fuera exorbitante
Temeridad, pasar mas adelante.

Porque fuera entregar al enemigo
Sin fruto alguno cada cual su vida,
Y poner en las manos el castigo
De cuya era la culpa conocida;
Mas ya la ausencia del planeta amigo
Dejaba á la tiniebla aborrecida
En el aire tender el manto escuro,
Que no estaba de nubes limpio y puro.

Predominaba entonces aquel sino
Que está entre Capricornio y Picis puesto,
Y el ártico aquilon al sitio alpino
Helaba aquella noche en vuelo presto;
El fortísimo roble, el alto pino
Tocaban con la cima el suelo opuesto;
La nieve, sacudida en remolinos,
Vuela con procelosos torbellinos.

Mas no por esto nuestros caballeros
Volvieron á bajar con la otra gente;
Antes, su acuerdo habido, «los primeros,
Dicen hemos de ser el dia siguiente;
Hoy merecimos ser los delanteros;
Volver un paso atrás no se consiente,
Pues no hay alojamiento mas honrado
Que este que nuestro esfuerzo nos ha dado.»

¡Oh cuánto es el efeto poderoso
Del honor en los altos corazones!
¡Qué orgullo ofrece al trance peligroso!
Qué tolerancia da en las aflíciones!
Allí no vitüalla, no reposo,
No abrigo, antes dos mil tribulaciones,
Y una resolucion vence, de buena,
Hambre, cansancio, frio, angustia y pena.

Ya la prolija noche por sus puntos
Solicitaba la tercera vela,
Puesto que el frio y el temor conjuntos
Hacian todo el campo centinela,
Cuando los sarracinos allí juntos,
A quien mas causa y mas horror desvela,
Trataron entre sí de algunos medios
Por no venir á fines sin remedios.

Unos dicen: «Hablemos de partido;»
Otros socorro dicen que se espere;
Otros, que á tiempo no será venido,
Mas que morir lidiando se requiere.
Estando pues confuso y dividido
Aquel comun que en vano unirse quiere,
Un viejo que ha por nombre Haladino
A todos los demás salió al camino,

Diciendo: «Aquel yo soy que os dí consejo
Cuando en vuestro hospital, fuertes varones,
Todos me obedecistes como á viejo,
Movidos de mis canas y razones;
Si agora lo haceis, un claro espejo
Podemos ser de todas las naciones;
Que muchos salvaréis las caras vidas,
Y otros las venderémos bien vendidas.

»Oid pues brevemente lo que siento,
Y sea testigo de mis voces puras
Aquel profeta en cuyo ensalzamiento
Padecemos tan graves desventuras:
Partido no le habrá sino sangriento;
Socorro vendrá tarde á estas alturas;
Y mañana sin duda los cristianos
Llegarán con nosotros á las manos.

»Mirada deste sitio la eminencia,
Para dañarles bien nos sobra gente,
Pero pensar hacerles resistencia
Muchos dias, razon no lo consiente;
Prevenga pues al caso la prudencia,
Y los que sobran, del peligro urgente
Salgan con el despojo mas precioso,
Y resérvense á tiempo mas dichoso.

»A la banda del mar es la bajada
Tan agra, que se está sin guarda alguna;
Y así, no puede ser de hombre pasada
Si no es de edad gallarda y oportuna;
De viejos y mujeres no es jornada:
Descargue pues su golpe la fortuna
En los que edad ó sexo tal tenemos
Que aun escapar huyendo no podemos.

»Mas no será pequeña fortaleza
Quedar aquí sirviéndoos como escudo,
Y dar lugar á vuestra ligereza,
Hechos señuelo al enemigo crudo.
Bien sé que juzgarán por extrañeza
Esta resolucion, yo no lo dudo,
Y mas los que tuvieren á sus lados
Sus mujeres y hijos tan amados.

»¡Oh, amigos! ¡Cuánto yerra el seso humano
Si la razon no vence las pasiones!
¿De qué sirve consuelo tan liviano
En tan extremas y arduas ocasiones,
Para hacer el otro campo ufano
Con vuestras muertes, armas y pendones,
Y el rico saco, siendo en poder vuestro
Llevar la mejor parte al del rey nuestro?

»¡Sus! presto, ¿qué tardais? El tiempo vuela,
Y cumple la partida ser tan presta?
Que quien por acertar mas se desvela
Debe la ejecucion dar por respuesta.»
Tal era de aquel moro la cautela,
Que, no solo una empresa tan molesta,
Mas ser la noche dia persuadiera,
Frio el planeta de la cuarta esfera.

Y así, fué remitido á su albedrío
El recio disponer de aquel efeto,
Como si todo el bárbaro gentío
Fuera á su voluntad sola sujeto;
No bastará á explicar el verso mio
El doloroso exámen y el aprieto
Que en bajo son allí se celebraba
Y los pechos mas duros ablandaba.

El mismo que fué autor de la partida
Era árbitro y juez del nombramiento,
Y su sentencia al punto obedecida,
Sin réplica ni algun impedimento,
Bien que la rigurosa despedida,
El áspero y profundo sentimiento,
Causaba un sollozar triste y penoso,
Mas que la propria muerte trabajoso.

Nueva suerte de mal, extremo horrible,
Mortal conflicto, ajeno de consuelo,
Nunca se vió tragedia mas terrible
En cuanto abraza el miserable suelo;
Materia de clamores insufrible,
De quejas, de temores, de recelo,
Y que el gemir y sospirar se niegue,
No hay tormento que allí en el mundo llegue.

Ya la transmigracion se efetüaba
De aquellos, de su Dios desamparados,
A quien de un yerro en otro transportaba
La grave enfermedad de sus pecados;
Mas algunos que el brazo aseguraba
Mas que los piés ligeros y alentados,
Quedaron sobre el fuerte diamantino,
Contra la opinion del Haladino.

Los demás á lo llano decendieron
Por la fragosidad de una ladera,
Tan yerta, que aun los mismos que lo vieron
Dudaron si pasó desta manera.
Nuestros jinetes solo los sintieron,
Y apresurando al punto la carrera,
Mas que la ciega noche permitia,
Hicieron una honrosa correria.

Los moros, aunque en arma resistieron
Con grande obstinacion, á hierro puro
Los mas dellos las almas despidieron,
Batiendo ansiosamente el suelo duro;
Otros de la huida se valieron
Con la oportunidad del aire escuro;
Los nuestros se recogen á la hora
A esperar la venida de la aurora.

La cual salió después de los celosos
Y antiguos brazos del marido anciano,
Presentando á los ojos codiciosos
Con su luz un objeto frio y cano;
Los miembros encogidos perezosos,
Del hielo y del reposo toledano,
Al resplandor de la primer vislumbre
Sacudieron de sí la pesadumbre.

Roto el silencio largo y el sosiego,
A un tiempo con mormollo y con bullicio,
El canto ronco hizo seña luego
De que se haga á Marte sacrificio.
Los sitiados se aprestan para el ciego
Y bravo asalto con siniestro auspicio,
Fabricando de su desconfianza
Mas determinacion y mas venganza.

Unos desde reparos y trincheas
Disparan sin cesar tiros nocivos,
Que obligan á beber aguas leteas
A muchos cuerpos de ánimos altivos;
Otros aplican mañas uliseas
A fuerzas de gigante, y los esquivos
Y firmes riscos hacen ser mudables,
Cuyos ímpetus son inreparables.

El furor crece y el rumor se escucha:
Mueren cristianos, mueren sarracinos;
La sierra es agra, la distancia es mucha,
Varios los trances, varios los destinos.
Tantas horas duró la horrenda lucha,
Que ya el gran huésped de los doce sinos
Bajar queria del meridiano
Volviendo con su carro al Océano.

No me atrevo á explicar uno por uno
Los clamores causados de aquel dia,
Aunque para dolor tan importuno
Prolija relacion se requerria;
Solo de tí no quiero en tiempo alguno
¡Oh ejemplo de la gala y policía!
Callar cómo saliste mal herido,
Habiendo tu valor bien preferido.

A tí, buen don Jerónimo, á tí digo,
El de Padilla, cuya fortaleza
Hizo de sí al ejército testigo,
Y á todo el orbe parte tu largueza;
Dichoso tú, pues que vivió contigo
El orgullo, el valor, la realeza,
Y muerte puso término á tus dias
En brazos de quien mas que á tí querias.

Que después de acabar esta jornada
El fin debido á tu firmeza y pena,
Te dió como vitoria señalada
La belleza sin par de Magdalena,
Y tu alma, en su fe galardonada,
Partió ufana del cuerpo y su cadena,
Habiendo conquistado en buena guerra
Todo el bien que mas quiso acá en la tierra.

Los cuatro capitanes señalados
Que juntos con el fuerte amanecieron,
Después que entre peligros declarados
El lugar y la honra sostuvieron,
Les fueron acudiendo los soldados
Que mas aliento y ánimo tuvieron;
Y así, de las contiendas apartadas,
Se vino estrechamente á las espadas.

Allí el de Argote en la su illustre cara,
Que esta modestia en paz siempre mostrando,
De intrépido valor da prueba clara,
Heróicamente á muchos animando;
Diestro moro es aquel que se repara
De los golpes que tira redoblando,
Y aun mas de cuatro ruedan por el monte
Que su mano despacha al Aqueronte.

El ínclito don Pedro de Acevedo
Con un tropel de moros se tenia,
Cubierto de su escudo, aunque el denuedo
De muro inexpugnable le servia;
En los contrarios pechos causa miedo
Su determinacion y gallardía,
Y el ver su estoque fino y acerado
De mucha roja sangre matizado.

Don Francisco, aquel jóven producido
Para ornamento de su patrio suelo,
Hizo este dia injurias al olvido,
Acreditando mas su fama y celo.
¡Oh sol por la mañana escurecido
Con grave eclipsi de funebre velo!
¿Quién pasará callando tus loores,
Oh el mancebo mejor de los mejores?

No el rigor capital desta batalla
Al mundo te quitó violentamente,
Ni el de otras que con la áspera canalla
Tuviste por el mismo consiguiente;
Mas Atropos cruel, que la muralla
Rompe de juventud con acidente,
Se opuso, poderosa en nuestros daños,
A la esperanza de tus verdes años.

Lloró tu acerbo fin el cristalino
Y sacro Bétis con profunda vena,
Y lloraron las damas tu destino,
Sin encubrir la causa de su pena;
Lloróle en la ciudad cada vecino,
Por ser á cada cual tu vida buena;
El senado y las casas teologales,
Las cárceles, las viudas y hospitales.

Mas, tornando á tratar del gran conflito,
Nunca se vió guerrero mas lucido
Que otro que allí traia bien escrito
En la persona su valor crecido;
Robusto era su talle y exquisito,
Rojo como unas ascuas su vestido;
Rodela fuerte lleva y ancha espada,
Alto penacho blanco en la celada.

En este traje insigne y belicoso
Se aventajaba allí Cosme de Armenta;
Tanto, que su caudillo generoso
La vista tuvo en él gran pieza atenta,
Y confesó que «estaba receloso
De que no se perdiese en tal afrenta,
(Dijo, sin conocelle) aquel soldado
En obras y vestido señalado.»

¿Qué mas diré, sino que la obstinada
Morisma fué en batalla tan reñida
Del bando filipino quebrantada,
Y al último trabajo reducida?
Ya la soberbia en tierra derribada
A merced se entregaba de la vida;
Solo el perverso viejo Haladino
Atrozmente su fin allí previno.

Con rabioso despecho y mas presteza
De aquella que concede el ancianismo,
Se fué á precipitar desde la alteza
Mas levantada al mas profundo abismo,
Teniendo por esfuerzo y fortaleza
Ser el hombre homicida de sí mismo,
Siendo, como es, la mas vil cobardía
De cuantas un infame pecho cria.

Ganado el sitio fuerte, que no fuera
Entrado en muchos dias por ventura,
Si parte de la gente no se hubiera
Salido dél con la tiniebla oscura,
Mandó el Marqués que no se recibiera
A vida alguna humana criatura.
¡Oh guerra, á cuánto llega tu violencia,
Pues niegas á rendidos la clemencia!

Mas, como tu derecho se mantiene
Con armas, con rigor, sangre y engaño,
Tal ocasion se ofrece, que conviene
Usar de crueldad por menor daño;
Aunque el Marqués aquí otras causas tiene
Que justifican mas furor tamaño:
Venganza justa y culpas de enemigos,
Provocadoras de ásperos castigos.

Ya el destrozo sangriento comenzaba,
Y entre los golpes fieros atrevidos
Del hierro, un son funesto se escuchaba
Que causaba los últimos gemidos;
La justicia severa se mostraba,
Cerrando á los clamores los oidos,
El semblante feroz, el brazo fuerte,
Hecha ministro de la amarga muerte.

No perdona á los niños inocentes,
No al flaco sexo, no á la edad crecida;
Ved qué hará á robustos y valientes,
Por quien la piedad menos convida;
Solo pudo entre tales acidentes
Alguna hermosura esclarecida
La furia refrenar: tal fortaleza
Tiene entre los mortales la belleza.

La sangre, hecha arroyos, baña el suelo;
Los cuerpos miserables lo cubrian;
Rompe el aire el clamor, y hiere el cielo
El gemir de los tristes que morian.
Visto por el Marqués el grave duelo
De aquel linaje, y que bastar podian
Por ejemplar castigo los ya muertos,
Moderó con blandura los conciertos.

CANTO V.

Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátase del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una espía á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.

Como el benigno y apacible cielo
Con su templanza y buenos temporales
Sazona el aire y enriquece el suelo,
Y alivia en su destierro á los mortales;
Así el rey justo es paz, gloria y consuelo
De sus vasallos firmes y leales,
Siéndoles norte claro que los guia
A la felicidad y policía.

Que las virtudes son ministras puras
Del bien que á todo el pueblo mas conviene,
Y la comunidad á penas duras
En concordia y justicia se mantiene;
Porque es su confecion de mil mixturas,
De donde á cada paso le proviene
Revolucion, discordia, injuria, aprieto,
Como á quien de contrarios es sujeto.

Y así, el rey bueno es único instrumento
Que lo menos y mas juzga y modera,
Como sol de la tierra, á cuyo aliento
La rectitud se cria y persevera;
Mas si el del cielo sigue el movimiento
De otra mas alta y encumbrada esfera,
No menos, sino mas, debe el terrestre
Dejar que al buen camino Dios le adiestre.

De suerte que es el reino venturoso,
Y Dios inmenso dél no alza la mano,
Si el príncipe prudente y religioso
Obedece el decreto soberano.
¡Oh tres y cuatro y mas veces dichoso,
Católico invencible reino hispano,
Pues dignamente puedes gloriarte
De un rey cual tú pudieras desearte!

Estaba pues Europa entre rumores
Sospechosa, alterada y conmovida;
Africa atenta para dar favores
Al tirano que á voces la apellida;
Asia conoce estímulos mayores,
Y con ellos la saña envejecida
A rienda suelta va tras la esperanza
Que tiene de hacer cierta venganza.

El ínclito monarca nuestro, viendo
Los ocurrentes casos desusados,
Sus graves pensamientos confiriendo,
Hallaba un mar profundo de cuidados;
Ya hácia el polo frio discurriendo,
De Flándes contemplaba los estados,
Ya en levante, poniente y mediodía
Las guerras y conquistas que tenia.

Mas, aunque el grande peso que sostiene
Es de momento y de fatiga extraña,
Ninguna novedad le sobreviene
Mayor que la servil guerra de España;
Y así, para el remedio que conviene
Poner con tiempo á sedicion tamaña,
Antes de consultar medios del suelo,
Así consulta y habla á Dios del cielo:

«¡Oh soberano Rey, que en las alturas
Comunicas tu bienaventuranza
Porque gocen de tí las almas puras
En siglos infinitos de holganza!
¿Hasta cuándo, Señor, las sectas duras,
Olvidando el castigo en la tardanza,
Seguras pensarán que su malicia
No ofende ni provoca tu justicia?

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

»¿Y hasta cuando, di, Redentor mio,
Por culpas de los tuyos concediste
A los extraños el lugar natio
Y patria venturosa que tuviste?
Los cuales el licor del santo rio
Donde el baptismo sacro estableciste
Con las gargantas impías siempre beben
Sin el acatamiento que le deben.

»Tambien las tierras en que tú solias
Andar sembrando celestial doctrina
Sujetas vemos hoy á tiranías
Cuyo rigor un punto no declina;
Y el glorioso sepulcro que tres dias
La humanidad santísima divina
Tuvo dentro de sí, se incluye agora
En el vano poder que no te adora.

»Secretos tuyos son y providencia
Que con tu voluntad está sellada,
En quien lo porvenir de cierta ciencia
Se ve pasado ya en cosa juzgada;
Mas bien confio yo que tu clemencia
No debe de tener desamparada
Esta arca de Noé, que se defiende
Por tuya en el diluvio que la ofende.

»Por tí tus siervos, y ascendientes mios,
Han humillado las soberbias gentes,
Y refutado con preceptos pios
Ritos y ceremonias insolentes;
Por tí tengo en el mundo señoríos,
Y á tí quiero tenellos obedientes;
Oye pues mi oracion, Rey de la vida,
Y ajusta mi gobierno á tu medida.»

La devocion y fe del rey cristiano,
Eficazmente el cielo penetrando,
Halló en el consistorio soberano
La gracia y el favor que iba buscando.
Tenia nuestro rey un solo hermano
Que al nacer tuvo firme de su bando
El mas benigno aspecto de planetas,
Y con las impresiones mas perfetas.

Porque el mismo felice y santo dia
Que á su padre en la vida fué el primero,
Le hizo semejante luz y guia
Como próspero anuncio y alto agüero;
Quiso el sagrado apóstol san Matía
Sernos patron propicio verdadero,
Pidiendo á Dios que por natal les diese
Su fiesta, y así quiso Dios que fuese.

Así lo quiso, y fué tambien servido
De dar á don Juan de Austria (que tal era
Del príncipe fatal el apellido)
Los mayores aplausos de la esfera:
Gallarda agilidad, claro sentido,
Hermosa proporcion, beldad severa,
Ser á todos amable y apacible,
Humilde en paz, en armas invencible.

Tal, en fin, le crió, tal le compuso,
Cual convenia al alto ministerio
De quien ceñir tenia sin abuso
La justa espada del cristiano imperio;
Y así, al fraterno corazon dispuso
Con la contemplacion de aquel misterio,
A qué el árduo negocio le encargase,
Y de sus buenas partes lo fiase.

Habia en la real alma concebido
Crédito singular del mozo hermano;
Mas ¿quién no le tuviera, habiendo sido
De su valor el fructo así temprano?
¡Oh humilde Leganés, pueblo escondido!
Ya no rústico, pobre ni aldeano
Te llamarán las gentes, pues fortuna
De otro nuevo Jason te hizo cuna.

Allí de su niñez la mayor parte
Disfrazado pasó en humildes paños,
Bien como cuando el que la luz reparte
Guardó de Admeto un tiempo los rebaños.
Suele en algunos príncipes el arte
Encubrir sus defetos con engaños,
Y por obligacion hacer que quieran
Aquello que sin ella no quisieran.

Mas este infante, sin saber quién era
Ni vivir atenido al cumplimiento,
Ni edad tener aun de que pudiera
Guarnecer su divino entendimiento,
Hizo prueba de sí tan verdadera,
Que solo con la fuerza del talento
Mostró, desconocido y en pobreza,
Cuanto se requeria á su grandeza.

Limpio, modesto, grave, comedido,
Tratable, vergonzoso fué y sincero,
Obediente á un presbítero escogido,
A quien sirvió este grande caballero;
Mas nunca fué con él nadie atrevido,
Que no se lo pagase por entero;
Y así, tambien usó después decillo:
«Agravio, ni hacello ni sufrillo.»

Así entretuvo el cesarino Aquiles,
Sin mudar condicion, vida ni estado,
Algunos de los años pueriles,
Pobre, desconocido y estimado,
Aunque de aquellos hombres pastoriles
No sin admiracion era notado;
Tanto, que le decian sin recelo:
«Tú eres hijo de rey, ó ángel del cielo.»

Cuando ya se acercó la adolescencia,
Fué entregado al prudente Luis Quijada,
Caballero que en armas y prudencia
Tenia su intencion muy bien probada;
Este lo gobernó con mas decencia,
Haciéndole cubrir, ceñirse espada,
Mas por manera de galantería,
Que no porque su edad lo requería.

Mas fué tan puntüal en su decoro,
Que, estando cierto dia en una fiesta,
Un denodado y poderoso toro
De cuerpo grande y de cerviz enhiesta,
Embiste su tablado, y con sonoro
Estruendo cae; la gente huye presta;
El se defiende con la espada aguda,
Y es la primera vez que la desnuda.

La gente que lo ve, de pavor llena,
Espera con temor el fin dudoso;
Las damas hacen muestras de gran pena
Por el peligro del zagal hermoso;
Mas el fiero animal el paso enfrena,
Escarba con los piés, y el polvoroso
Suelo en el aire mezcla, y la cabeza
Levanta apriesa, baja y endereza.

Cruda bestia, deten, deten la saña;
No cubras con la odiosa arremetida
De triste luto la nacion de España,
Que por este ha de ser engrandecida;
Para tu fuerza horrible no es hazaña
Quitar al mundo su importante vida,
Y así redundara del atroz hecho
A muchos daño, á tí ningun provecho.

Mira que esa hermosa y tierna rama
Del gran tronco de Cárlos se deriva,
Y dará nuevas lenguas á la fama
Si á la gallarda juventud arriba;
Déjalo siga el hado que lo llama,
Que muy justa razon será que viva
Quien ha de ser un muro diamantino
De la gente que adora al Uno y Trino.

Mas nunca bordarás aunque arremetas
Con su sangre real tus duros cuernos;
Que órden del cielo y fuerza de planetas
Defenderán de tí sus años tiernos;
Y antes historiadores y poetas
Harán sus claros hechos sempiternos,
Que Atropos corte de su vida el hilo,
Aunque mas apresure el cruel filo.

Como escapase pues de aquella afrenta
Salvo, cual su valor lo merecia,
Fuése haciendo de él siempre mas cuenta,
Hasta que ya de Carlo el alma pia,
Librándose del mundo y su tormenta,
Al puerto y religion se recogia,
Que á todos mostró y dijo al descubierto
Cómo era el buen don Juan su hijo cierto.

Es caso que no tiene semejante
Ver que tanto mudar de estado y suerte
No hiciese mudanza en su semblante
Ni impresion nueva en aquel pecho fuerte;
El mismo proceder tuvo adelante,
Habló y anduvo de la misma suerte;
No como otros, que á menos ocasiones,
En el mudarse son camaleones.

Creció en edad, creciendo juntamente
En gracia de su bueno y caro hermano,
El cual del vellocino prefulgente
La insignia le echó al cuello soberano,
Diciéndole: «Estimad este presente,
No tanto por ser dado de mi mano,
Cuanto será razon que os honre y cuadre
Porque ya fué de vuestro augusto padre.

Dióle tambien de general supremo
El título en el reino de Neptuno.
La corte se alegró dello en extremo,
La eleccion aprobando cada uno;
La próspera fortuna á vela y remo
Le engrandecia sin contraste alguno;
Y aunque felice ser todos le vian,
Por capaz de mas bienes le tenian.

Al quinto lustro de su edad llegado
Le vimos cuando á España movió guerra
El sarracino bando rebelado
En la áspera Alpujarra y fria sierra;
Y así, el buen Rey, de bien considerado,
Acordó dalle el cargo de la tierra,
Con ampla comision, y que á Granada
Hiciese desde luego la jornada.

Movióle á aquesto mas de un fundamento,
Y sobre todo inspiracion divina,
Para que el enemigo fraudulento
Bajase la cerviz luciferina.
Mandole pues llamar á su aposento,
Y con una elocuencia peregrina,
Heróica majestad que á virtud mueve,
Le dijo mucho en esta suma breve:

«Habiendo consultado atentamente,
Conforme al tiempo y á las ocasiones,
Así sobre remedios del presente,
Como sobre futuras prevenciones;
Y teniendo atencion especialmente
A las escandalosas rebeliones
Que en el reino andaluz se han descubierto
Con mano armada y con electo cierto,

»Acordamos, y habémoslo por bueno,
Que vos, don Juan, amado hermano nuestro,
Las vais á castigar y poner freno,
Como esperamos del esfuerzo vuestro;
Que, después de apurado aquel terreno,
Del arte militar seréis maestro,
Y daros hemos fuerzas poderosas
Para la ejecucion de grandes cosas.

»Comenzad á seguir vuestro destino,
Y abrazad con firmeza la fatiga;
Al trabajo haced fiel padrino
A quien es la virtud perfecta amiga;
Esta os enseñará el cierto camino
Por donde el claro premio se consiga,
Que es el inestimable don precioso
Que hace de sí misma al virtuoso.

»Mas porque vuestros altos pensamientos
Cargo puedan llevar que tanto pesa,
Y para que mejor vuestros intentos
Se justifiquen en cualquiera empresa,
Les damos como nobles alimentos
A nuestro muy leal duque de Sesa,
Para que coadjutor prudente os sea
Y con su acuerdo el vuestro se provea.»

Como el nebli lozano y animoso
Cuando su dueño le apercibe al vuelo
Se alienta, alegra y vuelve mas hermoso,
Mirando eficazmente al claro cielo;
Así el nuevo caudillo generoso
Dió señas conocidas de alto celo
A su hermano y señor, que ya leia
Escripto en ellas cuanto ver queria.

El grato responder y agradecido,
El modesto aceptar y la cordura,
La pronta discrecion y amor crecido
Que en el hablar mostró y en la figura,
Fueron para Filipe esclarecido
Rehenes de razon y de ventura,
Tales, que se halló bien satisfecho
De la eleccion prudente que habia hecho.

No le causaron punto de cuidado
Las ejemplares fábulas sabidas
De los mancebos cuyo osar sobrado
Fué desastrado fin para sus vidas:
Uno dentro del Po cayó abrasado;
Otro en el mar las alas derretidas,
Probando cuánto pueden causar daños
La mucha confianza y pocos años.

Ni menos dió recelo á su conceto
La del otro que amó la sombra vana;
Tanto, que aborreció el mismo sugeto,
Y se obligó á pasar muerte inhumana;
Que el sol de la razon claro y perfeto
Amaneció en don Juan tan de mañana,
Que le hacian mozo y hombre y viejo
La edad, la fortaleza y el consejo.

Y así, la fama, dando aquesta nueva,
Tiene por novedad y maravilla
El ver que de comun voto se aprueba
Desde los Alpes montes á Sevilla;
Y tanto cuanto mas la esparce y lleva,
Le dan de albricias el placer de oilla,
Suspendiendo esta vez el vulgar uso
Su licencioso término y confuso.

Cualquiera estado y condicion de gente
Celebra el beneficio y mejoría
Que del vuelo del águila eminente
A nuestra religion resultaria;
Mas este grande bien mayor se siente
Entre soldados, porque les venia
Un príncipe á mandar tan señalado,
Y un duque tan señor y tan soldado;

De quien podian ya por experiencia
Las virtudes contar una por una,
Que el linaje, el valor y la prudencia
Pueden tener debajo de la luna:
Suave gravedad, justa clemencia,
Segura discrecion, gala oportuna,
Y un corazon que en sí solo se encierra,
Mayor que todo el orbe de la tierra.

El cual, fortalecido en su grandeza,
Y alimentado de felice clima,
Desprecia el torpe amor de la riqueza,
Que el engañado mundo tanto estima;
¡Oh cuánto vale mas rica pobreza
Que la riqueza pobre que lastima!
Rico solo es aquel que está contento,
Y pobre solo el mísero avariento.

Este, que rico y duque habia nacido
Por influencia de propicios hados,
Como no pobre rey habia vivido,
Sirviendo al suyo en trances señalados,
Y con obras heróicas adquirido
El título de padre de soldados,
El primor de la vida cortesana,
Y el de la culta lengua castellana.

Llegábase con esto aquella gloria
Del gran Gonzalo, su famoso abuelo,
De quien celebra el mundo la memoria,
Sus hechos levantando hasta el cielo;
De quien tanto trofeo, tanta historia
Viven y vivirán en todo el suelo
Mientras el almo sol le rodeare
Y el bravo mar sus límites guardare.

En este medio estábanse á la mira
Los marqueses y ejércitos cristianos
Dentro de la Alpujarra, que no aspira
A llegar por entonces á las manos.
Ya el soberbio aquilon, envuelto en ira,
De llanos montes y de montes llanos,
Hace sembrando á copos blanca nieve,
Ya el austro escuro mares de agua llueve.

Mas el Abenhumeya no perdia
Tiempo en solicitar el alzamiento
Del arrabal de Ronda y Serranía,
Con otras poblaciones de momento;
De Málaga la Hoya y Axerquía,
De Ventomiz la sierra y fuerte asiento,
Los rios de Albolodui y de Almanzora,
Con la gente que en Baza y Huéscar mora.

La sierra de Filábres juntamente,
El Albayzin y barrios que en Granada
Moriscos habitaban, y la gente
De la Vega, hermosa y cultivada;
Aunque de aquestos voluntariamente,
Dando color á su intencion malvada,
Se rebelaban pueblos casi enteros,
Pretendiendo no ser de los postreros.

Mientras la regia mano poderosa
Previene de su hermano la venida,
Y vigilante atiende á cada cosa,
De muchas que requiere su partida,
Parte de la canalla sediciosa,
O fuese deste miedo compelida,
O por cautela nueva que fundaba,
De reducirse á Dios y al Rey trataba.

Mas ¿qué palabra ó crédito pudiera
Asegurarnos de su infame parte?
Pues dado que una vez se redujera,
Ciento volviera al peligroso Marte;
Y cuando presuncion desto no hubiera
(Caso imposible á toda fuerza y arte),
¿Qué forma de castigos y rigores
Purgara de condigno sus errores?

Y cuando en lo pasado corte bueno
Se pudiera hallar, ¿qué corazones
Conservaran las ascuas en el seno
Y dieran pan á tigres y leones?
¿Quién fuera á conquistar el reino ajeno,
Dejando en casa insidias y traiciones?
Quién diera, por usar misericordia,
Lugar á la malicia y la discordia?

Mas, visto que los moros declarados
Eran pequeño número á respeto
De los muchos que estaban conjurados
Secretamente para el mismo efeto,
Por tenerlos á todos refrenados
Mientras se inquiere el medio mas perfeto,
No solo el de Mondéjar los oia,
Mas con humanidad los atraia.

Admitiendo debajo de seguro
Al que á merced las armas entregaba,
Y á todos prometiendo que si el duro
Y rebelde furor se apaciguaba,
Haber de selles abogado puro
En moderar la pena esquiva y brava
De que eran siervos por su grave culpa,
Y alegar con la enmienda en su disculpa.

¡Oh cuántas veces al electo moro
Procuró revocar del atroz hecho!
Y ¡cuántas, visto que ningun decoro
Mover podia el obstinado pecho,
Mandó señalar premio de tesoro
Y de honor, que es mas alto satisfecho,
A quien con alma ilustre piadosa
Cortase la cabeza al cielo odiosa!

Es el premio en las cosas que se espera
Estímulo tan vivo y poderoso,
Que allana y facilita lo que fuera
Labirinto difícil y escabroso,
Y así nunca faltó quien se ofreciera
A dar muerte violenta al alevoso,
Y entre otros muchos, una doble espía
Que el interese á todo preferia.

Este vino al ejército cristiano
Diciendo cómo estaba de presente
Metido en Válor el cruel tirano,
Lugar nativo suyo y de su gente,
Y que sin duda le dará en la mano
Si con secreto parte al continente
Alguna compañía en busca suya
Que le captive ó mate antes que huya.

Gran duda sobre el caso se tuviera,
Si en todas las señales y razones
Aquel morisco no satisficiera
A las mas apuradas objeciones;
Dijo el órden, el tiempo y la manera,
Y las mas convenientes prevenciones;
Tanto, que al punto fué deliberada
La determinacion de la jornada.

Hubo para la empresa opositores:
Cualquiera capitan la pretendia
Con ruegos, diligencias y favores,
Segun á cada cual se le ofrecia;
Salió con ella en fin Álvaro Flores,
Por ser el que la tierra mas sabia;
Por lo cual en aquella coyuntura
De muchos fué invidiada su ventura.

Mas andan bien y mal tan disfrazados,
Que, siendo sus extremos diferentes,
Los unos por los otros son juzgados
En las primeras señas aparentes;
Tales vimos ayer ser invidiados,
Que hoy de mancilla lloraran las gentes,
Y á muchos les sucede lo contrario:
Tal es el proceder del mundo vario.

Por tanto, cada cual, de la prudencia
En sus acciones haga fuerte muro;
Mas ya del sol negaba la presencia
El denso cuerpo del terreno escuro,
La blanca luna, por suplir la ausencia
De su hermano, mostró el semblante puro;
Y las estrellas, por seguir su usanza,
Hicieron la reseña y ordenanza.

Era sazon y tiempo compatible
A la partida y fin que se pretende;
Porque Álvar Flores bien cuanto es posible
Todos los pasos de la sierra entiende;
Con número de gente convenible
Por fuera de camino el suyo emprende,
Dadas las contraseñas y secreto
Que se requieren para el buen efeto.

A mayor paso del que se marchaba
Iba el incierto número creciendo,
Con gente que en los montes ya esperaba,
Y otra que atrás al rastro iba siguiendo;
Así que, la vanguardia se aumentaba,
Tambien la retroguardia iba creciendo,
Como suelen hacer á un tiempo mismo
Las figuras capaces del guarismo.

El nocturno reposo interpolando
Con sordo estruendo á las silvestres fieras,
La palabra que importa iban pasando
Con bajo tono todas las hileras,
Hasta que por el Gánjes asomando
De la alborada nuevas placenteras,
Saludaron al sol las simples aves,
Cuál con agudos sones, cuál con graves.

Entonces, hecho un alto, se emboscaron
En la fragosidad de la espesura,
Donde por experiencia averiguaron
Cuán fácilmente es rica la natura;
Los pocos bastimentos que llevaron,
El duro suelo y una fuente pura
Les dieron mas sabrosos alimentos
Que suelen dar la pompa y cumplimientos.

En este solaz último que digo
Se entretuvieron hasta que del dia
La soberana luz llevó consigo
Aquel planeta que los años guia.
Tú, cielo, que de todo eres testigo,
Y viste lo que ver no te placia,
Dame favor aquí para que cuente
El mal que sonará de gente en gente.

Sobre la tierra estaba el aire escuro,
Diana roja y mustia se mostraba,
Marte, envuelto en color de fuego puro,
Con aspecto cruel amenazaba;
El buho, anunciador del mal futuro,
Con su endechoso canto se quejaba,
Y canes con aullido lastimero
Presagios daban de siniestro agüero;

Cuando se prosiguió, que no debiera,
Ocultamente el áspero camino,
Que fué una circunstancia no ligera,
Antes grave acidente que nos vino.
Marchaba pues la union perecedera;
Mas las almas, presagas del destino,
Por ciencia casi infusa adivinando,
Los cuerpos iban ya como extrañando;

Y el natural calor enflaquecido
Entrada libre dió en los corazones,
Adonde el miedo vil hiciese nido
Con duro aprieto de imaginaciones;
Sentia cada cual en su sentido
Congojas sin saber por qué ocasiones,
Y unas sospechas bravas y crueles,
Cuanto eran verdaderas y fieles.

Tambien se les antoja ver abiertos
Los sepulcros de padres y parientes,
Y oir con viva voz los cuerpos muertos
Formar acentos tristes y dolientes;
Por solitarios bosques y desiertos
Resonar gritos de alteradas gentes:
Tal fué la turbacion, tal fué la plaga
De aquella noche triste y acïaga.

Ya la amorosa estrella en el oriente
Hacia escolta al hijo de Latona,
Que del carnero la vellosa frente
Con rayos de oro á la sazon corona;
Cuando una espía cauta y diligente
Que vió acercar la gente de Belona,
Al ya vecino Válor fué á decillo,
Con priesa incomparable, al reyecillo.

El cual desamparó la blanca lana,
En alta voz diciendo: «¡Alerta, alerta!»
Al instante acudió su guardia insana,
Que del rumor sintió la causa cierta;
Acuerdan de escalar una ventana,
Desconfiados de tomar la puerta;
Y apenas se acabó de dar el salto,
Cuando á la casa yerma se dió asalto.

CANTO VI.

Huye Abenhumeya. Los soldados de Alvaro Flores saquean el lugar de Válor. Los Moriscos les salen al camino y los matan. El señor don Juan llega á Granada. El marqués de Mondéjar, acusado de sus émulos, va á Madrid, y habiéndole oido su majestad, le da por libre.

Los mares ara, siembra en el arena,
El aire en flaca red cerrar procura,
Entre el agua y el fuego paz ordena,
Atomos busca en la tiniebla escura,
Y al tiempo, cuyo curso no se enfrena,
La frente quiere ver queda y segura
Quien piensa conservarse mal obrando,
Por mas y mas que siempre esté velando.

Y aun antes dará el mar largo tributo,
Desazonada mies, y la arenosa
Orilla será fértil en dar fruto,
Helado el fuego, el aire densa cosa,
Y de la noche el tenebroso luto
Hará la vista clara y poderosa,
Y el tiempo será tardo y perezoso,
Antes que el malhechor viva en reposo.

Por do quiera que va lleva consigo
Las vivas brasas del remordimiento;
Que la conciencia clama y es testigo
Delante el tribunal del sentimiento;
Y aunque la culpa huya del castigo
Anticipadamente dias sin cuento,
Nunca se aleja del que al fin el suelo
Es centro y punto al círculo del cielo.

Así, de su fortuna blasfemando,
Iba aquel mozo por su mal altivo
El título de rey tiranizando,
Siendo en efeto esclavo fugitivo,
Y receloso de su mismo bando,
Encubre el miedo con semblante esquivo.
Ya pues á mas andar por la montaña
Se mete con temor, congoja y saña.

Los nuestros, que conocen la huida,
Y que seguir el rastro no conviene,
Por ser incierto en tierra no sabida,
Y presumirse que celada viene,
Todos lamentan la ocasion perdida,
La pena su lugar ocupa y tiene,
Cuando del triste reino alguna furia
Con ira los enciende y los injuria.

Poniéndoles delante de los ojos
Cuán vergonzosos volverán sin presa,
Y el vano fructo que de sus enojos
Les viene á resultar en tal empresa,
La grande utilidad de los despojos
Les pondera, y con ella contrapesa
La honra de guardar justo el derecho,
De suerte que pesó mas el provecho.

Es á saber que Válor siempre habia
De paz estado, ó porque rico fuese,
Y amor de las riquezas le hacia
Que el odio capital no descubriese,
O por algun designio que tenia;
Pero al fin, como quiera que ello fuese,
Tenia del Marqués salvoconduto,
Y era quebrallo crímen disoluto.

Decian algunos: «¿Qué tardanza es esta
Con que la suerte nuestra diferimos?
¿Es á dicha este pueblo, es gente aquesta
Para volvernos como nos venimos?
Si la victoria clara y manifiesta
Agora rehusamos y huimos,
Si dejamos perder riquezas tales,
Contino poblarémos hospitales.

»Aquí tenemos ropa, aquí moneda,
Aquí joyas, aquí bellas captivas;
No es tiempo de tener la espada queda,
Ni arengas consultar contemplativas:
Viva quien vence, sálvese quien pueda;
Que con esfuerzo y armas ofensivas
Se adquieren muchas veces posesiones
Mejor que por antiguas prescripciones.

»Y cuando el premio no nos indujera
A semejante hecho, bien bastara
Saber que esta canalla lisonjera
No tiene el corazon como la cara;
De cruces se nos armas por de fuera,
Mas ya nos consta como cosa clara
Que, con desprecio del Pastor de Roma,
Adoran en las almas su Mahoma.»

Tantas causas en fin acumularon
Para satisfacer á su codicia,
Que libremente el arma comenzaron
Contra la proteccion de la justicia.
A Flores los moriscos se quejaron
De aquel agravio y sobra de malicia;
Al cual no le quedó por diligencia
El hacer mientras pudo resistencia.

Mas, visto que el furor y desvarío
Llegaba á mas andar en rompimiento,
Y que cualquier remedio era tardío
En tan acelerado perdimiento,
Hizo como patron de algun navío,
Que, viendo el mar hinchado, bravo el viento,
Roto el timon y entena, olvida el arte,
Y déjase llevar á cada parte.

O como el que con ansia y con fatiga
Se opuso á incendio, y ve la ardiente llama
Alzarse al cielo cuando la mitiga,
Con humo que escurece y son que brama;
Y puesto que el deseo allí le obliga
A socorrer las cosas que mas ama,
Como no es ya en su mano, estáse quedo
Entre dolor, afan, congoja y miedo.

El clamor alto de los que morian,
Y el crudo orgullo de los que mataban,
Con ímpetu y rigor crecerse oian,
Y unas injurias otras aumentaban;
Huyendo salen ya los que podian,
Que de hacienda ó hijos no curaban;
Mas luego que las armas se acabaron,
Los hurtos á gran furia comenzaron.

Viérades el goloso desatino
Desenfrenar su hambre insaciable
Tras la cendrada plata, el oro fino,
Y la seda, que en parte es estimable,
Sin perdonar á paño, cera ó lino,
O á cualquiera otra alhaja miserable;
Tanto, que aquel se juzga mas honrado
Que sale sin aliento y mas cargado.

Todas las mas moriscas de la villa
Llevan captivas, pero no ligadas,
Como ya se acostumbra de trailla,
O con duras esposas apretadas;
Antes ¡oh engaño indigno de mancilla!
Con armas de sus dueños van cargadas,
Los cuales se las daban porque el peso
Las fuerzas les quitaba, y aun el seso.

Quien el mundo al revés pintar procura
No trace cosas ya descomunales,
No finja peces en la tierra dura,
Ni en el undoso mar los animales;
Dibuje este desórden y locura,
Y hará que se admiren los mortales,
No menos del injusto error vengados,
Que de la novedad maravillados.

Ya los que desta infame cabalgada
Escaparon, apriesa dan la seña
En la cumbre de un monte levantada
Con encender un gran hace de leña;
Hecha dos y tres veces la humada,
Que era su conocida contraseña,
De toda la comarca concurrieron
Los moriscos al punto que la vieron.

Como se van juntando cada instante,
Les es por indirectas referido
Cuanto ha pasado, y cómo va delante
El enemigo mal apercibido,
Con injurioso grito resonante
La fama dió por todos estallido,
Y vuelan por quitar á los cristianos
Las vidas y la presa de las manos.

Astutamente ciñen ambos lados
De una torcida y escabrosa senda,
Por donde aquellos míseros soldados
Iban á dar mal fin con su hacienda.
Está entre dos altísimos collados
Cierta hondura horrible y estupenda,
La cual parece que formó natura
Para que fuese á tantos sepultura.

Aquí llegaban pues los que del dia
No habian de gozar la luz entera,
Cuando el latonio rey pasado habia
Noventa grados con su cuarta esfera;
Mas ya la multitud sobrevenia
Cerrando los caminos por do quiera,
Y la esperanza de la triste gente,
Que vió su perdicion notoriamente.

El sitio del lugar es tan extraño,
El cansancio y desórden son de suerte,
Que les muestran escripto el desengaño
En la espantosa imágen de la muerte;
El número contrario era tamaño
Seis veces como el suyo, y diez mas fuerte;
Así que, les tocaba, á buena cuenta,
Lidiar á cada uno con sesenta.

¡Pluguiera Dios que lícito me fuera
En silencio pasar esta batalla!
Aunque si nombre tal le compitiera
¿Qué disculpa mejor para contalla?
No fué batalla, no, ni sé, aunque quiera,
Proprio término usar para nombralla;
Mas sé que fué el efeto del suceso
Conforme con la causa del exceso.

Perdida la razon, perdido el tino,
Mudando pareceres y lugares,
Se mezclan en confuso remolino,
Cercados de tormentos y pesares.
Y así, no fué el esfuerzo peregrino
De algunos que hubo allí particulares
Parte para animar sus corazones
Con ejemplo, amenazas ni razones.

Las enemigas armas se movian
Con algazara atroz y desdeñosa
Sobre los nuestros, que cercado habian
En aquella sazon fuerte y dañosa;
De mampuesto mataban y herian
El plomo esquivo, y hasta ponzoñosa
La dura piedra y el ligero dardo,
Sin que saliese tiro vano ó tardo.

Antes, por mas de un pecho penetrando,
Es uno fin de dos y de tres vidas,
Y otras veces en una ejecutando
Su fuerza, á un tiempo llegan dos heridas;
Entre su sangre están agonizando
Los cuerpos, que con voces doloridas
De las contritas almas se despiden,
Y á Dios perdon de sus delictos piden.

Es la creciente del sangriento rio
Tal, que parece que la gente anega,
Y tal el implacable poderío
En los montones que matando allega,
Que no en la fuerza del ardiente estío
Las rústicas cuadrillas de la siega
Con mas presteza cortan los despojos
A las hazas que vuelven en rastrojos.

Álvaro Flores su valor mostraba,
Aunque su perdimiento conocia,
Y á la enemiga fuerza contrastaba
Con poca gente que el deber hacia;
Mas, viendo que la suya declinaba,
Y que la municion gastado habia,
Hizo, volviendo á Dios todo su intento,
Este ordenado y breve testamento:

»Pues eres, dijo en fin, dello servido,
Yo muero en tu clemencia confiado,
En aquella fe misma que he vivido
Por la divina gracia que me has dado;
Y pues que mi destierro es hoy cumplido,
Mi alma te encomiendo, ¡oh Rey sagrado!
Y no permitas que por mí se pierda
Quien se ganó por tí, y de tí se acuerda.

»El cuerpo mando yo á la tierra dura,
Que es de los cuerpos única heredera,
Cual madre universal, que los procura
Volver al vientre y calidad primera.»
Estas palabras dijo, y por ventura
Segun las muestras daba, mas dijera
Si no estuvieran ya los enemigos
Tan cerca, que pudieran ser testigos.

Lo que faltó en la voz cumplió en el hecho,
Y fué que su arcabuz preciado y fino
A golpes destrozó, porque deshecho
Quedase inútil al poder malino;
Luego con presto paso y fuerte pecho
Metió mano al estoque diamantino,
Y hizo en la primera arremetida
Dos moros á sus piés dejar la vida.

Mas ya por las heridas que tenia
Larga vena de sangre derramaba;
La fuerza, aunque el esfuerzo la movia,
A mas andar al ánimo faltaba;
Creciendo iba con esto la osadía
Y tumulto feroz que le aquejaba,
Hasta que el mortal peso batió el suelo,
Y el alma, libre dél, alzó su vuelo.

¡Oh secreto profundo de los hados!
¿De qué sirve al humano entendimiento
Conjeturar los fines desastrados
Por mal planeta y duro nascimiento;
Pues mil hombres nacidos y engendrados
Con tanta diferencia de talento,
De tiempo, sitio, signo, clima y suerte,
Aquí se conformaron en la muerte?

Solos catorce apenas escaparon,
De aquel conflicto á ser embajadores,
Aunque las malas nuevas caminaron
Mas que ellos, y haciéndose peores;
Las municiones y armas que sacaron
Del campo los injustos vencedores,
Les aumentaron desde el mesmo dia
La soberbia, el poder y la osadía.

El clamor de las viudas lastimadas
A los huérfanos hace compañía;
Los padres siembran lágrimas dobladas
A la muerte retando de tardía;
A las escuadras ímpias rebeladas
Mas gente se llegaba cada dia,
Por resistir al áspero cuchillo
Con que los amenaza el gran caudillo.

Abenhumeya, altivo y jatancioso
Por la infelice rota de Alvar Flores,
No era ya bandolero receloso,
Cabeza de rogados valedores,
Sino tirano, rico y poderoso,
Dispuesto á pretender cosas mayores,
Y mas, que via andar en sus reales
Moros de Fez y turcos orientales.

Tenia inteligencia y alianza
Con moriscos del reino de Valencia,
Aunque estos defraudaron su esperanza,
O porque no creyesen su potencia,
O que les pareciese confianza
Tentar segunda vez la competencia
Que en sierra de Espadan les costó cara,
Dándoles desengaños á la clara.

El mas claro planeta ya llegaba
A la rica cerviz del blanco toro,
Y los amenos prados matizaba
De esmeralda, rubí, de plata y oro;
Filomena cantando renovaba
La justa causa de su antiguo lloro,
Y entre los verdes árboles floridos
Formaba dulcemente sus quejidos.

Era venido el dia venturoso
Que el Hijo eterno del Criador del cielo
Resucitó en cuanto hombre, y glorioso,
Trofeo rico para el pobre suelo,
Cuando de Carlo el hijo valeroso,
De España otra esperanza, otro consuelo,
Se acercaba á las puertas de Granada,
Cual por oriente asoma la alborada.

¿Qué lengua explicará, aunque Tulia sea,
El aplauso de aquel recebimiento,
Si no es que infundir sabe alguna idea
A medida del gusto y pensamiento?
Mostrábase la gente de pelea,
Usando del vulcánico instrumento,
A imitacion de las batallas fieras,
Con tal denuedo que parece veras.

De todo sexo y calidad de gente
La multitud que ocurre es cosa extraña,
En el hábito y forma mas decente
Que se requiere en ocasion tamaña:
Tal iba al Campidolio antiguamente,
Romano capitan por gran hazaña,
Cual en el pueblo entraba agradecido
El que por bien del mundo fué nacido.

La gracia, gallardía, la belleza,
El donaire, con otras perfeciones
En que el alma dotada de grandeza
Hace al vivo de sí demostraciones;
Mueven las lenguas para dar certeza
De la verdad que está en los corazones;
Y así, resuena el aire por do quiera
Con voces que le dan desta manera:

«Vén, vén, restaurador del reino nuestro,
Unico fin de nuestros graves daños,
Y comience á hacer tu brazo diestro
Al tiempo y á la muerte sus engaños;
De hoy mas no hay que temer hado siniestro;
Que el seguro proceso de tus años
Nos pronostica en tu real figura
Propicia y agradable la ventura.

»Bendito sea el dia en que naciste,
Y benditos los pechos que mamaste,
Y bendito el acuerdo que tuviste
Cuando venir aquí determinaste;
Y pues el bien que en tí solo consiste
No hay lengua humana que á decirlo baste,
Tu misma perfecion lo muestre y diga,
Y Dios omnipotente te bendiga.»

Sonaban entre aquestas bendiciones
Músicos instrumentos y cantares,
Ensalzando con métricas razones
Los hechos de su padre singulares;
Cómo á los otomanos escuadrones
Y al reino altivo de los doce pares
Venció; y en fin, cómo por todo el mundo
Fué Cárlos Quinto y Cárlos sin segundo.

Un músico fundado y excelente
En un cóncavo leño la armonía
De nervios acordados dulcemente
Con prontos dedos resonar hacia;
Y así á los golpes gime y se resiente,
Que alma y razon parece que tenia
El muerto palo, á cuyo son cantaba
Esto no menos bien quien le tocaba:

«Aquel monarca invicto, cuya mano
Poderosa sintió toda la tierra,
Y entronizando el crédito cristiano,
Hizo temblar al mundo en paz y guerra,
Como se viese ya del fin cercano
Que el plazo breve de la vida cierra,
Y no le contrastase otro enemigo,
Acordó de hacer guerra consigo.

»Los triunfos claros vió de sus victorias,
Que la fama cantaba en voz sonora,
Y la materia que á cien mil historias
Propuso con su diestra vencedora;
Sintió el aplauso que sin vanas glorias
En la noble fatiga se atesora;
Halló su voluntad toda cumplida,
Y la invidia á sus piés mansa y rendida.

»Mas, no parando allí su entendimiento,
De nuevo le previene y desafia
Con un cartel de buen conocimiento
A la mas dura y áspera porfía;
Que vencer uno á diez, vencer á ciento,
No procede de tanta valentía
Como vencerse á sí en el campo estrecho
Que cuerpo y alma traban en un pecho.

»Llegado del combate el plazo y punto,
El alma pareció con dos padrinos,
Que en su apostura y celestial trasunto
Mostraron ser dos ángeles divinos;
Con mas de mil el cuerpo entraba á punto
De aquellos obstinados y malinos,
Que por soberbia desde el alto cielo
Cayeron en el reino sin consuelo.

»Entre estos vino un viejo envanecido,
Galan, cerimonioso, lisonjero,
No menos engañoso que perdido,
Ni menos diligente que parlero;
Mas daba á sus criados tal partido
De vanagloria y summa de dinero,
Que pretender decir cuántos serian,
Las estrellas contarse antes podrian.

»Una hermosa dama bien dispuesta,
Entre olores, blanduras y regalo,
Allí vino laciva y deshonesta,
Cercada de un deleite torpe y malo;
Canina hambre siempre la molesta,
Es su vil capitan Sardanapalo,
Epicuro el que trae su infame seña,
Mas número no iguala á su reseña.

»Presente estaba á ver el desafío
Innumerable copia de escuadrones,
Parciales del terrestre desvarío,
De injustas y dañadas intenciones;
Al alma heróica armó el franco albedrío,
Al cuerpo sus afectos y pasiones;
Jüeces eran el eterno Padre
Y la sagrada Iglesia nuestra madre.

»Hizo señal la inspiracion divina
Con la memoria que levanta al cielo,
Y comenzóse el arma diamantina
Con tan horrible y espantoso duelo
Como cuando del templo la rüina
Por mano de Sanson oprimió el suelo,
Quebrando las cervices enemigas
El grave peso de las altas vigas.

»Desta manera el valeroso y fuerte
Se hubo, con quedar mortificado,
Vencido y vencedor, que de otra suerte
Rendir tanto enemigo es excusado;
Vistióse luego insignias de la muerte,
Y humilde renunció las de su estado,
Queriendo mas ser pobre religioso
Que monarca del mundo poderoso.

»Valióse de los firmes desengaños,
Que tarde ó nunca son bien acogidos
En el veloce curso de los años,
Que nos lleva tras sí desvanecidos;
Y desmintiendo nuestros mismos daños,
Por mas que se nos muestren conocidos,
Nos dura la ambicion mas que la vida,
Y el alma no se escapa de perdida.

»¡Oh tú, retrato al vivo, que presente
Nos haces de tal padre la memoria,
Imita sus pisadas diestramente,
Sigue sus hechos, sigue su victoria;
Que ya tiembla de ti la odiosa gente
Que deste reino perturbó la gloria;
Ya vuelven al infierno las arpías
Que han hecho dolorosos estos dias.

»Ya las aves nocturnas desparecen,
Ya sus endechas, de funesto agüero,
Nuestros entendimientos no entristecen
Hiriendo el aire con aullido fiero;
Que el águila, á quien temen y aborrecen,
Las ahuyenta al triste Cancerbero;
Ya el águila caudal de Carlo asoma,
Y huyen las arpías de Mahoma.

»Ya la paloma blanca deseada,
Después del gran diluvio y muerte esquiva,
Viene con la dulcísima embajada
De paz, y el ramo trae de verde oliva;
Ya el arca de la Iglesia consagrada
Espera tomar tierra donde viva,
Que ya viene la cándida paloma
Y hüirán los cuervos de Mahoma.»

Estos versos cantaba el nuevo Orfeo,
Acomodando el son á los acentos,
Y causando de oir mayor deseo
A cuantos le estuvieron mas atentos;
Aunque estos fueron pocos, segun creo,
Porque ojos, lenguas, almas, pensamientos,
Iban siguiendo la real presencia,
Como la sombra suele á su existencia.

Llevado con tal pompa á su posada,
Retiróse á una cámara escondida
A descansar, que es cosa averiguada
Que aun los placeres cansan desta vida;
Y agradeciendo mucho que Granada
Le hiciese tan próspera acogida,
Al punto resurtió su pensamiento
De allí, y voló á negocios de momento.

A Luis Quijada, su maestro anciano,
Mandó llamar, el cual habia traido
Gran comision del Rey y larga mano,
Con poder ampliado y extendido
En los negocios de su caro hermano,
Así los del doméstico partido,
Como en toda la suma de la guerra
Y pacificacion de aquella tierra.

Premio de la virtud con que ya habia
En las armas de Cárlos jubilado,
Y del crédito y nombre que tenia
Por obras peregrinas alcanzado;
Y aun César, como aquel que bien sabia
El ser deste varon calificado,
Quiso que á don Juan de Austria administrase,
Y que en su noble escuela le criase.

De donde con decoro resultaba
Un puro amor reciproco entrañable,
Que al buen criado honor y gloria daba,
Y al buen señor delectacion loable;
Si al príncipe su ayo se mostraba
Con cierta reverencia amigo afable,
El le guardaba generosamente
Un respecto político y decente.

Con el cual le habló desta manera:
«¡Oh padre! á quien el mio amado y caro
Tuvo hasta la hora postrimera
Por ejemplar espejo al mundo raro,
Y yo pienso tener hasta que muera
Por clara guia y valeroso amparo,
Estad por cortesía un poco atento,
Que os quiero declarar mi pensamiento.

»La salva y regocijo de escuadrones
Que en mi recebimiento se han mostrado,
Las fiestas, juegos, cantos, invenciones
Con que esta gran ciudad lo ha celebrado,
No han sido para mí demostraciones
Que me dejen contento y sosegado,
Antes unos estímulos agudos
Que dan en mis sentidos golpes crudos

»Una encendida y poderosa llama
Que acrecienta la fuerza del deseo,
Y me incita á ganar eterna fama
En la fe del gran Dios que adoro y creo,
El cual sabe muy bien que no me inflama
Deleite ni ambicion ni devaneo,
Mas una emulacion justa y honrosa,
Que está en mi pecho firme y no reposa.

»No pretendo dar puente al Helesponto,
Como el soberbio sucesor de Ciro,
Ni como el Taborlan yo me remonto,
Ni al formidable nombre que él, aspiro;
A diferentes medios estoy pronto;
Diversos fines son á los que miro,
Pues nunca fuerza junta voluntades,
Ni esforzados se precian de crueldades.

»Lo que yo con mi sangre compraria
Sin rehusar jamás peligro honesto,
El último trofeo á que me guia
De mi alma y corazon el presupuesto,
Es que la tierra viva en policía,
Y reducida á término modesto,
Obedezca una ley y una costumbre,
Así como de un sol recibe lumbre.

»Y aunque es difícil este bien que quiero,
En cuanto fuere en mí no desconfio,
Antes en el favor divino espero,
Mientras viviere aqueste cuerpo mio,
De ser en los trabajos el primero,
Y en las escaramuzas no el tardio,
Siendo á rebeldes fuerte y riguroso,
Y á vencidos humano y piadoso.

»En conclusion, yo soy de un rey hechura,
Que mas defiende el crédito cristiano,
Y soldado de aquella esposa pura
Del Verbo Dios y hombre soberano;
Aquello que mi oficio mas procura
Es la concordia del linaje humano,
Y que supersticion, fraude y malicia
Se rindan á la fe y á la justicia.

»Y así, pluguiese al Hacedor del cielo
Que esta profana gente rebelada
Apartase de sí el escuro velo
Que la tiene confusa y engañada,
Como yo de rodillas por el suelo
Al vicario de Roma la sagrada,
Y á mi señor y hermano pediria
El perdon que en tal caso haber podria.

»Y luego, por Italia atravesando,
La Grecia exhortaria de camino
A que del torpe sueño despertando,
Sacudiese de sí el oprobrio indino;
Después, el mar de Siria navegando,
Iria á aquel lugar sacro y divino
Que tuvo del Maestro soberano
Depositado en sí el despojo humano.

»Allí por entre mil persecuciones,
Aunque viniesen de los elementos,
Haria levantar altos blasones
A gloria de la fe y los sacramentos;
Que nunca en semejantes ocasiones
El cielo faltaria á mis intentos,
Ni faltó á los del santo Godofredo,
A quien sin devocion nombrar no puedo.

»Creedme, ¡oh padre! que si me siguiese,
Como presumo, la valia cristiana,
Que á mas duras empresas me opusiese,
A pesar de la máquina otomana;
No reparando en reinos ni interese,
Que todo es una escoria vil mundana;
Todo se acaba al fin, todo perece;
La virtud sola vive y permanece.»

Nunca nuevas de caro hijo ausente
Que primero por muerto fué llorado,
Ni gracia de la vida al delincuente
Al áspero cuchillo condenado,
Ni cátedra á orgulloso pretendiente
Pudo alegrar jamás en mayor grado,
Que al ayo prudentísimo y sencillo
La generosa habla del caudillo.

«Felice, respondió, los venideros
Siglos me llamarán, príncipe mio,
Pues en tutela mereci teneros,
Y ser de vos llamado padre y tio;
Y mas por haber sido verdaderos
Los bienes que vuestra alma y albedrío
Prometieron de sí desde la cuna
En el disfraz humilde de fortuna.

»Prospere el sumo Dios vuestro talento,
Y ordene allá en sus íntimos decretos
Que de vuestra virtud y entendimiento
Nazcan á gloria suya altos efetos;
Mas, por deciros todo lo que siento
De vuestro pecho ardiente y sus concetos,
Paréceme, Señor, aunque me pesa,
Que no teneis por ardua aquesta empresa;

»Siéndolo tanto, que ella no seria
Entre las vuestras la menor hazaña,
Cuando por vos del Tánais algun dia
Bebiesen los ejércitos de España;
De toda Mauritania y de Turquía
La natural y vengadora saña
Compele y precipita gente armada,
Que aumenta la perversa rebelada.

»La cual es mucha, y tal el sitio extraño
Destas montañas ásperas y duras,
Que pueden á su salvo hacer daño,
Tomando de los montes las alturas,
No solo aquellos que habilita el año,
Mas los débiles viejos y criaturas,
Y aun las mujeres mismas infieles
Serán menos cobardes que crueles.

»Guerra será por fuerza extravagante,
Mas no indigna, Señor, de vuestra gloria;
Pues, sobre justa ser, es importante,
Y difícil el fin de la victoria;
La justicia en obrar siempre delante
Se tenga, y la razon en la memoria,
Y acompañe al cuidado y diligencia
El medido compás de la prudencia.»

Este y otros coloquios substanciales
Pasaron sobre el caso aquellos dias,
Fuera de los consejos generales
Que se hicieron por diversas vias;
Y para que mas fuesen esenciales
Llegó, causando nuevas alegrías,
El varon mas bienquisto deste suelo,
Conforme en nombre y hechos á su abuelo.

El que con nuevo ejemplo y admirable
De liberalidad caritativa
Dió materia á la fama de que hable
Para que su memoria siempre viva,
Dando sepulcro ilustre y venerable
A Lutreque el francés, á quien la esquiva
Atrocidad de guerra inica y dura
Gran tiempo denegó la sepultura.

Este es aquel de Sesa que, asistiendo
Por general caudillo en Lombardia,
Hazañas hizo que estarán viviendo
Sin que de olvido las empezca el dia;
Este es quien, la virtud favoreciendo
Con magnanimidad heróica y pia,
Causaba en los soldados fortaleza
Al vivo resplandor de su grandeza.

Y con ser gente libre y desgarrada,
Y enemigos del trato cortesano,
Donde la cerimonia está arraigada,
Ostentacion y cumplimiento vano,
En ocasion estrecha y apretada
Le suplicaron todos á una mano
Del sueldo se sirviese que á su lado
Con sudores de sangre habian ganado.

¡Oh magnates, que errais por ser temidos!
No os precieis de profanas altivezas;
Mirad que odiosos ser y aborrecidos
No es premio del poder y las riquezas;
Daños experimenta conocidos
Quien busca autoridad con asperezas,
Y adquiere con honor felicidades
Quien sabe ganar libres voluntades.

Ejemplo se ve claro y manifiesto
En Gonzalo Fernandez Cordubense:
Miralo el pueblo con alegre gesto
Desde el menor al generoso austrense;
Que le saluda, y dice que en el resto
De aquella guerra y ocasion dispense,
Como capaz de ingenio y de experiencia,
Rico de amigos, puro de conciencia.

Habidos sus acuerdos provechosos,
Determinó el consejo que Granada
Refrene los contrarios sospechosos
Que dentro della están como en celada,
Y que á los declarados sediciosos
Que fuera traen la tierra alborotada,
El de los Vélez con ardid resista,
Mientras un grueso ejército se alista.

Debe notar el que tener procura
Experiencia de cosas desta vida,
Que la verdad al cabo está segura
Si bien por algun tiempo es oprimida:
Veráse al vivo desto la figura,
Como demostracion clara y valida,
En el caudillo grave Mendocino,
A quien desgracias tuercen el camino.

De puro recto vino á ser odioso
Y malquisto á los hombres en tal grado,
Que fué con testimonio riguroso
Delante de su rey calumniado,
Y ya el vulgo cruel y malicioso,
Viéndole algunos dias desdeñado,
Endechas de su muerte le cantaba,
Y sin querelle oir le condenaba.

Mas no mucho después, favorecido
De su inocencia y partes excelentes,
Fué del monarca nuestro promovido
A cargos de gobierno preeminentes.
La fama pues ya alzaba su alarido,
Convocando de nuevo muchas gentes
De la cristiana parte y la enemiga,
Para que el hecho de armas se prosiga.

De las cuales entonces el oficio
Debidamente suspendido estaba,
En cuanto para el bélico ejercicio
El conveniente número llegaba;
Mas ya la utilidad y beneficio
Que del caudillo Austrino resultaba
Se dejaba entender por experiencia,
Como primero se alcanzó por ciencia.

Porque las competencias y porfias
De los demás ministros se acabaron;
Cesaron luego las filaterías,
La ambicion y designios amainaron;
Como con la venida del Mesías
Los ídolos y oráculos callaron,
Y así como los astros desparecen
Cuando del sol los rayos aparecen.

No formará abusiones el prudente
De oir las competencias que refiero,
Pues es plaga comun entre igual gente
Reventar cada cual por ser primero.
¿Quién trujo al pueblo en armas prepotente
A sujecion y estado lastimero,
Sino aquel poderoso triunvirado,
Rüina de la gloria del Senado?

¿Faltó pleito sobre esto por ventura
En aquel apostólico rebaño
Hasta que el Redentor con gracia pura
Les mandó desistir del nuevo engaño?
Por tanto, aquella empresa es mas segura
Que el Rey hace, si evita aqueste daño
Con ir él mismo, ó cuando ser no pueda,
Envie personaje que preceda.

Y que, hecha elecion de tal sugeto,
La dignidad y cargo le amplifique,
Para que con la fuerza deste objeto
La invidia en los demás se mortifique;
Así que, fué consejo sano y reto,
Y es bien que por el mundo se publique,
Venir de Cárlos el retrato vivo
A curar este daño, y mil que escribo.

Porque la guerra en casa y la milicia
De gente nunca usada á tal dotrina
Habian hecho premio la avaricia,
Los hurtos y desórden disciplina,
La inclemencia decian ser justicia,
Astucia el retirarse mas ahina,
La guerra imaginaban como trato,
Juzgando por vencer comprar barato.

Y así, se habian deshecho compañías,
Quedando casi solas las banderas,
Aunque ministros por diversas vias
Llegasen los castigos á las veras;
Mas ya, gloria y honor de nuestros dias,
Te vuelven á buscar do los esperas;
Que el amor y respeto los inflama
A seguir tu ventura, que los llama.

¿Qué no puede un ejemplo verdadero
En la dócil mejor naturaleza?
Pues aun aquellos mismos que primero
Rehusaban de Marte la aspereza,
Se vuelven á vestir de fuerte acero
Olvidando el regalo y la terneza;
Sin muchos que de nuevo se inclinaron
A las armas, que nunca profesaron.

Acudió de la Bética famosa,
Tambien de la extremada Extremadura,
Gente que en guerra es fuerte y animosa,
Y en el trabajo vigilante y dura;
Toledo insigne y Búrgos generosa,
Cuya alta competencia siempre dura,
Parece que aun en esto la tuvieron,
Segun de bien aquí comparescieron.

Vinieron juntamente leoneses,
Catalanes tambien y valencianos,
Con los de Murcia y los aragoneses,
Los navarros, gallegos y asturianos;
Vinieron los robustos montañeses,
Vizcainos, alaveses, guipuzcuanos,
Siguieron invencibles y leales
Las pisadas antiguas naturales.

Desde allí donde al fin Fuenterrabía
Divide el franco reino del hispano,
Hasta do el Bétis su corriente fria
En las hondas sepulta de Oceáno,
Ciudad, villa ni aldea ni alcaría
Dejó de socorrer tarde ó temprano,
Pues aun tú, sayagués simple, olvidado
Tomas la espada y sueltas el arado.

Córboba en su leal ayuntamiento
Criar mas capitanes determina,
Que vayan á allanar el alzamiento
Con la planta rëal y prole austrina;
No callarán mis versos tu talento,
Ni tu virtud heróica y peregrina,
Magnánimo Luis Paez de Castillejo,
Pues que de caballeros fuiste espejo.

Antiguo regidor era aprobado,
Del bien de la república celoso,
Rico, grave, prudente, acreditado,
Puntüal, verdadero y muy lustroso;
Pues, como capitan fuese nombrado
De aquel senado ilustre y generoso,
El cargo rehusó, y desta manera
Soltó la voz, conforme á quien él era:

«Yo, mis hijos, mis deudos y criados
Las armas tomarémos sin fatiga,
Y á servir nuestro rey como soldados
Irémos por la fe que nos obliga,
Sin sèr desta ciudad remunerados
Ni que yo lleve oficio en esta liga:
Para aquesto nacemos caballeros;
Para aquesto es la sangre y los dineros.»

Oidas las palabras generosas,
Replica la ciudad que el cargo acete;
El con razones altas y honorosas
De servir bien en él jura y promete;
Mas aunque el interés en todas cosas,
Aunque graves, se mezcla y entremete,
Renunció y partió mano del salario
Que se da á capitanes ordinario.

Del progreso que tuvo aquí no digo,
Mas de que su persona fué estimada
Del ínclito don Juan, y que consigo
Le trujo en la defensa de Granada;
Si alguno me imputare que no sigo
En estas alabanzas mi jornada,
Contra la fama singular se atreve
Que al valor extremado se le debe.

Y pues que la virtud comunicable
Conviene que en los siglos venideros
Suene de gente en gente y sea notable
A los amigos della verdaderos,
¿Quién callará tu nombre memorable,
Don Francisco Zapata y de Cisneros,
Tu ingenio, tu prudencia y tu gobierno,
Oh nuevo Ulises, oh Caton moderno?

Por bien de nuestra patria venturosa
Era gobernador entonces della
Este, que con industria milagrosa,
Al Rey sirviendo, se acredita en ella;
Mientras Febo su luz muestra hermosa
Ni mientras resplandece cada estrella,
Deja de estar atento á la milicia,
El ceptro administrando de justicia.

Es fama, es la verdad, es evidencia,
Que á la cruel morisca exorbitancia
Fué el que primero hizo resistencia,
Socorros enviando de importancia;
De suerte que venció con la prudencia
La turbacion, el tiempo y la distancia,
Pues fué el que por la mano dió á Granada
Favor en su aflicion con mano armada.

Nunca el pastor de la celosa Juno
Con sus cien ojos tuvo tal cuidado,
Ni Roma gloriar de hijo alguno
Se puede al bien comun mas inclinado;
Por tanto, el que ministro fué oportuno,
Al reino granadino rebelado
Abrió de preferirse larga senda
En oficios, estado y en hacienda.

Los edificios que fundó excelentes
En Córdoba le alaban cada dia,
Y alabaránle nuestros decendientes
Movidos de razon y cortesía;
Las cristalinas y hermosas fuentes
En su rüido dulce y armonía
Celebrarán su nombre, y como efeto
A su causa tendrán digno respeto.

Y tú, Sevilla, á quien el Oceáno
Tan rica hace ser y conocida,
Canta en estilo heróico y soberano
Deste varon la fama esclarecida,
Pues el sitio que en tí, por ser mal sano,
Era vivienda triste aborrecida,
Le cultivó y labró con tal aviso,
Que parece un terrestre paraíso;

Dando ejemplo á cualquiera á quien fortuna
Su faz le muestre favorable y leda,
Para que la ocasion goce oportuna,
Y haga mientras vive el bien que pueda.
Si el districto que fué Estigia laguna,
Agora es prado elíseo y alameda,
¿Por qué el avaro, de razon ajeno,
Nunca acierta á salir del torpe cieno?

Usando pues así, en las ocasiones
Del tiempo, del ingenio y del cuidado,
La fama divulgó en claros pregones
La virtud de aquel pecho señalado:
Ya el uno se le da de los bastones
Que en la casa reál son cuatro un grado,
Y á título de conde de su villa,
Que llaman de Barajas en Castilla;

Ya atendiendo á sus partes y prudencia,
Usar le mandan el mayor oficio,
Para que goce de la precedencia
De los que fué colega en su ejercicio,
Con la importante y alta presidencia
Que es de limpias noblezas solo el quicio,
Estrecha puerta y religiosa llave,
Digna grandeza de varon tan grave.

Mas todo lo ya dicho no es un cero
Con lo que se dirá puesto en balanza,
Pues apenas se ha visto caballero
De quien hiciese rey tal confianza;
Porque regir el orbe todo entero
¿Qué tiene que hacer con la privanza
Destar debajo del cesáreo techo,
Custodia fidelísima del hecho?

Y haber desde el confin del lusitano
Nuestro monarca, gloria de la gente,
El mayor lauro da dote en la mano
Y el supremo lugar de confidente;
Dios al santo varon fiel y anciano
De la Vírgen y el Hijo omnipotente
En guarda puso, y á tí el rey del suelo
De sus hijos, su bien y su consuelo.

Salen de madre los crecidos rios,
Y lleva su corriente caudalosa
Tras sí ganados y árboles sombríos,
Vuelto el cristal en agua cenagosa;
Solo el Nilo creciendo, oficios pios
Hace en la egipcia tierra calurosa,
Pues que todas las veces que la inunda
La hace ser mas fértil y fecunda.

Tales soberbios suelen y hinchados
Ser los mas favoridos poderosos,
A sus provechos solos inclinados,
Y á todo lo demás infrutüosos;
Mas deste gran varon los extremados
Efetos tales son de milagrosos,
Que muestran su poder por otro estilo,
A imitacion del abundoso Nilo.

Al fin á su piedad y alma sencilla
La majestad católica propicia,
Le hizo presidente de Castilla
Y oráculo supremo en la justicia;
Desde donde gobierna la alta silla
De suerte, que la invidia y la malicia
No hallan qué oponelle, y espantadas,
Están junto á sus piés arrodilladas.

Alégrate, Madrid, y vive ufano,
Pues produjiste á España este tesoro,
Y tú, Córdoba, el premio soberano
Puedes solemnizar con buen decoro,
Que si fué mina el pueblo cortesano,
Tú crisol verdadero de su oro,
Piedra de toque donde el regio Acátes
Dejó clara impresion de sus quilates.

Así que, si nació en su propria tierra,
En la nuestra le vimos renacido;
No haga pues el tiempo jamás guerra
Buen Conde, á tus loores con olvido;
Que quien por obras gloria tal encierra
Como de buena guerra has adquerido,
Merece que su fama eternamente
Engendre admiracion de gente en gente.

CANTO VII.

Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada dia nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.

Ninguno en lo presente ó venidero
Pretenda con sobrado atrevimiento
Decir que guerra canto y exagero
Que en substancia no fué de gran momento;
Porque si el macedon terrible y fiero,
Después del oriental allanamiento,
De la empresa que trato se encargara,
Difícil y dudosa la hallara.

Y tú, famoso capitan romano,
Mas poderoso que tu madre Roma,
Que dejaste de tí al linaje humano
Ilustre invidia que lo esfuerza y doma;
Si aquí llegaras con armada mano,
Vieras que el decendiente de Mahoma
Te daba en qué entender mas que la Galia,
Y mas que la contienda de Tesalia.

Y tú, Fernan Cortés, cuya hazaña
Será en la tierra ejemplo sin segundo,
Precio y honor del crédito de España,
A quien rindió tu brazo un nuevo mundo;
Si con aquel ardid, esfuerzo y maña
Que al paganismo yerto, furibundo,
Pusiste yugo, en esta guerra entraras,
Ardua en las experiencias la juzgaras.

Vieras unas batallas no aplazadas
Con enemigos torpes, cautelosos,
Tus gentes divididas y sembradas
Entre amigos perversos, alevosos;
Vieras desde las cumbres elevadas
De los montes desiertos, peñascosos,
Armas llover, y los que así herian,
Desparecer al punto que querian.

Vieras la confusion tan en su punto,
Que, á un tiempo las mentiras y verdades
Mezcladas, te mostraran un trasunto
Compuesto de contrarias calidades;
Y el medio requerirse tan á punto,
Como en agudas suele enfermedades;
Y así, entre los escándalos terribles
Volar las ocasiones invisibles.

Que en otras guerras, donde abiertamente
Es el honor el premio de ambas partes,
Aunque es á todos lícito y decente
A sus tiempos usar mañosas artes,
Vase atinando, en fin, principalmente
A mostrarse los hombres nuevos Martes,
El número se entiende, el dónde y cuándo
Los campos hacen alto ó van marchando.

Mas aquí van las cosas de otra suerte,
Que gente hereje á Dios, al Rey traidora,
Ni fama busca, ni á fineza advierte,
Ni sus delictos graves sobredora;
Acometen, á imágen de la muerte,
Sin entenderse el dia ni la hora,
Para causarnos daño entre sí unidos,
Y para recebillo divididos.

El socorro ordinario, el mar vecino,
Espías y asechanzas por momentos;
¡Oh buen don Juan, tu ingenio peregrino
En qué golfo se ve de pensamientos!
Tu facundo decir, alto y divino,
Cuán bien se muestra en los razonamientos
Cuando tus ojos claros y hermosos
Lanzan del corazon rayos fogosos.

Tú remediabas con gentil crianza
De cada cual las quejas y fastidios,
Y moderabas con fiel balanza
Los excesivos gastos y subsidios;
En el alma sintiendo la ordenanza
De las varias escoltas y presidios,
Porque quisieras tú en un solo dia
Por armas decidir esta porfia.

Pero tu ardiente pecho acomodando
Al órden que del Rey te viene expreso,
Los importantes medios vas guiando
Al deseado fin del buen suceso;
El de los Vélez, de su cargo usando,
Tambien de los contrarios el exceso
Por otra parte con industria enfrena,
Siguiendo aquello que por tí se ordena.

Como desde el escándalo primero,
Desta guerra los trances anteviese
El rey nuestro, católico y severo,
Y las dificultades entendiese,
Habia despachado mensajero
A Italia, que saber luego hiciese
Que venir á Granada convendria
Un tercio viejo de la infantería.

Y que de Roma al punto vuelva rienda,
Aunque ocupado está en cosas solenes,
Ese que es el mayor de la Encomienda,
Llamado don Lüis de Requesenes,
Para que al mismo allanamiento atienda,
Como varon dotado de mil bienes,
De lealtad y honra claro espejo,
Fuerte en las armas, sabio en el consejo.

El tirano entre tanto administraba
Con alta presuncion torpe milicia,
Y su nueva república fundaba
En fueros violentos de malicia;
Mas cautelosamente así guardaba
En sus delictos sombra de justicia,
Que era de sus ejércitos querido
En aquel mismo grado que temido.

Los cuales convocó generalmente
Para plazo y lugar constituido;
El bando se esparció, y al continente
Se vió al pié de la letra obedecido;
En un valle capaz y conveniente,
De montes apacibles guarnecido,
Ordenó que esta junta se hiciese,
Porque el efeto della se cumpliese.

Era el sitio conforme á su deseo,
A forma circular tan semejante,
Que parecia un alto coliseo,
Obra soberbia de ciudad triunfante;
Unido pues allí el linaje reo
Con tumulto confuso y arrogante,
En medio se mostró el feroz caudillo;
Y así, callaron todos para oillo.

Alzóse en pié, y con voz grave y sonora
Se hizo oir, hablando desta guisa:
«¡Oh brava nacion mia, y defensora
De mi antigua y legítima divisa,
Por quien España vuelve desde agora
En triste llanto la pasada risa,
Y siendo á todo el orbe espada cruda,
Los golpes de las vuestras teme y duda!

»Despertad, como hijos de leones,
Al son de los bramidos maternales,
Y no desconozcais las ocasiones
Que ofrecen medicina á vuestros males;
Rey soy, y rey me llaman mil naciones,
Merced de vuestros ánimos leales,
Que opuestos contra tiempo y su aspereza,
Me restituyen mi rëal grandeza.

»La cual he yo aceptado por libraros
De aquella vergonzosa servidumbre,
En que no fué posible conservaros
El hábito que causa la costumbre;
Que no es mi pretension avasallaros
Con gravedad fundada en pesadumbre,
Ni por cosa que importe á mi provecho
Defraudar al menor de su derecho.

»Solo adorando el hado que me llama
A la cumbre mas alta de ventura,
Quiero haber por vosotros gloria y fama,
Y que tengais por mi vida segura;
Seguid pues vuestro rey, que mucho os ama,
Y no penseis que un tiempo siempre dura;
Es la bonanza fin de la tempesta,
Y el de la guerra paz, descanso y fiesta.

»Ninguno pues su esfuerzo desanime
Porque don Juan conmigo á lidiar viene;
Antes se alegre dello, antes lo estime
Cualquiera, pues que tanto me conviene;
El gran Selim, emperador sublime,
Los ojos puestos en nosotros tiene,
Y si á darnos ayuda no ha venido,
Es porque el poder nuestro no ha creido.

»Mas agora, sabiendo la venida
Del mozo austrino, entenderá en la nueva
Que tengo á España en confusion metida,
Y mi valor verá sin otra prueba;
Verá mi razon clara y conocida
Y los principios prósperos que lleva,
Y querrá ser partícipe conmigo
En la demanda ilustre que prosigo.

»Pues de la tierra misma comarcana
No hay para qué, pues lo sabeis, yo diga,
Ni que las gentes de la Vega llana
Y Málaga conmigo quieren liga.
En la sierra de Ronda ¿quién no afana
Por darse en sacrificio á mi fatiga?
¿Qué morisco hay en Ronda ni en Valencia
Que no desee rendirme la obediencia?

»Y el Albayzin, que en levantarse tarda,
No penseis que por eso está durmiendo;
Velando vive, y ocasion aguarda
Para cumplir mejor cuanto pretendo;
Mas ¿de qué sirve, multitud gallarda,
Tardar sobre este caso discurriendo?
Pues, cuando otra esperanza no tuviera,
La vuestra victorioso me hiciera.

»En especial habiéndoos reducido
A Dalí, general que loar no quiero,
Pues que su valor raro y conocido
Le loa en todo el Artico hemisfero;
El órden bien nos consta que ha traido
Del rey de Argel, mi amigo verdadero;
Y así, es mi voluntad que se obedezca
En cualquiera ocurrencia que se ofrezca.

»Y vosotros, soldados extranjeros,
Que, tanto mar y tierra atravesando,
Mi nombre engrandeceis y altos agüeros,
Los vuestros para siempre eternizando;
Si digno galardon puedo ofreceros
A tanto beneficio, yo os le mando,
Y de que en mí tendréis perfecto amigo,
El tiempo solo os doy para testigo.

»Ventureros seréis, y venturosos
Os haga Alá, que yo os iré subiendo
De dia en dia á cargos muy honrosos,
A vuestras partes atencion teniendo;
Vosotros, capitanes valerosos,
Oid en suma aquello que pretendo
De Almojájar, y en público se lea,
Porque á todos tambien notorio sea.»

Entonces el astuto secretario
Una instruccion sacó del seno escrita,
Formados los renglones al contrario
Segun la usanza arábiga exquisita;
Leyóla en alta voz en su ordinario
Lenguaje, á tono de hombre que recita;
Mas, cuanto allí explicó en algarabía,
Sacado en castellano, así decia:

«Abenhumeya, rey esclarecido,
Del gran Profeta nieto y heredero:
Mando á mis capitanes que, sabido
Este decreto nuestro por entero,
Sea sin faltar punto obedecido,
Conforme como en él lo mando y quiero;
Que así es á mi corona conveniente;
El tenor de lo cual es lo siguiente:

»Por cuanto en esta guerra se porfia,
No por una mujer libidinosa,
Causa que á la greciana señoría
Hizo armar contra Frigia la famosa,
Ni por acrecentar la monarquía,
Como hacia Roma la ambiciosa,
Vertiendo sangre de sus claros hombres,
Solo por adquirirse vanos nombres;

»Ni por otras invidias ni rancores
Que suelen engendrar causas livianas,
Y alimentar de mínimos rumores
Sañas terribles, iras inhumanas;
Antes por ocasiones las mayores
Que pueden ofrecer leyes humanas,
Con las divinas y las naturales,
Y por mas altos premios y esenciales,

»El reino que me toca pretendemos,
Con religion contraria batallamos,
A libertad pacífica atendemos,
Honor, riqueza y fama procuramos;
Conviene pues que todos los extremos
De la tierra incitemos y movamos
Con nuestro ejemplo, y cada cual entienda
Que va del mal al bien abriendo senda.

»Y aunque esto por sí toca á cada uno,
Obliga en especial los capitanes
A no perder jamás trance oportuno
En el rigor de Marte y sus afanes:
Sueño es pensar que hado hay importuno,
Ni que fortuna adversa usa desmanes:
El hado y la fortuna de la guerra
En la fuerza y ardid solo se encierra.

»Así que, pues las fuerzas se han doblado
De las gentes que siguen mi estandarte,
Quiero que con la industria y el cuidado
Crezca el poder, y con el uso el arte;
Para lo cual está determinado
Que deste gran ejército una parte
Se divida, y que siga desde hoy dia
A cada capitan su compañía.

»Quedando pues mi campo guarnecido,
Con todos los demás que no refiero,
Nombraré desde aquí los que elegido
Tengo para el intento que profiero:
Abencerraje, el bravo y atrevido,
Y el valiente y sagaz Puertocarrero;
Del mar discurra aquel la playa fria,
Este defienda el rio de Almería.

»Nacoz, mi capitan, que al africano
Aníbal en el fecho de armas llega,
Corra todo el contorno y fértil llano
Del pueblo ilberio y la espaciosa vega,
Y de Orgiva el presidio haga vano,
Tomando las escoltas por refriega;
Provechosas y fáciles empresas,
Y para los soldados ricas presas.

»Vaya el Barajalí por donde bate
De Alcázar el torcido y fresco rio;
El de Almuñecar corra el Arrendate;
Las Albuñuelas á Pocon le fio;
El Habaquí hará cruel combate
En el Cenete hasta que sea mio;
Jiron gane en Jayena clara fama,
Y el buen Jorge el Pelele en la de Alhama.

»Solícitos, astutos, atentados
Habeis de andar, y armados de cautela,
Dejando hombres á trechos señalados,
Que hagan de ordinario centinela
En sitios tan sublimes y elevados,
Que el veloz curso con que el tiempo vuela
No pueda adelantarse á la presteza
De vuestros contraseños y destreza.

»Y, en fin, porque de todo es imposible
Daros expreso aviso de presente,
Pues el mas verdadero y convenible
Está de los sucesos dependiente,
Solo os encargo mas cuanto es posible,
Y á todos como sois generalmente,
Os pido que atendais á mi servicio,
Pues es vuestra salud y beneficio.

»La cual, si por discordia ó desvarío
Dejais de obedecerme, va perdida,
Pues no hay sin mí en la tierra poderío
Que no os tiranizase honor y vida;
Y aqueste venerable cuerpo mio,
Con ignominia vuestra aborrecida,
Seria condenado á mil afrentas,
A mil muertes esquivas y sangrientas.

»Por tanto, sin flaqueza ni mudanza,
Os conservad á suerte mas dichosa,
Y cumpliendo el deber con mi esperanza,
Haced vuestra razon tan poderosa,
Que don Juan de Austria entienda en la pujanza
De vuestros brazos fuertes, que no es cosa
Segura competir con mi grandeza,
Fundada en vuestro bien y fortaleza.»

Oida la instrucion y parlamento,
Comenzó el vulgo, que suspenso estaba,
A murmurar, cual suelen con el viento
Las ondas que alza el mar con fuerza brava;
Y bien de aplauso fué claro argumento
Aquel alto clamor que se escuchaba;
Pero notemos otro que se entona
En el soberbio golfo de Narbona.

Llegó del Rey el órden duplicado
Al gran Comendador, que en Roma estaba,
Poniéndole delante aquel recado
Y priesa que á partirse le obligaba
Con el florido tercio que alojado
En el reino de Nápoles estaba,
Por ser de gente ejercitada y fina
En la armígera escuela y disciplina.

Y que haga sacar de Lombardia
Lucidos coseletes y morriones,
Arcabuces y gruesa artillería,
Maestros de tiralla y municiones,
Para que se arme bien la infantería,
Formando al menester sus escuadrones,
Y no pueda el contrario estar seguro
En fuerte roca ni fosado muro.

¡Oh, cómo al español gallardo y fiero
Desplugo aquella nueva escandalosa!
Cómo se avergonzó de que el ibero
Reino tuviese guerra tan odiosa!
Y cómo de la Iglesia aquel sincero
Pastor lloró con alma piadosa!
Digo el vicario justo, Quinto Pio,
Siervo de quien le dió libre albedrío.

En devota oracion noches y dias
Lamentó por España, su querida,
Como hizo otro tiempo Jeremías
Sobre Jerusalen entristecida,
Administrando por honestas vías
Consuelo al Rey y aliento á la partida
De la española gente que de Italia
Habia de pasar á la Vandalia.

No sin gran sentimiento y maravilla
De Nápoles gentil partía orgulloso
El tercio de don Pedro de Padilla,
Tenido por guerrero valeroso;
Del buen adelantado de Castilla
Traia origen claro y generoso,
Y aun se decia que de buen soldado
Tambien era don Pedro adelantado.

Salen con él valientes capitanes
Y gente diestra bien diciplinada,
Alféreces bizarros y galanes,
Aptos á toda empresa señalada;
Desde ventanas, puertas y desvanes
Los mira la ciudad maravillada;
Ellos, al son de caja procediendo,
Se van á la marina recogiendo.

Puestos ya todos sobre las galeras,
Lucidos con sus armas relumbraban,
Y al aire tremolando las banderas,
Las ondas parecian que imitaban;
Las cajas roncas, aunque placenteras,
Con belicoso estruendo retumbaban;
Mas luego, al punto que el partir se aprueba,
Tocó la capitana: «Leva, leva.»

Dejada atrás la gran Partenopea,
Pasan sulcando el fértil seno Ausonio,
Del valle antiguo donde la Cumea
Daba de lo futuro testimonio;
Y ven de paso la region circea
Costeando contino por Favonio,
Hasta llegar á la ciudad que el ama
Del troyano dejó renombre y fama.

Las proas todavía al occidente,
La playa atravesando nuestra armada,
Llegó donde, entregándose al tridente,
El Tibre pone fin á su jornada;
Allí el Comendador, mas diligente,
Llegó, que en hora bien afortunada,
Y embarcado con salva y homenaje,
Se zarpó el ferro y prosiguió el viaje.

A vela y remo hienden noche y dia
El mar de la Toscana con presteza;
Ya el Argentario atrás quedado habia,
Plombin, Liorna y Elba fortaleza;
El golfo de la Especia parecia,
Y el puerto insigne, así por su grandeza
Como por segurísimo, á la diestra
Se deja, y la alta Génova se muestra.

Dióse allí fondo, y fueron embarcadas
Las milanesas armas que por tierra
Habian antes sido acarreadas
Para el efecto de la servil guerra;
Don Lüis, prosiguiendo sus jornadas,
La vuelta ha de ir de España tierra á tierra;
Mas el de Santa Cruz por altos mares
Ha de correr las islas Baleares.

Y vaya por do fuere su camino;
Que ya mi verso es justo que lo siga,
Celebrando su hado peregrino,
Su heróico esfuerzo y su fortuna amiga;
Lepanto le dará, y aun Navarino,
Naval corona por feliz fatiga,
Sobre infinitas otras que su frente
Con digno aplauso ciñen dignamente.

Tranquilo pues estaba el mar profundo
Cuando en modo cortés se despidieron
Los dos caudillos á buscar del mundo
Las partes que por suerte les cupieron;
Sanos discursos con hablar facundo
En los coloquios últimos hicieron,
Utiles todos al real servicio
Y al público decoro y beneficio.

El Marqués, con su escuadra de galeras,
Comienza á navegar por mediodía;
Don Lüis por las fértiles riberas
Que están entre el Tirreno y Lombardía;
Pasando luego á Niza y á Islasderas,
Continüaba su derecha vía,
Y de Tolon de Francia, á vista della,
Fué á parar en las pomas de Marsella.

El de Bazan en tanto el mar sulcaba
La vuelta de Cerdeña la abundosa
A toda furia, porque amenazaba
El tiempo con tormenta procelosa;
Y así, el de la Encomienda surto estaba
Aunque cualquier tardanza le era odiosa;
Mas muy en breve borrascosos vientos
Serán causa de extraños movimientos.

No habia falta dellos en España,
Ni estaban invernando sus galeras;
Antes corren la costa que el mar baña,
Mas que nunca alistadas y ligeras,
Usando aquel ardid, industria y maña
Que suele requerirse en muchas veras,
Para estorbar á nuestros adversarios
El refresco y socorros ordinarios,

Y vituallar tambien algunas plazas
Que están de aquel distrícto á la marina,
Echar en tierra gente, y dar las trazas
Que la ocasion por buenas determina;
Por horas se ofrecia darse cazas,
Mas era la frecuencia tan contina
De los bajeles, que aunque se tomaba
Gran parte dellos, mucha se salvaba.

La novedad, la guerra, la codicia,
La invidia natural y odio nativo,
Y otros designios llenos de malicia
Mueven el reino de la Libia esquivo;
De suerte que da el padre por primicia,
Para la ejecucion deste motivo,
Al hijo, y queda lleno de consuelo,
Como si caminar le viese al cielo.

Tú, don Sancho de Leyva, aquí asistias
Por general, aunque con tu experiencia,
Valor y entendimiento bien podias
Tener de todo el mar la preeminencia;
Las canas blancas, que los largos dias
Dan por honroso lustre á tu presencia,
Con el color primero que tuvieron,
Profesando la guerra te nacieron.

Mas ya que el ciego arbitrio de fortuna
No te ensalzó con bienes temporales,
Por ser tú á quien debajo de la luna
Nadie excedió en los bienes naturales,
No borrará á lo menos la importuna
Tus obras y blasones inmortales;
Jamás de tu renombre esclarecido
La fama escurecer podrá el olvido.

Ni será la menor de tus hazañas
Esta en que al Rey sirviendo te ejercitas,
Pues con sangre y sudor de tus entrañas
El reparo de España solicitas.
Si entre proezas tantas y tamañas
Como del gran Pompeyo están escriptas,
Se pondera y alaba en sumo grado
El haber los cosarios disipado,

Sin duda tú eres digno de alabanza
Igual por semejante beneficio;
Mas ¡oh ramo de Leyvas y esperanza
Por quien del hado el disponer propicio
Tercera vez se afirma, y sin mudanza
Al orbe quiere dar notable indicio
Que desta insigne casa habrá contino
Varones de talento peregrino!

¿Quién del señor Antonio no ha sentido
Los títulos famosos de guerrero,
Tio paterno deste tan valido,
Y en todo generoso caballero?
El cual es á saber que ha producido
Un Alonso por hijo y heredero,
Que desde tierna edad da testimonio
Del ínclito don Sancho y claro Antonio.

Sobre el tercero lustro de su vida
Habia el delio rayo calentado
Solas tres veces la cerviz lucida
Del toro incorruptible plateado;
Con esta juventud verde y florida
Andaba del anciano padre al lado,
Haciendo injurias á la horrible muerte
Con alto corazon y brazo fuerte.

La viva luz del claro entendimiento,
La liberalidad, la cortesía,
La buena inclinacion, y otras sin cuento
Amables propriedades que tenia,
Hacian en los pechos tal asiento
De todos los soldados que allí habia,
Que cada cual le sirve, alaba y quiere,
Y á dar por él la vida se profiere.

Negocio de importancia incomparable
Es á quien rige y acaudilla gente
El ser de condicion blanda y amable,
Sin perder el decoro que es decente;
Y suerte desastrada y miserable
Sujeta á todo gran inconveniente,
Víspera del mayor, que es ser vencido
Por el contrario, es ser aborrecido.

Y así, de lo bienquisto que allí estaba
Y de su esfuerzo y ánimo brioso
Al jóven don Alonso redundaba
Principio en sus disignios milagroso;
Con armado escuadron desembarcaba
A combatir, y siempre victorioso
A su padre carísimo volvia,
Ufano con despojos que traia.

Mal se puede esconder la clara llama;
No puede la virtud estar secreta:
Ya al Rey en alta voz hace la fama
Del raro mozo relacion perfeta;
Ya el gran Monarca sus quilates ama,
Y su especial persona le es aceta;
Ya por el caso con la edad dispensa,
Y en cargos nobles preferille piensa.

Largo cuento parece que seria
Decir cómo le dió la precedencia
Sobre veinte galeras, donde habia
Varones dignos de alta preeminencia,
Ni como al tiempo que la guerra ardia
Dentro de Flándes con mayor violencia,
Pasó, rompiendo por cien mil afanes,
Por capitan de ilustres capitanes.

Junta la compañía mas famosa
Que á bandera jamás se vió alistada,
Atravesó con maña generosa
Los Alpes frios en sazon helada,
Pagando de su mano valerosa
El gasto y provision de la jornada,
Como quien por un punto de honra diera
El mundo todo si él lo poseyera.

Mas el Abenhumeya, confiado
De dia en dia mas en sus intentos,
Vino con su rëal, determinado
A Órgiva prostrar por los cimientos,
Aunque don Juan en ella estaba armado,
El de Mendoza, cuyos pensamientos,
Talle y disposicion de gentilhombre
Le dieron de galan firme renombre.

Este la gente allí diciplinaba
En la milicia, no sin gran destreza,
Y aquel presidio mas fortificaba,
Que parecia posible á su flaqueza;
En lo cual el tirano se fundaba,
Especialmente que tenia certeza
De que faltaban dentro provisiones,
Sobrando enfermedades y aficiones.

Sabido su disignio y el urgente
Peligro á que la villa estar debria,
Su alteza proveyó que prestamente
Del Padul se partiese el mismo dia
Una escolta abastada y suficiente,
Asegurada con la compañía
Que rige Diego Chaves de Orellana,
Capitan de la gente trujillana.

Hallóle la instrucion tan mal dispuesto,
Que no pudo emprender aquel camino;
Y así, partió su alférez con el resto,
Conforme lo ordenaba su destino;
Nacoz, que tuvo al punto aviso desto,
Con setecientos hombres sobrevino,
Y puesto en asechanza y emboscada,
Quiso asaltar la gente descuidada.

La suya pues con diligencia apresta,
El sitio reconoce, el tiempo mide;
Parte pone de Tálora en la cuesta,
Junto á un arroyo que el lugar divide,
Parte en las casas dél deja traspuesta
Con el secreto que el negocio pide,
Los nuestros marchan sin cuidado alguno;
Solo el cansancio hallan importuno.

Habian pasado ya de los primeros
Que en la eminencia estaban emboscados,
Cuando por el lugar los delanteros
Terriblemente fueron asaltados;
Dieron los de la cuesta en los postreros,
Dos mangas repartiendo á los dos lados,
Con un tropel tan grande y vocería,
Que toda la campaña ensordecia.

¿De qué sirve á los nuestros ser nacidos
En Trujillo, ciudad de Extremadura,
Producidora de hombres escogidos
Para la condicion de Marte dura,
Si, con astucia siendo prevenidos,
Les hace guerra el sitio y coyuntura,
Y gana el juego el bárbaro inhumano,
Por cuatrocientos tiros y la mano?

El sobresalto al caso no esperado
Sigue, y al sobresalto el torpe miedo;
El desórden al miedo desastrado,
Que turba la razon, fuerza y denuedo:
Tal fué el destrozo fiero y despiadado
Que vino á resultar de aquel enredo,
Que, de mas de docientos y cincuenta
Soldados, escaparon dos por cuenta.

Perdiéronse bagajes, bagajeros,
Municion, bastimento, armas, moneda,
Todo por no guardar los justos fueros
Con que el ardid prudente manda y veda;
Que si con pronta vista y piés ligeros
Echara cercos la atalaya leda,
El peligro inminente se mostrara
Al tiempo que el efecto se excusara.

Y no que fuesen causa los excesos
De un alférez altivo y orgulloso
Para dar á sentir tristes sucesos
Al de Austria insigne y bando religioso,
Vense hoy en dia blanquear los huesos
En medio de aquel campo sanguinoso,
De trujillanos lúgubre memoria,
Del pérfido Nacoz clara victoria.

Con otra novedad exorbitante
Aquellos dias se encendió la guerra,
Y fué que en Vélez-Málaga abundante
Se alzó de Ventomiz toda la sierra;
La fama con la trompa resonante
Al arma escandalosa dió en la tierra
Que es llave de la rica Andalucía,
Y el eco se escuchó en la Berbería.

El buen hijo de Cárlos, entendida
La nueva sedicion, vió en la experiencia
Habelle del Rey sido cometida
Empresa grave mas que de aparencia;
Y aunque antes era dél bien conocida,
De Luis Quijada alaba la prudencia,
Que le pronosticó diversas vueltas,
De aquel gran labirinto las revueltas.

Cual arquitecto raro por su arte
Que reparando presa lo ejercita,
Y mientras con estudio en una parte
La fábrica importante solicita,
Por otra ve romperse el baluarte,
Y el agua que por él se precipita
A su despecho pasa murmurando,
La industria de su ingenio despreciando;

Tal del caso se ofende y se resiente,
Aunque en lugar remoto y apartado,
El bravo corazon de aquel valiente
Caudillo de Austria, en armas señalado;
Ayunta su consejo prestamente,
Y con su estilo fácil y limado,
Estando los demás todos atentos,
La grave voz saltó en tales acentos:

«Cosas ocurren al discurso humano,
A prima faz con frente tan escura,
Que obligan á entender que será vano
Cuanto en comprehendellas se procura;
Mas cuando la razon toma la mano
De sufrimiento armada y de cordura,
Del piélago profundo sale al puerto,
Y de lo mas dudoso á lo mas cierto.

»Así que, no debemos ¡oh señores!
Dar nuestra inteligencia por vencida
Al no pensado golpe de rumores,
Ni á la cautela aleve y escondida;
Que suelen los cuidados veladores
Hallar en la perfidia endurecida
Del enemigo astuto avisos tales,
Que sacan bienes de los mismos males.

»De haberse Ventomiz en arma puesto,
Sin ser á tal insulto compelido,
Resulta indicio claro y manifiesto
De que está todo el reino corrompido;
Y siendo aqueste firme presupuesto,
Debe ser el peligro prevenido,
Curando la raíz, que está en Granada,
Hasta el mas hondo abismo apoderada.

»Pedir á mi señor y hermano quiero,
Con vuestro parescer, que se trasplante
El Albayzin por todo el reino ibero
Que no confina con el mar de Atlante;
Y será beneficio verdadero
Quitarnos estos trasgos de delante,
Que llave falsa son de mis secretos,
Y causa de otros mil malos efetos.

»La venganza del bando de Trujillo
Y de Órgiva el estado sospechoso
Remito al sagacísimo caudillo
Duque de Sesa, fuerte y valeroso;
Que no es pequeña gloria al reyecillo
Dalle competidor tan poderoso,
Ni él debe desdeñarse de enemigo
Que emprende y osa contrastar conmigo.

»A la conjuracion que se recresce,
Málaga y Vélez-Málaga, á quien toca,
Resistirán muy bien, pues que parece
Está el de Vélez á distancia poca,
Cuya prudencia militar florece,
Y mas, que en este caso le provoca
Amor y obligacion de propio estado,
Que son velas y remos al cuidado.

»Al tercio que de Nápoles se espera,
Luego que á vista de Adra en tierra salte,
Le ordenaré que la facion primera
Sea que á Ventomiz furioso asalte
Con órden de milicia verdadera,
Como soldados que han de ser esmalte,
Ejemplo y forma de los menos diestros,
Pues el uso hacer puede maestros.

»Verdad es que me tiene ya impaciente
El ir con pié de plomo y paso lento;
Mas visto que conviene de presente,
Procuro quietar mi pensamiento;
La cura de los males vehemente
No se hace al principio de su aumento;
Limpiar al crudo humor no es bien seguro,
Porque es cortar el fruto no maduro.

»Mas cuando la sagaz naturaleza,
Aunque del acidente repremida,
Se esfuerza, y molifica la crudeza
Que por las venas anda repartida,
La casia y mana se usan con destreza;
La odiosa enfermedad queda vencida:
Tal es, sabios guerreros, la figura
De cuanto por nosotros se procura.

»Al Rey nuestro señor y á su consejo
Les parece llevar este camino,
Para que con mas fácil aparejo
Se cure el frenesí luciferino;
Después todos irán por un parejo,
Todo será rigor fiero y sanguino,
Hasta que la malicia desfallezca,
Y el reino granadino convalezca.

»Por una parte marchará el de Sesa,
El de Vélez por otra, y yo en campaña
Tambien saldré, y en esta santa empresa
Seguir nos ha la flor de toda España;
Entonces, como el agua de represa
Rompe al salir con furia mas extraña,
La dilacion pasada suplirémos,
Y á hierro, fuego y sangre lidiarémos.

»Entre tanto la buena diligencia,
El proceder segun las ocasiones
Bien se debe fiar de la prudencia
Que ilustra vuestro ser, claros varones;
Con los presidios gran correspondencia,
Gruesas escoltas, buenas municiones,
Caballos de ordinario por las playas,
Espías dobles, diestras atalayas.»

Suspenso el alto tribunal estaba
Al proponer del príncipe sabroso,
El cual á las razones aplicaba
Tan á tiempo el afecto poderoso,
Que, no solo su intento comprobaba
Como orador grandílocо famoso,
Mas con gracia del cielo que tenia,
Amor con las palabras infundia.

Todos los valerosos circunstantes
Con alto aplauso en todo condecienden,
Y dicen que en decretos semejantes
Testigos solamente ser entienden,
Pues los razonamientos elegantes
Del Austria tanto bueno comprehenden;
Mas, como saben cierto que es modesto,
Sin dalle parte tratan lo mas desto.

Mientras esto en la Bética se cuenta,
Volando atravesaba el Pirineo,
Con un pliego del Rey á las cuarenta,
Cierto diligentísimo correo;
La Francia pasa hasta la opulenta
Marítima ciudad que por trofeo
Tiene la cueva donde Magdalena
Con lágrimas lavó su culpa y pena.

Allí al de Requesenes detenido
Halló con las galeras, no en el puerto
Por algunos recelos, mas metido
En las Pomas, abrigo áspero y yerto;
Abierto aquel despacho y entendido,
De su rey y señor, el órden cierto
Era que se aplicase fuerza y maña
Hasta poder tomar tierra en España.

CANTO VIII.

El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormenta, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdeña. El de Santa Cruz la rehace y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz.

¡Oh mal presago entendimiento humano,
Del hado porvenir escuro y fuerte!
¿Por qué te has de elevar ligero y vano
En la inconstante favorable suerte,
Sin guardar modo ni consejo sano
Que después en el mal puedan valerte,
Ni pensar que á las breves alegrías
Suceden de pesar prolijos dias?

Ni que del dulce peligroso engaño,
Cebado en lisonjera confianza,
Te viene á resultar inmenso daño,
Daño que vence el seso y la templanza.
¿Quién hay pues, de sentido tan extraño,
Que extrañe de las cosas la mudanza?
Pues no le es menos propria á cada una
Que dar luz en el mundo á sol y luna.

A los cuales tampoco es permitido
Parar con sus esferas un momento;
Siguen las otras cinco este partido;
El mismo sigue el claro firmamento.
Todo sobre los polos impelido
Obedece la ley y movimiento
De aquel cerco veloz que determina
El curso de la máquina divina,

De quien diversas son las impresiones,
Diversos los efectos y porfías:
El año muda tiempos y sazones,
Varios y desiguales son los dias;
Discordia, furor, guerra, alteraciones,
Traban los elementos por mil vias;
No vemos cosa, al fin, á quien no ofenda
Un especial linaje de contienda.

Mas la cruda ambicion de los mortales,
No en límite medida ni acabada,
Halló con nueva industria nuevos males
Para una vida corta y limitada;
Casas labró de leños funerales
En region solitaria despoblada;
El agua es su mas firme fundamento,
Y llévalas do quiere el vago viento;

Cuya violencia y animosa saña
Los dos segundos cuartos de la luna
Tuvo al comendador mayor de España
En las Pomas cercado de fortuna.
Bien se lamenta que el tardar le daña;
Todo le aflige, todo le importuna,
Y con el pensamiento fatigado,
Está imitando el mismo mar turbado.

Nunca se vió piloto mas atento
A contemplar los astros, que él estaba;
Ya de Febo el ocaso y nacimiento,
Ya de su hermana el cuerno nivelaba.
Estando un dia en este descontento,
Vió una escuadra de velas que pasaba
A Italia, y sabe ser de Juan Andrea,
Mas no es posible que con él se vea.

Royóle el corazon invidia honrosa,
Y dijo con despecho: «¿A cuándo aguardo?
¿Qué fin ha de tener mi estada ociosa?
Mi dilatar prolijo en vano tardo.
Navegan otros con sazon dichosa,
Llevando viento próspero y gallardo,
¡Y estoyme yo silogizando agüeros
De tímidos y rudos marineros!

»¡Oh rey de España venerable y pio!
¿Cómo imputar podrás mi negligencia,
Tratándome con áspero desvio
Cuando estuviere en tu real presencia?
Y sabe Dios que algun defecto mio
No sabe en este caso mi conciencia;
Sábelo mi salud, que manifiesta
La grave pena que el tardar me cuesta.

»Id, cómitre, y dad punto á esas galeras,
Encareciendo mucho mi deseo
A los de vuestro oficio, y cuán de veras
Conviene rehusar este rodeo;
Sabed sus intenciones verdaderas,
Que ya estarán conformes, segun creo:
Paréceme que el tiempo se compone,
Y el mar á la partencia se dispone.»

¿A quién desea que no se le antoja
Conforme á la opinion de su acidente?
¿Qué parecer contrario no le enoja,
Por mas que le aconseje cuerdamente?
Parte el ministro, y á volver la hoja
Comienzan los demás ligeramente;
Responden no conforme á como entienden,
Mas piensan acertar si condecienden.

¡Oh contrapeso grave mal seguro,
Recia pension impuesta sobre el mando,
El tarde ó nunca oir lenguaje puro
De quien por su interés no esté adulando!
Nublado estaba el cielo, el aire escuro,
Y el mar tempestüoso amenazando,
Cuando el partir se confirmó por justo
De muchos votos, solo por un gusto.

Y porque la partida desdichada
En aquel trance inevitable fuese,
No se esperó, como es costumbre usada,
Que la primera guardia se rindiese,
Ni que al dejar Diana su posada,
Señas del tiempo en el semblante diese,
Siendo de navegantes observancia
Aun en casos de menos importancia;

Ni siquiera, al tocar otro hemisfero,
Ver en qué aspecto Febo se ponia;
Antes con priesa de siniestro agüero
No esperan á que pase todo el dia,
Diciendo que por esto el venidero
La catalana tierra se veria
En hora singular para tomalla,
Y que llegar de noche será erralla.

La seña con tristísimo lamento
Hirió el aire, formando un son doliente,
Cuando la chusma del profundo asiento
Con maña y fuerza arranca el corvo diente,
Las velas altas dando al fresco viento,
Y los remos al húmedo tridente;
Rechinaron las jarcias y ataduras,
Y gimieron apriesa las junturas.

A orza iban cortando el mar undoso,
No sin dificultad, las proas duras,
Y en medio del camino trabajoso
Formaban entre sí varias figuras;
Como al fin del otoño fructüoso
Vemos pasar hendiendo las alturas
Las aves de la Tracia vigilantes,
En este ardid al hombre semejantes.

Después que ya se fueron engolfando
Como ordenaba su cruel destino,
Al claro dia el sol tras sí llevando,
La tenebrosa noche sobrevino;
En las cerúleas ondas estampando
Su rostro disformísimo y malino,
Las estrellas cubrió de un negro manto,
Y á los hombres de horror y de quebranto.

Ellos pasaban pues desta manera,
Cuidosos del peligro y del viaje.
Tanto, que cada cual por bien tuviera
Desistir por entonces del pasaje;
Cuando con furia repentina y fiera
Del crudo viento el áspero coraje
Las velas impelió precipitado,
Bramando en son terrible y desusado.

Un lánguido clamor de triste gente
Se levanta en el aire estremecido
Al mismo punto, y en el mar ferviente
Luchan las bravas ondas con rüido;
Truenan los polos espantosamente,
Abrese el cielo en llamas encendido,
Y en los ilustres pechos de varones
Tiemblan los invencibles corazones.

Resuenan voces roncas y alteradas:
«Amaina, amaina, borda y haz el treo;»
Las velas tesas, desapoderadas,
Resisten á la industria y al deseo,
Y llevan las galeras quebrantadas
Por montes de agua, no sin gran rodeo;
Que ya la quilla toca el hondo suelo,
Ya el garces se levanta hasta el cielo.

Un desmayo mortal, una agonía,
Un confuso gemir y triste llanto;
La negra escuridad y sombra fria,
Causas y efetos de terrible espanto,
No dejan discurrir la fantasía;
Que turba los sentidos dolor tanto,
Y suele un grave mal, siendo temido,
Mayor tormento dar que padecido.

El viento mas y mas se desenfrena
Con ímpetu soberbio y borrascoso,
Y hace tal violencia en una entena,
Que arroja el árbol roto al mar undoso;
Estanca la galera, y de agua llena,
La va sorviendo el lago fluctüoso,
Y á los della sepulta, ¡oh caso fuerte!
En el profundo sueño de la muerte.

Otra á par desta padeció al instante
El infortunio mismo y fin prescrito,
Aunque en vano al armada circunstante
Pidió favor en su final conflito;
Que el agua inexorable resonante
Con eterno silencio selló el grito,
Y hizo de sus ondas homicidas
Un sepulcro comun á tantas vidas.

Otras dos arrebata un torbellino
¡Oh despiedad! á suerte compasiva,
Y embístelas en medio del camino
Con furia desigual y rabia esquiva;
En mil partes se rompe el frágil pino,
Y de ambas no escapando cosa viva,
El golpe enorme y último gemido
Causaron un estruendo nunca oido.

No aplacado con esto el viento crudo,
Antes de nuevas furias incitado,
Muchas velas rompió bravo y sañudo,
Mucha materia dió á mortal cuidado;
Una galera que sufrir no pudo
Gruesos golpes de mar por el costado,
Quedó hecha ataud escuro y frio
De aquellos tristes á quien fué navío.

Con su fragata vió la Capitana
A diez y seis mezquinos marineros
Sorbérselos del mar la furia insana,
Esparciendo alaridos lastimeros;
Mas, yerra mas allí quien mas se afana
En ayudar los tristes compañeros;
Y así, por galardon del buen servicio,
Murieron los cuitados en su oficio.

Viendo el Comendador su perdimiento,
Y encubrir no pudiendo tantos males,
Gimió profundamente, y en acento
Tristísimo sembró querellas tales:
«¡Oh venturoso aquel cuyo tormento
Fenece entre estas ondas fortunales,
Y pagando su deuda conocida,
Escapa libre de tan agra vida!

»¡Felice el que consigo junto anega
Su nombre y fama en el eterno olvido,
Sin que mas hable dél la gente ciega
Ni quedar á sus lenguas sometido!
Y ¡desdichado aquel á quien se niega
Por su desgracia extrema este partido,
Y queda para siempre al vulgo hecho
Subgeto de ignominias y despecho!

»¡Ay de mí, que esta pérdida y estrago,
Este hado cruel, esta tormenta,
Harán mi nombre odioso y acïago,
Y el mal de muchos quedará á mi cuenta;
A quien mejor te sirve das tal pago,
¡Oh mundo injusto! en fin lleno de afrenta;
Así escarneces á quien mas te trata,
Aquesto de tus ferias se barata.

»Mas ¡oh Rey de lo humano y lo divino!
Como tú puedes, por los tuyos mira;
Alza, Señor, de mí, tu siervo indino,
El poderoso brazo de tu ira;
Templa los elementos, y el camino
Da fácil á la armada, que ya espira;
Condúcenos á tierra deseada,
Pues es en tu servicio esta jornada.»

Oyóle Dios, y concedióle parte
De aquello que humilmente le pedia,
Y parte no; la causa ignora el arte
Humana, que juzgando desvaria;
Llegar con el católico estandarte
Al noble reino del Andalucía:
Esto le concedió, mas la bonanza
Tardó, y hubo peligro en la tardanza.

Iba la hueste pues agonizando
Por el bravoso mar, que no declina,
Antes de punto en punto amenazando,
Fiero presenta la total rüina;
El cómitre perplejo vacilando,
Aunque le pesa, en fin se determina
De volver el timon al agua y viento,
Y correr, si es posible, á salvamento.

El curso natural les trujo el dia
(Si acaso dia aquel debe llamarse,
Que mas por el reloj que le media
Pudo, que por su luz determinarse);
La miserable gente que pendia
De sola esta esperanza de salvarse,
Cayó de nuevo en tanto desconsuelo,
Que aun ya mirar no osaba al turbio cielo;

Y como enfermo ya desafuciado,
El cual, viéndose el pié en la sepultura,
Suele, de puro estar desconfiado,
Tentar cualquiera peligrosa cura;
Así de comun voto fué acordado
Probar últimamente la ventura
Con un remedio tal y tan extraño,
Que dél se juzgará el temor del daño.

Ropa á la mar, se dijo apenas, cuando
Se vió un ejemplo vivo de obediencia,
Que unos cayendo, y otros levantando,
Sin hacer de personas diferencia,
Ejecutaron el forzoso bando,
Y el miedo espoleó á la diligencia
De suerte, que valieron los metales
En aquella sazon precios iguales.

Pues aun aquel por quien se pierde el mundo,
Como raíz fatal de la avaricia,
Lanzado fué en el piélago profundo
Por divina equidad de la justicia.
¡Oh estímulo de guerras furibundo,
Despertador de fraudes y malicia!
¡Cuán ricos y contentos nos dejaras
Si todo para siempre te anegaras!

Los bajeles, cascados y deshechos,
Algo mejor pudieron sostenerse,
Aunque ondas con mortíferos despechos
Les daban nuevas causas de perderse;
Cual suelen por el mar mostrarse á trechos,
Cuando los tiempos quieren revolverse,
Aquellos peces que en las frías aguas
Saben de amor sentir ardientes fraguas.

Tales á veces las galeras iban,
No sin contrastes de trabajo inmenso:
Unos la escasa luz abajo avivan,
Otros desaguan, otros por extenso
La brújula contemplan, y restriban
Sobre la carta; y el compás suspenso,
No pueden resolverse á qué paraje
Se hallan, por la priesa del viaje.

Uno dice á Menorca, otro á Cerdeña,
Cuál á Mallorca, y cuál á Berbería,
Por la playa ó el puerto que le enseña
El temor ó deseo que le guia,
Descubrir piensa; aunque la peor seña
Que en el dubdoso trance se tenia,
Era que, siendo el viento solo uno,
Mostraba mas el reino de Neptuno.

Solo maestral feroz y vehemente
Iba en las bajas velas revestido,
Mas el salado humor confusamente
Se intricaba alterado y conmovido;
O fuese de otros golfos la corriente,
O exceso monstruoso no entendido,
Los acosados leños se tragaban
Mares que encima dellos se topaban.

Tres noches y tres dias anduvieron
Errando acá y allá entre cien mil muertes,
Hasta que el sardo reino descubrieron
Por varias partes con diversas suertes;
Unos, sin poder mas, al través dieron
Entre arenales ó peñascos fuertes,
Y en fin, los acabó la naval guerra
En el regazo de la madre tierra.

Otros, mejores postas aferrando,
Salvaron los bajeles y las vidas,
Y de gozo y pesar juntos llorando,
Tomaron las riberas conocidas,
Donde al marqués de Santa Cruz hallando,
Le cuentan las desdichas sucedidas;
Mas un desastre nuevo se recrece,
Y es que la capitana no parece.

La cual, aunque en seguro y dulce puerto
Ya se hallaba, habia milagro sido
Escapar del error y desconcierto
Que en el tomar la tierra habia tenido.
El cómitre en Menorca creyó cierto
Poner la proa, y con afan crecido
Cuanto pudo orceó sobre la diestra;
Tanto, que la dejó á mano siniestra.

Que no la vió al pasar enfrente della,
Por la alteza del agua incomparable;
Y así, cuando acertó á reconocella,
Reconoció el peligro inevitable:
Allí fué la aficion y la querella,
Allí fué do la gente miserable
Con lágrimas pidió que ya se diera
En Africa al través con la galera.

Mas el caudillo generoso y fuerte
Antes dijo: «Amainad luego á la hora;
Que torpe vida por honrosa muerte
Un trueco es por quien mucho se atesora;
Dejad á Dios el cargo de la suerte,
Y á la Vírgen haced intercesora;
Pedid, pedid remedios soberanos,
Y no refugios viles africanos.»

Apenas se caló la grave entena,
Cuando el bajel comienza á resentirse
De popa á proa, y retemblando suena,
Como si todo ya quisiera abrirse;
El mar vuela por cima, dando pena;
Su furia no es posible resistirse;
Ríndese el arte á la cruel discordia,
Y solo se oye á Dios misericordia.

Herido el viento de clamores tales,
Parece que aplacó su furia insana,
Y vuelto á los albergues naturales,
Dejó á otro hermano la carrera llana;
Barriendo pues los términos australes,
Abrego enderezó hácia Toscana,
Y de Africa saltando al mar Tirreno,
Le puso otras espuelas y otro freno.

Y con aliento que les dió la vida
Saludó los que se iban anegando;
Volvióles la esperanza ya perdida,
Su duro afan en gloria conmutando.
La mayor vela fué al garcés subida;
Y así, al eterno Padre gracias dando,
Se libraron del piélago profundo
En el puerto mejor que tiene el mundo.

Reservó gran despojo esta galera
Del importuno golfo de Narbona;
Pues, demás del caudillo en quien perdiera
El Rey una dignísima persona,
Venia en ella aquel en quien se esmera
La generosa sangre de Colona,
Al cual su madre, Roma, testimonio
Dará del mas famoso Marco Antonio.

Porque no turbará en sazon alguna
Su paz tranquila con armada mano,
Ni el paso atajará de su fortuna
Con lazos del amor injusto y vano;
De la Iglesia será fuerte coluna,
Y triunfar le verá el pueblo romano
Cuando potente vuelva á sus umbrales
Con los despojos ricos orientales.

Tambien el de Padilla aquí venia,
Y don Miguel que llaman de Moncada,
No menos claro por su valentía
Que por estirpe ilustre y señalada;
Deste el valor, el punto y cortesia,
La fama, hasta el cielo levantada,
Eternamente irá solemnizando,
Su ingenio y su prudencia no olvidando.

No sabe el mundo dar placer cumplido,
Ni mal que bien se acabe sin la muerte.
¿De qué sirve á Menorca haber venido
Éstos varones de tan alta suerte,
Si todo el resto juzgan por perdido
En la tormenta, que aun se muestra fuerte,
Si no ven rastro de galera alguna,
Y ven que permanece la fortuna?

Sintióse aquel furor de la natura
Desde los claros reinos nabateos
Hasta la rica Chile, y en su altura
Bañar vieron sus cumbres los rifeos;
Atlante retembló á la fuerza dura,
Y en fin, por cuantas vueltas y rodeos
Aguas del mar están sobre la tierra,
Se hizo conocer la esquiva guerra.

Mas, como la congoja es al reposo
Contrario objeto y pérfida enemiga,
No es posible que el bando generoso
No halle en el descanso mas fatiga;
Y así, con tiempo escuro y borrascoso
Se ordena que el viaje se prosiga;
La chusma zarpa el ferro y hace vela,
El austro sopla y la galera vuela.

Vuelan tambien los tristes pensamientos,
Que impele la aspereza del cuidado,
El cual hace los ojos ir atentos,
El mar atalayando alborotado,
Por ver si la violencia de los vientos
Algun bajel trujese desmandado
Que de la armada rota acaso fuese,
O nueva alguna della les trujese.

Mas nunca aviso tal les sobrevino,
Ni al pasar por Mallorca belicosa,
Ni en todo lo restante del camino,
Que no fué causa poco sospechosa;
Mas ¡ay! del ancho reino cristalino
La region se descubre poderosa,
Que en letras, armas y virtud florece,
Y en religion cristiana resplandece.

Ya con templado viento favorable
Van á dar fondo al catalano suelo,
Renovando el desastre lamentable
Que anegó á Egeo en pena y desconsuelo.
En tanto allá en Cerdeña el memorable
Marqués de Santa Cruz con alto celo,
En reparar la armada hizo cosas
Bien dignas de sus obras valerosas;

Mudó de parescer primeramente,
Como aquella ocasion lo requeria,
Y á su cargo tomó la armada y gente
Que del furioso mar sobrado habia,
Y con favor de Dios omnipotente,
Con maña, con industria y con porfía,
Suplió, ordenó y sostuvo en aquel medio
Faltas que parecian sin remedio;

Tanto, que de los leños destrozados
Galeras hizo que servir pudiesen;
Proveyó de vestidos los soldados,
Y dióles armas para que lo fuesen;
De ropa los esclavos y forzados,
Mejor, ó porque así no paresciesen.
Ya manda recoger la vitualla,
Ya puesto á punto de partir se halla.

Hecha la seña, apriesa baten remos,
Y tópanse en el puerto con las palas,
Como al salir de cueva ver solemos
Palomas azotarse con las alas,
Y así como después volar las vemos
Plácidamente á las etéreas salas.
Nuestros bajeles en el mar abierto
Fueron entrando con mayor concierto.

De rosas y jazmines la mañana
Su corona mostró resplandesciente,
Y comenzó á illustrar la vista humana
Que la noche confunde gravemente;
Cuando la isla en que la capitana
Habia tomado tierra ven presente,
Y della toman lengua de qué estado
Tenia y qué derrota habia tomado.

Lo cual sabido, siguen sus pisadas,
Atravesando hácia Barcelona,
Aunque hubo opiniones porfiadas
Sobre el caso de mas de una persona,
Diciéndole al Marqués que las pasadas
Desgracias del naufragio por sí abona,
Si á Málaga derecho va, y empuña
La espada sin tocar en Cataluña.

Y que puesta en un fil la cortesía
Con toda otra cualquiera circunstancia,
De peso y de momento las vencia
Del hecho valeroso la importancia,
Y que la armada con la infantería,
Traida por su industria y vigilancia
A puerto de salud, no era decente
Que otro en ella mandase libremente.

»No estoy, dijo el Marqués, necesitado
De cargos inquirir por los cabellos,
Ni me tiene tan mal desengañado
El derecho que tengo á pretendellos,
Que procurallos deba de prestado,
Pues justamente suelo poseellos:
A mi rey serviré en los que me diere,
Y sin ellos, si dello le pluguiere.

»En especial que no es de caballeros,
Antes acto villano prohibido,
En los adversos casos lastimeros
Afligir al cuitado y afligido.»
Con esto los amigos lisonjeros
Se remitieron al mejor sentido,
Y la armada, siguiendo su camino,
Tanto pasó, que á Barcelona vino,

Donde el Comendador enfermo estaba,
O fuese del trabajo y descontento,
O por ser hombre, que esto le bastaba
Para ser de miserias aposento;
Mas bien es de creer que le aquejaba
Grave cuidado, pues con el aliento
Que recibió de ver llegar la gente
Convaleció del todo fácilmente.

Mas el de Santa Cruz con sus galeras
Vuelve hácia las islas Baleares,
Y de allí por las ítalas riberas
Discurre, asegurando aquellos mares
De los cosarios, que las primaveras
Salen de Argel, abismo de pesares,
Pues no pudo de Cárlos la ira y saña
Librar de tal vestiglo nuestra España.

Don Lüis, acortando dilaciones,
Con traza que jamás se vió mas presta,
Hendió con los agudos espolones
El mar hácia el balcon do el sol se acuesta;
Marco Antonio por justas ocasiones
A la corte real el paso apresta,
Y los demás al reino granadino
Van á servir de Cárlo el hijo dino.

Las tierras dejan á la mano diestra,
Que el huido Sertorio anduvo errando,
Después que, desdeñado de siniestra
Invidia, á Lusitania fué invocando,
Y á la felice Málaga se muestra,
Que sola está en el mundo conservando
Con sencilleza humana aquel decoro
Que tanto ennobleció la edad del oro.

Cubrió la sombra de tiniebla el suelo,
Y al cielo matizó de hermosura;
La armada navegaba en presto vuelo,
Apenas de las ondas bien segura,
Hasta que la deidad del sacro Delo,
Mostrando cada cosa en su figura,
Dió lugar á que en Adra la nombrada
La tierra se tomase deseada;

Mas bien de sus trabajos los soldados
Y pasado naufragio eran testigos,
Mostrando en los semblantes congojados
La pena y compasion de los amigos,
Con los afanes propios y cuidados
De verse dentro ya en los enemigos,
Los cuerpos fatigados y dolientes,
Si bien eran sus ánimos valientes.

Mas como el hijo de la dura tierra,
Tocando en ella el pié prevalecia
Cuando el vigor hercúleo mayor guerra
En la trabada lucha le hacia;
Así los nuestros, puestos en la sierra,
Donde mayor morisma concurria,
De esfuerzo fuerza y de virtud vitoria
Sacaron, mereciendo fama y gloria.

Pues, como Requesenes ya tenia
Nueva de Ventomiz y su alzamiento,
Y de que por la hoya y la jarquia
De Málaga podia en un momento
Continüarse con la serrania
De Ronda, no sin grave detrimento,
Al punto despachó al fuerte Moncada
Que á su alteza hiciese una embajada.

Así á hacelle oferta y homenaje,
Como á pedirle fuese cometida
Aquella empresa por merced y gaje
Que resultase de la bienvenida.
Fuéle al señor don Juan grato el mensaje,
Así porque á su gusto era medida,
Como por el amor que verdadero
Tenia al elocuente mensajero.

Y así, después de habelle acariciado
Con benévolo y dulce acogimiento,
Y habelle muchas cosas preguntado
Del áspero y cruel acaescimiento,
Le concedió licencia, y el recado
Conforme á su deseo y pensamiento.
Volvióse, y el caudillo, que esperaba
Tal nueva, ya sus gentes aprestaba.

Holgó en extremo cuando supo cierto
Ser dueño de la suerte peligrosa,
Para aspirar por ella al dulce puerto
De la victoria, á nobles gloriosa;
Y mas, que en el rebelde desconcierto
Facion tan ardua ni dificultosa
Nunca se habia hasta allí ofrecido
En todo cuanto habia sucedido.

Gran multitud de moros se juntaron
En un monte que llaman Frigiliana,
Cuya alta cumbre mas fortificaron
Que parecia posible á gente vana;
Tres cabezas de nuevo levantaron
Para su amparo y sedicion tirana,
El Garral fuerte, el Melilú ambicioso,
Y ese Benaguacil presuntüoso.

Fué sentencia comun y voto expreso
Que ni templo ni imágen se ultrajase,
Y que contra cristianos el exceso
De prender ó matar no se pensase;
Mas nunca se esperó mejor suceso
De ver que esta pasion se disfrazase,
Antes el proceder con artificio
Daba al recelo causa y mas indicio.

Rebelion, eletos, fortaleza,
Armas, pertrechos, vitüalla á punto,
Con aparencias de legal firmeza;
¿Quién vió mas discordante contrapunto?
Sin duda la malicia y la destreza
Estuvieron aquí mas en su punto,
Y mas tiró el disignio aquí la barra
Que en la disolucion de la Alpujarra.

Pues que pretenden con igual dolencia
Ser mas capaces de favor y ayuda,
No solo de su torpe descendencia,
Mas de cualquiera remembranza cruda,
Y por tener propicia la clemencia
Cuando la suerte á su deseo no acuda,
Y acomodando el tiempo á su provecho,
Tener á guerra y paz mejor derecho.

Mas porque nada bien se les concierte,
Iban marchando ya nuestras banderas;
Ya estaba la avanguardia al pié del fuerte,
Mirando sus traveses y troneras.
Deste reconocer tocó la suerte
A un caballero plático en las veras;
Su nombre don Martin es de Padilla,
Su padre adelantado fué en Castilla.

Ninguno de los que hoy ciñen espada
Puede alabarse de mejor soldado,
Ni tiene su intencion mas bien probada
El que mas su persona ha señalado.
Ya la falda del monte rodeada
Estaba del ejército esforzado,
Que para arremeter órden traia
Del general prudente que le guia.

Don Pedro de Padilla por la frente
Que emprenda la subida se le manda,
Y al de Cárdenas, digno decendiente
De los ilustres condes de Miranda,
Acometer con parte de la gente
Le toca al mismo tiempo por la banda
Que el monte escabrosisimo confina
Con la ribera estéril y marina.

Por la otra parte don Martin habia
De guiar su escuadron con fuerte brazo,
Y por la que mas agra parecia,
Arévalo que llaman de Suazo,
Noble en sangre y famoso desde el dia
Que en Ventomiz la guerra dió embarazo,
Pues le vió en pelear bravo y robusto
Málaga, que en regir le halló justo.

La ronca trompa del sangriento Marte
Hizo horrible señal de arremetida,
Cuando se comenzó por cada parte
A caminar por la áspera subida.
¿Quién bastará á explicar la fuerza, el arte,
La viva priesa y cólera encendida
Con que nuestras escuadras se apresuran
Al asalto difícil que procuran?

Están los moros puestos á la mira
Sobre sus baluartes y muralla:
Cuál encara arcabuz, cuál pone vira
En el arco que apresta á la batalla.
Agora, Olimpo, tu favor me inspira
Para que recontar pueda sin falla
Deste conflicto el desigual progreso,
Las muertes, las hazañas y el suceso.

Ya comenzaba el plomo grave y frio,
Que el fuego hace ser veloz y ardiente,
A mostrar con violencia el pecho impio
De Cimosco inventor duro, inclemente;
Las flechas venenosas, el natio
Peñasco hacen daño juntamente;
Ya van rodando cuerpos por el suelo;
La grita turba el aire y hiere el cielo.

El sitio aventajado del contrario
Hace en los nuestros impresion terrible;
Mas su valor y brio extraordinario
Se extienden hasta todo lo posible.
Don Pedro, despreciando el adversario
Y el órden del caudillo convenible,
Con su gente llegó al fuerte el primero,
Donde se renovó el combate fiero.

El órden habia sido que, por cuanto
Don Pedro por camino mas derecho
Arremetia, y otros entre tanto
Subian por rodeo y mas estrecho,
Se entretuviese á trechos algun tanto
Para que mas seguro fuese el hecho,
Llegando á un mismo tiempo á los sitiados
El impetuoso asalto á todos lados.

O que este caballero no estimase
El contrario tumulto y aparato,
O que el pecho viril no le dejase
Flema para esperar ni un breve rato,
Él, antes que otro alguno allá arribase,
Puso los enemigos en rebato,
Y peleóse tan sangrientamente,
Que la tierra cubrió roja corriente.

Cual suele de zarzal medio abrasado
La raposa sagaz salirse afuera,
Por medio del combate acelerado
Salió del fuerte un turco de galera,
Que á le reconocer habia entrado
La noche antes que esto sucediera,
Fingiendo con los moros ir huido,
Mas fué de premios grandes inducido.

Como el ventor enseña con destreza
La parte mas patente en la espesura,
Cuando en medio de espinas y maleza
Piensa el ave innocente estar segura,
Así el scita de aquella fortaleza
Mostró el lugar mas flaco, en coyuntura
Que importó á nuestras cosas aquel dia,
Como al de luz privado, llevar guia.

Don Pedro al punto con discurso claro
Por la otra banda repartió su gente,
Y al prolongar se fué desde el reparo
Enemigo, herida gravemente;
Mas cumpliendo el intento, aunque algo caro,
Forzoso fué que el bando inobediente,
Su fuerza en ambas partes dividiese,
Y á un tiempo á dos peligros resistiese.

Tan cerca estaban ya nuestros piqueros,
Que con las puntas piedras desviaban,
Y por su parte los arcabuceros
Traveses importantes les quitaban;
En esto ya los otros caballeros
Los obstinados moros asaltaban;
Y aunque cansados del camino largo,
No dieron la tardanza por descargo.

Aquí se vió de guerra un bravo encuentro,
Un sanguinoso afan, una lid fiera;
Los unos por vencer á los de dentro,
Los otros por vengarse en los de fuera,
Porfian entre sí con tal recuentro,
Como si de aquel solo dependiera
La paz universal y el sumo imperio
Del Artico y Antártico hemisferio.

El buen don Juan de Cárdenas, herido
De aguda flecha, no pretende cura;
Antes como leon embravecido
Su generosa saña tanto apura,
Que no halla aquel pueblo descreido
Para guardarse del parte segura;
Su espada parecia con fiereza
Rayo en el ofender y en la presteza.

Estaba pues la gente ya tan junta,
Que á cuchilladas hay de sangre un Nilo;
Mas como el moro el no herir de punta
Por uso tiene, y ciñe solo un filo,
Por mas que entonces á la fuerza junta
La maña que caber puede en su estilo,
¿Qué tienen que ver tardas cuchilladas
Con prestas y mortales estocadas?

Así que en esta forma de pelea
Se les hace ventaja conocida;
Mas tal furia infernal los espolea,
Tal rabia los enciende endurecida,
Que con poca mas suerte se pelea
De nuestra parte en brega tan reñida,
Y sucede entre aquellos desconciertos
Ser á un tiempo homicidas y ser muertos.

No callarán mis versos tus loores,
Oh don Martin famoso de Padilla,
Ni del tiempo las vueltas y rigores
Tu nombre bajarán de su alta silla,
Pues en la confusion destos rumores
Mostraste con fineza y maravilla,
Saber de capitan aventajado
Y aceros de bravísimo soldado.

Suazo anduvo allí buen caballero,
Buena tambien de Málaga la gente,
Y la de Vélez, pues entró primero
El fuerte con Arévalo prudente;
Don Pedro por su parte en blanco acero
Armado salta dentro y hace frente;
Don Juan y don Martin, calando el muro,
Ya su valor mostraban claro y puro.

Crece el herirse á diestro y á siniestro;
Saltan espadas hechas mil pedazos;
A cuál le vale en lucha ser maestro,
A cuál la fuerza de los fuertes brazos;
Ya los nuestros con hado algo mas diestro,
Iban rompiendo estorbos y embarazos,
Y la victoria, que neutral estaba,
A la causa mas justa se inclinaba;

Cuando, su perdicion reconociendo,
Los capitanes moros por la banda
Que mira el maestral, salen huyendo,
Como el peligro urgente se lo manda,
De los suyos dos mil les van siguiendo;
Y así, facilitada esta demanda,
Se concluyó la porfiada empresa,
Rica de prisioneros y de presa.

El número igualó de los captivos
Al mismo de la gente fugitiva;
La cual por los desiertos mas esquivos
Hácia el real de Abenhumeya se iba;
El los acoge bien, y los motivos
De su arrogante presuncion aviva;
Porque son los mil hombres apurados,
Si bien vencidos van y destrozados.

Es fama que porque estos se salvaran
Los viejos á la muerte se ofrecieron,
Y que para que della se escaparan
La guerra algun espacio sostuvieron;
Los nuestros al alcance se preparan,
Mas dejan de seguille cuando vieron
Que, si no era volar, no habia remedio,
Por la tierra que estaba puesta en medio.

Como al tirar la red los cazadores
Sobre la espesa banda, parte della,
Batiendo los encuentros voladores,
Escapa por los aires hecha pella,
Ellos entonces siembran mas clamores
Por la que vuela, no pudiendo habella,
Que muestras de placer por la que alea
En los trasmallos, por mayor que sea;

Así, aunque vitoriosos los soldados,
Están por los que huyen desabridos,
Puesto que tambien quedan lastimados
Con gran copia de muertos no vencidos,
En cuyos monumentos levantados
Debiera haber blasones, y esculpidos
Epitafios, si en esta edad avara
La fama mas que el oro se estimara.

Y no que de sus nombres aun no hallo
Noticia para dalla en mis escritos.
¡Oh error mundano, oh mísero vasallo
De bajos intereses y apetitos!
No puedo, ni es razon, disimulallo,
Que por tan varios modos y exquisitos
Un prestado metal se inquiera y precie,
Y que la propria gloria se desprecie.

Avaro triste, que con mano escasa
Un Tántalo te haces desdichado,
¿Sabes de cuánto te valdrá la tasa
Con que vives ansioso y fatigado?
Lo que vale la lluvia cuando pasa
De una en otra á las tejas del tejado,
Hecha por sí conduto cada una
Para que desperdicie sola una.

Desta manera va de mano en mano
La inútil carga de los avarientos
Hasta algun heredero que de vano
Desipa cuanto tiene á todos vientos;
No ciegue pues el interés profano
El buen discurso á los entendimientos,
Ni por guardar, se hagan á sí ultrajes,
Quizá para el peor de sus linajes.

No alaba al que sin órden ni concierto
El rico patrimonio desperdicia,
Que el pródigo en su abuso y desconcierto
Léjos va de equidad y de justicia;
Mas tiene al menos un consuelo cierto,
Que no alcanza la mísera avaricia,
Y es, que con ser extremo en sí vicioso,
Imita en algo al medio virtuoso.

CANTO IX.

El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leiva. Al de los Vélez se le deshace el campo casi sin poderlo remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él.

Naturaleza, madre diligente,
Gobernada por manos celestiales,
Armó de la defensa conveniente
Los brutos y feroces animales;
Dióles la fuerza, el cuerno, la uña, el diente
Por armas de su vida principales,
Correspondiendo con sutil destreza
A la gran condicion de su fiereza.

Mas al hombre cuya alma es conversable,
Acogida á razon, dócil, divina,
Voz y lengua le dió para que hable,
Juicio capaz de sciencia y de doctrina,
Para que, amando siempre, fuese amable,
Teniendo por defensa diamantina
La virtud, el saber y la prudencia,
Y la tranquila paz, sin violencia.

¡Oh infalible verdad mal entendida,
Y tan costosamente defraudada!
Oh furia del infierno introducida,
En la mejor simiente apoderada!
No solo de los cuerpos homicida,
Mas de las almas plaga desdichada,
Eres sin duda tú, insolente guerra,
Erimnis vengadora de la tierra.

Solas dos cosas tienes por objeto,
Con que tal vez tu infamia se disculpa:
Llevar por fin la paz, como alto efeto,
Que lave las mancillas de tu culpa,
Y ser justa la causa y el conceto
De aquello que pretenden que se esculpa
En los endurecidos corazones,
La fe entera de Dios, sin abusiones,

Todo lo cual la pretension abona
Del Austria, y mas el crámen cometido
Contra la majestad y la corona
De nuestro rey católico y temido;
Mas el raro varon de Barcelona,
En premio del trabajo padecido,
Los ganados despojos repartia
Con toda la equidad que ser podia.

Y si á los vivos se mostraba humano,
No á los difuntos menos piadoso,
A los cuales con celo de cristiano
Obsequias hizo, y dió cabal reposo;
A cuál lloraba padre, á cuál hermano,
A cuál primo ó amigo virtuoso;
Mas toda la ciudad y el campo junto
En general lloraban un difunto.

Del apellido y sangre generosa
De Sandoval y Rójas emanaba;
Murió en la primavera deleitosa
Que de su edad florida resultaba;
Era su cara de color de rosa;
El sol en sus cabellos se mostraba;
Don Pedro se llamó, y con pecho fuerte
Muriendo, se libró de olvido y muerte.

Málaga de piadosa eternamente
Aquellos dias confirmó la fama:
Tanto con los heridos es clemente,
Tanto en ardiente caridad se inflama;
Los sutiles tocados de su frente,
Las sábanas delgadas de su cama,
Dueñas honradas iban repartiendo,
A sanidad las llagas reduciendo.

No se tiene vecino por contento,
Si no cura soldado en su posada;
Mas ya con el pasado vencimiento
Quedaba aquella tierra descansada;
Don Lüis se partió luego al momento
Para tener la costa asegurada
Y bastecer en todas las marinas
Con don Sancho las plazas convecinas.

Así la guerra aquí se proseguia,
Mas el de Vélez, con su campo estando
En Terque, nuevas cosas cada dia
De gran dificultad iba probando;
Pero lo mas que en la ánima sentia
Era el irse su ejército apocando,
Sin bastar el castigo por mas que haya,
Para que mucha gente no se vaya.

Habiendo nuestro rey considerado
Que esta rebelion en la experiencia
Mostraba lo mejor sobresanado,
Y que era peligrosa la dolencia,
Recelando el furor acelerado
De Argel, y del Jarife la potencia,
Si con mayores fuerzas y esperanzas
Alimentasen mas estas mudanzas,

Mandó llamar á cortes declaradas
A Córdoba, que está del reino iberio
Distante solamente dos jornadas,
Y allí hará que tiemblen de su imperio;
Moverá voluntades descuidadas
A la importancia deste ministerio,
Y dará prontamente á cada cosa
Calor con su presencia poderosa.

Sabido por España el caso cierto,
Nació en diversos hombres nuevo brío;
Ya el jubilado mílite y experto
Quiere volver al viejo desafío;
Pule y limpia el arnés de orin cubierto
Por larga paz, y adorna de atavío
El certero arcabuz y alta celada,
Renueva el taheli, dora la espada.

Abenhumeya en Válor se alojaba,
Donde sus fuerzas y poder crecian;
Allí la residencia examinaba
De los negocios que se recrecian,
Allí severamente castigaba
A todos los que en algo delinquian,
Sin que amistad ó deudo le obligase
A que un mínimo error disimulase.

Su alteza residia allá en Granada,
Y el de Sesa con él, porque la tierra
Andaba en varias partes alterada,
Y allí importaba el nervio de la guerra;
Corria su gente bien disciplinada
El ancho llano y la fragosa sierra,
Haciendo cabalgadas memorables,
Aunque tal vez las suertes son mudables.

Porque en el sitio alpestre confiados
Andaban á deshora inquietando
Los capitanes moros señalados,
Escoltas y presidios asaltando;
El tirano esperaba que sus hados
Irian por momentos mejorando
Con los efetos de las embajadas
Por él á muchos reyes enviadas.

Mas dentro en poco término le vino
De Argel y de Marruecos la respuesta,
Y de la gran ciudad que á Constantino
Fatalmente en su nombre hoy manifiesta:
Argel responde que estará contino
Pronto á favorecerle en su requesta;
Marruecos que hará conforme viere
El Turco, que sobre ello acuerdo quiere.

Del Gran Turco la excusa, con la oferta
Del rey de Argel, admite y agradece;
Pero del Marroquí la ayuda incierta
Blasfemando abomina, y escarnece
El rey sin reino, y dice que no acierta,
Antes de seso y de razon carece,
El hombre que se cree de ligero,
Pues no siempre el amigo es verdadero.

«Bandos en nombre deste se han echado,
Creyendo que jamás me faltaria,
Y agora al menester hame burlado:
¡Mal haya el hombre que en el hombre fia!»
En esto se mostraba escarmentado
El vano mozo; mas por otra via,
Temiendo de los suyos la mudanza,
De nuevo acrecentaba su esperanza.

Diciendo que el monarca de levante,
Aunque entonces resuelto no se hubiese,
Era cosa imposible que adelante
Por mil causas socorro no le diese;
Y que si acaso, por estar distante,
Tan brevemente á España no viniese,
El Albayzin sin duda se alzaria,
Pues ya la Vega á bandas lo hacia.

Esto decia, y no sin fundamento,
Porque jamás aquel vulgo obstinado
De pérfida intencion estuvo exento,
Ni fuera de hacer trato doblado;
Aunque en la ejecucion del mal intento
No menos á tal hora resfriado
Se halla, que mortal y arrepentido
De habello al primer trance diferido.

Entendíanse todos con espías
Que andaban al rëal yendo y viniendo,
Creciendo la cautela con los dias,
Mil máquinas haciendo y deshaciendo;
Abenhumeya, que por otras vias
Habia insistido, su tardanza viendo,
Les escribió una letra encarecida,
Y aquí por su tenor va referida:

«El rey de los moriscos, poderoso
Restaurador del reino de Granada,
Al Albayzin, su pueblo belicoso,
Salud desea y vida mas honrada.
Pudiera con razon estar quejoso
De vuestra negligencia reprobada,
Tanto, que por castigo os la sufriera,
Si ya de vuestro afan no me doliera.

»Mas siento tan de veras vuestros daños,
Que olvido mi rancor por su remedio;
Duéleme el veros en finales daños
Sin que abraceis con tiempo el sano medio,
Y que no os valgan ya por desengaños,
Pobreza, servidumbre, afrenta, asedio,
Para romper el torpe encogimiento
Que así os priva del bien y del contento.

»Si os detiene el amor de la hacienda,
Ya huéspedes crueles gozan della;
Si la casa y familia, ¿qué contienda
Mayor que al enemigo ver en ella,
Soberbio, disoluto y sin enmienda,
Armado de amenazas y querella,
Y dándoos á sentir con tragos fuertes
Por una vida triste cien mil muertes?

»Vuestras posadas, que eran monasterios
De castidad y de costumbres sanas,
Agora cuevas son de vituperios,
De osadas desvergüenzas y profanas,
Acogida de estupros y adulterios,
De fuerzas alevosas inhumanas:
¡Oh confusion terrible y espantosa!
¡Oh pena del infierno trabajosa!

»¿Sacaréis fructo alguno por ventura
De padecer tamañas sinrazones?
¿Vendrá tiempo jamás ó coyuntura
Que os dén por la paciencia galardones?
Primero ilustrarán la tierra dura
El norte con sus guardas y triones,
Y antes las plantas poblarán el cielo,
Que España de vosotros haya duelo.

»A mí os volved, á mí, vivid conmigo,
Que soy restauracion de vuestros males;
En mí solo consiste vuestro abrigo,
Vuestra paz, vuestro crédito y caudales;
En mí hallaréis rey, padre y amigo;
Dilaciones dejad perjudiciales;
Que ya vuestro acertar está en el hierro,
Y en la mayor tardanza el mayor yerro.

»Y por ser estas causas tan urgentes,
No alego otras, que son asaz bastantes,
No os pido las promesas de valientes,
Ni las palabras que me distes antes,
Ni aquellos juramentos vehementes
Que hicistes de serme tan constantes
En armas, lealtad y en obediencia,
Cuanto al revés lo muestra la experiencia.

»Pues no sé yo por qué, vasallos mios,
En caso me ofendeis que así os destruye,
Y al bien que os quiero y busco dais desvíos
Por seguir todavía el mal que os huye;
Resuscitar debieran vuestros brios,
Si muerte eterna ya no los concluye,
Con solamente ver mis escuadrones
Llenos de varias gentes y naciones.

»Aquí militan fuertes africanos,
Que saben qué es lidiar desde la cuna;
Aquí los levantiscos otomanos
Asisten con su próspera fortuna;
Armados vienen ricos y lozanos,
Y traen consigo la creciente luna;
Gobiérnalos un juicio peregrino,
Que es Dalí, de cualquiera cargo dino.

»Si es bien quebrar palabra y juramento,
Negar fama y honor, rey, patria y vida,
Y empresa rehusar, cuyo momento
Naciones remotísimas convida,
Vosotros lo juzgad mudando intento,
O habed la nuestra gracia por perdida,
Y esta amonestacion por la postrera
De quien os ama, y vuestra enmienda espera.»

Leida aquella letra y divulgada
Por todo el Albayzin ocultamente,
Con lágrimas ardientes fué besada
Y mas que obedecida interiormente;
Ordenan que se haga una embajada,
Y con ella un riquísimo presente;
A lo cual se ofrecieron, atrevidos,
Veinticuatro mancebos escogidos.

Ciertos de la instrucion de la respuesta
Y cargados del rico don, partieron
En una noche horrible y tan molesta,
Cual ellos para el caso la escogieron,
Cuando á los rayos de la diosa honesta
Menos los del hermano esclarecieron,
Y mas la exhalacion caliginosa
A los astros cubrió su luz fogosa.

No sin trabajo, riesgo y aventura
Llegaron al que rey ellos decian,
El cual de vellos huelga, y con blandura
Les pregunta quién son y á qué venian.
Uno, á quien por mayor desenvoltura
Los otros veintitres se remitian,
«Vasallos, dijo, somos de tu alteza;
Venimos á servirte con firmeza.

»El Albayzin tus piés y manos besa,
Prostrados de rodillas por el suelo,
Y ofrece á tu rëal servicio y mesa
Este brocado, plata y terciopelo;
Haciéndote seguro que le pesa
Mucho mas de que vivas con recelo
De su fidelidad, que de haber sido
Sujeto á la miseria á que ha venido.

»Confiesan el extremo que ponderas
De sus fatigas y persecuciones,
Mas tambien te suplican que no quieras
Por ello condenar sus intenciones;
Antes de su aflicion penosa infieras
Cuáles deben estar sus corazones,
Y valgan á lo menos sus tormentos
Para testigos de sus pensamientos.

»Así que, tu favor y ayuda imploran
Los hombres por ganar claro renombre,
Las mujeres te alaban y te adoran,
Y entienden que tu idea es mas que de hombre;
Hasta los simples niños cuando lloran
Se aplacan al sonido de tu nombre:
Toda edad, todo sexo, todo estado
Te reconoce y quiere en sumo grado.

»De suerte que no hay género de duda
En hacer y cumplir tu mandamiento;
Mas quieren sea de forma tal, que acuda
El suceso al deseo y pensamiento;
Y así, piden que hagas guerra cruda
Al de los Vélez, cuyo rompimiento
Será para dejar el paso llano
A todos los que tienes de tu mano.

»Porque si el rebelarse precediese,
Mas difícil la empresa te seria,
Dada materia á que se previniese
Ese que agora en vano se confia,
Y á que con mano armada se opusiese
La mayor parte del Andalucía;
De manera que, en vez de aprovecharte,
Viniésemos nosotros á dañarte.

»Agora, aunque arduo, fácil te es el hecho
Si juntas tu poder á dalle cima,
Y seguiráse dél honra y provecho,
Poder, reputacion, aumento, estima,
Pues no tan presto se verá deshecho
El campo del Marqués, que á nadie estima,
Cuando de Murcia, Málaga y Valencia
Te vengan á servir en competencia.»

Holgóse de Mahoma el decendiente
De oir en tal sazon tal embajada;
Loó el esfuerzo y aceptó el presente
De aquella juventud confederada;
A los cuales, por ser gallarda gente,
Señalar les mandó paga doblada,
Y que el consejo fuese luego junto
Para deliberar sobre aquel punto.

En él entraban el Zaguer su tio,
Que Abenjaguar ya entonces se decia,
Dalí, los dos Partales y Berrío,
El Melilú y Curcuz el de Dalía,
El Garral y Almojajar el Rentío,
Que ya de secretario le servia,
El Habaquí sagaz, y otra caterva
No menos ambiciosa que proterva.

Don Fernando el Zaguer tomó la mano,
Como el que en todo fué voto primero,
Y dijo: «Tarde hoy que fuese sano
Al hombre persuadirse de ligero;
Mas tal negocio ocurre, que temprano
Manifieste lo claro y verdadero,
Con la ocasion y tiempo tan á punto,
Que en breve espacio pasa todo junto.

»De suerte que la cuerda providencia
Debe en los casos tales sin tardanza
Determinarse, y mientras dan licencia
El peligro y ventura en la balanza,
Porque puede cualquiera inadvertencia
Del bien al mal hacer presta mudanza,
Y perderse el vencer una batalla
Por el menor descuido que se halla.

»Tal es ¡oh capitanes valerosos!
El trance que en las manos hoy tenemos,
En quien de nuestros hados piadosos
La imágen clara al descubierto vemos;
Medios cumple dejar embarazosos,
Porque la cierta caza no espantemos;
Sigamos la fortuna que nos llama
Desde el excelso templo de la fama.

»Tened por conclusion definitiva
Que, roto el de los Vélez, todo sana,
Y que, domada su cerviz altiva,
Cualquier dificultad se nos allana;
Porque si el Albayzin del mundo priva
Luego tras esto la persona ufana
De ese hermano del Rey que está delante,
¿Qué fuerza contra nos será bastante?

»¿Quién osará, sobrino poderoso,
De los nuestros negarte el homenaje?
¿Qué rey moro ni turco estará ocioso
Desde el punto que sepa este mensaje?
Tiempo es este ¡oh senado religioso!
Para vengarnos del pasado ultraje:
Los hados nos convidan á ir tras ellos;
Tomemos la ocasion por los cabellos.»

Por todos fué aprobado de consuno
El resoluto acuerdo deste viejo,
Y Abenhumeya, visto que ninguno
Contradecia, confirmó el consejo;
Loó el secreto amable y oportuno,
Y dijo ser de sabios el espejo,
Sin el cual los avisos son engaños,
Y los ardides mismos propios daños.

Desmintió, como dicen, las espias,
Y á los que reportaron esta nueva
Quiso dar á entender que en muchos dias
No piensa con Fajardo estar á prueba;
Y al punto mismo, por ocultas vias,
Dió á Dalí comision para que mueva
Los pueblos que del rio de Almería
Habitan la ribera umbrosa y fria.

Los que al de Alboloduy y al de Almanzora
Beben tambien, por ser gente bizarra,
Mandó llamar, y en esa misma hora
Las villas convocó de la Alpujarra;
La turbamulta concurrió á deshora
Con ballesta, arcabuz y cimitarra;
Cuál con arma enastada se presenta,
Cuál desarmado el número acrecienta.

Tambien fueron llamados juntamente
Todos los capitanes divididos,
Con su determinada y fiera gente,
Probada ya en peligros conocidos;
Habaquí solo estaba antes presente,
Por haber sido de los escogidos
Habria un mes, como hombre industrioso
Para consejo y obras provechoso.

Mientras se preparaba con cuidado
Cuanto á la grave empresa convenia,
No pudo por algunos ser dudado
El fin que Abenhumeya pretendia;
En especial de un moro, que llagado
De amores fuertemente se sentia
Por una bella esclava que captiva
Con las banderas del de Vélez iba.

Este comprehendió por conjeturas
Que la jornada á Verja se guiaba,
Lugar donde el Marqués á penas duras
Su ejército deshecho conservaba;
Bien que para probar mil aventuras
El ánimo invencible le bastaba,
Mayormente que estaba asegurado
De ilustres héroes que tenia á su lado.

De Terque allí se habia antes venido
A impedir los socorros ordinarios
Que el africano reino descreido
Hacia á nuestros nuevos adversarios.
Habiendo el moro pues ya padecido
De ausencia y celos accidentes varios,
No osó fiar su crédito amoroso
Del suceso comun dificultoso.

Antes quiso, probando su ventura,
La vida despreciar que aborrecia,
Y clara muestra dar de su fe pura
A la que el pecho y alma le encendia;
Y así, al silencio de la noche escura
Con un amigo aparte se desvía,
Y con voz baja, de sollozos llena,
Así le da noticia de su pena:

»No puedo ya encubrirte, caro amigo,
Ni puede ser por mí disimulado
El trabajoso mal que anda conmigo,
Y hace mi vivir triste y penado,
Con tales asperezas, que te digo
Que tiene mi sentido enajenado;
Porque, si bien sintiese el mal que siento,
Su fuerza acabaria al sentimiento.

»Mas, aunque me transporta y me suspende
La inica fuerza del dolor extraño,
El alma sabe el fuego que la enciende,
Y reconoce en él su grave daño;
Amor me hace guerra, amor me ofende,
Si amor se ha de llamar rigor tamaño;
Mas sin duda es amor, pues yo lo quiero
Y adoro aquella causa por que muero.

»Captivo he sido y soy de una captiva,
Que libre conocí en esta montaña,
Hermosa mas que el sol, y mas esquiva
Que el mismo desamor envuelto en saña;
Sorda á mis quejas, dura y fugitiva
A mi digna esperanza y fe tamaña,
Puesto que en sus desdenes se excusaba
Con decir y jurar que no la amaba.

»Prometíle de amalla y de servilla
Con tal perseverancia, que tuviese
Algun tiempo de mi justa mancilla,
Si ya otro galardon no mereciese;
Mas la guerra, que á tantos amancilla,
La hizo de cristianos interese,
Y á mi triste dejó en estos enojos,
Ajeno de la gloria de sus ojos.

»El gran planeta Delio ha discurrido
De grado en grado por un signo entero,
Y su querida hermana parecido
En tres formas al Artico hemisfero,
Después que, de mi bien desposeido,
Entre celos y ausencia desespero,
Y agora soy llegado á mas extremo,
Forzado del temor de lo que temo.

»Porque esta nueva máquina y gentio,
Cuyo fin y disignio se nos calla,
El rey nuestro la ordena, yo lo fio,
Para dar á Fajardo la batalla;
La cual habrá de ser en daño mio,
Y debo en todo caso no esperalla,
Pues cuando fuese cierta la victoria,
Tambien lo es otra vez perder mi gloria.

»Piérdola si por varios accidentes
Fuese de allí mi diosa transportada,
O si, cual suele, en sangre de inocentes
En ella se manchase vil espada;
Sin estos, hay cien mil inconvenientes;
Y aunque de todos fuese reservada,
Si vivo no podré ya merecella,
Si muero no dirá que fué por ella.

»Pues para que en hallarla mas se acierte,
O para que en perderla mas se gane,
Yo pienso ir á buscarla en vida ó muerte,
Porque mi fe con obras mas se ufane;
Que no será su condicion tan fuerte,
Que con tan clara prueba no se humane,
O para enriquecer la vida mia
O llorar mi fatal postrimeria.

»Dicen que un tracio rey, de amor doliente,
Osó bajar con endechoso canto
Al mundo escuro de la triste gente,
Y visitar el reino del quebranto,
Donde la llama de su pecho ardiente
Los dioses del profundo movió tanto
A tierna compasion, que fué admitido
Su ruego, y aunque extraño, concedido.

»Tambien se cuenta que en la antigua Abido
Hubo un mancebo que, en amor ardiendo,
Osó pasar el mar embravecido,
Con piés y brazos el camino abriendo;
Y no fué su osadía afan perdido,
Ni poco el bien que allí ganó muriendo,
Pues en las aguas dió fin á su llama,
Y principios dichosos á su fama.»

El moro á decir mas se apercebia,
Si no le interrumpiera, respondiendo,
El otro que atentísimo le oia,
Y comenzó á hablarle, así diciendo:
«No pierdas tiempo en mas filosofía;
Tu mal conozco, tu intencion entiendo,
Y sé á mi costa bien por experiencia,
Cuán mal sufre consejo esta dolencia.

»Bien sé, amigo, que amor es un abismo
De que difícilmente el hombre sale;
Amor no quiere ley, porque es él mismo
La ley mas fuerte que en el reino vale;
Pensar hallarle cura es barbarismo,
Sin que del tiempo ó la ocasion resbale;
Veneno helado y fuego es juntamente.
¡Cuitada de la vida que lo siente!

»Mas ya que ajeno esté el franco albedrío
De hallar su remedio así temprano,
A lo menos corrija el desvarío,
Si templar el dolor no está en su mano;
No te pido yo agora ni porfío
Que duermas y descanses como sano,
Solo por lo que debo, te amonesto
Que mudes en mejor el prosupuesto.—

No estoy, le replicó, para escucharte,
Aunque agradezco tu piadoso celo,
Ni te he llamado aquí por preguntarte
La forma de aliviar mi desconsuelo,
Mas solo á despedirme y á informarte
De que contra mi rey no me rebelo,
Ni huyo de su campo por cobarde
Cuando el bullicio de las armas arde.

»Yo voy como lo ordena mi planeta,
No á rendir mi persona á los cristianos,
Que alfange llevo al lado y escopeta
Al hombro, y sé mandar entrambas manos;
A Verja llegaré cuando se meta
El sol en los confines oceános,
Y con la escuridad mas oportuna
Experiencia haré de mi fortuna.

»Lidiando cuerpo á cuerpo con alguno
Que salga codicioso ó desmandado,
Y si por suerte fuere mas que uno,
Si tres no son, haré como esforzado;
Si sobreviene número importuno,
Procuraré ponerme en escampado,
Hasta haber á las manos algun hombre
Que fuera de su grado me dé el nombre.

»Y así, entraré con riesgo y con fatiga,
Puesto que el castellano bien profiero,
Para que entienda claro mi enemiga
Con cuán ardiente amor la adoro y quiero,
Y porque sus pisadas mejor siga,
Valdréme de un amigo prisionero,
Que está allí padeciendo servidumbre,
Y me dará de todo entera lumbre.

»Haré, en fin, si la vida me durare,
Cómo comparecer en su presencia;
Guíeme el hado como me guiare,
Abra el camino ó haga resistencia;
Que yo parto sin duda en que repare
Al lugar que me obliga mi influencia;
Y no te admires tú, pues otras cosas
Se ven con mas razon maravillosas.

»Aprémianse las sombras infernales
Con voces á conjuro reducidas,
Y vienen á los cercos y señales
Desde el huerco amarillo compelidas;
Entre las piedras, aves y animales
Cosas verás, que, á ser no mas que oidas,
Por imposibles todas se juzgaran,
Aunque graves autores las contaran.

»Al fuerte acero atrae la calamita,
Y en el aire escombrado lo suspende;
El ave celebrada y exquisita
Para darse la muerte el fuego enciende;
La comadreja tiembla, salta y grita
Délante del vil sapo que la atiende
Con boca abierta, y ella con tristura
Se lanza por allí á la sepultura.

»¿Qué me dirás del que en el mar perece,
Si pudo en tierra estar rico y honrado;
Y qué del avariento que carece
Del bien que en su poder está sobrado;
Y qué del que en palacio se envejece,
Pudiendo vivir libre y descansado,
Que, adorando la cárcel y cadena,
Niega su voluntad por el ajena?

»Ejemplos infinitos te alegara
Si ya no me acusara la partida:
Todo al fin se concluye, todo pára
En alguna extrañeza no entendida;
Siga pues cada cual por arte rara
Aquello á que su gusto le convida,
O la secreta fuerza de su estrella,
Que Zaide solo sigue á Haxa bella.»

Tan atónito el otro infiel se puso
Al segundo coloquio, que á mancilla,
No supo si moverse de confuso,
Como después contó por maravilla,
Y dijo que á su arenga así repuso:
«Pues vas á procurar tan gran rencilla,
Procúrate valer de tales modos,
Que no pierdas á tí dañando á todos.»

En tanto al de los Vélez admiraba
Ver que del enemigo no tenia
Alguna nueva, aunque la procuraba
Con la eficacia que se requeria;
Visto el silencio en que la tierra estaba,
«¿Qué calma será aquesta? dijo un dia;
Si en el mar me hallara á estas sazones,
Dijera que criaban alciones.»

Y así, mandó salir de á pié y caballo
Algunos que corriesen por la tierra,
Aunque solia siempre rehusallo
Por evitar desórdenes de guerra,
Y prometió de bien recompensallo,
Si le trujesen viva de la sierra
Persona, de quien lengua se tomase
Para saber aquello que importase.

Yendo pues apartados del camino
Que va á Almeria cuatro compañeros,
Atalayando el campo con buen tino,
Como suelen solícitos monteros,
Vieron venir un hombre sarracino
Por entre dos altísimos oteros,
Y en ese mismo instante se abatieron,
Y á lo espeso del monte se metieron.

Cual suelen en sus conchas encogerse
Las tortugas, mas sanas que hermosas,
Y los erizos mustios envolverse
En las agrestes pieles espinosas,
Fueron aquellos prontos á embeberse;
Y tomando paradas provechosas,
Quedaron tan quietos y callados
Como si en piedras fueran transformados.

Por entre rama y rama uno acechaba
Al moro inadvertido que venia,
Aunque de trecho en trecho se paraba,
Y el sitio al derredor reconocia;
Mas la cuadrilla que encubierta estaba
El regocijo apenas encubria,
Porque con los alegres sobresaltos
Les dan los corazones recios saltos.

Cuando tanto se entró el incauto moro,
Que escaparse por piés ya no pudiera,
A él arremetieron como á toro
Lebreles bravos dentro en la barrera,
Diciendo: «Date, perro; date, loro,
Si no quieres sentir la muerte fiera.»
El respondió con denodado brío:
«Mal puedo darme yo no siendo mio.»

Y de un salto arrimándose á una roca,
El arcabuz fogoso armado encara;
La diestra osada el muelle blando toca;
La piedra enciende y el cañon dispara;
Y no se tuvo por ventura poca
Que el tiro alguna vida no costara:
Dos balas escupió, cuyo zumbido
A mas de dos allí habló al oido.

Los nuestros, despechados y corridos,
Estuvieron á pique de matalle;
Mas, del órden expreso compelidos,
No pretendieron mas que captivalle;
Y visto que con fieros atrevidos
Con la espada emprendió hacerse calle,
Tiráronle á los piés, y con sospiro
Arrodilló, herido al primer tiro.

El plomo le rompió por la juntura
De la pierna y el pié, lugar sensible;
Mas no quedó por eso la figura
Menos determinada ni terrible,
Y con mayor esfuerzo que cordura
Tentaba todavía lo imposible,
Mostrándose rebelde y obstinado
Hasta después que estuvo aprisionado.

Alegres de la presa los soldados,
Llevaron al Marqués el prisionero,
Que pareció ser Zaide, á quien cuidados
De amor le sometieron á tal fuero,
Con pasos para él bien excusados;
Que á Haxa habia traspuesto un caballero;
Mas útiles al fin que se previno
De tomar la noticia que convino.

Porque, después del agua y los cordeles,
Y haber negado siempre en la garrucha,
No pudo tolerar brasas crueles;
Y así quedó rendido desta lucha,
Confesando que el campo de infieles
Con grande prevencion y fuerza mucha
Para asaltar á Verja se aprestaba,
Puesto que Abenhumeya lo ocultaba.

Dijo tambien que los embajadores
Del Albayzin así lo habian pedido,
Y otros muchos indicios no menores,
Para poder en todo ser creido.
Nunca al bravo Marqués nuevas mejores
Ni tales le llegaron al oido;
Porque entendió, como después le avino,
Que el cielo por allí le abria el camino.

Llamó á consejo, al cual vino don Diego
De Leyva, hijo del que á los franceses
Domó el orgullo peligroso y ciego,
Los muros conservando milaneses;
Aquel que fué de Marte vivo fuego,
Sin ver de la fortuna los reveses;
Mas era en sus victorias poca parte,
Ganadas á poder de esfuerzo y arte.

Don Diego con don Juan, hijo y hermano
Del buen Marqués, tambien bravos soldados,
Vinieron llenos de un acuerdo sano,
Cuanto á fama ganar determinados;
Allí don Bernardino el cortesano,
De los Mendozas finos y apurados,
Mostraba con valor grave y entero
Que de los de Coruña era heredero.

Otros ni mas ni menos concurrieron;
Y juntos todos ante el viejo claro,
Sobre el propuesto caso confirieron
Con un discurso generoso y raro.
Los pareceres algo difirieron
En pocas circunstancias que no aclaro,
Mas en substancia todos concordaron,
Y al mesmo blanco y fin se enderezaron.

»Entonces el caudillo valeroso
Les dijo aquesto en voz grave y severa:
«Haceisme ¡oh caballeros! tan dichoso
Con vuestra virtud cierta y verdadera,
Que entiendo que ella capitan famoso
En infinitos siglos me hiciera,
Sin otras causas: tan conformes veo
Vuestra resolucion y mi deseo.

»En cuanto asegurais el vencimiento,
Yo, señores, tambien os le aseguro,
Pues de gloria cercais mi pensamiento,
Y mi esperar de diamantino muro;
Mas, en cuanto al ardid y fundamento
De que se debe usar por mas seguro,
Aquello propondré que se me ofrece;
Y póngase en efeto, si os parece.

»Abenhumeya, en cuanto á lo primero,
Piensa venir secreto y encubierto,
De donde necesariamente infiero
Que al despuntar del alba será cierto,
Por mas que con su ejército ligero
Quiera marchar apriesa y sin concierto,
Pues la disposicion y la distancia
Del sitio lo requiere y la importancia.

»Y pues que picas ni caballos tiene
Para oponerse á mi caballeria,
Claro está que en el pueblo le conviene
Darnos asalto con su infantería;
Por tanto, pues el tiempo nos previene,
Contravengamos á su fantasía
Con el remedio que mejor responde,
Y conforme á este, cuándo, cómo y dónde.

»Halle libres y francas las entradas,
Y cerradas del todo las salidas;
Las calles que á las plazas van guiadas
Atájense con tapias bien fornidas,
Si no fueren las dos mas frecuentadas,
Mas anchas, mas derechas y seguidas,
Donde estarán á punto arcabuceros
Por las ventanas, puertas y agujeros.

»Y vos, don Diego, amado hijo mio,
Con la caballería ejercitada
Estaréis bien en órden, cual confio,
Al rededor aquí de mi posada:
No haya portillo del lugar vacío;
La guardia en cada uno esté doblada
En este medio, y tanto se desvelen,
Que aun del salir las aves se recelen.

»Haya custodia grande y vigilancia
Con todos los esclavos prisioneros,
Visitándolos siempre con instancia
Como en el mar se hace á los remeros:
Con estas prevenciones, en substancia
Me parece, valientes caballeros,
Que, no solo los moros esperemos,
Pero que su venida deseemos.»

Todo aquel escogido ayuntamiento,
Unánime, resuelto y persuadido,
Aprobó del sagaz razonamiento
El órden, las palabras y el sentido,
Las conjeturas, cuyo fundamento
Era cierto, infalible y difinido;
Y así, todos tomaron el cuidado
De poner en efeto lo acordado.

CANTO X.

El reyecillo pone en ejecucion el designio de Verja y vuelve desbaratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un valiente turco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendáte mata al capitan Céspedes el fuerte.

Piensan algunos poco sabiamente
Que está en la multitud de los soldados
De las armas el uso preeminente
Y los hechos en ella señalados,
Midiendo por el número de gente
El valor de los campos afrontados.
Temerario juzgar, falsa medida,
De la experiencia misma convencida.

A Grecia baja el otro rey persiano
Con sus copiosas huestes á millones;
El monte que pretende hace llano;
Agota ríos, tala mil regiones,
Y venido á apurarse el fausto vano,
Una pequeña suma de varones
Le hace que cual humo se resuelva,
Y que vencido, con vergüenza vuelva.

Del reino estrecho sale el macedonio
Con su ejército pobre y moderado,
Dándole su virtud por testimonio
De que será después remunerado,
Y priva de su ceptro y patrimonio
Al rey del mundo mas aventajado,
Igualando con obras y trofeos
El sublime volar de sus deseos.

De ejemplos hay escripta larga suma,
Que autores fidedignos testifican;
Mas, si tal vez la fama y tal la pluma
Los casos memorables amplifican,
Estémos, para que esto se resuma,
A causas ciertas que lo verifican,
Y veráse que acaso no sucede,
Sabida la razon de que procede.

El sitio, la ocasion y la destreza,
El órden, el ardid que se adelanta,
Y aquel orgullo ufano y altiveza
Que á no temer los ánimos levanta,
Engendra confusion, causa tristeza,
Ofende, desanima, turba, espanta
Al número contrario que pelea
Desnudo desto, por mayor que sea.

Y como á tantos miembros y sentidos
De que un humano cuerpo está compuesto,
Tiene sus ministerios repartidos
Un alma, que es su forma y presupuesto;
Así da á los ejércitos unidos
Solo un caudillo el ser, y segun esto,
Aquel de Verja, de quien lo es Fajardo,
¿Cómo podrá dejar de ser gallardo?

Seis veces habia el mundo el sol ceñido
Del indo Gánges á la hesperia arena,
Y seis el firmamento ha parecido
Sobre la noche escura de horror llena,
Después que nuestro bando prevenido
Esperaba la furia sarracena,
Acrecentando mas con su tardanza
La fuerza del deseo y confianza.

Sétima vez el coro luminoso
Volaba con sus ruedas estrelladas,
Y ya Bohotes, aunque perezoso,
Tenia tres partes de su cerco andadas,
Cuando el tirano bravo y orgulloso
Se puso con sus gentes congregadas
A vista del lugar, que imaginaba
Tan descuidado cuanto deseaba.

El órden que traia de combate
Era que el pueblo en torno se ciñese,
Y que á Dalí, Pocon y el Arrendate
Las mangas prolongar perteneciese,
Hasta que, juntas ambas al remate,
El círculo cabal se compusiese,
Y en él cuatro escuadrones en batalla
Que pareciesen torres y muralla.

La retaguardia, no como caudillo,
Mas como rey con su guion delante
Le plugo de guiar, sobre un morcillo
A dos especies algo semejante:
Sembrado á trechos de oro de martillo
Vestido trae de púrpura triunfante;
En su mano un baston por mas decoro,
De ébano liso con remates de oro.

La vanguardia, á Mojájar cometida,
Llevaba comision de entrar derecha
Hasta la casa del Marqués sabida,
Y comenzar allí la lid estrecha,
Para que la otra gente repartida
Se lance dentro, sin quedar deshecha
La retaguardia, que se guarda entera
Por cuerpo de batalla desde fuera.

Ya Mojájar á paso acelerado
Entra por el presidio que mas vela.
No deja el moro de ir maravillado
De no dar con alguna centinela;
Siente luego del cáñamo inflamado
Olor y humo, y cuando se recela,
Al punto se descubre el desengaño
Con la experiencia de notable daño.

A un tiempo comenzó á jugar apriesa
Por todos lados la arcabucería;
Hiere de cerca, y de matar no cesa
La morisma, que mal se defendia,
Como suele caer la piedra espesa
Que cierzo arroja de la nube fria,
Quitando la esperanza á labradores
De las mieses, los pámpanos y flores.

LA PUBLICA LEON

Al estruendo y tropel que dentro suena
Corren los escuadrones circunstantes;
Mas luego su veloz carrera enfrena
La fuerza de las tapias importantes;
Los que vienen atrás con ansia y pena
Impelen recio á los que llegan antes;
Quieren volver atrás los delanteros,
Y tambien se lo vedan los postreros.

Y así, enfrascados en su desvarío,
Están cual suele en la fortuna insana
Entre las ondas el veloz navío
Que combaten lebeche y tramontana;
Mientras aquí con intricado brío
Para mayor necesidad se afana,
Mojájar se retira á la campaña,
Muerta toda la mas de su compaña.

Llegó á su rey perdido y destrozado;
Y los demás tambien, cuando pudieron
Salir del labirinto porfiado,
Al mismo batallon se recogieron.
«No es pueblo este dormido y descuidado,
No es plaza esta sin gente, le dijeron;
Armas en él y máquinas de guerra
Llueven del cielo y manan de la tierra.»

En esto el ronco son de la trompeta
«Al arma, al arma,» dijo clamoroso,
Cuando, pisando sangre mahometa,
Sale el cristiano bando tan furioso,
Que no lleva mas priesa la saeta
Impelida del brazo poderoso,
Ni los neblís con mas ligero vuelo
La garza siguen que se amonta al cielo.

Vestido va el Marqués de fino acero,
Al espantoso Marte semejante,
Porque es su corazon de leon fiero,
Y su estatura de feroz gigante,
Su adarga parecia un muro entero,
Y el asta de su lanza era bastante,
Si no á ser mástil, á servir de entena,
Puesto que la blandia muy sin pena.

Armado en campo Abenhumeya atiende,
Rodeado de número infinito;
El sol parece que el negocio entiende
Y quiere ser testigo del conflito:
Que ya el oriente azul de rojo enciende,
Ya alista el carro bello y exquisito,
Y del mar sus caballos alentados,
Los cuellos levantaban rociados.

Al primer resplandor de la luz nueva
Se trabó la encendida atroz batalla.
No es allí de momento el peto á prueba;
De poco sirve la acerina malla;
Porque apenas se ve quien no se atreva
A dar muerte al contrario, y esperalla,
Rompiendo las defensas y embarazos,
Si es menester, á fuerza de los brazos.

Resuenan los fogosos torbellinos
De la terrible pólvora inflamada,
Las cajas, las trompetas, los continos
Botes de lanza y golpes de la espada;
Retiembla el centro y montes convecinos,
Crece la ardiente furia, y la pesada
Noche del sueño lánguido y profundo
A muchos priva de la luz del mundo.

Nuestros jinetes pasan y atropellan,
Aquí y allí por medio de agarenos,
Y tanto la altiveza les domellan,
Que viene á mas andar su orgullo á menos;
Rompen, destrozan, despedazan, mellan,
Terribles y veloces como truenos,
Abriendo en el furor de la contienda
Por la enemiga sangre larga senda.

¿Quien bastará á contar, Marqués osado,
El ánimo y ardid con que este dia
De digno general y de soldado
Mezclaste la prudencia y bizarría?
Muley Hamida, moro señalado,
Solo en ver que eras tú quien le heria,
Conhortado dió el alma, aunque en eterno
Estará arrepentido en el infierno.

¿Quién bastará á explicar cual se requiere
De tu valiente hijo y fuerte hermano
El precio del valor que los prefiere
A cuanto encarecer puede mi mano?
Si mi estilo pudiera lo que quiere,
A tí subiera al cielo soberano,
Don Bernardino Juarez de Mendoza,
Por quien tanta morisma se destroza.

Cual deja el escuadron aportillado
La furia del trabuco ó culebrina,
O cual pasa rompiendo el duro arado
Entre las yerbecillas que camina,
Tal en el bando ciego rebelado
Se mostraba la furia mendocina,
Haciendo con vigor fiero y terrible
Cuanto á la fuerza y ánimo es posible.

Con el heróico Leyva habia salido,
Y solos ocho honrados escuderos,
Por un lado que estaba guarnecido
De mas de tres mil bárbaros guerreros;
Mas, como la fortuna ha prometido
Salvar de la osadía los aceros,
Previno al caso del peligro extraño
Cegando á los moriscos con engaño.

Y fué, que muchas lanzas que se vian
A diferentes partes aplicadas
Cuyos dueños traspuestos encubrian
Ciertas paredes poco levantadas,
Contra si imaginaron que venian
Y temen las que ven ensangrentadas,
Tan á su costa, que en el mismo punto
Piensan que los contrasta el mundo junto.

¿Qué mas diré sino que se adelanta
Así el valor de nuestra gente poca,
Que ya la multitud, aunque era tanta,
Conoce claro que el perder le toca;
Como el cuchillo siente á la garganta
El reyecillo, no á Mahoma invoca,
Antes lo acusa, arguye y lo blasfema
Con palabras de enojo y de postema.

La retirada ve ser tan odiosa,
Que el alma se le arranca de pensalla;
Por otra parte mira la espantosa
Rüina que le ofrece la batalla;
Así que, entre Caribdis peligrosa
Y Scila esquiva, á tal sazon se halla,
Maldiciendo su estrella inica y dura,
Pobre de acuerdo y falto de ventura.

Llegó en esta sazon su anciano tio
En una yegua rucia y alheñada,
Envuelto en roja sangre y sudor frio,
Herido el pecho de mortal lanzada,
Y díjole: «No estés, sobrino mio,
Mas tiempo en esta lid desventurada.
Salvemos lo que resta del estrago
Deste infelice dia y aciago.

»Hoy se nos muestra mal propicio el celo
De nuestro antecesor; hoy se declara
Contra nosotros el rigor del cielo,
La frágil fe de la fortuna avara;
Gran copia de los tuyos cubre el suelo,
A quien la dulce vida desampara,
Y nuestros enemigos capitales
No parece que son hombres mortales.

»Por toda la batalla he discurrido
Haciendo oficio de mayor sargento,
Y he visto que Dalí, cual yo, herido,
Apenas goza del vital aliento,
Al valiente Arrendate vi caido;
Mas este á la verdad, aunque sangriento,
Pienso debiera estallo de la ajena,
Segun se levantó después sin pena.

»Vi los Partales fuertes y animosos
Su gente rota apellidar en vano,
Y ví que muchos della tan odiosos
Se rinden al rigor del hado insano,
Que siendo del morir que están medrosos
Remedio el pelear, teme la mano
En esta confusion de ser defensa
Al mismo pecho que recibe ofensa.»

Abenhumeya, lleno ya de enojos,
Al Zaguer le responde: «Estoy contigo,
Pues tan á mi pesar por vista de ojos
Soy desta mala andanza buen testigo;
Sigamos de fortuna los antojos,
Y el norte de mi estrella, que maldigo;
Pase la voz que á recoger mandámos:
Tocad; alto! sus! presto! ¿qué tardamos?»

Apenas llegó el son á los oidos,
Cuando el morisco bando se retira,
Sin mostrar por los muertos y heridos
Congoja, compasion, venganza ni ira;
Tales van como tordos esparcidos
Después que en banda el arcabuz les tira,
Y tales quedan otros como aquellos
Que el plomo entresacó de en medio dellos.

De los nuestros la parte menos buena
Al despojo se abate presurosa,
La otra sigue el bien que mejor suena,
Que es la victoria y su demanda honrosa.
Mas ya por el sagaz Marqués se ordena
Cese el alcance, y es muy justa cosa,
Porque á quien huye á veces mal se alcanza,
Y puede al mudar sitio haber mudanza.

Los moros pues vencidos van huyendo;
Vuelven á reposar los vencedores:
Solo don Diego un turco va siguiendo
Que en suerte le tocó de los mejores.
El de Leyva es aquel que estoy diciendo,
Señalado en las veras y primores;
Ismenio Escanderia era el pagano,
Tenido por fortísimo otomano.

De solos quince ó veinte de caballo
Que el Rey traia por colaterales,
Este era el uno, y digno de alaballo
Entre los sarracinos principales;
Don Diego iba ya cerca de alcanzallo,
Diciendo en alta voz palabras tales:
«Espera, turco, espera, aguarda, aguarda;
Un hombre solo soy; ¿quien te acobarda?

»Detente, que no es cosa permitida
Haber venido tú desde el Oriente,
A pensarte valer de la huida
Cuando mas te conviene ser valiente;
Y si tanto amor tienes á la vida,
Que pretendes salvalla infamemente,
Mejor la conservaras en tu tierra,
Que no pasando á España á buscar guerra.»

El turco, que era experto en aljamía
La cabeza volvió, y después la rienda,
Y visto que otro alguno no venia,
Aceptó cuerpo á cuerpo la contienda,
Diciendo: «¡Oh tú, cristiano, que este dia
Me has perseguido por tan larga senda,
No me retes de infame y vil flaqueza,
Que ya alabado fui de fortaleza.

»No vine yo á perder honor á España,
Ni salvarme huyendo es hoy mi intento;
No suelo yo temer de uno la saña,
Aunque tenga el valor que de ti siento,
Antes para contigo usar de maña
Te truje á este remoto apartamiento,
Donde de bueno á bueno en la pelea
Se entienda cuál mejor de los dos sea.»

Esto dicho, lanzadas se tiraron
Firmes y recogidos en las sillas;
Las astas en los petos se quebraron;
Saltaron por el aire las astillas;
Al punto las espadas desnudaron,
Mostrando de su esfuerzo maravillas;
Las adargas les sirven de rodelas,
Y á cada cual su brio pone espuelas.

Tiranse golpes con violencia esquiva;
Suena el metal herido con presteza,
Bien como cuando vuelto en brasa viva
El hierro, y ablandada su dureza,
Resuena sobre el yunque en que restriba
Del duro martillar la fortaleza,
Y prosiguiendo el órden comenzado,
No cesa aquel batir continüado.

Estando pues así la lid trabada,
Un altibajo descargó don Diego;
El turco, la cabeza desarmada,
Atrás retira presto mas que el fuego;
Mas al bajar la fiera cuchillada,
Hizo al caballo del un ojo ciego;
Huye, con el dolor, de la contienda,
Sin mas obedecer mano ni rienda.

El gallardo español apriesa bate
Con herrado talon la blanda ijada
De su caballo, y «dáteme á rescate,
Al turco dice, ó vuelve á la estacada.»
Él respondiendo: «Desto no se trate,»
Saltó en el suelo, y dijo: «Si te agrada,
Aquí do estoy me atrevo á sustentallo,
Que valgo mas á pié que tú á caballo.»

«Mientes, le replicó Leyva indignado,
Y yo haré que tú lo digas mismo,
Primero que tu espíritu dañado
Ese consuelo lleve al hondo abismo,
De que, en alguna cosa aventajado,
Sino fué en armas de mi fe y baptismo,
Mi brazo te venció; y así, pronuncio
Mi intento, y mi caballo te renuncio.»

El turco no le acepta, y á una mata
De rienda atado al vencedor se aplica:
Ya pues de condiciones no se trata;
Nada se dice mas ni se replica;
La cólera sus pechos arrebata;
La contencion sus fuerzas multiplica;
El uno para el otro arremetieron,
Y el memorable duelo prosiguieron.

Era de cada cual el pecho fuerte,
Ágil y vigorosa la persona;
Mas el peligro de la instante muerte
Y la esperanza de triunfal corona
Sus corazones instigó de suerte,
Que están suspensos Marte con Belona
En juzgar sobre aquella diferencia;
Y así, dura neutral la gran pendencia.

Ya andaban por el suelo las adargas,
Hechas pedazos del cortar furioso,
Como si fueran delicadas sargas
O papel de secreto peligroso;
Las gruesas gotas de sudor y amargas,
El corto aliento y anhelar penoso
Eran indicios del trabajo horrible
De aquel par de guerreros invencible.

Demás desto, las piernas les temblaban,
Crujianles apriesa las canillas,
Pero los fuertes brazos no cesaban
De alimentar las ásperas rencillas:
En tal estado aquel y aquestè estaban,
Cuando el turco se prostra de rodillas,
La izquierda digo, que hincó en la tierra,
Investigando nuevo ardid de guerra.

Don Diego á manteniente un golpe tira
Sobre el corvado cuerpo del pagano;
El le repara, y un revés le gira
Por bajo con furor tan inhumano,
Que consiguiera el premio de su ira
Si la propicia suerte del cristiano
No prefiriera allí su ligereza
A la otomana rabia y su presteza.

Saltó en el aire el diestro caballero,
Pasó el contrario alfange sin efeto,
Mas al bajar á su lugar primero
Y al enhestarse el falso Mahometo,
Un tajo le alcanzó terrible y fiero
Que le hiciera visitar á Aleto,
Si los dobleces del turbante largo
El golpe no tomaran á su cargo.

Mas con todo quedó dél aturdido,
Y dió algunos traspiés desconcertados.
En esto Leyva con valor crecido,
Atenta vista y pasos denodados,
Cerró con el contrario descreido,
De manera que en lucha ya trabados,
Se renovó la brava competencia
Con el último extremo de potencia.

Tales eran sus ímpetus violentos,
Tal la pujanza y voltear contino;
Cual suele al duro encuentro de los vientos
Revolverse el escuro remolino;
Tuércese entre los soplos turbulentos
El seco polvo, y busca otro camino,
Suena en la tierra su voluble centro,
La cima va á las nubes al encuentro.

Estando en esto la neutral porfía,
Al scita levantó el varon de España
Alto del suelo, y él se apercebia
Para caer de piés, de aviso y maña;
Las piernas cual compás tendido abria,
Los brazos apretando con mas saña;
Don Diego quiere dar con él al traste;
El turco resistir aquel contraste.

Sobre el siniestro acometió el cristiano
A dar la vuelta, el turco al pié derecho
Hace puntal, don Diego á la otra mano
Carga al instante con furioso pecho,
Y trabuca el fierísimo pagano;
De suerte que midió, aunque á su despecho,
Con su robusto cuerpo y estatura
Justo el tamaño de su sepultura.

Estremecióse el suelo del gran peso
Y golpe desigual de la caida;
Don Diego, dice: «Dáteme por preso,
Si quieres no perder aquí la vida.»
Ismenio le responde: «No de seso
Carezco, aunque Mahoma así me olvidá,
Para que deba yo aceptar mendigo
La vida que me ofrece mi enemigo.

»Si vivo Alá por dicha me quisiera,
Nunca tu fuerza contra mí bastara;
No quiero vida pues tan lastimera,
No me contenta libertad tan cara.»
Mientras hablando así se desespera
El infiel, con ansia y trisca rara
Procura de salir de aquel estrecho,
Moviendo brazos, piernas, cuello y pecho.

Como suele la sierpe ponzoñosa
En las uñas del águila enclavada
Torcerse y retorcerse presurosa,
Del dolor y la ira atormentada,
Mas el ave rëal y generosa
Tiénela siempre firme y aferrada,
Y con el corvo pico la destruye,
La muerde, la apedaza y la concluye;

Así el protervo scita se revuelve,
Y así lo oprime el bravo caballero,
Hasta que ya en efeto se resuelve
De enviar la triste alma al Cancerbero;
En la enemiga sangre turca envuelve
De su luciente daga el terso acero;
La rebelde cerviz por la herida
Lanzó un gemir rabioso con la vida.

Muerto queda en el campo el animoso
Ismenio, y vencedor don Diego sale;
Cabalga en su caballo, y muy gozoso
A Verja torna, do el placer mas vale;
Al verse en buena guerra victorioso,
No hay en la tierra gloria que se iguale;
Y así, el Marqués y toda su compaña
Participaban de alegría extraña.

Sabido el felicísimo suceso,
Loó su alteza el hecho y los ardides,
Y trató de hacer el campo grueso
Del marqués de los Vélez, nuevo Alcides;
Puso con dos mil hombres al profeso
Soldado don Rodrigo Benavides,
En guarda de Guadix; y así, camina
A Órgiva Francisco de Molina.

A su órden llevó cinco banderas,
Y al Mendoza, dejado el cargo de antes,
Se le manda que lleve á las riberas
Do está el de Vélez cuatro mil infantes
Y tres condutas listas y ligeras
De caballos jinetes importantes;
Por otra parte trujo el de Castilla,
El tercio de don Pedro de Padilla.

En Adra aquella masa se hacia,
Donde el de Leyva echó tambien en tierra
La catalana gente que traia,
Acaudillada de antiquesa sierra;
Mil y quinientos hombres este guia
Que vienen á servir en esta guerra
Porque el Rey les perdone desafueros
De haber gran tiempo sido bandoleros.

Llegó Lorenzo Téllez, lusitano,
El de Silva, marqués de la Fabara,
Dejando de valor mayor que humano
Hecha prueba primero que llegara;
Por medio del poder mahometano
Atravesó con advertencia rara
Desde los granadinos fundamentos,
Los suyos no llegando á setecientos.

Mientras aquí el ejército se auna,
Abenhumeya su poder rehace;
Convalece Dalí de la importuna
Herida, y el Zaguer difunto yace;
De cuyo fin no muestra pena alguna,
Antes indicios da que dél le place
Aquel ingrato pecho del sobrino
Que tanto el viejo triste amó contino.

La causa deste desconocimiento
Dicen que fué heredalle la hacienda;
Mas quien con viva luz de entendimiento
Penetra deste mundo la vivienda,
Verá que de los hombres el talento
Corre á la ingratitud á suelta rienda,
Y que la paga del mayor servicio
Es odio, por negar el beneficio.

Ya volvian los moros capitanes
A correr el país como primero,
Causando desta suerte mas desmanes
Que cuando el campo todo estuvo entero;
Mas porque la cosecha de los panes
Les defendiese un alto caballero,
Ilustre en sangre, en armas escogido,
Su alteza de nombrallo fué servido.

Don Antonio de Luna fué al remate
Capaz sugeto destas condiciones;
La vuelta va del valle á do Arrendate
Andaba con armados escuadrones;
En el Padúl, en Dúlcar y en Tablate
Cobraron nuestras flacas guarniciones
Con la venida suya nuevo brio,
Contra el abenhumeyo poderío.

Con mil de pié y docientos de caballo
Por el secreto de la noche escura
Marchado habia, cuando sin pensallo
El sol manifestaba su luz pura;
Negocio que debiera rehusallo
Para mejor gozar la coyuntura,
Y dar á los contrarios el asalto
Con no esperado y recio sobresalto.

Estaban los perversos rebelados
Puestos en arma ya, y en cobro puestas
Familias y haciendas y ganados
Entre lo mas fragoso de las cuestas;
No embargante lo cual, nuestros soldados
Con piés ligeros y con manos prestas,
Segun les daba su coraje espuelas,
Llegaron á quemar las Albuñuelas.

Es lugar en tres barrios dividido,
Que á la gran falda están de la montaña,
En la entrada del valle abastecido;
Su gente es belicosa, y tan extraña,
Que no pudo domalla sin partido
El poderoso vencedor de España,
Después que con asedio tan contino
Sujetó el ancho reino granadino.

Los hombres son, demás de ser valientes,
Llegados á saber y policía,
Notablemente mas que esotras gentes
Que de aquella nacion la tierra cria;
Éstos pues se llegaron diligentes
A la demás caterva que traia
El soberbio Arrendate, su caudillo,
De la fiel union duro cuchillo.

Mientras con mas furor cada cristiano
En el incendio y saco se ocupaba,
Veis aquí la algazara del pagano
Tumulto, que embistiendo resonaba;
El valle abajo, por tomar lo llano,
Nuestra caballería caminaba;
La infantería es fuerza que la siga,
No sin algun desórden y fatiga.

Al bajar por la tierra barrancosa,
Resistiendo el furor luciferino,
Don García Manrique generosa
Virtud mostró y esfuerzo peregrino;
Del marqués de Aguilar la casa honrosa
Preciarse debe deste hijo dino,
Pues nunca el belicoso reino ibero
Produjo mas valiente caballero.

Tambien en este trance fué ayudado
El de Luna de Lázaro de Heredia,
Capitan por sus obras señalado,
Y por desgracias digno de tragedia;
En fin, el daño casi declarado
Con tal industria destos se remedia,
Que salvos y seguros del fracaso
Con los demás salieron á lo raso.

Entonces los contrarios, recelando
El ímpetu feroz de los caballos,
Con ira y rabia ardiente blasfemando,
Habieron, mal su grado, de dejallos;
Al tiempo pues que se iban retirando
De Mahoma los tímidos vasallos,
Encontraron con Céspedes el fuerte,
Despreciador altivo de la muerte.

Habia salido con su compañía
Desde Tablate, donde estaba puesto
De guarnicion, fiando que seria
Conforme á su denuedo todo el resto;
Mas vista la morisma que subia
Por una y otra parte del recuesto,
Desconfiando de las fuertes manos,
Se valieron los mas de piés livianos.

Con voz alta y terrible los afrenta
El bravo capitan, así diciendo:
«Soldados viles, ¿quién os amedrenta,
Mi brazo de vosotros muro siendo?
Haced cara, y remítase á mi cuenta
La defensa de todos, que yo entiendo
Libraros del peligro de la vida
Y de la pusilánime huida.

El torpe miedo, de vergüenza ajeno,
La hora que del todo se apodera,
Ni acude á la razon ni admite freno,
Ni cosa que aproveche considera;
Y así, quedaba Céspedes el bueno
Esperando la lid dañosa y fiera,
Con pocos de los suyos, pero tales,
Que tarde se hallaran sus iguales.

La multitud arábiga arremete;
Ellos esperan juntos y apiñados;
Cuáles están con pica y coselete,
Sobre los piés derechos afirmados,
Y cuáles de arcabuz y pistolete,
Tiros acelerando frecuentados,
Con una priesa tan incomparable,
Que solo al pensamiento es imitable.

¿Quién vió eminente roca en la marina,
De innumerables ondas contrastada,
Cuando con violencia repentina
Los vientos traen el agua mas hinchada?
Mas la riscosa peña diamantina
En su nativo centro está arraigada;
Brama el turbado mar, y en su dureza
Quiebran las altas olas su braveza.

Desta manera estaba aquel famoso
Y pequeño escuadron en aquel punto,
Y así tambien el bando numeroso
Perdia la esperanza y tiempo junto;
El capitan, valiente y animoso,
Saltó entre los moriscos tan á punto,
Que pareció que encima de aquel cerro
De los aires cayó nube de hierro.

El brazo poderoso encoge y tiende,
Dando á muchos allí la última pena;
Taja, pasa y abolla, rompe y hiende,
Corta, lastima, oprime, abre, cercena;
La muchedumbre bárbara le ofende,
Llamándose infelice á boca llena,
Porque un hombre mortal les dura tanto
Y mezcla en su victoria triste llanto.

En los muertos que habia derribado
El español hercúleo tropezaba,
Y su firme escuadron desordenado
Entre los enemigos se lanzaba,
Cuando Arrendate, á paso acelerado,
Llegó al lugar do Céspedes estaba;
Consigo trujo cuatro turcos fieros,
Robustos y afamados mosqueteros.

«Tirad, les dice, todos juntamente;
Quitad del mundo mónstruo tan horrible.»
La cuadrilla obedece en continente,
Disparando la máquina terrible;
Rompe el aire volando el plomo ardiente,
Y pasa un pecho (¡oh pérdida increible!)
Donde tal corazon tuvo posada
Que jamás el temor le halló entrada.

Ya las vitales partes ofendidas
La llave y fortalezas entregaban
A la que tiraniza nuestras vidas,
Por quien la suerte y esperanza acaban;
Mas las últimas fuerzas recogidas,
Que en tal extremo apenas le quedaban,
Al capitan arremetió morisco,
Mas recio que trabuco ó basilisco.

El cauto moro con ardid rehusa
De estar á parangon en el encuentro;
El jayan español su miedo acusa,
Y vuelve á procurar nuevo recuentro;
Cuando, llegado al fin que no se excusa,
El cuerpo gigantesco batió el centro,
Cual suele á la segur rendirse dura
El pino en la montaña de Segura.

Arrendate revuelve con presteza
A cumplir, aunque tarde, sus deseos.
¡Oh vano moro! dime, ¿qué altiveza
Te puede redundar de esos trofeos?
No pienses que es alguna fortaleza
Heredar al cadáver sus arreos,
Pues la liebre sabemos por muy cierto
Que osa pelar la barba al leon muerto.

Perecen los demás, aunque vendiendo
A buen precio las vidas valerosas,
¡Ay mundo, cómo llevas revolviendo
Al paradero y fin todas las cosas!
Aquel monstruoso cuerpo y estupendo,
Cuyas hazañas fueron tan famosas,
Agora, como al cielo al fin le place,
Inútil tronco, frio, en tierra yace.

Aquel que á la rezura se oponia
De las corrientes aguas y raudales,
Y las sonantes piedras detenia
Que muelen el sustento á los mortales;
El que en robustas fuerzas excedia,
Como en razon, los brutos animales,
Agora dando ejemplo á los humanos,
Miserable manjar es de gusanos.

Sintió, como era justo, la milicia
Deste varon la pérdida inhumana;
Ciudad-Real lloró por la primicia
Que así le arrebató la guerra insana,
Y no dejó del vulgo la malicia
De dar á voces culpa no liviana
Al de Manrique, así como al de Luna,
Sin perdonalles objecion alguna.

Decian que era dellos mal querido
El muerto capitan, y que por esto
No fué, como pudiera, socorrido
En trance que debiera serlo presto;
Mas quien el sitio ha bien reconocido
Tiene por caso visto y manifiesto
Que cuando diligencia les sobrara,
La distancia el socorro defraudara.

Las armas y rebatos entre tanto
Por horas menudean en Granada;
Mas ya por un edito justo y santo
Del Álbayzin quedaba despoblada;
No hay pluma que á explicar se atreva el llanto
Que en la transmigracion desventurada
Aquella triste gente en sí mostraba,
Puesto que parte dél disimulaba.

Con guarda bien armada á todos lados
En larga procesion á paso lento
Al hospital réal eran llevados
Para trazarse allí su apartamiento;
Mas de sus corazones obstinados,
En tal calamidad y encogimiento,
Aun no faltó señal tan evidente,
Que en silencio pasar no se consiente.

Yendo imitando pues desta manera
Un miserable ejemplo de vencidos,
Y tal, que á compasion mover pudiera
Los corazones mas endurecidos,
En uno dellos la cruel Megera
Debió infundir furores encendidos,
Pues con temeridad escandalosa
Un bizarro soldado herir osa.

El fin que tuvo aquel atroz efeto
No se pudo saber, porque al instante
Fué hecho piezas mil el mahometo,
Pena de su maldad exorbitante;
Para sospechas dió largo sugeto
De que el suceso fuese semejante
Al de Mucio el romano, cuya furia
Por poco erró á Porsena, rey de Etruria.

Otros, que movimiento de ira fuese
Testificaban el que al moro osado
Con vengadora rabia compeliese
En aquella sazon contra el soldado;
En fin, de cuál orígen procediese,
No pudo ser del todo averiguado,
Y queda, por estar la cosa incierta,
A vario discurrir la entrada abierta.

O fué vana ambicion de torpe fama,
O desesperacion abominable,
O urdir con este insulto alguna trama
Que diese á los demás muerte espantable,
Antes que ir tras el hado, que los llama
A destierro preciso y perdurable.
Quien dijo especial ira me perdone,
Que efeto sin su causa presupone.

Nunca fué provocado el granadino
Por obra ni palabra al hecho odioso;
Motivo suyo fué de espanto dino,
Nacido de querer facinoroso;
Así que, por lo dicho determino
Haber sido un ejemplo prodigioso;
Que quien morir osó desta manera
Cualquier traicion al precio acometiera.

Al hospital quedaron reducidos
Solos los hombres, porque las mujeres
Andaban, por seguir á sus maridos,
Previniendo forzosos menesteres;
Muchos de los mancebos atrevidos,
Que adivinaron tales desplaceres,
Con tiempo se acogieron á la sierra,
El destierro trocando por la guerra.

Ya con armada gente y comisarios,
Religadas las manos á cordeles,
Eran llevados á lugares varios,
Padeciendo infortunios mas crueles;
Trasplantados de allí nuestros contrarios,
Quedaron en Granada los fieles
Con menores recelos de alzamientos,
Mas sin comodidad de alojamientos.

Andaba en toda España celebrado
De Verja el caso, que por fama vuela,
Y la fortuna del marqués nombrado
Iba por mar tranquilo á remo y vela;
Y así, al copioso campo que ayuntado
Estaba en Adra á su mision y escuela,
Tantos particulares se presentan,
Que en calidad y número lo aumentan.

CANTO XI.

Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos la isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo de guerra con el marqués de los Vélez. Salen los dos caudillos con grueso ejército en busca de Abenhumeya, y despues de haberle desbaratado, se aloja el campo en dos lugares de la Alpujarra.

Tales eran de Hesperia los motines
Que alimentaban varias esperanzas,
Y del mundo los últimos confines
Atentos anunciaban las mudanzas;
Los hombres, cada cual segun sus fines,
Median de las cosas las balanzas;
Que es proprio á todos, sea ó no bien justo,
Regular los sucesos por su gusto.

Bien como por atajos y rodeos
Atravesando van los rios caudales,
Ya hácia donde habitan los sabeos,
Ya hácia las naciones boreales,
Ya hácia la adustion de los guineos,
Ya dando vuelta á los occidentales;
Mas todo su correr, lento ó ligero,
Tiene el undoso mar por paradero:

Es mar y abismo á nuestros pensamientos
El fin que eficazmente deseamos;
Y así, unas veces ledos y contentos
A él nuestro discurso encaminamos,
Otras, descaminados y violentos,
Léjos de le alcanzar, errando vamos;
Mas siempre el alma va, aunque por rodeo,
Al piélago abundoso del deseo.

Quien mas se azora al bético fracaso
Es el tirano odioso de levante,
Que desde sus estados al ocaso
En potestad no tiene semejante.
Si es verdad que hay hermanas en Parnaso,
Dénme favor aquí para que cante
La poderosa rabia del Oriente
Y el uso de las armas inclemente.

Que no es salir del órden comenzado
Tratar de las turquescas ocurrencias,
Ni es, cual dicen, meterse en lo excusado
Escribir sus asaltos y violencias;
Pues cuanto he de tratar y ya he tratado,
Tiene de aquí trabadas dependencias.
Dejando pues el reino granadino,
Hablaré del imperio bizantino.

Imperaba en la silla de otomanos
Sultan Selim, segundo deste nombre,
Natural sucesor de los tiranos
Que tanto han propagado su renombre;
Sediento era de sangre de cristianos,
Poco de su palabra y cruel hombre,
Y sobre poderosos fundamentos
Tenia levantados pensamientos.

La fuerza de ambicion que lo impelia
A hambre de reinar lo transportaba;
Y así, ni á medios justos atendia
Ni en principios honestos reparaba;
Sus largos reinos ensanchar queria
Con la oportunidad que le llamaba;
Y lleno de infernal soberbia, espera
De mil trazas formar una quimera.

Cual suele el orgulloso caminante
Cuando al apresurarse erró la senda,
Ora volver atrás, ora ir delante,
Ora girar en torno mano y rienda;
Mudando parecer á cada instante,
Siente en su voluntad dura contienda;
Deseo y duda están de bueno á bueno,
Aquel poniendo espuelas y esta freno;

Así duda Selim, y así sentia
Un diverso ocurrir de pensamientos:
Ya al húngaro quitar la region fria,
Siguiendo de su padre los intentos,
Ya venir sobre Malta proponia
Con odios que se vuelven escarmientos,
Ya todo el resto echar con mano armada,
Y bajar hasta el reino de Granada.

Dificultaba el pérfido otomano
Si, á Oran recuperando y á Melilla,
Haria después guerra al africano
Jarife hasta echallo de su silla,
O si al dominio libre veneciano
Pondria en sujeciones y mancilla,
Aflojando de paz la mano dada,
Y alzándola al instante fiera armada.

Es de notar que Soliman habia
Hecho tregua en el año de cuarenta,
Por diez trienios, cuyo fin traia
El gran trance y remate desta cuenta,
Bien que Venecia atiende todavia
A prorogar la tregua violenta,
Sin contemplar que juega con tirano,
Y que se le ha de alzar siempre á su mano.

Parécele á Selim caso aciago
El no recuperar el reino ardiente
Donde ya floreció la gran Cartago,
Cuchillo agudo de romana gente;
De Cárlo invicto siente aquel estrago,
Y mas que nunca agora se resiente
De aquella retirada de Viena
Con pérdida, desden, infamia y pena.

El mundo en el silencio acostumbrado
Quieto estaba y fuera de bullicio,
Y el pobre jornalero sin cuidado
Descansaba del rústico ejercicio;
Sobre algun duro césped recostado,
Dejaba al sueño usar el blando oficio;
Y tú, Selim, no puedes un momento
Las velas amainar del pensamiento.

¡Oh gloria de mandar, dulce y amarga,
Lisonja peligrosa de fortuna,
Caro y liviano bien, pesada carga,
Alterado descanso que importuna,
Bonanza breve, persecucion larga,
Con mas mudanzas que la errante luna,
Que así nos enamoras y lastimas,
Y en tus dificultades nos animas!

Sábese contentar naturaleza
De fáciles regalos sin pasiones,
Y no con todo el mundo la altiveza
Que reina en los humanos corazones;
La sed de oro se aumenta con riqueza;
Crecen con el poder obligaciones;
Y al fin, nadie se ve en felice estado,
Que no despierte á voces del cuidado.

Andaba discurriendo el otomano
Por el claro valor de sus mayores,
Y en lugar de hallarse dello ufano,
Engendraba de aquí furias y ardores;
Parécele que el tiempo de la mano
Con ímpetus le huye voladores;
Todo lo piensa y todo le ofendia,
Y airado, entre sí mismo así decia:

«¿Será que de mis hados la influencia
Con remision culpable yo refrene,
Sin que haga mostrarse en la experiencia
Cuál es mi brazo y el poder que tiene?
Vaya léjos de mi tal insolencia,
Que el orbe solo á mí toca y conviene,
Y los que esta verdad niegan de hecho,
Estén conmigo en armas á derecho.

»Cuando menores armas han tenido,
Al revolver feliz de pocos años,
A mis pasados fácil les ha sido
Vencer y sujetar reinos extraños;
Yo pues, que dignamente he sucedido
En señoríos tales y tamaños,
¿A qué aventuras no estaré obligado,
O qué no ganaré con lo ganado?

»Tengo en la Europa tanta parte mia,
Que, desde la Dalmacia comenzando,
La Grecia y Tracia y parte de la Hungría
Están siempre sujetas á mi mando;
El Danubio parece que á porfía
Su caudaloso curso va cansando
Por tierras donde soy rey absoluto,
Hasta que da al mar Negro su tributo.

»Y aun hasta la meótica laguna,
Adonde el Tánais su cabeza inclina,
Se extiende el gran poder de mi fortuna,
Y á los tártaros campos se avecina;
El rojo hermano de la blanca luna
Sabe mi estado bien, pues lo camina;
Que yo apenas podria tanteallo,
Y es lo mejor que en esta cuenta hallo.

»Mas bien sé que por Asia discurriendo,
Tengo á toda la fértil Natolia;
Poco mas adelante se está viendo
La gran provincia de Caramania;
Mia es Jerusalen, la cual entiendo
Que ocupó el medio de la geografía,
Junto al monte Sion, tierra divina,
Con toda la Fenicia y Palestina.

»Las tres Arabias mando, y la dichosa,
Con la casa de Meca ennoblecida,
Mas dulce á mi descanso y mas preciosa
Que todas las riquezas desta vida;
Los persas, gente dura y belicosa,
Tiemblan cuando mi nombre se apellida,
Porque mas de una vez los venció en guerra.
Selim, mi abuelo, dentro de su tierra.

»Si vuelvo la cabeza al mediodía,
Llega mi reino hasta el Océano,
Y allá en el Gánges, que tesoro cria,
No está de mi seguro el lusitano;
Riega de Eufrates la corriente fria
La gran Mesopotámia, que á mi mano
Tiene reconocida por señora,
Y conoce que en esto se mejora.

»Hácia la tramontana y el poniente
Seria proceder en infinito
Quererme yo acordar á cuánta gente
De mi ley mando, y aun de extraño rito:
Por mi el claro Jordan correr se siente,
Por mi el inmenso Nilo riega á Egito;
Por mí produce el bálsamo precioso,
Y el Líbano por mí es verde y umbroso.

»Y en fin, ¿qué monte santo ó qué terreno
El sol calienta ni la noche enfria,
Que no se incluya dentro de mi seno
Y no amplifique la potencia mia?
El Tabor, el Sinai y el Damaceno,
Adonde la eternal Sabiduría
De la tierra formó al padre primero,
Tengo yo como el mas proprio heredero.»

En esto imaginando satisfecho,
Aunque alterado el gusto y el reposo,
Pasó de aquella noche el largo trecho
Este mahometano poderoso;
Mas ya la aurora al estrellado techo
Mostrando el bello rostro y amoroso,
Con el color le iguala que se aplica
A celos, y á Titan los multiplica.

Luego pues que la luz se fué esparciendo,
Selim manda llamar sus consejeros,
Y venidos ante él, su pecho horrendo
Les descubre por términos severos:
«Mis amigos, les dice, bien entiendo
Que no me es necesario encareceros
Lo mucho que en vosotros me confio,
Pues sois las riendas del gobierno mio;

»Ni tampoco me importa por agora
Recopilar los hechos y grandeza
De nuestra excelsa casa, engendradora
De felice y augusta fortaleza;
La castigada gente que esto llora,
Publica nuestra gloria en su tristeza,
Y el temor en que el mundo puesto habemos
Es cero sobre aquello que podemos.

»Costumbre antigua es ya á los sucesores
Deste imperio emprender nuevas jornadas,
De las cuales han vuelto vencedores,
Con triunfos claros, presas señaladas;
Tras esto otros estímulos mayores
Tienen mis esperanzas levantadas,
Seguras de temor y de recelo
Por inviolable ley del alto cielo.

»Tengo gente dispuesta para guerra
De soberbias é indómitas naciones,
Que pondrán freno al mar, yugo á la tierra
Con huestes invencibles y escuadrones;
Y así, el sueño á mis ojos ya no cierra,
Porque oigo noche y dia los pregones,
De donde infiero que sin duda alguna
Me llama á grandes voces la fortuna.

»Mas decidme vosotros ¿qué camino
Debo escoger en tantos diferentes?
¿Moveré contra el reino ponentino
Mis lunas, mas que el sol resplandescientes,
O romperé las fuerzas del latino,
Por donde Ticio vómitos ardientes
Lanza, ó poniendo á Malta duro freno,
Impediré á españoles el Tirreno?»

Mas dijera Selim, si blandamente
El bajá Mahamed, con su licencia,
No le atajara el bélico torrente
Con resuelta facundia y elocuencia;
Este era mas que esotros preminente,
Primero voto y sabio de experiencia
En guerra y en político gobierno,
Del Gran Turco privado, y aun su yerno.

« Los asirios reinaron, le decia,
Mil y docientos años y cuarenta,
Hasta aquel aciago y triste dia
Que Artábato mató al que el mundo afrenta,
Y dió á los medos gloria y nombradía
Por otro largo término sin cuenta;
Mas, aunque tanto tiempo conquistaron,
Aquellos ni estos de Asia no pasaron.

»Y aquel emperador de macedones,
Que grande es hoy llamado en toda parte,
Y quebrantó los muros babilones,
Fabricadura del terrible Marte,
Terror monstruoso fué de las naciones,
Con presteza de rayo cuando parte
Con furia acelerada, y en un punto
Cayendo mata y muere todo junto.

»Mas nuestro firme imperio en breves dias,
Desde Asia la cabeza levantando
Por difíciles casos y arduas vías,
Se fué hácia ambos polos dilatando,
Ora venciendo en ásperas porfías,
Ora sin sangre con temor domando,
Sin faltar en alguna coyuntura
Quien herede el poder y la ventura.

»Y si quieres de mí saber cuál via
Mas clara se te ofrece por agora,
Si en algo estimas la sentencia mia,
Nacida de un buen celo que te adora,
El reino sitiarás donde solia
Ser Vénus adorada por señora;
Y si alargar mi voto ¡oh Rey! consientes,
Diré luego las causas evidentes.»

Selim dijo: «Prosigue, que el oido
Tendré á cuanto dijeres bien atento,
Y sabe cierto que en lo referido
Me diste un especial contentamiento.»
El Bajá, que se vió favorecido,
A la habla volvió con nuevo aliento,
El tono mejoró, quietó el semblante,
Y así con lo propuesto fué adelante:

« Antes que el gran Soldan vencido fuera
De tu abuelo Selim en lid furiosa,
Siempre esta isla conquistar quisiera,
Y la de Ródas, no menos famosa,
Diciendo que cabeza de ambas era
La gran Jerusalen, ciudad gloriosa;
Y así, por fuerza de armas pretendia
Adquirir el derecho que tenia.

»Fueron los mamelucos asolados;
Egipto y la Suria, que en la cumbre
Vieron la libertad de sus estados,
Tu abuelo los redujo á servidumbre;
Tu padre Soliman, el cual los hados
Del suyo iba imitando y la costumbre,
A Ródas conquistó, y á tí, su nieto,
Toca hacer en Chipre el mismo efeto.

»Es fértil, abundosa y rica tierra,
En los confines de Asia muy metida,
La gente della inhábil para guerra,
Que está por luenga paz enflaquecida;
No hay allí riscos ni escabrosa sierra,
Ni está de buenas plazas guarnecida;
Menos hay quien nos salga á la campaña,
Y está léjos Italia, y mas España.»

El Turco respondió: « Yo bien quisiera
Desde luego poner en eso mano,
Si color á lo menos dar pudiera
Para ensañarme contra el veneciano.»
El Bajá replicó: «¡Mahoma quiera
Que entiendas lo que puedes, otomano!
¿Color quieres tú dar como si fueses
Quien mas satisfacer que á tí debieses?

»Desvélese el señor necesitado,
Niegue por el ajeno su contento,
Proceda puntüal y recatado
Por la áspera ficcion del cumplimiento;
Mas el que está en grandeza entronizado,
Rico y poderosísimo, su intento,
Su gusto es viva ley establecida,
Sin fuerza ni razon que se lo impida.

»La posesion que tienen usurpada
Quitarás solamente á venecianos,
Porque la propriedad está juzgada
En favor de los duques saboyanos;
Deja á Sicilia, á Malta y á Granada,
Deja agora los pueblos africanos;
Que no cumple alejarte á hacer guerra,
Pues tienes que ganar dentro en tu tierra.

»Y para proceder mas satisfecho
En negar á Venecia tregua y liga,
Sabe que ha de aprobar ella este hecho
Con volverse después á serte amiga;
Ladrará como el can á su despecho
Cuando su dueño á palos le castiga;
Mas luego, si le llama blandamente,
Se viene humilde, manso y obediente.

»Por tanto, si hacerte determinas
Señor de Chipre, de tus fueros usa,
Y manda retener en tus marinas
Cualquiera vela suya sin excusa;
Pondrás luego en prisiones diamantinas
Este su embajador; porque, confusa
Y atónita Venecia, estos rehenes
Procure rescatar con muchos bienes.

»Esto hecho, una carta se le escriba
Pidiendo á Chipre, y no por modo blando,
Antes soberbio, y su intencion esquiva
Mandando ruege y pida amenazando.»
Selim lo dicho aprueba, y con altiva
Muestra á los otros vuelve preguntando
Qué juzgan ó qué sienten del concierto,
Y unánimes dijeron: «Bien, por cierto.»

Luego que en esto cautelosamente
Resolucion se tuvo, el cumplimiento
Con aceleradísimo expediente
Descubrió la malicia del intento;
Clamaba en vano la mezquina gente,
Viendo su desastrado perdimiento;
Naves, hacienda y libertad perdidas,
El riesgo temen de las tristes vidas.

Presos los venecianos que en Turquía
A la sazon estaban, fué notada
La indigna carta, y en el mismo dia
Orden se dió para juntar armada;
Porque la veneciana señoría,
Si no condescendiere á la embajada,
El relámpago viendo del ensayo,
Escuche el trueno á un tiempo, y sienta el rayo.

Partió el Chauz con una lengua asperta
A hacer el oficio que le toca;
Despierta, pues, si duermes; ea, despierta,
Venecia, si no estás del todo loca,
Y verás la celada descubierta
De aquel rabioso can que con la boca
Que te lame y adula ha de morderte,
Y ha de venir por tiempos á comerte.

Mientras esto en Bizancio se prepara,
Abenhumeya apriesa se apercibe;
Usa Fajardo de su industria rara,
Callando las sospechas que concibe;
Mas padece su ejército á la clara,
Y es notable perjuicio el que recibe,
Por el poco remedio que se halla
Para le bastecer de vitüalla.

La carestía del estéril año,
La falta de las recuas y vianderos,
Que suelen suplir parte deste daño
Con refresco, aunque á costa de dineros,
Eran las causas, pero el mas extraño
Azar estaba en los embarcaderos,
Donde del crudo mar resacas fieras
Impedian el uso á las galeras.

Todo el tiempo que allí se iba perdiendo,
El enemigo entonces le ganaba,
Su campo de hora en hora rehaciendo,
Que en número y pertrechos se aumentaba;
Don Luis de Requesenes, esto viendo,
Extraordinariamente procuraba
Juntar la provision que conviniese
Para que la victoria se siguiese.

Sonóse que, después de haber juntado
Mediana cantidad con diligencia,
Y haber mucho al Marqués solicitado
Contra la Almanzorina decendencia,
Viéndole que aun no está determinado,
En consejo arguyó su negligencia,
Diciéndole: «Oh Marqués, ¿quién nos detiene
Cuando la brevedad tanto conviene?

»Quien tras la buena suerte no camina,
Quien no conoce y sigue la victoria,
Por donde no pensó después declina,
Y arrepentido cae de aquella gloria;
Agora, que esos hombres sin doctrina
Tienen presente y viva la memoria
De la de Verja, debes perseguillos
Y con su espanto mismo confundillos.

»Y no dés tiempo á que se les olvide,
Y á rehacerse, como ya sucede;
Mira que la ocasion á voces pide
Que tu persona quiera lo que puede;
Con la del Magances tu fuerza mide,
Y verás claramente que le excede,
Con la misma ventaja y diferencia
Que vence á la malicia la prudencia.

»Las haces Anibal venció romanas,
Y pudiera, siguiendo su ventura,
Con la reputacion de la de Cánas
Poner á Roma en servidumbre dura;
Pudieran bien las huestes pompeyanas
Reducir á la extrema desventura
A las de César; mas á cada uno
Sobrevino después hado importuno.

»Pero, si no te mueven mis razones,
Ni los ejemplos ciertos alegados,
Muévate ver aquí tantas legiones
De fuertes y bravísimos soldados,
Que basta á les mudar las condiciones
El ocio, y mantenerse de pescados,
Y el esfogar del sol el rayo estivo
Todos los dias con nadar lacivo.

»Por tanto, yo te aviso y te requiero
No tardes en salir á la campaña;
Y donde no, yo solo me profiero,
Por vida del muy alto rey de España,
A ir acaudillando el campo entero,
Rompiendo dilacion que así nos daña,
Y de que lo haré como lo digo,
Este consejo ilustre sea testigo.»

El Marqués, que de suyo era impaciente,
Grave, determinado y animoso,
Sintió en el corazon terriblemente
Aquel razonamiento litigioso;
Mas súpose vencer, como prudente,
En negocio tan arduo y peligroso,
Y al catalan bizarro así responde,
Que á su crédito y cargo corresponde:

«Aunque para respuesta dar pudiera
De mi intencion la prueba, y de mi vida,
La fe de mis servicios verdadera,
De mi señor el Rey agradecida,
No quiero permitir, ni Dios lo quiera,
Que una proposicion tan desabrida
Pueda escandalizar algun sentido
De los que solo juzgan por lo oido.

»Si entráramos aquí á negocio nuestro.
Llanamente pudiera resentirme
¡Oh noble don Lüis! del decir vuestro
Y á la venganza justa apercebirme;
Mas solo esto pensar seria siniestro,
Siendo el objeto verdadero y firme
Que nos ayunta aquí la grey romana
Y el bien de la república cristiana.

»Y así, renuncio aquello que á mí toca;
Y á lo que hace al caso respondiendo,
Digo que la paciencia se me apoca
Esta jornada un punto difiriendo;
Mas que del emprendella me revoca
Por algun dia causa que yo entiendo,
Y no hay necesidad que á mí deseo
Espuelas se le añadan, segun creo.

»Será bien que á lo menos conversemos
Con término pacífico y sincero,
Y en todo lo demás nos conformemos,
Pues pretendeis lo mismo que yo quiero;
Todos como aquí estamos, entendemos
Vuestro celo fiel, gran caballero;
Y pues dél procedió, yo os agradezco
Lo dicho, aunque fraternas no merezco.»

Aquí dió fin sabroso y concertado
Aquel facundo y generoso pecho;
El consejo de oille edificado
Quedó, y de todo punto satisfecho;
El catalan sagaz y acreditado,
Tambien celoso del comun provecho,
Templó en el blando son de la respuesta
El áspero tenor de la propuesta.

La ocasion que al Marqués tardar hacia
Después, como primero, estuvo oculta,
Aunque sobre entendella se tenia
Entre contemplativos gran consulta.
Llegó en efeto la sazon y el dia
De salir á buscar la turba multa;
Ya en Adra en alta voz se echaba el bando,
Ya las banderas se iban aprestando.

Marchando alertos van diez mil infantes,
Setecientos jinetes en la silla;
La vanguardia, de escuadras importantes,
Don Juan el de Mendoza la acaudilla;
La retaguardia, de otras semejantes,
Lleva á cargo don Pedro de Padilla,
Con órden que los dos por singulares,
Vayan trocando á dias sus lugares.

El cuerpo de batalla iba tan junto
A la vanguardia y retaguardia fieras,
Que, alzando unos el pié, en el mismo punto
Le ponen otros puestos por hileras;
Por uno y otro lado iban á punto
De jinetes las bandas mas ligeras.
Con esta diligencia se marchaba,
Y ya de cerca Verja se mostraba.

Dejada luego á la siniestra mano,
Se prosiguió el viaje en hora buena,
Atravesando todo el ancho llano
Que se intitula allí de Lucaynena;
Al fin del cual el pérfido tirano
Tenia puesta ya gente agarena,
Con quien los nuestros con ardiente gana
Traban escaramuza, aunque liviana;

Porque á la sierra luego al continente
A paso presuroso se acogieron,
Y al campo rebelado que al presente
Estaba cerca, todos á dar fueron;
Calando en esto el sol por ocidente,
Los nuestros en lo llano se estuvieron,
Y al Marqués alojarse le convino
En Ujíjar, que estaba allí vecino.

Otra vez pareció el señor de Delo,
Y hizo en nuestro mundo su jornada,
Y otra segunda vez se vistió el cielo
De su luciente fábrica estrellada,
Sin que el Marqués siguiese al reyezuelo,
Creyendo que su ira confiada
Bajar del monte al llano le haria,
Visto que tanto en él se detenia.

Mas en tanto que allí se detuvieron,
Los moros á la mira se quedaron,
Sus hijos y mujeres traspusieron,
Vitúalla escondieron y quemaron;
De los nuestros algunos que antevieron
La verdad, el tardarse condenaron;
El Marqués está firme en su decreto;
Que á las veces se engaña el mas discreto.

Ya cuando Febo en el siguiente dia
Los mares plateó, y doró la tierra,
Nuestro famoso ejército partia
En órden puesto y en ardid de guerra,
No dos millas cabales marcharia,
Cuando sobre un recuesto de la sierra
De moros pareció gran muchedumbre
En ala, como tienen de costumbre.

Con grita y algazara resonante
Su engañador profeta apellidando,
La vanguardia acometen al instante,
Que no estaba otra cosa deseando;
Tocábale á don Pedro el ir delante
Con sus banderas, claro y fuerte bando;
Y así, se comenzó de aquella parte
Heróicamente el furibundo Marte.

El tirano los suyos animaba
Diferenciado en todo y conocido,
Así por el guion que ante él andaba,
Como por el color de su vestido;
De alcaides escuadron tras sí llevaba,
Y capitanes de su patrio nido,
Con los turcos y moros señalados
En cargos y valor por mas soldados.

Al mismo punto que con fuerza rara
Da la vanguardia en los contrarios fieros,
Los embiste el marqués de la Fabara
Con sus muy esforzados ventureros;
Aquí y allí se hiere y se repara;
Bien se muestran de todos los aceros;
Que ya nuestra batalla y retaguardia
Comenzaba á ayudar á la vanguardia.

De tal manera nuestros escuadrones
Representaron la cruel batalla,
Que eligieron las bárbaras naciones
El remedio mas vil para dejalla;
Y á los que al embestir fueron leones,
Al retirarse son triste canalla,
Y buscan, temerosos y esparcidos,
La aspereza y lugares escondidos.

Como si del azogue deleznable
Alguna cantidad fuese vertida,
Iria por tierra con rodar instable,
En partes infinitas dividida,
Así fué aquella gente abominable
Rota, desordenada y repartida:
Huyen su perdicion casi notoria,
Dejando en nuestras manos la victoria.

Mas el de la Fabara, no contento
Del refran que les da puente de plata,
Hace apriesa anegar en rio sangriento
A muchos dellos que alcanzando mata;
Don Diego el de Fajardo, con aliento
Y furia de leon que se desata,
Sigue el odioso bando fugitivo,
Haciendo prueba de su esfuerzo altivo.

Abenhumeya, rotos sus vasallos,
Queriéndose escapar la sierra arriba,
Salió con solamente ocho caballos
Que la aspereza ya del curso priva;
Y así, tuvo por bien dejarretallos
Para huir á pié la saña esquiva
De los dos caballeros que en alcance
Le van á mas andar en aquel trance.

No pareció al de Vélez conveniente
Seguir los enemigos cautelosos,
Por tierra que caballos no consiente,
Que son al pelear tan provechosos,
Aunque es impedimento mas urgente
Faltar los bastimentos mas forzosos;
Necesidad precisa que refrena
El mas pujante orgullo, y le condena.

Cuando el hermoso hijo de Latona
El hemisferio bajo calentaba,
El ínclito Fajardo no perdona
Su cuerpo, ni al reposo se entregaba;
Antes, aventurando su persona,
Con docientos caballos caminaba
Hácia la Calahorra, á do creia
Que vitúalla á punto hallaria.

Porque así al hijo de Austria con instancia
Se lo habia desde Adra ya pedido;
Mas la falta de recuas y distancia
Tal prevencion habian impedido.
Volvió al campo el caudillo de importancia,
Y hallóle alojado y repartido
Dentro en Válor el bajo, y en el alto
De provision y de contento falto.

El Marqués á su ejército promete
Que estará en abundancia con presteza,
Y marchando otra vez, con él se mete
En Calahorra, casa y fortaleza
De los marqueses nobles de Cenete,
Patrimonio otros tiempos y riqueza
Del traidor Julian, por cuya saña
Ganaron los alárabes á España.

Allí vino el sustento necesario
Por Adra, que antes se llamaba Abdera;
Mas como ni el ejército contrario
Rindió con el huir la cerviz fiera,
Ni el nuestro á su valor extraordinario
Pudo satisfacer como quisiera,
El moro se rehizo en dos momentos,
Y los nuestros quedaron descontentos.

No osa el Marqués un punto desviarse,
Porque le llegan nuevas cada hora
De que la tierra quiere levantarse
De Guadix, Baza y rio de Almanzora;
Filabres tambien quiere rebelarse,
Y el Boloduy, alzado, ya empeora
Las sospechas temidas y fundadas
De plazas de cristianos mal armadas.

Pero la ociosidad y la tristeza,
La falta de no estar bien alojado,
Causó de enfermedades tal graveza,
Que en breve fué el ejército dezmado.
No puede acá engendrar naturaleza
Cuerpo tan achacoso y delicado
Como es un campo junto, aunque se vea
Que dél cada soldado un roble sea.

Oféndele del aire la mudanza;
A veces mudar agua mas le empece;
Cáusale el frio recia destemplanza;
Falta de sueño y camas le entorpece;
Y lo que aumenta mas su mala andanza,
Es que cualquiera mal de que adolece
Se arraiga luego y vuelve contagioso;
Y así, cualquiera es grave y peligroso.

Y como desto es fin y paradero
Motin escandaloso y desrancharse,
Era caso afrentoso y lastimero
Ver cada dia el campo aniquilarse;
Finalmente, al castigo, aunque severo,
Tanto vinieron á desvergonzarse,
Que juntos cuatrocientos se conjuran,
Y el paso, en órden puestos, apresuran.

Con desesperacion descomedida,
Puestas las mechas en las serpentinas,
Quieren aventurar honor y vida
Por dejar las contiendas granadinas;
Mas don Diego Fajardo se convida
A impedir violencias tan indinas,
Y sale en escuadron de mano armada
A hacelles que dejen la jornada.

Requiéreles que vuelvan, y protesta
Que donde no, los pasará á cuchillo;
Mas ellos no le dan otra respuesta
Sino un arcabuzazo y mal herillo;
La gente que con él iba dispuesta
Al mismo insulto, deja de seguillo,
Y pásase la mas con odio esquivo
Al bando amotinado y fugitivo.

Don Diego fué á volverse constreñido,
Y corrió de la vida riesgo extraño:
Quédole un brazo manco y encogido,
Injusto premio de valor tamaño.
Así vino el ejército temido
A reducirse casi al final daño,
Y á estar dentro en lugar bien trincheado,
Suspenso, receloso y desvelado.

Del ser soldados viejos solamente
El nombre á los de Nápoles detuvo,
Y la particular ilustre gente
El ser del General en pié mantuvo;
Mas el Supremo, que esto cuida y siente,
A Baza con mil hombres por bien tuvo
Viniese el fuerte Luna á paso largo,
Dejando de la Vega en otro el cargo.

Sucedióle á este tiempo en el oficio
Que de ser general della tenia,
Aquel Marte en el bélico ejercicio,
Que Manrique se llama y don Garcia;
El cual con hado á su virtud propicio
Con nuestros enemigos se vió un dia,
Y como felicísimo caudillo,
Gran daño les causó sin recebillo.

Mas el Abenhumeya, envanecido,
Con siete mil infantes campeaba,
Y algunos de á caballo, á quien partido
Solo por vanagloria entonces daba;
Corria disoluto y atrevido
Desde allá donde el mar la tierra lava,
Casi hasta los muros granadinos,
Esparciendo de sangre los caminos.

Los moros del Padul se rebelaron,
Haciendo estrago duro y lastimero;
Tambien los de Jerjal armas tomaron
A persuasion del mal Puertocarrero;
Al cual después sus culpas entregaron
En manos del insigne caballero
Que de Tendilla dignamente es conde,
Por lo bien que á los suyos corresponde.

Estaba en el Alhambra de Granada,
Por el ausencia de su padre caro,
Con la tenencia que le dió ampliada
El rey Fernando al bisabuelo raro;
Fué al fin por su mandado ejecutada
La sentencia con voz de pregon claro,
Y las carnes del moro consumidas
Con tenazas crueles y encendidas.

Cerca del rio de Alboloduy, que es paso
Desde Guadix y Baza al mar de Atlante,
Se tuvo nueva cierta de un fracaso
Y que el remedio presto era importante,
Porque un poder y número no escaso
De moros se aumentaba cada instante,
Y tal, que si se unia al otro campo,
Señor pudiera ser de todo el campo.

Era del reino el daño tan crecido,
Y el mal tanto se habia apoderado,
Que parecia cuerpo corrompido
Del formidable morbo afrancesado;
El cual, mientras un miembro es guarecido,
Otro y otro descubre inficionado,
Que el arraigado humor le contamina,
Haciendo inútil arte y medicina.

Tambien lo era en el pueblo granadino
Para fiebres curar pestilenciales;
Y así, estaban poblados de contino,
Mejor que las banderas, hospitales;
La corrupcion del aire á engendrar vino
Enfermedades y dolores tales,
Que mas cuerpos reducen á la tierra
Que la violenta furia de la guerra.

Partió de Calahorra una mañana
Fajardo, y por vanguardia el de Padilla.
Lleva su guarnicion napolitana,
Amparo valeroso de Castilla;
Marchando en órden llegan á Fiñana,
Después que del zenit el sol se humilla,
De donde nueve leguas se contaban
Al pueblo en que los moros se alojaban.

La distancia y haber forzosamente
De pasarse el torcido y caudal rio,
Muchas veces causó otro inconveniente,
Aunque en marchar el campo no es tardío;
Y así, no fué posible humanamente
Llegar antes que el sol el aire umbrío
Venza; y así, la luz les fué importuna,
Como en las Albuñuelas al de Luna.

En este tiempo la francesa saña,
Que los antiguos odios nunca olvida,
Dicen que, recuestada de Bretaña,
Provincia que su Dios y fama olvida,
Trataba de asaltar la fiel España,
Que ser debiera della socorrida:
A tanta ingratitud y sinrazones
Transportan á los hombres sus pasiones.

Del flamenco districto los soldados
Con mayor libertad y violencia
Andaban en sus tratos obstinados,
A Dios y al Rey negando la obediencia;
Mas ya los comisarios enviados
Al pueblo que á san Marcos reverencia,
A vista llegan dél, cortando á remo
El mar, entonces calmo por extremo.

La proa en tierra ya tocado habia,
Y en ella los ministros que el tirano
Enviaba saltaron sin porfia,
Mas que si de algun rey fueran cristiano;
Cuando la antigua y libre señoría,
Sujeta indignamente al otomano,
A oillos fué á juntarse en el Senado,
Temiendo algun mensaje no pensado.

CANTO XII.

Pone el turco en ejecucion el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazon se aventaja el reyezuelo en un recuentro que tuvo con el de los Vélez, el cual da la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagema para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte.

Socorre pues tu barca, que se anega,
Divino Pedro, y si al impíreo santo,
Como es verdad, jamás del mundo llega
Noticia que doler pueda algun tanto,
Al eterno Maestro aplaca y ruega,
Por el dolor y fuerza de aquel llanto
Que tu conciencia y fe purificaba
Mientras la redencion se celebraba,

Que se acuerde, pues nada se le olvida,
De la Iglesia, su cara y dulce esposa,
Por quien un tiempo, á costa de su vida,
Venció al pecado en guerra sanguinosa,
Y agora está penada y afligida,
Con voz triste y figura lagrimosa,
Quejándose en acentos piadosos,
Cercada de contrarios cautelosos.

Mas, oh vigilantísimo barquero,
Que ni á tí falta punto en suplicallo,
Ni al trino consistorio verdadero
Propicia voluntad de remediallo;
Y así, devotamente considero,
Antes por cierta fe investigo y hallo
Que la invidia cruel cierra la puerta
Al bien, que está de empar por Dios abierta.

Esta furia infernal, rabiosa, insana,
Que oprime los humanos corazones,
Sin duda de las tres es cuarta hermana,
Madre de agravios y de sinrazones;
Es injuria sacrílega, profana,
Arpía infausta de tribulaciones,
Que siempre contamina los manjares,
Por dar y recibir tristes pesares.

¿Quién, sino aquesta, fué en mover con ira
La despiadada y truculenta mano
Del nieto de la tierra, que se mira
En la inocente sangre del hermano?
Quién de la Iglesia en fin la paz retira?
Quien hace poderoso al otomano
Sino este monstruo pérfido, que al suelo
Hace infierno, apartándolo del cielo?

¡Oh católicos reyes y potencias
Cristianas! baste ya la exorbitancia;
Fenezcan las odiosas diferencias,
Mueran la emulacion y la arrogancia;
Que, si quereis reñidas competencias,
Sugetos se os ofrecen de importancia,
En que podais tenellas y mostrallas
En justas y legítimas batallas.

Aquella verdad cierta y poderosa
De la ley que enseñó el Verbo divino,
La rueda de los cielos presurosa
Hará parar, y al sol en su camino,
En favor vuestro, oh gente religiosa,
Si contra el obstinado desatino
De las erróneas sectas se moviere
Todo vuestro poder, cual Dios lo quiere.

Y las naciones bárbaras, vencidas,
Sentirán de su error la justa pena,
O con el santo ejemplo convertidas,
El mal conocerán que las condena,
Y con cervices blandas y rendidas
Humildes se vendrán á la melena
Y al fuego de la fe, en que Dios se mira;
Verán que lo demás todo es mentira.

Estaba aquel senado ilustre y pio
Junto por se informar del caso incierto,
Cuando un cartel de nuevo desafio
Así los amenaza al descubierto:
«De nuestra excelsitud el poderío,
Señores venecianos, ya os es cierto,
Pues no hay en todo el orbe de la tierra
A quien no admire en paz y espante en guerra.

»Por tanto, aunque probar fácil seria
Que Chipre es vuestro por derecho injusto,
Baste por prueba la sentencia mia,
Y por debida ley mi proprio gusto,
Para que con decente cortesia
El reino me entregueis, segun es justo,
Y de mi saña asi os guardeis en esto,
Que os valga mi clemencia en todo el resto.

»No se os antoje que es partido duro,
Ni el ánimo os engañe en lo presente,
Si pretendeis descanso en lo futuro,
Como hacello debe el que es prudente;
Pues cuando el vado corre mal seguro,
Sana cosa es buscar léjos la puente,
Y en dos peligros, medio es sin engaño
Abrazar cuerdamente el menor daño.

»Y del mayor ninguno se despida
Si conmigo quisiéredes batalla;
Preciáos de que Selim á Chipre os pida,
Siéndole facilísimo tomalla,
La suma de oro que nos es debida
En esto nos agrada conmutalla:
Atesorad allá vuestro dinero,
Que no lo he menester; á Chipre quiero.

»Si mas de una ciudad bien torreada
Fué por contrato y amigable prenda
A mi padre carísimo entregada,
Porque él la quiso mas que otra hacienda,
No debe ni ha de ser diferenciada
Mi persona en negocio que pretenda:
No soy mas que mi padre codicioso,
Ni menos respetado y poderoso.»

Esta resolucion luciferina
Atónitos dejó los circunstantes,
Como al romperse la profunda mina
Con llamas y tumultos resonantes,
Suelen quedar algunos que vecina
Su muerte y perdicion tuvieron antes,
Y con el espantoso desengaño
Nueva celada temen, nuevo daño.

Remítese á votar la causa odiosa
Con todo el órden que se requeria,
Habiendo de votarse, pues tal cosa
Aun solamente oirse no debia;
Abierta pues la suerte numerosa
Que los inclusos votos contenia,
Se averiguó que, excepto solo uno,
Se resolvieron todos de consuno.

Que si contra la fe y el juramento,
Contra la antigua paz y santo fuero,
Selim venir quisiere en rompimiento
Con quien amor le tiene verdadero,
Hacello puede, no de pena exento,
Pues Dios es poderoso y justiciero,
De los humildes padre, y tan amigo,
Cuanto de los soberbios enemigo.

Y que si el poder de Asia se moviere
Contra Chipre, hará Venecia cuanto
Sobre el arduo negocio se requiere,
Sin perdonar á gastos ni quebranto;
Así que, si por fuerza el reino quiere,
No piense conquistallo con espanto,
Sino con tiempo, hierro, sangre y fuego,
Y con peligro de perder el juego.

Apenas la respuesta resoluta
Llegaba á la ciudad de Constantino,
Cuando, sin otro acuerdo ni disputa,
Se concluyó lo que antes se previno;
Mas es la potestad tan absoluta
Del Turco, que podrá juntar con tino
Tan presto sus armados escuadrones
Como otro tiempo Roma sus legiones.

De Grecia, de Antioquía y Natolia,
Al momento acudió gente de guerra,
Con la de Egipto, y toda la Suria,
Y cuanto la felice Arabia encierra,
Y quedó prevenido en Tartaria
El áspero canton de aquella tierra,
Para salir si necesario fuese
Al tiempo que á Selim le pareciese.

No vinieron las bárbaras naciones
Con las rústicas armas que ya usaron,
Ni aplicando la brasa á los carbones,
En el tostar las astas se ocuparon,
Ni del curado lino los cordones
Para formar las hondas religaron;
Que ya nuestros pecados y el infierno
Soldados los han hecho á lo moderno.

Embarcan municion y artillería,
Fuegos para arrojar artificiales,
Y cuanto, en fin, la sed de tirania
Ha sabido forjar de los metales;
Las ondas del Egeo ya hendia
La armada con dos turcos generales,
Piali de mar, y Mustafá de tierra,
Crudos ministros de la cruda guerra,

Ambos bajáes, ambos renegados,
Este charques, y aquel panonio fiero,
Ambos de estrecha afinidad ligados
Con el mismo Selin bravo y severo.
Ya pues iban por alto mar sembrados,
Representando al vivo un bosque entero,
Los bajeles del Turco prepotente,
Y el viento les soplaba lentamente.

Pasado habiendo del famoso estrecho
Que puso fin al fuego y los amores
De aquel que con justísimo derecho
Merece el primer mirto entre amadores,
A Ténedos llegaron, que, á despecho
Del tiempo, los antiguos escritores
Celebran, porque allí el engaño griego
Urdió la trama del troyano fuego.

Después pasaron por la dulce Xio,
Hermoso nido de la hermosura,
Y de allí fueron por algun desvío
Al puerto de Sobraza, inculta y dura,
Donde hay un bosque altísimo sombrío
Y horrible con selvática espesura,
Que bien sintió el destrozo en pocas horas
De las turquescas hachas cortadoras.

Los árboles antiguos, vacilando,
A la importuna fuerza se rendian,
Y los turcos, el verde suelo arando,
Con ellos en la armada los metian;
Viniendo muchas veces y tornando,
Trujeron tantos como convenian
Para hacer bastiones y trincheas,
Pertrechos para sitios y peleas.

Luego pues que, soplando cierzo frio,
Volvieron al viaje mas derecho,
De Samo se hallaron en el rio,
Que ya es deshabitada y sin provecho;
Hicieron agua, y con remar tardio
Pasaron un canal que allí hay estrecho;
Llegan después á Longo, y luego á Ródas,
De aquellas islas la mejor de todas.

Llave de Europa fué en nuestra defensa,
Y aun lo pudiera ser cumplidos años,
Si las civiles guerras, con ofensa
De Dios, no abrieran puerta á tantos daños.
¡Oh España, oh Francia, cómo se dispensa
A vuestra costa el bien de los extraños,
Habiendo dado á pérfidas naciones
Sangre á beber de vuestros corazones!

Si pudieron un tiempo las sabinas
Confederar sus padres y maridos,
Y de las armas crudas y sanguinas
Hicieron resultar bienes crecidos,
¿Cómo leyes humanas ni divinas
No os movieron entonces los sentidos
A procurar la gloria eterna y rara
Que de la paz bendita resultara?

Fuera ejemplo de fe, que memorable
En siglos por venir permaneciera,
Y confusion del bando abominable
Que en su obstinada secta persevera,
Remedio para el caso lamentable
De aquella religion noble y guerrera
Que seis meses sostuvo la increible
Fuerza de Soliman, turco terrible.

Y en negocio que tanto se arriscaba
Vosotros dilatastes la porfia,
Que al turco vuestra guerra aseguraba,
Y á Ródas la esperanza entretenia;
Mas ¡ay! que en ello el bárbaro acertaba,
Y vuestra parte engaño recebia
Con pena, con afan, con violencia,
Sufriendo asaltos, hambre y pestilencia.

¿Qué diré del partido fraudulento,
Oh injusto Soliman y descreido,
Despreciador infame y avariento
De lo por tí jurado y prometido?
Dime, scita cruel, ¿qué fundamento
Tu honor afirmará mal adquirido,
Si en el soberbio golfo de tu ira
A la verdad anega la mentira?

No hay, en fin, policía ó trato humano
Donde falta la fe cándida y pura,
Y mal podrá tener quien no es cristiano
De hidalguía claridad segura,
Que á su ley el Maestro soberano
La honra consignó por orladura;
Y así, de la virtud no hace ausencia,
Y síguela cual sombra á su existencia.

Sin ley pues, sin verdad y con engaño,
Ganó la isla el crudo bizantino,
Y la nobleza invicta sintió el daño
Cuando ya de salud no vió camino.
Ingrata paga por valor tamaño,
Por tanto bien servir martirio indino,
Oh caballeros santos y valientes,
Se os dió por mano de tan viles gentes.

Siendo vosotros religiosos puros
Del precursor de Cristo verdadero,
Y antigua fortaleza de tus muros,
Oh gran Jerusalen, sagrario entero,
Y siendo aquellos que á los golpes duros
De Mahometo rayo y terror fiero,
Intrépidos hicistes vituperio
Cuando temblaba el orbe de su imperio.

Mas no por eso con lamentos tristes
Merecen vuestras muertes ser lloradas,
Pues á la fama voz y aliento distes
Para que siempre fuesen celebradas,
Y á descansar ufanos os subistes
A las regiones bienaventuradas,
Donde no hay frio ni calor ni guerra,
Trabajos duros de la dura tierra.

En aquel tiempo Cárlos victorioso,
Aunque por Ródas de congoja lleno,
Sus reliquias guardó como piadoso
Padre de religion, augusto y bueno,
Y allí las trasplantó, donde famoso
Por ellas hace Malta al mar Tirreno,
Y las armas del turco aborrecidas
Son poderosamente rebatidas.

Allí virtud, nobleza y obediencia
Hacen resplandecer la disciplina
De justas armas y alta competencia,
Por quien al claro templo se camina;
Y no se ofrece guerra ó diferencia
En campo yermo, golfo ni marina;
No hay fuerte sitio donde heróicamente
La blanca cruz su gloria no acreciente.

Por cinco largos siglos vuelta ha dado
El tiempo, que consume grandes cosas,
Después que en Asia pareció fundado
Este edificio en horas venturosas,
Y eternamente dél han resultado
Católicas proezas y famosas,
Dignas de historia célebre y cumplida,
De poderoso rey favorecida.

¿Qué es esto, pluma mia licenciosa?
¿Por qué una digresion así ampliaste?
Mas ¡ay! que la civil y dolorosa
Guerra salió al camino que dejaste.
Volvamos pues á él la voz llorosa,
Que bien dará sugeto que nos baste
Para quejarnos de la suerte dura
Y de la selimnesca fe perjura.

Ya por el ancho mar de la Suría
Iba nadando la turquesca armada,
A vista de la isla que solia
De los gentiles ser tan celebrada;
Aquí, dice la antigua poesía
Que la madre de amor fué enamorada,
Y que nació la hija incestüosa,
Que fué al hermano madre, al padre esposa.

En este reino ya tambien es fama
Que sucedieron las desgracias duras
Al desdeñado amante y cruel dama,
Solo conformes en las desventuras.
¡Oh crudo, oh ciego amor! ¿A qué tu llama
No fuerza á las humanas criaturas?
Cuando en contrario della hielo infundes,
Y con extremos tales las confundes.

El uno se enlazaba la garganta
Por salir de la vida y la cadena,
La otra así le mira, y no quebranta
La saña, antes se alegra de su pena;
¿Qué ley sufrió jamás sin razon tanta
Que adore un corazon quien le condena,
Y sean la aficion y odio de suerte,
Que á entrambos los conduzgan á la muerte?

Mas dejando los casos que aplicados
Le han sido, fabulosa ó ciertamente,
Chipre está puesta á treinta y cinco grados,
Y hiérela con fuerza Apolo ardiente;
Es abundante en mieses y ganados,
En generoso vino y excelente,
Y Pomona le da con larga mano
Los muy sabrosos dones del verano.

Al norte dista la Caramania
Sesenta millas, y hácia el levante
Está poco mas léjos la Suría,
Que Siria se llamaba la pujante;
Egipto se ve estar á mediodía,
Al occidente Ródas la importante,
Y es bañada tambien por este lado
Del mar que de Panfilia es hoy llamado.

Docientas y diez millas de longura,
Y cinco que se añadan á sesenta,
Por ancho tiene, y toda en su figura
Viene á bojar quinientas y cincuenta.
Vivia pues en ocio y en blandura
Allí la gente rica y avarienta,
Dando á su modo desiguales leyes,
Como si de los pobres fueran reyes.

Y la pobreza triste y abatida
Era por diabólica costumbre
Tan rigurosamente constreñida,
Que era ya esclavitud la servidumbre;
Así que, en dos extremos dividida
Estaba toda aquella muchedumbre,
Y como entre ellos no se diese medio,
El pobre lo era siempre sin remedio.

Mas al uno, soberbio con su renta,
Y al otro, conhortado en sus afanes,
Les era estar en paz vida contenta
Sin nuevas aventuras ni desmanes;
Jamás les incitó guerra sangrienta,
Ni todo cuanto anduvo Magallanes,
A trocar el pacífico reposo
Por la fama del hombre mas famoso.

Y así, aunque de Venecia les habia
Con diligencia guarnicion venido,
Y la nueva que cierta se entendia,
Pudiera en parte habelles prevenido,
Erraron el negocio el primer dia,
Y fué su perdimiento conocido,
Que son las armas recio contrapunto,
Donde se yerra todo errando un punto.

Viendo acercar las velas otomanas
Los cipriotas míseros turbados,
No salieron con salvas inhumanas
A resistir los turcos denodados;
Antes, dando entre sí causas livianas,
Perplejos se estuvieron encerrados,
Perdiendo el tiempo en parlamentos vanos
Cuando mas menester fueran las manos.

De suerte que llegar pudo la armada
A parte donde el mar lento batia,
Y con líneas de espuma plateada
En mas sesgos reflujos se encogia.
Los turcos, como en tierrra conquistada,
Visto que nadie se lo defendia,
Dieron ligero salto en el arena
Con tumulto que en torno el aire atruena.

Piali queda en la armada presidiendo,
Y Mustafá á ordenar sus escuadrones
Ya comienza, ya marcha, ya cubriendo
El campo va de bárbaras naciones.
¡Ay de tí, Nicosia, que, sintiendo
De tu cercano mal las ocasiones,
Te lamentabas de tu esquiva suerte,
Cual blanco cisne al tiempo de su muerte!

El agareno campo descreido
Puso á la gran ciudad sitio espantoso
Por la banda que Febo esclarecido
Su rayo nos esconde luminoso;
Mas entre tanto, el hijo no vencido
De Cárlos Quinto emperador famoso,
La multitud persigue rebelada
Del áspero contorno de Granada.

Notable espacio há ya que frente á frente
Traté que los dos campos se opusieron;
Y así, debo contar forzosamente
Del arte que las cosas sucedieron,
Aunque al valor de España preminente
Los sucesos allí no respondieron,
Y la vergüenza deste caso impide
Aquello que la fuerza á voces pide.

Luego que nuestro bando descubierto
Del enemigo fué desde unas hayas,
Segun estaban hechos de concierto,
Fueron dando señal las atalayas;
De mano en mano por el aire abierto
La llama señaló lucientes rayas,
Y pónese la gente apercebida,
Unos en arma y otros en huida.

Los que inútiles son para la guerra
Por sexo ó por edad, iban huyendo,
Y no á todos el miedo los destierra,
Que parte hace rostro en ira ardiendo;
El ínclito Marqués al punto cierra,
Con su caballería acometiendo,
Porque tardaban los demás soldados,
Sin ser mas en su mano, de cansados.

Los moros, hecha poca resistencia,
Fingen huir dejando gran despojo;
Nuestros jinetes, faltos de prudencia,
Y ciegos con tan rica presa al ojo,
Con menos discrecion que diligencia
Comienzan á cargar segun su antojo,
De niños, de mujeres, de bagajes,
De alhajas nuevas y moriscos trajes.

El sabio general pretende en vaño
Que dejen al momento el embarazo;
Revuelve en esto el pérfido tirano
Con toda la pujanza de su brazo,
Y hiere de manera en el cristiano,
Que hace de sus cuerpos gran rihazo,
Y el que libra mejor de la contienda
Acuerda de volver presto la rienda.

Puesta en desórden la caballería,
Atrás á largo paso se tornaba
Para juntarse con la infantería,
Que hácia los contrarios caminaba;
Júntanse en breve, y la morisma impía
Traba con ellos competencia brava,
Y comenzando en ella á mejorarse,
A los nuestros conviene retirarse.

Retíranse á lo raso peleando
Con buen órden y parte de la presa;
Pero la multitud les va cargando
A trechos, de manera que les pesa;
En fin, algun decoro conservando,
Aunque perdido el premio de la empresa,
Se vino á recoger dentro en Fiñana
El campo de la gente castellana.

Agramente Fajardo reprehende
De la gente comun la vil codicia,
Y dice ser escándalo que ofende
La heróica presuncion de la milicia;
Mas da la vuelta á Baza, porque entiende
Que allá el tirano orgullo y la malicia
Podia enderezarse fácilmente,
Por tener el de Luna poca gente.

Mas lo que resultó de su llegada
Fué el irse don Antonio en el momento
A servir sus oficios en Granada
(Dicen que no sin causa y fundamento);
Porque era cosa muy averiguada
Ser el de Vélez en el tratamiento
Para con las cabezas tan altivo,
Que muchos le juzgaban por esquivo.

Mas el Abenhumeya, libertado
Y sin contradiccion, sobre Adra viene,
Entendiendo hallar desamparado
El lugar; pero está como conviene.
Pasa después á Verja denodado;
Mas, como guarnicion bastante tiene,
Otra resolucion tomar le place,
Que mas á sus intentos satisface.

La tierra del Marqués corre, y maltrata
El lugar de las Cuevas deleitoso;
Los alegres estanques desbarata,
Y siembra en los jardines fuego odioso;
El agua pura, de color de plata,
Se esparce y vuelve de otro polvoroso;
Muere el pescado y arden las frescuras;
Crujen las llamas con el humo escuras.

En fin, el sitio dulce y aplicado
A honesta recreacion gran tiempo habia,
Era traido á miserable estado,
Y tal, que á piedras ablandar podia;
Mas, de las bravas furias incitado,
Hartar su crueldad jamás podia;
Y así miraba el fuego Abenhumeya,
Cual Nero miró á Roma, de Tarpeya.

Nunca el terno cruel de las arpías
Amancilló las mesas de Fineo,
Ni con gorgónea sangre las impías
Tierras de Libia emponzoñó Perseo
Tanto como el tirano aquellos dias
Dañó la quietud, precio y arreo
De todas las personas y lugares
Por donde discurrió dando pesares.

Habiendo á Vélez pues acometido,
Dió la vuelta á Andarax, y allí de asiento,
Como de la fortuna favorido
Y asegurado, residió contento;
Visto que su poder se habia extendido,
Osaba con mayor atrevimiento
Hacer á sus vasallos opresiones,
Conforme á sus perversas condiciones.

Palabras blandas, condicion severa,
Rigor disimulado hasta el hecho,
Queriendo por él gracias cual si hubiera
Algun notable beneficio hecho;
Los dias y hacienda de cualquiera
Contaba, alimentando el hondo pecho
De una codicia ardiente insaciable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Al que entendia destruir trataba
Con hálago aparente y lisonjero;
Para negocios arduos le llamaba,
Haciéndole en consejos compañero.
Tal era Abenhumeya, aunque no daba
Indicios desto en su vivir primero,
Ni mientras don Fernando fué su nombre;
Mas el cargo mostró cuál fuese el hombre.

Con todo, no faltaba quien le diese
De veras á entender que era rey bueno,
Ni engaño para que él se lo creyese,
Aunque era de lo cierto tan ajeno;
Mas, como sin enmienda procediese,
Comenzó el vulgo á murmurar sin freno
De su mala intencion y peor gobierno,
Guardándose mas dél que del infierno.

Tomaron contra él atrevimiento
El Nacoz allá en tierra de Granada,
Maleque en la de Baza, y al momento
Jiron junto á Almuñécar cultivada;
En la de Vélez el Garral violento,
Mojajar en el rio de la osada
Almería, y allá en el de Almanzora
Cunun hace lo mismo en esa hora.

Farax se le torció, con haber sido
De sus mas principales valedores;
Ni solo vino á ser aborrecido
De los moriscos grandes y menores;
Mas aun de aquellos turcos que traido
Habia por seguros defensores,
Y de los berberiscos: en tal grado
Fuerzas la indignacion habia tomado.

Estas son causas por la mayor parte
Que preceden al fin y desventura
Del tirano que sube por mal arte,
Si en todo no le sobra la cordura;
Mas él en armas se juzgaba un Marte,
Y otro César Augusto en la ventura,
Tardando en remediar hasta su daño,
Su perdicion nacida deste engaño.

Y así, espaciosamente determina
De asolar á Motril, lugar armado,
Mas grande, llano y puesto á la marina,
Y no difícil para ser entrado;
Quiso engañar á la progenie austrina;
Y por hacelle estar mas sin cuidado,
Fingió, dando principio á sus cautelas,
Que iban los turcos á las Albuñuelas.

Fingió que á regalarse en la abundancia
Del valle de Leclin los enviaba,
Y á moderar la furia y arrogancia
Que en los mas declarados se mostraba;
Si alguno en su amistad tenia constancia,
Y dél sencillamente se fiaba,
Era Abdalla Abenabo su pariente,
A quien dijo en secreto lo siguiente:

«Primo mio, linaje esclarecido
De aquel profeta máximo agareno,
Que mi alcaide de alcaides habeis sido,
Y sois para mayores cargos bueno,
Mañana, cuando el sol haya salido,
Todos los turcos de mi campo ordeno
Que salgan fuera dél, y así pretendo
Que vayan solo á vos obedeciendo.

»Hácia Val de Leclin iréis con ellos;
Mas si ocasion me ofrece mi destino,
Con tiempo la tendré por los cabellos,
Y darse os ha otro aviso en el camino;
El cual siguiendo al punto vos y ellos,
Convocaréis del sitio convecino
Toda la gente que posible fuere,
Y apriesa marcharéis donde os dijere,

»Trayendo vitüalla prevenida
Para seis dias abundantemente.»
Mas ya de la tiniebla aborrecida
Limpiaba el aire el sol resplandeciente,
Cuando Abenabo hizo su partida,
Acaudillando la turquesca gente;
A Cadiar van á punto y son de guerra,
Vestidos á la usanza de su tierra.

Apenas la nacion fiera y extraña
Llegó al lugar, y el claro ardor febeo
A bañar se bajó en el mar de España,
Cuando los alcanzó un falso correo,
Con órden que al alcaide desengaña
De que su primo y rey tiene deseo
Que á Micina, su patria, en el momento
Se vayan á hacer alojamiento.

Aquí se ofrece un caso hazañoso,
Y no se excusará el tratar de plano
El trágico remate y fin penoso
Del mando y de la vida del tirano;
Que, puesto que el haberse hecho odioso
Pronosticabá su morir temprano,
La causa que en materia tan dispuesta
Obró sus daños, fué en efeto aquesta.

Entre las viudas que la guerra esquiva
Habia hecho, del morisco ultraje,
Una quedó gallarda, moza, altiva,
Igualmente hermosa y de linaje;
No fué la griega Elena mas laciva
En ojos, ademan, postura y traje;
Era en tañer, bailar y cantar diestra,
A su costumbre arábiga y la nuestra.

El peligroso don de ser tan bella,
Junto con los donaires que tenia,
Un primo suyo hizo arder por ella,
El cual Diego Alguacil por nombre habia;
Pues como el corazon que estaba en ella
No fuese roca ni de nieve fria,
Sin gran negocio prefirió la dama
Los tratos amorosos á la fama.

Era el Diego Alguacil de los llegados
Mas á su rey; y así, ocasion teniendo,
Le dijo: «Serlo yo de enamorados,
Como tú de nosotros, cierto entiendo,
Pues con la fe y razon de mis cuidados
El mas calificado pecho enciendo
De cuanto mira el sol acá alumbrando,
Y allá otro nuevo mundo visitando.

»Como el lucero excede á las estrellas
Cuando alegra anunciando la mañana,
Y como se aventaja dél y dellas
La casta y hermosísima Diana,
Como el lucido Apolo en partes bellas
Lleva la palma á su querida hermana,
Así tambien la lleva mi señora
A cuantas en la tierra están agora.

»Es una proporcion que hizo el cielo
De forma y elementos concordantes,
Una apurada imágen y modelo
De cuantas mas hermosas fueron antes
Si tal figura vieran en el suelo
Zeusis, Lisipo, Apéles y Timántes,
Solamente pudieran celebralla
Con no acertar jamás á retratalla.

»Estas son, Rey, las señas conocidas
Que mi lengua te da de aquel sugeto;
Mas las gracias que en sí tiene infundidas
No sabe referillas mi conceto;
No pueden mis palabras mal pulidas
Hacerte relacion de lo perfeto,
Ni aunque mi ingenio fuera peregrino,
Alaballa supiera de condino.»

Así hablaba aquel moro encendido,
Que su encarecimiento vehemente
A su señor causó por el oido
El mal que de ver nace comunmente.
¡Oh Alguacil de tí mismo! Oh mal regido!
¿No sabes que de amor el accidente
Contagïoso es, y que se pega
Mas que el humor voraz que Francia niega?

Del apetito hecho ya vasallo,
De medios trata, y tanto se comide,
Que, aunque pudiera como rey mandallo,
Como rendido amante el vella pide;
El primo no se atreve á rehusallo;
Mas ¿quién á su Señor el gusto impide?
Verdad es que esta vez el miedo pudo
Mas que la adulacion herir de agudo.

Resultó de la vista en lo primero
Que el semblante de Zara ocasionado
Sacó á Diego Alguacil por verdadero,
Y hizo á Abenhumeya enamorado.
No de la piedra iman es el acero
Por oculta virtud así tirado,
Como del Rey allí los ciegos ojos,
Y con ellos el alma y sus despojos.

Cantó y bailó, tocando una vihuela,
Con tal dulzura, talle, gracia y brio,
Que no aplació danzando la mozuela
En tanto grado á su padrastro impío;
Y pareció que Vénus en su escuela
Le concertó el donaire y atavío;
Cúpido apriesa tira pasadores,
Muere Alguacil de celo, el Rey de amores.

El poder, que á los vicios da licencia,
Redujo á la posada del tirano
La viuda bella, mas por violencia
Que por precio ó concierto afable y llano;
Huye Alguacil sin seso ni paciencia,
Y Zara llora con dolor insano,
Amando mas al pobre amigo ausente
Que al rico posesor nuevo y presente.

Blandas ofertas, dádivas crecidas,
Autorizado fausto y halagüeño,
Todo le da congojas desabridas,
Todo se le presenta un vano sueño;
¡Oh amor, y cómo son obedecidas
Tus leyes en el alma que eres dueño!
¡Qué absoluto poder es el que tienes
En repartir tus males y tus bienes!

Pueden las majestades y coronas,
Sin tí, con absolutas potestades,
Sujetar á su yugo las personas,
Mas no jamás las libres voluntades;
Porque estas solo tú las aficionas
Con nudos tan validos de amistades,
Que premio no permiten que se precie,
Ni paga equivalente en otra especie.

El mostrarse la mora descontenta,
Al desdeñado Rey mas indignaba
Contra el huido primo, cuya afrenta
Y muerte á todas horas procuraba;
Mas ella por terceros larga cuenta
De los secretos íntimos le daba,
Y él andaba con cien arcabuceros
Agraviados tambien y bandoleros.

Tenido pues aviso que á una empresa
Los turcos iban, y por qué camino,
Les iba ya á buscar; mas otra presa
A las manos acaso se le vino,
Y fué un correo que, picando apriesa,
Llevaba escripto en liso pergamino
Un despacho rëal; y así, le plugo
Al rebelde Alguacil serle verdugo.

Es fácil de matar quien se confia;
Y así, fué el mensajero luego muerto
De aquel morisco, cuya compañia
Segura imaginó por el desierto.
Cometida la astuta alevosía,
Y el cerrado despacho al punto abierto,
Vióse que Abenhumeya lo enviaba
Con letra que á Abenabo así hablaba:

« Primo leal y amigo verdadero,
Es nuestra voluntad que al punto y hora
Que os alcance el presente mensajero
Marcheis mientras el sol con otros mora;
De tal manera, que antes que el lucero
Anuncie la venida de la aurora,
En Ferreira os halleis con vuestra gente,
Y allí se os mandará lo conveniente.»

Mas Alguacil, celoso y con afanes
De invidia y de temor de su enemigo;
Usó el ardid que con los capitanes
Del mal afortunado rey Rodrigo
En Ceuta tuvo, para mas desmanes,
El padre de la Cava, á quien maldigo.
Estáme pues, lector, un poco atento,
Y entenderás en suma todo el cuento.

Era el morisco rey mal escribano,
Y no bien en arábigo firmaba,
Por lo cual para ello daba mano
A un mozo si Mojájar se ausentaba;
El cual era pariente muy cercano
De Alguacil, y presente se hallaba,
No menos agraviado y ofendido
Que á traicion y venganza apercebido.

Roto el despacho pues, este otro ordena
Que al Alcaide amonesta de tal suerte:
« Amado primo, que de la agarena
Nacion el mas ilustre sois y fuerte,
Sabed que á mi corona y fama buena
Conviene que á esos turcos deis la muerte;
Seráos despues la causa manifiesta,
Y sea la forma del efeto aquesta:

»Aunque la escuridad esté vecina
Cuando este mensajero os alcanzare,
Marchad hasta alojaros en Micina
Por el camino que se os antojare,
Donde con maña y fuerza repentina,
Cuando la noche á su mitad llegare,
Cada huésped dé muerte acelerada
Al turco que alojare en su posada.

»Irá Diego Alguacil con otros ciento
A daros en tal caso pronta ayuda;
Mas el hecho acabado, en el momento
Pasad por su cerviz la espada aguda.»
Tomado aquel edito fraudulento,
Ligero otro correo el paso muda,
Y este fué aquel que, estando el dia al cabo,
Alcanzó junto á Cádiar á Abenabo.

Apenas el papel habia leido,
Cuando Alguacil delante se presenta
Con otra carta, que tambien fingido
Habia de la plática sangrienta;
Solo de sí no trata el fementido,
Por hacer verisímil mas la cuenta.
El engañado Alcaide, ardiendo en ira,
Sobre cada renglon brama y sospira.

CANTO XIII.

Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco combate á Nicosia en el reino de Chipre. Su santidad y el Rey envian socorro, y no llega á tiempo por tenelle las galeras muy contrario; y así, dan la vuelta sin efeto, sabida en el camino la triste nueva de Nicosia.

Llamamos flaco al sexo femenino,
Imperfecto, mudable y avariento,
Atribuyendo solo al masculino
Constancia, fortaleza y sufrimiento;
Mas ya diversas veces contravino
A la resolucion deste argumento
La experiencia, que es madre fidedina
De cuanto por verdad se determina.

Costosa y cara nos salió esta prueba
Cuando á la transgresion del santo fuero
Pudo inducir con sus razones Eva
Al marido que Dios formó primero;
De Dálida el ejemplo lo comprueba,
Pues entregó el consorte invicto y fiero
A que fuese ridículos trofeos
De los acobardados filisteos.

¿Quién dió principio á la cruel zizaña
Que por injustos casos y violencia
Rindió á los moros el poder de España,
Sino fué una viril concupicencia?
Y ¿quién de Bruto provocó la saña
Para lanzar de Roma la potencia
De los Tarquinos, sino solo aquella
Que fué en un mismo grado casta y bella?

Dejo, por evitar cuento tan largo,
Mil casos sucedidos desta guisa;
Y así, á contar agora no me alargo
La venganza de Dido la Fenisa,
Ni el hecho que dió fin triste y amargo
A Holofórnes soberbio y su divisa;
Pues bien lo dicho basta por consuelo
Para su perdicion al reyezuelo.

El amante de Zara, cauteloso,
Viendo al Alcaide atónito y confuso,
Usando en aquel trance de animoso,
El fin de su intencion así propuso:
« Cien hombres traigo aquí, Abdallá famoso,
Para el atroz insulto que rehuso,
Pues en ejecuciones insolentes
No deben ser los hombres obedientes.

»¿Qué crueldad se ha visto tan inmensa
De fieras sin razon embravecidas?
¿Cómo tratar de que se haga ofensa
A los que hoy mas defienden nuestras vidas?
Y el duro corazon que lo dispensa,
Haciendo sus maldades conocidas,
Sin duda alguna nuestra sangre vende:
Bien fuera de sí está quien no lo entiende.

»Es este que nos busca desplaceres.
Bueno en hablar, mas en obrar maldito;
No hay vidas, no hay haciendas, no hay mujeres
Para su crueldad, sed y apetito;
Y si pronosticar sobre tí quieres,
En los turcos verás tu daño escrito;
En los turcos, que, en vez de galardones,
Les va ordenando muertes y traiciones.

»Si con tiempo escarmientas en la ajena,
Salvarás la cabeza y salud tuya,
De aquella furia que jamás se enfrena,
Y tanto fia en la malicia suya;
No hay culpa cometida sin su pena,
No hay humano poder á quien no arguya
El temor, la amenaza ó el castigo,
Sino á la presuncion deste enemigo.»

Las quejas del morisco lastimado
Acrecentaron al airado pecho
De Abenabo un ardor mas inflamado
Con nuevas ansias y mayor despecho;
Cual suele el aire entre aros aprenniado
Dar en la fragua por canal estrecho,
Haciendo que mas claro se parezca
El fuego, y que sonando se embravezca.

Estaba á la verdad mas ofendido
Su cuerpo que quizá alguno pensaba;
Y así, con profundísimo gemido,
Mesándose las barbas, se quejaba:
«¡Oh Abenhumeya malo y fementido!
¿De tí cuál otro premio se esperaba?
Pues eres el tirano mas perverso
De cuantos ha sufrido el universo.

»¿Así traidor renuevas la esperanza
Que mi enojosa vida sostenia,
De tomar de mis daños la venganza,
Por quién soy otro ya del que solia?
Perdí cuando por tí tomé la lanza
La mujer y los hijos que tenia;
Y no parando aquí la mala suerte,
Después me dió á sentir trago mas fuerte.

»Cuando te fuí á buscar desde Jubiles,
Y mis adversos hados me entregaron
A las crueles manos de hombres viles,
Que inútil para siempre me dejaron,
¿Qué mas diré sino que las viriles
Partes ferinamente me arrancaron;
Y dejándome eunuco y sin sosiego,
Se partieron de mí con burla y juego?»

Al rüido y clamor de las querellas
Que Abenabo sembraba blasfemando,
Huzen y Carbají por entendellas
La causa se llegaron preguntando.
El moro no les niega cosa dellas,
Porque estos eran del turquesco bando
Capitanes en armas señalados,
Y en consejo por cuerdos reputados.

Sabido el caso, altéranse agramente,
Y el autor del tratado cauteloso
Sacó una confeccion que es de simiente
De cáñamo con apio poderoso;
De la cual usar suele aquella gente
Para ir sin miedo al juego sanguinoso,
Y tomado de noche, no hay beleño
Ni opio que infunda mas profundo sueño.

Dijo que Abenhumeya se la diera
Para que sobre cena se la diese
A las cabezas, porque verdadera
Imágen de su muerte el sueño fuese.
Divúlgase el negocio, y cual si fuera
Verdad, nadie faltó que lo creyese;
Y conjúranse todos á una mano
En dar la muerte al pérfido tirano.

Así resueltos, marchan á la hora
La vuelta de Andarax; mas á otra banda
Conviene la atencion pasar agora,
Conforme la razon lo quiere y manda.
La furia de Selim, que á Chipre acora
Muy adelante en los asedios anda;
Atiende Nicosia á la defensa,
Si habella puede á fuerza tan inmensa.

Ya el crudo basilisco con bramido
El cañon reforzado y culebrina
En el muro fortísimo y lucido
Imprimian señales de rüina;
Bien que el peligro claro y conocido
Acrecentaba militar dotrina,
En todos los que en ella no eran diestros;
Que suelen los trabajos ser maestros.

Piezas sesenta y seis fuegos lanzando,
Baten apriesa la ciudad cuitada,
De cuyas altas torres contrastando
Está la gente ilustre baptizada;
Los turcos artilleros, reforzando
Sus tiros con mas carga de la usada,
Hicieron reventar gruesos cañones
A costa de sus mismos escuadrones.

Mas no por eso del batir urgente
Desisten los crueles sola un hora,
Ni cuando el sol á nos está presente,
Ni cuando otro hemisferio ciñe y dora;
Duerme el fiero animal, y la serpiente
Reclina su cabeza enconadora
En la callada noche y tiempo escuro
Que aun á los brutos da alivio seguro.

Y en medio del silencio mas profundo
Resuena por el aire tenebroso
El salitrado azufre furibundo
Con horrísono estruendo pavoroso;
Parece que la máquina del mundo
Se atierra y se reduce al fin penoso:
Tal es la furia inmensa y la porfia
De la mortal y brava artillería.

Aunque dentro la tierra bien defiende
Nicolao, general del veneciano,
Y al mas helado pecho y alma enciende
A resistir con valerosa mano,
Es tanta la pujanza con que ofende
El que rige el ejército otomano,
Que recelar hiciera al mas constante,
Y vacilar murallas de diamante.

Y así, aquellas, que no de tal materia
Compuestas eran, ya se resentian,
Y conducidas á mayor miseria,
Rotas por una parte parecian;
Tardaban los socorros que de Hesperia
En vano los sitiados atendian;
Sus capitanes, pues, al punto llama
Mustafá, y al asalto los inflama.

Manda poner en órden la espantosa
Arremetida, con tropel y grita;
Levántase una nube polvorosa
Que del sol la luz pura debilita;
Como entre sierra yerta peñascosa
Se rompe el Bétis y se precipita,
Y el sordo murmurar de su rüido
Tiene el contorno todo ensordecido.

Así resuena el campo, y el bullicio
Hace gemir y retemblar la tierra;
Cada cual se dispone al ejercicio;
Ya la sonora trompa incita á guerra;
Armas renuevan su terrible oficio,
El plazo á los partidos ya se cierra,
A las armas la causa se remite,
Y venza quien mejor las solicite.

No estaban los sitiados consultando
Los negocios perplejos y dudosos,
Ni sus mujeres caras abrazando,
Del cercano peligro temerosos;
Antes andan aquí y allí guardando
Los sitios que se ven mas peligrosos,
Cavando fosos, y por cualquier via
Trazando lo que el tiempo requeria.

Como sus enemigos venir vieron
Armados, se juntaron al instante,
Y á las mas flacas postas acudieron
Con piés ligeros y ánimo constante;
Heróicamente allí se defendieron
De la canalla dura circunstante,
Rompiendo su defensa y pavesadas
Con nubes de armas fuertes y pesadas.

Trabóse mas la brava competencia,
Creció el herirse, el daño, furia y saña;
De entrambas partes caen sin diferencia,
Retumba con los golpes la campaña;
Mas Nicolao con presta diligencia
De un escogido bando se acompaña;
Y acude porque el hecho se quilate
A lo mas peligroso del combate.

Este dicen que orígen verdadera
De la sangre de Dándalo traia,
Marco Julio Romano, que lo era
Tambien en la virtud y valentía;
Sigue del General la agra carrera
Con toda la orgullosa compañía,
Y hacen en los turcos tal estrago,
Que el dia vino á serles aciago.

Dan la vuelta corriendo á cual mas puede,
A Mustafá con voces increpando
De que su temerario osar ecede
Al poder extendido de su bando;
Mas él, visto lo mal que le sucede,
La espada desnudó, la voz alzando,
Y contra aquellas huestes temerosas
En ira ardiendo, dijo tales cosas:

«No suele la genizara fineza
Defensas aceptar tan baladies,
Ni suele conocerse tal flaqueza
En los soldados viejos espahies;
Mas parece sin duda esta vileza
De banda delincuente de monfies,
Que tientan sin razon toda insolencia,
Y huyen de cualquiera resistencia.

»Decid cobarde union, oprobrio indino
Del monarca Selim, ¿por qué dais vuelta?
¿Adónde os lleva vuestro mal destino,
Corriendo tras la infamia á rienda suelta?
Volved, volved, que luego determino
Yo mismo comenzar nueva revuelta;
Sígame el que quisiere; que yo quiero
Arremeter de todos el primero.

»Y si desfalleceis de tal manera
Solo por conservar la vida amada;
Si vuestro mal principio persevera
Por no osar arriscalla esta jornada;
Yo tomaré venganza tan severa,
Que pueda ser la suerte invidiada
Del que por no enojarme acabó en guerra,
Y muriendo mordió una vez la tierra.»

Con tal instancia Mustafá bramaba,
Con tal castigo freno les ponia,
Y mas, que por sus nombres los llamaba,
Como quien los mas dellos conocia;
Que ya los fugitivos apremiaba
A revolver de nuevo á la porfía,
Cercados de temor y de vergüenza;
Y así, otro nuevo asalto se comienza.

Recibiéronse golpes tan pesados,
Que ya los del primero, aunque temidos,
Con los presentes siendo comparados,
Pudieran fácilmente ser sufridos;
Mas ya desde los montes encumbrados,
De Febo por diámetro heridos,
Caian largas sombras, y la fria
Tierra de triste manto se cubría.

En fin, la sombra de la noche escura
Fué tregua de la lid feroz, ardiente,
Si tregua ha de llamarse coyuntura
Que descanso ni alivio les consiente,
La gente de la tierra se procura
Apercebir cuidosa y diligente
Para el peligro del siguiente dia
Contra la fuerza odiosa de Turquía.

Los capitanes turcos y soldados
Que en el consejo entraban principales
Sobre el negocio estaban congregados,
A Nicosia urdiendo duros males;
El sol dejó los indios apartados,
Y los rayos sacó piramidales
De la rosada estancia de la aurora,
Que allá en el horizonte rico mora.

Ya la trompeta del metal sonoro
Heria el aire, al arma, al arma dando;
Embiste Mustafá cual bravo toro,
Su lugar de caudillo renunciando;
Todos le siguen, y al profeta moro
Con voces mal discretas invocando,
Pretenden colocar sus estandartes
Encima de los altos baluartes.

A la defensa atienden venecianos,
Llamando su patron evangelista;
Parte ataja los pasos á otomanos,
Que procuran subir á escala vista;
Parte con ellos andan á las manos
Donde no hay muro ó foso que resista:
Suena la grita, el hierro y el estruendo,
Y las discordes iras van creciendo.

La honra, libertad, la vida y fama,
Inestimable precio, allí movian
Los fuertes brazos que con hierro y llama
Al enemigo bando resistian;
La tierra se estremece, el aire brama,
Y de turquesca sangre se cubrian
Aquellos campos verdes y floridos,
Estancias ya de muertos y heridos.

¡Oh cuánto los de Scitia procuraron
Entrar en la ciudad! Mas fué imposible,
Aunque notable espacio batallaron
Con industriosa maña y fuerza horrible.
¡Oh cuantas veces, por lo que probaron,
Aun el vencer les fuera aborrecible!
Pues un paso de tierra que ganaban
A precio de mil vidas lo compraban.

El bravo Mustafá, que ve mostrarse
Con tanta gallardía los de dentro,
Piensa que está el remedio en retirarse
A Bizancio, mas teme peor recuentro;
Halla que es de Caribdis apartarse
Para hacer en Scila triste encuentro,
Querer, por evitar jornada incierta,
Provocar de Selim la saña cierta.

Discursos hace, lleno de sospecha;
Mil cosas piensa y nada determina;
El tiempo es breve, la ocasion estrecha,
Y sabe que el socorro se avecina;
Perplejo se maldice y se despecha,
Y por desbaratado se imagina,
Viendo que de sus varios pensamientos
Le resultan iguales descontentos.

Y lo que peor es, ve andar su gente
Sangrienta, fatigada y desvalida;
Y así, mandó tocar expresamente
Del recoger la seña conocida.
Roma la santa, España la eminente,
Columnas de la Iglesia esclarecida,
No se excusaron de meter las manos
En favor de los libres venecianos,

Tan á tiempo, que fueran ya surgidos
En Chipre de galeras once pares,
Al Colona y al Oria cometidos,
Varones en milicia singulares,
Y con ellos soldados escogidos,
Si la inclemencia de los altos mares
Forzosa no hiciera la tardanza,
Anegando el trabajo y la esperanza.

Y tras la rigurosa violencia
Con que Neptuno perturbó su imperio,
Les sobrevinó grave pestilencia,
Atropos presta al triste ministerio;
Los cuerpos sin alguna diferencia
Se entregaban al hondo cimenterio,
Archivo general, sepulcro ilustre
De personas que al orbe dieron lustre.

Con estos infortunios trabajosos
Tiempo, fatiga y gente se perdia;
Mas los dos generales valerosos
Constancia firme muestran todavía;
Porque el peligro en pechos generosos
No engendra ni produce cobardía;
Antes, como contrario menos firme,
Es causa que el esfuerzo se confirme.

Tambien el ser tan justo el presupuesto,
Tan útil el socorro y necesario,
Y tanto el premio si librabanpresto
El reino de las manos del contrario,
Era estímulo claro y manifiesto;
Mas entre tanto el pérfido adversario
Hizo sentir por guerra á Nicosía
De su calamidad el postrer dia.

Y así, cuando del mar algo mas llano
El agua con las proas se cortaba,
Y Zane, general del veneciano,
Que otra banda marítima guiaba,
Iba con los demás ledo y ufano,
Un batel se mostró que navegaba
La vuelta de la gran Constantinopla,
Volando cual leveche que le sopla.

En popa lleva el viento bien gallardo,
Que apuja en su derrota á nuestra armada.
Servia á la sazon hecho el bastardo,
La entena á medio el árbol levantada;
Mas no tan presto salta el leon pardo
Sobre la res que halla desmandada,
Como una capitana hizo presa
En el bajel, que fué pequeña empresa.

Solos dos turcos, muy á la ligera,
Iban con letras para aquel monarca,
Que la mas parte de la oblica esfera
Con recia usurpacion tiene y abarca;
La nueva pronunció á nuestra manera
El uno, que nacido habia en la Marca,
Cuya substancia, en breve resumida,
Era ser Nicosia ya perdida.

Como á padre amoroso avenir suele
Que, yendo á ver el hijo enfermo ausente,
Encuentra con quien cierta le revele
La intempestiva muerte del doliente;
La cual nueva en el alma así le duele,
Que se para á gemir amargamente,
Cambiadas las sospechas en certezas,
Y en ansias los temores y tristezas;

Así al concorde y grave triunvirado
Lastimó el triste son de aquel mensaje;
Mas, como nace luego del cuidado
Deseo al hombre de entender su ultraje,
Al renegado turco fué mandado
Que refiriese en ítalo lenguaje
De Nicosia el áspero suceso;
El cual dió así principio á su proceso:

»No es parte haber la libertad perdido
Y las albricias buenas que esperaba
Del turco emperador para que olvido
Ocupe la memoria que en mí estaba;
Ni el cautiverio tanto me ha afligido,
Que por llorar el bien de que gozaba,
Deje, como es razon, de obedeceros,
Cristianos y prudentes caballeros.

»Después que Mustafá con larga guerra
Con ardides, asaltos y asechanzas,
Procuró la ciudad poner por tierra
Que tanto dilató sus esperanzas,
El temor, que los ánimos atierra,
Junto con el recelo de mudanzas,
Le hizo estar dudoso y con fatiga
Por nuevas que tuvimos desta liga.

»Dias há que la nueva al campo nuestro
Llegó de cómo el Papa y rey de España
Se juntaban á dar socorro diestro
A la ciudad que el mar en torno baña;
Por horas se esperaba el venir vuestro;
Y así, Piali-Bajá con arte y maña
Tenia sus galeras en concierto,
Y andaba todo el mundo el ojo alerto.

»Después de haber los dos bajaes tenido
Acuerdo, no sin priesa y sobresalto,
Quedó de comun voto resumido
Se echase todo el resto en un asalto;
Tocóse al arma, y fué el aire rompido
De tal estruendo y de rumor tan alto,
Como en Troya se oyó el dia postrero
Cuando el vientre se abrió al paladio fiero.

»Llovia de las torres y muralla
Gran cantidad de dardos y saetas,
Balas, piedras y cuanto mas se halla
Contra mantas, celadas y tarjetas;
Tanto viene á encenderse la batalla,
Que ya no hay quien de máquinas secretas
Quiera ser defendido ni encubierto,
Y cada cual pelea á campo abierto.

»En este trance de cuidados lleno,
Ciegos de enojo, y del suceso inciertos,
Hecimos el temor, del todo ajeno,
De puro ver peligros descubiertos;
Una parte del foso terrapleno
Volvimos á poder de cuerpos muertos;
Que cuando hay de enemigos muchedumbre,
Aun muertos á dar bastan pesadumbre.

»Por la parte del muro aportillada
Una sangrienta lid se vió reñida;
La sangre de ambas partes, ya mezclada,
Corria por el suelo toda unida;
Decir no sé por cosa averiguada
Cuál entonces de cuál fué el homicida:
Todo era confusion, todo clamores,
Humo, polvo, terror, muertes, dolores.

»No exceptó la ciudad sexo ó persona
Que á la defensa parte no ayudara;
Y así, mujeres hubo que corona
Les diera Roma por virtud preclara
En algun tiempo, y mas á una matrona
Que hizo de su ardid reseña rara,
Que el temor de vivir infamemente
Le hizo en todo extremo ser valiente.

»Armada andaba á voces convocando
El género medroso al nuevo oficio;
Una lanza blandia amenazando,
Aunque jamás usó tal ejercicio,
Y comenzó después á echar un bando,
Digno de inmortal fama y beneficio,
Diciendo: — Las que sois amigas de honra,
Buscad la muerte honesta sin deshonra.

»No es grave mal el fin de aquesta vida,
Pues es remate y fin á tantos males,
Y cuando fuera gloria conocida
Estar en ella á todos los mortales,
Debiera ser de nos aborrecida,
Por no venir á manos desleales,
A bajós ministerios y serviles
Y á torpes apetitos de hombres viles.—

»Estas y otras heróicas persuasiones
Acompañó con obras de alma fuerte,
Haciendo daño á nuestros escuadrones,
Hasta que una escopeta le dió muerte.
¿Qué mas os contaré, claros varones,
Sino que se rindió á la misma suerte
Del General la vida, á cuyo lado
Cayó el bando mas diestro y apurado?

»Así aflojó el orgullo y resistencia
De los sitiados luego; de manera
Que entramos la ciudad sin mas pendencia
Que si á partido llano se nos diera;
Cesó del hierro esquivo la inclemencia,
Y á Mustafá, que de nosotros era
Tenido por un tigre fiero hircano,
Ser vimos vencedor manso y humano.»

Aquí pensaba dar fin á su cuento
El preso turco, cuando cautamente
Se le mandó dijese con qué intento
A Mustafá dejaba en lo presente;
Si acaso publicaba estar de asiento,
Con qué aparato y número de gente;
Y si Piali-Bajá partir queria
A invernar, como el tiempo requeria.

Respondió: «La intencion no comprehendo
Del victorioso turco por ventura,
Mas lo que todos vieron, vi y entiendo,
Y eso os diré hablando verdad pura:
Él queda la ciudad fortaleciendo,
Y no con menos brio lo procura
Que procuró batilla y conquistalla;
Señal de que le mandan conservalla.

»Puesto que en los asaltos porfiados
Gente perdió, se halla en esta hora
Con veinte mil finísimos soldados,
Que saben pelear antes de agora;
Ricos, abastecidos, bien armados,
Como hueste en efeto vencedora;
De la armada tambien deciros quiero
Que se dice que irá al invernadero.

»A la rica ciudad de Constantino
Irá sin le faltar bajel ni fusta,
Para que, en calentando el táureo signo
El sol pujante, vuelva á Famagusta,
Si no se rinde agora de camino,
De miedo, y esto dicen que se ajusta
Al gusto de Selim; lo cual yo creo,
Pues verisímil es á cuanto veo.

»Esto es ¡oh caballeros! cuanto puede
Este captivo mísero deciros,
Sin que en su pecho por malicia quede
Otra alguna verdad de que advertiros;
Suplícoos pues, que ya que el mundo ruede
Ejercitando contra mí sus tiros,
Ya que los hados no me sean amigos,
Me seais piadosos enemigos.»

Oido aquel suceso compatible,
Y de las cosas el presente estado,
A todos pareció ser convenible
Tener consejo sano y acordado;
En el cual se hallaba el invencible
Marqués de Santa Cruz, porque enviado
Con los demás caudillos fué al efeto,
Como varon tenido en gran conceto.

El parecer del ínclito romano
Y el del prudente sucesor de Andrea,
A quien la gran ciudad que fundó Jano
Debe la libertad de que hoy se arrea,
Están conformes en alzar la mano
De aquella empresa, por mejor que sea,
Pues que su comision no se extendia
A mas que socorrer á Nicosía.

De su facundo discurrir no trato,
Porque fuera hacer larga la historia;
Mas no quedó el ejemplo de Torcato
Severo de traerse á la memoria,
Y otros avisos de ejemplar recato,
Demás que el marinero insigne de Oria
Del tiempo con razon poco fiaba,
Porque ya el Orion amenazaba.

Y el bravo escorpion alzado habia
Su cabeza al ardor del gran planeta,
Y Vertuno á la forma se volvia
En que engañó á la simple joveneta;
Las nubes arrojaban cada dia
Furiosas lluvias, no por línea reta,
Mostrando con rigor mas que importuno
Eolo su fuerza, y su poder Neptuno.

Mas no faltaban causas de otra parte
Al de la señoría veneciana,
Para alegar, clamando como parte,
Que no volviese atrás la union cristiana;
Él de Bazan, en armas nuevo Marte,
Gloria y honor de la milicia hispana,
Oidos los demás razonamientos,
El suyo declaró en tales acentos.

«Bien me parece á mí, claros varones,
Las órdenes en todo ser cumplidas,
Mas si al mudar de tiempos y ocasiones
Se ofrecen á su intento otras salidas,
No deben siempre ser las comisiones
Tan al pié de la letra obedecidas,
Que por dejar los hombres de extendellas,
Se pierda el fruto que se espera dellas.

»Si el vicario de Cristo y el rey mio
Nos mandaron hacer esta jornada
Contra el mahometano poderío
A dar favor á Nicosía sitiada;
¿Quién quita que no esté á nuestro albedrío
Mirar si puede ser recuperada,
O meter guarnicion en Famagusta,
Pues no será demanda menos justa?

»Aquello es útil, esto se requiere,
Y lo uno y lo otro, en la sustancia,
De nuestras comisiones no difiere;
Y así, pido se haga con instancia;
Que si en fortuna el mar permaneciere,
Menor es de aquí á Chipre la distancia
Que la que habrá de aquí al reino latino,
Perdiendo la ocasion, tiempo y camino.

»Ni apruebo la gentílica altiveza
De la dura ambicion de los romanos,
Que por fama dejar con aspereza
Seguian los extremos de profanos;
No mereció del hijo la fineza
Ensangrentar las paternales manos,
Si la hambre cruel de vanagloria
No quisiera triunfar de su victoria.

»Vamos á restaurar, que es lo mas cierto,
O á prevenir el daño venidero,
Que Chipre nos dará acogida y puerto
Para tener seguro invernadero;
Y si el suceso tiene algo de incierto,
En eso está el blason mas verdadero,
Que oficio es del esfuerzo poderoso
Tener buena esperanza en lo dudoso.»

Estas palabras casi concluyentes
Don Alvaro Bazan allí propuso;
Mas, bien mirados los inconvenientes,
Quedará un sabio con razon confuso.
¡Cuán bien esto sintió el que á sus oyentes
Cinco años de silencio dió por uso!
El cual dijo que puede la elocuencia
Por dos partes probar cualquier sentencia.

En efeto, se estuvo á la primera,
Y dió la vuelta la cristiana armada,
Sin que se le ofreciese en la carrera
Cosa digna de ser aquí contada;
Ya Mustafá y Piali su fuerza entera
Apercebian para la jornada,
Porque por mar el uno, otro por tierra,
Piensan notificar la nueva guerra.

A un mismo tiempo el uno el agua hiende
Y el otro marcha, ajenos de recelo,
Hasta que Famagusta ve y entiende
Que el uno cubre el mar, el otro el suelo;
Ya la turquesca muchedumbre atiende
A levantar trincheas hácia el cielo,
Sentar real, plantar artillería,
Con algazara y muestras de osadía.

Está aquella ciudad puesta á levante,
Hermosa y opulenta á maravilla;
Es á forma de un arco semejante,
Cuya cuerda al mar hace de la orilla:
Y aunque su fuerza no era antes bastante
A poderse oponer á tal rencilla,
La prevencion y claro desengaño,
La pudieron armar contra su daño,

Con armas, vitúalla y con pertrechos,
Y la industria de un par de paladines,
Cuyos nombres después contaré y hechos,
Que abrazarán del orbe los confines;
Mas ya en esta sazon los viles pechos
Del Burgo y de la fuerza de Cerines,
Que del reino tenia el tercer grado,
Vinieron á rendirse de su grado.

Mustafá les mandó prestar bajeles,
Para pasarse á la famosa Creta;
¡Mal haya quien se fia de infieles,
Infames profesores de vil seta!
El mismo, usando términos crueles,
Les ordenó traicion por via secreta,
Echándoles galeras al camino,
De quien mortal estrago les provino.

Mas, visto por los turcos generales
Que el conseguir la empresa comenzada
Les tiene de salir por sus cabales,
Y que ha de ser sangrienta y porfiada,
Porque las asperezas invernales
No ofendiesen al campo ni á la armada,
El campo se alza y busca alojamiento;
La armada espera velas y buen viento.

Al tiempo que el despojo repartido
Fué conforme á su usanza entre la gente,
Con eleccion curiosa fué escogido
Para su emperador un gran presente;
De los mozos el bando mas lucido
Con el de las doncellas que al presente,
Por su desdicha grande, eran mas bellas,
Y niñas hermosísimas con ellas.

Juntas así las inocentes almas,
Que quinientas en número serian,
Con altos gritos y batir de palmas
Lloraban la miseria en que se vian;
Un galeon de mas de seis mil almas,
En que ya encarceladas las tenian,
Con la armada á partencia se aprestaba,
Soberbio por la carga que llevaba.

Capaz era bien cuanto dos maonas;
Pues, demás de otros cargos sustanciales,
Dos millares y medio de personas
Iban en él, y mas dos mil quintales
De pólvora, á quien Martes ni Belonas
Los ímpetus resisten infernales,
Y llega la costumbre temeraria
A no tenella casi por contraria.

El cañon reforzado de crujía,
Tras un vellon humoso, da un tronido;
Ya la gente de mar, al mar se avia
Al son de la trompeta conocido;
Ya el presuroso silbo desafia
Al mísero escuadron al remo asido,
Ya el ancora mojada en proa estanca,
Ya dice el pito: «Apriesa boga, arranca.»

Cuando impelido del salado asiento
El grande galeon de las captivas,
Voló por el diáfano elemento,
Resuelto de improviso en llamas vivas.
Aquí tiembla la voz, falta el aliento,
Y sobran ocasiones compasivas,
Aunque si el contemplar se alza del suelo,
No faltan otras muchas de consuelo.

Mas, condolido en fin de tanta muerte,
O consolado de que el lustre griego
No llegase, viviendo, á peor suerte,
Puesto en la sujecion del turco ciego;
¿Quién me dará la voz de metal fuerte
Para exprimir el trance á que ahora llego?
¿Quién me dará el decir con eficacia
Que al vivo represente tal desgracia?

Subió, rompiendo la áspera violencia,
Por los vacíos aires, de manera,
Que el fuego material llegó á su esencia,
Turbando el órden de la cuarta esfera;
Sintió el puro elemento tal licencia,
Porque esta sola vez fué la primera
Que las llamas tuvieron osadía
De penetrar su excelsa monarquía.

Cesó, aunque tarde, aquel subir violento
De las corpóreas cosas inflamadas,
Y el natural y proprio movimiento
Las comenzó á bajar precipitadas;
Llovia horrible monstruo humor sangriento,
Brazos, piernas, cabezas destrozadas,
Cuerpos sin forma, espadas, coseletes,
Hierro, plomo, arcabuces, bronce, almetes.

Atónitos los turcos del extraño
Portento, en su principio á verlo estaban;
Mas ya con otro nuevo y mortal daño
De la inaudita lluvia se guardaban,
Y de otros dos bajeles del rebaño,
Que llamas bramadoras aquejaban,
Gime y grita la gente sarracena,
Algunos de dolor, otros de pena.

Resta inquirir agora sagazmente
Qué causa tuvo aquel terrible efeto,
Qué descuido, cautela, ó qué accidente
Puso los turcos en tan grande aprieto;
Pues hasta agora el tiempo no consiente
Saberse la verdad deste secreto,
Ni es mucho que el incendio extraordinario
Se haga della eterno secretario.

Dice un poeta dulce lusitano
Que nació de amorosa competencia;
Oyólo así decir de mano en mano,
Y así el creello estuvo á su advertencia;
Mas, puesto caso que de amor tirano
Tan absoluta sea la potencia,
De lo mas verisímil yo me aviso
Que ni pudo hacello ni lo quiso.

Si Mustafa y Pialí por una esclava,
De celos invidiosos, padecieran,
¿Cuánto con mayor rabia al que quedaba
El corazon y el alma le partieran,
Que al otro que la armada gobernaba,
Cuyos deseos presto se cumplieran,
Y á no conseguir mas que el ir presente,
Su vida fuera, y muerte del ausente?

Y dado que pasion tal le forzara
A dar algun autor al grave dolo,
Astuto y elocuente le buscara,
Cual dicen que Mercurio fué y Apolo;
Que mal tan gran negocio efetuara
Quien mirar no supiera por sí solo,
Ni de hombre que pecara de ignorancia
Secreto se fiara de importancia.

Mas, pues que del orígen verdadero
No se alcanza á tener cierta noticia,
Y el caso cuanto horrible y lastimero
Pone de lo entender mayor codicia,
Presúmase que acaso un marinero
O soldado mal plático en milicia
La lumbre puso en parte peligrosa,
De donde resultó la llama odiosa.

Y si la juventud y hermosura
Que allí iba al peligroso captiverio
Nos muestra por católica lectura
Que no carece el punto de misterio;
Crea quien la verdad saber procura
Que el alto Criador del sumo imperio
Quiso librar así el bando cristiano,
Y castigar los citas de su mano.

Que lágrimas con fe y amor vertidas
Pueden hacer que el mismo mar se encienda,
Y quejas justas son de Dios oidas,
Y hallan hasta el cielo abierta senda;
¿Quién quita que las almas atrevidas
De aquellos que en pecar no tienen rienda,
Forzando no estuviesen las doncellas,
No parando la fuerza en solas ellas?

Y ¿quién duda que en son triste y lloroso
No llamasen á Dios, padre y abrigo,
Y que él, como tan justo y piadoso,
Socorro diese al bien, y al mal castigo?
Partió Piali del puerto temeroso,
Llevando las demás velas consigo;
Mustafá se quedó, que no debiera,
A esperar la siguiente primavera.

CANTO XIV.

Los turcos ponen en ejecucion la muerte de Abenhumeya. Alzan á Abenabo por su rey. Huzen, capitan turco, se enamora de Zara, y es causa de la muerte del reyecillo. Diego Alguacil, su primer enamorado, sale en campaña con su competidor. Abenabo cerca á Órgiva, y el de Sesa la socorre con dificultad.

Dije, digo y diré mientras viviere,
Que el alto cielo el bajo mundo mira,
Y que si, mal obrando, alguno fuere
Protervo en provocar su justa ira;
Si yerros sin enmienda cometiere,
Vendrá á ver cierto que á su daño aspira;
Que si el castigo tarda de la ofensa,
La graveza es mayor y recompensa.

Los grados crecen de la justa pena
A la medida de la injusta culpa;
Estréchase la cárcel y cadena,
Y arráigase el error que agravia y culpa,
Si el malhechor con tiempo no refrena
Sus afectos, y atiende á la disculpa
Y penitencia, que es por ley divina
De los vicios reparo y medicina.

No permitiendo ya el Jüez eterno
Que Abenhumeya, violador profano,
Concitado de furias del infierno,
Turbase mas el crédito cristiano,
Ordenó que su vida y mal gobierno
Acerbo fin tuviesen por la mano
Del escuadron armado de Turquía,
Que mas estableció su tiranía.

Habian ya las ruedas estrelladas
A la mas alta sumidad subido
Del zenit, y las horas dedicadas
Del sueño á su mitad justa venido;
Las ansias veladoras, entregadas
Al reposo profundo y dulce olvido,
Daban lugar á míseros mortales
A mitigar sus quejas desiguales;

Cuando la gente de Abenabo entraba
En Andarax, armada de cautela,
Fingiendo todo aquello que importaba
Para engañar la simple centinela;
La casa entraron do el tirano estaba,
Que de peligro tal no se recela;
Mas luego despertó al batir violento
Que en las puertas sonó de su aposento.

Rotas y puestas siendo por el suelo,
Saltaron dentro algunos principales.
Cuando así les vió entrar el reyezuelo
Reconoció el extremo de sus males;
Corrióle por las venas mortal hielo,
Y turbado habló palabras tales:
«¿Qué ley consiente que con fuerza fiera
Mi casa quebranteis desta manera?

»De turcos no son estas obras dinas,»
Dijo; mas quedó luego enmudecido,
Porque una de dos torpes concubinas,
Con que vilmente estaba entretenido,
Prisiones le echó al cuello alabastrinas,
Y á su competidor le dió rendido,
Que era Diego Alguazil, así como ella
La viuda deshonesta cuanto bella.

Después que le tuvieron maniatado,
Diciéndole palabras injuriosas,
Las cartas le mostraron del tratado
Los turcos y las partes cautelosas;
Él responde, quejoso y espantado,
Que está inocente y salvo en tales cosas,
Y que es dellas autor, parte y testigo
Diego Alguazil, su pérfido enemigo.

La letra conoció de su sobrino,
Clamando que tambien le era adversario;
Mas todos, obstinados, al mezquino
Trataban con rigor extraordinario.
Caso fué cierto de memoria dino,
Y grande ejemplo deste mundo vario,
Que nadie en su favor armas tomase
Ni sola una palabra pronunciase.

Verdad es que la gente conjurada
Notificó al ejército al momento
La causa contra el Rey averiguada,
Que al punto le movió á furor sangriento;
Estaba la materia preparada
Para moverse el vulgo á cualquier viento,
Por odio en especial contra una vida
Molesta en general y aborrecida.

Los capitanes citas en presencia
Del anciano Abenabo, su pariente,
Y de otros, ordenaron la sentencia
Sin admitir excusa al delincuente;
Condénanle á morir, y él, sin paciencia,
Dice que no es en juicio competente;
Que apela para el turco poderoso
De agravio tan cruel y escandaloso.

De parte de Mahoma les protesta
Que admitan sus excusas y defensas;
Mas, como no era dilacion aquesta
De que esperar pudiesen recompensas,
Solo el callar le dieron por respuesta;
Y sin tener las cosas mas suspensas,
En sus bienes y casa saco dieron,
Y toda su hacienda repartieron.

Sus mujeres tambien, que eran cuarenta,
Partieron, y Alguazil sin lite ó suerte
La viuda pensó haber; mas otra cuenta
Hace el turco Huzen, amante fuerte;
El viejo amante de pesar revienta,
El nuevo de coraje siente muerte,
Y así, en las contenciones porfiadas
Quisieron meter mano á las espadas.

Templa Abenabo el fuego que se emprende,
Tomando en sí el depósito seguro,
Y la contienda de los dos suspende
Para tiempo y acuerdo mas maduro.
Ya el nuevo sol sus hebras de oro tiende
Y quita la tiniebla al aire puro,
Volviendo á cosas grandes y menores
Sus formas, sus matices y colores.

Este fué el triste y aciago dia
Que los precisos hados señalaron
Por último á la vida y tiranía
De aquel que los moriscos coronaron;
Y porque mayor fuese su agonía
Al eunuco por rey ante él alzaron,
Aunque mostró de veras rehusallo,
Mas no dejó en efeto de acetallo.

Abenhumeya, viendo ya cercano
El remate infelice de su vida,
Al airado escuadron mahometano
Así habló con voz entristecida:
«Pues mi destino quiere que temprano
Haga del mundo la última partida,
Y son mis enemigos capitales
Los vasallos que tuve mas leales,

»Yo ofrezco á mi desdicha mi paciencia,
Y pongo en vuestras manos descreidas
La injusta ejecucion de la sentencia,
¡Oh infames y alevosos patricidas!
Mas si de la divina Providencia
Las justas quejas suelen ser oidas,
Ante Dios justo emplazo tu persona,
¡Oh Alguazil y fiscal de mi corona!

»Y pido con las ansias y pesares
En que por tí, cruel, morir me veo,
Que en semejante fin como yo pares
Primero que se cumpla tu deseo,
Y acabes, cuando menos lo pensares,
Por la misma ocasion que fuiste reo;
Que oficio es natural á la justicia
Los fines prevenir de la malicia.

Designios, ambicion, vana esperanza
Que vivistes en mí, morid conmigo,
Y quede al mundo desta remembranza
En mil siglos la fama por testigo;
No pido de vosotros yo venganza,
¡Oh turcos! porque el cielo es mi enemigo,
Y sé bien, por mi mal, que dél proviene
La grave indignacion que así me tiene.

»Y pues con vergonzosa soga al cuello
Me teneis, como á can rabioso esquivo,
Yo entiendo cierto, y no me engaño en ello,
Que no me ha puesto así vuestro motivo;
Ira es de Dios, así debo creello,
La que se venga de mi ardid nocivo,
Que á la soberbia y altiveza mia
Tal género de muerte se debia.

»Por tanto, mi intencion descubrir quiero
En esta hora terrible postrimera,
Y es que en la fe de los cristianos muero
En la cual hasta aquí vivido hubiera,
Sin que aceptara el cetro lisonjero,
Ni contra España en armas me pusiera,
Si del rey don Felipe los jüeces
Verdugos no me fueran tantas veces.

»Rompiéndome los fueros y homenaje
Que por derecho y ley pertenecia
A mí, que, siendo de real linaje,
Por ser cristiano no desmerecia;
Y no que se extendió el odioso ultraje
A tal extremo con deshonra mia,
Que el puñal de la cinta me quitaron
Y de uso de armas me inhabilitaron.

»Tambien agravios á mi padre hechos
Me provocaron á tomar venganza;
Mas ¿qué daños me trae ni qué provechos
Callar ó referir mi mala andanza?
A tí me vuelvo en trances tan estrechos,
Oh Abenabo, y aun llevo confianza
Que, como me sucedes en la suerte,
Seguirás las pisadas de mi muerte.

»Y vosotros, fierísimos sayones,
Que añudastes la soga á mi garganta,
No dobleis mis tormentos y aflicciones
Tirando sin compás con furia tanta;
El ñudo flojo aprieta mis pasiones;
Ya le apliqué mejor, ¡oh cómo espanta
De la implacable parca la figura!
Oh, cómo es triste y llena de amargura!»

Esto dicho, cubrió el lloroso gesto,
Y concertó la ropa al mismo punto,
Queriendo, segun pienso, ser en esto
Del dictador romano fiel trasunto;
Los dos ministros del ramal funesto
Tiraron hasta tanto que, difunto
El cuerpo, entre sus piés atormentado,
Del alma y del calor quedó privado.

Tal fué de don Fernando el fin astroso,
El que se osó llamar rey en España,
El que le dió cuidado trabajoso
Sustentando con armas ley extraña;
Sin duda fué tirano mas famoso
Cuanto mayor tragedia le acompaña,
Y su misma caida miserable
Nos da ocasion mayor que dél se hable.

Favorables pronósticos y agüeros,
Salud, edad y sangre generosa,
Correspondencias, armas y dineros,
Fragosas sierras, gente belicosa,
Autoridad, poder, rentas y fueros,
Todo paró en desdicha vergonzosa,
Pues de lo dicho solo ha resultado
Un mísero cadáver ahorcado.

Si el fin de Abenhumeya dió mancilla,
A lo menos guardóse buen secreto,
Bien que todo el real se maravilla
De ver prostrado así su rey eleto;
El sucesor mandó á cierta cuadrilla
Que al cuerpo de su príncipe indiscreto
Sin pompa diese pobre sepultura
Con el silencio de la noche escura.

El sol hizo en poniente su jornada;
Y así, se efetuó el enterramiento;
Abenab la guardia acostumbrada
Mandó se armase, y fué hecho al momento,
Porque antes habia sido desarmada
Para mejor asegurar su intento,
Mientras la ejecucion de la sentencia
Pudiera tropezar en resistencia.

Voló la noche y vino la mañana,
Levantóse del lecho el moro anciano,
Y hecha la zalá mahometana,
Mandó unir su consejo bien temprano;
Concurrieron los dél con mayor gana
Porque es la novedad al vulgo vano
Un cebo natural y golosina,
De que padece hambre y sed canina.

Dieron al nuevo rey la norabuena,
Y él la aceptó, mostrando en el semblante
Una afabilidad grave y serena,
No sin alguna muestra de arrogante;
Después en alta voz el aire atruena,
Y atento el auditorio circunstante,
Claramente se oyó en algarabía,
Que, vuelto en castellano, así decia:

«Cuán léjos de ambicion y de codicia
Haya subido al grado en que me veo,
Sobra seria grande de malicia
Dejallo de entender, segun yo creo;
Y pues de Abenhumeya la avaricia,
La crueldad en obras y deseo,
Su instable condicion y desconciertos,
Son causa de que yazga entre los muertos,

»Yo os admito debajo de mi amparo
Como vosotros me lo habeis pedido,
Aunque rehusa el alma, viendo claro
El mar de enojos en que soy metido;
Si no fuera de mí con amor claro
Vuestro glorioso aumento pretendido,
Si mas que al vivir proprio no os quisiera,
Morir y no reinar por bien tuviera.

»Ya pues, que vuestra instancia y mi destino,
Y el mas que paternal amor que os tengo,
Me obligan á emprender este camino,
Oid de qué manera me prevengo:
En cuanto á lo primero, determino
Que á dar cuenta del cargo que sostengo,
Al rey de Argel embajador se haga
Que desta novedad le satisfaga.

»El es tan sabio y rico de prudencia,
Que verá la justicia que me abona,
Y ratificará vuestra sentencia,
Aprobando lo hecho y mi persona;
Venida de su parte esta licencia,
Solenemente me daréis corona,
Con las demostraciones que requiere
El caso, y que mejor os pareciere.

»Entre tanto en Alá espero y confio
De seros tal, que la experiencia pruebe
Que el cetro engerto en este brazo mio
Con vientos de fortuna no se mueve;
Raices de odio tan profundas crio
Contra aquella nacion fiera y aleve
Dentro en mi alma, que la saña fuerte
En fuego ardiente de ira la convierte.

»Y así, no hallo términos humanos
Que á mis enojos puedan ser iguales,
Ni cura, sino es sangre de cristianos,
Que aplaque mis tormentos desiguales:
¡Alto! sus! todo el mundo apreste manos
Contra sus enemigos capitales,
Y háganse correos diligentes
Que vayan avisando nuestras gentes.

»Escribanse á los bravos capitanes
Que repartidos andan militando,
De mi indigno pariente los desmanes,
Y el mal que á todos iba fabricando;
Sepan que ya se acaban sus afanes,
Pues que Mahoma está tan de su bando,
Que él desde el cielo, y yo desde la tierra,
Quiere que mantengamos esta guerra.»

Ási hablaba el bárbaro insolente;
Mas daba á su altiveza buen sonido
La firme opinïon que de valiente
Habia por sus hechos adquirido;
Un rumor entre el cónclave se siente
De aplauso, semejante á aquel rüido
Que causan las corrientes caudalosas
De rios entre sierras peñascosas.

Mas luego Carbaji desta manera
Puso fin al bullicio, respondiendo:
«Aunque otros hay delante á quien debiera
Reconocer ventaja en lo que emprendo,
No sufre, oh Rey, mi lengua verdadera
Callar mas cuanto dellos y mi entiendo;
Y así, respondo á tu razonamiento
Con tu licencia y su consentimiento.

»Tus manos todos con lealtad besamos
Como vasallos tuyos verdaderos,
Y tanto ya de sello nos preciamos
Como otros de ser reyes herederos;
Debémoste las vidas que gozamos:
Tú nos libraste de los desafueros
Del mal aconsejado primo tuyo,
Que tiene justamente el pago suyo.

»Mas no tú la ocasion de recelarte
De que haya quien se engañe imaginando
Que por negociacion, astucia ni arte,
Hayas de nos así alcanzado el mando;
El mismo reino debe á ti buscarte,
Huyendo de otros que le van buscando,
Como aquel invitísimo romano
En otro tiempo á Numa y á Trajano.

»Que si virtud á aquellos coronaba,
Á ti virtud y sangre juntamente
Hacello deben, sin que invidia brava
Ose poner en ello inconveniente;
Pero, pues tu modestia nos agrava
A esperar del de Argel firma patente,
Aquí nos obligamos á traella,
Pues no ha de costar mas que el ir por ella.

»Y yo fuera el autor de la embajada;
Mas quiero no partirme desta tierra
Hasta dejar tu causa asegurada
Y verte obedecido en llano y sierra;
Después yo me profiero, si te agrada,
A ir á levantar gente de guerra,
Moviendo en tu favor la Africa adusta,
Nacion feroz, armígera y robusta.

»Despáchese quien vaya de presente
A llevar tu elecion, y demás desto,
No quede capitan ni pueblo ausente
Que, como ordenas, no se avise presto;
Tú envia á mandalles absolutamente,
Y déjanos el cargo en todo el resto;
Que escribiendo harémos el oficio
Que importa al bien comun y á tu servicio.»

Del grato responder del otomano
Abdalla y los demás fueron contentos,
Y luego desde allí se puso mano
En aviar correos en los vientos;
Dauz al reino se partió africano,
Gran tramador de fraudes y alzamientos;
Oro llevó y captivos en presente;
Que dádivas atraen cualquiera gente.

Resultó de la dicha diligencia
Venir la aprobacion á las voladas,
Y dar al nuevo eleto la obediencia,
No solo las banderas rebeladas,
Mas pueblos que habian hecho resistencia
A recuestas de otro porfiadas;
Y así, el eunuco yendo con bonanza,
Soltaba mas la rienda á su esperanza.

Mostraba el nuevo sol su faz lucida
Cuando los electores del tirano,
Con larga cerimonia y muy cumplida
Al pueblo le mostraron, mas que ufano,
Con marlota de púrpura vestida,
Roja bandera en la siniestra mano,
En la diestra una espada alta desnuda,
Ancha de filos, y de punta aguda.

Subido en hombros, el supersticioso
Linaje así cantando le decia:
«Ensalce Dios el rey claro y famoso
De Granada y de toda Andalucía;
Viva Abdalla Abenabo poderoso;
Prospere Dios su estado y alegría,
Y su pariente santo, que es Mahoma,
Extienda sus victorias hasta Roma.»

Traido así en el campo larga pieza,
Dali y el Habaqui de oro luciente
Le pusieron corona en la cabeza
Con ademan humilde y reverente;
Carbají en el momento se adereza
Para pasar en Africa por gente;
Huzen de acompañalles se holgara
Si libre de pasiones se hallara.

Mas el amor, y mas la competencia,
En que Alguazil hacia grande instancia,
Hasta ver de Abenabo la sentencia
Le atajaban designios de importancia;
Quiso el Rey atajar la diferencia,
Las quejas, el orgullo, la arrogancia
De los dos, con hacer jüez la dama,
Y della posesor al que mas ama.

O que ella en otra parte divertido
Hubiese su aficion, ó que temiese
De su persona misma, ó del rüido
Que habria entre los dos si á uno se diese,
O que el Rey se lo hubiese persuadido,
Mas, ¿quién se persuadió que bien quisiese?
Ella se resumió al punto postrero
Con un seco decir: «Ninguno quiero.»

Oida la cruel difinitiva,
Quisieran apelar, mas no hay adónde;
No hay tribunal que juzgue ó ley que escriba
Sobre el odio ó amor que un pecho esconde;
La mesma voluntad tambien se priva
De alcanzar á saber cómo ó por dónde
A veces ama lo que aborrecia,
Y otras olvida lo que amar solia.

Pero los dos ternísimos amantes,
Aunque en el galardon fueron iguales,
Las competencias que tuvieron antes
En odios convirtieron capitales;
Mirábanse con ásperos semblantes,
Decíanse en ausencia cien mil males;
Que cuando pereció la confianza
Resucitó el deseo de venganza.

Quejábase bramando el granadino
Que, siendo deudo y amador primero,
Se le opusiese el venedizo indino
Para causalle un mal terrible y fiero;
El turco capitan de su destino
Se lamentaba porque un vil grosero
Morisco se le hubiese declarado,
Por mas deudo que fuese y mas amado.

Cada cual, entre tanto, por su parte,
Por indirectas vias solicita
Que la viuda de sí el rigor aparte;
Mas ella de lo dicho no se quita,
Preciándose de ser otra Anaxarte.
¡Oh condicion de hembras exquisita,
Que seguir los extremos apeteces
Cuando amas, y lo mismo si aborreces!

Subió el olvido y desamor de punto,
Y en ellos la discordia, de manera
Que no bastara todo el mundo junto
A poderles templar la saña fiera;
De una parte el angélico trasunto,
Y de otra atiza la cruel Meguera,
Hasta que, de agotado el sufrimiento,
En fin llegó el negocio á rompimiento.

Aplazan entre sí que cuando Apolo
De aquella parte esté del horizonte,
Secretamente, sin celada y dolo,
Juntos irán á un solitario monte,
Y allí combatirán de solo á solo,
No como Mandricardo y Rodomonte,
Pues que ninguno puede ser felice,
Ni venciendo quedar con Doralice.

La causa era el enojo vengativo,
Y la venganza el premio de aquel duelo.
Mas ya de Clicie el rostro compasivo
Perdia de vista todo su consuelo,
Cuando á la ejecucion del hecho esquivo
Salieron los amantes sin recelo;
Alfanges solos sacan al desierto,
Que estas fueron las armas del concierto.

Emboscáronse mas de una gran milla,
Cuidoso cada cual y recatado,
Hasta que se hallaron á la orilla
De un claro arroyo, junto á un verde prado,
Dispuesto sitio para la rencilla,
Y así al morisco dijo el turco osado:
«Detente, y pagarás tu devaneo;
No vayas á morir por mas rodeo.—

»Todas palabras son bien excusadas
Cuando el poder está tan en las manos,»
El andaluz responde, y con dobladas
Iras se embisten ambos inhumanos;
Nunca con las cervices erizadas
Llegaron ferocísimos alanos,
Tan bravos á llagarse con los dientes,
Como aquellos airados y valientes.

Tíranse apriesa tajos y reveses,
Mandobles y altibajos revolviendo;
Ya de almetes les sirven, ya de arneses,
Los prestos filos que andan esgrimiendo;
Como en las fraguas de los milaneses
Resuena de martillos el estruendo
Cuando el metal, ya vuelto en brasas vivas,
Armas se van formando defensivas;

Así de aquel combate violento
Resultaba un altísimo sonido
De fuertes golpes y penoso aliento
Para hacer mas fuerza detenido;
No era el herirse desta lid á tiento,
Aunque la luz del sol se habia escondido,
Por ser la noche á la sazon serena,
Y estar Delia en creciente y casi llena.

Duraba por los dos neutral la suerte,
Hasta que declinó contra el de España,
Y el scita le alcanzó con brazo fuerte
Un golpe, que en su sangre el suelo baña;
El moro, aunque herido está de muerte,
De esfuerzo sus desdichas acompaña,
Y piensa de Huzen ser homicida,
Pues tras el bien le priva de la vida.

Mas ya vigor le falta para ello,
Aunque le sobra cólera pujante,
Que la herida grave es en el cuello,
Y no menos mortal que penetrante;
No bastan ya sus piés á sostenello.
El turco, que esto ve, cierra al instante,
Y quítale el alfange de la mano,
Haciéndole postrar en aquel llano.

El moro que se ve en el angustioso
Trance, de todo ardid desamparado,
Con débil voz y tono lamentoso
Así dice á Huzen el esforzado:
«Templa la furia, turco victorioso,
Por muerto te me doy, dame algun vado,
Que si vivir me dejas un momento,
Irás mas admirado que contento.»

Y prosiguió, diciendo: «Sabe cierto
Que yo urdí con mi astucia todo el daño
Por falsos testimonios al rey muerto;
Yo fabriqué las letras y el engaño;
Zara cruel me dió camino abierto
Para el insulto del suceso extraño,
Mostrando que el amor que me tenia
Era el mas eficaz que ser podia.

»Mas su engañosa fe y pecho mudable
Me tienen cual me ves que estoy agora;
Guarte de Zara pues, la detestable,
Guarte de aquella Circe encantadora;
Hermosa es su figura y agradable
Entre cuantas profesan la ley mora;
Mas dentro vive un alma criminosa,
Como el áspide á sombra de la rosa.

»Ya el desangrado cuerpo siento frio;
El alma á la partida se apresura;
Ruégote pues, fatal verdugo mio
(Así me venzas siempre en la ventura),
Que seas vencedor en parte pio
Dando á mis huesos propria sepultura;
Serás propicio amigo al muerto triste,
Que vivo en tanto grado aborreciste.»

Apenas acabó de contar esto,
Cuando la noche del profundo olvido
Los ojos le selló con el funesto
Eclipsi del morir aborrecido.
El turco, entre alegría y pesar puesto
Por la victoria fresca y por lo oido,
Juzgó, contrapesando la balanza,
Cuán vano es el placer de la venganza.

Y tanto de mancilla lastimado
Cuanto de obligacion cortés movido,
No rehusó el trabajo, aunque cansado,
De sepultar el cuerpo fallecido;
Volvió al rëal cuidoso y disfrazado
Después que su camino habia partido
La fea hija de la madre tierra,
Que la visiva facultad destierra.

Luego que se alegró el rosado oriente
Con la prosperidad del sol lustroso,
Abenabo mandó que prestamente
Se junte su consejo belicoso,
Para dar buena traza y expediente
Al peso de negocios numeroso,
Que la sazon presente acumulaba
Y el labirinto nuevo en que el entraba.

Tratóse de hacer repartimiento
De gobiernos, condutas y alcaidías,
Reformaciones, acrecentamientos,
Por varias causas y diversas vías;
Tenia un hermano de altos pensamientos,
Siempre ambicioso, y mas aquellos dias,
Que se llamaba de su mismo nombre,
Juntó el de su profeta en el renombre.

A este de alguacil mayor dió oficio,
Que era entre ellos segundo magistrado;
Después del rey, Dalí en el ejercicio
De su cargo quedó como habia estado;
Carcax, turco animoso, que al bullicio
Habia entonces de Africa llegado,
Fué hecho capitan, y su privanza
Creciendo, fué contino á gran pujanza.

Mas en quien hace Abdalla mas mejora,
A quien mas cree y de quien mas se fia,
Es Habaquí, y el rio de Almanzora
Le comete, y tambien el de Almería;
Tierra de Baza y de Filabrés mora,
Y de Guadix, su patria, dél confia;
El marquesado todo del Cenete,
Y otros mayores cargos le promete.

Nombra á Noaybe, ya famoso hecho,
Por general en tierra de Granada;
Y en la de Vélez, con el largo trecho
Del valle fértil y Alpujarra osada,
De acaudillar le da el mismo derecho
La morisma que está en Sierra Nevada;
Lo cual hecho, despacha al moro Orcane
Para que del de Argel socorro gane.

Aunque de Carbají por cierto tiene
Que habrá llegado á despertar motivos,
Mas, como el caso tanto le conviene,
Añadir piensa estímulos mas vivos;
Y así, hace otra instancia muy solene
Con un presente grande de captivos,
No poco provechosa diligencia,
Como después se vió por experiencia.

BIBLIOTECA LEON

Armas juntaba en presas, parte habidas,
Parte de mercaderes berberiscos,
Y mandaba que fuesen repartidas
Por bajos precios entre los moriscos;
Con estas prevenciones advertidas
Juntó dellos y turcos levantiscos
Y de moros ejército pujante,
Que en número y poder iba delante.

Tenia ganada la benevolencia
De toda la comun y especial gente,
Con la afabilidad de la presencia
Y la reputacion de ser valiente;
El haber padecido con paciencia
En la persona el grave inconveniente,
En aquel poco espacio que fué esclavo,
Hacia mas bienquisto al Abenabo.

Mas el hijo de Cèsar no ignoraba
El gobierno y disignios del tirano,
Ni como al sitio de Órgiva aprestaba
Todo su cuerpo con armada mano;
Pero el orgullo el paso que llevaba
Dobló por un desastre no liviano
Que sucedió al presidio aquellos dias
En una de sus fuertes compañias.

Y fué que, habiendo de Órgiva salido
Hácia el Chel, procurando bastimento,
Gran multidud cruel de aquel partido
Le dió terrible asalto y fin sangriento;
Y asi, el barranco de áspero sonido,
Que llaman Tarascon, fué enterramiento
De todos, salvo tres, que, entre los muertos,
Por ser fingidos, no lo fueron ciertos.

De aquí tomó ocasion el moro Abdalla
Para en Castil de Ferro meter gente,
Armas, artilleria y vitüalla,
Y al capitan Leandro diligente,
Porque tenia nueva que sin falla
Vendria con socorro prestamente
Carbaji, y sustentando aquella plaza,
Habria en recebillo mejor traza.

Y sin que mas un punto se dilate,
El campo mueve con soberbia osada,
Fiando cierto que dará remate
A la conquista de Órgiva nombrada;
Barbuz, Carcax, Nacoz y el Arrendate
Llevaban la vanguardia encomendada:
Él iba en medio con tres mil de guardia;
Dalí lleva dos mil de retarguardia.

Llegó á la villa en tal órden marchando;
Y sentado el real no léjos della,
Se le fué con trincheas arrimando
Sin estimar la gente que está en ella;
Francisco de Molina con su bando
Muestra el posible esfuerzo en defendella,
Aunque el lugar no es fuerte para Marte,
Ni por naturaleza ni por arte.

Solo tenia entonces favorable
El tener á Granada á poco trecho,
Mas, por presto que el Príncipe admirable
Trató de socorrella en tal estrecho,
No fué tanto, que el bando abominable
Dejase de hacer que á su despecho
Los sitiados se viesen de manera,
Que nadie antes de vello lo creyera.

De todas partes eran aquejados,
Y á tan estrecho sitio reducidos,
Que en sus reparos ya sobrepujados,
Eran por otros muertos y heridos;
Los bastimentos casi rematados,
El agua y los pertrechos consumidos,
Mas no la lealtad y fortaleza,
Que á españoles ensalza á tal alteza.

De Bohórques Juan Alvarez defiende
Un flaco sitio con esfuerzo fuerte,
Cual bravo capitan que obrando atiende
A quebrantar los fueros de la muerte,
¡Oh fama, tú por quien el tiempo extiende
La corta vida de la humana suerte;
Del extremeño ilustre siempre canta
La gloria que los ánimos levanta!

Estaba rodeado en un portillo
De fiera turba y multitud pagana,
Con poca gente, de quien es caudillo,
Haciendo de sí muestra mas que humana;
Carga en aquella parte el reyecillo,
Persevera la lid fiera inhumana;
Tanto, que ya les faltan municiones,
Y sobran de morir las ocasiones.

Mas con ardid de extraña providencia,
Rotos algunos vasos que tenia,
Suplió dellos la plata en la pendencia
La gran falta que el plomo les hacia;
Con esta memorable resistencia
Y otras tales la villa se tenia,
Esperando el socorro, que tardaba,
Puesto que ya en Granada se alistaba.

Determinó don Juan que contra Abdalla
Saliese el nieto del que en mil naciones
La historia de sus hechos, que no calla,
De grande le da título y blasones;
Fué empresa que debió de procuralla
El Duque, pues, demás de otras razones,
Era suyo el lugar asediado,
Como ya en otra parte se ha contado.

De la ciudad de Nata, en órden puestos,
Salen seis mil infantes en campaña,
Y trescientos jinetes bien apuestos,
Contra la fuerza de Abenabo extraña;
No fueron en llegar á Órgiva prestos,
Porque la enfermedad que á ricos daña
Tocó, en llegando á Acequia fuertemente,
Al de Sesa, que della era doliente.

La dilacion por esto era forzosa,
Y urgente la ocasion de la jornada,
A cuya causa el de Austria no reposa,
Y quiere cometella á Luis Quijada;
Pero, movido de vergüenza honrosa,
El Duque prosiguió la comenzada
Empresa, aunque el dolor que le aquejaba
En todo su vigor y fuerza estaba.

A Vilches, hombre plático en la tierra,
Con ochocientos hombres ir le manda
Por lo mas escondido de la sierra,
Dejando á Lanjaron á la una banda,
Hasta el barranco que el camino cierra
De Órgiva, y que remate su demanda
Con le reconocer, y dar ahina
Aviso al buen Francisco de Molina.

Y por asegurar el presupuesto
Envió á sus espaldas otros tantos;
El los siguió después con todo el resto
Por medio de asperezas y quebrantos;
Mas dió la vigilancia aviso presto
Al enemigo, porque en todos cuantos
Montes en el distrito largo habia,
Atalaya contina se hacia.

Sabida ya del Duque la venida,
Hecha dos partes la maldita gente,
La una asiste al cerco embravecida,
La otra sale al campo, y prestamente
Dalí y Huzen la llevan repartida,
Y válense del tiempo astutamente,
Sin mostrarse á los nuestros, hasta cuando
El sol iba al ocaso declinando.

Dalí, furioso entonces, acomete
Y traba encaramuza, y al instante
Arrendate tras Vilches se entremete,
Y embócase dejándole ir delante;
Nacoz cerca del llano tambien mete
Tres banderas con maña semejante,
Y el camino de Acequia, que es llamado
De las tres peñas, toma á cada lado.

Negocio raras veces sucedido
Entre los capitanes mas famosos,
Meterse combatiendo en escondido
Lugar para sus fines cautelosos,
Sin que fuese el ardid reconocido
De tantos escuadrones presurosos,
Como ya á la sazon cerca llegaban,
Ni del que tras de sí dejar osaban.

Cayó la tarde mas, y reforzando
Dalí la escaramuza sanguinosa,
Cerca del agua, y con rigor cargando
A la parte mas agra y barrancosa,
Hizo á los nuestros irse retirando
Con esperanza vana y engañosa
De llegar sin estorbo á do creia
Cada cual que el de Sesa ya estaria.

Pero hallando en medio la emboscada,
Y léjos el socorro necesario,
Una terrible carga les fué dada
Del que á Céspedes fué cruel contrario;
A punto ya de ser desbaratada,
La gente resistió al hado adversario,
Recogiéndose á un alto, hechos fuertes,
Adonde se excusaran muchas muertes.

Si cautamente el capitan Perea
Tuviera, viendo al Duque, sufrimiento
Para no anticiparse á la pelea,
Dejando el oportuno y fuerte asiento;
Piensa atajar así, pero rodea,
Haciendo en el camino fin sangriento,
Con parte de los suyos, que, animados
De su ejemplo, murieron bien vengados.

Los demás fueron luego socorridos
Del de Sesa, y la noche escureciendo,
Los moros que Nacoz tenia escondidos
Arremetieron con asalto horrendo;
Soberbias voces, altos alaridos
Iban todo el contorno ensordeciendo,
Que ya tambien llegaban al combate
Las gentes de Dalí y las de Arrendate.

La escuridad, el caso no pensado,
Y el no saber la tierra, descompuso
Al fiel campo, que se vió atajado
Entre armas fieras y rumor confuso;
Morian sin cesar á cada lado,
Crecian la desórden y el abuso;
Los cuerpos, derribados por el suelo,
Expirando gemian sin consuelo.

La roja sangre destos, que corria
Por la fragosidad en larga vena,
La de algunos helaba, en quien podia
Mas que la honra el miedo de la pena;
Cuya flaqueza vil descomponia
La fuerza y órden de la gente buena;
Y así, los moros, con segura traza,
Muy á su salvo osaban dalles caza.

Y ejecutando su terrible saña,
Mataban y herian cruelmente,
Amancillando el crédito de España
De sus entrañas la peor simiente;
Faltaba ya en los nuestros fuerza y maña,
Tanto, que muchos vergonzosamente
A espaldas vueltas con oprobrio fuerte
Se entraban por las puertas de la muerte.

Mira el de Sesa el caso lastimero,
El error ciego y torpe retirada,
Y opónese con ánimo de acero
Al remedio de cosa tan errada;
Ya resoluto de morir, primero
Que olvidar su grandeza en todo usada,
Con facundia que al mundo leyes diera,
A los suyos habló desta manera:

«¿Adónde vais, decid, hombres perdidos,
Que tan sin rienda osais desvergonzaros?
¿Qué fantasmas os turban los sentidos?
¿Quién dellos así puede enajenaros?
Acordáos que en España sois nacidos,
Que solo bastara para animaros,
Y que lo habeis con hombres delincuentes,
Sin ley y sin razon, y no valientes.

»¿Qué se dirá en el mundo cuando suene
Un yerro de flaqueza tan culpable?
Qué edad sucederá que no os condene,
Renovando la infamia perdurable?
Qué satírico habrá que no se estrene
En morderos con ira insacíable?
Y aun las pinturas mudas tendrán lenguas
Que digan y publiquen vuestras menguas.

»Por tanto, Dios no quiera que algun dia
Pluma ó pincel me nombre ó me retrate
Por general de campo que huia,
Sin que me deje muerto en el combate.
Saltado en pié, furioso, en esto habia,
Dando con obras al decir remate;
La espada empuña y el escudo embraza,
Bravo cual toro cuando sale á plaza.»

La eficacia profunda de razones,
El vivo ejemplo y ánimo invencible
Del ínclito varon, que en ocasiones
Mostró de valor siempre lo posible,
Fueron á los turbados escuadrones
Remedio tan á tiempo y convenible,
Como lo suele ser el claro dia
Para el que en noche escura erró la via.

La vergüenza se opuso al miedo triste,
Y refrenando su desasosiego,
La gente se une, y al furor resiste
Con que la perseguia el vulgo ciego;
¡Oh Duque heróico, cuánto allí pudiste!
¿Qué romano caudillo ni qué griego
Hiciera mas que tú, pues lo incurable
Curaste con efecto memorable?

Sanaste la dolencia mas odiosa
Que puede en los ejércitos hallarse,
La mas nociva y mas contagiosa,
Y que de noche mas suele agravarse;
Mas no en aquella oscura y tenebrosa
En que esto sucedió ha de sepultarse,
Ni en las prolijas vueltas de los siglos,
Que de las cosas son crudos vestiglos.

Tu piedad y valor y tu albedrío
Admirables serán eternamente,
Y de don Gabriel, tu digno tio,
La virtud con que allí estuvo presente,
Y la constancia y generoso brio
De otro par de soldados preeminente,
Don Lüis y don Juan, que tu gran nombre
Por sangre les compete y por renombre.

¿Qué diré pues del duque, tu sobrino,
Don Lüis, flor del tronco de Cardona,
En quien, como en espejo cristalino,
El retrato se vió de tu persona?
Y ¿qué del buen don Juan el Mendocino,
Que de galan le dan nombre y corona,
En cuyo ardid esfuerzo y fortaleza
Resplandeció el blason de la nobleza?

Cada cual destos héroes, contrastando
Al ímpetu enemigo turbulento,
Y el ejército pio administrando
Segun les daba el Duque documento,
Fué causa que, marchando y peleando,
Volviese á Acequia puesto en salvamento;
Difícil y prolija retirada,
De infinitos peligros rodeada.

La media noche dicen que seria
Cuando se concluyó el dicho fracaso,
De cuyo gran momento dependia
Grave ponderacion de todo el caso;
El sol, que á otro hemisferio daba el dia,
Le trujo al nuestro desde el otro ocaso,
Y la importuna noche en esa hora
Huyó de la presencia de la aurora.

CANTO XV.

La guarnicion de Órgiva se pasa á Motril. Galera, lugar muy fuerte, se rebela y fortifica. Los moriscos de Huéscar tratan de alzarse con la ciudad. El señor don Juan y el duque de Sesa salen de Granada á buscar los enemigos.

Quien con bonanza próspera navega
No hace mucho en ser buen marinero
Ni causa maravilla cuando llega
A puerto de salud con su madero;
Mas el que con fortuna escura y ciega
Resiste al mar airado y viento fiero,
Merece, por su industria y buen gobierno,
Notable estimacion, loor eterno.

Así el que en favorables ocasiones
Acierta á obrar de sabio y de valiente,
No debe ser de mil aclamaciones
Entronizado de la humana gente;
Aquel, aquel merece los blasones
De varon invencible y de prudente,
Que el dia del trabajo y apretura
Sabe tenerse á brazos con ventura.

La cual al que persigue es cosa cierta
Privalle del mejor entendimiento,
La luz del cual pudiera, á no estar muerta,
Evitar el adverso acaecimiento,
Y así, quien en peligro urgente acierta
A valerse del buen conocimiento,
Perficiona su fama y su decoro
Como en las llamas se conoce el oro.

Resultó pues el trance referido
De no partir á hora que bastase
Para llegar al pueblo reprimido
El Duque antes que Febo trasmontase;
Engaña el tiempo al mas claro sentido,
Por mas que á la distancia le compase,
En todo aquel districto montüoso:
Tanto es agro, difícil y escabroso.

Es grande de los valles la hondura,
Impide en los caminos la estrecheza,
Detiene de los bosques la espesura,
Y ocupa de la tierra la aspereza;
Por esto se perdió la coyuntura
De meter el socorro con presteza,
Aunque solo bastó haberse mostrado
Para que en fin el cerco fuese alzado.

Porque Abdalla, temiendo que en el valle
El Duque no hiciese alguna entrada,
A la mira se vino por vedalle
Cualquiera ejecucion acelerada;
No pretende el de Sesa contrastalle,
Porque se aloja en parte aventajada,
Donde no son de efeto los caballos,
Y el moro trae gran copia de vasallos.

Dióse en Órgiva aviso del estado
En que el negocio á la sazon estaba,
Con órden de dejar desamparado
El lugar que tan caro les costaba;
Y porque el enemigo, pertrechado,
De Lanjaron los pasos ocupaba,
A Molina y su gente les convino
Para el llano Motril hacer camino.

Dejando algunas piezas enclavadas,
Que llevar adelante no pudieron,
Y otras, ni mas ni menos, enterradas,
Que á muchos enemigos muerte dieron,
Las hileras en arma concertadas,
En medio los enfermos recogieron,
Los demás embarazos y heridos;
Y así á Motril llegaron prevenidos.

Mientras el Duque el gran poder refrena
Del eunuco, por dar tiempo á Molina,
Para ponerse en salvo la agarena
Nacion, corre la tierra granadina
Por Guéjar y el Puntal, de furia llena
Baja á la Vega, y quema y arrüina
A Amaracena, y lleva maniatados
Pastores tras gran suma de ganados.

Estaba el de Austria casi que impaciente
De hallarse sujeto á comisiones,
Porque desea, y no se le consiente,
Estar presente en estas ocasiones;
Y así, manda volver al Duque ausente
Para tratar de nuevas prevenciones,
Con órden que si encuentra al moro Abdalla
Trabe con él sin falta la batalla.

Teniase nueva que el turquesco bando
Trataba de ponerse á remo y velas,
En guarnicion su osar manifestando
Dentro en un barrio de las Albuñuelas;
El Duque parte hácia allá marchando
Para contravenir á sus cautelas,
Y ver si por ventura en el camino
Encuentra al sucesor almanzorino.

Túvose por negocio averiguado
Que el enemigo campo todo el dia,
Sin ver el nuestro, caminó al costado,
Ni dél ser visto por alguna vía;
Llegó temprano el Duque, y alojado
En el barrio mejor de los que habia,
Hizo meter el otro á sacomano
Y entregar á la furia de Vulcano.

Lo mismo hizo á Restábal, y lüego
A Belajix, con otras poblaciones
Del valle, que, siguiendo el error ciego,
Daban á los contrarios provisiones;
Volvió á Granada, donde sin sosiego
Halló al caudillo en mil reformaciones,
Habiendo á Pedro de Mendoza puesto
De guarnicion con útil presupuesto.

Por ser un capitan de buena fama,
Plático en la milicia y bien nacido,
Quedó en el barrio que la ardiente llama
Dejó en las Albuñuelas no ofendido;
Seiscientos hombres que el honor inflama
Holgaron de aceptar aquel partido;
Mas entre tanto que esto aquí se traza,
Un monstruo apareció en tierra de Baza.

Porque se alzó un lugar dicho Galera,
Fuerte para ofender con violencia,
De Cartagena al paso, y por do quiera
Escabroso, y no léjos de Valencia;
Mas Huesca, ciudad rica y muy guerrera,
Sintiendo como debe esta licencia,
Por estar á una legua, en continente
De á pié y caballo puso en campo gente.

Sitió el lugar con mil y mas docientos
Infantes, sin hacer algun efeto
Mas que librar de bárbaros sangrientos
Los cristianos que estaban en aprieto
Dentro en la iglesia, cuyos fundamentos
Fueron amparo á su valor perfeto;
Ya la tercera aurora era venida,
Y Galera se está ensoberbecida.

Malaquí, que era alcaide del partido,
Dentro estaba con cien arcabuceros,
Cuyo capitan era el atrevido
Caracajol, que entró de los primeros,
El cual viendo el ejército movido
Y que marchaba ya, dió en los postreros,
Haciéndoles, dejar mal de su grado,
Gran presa que hallaban de ganado.

No sin algun desórden se retira
El campo á Huesca, donde por venganza
En los moriscos, della ardiendo en ira,
Se comenzó á hacer cruel matanza;
Muchos, huyendo como les inspira
La desesperacion y mala andanza,
Se acogen á las casas del gobierno,
Mas hallan que después les son infierno.

Arde soberbiamente el edificio,
Arden otros tambien á cada lado,
Y aquel piensa que á Dios hace servicio
Que atiza el fuego ó mata al que ha escapado;
No valen preeminencias de alto oficio
Con furia popular en tiempo airado;
Y así, el gobernador de aquella tierra
Sube los hombros, y la boca cierra.

Es Huesca una ciudad calificada,
De Murcia á los confines tiene asiento,
Y suele ser á veces mal mandada
Con menos ocasion de la que cuento;
Y aunque á los duques de Alba les fué dada
Por hechos de inmortal merecimiento,
Como ya fué de reyes patrimonio,
Muestra de quejas claro testimonio.

Mas entre tanto que otra vez previene
Armas contra un lugar tan bien cercano,
Orche llamado, que se desaviene
De la obediencia y término cristiano;
La indignacion de los moriscos tiene
Tal fuerza por pagarse de su mano,
Que mostró con peligro la experiencia
Haber sido dañosa la clemencia.

Porque algunos á quien les fué la vida
Otorgada en los ímpetus pasados,
Dieron al Malaquí dentro acogida
Con trecientos y mas de sus soldados;
Dejando con astucia nunca oida
Dentro en los lavaderos emboscados
Otros dos mil armados y escogidos,
Y para dar en Huesca apercebidos.

Ya que para partir la gente estaba,
El Padre poderoso ordenó y quiso
Que de la gran traicion que se tramaba
A tiempo se tuviese entero aviso;
La hueste que por Orche se alistaba
Volvió la furia y armas de improviso,
Y echó de la ciudad el bando extraño,
Haciéndole al salir notable daño.

Al mismo punto la emboscada gruesa
Fué asaltada con tanta gallardía,
Que no tiene la suerte por aviesa
Quien puede de salvarse hallar vía;
La gente albana de matar no cesa,
Y fuera la vitoria de aquel dia
Insigne, para cuanto el sol durara
Si como comenzó se efetüara

Mas con los berberiscos hecho escudo,
El Malaqui se opuso á la pujanza
De los nuestros, y así retirar pudo
Los suyos con mas tiento y ordenanza;
Repartióse después el vulgo rudo
Entre la multitud de su alianza,
Y en Galera se entró la mejor parte
A resistir los ímpetus de Marte.

En este tiempo el que la secta mora
Como segundo electo reedifica,
Rebelar hace el rio de Almanzora,
Que victoria en su lengua significa;
Tambien Purchena, y cuanta gente mora
La sierra de Filábres, multiplica
Sus haces, y de Baza los lugares,
Con otros muchos pueblos y aduares.

Solo Seron y Tijola faltaban,
Que son del marquesado de Villena,
Lugares fuertes que con guardia estaban
Contra la desvergüenza sarracena;
Mas Abenabo Abdalla, á quien mostraban
El hado y la fortuna faz serena,
Los conquistó, y ganó sin gran porfía
Sus armas, municion y artillería.

Desta suerte quedaron levantados
Los pueblos todos de aquel reino ilbero,
Sino fueron aquellos que apartados
Estaban por distancia mas que fuero;
Los unos, en la hoya bien guardados
De Málaga, esperaban lo postrero;
Los otros en la fuerte Serranía
De Ronda, señal daban cada dia.

Estos motivos, y la priesa ardiente
Que el buen rey nuestro tiene reforzando
El campo del de Vélez, que de gente
Se estaba en Baza entonces preparando,
Fueron espuelas para que el valiente
Fajardo, fuese cosas abreviando,
Hasta que tuvo término y manera
De ir á sentar real sobre Galera.

El Malaquí, de cauto, comprehende
Que no puede en la plaza mantenerse;
Llama á su hijo, y á escapar se atiende,
Dando honesta ocasion al acogerse;
Caracajol lo mismo ya pretende,
Pensando que el lugar querrá valerse
Del beneficio que la sierra ofrece;
Y así, les dice que esto le parece.

Respondió el vulgo que por mejor suerte
Tendrá, dentro en sus casas combatiendo,
Pasar á hierro y fuego cruel muerte
Que salir dellas á vivir muriendo.
Replica el capitan: «No es de hombre fuerte
Entregarse al rigor de muerte horrendo;
Antes flaqueza vil y aborrecida
El no osar reservarse á mejor vida.

«Tiempo teneis, sazon y coyuntura
Para libraros del presente estrecho,
Llevándoos de camino á la espesura
Cuanto os fuere de gusto y de provecho;
Que no es dejar la casa desventura,
Si las paredes yermas con el techo
Quedan al enemigo por despojo,
Pues no recibe dello mas que enojo.

»Salid pues del peligro manifiesto;
Que otros en el lugar que dejarémos,
Por nosotros vendrán á morir presto,
Como por experiencia lo verémos.»
El turco así habló; mas no por esto
Dejaron de afirmarse en sus extremos
Los moriscos; y así, después que Apolo
Trasmontó, el scita se salvó, y no solo.

Tocada una arma falsa á la una banda,
Por otra con su gente y su dinero
Sin daño se escapó desta demanda,
Y fué á do estaba el Abenabo fiero;
El cual en Guéjar residir le manda,
Donde asiste otro número guerrero
De moriscos y turcos capitanes,
Haciéndonos injurias y desmanes.

Presidio estaba hecho y guarnecido
De cuatro mil corsarios de pelea,
Y por tenelle bien fortalecido
De piedra seca alzaron gran trinchea
De monte á monte, y tanto el atrevido
Denuedo los anima y espolea,
Que, teniéndose allí contra Granada,
La tienen siempre desasosegada.

El marqués de los Vélez entre tanto
Bate á Galera con pequeño efeto,
Porque es lugar fortísimo, y á espanto
No mueve á los sitiados el aprieto.
Cuando la noche cubre con su manto
El mundo, y su bullicio está quïeto,
Saltaban fuera y con esfuerzo extraño
A su salvo hacian grave daño.

Ya de Cárlos el hijo no podia
Tolerar de Granada la asistencia,
Viendo crecer la guerra cada dia
Y de los enemigos la insolencia;
Y así, aunque á su señor y hermano habia
Enviado mil veces por licencia
De salir en persona á la campaña
A defender el crédito de España,

Esta vez con palabras lastimosas
Su intencion le mostró por un correo,
Relatando el estado de las cosas
Y la justa razon de su deseo.
«Hechura de tus manos poderosas,
Le escribe, soy, y aqueste es mi trofeo,
¡Oh católico Rey que á mil naciones
El yugo blando de la Iglesia pones!

»Aquí por te servir y obedecerte
Estoy en guarnicion como en frontera;
Mas ya, buen Rey, los hechos van de suerte,
Que arguyen mi tardanza por do quiera;
Las gentes de Abenabo han hecho fuerte
En Guéjar, y los muros de Galera
Resisten á la fuerza castellana;
El rio de Almanzora sangre mana.

»¿Qué diré del feroz atrevimiento
De la Alpujarra, donde el mismo Abdalla
Reside sin hallar impedimento,
Cuanto mas quien le pueda dar batalla?
Su campo de hora en hora va en aumento;
Toda morisca union se le avasalla,
Y sin contradicion libre campea,
Presumiendo de sí cuanto desea.

»El mar de España está desproveído,
Y no cesan los tratos africanos;
Castil de Ferro, dellos guarnecido,
Asegura la entrada á los paganos;
No trato del peligro conocido
Que en general se ofrece entre las manos
De que en esta provincia vencedora
Banderas haya de la secta mora.

»De cuyo sospechoso inconveniente,
Por ser en los principios despreciado,
Costosos gastos de dinero y gente
A tu real poder han resultado;
El mas cobarde moro es ya valiente,
Y el mas bisoño plático soldado,
Que el uso y los sucesos no siniestros
Los han hecho animosos y maestros.

»Bien sé que no está ociosa tu prudencia,
Y que saldrá de todo á claro puerto;
Mas yo ¿qué hago ya en esta asistencia,
Perdiendo de mi tiempo el premio cierto?
¿En qué pude ofender á tu clemencia?
¿Por cuál desvarïado desconcierto
No es digna de emplearse mi persona
En cuanto mas tocare á tu corona?

»Hijo y hermano de monarcas tales,
En cuya casa los divinos hados
De triunfos y victorias inmortales
Tienen tantos añales ilustrados,
¿He de estar, de la guerra á los umbrales,
Yo solo ocioso, todos ocupados?
Tu sacra majestad no lo permita;
Que á diferente vida Dios me incita.»

Oidas las recuestas del hermano,
Y la disolucion de los rumores,
Tuvo por bien el sabio Rey cristiano
De aplicar nuevas fuerzas y mayores,
Y que contra el poder mahometano
Dos ejércitos vayan guerreadores;
El uno con el nuevo austrino Marte;
Y otro con el de Sesa por su parte.

Agora pues, deidad glorificada,
Infunde en mi sentido una luz nueva;
Da son y acentos á mi voz cansada,
Y por los siglos sin cesar la lleva;
Causa mucho mayor que la pasada
Se ofrece, si, cual fénix, se renueva
Mi débil pluma en el ardor divino,
Que con mas alto vuelo ha de ir camino.

Cantaré de aquel ínclito caudillo
Los casos y notables bienandanzas,
La fe constante y corazon sencillo
Con que á Roma cumplió sus esperanzas,
Y de los que acertaron á servillo
En estas ocasiones y mudanzas,
Comprando gloria con honradas muertes,
O mucha sangre de sus pechos fuertes.

Adquirió tanto nombre por España
Del famoso mancebo la salida,
Que no es creible la frecuencia extraña
Que á sus felices hados va ofrecida;
Y así, fué necesario usar de maña
Para moderacion desta avenida,
Porque sin duda el número excediera
La justa proporcion que conviniera.

Pero mientras se unia el que bastaba
Para formar los campos señalados,
Salieron con el órden que importaba
El de Austria y el de Sesa, en campo armados.
Galera todavía contrastaba
La furia del Marqués y sus soldados;
Negocio á que quisiera bien su alteza
Acudir, si pudiera, con presteza.

Mas porque Guéjar antes que otra alguna
Empresa brevemente se allanase,
Trataron de llegar ambos á una
Cuando el sol otra vez su luz mostrase;
La noche, aunque de invierno, era oportuna
Para que sin contraste se marchase;
El de Austria se apartó á mano siniestra,
Y envió á su tiniente por la diestra.

Con órden de llegar á la mañana
Al plazo y al lugar constituido,
La via del de Sesa fué mas llana
Por camino mas corto y mas seguido;
Su alteza por los altos tierra gana,
Habiendo la vanguardia cometido
Al soldado eminente Luis Quijada,
A quien va amenazando muerte airada.

La retaguardia y la caballería
Lleva á su cargo don García Manrique,
Famoso por su cuerda valentía
Y digno de que el mundo la publique.
El guion alto en medio parecia;
Delante el bello hermano de Filipe,
Cuya invencible y poderosa mano
Habia de rendir al otomano.

Marchaban los gallardos escuadrones
Sin prestalles su luz la casta dea,
Aunque al centellear constelaciones
Celestes, algo hacen que se vea;
Echaban de sí rayos los triones,
El Arturo y cornígera Amaltea,
Y la corona de Ariadna bella,
Con toda fija y toda errante estrella.

Mas al bajar de un monte á una quebrada,
Aunque va, por ser plático en la tierra,
Guiando el buen don Diego de Quesada,
La derecha derrota, tuerce y yerra;
El Duque por la via mas trillada
Camina, ya por llano, ya por sierra;
Mas en tanto que tienen aparejo,
En Guéjar se juntaron á consejo.

Y con la brevedad que les concede
El tiempo, se resuelven en alzarse,
Y que el lugar desamparado quede
Pues nada puede en él aventurarse.
Cárganse de su ropa á cual mas puede,
Y al momento comienzan á emboscarse;
El Duque amaneció con sus banderas
A vista del lugar por trabar veras.

Su alteza léjos por camino errado;
Y así, con ardentísimo deseo
Manda que marche el campo apresurado,
Maldiciendo mil veces el rodeo;
Invídia tiene al Duque, el cual cerrado
Piensa que habrá con el linaje reo,
Como sin duda ya hecho lo hubiera
Si la plaza por ellos se tuviera.

Solos halló, sus muertes esperando,
Los viejos que, de pura edad cargados,
No quisieron seguir al otro bando,
Y así, fueron del nuestro degollados;
Mas no en tan flaca presa reparando
El orgullo y valor de los soldados,
Corrieron sin parar la sierra arriba
Tras la que de su espacio se les iba.

Alcanzóse una parte del bagaje,
Que iba guardado con arcabuceros,
A los cuales se hizo algun ultraje,
Sin valelles mostrar finos aceros;
Mas, metidos en medio del boscaje
Otros que en el tirar eran certeros,
Quitaban atrozmente á los cristianos
La vida y la victoria de las manos.

Después que al fin se fueron alejando,
Y el alcance por esto fenecia,
Se apareció de léjos, blanqueando,
Un monton que de moras parecia,
Sus mujeriles tocas relumbrando;
Mas, quien á captivar mejor corria,
Hallaba que eran moros disfrazados,
Con largos arcabuces asestados.

Conocido pues ya el costoso engaño,
A recoger tocó la seña usada,
Quedando muerto en el señuelo extraño
Con otros ocho, el capitan Quijada;
Fué el acïago anuncio deste daño
Presagio de la muerte apresurada,
Que el terno de las parcas riguroso
Ordenaba al Quijada mas famoso.

Mas el hijo de César, que distante
Amaneció de Guéjar, á él camina,
Recogido su ejército pujante
Con militar industria y disciplina;
Tal era la postura y el semblante
De aquella proporcion de imperio dina,
Que cuantos á su padre conocieron
Resucitar parece que le vieron.

Vieron la prontitud y la entereza,
El fervor, el cuidado y la apostura,
El trato afable lleno de grandeza,
Y las veras mezcladas con dulzura,
Y aquel ánimo mismo y fortaleza
Con que supeditaba la ventura;
Y así, de admiracion y de alegría
La hueste esfuerzo nuevo recebia

El sol estaba en el meridiano
Cuando al presidio entró lleno de amigos,
Y mostró, de hallarle ya en su mano,
De algun desabrimiento mil testigos;
Quedó su corazon, mayor que humano,
Por no hallar allí los enemigos,
Como el que aplica á golpe, fuerza y brio,
Y el brazo ofende cuando da en vacío;

O como el que, jugando recio juego,
Le vienen cartas con que se desquite,
Cuando el competidor se rinde luego,
Perdiendo el vale sin querer embite:
La retirada del linaje ciego
Abdalla malamente la permite,
Que, estando en Válor, ve llegar huyendo
Los que imagina en Guéjar ofendiendo.

El semblante pacífico y severo,
Con el mortal veneno de la ira
Vuelto en atroz, abominable y fiero;
A quien mas le conoce mas admira;
El tono de la voz blando y entero,
Alterado y feroz saetas tira
Contra los capitanes fugitivos,
Que á la sazon les pesa de ser vivos.

«Hombres, les dice, prevaricadores,
Ingratos al favor de la fortuna,
¿Quién ha hecho jamás tales errores
En cuanto mira la triforme luna?
Cuando iban vuestros hechos á mejores
¿Quisisteis declinar todos á una,
Mis hados venturosos olvidando,
Y mis enojos juntos provocando?

»¿Pudo un mancebo, de experiencia falto,
Que enemigos no vió en toda su vida,
Moveros á huir con sobresalto
Por el nombre no mas de su venida;
Y no os detuvo de mi poder alto
La fuerza, por España tan temida,
A no precipitar el buen estado,
Que tarde será ya recuperado?

»Puede tanto en los casos de la guerra
De la reputacion el fundamento,
Que en ella sola el bien ó mal se encierra,
Como en poderosísimo instrumento;
Temblaba de vosotros ya la tierra,
Hecha por vuestros brazos mar sangriento,
Porque de vuestra parte guerreaba
La fama, que el poder os aumentaba.

»Y pues el de mi campo todo junto
Sabeis que estaba para socorreros
En cualquiera peligro puesto á punto,
No hubiera sido mucho entreteneros;
Y no, sin darme parte en solo un punto,
Sobre tan arduo caso resolveros,
Hechos todos, de puro pusilánimes,
Para mayor condenacion, unánimes.

»No como los vecinos de Galera,
Que, de experiencia en armas careciendo,
Sus murallas defienden de manera,
Que el enemigo les está temiendo;
Cuando otro freno allí no os detuviera
Sino el ejemplo que os estoy diciendo,
Debiérades ser rocas inmovibles,
Aunque las ondas fueran mas terribles.

»De vosotros ¡oh turcos! mas me espanto,
Linaje en armas claro y preeminente,
Y de vos, ¡oh africanos! que en espanto
Soleis meter á España fácilmente,
¡Haber agora descuidádoos tanto
En cosa que descuido no consiente!
¡Oh gran vergüenza de las canas mias,
Acábense mis quejas y mis dias!

»Si he verme en poder de los cristianos,
Yo os pido por notable beneficio
Que luego ensangrenteis en mí las manos,
Haciendo de mi vida sacrificio;
Quiero morir á hierro de otomanos,
Pues que de rey me dieron el oficio,
Antes que verme sin estado y nombre,
Sujeto á quien me priva de ser hombre.»

Así acabó, dejando el auditorio,
Parte contento y parte entristecido,
Porque, de ajenos yerros es notorio
Hallarse el que no es parte envanecido.
Mas, antes que en el grande consistorio
Fuese el largo silencio interrumpido,
Noayte, alcaide turco, de esta suerte
Aplaca al fiero Abdalla la ira fuerte:

«Pues la disculpa de esta gente y mia
A tí, Abenabo, importa que sea buena,
Y á toda la presente compañía,
Que de pensallo está quizás ajena,
Presta á mi informacion audiencia pia,
Y atenta cada cual que nos condena,
Que si culpa de infamia nos manchase,
¿Quién duda que en comun no redundase?

»Tú y los demás que son por tí regidos,
Un cuerpo somos de sus miembros hecho,
A una esperanza vamos atenidos,
Comun nos es el daño y el provecho;
Y así, Rey y soldados escogidos,
Holgáos que alegue yo de mi derecho
Por mí y los mios, pues no es parte poca
La que del caso á cada cual le toca.

»En cuanto al miedo que nos ha imputado
Tu dignidad real, estoy seguro
Que nos disculpará el tiempo pasado,
Cuando lidiar nos veas el futuro;
Nunca el vigor nos ha desamparado,
Por Mahoma y Selim invicto juro;
Cual siempre fuimos, somos y serémos,
Aunque la tierra mueva sus extremos.

»Las causas que á partirnos de aquel puesto
Y venir á tu campo nos movieron,
No de algun aparente presupuesto
Ni de flaqueza infame procedieron;
A todos nos fué claro y manifiesto,
Por tus espías, que nos lo dijeron,
Que de Guéjar salian á la empresa
Por dos partes el de Austria y el de Sesa.

»Y que tras sus banderas se movia
Con el último esfuerzo toda España,
Que voluntariamente se ofrecia
A salir á buscarnos en campaña;
Por tanto, á tu corona no cumplia
Tal ímpetu esperar sino en montaña,
Donde, inútiles siendo sus caballos,
Podamos, como siempre, contrastallos.

»Parecióno tambien cosa acertada
Que en Guéjar no hiciese pié la guerra,
Por estar á las puertas de Granada,
Si bien puesta á las faldas de la sierra,
Porque la gente flaca y regalada,
Si tal comodidad no se les cierra,
Podrá tener la guerra por sufrible;
Lo cual de otra manera es imposible.

»Galera es muy mejor que se sustente,
Por ser, como es, en sitio inexpugnable,
De Murcia y de Valencia puesta en frente,
Que es circunstancia bien considerable;
Asalte el hijo de Austria vanamente
A Guéjar, lugar yermo, inhabitable,
Y obliguese á tenello guarnecido,
De su primer disignio divertido.

»Si dejaran su patria los troyanos,
Por no osarse oponer á los atridas,
Fueran con gran razon, de los humanos
Sus famas para siempre aborrecidas;
Lo mismo se entendiera en los romanos
Y en cualesquier ciudades, que, vencidas,
Fueran del vencedor clara victoria,
Divulgando en el mundo su memoria.

»Mas Guéjar no es el fin que se pretende
Conseguir de tan ásperas cuestiones,
Ni patria generosa que se ofende
De recebir extraños escuadrones;
La sierra que entre riscos nos defiende,
Y ofrece aventajadas ocasiones,
Es madre de nosotros amorosa,
Madrastra de cristianos rigurosa.

»No debe el peregrino caminante
Servirse del estar en las posadas
Mas que para poder ir adelante,
Prosiguiendo por órden sus jornadas;
Y seria un error exorbitante
Perder en ellas horas mal gastadas,
Mejorando la fábrica de asiento;
Cosa tan diferente de su intento.

»Así, nosotros caminar debemos,
Tras de una vida alegre y descansada;
Lugares de camino ocuparémos,
Segun parescerá cosa acertada,
Sin que á los defender nos obliguemos
Si tenellos en pié no nos agrada;
Nuestros brazos y fe, severo Abdalla,
Son tus mas firmes torres y muralla.

»Dellos pues, como siempre, te confia,
Y venga si quisiere toda Hesperia;
Que ya no tardará la Berberia,
Instrumento fatal de su miseria;
Tus hados buenos abrirán la via
Para tener dispuesta la materia,
Y el príncipe de turcos poderoso
No entiendas que estará después ocioso.

»Demos tiempo al socorro que se espera,
Usando ardides, maña y diversiones,
Pues, como dicen, tras tormenta fiera
Suelen sobrevenir calmas sazones;
Y si en el conservar tu fama entera
Tal eficacia de presente pones,
Almuñécar asalta y Salobreña,
Siguiendo el norte que fortuna enseña.»

Tal fué la conclusion del parlamento
Que en su disculpa hizo el otomano.
Abenabo, después de estarle atento,
Templó la furia del enojo insano,
Y hizo gran instancia y fundamento
En que otro dia, cuando al Occéano
Bajase el sol, su gente repartida
Hiciese á un mismo tiempo arremetida.

Con armas, con escalas y braveza,
Contra los dos lugares referidos,
Las horas terminando su presteza,
Volaron tras los siglos fenecidos.
Ya el aire estaba lleno de tristeza
Segunda vez, y el sueño los sentidos
De la gente que entonces paz gozaba,
Con olvido profundo recreaba.

Del breve cerco el tardo carro habia
Hecho la cuarta parte del camino,
Después que la tiniebla escura y fria
Ciñó nuestro horizonte cristalino;
La noche del zenit ya poseia
Lo sumo con su manto alabastrino,
Cuando los escuadrones descreidos,
Marchando, al hecho van apercebidos.

A un mismo punto por diversos lados
Los dos fuertes lugares acometen;
Unos con tiros recios salitrados
Balas de ardiente plomo dentro meten,
Otros hasta los muros torreados
Con escalas ñudosas arremeten;
Todo con una priesa incomparable
Y vocería bárbara espantable.

Mas ni el pavor que el aire ciego ofrece,
Ni el horror del asalto no sabido,
Ni el número contrario que parece,
Aunque es grande, mayor en el rüido,
Los ánimos perturba ni enflaquece
Del un lugar ni el otro, guarnecido
De gente valerosa y escogida,
Que precia mas la honra que la vida.

Tal, en efecto, fué la resistencia
Y la virtud de los que dentro estaban,
Que la furia, el ardid y la insolencia
A los de fuera á mas andar faltaban,
Y ya de la difícil competencia,
Mudando parecer, se retiraban,
Dejando de su sangre junto al muro
Regado en largo trecho el suelo duro.

La fama con el buen suceso vuela,
Y no es admiracion tan grande oillo,
Porque don Lope está de Valenzuela
En Almuñécar puesto por caudillo,
Que de prudencia clara es viva escuela,
De vida justa y de ánimo sencillo;
Y así, Baeza, rica de soldados,
Le cuenta entre los hijos mas honrados.

En Salobreña pues alcaide fuerte
Es don Diego Ramirez, que famoso
Le hizo la razon, y no la suerte,
Pues fué en todos sus hechos valeroso;
Nadie temió jamás menos la muerte,
Ni tuvo mas en fil el punto honroso.
Por una espada y capa fué estimado,
Como si poseyera un grande estado.

Mas, declinando ya su edad anciana,
Y no menguando en su altiveza el brio,
Violó la paz tranquila cortesana,
Muriendo en aplazado desafío.
¡Oh poco cierta bienandanza humana,
Sujeta á otro mas alto poderío!
¿Quién funda en tí seguras esperanzas,
Siendo mar combatido de mudanzas?

CANTO XVI.

El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños acaecimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla al Abenabo.

La agudeza del vulgo, mal discreta,
Los graves casos juzga desde fuera
Con una inteligencia no perfeta,
Segun es lo que teme ó lo que espera;
No admite la razon ni se sujeta
A la doctrina firme y verdadera;
Su furia y su desden es implacable,
Su rigor crudo, su odio inexorable.

Grande es su confusion y su barbaria,
Por ser compuesta en fin de muchedumbre;
Mudar su condicion extraordinaria
No puede el mismo tiempo y su costumbre;
Su esquiva indignacion mas es contraria
A los que ve subidos en la cumbre,
Como es mayor del viento la violencia
En la mayor altura y eminencia.

Y aunque dicen que el vulgo es adivino
Y que da muchas veces en lo cierto,
Mucho mas propio le es el desatino,
Siguiendo á rienda suelta el desconcierto;
En las cosas del reino granadino
Hallaba este enemigo campo abierto,
Y á sus lenguas materia, aunque infinitas,
De varias novedades esquisitas.

Mas Abenabo, en fin, de las rencillas
Perdido tiempo y gente sin provecho,
Marchó á la sorda mas de nueve millas,
Sin palabra hablar sobre lo hecho;
Ya la aurora sacaba sus mejillas
De las cortinas del hermoso lecho,
Y el moro campo, puesto en la agra sierra,
Se apercebia á la futura guerra.

No está el eunuco de ánimo perdido
Por haber sido los asaltos vanos,
A causa de no habellos emprendido
Con toda la potencia de sus manos,
Ni haberse ciertamente prometido
Ganar aquellos pueblos á cristianos;
Mas solo pretendió tentar el vado,
Y ver si estaba bien ó mal guardado.

Estábalo tan bien como el suceso
Claramente mostró por experiencia;
Mas ya de gente innumerable exceso
Se unia á la agarena turbulencia,
Y hízose el ejército tan grueso
Que libre osó esperar la competencia
De quien la fama en público esparcia
Nuevas que lo alteraban cada dia.

Y no eran vanas, porque de hora en hora
Se iba reformando el campo Austrino,
El cual, para extirpar la secta mora
Marchaba á do se halla el Velezino;
Llegó á la que Guadix se llama agora,
Noble ciudad del reino granadino,
Cuyos antiguos hombres adoraron
Al sol, y como á dios le veneraron.

De allí á Baza pasó sin que se ofrezca
Negocio que contar, y finalmente
El caudillo arribó á la albana Huesca,
Donde Fajardo estaba con su gente;
No hay lengua ni hay estilo que encarezca
La salva y regocijo que se siente,
Así entre los que asisten á la guerra,
Como los naturales de la tierra.

Solo el de Vélez sale mal contento
A recibir el príncipe escogido:
Tanto agota á cualquiera el sufrimiento
Venir á obedecer de obedecido;
Mas el de Austria con blando acogimiento,
Habiendo su disgusto presentido,
Saludó y abrazó al Marqués severo,
Diciéndole esto mismo que refiero:

«Marqués ilustre, vuestra fama suena
Atenta con razon á engrandeceros,
De modo que atribuyo á suerte buena
Ofrecerse ocasion de conoceros;
Mi autoridad la vuestra no cercena,
Y así podréis conmigo entreteneros;
Seréis obedecido de mi gente,
Y yo os seré tambien hijo obediente.

»Acatará el valor de vuestras canas
La sazon verde de mis pocos años,
Y hasta en las empresas mas livianas
Me prevaldré de vuestros desengaños.»
El de Vélez responde á las humanas
Ofertas por los términos extraños
Que usó continuo, pero su extrañeza
Llevó por norte siempre la grandeza.

«Yo soy, dice, quien mas he deseado
Conocer de mi rey un tal hermano,
Y soy quien mas ganara en ser soldado
De príncipe tan alto y soberano;
Mas si respondo como he profesado,
Por término sencillo, breve y llano,
Irme quiero á mi casa, pues no cuadra
A mi anciania el ser cabo de escuadra.»

Como si claramente le dijera:
Por mas señor que tú quieras alzarme,
Ya la absoluta autoridad primera
No puede en tu presencia acompañarme;
Y tanto della va á la que se espera
(Si acaso en tu real quisiere estarme),
Cuanto va de un caudillo de soldados
Al cabo de una escuadra de soldados.

Fué la respuesta para ser notada
De sentenciosa y grave cuanto aguda,
Y el Marqués hizo en breve su jornada;
Que tarde ó nunca de consejo muda;
Estábase Galera aun no ganada,
Y es fuerza que á sitialla el de Austria acuda;
Entra en consejo, y á reconocella
Envia, y fácilmente va sobre ella.

Entre tanto el de Sesa va marchando
A la Alpujarra en busca del tirano
Con un tan numeroso y fuerte bando
Cuanto jamás produjo el reino hispano;
Parte del cual tras sí en plazas dejando,
Iba para hacer el paso llano
A todas las escoltas que partiesen
Desde Granada, y á su campo fuesen.

Dejó en Acequia y en las Albuñuelas
Bastante guarnicion y ardid de guerra;
Las Guájaras armó por las cautelas
De aquella esquiva y montñosa tierra:
Mandó que siempre hubiese centinelas
En los peñones altos de la sierra,
De donde el de Mondéjar con victoria
Los moros expelió, ganando gloria.

Después pasa por Órgiva, su villa,
Y tambien la rehace y fortifica;
Mas no debe tenerse á maravilla
Si tiempo gasta y dilacion aplica;
Porque, entre tanto que á Galera humilla
El de Austria, ya á Seron desedifica;
Tarda para que se entre en una hora
En la Alpujarra y rio de Almanzora.

Mientras el Duque á posta se entretiene
Por la justa ocasion que he referido,
Sobre Galera el cerco puesto tiene
De Cárlos Quinto el hijo esclarecido;
Mucha gente al rëal de nuevo viene,
Siguiendo su estandarte y su apellido;
Y así, no están las tiendas menos llenas
Que en el florido Mayo las colmenas.

Seria largo cuento y gran fatiga
Hacer reseña expresa de los nombres
De la gente especial que en esta liga
Presentó España, madre ilustre de hombres,
Pues nadie el órden me dará que siga,
En colocar tal suma de renombres,
Que aun solo con nombrar á los primeros
Habria hecho agravio á los postreros.

Menos me detendré especificando
La de los esforzados defensores,
Entre los cuales del morisco bando
Y del turquesco estaban los mejores;
Veráse en que el de Vélez porfiando
Gran tiempo con asaltos y furores,
Con ser prudente y de ánimo constante,
No les hizo mas mella que á un diamante.

Tambien el estar fuertes les comprueba
No haber desamparado el fuerte puesto,
Habiendo prevenídoles la nueva
Del ejército grande contrapuesto
Mas ya los hechos vienen á la prueba,
Ya se oye del salitre el son funesto,
Ya el hierro ardiente y plomo escalecido
Rompiendo el aire van con su bramido.

Imprímense los golpes violentos
En el peñoso sitio y eminente,
Cuyos profundos y anchos fundamentos
Natura fabricó, no humana gente;
Y así, los moros, de peligro exentos,
Oian el rüido que se siente,
Como desde ventanas y tablados
Los bravos toros suelen ser mirados.

Habia en esta fuerza diamantina
Por la mas alta banda un buen castillo,
De donde el enemigo á la contina
Causaba detrimento no sencillo;
Visto lo cual, su alteza determina
Tratar de arrüinallo y confundillo
Con la terrible industria que bizarro
Nombre de fama dió al conde Navarro.

Ya van los diligentes minadores
Por el profundo seno abriendo via,
No cesando en el campo los furores
De la profunda y brava batería;
Despues que con afanes y sudores
Les enseñó la cierta geometría
Haber llegado al término prescrito,
Hicieron capaz fosa y circüito.

Y en lugar de la fria y seca tierra
Que del espacio cóncavo sacaron,
Azufrado carbon de muerte y guerra
En cerrados barriles aplicaron;
Un extremo de cuerda el uno encierra,
Y el otro los artífices tiraron
Hasta alguna distancia, donde fuego
Con sutil maña le pegaron luego.

El cual con eficacia penetrando
La materia dispuesta de aquel lino,
Se fué por él adentro alimentando
Hasta el remate, sin torcer camino.
Tocó la inclusa pólvora, y bramando
Ardió, y con terremoto repentino
Salió rompiendo, como si en el mundo
Una boca se abriera del profundo.

La grave tierra rota y compelida
Por los aires voló fuera de quicio;
Voló tambien la máquina crecida
Del sobrestante muro y edificio,
Y á vueltas dél la gente descreida
Que allí asistia al bélico ejercicio,
Cuyos cuerpos, las almas sin consuelo
Despiden antes de volver al suelo.

Están los nuestros á la mira atentos,
Esperando que el humo y polvo pase
Por ver si en los deshechos fundamentos
Habria por do el pueblo se asaltase;
Mas cuatro bagajeros avarientos,
Sin tiempo dar á que esto se apurase,
Arremetieron con siniestro hado
Al barrancoso sitio y asolado.

La causa fué haber visto entre los muertos
Dos ó tres turcos que escaparon vivos;
Y así, con prestos piés y brazos yertos
Los van á castigar por sus motivos;
Con el ejemplo destos desconciertos
La vanguardia perdió riendas y estribos,
Y siguiendo la bárbara canalla,
Se comenzó el asalto y la batalla.

Gritan los capitanes ó soldados;
«Tened, tened; que es ciega frenesía
Los muros embestir desordenados
Y sin reconocer la batería.»
Mas ellos de sus pasos mal guiados,
Piensan que desistir es cobardía,
Y al trance horrible van á dar consigo
Despreciando amenazas y castigo.

Insisten los guerreros oficiales
En estorbar con golpes y heridas
Los ímpetus dañosos y mortales
De aquellas compañías atrevidas;
Mas no con vientos crudos invernales
Las ondas del tridente embravecidas
Tan sordas son y tan inexorables
A los que entre ellas claman miserables,

Como el tumulto atroz inobediente
Contra el sano consejo se mostraba;
El cual, como con lluvias gran torrente,
De punto en punto mas se acrecentaba,
Porque toda la experta y mejor gente,
Visto el estado en que el negocio estaba,
Tiene por menor daño aventurarse,
Por ver si podrá el yerro así enmendarse.

No pasaré yo aquí en silencio odioso
Lo que don Sancho obró de Avellaneda,
Pues mereció su esfuerzo poderoso
Que el mundo eterna vida le conceda;
Fierísimo leon, ángel hermoso,
¿Qué fama habrá que á tu valor suceda,
Si no canta tus años juveniles
Aquel divino ensalzador de Aquiles?

Con el denuedo y libre confianza
Que á las aves embiste y perjudica,
Aquella que al sol mira en su pujanza,
Y al fulminante Júpiter se aplica;
Tal por entre las huestes se abalanza
Contra el fuerte, que tiros multiplica,
El capitan ilustre, y hace tanto,
Que es maravilla aquí, y allí espanto.

Su ejemplo los amigos incitaba
Al último peligro y valentía,
Y á la morisma pérfida obligaba
A sentir el destrozo que hacia;
Y así, hácia la parte que él estaba
Gran número en defensa se ponia;
Como á la que del cuerpo es ofendida,
Acude el rojo humor que nos da vida.

Gran parte del ejército apiñado
Sobre el destrozo que dejó la mina
Estaba, pero fué un peñon tajado
Por donde quien no es ave no camina;
Viase sobre el sitio aventajado
Puesta en arma la gente sarracina,
A su salvo haciendo en los cristianos
Ultrajes perniciosos inhumanos.

Sembraban espantosas rucïadas,
De balas y de flechas poderío,
Y sin poner las miras apuntadas
No pueden arma echar que dé en vacío;
Lanzan piedras, que vuelan, de pesadas,
Buscando el centro, y dan con fuerza y brío
Sobre frágiles hombros y cabezas,
Que hace su violencia muchas piezas.

En tanta confusion ¿qué hacer debe
Aquel pecho rëal del hijo austrino?
Pues no hay pasar palabra que no lleve
El viento en vano y fuera de camino,
No hay medio en tal extremo que no pruebe
Con su deliberar pronto y divino;
Mas la desórden, voces y el aprieto
Cierran el paso á todo buen efeto.

Ya que el Príncipe insigne ve á la clara
El trance esquivo, arrisca su persona,
Y por tener los suyos á la cara,
Trabajo ni peligro no perdona,
Entre ellos yendo; pero no repara
Por esto el furor ciego de Belona,
Porque los que ante sí pasar le vian,
Con denuedo mayor arremetian.

En fin se atribuló el conflicto tanto,
Que no se halla en él parte segura,
Pues una bala con horror y espanto
Cortando el aire, vuela y se apresura,
Y llega á parte que en eterno llanto
Pusiera á España, si de la armadura
El fuerte temple al invencible pecho
No reservára del cruel estrecho.

No hizo el de Austria dello sentimiento
Ni del peto miró la batería;
Solo en llegarse al muro lleva intento,
Lleno de confianza y gallardía;
Su buen ayo, que dél solo un momento
No hace ausencia, y mas en aquel dia,
Con una alteracion grave y modesta
Desta suerte le dice y amonesta:

«Dime, Señor, ¿por cuál siniestro hado
El lugar renunciaste de caudillo?
Por seguir el oficio de soldado
Sin la sazon ni el tiempo requerillo?
Refrena ya ese orgullo acelerado,
Pues Dios mismo te manda reprimillo,
Con esa bala que permitir quiso
Que saliese al camino á darte aviso.

»No es tan ardua la empresa de Galera,
Que sea digna del riesgo de tu vida;
Guarda el decoro, pues, detente afuera,
Conserva tu persona esclarecida;
Cumple al Rey, mi señor, la verdadera
Esperanza que tiene concebida
De tí, que has de templar como prudente
Tu bravo corazon y pecho ardiente.»

La grave habla del varon severo
En el ánimo fácil generoso
Hizo impresion; y así, al lugar primero
Asistió el nuevo Marte valeroso;
Y cerca de sí viendo un caballero,
Capitan conocido y belicoso,
No menos animoso que elocuente,
Ni menos cortesano que valiente,

Llamóle por su nombre, que de Rios
Y de Sotomayor don Pedro era,
Diciéndole: «Hoy se muestren vuestros brios
Con la fineza que de vos se espera;
Que no vendrán á ser pasos baldíos
Si de la batería de Galera,
Llegando allá haceis que se dilate,
Por orden mio, el áspero combate.

Era don Pedro en Córdoba nacido,
Y uno de los mas nobles hijos della;
El cual, habiendo mucho agradecido
La difícil empresa, entiende en ella;
Armado va de un yelmo muy lucido,
Encrestado de pluma blanca y bella;
Desnuda lleva su temida espada,
Y su rodela firme y embrazada.

Con un denuedo y priesa no creible
Por medio de las huestes caminaba,
Mostrándose al pasar fiero y terrible
Con quien lugar abierto no le daba;
Cual jabalí sañudo, que insufrible
Por la espesura va con furia brava,
Haciendo senda en la mayor maleza
Con las navajas llenas de braveza.

Pero, reconociendo prontamente
En cuál escuadra mas primor se encierra,
Pide calle por término decente,
Y pasa dando órden de la guerra,
Como el agua sutil que blandamente
Penetra el cuerpo denso de la tierra;
Y así, camina con industria presta
De aquella suerte á veces, otras desta.

Entre tanto el lidiar de nuestro bando,
Aunque costosamente, se mejora,
Porque los muertos, mas lugar dejando
Y mas furia en la gente guerreadora,
Podia, su valor ejercitando,
Mover las armas, y la turca y mora
Sentia dentro ya señales malas
Y el contino herir de nuestras balas.

Y aun no les cumple estar tras los reparos,
Porque ya van subiendo con pujanza
A lo mas alto algunos hombres raros,
Que el esfuerzo les daba confianza:
Cuál en hombros está de amigos caros,
Cuál sube por el asta de una lanza;
Mas cuanto allí se afana y se pretende
La bárbara perfidia lo defiende.

No callarán mis versos tu destino,
¡Oh Don Gaspar de Sámano y Quiñones!
Ni tu orgullo animoso y peregrino
Digno de celebrarse en mil naciones;
Bien eres de la patria convecino
Producidora de ínclitos varones,
De quien con sangre ilustre fué librada
De la infame traicion que fué retada.

Su juvenil semblante aun no tenia
Señal de barba, cuando en este asalto
Subió con grande esfuerzo y valentía
De los primeros al lugar mas alto;
Ya la una mano al borde asido habia
Del muro, y sustentaba para el salto
El cuerpo; mas con ásperos denuedos
Un turco á cércen le cortó los dedos.

Y no turbado del dolor insano,
Sostuvo la persona y el intento,
Aferrando en el muro la otra mano,
Sobre el cual subió presto como el viento;
Mas no le dió lugar el inhumano
Linaje á hacer mas, porque al momento
Le tiran piedras, balas, cuchilladas,
Y le hieren con armas enastadas.

Quisiera, de tal ímpetu asaltado,
Poder asir de algun fiero enemigo
El jóven, por hacelle mal su grado
Precipitar de allí junto consigo;
Mas fué con tanta furia rebotado,
Que no pudo el esfuerzo serle amigo;
Y así, cayó de en medio los extraños
Con muchas mas heridas que no años.

Estas, y el golpe con que batió el suelo,
Retrato le hicieron de la muerte,
Con no menor envidia que consuelo
De los que le miraban desta suerte;
De la cruz del Baptista el blanco velo,
Que era la insignia de su pecho fuerte,
Muestra el color de la de Santiago,
Y por la tierra va el sangriento lago.

Retirado de allí como difunto,
Volvió despues en sí y quedó con vida,
Habiendo merecido en aquel punto
Que de inmortal le fuese concedida;
Mas ya el bravo don Pedro estaba junto
Al muro, cuando de cruel herida
Fué atravesado, sin cesar por esto
De proseguir su firme prosupuesto.

Bien que, de sufrimiento casi falto,
Si será bien mudar intento piensa,
Y ver por experiencia si el asalto
Será mas eficaz que la defensa;
Mas entre aquel enojo y sobresalto,
Por no hacer á su instruccion ofensa,
Se venció, y hizo mas que si venciera
Las obstinadas gentes de Galera.

Por medio del tropel pasa herido
Diciendo: «Afuera, retirad, soldados;
Que así lo manda el príncipe escogido
Por quien á morir somos obligados.»
Habia ya cesado el alarido
En parte, y los rumores alterados;
De suerte que tambien claro sonaba
El alto son que á recoger tocaba.

Así hubo fin aquel asalto fiero,
Nacido de una sola inadvertencia;
Mas, si en fortuna hay nombre verdadero,
Si en cosa alguna tiene preeminencia,
Es en las armas, donde el mas ligero
Inconveniente, la menor licencia,
La palabra de un mínimo soldado
Mudar puede de todos el estado.

Aquel que fué el postrero en retirarse,
Sangriento, denodado y mal herido,
Don Sancho fué que debe intitularse
De Avellaneda, Marte esclarecido;
Pasado un pié y atento á señalarse,
En la rodilla estaba sostenido,
Cual suele en medio del cerrado foro
Jarretado mostrarse el bravo toro.

Mas, de la mucha sangre que aquel dia
La gente derramó del hijo austrino,
No era consuelo poco la osadía
Y ardid con que la vió lidiar contino,
Y la fineza con que todavía
Pide otro nuevo asalto repentino;
Con que sin duda á sujetar se obliga
La presuncion arábiga enemiga.

Bien era al parecer cosa creible;
Mas puesto que infalible y cierto fuese,
No quiso el buen don Juan que su invencible
Ejército á mas riesgo se pusiese;
Y así, mandó que á toda la posible
Priesa otro par de minas se hiciese,
Entreteniendo el peso de la guerra
Mientras el hierro abriendo va la tierra.

La muda noche hizo el aire escuro,
Agravando la vista á los mortales;
El recatado moro atiende al muro;
Que mal puede dormirse en tiempos tales.
Tampoco nuestro campo está seguro
De muchos enemigos capitales
Que al socorro se dice que ya vienen,
Y que tardando á posta, se previenen.

Mas, impacientes ya por la tardanza,
Y recelosos de mayor aprieto,
Un hombre de recaudo y confianza
Despachan los sitiados á su eleto,
Pidiendo que les cumpla la esperanza
Que tienen de favor, pues en efeto
En ser constantes han llegado al punto
De los famosos hombres de Sagunto.

Abenabo responde á su recuesta
Que no les faltará el socorro cierto;
Mas otra causa mas urgente que esta
Le hace estar en arma, el ojo alerto,
Por serle cosa clara y manifiesta
Que el Duque viene con su campo experto,
Y que de Lanjaron pasa marchando
A Ujíjar su camino enderezando.

Las minas entre tanto, reducidas
Al punto de aplicalles cuerda y fuego,
Amenazaban las odiosas vidas
De aquel linaje sedicioso y ciego;
Mas su alteza con trazas advertidas
La una manda que se encienda luego,
Y la otra después mas de una hora,
Por mayor daño de la gente mora.

Rompió con son horrendo la primera,
Y abrió catorce brazas de muralla,
Con poco daño de la gente fiera,
Que prevenida á la sazon se halla;
Mas luego que la mina saltó fuera,
Acude cada cual á la batalla,
Y asisten sin temor de nueva ofensa
Puestos, como primero, á la defensa.

Unos cierran del muro la rotura
Con tierra, con maderos y fagina;
Otros, subidos en mayor altura,
Lanzan de tiros lluvia á la contina;
Cuando tembló á sus piés la tierra dura,
Y abierta con violencia repentina,
Después que el centro y superficie estraga,
Vuela sus cuerpos, y sus almas traga.

Tras esto, comenzó cada artillero
A sacudir sus piezas, dando grima
Al resto de aquel bando carnicero,
A quien no hay golpe que de allí no oprima.
No el soberbio Aquilon quita mas fiero
Las hojas á la no ya verde cima
Del árbol, cuando el lúcido planeta
Al bravo Escorpïon doma y sujeta;

Que las ardientes balas destrozaban
Los enemigos de la Iglesia ciertos,
Los cuales en la fuerza no hallaban
Lugar donde poder estar cubiertos;
Algunos en el suelo se postraban
Entre una infinidad de cuerpos muertos;
Mas no eran de los tiros reservados
Cuando en sangre quedaban anegados.

Otros, visto aquel lance inevitable,
Con las últimas fuerzas recogidas
Entretienen la suerte miserable,
No sin hacer estrago en muchas vidas;
Pluma, si celebrar lo memorable
Ha de hacer tus obras conocidas,
Ocasion á las manos se te viene,
Por quien volar mas alto te conviene.

Aquel de Avellaneda, que yacia
Antes herido en la molesta cama,
Puesto que del caudillo órden tenia
De no acudir al caso que le llama,
Habia al bravo estruendo y vocería
Venido, ardiendo en generosa llama,
Teniendo por infamia el excusallo,
Pudiendo vivo andar sobre un caballo.

Tal anda, y donde ve la mayor pella
De moros, con la espada va en la mano,
Y allí destroza, hiere y atropella,
Cual si fuera el comblezo de Vulcano;
Los moros, que le ven hacer tal mella,
Tiemblan ya dél, y dudan si es humano,
Que en la misma experiencia de su daño
Hallan la justa causa de su engaño.

Mas ¡ay! que la cruel parca tirana,
Enemiga del bien de los mortales,
Una flecha guió fiera otomana
Al hombro que de hercúleo dió señales;
Y al brazo de virtud tan soberana
Un balazo asestando, ¡oh duros males!
Sin tiempo ni sazon rompió una vida
Que tan amada fué como temida.

¡Oh casa ilustre antigua de Valverde,
A quien la valentía es propria herencia!
¡Cuán estimado fruto hoy se te pierde,
Sin poder apelar de la sentencia!
Y tú, lector, si acaso te remuerde
Deste suceso triste la inclemencia,
A la madre infeliz que perdió tanto
Consuela un poco en escuchar su llanto.

Luego que de la nueva dolorosa
Hirió su corazon el son terrible,
Quedó la casta viuda generosa
Cual si fuera de mármol insensible;
Y fuérale la suerte venturosa
Si nunca sentir mas fuera posible,
Pues para morir mas cobró el sentido,
Y al fin dijo, llorando el bien perdido:

«¡Ay, hijo de mi alma y de mi vida!
¿Quién al mundo quitó tus tiernos años,
Tu hermosura grave esclarecida,
No vista en naturales ni extraños?
¿No mereció tu madre dolorida
Tus heridas ligar con blandos paños,
Ni tenerte al morir entre sus brazos
Para darte los últimos abrazos?

»Hijo, por mi dolor, tan animoso
Despreciador de la temida muerte,
Si yo os pariera en signo mas dichoso,
No os lamentara agora desta suerte;
Si el hado ejecutivo, riguroso,
No se opusiera á vuestro pecho fuerte,
Nunca mis enemigos desleales
Fueran la causa de mis grandes males.

»Mártir de Dios, que dél estáis gozando,
Pues veis mis penas y lamentos tristes,
Pedidle que de aquí do estoy penando
Me lleve luego á veros do subistes;
Si no, mis ojos verterán, llorando,
Las entrañas ¡oh hijo! en que anduvistes;
Traspasáronlas ya vuestras heridas,
Y ya las tiene el fuego derretidas.»

Tales eran las quejas que esparcia
Con el reciente y justo sentimiento
La madre ilustre, que ablandar podia
Las fieras sin razon ni entendimiento;
Y duróle del llanto la porfía
Tanto, que, derramando humor sangriento,
Vino á perder los ojos corporales;
¡Oh maternal amor, y cuánto vales!

No trato del lamento y de la pena
De otras madres y viudas, que á mancilla
Y soledad Galera las condena,
Que historia es larga para referilla;
Mas ¿quién con voz de angustia y dolor llena
No llora por don Juan el de Castilla?
¡Pérdida general, caso acïago,
Desgracia universal, comun estrago!

Un caballero de real linaje,
De juvenil edad, de ánimo fuerte,
De noble condicion y alto lenguaje,
De persona gentil y de gran suerte,
Por tí, fiera nacion, cruel, salvaje,
Yace durmiendo en brazos de la muerte,
Cortado el hilo de sus esperanzas,
Claro ejemplo del mundo y sus mudanzas.

Ya que la furia insana de Galera
Del todo se rindió al valor de España,
Nuestros soldados entran por do quiera,
Sin haber en qué usar fuerza ni maña;
Solo les hace tarda la carrera,
Grande caterva y multitud extraña
De muertos, y no resta á que echar ojo
Sino es á la ganancia del despojo.

Mas, si algun moro ó turco se ofrecia
Entre tal mortandad acaso vivo,
Era cosa de ver cuánta alegría
Causaba con su muerte al bando altivo;
Cual suele la orgullosa montería
Cercando al jabalí cerdoso esquivo,
Donde no hay apelar de entre sus hierros
Si no es para los dientes de los perros.

Después que con la luz del dia siguiente
Se escudriñó el lugar parte por parte,
Y que la rica presa entre la gente
Se repartió, como es uso de Marte,
El vencedor magnánimo y prudente
Mandó que luego con industria y arte
En el rendido pueblo se pusiese
Tal fuego, que en ceniza le volviese,

Así por no dejar donde otro nido
De rebelados moros se juntase,
Como porque del número crecido
De muertos corrupcion no resultase;
Lo cual en breve espacio concluido,
Ordenó que el ejército marchase
A Baza, donde fué con regocijo
Recebido de Cárlos el gran hijo.

Pasa la fama con volantes alas
Esparciendo en el mundo la victoria;
Abenabo, que oyó las nuevas malas,
Muchas cosas redujo á la memoria;
Y viendo que sus hechos van á malas
En una mala andanza tan notoria,
Fundar sus esperanzas le conviene
Solo en la gente que consigo tiene.

Porque otras plazas fuertes que le quedan
Es cosa vista ya no serlo tanto,
Que resistir como Galera puedan,
Y aun no escapó del último quebranto;
Mas ya nuevos discursos se le vedan,
Porque el Duque se le entra, y está á canto
De dalle á sangre y fuego la batalla,
O seguille si deja de aceptalla.

Del cunuco el ejército florido
Al católico en número excedia,
Y en cuanto estar armado y bien regido,
Inferïor decir no se podia:
Eralo en el andar desproveido
De caballos y gruesa artillería;
Mas, escogido sitio convenible,
Esta desigualdad no era terrible.

Con todo, quiere que sin violencia
Pase el Duque con todos sus soldados
Sin experimentar la contingencia
Del arbitrio dudoso de sus hados;
Porque es aviso y militar prudencia
De capitanes que hubo señalados,
No remitirse al juicio de fortuna
Sin que preceda de dos causas una;

O que peligro les compela urgente,
O les conviden grandes ocasiones,
Lo cual todo cesaba de presente
En el estado de sus pretensiones;
Y así, resuelve andarse finalmente
A la cola de nuestros escuadrones,
Y en oportunidad con su vanguardia
Dar de improviso en nuestra retaguardia,

Saltear las escoltas de ordinario,
Tocar rebato en los alojamientos
Para hacer con el ardid contrario
Andar nuestros soldados descontentos,
Cansados del trabajo extraordinario,
Sin ganancia, quejosos y hambrientos,
Y reducidos á tan grande aprieto,
Que al Duque desamparen en efeto.

Mas tuvo en este tiempo nueva cierta
Que tras el campo viene de Granada
Una escolta grosísima en alerta,
De cuatrocientos hombres aguardada;
Dalí de su persona hace oferta
Para ponerse al paso de emboscada;
Y así, atajando por despeñaderos,
Se apresura con mil arcabuceros.

Lo mismo hace Abdalla diligente
Por donde va á Jubíles el camino,
Y tomadas las cumbres, hace frente
A las huestes del héroe cesarino;
El rumor de las cajas ya se siente,
Resuena del metal sonoro y fino
El bélico instrumento al arma dando,
El aire cerca y léjos atronando.

No de los altos montes con rüido
Suelen así bajar raudas corrientes,
Cuando ya, por lo mucho que ha llovido,
Se extienden, como el Nilo, las crecientes;
Ni el fuego en secos montes emprendido
Con los soplos del ábrego valientes
Pasa abrasando con la furia y saña
Que aquellos al bajar de la montaña.

Están en órden puestos los cristianos,
Y danles al llegar tal estampida
De arcabuzazos, que los inhumanos
Rebeldes hallan áspera acogida;
Venidos unos y otros á las manos,
El Duque reforzó la lid reñida
Con mandar que la brava artillería
Jugase por las partes que podia.

Y comenzó á romper con tal ventaja
Por entre aquellos hombres alevosos,
Que van dejando apriesa la baraja,
Alzándose, aunque estaban perdidosos;
Retirados, su rey no los ultraja,
Porque estos ademanes cautelosos
Los hace divertiendo al Duque, Abdalla,
Mientras Dalí el cruel la escolta halla.

Pero el de Sesa, ardiendo de deseo
De contrastar las máquinas ribaldas,
A Poqueira marchó por el rodeo,
Cercando al monte las selvosas faldas;
Y así, entendido por el pueblo reo
Que no tiene seguras las espaldas
Si á la otra banda nuestro campo gira,
El paso desocupa y se retira.

Esto pasaba aquí; mas entre tanto
Cerca de Lanjaron el otomano
La escolta acometió con furor tanto,
Que miembro en ella no dejara sano,
Si el capitan en quien no cupo espanto,
Mostrando su talento mas que humano,
Con órden, con ardid y fortaleza
No resistiera el ímpetu y fiereza.

Este era el capitan Andrés de Mesa,
Viejo soldado y de fortuna buena,
Noble, hidalgo y natural empresa
De la opulenta villa de Lucena;
Fuéle muy favorable en forma expresa
La suerte amiga que su bien ordena,
En hallarse par dél un caballero
Que ninguno en valor le fué primero.

Don Pedro de Velasco era el valiente
Deudo del generoso Condestable,
A quien el rey católico y prudente
Como á soldado envia tan notable,
Para que reconozca el campo y gente,
Y de secreto con el Duque entable
Los medios propios á las ocasiones
Con larga mano y amplias donaciones.

Viniendo pues entonces de camino,
Acaso en esta escolta allá pasaba,
Cuando Dalí furioso sobrevino
Creyendo que la presa cierta estaba;
Mas el esfuerzo raro y peregrino
Que en estas dos cabezas se hallaba,
Junto con la virtud de los soldados,
Se opuso á movimientos tan sobrados.

No hay viento tal que luego no revoque
Si en parte fuerte y condensada hiere,
Ni sol tan recio que allí mismo toque
Sin que retrocediendo reverbere;
Y así, ventaja no hay que si en el choque
Halla la integridad que se requiere,
El ímpetu y pujanza no resfrie,
Y en parte del vencer no desconfie.

Y así, los moros menos impedidos,
Y en número y lugar superiores,
Con prevencion astuta apercebidos
Y ventaja de osados agresores,
Visto que eran con nervio rebatidos;
Amainaron la vela á sus furores,
Negocio que antes del acaecimiento
No cupiera en humano entendimiento.

Grita Dalí á los suyos: «oh leones,
Mostrad, mostrad aquí vuestra braveza,
Que no se deben estas ocasiones
Perder por negligencia ni pereza;
Abdalla á los contrarios escuadrones
Está haciendo rostro en la aspereza,
Porque, seguros de otro inconveniente,
Podamos hacer ricia desta gente.»

El turco habla así; mas de otra parte
Dicen y hacen los de nuestro bando
Todo cuanto es posible á fuerza y arte,
El desigual partido sustentando;
A pié andaba don Pedro, hecho un Marte,
Que, su leal caballo en tierra dando,
Había, de cansado y mal herido,
La vida y dueño á un punto despedido.

Entre tanto el de Sesa considera
Que haberse el enemigo así mostrado,
Y con escaramuza tan ligera
La lid que comenzó desamparado,
Alguna estratagema y doblez era;
Con ingenio sagaz y delicado,
Con prontas y discretas conjeturas
El caso penetró y verdades puras.

Mandó que á toda priesa y diligencia
Saliese la mejor caballería
Camino de Granada, y dió licencia
Para lo mismo á alguna infantería,
Y que juntos hiciesen resistencia
Con la escolta, la cual cierto creia
Que á la sazon estaba combatiendo
O en vispera de haber recuentro horrendo.

Llegó el socorro á tiempo, y rebotados
Los moros, hasta entonces resistidos,
Vinieron con la escolta los soldados
Al campo, donde son bien recebidos;
Luego, sus escuadrones ordenados,
El Duque marcha hácia los sabidos
Aljibes, porque lleva firme intento
De hacer alto allí y alojamiento.

Entre Ferreira va y el fresco rio
De Cadiar el ejército famoso,
Por la ribera del torrente frio
De Jubiles, lugar facineroso;
El sol habia dejado el aire umbrío,
Cuando, necesitados de reposo,
Y cansados los nuestros, se alojaron
En el sitio mas fuerte que hallaron.

Dejaré de contar que Noaybe crudo
Con cinco veces cien arcabuceros
De guardia estaba allí bravo y sañudo,
Haciendo siempre enormes desafueros;
No diré que, asaltando como pudo,
En el real sembró rebatos fieros,
Ni cómo con ardid mas que molesto
Le tuvo desvelado, en arma puesto.

Mas á Baza volviendo, ya salia
Della el hijo de Cárlos, cuando el cielo
De cristïanas lumbres se esparcia,
Y el mundo se trocaba en negro velo;
La vuelta de Seron lleva la via
Para prostrar su orgullo por el suelo,
Puesto que fuerte y guarnecido estaba
De altos pertrechos y de gente brava.

Ya que los cantos dulces y sutiles
De las aves saludan la mañana,
Se halla el campo á vista de Caniles,
Que tambien por la gente está pagana;
Tocando sus trompetas y añafiles,
Y haciendo de sí muestra profana,
Estaba el bando torpe abominable
La fuerza coronando inexpugnable.

No le parece al de Austria conveniente
Sitiar aquel lugar, porque el asiento
Es áspero, difícil y eminente,
Y no por eso empresa de momento;
Poco el despojo, y menos es la gente,
Y mucha la ocasion de impedimento,
En tiempo que pasaba coyuntura
De conquistarse la Alpujarra dura.

De donde tuvo letra encarecida
Del Duque, en que le hace gran instancia
Sobre la brevedad de su venida,
Pues della pende toda la importancia;
Porque la muchedumbre descreida
Se vale de la anchura y la distancia
Para tener su campo en la agra sierra,
Sin que jamás se dé fin á la guerra.

Para lo cual el último remedio
Es que dos campos anden al alcance,
Y cogido una vez Abdalla en medio,
Se ponga fin al riguroso trance;
Su alteza marcha, y tiene por buen medio
El susodicho, sin que se eche lance,
Si no fuere forzoso, en el camino;
Mas otra novedad le sobrevino.

CANTO XVII.

Su alteza toma por fuerza un lugar llamado Seron. Luis Quijada, mal herido de un balazo, da el alma á Dios. El duque de Sesa anda en la Alpujarra contrastando al Abenabo, el cual con estratagemas rehusa la batalla; los enemigos rompen y desbalijan una escolta al marqués de la Fabara. La serranía de Ronda se rebela.

No debe promerse el que es prudente
Certidumbre de caso que es futuro,
Pues fuera del vigor de lo presente,
Todo es condicional y no seguro;
Y así, es el que se rige sabiamente
Duro en creer, y en esperar mas duro,
Y es falto de talento y de doctrina
El que se da á creer cuanto imagina.

El órden cierto con que se gobierna
Naturaleza va por otra via,
Segun la providencia sempiterna
Que le dió la razon por que se guia;
Sucede sin cesar con vez alterna
A la tiniebla luz, la noche al dia,
Y nacen del girar la oblica esfera,
Estío, otoño, invierno y primavera.

Esto por un nivel tan compasado,
Que no discrepa, no, jamás un punto;
Mas deste mundo el variable estado
Otros compases lleva y contrapunto;
Aquello que es por bien sumo juzgado
Suele á veces estar al mal tan junto,
Que por do menos piensa el seso humano
Sus daños toma por su misma mano;

Y por ser voluntario en sus licencias
El tiempo las arguye y reprehende:
Suceden muchas veces las herencias
Muy al revés de aquello que se entiende;
Todo está, en fin, sujeto á contingencias,
Y de otra oculta voluntad depende;
No haga pues el hombre cuenta cierta
En peregrinacion de vida incierta.

¿Quien dijera que, yendo de camino,
Habia de Seron, ignota villa,
De resultar al buen jóven austrino
Triste infortunio, lleno de mancilla?
Marchaba pues el campo, cuando vino
Una de la infernal cruel cuadrilla
A infundir de repente en los soldados
Estímulos de guerra acelerados.

«Nuestro caudillo vanamente piensa,
Dijeron, si pasar de aquí pretende
Sin primero hacer la última ofensa
A Seron, que excusarse della entiende;
Puestos están los moros en defensa,
¿Quien tal asalto tarda ni suspende?
Al arma, al arma; cierra, Santïago;
Hágase en ellos hoy sangriento estrago.»

Desta suerte sin órden embistieron,
Y dando en el lugar fuerte y armado,
Las obras al hablar correspondieron,
Y el efeto al denuedo anticipado;
De Tijola los moros acudieron
A dar socorro, pero fué excusado;
Que ya todo el lugar estaba llano,
Descompuesto y metido á saco mano.

Mas no salió barata la jornada
De aquel confuso y aciago dia,
En el cual fué la lid tan intracada
Lo poco que duró aquella porfia,
Que, si no fuera fuerte la celada
Que el general clarísimo traia,
Se viera su cabeza de oro puro
Sangrienta y rota de un balazo duro.

Mas ¡ay! que ni las armas son de efeto
Contra el preciso disponer del cielo,
Ni pudo á Luis Quijada el fuerte peto
Librar de muerte, ni al real de duelo.
¡Oh fido Acates, oh varon perfeto,
Insigne por tus obras y tu celo,
Con qué palabras explicar podria
La pena que por ti don Juan sentia!

Ya que en el trance estabas postrimero
Te dijo: «Pues os vais á mejor vida,
Dejadme, oh padre mio verdadero,
Algo mandado en esta despedida;
Que vuestra voluntad yo me profiero
A que será del todo obedecida
De mi, en cuanto la luz del sol mirare
Y este brazo la espada gobernare.

»Y pues el hado rigurosamente
Me quiere, en fin, privar de vuestro amparo,
Mi alma siempre en sí os verá presente
Como al tesoro que le fué mas caro;
Loaros he contino dignamente,
Pues fuistes caballero al mundo raro,
Y será para mi descanso y gloria
Teneros en mi lengua y mi memoria.

»Y si prestando Marte sus favores
Llegare al tiempo que el deseo me llama,
Y cantando elegantes escritores,
Se mostraren celosos de mi fama,
A cargo les daré vuestros loores,
Para que en cuanto Febo se derrama
Resuenen las hazañas que hicistes
Y la ejemplar doctrina que me distes.»

Agradeció infinito el ayo anciano
Tales oficios, y en habiendo hecho
Las diligencias de fiel cristiano,
Fué á presentarse en el jüicio estrecho.
Lloró su fin el campo castellano;
Mas ¿quién podrá callar el gran despecho
De su mujer castísima, que acaso
Presente se hallaba al duro caso?

Y ¿quién, á vueltas de su amarga pena,
Su virtud pasará en silencio odioso,
Pues junto al de Pompeyo tambien suena
El nombre de Cornelia, y es famoso?
Llamóse esta señora Madalena,
Del renombre de Ulloa generoso;
Sabia, humilde, modesta y cortés dama,
De santa vida y de inviolable fama.

Nunca el felice amor del himeneo
Mas unidos ligó dos corazones,
Nunca juntó en dos almas un deseo
Con mas bien acordadas proporciones,
Que en este par; y así, de todo arreo
Despojada, y vencida de aflicciones,
Con lágrimas que un risco enterneciera
Sobre el cuerpo lloró desta manera:

«¡Oh mi bien y mi gloria y mi esperanza,
Alivio celestial en vida humana,
Descanso mio y dulce bienandanza,
Por quien del mundo fué la mas ufana;
Y agora con tan áspera mudanza
Mi angustia, mi dolor, mi pena insana,
Por quien será mi vida sin consuelo
Un mar de llanto y un perpetuo duelo.

»¿Es posible que os vea ante mis ojos
Sin vida, y que la mia esté tan fuerte,
Que no se rinda luego á mis enojos,
Haciéndome con vos igual en suerte?
Juntara con los vuestros mis despojos
La cruda, inexorable y cruel muerte;
Mas ¡ay triste de mi! que no lo fuera
Si tanto beneficio me hiciera.

»¿Es este aquel tranquilo y dulce estado
Que á vuestro servir largo se debia?
¿Así habeis en las armas jubilado
Para gozar en paz mi compañia?
Después de tanto haber peregrinado
Por Francia, Flándes, Alemania, Hungría.
Y moros mil y turcos muerto en guerra,
¿Yaceis difunto en la vandalia tierra?

»Volvistes de las guerras espantosas,
Donde sin mí os hallastes, salvo y sano,
Con palmas de victoria gloriosas,
Dignas de vuestro esfuerzo sobrehumano;
Y agora gentes viles y alevosas
Así os han puesto con airada mano,
Porque, cansada ya de ausencia dura,
Os vino á acompañar la sin ventura!

»Mas, pues hicistes fin en vuestro oficio
De soldado cristiano y caballero,
Haciendo á Dios y á vuestro rey servicio,
Y á mi señor y hijo verdadero,
Reciba el alto cielo en sacrificio
Vuestra sangre y mi llanto lastimero,
Que durará en mis ojos hasta veros
Donde esté sin recelo de perderos.

Con ronca voz así se lamentaba
La viuda ilustre del dolor reciente,
Y de traspaso ya se desmayaba
Junto al cadáver frio que no siente;
Cuando á fuerza de allí la retiraba
De Pelayo el heróico descendiente,
Su acerbo sentimiento mitigando
Con tierna compasion y estilo blando.

Prometiendo de serle hijo cierto
En cualquiera negocio y ocurrencia,
Sin faltalle jamás por desconcierto
De la debida fe y pronta obediencia;
Mostróse esta verdad al descubierto
En la patente luz de la experiencia,
Pues nunca se vió madre mas amada,
Ni con mayor decoro respetada.

La pompa funeral se apercebia
Para dar al difunto sepultura;
De cajas destempladas ya se oia
El bajo son que mueve á gran ternura;
Los arcabuces trae la infantería
Al revés, denotando su tristura,
Los coseletes visten negro velo,
Las picas arrastrando por el suelo.

Ni mas ni menos llevan las banderas
Los alféreces llenos de despecho;
No hay voces ni querellas lastimeras
Que tanto enternecer puedan un pecho
Como estas ceremonias, cuyas veras
Tienen para mover mayor derecho,
Cuanto es á Marte airado cosa nueva
Mostrar de piedad alguna prueba.

Devoto á las obsequias y oblaciones
Asiste el de Austria con afecto puro;
Resuenan las tristísimas leciones
Del que fué de paciencia fuerte muro;
Humea el sacro incienso, y los blandones
Ardiendo anuncian el vivir futuro
Al cuerpo ilustre que de aquesta traza
Quedó durmiendo en la nombrada Baza.

Mas ya otra vez el tiempo al arma toca,
Porque en Seron mil moros se han metido,
Y así, con la ocasion que le provoca
Sobre ellos vuelve el mozo esclarecido;
El parecer primero no revoca,
Que es pasar contra el campo descreido
A la Alpujarra luego que por tierra
Haya puesto á Seron con cruda guerra.

En este medio el Duque pertrechado
Mas bien de gente que de bastimento,
Corre el distrito, y busca acelerado
Al enemigo eunuco fraudulento;
Llega á Ferreira y pasa apresurado
De Ujijar, al lugar que nacimiento
Fué de su antecesor, á Valor digo,
Patria de Abenhumeya, su enemigo.

El pérfido Abenabo, á Sesa viendo
Estar de la Alpujarra en las entrañas,
De vitüallas falta padeciendo,
Cercado de desiertos y montañas,
Dijo á sus capitanes : «Ahora entiendo
Usar de Fabio Máximo las mañas,
Que venció entreteniendo y dilatando,
Sin riesgo suyo, al africano bando.

»El de Córdoba en término se ha puesto,
Que el retirarse ya no le conviene,
Porque ni á su disinio será honesto,
Ni al nombre de su abuelo que mantiene;
Pues sustentarse es vano prosupuesto,
Si provision por horas no le viene;
Así que, las escoltas impedidas,
Podeis haber sus huestes por vencidas.

»Para lo cual cometo á los Partales
Que entre Órgiva y do quiera que estuviere
El Duque, estén con mil soldados tales,
Como para el efeto se requiere;
Cualquiera escolta que de los umbrales
De Granada al ejército viniere,
En sitio y coyuntura se acometa,
Que no se escape della una estafeta.

»Con otro tanto número de gente
Mojájar corra, y haga cruel guerra
En torno de Andarax, y diligente
Discurrirá de Gádor por la sierra
Hasta Almería y Adra, y juntamente
De Ventomiz irá á correr la tierra
El Garral, que por Vélez tendrá espias,
Y en su distrito cinco compañías.

»Arrendate saldrá á Sierra-Nevada
Con seis banderas, y el Puntal con siete
Llegue hasta las puertas de Granada,
Y todo su contorno desquïete:
Estos medios harán que la obstinada
Altiveza del Duque se sujete
A la hambre cruel consumidora,
De fieras y vestiglos domadora.

»Y esotro campo de apariencia vana,
Que el mozo hermano de Filipe guia,
Y el Duque aguarda de hoy para mañana,
Yo haré que jamás llegué este dia;
Seron el fuerte armada gente mana,
Que se ha metido allí por órden mia,
Y del primero intento le divierte,
Para que nuestro hecho mas se acierte.

»Mas si con sangre haber allí vertido
Y pérdida de tiempo conquistare
Aquel lugar, habrémos prevenido
Otro y otro estropiezo en que repare,
Hasta que tan cansado y consumido
Al Alpujarra llegue, si llegare,
Que no pueda el de Sesa, ya deshecho,
Valer ni ser valido en tal estrecho.»

Dalí y los otros, todos aprobando
Eficazmente el parecer de Abdalla,
Loaron su prudencia, efetüando
Lo propuesto por él, sin haber falla;
El Duque, todavía procurando
Provocar su contrario á la batalla,
No deja medio alguno que no intente,
De sabio, valeroso y de prudente.

Entre tanto su alteza solicita
De Serón crudo la final rüina,
Y sus soldados al efeto incita
Con tan guerrero ardid y disciplina,
Que las dificultades facilita,
Y en un asalto acaba y determina
La expugnacion que tarde fin tuviera,
Si tan rara virtud no interviniera.

Señalóse este dia el memorable
Don Lope, que, á no ser por el de Acuña,
Fuera por excelencia el mas notable,
Sin decir Figueroa, que es su alcuña;
Porque en ingenio claro y admirable,
Desde Sevilla al fin de Cataluña,
Ninguno puede serle preferido,
Ni en ánimo en peligros conocido.

Un tercio á la sazon administraba,
Mas cuando de una sola compañía
Por capitan en Flándes militaba,
Eternizó su hado y valentía;
La gente del de Orange dél temblaba,
Y así lo hizo en el Andalucía,
Junto á Guadix, su patria, la morisma
Que el Alcoran armó contra la crisma.

Pero al Duque teniendo por do quiera
Los pasos el contrario rodeados,
Su ejército pasaba hambre fiera,
Manteniéndose solo de pescados;
Tanto, que si otro Macedon no fuera,
Se le desavinieran los soldados;
Mas el ser liberal, piadoso y bueno,
Al ánimo mas libre ponia freno.

Estrechaba á su casa el ordinario,
Y á su persona misma del sustento
Privaba con valor extraordinario,
Por dallo al mas desnudo ó mas hambriento;
Estaba hecho siempre tributario,
Dando sus bienes con aquel aliento
Que el Pelicano, ufano y satisfecho,
Da á los hijos la sangre de su pecho.

Mas, como en infinito procediese
La descomodidad y suerte avara,
Mandó que con mil hombres se partiese
Y cien caballos el de la Favara,
Con gran bagaje, y que al real trujese
Desde la Calahorra, otra vez cara,
Y esta no menos, tantos bastimentos,
Que cesasen la hambre y descontentos.

Salió el valiente Silva su jornada,
Y siguióle la gente de Sevilla
En hora triste y mal afortunada,
Llena de confusion y de mancilla;
Porque, puesto en un monte de emboscada,
El Arabí trabó cruel rencilla,
Y daños causó allí poco menores
Que la infelice rota de Álvar Flores.

Dicen que la ocasion de aquel estrago
Fué el ir nuestra vanguardia tan delante,
Que entre ella y el escolta el turco mago
Metió de gente número pujante;
Y porque el dia fuese mas aciago,
Habia abierto espacio semejante
La retaguardia, donde se entremete
El Marzapel, llamado del Cenete.

El Pecini de Berja en el momento
Da en la escolta y enfermos que llevaba;
Mas ya la turbacion y desatiento
Las puertas del remedio así cerraba,
Que, andando por la tierra un mar sangriento,
Una voz por el aire no sonaba;
El horror, el silencio y el espanto
Pelean por los moros cuatro tanto.

Hirió, aunque tarde, el áspero sonido
Los oidos al bravo lusitano;
Mas ya ¿qué ha de hacer, si está rendido
A la desdicha el bando sevillano,
Y los pocos que vivos han salido,
Vienen corriendo con huir liviano?
Los moros los aquejan, y su miedo
Les da mas gallardia y mas denuedo.

Mas no por eso el portugués desmaya;
Antes, con la vanguardia revolviendo,
La virtud suma de su esfuerzo ensaya,
Tan impetuoso golpe sosteniendo,
Como á las naves hace estar á raya,
Aunque las lleve el aquilon horrendo,
En el airado mar cuando mas brama,
Aquel pece que rémora se llama.

El invicto Marqués no de otra suerte
Se opuso al gran tropel de la rüina
Con obras y palabras de alma fuerte,
Haciendo de sí muestra peregrina;
A cuatro por su mano dió la muerte,
De la orgullosa gente sarracina,
Y hizo reparar en coyuntura
La furia de la misma desventura.

Parte, en fin, de su gente recogida,
Y restaurada parte del bagaje,
Llegó á la Calahorra, conocida
Dos veces ya con español ultraje;
Quedó la tierra en sangre convertida,
Con mucha injuria del fiel linaje,
Y el puerto de la Ragua por testigo
Del poderoso ardid del enemigo.

El Duque, desta nueva lastimado,
Muestra del caso grave sentimiento;
No descompuesto, triste ni turbado,
Que no cupo el estallo en su talento;
Mas con semblante firme y pecho osado
Promete de hacer un escarmiento
En los rebeldes, tal, que eternamente
Se venga á publicar de gente en gente.

Era el tiempo que el sol domaba el Toro,
De Géminis distando pocos dias,
Y toda su cosecha el pueblo moro
Esperaba del campo de Dalías;
Y así, guardaba como gran tesoro
Las mieses con algunas compañías;
Mas dar el Duque el gasto determina
En ellas y acercarse á la marina.

Pasada Berja, y el efeto hecho,
Resueltos en ceniza ya los panes,
Pone á Castil de Ferro cerco estrecho,
Que era fuente y raiz de mil afanes;
Estaban dentro dél contra derecho
Leandro y otros turcos capitanes,
Dando puerto en España, á quien venia
Del terreno cruel de Berbería;

Y juntamente siempre rebatiendo
A quien llegaba allí de nuestra parte.
Aquí pues, con su campo á punto siendo,
El nieto insigne del cordobés Marte,
Y las galeras por el mar batiendo
El alto sitio con industria y arte,
A un mismo tiempo se le dió la guerra
Por el undoso mar y la agra tierra.

Gimen las ondas con la furia horrenda
De la espantosa y brava artillería,
Tiembla la tierra y crece la contienda,
Sin menguar en los turcos la osadía;
Y piensan que vendrá quien los defienda,
Como en efeto Carbají venia;
Mas, advertido del batir fogoso,
Clamando dió la vuelta presuroso.

Cual ave que, llevando al nido amado
A sus hijuelos caros el sustento,
Ve desde el aire al cazador taimado
Que los alcanza del nativo asiento,
Y se revuelve en vuelo apresurado,
Clamores esparciendo por el viento;
No pues de otra manera el sarracino
Se vuelve con su armada por do vino.

Tanto mas triste cuanto mas crecido
Era el socorro que traia el tirano,
Que era, cierto, el mayor que habia salido
Contra España del término africano;
Averiguóse que se habian unido
Catorce galeotas, en que ufano
Venia gran golpe de ismaelita gente,
Gallarda juventud, de orgullo ardiente,

Con armas, bastimentos y pertrechos,
Con que de nuevo guerra se fundara;
Así que el Duque con heróicos hechos
El peligro cruel venció á la clara,
No sin órden fatal, que por derechos
Naturales le nombra y le declara
Por defensor del granadino suelo,
Cuya conquista engrandeció á su abuelo.

Ganado el sitio fuerte de importancia,
Y el instante socorro ahuyentado,
Y para lo futuro la arrogancia
De los de Argel habiendo derribado,
El Duque persevera con instancia,
Dejando aquel castillo bien guardado,
De verse en ocasion con el Abdalla
Que acepte en campo abierto la batalla.

Mas él usaba á posta dilaciones,
Sin hacer experiencia en la ventura;
Entre tanto el austrino sus blasones
Extiende por los montes y llanura;
Sujeta á los de duros corazones,
Perdona al que se rinde con blandura,
Y así corre, señor de la campaña,
Reduciendo al contrario á pena extraña.

No contaré yo aquí cómo el de Luna
Salió por su mandado de Antequera
En defensa de Vélez, que importuna
Perturbacion de Frixiliana espera;
Donde moros dos mil, hechos á una,
Se fortifican cual la vez primera,
Ni de la cabalgada de Bacares,
Aunque hubo en ella casos singulares.

Solo diré que fué la mas notable
Y rica que se vió en aquella guerra,
Difícil, peligrosa y admirable,
Y en todo lo fragoso de la sierra;
De don Diego de Argote el memorable
Blason ocupe el orbe de la tierra,
Pues su virtud constante, esfuerzo y maña
Pudieron rematar esta hazaña.

No trato de diversas correrías,
Hechas con buen ardid y fortaleza,
Y dignas de que el curso de los dias
No deslustrara un punto su grandeza;
Mas hase de evitar por muchas vias
En el estilo de mayor alteza
El ser prolijo, que es lo que desdora
Cuanto en el decir breve se atesora.

Mayormente que, puesto que resuma
La varia historia todo lo posible,
Habrá sugeto en que tender la pluma,
Segun se ofrece novedad terrible.
Ya de Ronda en la sierra una gran suma
De la morisca sangre está insufrible;
Ya osadamente muestra la cautela,
Tanto, que la ciudad se guarda y vela.

Sierra difícil y áspera montaña,
De pasos austerísimos y estrechos,
Rotos en muchas partes no sin maña,
Y atajados con árboles á trechos;
Tambien con piedras de grandeza extraña
Mampuestas, y sin esto, otros pertrechos
De gente resoluta y prevenida
Para trabar contienda tan reñida.

De medios se trató por buen acuerdo
Para evitar la pérfida violencia;
Mas perturbó el camino el desacuerdo
De la soberbia militar licencia,
Sin ser parte el de Luna, sabio y cuerdo,
Para quietar la ciega turbulencia;
Al cual, dejado en Vélez buen presidio,
Se le mandó venir á este fastidio.

Y puesto que órden y atencion tenia
A curar el insulto con blandura,
No dió lugar la gente que traia,
A quien codicia mueve y apresura;
Mas la morisma, que no fué tardía
En bajar de los montes y espesura,
Hizo cruel venganza en los soldados,
En el robo embebidos y ocupados.

Después que el aire, de sereno y claro,
Se habia vuelto ya tibio y escuro,
Creció el peligro del principio avaro
Y la osadía del linaje duro;
El templo de Rubrique, do reparo
Una banda entendió hallar seguro,
Ya envuelto en humo y en pavesas anda
Con torpeza sacrílega y nefanda.

Luego que en la Alpujarra fué sabida
Esta rebelion, á las voladas
Gente envió robusta y escogida
A proseguir las culpas comenzadas;
Dos agras sierras toman por guarida,
La de Istan y Bermeja, tan nombradas,
Donde la multitud se multiplica,
Y con solicitud se fortifica.

Escogieron los puestos referidos,
Tomando á las espaldas la agua honda,
Para ser fácilmente socorridos,
Aunque fortuna mal les corresponda;
Desde allí, pues, bajaban atrevidos
Hasta las puertas de la fértil Ronda,
Dejando la ciudad sin labradores
Y el campo sin ganado ni pastores.

De los duques de Cádiz memorables
Que se llamaron Ponces y Leones,
Conformando con hechos perdurables
Al nombre sus invictos corazones,
Los de Arcos se derivan, que mudables
Condiciones de tiempo y ocasiones
Les dieron en la yerta serranía,
Por Cádiz, pueblos de menor valía.

Mas fué estipulacion con firme celo,
Jurídica bastante y aceptada
De la notable casa á quien el cielo
Tiene mil siglos há calificada;
Es su prosapia del romano suelo,
En la felice España trasplantada,
Con el nombre de Ponce que heredaron,
Y el de Leon porque á Leon ganaron.

Desta eminente casa señor era
A la sazon un alto caballero,
Que en su aspecto y virtud, de quién él era
Traia indicio claro y verdadero;
Si don Luis Ponce de Leon no fuera,
Le respetara el mundo todo entero
Por liberal, galan y por discreto,
Por esforzado y de valor perfeto.

Al militar oficio fué inclinado,
Y á las cosas de guerra siempre atento,
Servidor de su rey en aquel grado
Que debe un caballero de momento;
No contaré yo aquí la fe y cuidado
Con que de tierna edad probó su intento,
Ni cómo fué á servirle á los estados
De Flándes, sospechosos y alterados.

Ni cómo la razon y la ventura
Sus pasos de manera encaminaron,
Que vió el flamenco suelo en coyuntura
Que inconvenientes graves se atajaron;
No como los que en ocio y en blandura
De los que sus mayores heredaron
Se precian de gozar indignamente,
Cebados del aplauso de su gente.

Caduco bien, regalo transitorio,
Que al olvido mortal vuelve y declina,
No aspirar al famoso consistorio
Adonde el bien obrar nos encamina;
El que no hace su valor notorio
Por alguna hazaña peregrina,
Mucho pierde en morir, y esle tan cierto,
Que aun vivo le podrán contar por muerto.

Libre deste rigor fiero, inhumano,
El de Arcos en sus hechos procedia,
Cuando ocasion, que al fin tarde ó temprano
Se ofrece al que la busca con porfía,
Le vino, como dicen, á la mano,
De mostrar su prudencia y valentía,
Y el rey nuestro se tuvo por servido
De dalle poder largo y extendido

Para que, quietándose el tumulto,
Usase de perdon, y así no siendo,
Véngase con las armas el insulto,
Al último rigor la puerta abriendo;
El Duque, cuyo lustre no era oculto,
A los moriscos pudo ir atrayendo
A tratar de partidos moderados,
Aunque estaban rebeldes y obstinados.

A una ermita que es cerca de Casares
Arabi y Atayfor bajaron luego,
Como cabezas y hombres singulares
De todo el vulgo revelado y ciego;
Y juntamente todos los lugares
Alzados en aquel desasosiego,
Sendos moriscos de gentil talento
Nombraron para el mismo avocamiento.

De poquísima gente acompañado,
Poniéndose de industria en tal balanza,
El Duque salió al puesto señalado,
Mostrando tener dellos confianza;
Y porque fuese el crédito doblado,
Llevó su verdadera semejanza,
Que fué el Marqués, su hijo, don Rodrigo,
Para que fuese allí parte y testigo.

Después que dadas son y recebidas
Las saludes que el vano cumplimiento
Tiene á lisonja clara reducidas,
Lejos de su primero fundamento,
El Duque con palabras comedidas,
En medio del morisco ayuntamiento,
Propuso el grave caso de manera
Que al mas protervo moro persuadiera.

Porque, demás de la eficaz esencia
De la razon y veras que trataba,
El modo de hablar y la presencia
En que un divino ser representaba,
Movian la agarena descendencia
A estar humilde, de feroz y brava;
De divertida, atenta, y de insolente,
Dispuesta á reducirse y obediente.

Si todos los que allí no se hallaron
Con los demás, presentes estuvieran,
La misma reduccion que ellos firmaron
Sin discrepar un punto establecieran,
Aunque las asperezas que probaron
Mayor desconfianza les pusieran;
Que crédito tan grande no agotara
Cruel deslealtad de gente avara.

El caso fué que vaciló el horrendo
Pueblo de los moriscos, disoluto,
Bien que notable causa precediendo
Contra un particular salvoconduto;
El Duque, cautamente procediendo,
Castigó los culpados, no sin fruto
En cuanto dar su punto á la justicia,
Mas no en desengañar á la malicia.

Habia entre los moros uno extraño
Que el Meliche por nombre era llamado,
Osado, escandaloso, y con su daño
Por hereje tenido y reprobado;
Este el pueblo juntó, que al nuevo engaño
Estaba ciegamente ya inclinado;
Y viendo la materia así dispuesta,
La plática que hizo en suma es esta:

«¡Oh compañeros y parientes mios,
Valientes y esforzados vanamente!
¿Quién ha domado vuestros altos brios
Cuando ninguna excusa lo consiente?
Y ¿quién tanto os cegó los albedríos,
Que espereis de cristianos fácilmente
Ser perdonados, siendo aborrecidos,
Como ellos de nosotros mal queridos?

»Mas ¿para qué es haciendo conjeturas
Perder el tiempo? No hay por qué me empache.
Sabed que estos papeles y escripturas
Que traen el Atayfor y el Arabache
Son canto de sirena con dulzuras
Para os adormecer, porque os despache
El Rey á penas muertes y despecho,
Atinando estos dos á su provecho.

»A su linaje y patria estos malvados
Han vendido, crueles y traidores,
Por precio vil de nueve mil ducados
Y ofertas de otras dádivas mayores;
Abrid, abrid los ojos, ¡oh cuitados!
Y mudad los consejos en mejores;
Conservaos á sazon mas oportuna,
Que á osados favorece la fortuna.

»Y si no os mueve orgullo ni esperanza
De alcanzar por las armas mejor suerte,
Muévaos la desventura y mala andanza
Que os amenazan con tragedia fuerte;
Sentencia es de Filipe sin mudanza
Que cuantos sois cabezas paseis muerte,
Y los demás poner al triste remo,
Mas que el mismo morir cruel extremo.

»Esto espera la armada recogida
En Gibraltar, y aquesto se pretende
Por la gente que armada y prevenida
La fraudulenta ejecucion suspende;
Volved á renovar la ira encendida
Contra nacion que á vuestro daño atiende,
Y á los que os venden, vuestros fuertes brazos
Hagan, como es razon, cien mil pedazos.»

Tuvieron las palabras y persona
Tal fuerza con el vulgo circunstante,
Que de otra cosa ya no se razona
Sino es de guerra cruda exorbitante;
Y como el fuego ardiente no perdona
A cosa que hallar pueda delante,
La furia popular, sin oir disculpa,
Trató los salvos de la impuesta culpa.

Verdad es que se tiene por muy cierto
Que el Atayfor, por tierra derribado,
Al natural fingió que estaba muerto,
Y así escapó del vulgo acelerado;
Como el raposo suele en el desierto
Tal vez al cazador dejar burlado,
Haciéndole entender que está sin vida
Hasta que el tiempo ve de la huida.

Viendo el Meliche que sus desconciertos
Iban ya produciendo tales veras,
Mandó que por lugares encubiertos
La gente marche y siga sus banderas;
En tanto que estos van por los desiertos,
El Duque tuvo nuevas verdaderas
Del poco efeto de la convenencia,
Y dió á las armas otra vez licencia.

Mientras aquesta masa se juntaba,
Y otra en sierra de Istan ya se apareja,
Al de Arcos gran deseo le inclinaba
De ir á reconocer Sierra-Bermeja,
Y Calaluz su fuerza, un tiempo brava,
Causa de la incurable llaga vieja;
Y así, partió á la sorda de Casares
Con la gente de aquel y otros lugares.

Y marchó asegurando y descubriendo
Los pasos de la altísima montaña;
Prevencion cuerda, y que importante siendo,
El no hacella muchas veces daña.
Ya los despojos se iban pareciendo
De aquella mortandad fiera y extraña
Que destrozó la gente que traia
El par insigne de la Andalucía.

Uno el de Ureña, su materno abuelo,
Otro aquel de Aguilar, que tambien era
De su consorte cara bisabuelo,
Historia al mundo clara y verdadera;
Causaba horror, mancilla y desconsuelo
La vista aborrecible y lastimera
De huesos á que el hado y la ventura
Negaron la funebre sepultura.

Y tanto mas por ser de aquellos muertos
Nietos todos los mas y decendientes,
Y algunos dellos de la rota ciertos
Y de sus desastrados accidentes;
Tras esto, en la montaña tan expertos,
Que daban señas claras y evidentes
De todos los lugares desdichados
Al Duque, antes de ser por él pisados.

En aquel sitio dieron lo primero
Donde la noche escura tenebrosa
Hizo parar al fuerte caballero
Con la vanguardia osada y belicosa;
Peligroso y esquivo paradero,
Entre el pié de la sierra peñascosa
Y el moro alojamiento, y sin reparo,
Sino el valor del capitan preclaro.

Vianse infinidad de calaveras
De hombres, y huesos grandes de caballos,
Segun y donde y como las guerreras
Aventuras pudieron derriballos;
Pedazos de armas, otro tiempo fieras,
Despojos de jaeces, que mirallos
Causaba compasion á la memoria,
Enternecida de la triste historia.

Más adelante estaban las señales
Del enemigo fuerte aportilladas,
Y de las impresiones desiguales
Del tiempo hojas ya y desbaratadas;
Referian algunos qué oficiales
Y qué personas otras señaladas
En cada parte el alma habian rendido
Al ímpetu de Marte embravecido.

Contaban de qué modo y en qué parte
Los vencedores moros oprimia
El de Aguilar, de Córdoba estandarte,
Cuyo esfuerzo se canta cada dia;
Narraban que, después que hecho un Marte,
A muchos á sus piés prostrado habia,
Llegó el Feri, que habia, por valiente,
Venido á ser cabeza preeminente.

Decian cómo habiendo combatido
Cuerpo á cuerpo entre dos fragosas peñas,
Ya de puro cansado y mal herido
Sintió el cristiano en sí mortales señas,
Y embistió con el moro, que perdido
Andaba ya de aliento entre las breñas,
Diciendo: «Don Alonso soy, y fuera
Vencedor si tan muerto no estuviera.—

»Si tú eres don Alonso, le responde,
Yo el Feri soy;» y desta suerte andando,
Llegó la vida del cristiano adonde
Está la parca á todos esperando;
Al cuento el llanto amargo corresponde
De los que iban el caso relatando;
Lo mismo sucedia á los oyentes
Con dolorosas muestras y acidentes.

Mas el buen General, porque la historia
Y pasos fuesen mas bien empleados,
Por los muertos mandó hacer memoria
Sobre aquellos peñascos encumbrados;
De todo corazon piden victoria
Con plegaria solene los soldados;
Que el lamentable objeto y remembranza
Les aumentó el deseo de venganza.

No acabaran el triste sentimiento
Tan presto, si el caudillo no mandara
Marchar, dejando allí gente de asiento,
Que el fuerte rehiciera y conservara.
Habia en la tierra grande movimiento;
Y así, un instante solo no repara,
Hasta llegar á Ronda, do se junta
La masa del ejército, y se apunta.

De todos los lugares circunstantes,
Y de otros apartados ocurrieron,
Hasta juntarse cuatro mil infantes
Que á la fama del caso se movieron;
Jinetes con las armas importantes
Junto á sus estandartes acudieron;
El Duque acaudillando esta compaña
Sale de la ciudad á la campaña.

El enemigo, ó viendo prevenido
El fuerte nuestro en la bermeja sierra,
Ó porque estando junto y mas unido
Su campo, mantendrá mejor la guerra,
En la sierra de Istan fortalecido,
Está haciendo estremecer la tierra;
El de Arcos se le acerca, y por la via
Hizo alto, y tomó muestra en la Fuenfria.

Donde un fuego se alzó con llama ardiente,
Que en cuidado metió el real cristiano;
Mas el Duque, sagaz y diligente,
Con buena industria lo atajó temprano;
Nunca se averiguó si alevemente
Se urdió el incendio, ó si de amiga mano
Fué algun descuido; calla aun hoy la fama
El autor ó principio desta llama.

CANTO XVIII.

El duque de Arcos rompe los enemigos. Los de la Alpujarra hacen conjuracion de matar al segundo reyecillo; el cual, presintiéndolo, da comision al Habaqui para que trate con el señor don Juan sobre los medios de la reducion. El Duque de Arcos da la batalla á los moriscos de la Serranía, en la cual los vence y mata al Meliche. El Habaqui acabó la vida en su demanda. Y en fin se concluye la guerra con la muerte de Abenabo.

No se debe preciar el poderoso
De mostrar su poder en daño ajeno,
Sino de ser con celo valeroso
A nadie malo, á todo el mundo bueno;
Haya vergüenza el pecho generoso
De ser esquivo y de ponzoña lleno,
Y sea á la grandeza cosa indina
El procurar de alguno la rüina.

Para dañar, bien basta cualquier hombre;
El mas vil puede ser mortal contrario,
Y el que es de mas escura fama y nombre
Formidable enemigo y adversario;
Mas para el bien hacer que da renombre,
Conviene un grado y punto extraordinario;
Porque es negocio claro averiguado
Que solo puede honrar el que es honrado.

Aquel inmenso Hacedor divino,
Cuya largueza vemos infinita,
De dar se llama Dios, pues da contino,
Y estando en todo, todo lo habilita;
El ángel que cayó luciferino
Es demonio llamado porque quita,
A nadie hace bien, á muchos daña,
Y no hay hora ni punto que no engaña.

De suerte que el rey nuestro, justo, y pio,
Al que crió los cielos imitando,
No mostró de su ceptro el poderío
Contra los yerros del morisco bando,
Sin antes ofrecer al desvarío
Amoroso perdon con pecho blando,
Hasta que la justicia, de irritada,
Alzó con ira su luciente espada.

Ni mas ni menos el Meliche infame,
Semejante al demonio reprobado,
No es maravilla que furor derrame
En su linaje torpe rebelado,
Ni que negocie que por armas brame
Quien no pensaba ser jamás soldado,
Y mas no habiendo luna tan mudable
Como el grosero vulgo abominable.

Cesó el incendio, hecho poco estrago,
Y al punto se marchó á buscar el fuerte,
Para dalle los nuestros Santïago,
A hierro, á fuego, á sangre, á pena y muerte.
No fué el caudillo de la gran Cartago,
Mas sutil en ardides ni mas fuerte
Que el duque de Arcos; ni otros que triunfales
En Roma los tuvieron, fueron tales.

Las huestes, de su guia satisfechas,
Esperan de vencer sin embarazo.
Llegó en esta sazon, sus gentes hechas,
Arévalo que llaman de Zuazo;
El Duque sus banderas ir derechas
Manda, y que cada cual apreste el brazo
Para reconocer los enemigos
Y prevenir sus ásperos castigos.

Maeses son de campo y del consejo
Pero Bermudez, honra de Galicia,
Y Pedro de Mendoza, claro espejo
De la alta profesion de la milicia;
Juan de Espuche, tambien soldado viejo,
Cual bravo capitan la guerra oficia,
Y otros que, por ser breve, no declaro,
Hacen reseña de su esfuerzo raro,

Cerca de la de Istan, enfrente puesta,
La gran sierra de Arbote está sentada,
La cual ganar primero se protesta
Como importante cosa y acertada,
Pues della se descubre y manifiesta
El fuerte del pagano, y la jornada
Por este medio, aunque dificultoso,
Mas breve fin tendrá y menos dudoso.

Con larga escaramuza y bien reñida
Se llegó de las faldas á la cumbre,
Sin que de nuestra gente recebida
Fuese en el gran trabajo pesadumbre;
Porque de la virtud esclarecida
Del Duque resultaba tanta lumbre,
Que su ejemplo famoso y excelente
Mostraba á cada uno á ser valiente.

Después que fué ganada la alta sierra,
Por ser el conservalla de momento,
Guarnicion le quedó á punto de guerra,
Y el Duque prosiguió el primer intento.
Por la banda que el norte el cerco cierra,
Sin ser cubierto del terreno asiento,
Menos peñascos y maleza habia,
Y allí sentó rëal al fin del dia.

Ya aquel planeta que los años mide
Daba la amada luz con su presencia,
Y ya la sombra que la vista impide
Regocijaba el mundo con su ausencia,
Cuando el leteo olvido se despide
Con su mortal imágen y aparencia,
Y vuelve á renovarse en cada uno
El estado feliz ó el importuno.

Mas esta diferencia no se advierte
En el cristiano ni el morisco bando,
Porque en los unos es comun la suerte
Para embestir, las armas alistando;
En los otros tambien lo es en su suerte,
El asalto vecino recelando,
Aunque el áspero sitio y su pujanza
Les mantenian viva la esperanza.

¿Quién bastará á contar por cuáles artes
Y con cuán perspicaz inteligencia
Se acercaba á los altos baluartes
De Ponce de Leon la descendencia,
Su gente, dividida en cuatro partes,
Con número distinto y diferencia,
Pensando acometer con menor salto
El dia siguiente el peligroso asalto?

Los pasos á compás y la distancia
Era en los escuadrones tan medida,
Que podian, si fuese de importancia,
Favorecerse en la áspera subida,
Bien como la armonía y consonancia
De voces diferentes es nacida,
Que el acordado punto los entona
Y justa proporcion las perfecciona.

Así, quien tantas gentes marchar viera
Tan por nivel, con ordenanza rara,
Una música acorde ser dijera,
Y de mirar la vista no hartara.
Los gastadores abren la carrera;
Y así, la artillería no repara,
Tirada de caballos, que de rienda
Seguros suben por la nueva senda.

De don Juan Ponce de Leon estaba
A cargo entonces la caballería,
Que el Duque por valiente le estimaba,
Como por mucho deudo que le habia;
En persona gentil se señalaba,
En discrecion, aviso y policía;
Fácil de condicion era y prudente,
Amable á todo género de gente.

Don Pedro Ponce, hijo suyo dino,
Que apenas pupilar edad alcanza,
Sigue de su familia el buen destino,
Y en moros sabe ensangrentar la lanza;
Parece en parte caso peregrino
Ver en tanta niñez tanta pujanza;
Mas ¿quién podrá engendrar admiraciones
De ver que son valientes los Leones?

Cuando á la tarde el portador del dia
Hácia la Nueva-España declinaba,
Y nuestra gente ya hacer queria
Rancho para la noche que esperaba;
La pérfida morisma, que entendia
El fin á que en la pausa se atinaba,
Habido su consejo brevemente,
Acuerdan de embestir y hacer frente.

Por no ser otro dia prevenidos,
Previnieron aquella misma tarde;
Y así, con resonantes alaridos
Salen del fuerte puestos en alarde;
A los nuestros se acercan atrevidos;
La cólera se enciende, el furor arde
De entrambas partes, con el odio esquivo
Que infunde de las armas el motivo.

Clamaba el Duque insigne, así diciendo:
«Todo el mundo á pié quedo se defienda,
La ordenanza se guarde; que esto siendo,
Ningun poder habrá que nos ofenda.»
Algunos, al caudillo obedeciendo,
Ponian al deseo y paso rienda;
Mas otros, sin oillo, deshilados
Iban el monte arriba desmandados.

Y vióse allí lo mismo que sucede
A los diestros del juego de la esgrima,
Que usan dél cuando el tiempo les concede
Pacífico ejercicio, y son la prima;
Mas cuando con enojo se procede,
Ni regla vale ni compás se estima;
Todo es coraje, priesa, cuchilladas,
Reveses y mandobles y estocadas.

Así los nuestros, mientras competencia
No se les ofreció, ordenados fueron;
Mas luego que de moros turbulencia
Movida contra sí reconocieron,
De los advertimientos y la ciencia
Poco ni mas valerse no quisieron;
Que los pechos de fuertes y briosos
Siguieron tras sus ímpetus furiosos.

La tiniebla nocturna se acercaba,
Y el bando que á celadas solo aspira,
A los nuestros cebando, se tornaba
A su fuerte, y despacio se retira;
El de Arcos, cuyo ingenio penetraba,
Venciendo el furor breve de la ira,
Con pronto discurrir y fuerte pecho,
Del peligro mayor sacó provecho.

A imitacion de aquella noble planta',
Corona ilustre á claros vencedores,
Que con el grave peso se levanta
Afrentando los árboles mejores;
Viendo el caudillo pues desórden tanta,
Y que las cosas iban á peores,
Dijo entre sí: «Esta noche se apareja
Lo mismo que pasó en Sierra-Bermeja.

»Que si la luz del cielo desparece,
Esparcida mi gente y desmandada,
Peligro conocido me parece,
Y aun desdicha terrible confirmada.»
Este discurso hecho, el alma ofrece
A Dios, y el cuerpo al fin de la jornada;
Y arremetiendo contra el alto fuerte,
Los suyos animó de aquesta suerte:

«Seguidme, amigos, que hoy nos da ventura
Ocasion de vencer nuestros contrarios;
Sabed usar del tiempo y coyuntura,
Prostrad estos rebeldes temerarios.»
Diciendo así, los pasos apresura
Contra la fuerza de los adversarios;
Siguióle la primera su cuadrilla,
Ganosa de probarse en la rencilla.

Y los que desviados se hallaban,
Viendo subir al ínclito guerrero,
Con una honrosa invidia porfiaban
Sobre cuál llegará al fuerte primero;
Los infieles dentro se mostraban
Hechos corona, con aspecto fiero,
De flechas y de balas, apuntados
Tiros y otros pertrechos aprestados.

Pegóse el Duque al enemigo muro,
Y los suyos con él de arremetida,
Donde se comenzó un combate duro,
Una sangrienta lid, fiera, reñida;
La nube de armas vuelve el aire escuro,
Privando á muchos de la dulce vida,
Así de los intrépidos cristianos
Como de aquellos pérfidos paganos.

Los cuales, en virtud inferïores,
Al parangon no estaban como tales;
Porque, siendo en el sitio superiores,
Eran en pelear nuestros iguales;
De arriba caen agudos pasadores,
Dardos nocivos, balas infernales,
Peñascos que, de graves, no hay escudos
Que puedan resistir sus golpes crudos.

En esta tempestad de armas terrible
El Duque esclareció su eterna fama,
Como el oro hermoso y apacible
Se apura en medio de la ardiente llama;
Poderoso se arroja el invencible
Dentro del fuerte, y al apóstol llama
Que por milagros altos y hazañas
Es el patron y luz de las Españas.

Copia de gente con denuedo entraba,
Teniendo el riesgo ya por suma gloria,
Y al segundo Alejandro rodeaba,
Apellidando á voces la victoria;
Y así, entre los contrarios se mezclaba,
Haciendo cosas dignas de memoria,
Pues ni espada se vió moverse tarde,
Ni soldado que allí fuese cobarde.

Discordia á tal estrecho reducida,
De estruendo, confusion y sangre llena,
No puede ser al vivo referida
De la mas abundosa y rica vena,
Ni verse quién á cuál quitó la vida;
Mas ya la desleal gente agarena
Yace por tierra muerta ó va huyendo,
Su vana confianza maldiciendo.

Huye el Meliche, capitan perverso,
Y las sobras rehace en la espesura;
La fama esparce por el universo
Del vencedor leon la alta ventura;
Mas no debe callar aquí mi verso
Las causas por que en esta coyuntura
No anduvo aquí el Marqués, su alto heredero,
Como en Casáres se halló primero.

Que no es cortar el hilo de mi historia,
Pues es el fin que della mas pretendo,
Celebrar cosas dignas de memoria,
La virtud sobre todo prefiriendo;
El claro jóven, de su estirpe gloria,
Luego que comenzó el motin horrendo,
Siguiendo della la costumbre usada,
Propuso de hallarse en la jornada.

Mas el negocio ya sobresanado,
Y sano al parecer, mudó el destino
Del pecho ardiente, atento y aplicado
A domar el furor luciferino;
Y así, dejando el padre señalado,
Pasó á Laredo con el suegro dino,
Duque de Béjar, grave personaje,
De grande estado y de mayor linaje.

Las causas de hacer este rodeo
Fueron ir por la reina esclarecida,
Doña Ana, á quien España, con deseo
De herederos, invoca y apellida;
Esto y dar perfeccion al himeneo
Con la consorte bella y escogida,
Tuvieron lejos del Andalucía
Al Marqués cuando el fuego mas ardia.

Viviendo pues gozando dulcemente
Del nuevo estado y lícitos favores,
La cierta fama de las armas siente
Los bélicos asaltos y rumores;
¡Oh cuanto del negocio se resiente,
Escrúpulos formando no menores
Que si la claridad de su disculpa
No le predestinara sin la culpa!

Si el hijo de Laertes el argivo,
Por no ir á Troya á recobrar á Elena,
Sembrando sal fingió loco motivo,
Y formó sulcos en la seca arena;
Si tu renombre permanece vivo,
Cantado de la mas profunda vena,
¿Por qué se pasará en silencio odioso,
Nuevo Leon, tu brio generoso?

Pues no solo no buscas las fingidas
Excusas, mas aun huyes de las ciertas;
Y si de amor las llamas encendidas
Pueden de Marte aborrecer las puertas,
No te faltan á ti bien conocidas,
Que en esto con el griego te conciertas;
Con la misma razon que amaba él, amas,
Mas con otra mejor por guerra bramas.

Por la casta Penélope decia
El otro que las armas rehusaba,
Y que su tierno llanto lo movia
A no dejalla en el dolor que estaba;
Mas tanto en este caso no podia
El precioso cristal que derramaba
Por la hermosa nieve de su cara
Teresa, en perfecion al mundo rara.

¡Cuántas y cuántas veces receloso
De aquella obligacion con que naciste,
Velando en medio del comun reposo,
Sus dos soles con llanto humedeciste!
¿Qué mas diré, sino que el orgulloso
Deseo que con ansia sostuviste,
Nunca halló reparo ni consuelo
Hasta la ejecucion de su alto celo?

Dejando atrás el reino de Castilla,
La rienda vuelve adonde Marte suena;
Mas no hay valor que haga maravilla
Contra la expresa ley que el cielo ordena;
Dolencia peligrosa y amarilla
A su famosa villa de Marchena
Redujo al buen señor en trance fuerte,
Aunque libre del fuero de la muerte.

Estas fueron las causas verdaderas
Por que el marqués de Zahara no vino
A seguir de su padre las banderas
Contra el rebelde bando sarracino;
¡Oh España insigne, que en criar te esmeras
Heróicos hombres, vuelve al hijo dino
Debidamente los atentos ojos,
Y verás sus virtudes á manojos!

Verás en verde edad seso maduro,
En alta discrecion blanda cordura,
En un pecho sencillo, blando y puro,
Generoso vigor que le asegura;
Testigo el tiempo me será futuro
Que en cuanto del sol mira la luz pura
No ha visto ni verá quien mas sin vicio
Mida el poder con el debido oficio.

Mas mientras el doliente caballero
Sufre del mal prolijo las tristezas,
Y el Meliche su ejército guerrero
Congrega entre los montes y malezas,
Está de Abenhumeya el heredero
Cercado de temores y asperezas,
Y viendo vacilar su injusta vida,
Lloró su perdicion y su caida.

Gimió de corazon sus malandanzas,
En especial que aquellos mismos dias
Todas sus emboscadas y asechanzas
Don Juan de Austria deshizo en las porfías;
De donde comenzó por las mudanzas
A presentir por indirectas vias
Que sus mas conocidos y llegados
Estaban en su muerte conjurados.

O que fuese verdad, ó que el recelo
Y miedo escandaloso que al tirano,
Por justa permision del justo cielo,
Le pronostican su morir temprano,
Lo amenazasen, él con desconsuelo
Maldijo el bando moro y otomano,
Que sin su voluntad le coronaron,
Y á tal desasosiego le obligaron.

Al Habaquí llamó su amigo caro,
Y á solas le habló razones tales:
«Si te soy firme amigo ya te es claro,
Pues te cuento mis bienes y mis males;
Mis secretos en tí hallan reparo;
Y así, reconociendo cuánto vales,
Quiero comunicar ahora contigo
Lo que apenas tratar oso conmigo.

»Sabrás cómo ha llegado á mi noticia
Que en mi réal hay gente que me vende,
Y que alevosamente por codicia
De interés malo, á mi rüina atiende;
Sin respeto guardar ni á la justicia
Ni ley con que mi vida los defiende,
Ni al trabajo terrible manifiesto
En que por conservallos estoy puesto.

»Bien por cierto me pagan aquel celo
Con que yo los libré del trance horrible
Y tratos del maldito reyezuelo,
Pestífero enemigo aborrecible;
Yo prostré sus traiciones por el suelo,
Y á todos puse en término aceptable,
Sin respetar el parentesco estrecho,
Donde intervino el general provecho.

»Yo rehusé en extremo la corona,
A que fui por violencia compelido,
Con cuya autoridad y mi persona
Util para los mios siempre he sido;
La fama por el mundo me pregona
Triunfante por las veces que he vencido,
Y á mucha costa suya los cristianos
Han sentido las obras de mis manos.

»Así que, con haberte restaurado
Totalmente las honras y las vidas,
Y haberte rectamente gobernado
Con leyes por tu bien establecidas,
¡Oh pueblo ingrato, vil, prevaricado!
No solamente el beneficio olvidas,
Mas quieres para siempre entorpecerte
Con el delicto de mi injusta muerte.

»Dame consejo, amigo verdadero,
Que en tanta confusion valerme pueda;
Dime tu parecer, que dél espero
Aviso con que todo bien suceda.»
El Habaquí le dice: «¡Oh rey severo,
No hay por qué tal favor se me conceda
Como el que de presente se me hace,
Si mi lealtad por mí no satisface.

»Esta y el amor grande, incomparable,
Que á tus altos disignos he tenido,
Capaz me hacen de la inestimable
Merced que me has agora concedido;
Y pues me mandas que contigo hable
Sobre el arduo negocio referido,
Supla mi voluntad á mi talento,
Para saber decir lo que yo siento.

»Si acaso los humildes edificios
Señales ciertas muestran de rüina,
Con fáciles y prestos beneficios
Al remedio la industria se encamina;
Mas si los altos salen de sus quicios,
Mal su seguridad se determina,
Pues la misma grandeza de su peso
Es su mayor peligro y contrapeso.

»Así á los hombres que mediano estado
Les dió la suerte pasa cada dia
Que, declinado habiendo de aquel grado,
Pueden volver á lo que ser solia;
Mas los que la fortuna, el tiempo y hado
Han encumbrado, van por otra via,
Porque, como cayendo se quebrantan
Desde alto, tarde ó nunca se levantan.

»Por tanto, Abdalla, mucho te conviene
Mirar de la manera que procedes;
Si el dado contra tí rodando viene,
Levántate á tu mano, pues que puedes;
Tu gente ya la guerra mal sostiene,
Muerta de hambre, falta de mercedes,
Y sufriendo cien mil calamidades,
Por fuerza ha de anhelar á novedades.

»Y así, ninguna habrá que mas suspenda
Ese cruel furor prodigioso,
Que el dar la vuelta á la derecha senda,
De paz tratando y de comun reposo;
Quedarás con descanso y con hacienda,
Y vivo aun gozarás de ser famoso,
Pues competiste con virtud extraña
Con toda la braveza y flor de España.

»Tienen á Dios propicio los cristianos,
No sufre ya razon que mas lo tientes;
Mira cuántos trofeos soberanos
Han adquirido de diversas gentes;
Reinos enteros, dellos comarcanos,
Dellos remotos, dellos diferentes
En todo al trato nuestro, y escondidos
En los fines del mundo no entendidos.

»Aun si el que manda el otomano imperio,
Como ya lo esperaste, acá bajara,
No era mucho que el Artico hemisferio
A sus felices lunas se humillara;
Mas trata agora de otro ministerio,
Y no curar de nos es cosa clara;
Pero, si falta la Africa vecina,
¿Cómo vendrá la fuerza bizantina?

»De entremeterse cada cual rehusa
Adonde el riesgo ecede á la esperanza;
Mas, si tu campo tu milicia acusa,
Y tienes tu vivir puesto en balanza,
¿Qué mas descargo, qué mejor excusa
Para los que te niegan alianza,
Pudiendo á salvo estar desde sus tierras
Esperando el suceso de tus guerras?

»Basten ya las fátigas y asperezas
Que sobre esta demanda has padecido,
Sin renta, sin ciudad ni fortalezas,
Ni refugio que sea conocido;
Sin que quieras probar las esquivezas
Del vulgo, mal discreto embravecido,
Muda intento, Señor, trata de paces,
Que á buen puerto saldrás si así lo haces.»

Aquí dió fin el elocuente moro
A su razonamiento no pensado,
Al cual Abdalla con rëal decoro
Agradable atencion habia mostrado;
Mas luego con amargo y triste lloro
A la respuesta replicó turbado,
Diciendo las palabras que se siguen:
«¡Oime! que duros hados me persiguen;

»¡Oh Abdalla, de principios venturosos,
Y fines mas que todos desdichados,
Por hombres fementidos y alevosos,
Indignos del renombre de soldados!
Oh vos, pobres, que siempre estáis quejosos,
En miserable vida sepultados,
Holgáos de no tener noticia alguna
De los costosos bienes de fortuna.

»Yo, que de todo hice ya experiencia,
Conozco el manifiesto desengaño:
Pobre, hallé consuelo en la paciencia,
Y reposo cabal sin pena ó daño;
Mas, desde que el poder me dió licencia
Para correr tras un deseo extraño,
Nunca pudo el ansioso pensamiento
Dejarme sola un hora estar contento.

»Pero, como del aire se mantiene
El animal disforme y sin provecho,
Aquel vano esperar, que así me tiene,
Alimentaba mi fogoso pecho;
Lo cual pues cesa, renunciar conviene,
Como dices, la guerra en tal estrecho,
Pues las armas que traigo en mi defensa
Se vuelven y aperciben en mi ofensa.

»Divúlguese en el campo este concierto;
Y tú, cuando mañana el sol parezca,
De Cárlos vé á hallar el hijo cierto,
El cual yo fio que te lo agradezca;
No le trates del nuevo desconcierto,
Mas pídele que treguas establezca,
Para que con modestas condiciones
Se ponga fin á nuestras divisiones.

»Será muy cierta cosa preguntarte
Qué causas me obligaron de presente
A renunciar los términos de Marte,
Y procurar las paces llanamente.
Lo que responderás quiero fiarte,
Pues eres tan sagaz y tan prudente,
Que, haciéndome en todo fiel servicio,
Sabrás cumplir con el debido oficio.»

Traspuso el sol allá por Oceáno,
Y sucedióle la terrestre sombra,
Mas nunca Abdalla, tarde ni temprano,
Del cuidoso penar el pecho escombra;
Vuelve á salir de Cintia el bello hermano,
Huye la escuridad que el mundo asombra;
En esto el Habaquí hizo jornada,
Levantando de paz la seña usada.

Ya en el rëal morisco publicaba
Lo concertado fama verdadera,
Ya tal, de puro alegre, abominaba
De los insultos de la guerra fiera,
Y tal las armas por el suelo echaba
Como si peso intolerable fuera,
Maldiciendo los bélicos furores
Y cantando á su rey muchos loores.

El Habaquí marchó con diligencia,
Y antes de entrar ante el caudillo austrino,
Para hallar en él mas grata audiencia,
Con otro mensajero le previno;
Habida fácilmente su licencia,
El astuto morisco al punto vino,
Y recebido bien del varon fuerte,
Su mensaje refiere desta suerte:

«Abdalla, sucesor de don Fernando,
Cabeza de la gente rebelada,
A tí, caudillo del cristiano bando,
Me envia á reportar una embajada;
Y es que, con atencion considerando
Los daños desta guerra porfiada,
Halla que se podria su conflito
Prorogar y extender en infinito,

»Sin otro premio mas que la sangrienta
Venganza de ambas partes ofendidas,
Pues que venciendo España, no acrecienta
Las hazañas que has hecho esclarecidas,
Ni si Abenabo su intencion sustenta,
Espera verse en tierras conocidas,
Las cuales en tranquila paz posea;
Fin que de las batallas se desea.

»Así que, no promete recompensa
Esta contienda igual á parte alguna,
Con el crecido afan y dura ofensa
Que causa el variar de su fortuna;
Por tanto, pide á tu bondad inmensa
Le mande conceder tregua oportuna,
Para que se confirme por mi medio
Lo que mandares y el comun remedio.

»Basten ya los asaltos sanguinosos,
Las mortandades y rigor pasado;
El campo á trechos largos lastimosos
De huesos se nos muestra estar sembrado,
Ajeno de sus fructos abundosos,
Y el aire de tal suerte inficionado,
Que no consume la mortal dolencia
Menos que de las armas la violencia,

»Vuelva la cruda Aleto al triste infierno,
Oyendo el dulce son de tu respuesta,
La santa paz del consistorio eterno
Baje á la tierra con solemne fiesta;
Haz, Príncipe, tu nombre sempiterno,
Tu fe y piedad mostrando manifiesta;
Perdona los errores insolentes
De los que habemos sido inobedientes.

»Y así, la majestad de Dios permita
Hayas por bien la remision que pido,
Como su ley divina traigo escrita
Dentro del alma, de que soy regido;
Que si la secta y rebelion maldita
Hasta agora parece que he seguido,
Ha sido procurando con instancia
El negocio que hoy trato y su importancia.

»Yo soy el Habaquí, que por ventura
Mi nombre habrá llegado á tus oidos,
De pobres padres, no de fama escura,
Vecinos de Guadix y allí nacidos;
Mas hame puesto Abdalla en tanta altura,
Y héchome favores tan crecidos,
Que si él tu hermano poderoso fuera,
Yo Rui Gomez de Silva ser pudiera.

»Todo lo cual mirado y su deseo,
Y el general de toda aquella gente,
Debes, alto señor, sin mas rodeo
Sernos amparo y defensor clemente;
Y donde no, la cruz es mi trofeo
Y el uno y trino Dios omnipotente,
Por el cual mas me vale ser tu esclavo
Que no lugarteniente de Abenabo.»

El de Austria, que atentísimo escuchaba
De aquel morisco el razonar profundo,
No sin admiracion, se aficionaba
A su ingenio sutil, alto y facundo
Y á la gentil persona, en que mostraba
En la Alpujarra no tener segundo;
Mas á los susodichos fundamentos
La voz grave soltó en tales acentos:

«Holgado he, Habaquí, de conoceros,
Como ya por la fama os conocia;
Y así, primero pienso agradeceros
La fe que profesais sagrada y pia,
Que resolverme para responderos
A vuestra principal mensajería;
Porque tanta bondad debe notarse,
Y entre casos tan graves ponderarse.

»Y así, á ley de quien soy, os juro y digo
Que, en cuanto desde hoy mas se os ofreciere,
Tendréis en mí seguro un buen amigo,
Como vuestra constancia lo requiere;
Mas las treguas y paces contradigo
A vos y á otro cualquier que las pidiere,
Por no ser esos términos decentes
Entre rey y vasallos delincuentes.

»Pedir perdon y proponer la enmienda,
Darse á merced sin condicion alguna,
Es dar la vuelta á la derecha senda,
Y á buen puerto salir de gran fortuna,
Y vuestro electo aquesto mismo entienda,
Sin esperar debajo de la luna
Alcanzar diferencia ni ventaja
Mas él que los de toda la baraja.

»Vos solo habeis de ser remunerado
De mi señor el Rey por vuestro celo,
Y haberos por cristiano declarado
Prostradas las rodillas por el suelo;
Volved pues luego á quien os ha enviado;
Y pues tan elocuente os hizo el cielo,
Persuadilde que mas no se detenga,
Y que á la reducion con tiempo venga.

»Lo cual de todos llegue á la noticia,
Y entienda cada cual que está en su mano
Moderar el rigor de la justicia,
A Dios y al Rey volviéndose temprano;
Que, aunque ha sido perversa su malicia,
No quiere el Padre eterno soberano
Al malo y pecador cerrar la puerta,
Sino que se arrepienta y se convierta.»

Con estos y otros altos documentos
El Habaquí volvió al campo agareno,
Donde con admirables argumentos
A Abdalla amonestó lo justo y bueno;
Mas él, perplejo en vanos pensamientos,
Ni de crédito dalle estaba ajeno,
Ni menos entre sí determinaba
De hacer lo que tanto le importaba.

Mas el ardid, la maña y la prudencia
Del cauto y señalado mensajero
Redujo presto á la mejor sentencia
Todo el comun morisco casi entero;
Y no sin artificio y diligencia
Negoció con el bando forastero,
Que del pasado intento desistiese,
Y seguro pasaje al Rey pidiese.

Mientras que la soberbia destas gentes
Con moderados términos se humilla,
El Meliche, acogido á las vertientes
De Rio-Verde, junta y acaudilla
Rebeldes moros, y en las eminentes
Cumbres de la que es hoy Sierra-Blanquilla,
Desde donde, corriendo á sangre y fuego,
Tenia á Ronda en gran desasosiego.

Era tan numeroso ya su bando,
Que osaba por do quiera hacer guerra,
Y presumir salvarse peleando
En el contorno y faldas de la sierra;
Habia el sol, por Escorpion pasando,
Hecho quedar frutífera la tierra,
Con las fecundas aguas que, esparcidas,
Eran causa de turbias avenidas.

Los hombres, atendiendo en cada parte
Al útil menester de sus labranzas,
De Céres la preciosa y rústica arte
Ejercitaban, llenos de esperanzas,
Dando de mano al iracundo Marte,
A sus estratagemas y asechanzas,
Aunque á las veces, siendo salteados,
Quisieran mucho mas hallarse armados.

¿Qué hará el de Leon, á quien le toca
Procurar el remedio destos daños,
Si el enemigo orgullo le provoca
Segunda vez por términos extraños,
Y la razon al arma lo revoca
Con estímulos tales y tamaños,
Habiéndosele el campo ya deshecho,
Guiando cada cual tras su provecho?

Viéndose en este mar de inconvenientes,
Echó de su hacienda y sus vasallos
El resto todo, y siéndole obedientes,
Pudo al debido oficio congregallos;
Juntó pues con ardides excelentes
Buen número de infantes y caballos;
Salió en campaña contra los moriscos,
Que andaban como fieros basiliscos.

El padre de Faeton salir queria
Del lecho alabastrino de la aurora,
Cuando el buen Duque á vista se ponia
De las banderas de la secta mora;
Mas ya las suyas repartido habia
De forma y suerte, que á la misma hora
Tuviesen la montaña rodeada,
Para dar el remate á la jornada.

Lleva á su hijo don Luis Ponce al lado,
Traslado suyo y prenda muy querida,
El cual escasamente habia llegado
A dos lustros y medio de su vida,
Costumbre usada ya en tiempo pasado
Entre aquella familia esclarecida,
Salir de tierna edad los hijos diestros
En armas, con sus padres por maestros.

Aprende, le decia, hijo mio,
A ser sufrido, valeroso y fuerte,
Y á despreciar con generoso brio,
Por tu fe y por tu rey la airada muerte;
En este punto el bárbaro gentío,
Que ya desde mas cerca el trance advierte,
Mueve ligeros piés y prestas manos,
Al encuentro saliendo á los cristianos.

El Duque arremetió por una loma,
Diciendo en voz alegre «Santiago»,
El Meliche, llamando á su Mahoma,
Trabó la lid, donde llevó su pago;
Porque, mientras allí se da y se toma,
Una bala le dió fin acïago,
Y descargó la tierra de un Tifeo
En obras malas y peor deseo.

Que don Juan de Leon lo fué este dia
Claramente se vió por la experiencia,
Y su hijo de suerte le seguia,
Que, á no ser liga, fuera competencia;
Bermudez con su tercio destruia
Mucha de la morisca decendencia,
Y Pedro de Mendoza de otra parte
Hace lo sumo del esfuerzo y arte.

Por esto, y ver prostrada su cabeza,
Los infieles todos se turbaron,
Lo cual no obstante, por alguna pieza
En la batalla dura porfiaron;
Pero ya la victoria se endereza
Por los que á Dios su fin enderezaron,
Y el campo moro, lleno de quebranto,
Siente rabia, dolor, muerte y espanto.

El católico sigue el vencimiento,
Huye el bárbaro y pérfido á la clara;
Por aquí escapan diez, por allí ciento,
Sin osar mas volver atrás la cara;
Y quedóles tal miedo y escarmiento,
Que nunca mas juntaron algazara;
Y así, se retrujeron esparcidos
En los traspuestos valles y escondidos.

Después al reino de Africa pasando
Algunos, y otros dándose rendidos,
Quedó aquella provincia descansando,
Libre de los trabajos padecidos;
El Duque á Ronda se volvió triunfando,
Que por los beneficios recebidos
Alegre celebró sus alabanzas,
Y grata encareció sus bienandanzas.

Esta victoria, en sí calificada,
Hace el notable sitio mas famosa,
Por haber sido un tiempo allí trabada
La guerra mas soberbia y ambiciosa,
Cuando el mundo, su fuerza concitada,
Por armas decidió la lid dudosa
Contra los hijos del fiel romano,
Y se puso de César en la mano.

Ya los turcos y moros extranjeros
De toda la Alpujarra habian salido,
Y el mar sulcando con navíos ligeros,
Tomado tierra allá en el Afro nido;
El Habaquí, en sus tratos verdaderos
Habiendo algunos dias insistido,
A su alteza volvió que le esperaba
Para la conclusion que se trazaba.

Después de recebido cortesmente,
El morisco informó muy por extenso
Del firme intento que halló en su gente
Para volverse á Dios piadoso, inmenso;
De solo Abdalla dice que mal siente,
Y que se está neutral, turbio y suspenso,
Porque la obstinacion de su pecado
Debe el sentido habelle reprobado.

Por lo cual dijo que él se proferia
A dalle muerte por su propria mano,
Y que en ello su vida arriscaria,
Como bueno y católico cristiano;
Y así, partió resuelto el mismo dia
A verse con el áspero tirano,
Y efetüar aquel heróico hecho
Con brazo fuerte y animoso pecho.

¿Dónde vas, Habaquí, tan denodado?
¿Piensas que Abdalla está de ti seguro?
No lo está, no; que al fin, como culpado,
Recela y teme fin triste y escuro,
Y de las bravas furias incitado,
El amor que te tuvo, en odio duro
Ha vuelto, y desamor contrario, esquivo,
Le da grave pesar de verte vivo.

Mientras el nuevo Mucio valeroso
Iba á la ejecucion de la hazaña
Que le diera renombre de famoso
En cuanto ciñe Apolo, y Tétis baña;
Abenabo, aburrido y congojoso,
Entre él y los demás metió zizaña:
Negocio fácil y ligera cosa,
Escándalo entre gente sospechosa.

Movíale el nativo odio implacable
Contra el cristiano norte y su corona,
Y su conciencia misma abominable,
Que mas sus pensamientos inficiona;
Dábale enojo y rabia incomparable
La injuria recebida en la persona;
Y así, de la ocasion y tiempo usando,
Habló á los que le estaban escuchando:

«Otras veces, amigos, proponia
Mi intento como rey y señor vuestro,
Mandando aquello que por bien tenia,
Con libre voz y con agüero diestro;
Mas, ya que sin error ni culpa mia
En vuestra lealtad hallo siniestro,
Dejaré de quejarme y de culparos,
Y solo trataré de amonestaros.

»Dé vuelta el mundo y la fortuna ruede,
Persígame cruel hado enemigo,
Que ya mi corazon dejar no puede
De seros firme y saludable amigo;
Vosotros del perdon que se os concede
Pensais gozar sin pena ni castigo;
Mas dello grande duda se me ofrece,
Y casi que imposible me parece.

»Las causas de lo cual dejo y remito
Al libre parecer de cada uno;
Mas una cosa sola no permito
Ni sé disimular por modo alguno;
Esta es, que el Habaquí, falso, maldito,
A sí inclinado, á todos importuno,
Quiera en particular ganarse gracias,
Y funde en general vuestras desgracias.

»A honor aspira y á provecho atiende,
Dando á entender que solo él es el quicio
Y la fuerza total de quien depende
La rica paz y el bélico ejercicio;
Y pues sin freno su interés pretende,
Mal hacer puede su debido oficio,
Que si un tercero se corrompe avaro,
Errar en lo que trata está muy claro.

»La comision que tiene es de gran peso,
Y por lo mal que ha procedido en ella
Merece suspendido ser y preso,
Y que tengamos dél justa querella;
Tras esto, es un superfluo contrapeso
La autoridad de aqueste, pues sin ella
Podeis hacer, habiéndoos reducido,
Que os pueda ser mejor agradecido.

»Desde aquí me desisto de aquel mando
Que, sin querello yo, todos me distes,
Mas no de la venganza tras que ando,
Aunque me aquejen mas sucesos tristes;
Si algunos, mi persona acompañando,
Movidos de la gloria en que me vistes,
Quereis quedar, armado me profiero
A seros siempre igual y compañero.

»Y si todos quereis solo dejarme,
Solo quiero á cristianos hacer guerra;
Matarme puede, sí, mas no espantarme
El poder que se junte de la tierra;
Procurad desculparos y culparme,
Que aunque vuestra mudanza así me atierra,
Sobre mis hombros solos holgaria
De llevar vuestras culpas y la mia.

»Yo, que hice temblar la fuerza entera
De la temida presuncion de España,
Y ensangrenté mil veces la carrera
A costa suya con mi esfuerzo y maña;
Agora á modo de salvaje fiera
Por los desiertos vengaré mi saña;
Y pues me desampara la ventura,
Mis huesos nunca esperen sepultura.»

Sacó el calamitoso parlamento
Lágrimas tiernas de los pechos duros,
Y mudaron algunos pensamiento,
Movidos dél, volviendo á ser perjuros;
Mas todos de comun consentimiento
Dijeron que no estaban bien seguros
Del Habaquí; y así, quedó resuelto
Fuese puesto á recado en siendo vuelto.

Si en tal sazon el Habaquí tardara,
Pudiera pasar punto por ventura,
Que á las veces un daño se repara
Por caso extraño en breve coyuntura;
Mas antes que la plática cesara
Llegó, y fué luego puesto en prision dura,
Presintiendo en el ánimo, aunque fuerte,
El paso acelerado de su muerte.

Abenabo le manda hacer cargo,
En forma procediendo de derecho,
Y que dé los indicios de descargo
En término abreviado y tiempo estrecho;
Mas como al hombre puesto en trance amargo
Le huyen los amigos largo trecho,
El de Guadix, venido á tal estado,
De los suyos quedó desamparado.

Y aun aquellos que libre le animaron
A cortar la cabeza del tirano,
Viendole preso, dello le acusaron
Con ejemplo sacrílego inhumano;
La vida, en fin, y pasos le acortaron,
Y él acabó como fiel cristiano,
Repitiendo en el último tormento
La voz del Credo con devoto aliento.

Fué del campo católico plañida
Del Habaquí la muerte no pensada;
Mas no es morir perder hombre la vida
En loable ocasion y empresa honrada;
No por esto la gente convertida
Dejó la reducion ya comenzada;
Antes, por el recelo desta culpa,
Venian mas apriesa á dar disculpa.

Vinieron con sus armas á montones,
Clemencia, remision y paz pidiendo,
Numerosos y fieros escuadrones,
Sus pasados errores conociendo;
Y por mas evitar las ocasiones
De los tiempos, que siempre van volviendo,
Quedaron trasplantados á millares
Léjos de los marítimos lugares.

Preguntaráme alguno por ventura
Qué fin al bravo Abdalla dió la suerte:
El, con pocos metido en la espesura,
En unas cuevas se hacia fuerte,
Donde al fin de su extrema desventura
Un alcaide morisco le dió muerte,
Y el alma decendió á pagar sus males
En las eternas llamas infernales.

Cuando mis pensamientos y cuidados
Pusieron dulce fin á su porfía,
Llevaba sus caballos inflamados
Al Nuevo Mundo el causador del dia;
Volvian á su albergue los ganados,
Y cada labrador se recogia
A su estacion humilde, deseoso
De aliviar sus fatigas con reposo.

Lo mismo hice yo, con entregarme
Al blando sueño y regalado olvido;
Mas pude en él apenas transportarme
Cuando veló de nuevo mi sentido;
En clara y alta voz sentí llamarme,
Voz no de humano ni mortal sonido,
Los ojos abro, y digo: «¿Quién me llama?»
La misma me responde: «Soy la fama,

»Que he venido á tomarte residencia
Del tiempo que ministro fuiste mio,
Por una mal sonante negligencia
Que arguye ó gran pasion ó desvarío;
De muchos escribistes la ecelencia
En armas, la virtud, la fuerza y brio,
Porque en las competencias referidas
Hicieron dello pruebas conocidas;

»Y dejaste olvidado entre renglones
Uno que capaz es de larga historia,
Y digno de igualarse á los varones
Que de tu patria ilustran la memoria;
Hijo de aquella cama de Leones
Que el conde don Martin, para mas gloria,
Produjo, ennobleciendo el reino hispano
Para espanto y terror del africano.

»Debiera haber llegado á tus oidos
Don Francisco de Córdoba y sus partes,
Los hechos de su esfuerzo esclarecidos
En varios tiempos y en diversas partes;
Agora contra moros descreidos,
Agora contra herejes estandartes,
Peregrinando mas que el fuerte Alcides
Por duros trances y sangrientas lides.

»Debieras contemplar atentamente
Que no es menos que plático soldado,
En su vivir filósofo prudente,
En saber y experiencia jubilado,
A cuya causa fué debidamente
De una aldea do estaba retirado
Llamado, á que asistiese en Almería
Por general de mucha infantería.

»Donde correspondió con juicio reto,
Osado corazon y prontas manos,
A aquella estimacion, grado y conceto
Que dél tenian ya los veteranos.»
Esto dicho, la voz do no hay secreto
Voló, hendiendo por los aires vanos,
Y yo cumplí su edicto y justo fuero
Con escribir el caso verdadero.

CANTO XIX.

Establécese la Liga, y es nombrado el señor don Juan por generalísimo della. Selim junta poderosa armada, reforma á Pialí y hace general al turco Alí-Bajá. Su alteza hace su jornada y recibe en Nápoles el estandarte de la Liga por mano del cardenal Granvela, delegado de su santidad.

No puede ser durable lo violento,
Por mas que se desvele el artificio,
Ni puede, si no es bueno el fundamento,
Ser firme ni seguro el edificio;
Quien torpemente sube en años ciento,
En sola una hora cae, porque es oficio
Del cielo justo dar castigo dino
Al que se olvida del mejor camino.

Las fábulas morales y elegantes
Nos cuentan que unos hijos de la tierra,
Fiándose en sus fuerzas de gigantes,
Osaron contra el cielo mover guerra,
Y que Jove con rayos fulminantes
Su soberbia prostró, que tanto yerra;
Haciéndoles quedar eternamente
Por terror y escarmiento de la gente.

No es menos que estos vano y atrevido
El que contra la Iglesia sacrosanta
Se vuelve, y en pecado endurecido,
Pierde la fe que el alma á Dios levanta;
Ni es menos el tormento embravecido
Que el obstinado pecho le quebranta,
Y mas, que la experiencia nos escribe
Que apenas muere bien el que mal vive.

La prueba se ve desto en los tiranos
Cuyas vidas y muertes se han escrito;
Y así, la Iberia, libre de sus manos,
Sintió gozo y placer casi infinito.
Dias habia que los venecianos,
Visto del turco el ánimo maldito,
Con la cristiana union trataban liga
Contra la fuerza bárbara enemiga.

Hallábase Venecia la opulenta
De la otomana casa lastimada,
Y renovaba con la nueva afrenta
De Chipre, larga historia no olvidada;
Por Dulciño y Antivari lamenta,
Y Buda, que tambien le fué usurpada,
Con otras muchas plazas y fronteras
De Epiro y la Morea en las riberas.

Y así por las pasadas opresiones
Como por el agravio y mal presente,
Y aun otras recelosas presunciones
De que eran molestados claramente,
Se resolvieron todos los varones
De aquel senado antiguo y eminente
A hacer embajadas con instancia
Sobre la santa liga y su importancia.

El vicario de Cristo, quinto Pio,
Admitió su recuesta como justa;
Lo mismo hizo el rey y señor mio,
Como quien de lo bueno siempre gusta;
Y de Francia detuvo el desvarío
De la guerra civil, cruel, injusta:
Al lusitano causas esenciales,
Nacidas de las guerras orientales.

Hecha pues de los tres la convenencia,
El Papa, Rey Católico y Senado,
Con sana, cuerda y presta diligencia
Dieron su perfecion á lo tratado;
Y fué de todos por comun sentencia
Por su generalísimo nombrado
El inclito don Juan de Austria, nacido
Para ser vencedor, nunca vencido.

La fama se extendió desde aquel dia,
Su trompa sonadora ejercitando,
Y despertó con bélica armonía
La mayor fuerza del cristiano bando;
El nombre que don Juan ganado habia,
Los granadinos trances allanando,
Engendraba en los grandes y menores
Esperanzas de cosas muy mayores.

Giraba el sol su carro luminoso
En la morada y estacion primera,
Trayendo al mundo alegre y orgulloso
La sazon de la clara primavera;
Ya el intratable mar, menos undoso,
Se disponia para abrir carrera
Conforme con los hados y destino
Que se guardaban para el hijo austrino.

Ya en cada puerto la carena untada
Debajo de las ondas asegura
Cualquier bajel de la cristiana armada,
Que los preparamentos apresura;
Ya se apercibe para la jornada
La una y otra Hesperia, y ya procura
La ciudad de san Márcos estar presta,
Y de leños gran suma y gente apresta.

Roma da á Marco Antonio por caudillo,
De los Colonas lustre verdadero,
Venecia otro que tiene de sencillo
En ella el primer nombre y de severo;
Deste se dice que pasó á cuchillo
Un hijo suyo con semblante entero,
Por castigo ejemplar, digno de fama:
Sebastian el Venero este se llama.

Selim, que tiene ya noticia alguna
De la cristiana union, de nuevo atiende
A no perder sazon tan oportuna,
Y á Famagusta conquistar pretende;
Con su poder midiendo su fortuna,
El orbe entero sujetar pretende;
Y así, juntó la armada mas pujante
Que jamás ha salido de levante.

En lugar de Piali, que el precedente
Año el cargo de mar habia tenido,
Nombró por mas soldado y mas valiente
Al bravo Alí-Bajá, turco temido,
Mandándole, al partir, expresamente
Que al general que está en el ciprio nido,
La gente, vitualla y favor diese
Que al fin de aquella empresa conviniese.

Y que sin perdonar gasto ó fatiga
Discurra por los mares mas cercanos,
Y asalte, turbe, oprima la enemiga
Parcialidad de pueblos venecianos;
Y si toda la armada de la Liga
Con la suya venir quiere á las manos,
Acepte en todo caso la batalla,
Con esperanza firme de ganalla.

Alí-Bajá, instruido del intento
De su rey, se metió en el mar vecino;
Y dando velas al derecho viento,
A Chipre hizo próspero camino,
Donde, á manera de leon sangriento,
Estaba Mustafá luciferino,
Esperando en la triste Nicosía
La sazon y la gente que venia.

Y así, al nacer del sol, reconociendo
Las señas y banderas otomanas,
Un increible gozo recibiendo,
Con llanto alegre humedeció sus canas,
Y á la ribera, en órden procediendo,
Se acercó, y saludó las inhumanas
Fustas, de su gran número admirado,
De las cuales tambien fué saludado.

Cosa notable fué el contentamiento
Con que los scitas fieros se mezclaron,
Y largo de contar el tratamiento
Y amor con que estas vistas celebraron;
Los generales, hecho el cumplimiento
Y dadas las saludes, comenzaron
A hacer entre sí discursos largos
De las cosas tocantes á sus cargos.

Quedó, en fin, de la plática sabida
La intencion de Selim, y cuánta gente
A Mustafá venia cometida
Para ganar á Chipre enteramente;
Alí-Bajá se apresta á la partida,
Porque así la bonanza del tridente
Como su mucho ardid le espoleaba
A seguir la derrota que llevaba.

Hecha por el cañon y la trompeta
Señal cierta de leva y de partencia,
La nacion se despide mahometa,
Haciendo sentimiento por la ausencia;
La armada busca la famosa Creta,
Rompiendo el mar con áspera violencia,
Y Mustafá, marchando por la tierra,
Va sobre Famagusta á hacer guerra.

No se estaban ociosas entre tanto
Las grandes fuerzas de la union cristiana,
Solicitadas del cruel quebranto
En que se ve la gente veneciana;
A cuya instancia el Papa, justo y santo,
Con eficaz industria sobrehumana
Incitaba al caudillo preminente
A la alta empresa y ocasion presente.

Mas él, sin perder punto, al rey de España
Pide la bendicion y real mano,
Y sale por la posta apriesa extraña
Del pueblo ennoblecido cortesano,
Ilustres hombres lleva en su compaña;
Ya deja atrás el reino castellano,
Ya el de Aragon, ya el catalano suelo
Pasa midiendo con ligero vuelo.

No hace un punto pausa en su corrida,
Que pueda ser alivio á su persona,
Hasta aquella ciudad esclarecida
Cuyo famoso nombre es Barcelona,
Donde toda la fuerza recogida
Está de amor, el ceptro y la corona,
Y se nos muestra clara en su figura
La idea de la misma hermosura.

Allí parece el sol resplandeciente
Mas que en ninguna parte de la esfera,
Allí se mira y goza eternamente
La deseada y dulce primavera;
Y así como el cortés cielo clemente
Influye tal sazon, tambien se esmera
En producir la gente conversable,
De ingenio dócil y de trato amable.

Seria dilatar la historia en vano
Solenizar aquí el recebimiento
Que hizo el pueblo insigne catalano,
De regocijo lleno y de contento;
No fué acogido el capitan tebano,
Viniendo del felice vencimiento,
Con mas aplauso de su patria amada,
Al ministerio atenta y dedicada,

Que el hijo del monarca poderoso
En el lugar ilustre que refiero,
Ni vió jamas teatro mas pomposo
La gran ciudad que al mundo mandó entero;
Las damas alababan de hermoso
Al jóven y gallardo caballero,
Los hombres su ademan, talle y postura,
En que Vénus y Marte se figura.

Ya la sonora trompa de la fama
Con recio aliento divulgado habia
La gloriosa ocasion que al arma llama
La animosa nacion que España cria;
Ya el feroz aleman por guerra brama,
Y va saliendo de la region fria
A la templada Italia, que, orgullosa,
Armas y gente apresta belicosa.

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

Mientras en varias partes extranjeras
La máquina y bullicio mas se ordena,
Vino el de Santa Cruz con sus galeras
De la seca y robusta Cartagena;
Don Juan, haciendo muestras placenteras,
De la playa dejó la roja arena,
Y en el húmedo reino del pescado
Entró con alto agüero y diestro hado.

El sol hácia Ocidente declinaba
Su bello carro de alabastro puro,
Y ya la noche el de ébano aprestaba,
De sombra encubertado y velo escuro,
Cuando la playa en torno resonaba
Con estruendo feroz de hierro duro,
Confusas voces y áspero bullicio,
Que de partencia daba claro indicio.

Los cómitres, al crudo ministerio
Atentos, los forzados apresuran:
Y así, las aguas del salado imperio
Batidas de los remos ya murmuran,
Las estrellas el Artico hemisferio
Variamente matizan y figuran;
Boga la armada, y en el mesmo instante
Por proa es asaltada de un levante.

La chusma al proejar la fuerza aviva,
Las importunas ondas contrastando,
Diana muestra al mundo su luz viva,
Aquel trabajo en parte relevando;
El bando austrino de Canid arriba
A la hermosa playa al punto cuando
El agradable sol de la mañana
Su lumbre nos descubre soberana.

Dióse allí fondo, y hízose la aguada,
Y luego con señal de tiempo bueno
A vela prosiguieron su jornada,
Volando apriesa por el mar sereno;
Mas presto la bonanza fué turbada;
Y así, rompiendo á fuerza el hondo seno,
De Palamós se entraron en el puerto,
Siguiendo á la real por buen concierto.

De donde, al declinar del claro dia,
Con mar bonanza llegan hasta Rosas,
Y de allí, prosiguiendo por la via,
Vinieron á las ondas peligrosas
Del golfo narbonés, cuando volvia
Apolo sus colores á las cosas,
Sin que señal de nube pareciese,
Ni viento aquella hora se moviese.

Por lo cual nuestra armada diligente
Se mete por el golfo navegando;
Mas luego en popa les sopló un poniente,
La chusma y marineros alegrando;
Despliéganse las velas prestamente,
Hiere céfiro en ellas fresco y blando,
Y vuelan por el agua las galeras
Cual por el aire van aves ligeras.

Refuerza el viento, sin hacer ultraje
A los bajeles sanos y ligeros;
Y así, volando llevan su viaje
El de Austria y sus leales caballeros;
Sucedióles tan próspero el pasaje,
Que todos se hallaron placenteros
Al despuntar del alba clara y bella,
En el francés paraje de Marsella.

El apacible tiempo persevera,
Francia se va dejando á la siniestra;
Ya la playa de Niza desde fuera
A nuestros ojos se descubre y muestra;
La ciudad opulenta alegre espera
La armada y el caudillo que la adiestra,
Y de sus torres y castillo fuerte
Con salva soleniza aquella suerte.

El duque de Saboya allí no vino
Por estar en Turin no bien dispuesto;
Mas el conde Ariñan salió al camino,
De su parte, y al héroe dijo aquesto:
«El Duque, mi señor, tu dino primo,
Que á tu servicio está obligado y presto,
Tiene por falta grande de ventura
Hallarse enfermo en esta coyuntura;

»La cual por él ha sido deseada
Dias há ya para besar tus manos,
Por la aficion y sangre que mezclada
Está entre tí y los duques saboyanos,
Y por tu fama ilustre y encumbrada
Con hechos y blasones soberanos;
Y así, á ofrecer por mí desde hoy te envia
Su fe y su voluntad sincera y pia.

»Suplícate que acetes el servicio,
Y le honres con tomar puerto en su tierra,
La cual, agradecida al beneficio,
Te servirá contino en paz y en guerra;
Y si para el marítimo ejercicio
En ella de provecho algo se encierra,
No lo recibas como cosa suya,
Antes lo tomes como propria tuya.

»Sus galeras tambien dice que quiere
Que á tus hados y á tí vayan siguiendo,
Armadas, como el caso lo requiere,
Contra el bravo furor del turco horrendo,
Y un general en ellas se profiere
Enviar, tu grandeza obedeciendo,
Este es mos de Leni, soldado viejo,
Famoso por sus obras y consejo.»

El de Austria con benévolo semblante
Las fustas acetó del saboyano,
Y agradeció por término elegante
La voluntad y ofrecimiento llano,
Mas dice que en las costas de Levante
Anda por mar y tierra el otomano,
Haciendo mucho mal, á cuya causa
No cumple en el viaje hacer pausa.

Con esto del Nizardo se despide,
Y á Orza con un viento moderado,
Partiéndose de allí, la playa mide
Del ancho Portovénere nombrado;
Mientras al navegar cosa no impide,
Llegó un bajel del ginovés senado
Con embajada dél, segun su usanza,
Llena de reverencia y de crianza.

Y todo cuanto en suma contenia
Era significar cuán por extremo
Holgaba aquella libre señoría
De velle hecho general supremo;
El de Austria agradeció la cortesía,
Y sulcando aquel mar á vela y remo,
Después de puesto el hijo de Latona,
Llegó á la fertilísima Saona.

Demás de que fué en sí maravillosa
La salva que se hizo desde el muro,
La sombra de la noche tenebrosa
Mostró mas su espectáculo seguro;
Herido apriesa de la luz fogosa,
Retumba y reverbera el aire escuro,
Responden desde el agua las galeras,
Atronando el contorno y sus riberas.

La media noche dicen que seria
Cuando partió de allí la insigne armada,
Hendiendo á remo el agua negra y fria
Con fuerza vehemente y porfiada;
La esposa de Titon ya parecia,
Descubriendo su frente aljofarada,
Cuando llegó de Pexe á las orillas,
Que está del januo pueblo pocas millas.

Desde donde, bogando lentamente,
Se metieron en órden de batalla
Las galeras feroces de poniente,
En quien la flor y lustre dél se halla;
Ya la ciudad famosa y eminente
Manifiesta sus torres y muralla,
Sus altos edificios suntuosos
No menos excelentes que costosos.

Ya la gran fundacion se ve de Jano,
Maravilla exquisita en todo el suelo,
Pues siendo para el uso y trato humano
Poco ayudada de terreno y cielo,
La industria de sus hombres, que á una mano
Son del saber vivir claro modelo,
La tienen á tal punto reducida,
Que no hay otra en el mundo mas lucida.

Las piedras mas preciosas del Oriente
Vienen allí de la mayor distancia
Con el oro y la plata que Ocidente
A Europa envia, rica de ganancia;
Allí la popular y noble gente,
Viviendo en libertad y en abundancia,
Refrenan las superfluas vanidades
Que hacen pobres ser otras ciudades.

No suena allí del coche el vano estruendo,
Con ecesivo gasto alimentado,
Ni el tropel de criados, que, sirviendo
Solo á la pompa, dan mucho cuidado;
No hay la desigualdad, que, procediendo
De ostentacion y fausto mal fundado,
Es causa de cien mil inconvenientes
Que pasan en el mundo varias gentes.

Todo es moderacion, todo concierto,
Conforme á verdadera policía;
Trátase del vivir seguro y cierto,
Usando de sagaz filosofía.
Ya las naves que estaban en el puerto,
Sacudiendo la gruesa artillería,
Las galeras de España saludaban,
Que cerca dél bogando se llegaban.

Lo mismo comenzó á hacer la tierra:
La armada respondió en ese momento;
Dóblase el contrahecho son de guerra,
Combatiendo el diáfano elemento;
Ya de la áncora el diente corvo afierra
La arena honda del salado asiento,
Y el de Austria con su ilustre y fiel cuadrilla
Del Ligústico mar tomó la orilla.

Donde el preclaro Dux y senadores
Le estaban de propósito esperando,
Y el pueblo todo, que con mil loores
Concurre, su venida celebrando,
Después de habelle hecho los honores
Debidos, le llevó el ginovés bando
A una suntuosísima posada,
Ricamente lucida y adornada.

Luego le visitaron por sus grados
Caballeros que allí venido habian
De parte de latinos potentados,
Que todo lo posible se ofrecian;
Vinieron capitanes y soldados
Con la mayor pujanza que podian,
Y en ese mismo tiempo tambien vino
El príncipe de Parma, su sobrino:

Jóven, gallardo, de ánimo guerrero,
Nacido para ser de Italia gloria,
Imágen y retrato verdadero
De Cárlos Quinto, de inclita memoria;
Nadie supo mejor ser caballero,
Como podrá entenderse de su historia,
Ni en su tiempo le ha echado el pié adelante
En fuerte corazon y alma constante.

¿Quién bastará á contar el grado y punto
Del placer que llegó al austrino pecho
Cuando, acogiendo al paternal trasunto,
El cuello le ciñó con lazo estrecho?
Causó la semejanza en aquel punto,
La edad conforme y natural derecho,
Una fundamental correspondencia
De recíproca fe y benevolencia.

El de Parma le dijo al claro tio:
«¡Oh hijo de mi gran señor y abuelo,
Cuán declarada veo en favor mio
La inmensa mano del que rige el cielo!
Pues siento por soldado de quien fio
Que ha de supeditar el ancho suelo,
Escureciendo hechos, fama y nombres
De los que se llamaron mas que hombres.

»Contino iré siguiendo tu estandarte
Debajo de tus órdenes y amparo,
Mi cuidado mayor será imitarte
En cuanto ver pudiere el aire claro;
Y si, vencido el iracundo Marte,
El reposo te fuere, á dicha, caro,
Mis estados tú puedes gobernallos,
Y á mí, como el menor de tus vasallos.

El de Austria, que cortés y agradecido
Era en extremo, respondió mostrando
A tanta oferta el término debido,
Las velas de elocuencia desplegando;
Y prometió al Fernesi esclarecido
En la armada el lugar, oficio y mando
De su persona misma, y desta suerte
Se fundó la amistad hasta la muerte.

De Santaflor el conde vino luego,
General de la gente italïana,
Y el conde Vinciguerra, della fuego,
Gallardo coronel de la alemana,
Y Alberico Ladron, de quien alego
El cargo mismo y la virtud germana,
Arribó acaudillando sus banderas,
Cercadas de naciones y armas fieras.

Llegó el buen Segismundo de Gonzaga,
Linaje de los duques mantüanos,
Insigne coronel que rige y paga
Una gran cantidad de italïanos;
Y porque el de Austria mas se satisfaga,
Vinieron de países comarcanos
Valientes y esforzados caballeros
A ser en la jornada aventureros.

El número de gente mas crecia,
Poblando por do quiera los caminos;
Bajaban de la fuerte Lombardía
Armas de aceros y de temples finos;
La tierra fluctüaba, el mar hervia,
Retumbaban los montes convecinos
Al rumor sordo y belicoso estruendo,
Los ánimos al arma persuadiendo.

Nadie viera la gente y el bullicio,
El orgullo bizarro y la braveza
De tantas gentes, que al marcial oficio
Venian mas que nunca sin pereza,
Que no juzgara el cielo ésar propicio
Al intento, valor y fortaleza
Del hijo del gran Cárlos invencible,
Apto sujeto á todo lo posible.

El cual, solicitando la partida,
Su gente anima, incita y espolea,
Y con aviso da presta salida
A cualquier cosa, por mayor que sea;
Mas antes que del puerto se despida,
Habla con el heróico Juan Andrea,
Digno heredero de la casa de Oria,
De clara y felicísima memoria.

Pídele en suma que la armada siga,
Porque sabe muy bien que así conviene
Al buen progreso de la santa liga,
Por la experiencia y opinion que tiene;
Su voto en todo á preferir se obliga,
Pues nadie habrá que mas al justo ordene,
Que quien para las veras tiene manos,
Y para el gobernar consejos sanos.

«Por el airado mar iré seguro,
Le dice, si la vuelta del Levante
Acátes quereis serme y Palinuro,
Teniendo vuestro ser siempre delante.»
El de Oria, que de seso era maduro,
De pronta lengua y término elegante,
Supo condecender graciosamente
A la intencion del príncipe excelente.

Del cual fué como cosa peregrina
Esta condecendencia celebrada,
Porque en naval milicia y diciplina
No se ha visto intencion mas bien probada;
Ya el tiempo de partencia se avecina,
Ya hace la real la seña usada;
Vuelve la armada á la siniestra mano,
Y el reino va á buscar napolitano.

Por el Mediterráneo el agua hiende,
Soplándole de tierra tramontana;
Ya del Ginovesado el remo tiende
En el vecino mar de la Toscana;
El viaje ni un punto se suspende
Hasta que se dió fondo una mañana
En el hercúleo puerto, cuyo seno
Fué reparo del tiempo, ya no bueno.

Entre tanto que el tiempo abonanzaba,
En esta plaza de una compañia
Se dejó guarnicion, con la que estaba,
Y alguna cantidad de artillería;
Lo mismo se dejó, como importaba,
En Orbitelo, y el siguiente dia
Con viento fresco á fuerza se proeja,
Hasta que se llegó á Civitavieja.

Donde sulcando el Tibre cristalino,
Que viene á dar allí en la agua salada,
Llegó Paulo Jordan, linaje ursino,
Y planta dél, heróica y celebrada;
Mostró placer notable el hijo austrino,
Y holgó en general toda la armada,
Con la venida del varon preclaro,
Romano Marte, generoso y raro.

Muévese en esto viento de poniente,
Tiempo oportuno y ocasion ufana
Para el atravesar seguramente
La playa famosísima romana;
Y así, se navegó prosperamente
Hasta el lugar que la nutriz troyana
De su difunto cuerpo hizo archivo,
Dejando para siempre el nombre vivo.

Pasada ya la fluctüosa playa,
Las velas con ligero y presto vuelo
Fueron á dar á la desierta baya,
Cuyas señales causan desconsuelo;
Atras queda Puzol, y junto á Chaya,
Que es arrabal del rico y fértil suelo
De la insigne ciudad napolitana,
Dió fondo la guerrera gente hispana.

Por ser ya tarde y no estar prevenida
Aquella tierra amena y deleitosa,
Que alegre con la súbita venida
Del gran caudillo andaba cuidadosa,
El cardenal Granvela, á quien convida
El cargo y la ocasion maravillosa,
A su alteza pidió se difiriese
Su entrada hasta cuando el sol volviese.

La noche trujo el natural reposo
A los que habitan en el ancho mundo;
Mas el de Austria, solícito y cuidoso
De pensamientos, vela en mar profundo;
Su corazon, de fama deseoso,
No admite sueño allí, ni le es jocundo,
Porque la brevedad que se requiere
Ni sufre dilacion ni espacio quiere.

Al secretario Juan de Soto llama,
Hombre en su facultad muy eminente,
Ministro grave, á quien de veras ama,
Y estima como á sabio y á prudente;
Dícele: «Amigo, iréis á urdir la trama
Que á mis disignios es mas conveniente,
Y diréis al Virey cuánto querria
No perder punto en la jornada mia,

»Así por el peligro conocido
En que por Chipre están los venecianos,
Como por oprimir el atrevido
Y fiero orgullo de los otomanos;
Y como porque afan no sea perdido
La poderosa union de los cristianos,
Si el desabrido invierno sobreviene
Y á los efetos della contraviene;

»Por lo cual todo pido con instancia
Se embarquen y reduzgan á órden cierto
Las cosas que mas fueren de importancia
Para partirme del hesperio puerto.»
El Montañés, con mucha vigilancia,
Toma un esquife, y fué á poner concierto
En el recaudo que era necesario,
Usando de su ingenio extraordinario.

Mientras la muda noche su carrera
Pasaba con las ruedas estrelladas,
Nápoles se apercibe al bien que espera,
Haciendo prevenciones señaladas;
Ya el almo espejo de la cuarta esfera
Sus clines esparcia recamadas,
Y las tinieblas del fogoso encuentro
Se pasaban huyendo al bajo centro;

Ya de las ondas claras y serenas
La fundacion se ve tan peregrina,
Donde un tiempo hallaron las sirenas
Morada deleitosa, de sí dina;
Callen Roma y Cartago, calle Aténas,
Y calle la grandeza bizantina,
Que á Nápoles el cielo hacer quiso
Retrato del terrestre paraiso.

Compuesta de edificios inmortales,
Templada en cualquier mes del fértil año,
De mieses, vides, prados y frutales
Abundante, y copiosa de rebaño;
Mas si decir pretendo cuánto vales
Hablando en especial, recibo engaño,
¡Oh Parténope ilustre! pues que tienes
Del mundo en general todos los bienes.

Y así, no trataré de tus grandezas,
Por no hacer aquí prolija suma,
Por mas que tus blasones y bellezas
A compendio brevísimo resuma;
Ya las palas, sulcando las llanezas
Del agua, levantaban blanca espuma,
Y acercándose al muelle las galeras,
El método guardaban de las veras.

La multitud del pueblo estaba atenta
A ver el espectáculo solene;
El placer crece y el deseo se aumenta
De ver el que á domar los scitas viene;
En esto de la pólvora revienta
El presto fuego, y hace que retruene
El aire en torno de los tres castillos,
Saludando á la flor de los caudillos.

La armada toda de contento llena,
Responde al punto al favorable estruendo;
Los mudos peces en la honda arena
Guarida con temor buscan huyendo;
Las prestas aves la region serena
De los sutiles aires van hendiendo,
Del nuevo son confusas y espantadas
Como de tal rüido desusadas.

Desde la guerra donde el gran Gonzalo,
Trofeo y esplendor de las Españas,
Prostró el orgullo del linaje galo,
Haciendo al mundo eternas sus hazañas;
Y desde que, vencido el turco malo,
Triunfando entró de tierras tan extrañas,
Cárlos, emperador, en esta un dia,
Nunca tanto jugó la artillería.

Por entre niebla cálida y humosa
Desembarcó don Juan encima un puente
Que con curiosidad maravillosa
Estaba aderezado ricamente;
Vuelve la artillería sonorosa
A disparar con furia vehemente;
Vico retumba, Soma se estremece,
Y el concurso y rumor del pueblo crece.

Desembarcaron con el hijo austrino
Algunos personajes y señores,
El príncipe de Parma, su sobrino,
Con el mayor de los comendadores,
Y el valeroso príncipe de Urbino,
Que, siguiendo el valor de sus mayores,
Allí venia en el real servicio
Para asistir al militar oficio.

Tascando de oro el rutilante freno,
Un lozano caballo á punto estaba,
Primicia y don del pueblo, al hijo bueno
De aquel á quien la tierra se humillaba;
De bizarría y de donaire lleno,
Con la siniestra rienda y arzon traba,
Y restribando sobre el pié siniestro,
Cobró el asiento y el estribo diestro.

Puesto el gallardo príncipe á caballo,
Tomó á su lado al cardenal Granvela,
Los otros héroes van á acompañallo
Dentro de un carro que le va á la espuela;
La gente no se harta de mirallo,
Y en el divino rostro que consuela,
Nota que está mezclada mucha parte
Del vigoroso ardid del bravo Marte.

Cual va de abejas el enjambre espeso,
Siguiendo de su rey la compañía,
Cual de corderos tiernos monton grueso
Tras del pastor y manso que los guía,
Van los napolitanos con exceso
De admiracion, contento y de alegría,
Mirando de Filipe en el hermano
Un semblante y denuedo mas que humano.

A palacio llegó desta manera,
Donde ántes del regalo necesario
Trató con el Virey la suma entera
De su intencion, presente el secretario;
Y comenzó á trazarse la carrera
Mas breve de buscar al adversario,
Apresurando el modo y prevenciones,
Y cercenando el tiempo y dilaciones.

Resuelto y apuntado el fundamento
Que al general despacho se encamina,
Un correo se hace en el momento
Que vaya hasta dentro de Mecina,
Donde está el de Colona, todo atento
A ver lo que su alteza determina,
Junto con el auténtico Venero,
De venecianos general severo.

Lo que en suma contiene aquel mensaje
Es exhortalle que por todas vias
Se aperciban y alisten al viaje
Las velas que allá están, en pocos dias;
Porque dentro de cuatro, si al pasaje
No impiden de los vientos las porfías,
Piensa partir sin duda del Ausonio,
Y la vuelta pasar del mar Iónio.

Encárgale tambien que las galeras
Que de Candia despachan venecianos,
Vengan en órden prestas y ligeras
Hasta los mismos términos sicanos,
Para que, estando así juntas y enteras
Las tres unidas fuerzas de cristianos,
La poderosa armada de la Liga
Al pérfido enemigo busque y siga.

Ni mas ni menos manda que al instante,
Reforzados muy bien, cuatro bajeles
Vayan á las fronteras de levante
A saber del estado de infieles,
Para que con industria semejante
Prosigan su derrota los fieles
Con mayor claridad y mas concierto,
Y hallen para el bien el paso abierto.

En aquesta sazon llegó un criado
Del gran vicario de la sacra escuela,
Y trujo el estandarte deseado
De la Liga, do el bien comun se cela,
Habiendo el Pastor santo por legado
Nombrado al docto cardenal Granvela
Para que á don Juan de Austria le entregase
Con la solene pompa que importase.

Venia bendito de su excelsa mano,
Era de seda del color del cielo,
En él estaba un Cristo soberano,
Que á devocion movia y á consuelo;
Las armas firmes del pastor romano
Tiene á los piés el Redentor del suelo,
Las del gran rey de España al lado diestro,
Y las de venecianos al siniestro.

Las de su alteza estar se ven pendientes
De todas, con cadenas abrazadas:
Tales eran las altas y ecelentes
Insignias de la Liga consagradas;
Cuando otro dia el sol mostró á las gentes
Las cosas por la noche disfrazadas,
El lugar concurrió á la vista rara,
Al templo singular de Santa Clara,

Alto edificio, donde ya es costumbre
Todos los actos públicos hacerse:
Allí pues congregada muchedumbre,
La mayor que en teatro pudo verse,
Prostrado con humilde mansedumbre
El de Austria, para mas engrandecerse,
Recibió del Granvela el estandarte,
Alzando el brazo de cristiano Marte.

Y levantado el puro pensamiento,
Los ojos puestos en las divinales
Reliquias del eterno Sacramento,
Dijo de corazon palabras tales:
«¡Oh poderoso Dios, y cómo siento
De tu favor inmenso las señales,
Pues hoy cometes á mi indigna mano
El gran blason del crédito cristiano!

»Este que en ella por tu gracia veo
Es el ramo fatal de oro luciente
Que al rey troyano, dicen que el deseo
Cumplió de piadoso y obediente;
Con este de las ondas de Leteo,
Y de Aqueron saldré seguramente,
Y romperé las puertas del infierno,
A gloria de tu nombre sempiterno.

»Esta es la maza hercúlea, domadora
De mostruos y vestiglos espantosos;
No debo recelar pues desde agora
Los ímpetus del agua procelosos,
Ni de aquella nacion que al mago adora
Las fuerzas y recuentros espantosos,
Que siendo, como soy, yo tu soldado,
Del peligro mayor voy preservado.»

Hecha tal oracion, de allí se parte
Con todo el pueblo junto que le espera,
Y lleva á enarbolar el estandarte
Con mucha pompa á su rëal galera;
La humidad de la noche, que reparte
El sueño en la terrestre y seca esfera,
Puso límite á aquel solene dia,
Y término á la fiesta y alegría.

CANTO XX.

El señor don Juan pasa de Nápoles á Cicilia, y junto con los dos generales en consejo, satisface la desconfianza que, conforme á su natural, tenian los venecianos. Toma después tierra en Mecina, de donde parte con toda la armada la vuelta de Levante. Llega á Corfú, y de allí á las Guminizas, rompiendo infinitos inconvenientes.

Los antiguos maestros de experiencia
Con su sagacidad cuerda y madura,
Llamaron hija de la diligencia
La suerte que llamamos hoy ventura;
Aunque otros afirmaron que la ciencia,
El órden, la prudencia y la cordura
No son ni pueden ser de algun momento
Si no hace ventura el fundamento.

Sea en efeto, en fin, como ello fuere,
Pero segun razon está obligado
El hombre á procurar lo que requiere
Su tiempo, vida, condicion y estado,
Y el que sin culpa suya se perdiere
No merece llamarse desdichado;
Que la desdicha cierta en los excesos
Consiste, mucho mas que en los sucesos.

El campo de Pompeyo se aniquila,
Y su valor con todo se eterniza;
Dura el oprobrio del cruel Atila,
Que á Roma conquistó y volvió en ceniza;
Espanta el nombre del tirano Sila,
El de Héctor con razon se soleniza;
Privóle del vivir la acerba muerte:
Mas no de la virtud de ardid y fuerte.

Sigue pues tu carrera, oh soberano
Príncipe, sin temer dificultades,
Que no se halla el bien á paso llano,
Ni sin aventurarse á adversidades;
No es gloria verdadera el fausto vano,
Fundado en poseer prosperidades;
Aquel tiene riquezas mas preciosas
Que heróicamente aspira á grandes cosas.

El viento ya otra vez al agua llama
La armada puesta á punto de partida,
Ya desde la crujía el cañon brama,
Atrayendo la gente divertida;
La sonora trompeta recio clama
A dejar la ribera conocida,
Embárcase el caudillo señalado,
De toda la nobleza acompañado.

De un sexo y otro acude toda cuanta
Gente en la egregia Nápoles habita,
A ver de Cárlos la hermosa planta
Que á su pesar de cara se les quita;
No hay corazon que allí no se quebranta:
Tanto su estrella próspera y bendita
Desde la cuna hizo ser amable
Al caballero en todo memorable.

Y así de los señores naturales,
Como de los demás gentiles hombres
Muchos con sus personas y caudales
Siguieron á don Juan y sus renombres;
En otras ocasiones especiales
Relacion especial tendrán sus nombres;
Solo de dos por causas evidentes
Haré memoria luego á los oyentes.

Uno es don César de Ávalos, que lleva
El cargo de la armada de navíos,
Que la que el griego llama ciudad nueva
Armó para navales desafíos;
Bien de llamarse César hacen prueba
Del bello jóven los heróicos brios,
Aunque para tenellos le bastara
Del gran Marqués ser hijo de Pescara.

El otro que al presente se me ofrece
El conde es de Briático animoso,
Que en hermosura y en edad florece,
En ser bienquisto y ser ingenïoso;
Con su cantar las piedras enternece,
Ora formando el verso numeroso,
Ora aplicando el celestial aliento
De la suave voz al instrumento;

Unica prenda de su madre anciana,
Que con gemidos tristes, lastimeros,
Lloraba su partida, casi insana,
Movida de tristísimos agüeros;
Mas ¡ay! que su sospecha no era vana,
Que presto le vendrán los mensajeros
Con otra infausta nueva semejante
A la que Evandro oyó de su Palante.

El cómitre rëal el soplo diestro
Al pito ejercitado en esto aplica,
Y al bando que en miserias es maestro
El arrancar del puerto notifica;
Revolviendo las proas al siniestro,
La fuerza y el rumor se multiplica,
A saludar la tierra se comide,
La armada respondiendo se despide.

Y pasa entre Calabria la abundosa,
Y las eolias islas de Vulcano,
Hasta el estrecho donde el agua undosa
El suelo dividió ciciliano;
De allí, con brevedad maravillosa
Llegó del rey de España el caro hermano
A la ciudad famosa de Mecina,
Donde su fin entonces se encamina.

No se puede explicar cuánta alegría
Sintió el Colona cuando vió presente
Al hijo del gran Carlo, ni sabria
Decirle la que el buen Venero siente;
Y así, con personajes que allí habia
De Italia y de Venecia la eminente,
Vinieron juntos á besar las manos
Al caudillo mayor de los cristianos.

Y entre ellos Agustino Barbarigo,
Proveedor general, prudente y justo,
De Apolo y de Belona estrecho amigo,
Sutil de ingenio y de vigor robusto;
Mas aunque el cielo es dello buen testigo,
Temprano le amenaza un hado injusto
Con muerte, mas no es muerte, sino gloria,
La que eterniza el nombre y la memoria.

El sol á las tinieblas dió licencia,
Y vuelto cada cual á su galera.
Loó la condicion y real presencia
Del príncipe que en gracia mas se esmera;
Acabada del sol la escura ausencia,
Oriente de su luz vistió la esfera,
Y acuden otra vez los generales
A tratar de negocios esenciales.

En la popa rëal los tres sentados,
El veneciano con instancia alega
Que Agustin Barbarigo trae fundados
Poderes de su igual y su colega,
Y que debe en consejos señalados
Ser admitido, pues su ingenio llega,
Junto con su valor, á merecello,
Demás de la república querello.

El de Austria lo permite introduciendo
Consigo ese mayor de la encomienda;
Marco Antonio á Pompeyo entremetiendo,
De coloneses digna y clara prenda;
Aquesto se entendia decidiendo
En consejo supremo sin contienda,
Que en otros que no sean tan severos
Entrarán otros muchos caballeros.

Juntos los seis á la consulta grave,
Y el secretario insigne Juan de Soto,
El de Austria conmenzó en hablar suave
A proponer el caso y dar su voto:
«Cuánto importe al gobierno de la nave
La cauta vigilancia del piloto,
Sabrálo, dijo, bien el que en airado
Y proceloso mar ha navegado.

»Mas el furioso viento, la porfía
De las ondas al cielo levantadas,
El horror de la noche escura y fría,
Las lluvias por el aire derramadas,
La fuerza extraña, que á torcer la via
Obliga por regiones desusadas,
Todo suele vencerse con el arte:
De tanta gracia al hombre alcanza parte.

»Pero el ejercitado navegante
Resiste á los contrastes y fortuna,
No por contemplacion de estrella errante
Ni de los fugitivos sol y luna;
El norte, que en el polo está constante,
Es solo quien le da forma oportuna
Para salir del bravo desconcierto
Al pacífico abrigo y dulce puerto.

»Sin duda es tal del general á guerra
El grave cargo y peligroso oficio,
Ora en el mar milite, ora en la tierra
Siga del fiero Marte el ejercicio,
Y aquel mas el error de sí destierra
Que de su voluntad asienta el quicio
Sobre razon ajena de pasiones,
Tomándola por norte en sus acciones.

»Esta, que de los brutos animales
Nos aventaja tanto y diferencia,
Y con favores sobrenaturales
Nos avecina á la divina esencia,
Velando esté contino á los umbrales
Del sentido, y así la inteligencia,
La fatiga, el trabajo y el cuidado
A buen puerto saldrán del mar airado.

»Por tanto, valerosos caballeros,
A cuya causa estimo el cargo mio,
Sedme todos en todo verdaderos,
Como de vuestras prendas me confio;
Vayan léjos de mí los lisonjeros,
Que yo no quiero mando y señorío
Para regirme solo por mi gusto,
Mas para obedecer al sabio y justo.

»En grande obligacion me ha puesto el cielo,
Su santidad y mi señor y hermano,
Y mucho debo á la intencion y celo
Del ínclito senado veneciano;
Mas no puedo sufrir que su recelo,
En ofensa del crédito cristiano,
Alucine entre vanas conjeturas
En estas importantes coyunturas.

»Y aclarándome, digo que ha venido
A mi noticia ¡oh tácito Venero!
Que vuestra libre patria ha colegido
Que á Túnez y Biserta pasar quiero;
Lo cual ser un engaño conocido
Sin duda consta, en cuanto á lo primero,
De que para emprender esa fatiga
Su majestad bastara sin la Liga.

»Tras esto, de mi augusto padre juro
Por el alma devota, que mi intento
Es pasar en levante, y lo aseguro,
Pues tengo dello expreso mandamiento;
El vicario de Cristo santo y puro,
Y el Rey, que de la Iglesia es instrumento,
Me envian á que al turco bravo ofenda,
Y dél vuestra república defienda.

»A Chipre á socorrer vamos primero,
Empresa necesaria cuanto justa,
Si algun caso acïago y lastimero
No se anticipa en vuestra Famagusta;
Vuestra conservacion pretendo y quiero,
Aunque me dais por ello paga injusta;
Por tanto, á Dios presento por testigo
De que siempre os seré fiel amigo.

»Este es mi verdadero prosupuesto,
Como se mostrará por la experiencia;
Y así, para cumplillo estó muy presto,
Con pronta voluntad y diligencia.»
Esto propuso el príncipe modesto,
Ganando la comun benevolencia,
Y añadió al susodicho parlamento
Otras cláusulas de alto fundamento.

Dijo, en resolucion, que cada dia
De los que su viaje dilataba,
Como al gran Josüé, le parecia
Que el sol en su carrera se paraba;
Mas que medir el tiempo convenia
Con la solicitud; y así, rogaba
A cada cual dijese claramente
En qué estado se halla de presente.

Que él, sin las de Saboya, tiene ochenta
Y una galeras, fuertes y pujantes,
Veinte navíos, y por lista y cuenta
Paga en la armada veinte mil infantes,
Sin otros personajes de gran cuenta,
Que vienen poderosos y triunfantes,
Y con ellos, dos mil aventureros,
Que son gente de cabo y caballeros.

Y que al respecto desto trae pertrechos,
Armas, artillería y municiones,
Y cosas necesarias, que á los hechos
Son menester en tales ocasiones;
Los otros generales, satisfechos
De haber oido aquellas conclusiones,
Dieron razon con órden cierto y largo
De las cosas tocantes á su cargo.

Marco Antonio Colona, respondiendo
A la proposicion del hijo austrino,
Dijo que él se hallaba allí sirviendo
Con doce velas del pastor divino;
El cual, su voluntad santa cumpliendo,
De tal manera todas las previno,
Que no les falta gente de pelea,
Ni jarcia alguna la menor que sea.

El veneciano, luego relatando
Algunas mal andanzas sucedidas
En el mar á galeras de su bando,
Dijo que al fin allí estaban surgidas
Cuarenta y ocho, y mas, fué numerando
Otras seis galeazas escogidas,
Dos naves de alto borde, y que tenia
Soldados cinco mil la Señoria.

Mas dijo que esperaba por momentos
Sesenta otras del reino candïano,
Sin deciocho que propicios vientos
Han de traer del golfo veneciano,
Y galeazas tres con instrumentos
De guerra, y gente tanta, que á una mano
Vendrán en órden todos los bajeles
Para hacer temblar los infieles.

Con esto aquel consejo fué acabado,
Y mandóse que al punto Gil de Andrada
Fuese con dos galeras á recado,
A saber nuevas de la turca armada;
Este era un fuerte y plático soldado,
Comendador de Malta la estimada,
Animoso, sagaz y experto en guerra,
Probada su intencion en mar y tierra.

Así que, por sus obras ya famoso,
Salió al efeto el bravo caballero,
Sulcando hácia Oriente el mar undoso,
Con ardid de cosario verdadero;
El pueblo de Mecina, deseoso
De hospedar el intrépido guerrero,
En que tomase tierra habia insistido
Con término eficaz y comedido.

Mas él, donde tenia el pensamiento
Tenia como presa la persona,
Hasta que trujo el favorable viento
A don Juan el que llaman de Cardona,
Con municiones, gente y bastimento,
Y su valor, que claro nos pregona
El alto honor de su ínclita familia;
Las velas este rige de Cicilia.

Que de Palermo allí arribó con ellas,
Llenas de menesteres para guerra;
Y así, satisfaciendo á las querellas,
Su alteza en esa hora saltó en tierra
Por cima un rico puente, que de bellas
Sedas, con proporcion de arcos encierra
Tres órdenes, de tal compás y anchura,
Que todo era cuadrado en su figura.

Cercado estaba de las peregrinas
Y al mundo sabidísimas historias
De Cárlos Quinto, que por obras dinas
Triunfó dél tantas veces con victorias;
Allí en vulgares voces y latinas
Escriptas se leian las memorias
De casos tan subidos y famosos,
Cuanto para el propósito curiosos.

Estaban de aquel reino los tiranos
Prostrados humilmente por el suelo
Ante el mayor monarca de cristianos,
Filipe, augusto rey, varon del cielo;
En cuyas poderosas fuertes manos
Una espada se ve de heróico celo,
Y un peso, que es divisa clara y reta
De la justa impresion de su planeta.

Víanse otras grandezas, que no digo
Por no alargar aquí la historia tanto;
Víase Céres inventando el trigo,
Lleno de espigas el virgíneo manto;
No trato de la salva, que el castigo
Dobló á Tifeo con horror y espanto,
Pues tembló en las entrañas de la tierra
Aquel que al cielo osaba mover guerra.

Recebido el caudillo soberano,
Así como en Parténope habia sido,
Posó en palació sin alzar la mano
Del caso que le estaba cometido;
Mas la armada del pueblo veneciano,
Que de la antigua Creta habia salido,
En Zaragoza de Cicilia entrando,
Dió gran aliento al uno y otro bando.

La máquina ya junta y recogida,
Solo de la partencia se trataba,
Y de dar perfeccion á una partida
Que el Rey con Juan Andrea remataba;
Porque á su instancia, que era encarecida,
Sus galeras armadas le compraba,
Bien que por cosa cierta se tenia
Que para el de Salerno las queria.

Estando pues haciéndose el tanteo
Del precio dellas, sucedió una historia,
Que se debe contar como trofeo
De los de la admirable casa de Oria;
Y mas en este tiempo, que no veo
Sino que el interés y vil escoria
A pleito hace andar, y aun á las manos,
Con mal ejemplo, hermanos contra hermanos.

Mas Pagandoria, hermano verdadero
Del sabio y valeroso Juan Andrea,
Sabiendo que estar falto de dinero
Es causa de que así se desposea,
Y teniendo por caso lastimero
Ver que el vecino tenga ni posea
Las galeras, por quien tan ecelentes
Fueron siempre sus claros ascendientes,

Con liberalidad jamás oida
El contrato impidió, y con fuertes ñudos
Dobló de la hermandad la fuerza unida,
Dando á la fama estímulos agudos,
Y hizo luego donacion en vida
De suma de trecientos mil escudos,
Que tiene de caudal seguro y llano,
Renunciándolo todo en el hermano.

¡Oh noble presuncion de hidalguía,
Util largueza, bien considerada,
Puntüal y gallarda cortesía,
Resolucion discreta, fuerte, honrada!
Nunca jamás, Pagan, llegará el dia
En que la gloria tuya sea acabada;
Todos alabarán tu heróico hecho,
Todos ensalzarán tu ilustre pecho.

Hecha en conformidad y complacencia
De Dios y de los hombres tal fineza,
Al de Austria el buen Pagan pidió licencia
Para llegar á Malta con presteza;
Y el hábito tomado y obediencia,
Volver á su servicio sin pereza;
Y así, en espacio breve llegó y vino
A eternizar su esfuerzo peregrino.

Mientras las fuerzas de la Liga unidas
Se están calificando en el Tirreno,
Las huestes de los turcos descreidas
De Famagusta baten el terreno;
Faltan muchos pertrechos, muchas vidas;
Y así, presto vendrá á poder ajeno;
Mustafá crudo, monstruo despiadado,
La tiene reducida á tal estado.

Alí-Bajá, caudillo de la armada,
Discurre por los mares convecinos,
Haciendo de la gente fatigada
Correr arroyos con furor sanguinos:
Cual suele de langosta la emboscada
Los labradores despojar mezquinos
Del premio del trabajo y la esperanza
Que les daban sus mieses y labranza.

Tal era el fiero estrago, en cuanto aquesto,
Que en las tierras marítimas hacia
El inmenso escuadron, que, en tierra puesto,
Las campañas talaba y destruia;
Mas en cuanto al mortal daño funesto
Con que á los moradores oprimia,
Tal era su mortífera violencia,
Cual de aire con pestífera influencia.

Lo cual por nueva cierta bien constaba
En aquel tiempo al general supremo;
Y así, con gran instancia procuraba
Pasar sobre el Jónio á vela y remo,
Especialmente porque se sonaba
Que estaba á la sazon puesto en extremo
Cátaro, insigne fuerza de Dalmacia,
De quien se teme la final desgracia.

Esto, y el estrecharse el plazo cierto
Que á navegar galeras se permite,
Son causa que el consejo mas alerto
La importante jornada solicite;
Mas es un hondo piélago sin puerto,
Un cáos que á conclusion no se remite,
Tener tantos bajeles á su cargo,
Y haber con ellos de ir por mar tan largo.

Siendo, como era ya, del seco estio
La segunda sazon toda pasada,
Pues Febo, declinando al tiempo frio,
Ocupaba de Libra la morada,
Dos veces enjugó el fresco rocío,
Descubriendo su lumbre deseada,
Después que por nivel medido habia
La noche escura con el claro dia;

Cuando la gruesa armada de cristianos,
Estorbos y embarazos mil rompiendo,
Dejar quiere los puertos cicilianos,
Su justísima empresa prosiguiendo;
Ya hiere sin cesar los aires vanos
De voces y cadenas el estruendo,
Ya del zarpar se nota el remar lento,
Ya del arrancaboga el violento.

Atrás queda el sepulcro de Tifeo,
Resuena en la ribera un triste lloro;
Paquino se descubre y Lilibeo,
Y puesto al septentrion se ve Peloro;
El viento, conformándose al deseo,
Con alto agüero y respirar sonoro,
Batió las popas y ensenó las velas,
A pesar del demonio y sus cautelas.

El cual sin duda con infernal ira
Fiscal de aquella causa habia sido,
Como quien siempre á todo mal aspira,
Teniéndose del bien por ofendido;
Y así, en profundo son gime y sospira,
Viendo que á su pesar habia partido
Unánime la armada brava y fuerte,
Y blasfemando habla desta suerte:

«Mi industria á todas horas ha velado,
Mi astucia sus poderes siempre ha hecho,
Por impedir al Rey, Papa y Senado
El órden y camino deste hecho;
Mil veces ya el negocio comenzado
Turbé con dilacion, y á mi despecho
Se concluyó el tratado de la Liga
En favor de la Iglesia, mi enemiga.

»Después, sin descansar, sus fundamentos
Derribar procuré con mi malicia,
Dudas sembrando y malos pensamientos,
Ajenos de razon y de justicia;
Detuve en Cándia con airados vientos
Las galeras, pertrechos y milicia,
Cuya tardanza parte ser pudiera
Para que esta jornada se impidiera.

»Lo cual no obstante, van el mar cubriendo
Las velas juntas del poder cristiano,
Contra la monarquía que pretendo
Tener en pié en favor del otomano;
Pues yo convocaré el infierno horrendo,
Que siembre males y furor insano
Entre los mas conformes corazones,
Y mude sus primeras intenciones.

»Las tristes furias de su albergue triste
Saldrán á defender esta concordia,
Y de la horrible estancia donde asiste
Vendrá al efeto mismo la discordia,
La cual cuando una vez al arma insiste,
Léjos la paz se va y misericordia;
Y si esto no bastare, el agua y viento
Les hará embravecer cada momento.

»Pudieron de una maga los conjuros,
Turbando el mar con tempestad terrible,
Asegurar de Argel los altos muros
De la furia de Cárlos invencible;
¡Y piensan navegar de muy seguros
Los que van con su hijo á lo imposible,
Llevando en contra de su mal gobierno
La tierra, el agua, el viento y el infierno!»

Esto dicho, el espíritu malino,
Calando abajo del lugar que estaba,
Resuelto en aire á dar por proa vino
En la armada que en popa navegaba;
Al punto vaciló el senoso lino,
Y ya la chusma velas amainaba,
Cuando pasó de largo el enemigo
Y por Etna á Pluton fué á dar consigo.

Y así, fué sin parar la hercúlea rama
Con agradable viento y mar bonanza,
A la que Fosa de San Juan se llama,
Tierra que al calabrés distrito alcanza;
Ya Gil de Andrada, cierto de la fama
Que del turco se tiene, y su alianza,
Habia vuelto con presteza suma,
Y esto á su Alteza referido en suma:

«Habiendo, alto Señor, un dia salido
De Cabdotranto, fuí á la muy sabida
Isla que de Corfú tiene apellido,
Donde llegué, la prima ya rendida;
En Santangel, castillo conocido,
Tierra tomé, y con maña encarecida
Procuré hallar lengua de la armada
Contra quien va la tuya enderezada.

»Y supe cierto que en la misma tierra
Habia aquellos dias hecho daño,
Moviendo á los isleños cruel guerra
Y ejercitando su rigor extraño;
Supe tambien que agora ya la encierra
El puerto de Britinto, y no es engaño,
Porque arribó un esclavo á las orillas
De Corfú, que está á trecho de diez millas.

»De Chipre dijo, que por claro tiene
Estará por del turco sin tardanza,
Y que al bajá de mar órden le viene
Por otras de Bizancio y su pujanza,
De que se apreste como mas conviene,
Y con alegre orgullo y confianza
En cualquiera ocasion venga á las manos
Con la potente armada de cristianos.

»La suya refirió ser de trecientos
Bajeles grandes, sin los que hay menores,
Que son por todos casi cuatrocientos,
Llenos de ejercitados guerreadores;
Porque en lugar de mil y mas quinientos
Que en Cátaro murieron, y mayores
Gastos de gente que en la armada ha habido,
Con otros muchos mas esto ha suplido.

»Tambien certificó que Caracosa,
Cosario, partirá con gran presteza
Para reconocer la poderosa,
Aunque menor, armada de tu alteza.»
Oida aquella relacion copiosa,
Y llena de verdad y de certeza,
Se entró en consejo á resumir el modo
De que mas convenia usar en todo.

En el cual hubo los discursos graves
Que la grave importancia requeria:
El de Austria, que por términos suaves
Los otros generales persuadia,
Mandó al que lo era de las veinte naves
Que se vaya con ellas por la via
De Taranto, y que allí el órden espere
De hacer lo que mas después cumpliere.

Ordenóse esto porque, no pudiendo
Navegar con galeras igualmente,
De vista se pudieran ir perdiendo,
Y faltar en el tiempo conveniente;
Y lo que peor es, sobreviniendo
Un viento reforzado de poniente,
Ir fuera de su grado mas temprano
En las popas á dar del otomano.

Quedó tambien resuelto que se fuese
En órden de batalla navegando,
Del cual un punto nunca se saliese
Mientras la turca armada irán buscando,
Y que en escuadras cuatro se partiese
La nuestra, y se llevasen remolcando
Las seis galeazas, por tener conceto
Que al pelear serán de mucho efeto,

Así porque en el mar representaban
Unos castillos fuertes artillados,
Como por copia grande que llevaban
De municion, pertrechos y soldados,
Los cuales general por sí acataban
Un veneciano de los mas nombrados,
Útil y suficiente para todo:
Francisco era del nombre Düodo.

Tomada aquesta forma y expediente,
Se despachó correo al rey de España,
Avisándole cierta y ampliamente
De lo que pasa en la jornada extraña;
En esto la canalla diligente
Aplica al duro oficio fuerza y maña,
Y alejándose un poco del latino,
Sulca la armada el reino cristalino.

Cubrió la noche con silencio horrible
El mar, la tierra, el aire, y entre tanto,
Remando por cuarteles lo posible,
Comparten los forzados el quebranto,
Hasta que en forma alegre y apacible,
Lleno de aljófar el rosado manto,
Sale el aurora de su fértil seno,
Y adiestra los que hienden el Tirreno.

Al cabo que es y fué de las colunas,
Desde que Grecia entró en el lacio suelo,
Llegaron, sin que de ondas importunas
Contraste se ofreciese ni recelo;
Mas, como tan sujeto esté á fortunas
El reino de Neptuno, en presto vuelo
Se comenzó á turbar y embravecerse,
Y así, fué necesario atrás volverse.

Está del dicho cabo pocas millas
Un abrigo guardado de los vientos,
Que Cala llaman hoy, de las Castillas
Los que á navegacion están atentos;
Aquí, otra vez dejando las orillas,
Gil de Andrada prosigue sus intentos,
Y para tomar lengua va adelante
Segunda vez la vuelta de levante.

Luego que el mar estuvo mas tratable,
La armada de Corfú siguió la vía,
Y así arribó con tiempo razonable
Al cabo que se nombra de María;
Donde nueva halló que la espantable
Armada de los turcos combatia
El Zante, con asaltos inhumanos,
Que dió pena cruel á venecianos.

Por la cual á don César se le envia
A mandar que á Corfú enderece velas,
Y su alteza lo hizo el mismo dia,
Que deseo y razon le son espuelas;
Cortando pasa á remo el agua fria,
Mientras que las nocturnas centinelas
En el octavo cerco se parecen
Y en la ausencia de Febo resplandecen.

La luz siguiente por el Gánges vino,
Y la noche caló por Oceáno,
Cuando una tempestad le sobrevino
Nacida de la parte del Solano;
Con gran trabajo y proejar contino
A la pobre isla se llegó del Fano,
Cuando aquel por quien Clicie en amor arde
Al fin ya declinaba de la tarde:

Isla pequeña y casi sin abrigo,
No sin puerto ni cala solamente,
La armada grande, y grande el enemigo,
Combate de Euro turbio y vehemente;
Falta de sueño y de reposo amigo
Estuvo aquella noche nuestra gente,
Y no sin riesgo que el cruel contraste
Con algunas galeras diese al traste.

Mas don Juan de Austria, siempre deseando
Sus justas esperanzas ver cumplidas,
No dominio y riquezas procurando,
Que tantas almas traen desvanecidas;
A Dios sus esperanzas levantando,
No teme de las ondas homicidas,
No le molesta, turba ni importuna
El peligro del mar ni la fortuna.

No le daba cuidado aquel recelo
Que suele fatigar en tiempos tales,
Ni le perturba ver cubierto el cielo
De nubes con mudanzas desiguales;
A todo resistia su alto celo,
Su gran virtud y estímulos fatales;
Mas ¿dónde son de fe los fundamentos
Que pueden empecer los elementos?

Mas fuerza es que su gente se desvele,
Y espere el fin de aquella noche luenga,
Como á cansados caminantes suele
Suceder, aunque el sueño les convenga,
Cuando el mal hospedaje les compele
A desear que la mañana venga,
La cual entonces mas se dilataba
Cuanto con mas fervor se deseaba.

Llegó en efeto, como todo llega,
Si no es el bien perfeto, en vida humana,
Ciega esperanza de la gente ciega,
Vana imaginacion de gloria vana;
Ya con la nueva lumbre se navega,
Rompiendo á pura fuerza el agua cana,
Hasta que se llegó, no sin porfía,
Al puerto de Corfú al cerrar del dia.

Estaba todo el burgo de la tierra
Vuelto en ceniza con violentas manos,
Porque antes doce dias atroz guerra
Habian hecho en él los otomanos;
La gente, amedrentada, allá se encierra
En los castillos altos venecianos,
Que, á no ser fuertes en extremo grado,
No se escaparan del furor pasado.

Allí estaban los míseros subidos,
Bien así como suelen los pastores
Cuando de madre van los rios salidos,
Y anegan reses grandes y menores,
Acógense á los árboles crecidos,
O á las breñas que están en los alcores,
Y otean desde allí el mortal rebaño
Quedos, por evitar el mayor daño;

Mas, ya que llega el fin de la creciente,
Y el agua se reduce á su carrera,
Bajan á descansar seguramente
A su majada y estacion primera:
Así la triste y fatigada gente
Sale de aquella pesadumbre fiera,
Y vuelto el mal pasado en regocijo,
Corre por ver de Carlo el bello hijo.

Mas era grave horror y desconsuelo
El ver los edificios abrasados,
Y mucho mas los templos por el suelo
Con desprecio nefando profanados;
Los simulacros del que hizo el cielo
Con sacrílegos golpes afeados,
La efigie de la Virgen descompuesta;
¡Oh poderoso Dios! ¿qué cosa es esta?

Tanto la exorbitancia el de Austria siente,
Y solo del oillo se avergüenza,
Que hace voto al Padre omnipotente
De vengar la turquesca desvergüenza
Y de no tomar tierra eternamente
Hasta que en la demanda muera ó venza;
Y así, cuatro ó seis dias se detuvo,
Mas siempre en su galera firme estuvo.

Estuvo en aquel puerto algunos dias,
Cercado de las ondas fortunales,
Porque los bravos vientos con porfías
Tormentas levantaban desiguales;
Las damas griegas, por diversas vías,
Miraban el bajel de tres fanales,
Y, aunque de léjos, vian que el austrino
Era de talle y rostro peregrino.

Y vista su figura soberana,
Decian: «Si el troyano era tan bello,
Disculpa clara tuvo la espartana
En olvidar su fama por querello;
Ni es de espantar que Cila, ardiendo insana,
Robar osase el paternal cabello,
Si acaso era de forma tan perfeta
El afamado Minos, rey de Creta.

La armada en aquel puerto surta estaba,
Porque del viento la violencia dura
Las procelosas ondas levantaba
En montes grandes de sublime altura;
Esto y ver que el invierno se acercaba,
Faltando ya á las plantas su verdura,
Dió que temer á algunos en tal medio
De un grave inconveniente sin remedio.

Y así, los que del cielo el movimiento
Y del mar las señales contemplaban,
No sin muestras de nuevo descontento
Horrible tempestad pronosticaban;
Al ínclito don Juan que mude intento
Con largas persuasiones suplicaban,
Y para mas probar sus opiniones
Alegaban, clamando, estas razones:

«Si á la experiencia y arte que tenemos
Crédito se ha de dar como conviene,
Delito en tu servicio cometemos,
Y ofensa contra el rey que nos sostiene,
Si callado mas tiempo detenemos
Lo que ya el temporal dicho nos tiene,
Con amenazas tanto declaradas,
Que traen la ejecucion tras las pisadas.

»Ondas hieren la tierra con ruido,
La luna su color muestra ofuscado,
Delfines sobre el agua han parecido,
Cornejas á la orilla se han bañado,
Cuervos turban el aire con graznido,
Garzas se han á las nubes levantado;
Todo lo cual tormenta testifica,
Y vecino naufragio pronostica.

»Así que, á suspender esta jornada
Del buen conde de Niebla el caso fuerte
Te obliga, pues hazaña es alabada
Valerse de la ajena adversa suerte;
Mas, como la fortuna sea pasada,
Si mandares, podrás atrás volverte;
No te halle el Orion cruel y fiero
Tan lejos del seguro invernadero.»

Tales eran las causas y objeciones
Que se oponian, no sin gran instancia;
Mas el de Austria alegaba otras razones
Magnánimas y llenas de sustancia;
El peligro de Chipre y aficiones,
Del turco la soberbia y arrogancia,
Los graves infortunios padecidos
En aquel y otros pueblos afligidos.

Juntó el consejo: siempre el fundamento
Era de su intencion estar constante
En buscar ocasion de rompimiento
Con la armada terrible de levante;
Y en caso que el Gran Turco á tal intento
No se opusiese, en mar siendo pujante,
Hacer entrada libre por su tierra,
Y dalle á sangre y fuego mortal guerra.

De aquí el heróico Juan pender decia
Un alto efeto, raro y peregrino,
Pues ó el Turco su armada perderia,
O el orgulloso y fiero desatino,
O la reputacion se ganaria,
A lo menos por premio del camino,
Los ánimos caidos levantando
De aquel contorno y temeroso bando.

En cuanto á la sazon ser sospechosa,
Decia que la causa y prosupuesto
De la cristiana liga poderosa,
Era un seguro casi manifiesto,
Y dilacion del todo peligrosa
Suspender aquel año el fin honesto
De aquella union, por lo que dicho tiene,
Y por lo que á durar mas le conviene.

Y que llegar al fin deste secreto
En todo caso es justo y necesario,
Conforme al apostólico decreto
De Pio Quinto, celestial vicario;
El cual, manifestando su conceto,
Le ha escrito con fervor extraordinario
Diversas veces de su santa mano,
Que busque, siga y rompa al otomano.

Destos discursos, término y fineza
Usaba el de Austria, y el fiel Senado
Aprobaba el valor y fortaleza
Del pecho juvenil, sagaz y osado;
Cesó del mar un poco la braveza,
Y así dobló, después de haber zarpado,
Una punta la armada, y hecha vela,
Atraviesa el canal y apriesa vuela.

Navegóse con órden y concierto
Hasta dar en la costa de Albania,
Y de las Guminizas en el puerto
Se fué á surgir, después que anochecia,
Capaz y buen reparo, aunque desierto;
Mas entre tanto que esto sucedia,
Alí-Bajá á la mira en todo estaba,
Y en Lepanto su armada aseguraba.

Soberbio, vencedor está y terrible
Cuanto jamás se ha visto turco ó moro,
Viendo á fortuna todo lo posible
Hasta entonces guardalle su decoro;
Y mas, que tiene ya por infalible
De Famagusta el perdimiento y lloro,
No solo por aviso y nueva expresa,
Sino por grande parte de la presa.

Doce galeras llenas de captivos
Y de joyas de precio inestimable,
Con soldados genizaros altivos
Gente para las armas formidable;
Mustafá, el mas cruel de los esquivos,
Envió desde el reino memorable
De Chipre, á Alí-Bajá en el mismo dia
Que todo por el turco se tenia.

El caudillo del mar holgó en extremo
Con tal nueva y calor para refriega,
Y mas porque ya sabe que el supremo
Terno del cristianismo se le llega;
Los míseros esclavos pone al remo,
Y á su profeta falso pide y ruega
Quiera y tenga por bien que los cristianos
Sin duda con él vengan á las manos.

Y después que de toda la Morea
Hizo embarcar la gente mas gallarda,
Con toda la pujanza que desea
Se está quedo en sus términos y aguarda;
Mas porque mas tiempo se provea,
Lo que importare, si el conflito tarda,
A Caracosa manda que en alerta
Parta, y de todo traiga nueva cierta.

Este era un renegado valeroso,
Valiente y principal por su persona,
Y como tal, subido al cargo honroso
De alcaide y defensor de la Belona;
Al tiempo pues que el mundo está en reposo
Por el hinchado golfo se abandona
En una reforzada galeota,
Y sigue cautamente su derrota.

Es fama que, dejado en un cercano
Puerto el bajel, mudó de lengua y traje,
Y como pescador pobre y greciano,
Fingió bien el oficio y el lenguaje,
Y anduvo en una barca á paso llano
Entre la armada, y vuelto á su viaje,
De lo que vió dió nueva verdadera;
Mas en efeto ver mejor pudiera.

Porque la cuarta parte de la armada
En el puerto no estaba bien surgida;
Y así, aunque Caracosa su jornada
Hizo con la cautela referida,
Llevó la relacion desvariada;
Lo cual dicen fué causa conocida
De que el poder turquesco se engolfase
Y mas de la victoria confiase.

Llegó á las Guminizas sin tardanza
La banda de bajeles que faltaba,
Y junta de cristianos la pujanza,
Solo don César de Avalos tardaba,
Porque del mar y viento la balanza
Acá y allá las naves arrojaba;
Mas no por esto el de Austria da querellas,
Que está resuelto á combatir sin ellas.

A la que el claro sol desparecia,
Mandó echar bando el príncipe prudente
Que todas las galeras otro dia
Escaramucen valerosamente:
Fué justa prevencion, porque esta cria
Animo en el peligro mas urgente,
Y aquel que cautamente se apercibe,
Armas son de ventaja que recibe.

Luego que de su lecho alabastrino
La esposa de Titon salió huyendo,
La armada puesta en órden se previno
Para ensayarse en el combate horrendo;
Caláronse arrumbadas cual convino,
Y hechas pavesadas, fué creciendo
El son soberbio de la artillería,
Y jugó apriesa la arcabucería.

Fué espectáculo insigne y admirable
Ver el denuedo y brio contrahecho,
El rüido, la fuerza incontrastable
Que daba de vencer claro derecho,
Y mas el alto agüero y favorable
De ver cuán alentado y satisfecho
Pasaba el General por las galeras,
Exhortando sus huestes á las veras.

Algunas horas con furor extraño
Duró la ardiente lid bien intricada,
De donde resultó orgullo tamaño,
Que fué hazaña para ser notada;
Vuelcan los remos el salado estaño
Otra vez, y siguiendo su jornada
Por medio del Iónio mar navegan,
Y al enemigo bando mas se allegan.

CANTO XXI.

Siembra el demonio discordia entre la armada cristiana, y así llega á la Chafalonia puesta en gran peligro y confusion. El señor don Juan con admirable prudencia compone aquel tumulto, y estando en esto llega nueva cierta de la pérdida de Famagusta.

Si aquel que á Grecia hizo tan famosa,
Y de Troya cantó én verso sonoro
La guerra con los griegos espantosa,
El duro incendio y el funesto lloro;
O el otro cuya mano artificiosa
Sus amores pintó con el decoro
Que á la hermosa Laura se debia,
Y al verdadero amor que le tenia;

O el que de Eneas el destierro y males,
El ardid, la piedad y el sufrimiento
Encareció con versos inmortales,
Y mas que humana fuerza de talento;
O esotro qne en materias desiguales
Igualmente subió el entendimiento,
Y en un jardin de flores abundoso
Nos introdujo á Orlando el Furioso;

O el Cordobés poeta castellano,
Intitulado así por ecelencia,
Que compuso en estilo sobrehumano,
Guiado por divina providencia;
O el celebrado ingenio de Lucano,
Que escribió la farsalia competencia,
En son tan dulce, que de gente en gente
Volará su memoria eternamente;

Los cuales, y otros muchos que no digo,
Por fama singular eternizados,
Si alcanzaran la historia que yo sigo,
Nunca en otra pusieran sus cuidados,
Pues della la verdad tiene consigo
Casos tan admirables y extremados,
Tan varias y ejemplares ocasiones,
Que no hay necesidad de otras ficciones.

Pasaba pues la armada poderosa
A vista de la Préviza, nombrada
Por aquella aciaga y vergonzosa
Huida, que otros llaman retirada;
Ya se descubre sobre el agua undosa
Santa Maura, y ya va determinada
La gente de tomar puerto otro dia
Dentro de la menor Chafalonía.

Tan conforme, devota y bien regida,
Cuanto disciplinada en la milicia,
Iba la union perfecta y escogida,
Guardando religion pura y justicia;
Cuando con furia insana embravecida
El ángel que cayó por su malicia,
Envidioso fiscal de aquel progreso,
Quiso impedir con fraudes el suceso.

Sobre una nube tenebrosa, escura,
Vió de leños el piélago cubierto,
Y presintiendo el hado y desventura
Del turco en el católico concierto,
«¿No basta, dijo, el fuego que me apura,
Muriendo eternamente sin ser muerto,
Ni haber caido del impíreo cielo
En la muerte que digo sin consuelo,

»Sin que de nuevo agora se acreciente
A mi dolor materia de tormento?
¿Cómo el tartáreo rey esto consiente?
Cómo tal sufre el infernal convento?
Mis lazos tendí ya contra esta gente
Sin dello desistir solo un momento,
Y á mi pesar, en víspera los veo
De conseguir el fin de su deseo.

»Y lo que siento mas es la doctrina
Que en gracia de su Dios puestos los tiene,
Y que profesen caridad divina,
Que de la fe con obras les proviene;
Mi entendimiento apenas determina
Si el nombre de soldados les conviene
Tanto como el de santos religiosos,
Segun de sus conciencias van celosos.

»Así que, cuando bien los otomanos
Llevasen deste hecho la victoria,
Escaparian, libres de sus manos,
Las almas á gozar de eterna gloria;
Y si, como es mas cierto, estos cristianos,
Venciendo, escureciesen la memoria
De la temida fuerza de Turquía,
¿Qué desastre mayor temer podria?

»Pues declinando la mahometana
Secta, en desprecio vil seria tenida,
Por cuya autoridad gran gente humana
A los infiernos baja de corrida;
Libremos, si es posible, la otomana
Juventud, pues al cabo de la vida
Se debe á nuestro fuero riguroso,
Y el conservalla agora es provechoso.

»Rabiosa invidia, eterno desconsuelo
Me da tanto saber contra mí mismo:
Yo, ángel, arrojado desde el cielo
En el profundo seno del abismo,
Y el hombre, vil gusano, desde el suelo
Navegando en las aguas del baptismo,
Subido á tomar puerto al sumo imperio
Por mi desdicha grande y vituperio.

»De cuanto se me acuerda y cuanto veo
Resulta en mi dolor pena crecida;
Lo imposible atormenta mi deseo,
De nada huelgo y nada se me olvida;
Aborrezco mi ser, mil veces reo,
Maldígome con ansia encarecida,
Pues si contra mí estoy de enojo lleno,
¿Cómo podré sufrir el bien ajeno?»

Esto dicho, el ministro de tristura
Invisible bajó sobre una entena
Del veneciano bando, y allí jura
Por la agua Estigia, amarga y de horror llena,
De estarse hasta que haya coyuntura
Para desordenar cuanto se ordena,
Mediante la discordia, que deshace
Las grandes cosas que concordia hace.

Como suele, escondido en la maleza,
Acechar la veredas y caminos
El robador perverso que crueza
Usa en el inocente peregrino;
Tal estaba rabiando de tristeza
El tentador espíritu malino,
Hasta que á su disignio halló entrada,
Mezclando una contienda porfiada.

Iba en este bajel Mucio Cortona,
Por el Rey capitan italiano,
El cual de su nacion trata y blasona
Con el de la galera veneciano;
Mas el dañado autor les inficiona
Tanto los pechos, que del hablar llano
Vinieron al lenguaje acelerado,
Y deste, al injurioso y desmandado.

De lance en lance á Sebastian Venero
Llegó la nueva deste desafío,
Y mandó que pasase el forastero,
So pena de la vida, á su navío.
Mucio responde: «Allá pasar no quiero;
Porque el de Austria, juez y señor mio,
Va adelante buscando el enemigo,
Y él solo es á quien sirvo y á quien sigo.»

Replican los airados venecianos
Que sea preso ó sobre el caso muera;
Mucio alcanzar pretende por las manos
La libertad que ya por bien no espera;
Acúdenle soldados italianos,
Contrapónese toda la galera,
Atiza el fuego la endiablada furia
Con ira, sangre, fuerza y con injuria.

Resultó del enojo y resistencia
Quedar el capitan Mucio herido,
Habiéndose mostrado en la pendencia,
Con daño de otros, de vigor crecido;
El general Venero, sin paciencia,
Que desde su galera oyó el rüido,
Acudió á poner paz, y puso guerra:
Tanto el humano seso á veces yerra.

A Mucio y cuatro de sus compañeros
Con presurosa ejecucion condena
A pena capital; y así, los fieros
Verdugos los colgaron de una entena;
Viendo la armada tales desafueros,
Hace señales de dolor y pena,
Especialmente la nacion latina,
A quien mas comprehende esta rüina.

A la Chafalonia en fin arriba
La Liga, en confusion y riesgo puesta;
Discurre sin cesar la furia esquiva,
Alimentando la ocasion funesta;
Las entrañas abrasa en ira viva,
Diversas formas de venganza apresta;
Auméntase el tumulto, el furor crece,
Bien como cuando el mar se ensoberbece.

El caso y tiempo, no sin gran sospecha,
Materia larga daba á cada uno
De entrar sobre el negocio en cuenta estrecha
Consigo y todos, sin faltar alguno;
Piden castigo de la culpa hecha,
Y afirman que jamás hombre ninguno
Cometió tan atroz exorbitancia,
De crueldad, malicia y de arrogancia.

Y tanto mas, cuanto quedó en Mecina,
De acuerdo general, capitulado
Que para el bien comun á que se atina,
Y el decoro mas justo y ordenado,
Tocase solo á la progenie austrina
Juzgar los yerros de cualquier soldado,
Cuando la gravedad tamaña fuese
Que pena corporal se requiriese.

Esto y el descontento de la gente,
Y recelo de algun motin horrible,
Tenia desvelado grandemente
El corazon del príncipe invencible;
Cuando el buen Paulo Esforcia, que ve y siente
El clamor de los suyos insufrible,
Pasó instigado á la rëal galera,
Y al General habló desta manera:

«Clarísimo Señor, hijo y hermano
De los mayores reyes que han nacido,
Y digno por tí mismo del cristiano
Poder que en el mar llevas cometido;
Yo, como coronel italiano
Por el Rey, mi señor, de oficio pido
Venganza de tu mano con justicia
Del que usurpa tus veces y milicia.

»Y aunque esto fuera causa asaz bastante,
La agrava mas el prodigioso efeto
De ver que está la armada circunstante
Confusa y puesta en un terrible aprieto;
Y no cumple, Señor, ir adelante,
Sin que el perturbador de tu concepto
Pague de su maldad la justa pena,
Evitando el peligro que se ordena.»

Mientras Esforcia así al de Austria hablaba,
El rumor de la gente que se oia,
Clara y abiertamente confirmaba
Ser notoria verdad lo que decia;
El veneciano bando recelaba
El castigo inminente, y lo temia;
Los demas lo imploraban protestando;
Y así, todos andaban vacilando.

¿Qué hará el pecho heróico de quien pende
La absolucion difícil desta duda?
Pues si perdona, un fuego grave enciende;
Y si castiga, una contienda cruda;
A tiempo que, si el turco comprehende
Tal disension, será cierto que acuda
A coger á su salvo el rico fruto
Que á la Iglesia pondrá en eterno luto.

Para estos tiempos tales se requiere
La valentía armada de prudencia,
Y tener de la gente el que rigiere
Ganada la comun benevolencia,
Y saber persuadir cuanto quisiere
Con singular modelo de elocuencia;
Partes, que siendo necesarias tanto,
Tarde ó nunca debajo están de un manto.

Mas, como en el sujeto peregrino
Del nieto de Filipe esto se halla,
Y de otra parte, con fervor divino
Desea dar al turco la batalla;
Habiendo oido al coronel latino,
Que atento su respuesta espera y calla,
Formó la voz facunda, el pecho fuerte,
Y fuéle respondiendo desta suerte:

«El temerario intento de Venero
Me tiene en tal extremo disgustado,
Que, cuanto mas en ello considero,
Recibe el corazon pesar doblado;
Mas el camino cierto y verdadero
De castigar su hecho reprobado
Conviene que se busque sin engaño,
Para no abrir la puerta á mayor daño.

»Y pues á mí me toca mas en lleno
Deste suceso el grave sentimiento,
Nadie presumirá que estoy ajeno
De hacer ejemplar el escarmiento;
En cuya ejecucion si me refreno,
Bien puede ser á todos argumento
De podello hacer y de querello,
Echando de virtud un claro sello.

»Italia, de lealtad y de firmeza
Ejemplo raro á todas las naciones,
Sufrirá por mi amor con fortaleza
Que en mi propósito haya dilaciones;
Y Venecia, que llena de tibieza
Se muestra en semejantes ocasiones,
Perderá sin respeto la presente,
Movida de cualquiera inconveniente.

»Y así de lo primero confiado
Como de lo segundo receloso,
Reservaré el castigo del culpado
General para tiempo no dudoso;
Por tanto, Esforcia ilustre y esforzado,
Volved á vuestro bando valeroso,
Y pedilde y rogalde de mi parte
El enojo, aunque justo, de sí aparte;

»Y que de la razon siendo vencida
La natural pasion, no salga vana
La intencion desta Liga esclarecida,
Con gran vergüenza de la grey cristiana;
Y que se entienda que la trama urdida
De alguna furia del infierno mana,
Para impedir la próspera victoria
Que nos espera con eterna gloria.

»Decilde que el trabajo que conmigo
Han padecido, tanto mar pasando,
No es bien dejallo al áspero enemigo
De balde, y que de nós quede burlando;
La empresa que prosiguen y prosigo,
De Dios es, y con ella comparando
Cualquiera no pensado acaecimiento,
No me parece ser de algun momento.

»¿Qué sentiría la provincia Ausonia
Cuando volver nos viese al patrio suelo,
Habiendo navegado el agua Jonia
Sin castigar á quien desprecia el cielo?
La torre que se alzaba en Babilonia,
Caida en confusion y desconsuelo,
Dirian haber sido semejanza
De nuestra division y mala andanza.»

Estas y otras palabras esenciales,
Que dijo sobre el caso el Marte ibero,
Refrenaron los odios capitales
De Paulo Esforcia y de su bando fiero;
En el cual los efetos fueron tales,
Que, moderado el ímpetu primero,
Se prefirió el honor de la jornada
A la resolucion precipitada.

¡Oh valor memorable! Oh grande hecho!
Oh prudencia no vista ni sabida
En juvenil edad y ardiente pecho,
Que á mas admiracion mueve y convida!
Serenísimo Juan, ¿sabes qué has hecho?
Otra pluma lo cante mas subida;
Que á la mia de vuelo te perdiste
Cuando con tanta gloria te venciste.

Cual suele, ya pasada la tormenta,
Tranquilo verse el mar, quieto el viento,
Y reposar la gente, de contenta,
Ajena de temer su perdimiento;
Tal, después que la ira turbulenta,
Se remitió al mejor conocimiento
De la planta rëal, quedó el bullicio
Que de vecinos males daba indicio.

Huye la infernal sombra al lago averno,
Desesperando ya de todo punto
De perturbar el ínclito gobierno
De aquel de Cárlos plácido trasunto;
En esto vino Ulises el moderno
Con nueva de que el turco estaba á punto
De salir á buscarnos al camino
Desde el seguro puerto lepantino.

Ya que para arrancar la armada estaba
Para el naval conflicto peligroso,
Un contrario levante el mar alzaba
Al cielo con asalto proceloso,
Y otro accidente nuevo lastimaba
Al veneciano bando congojoso,
Que fué la nueva de su Famagusta,
Rendida al turco ya por guerra injusta.

Llevado ante su alteza el mensajero,
Junto con Marco Antonio y sus tenientes,
Contó el suceso triste y lastimero
De Chipre y perdicion de tantas gentes;
Mas no pudo hallarse allí Venero,
Porque, sobre las causas precedentes,
Tenia puesta pena grave y fiera,
Si entrar osase en la rëal galera.

En suma, la verdad contado habia
El susodicho, lleno de tristura;
Mas, visto por su alteza que crecia
Del viento bravo la inclemencia dura,
Y que tardar á su pesar debia
Hasta sazon que fuese mas segura,
Determinó que el caso sucedido
Le fuese por extenso referido;

Y tambien porque tales relaciones
Son útiles al buen conocimiento
Para valerse en otras ocasiones
Dellas como de claro documento.
Sentáronse los ínclitos varones,
Y cada cual á oir se puso atento,
Cuando el de la embajada, obedeciendo,
Volvió á soltar la voz, así diciendo:

«De Chipre soy, que ya de venecianos
Fué en paz algunos años poseido,
Y agora ¡gran dolor! está en las manos
Del otomano injusto y descreido;
Allí en los tiempos prósperos y ufanos
Dulcemente gocé del patrio nido,
Y allí, en la furia del airado Marte,
He sido, á mi pesar, testigo y parte.

»Sostuve en el afan de Nicosia
Trabajos y fatigas hasta tanto
Que llegó el triste y aciago dia
De sus últimos males y quebranto;
Y así, escapé, por buena industria mia,
La vida á sombra de un turquesco manto,
Pasándome por trances peligrosos
Con los famagustanos valerosos.

»Y porque ya la historia comprehendo
De Nicosia debe estar sabida,
A Famagusta mi hablar volviendo,
Diré la nueva y relacion cumplida:
Luego que Mustafá, cruel, horrendo,
Vió del verano la sazon venida,
Trató con espantosa fuerza y maña
De poner sus legiones en campaña.

»Mas no sin qué por mar al mismo instante
Llegase de Turquía y sus estados
La armada copiosísima y pujante,
Cargada de pertrechos y soldados;
Nunca se vió tumulto semejante
Al que, al tiempo de ser desembarcados,
En la ribera mísera hacian
Los que ya estaban y los que venian.

»Las proas puestas cerca de la orilla,
Llegaban los esquifes á la tierra,
Donde el que el otro ejército acaudilla,
Los esperaba á punto y son de guerra:
Tal del arco despide larga astilla,
Y tal las aves tímidas destierra
Con presurosos golpes de escopetas;
Resuenan los clarines y trompetas.

»La ciudad, aunque bien fortificada
Como quien desde el año precedente
Esperaba la furia acelerada
De los turcos que ya tiene presente,
No dejaba de andar alborotada,
Porque no hay pecho de hombre tan valiente,
Que viendo al enemigo estar delante,
No demude el color con el semblante.

»Estaba allí el famoso Bragadino
Por general clarísimo y solene,
Varon de semejante cargo dino,
En cuanto ve el amante de Climene
Y Astorbollon, sujeto peregrino,
Su colega y teniente; el uno viene
De generosa sangre perusina,
El otro de Venecia es prenda dina.

»No trato en especial de otros guerreros,
Por no alargarme, ¡oh príncipe preclaro!
Solo digo que habia de hombres fieros
Dentro de Famagusta gran reparo,
Y entre ellos Leyvas, fuertes caballeros,
Que antiguamente allí, por caso raro,
De allá de España fueron trasplantados,
Provincia engendradora de soldados.

»Mientras las breves horas les ofrecen
Tiempo de prevenir el que se espera,
Los unos mandan, otros obedecen,
Haciendo lo que hecho estar pudiera;
Y cuando los peligros aparecen,
Trabaja cada cual de otra manera
Que cuando desde léjos dan señales,
Por mas ciertos que sean y mortales.

»Los turcos se alojaron como diestros,
Y supieron plantar su artillería,
Donde los que mas della eran maestros
Vieron que mas efeto se haria;
Los agüeros hallaron no siniestros;
Victoria su Alcoran les prometia;
Tocan arma sangrienta y de pesares,
Disparando cañones á millares.

»Responde la ciudad de la otra parte,
Crece de aquella y desta la contienda;
Solícito y sañudo andaba Marte,
Incitando rigor á toda rienda;
Aviva los ingenios, fuerza y arte
El presente conflicto, y abre senda
Necesidad, que enseña cada dia
Lo que sin ella nunca se sabria.

»Los graves daños, que de la esperanza
Suelen quitar las alas con violencia,
No causaban un punto de pujanza
En la famagustana resistencia;
Notan del otomano la mudanza,
Y conócenla ya por experiencia,
No para rehusalla ni temella,
Sino para mejor mostrarse en ella.

»Y tanto, defendiéndose, ofendian,
Que en un estado igual se conservaban,
Y parece que aquellos que morian
Sus almas en los vivos trasladaban;
Cuanto mayores males padecian,
Mas invencibles todos se mostraban,
Sosteniendo el trabajo de sus vidas
Solo para vendellas bien vendidas.

»Una gran confusion, un miedo helado
Tienta y ocupa los mahometanos,
Tanto, que del negocio comenzado
Quisiera cada cual alzar las manos;
Si miran de las cosas el estado,
Recelan el poder de los cristianos,
Y mas, que del socorro se temian,
Que breve, cierto y grande ser creian.

»Mas, si escudriñan su presente daño,
A pertinaz porfía les incita,
Como el tahur que pierde, y con su engaño
El juego y su desgracia solicita;
Olvida el saludable desengaño,
Y tanto del desden se precipita,
Que, como si estuviese ya furioso,
Al perder llama bueno y provechoso.

»Así crece un furor, una ira nueva,
En los que ven peligro en la tardanza;
Quieren hacer de sí notable prueba,
Y cambian el recelo en confianza;
Un belicoso ardor á dar los lleva
En los muros con ánimo y pujanza,
Y algunos, que á escalallos se atrevian,
Honrados y sin vida decendian.

»¡Qué celadas, qué engaños y qué espías;
Qué minas, qué asechanzas fabricaban!
Qué ardides cautelosos, qué porfías,
Por conseguir el fin que deseaban!
Las noches igualando con los dias,
Nunca los cipriotas descansaban:
Tal era el maquinar de su adversario
Y el uso de las armas ordinario.

»Ningun medio quedaba no intentado
Por los turcos, á quien se resistia;
Mas, lo que tanto habian deseado,
Dificultoso y léjos se ofrecia;
En esto Mustafá hizo un legado
Con letras de su mano, en que ofrecia
Partido con palabras amorosas,
Mas falsas, en efeto, y engañosas.

»El consejo de guerra junto luego,
A un intérprete arábigo mandaba
Que del caudillo turco abriese el pliego,
Y expusiese el secreto que encerraba;
La intencion que movió al bárbaro ciego
Fué engañar la ciudad insigne y brava,
A quien con aparente cortesía
El tenor de la carta así decia:

—«Ilustres caballeros, cuyo esfuerzo
»Heróico se ha mostrado y peregrino,
»Tanto, que mis disinios propios tuerzo,
»Por daros de salud algun camino;
»De veros esforzados yo me esfuerzo,
»Y la razon me obliga de condino
»A pediros que os deis á buen partido,
»Puesto que á mí debiera ser pedido.

»El ánimo invencible que mostrastes,
»Y aquel valor que ya se os va gastando,
»No porque en mi perjuicio lo probastes,
»Dejaré de illo siempre celebrando;
»Mil veces ya de enojos me cercastes;
»Mas, con todo, os seré piadoso y blando,
»Por ser la virtud clara tan amable,
»Que aun en los enemigos es loable.

»Ya sé de cierta ciencia qué habeis hecho,
»Lo que sin duda alguna os libertara
»Si el socorro, que dista largo trecho,
»En sazon tan extrema se acercara;
»No os queda vitualla ni pertrecho,
»Del muro la ruina está ya clara;
»Dejad pues la ciudad sin mas contiendas,
»Y salvad las familias y haciendas.

»Muévaos temor del fin áspero y triste,
»Dejad las mal seguras presunciones,
»Pues que la valentía no consiste
»En temerarios medios y ocasiones;
»Cuanto de vuestra parte se resiste,
»Sirve de impertinentes dilaciones;
»Agora que podeis, escoged suerte,
»Que no os va en ello mas que vida ó muerte.»—

»Así acabó, y quedando interrumpido
El reposo, comienza á levantarse
Un confuso rumor ensordecido,
Que fué difícil cosa de acabarse;
Siendo el silencio pues introducido,
No se acuerda ni trata de votarse;
Mas todos de comun consentimiento
Respondieron al turco fraudulento:

—«Queremos peleando quedar muertos,
Primero que aceptar partido odioso,
Cuanto mas que no es tiempo de conciertos
Ni estamos en estado peligroso;
Antes nuestro esperar nos hace ciertos,
En Dios omnipotente y piadoso,
De hacer tales cosas en su nombre,
Que permanezcan dignas de renombre.»—

»De aquí se comenzó á trabar la guerra
Con bravos y terribles accidentes;
Ya los turcos decian: «Cierra, cierra,»
Con voces y alaridos insolentes;
Espárcense volando por la tierra,
Sin mas dificultar inconvenientes,
Porque el mayor que ya debe temerse
Es el que en la tardanza puede verse.

»Quince veces bañó en el occidente
Su dorada melena el claro Febo,
Sin que dejase aquella furia ardiente
De dar á estos y aquellos mortal cebo;
Con voz osada y término elocuente
En el Senado entró un gentil mancebo;
Oyen todos atentos y quietos,
Y así comienza y dice sus concetos:

»—Bien me consta que hay muchos aquí dentro
Varones de tan inclito gobierno,
Que penetran el mas profundo centro
Con juicios dignos de loor eterno;
A cuyo parecer no iré al encuentro,
Mas no callaré el mio, aunque moderno;
Y habiendo dicho lo que se me ofrece,
Haráse aquello que mejor parece.

»El áspero tormento y la fatiga,
La hambre intolerable que tenemos,
No hay para qué, señores, yo lo diga,
Pues que, por nuestro mal, bien lo sabemos;
La vida, que nos es tan enemiga,
¿Por qué la dilatamos ni queremos?
¿Por ventura, señores, nuestros males
No veis que son mayores que mortales?

»Los parientes y amigos que nos faltan
Eran alivio á nuestra desventura,
Los heridos tambien nos sobresaltan,
Y no es en nuestra mano dalles cura;
Los turcos cada dia nos asaltan,
Estrechando esta cárcel triste y dura;
¡Oh triste soledad, oh pena fiera!
¿Quién hay que tantas muertes pasar quiera?

»Aquel claro senado á quien servimos
De nos sé que tendrá especial cuidado,
Y que ponderará lo que sentimos,
Movido con pasion de nuestro estado;
Mas ¿qué nos aprovecha, si vivimos
En lugar tan remoto y apartado
Que no será posible hallar medio
Para darnos socorro ni remedio?

»La armada de la Liga poderosa,
Como quien tantas dependencias tiene,
Tendrá de dilacion causa forzosa,
Cosa que á Famagusta no conviene;
Y cuando expedicion maravillosa
Haya en la condicion que la detiene,
El turco, que potente en mar se halla,
A dalle se pondrá naval batalla.

»Por tanto, me parece conveniente
A vuestra fama ilustre, que salgamos
Antes que con el mal que está presente
El vigor y los ánimos perdamos;
La muerte no se excusa humanamente;
Viva nuestro blason aunque muramos;
Hallenos en el campo peleando,
Y no por los rincones vacilando;

»Cuanto mas, donde cesa la esperanza
De concierto que estable ó bueno sea.
Sabeis la desventura y mala andanza
De Nicosia; nadie á turcos crea.
Si en el ajeno mal, quien seso alcanza
Espejo halla en que su bien provea,
¿Por qué á nosotros los agravios nuestros
No nos haran arteros y maestros?—

»Apenas hizo pausa el mozo altivo,
Cuando así respondió otro caballero:
—No penseis, ¡oh señores! que restribo
En pensar que mi ingenio no es grosero;
Contino seguiré vuestro motivo,
Como el mas acertado y verdadero,
Al vuestro sujetando mi albedrío,
Si primero escuchais el voto mio.

»El ir á pelear varonilmente
Fuera, cierto, el mejor de los consejos;
Mas tengo por terrible inconveniente
Las mujeres, los niños y los viejos,
Que habrán de padecer forzosamente
Martirios, que aun oillos desde léjos
Cause espanto, y nos hagan cargo dello,
Como á quien mas tocó mirar en ello.

»Conviene que en los casos de importancia
Con mas que pié de plomo se proceda,
Y que si faltan fuerzas y sustancia,
La maña aprovecharnos algo pueda;
Ya el premio merecemos de constancia,
Tratemos de remedio, si nos queda,
Porque, si á morir luego nos salimos,
Al inclito Senado ¿en qué servimos?

»O ¿en qué ofendemos la nacion tirana
Destos verdugos fieros y malditos,
Que por pecados de la grey cristiana
Permite Dios que sean infinitos,
A la salud, mas vale, veneciana,
Algunos escapar destos conflictos,
Que no que en ellos todos nos perdamos,
Aunque mejor, muriendo, nos vendamos.

»Las reliquias de gente que tenemos
En tan largas refriegas apurada,
Consiste en equidad que las guardemos
Para otra coyuntura señalada,
Y la ciudad que agora entregarémos
Por nos será después recuperada;
Así que, en salir vivos deste estrecho
Serémos al Senado honra y provecho.

»Mustafá sabe vuestra valentía
Por tan costosa muestra de experiencia,
Que entre esperanza y duda todavía
Difiere dias há la competencia;
Partido honesto nos concederia,
No por misericordia ni clemencia,
Ni porque ignora la fatiga nuestra,
Mas para su salud querrá la vuestra.

»Y en cuanto mantenernos el concierto,
Sin duda á lo hacer será forzado
Por dejar á la excusa el paso abierto
De la inconstancia y el rigor pasado;
No hay en el mundo corazon tan yerto
Ni rústico, que, en honra colocado,
No anhele en forma cierta ó aparente
Al blanco de la fama prefulgente.—

»Poco tardaron en determinarse
Cuál de los pareceres seguirian,
Porque otra vez no saben si á juntarse
Los negocios espacio les darian;
Y al segundo viniendo á conformarse,
Al turco embajador sobre ello envian,
Que ofrezca, pida, acepte aquel partido
Que dél les fué otras veces ofrecido.

»De pacífica seña asegurado,
Partió el famagustano con su ofrenda,
Y donde Mustafá estaba alojado
Llega, pidiendo por su misma tienda;
Dice que la instruccion que se le ha dado
No es para que de alguno otro se entienda;
Guiáronle do estaba el turco fiero,
El cual le dijo así, grave y severo:

»—¿Venis, griegos, acaso á tratar medios
Cuando veis vuestro fin inevitable,
Después que tan prolijos intermedios
Me obligan á que sea inexorable?
A tiempo os ofrecí vuestros remedios;
Mas la soberbia vuestra abominable,
Dando de ingratitud molesto indicio,
No quiso recebir el beneficio.

»Agora que la vida ya os desama
Querreis que nos mostremos compasivos,
Y cuando la victoria que nos llama
Nos ha puesto los piés en los estribos;
La sangre de los muertos alto clama,
Clama el trabajo inmenso de los vivos,
Y por venganza de su grave ofensa,
Piden equivalente recompensa. —

»Responde el mensajero: — Yo te pido
Licencia de volverme por do vine:
El fin de mi demanda has entendido,
Y yo el de tu respuesta, que es insine.
Antes de preguntar voy respondido;
No hay para qué con ruegos mas te indine;
Tu intencion está firme en ofendernos;
Estarálo la nuestra en defendernos.

»Mas solo quiero aquí certificarte
Que no está tan sin fuerza Famagusta,
Que puedas señor della imaginarte
Ni tener mi embajada por injusta;
Sangre, sudor y afan ha de costarte
Si la piensas ganar por guerra justa,
Y muchos que el tomalla facilitan,
Sus muertes por ventura solicitan.—

»El turco, disfrazando el odio fiero,
Con circunloquio blando y cauteloso,
—No busco, dijo, nombre de severo,
Pudiéndole ganar de pïadoso;
A cumplir el partido me profiero,
En fe del gran señor y poderoso
Cuya corona engrandecer pretendo,
Así con perdonar como venciendo.

»Volved, por tanto, á dar traza al vïaje,
Poniendo fin á los cuidados graves,
Pedid albricias de tan buen mensaje,
Abrid las puertas y entregad las llaves;
Saldreis salvos y libres sin ultraje,
Y daros hemos bastimento y naves
Para que endereceis vuestro camino
Al reino que ya fué del justo Mino.—

»La nueva á todos convidó á partirse,
Quitándose las armas tan pesadas,
Que á duras penas pueden desasirse
De las carnes y ropas destrozadas;
Los hombres procuraban prevenirse
Del dinero y alhajas mas preciadas;
Las mujeres, con ser mas codiciosas,
Llevan hijos y olvidan otras cosas,

»Bien como las solícitas hormigas
Se cargan en las parvas y graneros
Del fruto sustancial de las espigas
Para encerrallo en sus invernaderos;
Mas las escuadras torpes enemigas,
La paz violando, hay graves desafueros;
Comienzan el despojo á sangre y muerte
Contra los de aquel pueblo en vano fuerte;

»Los cuales, como viesen la aspereza
Que en hombres y mujeres se mostrase,
No habiendo por qué en unos tal vileza,
Ni en otras tal maldad se ejecutase,
La ya medio usurpada fortaleza
Hicieron que de nuevo se cerrase,
Y armáronse los mas á toda furia,
No pudiendo sufrir tamaña injuria.

»Como al doliente mísero acontece
Cuando del mal del santo está herido,
Cortarse el brazo, con el cual parece
Será el mayor peligro socorrido;
Cuando el fuego mortal no se guarece,
Porque ya en las entrañas se ha metido,
Los huesos y medulas contamina,
Y con la muerte al corazon camina;

»Así cualquier remedio era excusado
En la final desdicha que sembrada
Estaba en aquel pueblo por el hado,
El engañoso pacto y mano armada:
Viérades un orgullo acelerado
Con sangre de ambas partes derramada,
Do no hubo brazo que cobarde fuese
Ni pié que en el peligro atrás volviese.

»Los heridos y enfermos que yacian
En lechos tristes, casi ya enterrados,
El perdido vigor restituian
A los débiles miembros lastimados,
Y con el belicoso son que oian
En pié se levantaban denodados,
Como sucederá en dia postrero
Cuando venga á juzgar Dios verdadero.

»Mas la cautela infame y perniciosa,
Y el tropel de las armas insufrible
Iban rindiendo la ciudad famosa
Que mostró de firmeza lo posible;
Remate de la vida trabajosa,
O sujecion mortífera y terrible
A todos señaló el preciso hado,
Por mas que, en fin, lo hubiesen contrastado.

»Divulga pues, oh fama condolida,
Esta maldad, refiérela contino,
Y celebra el valor que en muerte y vida
Mostró el guerrero y mártir Bragadino;
Abomina la infamia escarnecida
De Mustafá cruel, de oprobrio dino,
Para que el bien y el mal ejemplo sean
En cuanto las estrellas señorean.

»Cuando se comenzó el conflicto horrendo
En la ciudad de turcos confiada,
Bragadino, el suceso no temiendo,
Ni del mal Mustafá la fe doblada,
Habia ante él venido, obedeciendo
A una recuesta suya y embajada,
Por la cual con instancia le decia
Que por su gran valor verlo queria.

»Y así, aguardado de la mejor gente,
Estaba ante el tirano cauteloso,
Que mal guardarse puede el inocente
Del engaño que encubre el alevoso;
En esto el fiero bárbaro insolente
Mandó que todo el bando generoso
Fuese puesto en prision, ¡oh hecho esquivo,
Mas digno de culpar que vengativo!

»Los templos santos con sangrienta mano
Fueron de su ornamento despojados,
Y las joyas del culto soberano
Premio eran ya de bárbaros osados;
No perdonando sacro ni profano
Los ministros crueles obstinados,
Rompen las puertas de cualquier sagrario
Con desprecio sacrílego y nefario.

»No contento con esto el torpe gusto
De aquel pecho infernal, monstruo nocivo,
Después que á Astorbollon da fin injusto,
Desollar manda á Bragadino vivo;
Si mueve á compasion un dolor justo,
Y si es aborrecible un pecho esquivo,
¿Qué corazon habrá de diamante
Que en tamaña ocasion no se quebrante?

»Fué la cruel sentencia que, ligado
Por los piés, y en el aire suspendido,
Fuese con mano dura despojado
Del velo que á los cuerpos da vestido.
¡Oh gran Bartolomé, que colocado
Estás donde se halla el bien cumplido,
Haz que colateral allá te sea
Quien muere por quien tú, y en tu librea!

»El verdugo bestial, fiero, inclemente,
En las atroces manos ya traia
El áspero cuchillo, y al paciente
Con ásperos tormentos deshacia;
Roncos gemidos de la voz doliente
Crecen con la terrible anotomía;
La roja sangre ablanda el duro suelo,
Las querellas lastiman aire y cielo.

»—¿Qué gloria, le decia, turco fiero,
Adquieres en mi muerte trabajosa?
Yo moriré cristiano y caballero,
Tú siempre vivirás vida afrentosa;
Yo no hice en la mia desafuero
Digno de aquesta pena escandalosa;
Tú en dármela te haces tan culpado,
Que á infamia eterna quedas condenado.

»Por esta dura especie de tormento
Será tu nombre á todos enemigo
En siglos por venir, y el sentimiento
Los hará ser partícipes conmigo;
Tu fe perjura, tu perverso intento,
Del cielo justo llevarán castigo;
Serás aborrecido de ti mismo,
Tu fama dará espanto al hondo abismo.

»Suelen los que se nombran caballeros
De la excelsa virtud ser tan amigos,
Que en medio de los ímpetus guerreros
La aprueban en sus mismos enemigos;
Tú solo contra ley, pactos y fueros,
De tu inhumanidad haces testigos,
Y partes, ofendidos cielo y tierra,
La honra, la virtud, la paz y guerra.—

»La llaga universal iba creciendo,
Y los vitales términos menguando,
El que sin culpa estaba padeciendo
Ofrece á Dios el alma agonizando;
La cual, de libertad la puerta viendo,
Y el natural divorcio celebrando,
Voló de allí á gozar por justa suerte
La vida que sucede á buena muerte.

»Tal fué del reino ciprio el miserable
Remate, y este fué el trato doblado
Contra la vida del varon loable,
Y todo el pueblo mísero engañado.
Por tanto, ¡oh claro príncipe admirable,
Bien del cristiano gremio lastimado!
Derriba con tu espada vengadora
La proterva cerviz que nos acora.»

CANTO XXII.

Sabido por Alí-Bajá que su Alteza se le cerca, determina en consejo salille al encuentro y dalle la batalla; llegan las armadas una á vista de otra, y el viento que traia favorable la del enemigo, milagrosamente se le vuelve por proa. Hácese reseña general del uno y otro bando.

Castigo siento ya de mi osadía,
Grave desconfianza me ha cercado
De ver que va creciendo todavía
El sujeto capaz de que he tratado;
Habiendo hasta aquí la industria mia
Su caudal y matices agotado,
De suerte que se halla en esta feria
Pobre de estilo y rica de materia.

Queriendo cierto artífice excelente
Pintar de la discordia las tres diosas,
A Juno y Pálas trascordadamente
Extremo y proporcion dió de hermosas;
Y visto que el decoro no consiente
Negarse á Vénus partes mas preciosas,
Por no atreverse á tanto su conceto,
Suplió con artificio aquel defeto.

Y fué que, imperfecion no descubriendo
Sin perder la señal de su pintura,
Vuelta la dibujó, lo cual haciendo,
No hizo ofensa á tanta hermosura;
Yo pues, que otros discursos proponiendo,
Cuanto en mí fué, ilustré ya mi escriptura,
¿Cómo podré conforme al que se ofrece
Cantar, cuando la voz me desfallece?

Rehusa mi talento la carrera,
Fáltame el frásis proprio y necesario
Para cantar la iid sangrienta y fiera,
Y suceso en el mundo extraordinario;
Mas, pues que mi deseo persevera,
Auxilio es menester mas que ordinario;
A Dios pido favor, á Dios invoco,
Que no requiere menos lo que toco.

Alce el eterno sol de fe y justicia
La niebla escura de mi entendimiento;
Míreme su clemencia, sea propicia
La Virgen sacrosanta, y déme aliento
Porque pueda yo al mundo dar noticia
Del gran conflicto y bravo vencimiento
En estilo tan puro y corregido,
Que refrene las aguas del olvido.

Perseveraba el tiempo borrascoso,
Y el mar, batido recio del levante,
Entretenia el bando religioso
Sin llevar su propósito adelante;
Tres veces el camino trabajoso
Tentado fué, y tres veces la pujante
Fuerza del agua y vientos volvió al puerto
La armada, no sin priesa y desconcierto.

Entre tanto el Bajá, que cierto entiende
El fijo parecer de los cristianos,
A prevenir su gente y fuerza atiende
Para venir con ellos á las manos;
Junta el consejo, por el cual pretende
Decidir los acuerdos mas bien sanos,
Porque en él se hallaban aquel dia
Las mejores cabezas de Turquía.

Propuesto de las cosas el estado
Por aquel general sabio y prudente,
De quien se dice haber sido dotado
De mas virtud que cabe en turca gente;
Caracosa, aunque el sexto fuese en grado,
Para poder hablar primeramente
Al caudillo mayor, pidió licencia,
Y así soltó la voz en tal sentencia:

«Alí-Bajá, guerrero preferido,
Y vos, ¡oh capitanes valerosos!
A quien el gran Selim ha cometido
Por justas causas cargos tan honrosos,
Haber la armada yo reconocido
De los que así nos buscan orgullosos,
Y el deseo que tengo de serviros,
Me fuerzan á hablar y persuadiros.

»Presente os debe estar en la memoria
Cómo estos ya otra vez se colegaron,
Y teniendo en las manos la victoria,
Por no aceptar batalla discordaron;
Dejando de su liga torpe historia,
En la Préviza, en fin, se retiraron,
Porque unos de otros poco se fiaban,
Aunque superiores se hallaban.

»Agora que en poder les excedemos,
Lo mismo han de hacer por escaparse,
No solo con la fuerza de los remos,
Mas alas, si pudiesen inventarse;
Conviene pues que el paso les cerremos,
Y el último remedio de librarse,
Como suele con lazo trasmallado
Ser en las aguas hondas el pescado.

»Yo fuí á traeros desto clara cuenta,
Y ví que los bajeles colegados
A lo mas largo son ciento cincuenta,
Y esos infamemente pertrechados;
Desconfiada viene y descontenta
La parte general de los soldados,
Porque una gruesa escuadra de navíos
Debió de dar en rocas ó en bajíos.»

Respondió Luchalí, bravo cosario,
Renegado y de astutas propriedades:
«No creais que ese número sumario
Contiene tres tan grandes potestades,
Ni quien viene á buscar tal adversario
Haciendo rostro á viento y tempestades,
Dejará de traer tanta potencia,
Que ponga la victoria en contingencia.

»Lo cual bien consta de otras relaciones
Que por algunas vias se han tenido;
Por tanto, daldes, inclitos varones,
Conforme al tiempo el crédito debido;
No son tan ciegos, no, de opiniones
Los que á los mares nuestros han venido,
Que traigan, como ha dicho Caracosa,
Tan débil fuerza en causa tan honrosa.

»Docientas y catorce ó mas galeras
Vienen puestas á punto de pelea,
Llenas de municion, sanas, enteras,
Con cuanta perfecion mas se desea;
Aunque son unas de otras extranjeras,
Conformidad unida las bandea,
Una intencion las rige, un movimiento,
De su felicidad claro argumento.

»El rey de España aquí su hermano envia,
El Papa á Marco Antonio de Colona,
Venecia á Sebastian Venero fia
Las fuerzas con que á nadie no perdona;
Estas tres voces hacen armonía,
Mas solo don Juan de Austria las entona;
Que está resuelto, como siempre ha estado,
En morir ó triunfar de nuestro hado.

»La fineza de pláticos soldados,
La juventud lozana y belicosa
De fuertes españoles recatados,
Y la nacion latina valerosa,
Feroces alemanes trasplantados,
Que es gente corpulenta y animosa,
Nos vienen á buscar á nuestros nidos,
De honor, venganza y compasion movidos.

»Largo cuento seria si os dijese
Los nombres de infinitos ventureros,
Conducidos, no á precio de interese,
Sino á la obligacion de caballeros;
Ni querria que á mal se atribuyese
Estas dificultades proponeros,
Pues no resulta mal de que sepamos
Con quién lo hemos de haber antes que vamos.»

Tales palabras Luchalí decia,
Y Alí-Bajá escuchaba muy atento,
Cuando Partam-Bajá le interrumpia
El hilo de la habla, y no el intento;
Antes sobre lo dicho procedia
Haciendo mas instancia y fundamento,
Causas abiertamente repitiendo,
La batalla del todo disuadiendo.

Este era un general sabio y anciano,
En gran parte del mundo conocido,
Y del soberbio príncipe otomano
Aventajadamente entretenido;
Siempre en consejos tuvo larga mano,
Y fué su parecer bien recebido;
Los ánimos dudosos inducia
Y á su decreto grave los traia.

La venerable voz alzó diciendo:
«Turcos, no desprecieis vuestro enemigo,
Que ya todos sabeis, segun entiendo,
Los duros trances á que fuí testigo,
Y lo que del presente comprehendo
Libre y ajeno de temor os digo;
Que poco temerá perder la vida
Quien mil veces la tuvo por perdida.

»Antes, ya que la edad me desfallece,
Y mi salud se apoca cada dia,
Premio de mi servir largo parece
Peleando acabar la vida mia;
Si al fin gloria se canta y se merece,
Mi fama bien por mí la cantaria,
Si agora se me diese el fin honrado
Que con tanta fatiga he procurado.

»Mas debe al especial ser preferido
El bien comun con el real servicio
Que yo, constante súbdito, he tenido
Por ley inviolable y propio oficio;
Nunca anduve á mis fines atenido
Con lisonja aparente ni artificio;
Quise, quiero y querré mientras viviere
Lo que á mi patria y mi señor cumpliere.

»Lo cual bien acatando, no conviene
Que la incierta fortuna mas probemos,
Que no hay, pues en la cumbre así nos tiene,
Para qué ya de nuevo la tentemos;
Que si á desafiarnos don Juan viene,
Las armas y el lugar escogerémos;
Esto se quedará á nuestro albedrío,
Y agora por lo menos dé en vacío.

»Nosotros con victoria en nuestra tierra,
Ellos perdidos lejos de la suya,
Dejemos al furor que los destierra,
Que primero los dome y los destruya,
Y que el invierno crudo mueva guerra
Para que la esperanza mas les huya;
Costosa es á la fuerza la hazaña
Que puede conseguirse á pura maña.»

Esta proposicion prevaleciera
Como la mas segura y concertada,
Si tantas objeciones no pusiera
Halí-Agá con voz alborotada;
Dijo gritando, airado, que él no era
De aquella opinion desvariada,
Ni á la reputacion del otomano
Convenia consejo tan mal sano.

«¿Podréis sufrir, decia, que esta gente
Vuelva diciendo que temor hubimos,
Y que el poder del turco prepotente
Al tiempo de las veras escondimos?
¿Quién puede contra nos ya ser valiente?
¿A quién nuestro valor no preferimos?
O ¿qué difícil cosa emprenderémos,
Que con facilidad no la allanemos?

»Testigo nos será el reino ciprino,
Que por nosotros queda conquistado,
Y aun todo el Adriático imagino
De nuestras manos corre ensangrentado;
Callo de Cándia el grave horror sanguino,
Y del Cerigo el daño declarado,
Y callo otras victorias señaladas,
Que muchas son aun para contadas.

»Y la congregacion de armada gruesa,
Que teneis por dudoso aniquilalla,
¿Por qué desconfianza ó suerte aviesa
En tales pechos tal error se halla?
Pues cuanto mayor es, mas se interesa
En que sin duda hayamos de buscalla,
Siendo, como es, mayor notablemente
La nuestra en cantidad, en fuerza y gente.

»Pues si en gente les somos superiores,
En galeras, gobierno y en ventura,
¿Qué medios dejarán de ser errores
Si entretienen tan buena coyuntura?
El honroso blason de vencedores
Desde cerca nos llama y asegura;
Dejad, turcos, dejad recelos vanos,
Que no es tiempo de acuerdos, sino manos.»

La gravedad del caso, que importante
En contrarias razones se implicaba,
Al ánimo de Alí tras cada instante
Mayor neutralidad representaba;
Y como la mostrase en el semblante,
Halí-Agá furioso replicaba,
Ratificándose en lo que antes dijo,
Pidiendo dello testimonio fijo.

Para que cuando tome residencia
Selim á los que hubieren delinquido,
Este su parecer mueva á clemencia,
Satisfaga y defienda su partido;
Insiste, ¡oh turco! insiste con violencia,
No revoques la causa que has seguido,
Y préciate de ser tan elocuente,
Que atraigas tanto número de gente.

Mostró tal eficacia y artificio
Con sus conminatorias persuasiones,
Que pudo solo aquel servir de quicio
Para volverse tantos escuadrones.
Ya el alborozo y marcïal bullicio
Encendian los fuertes corazones;
Las lenguas, que son dellos mensajeras,
Claman, guerra pidiendo muy de veras.

Gúminas cortan, áncoras desclavan,
Tientan los arcos, el bullicio crece,
Apriesa para guerra se aprestaban,
Cualquiera plazo largo les parece;
Del gran canal de Lepanto, do estaban,
Se parten á la hora que aparece
El sol á los antipodas, y entrega
La luz que al hemisferio nuestro niega.

Hecha clara reseña, gloria extraña
Los aumentaba el ánimo crecido,
Viendo de velas cantidad tamaña
Que de mas de trescientas han subido;
Pareció que en el mar una montaña
De robles y altos pinos ha nacido,
Y que una ciudad grande, populosa,
Fabricó alguna causa milagrosa.

Después que el gran Bajá en largo concierto
Dispuso y ordenó lo que cumplia,
El paternal amor estrecho y cierto
Le convirtió á dos hijos que tenia,
Diciéndoles: «Hoy llego al dulce puerto
Que pudo desear el alma mia,
¡Oh hijos mios! para engrandeceros
Sobre todos los turcos caballeros.

»Mas, aunque de la gente baptizada
He de tener preciso señorio,
Por venir, como viene, confiada,
Cumpliéndole huir del poder mio;
En tanto que no está desengañada
Del vano y temerario desafio,
Mi corazon será contento y ledo
Si en el amor que os tengo falta el miedo.

»El riguroso oficio de la guerra,
La peregrinacion de largos años,
Los peligros del mar y de la tierra,
El rigor mismo de los graves daños,
No es parte en el amor que en mi se encierra
Para que con dulcísimos engaños,
Deje, á trueco de os ver acrecentados,
De revolver la tierra, mar y hados.

»Y así, no quiero yo que alguna pieza,
Por caso desastrado y miserable,
Os toque al pié, que es darme en la cabeza
Y serme la victoria lamentable;
Pues que mi fin aspira y se endereza
A vuestra vida, para mí agradable,
Y la edad os excusa justamente,
Salid deste peligro impertinente.»

Respondió el mayor dellos: «Si es probarnos,
Bastara ser tus hijos, sin mas prueba;
Y si es querer de muerte preservarnos,
No sé yo qué razon á eso te mueva;
Si quieres sumamente autorizarnos,
Donde quiera que fueres, ahí nos lleva;
No borres los traslados que hiciste,
Ni oprimas los vigores que nos diste.

»Mas si tu voluntad firme estuviere
En que la espada aquí no ensangrentemos,
Si á nuestro buen deseo resistiere,
Tan grave injuria no consentirémos;
Y si alguno del caso mal sintiere,
Excusa suficiente le darémos
Con decir que nos es mas buena suerte
Tus hechos imitar que obedecerte.»

Era de octubre el sexto dia cuando
La armada de los turcos se levaba,
Al fuerte aliento de Euro, que, soplando
En su favor, alegre navegaba;
La nuestra, su designo adivinando,
Del puerto al mesmo tiempo se apartaba,
Sin cosa en su favor sino el derecho
Que la razon le daba en aquel hecho.

A la primera guardia se aventuran
Al disponer del mar tempestüoso,
Cuando hombres y animales aseguran
Los fatigados miembros en reposo;
Los nombres de los astros no procuran,
Porque un nublado escuro, tenebroso
Del nocturno viaje, en mar y en tierra,
Los que son luz y guia cubre y cierra.

Y tú, hijo de Cárlos, instrumento
Desta jornada, digna de tí solo,
No consultas el mágico talento,
Ni al oráculo délfico de Apolo,
Ni á Samüel del sacro monumento
Pretendes que levante ajeno dolo,
Ni quieres revocar alma á la tierra,
Que diga el fin incierto desta guerra.

Ni inquieres judiciaria astrología,
Lícita, si hay alguna que lo sea;
Toda curiosidad por esta vía,
Si no es supersticion, parece sea;
Quien busca la verdad con valentía,
En los efetos cumple que la vea;
Y así, debe pedilla el varon fuerte
Al oráculo duro de la muerte.

Si César imperó usando sutiles
Mañas, y si fué en armas animoso,
Si hasta en las batallas mas civiles
Supo ganar renombre de famoso,
Si acompañó con ímpetus viriles
El curso de sus hados venturoso,
No fué tanto por sola valentía
Como ambicion y males que temia.

Recelábase mucho que su gente
No le desamparase, conociendo
Cuán impía, odiosa, atroz y torpemente
Patria y parientes iban destruyendo;
Y ¿no quereis que fuese diligente
El que á tan alto fin iba subiendo,
Que no arriscando mas que su persona,
Esperaba tener ceptro y corona?

Mas, tú dime, Señor, ¿quién apresura
En difícil sazon tu furia extraña,
En guerra justa, y siendo tan segura,
La gente y la razon que te acompaña?
Que pones tu gran ser en aventura,
Pudiéndote volver con la hazaña
De haber llegado aquí, sin que te espere
Enemigo que puede cuanto quiere.

Tu valor natural, tu fe y tu celo,
Tu próspero planeta y su influencia,
Y la rara virtud que el alto cielo
Quiso comunicarte por esencia,
No sufren dilacion de algun recelo,
Ni tú quieres triunfar en la apariencia,
Pues consiste en la duda deste efeto
La fineza mayor de tu conceto.

Sin norte, en noche escura y contra viento,
A las hinchadas olas contrastaban
Los miseros forzados, y el violento
Camino de las aguas tropellaban;
Así que, era tamaño impedimento
El que aire, mar y cielo les mostraban,
Que á muchos pareciera caso fuerte
Ir por allí huyendo de la muerte.

Los estrellados ejes revolvian
El curso de la noche, y á Diana
Las interpuestas nubes impedian
La luz que el sol le presta soberana;
Mas, como ya los hados lo querian,
Las disipa, resuelve y hace llana
La hinchazon del mar incomportable,
Que con su luz quedó mas navegable.

Entrambos polos limpios parecieron,
Y todos los planetas variables
De nueva lumbre entonces se vistieron,
Mirando las armadas memorables;
Su vivo resplandor mayor hicieron
Las hermosas estrellas inmutables,
Que, estando fijas, las esconde el dia,
Por ser mayor la luz que el carro guia.

En fin, las ocho esferas celestiales
Con toda su divina hermosura,
Como causas segundas naturales,
Esperan el efeto y coyuntura;
Febo con aguijones celestiales
Sus caballos incita y apresura,
Deseando mirar con alborozo
Las dos armadas y el naval destrozo.

Era ya la sazon que al bajo mundo
Alegre se mostraba el mediodía,
Y en este nuestro el sueño mas profundo
Sombra propria de muerte parecia,
Cuando el Bajá con ánimo jocundo
Encima de la popa se ponia;
Y hecha la zalá, á verdad contraria,
Enderezó á la luna esta plegaria:

«¡Oh tú, santa y castísima doncella,
Que triforme te muestras á la gente,
Y siendo sin igual hermosa y bella,
Nos muestras desigual tu sacra frente:
Tú, diosa, que, si acaso alguna estrella
Nos quiere contrastar severamente,
Cubres tu resplandor con negro velo,
Tapizando de luto tierra y cielo!

»Pues haces con certísimas señales
De nuestros infortunios sentimiento,
Claro está que, si lloras nuestros males,
Tambien te alegrará nuestro contento;
Y aun si en las redondeces celestiales
Tiene tu curso el mas vecino asiento,
Es porque tus oidos soberanos
Oigan mejor los ruegos de otomanos.

»Y así, reconociendo el beneficio
Y aquella obligacion en que nos pones,
Traemos tu retrato, á nos propicio,
En nuestros estandartes y pendones;
Ayuda á los que hoy van en tu servicio,
Y tengan tan buen fin estas cuestiones,
Que Selim, mi señor y mi pariente,
A sujecion reduzga el Ocidente.»

Tales palabras el Bajá decia
Cuando el viento en la popa refrescaba,
Lo cual clara respuesta parecia
Que mas su peticion justificaba;
El cristalino mar obedecia
A lo que el viento próspero mandaba;
Mirad á qué llegó la confianza
Ventaja, el viento en popa y mar bonanza.

Y así, soltó la rienda al pensamiento
Con toda la licencia del deseo;
No halla duda ya ni impedimento
Entre sus esperanzas y el trofeo.
¡Oh gloria vana, oh ciego entendimiento,
Oh proprio amor, no amor, mas devaneo;
Jüez prevaricato apasionado,
Del gusto y del deseo sobornado;

Que siendo lo futuro tan incierto,
Lo quieres entender cual lo pasado;
Sábeste imaginar en dulce puerto,
No habiéndote aun apenas golfado;
Y por llevar tu blanco descubierto,
El buen discurso dejas anegado,
Y con mil presupuestos, aunque aviesos,
Cortas á tu medida los sucesos.

En esta forma Alí-Bajá consigo
El gravísimo caso decidia,
Sin que ya le perturbe otro enemigo
Sino el tiempo que tarda el nuevo dia;
Manda llamar á Xiloes, gran su amigo,
Un turco natural de Alejandría,
Astrólogo famoso y marinero,
Médico, nigromante y hechicero.

Comiénzale á decir palabras tales:
«¡Oh Xiloes, que del alto firmamento
Penetras los influjos naturales
Y el órden de su eterno movimiento;
Tú, que por los principios y señales
Roconoces los fines de su intento,
Anuncias los eclipses de la luna,
Y entiendes los vaivenes de fortuna;

»De piedras, yerbas, plantas y de flores
Conoces propriedades ecelentes,
Reprimes los venenos y furores
De cualesquiera monstruos y serpientes;
Tambien al incurable mal de amores
Sabes templar las penas y acidentes,
Y haces espantar el reino escuro
Con la fuerza eficaz de tu conjuro!

»No es aquesta ocasion tal que requiera
Mover revoluciones tu gran arte,
Ni quiero en mi esperanza verdadera
Por infalible causa colocarte;
Mas, pues la noche pasa su carrera,
Sin que de sueño á mí me alcance parte,
Inquiramos el fin desta batalla,
Supuesto en todo caso que he de dalla.—

»—No pienses, dijo el mago, señor mio,
Que en negocio tan grave he estado ocioso,
Callado sí, por no oponerme al brio
De tu orgullo feroz y poderoso;
Mas, pues hablar me mandas, aunque fio
Seré mas obediente que gustoso,
Daréte cuenta, en fin, de mis concetos
Y aviso de mis íntimos secretos.

»Junto á la gran ciudad de Constantino
Está un valle sombroso y solitario,
Por el cual no atraviesa algun camino:
Tanto es aquel lugar trasordinario;
Dividelo un arroyo cristalino,
Torciendo su corriente en modo vario,
Hasta que sin estorbos ni embarazos
Lo acoge el ancho mar entre sus brazos.

»Allí, con el horror, silencio y calma
De una noche salí, serena, escura,
Y por limpiar las culpas de mi alma
Tres veces me lavé en el agua pura;
Mis sienes coroné de verde palma,
Y luego desceñí mi vestidura,
Descalzo un pié, la cara vuelvo á oriente,
Y hablo así con la tartárea gente:

»—Vos, que habitais el reino del espanto,
Cercados de los rios infernales,
Pluton, Minos, Eaco y Radamanto,
Jüeces desos fuertes tribunales;
Y vos, que allá causais eterno llanto,
Y sembrais en el mundo duros males,
¡Oh hijas de la noche, mal peinadas,
De víboras y sierpes coronadas!

»¡Y tú, baldon de la nacion caldea,
Que esta terrible ciencia descubriste;
Tú, maga Circe, y tú, cruel Medea,
Y tú, la que en Tesalia envejeciste,
Dejad atravesar la agua letea
Alguna sombra dese mundo triste,
Que pueda ser oráculo á mis dudas.
Caron ¿por qué te tardas? ¿En qué dudas?

»Salga de vuestro centro quien me diga
Qué fin ha de tener la competencia
De la soberbia armada de la Liga
Con el turquesco imperio y su potencia;
Ninguno este mi ruego contradiga,
Conforme á nuestro pacto y convenencia;
Sabeis á cuánto enojo me provoco
Si acaso os deteneis cuando os invoco.

»Una, dos y tres veces os requiero
A todos, como sois estigio bando,
Que forzados hagais cuanto yo quiero,
Pues no hay apelacion en lo que mando;
Donde no, yo haré que el Cancerbero,
Que está vuestros umbrales atronando,
Venga ligado á la region serena,
Como lo trujo el hijo de Alcumena.

»Y haré por venganza conocida
Con encantos y versos, de manera
Que de Febo la lumbre esclarecida
Vuestras tinieblas avergüence y hiera.—
Tembló á mis piés la tierra estremecida
En acabando la razon postrera,
Y abierta una rotura, en presto vuelo
Salieron della un buho y un mochuelo.

»Un cuervo negro, dando mil graznidos,
Los sigue, y á un ciprés ¡funesta planta!
Fueron á dar: temblaron mis sentidos,
Pegóseme la voz á la garganta.
—Mensajeros, les dije, doloridos,
Pues clara me anunciais desdicha tanta,
Bajad por el camino que subistes,
Y no me canteis mas endechas tristes.—

»En esto aquel portento desparece.
¿Dirélo, ó callarélo? Al mismo punto
Del padre de Selim se me aparece
La verdadera imágen y trasunto,
Con lágrimas que el alma me entristece,
Negro el vestido y el color difunto,
Muy otro del que fué cuando la tierra
Temblaba de su esfuerzo en paz y en guerra.

»Con silencio profundo me miraba,
Representando en sí grave tristura;
Yo, que á besar sus manos me prostraba,
Resolver le sentí cual niebla escura;
Y fué tanto el horror que me aquejaba
En aquella sazon, que á gran ventura
Tuve el poder volverme á lo poblado;
Y así, del arte maga mas no he usado.

»Pero ¿qué sirve, general prudente,
Tardarme en referir cosas pasadas?
Mira el cielo, y verás en el oriente
El Leon con sus uñas acorvadas,
Marte asoma, á par de él, fiero, inclemente,
Y la hidra con crestas levantadas,
Cuyas cabezas por su fuerza unida
Anuncian de cristianos la venida.

»El horizonte austrial, que nos esconde
El otro polo de la oblica esfera,
Con Aries en la décima responde
A Marte, y es su casa verdadera;
Acuario al ocidente corresponde,
Y el gran pegaso acaba su carrera
Cuando junto á Calisto ha parecido
La Libra, que es de Vénus proprio nido.

»De Andrómade la cinta se parece,
Y sobre ella un Chaton de fuerza dura,
Armado el Orion se nos ofrece,
Horrible y espantosa catadura;
Junto á aquella que á turcos favorece,
Mercurio nos promete desventura;
Júpiter quiere nuestra mala suerte,
Y está en la casa octava de la muerte.

»¿Qué quieres que te diga, gran caudillo,
Sino que aspecto tan contrario veo
A tu intencion, que no puedo encubrillo,
Aunque mas lo procura mi deseo?
Yo te advierto con ánimo sencillo
Los males y desdichas que anteveo,
Y que tenemos por contrario el cielo,
Cuya impresion precisa hallar suelo.»

Alí-Bajá, que atónito escuchaba
La mal afortunada profecía,
Al nigromante Xiloes atajaba,
Diciéndole: «Mañana es otro dia;»
Mas él con voz mas alta replicaba
Conforme á verdadera astrología:
«La hora en que heciste la pregunta,
El fin denota y el suceso apunta.

»Y acierta en nuestra injuria de tal suerte,
Que antes que el sol comparta su jornada,
Mañana en la docena hecho fuerte
Estará el sol, y Cintia retirada;
El Nieto bravo con Saturno inerte
Tendrá dentro en la nona su posada,
Que es señal de amenaza conocida
A nuestra religion envejecida.

»¿Dónde te subes, crudo Sagitario,
Que el arco tiendes sobre el rojo Oriente?
¡De turcos oh pestífero adversario,
Propicio amparo de cristiana gente!
Mañana con furor trasordinario
Saldrás de ver á Júpiter clemente,
En el signo de Picis colocado,
Bien que un poco estará retrogradado.

»El cual tuvo al felice nacimiento
Este de don Filipe altivo hermano,
Por acendente, próspero argumento,
Porque tambien lo fué á su padre anciano;
Y estar en Libra el sol agora siento
A mala dicha, porque el rey hispano
Nació predominando aqueste sino,
Por quien mas daños nuestros adivino.

»Así que, por la mágica y figuras
Que tengo, como has visto, consultadas,
Los hados nos fabrican desventuras,
Comun peligro á gentes ensalzadas;
No trato de diversas conjeturas
De cosas que me fueron reveladas
Durmiendo, cuando el sol los indios doma;
Pero mas evitar puede Mahoma.»

El Bajá, con sereno y grave gesto,
Aunque risueño un poco en el semblante,
Responde: «Si hiciera caso desto,
No fuera el Macedonio tan constante;
El cielo y el infierno echen el resto,
Que yo seré mas firme que diamante;
De la vida triunfar puede la muerte,
Que no de la virtud del varon fuerte.

»Cuanto mas que, si el alma no me engaña,
Que dicen que de suyo es adivina,
Ni tengo por dudosa esta hazaña,
Ni por cierto el saber de tu doctrina;
Fantasmas y planetas son patraña,
Los sueños sueños son, no ley divina,
No mas; véte á dormir, y de lo dicho
El silencio te encargo y entredicho.»

Iban las dos armadas á porfía,
Con orgulloso brio de encontrarse,
Porque el tiempo y lugar les ofrecia
Deseo y ocasion de señalarse;
Mas la turquesca leda el mar hendia,
Que el viento la llevaba sin pararse,
Y por el consiguiente los cristianos
Mueven la suya á puro ardid y manos.

En esto de la noche tenebrosa
Las negras alas ya se recogian,
Y en la region de oriente calurosa
Visos de nueva lumbre parecian;
Ya en distinto color cualquiera cosa
Los ojos corporales dicernian,
Y daba su principio el sol lumbroso
A un dia muy solene y muy famoso.

Llegado ha el punto ¡oh gran hijo de Carlo!
Que me cumple tener nueva armonía
Con tan subido plectro, que buscarlo
Sin tí bien excusado me seria;
Mas contigo, Señor, pienso hallarlo,
Pues ha llegado ya el bendito dia
En que por tus efetos extremados
Se cambia el duro curso de los hados.

Y que al proceso largo trabajoso
Se acaba de cerrar aqui la puerta,
Y el próspero principio milagroso
La deja al bien de par en par abierta;
¡Oh Cárlos Quinto, emperador famoso,
Que en el cielo tendrás noticia cierta
De la victoria insigne que allá suena,
Cuántas gracias darás á quien la ordena!

El turco en popa, y el cristiano á remo,
Desigualmente parten el camino;
Va la atalaya en el carcés supremo
De cada parte puesta de contino;
El hondo lago se turbó en extremo,
El trance presintiendo ya vecino,
Que aun en las cosas sin entendimiento
De casos graves vemos sentimiento.

Las ondas espumosas, impelidas
Del feroz ejercicio y vehemencia,
Andaban entre sí como reñidas
Con nueva alteracion y diferencia;
¡Oh mar Iónio, que de tantas vidas
Viste el extremo punto y residencia,
No es lícito que ignore el nombre tuyo
La fama, ni le quite lo que es suyo.

Antes de agora ya fuiste sangriento
Por obsequias de aquel que en el Senado
Rindió á estocadas el vital aliento
Después que al mundo habia sujetado;
Y así, Augusto, siguiendo el vencimiento,
Muestra de César ir acompañado;
Marco Antonio huyendo es buen testigo
Que aun muerto César es fiero enemigo.

Y tú, egipcia cruel, desconocida
En aquel mismo extremo que hermosa,
Sin órden anticipas la huida
De aquel que fuiste siempre victoriosa;
Después con nueva súbita fingida
Le obligas á tomar muerte penosa,
Y tú con otra tal, ¡oh caso extraño!
Haces venganza en tí para mas daño.

No fuiste tú, Cleopatra, la primera,
Ni la postrera entiendo que habrás sido
De las que en desigual tiempo y manera
El odio y el amor han pervertido;
Olvidan cuando amar mejor les fuera,
Aman cuando les es afan perdido;
Sus disfavores matan y despechan,
Sus favores ni sanan ni aprovechan.

Mas en tanto que en esto he reparado,
Ya la sazon se acerca que me obliga
A no tratar de amor y su cuidado,
Que no es deste lugar esta fatiga;
Marte se encrudelece, fiero, airado,
Y para que su intento se consiga,
Un bélico y furioso ardor influye
Que las almas oprime y redarguye.

Ya llegaba la hora, ya se siente
Seña espantosa del naval conflito,
Ya se ven las armadas frente á frente,
Hiriendo el cielo con horrible grito;
El inclito don Juan manda á su gente
Que enarbole el pendon santo y bendito
En que estaba el retrato soberano
De aquel que redimió el linaje humano.

Las tres insignias de la santa Liga
Al mismo punto fueron levantadas,
Y con aplauso de la grey amiga
Devotísimamente saludadas;
Las velas de la pérfida enemiga,
Del fresco viento llenas y hinchadas,
Cortan el agua con ligero vuelo,
Amenazando el mar, la tierra, el cielo.

Los anchos remos solo de ornamento
Altos de cada banda les servian;
Y así, á la vista con notable aumento
Mayores las especies se ofrecian;
Crece en los turcos el brioso aliento,
Y el ánimo pujante que traian,
Porque sin duda alguna les parece
Segura la contienda que se ofrece.

De tal manera vienen confiados,
Y así el orgullo bravo les crecia,
Que los captivos mismos baptizados
Lloraban, y entre sí alguno decia:
«¡Oh Hesperia, madre antigua de esforzados,
Amparo de la Iglesia sacra y pia,
¿Qué infundes en los pechos de varones
Para que se transformen en leones?

»Que no deben ser hombres solamente
Los que á deshora buscan esta armada,
Cuya ferocidad, braveza y gente
Es mas para temida que buscada;
Si el retirarse á veces es decente
Al que ve la ventaja declarada,
¿Cuánto mas ser debiera necesario
No acometer agora á tal contrario?

»Yo, triste, en la miseria de mi vida,
Sujeta á cárcel espantosa y dura,
Consolaba el dolor de mi caida
Con no temer mayor la desventura;
Mas ¿cuál alma de piedra endurecida
Podrá en este recelo estar segura,
Siendo la presuncion tan sospechosa,
Tan ardua la ocasion y peligrosa?

»¿Cómo puedo no estar atormentado
Mirando este peligro y cuál me veo,
Entre el bando enemigo aherrojado
A pesar de mi vida y mi deseo?
Y agora nuevamente aprisionado,
Hecho inútil testigo ¡oh caso feo!
Mas ¿cómo podré sello, siendo parte,
Sin procurar morir de cualquier arte?

Ya los devotos padres capuchinos
Con pia comision y mano llena,
Cumpliendo los carácteres divinos,
Daban absolucion á culpa y pena,
Cuando el mar descubrió dulces caminos
De ricas esperanzas, en que ordena
Un próspero principio á los cristianos
Y funesto prodigio á los paganos.

Cuando el viento mejor les ayudaba,
Y el sol de todo punto habian ganado,
Negocio que á sus cosas importaba
Con daño nuestro casi declarado,
Calmó el aire, que intenso porfiaba,
Y céfiro faltó del otro lado;
Los bárbaros contrarios, que esto miran,
A Mahoma se quejan y suspiran.

Mas con lento remar el mar abriendo
Mañosamente, aquella y esta armada
En órden de lidiar se van metiendo,
Segun la traza que antes les fué dada;
Sin duda el espectáculo estupendo
Fué aquí mayor que el fin de la jornada,
Así como del reo la conciencia
Siente mas el temor que la sentencia.

No hay rostro allí que la color no mude,
No hay corazon que no se valga dellas,
Porque la sangre al noble miembro acude,
Y á la necesidad que le atropella;
Agora pues, deidad, por quien yo pude
Historia al mundo proponer tan bella,
Dame el motivo de tu sacro aliento
Para llegar al fin de su argumento.

Informa mi sentido de lo cierto,
De cuáles y de cuántos escuadrones
Vinieron juntos del latino puerto
Y de las ismaeliticas naciones;
Qué bajeles, qué ardides, qué concierto,
Qué capitanes, qué armas, qué blasones
Trabaron sobre el piélago profundo
La batalla mayor que fué en el mundo.

La justa causa y santo presupuesto
De la notable empresa de cristianos,
La importancia del caso, y el honesto
Celo del Papa, el Rey y venecianos,
Y el inclito valor, ya manifiesto,
Del hijo de Austria, á todos los humanos,
Habian convocado y conducido
En las aguas poder jamás oido.

En cuatro bandas iba repartida
La poderosa armada de cristianos,
Conforme á la ordenanza esclarecida
Que en los puertos se dió cicilianos;
El cuerpo de batalla en que presida
Don Juan de Austria, terror de los paganos,
Que relumbraba en su rëal galera
Como el latonio rey sobre su esfera.

El cuerno de la diestra estaba á cuenta
Del sabio y fuerte Juan Andrea Doria,
Por la virtud que en él hoy representa
De sus abuelos claros la memoria;
Otro siniestro cuerno se presenta
Al gran conflicto y la naval victoria;
Agustin Barbarigo lo gobierna
Para hacer su fama sempiterna.

En retaguardia y de socorro viene
Aquel de Santa Cruz, cuya fortuna
El primero lugar en armas tiene
En todo cuanto miran sol y luna;
En estas cuatro escuadras se sostiene
La gente que por Dios se hace á una:
Dichosa union, dichoso ayuntamiento,
Que tiene la verdad por fundamento.

Las naves, por el tiempo detenidas,
Léjos andaban por el mar vagando;
Mas las seis galeazas que traidas
Fueron hasta aquel punto remolcando,
En tres partes delante divididas,
Estaban al Bajá desafiando,
Como castillos fuertes artillados
Sobre las aguas hondas levantados.

Las armas de metal acicaladas,
Reverberando el sol, lucir se vian,
Las banderas de sedas variadas,
Al aire tremolando, el mar cubrian;
Las flámulas ondean prolongadas,
Los gallardetes bellos se movian,
Los pífanos resuenan y atambores,
Trompetas, añafiles y clamores.

Fragatas ligerísimas volaban
Aquí y allí con hombres de respeto,
Alistando las cosas que importaban
Para meterse en órden mas perfeto;
Las galeras el fin aseguraban
En favor del católico concetto,
Por ir, como iban, al peligro urgente
Interpoladas acordadamente.

Una de España y otra del romano,
Otra de Ausonia y otra de Liguria,
De Malta y de Saboya y del Sicano,
Mezcladas todas con la libre curia;
En esta forma con acuerdo sano
Van á domar la prepotente furia,
Y aun en cada bajel tambien se via
La misma diferencia y armonia.

Un mismo caso y una misma suerte
Tocaba en general y á cada uno;
Y así, la confianza era mas fuerte,
Mayor la fuerza y el poder mas uno.
¿Quién librará mi voz de olvido y muerte?
Quién del profundo reino de Neptuno
La sacará ofrecida al sacro templo,
Que es de virtud el premio y el ejemplo?

No contaré yo aquí los varios nombres,
Las divisas, blasones y señales
De las galeras, pues que sus renombres
No son del hecho partes esenciales;
De aquellos altos y famosos hombres
Que por sus obras fueron inmortales,
De aquellos trataré, que al hijo austrino
Siguieron por el áspero camino.

Venia á punto en la rëal cuadrilla
El justo don Lüis de Requesenes,
Teniente de don Juan, y de Castilla
Comendador mayor, pujante en bienes;
Venia del que está en la santa silla
De aquel que á Malco ensangrentó las sienes,
Un sobrino, no indigno de tal tio,
Miguel Boneli, jóven de alto brio.

El príncipe de Parma está presente,
Del rëal tronco generosa rama,
Infundiendo en cualquier suerte de gente
Valor que incita y mueve á ganar fama;
Y el príncipe de Urbino, decendiente
Del monte hercúleo, que á virtud le inflama
Tanto, que en armas, opinion y estima,
De muchos, con razon, tiene la prima.

Marco Antonio Colona, aquel romano
Y en todo señalado caballero,
Y esotro resoluto veneciano
Que se intitula Sebastian Venero,
Allí están; ese conde Surïano,
Retrato natural de español fiero,
Aunque su gente ilustre viene hoy dia
Del magno Escandarbeg, rey de Albania.

De Cárdenas el buen don Bernardino,
Puesto por sus grandezas en la cumbre,
Es del claro escuadron sujeto dino,
Lleno de fortaleza y mansedumbre;
Don Miguel de Moncada, peregrino
En ingenio y valor, de virtud lumbre,
¡Cuán bien se muestra allí, cuán bien parece
Con el francés blason que le ennoblece!

Paulo Jordan Ursino, ilustre Marte,
Duque de los antiguos de Braciano,
Asegurando estaba por su parte
El caso del ejército cristiano;
Bien cerca del católico estandarte
Estaba Salazar el castellano,
Singular en esfuerzo, y conocido
Por soldado bravísimo y temido.

De Figueroa el buen don Lope ilberio
A la rëal galera conducido
Fué, por ser al guerrero ministerio
Ministro para ser siempre escogido;
Su bandera llevó, sin vituperio
De su alférez, aunque era conocido
Por hombre de respeto y buen soldado;
Mas fué don Lope en todo recatado.

Y tú, conde de Pliego, que al servicio
Del Austria en paz atiendes justamente,
Hoy muestras ser las armas el oficio
A tu familia mas perteneciente;
Tu hijo es dello mismo claro indicio,
Como galan y de ánimo valiente,
De fuerte pecho y corazon sencillo;
Llámase con razon don Luis Carrillo.

Don Martin y don Pedro de Padilla,
Y el colonés Pompeyo, hectóreo bando;
Mos de Leni, que rige y acaudilla
Los bajeles del duque venerando;
Don Juan el de Cardona, que es semilla
Del alto rey católico Fernando,
Sobre la armada está cicilïana
Haciendo de sí muestra mas que humana.

Tú, insigne veneciano, Canaleto,
El cuerno cierras que confina en tierra,
Y tú tambien, Espinola perfeto,
Héctor en nombre y Héctor en la guerra,
Fuiste del ginovés senado eleto,
Por la industria y valor que en tí se encierra,
Para que en sus galeras presidieses,
Y al crédito con obras respondieses.

Otavio de Gonzaga, el mantüano,
Espejo de la gala y valentía,
Allí viene vestido al uso hispano,
Lleno de fiero orgullo y bizarría;
Y aquel mancebo insigne sevillano,
De Saavedras norte y clara guia,
Don Fernando, el perfeto caballero,
Del Castellar es único heredero.

Del cuerpo de batalla al lado diestro,
Algo distante estaba el gran bailío
De Alemania, esperando algun siniestro,
Si bien honroso y claro, desafío;
Del arte militar era maestro,
Pero hizo de industria aquel desvío,
Por ser la capitana su galera,
Y no tener lugar, como quisiera.

Entre las cruces blancas relumbraba
Aquel mancebo ilustre á quien los hados
Quieren romper el hilo que llevaba
Entre todos los bien afortunados.
¡Oh parca robadora, atroz y brava,
De tantos años verdes mal logrados!
¡Qué despojos verán hoy tan preciosos
Deste bajel tus ojos envidiosos!

Parténope aperciba el doloroso
Lamento, y despojada de su arreo,
Entone, como Tracia, en son lloroso
Tristes endechas por su nuevo Orfeo;
Y tú, convento insigne y religioso
Que la cruz blanca tienes por trofeo,
No olvides los heróicos caballeros
Que con sus muertes honrarán tus fueros.

¿Dónde llevais ¡oh hados! mi memoria,
Que dejó la reseña que hacia?
Don Diego Enriquez, ¿dónde va mi historia
Sin tratar de tu esfuerzo y gallardía?
Participe serás de aquella gloria
Que el de Austria mereciere en este dia,
Pues tú y el tercio ilustre que gobiernas
Haréis con sangre hazañas sempiternas.

Ascanio de la Corna se me ofrece,
Invencible, sagaz y poderoso,
Y Gabrio Cerbellon, en quien florece
De Milan el blason maravilloso,
Y de Vicari el conde, que merece
Título entre los fuertes de famoso.
¡Oh gran Garrafa, buen prior de Hungría!
¿Quién tus loores explicar podría?

Eminente en persona y estatura
Está don Luis de Córdoba mostrando,
En su grave ademan, talle y postura,
La calidad antigua de su bando;
Y Tiberio Brancazo, que es figura
Del que mas punto y ser adquirió obrando,
Pues en cosas de honor su voto solo
Se tiene por oráculo de Apolo.

Don Diego Lopez de Mendoza, hermano
De aquel del Infantazgo duque egregio,
Estaba con las armas en la mano
Refrendando su antiguo privilegio;
Y don Pedro Velazquez, noble hispano,
De prudencia y bondad limpio colegio,
A la fama haciendo estaba cargo
Para que hable dél por tiempo largo.

Menospreciando el tiempo y la fortuna*
Con ánimo quieto y poderoso,
A punto de lidiar se ve el de Luna,
Del señor de Cedillo hijo honroso;
Jóven que comenzó desde la cuna
A ser modesto, sabio y generoso:
Del gran don Pero Ponce es heredero,
Del conde don Juan Ponce hijo primero.

Tres rayos de la guerra beticanos,
Tres nortes de la gala y gentileza,
Tres caballeros, digo, en todo hermanos,
Honor de la milicia y la braveza,
No menos vienen fuertes que lozanos,
Francisco y Juan, crisoles de nobleza,
Don Agustin magnánimo y sencillo,
Del nombre de Mejía y de Carrillo.

Entre estos, de valor mas que ordinario
Para las armas, bélico ejercicio,
Es de la armada general vicario
Don Jerónimo, antídoto del vicio:
Manrique es su renombre extraordinario;
Lleva de Inquisidor el santo oficio,
Por bondad, por virtud y suficiencia,
Por calidad, por letras y conciencia.

En estos personajes consistia
La armada, y otros que nombrar debiera
Si, como la verdad de parte mia
Está, el ser importuno no temiera;
Y mas, que Alí-Bajá me impediria
Cualquier tardanza con su fuerza fiera,
Porque se acerca en armas tan potente
Que está de dilaciones impaciente.

Viene en forma de luna medio llena
Su armada, largo espacio el mar cubriendo,
De la cual el siniestro cuerno ordena
Luchali, calabrés, cruel y horrendo,
Vecino de la patria á quien condena
De los doce el discípulo estupendo,
Que se perdió tratando en mercancía
Que mas que cielo y ángeles valia.

Su hijo Carabey sigue al cosario,
Retrato suyo en la perfidia y maña,
Con otros dos de esfuerzo extraordinario;
De Caramustafá, dañoso á España,
Cauracial, intrépido adversario,
A los demás anima y acompaña;
Caurali, Caraperi y Tramuntana,
Dramustais, Dardagan y Alfermidana.

El cuerno diestro dado á cargo estaba
A Siroco, el cosario belicoso;
Mahumet cerca deste se hallaba
En bajel de fanal grande y hermoso;
Asiscayá y Ustref, de fuerza brava;
Osman y Califer, supersticioso
Y en vano sacerdote y agorero,
No tanto como Xiloes verdadero.

El cuerpo de batalla está al gobierno
De Alí-Bajá, caudillo memorable,
Que era del gran Selim preciado yerno,
En guerra y paz de término loable;

Venia en bajel hecho á lo moderno,
De madera y beldad tan admirable,
Que nunca el ancho mar ha sostenido
Otro mas acabado ni lucido.

Traia enarbolado aquel persiano
Estandarte al Sofí ganado en guerra,
Por el primer Selim, fiero otomano,
Cuando lo destruyó en su propria tierra,
Para mostrar que no hay poder humano
Que vencido no entienda, en fin, que yerra:
Si al imperio se opone belicoso
Que enemigo venció tan poderoso.

Por esta causa á las batallas fieras
Los turcos, como cosa consagrada,
Llevaban sobre todas sus banderas
Esta seña tendida y levantada;
Siete ruedas á un lado como esferas
Tiene, y al otro cuatro, y estampada
Una proposicion grave y devota,
De arábigo lenguaje, extraña nota.

Estaban á estas cosas añadidas,
Como blason de turcos verdadero,
Unas lunas mediantes y crecidas,
Y la carta que enseña al marinero,
Con letras que decian, construidas:
«Yo solo soy señor del mundo entero.»
Tal era de los scitas la arrogancia,
Y tal de sus victorias la jactancia.

A la rëal turquesca acompañaba
Número de bajeles infinito;
Partan-Bajá una escuadra acaudillaba,
En las guerras de Hungría turco invito;
Celebi el tesorero cerca estaba,
Raro en entendimiento y exquisito;
Amad-Agá por órden le seguia,
Gobernador de Trípol de Suria.

Asis lo es de Galipoli, y se atreve
En voz soberbia á pregonar diciendo:
«A mi derecho brazo se le debe
De don Juan la cabeza que pretendo;
Hamet-bey de fanal sus velas mueve,
Caracosa tambien le va siguiendo;
Cambey, hijo del fuerte Barbarroja,
Vencer piensa con estos sin congoja.

Malamur, en el mar diestro soldado,
Gobernador del griego Metelino;
Suleman, por su fama aventajado,
Guider, que en Xio es capitan contino;
Probisaga y Damuz el renegado,
Reul y Tamumbeyo el bisantino;
Carabive y los hijos del primero
Bajá, con Masyamet, ayo severo.

Largo seria si de gentes tantas
Refiriese los nombres numerosos,
No menos que contar todas las plantas
De los bosques filípicos sombrosos,
O las estrellas que con luces santas
A media noche dan rayos fogosos,
O las ondas que el bravo mar de España
Levanta cuando está en su furia y saña.

No están mas enjambradas ni mas llenas,
En el fértil abril de año abundoso,
Las dulces y frutíferas colmenas,
Labrándose el licor almo y precioso,
Que las pujantes velas agarenas
Pobladas del ejército copioso,
De bastimentos, armas municiones,
Y de otras necesarias provisiones.

Bombas de fuego, máquinas terribles
De alquitran, que en el agua mas se enciende;
Astas y flechas, llenas de empecibles
Yerbas, cuyo veneno presto ofende;
Arcabuces, mosquetes insufribles,
Cañones, de quien nada se defiende;
Y mucha confianza en la batalla,
Que es la mayor ventaja que se halla.

---

* En la edicion de Toledo, de 1585, falta esta octava.

CANTO XXIII.

Estando las armadas para embestir, hace cada general razonamiento á su gente. Comiénzase la memorable y espantosa batalla. Mueren don Bernardino de Cárdenas, Barbarigo y el conde de Briático, y suceden otros casos dignos de admiracion, durando neutral el fin de la victoria.

¿Quién me dará la voz alta y facunda
Y el término eficaz que se requiere
Para cantar la guerra furibunda
Cuyo conflicto ya los aires hiere?
Aquella vena Homérica bien funda
De Frigia el fin, y su poder que muere;
Maron con gracia idónea y exquisita
Sigue sus pasos, y su estilo imita.

Estacio pinta á Tébas asolada,
Y otros autores otras cosas tales,
Y algunos, con industria celebrada,
Otros sucesos bélicos navales;
Mas en diversidad tan variada
Pudo el ser los sugetos casi iguales
Ofrecelle camino proprio y cierto
Para imitarse en frásis y concierto.

Yo, que sujeto nuevo y peregrino,
Con menos suficiencia que osadía,
Escribir en mis versos determino,
¿Cómo podré llegar donde debria?
¿A qué poeta griego ni latino
Con apta imitacion seguir podria,
Si cada cual en arte me precede,
Y el sujeto que trato al suyo ecede?

Porque en la edad pasada no hay noticia
De guerra ni conflicto semejante,
Ni el ejercicio de naval milicia
Pudo jamás estar tan adelante;
Ni el temple, que el acero beneficia
Hasta dalle fineza de diamante,
Forjado habian diestros oficiales,
Ni pólvora las furias infernales.

¡Oh caso memorable y espantoso,
Que con aquellas armas insufribles,
A cuyo efecto bravo y poderoso
Se prostran las murallas mas terribles,
Y el mas fuerte castillo, á que el peñoso
Asiento daba fuerzas invencibles,
Se venga á combatir en esta era
Sobre frágiles casas de madera!

Alí-Bajá la vista deseosa
Fijó en las velas del cristiano atenta,
Y dijo: «Pocas son; mas Caracosa
Menor hizo la suma desta cuenta.
Ea pues, gente mia valerosa,
Tomad larga venganza desta afrenta,
Que en nuestra casa están los temerarios;
Mirad si quieren sernos tributarios.

»Del Gran Señor las fuerzas despreciando,
Temidas con razon eternamente,
La violencia dura contrastando
Del reino instable y húmido tridente,
Están nuestros umbrales infamando
Con osado rancor y altiva frente,
Como si ya las huestes otomanas
Se hubiesen convertido en sombras vanas.

»A tiempo somos pues acometidos,
En que no quedarémos agraviados;
La causa nos admite preferidos,
Y el efeto nos llama mejorados;
Sean hoy para siempre destruidos
Estos cristianos mal aconsejados,
Y pregone su mísero suceso
La grave culpa de tan vano ceso.

»Temerán sin remedio lo que osaron
Cuando oprimidos por nosotros sean,
Aborreciendo cuanto desearon,
Y lo que sus bravezas acarrean;
Conocerán el precio á que compraron
El breve confiar de que se arrean;
Darles ha la experiencia de su daño
El último castigo y desengaño.

»No se requiere fuerza de razones
Para probar verdad tan eminente,
Sobran las oratorias persuasiones
Para animaros, turcos, brava gente;
Pierde ocasion quien ama dilaciones,
Que solo trae cabellos en la frente,
Y si una vez mostró la calva esquiva,
Es sorda, desdeñosa y fugitiva.

»La que habeis deseado está delante,
Poniéndoos en las manos la victoria;
Haced cómo la fama siempre cante
De nuestras alabanzas la memoria;
Y pues venir osaron á levante
Aquestos que codician nombre y gloria,
Tambien se les conceda de atrevidos,
Si á precio della osaren ser vencidos.

»Moved pues esos brazos esforzados,
Y tomad posesion de aquella armada,
Que aun no tiene don Juan tantos soldados
Que ensangrentar podais todos la espada;
Partán y Luchali tiendan sus lados,
Y cierren á cristianos la tornada;
Que yo no temo en esta arremetida
Otro daño mayor que su huida.»

En esto la batalla presentada
Fué de un tronante tiro, y al momento
Del católico bando confirmada,
Respondiendo con dos al mismo intento.
La gran virtud de Cárlos celebrada,
Y el mas que humano término y talento
Que mostró la experiencia en tiempos tales,
Hoy muestran en su hijo las señales.

Salta en un barco con alegre cara,
Con ademan heróico y generoso,
Como si por Madrid gallardo entrara,
Ya del fiero enemigo victorioso,
Por la armada discurre, y en voz clara
Les habla, y en estilo tan sabroso,
Que nunca Marco Tulio defendiendo,
Tuvo tal eficacia persuadiendo.

«Si nuestra buena suerte conocemos,
Caros amigos mios, les decia,
La justísima causa que tenemos
De cualquiera peligro nos desvia;
Si ventura y descanso pretendemos,
Si honra con provecho, hoy es el dia
En que Dios con nosotros lo reparte;
Hagamos lo que toca á nuestra parte.

»Hoy de los altos cielos la influencia
Se muestra con aspecto á nos propicio;
Hoy la divina, eterna Providencia
Nos concede un inmenso beneficio;
Suyo es el caso, suya es la pendencia;
No es humana pasion ni otro artificio;
La Iglesia santa en fe representamos,
Y por Dios uno y trino peleamos.

»Y aunque este mar sagrado en lo profundo
Depósito nos fuese y sepultura,
Seria nuestra muerte invidia al mundo,
Y vida á nuestras almas mas segura;
Muestre pues cada cual pecho jocundo,
Y sepa aprovechar la coyuntura,
Que yo espero vencer, y no me obligo
A mucho, pues tal gente está conmigo.»

Esta amonestacion, estas razones
Hicieron tal efecto en los soldados,
Que no les caben ya los corazones
En los feroces pechos encerrados;
Huye el recelo y vuélvense leones,
De amor, fe y esperanza asegurados;
Mas ¿quién al General entonces viera,
Que ya por vencedor no se tuviera?

Que Pompeyo, presago de sus males,
Causa fué en la farsálica caida
Dando de sí tristísimas señales,
Para quedar su gente destruida;
Así que, deste ejemplo y otros tales
Nos queda por verdad clara y sabida
Que recambia el valor de solo uno
Sobre el ánimo y ser de cada uno.

Estando las armadas ya vecinas,
A un esclavo cristiano Alí pregunta:
«¿Qué número de velas determinas
Con insignia española en esta junta? —
Noventa, dijo, cuento ponentinas.»
Y el Bajá comenzó á perder la punta;
La disimulacion perdió la rienda,
Aunque le cumple que esto no se entienda.

Dijo: «Si es vuestro dia, y Dios lo quiere,
El os le dé, captivos; mas yo os juro,
Si fortuna el vencer me concediere,
Que no os dará mas pena el remo duro,
Ni el cómitre cruel que agora os hiere,
Ni de Constantinopla el fuerte muro;
Iros heis por albricias señaladas,
Libres á vuestras casas deseadas.»

Así hablaba el General severo,
Aunque en el rostro pena descubria,
Que, despojado del color primero,
Mortal amarillez en sí tenia.
«Mahoma, agora, dice, es cuando quiero
Que mires por tu honra y por la mia.
¡Arma, soldados, arma; y vos, canalla,
Arranca, boga, apriesa á la batalla!»

La fiera tempestad y el son horrendo
De las espesas balas y cañones
Comienzan á tronar, y van creciendo
Apriesa los nocivos turbiones;
A todos ensordece un bravo estruendo;
Los hechos valen ya, no las razones;
El hondo mar, gimiendo, se estremece,
El aire se condensa y escurece.

No hay cosa en tal aprieto que no espante,
Todo amenaza inevitable muerte;
Que en una competencia tan pujante
No puede haber lugar ni escudo fuerte;
Solo el valor allí se ve constante
De la virtud, que no se rinde á suerte,
Y sabe despreciar, firme y segura,
Los mudables efectos de ventura.

Cual Austro y Bóreas vienen á encontrarse
En medio del invierno embravecido,
Y trabajando, luchan por mezclarse,
Ensordeciendo el mundo con rüido,
Vinieron las armadas á trabarse,
Y al pavoroso estruendo y alarido
Estremecióse el centro y el altura,
Y otro segundo caos temió natura.

Porque los poderosos elementos,
Bramando, pareció que se ofendieron,
Y fuera de sus límites y asientos
En nueva confusion se revolvieron.
¿Quién explicar podria los sangrientos
Y espantosos estragos que se hicieron
En poco mas espacio de un instante,
Especial en la armada de levante?

Vengan aquí las guerras fabulosas,
Trabadas entre dioses y gigantes,
Las encantadas lanzas espantosas,
A fuerza natural sobrepujantes,
Y salgan las corazas escamosas
Con los petos y escudos de diamantes,
Y aquellas mismas armas que al Troyano
Forjó la ardiente fragua de Vulcano.

Que otra batalla cierta aquí darémos
Entre hombres, y con armas sin encanto,
En la cual se verán cien mil extremos
Que al mundo dejarán eterno espanto;
Nueva gloria en vencer celebrarémos,
Si en verso ó prosa puede caber tanto,
Una verdad purísima y sencilla,
Que á ser ficcion, aun fuera maravilla.

Del juego de la brava artillería
A los turcos la pérdida tocaba,
Porque en las galeazas tanta habia,
Que bien claro su efecto se mostraba,
Y porque á nuestra armada en este dia
El ser bajas las proas le importaba,
Y tambien porque quiso el otomano
Ganarnos, como dicen, por la mano.

Y así, volaron por el aire abierto
Algunos de sus tiros vanamente,
Y otros, ejecutando el golpe incierto,
Fueron de muy pequeño inconveniente;
Mas, como del moral el fruto es cierto
Todos los años infaliblemente,
Porque mete sus flores y verdura
Cuando el verano entrado le asegura;

Así de nuestro bando la prudencia
Habia en sus consejos prevenido
Que, tardando en tirar con advertencia,
No hubiese tiro vano ni perdido;
Correspondió al intento la experiencia,
Mas el turco soberbio y ofendido,
De poderse vengar no desconfia,
A las manos llegando en la porfía.

Después que de la pólvora humosa
La niebla se ausentó y quedó esparcida,
Luego la seña ronca desdeñosa
Divulgó la sangrienta arremetida;
La multitud de bárbaros odiosa
Grita con algazara desmedida;
«Santiago» decian los cristianos,
Y volando se llegan á las manos.

El general de España, deseando
Tentar la mas difícil aventura,
A la real turquesca iba buscando,
La cual esto pretende, esto procura;
Y no podrá faltalles cómo y cuándo
Les dé el tiempo sazon y coyuntura;
Que no hay mas fácil cosa que hallarse
Dos que de veras tratan de buscarse.

Como tal vez caballos animosos
Con las herradas uñas van midiendo
Velozmente los sitios polvorosos,
Sus dueños el peligro no sabiendo,
Y al encuentro recíproco furiosos
Llegan, los fuertes pechos deshaciendo;
Así las dos galeras poderosas
Terribles se embistieron y espantosas.

Al son de los clarines y trompetas
Se embisten las demás embravecidas,
Con la furia que suelen ir cometas,
Dejando tras sí rayas encendidas;
No pasan por el aire las saetas
En curso mas veloz, siendo impelidas,
Que cierran las armadas, de quien pende
El bien y mal del hecho que se emprende.

Tal quiebra al embestir la palamenta,
Y tal de las del turco, mal su grado,
Siente en las obras vivas la violenta
Furia del plomo y hierro salitrado,
Y hace, cia, escurre, inquiere y tienta
Remedios en su daño confirmado,
Hasta que ya del mar deja vencerse,
Y en breve espacio acaba de perderse.

Como toros valientes madrigados,
Heridos de aquel mal que llaman celo,
Suelen bramar por selvas y collados,
Con las uñas rayendo el duro suelo;
Y de su misma seña convocados,
Vienen á la contienda sin recelo,
Donde queda por guerra establecido
Cuál será vencedor y cuál vencido;

Tal fué el reñido encuentro y fuerte saña
Con que las dos reales se encontraron;
Balas y flechas, golpes, fuerza y maña,
Heridas, muertes y dolor causaron;
Ciega y dudosa anduvo la maraña,
En cada parte dieron y tomaron,
Porque si treinta turcos perecian,
Sesenta en su lugar sobrevenian.

Que estaban por la popa tres bajeles
De ñudosas escalas prevenidos,
Sostituyendo escuadras infieles
En lugar de los muertos y heridos;
Y así, fueron los ínclitos fieles
Por una larga pieza resistidos,
Entre suertes de guerra desiguales,
Y el bravo resonar de los metales.

De fanal otros cuatro á los dos lados
La turquesca rëal tambien tenia,
Con la mayor braveza de soldados
De todos los confines de Turquía;
La de España tenia á los costados
Del Papa y de la libre Señoria
Las capitanas dos, donde el Venero
Venia y el romano caballero.

Por popa estar se ven la capitana
Del grave Requesenes, sabio y fuerte,
Y la patrona, que de cortesana
Gente poblada viene á probar suerte;
La lid se aprieta aquí fiera, inhumana,
El mar en roja sangre se convierte,
Cual suele el Bétis con las grandes pluvias
Enturbiar su cristal entre aguas lluvias.

De Cárdenas el buen don Bernardino,
Ejemplo singular de caballeros,
Andaba con esfuerzo peregrino,
Queriendo en proa ser de los primeros,
Cuando una bala por el aire vino
A dalle los honores postrimeros;
Tocóle en la rodela, y aunque fuerte,
No pudo serlo allí contra la muerte.

Mas no podrá su fuerza despojarte
¡Oh perfecto español! de aquella vida
Que debe el mundo para siempre darte,
Digna de tu virtud esclarecida;
La fama querrá obsequias celebrarte
Por la deuda que tiene conocida
A tí, que en su difícil aposento
Compraste con tus obras alto asiento.

A tí, que, siendo rico y generoso,
Y que de tu intencion por muchas vias
Diste con larga prueba el valeroso
Remate que á tu ser y á tí debias,
Y ya en madura edad, cuando en reposo
Lícita y justamente estar podias,
Fuiste á bordar con sangre generosa
La prosapia de Cárdenas famosa.

¡Oh invencible valor! Oh pecho fuerte!
Espejo de verdad y de fineza,
¡Cuánto pierde Castilla hoy en perderte!
Cuánto pierde en perderte la nobleza!
Mas pues muriendo triunfas de la muerte,
Nadie debe por tí mostrar tristeza,
Sino es tu mujer cara y hijas bellas,
Por la gran falta que harás entre ellas.

Reposa en paz, trasunto peregrino,
Que, pues de tí escribiendo se enoblece
Mi estilo humilde, igualará al mas dino
Que á par del tiempo dura y permanece;
Tu nombre resonar se oirá contino
En cuanto el sol hermoso se parece,
Y tendrá eternamente tu memoria
Mil siglos invidiosos de tu gloria.

Ya todas las galeras abordadas
Aquel naval conflicto acrecentaban,
Y las feroces armas, intricadas
En sangre, de ambas partes se bañaban;
Sonaba el golpear de las espadas,
Los tiros espantosos no cesaban,
Avívase el furor, la saña crece,
Y Marte sin piedad se ensoberbece.

¿Quién al templado son de blanda lira,
Puesto que fuese la del tracio Orfeo,
Podrá á un tiempo cantar enojos, ira,
Rabia, dolor, pesar, muerte y deseo,
La maña, fuerza y lo demás que admira,
Sobre el cerúleo reino de Nereo,
Donde llenas de tales acidentes
Se estaban oprimiendo tantas gentes?

Escudos, yelmos, astas va volcando
El turbio lago en raudos remolinos;
Quiébranse remos de uno y otro bando,
De gruesas hayas y teosos pinos;
El aire suena, en torno rebramando,
Herido de fogosos torbellinos,
Hierven las olas, cruje la madera,
Y el horrible combate persevera.

Trabada estaba la cruel porfía,
Y el discorde furor tan en su punto,
Que andar sobre las aguas parecia
En fiera lucha todo el mundo junto;
El confuso rüido y vocería
Se puede averiguar, que era un trasunto
Del espantoso reino inexorable,
Donde vive la muerte perdurable.

Con sus escuadras fuertes las rëales
Lo último hacian de potencia
Por la victoria; pero están neutrales
Los arduos fines, y ella en contingencia;
Mas el de Santa-Cruz, viendo señales
De estar en su vigor la turbulencia,
Con el socorro acude y corre apriesa
Donde mayor peligro se atraviesa.

Y así, al tiempo llegó que, rodeada
La rëal de enemigos, sostenia
Contienda desigual y porfiada,
Sin un bajel que entonces la embestia,
Al cual por el través la Loba osada,
Galera insigne en que el Marqués venia,
La asalta poderosa, y de su intento
La defraudó con pena y escarmiento.

Apriétase de nuevo aquel conflito;
El mar brama, revuelto y conmovido,
De balas vuela un número infinito,
Y de flechas eceso nunca oido;
La bárbara nacion, segun su rito,
Levanta al cielo el pérfido alarido
Que al enemigo flaco es espantoso
En el marcial oficio sanguinoso.

Estando así la lid fiera, inhumana,
Por el fogon á la rëal embiste
Una galera turca capitana,
Do la flor de genízaros asiste;
Mas don Pedro Zapata tanto afana
En remediar allí, y tanto resiste,
Que, como capitan diestro y valiente,
Aseguró el peligro y acidente.

Tenia este lugar á su defensa
Don Pedro en aquel trance cometido,
Cuyo valor, cuya bondad dispensa
El dalle el punto aquí que le es debido;
Sucédele al revés de lo que piensa
Al orgulloso turco y atrevido,
Porque surtiendo en tanta fortaleza,
Forzoso es que se rompa su braveza.

Algunos, por entrar apriesa, dieron
En el undoso mar burlado salto,
Heridos de tal suerte, que tuvieron
A un tiempo fin sus vidas y el asalto;
Muchos casos de fama sucedieron
En medio de aquel recio sobresalto,
Y el capitan Domingo, en tal estrago
Fué mártes para turcos acïago;

Porque hizo soltar la artillería,
Que á cargo suyo en la rëal estaba,
Cinco veces en la áspera porfía,
Facion que á nuestras cosas importaba;
Mas tanta multitud sobrevenia,
Que nuevo sucesor jamás faltaba
En los muchos lugares que soldados
Dejaban con morir desamparados.

Los arroyos de sangre que corrian
Las aguas en color diferenciaban,
Donde los cuerpos míseros bebian
La que por muchas partes derramaban;
Armas defienden, armas ofendian,
Y tan confusamente se mezclaban,
Que algunos vivos se juzgaban muertos,
Y otros muriendo estaban dello inciertos.

Tal del furioso tiro reservado
Vió sus colaterales piezas hechos,
Sangriento su vestido, y rucïado
Con sesos de los otros ya deshechos;
Y tal de sutil bala traspasado
Por mitad del costado ó de los pechos,
Aquel sano, por muerto se juzgaba,
Y este muriendo, nunca lo pensaba.

Los unos por matar mueren contentos,
Los otros por vencer darán la vida;
Las ya cansadas fuerzas sin alientos
Vuelve á corroborar ira encendida;
Ansias, fatigas, penas ni tormentos,
Calor, sed ni otra plaga allí es sentida:
Tanto promete el fin de la victoria,
Tanto puede el amor de fama y gloria.

¡Oh inmenso Dios, que cielo y tierra miras,
Y todo está presente á tu presencia,
Tus secretos escondes y retiras
En tu divino ser y providencia!
¿Cómo se aplacarán tamañas iras?
¿Qué fin ha de tener tan gran pendencia,
Pues parece que pende desta guerra
El general dominio de la tierra?

¿Por ventura, Señor, querrás que sea
Tu pueblo castigado y perseguido?
¿Habrás por bien que el mal profeta vea
El suyo en nuestra sangre ennoblecido?
¿Permitirás que el bárbaro posea
Los reinos que ha usurpado y adquirido,
Y su poder ensanche y monarquía
Con el principio alegre deste dia?

La gloria de Israel fué destruida,
Y el mísero Saul, rey desdichado,
De sí mismo verdugo y homicida,
En Gelboe acabó desesperado;
Los filisteos, gente descreida,
Le dieron tan mal fin por el pecado
Que hizo en dar la vida al grueso rey,
Contra los estatutos de tu ley.

Porque Eli, sacerdote, era vicioso
En no dar á sus hijos documento,
Le ganó su enemigo victorioso
El arca del divino testamento;
Pues dime, Padre eterno piadoso,
¿Ha de venir á tierra el fundamento
De la Iglesia, que tanto ya quisiste,
Y con tu mismo Hijo enriqueciste?

No lo consientas, Dios y Señor mio,
Por la tu diestra mano poderosa,
Pues tu lugarteniente, Quinto Pio,
Con fe viva te sirve y religiosa;
Mira del rey cristiano el albedrío
Dedicado por tí en cualquiera cosa
Al culto de tu ley y tu servicio;
No olvides su devoto sacrificio.

David pudo, de tí favorecido,
Tal gracia merecer por ser constante,
Que salió vencedor esclarecido
De la proterva vida del gigante;
Y lo que una gran hueste habia temido
Emprendió solo y acabó triunfante,
Con cinco piedras de que se previno,
Invocando á tí, que eres uno y trino.

David es tu don Juan, y sus pisadas
Sigue por ensalzar tu nombre santo;
Selim, con manos impias y malvadas,
Es gigante que al mundo pone espanto;
Tres piedras son tres fuerzas colegadas;
Dales tal preminencia y poder tanto,
Que se extirpe y confunda desde luego
El pérfido Alcoran del bando ciego.

Tal era pues la máquina importuna
Con que la gran contienda se extendia,
Que poder escapar persona alguna
Aun el mas animoso no creia;
El vario disponer de la fortuna
Airado contra todos se ofrecia,
De hierro, bronce, fuego y muerte armado,
Y de espantosas ondas rodeado.

No pasaré callando, ¡oh Barbarigo!
El ardid poderoso que tuviste
Contra Siroco el bravo, tu enemigo,
Con quien cerca de tierra competiste;
La vida le costó lidiar contigo,
Con grande estrago que en su gente hiciste;
Y tu escuadron, valiente en la porfia,
Mostró bien que tu brazo le regia.

El hijo de Oria, que en naval gobierno
Es igual al mayor de todo el mundo,
Habia extendido hácia el mar su cuerno
Con discurso sagaz, alto y profundo;
Porque el virey de Argel, furia de infierno,
Que en maña no pensó tener segundo,
Habia á posta el suyo prolongado
Para embestir con él por el costado.

Mas no mucho después, arremetiendo
El Calabrés por medio del vacío
Que el de Oria dejó, su cuerno abriendo,
Pensó de paso ejecutar su brio;
El Ginovés, con priesa revolviendo,
Cierra con el turquesco poderío,
Cumpliendo aquel proverbio, que ordinario,
De cosario, decir suele, á cosario.

Era la hora que el mejor planeta
Estaba en la mitad de su camino,
Cuando entre las reales mas se aprieta
Trabada lucha con furor sanguino;
Los que profesan la burlada seta
Y los que á Dios adoran uno y trino,
Nunca el odio mortal y diferencia
Mostraron con tan áspera pendencia.

Arrimado al católico estandarte
En la alta popa el buen don Juan estaba,
Igual en todo al poderoso Marte,
Como su clara sangre le obligaba,
No cercado de muro ó baluarte,
De hondo foso ó espaciosa cava,
Antes sujeto al peligroso hado
Del mas sin nombre y mísero soldado.

Pero su corazon, de esfuerzo lleno,
Desprecia el riesgo extraño y aventura,
Y en su rostro se ve un cielo sereno,
Que la victoria á todos asegura;
Alí-Bajá tambien, de miedo ajeno,
A su legislador promete y jura
Edificar un templo y relicario
Si le deja triunfar de su adversario.

Este fué el dia verdaderamente
Mas nuevo en todo á la memoria humana,
Y donde se entendió mas evidente
Del valor la ecelencia soberana;
Dame el licor de tu castalia fuente,
¡Oh gran Maestro de la ley cristiana!
Para que saque deste mar profundo
Los que hacer famosos debe el mundo.

¡Oh príncipe de Parma, cuán valiente
De tu gran corazon prueba hacias!
¡Cuán grave horror en la otomana gente
Con obras inmortales infundias!
Ninguno de los tuyos miedo siente;
Porque, visto el denuedo que tenias,
Lidiaban ya con firme presupuesto
De que el vencer estaba manifiesto.

¿Quién explicar podria del Urbino
El inclito valor y fortaleza
Con que mostraba al bando sarracino
De su familia antigua la nobleza?
Y tú, Agustin, ingenio peregrino,
Barbarigo, á quien dió naturaleza
Mas partes que estimar que vida larga,
Pues ya la Parca en tí el golpe descarga;

No sientes el morir que flecha odiosa
Te causa apriesa, ¡oh noble veneciano!
Conhortado de ver que la dudosa
Contienda va oprimiendo al otomano,
Y en especial después que victoriosa
Quedó la fuerza del poder cristiano,
A cuyo precio por muy bien perdidas
Afirmaste que dieras cien mil vidas.

Don Juan, preclaro nombre de Cardona,
Que con su capitana el cuerpo cierra
De la batalla, donde no perdona
Al pasar Luchalí, diestro en la guerra,
Señaló heróicamente su persona
Herido y maltratado, y aun desterra
De sí cualquiera beneficio y cura
Mientras está el vencer en aventura.

Si por industria y raro ardid no fuera,
Segun fué con ventaja contrastado,
Sin duda su bajel ya se rindiera
A la furia cruel del renegado;
Mas, como combatia mas afuera
De Alemania el Bailío, despechado
De no tener lugar en aquel dia
Cerca de la rëal, como queria;

(Bien como, no pudiendo ser primero
Toledo, que con Búrgos pleito tiene,
Por no serle segundo ni tercero,
En Cortes desviársele conviene,
Y juzga menor daño el ser postrero,
Con que su pretension viva mantiene,
Desta manera el ínclito Bailío
A tal sazon estaba en tal desvío.)

Fué el maltés estandarte conocido
Del bravo y famosísimo cosario;
Y así, fué de una escuadra acometido
De seis galeras, desigual contrario;
El bajel se defiende esclarecido,
Con esfuerzo y valor extraordinario,
Hallándose desotros rodeado,
Cual de lobos novillo desmandado.

Comienzan belicosos instrumentos
A combatillo, y son tantos y tales,
Que á un muro de fortísimos cimientos
Hicieran fácilmente dar señales;
Cañones lanzan rayos violentos,
Fuegos llueven encima artificiales,
Vuela sobre él espeso torbellino
De balas, que se impiden el camino.

Quien vió toro feroz solemne dia,
Cercado de canalla yerta y ruda,
Ser fatigado con tenaz porfía,
Con palos, cantos y con punta aguda;
Él, animoso y bravo, todavía
Por hierros se entra y por vengarse suda;
Así entienda que está la gente ilustre
Dando á su religion corona y lustre.

Pudo el valor allí hacer su prueba
Y sustentarse mucho en la defensa,
Haciendo clara muestra, al mundo nueva,
Y al bando descreido larga ofensa;
Mas, aunque la razon el caso aprueba,
Fortuna en tal milagro no dispensa,
Y la fe que á atrevidos tiene dada,
Con estos no la guarda, de espantada.

Aquí, de las heridas ecediendo
El número á la cuenta de sus años,
Estaba el de Briático, y moviendo
A compasion los pechos mas extraños.
¡Oh rigor de armas sin piedad, horrendo!
¡A qué se estienden tus enormes daños,
Pues al que amaban Júpiter y Apolo
Pudo privar de vida Marte solo!

Entran los ismaelitas la galera,
O por mejor decir, su sepultura;
Pues antes que del todo se rindiera
Padecieron docientos muerte dura;
Quien tantos enemigos dentro viera,
Rendida el alma á la region escura,
Llamara esta galera, aunque perdida,
Dichosa vencedora, y no vencida.

Rota al fin de la fiera muchedumbre,
Fuera de tres, no se escapó cristiano,
Y aquel que de virtud tiene la cumbre,
Cuyo nombre es Jofré Justiniano;
El cual, viéndose puesto en servidumbre,
Comenzó á repartir con larga mano
Dinero entre los scitas, porque fuese
El precio de su vida el interese.

Y así, herido, preso y dadivoso,
Con maña, para ser siempre loada,
Sostuvo en aquel trance riguroso
La vida, que es de todos tan amada,
Hasta que con esfuerzo poderoso
Esta galera fué recuperada,
Y en un punto los turcos afligidos
Se vieron vencedores y vencidos.

Fué caso nunca visto eternamente,
Ver que sobre el ganarse una galera
Muriese tanto número de gente,
Y entre ellos tantos hombres de manera;
Corre al sagrado mar roja corriente
De sangre, que mezcló la guerra fiera,
Sin que de division diese señales,
Como en Tébas las llamas fraternales.

Por notoria verdad se entiende y sabe
Que obró con su persona y compañía
Esta restauracion Márcos de Isabe,
Capitan de discurso y valentía;
Navarra dél se precie y dél se alabe,
Pues, cuando no ganara en este dia
Tanta reputacion, tal siempre ha sido,
Que debe ser honrado y preferido.

Mas, por presto que fué de nuestra parte
El religioso leño restaurado,
Habia el calabrés ya el estandarte
De Malta al suyo con ardid pasado;
Y porque, si contrario fuese Marte,
Poder al retirarse ir disculpado,
Reservó por testigos aquel dia
Dos cruces, en que el perro no creía.

Don Diego de Mendoza, puesto que era
De aquella religion, no se hallaba
A tal sazon presente en la galera
Que ilustre monumento se mostraba;
Porque iba en otra reforzada, que era
De cuatro que regia y gobernaba,
Haciéndose uno de los personajes
Que en la sala están hoy de los linajes.

Con las obras, en fin, correspondiendo
A la grandeza y ser de sus mayores,
Que, del grave Infantazgo duques siendo,
Han sido en la virtud emperadores,
Y vengando el ultraje bravo, horrendo,
Que vía en los demás comendadores,
Hacia en los contrarios tal estrago,
Que dellos baja al mar sangriento lago.

Marco Antonio Colona, acompañado
De coloneses, ínclitos romanos,
Y fuertes caballeros, bando osado,
Que militaban con napolitanos,
Sostenia un combate porfiado
De dos galeras grandes de otomanos,
Haciendo al mundo ver por experiencia
Del latino valor la alta ecelencia.

Lo cual ni mas ni menos confirmaba
Paulo Jordan, leon del nombre Ursino,
Tanto, que al parecer, se renovaba
La lid de sus mayores y el destino;
Junto al gran Paulo, que herido estaba
De un balazo, cayó Julio Naldino,
El caballero Arige y el Espina,
Y el noble Horacio, de la casa Ursina.

Aqueste muerto, aquellos mal heridos,
Y Virgilio tambien del mismo nombre,
A la inmortalidad dejó ofrecidos
Los despojos que á muerte debe el hombre;
En medio destos ímpetus crecidos
El Marqués, digno de especial renombre,
Digo el de Santa-Cruz, hace por ella
Que los contrarios tiemblen dél y della.

Don Agustin Mejía, que en belleza
De talle, rostro, garbo y compostura
Era el extremo, junto al de nobleza,
De trato y condicion sincera y pura,
Mostró del bravo Marte la fiereza,
Señalando en aquella coyuntura
Su persona, que, en todo señalada,
Es para ser temida y estimada.

Moría de los turcos entre tanto
Gran número sin nombre conocido,
En medio de aquel bélico quebranto
Que fué de los del mundo el mas reñido;
Cuando entre los genízaros un llanto
Se oyó, y la causa dél fué haber perdido
A Genizar-Agá, caudillo bravo:
Dícese que le dió muerte un esclavo.

Dolió el trágico fin de aquel guerrero,
Así porque era amado grandemente,
Como porque se tuvo por agüero:
Vicio comun entre agarena gente.
Dicen que allá en Bizancio un agorero
Habia afirmado resolutamente
Que en este personaje consistia
El bueno ó mal suceso de aquel dia.

Mas ¡oh vana ambicion, falible ciencia,
Que las mas veces á hablar se atreve,
Llena de ambigüedad y de aparencia,
Porque cualquiera fin el vulgo apruebe!
Si el viento, sin divina providencia,
Del árbol una hoja nunca mueve,
¿Por qué presume el hombre, vil gusano,
De afirmar lo que está en divina mano?

Ibase dilatando aquel conflito
Con sangre de ambas partes derramada,
Cuando con valor raro y exquisito
Se mostraba el valiente Gil de Andrada;
De tres galeras del poder maldito
Su capitana estaba rodeada,
Que, no solo se ocupa en su defensa,
Mas hace en el contrario grande ofensa.

Vióse un ejemplo heróico y memorable
En don Juan Ponce de Leon el fuerte,
Y digno de que Córdoba dél hable,
Solenizando el hijo de alta suerte;
Y fué que, habiendo con vigor notable
Rendido muchos turcos á la muerte,
De tres heridas bravas y mortales
Estaba ya en los términos finales,

Haciendo de su esfuerzo todavía
Prueba á costa y pesar de su enemigo,
Y á toda la galera en que venia
De su animoso pecho un buen testigo;
Mas, visto que tal vida se perdia,
Retiralle á curar quiso un amigo;
Él dijo: «El alma Dios lleve á su gloria,
Que yo me sacrifico á la victoria».

Y prosiguió: «No es tiempo que heridas
Duelan, sino el comun riesgo y su daño;
Pues no vencer, quedando con las vidas,
Seria mayor muerte y mas engaño;
De peces quiero yo que sean lamidas
Cuando este cuerpo esté del alma extraño,
Antes que, estando vivo, buscar cura,
Perdiendo tiempo en esta coyuntura».

Tales palabras dice, y juntamente
Hace el deber triunfando contra el hado,
Hasta que de una bala el pecho ardiente
Por junto al corazon fué traspasado;
Y así partió el espíritu ecelente
A buscar su lugar, por fe guiado:
La invidia y compasion en esta muerte
Litigan sin haber quién las concierte.

Mas la soberbia y arrogancia fiera
De los turcos, en número pujantes,
En su primero orgullo persevera,
Aunque faltaban ya muchos turbantes;
La autoridad católica y severa
Hizo pruebas allí tan importantes
Contra los obstinados mahometos,
Como se entenderá por los efetos.

Como en las selvas suele el primer frio
Del invierno abatir hojas á tierra,
Cuando el tiempo contrario al seco estío
Deslustra los matices de la sierra;
Pudo de don Juan de Austria, señor mio,
El bajel á los turcos hacer guerra;
Y así, daban al mar los cuerpos muertos
Y al infernal Pluton tributos ciertos.

Averiguada cosa es y sabida
Que en tantos ministerios diferentes
Como en los que consiste nuestra vida,
Preside el corazon, y de sus fuentes
Procede la virtud esclarecida
Que hace osados brazos y valientes,
Y que sin él, la fuerza y la destreza
No merece llamarse fortaleza.

Así de aquel mancebo generoso,
Ardiente corazon de aquella liga,
Un vigor redundaba poderoso,
Que se extendia por la gente amiga;
Al esquife el de Pliego valeroso
Asiste, destrozando la enemiga,
Zapata en el fogon, y por la proa
Don Lope se ve estar de Figueroa;

A cuyos piés de bala traspasado,
Cayó un soldado, en Málaga nacido,
Que por su nombre Ortiz era llamado,
Y por su esfuerzo para allí escogido;
Don Lope mandó fuese retirado;
Mas él, con ruego dijo encarecido:
«Por Dios, valiente y sabio caballero,
No me seais en esto tan severo.

»Antes mandad que yo arrojado sea
Dentro de ese bajel fiero turquesco,
Y que por sepultura le posea,
Ya que entrar en él vivo no merezco;
Yo moriré contento cuando vea
Que con el peso y golpe alguno empezco,
Ya que con estas manos lo prohibe
La muerte, que en las suyas me recibe.»

CANTO XXIV.

Cuéntanse muchos casos dignos de memoria, y el glorioso suceso en favor de los cristianos: muere Alí-Bajá y quedan sus hijos presos, sin infinito número de muertos y captivos. Y en efeto se concluye la mayor hazaña de mar que por escrito ni relacion se halla en la memoria de los hombres.

Llévame, presuroso pensamiento,
Sobre tus prestas alas levantado,
Por medio del diáfano elemento
A ver aquel conflicto porfiado;
Para que en cuanto abraza el firmamento
Suene por mí en estilo celebrado,
Que el tiempo no le gaste ni consuma,
Si tanto prometer puede una pluma.

Aunque el sujeto grande de que escribo,
Y el notable suceso de mi historia
De siglo en siglo fuera siempre vivo,
Sin que escriptos hicieran dél memoria,
En todas las edades muy al vivo
Resonaran los ecos de su gloria,
Sin que por él algun ingenio humano
En pluma ni pincel pusiera mano.

Y aquellos que después de nos nacieran,
En todo el ancho globo de la tierra
Como presente caso repitieran
La importante victoria desta guerra,
Y todos los afectos se movieran
Con el precio que en sí tiene y encierra:
Que este notable hecho sin segundo
Sembró de miedo y de esperanza el mundo.

Los turcos temblarán con el sonido
De nueva para ellos tan terrible,
Y el católico gremio engrandecido,
Estado esperará mas apacible;
Que tú, claro don Juan, ejemplo has sido,
Mostrándonos cómo eres invencible,
Del derecho que lleva en las porfías
Quien defiende la causa que seguias.

El bravo estruendo del horrendo Marte,
El mar, la tierra, el aire ensordecia;
Haciendo cada cual de esfuerzo y arte
Los mayores extremos que podia,
La victoria neutral á cada parte
Con dudosa esperanza sostenia;
Cuando el hijo de Cárlos eminente
Así hablaba á Dios omnipotente:

«Padre del cielo, que eres buen testigo
Del celo y prosupuesto de mi vida,
Si quisieres en mí hacer castigo,
Tu voluntad eterna sea cumplida;
Mas no dés el cuchillo á tu enemigo,
Que está en su obstinacion endurecida;
Toma de mí venganza por tu mano,
Sin hacer instrumento al otomano.

»Y si para el servicio y gloria tuya
Mi gente y yo permites que venzamos,
Ten por bien que esta guerra se concluya,
Pues eres la verdad que sustentamos,
Y no consientas que el pagano arguya
Contra la religion que profesamos,
Diciendo: «¿Dónde estaba el dios de aquellos,
Que no quiso venir á socorrellos?»

Esto dicho, con ánimo espolea
Los suyos al combate peligroso;
Enciéndese de nuevo la pelea,
Y crece el trato de armas poderoso;
¿Quién hay entre los hombres que posea
Ánimo tan feroz y escandaloso,
Que al son terrible de un corrusco trueno
Se halle de temor libre y ajeno,

Con ser verdad que el rayo acelerado,
Rompiendo por lo flaco de la nube,
Las mas veces por alto levantado
A buscar su elemento proprio sube;
Y si alguno á bajar precipitado
Hay que violentamente desennube,
No puede á todo el mundo hacer guerra,
Siendo tan ancho el globo de la tierra?

Pues ¿qué haria donde cada instante
Mil y mil rayos contra cada uno
Volaban con estruendo resonante
Sin podelles dejar reparo alguno?
Ya el sol se les quitaba de delante,
Ya arder se via el reino de Neptuno,
Y ya del ejercicio violento
Andaban todos casi sin aliento.

Cuando la flor de España, pregonando
A voces: «Santïago, fe y victoria!»
En la rëal turquesca entró mostrando
Aceros bravos, dignos de memoria;
Tres veces hasta el árbol caminando
Llegaron con virtud clara y notoria,
Haciendo á pura fuerza de los brazos
A muchos de los turcos mil pedazos.

Mas otras tantas veces les convino
Hácia proa volver, aunque esgrimiendo
Y á paso tardo, sin dejar contino
De estar matando aquí, y allí hiriendo;
Alí-Bajá, que ve su fin vecino,
Desde el estanterol sale corriendo,
Y valiéndose á veces de las manos,
Así dice á sus fuertes otomanos:

«¡Oh nacion valerosa y escogida,
Del Gran Señor escudos y vasallos!
No os turbe de estos hombres la atrevida
Furia, pues podeis della castigallos;
La ocasion de mas cerca ya os convida,
Y aun fuerza á duramente contrastallos,
Si vive entre vosotros todavía
Aquella gran virtud que antes solia.

»El remedio consiste en vuestras manos,
Y en el vil miedo todo el daño vuestro;
Acordáos cuántas veces los cristianos
Han sido opresos del linaje nuestro;
No hagas ¡oh Mahoma! que sean vanos
Mis justos ruegos, pues tu gente adiestro.»
Así el Bajá á los suyos animaba,
Y valerosamente peleaba;

Cuando cerca del árbol combatiendo
Los nuestros y los suyos duramente,
Sonaba de armas un confuso estruendo,
Son de trompetas y clamor de gente;
Ya de Cimosco el artificio horrendo
En esta parte usar no se consiente,
Y así, se ven hazañas extremadas
Que esculpen con sus filos las espadas.

Tal modo de lidiar no tiene duda
Sino que es el crisol de valentía;
Porque lo que pervierte, turba y muda
La atroz y detestable artillería,
No da lugar con su violencia cruda
A veces al esfuerzo y gallardía;
Ni debieran los hombres racionales
Con armas ofenderse tan bestiales.

¡Oh cruel y estupendo sacrificio,
Injuria grave de naturaleza,
Infame ardid del hombre, pues tu oficio
Se aventaja á los tigres en crueza!
Espantable y pestífero artificio,
Alferecía de la fortaleza,
Eres, pólvora, tú, mal de los males,
Hija de los abismos infernales.

Las flechas son tambien impropria cosa
Sino es para herir salvajes fieras;
La espada y lanza, en el que morir osa,
Son las armas mejores para veras:
Estas para ganar fama preciosa
Son del hombre las armas verdaderas,
Pues dan lugar á usar con mas certeza
El ánimo, la fuerza y la destreza.

Con lo cual compitiendo todo junto
La turquesca rëal, hecha estacada,
Era de folla un hórrido trasunto
Cuando con mas furor está mezclada;
No se pueden contar punto por punto
Las circunstancias desta lid trabada,
Ni aun los sucesos, trances ni fortunas;
Mas brevedad dispense para algunas.

Un soldado feroz, de nacion sardo,
El cuerpo atravesó de un turco fiero,
Con un arrojadizo y presto dardo,
Como á conejo suele el ballestero;
Mas el scita con ánimo gallardo
Sobre el asta restriba, y va ligero
A la venganza, y priva de la vida
Al soldado que dél era homicida.

Dícese deste mismo, ¡oh caso horrible!
Que ya cercano estando al trance fuerte,
Sobre un cristiano se arrojó terrible,
Que por muchas heridas sangre vierte;
Al cual con boca inmunda, aborrecible,
Los ojos sepultados ya en la muerte,
Las llagas muerde, y con la fria boca
Aquel cadáver mísero provoca.

En esto el secretario Juan de Soto
Cayó á los piés de su señor, de un tiro,
Tal que juzgar pudiera mas de un voto
Que habia dado el último suspiro,
Y aun el caudillo, como le es devoto,
Muestra el pesar que el memorable Ciro
Por Zopiro mostró cuando trocara
La victoria porque él no le faltara.

Mas, como el golpe fuese en la celada,
Que de una bien templada pasta era,
Presto se levantó, y con voz osada
Dijo: «A mas alto ser, ya muerto fuera.»
En esto nuestra gente señalada
Traia á mal andar la otra galera,
Y el claro nombre de victoria suena,
A pesar de la gente sarracena.

Alí-Bajá, que tal suceso mira,
Siente en el alma un áspero despecho,
Brama como leon, gime y suspira,
Animando su gente sin provecho;
Un rabioso dolor, ardiendo en ira,
Le rasga el corazon dentro del pecho;
Color de sangre le salió á los ojos,
Que testimonio fué de sus enojos.

Cualquiera de los males que sentia
Le pusiera en las manos de la muerte,
Si todos ellos juntos á porfía
No lucharan por ver cuál es mas fuerte;
Mas, de la gente brava que vencia
Alguna espada habrá que los concierte,
Y alabarase, al menos, deste aprieto,
De que el saberse cuál, será secreto.

Mueren junto al Bajá cada momento
Muchos de los del bando mas lucido,
Que dentro un largo número sin cuento
Por segura defensa habia escogido;
Caian sin cesar de ciento en ciento,
Y él mismo andaba ya muy mal herido,
Mordiéndose de rabia entrambos labios,
Y diciendo á Mahoma mil agravios.

Mas no se quiso dar hasta que el pecho,
Abierto de herida penetrante,
Mostró camino al alma, y con despecho
Bajó por los abismos adelante;
Dado remate á aqueste grande hecho,
Cantóse la victoria resonante,
Y abatido el rëal turco estandarte,
La cruz se enarboló en la misma parte.

El nieto de Filipe alaba el cielo
Por el notable y próspero suceso,
Aunque en el alma siente desconsuelo
De no haber al Bajá en su poder preso,
Para mostralle su piadoso celo,
Honrándole en extremo, pues en eso
Su condicion heróica no forzara;
Y su victoria ecelsa quilatara.

Fué tanto deste caso el sentimiento,
Que dijo: «No hay placer, al fin, cumplido,
Pues falta Alí-Bajá, porque mi intento
Usar mas bien no pueda del vencido.»
Responde el de Moncada: «¡Oh fundamento
De virtud generosa y bien cumplido!
Proseguid la vitoria, que yo creo
Habrá ocasion que os cumpla ese deseo.

»Dos hijos aquí están del otomano,
En quien podeis usar toda clemencia,
Y quien los hijos honra, es claro y llano
Que á los padres tambien honra en esencia.»
En tanto del rey nuestro el buen hermano
Busca con quién trabar nueva pendencia,
Dejando en el bajel ganado gente
Para él aseguralle suficiente.

Mas ya el vencer sin duda se endereza,
Y no son los contrarios los que suelen;
Que cuando al hombre duele la cabeza,
Todos los otros miembros tambien duelen.
Luchalí, que esperado habia una pieza,
Y ve que los sucesos le compelen
A no esperar el fin de la batalla,
Al fin se determina de dejalla.

Y hecho al mar, por entre el cuerno diestro
Y el cuerpo de batalla de su alteza
Quiere escapar la vida de maestro;
Mas no pudo con tanta ligereza,
Que el de Oria, muy mas que él valiente y diestro,
Usando de su antigua fortaleza,
No embistiese las mas de sus galeras,
Echando á fondo dos de las mas fieras.

Con las otras combate duramente,
Y así, en todas las partes del conflito
Se lidia con porfía vehemente
Y furor á los hombres inaudito;
La española rëal furiosamente
Tres galeras embiste del Egito,
Que, habiendo hecho resistencia alguna,
De Alí-Bajá imitaron la fortuna.

Mas no se alabará ninguna fusta
De que el de Austria con ella combatiese,
Si aferrada con otra en guerra justa,
De bueno á bueno su deber hiciese;
Antes rehusa, como cosa injusta,
Que de aquella galera se dijese
Haber con otra alguna competido
Con desigual ventaja ni partido.

Y así, el experto cómitre llevando
Orden expreso de buscar bajeles
Que con sobra estuviesen contrastando
Contra alguno por sí de los fieles,
Efetüaba el generoso bando,
Y los desordenados infieles
En breve espacio ser reconocian
Poderoso enemigo el que tenian.

Puesto que Luchalí apartado estaba,
Y con él de galeras buena suma,
Sin otra parte de quien ya triunfaba
La Liga santa con pujanza suma,
Era número tal el que quedaba,
Que será mucho cuando se resuma
A ser igual al nuestro, segun era
Mayor antes que al arma se viniera.

Y así, aunque declinaba á la caida,
No pudo de una vez tan grande armada
Quedar á una fortuna sometida
Ni del primer vigor desamparada;
Andando pues así la lid reñida,
Del fiero Caurali fué destrozada
La gran piamontesa de Saboya,
Como de griegos otro tiempo Troya.

Otras diez de Venecia padecieron
En aquella sazon ultraje horrible;
Mas, aunque las mas dellas estuvieron
Puestas del todo en el poder terrible,
Poco después recuperadas fueron
Con prueba de valor mas que invencible
De las de España, donde está sabido
Con mas fortuna haberse combatido.

En algunas de Italia estar se via
Un retrato del mundo abrevïado,
Donde el amargo llanto y alegría,
El morir, el nacer anda mezclado;
Si en el fogon victoria se decia,
Por el esquife turcos han saltado;
La esperanza á los unos alegraba,
A los otros la muerte amenazaba.

Los hijos del Bajá con su galera,
Movidos del dolor crüel, insano,
Hácia su padre vuelven la carrera,
Creyendo que aun estaba vivo y sano,
Mas, vista su desdicha verdadera,
En el dicho espectáculo inhumano
Comienzan á sentir tan gran mudanza,
Que á manos della muere su esperanza.

Conocen su rëal enajenada,
Y á nueva servidumbre conducida,
La saludable cruz enarbolada,
En lugar de su enseña conocida,
Su gente perecer desbaratada,
Sin órden, temerosa, destruida;
Ven el penoso y aciago dia
Que sus honras y vidas desafia.

Terrible fué el horror, grave la pena,
Mas no por eso el llanto los detiene;
Que mal puede plañir la muerte ajena
Quien ya la propria suya cerca tiene;
Y visto lo que el tiempo les ordena,
Dispónense á hacer lo que conviene,
Que es esperar, las armas en las manos,
La pujanza temida de cristianos.

La capitana fuerte y poderosa
De aquel gran Requesenes eminente
Los embistió, y trabóse una espantosa
Batalla, si jamás la vió el trídente;
Porque el Bajá, con mano curïosa,
Habia puesto allí la mejor gente,
La mas aventajada y escogida,
Y estotra era cortada á su medida.

Mas ¿qué punto de honor, qué valentía,
Qué esperanza ó refugio podrá tanto,
Que sostenga á los turcos, si á porfía
Aumenta los peligros el espanto?
Victoria entre cristianos se decia;
De turcos no se escucha sino llanto;
Aquellos de ganados se mejoran,
Estos de muy perdidos se empeoran.

Aunque á las veces suele en tal estado
Dar la desconfianza mas vigores,
Y vemos en un hombre, de apretado,
Nacer temeridades de temores;
Lo cual fué visto aquí y averiguado,
Pues andaban los ímpetus mayores
Cuanto menos derecho les quedaba
Y mas su triste fin se aceleraba.

Don Juan Mejía fué muy mal herido,
Sin otros muchos muertos que no cuento,
Y entró de los primeros atrevido;
Mas luego aseguró su atrevimiento
Don Fernando, mancebo esclarecido,
De Saavedras lustre y ornamento,
Y ese don Alejandro de Torrellas,
Cuyo renombre sube á las estrellas.

Rindiéronse y murieron peleando
Los turcos al temor y golpes fieros,
Las almas y la sangre vomitando
A vueltas de gemidos lastimeros;
Algunos con la muerte agonizando,
Y ya en los paroxismos postrimeros,
En el mar se lanzaban; ¡ved qué yerro!
Querer morir en agua, á fuego y hierro.

Los huérfanos mancebos, cuando vieron
Su muerte ó captiverio inevitable,
Debajo de cubierta se metieron,
Esperando la suerte miserable,
Hasta que al fin de todos se rindieron
Con muestra de altiveza tan notable,
Que nadie les oyó dar un suspiro
Ni á fortuna rectar del recio tiro.

Mas el de Santa-Cruz, que ya tenia
Un hermoso bajel supeditado,
Como el aguja al norte siempre guia,
O al punto cierto por donde es sacado,
Así tras la real lidiar se via,
De su virtud y esfuerzo acompañado,
Y así como de Irlanda el can de ayuda
Le da á su dueño en la contienda cruda.

Los de la Loba todos á una mano
Hicieron al contrario cruel guerra,
Movidos del ejemplo mas que humano
Del caudillo famoso en mar y tierra;
Y tú, valiente jóven sevillano,
En quien linaje y ánimo se encierra;
Lidiando como tal, echaste el sello
De ser el Cid, oh don Francisco Tello!

Señalóse este dia una galera,
Santa Nicola dicha por su nombre,
Que de la banda de Parténope era,
Mas ya otra nave de Argos en renombre;
Dos del Turco rindió, sin que se diera
A vida en ellas solamente un hombre;
Y aquí Pedro de Malta, bravo y fuerte,
Se libró de los fueros de la muerte,

Dándola á muchos turcos por su mano
Con no pequeña gloria de su tierra,
Porque era de nacion zaragozano,
Patria de gente insigne para guerra;
Nunca leon el suelo vió africano,
Ni tigre tal jamás la hircania sierra,
Ni el dictador romano en cuanto anduvo
Soldado mas valiente que este tuvo.

Y tú tambien, Antonio de Paredes,
Fuerte en obrar, y en el decir facundo,
Pues con la pluma á la caudal ecedes,
Y con la espada Marte eres segundo;
Tu renombre, aunque claro, mudar puedes,
Y llamarte de hoy mas por todo el mundo,
No Paredes, aunque altas, sino muros,
Mas que los de Semíramis seguros.

Pues que con el ingenio y fortaleza
Hiciste, señalando tu persona,
De la turquesca pérfida braveza
Gran sacrificio á Marte y á Belona,
Y con tu ejemplo, término y fiereza
Moviste muchos á ganar corona,
Fijando mas trofeos soberanos
A los blasones altos trujillanos.

Don Alonso Bazan, hermano dino
Del Marqués, y por él disciplinado,
Mostró no ser de nada desto indino
Como animoso y plático soldado,
Y ayudóle este dia el buen destino,
Por traer, como trujo, siempre al lado
Un honrado y perfeto caballero,
De blando trato y corazon de acero.

Don Antonio de Luna es por quien digo,
Hijo de aquella patria venturosa,
A quien por Garcilaso el cielo amigo
Mas que por Tajo hace ser famosa;
Este pues, contrastando al enemigo,
Correspondió á su estirpe generosa,
Mas él es tal, que el mismo extremo fuera
Si á solo su valor correspondiera.

De los Monsalves claros de Sevilla
Don Gonzalo está allí de Saavedra,
Causando en los amigos maravilla,
Mientras los enemigos de sí arredra;
Los pechos mas indómitos humilla;
Bien el roble merece y bien la yedra,
Y haber, como ha, desde niñez traido
El guion de don Juan esclarecido.

Dos soldados bravísimos, temidos,
En el mayor tropel y turbulencia,
Dentro del mar cayeron compelidos
De la turquesca saña y violencia;
Ambos valientes, ambos conocidos,
Que el uno era Juan Nuñez de Palencia,
Pedro Rosado el otro; ¡oh qué par este!
Capitan era aquel, alférez este.

El capitan desde el bajel contrario,
Siendo en el agua honda rebotado,
Con un turco de esfuerzo extraordinario
Estrechamente se arrojó abrazado;
Y en el salado centro al adversario,
Dejó y volvió á salir, habiendo dado
De su valor, no solo indicio al mundo,
Mas al horror del piélago profundo.

El alférez cayó de otra manera;
Y fué que de gran número impelido,
Perdida, mal su grado, la bandera,
Que en la siniestra mano habia metido,
Nunca quiso jamás de otra galera
Tomar el cabo que le fué ofrecido,
Mas, la espada en la boca, en tal extremo
Furioso traba de un contrario remo.

Como leona, á quien el caro hijo,
En los Masilios campos, bando yerto
De pastores hurtó con regocijo,
Mientras errando andaba en el desierto,
Vuelta á su dulce albergue y escondrijo
Con muestras de dolor y desconcierto,
El rastro sigue y rústica cuadrilla,
Bramando de furor y de mancilla;

Tal el fuerte Leon de Estremadura
Al bajel sube, y en estando arriba,
Su honrosa enseña restaurar procura,
Haciendo en scitas mortandad esquiva;
Mientras con tales veras lo procura
Y muchos turcos de la vida priva,
Amigos le acudieron, de manera
Que conquistó el bajel y su bandera.

No puede ser á forma reducido
El sugeto copioso que se ofrece,
Ni en historia quedar comprehendido
El piélago de cosas que parece;
Mas ¿quién pasar podrá en odioso olvido
A Pagandoria, en quien se compadece
Gran parte colocar del soberano
Blason que allí ganó su caro hermano?

Dos turcos, ó de pura cobardía,
O présagos del caso por ventura,
Quisieron ser testigos este dia
Desde una roca de sublime altura;
Huido habian de su compañía
En el silencio de la noche oscura,
Algunos dias antes que el terrible
Recuentro fuese cierto ni creible.

Estaban pues los dos filosofando,
Atónitos y fuera de sentido,
El dudoso suceso recelando,
Contino dellos con razon temido;
La importante victoria ponderando
Y el miserable estado del vencido,
Miraban de hora en hora temerosos,
Casos funestos tristes y espantosos.

Miran la nube escura temerosa,
Envuelta en humo, hasta el cielo alzarse
Y la sonante llama presurosa
Sembrada crecer luego y levantarse
En imágen y forma pavorosa,
Cinco galeras suyas abrasarse,
Y viendo aquel estrago manifiesto,
El uno al otro turco dijo aquesto:

«Dime, Roayme amigo, ¿qué visiones
Son estas que nos tienen espantados?
¿Quién vino á perturbar nuestras regiones,
Que así deja á los turcos lastimados?
Espanto fuimos ya de las naciones,
Mas la injusta mudanza de los hados
Nos quiere hacer hoy tan dura ofensa,
Que jamás no se espere recompensa.

»¿Ves cómo se nos muestra claramente
El fin adverso de la infausta guerra?
¿No ves una cuadrilla diligente
De nuestra armada zabordada en tierra,
Sin otra que la fuerza vehemente
Del ancho lago en lo profundo cierra,
De la cual no se ven á duras penas
Sino garceses, rotas las entenas?

»¡Oh don Juan de Austria, para mal nascido
Del turquesco poder, cuchillo fiero,
Mas que todos los hombres atrevido,
Principio en nuestro daño verdadero!
Si agora tu fortuna tal ha sido,
Si te has así mostrado en lo primero;
¿Cuáles serán los triunfos y despojos
Que en otro tiempo mirarán tus ojos?

»¿Qué se podrá esperar de tu ventura,
De tu maduro seso y verdes años?
Qué fuerza puede estar de ti segura
Después destos presentes desengaños?
¡Oh extremo de dolor y desventura!
Oh cielo conjurado en nuestros daño!
¿Temiste á dicha que los otomanos
Habian de rendirte con sus manos?» —

«No sin admiracion estoy atento,
Respondió el otro turco, á tus razones,
Y lo que en ellas dices veo y siento,
Que no es duda que sufre opiniones;
Valgámonos del buen conocimiento,
Huyendo el rostro en estas ocasiones,
Y pues tenemos tales enemigos,
No pretendamos mas que ser testigos.

»Yo te prometo y juro que este dia
Segunda vez habemos renacido;
Tendréle fijo en la memoria mia,
Y ya el natal por él daré al olvido:
¿Ésto es lo que Selim se prometia?
Esta es la certidumbre que ha tenido?
¿Así cumple la fe que dió á Mahoma
De echar al Papa de la grande Roma?

»¿Pensaba que era estarse trasportado
Entre paredes de oro y martas finas,
O andar por el cerraje afeminado,
Mirando sus lacivas concubinas,
O en deleite maldito, reprobado
Acciones cometer, de rey indinas?
Si en tal ocio vivieran sus mayores,
No hubiera en su linaje emperadores.

»El mando, el reino, la suprema alteza
Bien como dulce cosa se desea;
Presume el vulgo que tras la riqueza
Poder y majestad todo recrea;
Mas, si se contemplase la graveza
De los desasosiegos que acarrea,
Aquel se llamaria alegre estado
Que humilde se gobierna sin cuidado.

»Uno es el bien que hace preferidos
Los reyes para el uso de la gente,
Y mil martirios son los que oprimidos
Tienen sus corazones reciamente;
Son de recelo eterno combatidos,
Y traen puestos los piés forzosamente
Sobre bola redonda, deleznable,
Que es el incierto mundo variable.

»¿Qué sentirá, decid, el Turco cuando
Entienda los desastres sucedidos?
¡Ay! que fuego mortífero abrasando
Discurrirá por todos sus sentidos;
Y á fe, que, segun voy conjeturando,
Poco ha de respirar dando gemidos,
Que si en el alma un mal se fija y sella,
Presto sale de allí, mas no sin ella.»

Ya Febo sus caballos recogia
A los amenos valles de Ocidente,
Que entre el Meridïano los tenia,
Y entre el Ocaso puestos igualmente;
Cuando la grave causa decidia
En su favor la baptizada gente,
Y el rey de Argel salvar quiso huyendo
La vida, que perdiera combatiendo.

No quiere pretender en esta guerra
Mayor opinïon ni mas ganancia
Que poner agua enmedio y ganar tierra
Antes que perecer por ignorancia;
Como forzado vil el remo afierra,
Quien antes era un paladin de Francia;
Hace trinquete y dóblase una punta,
Que de la tierra al mar allí se junta.

Partió cual lobo que entre las majadas,
En los nocturnos hurtos detenido,
Halla que el nuevo sol por sus jornadas
Las estrellas y sombras ha barrido;
Oye rústicas voces alteradas,
Teme de los mastines el ladrido,
Y así, ligeramente se apresura
Hasta el vecino monte y espesura.

Mas la réal de España victoriosa,
Visto que se le escapa, no desiste
De emprender nueva lid, ni está dudosa
De vencer ni rendir cuantas embiste;
Aquí y allí arremete, y la que osa
Esperalla, muy poco la resiste;
Tales aceros muestra, tanto asombra,
Que espanta y vence con la misma sombra.

Ya se apercibe y tienta la huida,
No solo el que se ve sobrepujado,
Mas el bajel que andaba de vencida
La presa suelta apriesa amedrentado;
Bien como cuando el águila atrevida
Sobrevieue con vuelo denodado,
Se esparcen por el aire los halcones,
Soltando de las uñas las prisiones.

Andaban por el rojo mar temblando
Largas bandas de turcos nadadores,
Los victoriosos remos abrazando
Con lágrimas humildes y clamores;
Los brazos como pueden levantando,
Daban dineros á los vencedores
Para comprar con esto el ser captivos:
Procuran presos ir por quedar vivos.

Como en las rocas cóncavas fijados
Los deleznables pulpos suelen verse,
Donde matar se dejan aferrados,
Pudiendo si huyesen guarecerse;
Así los turcos ya desaluciados,
Y de la misma suerte sin moverse,
Esperaban prision ó muerte dura,
Faltos ya de consejo y de ventura.

Muchas tablas ardiendo parecian
En medio de aquel piélago alterado,
Con llamas que á las aguas defendian
El natural poder que les fué dado;
Y ni menos ni mas prevalecian
En la humedad del reino del pescado,
Como si la gran máquina marina
Fuera de olio inflamable ó de resina.

Y así, los que en el trance postrimero
Entre las aguas sienten anegarse
Hallaban por refugio algun madero
De aquellos, no temiendo el abrasarse;
Y es porque de la muerte el trago fiero
De sí los enajena con mostrarse,
Tanto que les obliga el temor ciego
A que apelen del agua para el fuego;

No porque dél esperen mas clemencia,
Mas porque el ansia dura y trabajosa
Se suspenda en la breve diferencia,
Aunque igualmente fuese peligrosa;
Y así abrazaban la final sentencia,
Cual suele la pintada mariposa
O el ave que en Arabia es celebrada,
Cuando de vivir sola está cansada.

Las suertes, extrañezas y motivos
¿Qué lengua explicará y los acidentes,
La grande multitud de los captivos
De hábitos y de lenguas diferentes?
No se lee en los triunfos mas altivos
Que vió aquel pueblo domador de gentes,
De provincia del mundo tal empresa,
Ni della redundar tamaña presa.

Tanto amigo del hierro desatado,
A dulce libertad restituido,
Tanto enemigo della despojado,
Remando en el lugar que habian regido,
Tanta riqueza, que ningun soldado,
Por sin nombre que fuese y desvalido,
Dejaba de manar en oro y seda,
En perlas de gran precio y en moneda.

Y tales hubo desto codiciosos
Mas que de la victoria satisfechos,
Que en el mar se lanzaban presurosos
Negando á camarados los derechos;
Y con el peso grave peligrosos
Perdieron vida y honra, ¡oh viles pechos!
De cuyos nombres no tengo noticia,
Ni la haya de quien muere por codicia.

¡Oh infame embriaguez, gula hambrienta,
Odiosa ingratitud, mal incurable,
Inútil bestia, hidrópica, sedienta,
Desasosiego y ansia intolerable;
Miseria que de hambre se alimenta,
Contraria de lo justo y razonable,
Con falsas apariencias de riqueza,
Y esencia de asperísima pobreza!

¿A cuántos vimos ya, codicia triste,
Anegados por tí en el ancho suelo?
A cuántas insolencias lugar diste
Que irritan á venganza el alto cielo?
Y agora entre las ondas confundiste
En eterno dolor y desconsuelo
Aquellos á quien guerra tan terrible
Vencer ni contrastar no fué posible.

Estaba pues aquel golfo sagrado
Tal, que vivo retrato parecia
Del general diluvio celebrado
Cuando el mundo en las aguas perecia;
En las secretas mesas del pescado
Explendido convite se hacia
De turcos veinte mil que allí murieron,
Pagando por los muchos que huyeron.

Por muy severo allí fuera tenido
Quien de mudanza tal no se admirara,
No menos que esforzado y atrevido
Quien antes por posible la juzgara;
Las galeras del turco, que habian sido
Sierpes que á todo el mundo hicieron cara,
Agora no parecen sino leños
Hechos para ataudes de sus dueños.

Cuatro mil de los nuestros acabaron
Las vidas, y los mas no por herida
O golpe que les dieron expiraron
A vueltas de la gente descreida;
Mas tanto peleando se cansaron,
Que la virtud vital quedó rendida
A la del alma como mas perfeta,
Y que á morir no puede estar sujeta.

Ya debe de acercarse el cumplimiento
De aquella memorable profecía;
Ya se descubre el blanco del intento
Con que el divino intérprete decia:
«Tiempo vendrá en que el mundo dé aposento
A un pastor solo y á una monarquía;
Por una sola ley será guiada
La tierra, y de un gobierno sojuzgada.

Ya la ausencia del sol humedecia
Los prados, arboledas y montañas,
Y sus doradas clines esparcia
Sobre otras gentes bárbaras y extrañas,
Cuando en dulce concento y armonía,
Agradeciendo á Dios gracias tamañas,
Se cantaron: «Señor, á tí alabamos,
A tí por señor nuestro confesamos.

»Gloria á tí solo sea en las alturas,
Alábente los hombres en la tierra;
Tú solo domas las cervices duras,
Tu virtud sola vence cualquier guerra.»
Entre estas alabanzas y dulzuras
Del pecho un tierno humor se desencierra
A cada cual, que fué claro argumento
De inmenso y celestial contentamiento.

Era la hora ya en que se entristece
La que hizo cruel al rey de Lemnos,
Cuando el silencio al mas cansado ofrece
Del reposo apacibles pasatiempos;
Por esto y porque el cielo se escurece
Con gran mudanza y contrastar de tiempos,
La armada victoriosa busca puerto
Con extraña manera de concierto.

Porque cada galera remolcaba
Otra del Turco, y dos algunas dellas,
Despojo que á las aguas espantaba,
Soberbio triunfo nunca visto en ellas;
Neptuno ya sus ondas levantaba
En montes que amenazan las estrellas,
Cuando el hijo de Cárlos con su armada
Una cala tomó mal abrigada,

La cual de Santa Maura es dicha hoy dia,
Desde que venecianos la ocupaban.
En esto ya los vientos á porfía
El mal seguro abrigo inquietaban;
El aire otro mar nuevo parecia
Con las nubes que mares derramaban,
Cosa que si otro tiempo sucediera
De un grave inconveniente se temiera.

Naufragio se temiera si la gente
De Dios favorecida y regalada,
Estuviera en el húmido tridente
O en la mudable rueda confiada;
Mas temer ni dudar no se consiente
Quien tiene la esperanza bien fundada:
El que llamare á Dios con voces puras
Despreciará el poder de las criaturas.

Como en la esgrima suele el buen maestro
Al discípulo ser mas provechoso,
Moviendo contra él su brazo diestro
Con ademan colérico y furioso;
Acomételo á diestro y á siniestro,
Y es en ejecutar tan piadoso,
Que el dócil mozo deja salvo y sano
Con mas compás de piés y presta mano;

Así el divino artífice del cielo
Con los suyos entonces se mostraba,
Bien que la destemplanza y frio yelo
Las recientes heridas penetraba;
Mas de las almas el comun consuelo,
El dolor de los cuerpos mitigaba;
La inexorable muerte allí se via
Hermosa y toda llena de alegría.

Corona de laurel en la una mano
Traia, y en la otra eterna vida;
Mirad de cual católico cristiano
Pudiera entonces ser mal recebida;
¡Oh beneficio santo soberano!
Oh venturoso tiempo de partida!
¿Cuándo en camino de tan largas leguas
Hubo seguridad, descanso y treguas?

El dulce sueño que el pesar mitiga
Y el trabajo repara blandamente,
Trasporta los sentidos y los liga,
Infundiendo reposo conveniente;
Con faltar la congoja su enemiga,
Estuvo de la armada bien ausente;
Habíale el placer ahuyentado
Porque no se olvidase el bien pasado.

Gracias demos á Dios, unos decian,
Que de victoria tal nos hizo dinos.
Otros las extrañezas repetian,
Interponiendo en ellas dulces hinos;
Lo porvenir algunos conferian,
Facilitando efetos peregrinos,
Proponiendo entre sí de hacer guerra
En todos los confines de la tierra.

Materia larga daba de esperanza
El próspero suceso nunca oido,
Y la virtud, el brio y la pujanza
Del ínclito don Juan esclarecido;
Y perder desde allí la confianza
Los turcos, era caso muy sabido,
La cual, cuando una vez hiere y lastima,
Para mas de otras ciento desanima.

Entre alegres coloquios el lucero,
Mensajero fiel de la mañana,
Salió guiando el carro placentero
De aquel que nuestra vista hace ufana;
Después el luminoso carretero
Desplegó sus cortinas de oro y grana;
La noche, viendo lumbre tan hermosa,
Al punto volvió el rostro de envidiosa.

Ya mi lengua, mi pluma y mi cuidado
Silencio y quietud me están pidiendo,
En premio del trabajo que han pasado
Por tanto mar conmigo discurriendo;
Y mas que á tomar puerto soy forzado,
Porque infaliblemente comprehendo
La mudanza de tiempos que se ofrece,
Y á tierra y cielo amenazar parece.

Veo las amistades mas perfetas
Vacilar y romper su estrecho nudo,
Y escapar la cerviz los mahometas
De entre los filos del cuchillo agudo;
Veo encarados pálidos cometas
Apresurando de su efeto crudo
La ejecucion, que perdonar no sabe
La sangre y casa donde el ceptro cabe.

Veo su fuerza unir Saturno y Marte
Contra el angosto reino lusitano,
Y andar soberbio el áfrico estandarte
Las quinas arrastrando del cristiano;
Veo el septentrion por otra parte
Inclinarse en favor del luterano,
Y veo un bastardo, con intentos viles,
En su patria mover guerras civiles.

Y veo de la Iglesia el fundamento
Sustentarse con sola una coluna,
Una roca de fe, que en firme asiento
Está opuesta á las ondas de fortuna;
Un Argos velador con ojos ciento,
Pastor del que dió luz á sol y luna;
Un Hércules famoso en largos siglos
Por domador de monstruos y vestiglos.

¡Oh gran Filipe, rey y señor nuestro!
Pues esto con verdad de vos se canta,
La intencion recebid del siervo vuestro
Que al humilde servicio se adelanta;
Y pues os escogió el sacro maestro
Por fiel escudo de su esposa santa,
Él prospere y alargue vuestros dias,
Como conserva los de Enoc y Elías.

Y si los que le restan á mi vida,
Que está á vuestra memoria consagrada,
Dieren lugar á que la voz despida,
Fiando que de vos será escuchada,
Yo cantaré la gloria á vos debida
En cítara tan dulce y acordada,
Que suenen en el mundo sus acentos
Mientras le dieren ser los elementos.

FIN DE LA AUSTRIADA.

VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE

DEL GLORIOSÍSIMO

PATRIARCA SAN JOSEF,

ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA,

POR EL MAESTRO JOSE DE VALDIVIELSO,

CAPELLAN DEL ILUSTRISIMO CARDENAL DE TOLEDO, DON BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS, Y MUZÁRABE EN SU SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

A DON GABRIEL SUAREZ DE TOLEDO,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DEL ILUSTRÍSIMO DE TOLEDO MI SEÑOR, ARCEDIANO DE MADRID, Y CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO, ETC.,

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

Si fué costumbre de los sabios de la antigüedad, guardada con no menos piedad y religion que supersticion y vanidad, después de edificar templos, consagrar aras, encender fuegos y quemar inciensos á la mentirosa deidad de las fabulosas Musas, ofrecerles las olorosas flores y sabrosos frutos de sus perpétuos trabajos, adornando sus templos de los despojos de sus divinos ingenios, los inventores de las cosas, colgando las que con el tiempo y á pesar suyo descubrieron, y los que no las inventaron, sino que añadieron á las inventadas las perfecciones con que las hermosearon; los que redujeron los hombres de la vida agreste á la política, las reglas y preceptos con que los enseñaron; los que sacaron á luz los premios y las penas, las leyes con que ilustraron sus repúblicas; los que dieron artes á las ciudades, libros á las escuelas, armas á los soldados, y instrumentos á los oficiales y labradores, todos ofrecieron las primitivas espigas de sus logradas cosechas, significando en los pequeños dones el debido agradecimiento de los grandes ánimos á los beneficios recibidos, sacrificándolos á las que creian se los habian hecho: no parecerá en mí despropósito, ya que no puedo edificar altares, levantar pirámides y consagrar colosos, debidos, no á las musas que fingió la gentilidad, sino á las verdaderas y cristianas que en vuestra merced tan dignamente hicieron su templo y academia, ofrecer del mal cultivado jardin de mi estéril ingenio, no frutos sazonados y sabrosos, sino las primitivas flores, que, si por tempranas y locas (pues no aguardan los nueve años que manda Horacio) las persiguiere el cierzo requemado de las lenguas maldicientes, por consagradas á las virtudes, letras, religion y nobleza que en vuestra merced gloriosamente se ilustran, conservarán su frescura á pesar del tiempo y de la envidia. Vuestra merced las favorezca con el amor y afabilidad con que siempre ha honrado mis cosas, pues lo que tienen de bueno se vuelve á quien después del cielo se lo ha dado, y de un tan grande servidor bien se puede recibir un don tan pequeño, y mas acompañado de un grandísimo amor, que es quien me da sus alas para ampararme de las de su favor de vuestra merced, cuya persona nuestro Señor guarde, y en dignidades aumente á medida de tantos merecimientos, que serán mas que las que sin ella piden mis deseos.—El Maestro José de Valdivielso.

PROLOGO AL LECTOR.

Aunque parece sobrada excusa la que dan todos los que escriben en verso, por parecerles que es la sopa de la Sybila, con que quiere hacer callar los cerberos ladradores, que con sus aullidos pretenden ensordecer los oidos atentos al canto suave de la soberana poesía y escurecer con el

humo de sus ignorancias los trabajos ajenos, haciendo delicto á la virtud, vicio al honor, y deshonor á la gracia, pues por tal la desean todos y alcanzan pocos; no quiero dejar de excusarme, y entre muchas que puedo dar, la principal de haber escrito en verso, es ser mandado de quien es razon sea obedecido. El año de 1597, el licenciado Alonso Lobo, racionero y maestro de capilla entonces de la Santa Iglesia de Toledo, y agora de la de Sevilla, y íntimo amigo mio (cuyas alabanzas merece mejor que escucha, y yo conozco mejor que lisonjeo, pues no solo nuestra España, Italia y Flándes, mas todo el mundo admira su habilidad, desea sus obras y se honra con sus trabajos, como de maestro que lo es de todos), siendo como tal llamado por el religioso convento del célebre sanctuario de nuestra señora de Guadalupe, con otros combeneficiados y insignes músicos desta Santa Iglesia, para la traslacion de unas santas reliquias, quiso hacerme participante de tan dichosa romería, la cual hicimos con no menos gusto que devocion, siendo todo en extremo. La capilla donde se trasladaron, se dedicó al patriarca San Josef, de quien es devotísimo el muy reverendo padre fray Gabriel de Talavera, prior dignísimo que á la sazon era de aquella santa casa, el cual lo mostró bien en la sumptuosidad del edificio, en la grandeza del gasto, en las riquezas del ornato y en la diversidad de cosas que para hacer mayor la fiesta tenia prevenidas, solemnes procesiones, devotos altares, curiosas fuentes, elegantes versos, públicas alegrías, artificiosos fuegos, luminarias, toros, danzas, máscaras y invenciones, publicando todo un religioso regocijo y devota fiesta. La cual acabada, por hacérmela, me mandó que de todas hiciese un epítome para que su majestad y otros príncipes viesen el órden que en la traslacion se habia tenido y una suma de la vida del glorioso Santo. Yo estimando por favor su peticion, quise mas atreverme al caudal corto de mi pobre ingenio, que á la obediencia debida á tan justo mandato; y juntando á él un deseo, que habia algunos años que me atormentaba, de ver deste angélico Varon alguna cosa digna de la devocion que por toda la cristiandad se iba dilatando, teniéndome por su no menor devoto, ya porque el cielo quiso honrarme con su nombre, ya por haberle escogido por mi particular abogado, me determiné á mas de lo que mis flacas fuerzas podian, confiando que supliria mis faltas sugeto tan heróico y causa tan de todo el cielo, y especial de su Santísima Esposa, á quien supliqué me favoreciese, pues tanta parte le cabia del servicio que intentaba hacer á su Esposo carísimo. Empecé esta obra con mas faltas que yo quisiera; que no es posible no tenerlas, ni que cuando le faltaran, faltara quien se las pusiera. Cree de mi deseo quisiera que no tuviera ninguna. Este recibe, que si eres devoto de tan gran Santo, tú le agradecerás, y yo tu reprehension; y si no lo fueres, no quiero tu enmienda ni tu agradecimiento. Advierte que casi todo lo que digo del glorioso Santo, es sacado de las divinas letras y de santos y autores gravísimos, añadiendo algunas consideraciones piadosas y discursos poéticos. Estoy por decir lo que el no menos docto que cortesano Cayo Lucilio, de quien (después de haberle canonizado por tal Tulio en el II de *Oratore*) refiere que le pesaba de que sus obras llegasen á manos de varones muy doctos y de hombres muy ignorantes, porque los unos no le entendian, y los otros le entendian. Y solo digo que me pesaria que fueses de los últimos, y que temo que seas de los primeros; seas el que fueres, te ruego que no juzgues este libro hasta que le hayas leido, porque no se rian de tí como de ciertos envidiosos ignorantes, que, no pudiendo decir mal de algunas cosas mias, por haber parecido bien, publicaron que eran ajenas, haciendo su dueño á quien desto sabe poco, cosa para quien le conoce y me conoce muy de risa; y de otros (si ya no son los mismos) que antes de haber visto este libro tienen dicho que es malo. Porque llegando un hombre no conocido mio á pedirle en casa de un librero donde yo estaba, y diciendo el librero que los estaba aguardando, que dentro de dos ó tres dias se le daria, vinieron á tratar de mis cosas, y el librero dijo algun encarecimiento deste libro. El otro, haciendo un poco de acedo con la boca, dijo que no sabia qué tal era, pero que un amigo suyo, que le tenia, le habia dicho que no le habia parecido bien. Yo entonces dije que á mí me habia parecido lo mismo, porque no estaba escripto á mi gusto. El librero le preguntó que dónde se habia comprado. El otro respondió que entendia que aquí en Toledo ó en Valladolid, donde se habian vendido muchos. Sonreímonos, y el librero le dijo: Por Dios, señor, que han engañado á vuestra merced; porque el libro aun no está acabado de imprimir, y así no se puede haber vendido ni parecido mal ni bien. El hombre se halló algo encogido, y mas de que supo que era trabajo mio; y no me vi en poco para sacarle del en que se hallaba. Todo esto puede una mala intencion; si sin ella me juzgares, me sujeto á tu correccion; y todo lo que en él digo, á la de nuestra madre la Santa Iglesia romana. *Vale.*

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF.

CANTO PRIMERO.

Del nacimiento del glorioso patriarca San Josef.

El Varon justo, el Padre vírgen canto,
Escogido por padre verdadero
Legal de Cristo, el que naciendo santo,
Sacudió el yugo del tirano fiero;
El Viceparacleto sacrosanto
Que hizo sombra á la sombra del primero,
Al misterio mayor que gozó el mundo,
De hacerse carne el que es de tres segundo.

La voz es ronca, tosco el instrumento,
Ardua la empresa y casi incomprehensible,
Rudo mi ingenio, corto mi talento
Para hallar pié en un piélago imposible;
Quien su nombre me dió, me dé su aliento,
Y del fuego que goza inaccesible,
Con un ascua me toque pecho y labios,
Para que él quede casto y ellos sabios.

Seráfico Josef, varon glorioso,
Custodia del intacto paraíso,
Que llevó el árbol de la vida hermoso
De quien su amparo y padre hacerte quiso;
Guarda mayor del Todopoderoso,
Que con acuerdo de su eterno aviso
Te hizo digno esposo de su Madre
Y del que es de Dios hijo te hizo padre:

¡Oh siempre vírgen! Oh admirable santo!
Oh Josef justo y nuevo patriarca,
Criador de aquel que con divino espanto
Es el Criador de cuanto el cielo abarca;
Tú, que fuiste en el mar de nuestro llanto
Piloto fiel de la virgínea barca,
Que de léjos, por bien del hombre hambriento,
Trujo el pan, de los ángeles sustento;

Tú, cuya boca dulce nectar bebe
De la fuente infinita sempiterna,
De quien no nueve hermanas, coros nueve
Beben gloriosos su dulzura eterna;
Tú, que al divino Apolo, que al sol mueve,
Hecho pastor en su puericia tierna,
Escuchaste su voz sonora y clara,
Mi ingenio rudo y lengua tosca ampara.

Temiendo entre cobardes esperanzas,
Con pecho humilde y santo atrevimiento,
Espero del favor que en todo alcanzas
Que has de inspirarme soberano aliento;
Y así, daré en tus muchas alabanzas
La navecilla al mar, velas al viento,
A tí mi pluma, á tu consorte el pecho,
En su fuego castísimo deshecho.

Vos, Virgen bella, que del sol vestida
Pisais con blancos piés la trina diosa,
Y con luces de gloria enriquecida
Estáis gozando del que os hizo hermosa,
Dad á mi justo intento nueva vida,
Regid mi pluma torpe y temerosa;
Suene mi voz en dulce y grave estilo,
Del patrio Tajo al inundante Nilo.

Ved, Vírgen hermosísima, que canto
De la mitad del alma que os anima,
Del que por la virtud del yugo santo
Es dueño de quien Dios por Madre estima;
Del que fué vid, que en admirable espanto
Entre sus ramas vió la carpa opima
Exprimida en la Cruz por bien del suelo,
Porque embriague su dulzura al cielo.

No invoco las Castalias Hipocrenes,
Las Cirreas aguas ni la compañía
De Polimnias, Eratos, Melpomenes,
Su canto grave y dulce melodía;
No que me ciña las indignas sienes
El laurel que lloró el autor del dia;
La gracia os pido á vos, llena de gracia,
Y callará el de Smirna y el de Tracia.

De cuatro deste nombre se halla escrito
En quien justicia y equidad habia:
El que vendido fué virey de Egito,
El natural señor de Arimatia,
El que al apostolado del prescito
Entró por justo, en suertes con Matía;
Uno casto, otro justo, otro piadoso,
Y el nuestro, en todo, mucho mas glorioso.

Que si guardó el pan rubio el mal vendido,
Del sol, luna y estrellas adorado,
El nuestro del Criador dellas servido,
Al pan que come Dios tuvo guardado;
Si el otro dió con pecho enternecido
El sepulcro en que Dios fué sepultado,
El nuestro dió de su adorada el pecho,
De donde el infinito nació estrecho.

Si el otro mereció por sobrenombre
Llamarse el Justo, que le vino al justo,
Al nuestro se le da Dios por renombre,
Y á boca llena dice dél que es justo;
Si otro que tuvo aqueste dulce nombre,
Por cantor pudo dar al cielo gusto,
El nuestro fué maestro de capilla
Del coro que ante el niño Dios se humilla.

Del tribu de Judá fué descendiente,
De la real sangre y la progenie clara
Del que no menos cuerdo que valiente,
Mereció de Michol la beldad rara;
Fué de lo ilustre de la antigua gente
Que para su escogida Dios declara,
De reyes nobles, de varones justos,
Sabios en paz y en batallar robustos.

Fué de Josef el padre verdadero
Jacob, aunque de Elí fué hijo llamado,
Y fué de Elí legítimo heredero,
Porque Elí con su madre fué casado;
Que era ley justa y conservado fuero
Que suceda en la viuda que ha dejado
El hermano mayor el que es segundo,
Y resucite su linaje al mundo.

Sin que su mujer noble fuese madre,
Elí pasó la barca del olvido;
Jacob, por ver que á la ley justa cuadre,
De la que era cuñado fué marido;
Casó con ella, y fué de Josef padre,
Y aunque engendrado de Jacob ha sido,
Quiere Jacob que hijo de Elí se nombre,
Resucitando de su hermano el nombre.

Aunque aquesta razon es suficiente
Para quitar la duda misteriosa,
Otra hay no menos que esta concluyente,
Donde el ingenio con quietud reposa,
Y es que hallará cualquiera diligente,
Que Elí y Joaquin es una misma cosa,
Que los dos nombres son nombres de un hombre
Que se llame Joaquin, y Elí se nombre.

Y como en nuestra España llama el yerno
Padre al que es padre de su amada esposa,
Por ser un nombre regalado y tierno
Que dice la aficion mas amorosa;
Así el nutricio de su autor eterno,
Que pudo merecer la toda hermosa,
Siendo de Joaquin yerno, fué llamado
Su hijo, y como tal del suegro amado.

Nació de padre ilustre y madre grave,
Que merecieron ser de Dios abuelos;
Salió á la luz del cielo que le alabe,
Rotos del vientre los maternos velos;
Nació el renuevo del amor suave,
Y en su nacer enamoró los cielos;
De la nube salió el rosado Apolo,
En belleza, en donaire y gracia solo.

Nació santificado el niño hermoso,
Cual nació el venerable Jeremias,
Porque habiendo de ser divino esposo
De la escogida madre del Mesias,
Amparo fiel, sustento venturoso
Del que es sustento de las jerarquías,
Es razon que su Dios, que le ama tanto,
Antes que nazca al mundo le haga santo.

Si han de hacer Trinidad santa y gloriosa
Personas tres de tan divina alteza,
Jesus, Josef y su adorada esposa,
Ricos de gracia y virginal pureza;
Y Dios privilegió á su madre hermosa,
Y el mismo es limpio por naturaleza;
En Trinidad de Cristo y virgen Madre
No ha de nacer con culpa esposo y padre.

Hállanse al venturoso nacimiento
El casto amor, la gracia, la hermosura,
La fe, la caridad, que en rico aumento
Adornan la purísima criatura;
Causa en el cielo general contento
Ver del nacido la beldad segura,
Y derramando amores, se los dice,
Y el mismo Dios alegre le bendice.

Rompen los aires las criaturas bellas,
Coronados de lirios y de rosas,
Volviendo alegres la fragrancia dellas
Del gran Jacob las casas venturosas;
Lucidos como el sol, llenos de estrellas,
Cantan con voces dulces y amorosas
El nacimiento alegre y deseado
Del no nacido y ya santificado.

Miró del cielo el Padre omnipotente,
Y viendo al tierno Infante, alegre dijo:
«¡Oh niño hermoso mas que el sol de Oriente,
Para criador de Dios desde hoy te elijo;
El nombre que yo tengo eternamente
Tendrás de padre de mi eterno Hijo;
Gozarás de mi gracia en tanto grado,
Que no cometerás mortal pecado.»

El Verbo eterno, del eterno Padre
Que entre los hombres verse ya desea,
Por ver que al cielo limbo y tierra cuadre
El disfrazarse en la mortal librea,
Viendo al nacido esposo de su Madre,
Con nueva luz los cielos hermosea,
Y con gozosas muestras de alegría
Dice al que en su nacer alegra el dia:

«Absalon bello, niño hermoso y tierno,
Alegra con tu luz nuestro orizonte,
Y á ser mi amparo con tu fiel gobierno
En mi niñez santísima disponte;
Pues en mi disfrazado ser eterno
Te elijo por mi sabio Jenofonte,
Por tu sugeto á ti me constituyo,
Y quiero, siendo Dios, ser menor tuyo.»

El Espíritu Santo, siempre amante
Del Moisés bello que hoy ilustra el suelo,
«Crece, le dice, soberano Infante,
De Dios humano y de María consuelo;
Serás un nuevo y celestial Atlante;
Sustentarás al que sustenta el cielo;
Serás esposo de la esposa mia,
La casta y hermosísima María.

»Serás de Dios temblando dulce abrigo,
Regalo en su puericia, y compañero,
De la pureza virginal testigo
De la Paloma que para mi espero;
Por gracia quiero siempre estar contigo
Y hacerte grande entre mis grandes quiero;
Mi honra he de fiarte. Niño, crece,
Que aqueste premio tu valor merece.»

Las personas divinas se alegraron
Con el divino alegre nacimiento,
Y en su consejo eterno decretaron
Un nombre igual á su merecimiento;
Al niño de cristal Josef llamaron,
Que es el que crece en soberano aumento,
Pues lo ha de ser por soberanos modos
De los favores que gozaron todos.

Y así la eterna inaccesible esencia
Da al bien nacido hermoso patriarca
Del nieto de la tierra la inocencia,
Hilo primero que cortó la Parca;
La justicia de aquel cuya obediencia
Fué la que al agua dió la primer barca;
Dale la fe, que no igualó ninguno,
De aquel que, viendo tres, adoró uno;

La obediencia de aquel que á Dios temiendo
Llevó á su sacrificio fuego y leña,
La oracion del dichoso, á quien durmiendo,
Dios, ángeles y escala se le enseña;
La castidad del que de amor huyendo
Fué á su abrasado dueño helada peña,
Y la experimentada mansedumbre
De aquel que vió la zarza entre la lumbre;

La gran piedad del pastorcico hermoso,
Su abuelo ilustre y singular mancebo,
Que derribó al gigante jactancioso,
Primicias ricas de su valor nuevo;
La constancia del Duque valeroso
Que hizo parar en su carrera á Febo;
Dale el saber del solo, y sin ejemplo,
Que á su deidad labró el famoso templo.

Del celador que en el ardiente carro
Hecho nuevo Faeton subió hácia el cielo,
Que un tiempo pudo hacerle de guijarro,
Le da del honor suyo el santo celo;
Y del que con el mal cocido barro
Limpió la lepra en tanto desconsuelo,
La paciencia del gran rey Ecequías,
El tierno llanto que aumentó sus dias;

La santidad del sabio tartamudo,
A quien el Serafin el fuego aplica,
Que desatando de la lengua el nudo,
Los labios y la lengua purifica;
De Tobías, que al muerto y al desnudo
Honró con mano limosnera y rica
La gran misericordia, que honró el suelo,
Cierta ganzúa para abrir el cielo.

Dale de patriarcas la fe pura,
De los profetas sabios la excelencia,
El celo de los doce le asegura,
De los mártires fuertes la paciencia,
Y de aquellos que en vida áspera y dura
Hicieron á los vicios resistencia
El valor grande, y dale á manos llenas
De las vírgines palmas y azucenas.

Queriendo pues el sumo Altitonante
Que el Niño celestial recien nacido
Por padre amado de Dios, tierno Infante;
De todo el pueblo hebreo sea tenido,
Hace que nazca á Cristo semejante
En rostro, cuerpo y talle parecido,
Porque con parecerse los dos tanto,
Esté secreto el parto sacrosanto.

Y así es bien que al divino Josef cuadre
Un rostro bello, de mirar gracioso,
Pues siendo el Hijo de la virgen Madre,
Entre todos los hombres mas hermoso,
Si se han de parecer cual hijo y padre,
Será tan bello el soberano esposo,
Que después de Dios hombre y de su esposa
No haya criatura humana mas hermosa.

Y así, entre las mejillas de cristales
Mezcla el aurora rosas de su frente,
Y á los ardientes labios de corales
Apercibe las perlas de su Oriente;
Son sus ojos dos rayos celestiales
Del que en los globos siete es presidente;
Su cuerpo nieve, sus cabellos oro,
Y junto un hermosísimo tesoro.

Compuesta pues la celestial Pandora,
De su divino nombre en cumplimiento,
En hermosura y gracia se mejora,
Creciendo en ellas con divino aumento;
En su real pecho la justicia mora,
Que ya le inspira soberano aliento;
Que ha de ser siempre justo, siempre santo,
Gloria del cielo, de la tierra espanto.

Ya forma las palabras que no entiende,
Ya menos mal formadas las pronuncia,
Ya las letras primeras aprehende,
Y en verde edad maduro ingenio anuncia;
Ya á los juegos pueriles niño atiende,
Y ya mas entendido los renuncia;
Ya lo que es bien y mal conoce y sabe;
Ya el rostro hermoso es mas severo y grave.

Ya la tierna puericia desampara,
Y á la juventud libre se apareja,
Y ya prudentemente en sí repara,
Y á sí mismo, cual sabio, se aconseja;
La Y del gran Pitágoras ve clara;
Toma el camino estrecho, el ancho deja;
Ya la razon al apetito enfrena,
Y nueva vida sabiamente ordena.

Crece gallarda la virginal planta,
Ilustrando á Betlem, su patrio suelo,
Mostrando en tierna edad cordura tanta,
Que asombra al mundo y enamora al cielo;
Al alto templo de virtud levanta
Con espanto comun tan alto el vuelo,
Que en su bondad parece y en su agrado
Celestial hombre ó ángel humanado.

Mira del cielo octavo la luz pura,
Su clavazon de los tachones de oro;
Ve que va el sol girando su hermosura
Del Géminis de rosa al rubio Toro;
Ve de la luna pobre la blancura
Participada del Febeo tesoro,
Los orbes de cristal atento mira,
Y al primer móvil que tras sí los tira.

Mira que el fuego altivo y refulgente
Está inmediato de la luna al cielo,
Y que es del cielo muro trasparente,
Sin ser estorbo que le goce el suelo;
Mira salir por el bordado Oriente
Del mundo triste el general consuelo,
Vertiendo luces la rosada aurora,
Que esparce perlas y que aljófar llora.

Del aire ve las tres claras regiones,
Las dos calientes, la de en medio helada,
En las cuales diversas impresiones
Tienen su alma atónita y turbada;
Ve de las nubes los copiosos dones,
El granizo, la nieve y lluvia amada,
El relámpago, el trueno, el rayo ardiente,
Que á quien le engendra hace que reviente.

Ve el agua de cristal y plata pura,
Con su agradable y manso movimiento,
Del mar azul la diáfana hermosura,
A quien retoza el apacible viento;
Que es su muro la arena mal segura,
La cual doma al indómito elemento;
Mira los peces, que entre bienes tantos
Cortan alegres los cerúleos mantos.

Mira diversas y pintadas aves,
Que cuando á su balcon se asoma el dia,
Con voces sonorosas y suaves
Le hacen salva con dulce melodía;
Unas mira ligeras, otras graves,
Y que con claras muestras de alegría,
Con las plumas y canto no aprendido
Deleitan á la vista y al oido.

Ve hollar la tierra varios animales,
Diversos en la forma y la grandeza,
En color y hermosura desiguales,
Diferentes en fuerza y ligereza;
Ve yerbas, plantas, flores y frutales,
Que muestran de la tierra la belleza;
Ve que son agua y aire, fuego y tierra,
Cuatro elementos de concorde guerra.

Viendo de la gran máquina la forma,
La rica variedad que la hermosea,
Nuevos deseos dentro el alma forma
De saber quién de todo el autor sea;
De su padre Jacob Josef se informa,
Y escucha lo que dél saber desea,
Que ya el deseo de saber le incita,
Y á su gallardo ingenio solicita.

Ya cursa las escuelas, y ya atiende
Al falso y verdadero silogismo;
Ya el movimiento celestial entiende;
El cielo mide, el mar, tierra y abismo;
Las morales virtudes aprehende
Y el buen conocimiento de sí mismo;
Ya entiende las sagradas escrituras,
Las enigmas proféticas y obscuras.

Mira de sus mayores los anales,
Sus principios humildes, ya dichosos,
Pues arrastraron púrpuras reales
Profetas sabios, reyes valerosos;
Mira tanta grandeza y bienes tales
Parar en fines menos venturosos,
Pues sabe que es ilustre descendiente
De la real sangre de la hebráica gente.

Mira de la fortuna la mudanza,
Su ciego varïar, su instable rueda,
Y que tiene perdida la esperanza
Del cetro real que su linaje hereda;
Y huyendo de los reyes la privanza,
En un mediano estado alegre queda,
Que no es poco que viva consolado
Un bien nacido en un mediano estado.

Huyendo el ocio, perezoso vicio
De gente moza, bien nacida y rica,
Que despreciando algun honesto oficio
Engaños y torpezas multiplica;
A un arte de mecánico ejercicio
Las fuertes manos y el ingenio aplica;
Madera labra, que un divino acuerdo
Es quien le inspira parecer tan cuerdo.

No que necesidad menesterosa
Le obligue á que así gane la comida,
Mas la costumbre cuerda y virtuosa,
Como ley en Betlem establecida,
Que el hombre de familia mas gloriosa,
De clara estirpe y sangre esclarecida,
En un oficio destos se entretenga,
Y á la adversa fortuna se prevenga.

Habia leido en Salomon su abuelo
Los daños de la ociosa y vil pereza,
Y así, al trabajo un cuerdo y justo celo
Es quien le obliga mas que la pobreza;
Bien que á este oficio es quien le inclina el cielo,
Que son medios que á un fin grande endereza,
Porque con arte de tan poca costa
Al que se la hace al cielo haga la costa.

Para que yendo á Egipto desterrado,
Sustente al que es sustento verdadero,
Y porque el niño tierno, enamorado
De los abrazos de su fiel madero,
Viva entre la madera consolado,
Que es la que pide el inmortal cordero,
Que entre sus brazos verse ya desea,
Quiere que carpintero Josef sea.

Crece Josef, y su virtud se aumenta,
Y en su honrado ejercicio se entretiene,
Y de sus años ocho lustros cuenta,
Que es cuando á edad perfeta el varon viene;
Vive con su trabajo y con su renta,
Que vinculadas posesiones tiene,
Y pudo ser tuviese juros reales
El descendiente de varones tales.

Pasa sus verdes y floridos años
En oracion, ayunos y abstinencia;
Cual Abraham hospeda á los extraños,
Hartando á los hambrientos su clemencia,
Y remediando los secretos daños
Con dineros, consejos y prudencia;
Es padre del pupilo y viuda triste;
Cura al enfermo y al desnudo viste.

Ya visita los pobres hospitales,
Puerto seguro para entrar al cielo,
Y haciendo propios los ajenos males,
De todos es universal consuelo;
Las cárceles con manos liberales
Gozoso alegra en tanto desconsuelo.
Y en las misericordias de Tobías
Contento pasa sus lozanos dias.

Mira la tierra llena de maldades,
De engaños, de mentiras, de traiciones.
De sacrilegios, robos y crueldades,
De aleves y dañadas intenciones;
Ve tratos dobles, torpes liviandades
Ojos amigos, falsos corazones;
Llorando mira el cuerdo y justo grave
Las ocasiones de la primer nave.

Por otra parte ve la profecía
Del que fué de Laban dos veces yerno,
En que á su amado Júdas prometia
Del muslo suyo el heredero eterno,
Que á su linaje no se quitaria
Del cetro real el mando y el gobierno,
Hasta que enviase Dios su semejanza,
De las gentes certísima esperanza.

Que ya se va cumpliendo atento advierte
La profecía del que ver desea,
Por ver que Herodes dió muerte violenta
Al sucesor del reino de Judea;
Y porque Octavïano, César fuerte,
A Herodes nombra, y quiere que rey sea,
Y siendo extraño, al reino le habilita,
Y que á Júdas el cetro se le quita.

Tambien de Daníel va contemplando
La profecía que el deseo le aumenta,
Pues mira, las hebdómadas contando,
Que faltan pocas ya para setenta;
Las unas con las otras computando,
Viendo que ya se cumple aquella cuenta,
Postrado en tierra y el deseo en el cielo,
Así le pide el general consuelo.

»Deidad, que riges la estrellada cumbre,
En quien contemplan tus criaturas bellas;
Tú, que al sol das la trasparente lumbre,
Y luz y resplandor á las estrellas;
Tú, que riges la inmensa muchedumbre
De tus criaturas y los actos dellas,
Principio de quien todo el bien procede,
Cuyo eterno poder todo lo puede;

»¿Cuándo ha de ser, ¡oh Padre sempiterno!
Que, rompiendo tus orbes celestiales,
Al Verbo amado de tu pecho tierno
Nos distilen los cielos inmortales?
Cuándo las nubes tu rocío eterno
Pondrán en las entrañas virginales?
Cuándo verá el virgíneo vellocino
La rica perla dentro el nácar fino?

»Cuándo el arco de paz veré que asoma,
Que de tu luz eterna se deriva;
Cuándo traerá la cándida paloma
Al arca fiel la rama de la oliva?
Cuándo la vara que al peñasco doma,
Nos dará de tu fuente el agua viva?
Cuándo estará la zarza venturosa
Mas verde entre la lumbre y mas hermosa?

»Cuándo la piedra soberana y rica
De aquese monte y inmortal cantera,
La estatua de Daniel que al rey publica,
Volverá en polvos su arrogancia fiera?
Cuándo el nuevo Moisés en su cestica
Vendrá de aqueste mundo á la ribera?
Cuándo la vara de Jesé gloriosa
Llevará el fruto de la vid hermosa?

»Cuándo la escala se verá pendiente
Desde la tierra al cielo levantada,
Por quien baje á ser hombre Dios clemente,
Y el hombre suba á ser deidad sagrada?
Y cuándo por la puerta del Oriente
Entrará el rey, dejándola cerrada?
Cuándo vendrá el gigante que se espera
A hacer alegre su veloz carrera?

»Cuándo la gloria que tu pecho encierra
Del tálamo saldrá cual bello esposo?
Cuándo dará su fruto nuestra tierra,
Tú, tu benignidad, Padre piadoso?
Cuándo la paz de la prolija guerra,
Y la justicia de tu pecho hermoso
Harán paces con besos virginales,
Trocando en bienes los continuos males?

»Cuándo descenderá tu amado Verbo
A dar remedio á tan amargas quejas?
Cuándo al cojo darás los piés de ciervo,
Claros ojos al ciego, al sordo orejas?
Y las espadas del guerrear protervo,
Cuándo se volverán en corvas rejas,
Y en rudas hoces las soberbias lanzas,
Cumpliendo las antiguas esperanzas?

»¡Quién, Dios eterno, tan dichoso fuera,
Que pudiera alcanzar mercedes tantas,
Que á su madre y nutricio conociera,
Sirviendo alegre sus personas santas!
Quién por favor divino mereciera
Poner sus ojos en sus tiernas plantas!»
Dijo, y suspenso, en Dios enamorado,
Queda el justo Josef arrebatado.

Tambien del limbo escuro, donde habitan
Las justas almas de los padres santos,
Con plegarias al cielo solicitan,
Con ruegos justos y amorosos llantos;
Al Padre eterno suspirando gritan,
Llueva el remedio de pesares tantos.
Oyó su ruego el Padre omnipotente:
Lo demás cantará el canto siguiente.

CANTO II.

De la Concepcion pura y nacimiento de nuestra Señora.

¿Qué divino furor me ha levantado
A tan altivo y no pensado vuelo,
Que la sangre me cuaja un miedo helado,
Viéndome entrar por uno y otro cielo?
Temo como el que por su mal alado
Al mar dió nombre; no le dé yo al suelo.
¡Aguila santa, entre tus alas bellas
Me defiende del sol y las estrellas!

Fénix de amor, amado evangelista,
Que en el pecho de Dios el nido hiciste,
Y siendo su divino coronista,
El principio sin él nos escribiste;
Pues del sol claro con su hermosa vista
Los rayos inmortales ver pudiste,
Tu bondad en tus plumas me reciba,
O me dé alguna dellas con que escriba.

Y vosotros, espíritus dichosos,
Criaturas bellas, bienaventuradas,
Que en los asientos de la gloria hermosos
Gozais las siempre alegres alboradas;
Vosotros, que asistis á los gloriosos
Rayos de aquellas luces increadas,
Regid mi pluma en este grave canto,
Lleno de gloria y admirable espanto.

La plenitud del tiempo va llegando,
Tiempo de gracia y de misericordia,
Para el que al ruego de su esposa blando
La manzana comió de la discordia;
Edad mas que dichosa, tiempo cuando
Se verán en pacífica concordia
La justicia, que el pecho eterno encierra,
Y la verdad nacida en nuestra tierra.

Entra en consulta la deidad inmensa
Del Sempiterno y Todopoderoso;
Pide el rigor castigo de la ofensa
Del atrevido y poco temeroso;
Sale el divino amor en su defensa,
Y hace su causa como amor piadoso,
Y ante aquel tribunal de gloria eterna
Así propuso su demanda tierna.

«Eterno Padre, Verbo sempiterno,
Inmenso Dios de Dios, lumbre de lumbre;
Yo, amor divino, regalado y tierno,
Guardando en todo mi inmortal costumbre,
Siendo el tercero de ese ser eterno
Que rige el mundo y la estrellada cumbre,
Para el hombre mortal remedio pido,
De mi amor mismo y caridad movido.

»Inescrutable Dios, Dios verdadero,
Muy bien sabeis, Señor, que eternamente,
Antes que Adan comiese del madero,
Estaba decretado en vuestra mente
Que vierta sangre el inmortal cordero,
Gloria de vuestro pecho omnipotente,
Que por el hombre humano ha de ofrecerse
Hacerse hombre y hombre deshacerse.

»De aquel desórden y mortal codicia
Es menester que el hombre satisfaga;
Pues la culpa es inmensa y la malicia,
Es menester que inmenso sea quien paga;
Pues vos, eterno Dios, pedis justicia,
De eterno Dios tambien será la paga,
Que el Verbo amado de ese tierno pecho
De rigor pagará Dios, hombre hecho.

»La mísera mortal naturaleza
Por nadie puede ser bien reparada,
Sino por quien con inmortal destreza
La supo hacer y fabricar de nada;
Ya la deidad de vuestra suma alteza
Ha estado largos siglos injuriada.
Por el cielo, la tierra y limbo pido
Que satisfaga el que es el ofendido.

»Morir no puedes, sacra deidad pura,
Y así, no has de morir, siendo infinita;
Pagar no puede la mortal criatura,
Que su ser pobre su caudal limita;
Verbo del Padre, luz de su hermosura,
La humanidad alegre suposita;
Como hombre muere, como Dios nos paga,
Y será de hombre y Dios justa la paga.

»Bello retrato, soberana idea
Del que gozas el pecho soberano,
En quien tu eterno Padre se recrea,
De cuyo amor inescrutable emano:
El mundo, el cielo, el limbo ya desea
Verte hecho por el hombre niño humano;
Pues en tí el orbe trino su bien libra,
Desciende á ser mortal y al mortal libra.»

El Padre eterno, del amor movido,
Así responde á la demanda tierna:
«Divino amor, de amor enternecido,
De igual poder con mi potencia eterna,
Omnipotente Verbo, hijo nacido
En mi mente divina sempiterna,
Que somos un Dios solo y una esencia,
De ciencia igual é igual omnipotencia:

»Bien sabeis que Luzbel, siendo criado
Mas que el hermoso sol resplandeciente,
Por su soberbia ingrata fué arrojado
Adonde gime y llora eternamente:
Que el hombre, á nuestra imágen fabricado,
Y hecho del mundo nuestro presidente,
Absorto de su pecho en la costilla,
Hecha mujer, se alegra y maravilla.

»Que perdió por su culpa la inocencia,
Porque su muerte en la manzana estaba;
Que sintió de los tiempos la inclemencia,
De la tierra y el cielo la ira brava:
Perdió mi gracia por su inobediencia;
La razon que era reina, se hizo esclava,
Que al campo fué de espinas y de abrojos,
Hechos fuentes de lágrimas sus ojos.

»Que en el sudor de su afligida cara
Hizo fuerza á la no labrada tierra,
Que, aunque por su enemiga se declara,
Vuelve con colmo lo que en ella encierra;
Que le dió hijos su consorte cara,
Naciendo entre ellos la primera guerra,
Todos sujetos á la culpa fuerte
Y al yugo inevitable de la muerte.

»Que sus hijos nacieron hijos de ira,
Por descendientes de su padre aleve,
A quien mi airado brazo flechas tira
Y mi justo rigor azotes llueve;
Que en la escura prision triste suspira,
Porque mi hijo pague lo que él debe,
Satisfaciendo de la culpa fiera,
De que á los suyos dura la dentera.

»Eran dignos de penas inmortales,
De males y tormentos excesivos,
Y de que entre cadenas infernales
Inmortal muerte padecieran vivos;
Mas vos favoreceis á los mortales,
Pidiendo vaya á rescatar cautivos
Uno de nuestra Trinidad, pagando
El tesoro que estamos esperando.

»Si vos, divino Amor, sois el tercero
Entre el hombre mortal y mi sentencia,
Con vuestro gusto conformarme quiero;
Poned vos vuestro amor, yo mi potencia;
Vos, mi engendrado Hijo verdadero,
Pues sois mi eterna y soberana ciencia,
Vuestra ciencia poned omnipotente,
Y reparad la pobre humana gente.

»Que, aunque podamos yo y Amor divino
Supositar la humanidad caida,
Es menester, pues que por saber vino
A verse enferma, flaca y destruida,
Vuestra infinita ciencia abra camino,
Y con vuestro saber sea redimida,
Satisfaciendo de la culpa inmensa,
Hecho precio infinito de la ofensa.

»Ya, como bien sabeis, vuestro nutricio
Josef con justos ruegos y plegarias,
Haciendo de sí mismo sacrificio,
Con votos y oraciones ordinarias,
Nos pide el deseado beneficio,
Profetizado por edades varias;
Tambien la pobre tierra le vocea,
Que renovarse con su luz desea.

»Y los que gozan nuestras maravillas
En el glorioso asiento, hermoso y puro,
Piden que suban á gozar sus sillas
Las almas que encarcela el limbo escuro;
Y ellas piden que baje á redimillas
El que quebrantará el guardado muro,
Dando al infierno aquel bocado amargo,
Y á mi justo rigor justo descargo.

»Yo criaré una bellísima criatura,
Donde desciendas, sacro Verbo amado,
A tomar carne de su sangre pura,
Para el remedio del mortal bocado;
Excederá en mi gracia y hermosura
A los contínos de mi eterno estado,
Hermosa mas que el cielo, sol y luna,
Que será Madre y Virgen, fénix una.

»Deciende, gloria de mi eterno pecho,
Deciende á las purísimas entrañas,
Que á mi divina vista han satisfecho
Sus virtudes santísimas y extrañas;
Haré esta obra, aqueste heróico hecho,
Digno de mis dignísimas hazañas,
Uniendo la potencia de mi brazo
Al Verbo el ser mortal con fuerte lazo.»

El Hijo omnipotente sempiterno
Del sempiterno omnipotente Padre,
Encendido de amor piadoso y tierno
De ver que al cielo, tierra y limbo cuadre,
Quiere humanarse, siendo Dios eterno,
En las entrañas de una Vírgen madre,
De las culpas del hombre hacerse cargo,
Y dellas dar á Dios igual descargo.

El Espíritu Santo se recrea
De que se cumple lo que el hombre aguarda,
Y al cielo con mayor gloria hermosea,
Y hace que en dulce y nuevo amor se arda;
Quiere ilustrar la Vírgen que desea
De un cuerpo hermoso y un alma gallarda;
El vientre de la estéril Ana escoge,
De donde nazca quien le desenoje.

Quiere criarla de su gracia llena,
Y hacerla tal el que es de gloria lleno,
Que no pueda hacer Dios madre mas buena,
Como no puede el hijo ser mas bueno;
Hácela alivio de la antigua pena,
Triaca saludable del veneno,
Llena de tanta gracia y hermosura,
Que excede á la seráfica criatura.

Todo el impíreo cielo está á la mira,
Con músicas alegres esperando
Nazca el espejo en quien su autor se mira,
Su concepcion dichosa festejando
La paz esperan de la antigua ira,
Y así, paz á la tierra están cantando,
Guardando el vientre de la estéril madre
El cielo todo y el anciano padre.

Llena de gracia, y de virtudes llena,
Le da el alma santísima su esposo;
El sacro omnipotente Padre ordena
De darle un cuerpo mas que el cielo hermoso;
El Hijo soberano la enajena
Del antiguo tributo y feudo odioso,
Haciendo que su madre soberana
Libre del ágrio esté de la manzana.

Porque, ó pudo ó no pudo el Hijo amado
Santificar su nuevo paraíso;
El decir que no pudo, es condenado,
Que eternamente pudo cuanto quiso;
Si pudo preservarla de pecado
Con la potencia de su eterno aviso,
El que manda que se honre padre y madre,
¿No habia de honrar su inmaculada madre?

Si fué santificado Jeremías
Dentro de la prision del vientre escuro;
Si el padre putativo del Mesías
Del pecado nació libre y seguro,
La que excede las bellas jerarquías,
Y escurece la luz del sol mas puro,
¿No habia de ser de Dios santificada,
Y en su concepcion pura preservada?

Es de Dios la escogida venturosa
Sin la original mancha concebida,
En el alma y el cuerpo toda hermosa,
Sin caer, mas altamente redimida;
Es la bella mujer maravillosa,
Que vió el divino Juan del sol vestida,
Que huyendo de la sombra del pecado
Al soberbio dragon dejó burlado.

Es la ciudad de Dios, cuyos cimientos
Labró su autor sobre los montes santos,
Poniéndola por firmes fundamentos
Para sus edificios sacrosantos;
Ciudad cuyos gloriosos vencimientos
Ya celebraron en alegres cantos,
Siendo su muro, antemural y guarda
El Salvador, que sin dormir la guarda.

Es la ciudad santificada y pura,
Cuyo resplandor claro es el cordero,
En quien el que la hizo su criatura
Hombre nació pasible verdadero;
Ciudad á quien alegra la hermosura
Del ímpetu del rio, que ligero
Con su gracia inundó la ciudad bella,
Enamorado de lo que ve en ella.

Es la hija del Rey, que venturosa
Toda su gloria tiene en sí encerrada;
Es la que de oro con la ropa hermosa
De variedad asiste rodeada;
La que Dios con su mano poderosa
En su alegre santísima alborada,
Muy de mañana la ayudó gozoso,
Librándola del yugo trabajoso.

Es el huerto cerrado, el paraíso,
De quien el Dios de amor guardó la puerta,
Donde la flor del campo nacer quiso,
A la original culpa nunca abierta;
La que al amor con su divino aviso
Entre sus bellas alas encubierta
Guardó de la ave fiera de rapiña,
Librando della á la inocente niña.

Es la Ester, que ablandó del Rey el pecho,
A quien la ley de su rigor no alcanza,
Quedando en su hermosura satisfecho
El Asuero, que la hace su privanza;
Es el florido y regalado lecho
Del Salomon, del padre semejanza,
De los sesenta fuertes rodeado,
Y de la culpa original guardado.

Fué criada en gracia la primera madre,
Y ¿habia de ser en culpa concebida
La escogida del que es verbo del Padre,
De quien ha de tomar humana vida?
Aunque el trifauce can soberbio ladre,
No podrá asir á la que á Dios asida,
Tiene de quebrantarle la cabeza,
Quedando mas hermosa su pureza.

Si Eva, que con la sierpe se congracia,
Y por su gusto fué burlada della,
Siendo la madre de la cruel desgracia,
En gracia fué criada hermosa y bella;
La que ha de serlo de la misma gracia,
En algun tiempo habia de estar sin ella,
Su cerviz inclinando al cruel verdugo
Que la pusiera de la culpa el yugo?

¿Habia de mirar Dios su Madre amada
Padeciendo la infamia del castigo,
Entre cadenas de la culpa atada,
Hecha cautiva vil de su enemigo?
¿María habia de ser tan desgraciada,
Que su Hijo no pudiera ser su amigo,
Pues fuera su enemigo declarado
Si fuera concebida con pecado?

Si el arca que encerró el maná divino,
Las tablas del Decálogo y la vara,
Mandó Dios se labrase de oro fino
Y de madera incorruptible y rara;
Si en cuarenta y dos años de camino,
Contra el rigor del tiempo y fuerza avara,
Guardó el vestido incorruptible y sano
Del sumo Dios la omnipotente mano,

El arca virginal, arca dichosa
De aquel divino é inmortal tesoro
Del Padre eterno la palabra hermosa,
Y gloria eterna del impíreo coro,
De quién ha de tomar carne preciosa
Para el remedio del antiguo lloro,
¿No habia de ser mas pura y mas sincera
Que el oro fino y la inmortal madera?

Hay en medio del mundo una alta casa
Que confina con tierra, mar y cielo:
Su gran altura de las nubes pasa,
Su gran profundidad del bajo suelo;
Su longitud se mide, y se compasa,
Desde la cuna del Señor de Delo,
Hasta el sepulcro en quien le entierra el dia,
Lleno de luto y de melancolía.

Vense de acero y bronce fabricadas
Sus murallas al cielo descubiertas,
Y entre ellas de labor sutil labradas
Mil hermosas ventanas y mil puertas;
Sus murallas se miran arruinadas;
Sus puertas y ventanas siempre abiertas;
Sus ventanas, sus puertas, sus almenas,
De ojos, orejas y de lenguas llenas.

El silencio jamás aquí halló entrada,
Y si entrar quiere, á muerte se condena;
La quietud anda siempre desterrada,
Y el sueño, si entra, tiene grave pena;
Aquí la nueva, apenas engendrada,
Entre el susurro que entre todos suena,
Tanto crece, se muda y desconoce,
Que el propio padre apenas la conoce.

Aquí la general fama es señora,
Horrendo monstruo, voladora fiera,
Tanto de la mentira afirmadora,
Cuanto de las verdades mensajera;
Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,
Hace cual rayo su veloz carrera,
Mirando, oyendo, hablando, cuanto mira,
Mezclando la verdad con la mentira.

De plumas ligerísimas y bellas
Adorna de su cuerpo los despojos,
Acompañando al gran número dellas
La misma cantidad de atentos ojos;
Tiene cien bocas, y de todas ellas
Jamás se ven cerrar sus labios rojos,
Jamás reposa, siempre hablando vuela,
Hecha una veladora centinela.

Huye de las desiertas soledades,
Haciendo en las ciudades propios nidos,
Y en ellas siembra varias novedades
Y los casos apenas sucedidos;
Enmascarando siempre las verdades
Con cuentos fabulosos y fingidos,
Anda provincias, mares, reinos varios,
En religion, lenguaje y ley contrarios.

Aquesta, cuyos siempre abiertos ojos
Vencen á los que vió la mujer vaca
Y á los que coronando sus despojos,
La mas serena noche al mundo saca,
Está en la torre que hizo á Dios enojos,
En cuya confusion su saña aplaca;
Las lenguas aprendió, y de lenguas llena,
A hablar perpetuamente las condena.

Está con las orejas mas crecidas
Que las que mereció por su mal gusto
El venturoso por su daño, Midas,
A quien el oro fué castigo justo;
Cuanto se hace ve, y sabe de oidas,
Desde el flamenco helado al indio adusto,
Volviendo con usura lo que ha oido,
Que siempre da de mas algo añadido.

Aparte tiene aquesta fiera hermosa
Una ciudad de todas escogida,
Donde la gente ilustre y valerosa
Después de muerta goza eterna vida;
No entra en ella la infamia vergonzosa,
Ni la mentira siempre aborrecida;
La verdad y el honor guardan las puertas
Al tiempo y á la muerte nunca abiertas.

En medio la ciudad fuerte y famosa
Hay un templo, hasta el cielo levantado,
De arte sutil y de labor preciosa,
De piedras finas y oro fabricado,
Por el honor y la virtud hermosa,
A la que al tiempo vence dedicado,
Cuya muralla por extremo fuerte
Le defiende del tiempo y de la muerte.

En medio deste templo se levanta
De incorruptible cedro y de diamante
Una ara de riqueza y beldad tanta,
Que al ambicioso mundo es bien que espante;
Está en medio una virgen sacrosanta
De hermoso aspecto y juvenil semblante,
Hija mayor de la ligera fama,
Que la inmortalidad el tiempo llama.

A un lado tiene á la virtud vestida,
En vez de jerga basta, de brocado,
Y de su mano virginal asida
Con laurel premia su cabello amado;
Del otro está gozando nueva vida
El honor con trabajos alcanzado,
Murada de oro su cabeza hermosa
Con cetro real y púrpura preciosa.

En fuego de las vírgenes vestales
Se evaporizan mil sabeos aromas,
Y de yerbas y flores orientales
Exhalan suave olor preciosas pomas;
Y en vasos de clarísimos cristales
Alimentan el fuego ricas gomas
De suave mirra y bálsamo oloroso,
Llenando el templo de su olor precioso.

Por todas las paredes hay colgados
De hazañas y vitorias los despojos,
Coronas de oro, cetros adorados,
Banderas blancas y estandartes rojos,
Saltados fosos, muros asaltados,
Quebradas piernas, arrancados ojos,
Contrahechos brazos y pasados pechos,
Deshechas rocas y hombres rocas hechos.

Aquí en sepulcros y urnas levantadas
En lucillos, pirámides, colosos,
Las cenizas están siempre guardadas
De los que merecieron ser famosos;
Aquí en bronce, con oro, están grabadas
Las virtudes, los hechos valerosos,
Armas, esfuerzo, letras, osadía,
Religion, castidad y valentía.

Hay de alabastro, jaspe, mármol y oro,
De labor suma y de riqueza rara,
Por la fama labrado, un alto coro,
Que cerca de Hipocrene el agua clara,
Donde Febo, depuesto el real decoro
De la luz pura de su hermosa cara,
De su divino plectro al son suave,
Canta tan dulcemente como grave.

A sus lados están sus nueve hermanas
De laurel coronadas y de flores,
Y aunque divinas, por extremo humanas,
Provocan á castísimos amores,
En sus rostros y voces soberanas
Céfiro en calma, derramando olores,
Parando de los cielos la armonía
De la suya á escuchar la melodía.

Un poco mas abajo están sentados
Los Orfeos, los Ennios, los Homeros
Y los que de Helicona alimentados
En este coro entraron los primeros;
Los que dichosamente laureados
Desta casa son hijos verdaderos,
Los coronistas, los historiadores,
Los sabios y elegantes escritores.

Coronadas de yedra las cabezas,
Siempre cantan con voces celestiales
Las armas, las hazañas, las proezas
De los que muertos viven inmortales;
Aquí siempre se escriben las grandezas
De valerosos pechos y armas reales,
Letras, fuerzas, valor, virtud, prudencia,
Piedad, justicia, amor, magnificencia.

Desta academia sabia es presidente
El que viste la tierra de alegría,
Sacando de oro la encendida frente,
Alma del mundo y lámpara del dia;
Es maestro de capilla diligente,
Que lleva á la sagrada compañía
El compás, dando tono y señalando
Lo que á pesar del tiempo están cantando.

Guarda la puerta una inmortal doncella
Madre de la poesía y de la historia,
Aunque antigua y anciana, moza y bella,
A quien llama la fama su memoria;
No deja entrar sino á los dignos della
Al museo, que da á los muertos gloria,
Defendiendo la entrada al atrevido
Que pretende el lugar no merecido.

A un lado deste coro hay de oro puro
Y de plata bruñida un sacro erario,
Que defiende de acero un fuerte muro
Contra el rigor del tiempo su contrario;
Donde de metal rico y bronce duro,
De alabastro escogido y jaspe vario,
Se guardan las medallas milagrosas
De los que hicieron cosas hazañosas.

Los nueve de la fama aquí se hallaron
Con todas las batallas que vencieron,
Los que á vivir los hombres obligaron
En las varias repúblicas que hicieron;
Los que fuertes ciudades fabricaron,
Los que inventores de las cosas fueron,
Los héroes fuertes, los legisladores
Y de sus patrias los libertadores.

Los filósofos sabios, reyes justos,
Matronas y doncellas valerosas,
Que á pesar de su carne y de sus gustos
De sí mismas triunfaron victoriosas;
Las que con pechos y ánimos robustos
Emprendieron hazañas prodigiosas;
Aquellas que secreto y fe guardaron,
Las doctas que á los sabios admiraron.

Guarda el trabajo siempre cuidadoso
Del sacro erario la cerrada puerta,
Medio para el que fuerte y animoso
La del honor pretende hallar abierta;
Nunca los fuertes miembros da al reposo;
Como leon está siempre en alerta,
Defendiendo la entrada venturosa
De gente infame, torpe y perezosa.

Sobre el cimborio deste templo raro
Hace la fama que los aires rompa
Su trompa, de los muertos el reparo,
Pues les da vida con su ilustre trompa,
Aquí contra el olvido y tiempo avaro
Celebra con debida y regia pompa
Las hazañas, los hechos portentosos
De los que muertos viven gloriosos.

A aquesta casa, con razon famosa,
Una nueva llegó que el mundo espera
Que es tan alegre cuanto venturosa,
Y mas que venturosa verdadera,
De que una niña, por extremo hermosa
Nació, alegrando la estrellada esfera:
La fama alegre entre sus alas pone
La nueva, y á llevarla se dispone,

Cuando rompiendo por el aire claro
Un jóven de admirable rostro hermoso
Y de semblante peregrino y raro,
De hablar suave y de mirar gracioso,
Manda á la fama que del cierto amparo
Lleve la nueva al que ha de ser su esposo,
Qué sea en referirla verdadera,
Y que apresure su veloz carrera.

Rompe gallardo el aire trasparente,
Sacudiendo por él la bellas plumas,
Llevando escritas en su roja frente
Las gracias raras, las virtudes sumas
Del medio del remedio de la gente,
Que predijo la gran sabia de Cúmas,
Mostrando alegre entre sus alas bellas
Los ojos convertidos en estrellas.

Al tiempo llega, que deshecha en lloro
Sale de entre las aguas cristalinas
La aurora, que esparciendo su tesoro
Aljófar rico vierte y perlas finas;
Que descogiendo su cabello de oro
Con sus hebras hermosas y divinas,
Los astros celestiales escurece,
Y las ligeras nubes enriquece.

A aqueste tiempo pues llega la Fama,
Y halla al justo Josef entretenido
Entre los brazos de una honesta dama,
Que le tiene de amor preso y rendido;
Que es la oracion que el corazon le inflama,
Que por divino templo le ha escogido,
Haciendo de su pecho ara sagrada,
Adonde ofrece el alma enamorada.

«Sabrás, la Fama dice, ¡oh jóven raro!
Que tan propicios á los cielos tienes,
Que de la real estirpe y solar claro
De donde tan gloriosamente vienes,
Nació una niña, en cuyo fiel amparo
Llueven los cielos soberanos bienes,
A quien la gracia y la naturaleza
Adornan de bondad y de belleza.

»Gózase el cielo con la niña hermosa;
El Padre omnipotente se recrea,
Y hácela la mas bella y mas graciosa
Que ve el que el mundo con su luz rodea;
El dulce Esposo á la escogida Esposa
Con plenitud de gracias hermosea,
Y el Verbo, que se ve en la niña bella,
Reparte su saber divino en ella.

»Las tres carites, gracias sobrehumanas,
Hijas del Rey del soberano coro,
Fe y esperanza y caridad ufanas
Llenan su pecho de inmortal tesoro;
Amor divino, que en las soberanas
Cumbres dispara sus saetas de oro,
De amor la adorna y de virtudes tales,
Que excede á las legiones celestiales.

»Dale de oro de Arabia los cabellos,
Con que enlace de amor su tierno esposo,
Pues los rayos del sol delante dellos
Pierden su luz y resplandor hermoso;
Dos soles claros son sus ojos bellos,
De vista grave y de mirar gracioso,
De quien el que los hizo se enamora;
Que dan luz bella al que los cielos dora.

»De entre la alegre venturosa cuna
Esparce rayos de su rico Oriente,
Siendo en belleza cual la Fénix una
Y muestra del saber omnipotente;
Es del cielo la media blanca luna
Su mas que hermosa y soberana frente,
Sus cejas arcos de inmortal pureza,
Con que prende al amor y la belleza.

»La nariz bella el rostro proporciona,
Y las dos rosas por mitad divide,
Y cual del cielo la primera zona
Este cielo de amor compasa y mide;
Con tan grande beldad la perficiona,
Que hace que su furor la envidia olvide,
Que nariz, en quien falta no se halla,
Adora humilde, reverencia y calla.

»Por mejillas le da las del aurora,
De jazmin blanco y colorada rosa,
En quien dichosamente se atesora
La castidad humilde y vergonzosa;
Al desamor con ellas enamora.
Y á la escuadra seráfica gloriosa
De ver tanta beldad pasma y suspende,
Y en nuevo amor y caridad enciende.

»Reparte entre clarísimos cristales
Claveles rojos y purpúrea grana;
Sus labios son finísimos corales
De gracia y hermosura sobrehumana;
Los dientes blancos, perlas orientales,
Que entre rubíes con mezcla soberana
Hacen una divina hermosa boca,
Que al cielo á celestial amor provoca.

»La soberana barba que deciende
De gracia y hermosura milagrosa,
Un hoyo hermoso por mitad la hiende,
Haciendo su hermosura mas hermosa;
Con él al casto amor de amor enciende,
Y en él hace su estancia venturosa,
Seguro albergue, soberano nido
De blanco azahar y de jazmin tejido.

»El cuello ebúrneo, grave, bien sacado,
Coluna de la fábrica del cielo,
Que á las que al cielo tienen ha pasmado,
Pues mejor que ellas ya la tiene el suelo;
El pecho puro, cándido y rosado,
Adonde el alma entre el nevado velo
Hospeda á la humildad, á la pureza,
A la fe, castidad, gracia y belleza.

»Dale unas manos bien proporcionadas,
Mas blancas que el armiño, mármol, nieve,
De armiño, nieve y mármol envidiadas,
Reverenciadas de los coros nueve;
Liberales, hermosas, extremadas,
Cuya hermosura y gracia al cielo mueve
A nuevo amor, á gozo y alegría
De aquesta niña sin igual María.»

Dijo el hermoso monstro, y mas ligera
Que el veloz viento, que soberbia pisa,
Parte, sembrando en su veloz carrera
Gozo en las almas, en los rostros risa;
Y de la nueva alegre y verdadera
A toda la familia ilustre avisa,
Y al justo Esposo con razon eleva
Del parto alegre la dichosa nueva.

Oye las nuevas el gallardo jóven,
Y con la duda templa el alegría,
Y antes que dentro el pecho el gozo inoven,
Con su deseo y la verdad porfía;
Pues si las cree, teme que le roben
El aliento que el alma al cuerpo envía;
Y así, teme creer lo que desea,
Que un grande bien, dudando es bien se crea.

Ya de la alegre nueva satisfecho,
Que por Betlem su patria se publica,
Gózase el alma, enternecido el pecho;
De su verdad en sí se certifica,
Y en dulcísimas lágrimas deshecho,
Humilde y temeroso á Dios suplica
Alcance á ver la soberana planta
Que al cielo admira y á la tierra espanta.

En tanto pues que dulcemente suena
De la fama veloz la clara trompa,
Haciendo que su voz pura y serena
Del gran Eólo por el reino rompa,
El noble mozo alegremente ordena
Con mas humilde que soberbia pompa
De visitar la mas que hermosa niña,
Paz deseada de la antigua riña.

Y así al deseo, que es quien le vocea,
En un instante le convierte en obra,
Porque la gloria de la tierra vea,
Y por quien Dios la antigua deuda cobra;
Y mientras mas camina, mas desea
Ver la niña, que solo verla sobra
Para gozar del bien mas peregrino
Después de Dios, que goza el orbe trino.

Camina pues el venturoso mozo
A Nazaret, que el nuevo cielo encierra,
Dando su gran deseo y alborozo
Al noble pecho alegre y dulce guerra;
Y con amor divino y santo gozo
Adora á quien le anuncia á cielo y tierra.
Llegó alegre al tesoro sacrosanto,
Yo al dulce fin de aqueste grave canto.

CANTO III.

De como visitó Josef á nuestra Señora recien nacida.

Los traces, gente que con vil despecho
Quiere hasta el mismo cielo poner pena,
Pues cuando cubre su estrellado techo,
Y entre la negra nube el aire truena,
Con alma libre y arrogante pecho,
Con furia loca de razon ajena,
Abrasada en furor, ardiendo en ira,
Flechas escupe al cielo y piedras tira;

Esta bárbara gente, á Dios traidora,
Digna de que sobre ella fuego envie,
Cuando un hijo le nace, gime y llora,
Y cuando muere, alegre canta y rie;
Celebrando á la parca cortadora,
Por ver que de trabajos los desvie,
Y llorando el nacer con llanto ingrato
Del que es de su criador vivo retrato.

Y antes de aquestos lloros y estos juegos,
De varones mas sabios se ha leido,
Los cuales siendo á luz mayor mas ciegos,
Dejaron falsamente instituido
El parecer de algunos locos griegos,
Que es mejor no nacer que haber nacido,
O que luego en naciendo el hombre muera,
Y que junto al nacer el morir fuera.

Grande locura, necio desvario
De que tan ciega y bajamente ultrajen
A aquel á cuyo mando y poderio
Es bien que las criaturas agasajen;
Aquel que en su ser noble y albedrío
Es de su autor divino viva imágen,
Un abreviado mundo, un Dios pequeño,
Del suelo extraño, de la gloria dueño.

Pues para hacer aquesta heróica hazaña,
Esta obra digna del saber del cielo,
Viniendo dél por maravilla extraña
La inmortal alma á unirse al mortal velo,
Parece se consume y desentraña
La alma natura, y en el pobre suelo
Casa le labra, alcázar le fabrica,
Tanto como pequeña, hermosa y rica.

Hízole Dios con su saber profundo
De los ángeles puro compañero,
Del mayor mundo le hizo Dios segundo,
Su presidente y visorey primero;
Todo cuanto en sí encierra aqueste mundo
Hizo Dios para el hombre su heredero,
Y al hombre para sí formó de modo
Que le hizo un todo en quien lo cifró todo.

Bien es que el mundo con razon se asombre
En esta cifra, que su autor descifra,
Que de mundo pequeño tiene nombre,
Y es del mundo mayor un mapa y cifra;
El hombre es fin del mundo, Dios del hombre,
Suma en quien Dios á sus criaturas cifra,
Pues que le dió tal gracia y hermosura,
Que vino el hombre á ser toda criatura.

El ser tiene con piedras y metales,
El crecer con las yerbas y las plantas,
El sentir con los otros animales,
Y el entender con las criaturas santas;
Tiene con el que es uno y tres iguales,
Ser su retrato de grandezas tantas,
Que en él selló la lumbre de su rostro,
Haciendo al hombre un soberano mostro.

Dió al hombre Dios con rara providencia
Angeles que le traigan en las palmas,
Pretendiendo con suma diligencia
De sus guerras inciertas ciertas palmas;
De estrellas y planetas la influencia,
Sin que puedan forzar las libres almas
Los cielos, con su eterno movimiento,
Que cuidadosos buscan el sustento.

Al sol que en él derrama su hermosura,
Siendo del mundo el alma y alegría,
La luna clara, que en la noche escura
Es paje de hacha que le alumbra y guia;
Al tiempo que solícito procura,
Siguiendo de los cielos la porfía,
Con el vario alternar de su mudanza
Servir al que es de Dios la semejanza;

Su calidad le da cada elemento:
En él el fuego su calor encierra,
El aire puro el necesario aliento,
Sangre el agua le da, carne la tierra;
Guísale el fuego su mantenimiento;
Dale el aire la caza que en él yerra,
Su pesca el mar, la tierra fieras varias,
Para su vida y gusto necesarias.

El fuego le fomenta en el invierno,
El aire le refresca en el verano,
El agua dulce, en su cristal eterno,
Da de beber al Vicedios humano;
La tierra, siempre roto el pecho tierno,
Regala alegre al monstro soberano
Con plantas, flores, frutas, yerbas, mieses,
Preciosas minas y copiosas reses.

Danle las nubes en su lluvia fria
El blando lino y el aceite grueso,
El trigo de oro y el licor que cria
La vid, que á tantos ha quitado el seso;
Montes y rios, caza y pesqueria;
Su mercancía el mar le trae en peso,
La oveja le da lana, y dale seda
El que hace cárcel donde muerto queda.

Con sola la razon que Dios le ha dado,
Con que á los mismos cielos hace escalas,
Puede vencer al escuadron armado
De escamas, uñas, cuernos, conchas y alas;
Cual salamandra pisa el fuego amado,
Y del aire cual águila las alas,
Cual búfano en el verde mar se encierra,
Cual zahorí ve lo oculto de la tierra.

Dióle su eterno original divino
Un noble ingenio de presteza tanta,
Que haciendo por el aire real camino,
A los cielos hermosos se levanta;
Con él rompe su muro diamantino,
Y de Dios mira la belleza santa,
Y absorto de su gracia en el abismo,
Encoge el hombro y vuélvese á sí mismo.

Sin salir los umbrales de su casa,
Anda y mide los orbes trasparentes,
La zona ardiente, que la tierra abrasa,
Y las que hielan sus vecinas gentes;
Corre las tierras y los mares pasa,
Naciones varias, reinos diferentes,
Y admírase el divino caminante
De que vió el mundo en un pequeño instante.

Domó la tierra con el corvo arado,
Hasta que la hizo dar las mieses de oro;
Aprisionó con pecho denodado
Por la gruesa cerviz al cerril toro;
Puso freno al caballo no domado,
Quitó á las aves su mayor tesoro,
Fió del mar azul el verde pino,
Haciéndole alas del nevado lino.

Todo lo dejó Dios á sus piés puesto,
Hasta el cielo, que el cielo pisa y huella,
Pues el cielo en el clima contrapuesto
Anda debajo desta imágen bella;
Y el cielo claro de beldad compuesto,
Empedrado con una y otra estrella,
Le formó Dios con providencia santa
Para esta celestial divina planta.

Y la capacidad del alma hermosa,
Con que del cielo á la inmortal excede,
No hay en la tierra ni en el cielo cosa,
Después de Dios, con que contenta quede;
Sola la gloria todo poderosa
Hartar al hombre cabalmente puede:
Todo lo que no es Dios le viene estrecho,
Que es Dios el centro donde va derecho.

Y porque últimamente al mundo asombre
Desta divina imágen la grandeza,
Dios, que al hombre crió, deseó ser hombre,
Y se unió alegre á su mortal flaqueza;
Y así, abreviando su poder y nombre,
Tomó del hombre la naturaleza,
Supositando en sí con lazo estrecho
El ser que, unido á Dios, se vió Dios hecho.

Y aun entre plantas, piedras y animales
Quiso el cielo infundir cierto deseo
De parecer criaturas racionales,
Haciendo dello singular trofeo;
Pues de entre los preciosos minerales
De las piedras le imita el camafeo,
Y de los brutos, quieren ser humanos
Los sátiros, los faunos y silvanos.

Y de los que con alas mas serenas
Cortan del aire azul las olas frias,
Con rostro humano de razon ajenas,
Le imitan ligerísimas harpías;
De los peces, bellísimas sirenas,
Que el mar encalman en sus armonías;
La mandragora, yerba soñolienta,
Entre las plantas mas le representa.

Esta cifra del mundo, este edificio,
Primera maravilla antes que otava,
Cuya labor divina y artificio
La tierra humilde admira, el cielo alaba,
Da señal clara y verdadero indicio
Que en él la perfeccion del mundo acaba;
Pues hizo Dios con soberano modo
Para sí al hombre, y para el hombre todo.

Borre ya el tiempo de la humana historia
De la abundante Ródas el Coloso,
Perezca de Semíramis la gloria
Del Babilonio muro artificioso,
Mate el olvido á la inmortal memoria
Del Mauseolo célebre famoso,
Caiga la torre del soberbio Faro
Ante esta imágen de milagro raro.

Criatura tan hermosa y tan lozana,
En quien el cielo, fuego, aire, agua y tierra
Con artificio y gracia soberana
Cada cual su virtud pone y encierra;
Llorar que nazca, es impiedad villana,
Y contra el hombre ingratamente yerra
Quien no solo no llora el nacimiento,
Mas quien no muestra en él gozo y contento.

Y así al nacer de tan real criatura
El gozo se le debe de derecho,
Tanto por la beldad de su hermosura
Como por la nobleza de su pecho,
Tanto por ser de tal señor hechura
Como porque su Vicedios le ha hecho,
Tanto por ser la perfeccion del suelo
Como por ser para él formado el cielo.

Y si á cualquiera que á este mundo viene
Se debe celebrar el nacimiento,
A aquel que mas perfectas gracias tiene
Se le debe con mas crecido aumento;
Y con mayor justicia le conviene
Al hombre de mayor merecimiento,
Y al mejor mayor gozo y alegría,
Que la mayor bondad mas amor cria.

Pues si es así que nuestra niña excede
La mas perfecta racional criatura,
Y hace que absorta y que vencida quede
La seráfica escuadra, bella y pura;
¿Qué regocijo y fiesta hacerse puede,
Que mayor no merezca la hermosura
Desta Minerva sabia y casta Vesta,
Que es de su Dios el regocijo y fiesta?

Y si al nacer de los humanos reyes,
No mas que los pastores inmortales,
Pues la aguijada tosca de los bueyes
Y el cetro de oro al cabo son iguales,
Hay observadas inviolables leyes
En que gozosos en sus dias natales
Celebre el pueblo como á los divinos
Con sacrificios, juegos, fiestas é hinos;

Si cuando nace el obediente mozo,
Que su temprana muerte el cielo estorba,
Cuya promesa causa risa y gozo
A Sara estéril, en su vejez corva,
Parece que la fiesta y alborozo
A sus padres en sí convierta y sorba,
Celebrando con gozo y regocijo
El tardo parto del amado hijo;

Si porque ofrece la Raquel hermosa
El fruto del amor de catorce años,
Si porque da á David la ajena esposa
El que mostró del mundo los engaños,
Y si la madre de Samuel dichosa,
Por verse libre de injuriosos daños,
Hacen fiestas, banquetes y alegrías,
Regocijando los dichosos dias;

¿Qué mucho que la tierra se alboroce
Al nacer de la aurora sacrosanta,
Viendo que el cielo así se alegre y goce,
Mirando de Jesé la ilustre planta?
Gózase el cielo, como la conoce,
Y alegre á su Criador canciones canta;
La tierra brota flores de alegría
Al nacer deste sol que alumbra el dia.

Al tiempo pues que mas se regocija
Del ilustre Joaquin la alegre casa,
Y por las venas el contento aguija,
Que en celestial consuelo los abrasa,
Gozando de la no esperada hija
El gozo interno y el placer sin tasa,
Llega Josef, y la dichosa nueva,
El bien aumenta, y el placer renueva.

Hacen alegres corros los pastores,
Los groseros vaqueros y gañanes,
A quien las varias mezclas de colores
Los hace, aunque mas rústicos, galanes;
Con guirnaldas de yerbas y de flores,
Con ramos de laureles y arrayanes
Muestran entre las voces y los gritos
Los corazones en la frente escritos.

Y por secreto y celestial misterio
Ordenan fiestas y componen danzas,
Y al son del caramillo y del salterio
Hacen groseramente sus mudanzas,
Festejando por todo el hemisferio
La vida de las tardas esperanzas,
El parto alegre, el nacimiento santo,
Que volvió en dulce risa el triste llanto.

Con rostro alegre y ánimo gozoso
Reciben al esposo bien nacido,
No conocido por su digno esposo,
Mas por su deudo y sangre conocido;
Y con agrado afable y amoroso
Le dan el parabien de bien venido,
En especial el padre anciano y grave,
Que su real sangre y descendencia sabe.

Temblando el venerable viejo, dijo:
«¡Oh gran Josef! Seais muy bien llegado;
Solo hiciera mayor mi regocijo
Ver en mi casa huésped tan honrado;
Que parece que en vos contemplo un hijo
Que aumenta el bien de la que Dios me ha dado,
Tan bella, que ojos y alma me enamora,
Cifra en quien Dios sus bienes atesora.»

Y alzando alegre los ancianos brazos,
Los echa al juvenil gallardo cuello,
Pagando con recíprocos abrazos
Al venerable viejo el jóven bello,
Dando en las almas mas estrechos lazos,
Que alegra el gusto de llegar á vello;
Le mete al real palacio que en sí encierra
La reina, que ha de serlo en cielo y tierra.

Cual suele verde, enamorada yedra
Vestir las piedras del antiguo muro,
Que con su vecindad lozana medra
Contra el fiero rigor del tiempo duro;
Así, enlazada á la materna piedra
La yedra hermosa del verdor seguro
Halla Josef, y con divino colmo
Ve el fruto fértil del estéril olmo.

Mira la seca vara florecida,
La piedra inculta que agua pura ofrece,
El roble agreste vuelto árbol de vida,
Donde de Jericó la rosa crece;
A la desnuda tierra revestida
Del verdor con que el cielo la enriquece;
La mina que descubre su tesoro,
La noche de quien nace el alba de oro.

Llega Josef, y entre grandezas tantas
Adora los despojos celestiales,
Besando humilde las rosadas plantas,
Dignas de hollar estrellas inmortales;
Y viendo de sus luces sacrosantas
Los rayos con el mismo sol iguales,
Tiembla con un respeto que le admira,
Que un no sé qué de Dios en ella mira.

El gran Joaquín con un santo respeto
De entre los pechos maternales quita
El tesoro, que al mundo está secreto
De la mas que preciosa margarita,
Y con afable y amoroso afeto
La ofrece al gran Josef que la visita;
Mas él, temblando, humilde reverencia
De la recien nacida la excelencia.

«Fénix divina, dice, aurora clara,
Imágen celestial, luz verdadera,
Hermosa idea de la hermosa cara,
Que ilustra con su luz la eterna esfera;
Por Dios, hermosa niña, te adorara,
Si al mismo Dios por Dios no conociera;
Mas una cosa el alma me asegura,
Que eres de todas la mejor criatura.

»Que tanta gloria como de tí sale,
La rara majestad que te acompaña,
Tanto en el alma que te goza vale,
Que te respeta por divina hazaña,
Creyendo no hay criatura que te iguale,
En cuanto Febo mira y Tétis baña,
Pues tu bondad me lleva, ¡oh niña tierna!
A que conozca la verdad eterna.

»A no saber que es uno el Dios que adoro,
Y que es error que dos haber pudiera,
Quemara incienso y ofreciera el oro
A aquese bulto que por Dios creyera;
Que tan rico hermosísimo tesoro
No miró al cielo ni mirarle espera,
Pues tanto á tierra y cielo te prefieres,
Que de cuanto no es Dios lo mejor eres.

»Ofrezcan las aladas jerarquías,
Los bellos y abrasados serafines,
Que alegres gozan los eternos dias
Entre siempre odoríferos jardines,
Al resplandor que de tu rostro envías,
Purpúreas rosas, cándidos jazmines,
Conociendo de aquesas prendas bellas
Que son contigo como al sol estrellas.

»Cesen de las mujeres mas fieles
Sus justas alabanzas mas que humanas;
Callen ya las Rebecas y Raqueles,
Las Débboras, Esteres y Susanas,
Sáras, Abigailes y Jaeles,
Bellas Judiches, venerables Anas,
Pues son con tu grandeza milagrosa
Como es el mirto con la palma hermosa.

»Cesen las Vestas, Palas, Citereas,
Las Dianas, Floras, Marcias, Fulvias, Celias,
Las Hipodamias y Pantasileas,
Hermiones, Penélopes, Aurelias,
Hipólitas, Europas y Panteas,
Elenas, Ariadnes y Cornelias,
Sibilas, Policenas, Artemisas,
Cleópatras, Euridices y Elisas.

»De las nueve Piérides cantoras
Cese la suavidad y la dulzura;
De las Carites tres congraciadoras
El agrado y la gracia mal segura;
Cese de las bellísimas Pandoras
De los ajenos bienes la hermosura;
Cese de toda la naturaleza
Ciencia, agrado, virtud, gracia y belleza.

»Cesen del rojo sol las hebras bellas,
Ante las de oro que esa beldad cria,
Pues puestas las del sol delante dellas,
Serán como con él su hermana fria;
Cese la claridad de las estrellas
Ante los ojos donde nace el dia,
Y ante la luna hermosa de esa frente
La rosada portera del Oriente.

»Cese ante las mejillas soberanas
La mezcla de jazmines y de rosas,
La plata, los rubíes, perlas y granas,
Claveles y mosquetas olorosas,
Los corales y nácares indianas,
Ante las puertas de la boca hermosas
Y ante el aliento que ese pecho envia,
Cuanto Pancaya y el Arabia cria.

»Y ante esas manos y divino pecho
Cese el cristal, el alabastro y nieve,
Pues es el templo para su Dios hecho,
Y ellas, á quien el cielo gloria debe,
Él, el que al mismo autor ha satisfecho;
Ellas, por quien divinas gracias llueve;
Él, claro espejo, donde Dios se mira;
Y ellas, por quien amor sus flechas tira,

»¿Quién, niña hermosa, llegará á miraros
Que deje eternamente de quereros?
De mí sé que no puedo no adoraros,
Aunque sé que no puedo mereceros;
Sé que se debe al veros el amaros,
Como al cielo el favor de poder veros;
Que es veros y no amaros imposible,
Y amaros y no veros insufrible.

»Ilustre y hermosísima María,
Mi deuda sois, y es tal en la que quedo,
Que, aunque sé conocer que lo sois mia,
La mucha en que os estoy, pagar no puedo;
Que ennoblece la gloria deste dia
La sangre real que indignamente heredo,
Pues que tan noble deuda y tal parienta
Honor y gloria á su familia aumenta.

»Creced, ilustre, soberana planta,
Tended las ramas de la beldad vuestra,
Pues que sois del amor imágen santa,
Del agrado y belleza hermosa muestra;
Creced con tal ventura y gracia tanta,
Engrandeciendo la prosapia nuestra,
Que renazca el consuelo y alegría
En tan alegre y venturoso dia.

»Creced de ilustre tronco noble rama,
Creced á los serenos rayos claros
De la luz paternal que se derrama
En los bienes que el cielo quiso daros;
Ocúpense las lenguas de la fama
En los merecimientos vuestros raros,
Y sed de castidad un raro ejemplo,
Espejo de bondad, de virtud templo.

»Veais ¡oh ilustres padres! desta prenda
Tan bien logrado y venturoso empleo,
Que el cielo alabe, y que la tierra entienda
No erró el amor, y que acertó el deseo;
Veais que tan gloriosamente extienda
Del blason vuestro el singular trofeo,
Que su rara grandeza vaya escrita
Desde el blanco aleman al vago scita.

»Y sea, padres dichosos, norabuena
El parto alegre y nacimiento santo.
Gozad la niña, en quien el cielo ordena
Gloria á si mismo y á la tierra espanto;
Cese la larga y desabrida pena,
Que en confusa vergüenza os tuvo tanto;
Resucite el contento y alegría
Con la ventura deste hermoso dia.

» Que de una concepcion tan milagrosa,
Hecha por órden del Autor divino,
Que anunció el ángel de la vista hermosa,
Rompiendo alegre el aire cristalino;
Que á la puerta dorada y especiosa
Llevó á los dos por celestial destino,
Se ha de esperar que el fruto deseado
Ha de ser honra de quien le ha criado.»

Dijo, y volvió á besar las tiernas plantas
De azahares blancos y claveles rojos,
Y de gusto de verse en glorias tantas,
El corazon distila por los ojos;
Enternecido entre las prendas santas
Adora los bellísimos despojos,
Y en castísimo amor, de amor deshecho,
Queda encendido de su amor su pecho.

El anciano Joaquin vuelve y revuelve
La dulce prenda y niña milagrosa,
Y sus ojos en lágrimas resuelve,
De gozo alegre y alegría gozosa;
Con ella sus honrados brazos vuelve,
Para entregalla á su querida esposa,
Allegando á su pecho frio, helado,
El bien que el cielo por su bien le ha dado.

La estéril, ya fecunda, entre sus brazos
Recibe el dulce fin de sus enojos;
Dándole besos mil y mil abrazos,
Enseña el alma en los alegres ojos,
Uniendo con estrechos dulces lazos
A sus copiosos pechos sus despojos,
Sus mejillas de gozo humedeciendo,
El tierno corazon de amor ardiendo.

En esto pues, con olorosas teas
De mirto, palma, cinamomo y nardo,
Que vuelven claras las tinieblas feas
De la noche que enseña el rostro pardo,
Allega de las rústicas aldeas
Un corro pastoril, suelto y gallardo,
Alegrando la patria venturosa
De la que es mas que el sol y cielo hermosa.

Y coronados de piadosa oliva,
Traen un laurel lozano, siempre verde,
Al cual del tiempo la inclemencia esquiva
Ni sus hojas marchita ó verdor muerde;
Diciendo en altas voces: «¡Viva, viva
La niña, por la cual su infamia pierde
Aquesta casa!» Y ante sus umbrales
Le trasplantan con voces desiguales.

Y luego, al rededor todos bailando,
Al son del tamboril, mudanzas varias,
Están alegremente festejando
A la que ha de cumplir tantas plegarias;
De cedro y de romero van formando
Alegres y vistosas luminarias,
Que compite su luz con las estrellas,
De que hace el cielo luminarias bellas.

El gran Josef las fiestas ve y escucha,
Y en Dios alegre su buen celo alaba,
Viendo el mucho contento y gracia mucha
Que los groseros pechos ocupaba;
Cuál ve que canta alegre, y cuál que lucha,
Cuál que otro juego empieza si uno acaba,
Cuál que, corriendo ó que zapateando,
Sus diferentes gracias va mostrando.

Entre las castañetas que repican
Muestran su gozo y mucha ligereza,
Y las virtudes que desean publican
De la que excede á la mortal belleza;
El laurel siempre verde le dedican,
Pronosticando su inmortal pureza,
Dando á sus padres todos la en buen hora,
Y á Josef santo, que de gozo llora.

En estos juegos, fiestas y alegrías
Estuvo el noble deudo entretenido,
Gozando algunos, aunque pocos dias,
Del agrado de Dios recien nacido;
Y al fin, luchando entre congojas frias
De ver el corto tiempo ya cumplido
Que á un cuerdo honrado huésped se concede,
Hace que en su contento corto quede.

Con discreta razon su gusto mide,
Aunque, al partirse, tanta pena siente,
Que el corazon del pecho se divide,
Imaginando de su amada ausente;
Y así, llorando, triste se despide,
De aquella ilustre casa y santa gente,
Volviendo á ver la niña, en quien se arroba,
Y la que el alma y corazon le roba.

Las mejillas en lágrimas bañadas,
Llorosamente así se despedia:
«¡Ay dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Dentro en mi alma vais depositadas,
Enriqueciendo la memoria mia.
¡Quién, ya que os miró, niña, no os dejara,
O al dejaros, la vida se acabara!»

Así, cual suele enamorado tierno,
Que deja la recien amada esposa,
Hacer el pecho un amoroso infierno,
Ausente su querida venturosa,
Que el tiempo breve le imagina eterno
Para volver á ver su prenda hermosa,
Que al despedirse teme y se acobarda,
Y al irse vuelve, y al partirse aguarda;

Así Josef, que al mismo amor excede,
Al despedirse con amor se queja;
Ni sabe si se parta ó si se quede,
Pues mas se queda, mientras mas se aleja;
Ve que quedar y que partir no puede,
Y que si parte, el alma y vida deja,
Que quedar y partir es imposible,
Y partir y vivir pena insufrible.

Al fin se aparta de la niña hermosa,
El noble corazon hecho pedazos,
Dejando el alma á la divina esposa
Entre las hebras de los rubios lazos;
Y con vista encogida y amorosa,
Al Joaquin santo da tiernos abrazos,
Cuyas nevadas canas humedece,
Que el gusto mengua y la congoja crece.

Y hasta los umbrales venturosos
Joaquin al noble huésped acompaña,
Y con nuevos abrazos amorosos
Le muestra gusto y voluntad extraña;
Y como á los ausentes dolorosos,
El mucho bien que pierden mas les daña,
Josef se parte, y al partir suspira,
Y el dulce bien que deja atento mira.

Acompañando todos los pastores
Al amado Josef, van derramando
Hojosos ramos y olorosas flores
Por la tierra que el Santo va pisando,
Y de la estirpe real de sus mayores
Alabanzas dignísimas cantando;
Mas él, humilde en Dios, les agradece
La fiesta pobre, que mayor merece

Contra su voluntad con varios juegos
La escuadra pastoril se alegra y canta,
Y inobediente á sus humildes ruegos,
Va acompañando á la persona santa;
A todos, en su grave vista ciegos,
Su mucho agrado y santidad espanta,
Y hasta las puertas de la ciudad fuerte
Le van acompañando desta suerte.

Al despedirse, con alegre cara
Los abraza, enternece y enamora,
Mostrando el alma entre los ojos clara;
Cada cual, despidiéndose, le adora;
Cuál, si él quisiera, al Santo acompañara,
Cuál que, al partirse, de tristeza llora,
Mas el Santo se parte, y yo entre tanto
Quedarme quiero, dando fin al canto.

CANTO IV.

De la eleccion del santo Patriarca para esposo de nuestra Señora.

De aquel lleno de plumas y pelado,
Que cojo y con muletas veloz vuela,
Y comiendo los hijos que ha engendrado,
Sin ser sentido á todo el mundo asuela;
Del que de una hacha abrasadora armado
Lo mira todo y todo lo revela,
De aquel cobarde que nos vence huyendo,
Lo que con él se hace deshaciendo;

Del que es de la verdad padre piadoso,
De todo lo demás fiero padrastro,
Pues en cosa que vió su rostro odioso
Apenas deja de lo que fué rastro;
Del que al jaspe y al pórfido precioso,
Pedernal, mármol, bronce y alabastro
Derriba, humilla, quiebra, desbarata,
Deshace, huella, rompe, hiere y mata;

De aquel avaro franco, jóven viejo,
Mas anciano y antiguo que la muerte,
Nacido con aquel hermoso espejo
Que por el aire y tierra su luz vierte;
De aquel que da, aunque tarde, buen consejo,
Haciendo fea la hermosa, flaco al fuerte;
De aquel mudable en su soberbio carro,
Ya de oro y plata, y ya de cobre y barro;

De aquel que igual y justamente mide,
Después del cielo, cuanto su amor cria;
Que ardientes rayos de calor despide,
Y heladas nieves y granizo envia;
Que en desiguales partes se divide,
Ya largo haciendo, ya pequeño el dia,
Siendo tardo, veloz, rico, desnudo,
Pródigo y avariento, sabio y rudo;

De ciervos velocísimos tirado,
De halcones ligerísimos servido,
De cualquiera nacion despedazado,
Y en diferentes partes dividido;
En edades y siglos desmembrado,
En lustros, años, meses repartido,
En dias, noches, horas y cuadrantes
En grados, en minutos, en instantes;

De aquel que con tristísimos estragos
Supo arruinar las fuertes Babilonias;
Del que hizo y destruyó los Areopagos,
Los Corintos, las Tébas, las Ausonias;
Del que Ménfis, Albanias y Cartagos,
Troyas, Numancias, Cretas, Macedonias,
Asirias, Persias, Capadocias, Cumas,
Huella ligero con sus canas plumas;

Deste que siempre nace y siempre muere,
Que no se deja ver sino un instante;
Deste que á todos atropella y hiere
Con la segur de rígido diamante;
Que ni tenerse sabe ó parar quiere,
Hecho siempre perpetuo caminante;
Que el monte humilla, el valle ensoberbece,
Y todo lo remoza y envejece;

Deste de nadie apenas conocido,
De todos igualmente deseado,
Siempre por nuestras culpas mal perdido,
Siempre por nuestros daños bien llorado;
Deste que aun no sabemos si es venido,
Cuando sabemos cierto que es pasado;
De aqueste que en su carro trasparente
Teniéndole se parte y no se siente;

Del que en su cierta inevitable fuga
Arruina, tala, roba, rompe, estraga,
La juventud lozana ara y arruga,
La gracia y hermosura hambriento traga;
Lágrimas saca, lágrimas enjuga,
Que da la medicina y da la llaga;
Deste que la aguijada al cetro cruza
La real corona y tosca caperuza;

Deste ladron de nuestros breves gustos,
Gitano que adulando nos engaña,
Espejo claro, donde ven los justos
La verdad, cuya luz los desengaña;
Deste asombro de hermosas y robustos,
Letrado no creido, bien que daña,
De cabezas ajenas escarmiento,
Plomo en las penas, y en los gustos viento;

Deste templado, frio, caluroso,
Deste sano y enfermo, alegre y triste,
Que al feo octubre y al abril hermoso
Desnuda fiero y lisonjero viste;
Deste que al bronce duro y mar furioso
Mudo se atreve y atrevido embiste;
Deste caduco y hechicero tiempo
Que sin tiempo nos deja al mejor tiempo;

Deste que por su dicha fué tan santo,
En que aparece de Balaan la estrella,
Que en la tierna niñez admira tanto
La beldad mucha y gracia que hay en ella;
Siendo un divino asombro y raro espanto,
Ver en cuerpo tan bello alma tan bella,
En tan pequeña edad tanta cordura,
Igual la gentileza y la hermosura;

Tres veces doce vueltas habia dado,
Alumbrando la noche por su esfera,
La blanca hermana del Timbreo dorado,
Siguiendo siempre su veloz carrera,
Cuando el Señor de todo lo criado
Quiere que le presenten la cordera
Que amansará al leon dentro en su pecho,
Cordero manso por los hombres hecho.

Consulta con Joaquin la amada esposa
De consagrar á Dios la prenda bella,
Y pues hizo su casa venturosa
Enriquecer la suya á Dios con ella;
Y así, dedican á la niña hermosa
Al templo de su Dios, siéndolo ella,
Hasta la edad del himeneo gozoso,
Que aumente su linaje venturoso.

Allí en virtudes y belleza crece,
En el divino amor entretenida;
Allí á su Dios su castidad ofrece,
Haciendo en años tiernos santa vida;
Allí la pasa hasta los años trece,
De los cuales hay ley establecida
No haya ninguna que á catorce pase,
Y si llegare que se vaya ó case.

El gallardo Josef, por otra parte,
Su patria venturosa humilde habita,
Y entretenido en su ingeniosa arte,
Sus virtudes divinas ejercita;
Su hacienda á pobres con amor reparte,
Los enfermos y cárceles visita,
En perpetua oracion siempre ocupado,
En Dios de su parienta enamorado.

Dentro en su pecho y corazon propone
De guardar castidad perpétuamente,
Y que su estirpe ilustre le perdone,
Que en su propagacion él no consiente,
Si no es que Dios, que todo lo dispone,
En su libre cerviz el yugo asiente.
De aquesta suerte hace el santo voto
Mientras su vida devanare Cloto.

BIBLIOTECA LEO

De aqueste modo el uno y otro pasa
De su lozana edad los verdes años;
Ella teme dejar de Dios la casa,
Él de la mocedad cerril los daños;
Ella en fuego de amor de Dios se abrasa,
Él huye de los hombres los engaños;
Ella perpetua castidad profesa,
Él hace della á Dios igual promesa.

Ella suplica á Dios que al suelo baje
Enriqueciendo la mortal criatura;
Él pide que ennoblezca su linaje,
Que su eterna palabra le asegura;
Ella pide se vista el pobre traje,
Que ya se va cumpliendo la escritura;
Él pide el fin de las promesas ciertas
Que ha de hacer francas las cerradas puertas.

El uno y otro en esto entretenido
El ya cercano bien pide y vocea,
Ella el pecho castísimo encendido,
Esclava de sí misma ser desea;
Él en el bien que pide enternecido
Dichosa llama al alma que tal vea;
Ella de gozo en su esperanza llora,
Él á la madre y al nutricio adora.

En esto llega el sacerdote grave,
Y ante el virgíneo bulto se arrodilla,
Adorando la luz pura y suave,
Delante quien el sol la suya humilla;
Que de su santidad ya el templo sabe
Que es asombro y del cielo maravilla,
Y con aquel respeto que le debe
Así propuso su demanda breve:

«Muy bien sabeis, ¡oh Virgen palestina!
Y mas que humana angélica criatura,
Lo que nuestra ley santa determina
En las que guardan virginal clausura;
Y que es guardada tradicion divina
Y que inviolable eternamente dura
Que la virgen que de años trece pasa
Se case y deje aquesta por su casa.

»Así que, ¡oh Virgen! de virtudes llena,
De tronco ilustre soberana planta,
Pues el cielo en aquesta edad ordena
Deis al conyugal yugo la garganta,
Siendo Virgen de todas la mas buena,
Ejemplo raro de obediencia santa,
Ejecutad el mandamiento justo
Dando a los cielos obediencia y gusto.»

La Virgen modestísima responde:
«Saber, Padre santísimo, debrias
Cómo en su seno ya la tierra esconde
De mis dos padres las cenizas frias,
Y que si no es aquí, yo no sé donde
Mejor pueda pasar mis pocos dias,
Pues mis padres á Dios me han consagrado,
Y yo mi voluntad santificado.

»Y fuera desto darte parte quiero
Cómo á aquel Dios de sin igual grandeza,
De las almas esposo verdadero,
Sacrifiqué mi virginal pureza;
Y así, gran sacerdote, te requiero
Por su deidad y inacesible alteza
Que, guardando mi voto, aquí me dejes,
O lo que mas me importa me aconsejes.»

Turbado un poco, admiracion le puso
La novedad del peregrino caso,
Y ya maravillado, ya confuso,
Apenas mueve el perezoso paso;
Y cuando a responderla se dispuso,
En sus razones queda tan escaso,
Que hablar casi no puede, y luego parte
A dar á los demas del caso parte.

Entran los sacerdotes en consulta,
Y ella en Dios levantando su esperanza,
La inescrutable Majestad consulta,
Que es de los cielos bienaventuranza;
Y en ella firme espera qué resulta
De su bien empleada confianza;
Su grave caso en esto se decide
Segun la gravedad del caso pide.

La novedad del caso los eleva,
Y al fin entre ellos no se determina;
Espántanse de que haya quien se atreva
A voto de virtud tan peregrina;
Temen introducir costumbre nueva
Contra el justo deseo, que camina
A ver el dulce fin tan pretendido,
A los de su linaje prometido.

Saben por otra parte cuanto obliga
Cualquier voto que á Dios se prometiere,
Y saben que él por su profeta diga
Que se le cumpla el voto que se hiciere;
Y así, hay quien el voto contradiga,
Como hay tambien quien defenderle quiere;
Uno ensalza y alaba el santo zelo,
Otro replica que se ofende el cielo.

La grave junta en votos dividida,
De tanta religion y prendas santas,
Determina que en causa tan reñida
De pareceres y opiniones tantas,
Con reverencia y humildad se pida
A aquel que pone sobre el sol sus plantas,
Que su secreta voluntad revele
Como en casos cual este hacerlo suele.

Encienden los ministros sacro fuego,
Queman encienso rubio y blanca cera,
Y ante el altar sagrado postran luego
Los pechos llenos de humildad sincera;
Y en oraciones de afectado ruego,
El sacerdocio la respuesta espera,
Cuando entre la oracion y el tierno llanto
Sonó una voz de hácia el sagrario santo.

Cuajó las venas un temor helado,
Y mezclando el temor y regocijo,
Entre el silencio mudo y sosegado,
La soberana voz aquesto dijo:
«De aquel linaje bienaventurado
Que hizo cabeza real de Jesé el hijo,
Vengan los descendientes soberanos
Con secas varas en las fuertes manos.

»Y ante el altar de las cortinas rojas
Estando juntos, como el cielo quiere,
Aquel mancebo ilustre es bien que escojas,
Que tan dichoso ¡oh sacerdote! fuere,
Que brotando su vara frescas hojas,
Flores divinas y olorosas diere,
Que aqueste el cielo por esposo envia
De la ilustre hermosísima María.»

Quedáron todos con razon turbados,
Y despachando á partes diferentes,
En breve tiempo fueron convocados
Del real David los claros descendientes;
Y juntándose todos los llamados
A la voz santa humildes y obedientes,
En la casa divina y soberana
Entra la bella juventud lozana.

Cuál hay altivo que se gallardea,
Y entre las ricas y vistosas galas
El gentil cuerpo y ánimo hermosea
Tendiendo, cual pavon, las bellas alas;
Y cuál que el premio virginal desea,
Entre sus pensamientos hace escalas,
Para batir los estrellados fuegos
Con votos justos y piadosos ruegos.

Cuál que gallardo muestra cuanto vale
En la excesiva costa del vestido,
Y cuál que como el sol soberbio sale,
Prometiéndose el premio prometido;
Cuál que piensa no hay nadie que le iguale
De los nobles mancebos que han venido;
Cuál espera entre tantos pretensores
Que dé su seca vara frescas flores.

Cuál se promete el nuevo paraíso
Por Salomon discreto y David sabio,
Y cuál espera en su beldad y aviso
Llevarle sin hacer á nadie agravio;
Cuál por bello Absalon, cuál por Narciso
Aguarda el dulce sí del casto labio,
Cuál que por Midas le caerá la suerte,
Cual por Saul dichoso ó Sanson fuerte.

Como suele la gente cortesana
Que obliga al escuadron recio y membrudo
Al palio rojo de la Tiria grana,
Saliendo cada cual medio desnudo,
Que á Atalanta corriendo se la gana,
Volando cada cual lo mas que pudo,
Haciendo muestra de su gran destreza,
De su soltura, fuerza y ligereza;

No de otra suerte la llamada gente
Al tesoro encerrado se dispone,
Y con deseos de un amor ardiente
El hermano al hermano se antepone;
Nadie primero en la eleccion consiente;
El deudo y amistad aquí perdone,
Que cada cual pretende que su vara
Dé claras muestras de su dicha clara.

Josef con pecho y ojos humillados,
Como indigno del premio prometido,
Espera ver de todos los llamados
Cual ha de merecer ser escogido;
A todos mira inquietos y turbados,
En sus varas su mas noble sentido,
Esperando si nace su ventura
En las flores que el cielo á uno asegura.

Cuál á Dios ricas víctimas promete,
Con pecho humilde y alma enternecida,
Si ve salir el fresco ramillete,
Que será el ramo que traerá su vida;
Cuál sus deseos por las nubes mete,
Solicitando la beldad querida;
Cuál promete la media de su hacienda,
Si le da el cielo la adorada prenda.

Cuál con su sangre y vida á Aaron comprara
La vara que, cobrando nueva vida,
Brotó las flores de belleza rara
Para trocarla á la que tiene asida;
Y cuál suspira por la ilustre vara,
Que fué en fiera culebra convertida,
Que vara que alcanzó tantos favores
Pudiera producir hojas y flores.

Cuál, pospuesto de Dios el temor santo,
Quisiera consultar la Pitonisa,
Para que con la fuerza de su encanto
De los demás hiciera escarnio y risa;
Cuál de los magos de Faraon del canto
Desea la magia, donde el Rey se avisa,
Que hiciera, aunque aparentes flores bellas,
Que convirtiera en glorias sus querellas.

Cuál de Scitia, de Cólcos y Tesalia
Por las infames yerbas gime y llora,
Por gozar de quien vence á la Accidalia
Madre del ciego, que en su pecho mora;
Cuál de Medea, que bajó hasta Italia,
Por remozar al padre del que adora,
Desea la falsa ciencia y vano encanto,
Por ser esposo de la que es su espanto.

Cuál el pecho amoroso abrir quisiera,
Y trasplantar en él la seca vara,
Que el calor mucho de su amor hiciera
Que sus entrañas duras ablandara;
Los dos ojos en nubes convirtiera,
Y con lluvia del alma la regara,
Para que enternecida á sus amores
En favor de su dicha diera flores.

Josef, de humildad rico y bondad lleno,
Aunque en Dios, de su prima enamorado,
De merecer tal bien se juzga ajeno,
Y estase de su dicha descuidado;
Siempre presume poco el que es mas bueno,
Que el bueno está de sí desconfiado,
Y así al varon dichoso le parece
Que la beldad que adora no merece.

Tambien el celestial divino empleo,
Que hizo á los cielos de guardar pureza,
Le está enfrenando el conyugal deseo,
Aunque es su prima el sol de la belleza;
Y así al amado virginal trofeo,
Que de David espera la nobleza,
Aguarda á ver qué dueño Dios le ofrece,
Pues todos saben que el mejor merece.

En esto ante el divino altar sagrado
La escuadra juvenil gallarda llega,
Y cada cual, así como es llamado,
Que sea escogido humildemente ruega;
El gran Josef con ánimo humillado
El grave rostro enternecido riega,
Esperando el suceso venturoso
Del que hace de su prima el cielo esposo.

Ya el deseo y esperanza es insufrible
A cada cual que el caro bien desea,
Y aunque conocen que es caso imposible,
Que de mas de uno el premio hermoso sea,
Cada uno espera ser, como es posible,
El que en la dura vara flores vea,
Y así, á mas de uno dellos le parece
Que su vara se aumenta y reverdece.

Ya todo el pueblo atento está á la mira,
Las flores prometidas atendiendo,
Cuando la mano de Josef se admira
Su seca vara humedecida viendo;
Y temeroso en Dios, temblando mira
Que se va hinchando y va reverdeciendo,
Y entre turbadas ansias y congojas,
Ve flores blancas entre verdes hojas.

Tras esto por el aire ven que asoma,
Portento raro, prodigioso y nuevo,
Una sencilla y cándida paloma
Buscando al noble sin igual mancebo;
Y que con blando arrullo alegre toma
Asiento entre las flores del renuevo,
Señalando con vista milagrosa
El digno Esposo de la niña hermosa.

El pueblo absorto, alegre y admirado
Aclamando á Josef, la voz levanta,
Y el sacerdocio en tono levantado
Himnos alegres y canciones canta,
Celebrando el valor del señalado
Con blancas flores y paloma santa;
Repite el pueblo en desiguales voces:
Largos años, Josef, tanto bien goces.

La escuadra juvenil de gozo llena,
Viendo de su parienta el digno empleo,
Y que el ir contra el cielo que lo ordena
Es impiedad y loco devaneo,
Llega á dar á Josef la enhorabuena,
Que le dure á medida del deseo,
Y él con amigo rostro y graves brazos
Los parabienes paga y los abrazos.

Y cada cual con ánimo gozoso
Procura que en su rostro Josef vea
Que no habiendo de ser él el dichoso,
En el alma se huelga que él lo sea;
Y así, ninguno dellos va invidioso
Del mucho bien que en él el cielo emplea;
Que tanto puede la virtud divina,
Que los rebeldes ánimos inclina.

Llega la nueva alegre y venturosa
A la noble honestísima María,
Y con humilde vista vergonzosa
Da el grave rostro muestras de alegría;
Y del Señor de majestad gloriosa
Mas firme el voto prometido fía,
Poniendo entre sus manos inmortales
Sus votos y promesas virginales.

Llegan luego del templo las doncellas
Prostrando por el suelo las rodillas,
Vertiendo aljófar rico y perlas bellas
Por la nieve y coral de sus mejillas;
Ella, cual sol delante las estrellas,
Muestra en su rostro nuevas maravillas,
Sus tiernas compañeras abrazando
De su forzosa ausencia consolando.

Cuál á la dulce amiga triste abraza,
Y cuál la ausencia de su bondad llora;
Cuál tiernamente el cuello hermoso enlaza
Del templo de virtud que humilde adora;
Cuál soledad y pena se amenaza,
Ausente de la luz que la enamora,
Y cuál las manos cristalinas besa
Quedando entre ellas sin sentido presa.

La Virgen soberana enternecida
Enseña el alma en la rosada frente,
Y dice que si viene en la partida,
Es por ser á los cielos obediente,
Y que teme en la triste despedida
Su pena mucha y la que en ellas siente,
Y que si el cielo se lo permitiera,
Siempre su indigna amiga y sierva fuera.

Por otra parte, todos los varones
Vienen en procesion acompañando
A aquel que el cielo con los ricos dones
Se mostró en su eleccion propicio y blando;
Y entre himnos dulces, músicas, canciones
Los graves sacerdotes van cantando,
Pronosticando entre sus alabanzas
De tal principio ricas esperanzas.

El pueblo todo alegre le bendice,
Reverenciando el bello rostro grave,
Y al cielo justo piden que eternice
La bondad suya, que él tambien alabe;
Cada cual bendiciones mil le dice,
Viendo el merecimiento que en él cabe;
Y á su posada vuelve, donde espera
Ver del hermoso sol la luz primera.

La soberana virgen Palestina,
Suspensa en la oracion acostumbrada,
El alma humilde y corazon inclina
A la deidad de majestad sagrada,
Pidiendo que su voluntad divina
Le sea como otras veces revelada,
Que ya sabe su voto y su promesa,
Y que ya su clausura amada cesa.

Dió clara luz la refulgente lumbre
De un mensajero celestial alado,
Que de la impírea inaccesible cumbre
Viene á la Virgen bella despachado;
Y aunque á su luz el cielo se deslumbre,
El á la de la Virgen deslumbrado,
Con el acostumbrado acatamiento,
Así declara el celestial intento.

«Tu belleza y bondad, que á la mia excede,
Virgen de suma y sin igual belleza,
Desde tu nacimiento tanto puede
Con el Señor de la inmortal grandeza,
Que hace que el voto confirmado quede
Que ya le hiciste de guardar pureza,
Ordenando que eternamente guardes
El voto casto, en cuyo amor te ardes.

»El esposo que el cielo te ha escogido,
Que fué antes de nacer santificado,
Y nunca el noble cuello vió rendido
Al fiero yugo del mortal pecado;
El voto, que has al cielo prometido,
Condicional le tiene á Dios votado;
La tempestad que tú en tus pensamientos,
Está pasando entre contrarios vientos.

»Y porque voy á verle, á Dios, Señora.»
Y el aire cristalino sacudiendo
Con las alas de estrellas con que dora
El templo santo por quien va saliendo,
Deja su reina, que gozosa llora,
Gracias eternas á su autor haciendo,
Y llega al santo Jóven desvelado,
Y dice el ángel de color rosado:

«Santísimo Josef, sálvete el cielo:
No temas al que muchas veces viste;
Cese el penoso y grave desconsuelo
En que te miro desvelado y triste;
Dios te agradece el casto y justo celo
Del santísimo voto que le hiciste,
Y de nuevo confirma tu demanda,
Y lo que tu deseas por mi manda.

»Mañana, ¡oh ilustre jóven valeroso!
Has de ser dueño de la bella infanta,
Que es de la luz del sol espejo hermoso
Y intacta flor de su dichosa planta;
Serás, justo Josef, amado esposo
De la criatura mas hermosa y santa
Que miró el cielo ni gozó la tierra,
La que mayor virtud y gracia encierra.

»Voto de castidad ha prometido,
Y por su guarda fiel y cierto amparo
El cielo soberano te ha escogido
Por el mejor de tu linaje claro;
Y en virtud della Dios te ha prevenido
Con los favores de su poder raro:
Serás testigo de su vida casta,
Y adios, Josef, porque lo dicho basta.»

Como suele cometa hermosa y clara
Tender los rayos de su luz bermeja,
Que por su rubio rastro nos declara
El lugar celestial donde se aleja;
Así el mancebo de la hermosa cara
Por el divino resplandor que deja
Muestra cortando el tenebroso velo
Que hace carrera al estrellado cielo.

Pasmóse el gran Josef, y en sí volviendo,
Reverencia al divino alado paje,
Eternas gracias á su autor haciendo
Por el favor del celestial mensaje,
Con alma y vida humilde agradeciendo
El bien con que engrandece su linaje,
Y el celestial con que la duda cesa
Del cumplimiento fiel de su promesa.

En esto el gran Josef la noche pasa,
Deseando ver el perezoso dia
En que á la imágen de beldad sin tasa
Reciba en casta y dulce compañía;
Y como al pecho justo el fuego abrasa
De su esposa santísima María,
La noche corta le parece eterna,
Y la esperanza breve sempiterna.

Y ya como divino enamorado,
Castos deseos dentro el alma forma,
De ver el bien que por su bien le ha dado
El que á los cielos dió la hermosa forma;
De sí propio Josef enagenado,
En el sugeto amado se transforma,
Y entre las alas de la noche fría
Á su adorada esposa el alma envia.

La cual, con un afecto fervoroso
En Dios absorta y en su amor ardiendo,
Le pone humilde en su escogido esposo,
Su obligacion justísima cumpliendo;
Y contemplando el órden milagroso
Que en sus cosas va el cielo disponiendo,
En humildad profunda á Dios alaba,
Y antes que su oracion la noche acaba.

Contempla la virtud insigne y rara
Que en su casto Josef está encendida,
Admirando en la grave hermosa cara
La majestad réal esclarecida;
Ve como el cielo justo le declara
Por varon santo de inculpable vida;
Mira su gran bondad, su gran nobleza,
Su santidad, su gracia y su pureza.

Ya su virtud alaba y justo celo,
Y ya el divino amor por él la inflama,
Y fervorosamente ruega al cielo
La vida guarde del que en su Dios ama;
Y ya rendida al soñoliento velo,
Se recostó sobre la humilde cama.
Yo, por guardarla el suyo sacrosanto,
Pondré el dedo en la boca y fin al canto.

CANTO V.

De los desposorios de Nuestra Señora y San José.

De entre los brazos de la noche escura
Sale, el cabello de oro suelto al viento,
Aquella cuya luz serena y pura
Los astros de oro roba al firmamento,
Privando del favor de su hermosura
Al celoso Troyano mal contento,
Y en la cama de rosas y azahares
Sentóse renovando sus pesares.

Y por entre cortinas de brocado,
Entretejidas de olorosas flores,
El rostro saca del color rosado
Volviendo á cada cosa sus colores;
Su carro de cristal vió aparejado,
Escuchó de las aves los amores,
Vió que ya los gañanes se levantan,
Y que los gallos la vocean y cantan.

Mira que deja la vedada cama
Y que sale el adúltero encubierto;
Que maldice su luz la infame dama
Porque su lecho vil dejó desierto;
Mira al ladron que las tinieblas ama,
Huir por no ser della descubierto;
Que madruga el devoto al templo santo,
La recien viuda al ordinario llanto.

Mira al enfermo triste que agradece
La luz hermosa con que le visita,
Que se le entra hasta el lecho en que padece
Moderando sus ansias y su grita;
Mira el siervo que gruñe y se embravece
Contra el Señor que su quietud le quita,
Y mira al labrador y al estudioso
Desasirse del sueño pegajoso.

Mira en las oficinas de Vulcano
Que música le dan á martilladas;
Los clarines escucha en el mar cano
Alegrando sus olas plateadas;
Escucha el cuerno ronco del villano,
A quien siguen gruñendo sus manadas;
Mira que beben las hermosas flores
Las perlas de sus claros resplandores.

Ve que su carro aljófares distila
Del licor puro que de la mar saca,
Ve que de plata y oro se perfila
Con su serena luz la nube opaca;
Oye del manso la grosera esquila
Que el recental mamando su hambre aplaca,
Que se vuelve á su cueva el ladron lobo
Que deja por su luz de hacer el robo.

Mira con su menuda compañía
La madre, que dos veces les fué madre,
A quien es bien que llamen madre pia,
Pues la una vez los engendró sin padre;
Y mira que á la luz que ella le envia
El sustento les busca que mas cuadre,
Siendo madre, regalo, muro y nido
De los polluelos que han entrañas sido.

Mira que esparcen flores los jardines,
Haciendo con cuidado diligente
Dellas alfombras para los chapines
Con virillas de plata de su oriente;
Que la llaman tocando sus clarines
Los tiernos ruiseñores dulcemente,
A cuyo son, corriendo sus cortinas,
De perlas coronó las clavellinas.

Escuchó menos roncos á los gallos,
Y de hácia el mar miró como subian
Del que es alma del mundo los caballos,
Que las ondas de plata dividian;
Y mas de espacio se paró á mirallos,
Por ver la nueva luz con que venian,
Y alcanzó á ver del sol la rubia cara
Mas de lo acostumbrado hermosa y clara.

Dudando un poco y luego en sí volviendo,
Acordóse del claro hermoso dia
Que por todo el Oriente va esparciendo
Entre rayos de luz los de alegría;
En el cual, de dos almas una haciendo,
El justo noble, y sin igual María,
Entre lazos divinos de himeneo
Se tienen de ofrecer en digno empleo.

Turbada de la luz la precursora
De que tan grande su descuido sea,
Pide á la hermosa jardinera Flora
Que de sus varias flores la provea;
Y de Aqueloó, que á Deyanira adora,
Pide la copia fértil á Amaltea,
Y de olorosas flores de su Oriente
Adorna su nevada y roja frente.

Y pide á la pintora primavera
De abril y mayo flores y blandura,
De Zéfiro y Favonio cierta espera
Soplos suaves llenos de dulzura;
De la dichosa Arabia y India fiera
Carga de flores ricas de hermosura,
Y al tiempo que en su carro alegre sube,
Huye la noche envuelta en negra nube.

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abriles, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.

Llegó á Jerusalen la rubia dama,
Haciendo el templo bienaventurado
Con las flores y luz que en él derrama
Un nuevo Oriente, blanco y encarnado;
A los divinos desposados llama
Con canto de las aves, no enseñado;
Salúdalos y dales la en buen hora,
Y de nuevo la tierra y cielo adora.

Quisiera ver los desposorios bellos
En que al yugo de amor divino y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor estima y tiene en tanto;
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y ella no le trata,
Su partida importante no dilata.

Los escogidos novios despertando,
Lo necesario cada cual previene,
Sus gallardas personas adornando,
Conforme á su nobleza les conviene;
Viene de deudos el ilustre bando,
Y el pueblo todo lleno de amor viene
A acompañar al jóven valeroso
De la inculpable Vírgen digno esposo.

En esto de los cielos se descuelgan
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cuelgan
Con cifras del amor blancos pendones;
Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor puro y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

Trae entre la amorosa compañía
El blanco yugo, el himeneo gozoso;
Baja la castidad hermosa y fria,
La humilde gracia y el deleite hermoso;
Baja en alegres corros la alegría,
El dulce agrado y el placer gracioso,
Y vertiendo claveles y azucenas,
Llegan de la ciudad á las almenas.

Y al tiempo cuando de la antigua casa
Sale del gran Jacob el heredero,
Segundo Aaron, cuya bondad sin tasa
Excede al valor grande del primero,
Y el acompañamiento ilustre pasa
Del visorey de Egipto verdadero,
Llega la escuadra angélica gloriosa
Acompañando su persona hermosa.

Cual va el dorado Febo, que ha dejado
A la templada Licia donde invierna,
Que de olorosos ramos coronado,
Va á visitar á su ciudad materna,
Donde el cretense y driope mezclado
Con nuevo gozo y con dulzura tierna
Celebra alegre su benigna lumbre,
Y él se va de su Cinto á la alta cumbre;

No de otra suerte el mozo valeroso,
Mas gallardo que el sol, alegre sale,
A cuya real presencia y rostro hermoso
No hay entre todos nadie que le iguale;
El pueblo alegre, con meneo gozoso
Publica lo muchísimo que vale,
Y él con un mirar grave, agradecido,
Vuelve al lugar adonde fué escogido.

Viendo las luces puras y serenas,
Las damas bellas del mancebo grave,
Vierten rosas, jazmines y azucenas
A aquel que no hay quien dignamente alabe;
Y de amor casto y de contento llenas,
Cada cual le bendice como sabe,
Quedando como incautas mariposas
Ciegas entre sus luces milagrosas.

Los tiernos niños con alegres cantos
Celebran el varon que absortos miran;
Los viejos graves entre dulces llantos
Bendicen la prudencia, en quien se admiran;
Los mancebos, mirando bienes tantos,
A su divina imitacion aspiran,
Bendiciendo con gozo soberano
Al hombre celestial y ángel humano.

Pronosticando todos dichas ciertas
A quien el cielo da su Esposa en guarda,
Llegan del templo á las sagradas puertas
Adonde el grave sacerdocio aguarda;
Y las de la clausura santa abiertas,
Por donde ha de salir la Ester gallarda;
Sale entre las castísimas doncellas
La luna hermosa mas que todas ellas:

Presos en red de perlas los cabellos,
Mezclado el alheli, jazmin y rosa,
Y el oro rico que se mira en ellos,
Enriqueciendo su color preciosa,
Las luces graves de los ojos bellos,
Haciendo su belleza mas hermosa,
Hechos divino albergue y casto nido
Del celestial castísimo Cupido.

En la frente de rosas y jazmines
Hace cielo y morada la pureza,
Bajando los ardientes serafines
A ver la sola sin igual belleza;
Son las mejillas del amor jardines,
Adonde goza su inmortal grandeza,
Los labios bellos, puertas orientales,
Que guardan perlas, siendo de corales.

De púrpura Sidonia la basquiña,
Con ricos fresos de oro recamada,
Sale la paz de nuestra antigua riña,
Serenando la máquina estrellada;
El que los corazones escudriña,
Sale á mirar su tierna enamorada,
Y las puertas etéreas entreabriendo,
Por las del claustro ve que va saliendo.

De záfiro turquí y color de cielo
Saca el manto de estrellas matizado,
Enriqueciendo el oloroso suelo,
La luz del rostro bienaventurado;
Da á los presentes general consuelo,
Y habiendo muchos ojos deslumbrado,
Parece que del sol vestida sale,
Y el sol se pasma en ver que no la iguale.

Cual suele del Eurota en la ribera,
O en la famosa Cinto celebrada,
Salir hácia la hermosa primavera
Delia de sus oréades cercada,
Suelta de oro la rica cabellera,
La aljaba de marfil al hombro echada,
Entre todas sus ninfas señalarse,
Y mas bella que todas levantarse;

Así la sacra virginal Diana,
En quien el cielo tal belleza cria,
Que excede al resplandor de la mañana
Cuando viste los cielos de alegría,
En gracia y hermosura sobrehumana
Se aventaja á su amada compañía,
Quedando ante su rostro las mas bellas
Como ante el sol hermoso las estrellas.

La Virgen llega donde está esperando
El noble Esposo, á cuya luz serena
Se pasma el Santo, con razon mirando
El bien que de sí propio le enagena,
Su mucha indignidad considerando,
Mas teme, mientras piensa, que es mas buena,
Que entre los ojos virginales mira
Un respeto de Dios que en él le admira.

Con virginal vergüenza humilde llega,
Haciendo mas hermosas sus colores
La que á los ojos atrevidos ciega
Con los que esparcen castos resplandores;
El gran Josef fiado en Dios, navega
El mar, donde cifró tantos favores,
Y temblando al virgíneo acatamiento,
Se estrecha el alma, y fáltale el aliento.

Hecho el pacto y concierto venturoso
Del desposorio ante la gente grave,
Absorto queda el virginal Esposo
En la doncella, cuya virtud sabe;
Prométese por suyo temeroso,
Y pide al cielo que su dicha alabe,
Pues la divina Esposa que le ofrece
Mirarla ni servirla no merece.

Entre alabanzas y divinos loores,
Por celestial y soberana traza,
Cercado de castísimos amores,
Himeneo los cuellos les enlaza,
Y el yugo bello entre sus resplandores
Las almas dichosísimas abraza,
Dando á Josef la de su esposa bella,
Y la del Santo á la que vive en ella.

Cada cual dellos en su pecho escribe
La deuda de su amor mientras viviere,
Cada cual dellos con dos almas vive,
Y cada cual sin alma alegre muere;
Josef, que de su esposa la recibe,
Corresponderla con la suya quiere,
Ella, cual cortesana agradecida,
Por pagarle en su Dios, le da alma y vida.

El sacerdote, con alegres muestras
De la Esposa y Esposo soberanos,
Viendo enlazadas las dichosas diestras,
Dice, alzando á los cielos las dos manos:
«Gozad de las personas nobles vuestras
La gallarda presencia siglos canos,
Y en sucesion alegre y venturosa
Honrad vuestra familia generosa.

»Como el padre fiel de los creyentes
Veais de nietos vuestras casas llenas,
Alcanzando á tener mas descendientes
Que el cielo luces ni que el mar arenas;
En lazos del amor resplandecientes
Unais las almas de pecado ajenas,
La prometida fe los dos guardando,
Hagais su carga leve y yugo blando.

»Multiplique del campo la ganancia
La mano larga del poder divino,
Y acepte el cielo justo su fragrancia,
Lloviendo su rocío cristalino;
La gruesa tierra en fértil abundancia
Os dé la blanca mies y el rubio vino,
Y en Dios unidos vuestros corazones,
Goceis mas abundantes bendiciones.

»Y la de Isaac, vuestro divino abuelo,
La de Jacob y de sus tribus doce
Os dé el gobernador de tierra y cielo,
Que vuestra fe y honesto amor conoce;
Y sin sospecha de traidor recelo,
Cada cual su consorte casto goce,
De las dos voluntades una haciendo,
Y á la eterna de Dios obedeciendo.

»Vos, ilustre Josef, en quien florece
Del Visorey la castidad hermosa,
Y en quien mas dignamente resplandece
Del nombre vuestro la virtud gloriosa;
Que el nombre de Josef dice el que crece,
Y dárosle la mano poderosa,
Y ver del cielo el no visto portento
Promete en vos un singular aumento;

»Creced, nuevo y virtuoso patriarca,
Como hasta aquí en virtud habeis crecido,
Y sed gobernador de otro monarca,
Mejor que el envidiado, mal vendido;
Y antes que corte la implacable Parca
El hilo dulce á vuestra vida asido,
Veais en vuestros venturosos dias
Cumplido el largo plazo del Mesías.

»Pues de entre tantos buenos sois llamado,
Con portentos del cielo peregrinos,
Y conoceis que es bienaventurado
Quien teme á Dios y sigue sus caminos:
Y que el que come el pan que ha trabajado
Dichoso gozará bienes divinos,
Su mujer, siendo, cual la vid, no escasa
En los ladrillos de su limpia casa.

»Veais cumplida en vos esta promesa,
Y vuestros hijos, semejanzas vivas,
Veais al rededor de vuestras mesa,
Cual renuevos de fértiles olivas;
Esta es de Dios la bendicion expresa,
Al que teme sus sañas vengativas:
Bendigáos el Señor de Sion sagrada,
Criador del mundo y máquina estrellada.

»Y de Jerusalen bella y triunfante
Veais los bienes por eterna vida,
Gozando alegre, en número abundante,
Hijos de hijos cantidad crecida,
Cuyo valor sobre Israel levante
La amada paz de todos pretendida,
Haciendo mas glorioso vuestro nombre
Con dignos hechos de inmortal renombre.

»Veais Josef del señoril decoro
En nieve convertida la escarlata,
Y que las hebras que hoy envidia el oro,
Las mude el tiempo y las convierta en plata;
Veais del rico virginal tesoro,
A quien con lazo estrecho el cielo os ata,
Tan gran generacion, que exceda al cielo
En las estrellas con que ronda al suelo.

»Goce mil bendiciones soberanas
La tierra de Josef, y alegre vea
Que el cielo llueva en ella sus manzanas;
Embriáguela el rocío que desea;
De sus venas copiosas y lozanas
La sangre salte, que su frescor sea;
Déle su fruto el sol, la blanca luna
No aguarde á que en pedirla sea importuna.

»Descuélguese de la alta excelsa cumbre
De los antiguos montes su abundancia;
Dénle con amorosa mansedumbre
Los eternos collados su fragrancia;
La estéril tierra en llena muchedumbre
Multiplique en sus frutos su ganancia,
Sacando de la trox de sus entrañas
Trigo, cuyos montones sean montañas.

»Abra del pecho suyo la bodega,
Dé un mar de lo que á Lot le quitó el seso,
De su almacen para la noche ciega
Derrame arroyos de su aceite grueso;
Dé yerba y flores una y otra vega
A los ganados, que en colmado exceso
Las dehesas talen y los rios agoten,
Aunque de nuevo yerbas y aguas broten.

»La bendicion de la inmortal grandeza
Del que á Moisés apareció en la zarza,
De Josef venga sobre la cabeza,
Halcon dichoso que cazó tal garza;
Goce por largos siglos la belleza,
Adonde el casto amor preso se enzarza;
Goce bienes del cielo soberanos
El Nazareno en todos sus hermanos.

»Y vos, divina Fénix de la Arabia,
Dulce María, mar de gracia llena,
Cuya hermosura á la hermosura agravia,
Pues por menos hermosa la condena;
Mar de humildad y de prudencia sabia,
Y del mar de la mar dulce sirena,
A cuya voz santísima y sonora
Se para el sol, que della se enamora.

»María dichosa, de la mar estrella,
Que aquesto dice vuestro ilustre nombre,
Abrid la rosa de la boca bella,
Intercediendo por el primer hombre;
Nueva hermana de Aaron, y mejor que ella,
Que ella no es digna que cual vos se nombre;
Bella María, sed dichosa madre
De un Salomon igual á vuestro padre.

»Sed, señora María, tan señora
Como el divino nombre lo declara;
Subid cual sube la rosada aurora,
Cuando da al cielo la encendida cara;
Hagaos aquel, que el cielo impireo adora,
Digna de sucesion mas noble y clara
Que Lia, Rebeca y Sara venturosa,
Siendo la vuestra sobre el sol gloriosa.»

Con esto, á las antiguas casas tornan
Donde otro tiempo el gran Joaquin vivia;
Las calles por quien van todos adornan
Con general aplauso y alegría,
Porque los novios con su luz sobornan
De todos la confusa compañía,
Y en la dichosa casa alegre suena
Música alegre, de contento llena.

Las mesas blancas el placer aumentan,
Y en entrando los novios soberanos,
En la tendida púrpura se asientan,
Dando los maestresalas aguamanos;
Luego entre ricos platos representan
Varias viandas pajes cortesanos,
Y con el agua del Jordan divino
Matan la sed en tazas de oro fino.

Huyó la hambre vil descolorida
De la mesa y banquete regalado,
Llegó á su fin la espléndida comida,
Y apenas el convite fué acabado,
Cuando á cantar gozoso se convida
Lidio, en la arpa insigne y celebrado,
Y á todos admiró novedad tanta,
Que á cantar se convide quien bien canta.

Callaron todos, y con gozo mudo
Hacen aplauso al músico instrumento,
Por quien al suave Arion, pobre y desnudo,
Sirvió de barca algun delfin contento;
Con quien el rey Profeta tanto pudo,
Que hirió los cielos con su dulce acento,
Y desterró del oprimido suegro
Al Angel triste, al Flegetonte negro.

Sonó la voz, y en consonancia grave
Al templado instrumento corresponde,
El cual, con melodía mas suave
A la sonora voz dulce responde;
No hay nadie que callando no le alabe,
Que las almas soborna en quien se esconde,
Y así, de nuevo en piedras convertidos,
Cierran las bocas y abren los oidos.

Canta del inocente preso hebreo,
Hijo primero de la estéril bella,
Y undécimo de aquel cuyo deseo
Pudo en años catorce merecella;
De aquel, en quien con soberano empleo
Tanta gracia infundió su amiga estrella,
Que de la piel grosera y tosca abarca
Le lleva á Egipto á hacerle su monarca.

Canta cómo en el tiempo del estío,
Cuando el dorado grano alegra al dueño,
Sus hermanos con loco desvarío
Juzgan por tal de su gavilla el sueño;
Y cómo muestran con mortal desvío
La envidia ciega en el airado ceño,
Y cómo multiplica sus querellas
El sueño de la luna, sol y estrellas,

Cómo les trae gozoso la comida,
Que apenas puede, con las tiernas manos,
Y que con gusto y alma agradecida,
Aunque cansado, abraza á sus hermanos,
Y que ellos tratan de perder su vida,
Cual de res simple lobos inhumanos,
Y que, por no matar jóven tan mozo,
Hacen verdugo suyo al seco pozo.

Cómo con impiedad menos ingrata
Sacan al jóven de la vil cisterna,
Y el cuarto hermano de venderle trata,
Júdas cual otro á la deidad eterna;
Cómo le venden por infame plata,
Duros al llanto humilde y edad tierna;
Cómo vengados ya los jacobitas,
A Egipto van los ricos ismaelitas.

Cómo llorando el hecho atroz y bravo
Del mal pensado y fraternal delito,
Parte el hermoso bien nacido esclavo,
Que el serlo lleva en su belleza escrito,
Y cómo no se atreve la ese y clavo
Al rostro, que ha de ser gloria de Egito,
Donde el Josef amado se revende,
Guiando el cielo lo que hacer pretende.

Cómo por su virtud y trato bueno,
Goza del noble dueño la privanza,
El cual, por verle de malicia ajeno,
Hace en él de su hacienda confianza;
Cómo gozando el tiempo mas sereno,
En que su libertad cobra esperanza,
Al ama torpe enamorada mira,
Que al hielo de su pecho rayos tira.

Pasmóse Josef mucho, y con modestia
Huye de fuego tal ser incentivo,
Y resistiendo de la torpe bestia
El ciego amor y su mirar lascivo,
Mas aumenta de la ama la molestia
El gran descuido del señor cautivo,
Y así, con lengua muda y libres ojos
Le ofrece lo mejor de sus despojos.

No se dió el gran Josef por entendido,
Y bien pudiera un ignorante y ciego;
Y como crece mas, mas defendido
Desta amarga ponzoña el dulce fuego,
Quiere ablandar el pecho endurecido,
Con tierno halago y hechicero ruego,
Y venciendo el honor y la vergüenza,
La infame de rogar no se avergüenza.

El Hipólito hebreo la desdeña
Una vez y otra, y da palabra al cielo
Ser á su blando ruego sorda peña,
Y á su amoroso ardor cuajado hielo;
Ella á sus fieros mas amor enseña,
El á su amor de Putifar mas celo;
Ella entre fuego y el desden se abrasa,
El vitorioso aquesta guerra pasa.

Busca pues ocasion la torpe dama
De poder ablandar la piedra dura,
Y un dia que sola se quedó en la cama,
Con el arte aumentando su hermosura,
Al casto mozo con imperio llama,
De la victoria incierta mal segura;
El obediente á su mandado llega;
Ella turbada le ase y dice ciega:

«Josef hermoso, bien nacido hebreo,
Esclavo libre, de quien soy esclava,
Hechicero de amor, en quien empleo
El corazon que tu dureza alaba,
¿Por qué así desconoces el deseo
De quien su vida en tu desden acaba?
Mira que sola estoy, que en mi te empleas;
Si hasta aquí has sido ingrato, no lo seas.

»No temas, tuya soy, y nadie sabe
Sino tú solo lo que por mí pasa;
Eres mi esclavo, yo una mujer grave
Que, enamorada, dice que se abrasa;
Sola esta muestra de mi amor acabe
De persuadirte que es mi amor sin tasa;
Oye mi ruego, no seas vergonzoso,
Goza tu dueño, mi querido hermoso.

»Mira mi corazon cubierto en lloro
En estos ojos que su luz te han hecho,
Mira, Josef, que como á Dios te adoro,
Haciendo altar deste herido pecho;
Enlazate en aquestos lazos de oro,
O haz destos brazos otro mas estrecho;
¿Por qué tu hermoso rostro de mí escondes
Y con igual amor no me respondes?»

Tras esto descompuesta, aunque bizarra,
Con blanco afecto y ademan lascivo,
Cual suele verde enamorada parra
Prender soberbia al olmo fugitivo,
La arpía asquerosa y bella echa la garra
Por ensuciar con su tocar nocivo
La limpia mesa del gallardo hebreo,
Como las otras tres la de Fineo.

Cual leon indiano á quien se le ha atrevido
El escuadron de tímidas abejas,
Que brama airado en cólera encendido,
Sacudiendo herizado las guedejas;
Así el jóven hermoso bien nacido
Su amor, sus ruegos, lágrimas y quejas
Desprecia, de sí mesmo avergonzado,
De que se haya la infame declarado.

Y cual suele mancebo valeroso
Que del lidiado toro alegre escapa,
Que cuando mas herido y mas furioso
Deja en los cuernos bien echada capa;
Así Belerofonte huye animoso,
Después que al dueño su deshonra tapa,
Que huyendo se promete la vitoria,
Pues huyendo se alcanza mayor gloria.

No queda Hircana tigre, que se emboscа
Robados los hijuelos, mas airada,
Ni sierpe de la Libia, que se enrosca
De descuidado pié siendo pisada,
Ni aspid herida, ni osa torpe y tosca
Del escuadron de perros salteada,
Como queda Cenobia en sus enojos,
Hecho Etna el pecho y Mongibel los ojos.

Ira vertiendo, en furia convertida,
En odio eterno el mucho amor trocado,
Brotando rabia en cólera encendida,
Veneno esparce el basilisco airado;
A la ocasion por el copete asida
Una traicion la adúltera ha pensado
De levantar al inocente hebreo,
Y es la que ella cumplió con el deseo.

Brama gimiendo, y con llorosas voces
Hinche la casa de alboroto y susto;
Temen los siervos casos mas atroces,
Turbados al clamor del llanto injusto;
A los gritos que da, corren veloces,
Y oyen las nuevas del mortal disgusto;
La infame capa, dice, sea testigo
Del hecho torpe que intentó conmigo.

Queda la deshonesta acreditada,
Fingiendo ronca voz y tristes ojos,
Y la santa inocencia condenada,
Porque en su ofensa juran sus despojos;
Llega el eunuco, y con la noble espada
Quisiera hacer descuento á sus enojos,
A no sentir que el cielo le ha estorbado,
Y á la prision cruel le envia azotado.

Sufre el mozo, santísimo inocente,
La infame cárcel y la prision dura,
Y entre la vil y foragida gente
Que afrenta, escarnio y pena le procura,
Menos trabajo y mas contento siente
Viendo su amada castidad segura,
Y entre ellos pudo el tiempo hacerle amable,
Por ser su trato por extremo afable.

A todos con amor sirve y regala,
Los consuela, los cura y los visita,
Y tanto á su virtud su gracia iguala,
Que ya el alcaide sus prisiones quita;
En interpretar sueños se señala,
Porque su causa el cielo solicita;
Dos declaró, con admirable espanto,
Uno convierte en gozo y otro en llanto;

A aquel á cuyo pan de blanca harina
Vuelan las aves en confusa tropa,
Le pronostica su fatal rüina,
La infame cruz y la funesta ropa;
Al que exprime las uvas, le adivina
La presta vuelta á la dorada copa.
Pasmó la gente el caso portentoso,
Y estima por Profeta al preso hermoso.

El uno y otro sueño ya cumplido,
Pasan dos años que el Copero ingrato
Bebió del agua negra del olvido
En que olvidó su noble honrado trato;
Hasta que al Rey se apareció dormido
De la abundancia y hambre el fiel retrato,
Haciendo al pecho real que se inquiete,
Y busque quien los sueños le interprete.

Acórdose el Copero, y arrepiso
De que la ingratitud su pecho infame,
Da del Profeta preso al Rey aviso,
A quien al punto manda que le llame;
Deja la cárcel el hebreo Narciso,
Trocado en rico el vestidillo infame,
Y á la real presencia se presenta,
Y de los sueños pide estrecha cuenta.

«Dichoso, jóven bello, si me sacas
De las congojas que mi pecho enfrian,
El Rey dice: soñé catorce vacas
Que del Nilo amenísimo subian,
Siete gruesas y hermosas, siete flacas
Que á las siete primeras se comian,
Y que aunque estas á aquellas se tragaban,
Flacas y macilentas se quedaban.

»En otro sueño vi crecer gozosas
De una dorada arista siete espigas,
Que de lozanas, fértiles y hermosas
Libres rompen las cárceles amigas;
Otras siete vi luego perezosas,
Secas, marchitas, vanas y mendigas,
Cuyo escuadron escuálido acomete
Y hambriento traga á las gallardas siete.»

«Todo es un sueño, Rey, no tengas pena,
Dice el Apolo bello, y pronostica
Lo que en favor del Rey el cielo ordena,
Pues su honor y su hacienda multiplica;
Siete años te dará la tierra amena
La rubia mies en abundancia rica,
Y otros siete después con triste luto
A Egipto negará su amado fruto.

»Lo que importa aquí mas es la prudencia
De un varon venerable, sabio y grave,
Hombre de canas, ciencia y experiencia,
Que sea el que mas entre los tuyos sabe;
Y este con prevenida providencia,
Hasta que el año sétimo se acabe,
Llene de trigo trojes y graneros,
Remedio de los siete años postreros.»

Abraza el Rey al mozo venturoso,
Que en su real pecho la privanza crece,
Y dícele: «¡Oh mancebo valeroso!
Nadie el gobierno como tú merece;
Que si de un sueño y otro prodigioso
El cielo amigo claridad te ofrece,
¿Qué mucho, viejo sabio y jóven tierno,
Que de Egipto te ofrezca yo el gobierno?

»En aquesta razon mi intento fundo,
Y así del reino por virey te elijo,
Primero en el valor, de mí el segundo,
Y en mi real pecho por mi amado hijo;
Llámete Egipto Salvador del mundo,
Y con comun aplauso y regocijo
Te aclame el pueblo en mi real carroza,
Y tú adorado, de mi reino goza.»

Dale el anillo real, con el real sello,
Y en triunfo ilustre por Egipto sale,
Haciéndole la púrpura mas bello,
Y el cetro real diciendo cuánto vale;
Sale hecho un sol, y el sol corrido á vello,
Invidioso de que haya quien le iguale;
El rey de armas su gloria canta y dice;
Todo el pueblo le adora y le bendice.

Vienen los años de colmado fruto,
Y de Céres los granos guarda y cierra;
Llegan los siete de tristeza y luto,
Y hácese estéril la madrastra tierra;
Ya Egipto paga al Rey nuevo tributo
En vez del trigo que el Virey encierra,
Haciendo de su Rey en breves años
Esclavo á Egipto, siervos los extraños.

Vienen por trigo á Egipto sus hermanos,
Y revuelve su afrenta en su memoria,
Y al fin, mas noble que ellos inhumanos,
Cuenta les da de su dichosa historia;
Viene Jacob, y en sus ancianas manos
Aumenta el gozo de su mucha gloria,
Y el padre grave de la suya cierto,
Halla al hijo perdido, y vivo al muerto.

«Así veamos, ¡oh Josef dichoso!
Dice Lidio, cantando dulcemente,
Que deste lazo de himeneo glorioso
Salga otro Salvador mas excelente;
Otro gobernador mas poderoso,
Mas que el primero casto é inocente,
Mas sabio y justo, mas humilde y santo.»
Aquí dió fin al suyo, y yo á mi canto.

CANTO VI.

De la pureza del glorioso san Josef.

El laurel casto, que el verdor no pierde,
No es mucho al hielo abrasador resista,
Ni que conserve su belleza verde,
Cuando el cielo con él mas se enemista,
Ni que sí Jove destruirle acuerde
Muestre á sus rayos mas hermosa vista;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, él casto y vírgen ella.

No es mucho junto al tigre y lobo hambriento
Pazca seguro el libre cabritillo,
Ni que entre fieras aves corte el viento
Mansa paloma de mirar sencillo,
Ni que el ayuno mísero avariento
Desprecie al que de miedo está amarillo;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, él casto y vírgen ella.

No es mucho que en su eclíptica de oro
El gran pastor de Admeto rotroceda,
Ni que el horno encendido vuelvan coro
Tres niños bellos mas que los de Leda,
Ni que leones guarden el decoro
Al que en el lago con la vida queda;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, él casto y vírgen ella.

No es mucho que el descalzo tartamudo,
Caudillo ilustre que el judío celebra,
Delante el rey de fe y piedad desnudo,
La prodigiosa vara haga culebra,
Ni el ver que tras las plagas que hacer pudo,
La mar enjuga y que el peñasco quiebra;
Que mas es que un varon y una doncella
Moren juntos, él casto y vírgen ella.

No es mucho que la viuda honesta y sabia
En vino y sangre al fuerte Asirio anegue,
Ni que á Sanson, que el trigo ajeno agravia,
La amiga hermosa engañadora ciegue,
Ni que al jayan, en ira ardiendo y rabia,
El pastor venturoso el cuello siegue;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, él casto y vírgen ella.

No es mucho en una concha que el mar cria
Encerrar de la mar la furia brava,
Parar un rayo en esa region fria,
Contar los astros de la esfera otava,
Quitar á Argos la vaca, á Febo el dia,
A Jove el cetro, á Hércules la clava;
Que más es que un varon y una doncella
Moren juntos, él casto y vírgen ella.

¡Oh castidad santísima y preciosa!
Monton de trigo, de azucenas lleno,
Flor entre zarzas, entre espinas rosa,
Sellada fuente, huerto siempre ameno,
Piadosa oliva, palma victoriosa,
Espejo claro, de mancilla ajeno,
Alegre puerto, venturoso nido
Del fuerte, que á sí mismo se ha vencido.

Virginidad divina, hermosa y pura,
Trono de Dios y luz de su memoria,
Por quien el alma iguala en hermosura
A los contínos de su eterna gloria;
Y mas que ellos gozaron su ventura,
Sin la guerra que ilustra tu vitoria,
Que ellos sin carne viven, y tú en ella
Triunfas gloriosa, siempre pura y bella.

Alábete quien sabe cuánto vales,
Que es el Autor de quien tú luz recibes,
Y nuestros desposados virginales,
En cuyos castos cuerpos limpia vives;
Y pues que con tus lazos celestiales
Quieren que con su gusto los cautives,
Goce tu blanco yugo sus dos cuellos,
Ellos por tí famosos, tú por ellos.

Despedidos los nobles convidados
Que á las solenes fiestas acudieron,
A los hermosos castos desposados
Al oloroso tálamo metieron,
Donde entre diferencia de cuidados
Varias cosas á todos se ofrecieron,
A los novios su casto pensamiento,
Y á los demás el conyugal contento.

Déjanlos solos, y con gozo nuevo
El noble Patriarca reverencia
La casta hermana del dorado Febo,
De mas hermosa y virginal presencia;
«Serafin puro, si á mirar me atrevo,
Dice, de aquese rostro la excelencia,
Es porque esposo soy de la hermosura,
Que enamorado el cielo ver procura.

»Mandóme Dios, ¡oh virginal Señora!
Por órden de un alado mensajero,
Que aunque este pecho que ese rostro adora
Voto de castidad hizo primero,
Sin condicion le revalide agora,
Y así, ante tí revalidarle quiero,
Imitando del tuyo la firmeza,
Su gran valor y sin igual pureza.

»Y así, á Dios voto, cara esposa mia,
Por el color de aquesas hebras de oro,
Por esas luces de quien hurta el dia
El claro resplandor de su tesoro,
Por las mejillas en que el cielo cria
Las rosas castas que humillado adoro,
Por ese pecho puro, de Dios templo,
Y por la castidad que en él contemplo;

»Por el Señor y Dios omnipotente
De Abraham, Isaac y de Jacob mi abuelo,
De quien soy, aunque indigno descendiente,
Imitador de su divino zelo,
Y por el Salvador de nuestra gente,
Que pide el limbo y ha de enviar el cielo;
Por el gran bien que de su vida pende
Y el virginal amor que en tí me enciende,

»De guardar castidad con tal firmeza,
Que no haya voto que á mi voto iguale:
Esto á la sombra de la gran pureza
Que de tu rostro soberano sale,
Que da rayos de angélica belleza,
Mostrando alegre cuanto puede y vale,
Porque tu soberana compañia
Castos deseos y almas limpias cria.

»Seré una piedra, un bronce, un hielo, un canto,
A la razon sujeta la tirana,
Seré á tu bello rostro sacrosanto
Como al del sol la vista corta humana;
Y con debida admiracion y espanto
Serviré tu persona soberana,
Siendo de tales prendas tesorero,
Indigno esposo y casto compañero.

»Adoraré, humilladas las rodillas,
El tesoro que el cielo me da en guarda;
Respetaré sus raras maravillas,
Aunque mi valor corto me acobarda;
Descienda un ángel de las altas sillas,
Purifique mi lengua ruda y tarda,
O él, Vírgen pura, tu pureza alabe,
Y no hará poco si alabarla sabe.

»Bien sé que no eres ángel, Fénix pura,
Y tu pureza de ángel me parece;
Sé que no eres el sol, y tu hermosura
Mas claro resplandor que el sol me ofrece;
No eres el cielo, y esa compostura
La suya hermosa alaba y engrandece;
¿Quién eres, Vírgen pura, sacrosanta,
Que al alma estrechas, que en tu luz se espanta?

»Bien sé que no eres Dios, mas tambien creo
Que tienes no sé qué de su grandeza,
Y si te he de juzgar por lo que veo,
Tras la de Dios es sola tu pureza;
Y como es suyo el singular empleo,
En tí cifró la gracia y la belleza,
Haciéndote retrato de su cielo,
Cielo de Dios y serafin del suelo.

»Aquí con pecho y alma agradecida,
Con perpetuas vigilias y oraciones,
Adoro al Dios de gloria sin medida,
Que tan sin ella puso en tí sus dones;
Daréle gracias por la recebida
De haber unido nuestros corazones;
Ofrecérele los sabeos aromas,
Blanco cordero y cándidas palomas.

»¿Qué mayor, bien esposa y reina mia,
Que servir y adorar esos despojos?
Qué mayor gloria, celestial Maria,
Que arrebatarme en Dios entre esos ojos?
Qué mayor gozo que el que el cielo envia
En la luz pura de esos soles rojos;
Qué mayor bien me pudo dar el cielo
Que hacerme dueño del mayor del suelo?

»Con la humildad mayor y mayor gozo
Que debo á bienes y mercedes tantas,
En cambio del favor, que indigno gozo,
Pondré mi boca donde tú las plantas;
Seréte un siervo fiel y un cano mozo,
Un guardajoyas de tus prendas santas,
Testigo del milagro de la tierra,
Adonde Dios su cielo hermoso encierra.

»¡Quién del magno Alejandro, Creso y Midas,
Los tesoros riquísimos tuviera;
Quién las arenas de oro enriquecidas
De Hermo, Pactolo y Tajo haber pudiera;
Quién del sur y las Indias escondidas
Tesoros, piedras, perlas te trujera,
No para regalarte, como es justo,
Mas conforme á lo menos de mi gusto!

»Bien sé que ando en aquesto poco sabio,
Porque ello es poco, y yo mal advertido,
Pues así ofendo con injusto agravio
A la pobreza que has favorecido?
El ansia de servirte movió el labio,
Y el ver que á tu valor le es mas debido,
Pues cuanto el mar, el aire y tierra cria,
Será un pequeño don del alma mia.

»Si todo es poco, y esto aun no lo puedo,
Y en esta voluntad que te dedico
Tan encogido y corto ves que quedo,
Cuanto con prenda tal dichoso y rico;
Entre el amor, con que al amor excedo,
El alma á tu pureza sacrifico;
Una prenda, que al mismo Dios que adoro
No le puedo ofrecer mayor tesoro.

»Tuya es el alma, casta esposa amada,
Que alegre vive en tí y en tí se admira,
Que ya en tu casto pecho mejorada
La hermosa que me has dado goza y mira;
De esa pura belleza enamorada
Como ya tuya á tal pureza aspira,
Que á un ángel me parezco en el deseo,
Discípulo dichoso del que veo.

»Espíritus divinos, vuestro coro
Cante mi dicha y mi ventura alabe,
Pues que me hace Dios guarda de un tesoro,
Que él solo su valor y precio sabe;
Y decidme: del dulce bien que adoro
¿Cómo ser dueño en hombre mortal cabe?
Y si lo soy, ¿por qué el seso no pierdo,
Pues mientras mas sin él seré mas cuerdo?

»Y pues sabeis que el cielo me ha encargado
Prendas que nadie puede merecellas,
Bajad al oro del cabello amado
Del firmamento puro las estrellas;
Cortad un manto rico del brocado
Que labra el sol entre sus hebras bellas,
Y de la luna y de sus luces santas
Traed calzado á sus divinas plantas.

»Haced de castos lirios y claveles,
Para que pise, matizada alfombra;
Cortad del cielo azul ricos doseles,
Que á sus reales paredes hagan sombra;
Servid, bellos espíritus fieles,
A la rara beldad que mia se nombra,
Que bien merecen estas prendas bellas
Angeles, cielo, sol, luna y estrellas.

»Virgen hermosa, mi pobreza es grande,
Mas mi deseo la atropella y vence,
Y no pienses que en esto se desmande,
Mas que de quedar corto se avergüence;
Ya espero humilde tu bondad me mande
Alguna cosa en que á servir comience,
Que los ángeles mismos se humillaran
Y cual yo te sirvieran y adoraran.»

La honesta y hermosísima doncella
Con su modestia y gravedad divina
Los rayos puros de su vista bella
Al casto amado esposo humilde inclina;
Ciégale el resplandor que mira en ella,
Cual hace el sol al que se le avecina,
Y entreabriendo las puertas de corales,
Le dice estas razones celestiales:

«Varon divino, santo patriarca,
Escogido de Dios, esposo mio,
Dueño del alma que este cuerpo abarca,
Cuya pureza de ese valor fio;
Seguro puerto donde desembarca
Combatido del mar este navío,
Padre y señor, defensa de mi honra,
Con quien el cielo me consuela y honra.

»Esposo amado, ilustre descendiente
De aquella sangre real y estirpe clara,
De lo mejor de nuestra antigua gente,
A quien el padre omnipotente ampara;
Dentro del alma está vivo y presente
El gran portento de la seca vara,
Donde la hermosa cándida paloma
Entre las flores fresco asiento toma.

»Que un ángel celestial, nuncio divino,
Me aseguró mi virginal pureza,
Y de la vuestra el voto peregrino,
Con que igualais su angélica belleza,
Mandándome de parte de quien vino
Que obedeciendo á su inmortal grandeza,
Humille el cuello al yugo soberano,
Diga de esposa el sí, y os dé la mano.

»Y pues que sois Josef mi caro esposo,
De la virginidad ejemplo raro,
De la fe y caridad templo glorioso,
De equidad y justicia espejo claro,
Coluna de mi honor, asilo hermoso
Que el cielo me señala por amparo,
Nido seguro donde vuela el alma
Del vario viento á la tranquila calma;

»Seré una sierva vuestra, indigna esposa,
Que á vuestro gran valor sirva, cual debe;
Imitaré vuestra virtud preciosa
Hasta que al sol cual águila me pruebe;
Seguiré esa bondad maravillosa
En quien como otra Fénix me renueve;
Seré otra Clicie á vuestra luz serena,
O Cintia rica con la luz ajena.

»Amaré, casto Esposo, vuestra vida,
Y pediré que os la prospere el cielo,
Pues ya con lazo estrecho vive asida
En ella aquesta de quien sois consuelo;
Con lazadas de fe y amor unida
Mientras el alma adorna el mortal velo,
A la vuestra estará, siendo tan vuestra
Como la vuestra que tan mia se muestra.

»Como al alma que os dí tengo de amaros,
Como á mi vida tengo de quereros,
Como al que es mi mayor reverenciaros,
Y como á mi cabeza obedeceros;
Como á mi Esposo tengo de estimaros,
Por mi dueño y señor reconoceros,
Como á un ángel del cielo he de seguiros,
Y como á padre tengo de serviros.

»Nadie ha sido cual yo tan venturosa
Que haya esposo tan justo merecido,
Por quien mi amada integridad preciosa
Gana donde pudiera haber perdido,
Con quien de Dios la mano poderosa
A aquesta sierva suya ha enriquecido,
Haciéndome que esposa y virgen sea
Y que estados tan varios en mí vea.

»Y pues significais, Esposo amado,
Tanto gusto del mio, yo os suplico
Que aquesos bienes que el Señor me ha dado
Que á vos como á mi dueño los dedico;
Y los que á vos, Señor, os han quedado
Del heredado patrimonio rico,
Los repartais con mano generosa
A gente pobre, humilde y virtuosa.

»¿Qué mayor bien que al lastimoso ruego
Ser como el cielo misericordioso,
Dando á la virgen conyugal sosiego
Y amada libertad al preso ocioso?
Ser piés del cojo, ser ojos del ciego,
Abrigo y padre del menesteroso,
Del huérfano y la viuda amparo cierto,
Redencion del cautivo, honor del muerto?

»Tambien os ruego, casto Esposo mio,
Que á imitacion de aquellos novios santos
Que con la medicina del pez frio
El Arcángel libró de males tantos,
Que con afecto humilde y ruego pio,
Con vivas ansias y amorosos llantos,
En este altar en santas oraciones
Ofrezcamos á Dios los corazones.»

El gran Josef, que á gloria le provoca
La habla amada de su Esposa bella,
A quien parece la rosada boca
Oráculo del cielo que habla en ella,
Le dice humilde: «A mí, Señora, toca
Seguir la luz de esa divina estrella,
Obedeciendo los consejos santos
De tantos bienes y provechos tantos.

»Y en lo que toca á la hacenduela pobre,
Della, cual de mi vida, sois señora,
Y así, vuestro deseo justo cobre
La paga dél, desta alma que en vos mora;
Que á mí, ¿qué bien habrá que no me sobre
Si tengo el rico que mi pecho adora?
Todo es vuestro, santísima María,
Y vuestra voluntad será ley mia.»

En esto llegan al altar sagrado
Que en la dorada cuadra se levanta,
El Tobías casto, bienaventurado
Y Sara hermosa, mas que la otra santa;
Y el incienso odorífero quemado
Y otros aromas de fragancia tanta,
Que el aire espesan con su blanca nube,
Entre quien la oracion al cielo sube,

«Majestad increada, sempiterna
Dice Josef, deidad incircunscrita,
Omnipotencia de virtud eterna,
Grandeza inescrutable é infinita;
Divina Providencia, que gobierna
Cuanto el cielo, la tierra, y mar habita,
Vuelve, Señor, tu rostro sacrosanto
A la humilde oblacion del altar santo.

»Y si algun tiempo entre las llamas turbias
Te fué ofrecido el pobre sacrificio
De yerbas verdes y de espigas rubias,
A tu inmensa bondad corto servicio;
Y si después de las comunes lluvias
Te pudo el grato incienso hacer propicio,
Y si la gruesa sangre de animales
Pudo mover tus ojos inmortales,

»Puedan moverte dos humildes pechos,
Que entre plegarias justas y oraciones
De sí mismos están altares hechos,
Donde ofrecen sus castos corazones;
Aquí en fuego de amor de amor deshechos
Los sacrifican con los ricos dones
De las almas eternas que nos diste,
Retratos que á tu imágen bella hiciste.

»Estas, Señor, en este altar ponemos
Y á tu eterna grandeza dedicamos;
Dellas el querer libre te ofrecemos,
Y el nuestro al tuyo humilde sujetamos;
La integridad que conservado habemos
A tu deidad de nuevo consagramos,
Reconociendo que de ti le viene
A aquesta ofrenda lo mejor que tiene.

»Y pues que ves ¡oh Padre omnipotente!
Nuestra humildad y nuestro casto celo,
Y que uno y otro humilde y obediente
La cerviz inclinó al conyugal velo,
Acepta el don pequeño que humilmente
Sube á buscarte en tu abrasado cielo,
Y el sacrificio nuestro favorece
Y la encendida fe con que se ofrece.

»Y aquesta pura compañera amada,
De quien indignamente soy esposo,
Y en quien tu mano bienaventurada
Puso lo hermoso de lo mas hermoso,
Pues á mi amparo queda encomendada,
Y es tuyo el don, que me hace venturoso,
Para servirla, como yo querria,
De tu eterno favor, favor me envia.»

Prostrada en tierra, en humildad profunda,
La que excede en pureza á las estrellas,
En quien la castidad su templo funda
Y el casto amor enciende sus centellas;
La que á la beldad sola hizo coyunda,
De lazos ricos de sus luces bellas,
Alza los ojos, y pasmóse el cielo
Del sol, que vence al que enriquece al suelo.

Y enamorando al mismo pecho eterno
Y sus bellas criaturas admirando,
Abre los labios de su coral tierno,
Sobre diamantes nácares mostrando;
Huyó corrido el duro yerto invierno,
Viendo en su boca al mayo hermoso y blando,
Y apenas vió la bella rosa abierta
El cielo, cuando abrió la hermosa puerta.

»Majestad, dice, gloria sin medida,
Mas bienes de voz gozo que merezco,
Los que tienen mi alma enriquecida,
Como vuestros, señor, os los ofrezco;
Vuestro es mi corazon, vuestra es mi vida,
Y el quererla por vuestra os agradezco;
Merezca serlo, y yo una humilde esclava,
Que la inmensa grandeza vuestra alaba.

»Bien sabeis, Dios, mi virginal deseo
Y de mi casto voto la entereza,
Que aqui de nuevo con mayor trofeo
Se la consagro á vuestra gran pureza;
Y como al yugo hermoso de Himeneo
Por serviros, inclino la cabeza,
Y que un estado y otro humilde abrazo
Al alma unidos con estrecho lazo.

»Vos á mi amado Esposo me entregastes,
Que mejor que merezco me le distes,
Vos con cándidas flores le aclamastes,
Y cual blanca paloma le escogistes,
Si vos de tanta gracia le dotastes,
Y de tanta pureza le vestistes,
¿Qué bienes no tendrá mi Esposo amado,
Si él es tan vuestro y vos quien me le ha dado?

»Y pues es escogido entre millares
El colorado y blanco casto Esposo,
Bajen, Señor, de los que en tus altares
Adoran siempre tu mirar glorioso,
Y de rosas, claveles y azahares
Traigan guirnalda á su cabello hermoso,
Coronando su gracia y su belleza,
Su virtud, su bondad y su pureza.

»Y pues á hablar á aquesta sierva envias
De los que cantan tus eternos loores
Y gozan siempre perdurables dias,
Causados con tus bellos resplandores,
Agora que dos almas tengo mias,
Que han de partir iguales los favores,
Tenga dellos mi amada casta prenda
Quien le ampare, le guarde y le defienda.

»Aquí, Señor, de tu divina mano
Algun favor aquesta sierva aguarda
Para Josef, que es ángel mas que humano,
En la pureza virginal que guarda;
Y siendo quien me guarda, caso es llano,
Que es mi Josef un ángel de mi guarda,
Y pues lo es, deciendan los del cielo
A honrar al que los honra desde el suelo.»

Dijo, y sellando el virginal tesoro
Que ámbar, almizcle y bálsamo derrama,
Entra al palacio dando luces de oro
Una no vista abrasadora llama:
Turbó á la hermosa Vírgen el decoro,
Y mas temió quien mas que á sí la ama;
El fuego al del altar dejó abrasado,
Y al cielo olió el palacio consagrado.

Y entre el humo oloroso que levanta,
Un admirable jóven aparece,
De luz tan bella y de hermosura tanta,
Que á la misma hermosura se parece;
Una corona de azucenas santa
Sobre sus hebras de oro resplandece;
De estrellas sobre nieve es su vestido,
Con una cuerda virginal ceñido.

Pasmó á Josef del ángel la presencia,
Aunque otras veces visto los habia,
Mas la que tiene ya mas experiencia
Del trato mucho de su compañía,
Con gozo humilde y santa reverencia
Recibe alegre al que su Dios le envia;
El á los dos como á sí mismo estima,
Y alegre al uno adora, al otro anima.

«Criaturas santas, dice, que en el suelo
Aquesta casa, que con miedo piso,
Haceis retrato del hermoso cielo
Con los bellos de Dios que daros quiso;
Miró el Señor vuestro virginal celo,
Oyó de la oracion el cuerdo aviso,
Olió el olor de vuestros sacros dones
Y aceptó vuestros castos corazones.»

Y quitando de su cabeza rica
De azucenas la cándida corona,
Al tesoro de Tíbar se la aplica
De la sola castísima matrona;
Su gracia y hermosura multiplica
Y el número del monte de Helicona,
Y de las gracias el virgíneo terno,
Que mas que ellas le dió su autor eterno.»

La virginal pureza coronada,
En cuyo pecho real honrada vive,
El ángel dice: «Esposa regalada
Del que mayores premios te apercibe,
En prendas de la fe á tu fe guardada,
Esta corona celestial recibe,
Mientras gloriosa llega la de estrellas,
Premio debido á tus madejas bellas.

»Y vos, Esposo bienaventurado,
Pues que lo sois de la mujer mas buena,
Vos, que la mujer fuerte habeis hallado
De la mancilla de la culpa ajena,
Vos, á quien el amor eterno ha dado
La Esposa amada de su gracia llena,
Vos de su joya rica tesorero
Y de su paraíso jardinero;

»El que los corazones escudriña
Y quiere mejorar vuestra ventura,
Me manda que con esta cinta os ciña
La siempre casta virginal cintura,
Y que del fómes la continua riña,
Que contra vuestra integridad procura,
Pacifique, y él vaya encadenado
De vuestro casto pecho desterrado.»

Esto diciendo, con estrecho abrazo
Se junta alegre al escogido Esposo,
Y desciñendo su estrellado lazo
Ciñe con él al casto venturoso;
Después juntando el uno y otro brazo
Los echa tiernos á su cuello hermoso;
Queda ligado el fómes del pecado,
Y queda el Santo en tal favor pasmado.

Y como al sabio humilde le acontece,
Que, recogido en su pequeña casa,
Piensa que su virtud nada merece,
Y en su necesidad su vida pasa;
Si acaso el rey la dignidad le ofrece,
Que le es debida á su virtud sin tasa,
Se encoge y enmudece temeroso,
Cual no merecedor del cargo honroso;

Así Josef santísimo se encoge
A la merced divina, no esperada,
Con que le favorece el que le escoge
Por guarda fiel de su consorte amada;
Dentro en sí mesmo humilde se recoge,
Reverenciando la deidad sagrada,
Y á su esposa santísima María,
Por quien el cielo tal favor le envia.

Y queriendo prostrarse al jóven santo
Para besarle las sagradas plantas,
Tendió su rojo y estrellado manto,
Sacudiendo las alas sacrosantas;
Josef, absorto en el divino espanto,
En sí revuelve las mercedes tantas,
Y humilde á la querida esposa mira,
Que nueva luz y nueva gloria espira.

Vese ceñido de la blanca mano,
Vese abrazado del alado bello;
Mírase libre del cruel tirano
Que quiso sujetar su noble cuello;
Hállase como un ángel soberano
Por su esposa que pudo merecello,
Y humilde á su divina prenda adora,
Por quien en cuerpo y alma se mejora.

Ella con una virginal porfia
Que no haga tal suplica al varon justo,
Mas que al Señor, que tal favor le envia,
Hagan eternas gracias, que es mas justo;
Haciéndolas les vino á hallar el dia,
Dejando al indio bárbaro y robusto,
Por ver en la oracion los desposados
De sí mesmos en Dios enamorados.

En aquestos divinos sacrificios
Pasan las noches los que estima el cielo,
Y haciendo innumerables beneficios,
Sus bienes parten con piadoso celo;
A los pobres de Dios tienen propicios,
Siendo de todos general consuelo,
Al triste y al enfermo consolando,
A la viuda y doncella remediando.

En esto ocupan sus dichosos dias
La noble Sara y Abraham dichoso,
La hija de Raquel y el gran Tobías,
La bella Abigail y el Lot piadoso;
Y derramando gozos y alegrías,
Alegre sirve al virginal Esposo
La pura mas que el cielo, á quien sirviera
El cielo, si servirla mereciera.

Josef, que al amor mismo hace ventaja,
Para sustento de su amada prenda
Alegre suda y con amor trabaja,
Supliendo á la gran falta de la hacienda;
Porque, como en servirla se aventaja,
Quiere que su consorte hermosa entienda
Que si los bienes dió á la gente pobre,
Que para regalarla amor le sobre.

El Josef noble la comida gana
Con rostro alegre y alma agradecida,
Y su Esposa con gracia mas que humana
Le ayuda en su labor entretenida;
El sustenta á su Esposa soberana,
Ella guisa gozosa la comida;
A Nazaret la trujo el varon santo,
Y yo doy fin al regalado canto.

—

CANTO VII.

De la Anunciacion de nuestra Señora.

El animal del vellocino de oro,
Que fué barquilla á la fraterna carga,
Cuya mitad con repentino lloro
Añadió el nombre de la mar amarga,
Que su piel de riquísimo tesoro
Jason soberbio de robar se encarga,
A quien la encantadora favorece,
Que el dragon y los toros adormece;

Con su preciosa codiciada lana
En el zodiaco eterno trasladado,
Por donde el rojo hermano de Diana
Lleva el carro de estrellas matizado,
El cristal de su casa soberana
Al huésped abre del color rosado,
Que de los peces las escamas frias
Deja por igualar noches y dias;

Aumenta con sus rayos la riqueza
Del oro fino que le adorna y viste,
Excediendo la luz de su belleza
Al topacio, diamante y amatiste;
Sacude el sol dorado la cabeza,
Algo mojado del invierno triste,
Y entre la lana de oro recostado,
Descansa alegre del rigor pasado.

Toma calor entre la lana rica,
Y esparciendo sus rayos inmortales,
A los nevados montes los aplica,
Convirtiendo sus nieves en cristales;
De la tierra la gracia multiplica,
Y hermoso muestra el rostro á los mortales,
Que mirando que el hielo se le atreve,
Le escondió mustio entre la escarcha y nieve.

Conoce del planeta que le alienta
El calor deseado, que la ablanda,
Y lo que fué al invierno de avarienta,
Es á sus rayos liberal y blanda;
Rompe sus venas y el verdor revienta,
Y á los árboles yerba y flores manda,
Que en abundante copia se aperciban
De su gracia y beldad y al sol reciban.

Saca la rubia jardinera Flora
Sus jardines, sus parques y pensiles,
Saca el rosado sol, que al Aries dora,
Un marzo hermoso mas que mil abriles;
Derrama flores la celada aurora
De entre sus hebras ricas y sutiles,
Y el cuerno de la copia de Amaltea
La tierra helada ilustra y hermosea.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas cubriéndose la cara,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.

La comun madre muestra descubierta
La cabeza de flores adornada,
Antes del pardo invierno helada y yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y abriendo al sol dorado franca puerta,
Da al campo la librea deseada
Del alhelí, mosqueta, lirio y rosa,
Del clavel bello y azucena hermosa.

Los aires mas delgados y suaves
Vierten blandura, gozo y alegría;
Písanle alegres las pintadas aves
Al son de su acordada melodía;
Echanse al agua verde corvas naves,
Libres de Orion y de su furia fria;
Viene el ave que es huéspeda del hombre,
Que vió en la tela de su hermana el nombre

Toca alegre el pastor el caramillo
Al son que hace el cristal en su arroyuelo;
Salta gozoso el libre cabritillo,
Agradeciendo su blandura al cielo;
Retoza ufano el jugueton novillo,
Midiendo á veces el florido suelo;
El campo seco del rigor pasado
Sufre otra vez la reja del arado.

Con furia ingrata y sin piedad desquila
La rica oveja mano codiciosa,
Y la ubre gruesa con amor distila
Para su recental la leche hermosa;
La fértil tierra con primor perfila
El prado verde del clavel y rosa,
Descubriendo á los cielos el tesoro
Que riega el alba con sus perlas de oro.

Sale la caña verde, donde guarda
Del horrible Pluton la rubia suegra
Los granos de oro, que avariento aguarda
El labrador que en su verdor se alegra;
La vid saca los brazos, y gallarda
De verde viste su corteza negra,
Mostrando entre las hojas blancas piñas
De los racimos de las ramas niñas.

Crece la sangre y su virtud remoza,
El viejo se renueva en su edad fria,
El jóven tierno con prudencia moza
Sigue del niño ciego la porfia,
El que en la caza se regala y goza
Sale de verde con el pardo dia,
Las martas deja el rico y los armiños,
Los viejos el hogar, el sol los niños.

Sale la rana, rústica cantora,
Y el charco turbio por la grama deja;
Sale la hormiga, fiel trabajadora,
Que con él contra el tiempo se apareja;
Sale al campo, que en flores se mejora,
Para labrar su dulce miel la abeja;
El labrador, que el rico logro aguarda,
Sale á tratar con la que el grano guarda.

Bordado el campo de sus varias flores,
Saca á enjugar la hormiga el rancio trigo,
Filomena, cantando sus amores,
Dulcemente maldice á su enemigo;
Mudan las toscas pieles los pastores,
Y alegres bailan en el corro amigo;
El cielo y tierra nuevo gozo ofrece,
Todo se alegra, multiplica y crece.

En este tiempo que la justa Astrea
Desampara su silla cristalina,
Y el siglo de oro, que el mortal desea,
Vuelve á los rayos de su luz divina,
Que al apearse de la via lactea,
Vuelve al roble la miel, leche á la encina,
Plata á los rios, á los montes oro,
Y del alba á las flores el tesoro;

Cuando se goza alegre en nuevo gusto
El prado, el monte, el valle, el bosque, el rio;
Cuando las nubes lloverán al justo,
Y los piadosos cielos su rocío;
Y cuando el celestial Sanson robusto
Encubra flaco el fuerte poderío;
Cuando el gigante en su veloz carrera
Se aniñará en la Vírgen que le espera;

En este tiempo santo y venturoso
Que há tanto el cielo, tierra y limbo aguarda,
Al palacio real, trono glorioso,
De quien los serafines son de guarda,
Y de quien Micael, príncipe hermoso
Es capitán divino de la guarda,
A Gabriel llaman, y al instante viene
Ante el que el orbe dentro el puño tiene.

Humilde llega á la dorada puerta
De oro terso labrada y cristal puro,
Y al jóven bello, por sí misma abierta
Sobre los quicios de diamante duro;
Mira la cuadra de rubíes cubierta
Y de topacios uno y otro muro,
El techo mira de esmeraldas bellas
Con racimos de rosas y de estrellas.

Los ángeles hermosos ve humillados,
Los arcángeles bellos encendidos,
Los serafines puros abrasados,
Los tronos al de Dios contino asidos,
Querubines, virtudes, principados
Mira en el mar de gloria entretenidos,
Las potestades, las dominaciones
Cantando á Dios dulcísimas canciones.

Llega al sitial de púrpura y brocado,
Hecho de rayos del que el cielo dora,
Y en su trono glorioso ve sentado
Al Uno y Trino, á quien el orbe adora;
A su divino resplandor prostrado
Gabriel, que en su privanza se mejora,
Espera la embajada que le ordena
El que los cielos de su gloria llena.

En esto la castísima María
La labor blanca por el libro trueca,
Y de su casto Esposo se desvia,
Que alegra labra la madera seca;
Y al tiempo que hácia el mar destierra el dia
La negra encubridora del que peca,
En su humilde retrete se recoge
Para hacer oracion al que la escoge.

En la leccion sagrada entretenida
La Escritura de Dios vuelve y revuelve,
Y en ella de su amor puro encendida,
El corazon en lágrimas resuelve;
Ya en la sacra leccion enternecida,
A la oracion con nuevo fervor vuelve,
Y prostrado su rostro por el suelo,
Sube la vóz á herir el claro cielo.

«¡Oh bondad, dice, eterna, incomprehensible
Majestad soberana sempiterna,
Lumbre inexhausta, gloria inaccesible,
Profundo abismo de grandeza eterna!
¿Cuándo será vuestro rigor terrible
Blanda misericordia y piedad tierna?
Cuándo la lumbre de esa eterna lumbre
Bajará sin dejar la excelsa cumbre?

»Cuándo de aquel reloj el sol eterno
Volverá atrás, como lo vió Ecequias,
Pasando vuestro hijo sempiterno
Las líneas de las nueve jerarquías?
Y cuándo pasará, hecho niño tierno,
La del hombre, cumpliendo sus porfías?
Cuándo el cordero que ese pecho encierra,
Vendrá, Señor, á serlo de la tierra?

»Cuándo del paraíso la fiel guarda
La espada ardiente trocará en oliva?
Cuándo fabricaréis casa gallarda,
En quien vuestra palabra eterna viva?
Cuándo el revuelto mar, que hinchado aguarda
Con Jonás, quietará su furia esquiva?
Cuándo al varon ha de cercar dichosa
La mujer fuerte mas que el cielo hermosa?

Cuándo los montes brotarán dulzura?
Cuándo el maná se encerrará en el arca?
Cuándo el ave sin hiel, cándida y pura,
Con el ramo de paz vendrá á la barca?
Cuándo en la noche de la culpa escura
La nube se verá que al sol abarca?
Cuándo á Marach hará dulce el madero?
Cuándo vendrá el remedio del primero?

»Cuándo de la polímita vestido
Vendrá el Josef de vuestro pecho amado?
Cuándo en el trono de marfil bruñido
Al nuevo Salomon veré sentado?
Cuándo del silbo blando entre el rüido
Vendrá del cielo al mundo el Deseado?
Cuándo la sal de la salina pura
Hará dulce del agua la amargura?

»Cuándo en el horno de la llama altiva,
Entre los tres que cantan vuestros loores
Pondréis, Señor, la semejanza viva,
Engendrada de vuestros resplandores?
Cuándo al cuchillo abrazará la oliva
Con besos de dulcísimos amores,
Anunciando la paz de nuestra guerra?
Cuándo dará su fruto nuestra tierra?

»Cuándo, mas que Jael gallarda y fuerte,
Otra mujer con nueva fortaleza
En Leviatan hará mas buena suerte,
Quebrantando del monstruo la cabeza?
Cuándo la vida vencerá á la muerte,
Unida á la mortal naturaleza?
Cuándo Jacob con el ajeno traje
Quereis que á ser pastor al suelo baje?

»Cuándo, Señor, el Eliseo del cielo
Se ajustará con el difunto mozo?
Cuándo Abacuc con el no visto vuelo
Visitará á Daniel dentro del pozo?
Cuándo del fértil, prometido suelo
Vendrá el racimo de consuelo y gozo?
Cuándo el Esposo, lleno de rocío,
Requebrará á su Esposa, helado al frio?

»Cuándo la casa de David amada
Aquella gran señal verá cumplida,
Del incrédulo Achad menospreciada,
De vos con larga mano prometida,
De que á una vírgen siempre inmaculada,
Quedando Vírgen, viésemos parida
Del fuerte Emanüel, del Dios y hombre,
De quien Dios con nosotros dice el nombre?

»Si es ya venida, como espero y creo,
Esta madre doncella, esta señora,
Cierta esperanza del mortal deseo,
Consuelo alegre del que gime y llora;
La que ha de libertar á Mardoqueo,
Y al oprimido pueblo que la adora;
Merezca yo, aunque indigna, ser esclava
De la que el alma adora y lengua alaba.

»Merezca ver la gloria de la tierra,
El milagro dignísimo del cielo,
La paz amada de la antigua guerra,
Del limbo y tierra el general consuelo;
Merezca ver la que en su pecho encierra
La tela roja, el encarnado velo,
De donde ha de cortar mortal vestido
El que es entre millares escogido.

»Ea, Señor, mirad el mundo pobre,
Lleno de culpas, de maldades lleno,
Que no hay vicio ni mal que no le sobre,
Ni bien ninguno de que no esté ajeno;
Señor, ya es tiempo, vuestro rigor cobre
La paga que ha de hacer el siempre bueno,
Ya es tiempo que del cielo la alta puerta,
Cerrada al hombre, al hombre le sea abierta.

Dijo, y suspensa la doncella hermosa,
Encendida en el bien que se dilata,
Mezclando entre el coral, púrpura y rosa
El azahar, jazmin, la nieve y plata,
El alma bella, en la oracion dichosa,
En éxtasis divino se arrebata,
Y en el deseo de su amor profundo
Es abogada por el bien del mundo.

Sale de Dios la ilustre fortaleza,
Gabriel que deja las impíreas salas,
El cual, prostrado á la inmortal grandeza,
Abate humilde las doradas alas;
Sale multiplicando su belleza
Con nuevo adorno de vistosas galas,
Y pasando las puertas de cristales,
Le siguen escuadrones celestiales.

Rompe ligero el globo refulgente
Del fuego puro y encendida esfera;
Corta el aire sutil y trasparente,
Como cometa en su veloz carrera;
Un cuerpo forma del rosado oriente,
Vístele de la hermosa primavera;
Imitando de un jóven la hermosura,
De rostro bello y grave compostura.

Y alegre el mensajero soberano
De mirar que es al hombre parecido
En la librea del vestido humano,
De que á su eterno Rey verá vestido,
Pisa hermoso y gallardo el aire vano,
Y en caridad y amor puro encendido,
Estima en mas el nieto de la nada,
Viendo su dignidad en su embajada.

Entre Fenicia y el Jordan sagrado
Ve la provincia de la gran Judea
Y el fértil suelo y campo celebrado
De la abundante en palmas Idumea;
A ella vuelve el Paraninfo alado
El veloz curso, que acabar desea,
Y á una casa que esparce luz divina
Con presuroso vuelo se avecina.

A la luz bella de la casa amada
Cierta señal de la divina Ero,
Por las olas del aire alegre nada
El Leandro hermoso y casto mensajero;
Y al descubrir la tierra deseada
El fiel piloto y sabio marinero,
A los que vienen en su compañía
Da voces de contento y alegría.

Y cual suele en Caistro, donde bebe
El blanco cisne, que en sus aguas mora,
Batir las alas del armiño y nieve
Al nido en que sus bienes atesora,
Así Gabriel con nueva priesa mueve
Las alas bellas con que el aire dora,
Para llegar al deseado puerto
Por su luz pura al cielo descubierto.

Llega el Arcángel de color de rosa
De estrellas y azucenas coronado,
Y ante el palacio de su Reina hermosa
Hace que quede el escuadron sagrado;
Y entrando por virtud maravillosa,
La puerta humilde del cancel cerrado,
Se prostra ante las luces virginales,
Que escurecen del sol las inmortales.

Y poniendo en el suelo las rodillas,
Adora á la mortal naturaleza,
Que no adorarla en las etereas sillas
Hizo á Luzbel monstruosa su cabeza;
Reconoce las raras maravillas
Del que labró su sin igual pureza,
Y admirado en sus castos resplandores,
Los de su rostro hermoso hace mayores.

«Ave, le dice, Fénix bella y pura,
Ave que de sí misma se renueva,
Ave de tanta gracia y hermosura,
Que Dios te muda en ave el nombre de Eva,
Ave que al ave de la eterna altura
Le darás de las tuyas pluma nueva,
Ave que has de ser nido de aquel Ave,
Que solo en el del Padre eterno cabe.

»Ave que á tu castísimo señuelo,
El ave que se goza en sus jardines,
Y en las alas del viento hace su vuelo,
Sentado en abrasados serafines,
Se dejará caer del alto cielo
Al de tus azucenas y jazmines;
Dios te salve, santísima María,
Gloria del hombre, dulce Reina mía.

»Dios te salve, de gracia siempre llena,
Nombre que pone el cielo por renombre
A tu inculpable vida siempre buena,
Que la confirma con aqueste nombre;
Nombre que dulcemente al hombre suena,
Pues que por tí la ha de alcanzar el hombre;
Llena de gracia, fuente por quien vienen
Todas las que los otros santos tienen.

»Llena de gracia en tu concepcion pura,
Aunque el trifauce can soberbio ladre;
Llena de gracia en la prision obscura
Del vientre santo de tu anciana madre;
Llena de gracia cuando tu hermosura
Alegró al cielo y á tu honrado padre,
Y en tu presentacion y castas bodas
Llena de gracia y de las gracias todas.

»Llena de gracia en ese cuerpo bello,
Y en el alma santísima que adoro,
Llena de gracia en el nevado cuello,
Que está inmediato á la cabeza de oro;
Llena de gracia en el sutil cabello
Con que enlazas al Rey del alto coro;
Llena de gracia en la divina boca,
Que en su alabanza al mismo Autor provoca.

»Vírgen siempre graciosa y agradable,
Que los ojos de Dios bella enamoras,
Y con tu dulce agrado y gracia afable
En las de Dios gozosa te mejoras;
Graciosa que al eterno y perdurable,
Cuya gracia divina en tí atesoras,
De la tuya le traes preso y rendido,
Siendo tu gracia de su gloria nido.

»Siempre graciosa, que en tu afable agrado
Al cielo y tierra en tu aficion cautivas,
Mejor que aquel en la cestilla hallado
Al Rey que le ofreció las llamas vivas;
Mejor que el jóven preso y envidiado
Al alcaide en las cárceles esquivas,
Mas que á Artajerjes Esdras el cautivo,
Mas que Tobías al Asirio altivo.

»El Señor es contigo, Vírgen mía,
Por esencia, potencia y por presencia;
Es contigo, castísima María,
Unido por su gracia á tu excelencia;
Es contigo, divina luz del dia,
Por continuo favor de su asistencia;
Contigo está desde el primer instante
Que unió á tu cuerpo el alma á él semejante.

»Toda la Trinidad, Vírgen preciosa,
Está contigo; el Padre sempiterno
Como en su hija querida siempre hermosa,
Como en su Madre amada el Hijo eterno;
El amor de los dos como en su Esposa,
Que su Esposa te hace su amor tierno;
Contigo está tu Dios por tales modos,
Que está en tí mas glorioso que está en todos.

»Este que está contigo quiere agora
Ser de tí misma, por tan alta suerte,
Que si hasta aquí en su gracia te mejora,
Por Madre suya quiere engrandecerte;
Quiere ser siervo, porque seas Señora,
Su Madre y nuestra reina quiere hacerte,
Siendo tu Hijo, el que es gloria del Padre,
Tú del Verbo de Dios intacta Madre.

»Bendita tú entre todas las mujeres,
Y entre todos los ángeles bendita,
Bendita sobre el cielo y tierra eres
De aquel que el cielo, tierra y mar habita;
Bendita que á la viuda te prefieres,
Que la paz de Betulia solicita,
Mas que Jael, que al capitan dormido
Cosió con la que en vano habla á su oido.

»Sola bendita entre los descendientes
De aquel que esposo fué de su costilla,
Pues sola á tí de todos sus parientes
No alcanzó de la culpa la mancilla;
Bendita te dirán todas las gentes,
Trono de Dios y de su gloria silla,
Bendita desde el punto venturoso
Que bajó el alma bella al cuerpo hermoso.

»Bendita por el parto que te espera,
Por tu entereza virginal bendita,
Bendita sin segunda la primera,
Que Dios para su madre solicita;
Sola bendita, pues la culpa fiera
Vences de quien por ella fué maldita;
Siempre bendita de tu autor eterno,
De Dios regalo, asombro del infierno.»

Turbóse la doncella palestina,
Cual suele hermosa vírgen que olvidada
Nácares varios coge en la marina
Y las conchuelas que escogerle agrada,
Que de repente ve la nao vecina,
Y temerosa, atónita y turbada,
A irse ni á quedarse no se atreve,
Y deseando volar, el pié no mueve.

Turbóse la castísima doncella
Viendo al embajador con nuevo traje,
Turbóla oir de la persona bella,
Siendo ella tan humilde, tal lenguaje;
Pierde el rojo color la clara estrella
A la gran Majestad del real mensaje;
Vuelve y revuelve dentro el alma fria
El traje, la embajada y cortesía.

«No temas, dice, y su divino nombre,
De verme, cual me ves, en traje ajeno,
Ni que Gabriel te adore en forma de hombre,
Pues baja á serlo el sumamente bueno;
Ni mi mensaje altísimo te asombre
Rico de bienes, de misterios lleno,
Ni te espante te adore como á reina,
Pues eres madre del que eterno reina.

»Aquello que Dios es, solo no fuiste,
Todo lo que no es Dios atrás dejaste,
Al Serafin purísimo excediste,
Al Querubin mas sabio aventajaste;
La gracia que perdió la madre triste
Acerca del Señor dichosa hallaste;
Pues la perdida gracia ha parecido,
Por tí la cobrará quien la ha perdido.

»En tu vientre santísimo, Señora,
Concebirás con sumo regocijo
La imágen viva, que en el Padre mora,
La palabra que eternamente dijo;
Aquella Luz de luz que el cielo adora,
Hijo siendo de Dios será tu hijo,
Que eternamente nace dél sin madre,
Y en tiempo nacerá de tí sin padre.

»Jesus has de llamar al Niño tierno;
Será grande y de Dios Hijo llamado;
Darále el cetro, el trono y el gobierno
Del mansueto David, su padre amado;
Pondrá su solio, que lo será eterno,
En la gran casa de Jacob sagrado;
Será sin fin su reino, ilustre y fuerte,
A pesar del infierno y de la muerte.»

Vuelve el rojo color al blanco gesto,
Y con un mirar grave y encogido,
Alza el divino rostro siempre honesto,
Y deja al del Arcangel encendido;
«Arcángel, dice, ¿cómo ha de ser esto,
Que voto de pureza he prometido?
Cómo ha de ser, que aunque el misterio creo,
El cómo, ángel de Dios, saber deseo?

»De tu embajada cierta estoy en ella,
Mas el cómo de tí saber querria;
¿Cómo el sol caber puede en una estrella
Y el mar en una concha que el mar cria?
Cómo su madre quedará doncella?
Cómo madre y doncella ser podria?
Cómo puede ser niño el que es gigante?
Cómo varon desde el primer instante?

»Cómo se estrechará la omnipotencia?
Cómo el inmenso se verá abreviado?
Cómo el sayal de nuestra descendencia
Cubrirá al preciosísimo brocado?
Cómo de tres, que son uno en esencia,
El uno solo se verá humanado?
Cómo este solo, de los tres segundo,
Con dos naturalezas saldrá al mundo?»

«Al cómo que me pide tu deseo,
El celestial Embajador responde,
El hombro encojo y mi ignorancia veo,
Que á la que dél me muestras corresponde;
Cerró tras sí las puertas Eliseo,
Dentro su pecho eterno el cómo esconde;
El Serafin mas alto ciego queda:
No hay sino Dios quien alcanzarlo pueda.

»Sé que dijo á Abraham tu ilustre abuelo,
Cuando pronosticando de sus gentes
El cautiverio en el egipcio suelo,
Donde estarian sus caros descendientes,
Que vendria tiempo en que, apiadado el cielo,
Libertad diese á los hebreos ausentes
En la progenia cuarta, que es, Señora,
La que en tí quiere que se cumpla agora.

»Y porque mas lo que te digo cuadre,
Las tres generaciones han pasado:
La primera, que fué sin padre y madre,
En que el hombre primero fué criado;
Otra sin madre, de que Adan fué padre;
Otra en que cualquier hombre es engendrado;
Será la cuarta, Vírgen venturosa,
Sin padre, de una madre siempre hermosa.

»Y si ha de nacer Dios, ¿no es cosa clara,
Virgen perpetua y soberana Estrella,
Que ha de nacer de la pureza rara
De una Virgen, quedando virgen bella?
Y si él ordena que una Vírgen pára,
Y que después del parto sea doncella,
¿A quién sino á Dios solo parir puede,
Pues puede hacer que madre y vírgen quede?

»Tú, Vírgen bella, siempre vírgen fuiste,
Y serlo eternamente á Dios votaste;
Estimó el sacrificio que le hiciste
Cuando tu integridad le consagraste;
Tú eres la que á tí misma ver quisiste,
Y ser esclava tuya deseaste,
Deseando ver en tus dichosos dias
La doncella cantada de Isaías.

»Descenderá al misterio sacrosanto
El que Espíritu Santo el cielo nombra,
Donde con gloria y admirable espanto
La virtud del muy Alto te hará sombra;
Y así, lo que naciere de tí santo,
Hijo de Dios santísimo le nombra.
De la preñez de tu parienta infiere
Que á Dios no es imposible lo que quiere.

»Propuesto he la santísima embajada,
Encomendada á aqueste indigno paje;
Espero la respuesta deseada
Para remedio del mortal linaje:
Responde, Vírgen pura preservada,
Responde á mi santísimo mensaje;
Mira que de tu boca hermosa pende
Ser hombre Dios, que serlo en tí pretende.»

La humildísima Vírgen encogida
A la grandeza del mensaje grave,
Mira la dignidad no merecida,
Que en su pico le trae la inmortal ave;
Y asegurada ya de la venida
Del que hizo el cielo y dentro dél no cabe,
La respuesta al mensaje sacrosanto
Dirá gozosa en el siguiente canto.

CANTO VIII.

De la Encarnacion del Hijo de Dios.

Perpetua Vírgen, gloria de la tierra,
Espejo claro donde Dios se mira,
Cifra divina donde amor encierra
Lo que enamora á Dios y al cielo admira,
Paz deseada de la antigua guerra,
Belleza que reporta á Dios la ira,
Puerta del cielo, de su gloria templo,
Fénix de gracia, sola sin ejemplo:

Divina Madre de misericordia,
Vida, dulzura y esperanza nuestra,
Reparadora fiel de la discordia
Que causó la que á Adan la fruta muestra;
Casa de la pacífica concordia,
De la humildad dignísima maestra,
Oráculo infalible, fuerte escala,
Que en el pecho de Dios su gloria escala:

Mirad, divina y soberana estrella,
Que Dios aguarda del clavel y rosa
Con que os enriqueció la boca bella,
El sí que siempre os ha de hacer dichosa;
Ved que á la dignidad de ser doncella
Quiere juntar la de su madre hermosa,
Que siendo siempre Vírgen seais fecunda,
Fecunda Madre y Vírgen sin segunda.

Mirad á Dios, que el sí dichoso aguarda,
Que ha de ser llave de su eterno pecho,
Para enviar al Hijo, que en él guarda,
Al tálamo que en vos amor ha hecho;
Ved que al Hijo parece que se tarda
El sí que ha de juntar en lazo estrecho
Al supuesto de Dios nuestra flaqueza,
Y la humildad del hombre á su grandeza.

Mirad que el Santo Espíritu inflamado
De los corales de esa boca pende,
Y que alma y cuerpo os ha santificado
Para este sí divino que pretende;
Ved que espera, y cual tierno enamorado,
El sí que se dilata mas le enciende;
Mirad que aguarda el sacro consistorio
El sí del jamás visto desposorio.

Mirad los soberanos escuadrones
Que ven á Dios en las etéreas sillas,
Asomados del cielo á los balcones,
Esperando las nuevas maravillas,
Y que en nombre de todas sus legiones
Espera el sí prostradas las rodillas
El bello Embajador, que solicita
El bien del preso que en el limbo habita.

Mirad del cielo las esferas bellas
Paradas á escuchar el sí dichoso,
Para que baje por en medio dellas
El Verbo eterno á vuestro pecho hermoso;
Y mirad hechas lenguas las estrellas,
Pidiendo el sí para su autor glorioso;
Mirad al sol y luna, que os vocean,
Que renovarse en vuestro sí desean.

Mirad del cano Adan el triste llanto,
Ved el dolor de la engañada Eva,
Mirad el coro de profetas santo,
Que el ansia antigua en vuestro sí renueva;
Escuchad de David el tierno canto,
Que arrebatado en vos, en Dios se eleva,
Procurando que déis el sí dichoso,
Que ha de hacer cielo vuestro vientre hermoso.

Ved los ancianos padres derramando
El corazon entre las graves canas;
Mirad los patriarcas renovando
En vos sus esperanzas soberanas;
Escuchad los suspiros que están dando
Al son de las cadenas inhumanas
Vuestros nobles santísimos abuelos,
Que en Adan ofendieron á los cielos.

Mirad de vuestro padre Joaquin grave
Las blancas canas llenas de rocío,
Suplicando que déis el sí suave
Que al limbo oscuro dejará vacío;
Vuestra madre con vos, Señora, acabe
Que déis el sí que, sollozando al frio,
Ha de poner la gloria de los cielos,
Siendo los dos de vuestro Dios abuelos.

Sed obediente, Vírgen sin mancilla,
A vuestros padres como siempre fuistes;
Ved que el yugo tirano los humilla
A ser esclavos en prisiones tristes;
Ved que ante vuestros padres se arrodilla
La escuadra ilustre de quien decendistes,
Rogándolos que os pidan, Vírgen bella,
El sí en que habeis de ser madre y doncella.

Si esto no mueve, celestial Señora,
A lástima y piedad el pecho hermoso,
Muévale ver que enternecido llora
Por este sí divino vuestro Esposo:
Mirad que humilde os ruega, y ved que ignora
Que sois vos á quien pide el sí glorioso,
Y vos sabeis que el sí de vos aguarda
Que le ha de hacer de Dios ángel de guarda.

Ved, Vírgen bella, cuanto á los dos cuadre
El sí de tierra y cielo deseado,
Pues vos seréis de Dios divina madre,
Y él del Hijo de Dios padre llamado;
Él con el nombre del eterno Padre,
Del Hijo eterno como Padre amado,
Vos digna Emperatriz del alto cielo,
Él Vicepadre del que espera el suelo.

Él ha de ser criador del que le cria,
Vos amparo fiel del que os ampara;
Él del que el cielo alegra el alegría,
Vos el reparo del que á Adan repara;
Él de Jesus la amada compañía,
Vos de los dos esposa y madre cara;
Él de vos y Jesus guarda y sustento;
Vos de Dios y Josef gloria y contento.

La tierra os pide á Dios, al hombre el cielo,
A Dios y hombre la justicia inmensa,
La paz, que de vos pende, pide el suelo,
La paga el hombre de su injusta ofensa;
Los ángeles con amoroso celo
Os piden de sus sillas recompensa,
El enfermo salud, la vida el muerto,
La vista el ciego, el navegante puerto.

Vos sois el sol, en cuyos resplandores
Pondrá su tabernáculo glorioso
Dios hecho esposo, que vertiendo amores
Saldrá de vuestro tálamo precioso;
Vos sois la vara de las bellas flores,
Y vos el arca del maná sabroso,
Del olmo Cristo enamorada yedra,
Engaste rico de la eterna piedra.

Vos sois la que á vos misma deseastes,
Vos la misma que á vos servir quisistes,
Vos la que dichosisima os llamastes,
Vos la que á vos el dulce sí pedistes,
Vos quien porque á ser sierva os humillastes,
El ser Señora nuestra merecistes,
Vos quien vuestra humildad subistes tanto,
Que á Dios bajais á vuestro gremio santo.

Vese la hermosa Vírgen obligada
Del mismo Dios, del cielo, de la tierra,
De los ángeles santos deseada
Y de aquellos que Adan consigo encierra;
Vese del justo y pecador llamada
Para las paces de la antigua guerra,
De su Josef amado el llanto escucha,
Y de sus padres la congoja mucha.

Atiende á la embajada soberana,
Y aunque segura de la cierta nueva,
Suspende el sí con ciencia mas que humana,
Por no imitar á la ligera Eva;
Ni pretende, cual otra Sara anciana,
Hacer risa el favor que en Dios la eleva,
Ni como Zacarías quedar muda,
Pues su fe firme no consiente duda.

Llegado el tiempo alegre y venturoso
De las inescrutables maravillas,
La Vírgen bella con licor precioso
Humedece las cándidas mejillas;
Alza los brazos á su autor glorioso,
Prostradas por el suelo las rodillas,
Y el corazon en lágrimas deshecho,
Envia á los ojos el humilde pecho.

«Arcangel, dice, bienaventurado,
Embajador fiel que el alma alaba,
Del Rey supremo mensajero alado,
Que me ofreces mas bien que deseaba;
Ves aquí del Señor que te ha enviado
La mas que indigna sierva, humilde esclava,
Mi voluntad le ofrezco, si ya es mia;
Cúmplase en mí la del que á mí te envia.»

El eco dulce de las nuevas ciertas
Llegó al alcázar del palacio hermoso;
El cielo abrió las estrelladas puertas
De par en par al dulce sí dichoso.
Y las del pecho de su Autor abiertas
Para enviar al Todopoderoso,
Sale glorioso de su eterno Padre
Al limpio pecho de la Vírgen Madre.

Las puertas de zafir se estremecieron,
Resonaron los ejes celestiales,
Los quicios de diamante se sintieron,
Pasmáronse los coros inmortales;
Los montes con sus ecos respondieron,
Encalmó el mar los húmidos cristales,
El aire quedó mudo, absorto el fuego,
Suspenso el mundo en general sosiego.

Cual suele rayo al viento sacudido
De la mano de Júpiter vibrado,
Que mas hiere á quien ha mas resistido
El fuego abrasador de que va armado,
Que encuentra el arca donde halló escondido
El tesoro riquísimo guardado,
Que sin abrir el arca hurta el tesoro,
Y dejándola sana, abrasa el oro;

Así el rayo del sol omnipotente,
Rayo de lumbre y de grandeza inmensa,
Baja, rompiendo el aire trasparente,
Para hacer por el hombre recompensa.
Halló el arca de cedro refulgente,
Y entrando en ella sin hacerla ofensa,
Abrasó de su amor el casto pecho,
Quedando en él el infinito estrecho.

Entró cual por espejo cristalino
Rayo de resplandor maravilloso;
Quedó cual queda dentro el nácar fino
La perla que produjo el sol hermoso;
Enriqueció el sagrado vellocino
El rocío del Todopoderoso,
Quedó llena de luz la Vírgen bella,
Ella del sol vestida y el sol della.

Pasmóse la sagaz naturaleza,
Y del portento con razon se asombra;
Ve que es primor que excede á la destreza
Que por varia bellísima la nombra;
Viendo que hay fuerza de mayor grandeza
Y que hace Dios al caso raro sombra,
El hombro encoge, y con asombro mira
La concepcion que ignora y que la admira.

Formaron en el gremio alabastrino,
De sangre pura de la niña hermosa,
El padre, el hijo y el amor divino
Un cuerpo hermoso de clavel y rosa,
En belleza y tamaño peregrino,
Que apenas de su forma artificiosa
Se ven distintos miembros y facciones,
Hechas con soberanas perfecciones.

Hace la sombra con sus alas bellas
El paracleto amor que el cuerpo labra;
Entra el Rey inmortal de las estrellas,
Sin que el gremio virgíneo rompa ó abra;
Y en sus entrañas sin horror de vellas
Se deposita la inmortal palabra,
Uniendo la mortal naturaleza
A la persona de infinita alteza.

Unióse al cuerpo el alma venturosa,
El cuerpo y alma á la persona eterna;
El alma en aquel punto fué gloriosa
Gozando de la gloria sempiterna;
El Verbo por virtud maravillosa
En su persona á la deidad coeterna
Las dos naturalezas suposita
Uniendo la mortal á la infinita.

En solo un punto, en un pequeño instante
Fué el sér humano al sér de Dios unido,
Y en el primero fué el divino infante
Varon sabio, perfecto, aunque encogido;
Y siendo al Padre eterno semejante,
A cuya esencia está contino asido,
Gozando de la gloria de su pecho,
Siente y padece en el lugar estrecho.

Si en la Trinidad santa y inefable
Personas tres y una substancia hallamos,
En esta union divina y admirable
Una persona y tres substancias damos;
Si hay en aquel misterio inescrutable
Tres que uno son, y tres y uno adoramos,
En este hay tres en uno, que es eterno,
La carne, el alma, el Verbo sempiterno.

Aquestas tres por soberana suerte
Son uno en unidad de la persona,
Quedando el fuerte flaco, el flaco fuerte,
Y Dios ceñido en la virgínea zona;
El que es vida de Dios, sujeto á muerte,
Niño el que el cielo por su autor pregona,
El infinito con mortal renombre,
Pasible el impasible, hecho Dios hombre.

Por esta bella union divina y pura
El hombre es Dios, es madre una doncella:
Disfraza Dios su gloria y hermosura,
Cerca al fuerte varon la mujer bella;
Al resplandor del Padre su criatura,
Al mar su concha y á su sol la estrella,
Al cielo el mundo, al mundo un puño abarca,
Y al piélago de Dios la estrecha barca.

Los espíritus bellos que esperaron
Del real palacio á la sagrada puerta,
El sí divino apenas escucharon
Por quien la de los cielos será abierta,
Cuando todos humildes adoraron
Del preso antiguo la esperanza cierta,
Reconociendo todos por Señora
A la que el Verbo eterno en sí atesora.

Bajan de la dorada imperea cumbre
De espíritus escuadras venturosas
Al Palacio, que esparce nueva lumbre,
Volviendo las del cielo mas hermosas;
Llega alegre la bella muchedumbre
Vertiendo flores, derramando rosas,
Para hacer guarda á la pequeña casa,
Que es cielo rico del que al cielo abrasa.

Arrebatada en éxtasis suave
La intacta Virgen en su vientre adora
Al que hizo el cielo y dentro dél no cabe,
Y ya en su casto seno humilde mora;
La gloria de su pecho sola sabe,
Que tanto gozo mi rudeza ignora;
Ella lo diga, que ella sola puede,
Pues que su gozo al mismo gozo excede.

Gózase la bellísima criatura
De que el Verbo de Dios madre la nombre;
Gózase en ver que dió su sangre pura
Para la rica redencion del hombre;
Gózase en ver su integridad segura,
Aunque de estarlo con razon se asombre;
Gózase en que al misterio soberano
Creyese firme el corazon humano.

Gózase en que el palacio resplandece
Con nueva lumbre que la suya aclara;
Gózase en ver que el casto vientre crece
Sin corrupcion de su pureza rara;
Gózase en ver que el alma se enriquece
A la corriente de la fuente clara,
Que mas gracia se alcanza de mas cerca,
Y mas la que la gloria de Dios cerca.

Gózase en ver que su Josef amado
El alma media de su pecho hermoso
Tiene de hallar en su jardin cerrado
El árbol por quien ha de ser dichoso;
Gózase en ver que en su heredad le ha hallado,
Y que es cual la heredad del noble Esposo,
Pues es ella la tierra sacrosanta
Donde el árbol de vida se trasplanta.

Gózase en ver que el rico carpintero
Para el eterno y inmortal tesoro
Ofrece al soberano perulero
El arca virginal de cedro y oro;
Gózase en que su Esposo verdadero
Da su casa al que rige el sumo coro,
Gózase en ver la parte que le alcanza
Del bien que ha de cumplirle su esperanza.

Quedó el divino mensajero alado
Como á discreto siervo le acontece,
Que llegando el señor que la ha enviado,
Humildemente calla y enmudece:
Gabriel, de su Criador cortés criado,
La embajada á la Virgen bella ofrece,
Llega al Señor el sí que rompió el cielo,
Y él vase renovando alegre el vuelo.

Sale la Virgen con la dulce carga
Hecha custodia de su autor glorioso;
Sale Josef, á quien se le hace amarga
La vida ausente de su bien hermoso;
Ella quisiera darle cuenta larga
Del misterio que le hace venturoso,
Mas al secreto el hijo la provoca,
Y al corazon que no salga á la boca.

Con ser Josef el alma de su vida,
Con ser Josef la vida de su pecho,
Con ser della la cosa mas querida
Después del que hizo cielo el vientre estrecho;
Con ser el bien y gloria sin medida,
Que goza del eterno niño hecho,
Encubre con valor sabio y discreto
A su mitad el celestial secreto.

¿Qué mujer de sí misma se fiara?
¿Cuál á su esposo no se descubriera?
Cuál el misterio celestial guardara
De un justo que callar tan bien supiera?
Y cuál su gloria no comunicara
Al que su bien, su padre y dueño era?
Cuál, sino sola aquesta Fénix sola,
Emperatriz de la estrellada bola?

Llega Josef, á quien su Esposa aguarda,
Cuando la temerosa noche oscura
Las negras alas bate mas gallarda,
Derramando el silencio que procura;
Cuando corona su cabeza parda
De las estrellas de la esfera pura,
Llegando al fin de la mitad del vuelo,
Comun descanso del cansado suelo.

Llega de su trabajo fatigado
A buscar el descanso de sus ojos,
Llega á buscar el casto enamorado
La luz hermosa de los soles rojos;
Llega á buscar el alma que ha dejado
Entre los hermosísimos despojos,
Llega á buscarse á sí, que está perdido
Ausente el bien que el cielo le ha ofrecido.

Sale la Vírgen bella deseosa
De ver al Justo que en su amor la inflama;
Sale á buscar la santidad preciosa
Del Esposo castísimo que ama,
Y con voz agradable y amorosa
Al dichoso consorte alegre llama.
Llega Josef ante sus rayos bellos,
Ciego á la claridad que mira en ellos.

Mira que de los diáfanos cristales
De los hermosos ojos de paloma
Proceden unos rayos celestiales,
De donde el sol la luz prestada toma;
Mira que á las ventanas virginales
Entre su claridad el sol se asoma,
Que aquella luz á la del cielo excede,
Pues resplandor mas bello darle puede.

El gran Josef turbado se deslumbra
Cual el que mira su encendida casa,
Que aunque su mucha luz de fuera alumbra,
De dentro el fuego muestra que se abrasa;
Mira á su Esposa, que cual sol relumbra
Y que su luz de mas que humana pasa,
Pues ve en las de sus ojos, siempre bellas,
De la deidad de Dios vivas centellas.

Que si al mártir primero apedreado,
A quien el vaso de eleccion se debe,
Mostró su rostro bienaventurado
Cual un hermoso de los coros nueve;
Si al tartamudo por Termute hallado
El pueblo á ver su rostro no se atreve,
Por el divino resplandor que ofrece
De haber visto al que en Sinai le aparece;

¿Qué mucho que Josef quede suspenso
Entre las luces de los bellos soles,
Si el del pecho de Dios con gozo inmenso
Los dora con sus claros arreboles?
Qué mucho ciego el resplandor intenso
Del oro, que hace ricos sus crisoles,
Se turbe, pasme, tema, espante, admire,
Se eleve absorto y deslumbrado mire?

Conoce que en su pecho se derrama
Nueva alegría entre el desasosiego;
Siente que en Dios con nuevo amor se inflama
Como el que está mas cerca de su fuego;
Ve vuelta un sol la Esposa que en Dios ama,
Vese en ella cual quien le mira ciego,
Ve que entre miedo y gozo se arde y hiela,
Que la luz que le abrasa le consuela.

Ciego y alegre entre su luz serena,
Respeta humilde al alma de su vida,
Llena de Dios y de pecado ajena,
Para tan gran favor sola escogida;
Siente su casa de consuelos llena,
De nuevo resplandor enriquecida;
Las paredes le infunden un respeto,
Que le hacen desear ser mas perfeto.

«¿Qué es esto, dice, soberano mostro,
Milagro celestial del que te cria?
Qué luz esparce tu divino rostro,
En que abrasada el alma queda fria?
Virgen hermosa, á la deidad me prostro,
Que en tu vista gloriosa ve la mia;
Que aquese resplandor inaccesible
Ser de mortal criatura es imposible.

»Dulce María, ¿qué divinas luces
Envias al que en tu amor está deshecho?
¿Cómo en mi alma tan gloriosa luces,
Que ya le viene aqueste cuerpo estrecho?
Miro entre aquesos bellos arcaduces
Los arroyos de gloria de tu pecho:
¿Qué paraíso en él guardado tienes,
Que esparces gozos de inmortales bienes?

»Hermosa nube á quien el sol embiste,
Bordándote de claros resplandores;
Divina luna que de luz te viste,
Multiplicando alegre tus favores;
Trasparente cristal que le resiste,
Y sin quebrarle toma sus colores;
Espejo herido de su luz altiva,
Que como él mismo de la vista priva;

»Nube, luna, cristal, espejo hermoso,
¿Has visto alguna luz que te mejora?
¿Viste de algun espíritu glorioso
El rostro bello y en el tuyo mora?
Viste el trono de Dios maravilloso
Como el Profeta que aserrado llora?
Viste los serafines que le cubren
Y á tus divinos ojos le descubren?

»Viste entre el humo pardo y negro velo
Del alto monte la sagrada lumbre,
Crugir los vientos, atronar el cielo,
Relampaguear su inaccesible cumbre?
Viste del templo de tu sabio abuelo
La blanca niebla fuera de costumbre?
Viste á Dios cara á cara, Esposa mia,
Que tu luz vence al que la presta al dia?

»¿Qué has visto, Vírgen llena de hermosura,
Que así deslumbras con tu luz divina?
Qué tienes, hermosísima criatura,
Que excede á todo cuanto se imagina?
Ciega la lumbre de tu lumbre pura
Cual la del sol al que se le avecina;
No sé qué tienes, gloria de la tierra,
Y sé que algo de Dios tu pecho encierra.

»¿Eres la zarza verde y encendida,
Que verde, aunque encendida, se quedaba?
Eres el carro, en que en ligera huida
El justo celador á Dios volaba?
Eres Jerusalen de Dios querida,
Que de un muro de fuego la cercaba?
Eres el horno de la ardiente brasa,
Que alumbrando y ardiendo no se abrasa?

»Adorada Señora, di quien eres,
Si lo merece quien tu rostro adora,
Pues en gracia y belleza te prefieres
A cuanto el cielo mira y el sol dora;
Angel bello entre todas las mujeres,
Entre todos los ángeles Señora,
Paraíso de amor, amor del cielo,
Cielo de gracia, gracia y bien del suelo.»

—«Josef querido, dice, amado Esposo,
Mirad que soy quien ama vuestro gusto,
Mirad que soy quien con amor dichoso
Os ama por esposo noble y justo.
¿Por qué estáis de mirarme temeroso?
Dejad la admiracion, dejad el susto,
Que vuestra esposa soy, vuestra María,
Y vos el bien que estima el alma mia.

»Salgo de la oracion, en que me ofrce
El cielo mas favores que merezco,
Que Dios á los humildes favorece,
Y á mi porque, aunque indigna, lo apetezco;
Vuestra amorosa lengua me engrandece,
Y yo á serviros, mi Josef, me ofrezco;
Mandadme, Esposo amado, dueño mio,
Padre y señor de quien mi honor confio.

»¿Venis, Josef y amado compañero,
Del trabajo ordinario fatigado?
¿Estáis cansado, Esposo verdadero,
De ver que mas que suelo me he tardado?
Descansad, mi señor, con ver que os quiero
Como al alma que alegre os he entregado.
Perdonad mi tardanza, prenda amada,
Que no os querria disgustar en nada.

»Jamás tuve intencion de disgustaros;
Temí las ocasiones de ofenderos;
Jamás dejé, cual debo, de estimaros,
Y, como vos sabeis, obedeceros.
Quisiera, amado Esposo, regalaros
A medida del gusto del quereros.
Perdonad si no os sirvo como es justo,
Y ved que es justo que perdone el justo.»

En esto la bellísima princesa
Con alegría y celestial agrado
Apareja la pobre limpia mesa
Para su Esposo bienaventurado;
Él alegre y suspenso se embelesa
A la voz dulce del encanto amado,
Y admira absorto la humildad profunda
De quien no tuvo ni tendrá segunda.

Ella, como otra Marta, solicita
Del cansado Josef la corta cena;
Él mira en su nevada frente escrita
La luz, que de sí propio le enajena;
Ella, del que el eterno pecho habita
Enriquecida y de su gloria llena,
El regalo previene al Varon justo,
Procurando agradarle y darle gusto.

Los ángeles se admiran y suspenden
De ver que Josef goza glorias tantas,
Y servirle á su mesa ya pretenden,
Por gozar mas de las personas santas;
Y de la Reina, en cuyo amor se encienden,
Las alas ponen á sus bellas plantas,
Sirviendo todos al Varon dichoso,
De Dios nutricio, de su Madre esposo,

Trae la comida el Angel de la tierra
Como el del cielo en los pasados dias
La trujo alegre en la desierta sierra
Al venerable celador Elías;
Trae el pan vivo que en su vientre encierra,
Pan que da al cielo eternas alegrías;
Trae el cordero en su amor asado
Y el ave de su nido deificado.

Trae para el cuerpo la guisada cena,
Aderezada por sus bellas manos;
Siéntase al lado del que el cielo ordena
Que sirvan los divinos cortesanos;
Come Josef entre su luz serena
Bocados para el alma soberanos,
Y con la pobre cena alegre mata
La hambre heredada de la madre ingrata.

Come Josef y queda satisfecho,
Mirando el rostro á quien honor se debe;
Ella alimenta el cristalino pecho,
Hecho de rosas y de blanca nieve;
Entra á Josef la cena en buen provecho,
Mas soberana, aunque tan corta y breve,
Que la que dió Cleopatra á Marco Antonio
Ni Asuero en su primero matrimonio.

Dan gracias al Señor que se la ha dado,
Y con alegres muestras de alegría
Pide la Vírgen á su Esposo amado
Descanse del trabajo de aquel dia;
Él, obediente al celestial mandado,
Se aparta de su amada compañía,
Buscando alivio del trabajo grave
Entre los brazos de Morfeo suave.

La Vírgen se recoge en su aposento
Reverenciando el sumamente Santo,
Gozando alegre el sin igual contento
Que le inspira en su vientre sacrosanto;
Adora con humilde encogimiento
Al infinito ya abreviado tanto,
Pretendiendo que la halle el alba fria
Adorando al Criador, que adora y cria.

Desea que salga el padre de Faetonte,
Y que esparciendo su benigna lumbre,
Vuelva de plata el rio, de oro el monte,
Y que el desierto y el poblado alumbre;
Desea que salga al cándido horizonte
Para subir por la soberbia cumbre
De las montañas de la gran Judea,
Que á su preñada prima ver desea.

En esto y su oracion entretenida,
Se reclinó sobre la pobre cama,
Y gusta el sueño verla así rendida,
Porque hasta el sueño su descanso ama;
Luego la escuadra angélica escogida,
Para servir la que venció á su fama,
Hacen cuerpo de guardia al cielo santo,
Mandándome que aquí dé fin al canto.

CANTO IX.

De la Visitacion.

Las bellas damas de la España nuestra
Usan hacer de sus soberbias galas
Gallarda ostentacion, vistosa muestra,
Como el pavon de las pintadas alas;
Y cada cual bizarra mas se muestra,
Porque Páris afrente á Juno y Pálas,
Procurando mostrar sus gracias sumas,
Aunque mendiguen las ajenas plumas.

¿Qué es ver sus gasas mas que ellas sencillas,
De los soplillos celosías formadas,
Ajorcas, brazaletes y manillas,
Orejeras, zarcillos y arracadas,
Argollas, collarejos, gargantillas,
Cadenas, perlas, piedras, oro, espadas,
Sartas, brinquiños, broches, cabestrillos,
Pomas y frascos, ámbares y anillos?

Pues, ¿qué las arandelas tembladoras
Al viento del celebro que las mueve,
Adornando de las Medeas traidoras
Las falsas rosas y comprada nieve?
¿Qué es ver ya santas muchas pecadoras
Con el honor que á la virtud se debe,
Con las diademas con que el mundo loco
Corona ciego á quien estima en poco?

¿Qué es ver de sus cabezas los jardines,
Las nuevas invenciones de tocados,
Los ricos, mas que honestos, faldellines
Por los prostrados gustos inventados?
Qué, vueltos herraduras los chapines,
Y los grillos de corcho mas pesados?
Qué sus brocados, telas, escarlata,
Marfil, grana, coral, seda, oro y plata?

¿Qué es conocer deste animal, que admira
Por gallardo, gentil, sabio y hermoso,
Que es lo mas dél certísima mentira,
Y ninguno mas que él menesteroso?
Dígalo el que devoto mas le mira,
Y dirá que es un monstro artificioso,
Un ave toda pluma, y esa ajena,
Garras de arpía, canto de Sirena.

¿Qué es ver vueltas en galas las prisiones,
Las argollas, los grillos y cadenas,
Que inventaron por penas las naciones
Por sujetarlas para hacerlas buenas?
Y qué es mirar las nuevas invenciones
Con que se doblan sus antiguas penas?
Porque traer cabestros y herraduras,
No son de esfinge enigmas muy escuras.

Llama el latino al mujeril ornato
Mundo, y en esto mi concepto fundo;
Pues siendo la mujer vivo retrato
Del que la hizo con saber profundo,
Busca con ansia loca y pecho ingrato
Las galas esparcidas por el mundo,
Siendo del mundo un breve mapa y cifra,
Que en sí contra su autor un mundo cifra.

Trae de las Indias piedras, plata y oro,
Del mar aljófar, perlas y corales,
De la madre comun hurta el tesoro
De entre los cofres de su minerales;
Pide al árabe rico y indio moro
El vario olor de flores y animales,
Ambar á la ballena, al gato algalia,
Al Flándes martas, y cristal á Italia.

Pide el calzado á Córdoba y Valencia,
A Tajo el agua, mantos á mi tierra,
A Milan telas, granas á Florencia,
Y color rojo á la nevada sierra;
El señorío y vidrios á Venencia,
El lienzo luterano á Ingalaterra,
Las secas heces á las secas cubas,
Y para el rostro las pasadas uvas.

Sus ungüentos, sus mudas y mudanzas,
Sus vinos, aguas, polvos y legías,
Vanidades, tormentas y bonanzas,
Lágrimas, presunciones y porfías
No es bien las digas, aunque las alcanzas,
¡Oh musa! que es perder mis pocos dias.
Oye de Orfeo la funesta queja:
Lo dicho basta; lo demás te deja.

¡Oh religion divina, pura y casta,
Del cordero de Dios amada Esposa,
Contenta con el paño y jerga basta,
Y con el lino tosco mas hermosa!
¿Quién á alabarte dignamente basta,
Piedra engastada en la virtud preciosa,
Luz escondida, celestial tesoro?
Tus rejas beso, y tu pureza adoro.

Divina musa, vete poco á poco.
¿Para qué á decir mal me persuades?
¿No echas de ver que me tendrán por loco,
Y á las dichas quizá por no verdades?
De nuevo humilde tu favor invoco,
Y no para decir mas libertades,
Sino porque me vuelvas al camino,
Que le perdí, y cual ciego desatino.

Que yo, como tú sabes, no querria
Decir mal de las damas españolas,
Que son en hermosura y gallardía
En todo el orbe, como Fénix, solas.
Turbóse el mar, escurecióse el dia,
Perdí mi norte entre las negras olas,
Dí en un bajío, donde tristemente
Me han de tener por necio y maldiciente.

Mas ya que miro de tu clara estrella
La luz que me promete favor cierto,
Siguiendo el resplandor que sale della,
Volveré ufano al ya perdido puerto;
Seguiré alegre mi derrota bella,
Proponiendo enmendar el desacierto,
Y del hecho perdon humilde pido,
Si es que decir verdades yerro ha sido.

Digo que entre las galas del tocado
Usan de Persia las gallardas damas,
Después de hacer de su cabello amado
Lazos de amor y redes de sus llamas,
Después de haber en ellas trasplantado
Flores de olor entre las rubias ramas,
Poner encima un pié de perlas y oro,
Que huella altivo su mayor tesoro.

Hacen remate á toda su belleza
Con el pié en el tocado enriquecido,
Y con él así puesto en la cabeza
Muestran la sujecion á su marido;
Entre las galas de mayor riqueza
Por la mas rica aquesta han escogido,
Con los piés sus cabezas coronando,
Y á los que suyas son reverenciando.

De las mujeres no se estima en tanto
La rara honestidad, la beldad rara,
La gracia y discrecion que causa espanto,
La gentileza ni la sangre clara,
Como la sujecion al yugo santo
Del que por su cabeza Dios declara,
Ley inviolable de su gusto haciendo,
Sin voluntad la suya obedeciendo.

La Virgen soberana, deseosa
De ver la estéril prima ya fecunda,
No del divino oráculo dudosa,
Porque jamás su fe tuvo segunda,
Sino que la palabra toda hermosa
De gloria inmensa y caridad profunda
La inspira y mueve á la visita santa,
Que espera un ave que en el nido canta;

Pide licencia á su Consorte amado,
Reconociendo que le está sujeta,
Y obediente y humilde á su mandado
Su casto Esposo y su Señor respeta;
Él amoroso, con afable agrado,
A licencia tan justa y tan discreta,
No solo se la da, mas se la pide,
Y á acompañarla humilde se comide.

Que siendo luz del alma que la adora,
A quien está continuamente unida,
Siendo la vida que en su pecho mora
Mas que la propia con razon querida,
Mal podrá estar ausente sola un hora
Del bien del alma y alma de su vida,
Pues no habrá cosa que le dé consuelo,
Ausente de la luz que la da al cielo.

Y así apareja el noble caminante
Para su Esposa el rudo jumentillo,
Más dichoso que aquel del libre amante
De la que dió á Teseo el fiel ovillo,
Más digno que su dicha le levante
A premio mas glorioso, que al novillo
Que pasó el mar con la engañada Europa,
Ni que el signo que el sol en marzo topa.

Apercibe la alforja, y la compone
De los regalos de la pobre casa;
La fruta verde y seca en ella pone,
La dulce almendra y la melosa pasa,
El dátil indigesto, á quien dispone
El veloz tiempo, que le enjuga y pasa;
El blanco pan, el oloroso queso,
El higo blando y almendruco tieso.

Pone para la humilde bestezuela
De su dulce trabajo el fiel sustento,
Y pone el pedernal que el fuego cela,
Dándole en sus entrañas alimento;
La yesca pone donde el fuego vuela,
Y el eslabon, que con furor violento
Provoca al fuego de la piedra tarda,
Que salga á dar la luz que dentro guarda.

Cubierto entre cortinas de brocado
Sale en la regia virginal carroza
Aquel que sin principio es engendrado
Y eternamente de su Padre goza;
El arca sale del maná sagrado,
Significada en la que mató á Oza,
Y en el navío de cristales y oro
De las Indias de Dios sale el tesoro.

Sale la vara que la flor encierra,
Sale la flor que el fruto eterno guarda,
Que si otro amargo al viejo Adan destierra,
Este cinco mil años há que aguarda;
Salen guiando por la fértil sierra
Los ángeles, soldados de su guarda,
Y á ver el sol en la virginea nube
Se para el sol que del oriente sube.

Dejan de Nazaret el patrio suelo,
Que parece que huye de sus ojos,
Y mas pequeño solicita al cielo
Que piadoso le vuelva sus despojos;
Enternecido en tanto desconsuelo,
Se deshace entre lágrimas y enojos,
Envidiando las ásperas montañas
Que enriquecen las cándidas entrañas.

La madre tierra, derramando risa,
Rompe las esmeraldas de sus venas,
Gozosa en que su rostro verde pisa
Quien tiene sus entrañas de Dios llenas;
A Clóris y Favonio luego avisa
Derramen olorosas azucenas,
Rosas, jazmines, lirios y claveles,
Ramos de mirtos, nardos y laureles.

Los nazareos collados se levantan,
Las cumbres altas del Tabor se humillan,
Las agrestes oréades se espantan,
Las napeas en Dios se maravillan;
Unas gozosas dulces versos cantan,
Otras embelesadas se arrodillan;
Todas diciendo virginales loores,
En corros danzan esparciendo flores.

La cabeza soberbia del Carmelo,
Cubierta de cipreses y de pinos,
Se humilló, conociendo en mortal velo
Al Rey de los alcázares divinos;
Las aves cortan con alegre vuelo
Las ondas de los aires cristalinos,
Y con las voces que á concierto quiebran,
Como Dios las enseña, le requiebran.

Céfiro alegre con mayor blandura
Suavemente aficionado baña
El rostro, de quien hurta la hermosura,
Lo hermoso para Grecia y para España;
Vierte cristal la fuente clara y pura,
El roble miel y leche la montaña;
La tierra muestra mas hermosos mayos,
El cielo nueva luz, el sol mas rayos.

Besol en su ribera aljofarada,
Cubierta de ovas la sagrada frente,
Sacudió la cabeza coronada
Del aljófar que lleva su corriente;
Paró suspenso en la veloz jornada
De su carrera el agua trasparente,
Y en la dorada urna recostado,
Viendo la luna llena quedó helado.

Y llamando á las náyades hermosas,
Que en la márgen gentil de su ribera,
Entretejiendo flores olorosas,
Desnudas van como en la edad primera,
La nieve de sus manos en las rosas,
Vuelven á ver lo que Besol las quiera,
El cual les manda, que en festivo juego
Una agradable danza ordenen luego.

Pónense los cendales delicados
Y de oro recamadas las basquiñas,
Y entre la variedad de sus tocados
Lazos de perlas y de aljófar piñas;
Los ojos de Besol enamorados
Mirando dellos las amadas niñas,
Gozoso guia, aunque grosero y basto,
El corro placentero, hermoso y casto.

Coge del agua de su fuente pura
Un nácar de oro y plata, y della lleno
Le ofrece á la bellísima criatura,
Que lleva á Dios en su virgíneo seno;
Que acalorada su febea hermosura,
El pecho refrescó y rostro sereno,
Partiendo con Josef del agua clara,
Mitad del alma, que en su pecho ampara.

Luego con fiestas y sabidas danzas,
Con músicas de dulce melodía,
Con nuevas invenciones de mundanzas
Y con gozosas muestras de alegría
Festejan las seguras esperanzas,
Que encierra la bellísima María,
Dándole gracias por mercedes tantas
De haberlas ilustrado con sus plantas.

Suben todas alegres agua arriba
Por donde sube la sellada fuente,
Que en Betleem ha de dar el agua viva,
Que está pidiendo la sedienta gente;
Del rio el agua un tiempo fugitiva
Atrás volver quisiera su corriente,
A no estorbarlo un levantado muro
Della parada y hecha cristal puro.

El claro rio y náyades hermosas
Delante la sagrada compañía
Suben por las montañas pedregosas
Haciendo alegres coros de alegrías;
Y llegando á las cumbres mas fragosas,
De donde nace su corriente fria,
Se despiden, y adoran la hermosura
Que del sol vence la belleza pura.

Los rayos blancos de la trivia luna
Salen de noche á su balcon de plata,
A ser antorcha á la sagrada cuna
Donde Dios va vestido de escarlata;
Y á los piés bellos de la Fénix una
Cada cual mas gozoso se dilata,
Adorando las plantas de jazmines,
De quien un tiempo esperan ser chapines.

Salen resplandecientes las estrellas,
De quien les da su clara luz quejosas,
Porque al presente no pudieron ellas
Ver á las que las hacen mas hermosas;
Y así, asombradas en sus luces bellas
Dejarán sus esferas luminosas,
Por bajar á este cielo de la tierra,
Cielo, que como cielo á Dios encierra.

Tres veces nueve leguas en tres dias
Anduvieron los santos caminantes,
De dia con palio de las nubes frias,
Y de noche de estrellas rutilantes;
Digan las abrasadas jerarquías
De los nobles santísimos amantes
En su camino alegre las razones,
Donde oyeron de amor nuevas liciones.

Llegan gozosos á la altiva cumbre
De las altas montañas de Judea,
De cuya peñascosa pesadumbre
Su casa el mudo Zacarías rodea;
Llegan á ver de la encendida lumbre
El humo, que en el aire devanea;
Oyen cantar los gallos coronados,
Los mastines ladrar de los ganados.

Un rústico gañan, que el campo labra
Haciendo que la punta áspera y dura
Del corvo arado las entrañas abra,
De quien sajada el logro le asegura,
Vió á la que viste la inmortal palabra,
Y conoció en su angélica hermosura
Ser de su ama Isabel la amada prima,
Que el cielo adora y su Criador estima.

Deja los bueyes y la aguda reja,
Y deja descansar la tierra rota,
Que atormentada á su Criador se queja
De que sin cesar nunca frutos brota;
Y cual cometa de color bermeja
Que veloz pasa la region remota.
Parte el gañan, á quien el gozo abrasa,
A dar las nuevas á su antigua casa.

Apenas de la nueva el alegría
Entró gozosa por las altas puertas,
Cuando la ya fecunda, un tiempo fria,
Las de su anciano pecho mostró abiertas:
Y al que callando penitencia hacia,
Porque dudó de las promesas ciertas,
Por señas su ventura le declara,
Volviendo roja la nevada cara.

Manda luego que todos los pastores,
Labradores, vaqueros y gañanes
Corten suaves olorosas flores,
Ramas de mirto y hojas de arrayanes;
Y que entre diferencias de colores
Salgan, cuanto posible sean galanes,
A recebir la prima siempre hermosa,
Que viene á hacer su casa venturosa.

Salen al son del rústico salterio,
Como suelen en tiempo del estío
Cuando el sol desampara este hemisferio
Dejando el mundo por su ausencia frio;
Como si conocieran el misterio
Del que abrevió su inmenso poderío,
Salen cantando dignas alabanzas,
Haciendo corros y ordenando danzas.

Coronadas las rústicas melenas
De verde y salutífero romero,
Llegan á ver las luces mas serenas
Que da la causa del laurel primero;
Y con las almas de contento llenas
Cercan en coro alegre y placentero
A la mujer, que al fuerte varon cerca,
Y es del trigo de Dios de lirios cerca.

El gran Josef y su Consorte cara
Reciben los pastores venturosos
Con gozo grave y con risueña cara,
Estimando sus ánimos gozosos;
Ellos, mirando la majestad rara
De los nobles santísimos esposos,
Se elevan, se suspenden y enamoran,
Su gracia admiran, su belleza adoran.

Con nuevas invenciones de alegrías
Llegan á ver las puertas venturosas,
Adonde espera el grave Zacarías,
Bañando el rostro en lágrimas gozosas;
Atrás volvieron los pasados dias,
Sus rugas se escondieron temerosas,
Su sangre se alegró, y su blanca nieve
Temió á los soles que la Virgen mueve.

Rodeado de todos sus zagales
El venerable sacerdote mudo
Las ropas tiende sobre los umbrales,
Por donde pasa el jumentillo rudo;
Y al deudo fiel de las personas reales
A sí juntó con un estrecho nudo,
Siendo los ojos lengua de su gozo,
Adonde el alma muestra su alborozo.

Una vez y otra al gran Josef abraza;
Quiere soltar la lengua atada y presa,
Y ve que justamente se la enlaza
La injusta duda de la fiel promesa;
Y á no ser de los cielos digna traza,
La gloria que en el alma tiene impresa
La habla le volviera en tal suceso,
Como el temor al hijo del rey Creso.

En esto la cristífera María
Gozosa las herradas puertas pasa,
Llenando con sus rayos de alegría
De nueva gloria la dichosa casa;
Sale al sol bello que da luz al dia
La vieja grave con placer sin tasa,
Alas haciendo de los flacos brazos
Para dar á su prima mil abrazos.

Llegando á las estrellas sacrosantas,
Del mismo Dios vidrieras cristalinas,
Turbóse viendo maravillas tantas
Como muestran sus luces peregrinas;
Fuése á prostrar á las sagradas plantas
De blanca nieve y rojas clavellinas;
La Virgen bella con divinos lazos
Se enlaza de su prima entre los brazos.

«Dios te salve, le dice, prima amada;
Su paz divina en esta casa sea,
Y con su mano bienaventurada
Te dé lo que tu pecho fiel desea;
Dichosa tú, que en la vejez cansada
Te miras libre de la afrenta fea
De la esterilidad aborrecible,
Que no hay palabra á Dios que sea imposible.»

Apenas desta voz el eco suena
En el vientre fecundo donde habita
La voz de Dios, cuando de gracia llena
Adora á la preciosa margarita;
Huyó la culpa ante la luz serena
Del cordero sin mancha que las quita;
Del Espíritu Santo quedó lleno,
Y á Dios conoce en el virgíneo seno.

Cual de reloj de sol la aguja suele
Tocada de la iman buscar el norte,
Haciendo que ligera y veloz vuele
Buscando quien su furia le reporte;
Así el iman de Cristo á Juan impele
Al norte eterno de la eterna corte,
El cual le busca en la prision oscura,
Volviendo el rostro al norte de hermosura.

Como varon perfecto, el niño santo
A quien el uso de razon previene,
Dió una gran vuelta con gozoso espanto
Hácia la parte donde á su Dios tiene;
Y arrodillado al vientre sacrosanto,
Adora el bien que á hacerle santo viene,
Y como fiel amigo del cordero
Por Dios le tiene y hombre verdadero.

Niño en el tiempo y hombre en el sentido,
Su gozo muestra y su aficion declara,
Dando saltos el niño, aun no nacido,
Al bello resplandor de la luz clara;
En las redes maternas escondido
Miró del niño Dios la hermosa cara,
Viendo por la colmena de cristales
Del humanado Verbo los panales.

Mira de Dios la majestad secreta,
Mira al inaccesible ya humanado,
Mira al que al orbe dentro el puño aprieta
En el vientre purísimo abreviado;
Y absorto en verle el niño ya profeta,
Angel de Dios y apóstol enviado,
Quisiera desasir la lengua atada
Para alabar á la Deidad sagrada.

Y dentro de sí dice: «Pues no puedo,
¡Oh niño Dios! del bien que humilde adoro
Decir la gloria en que pasmado quedo,
Porque decirla cual la siento ignoro,
Señalaré con el indigno dedo
El recental del vellocino de oro,
Que de la piedra del desierto viene
Al monte que no sabe que te tiene.

»Podré decir ¡oh paz de nuestra guerra!
Que en la rueda del vientre que me ampara
Sonó la voz del trueno que en sí encierra
El Padre eterno que se ve en su cara;
Diré que visitaste aquesta tierra
Y la embriagaste con tu lumbre clara;
Diré que soy por mi mayor consuelo
Quien primero te vió en el mortal velo.»

—«¡Oh primo amado! Cristo le replica,
De mi venida cierto mensajero,
Profeta cuyo dedo pronostica
Al deseado y cándido cordero;
Voz amada, que al mundo me publica,
Voz por quien darle al mundo padre quiero,
Voz que siéndolo mia y yo palabra,
Harás que el mundo sus orejas abra.

»Nuevo profeta Elías, doctor nuevo,
Sagrado precursor, ángel que envio,
Grande de Dios que á visitar me muevo,
Grande tan grande que mi honor te fio,
Luz encendida que ante mí te llevo,
Del cielo asombro, testimonio mio,
Que le has de dar á los que me desean,
Por quien quiero que todos en mí crean.

»Penitente de vida áspera y dura,
Divino patriarca del desierto,
Lucero hermoso de mi lumbre pura,
De la virginidad amparo cierto;
Predicador de mi verdad segura,
Por la cual en la cárcel serás muerto,
De muchos, Juan, por tí seré tenido,
Y tú por el Mesías prometido.»

Como arcaduz de acequia deleitosa
Por quien corriendo va el cristal perene
A llenar franca en cantidad copiosa
Todo el espacio que el alberca tiene,
Que se baña del agua bulliciosa,
Que revertida del alberca viene,
Quedando lleno de la fuente propia,
Aunque por ser menor en menor copia;»

Así la Isabel noble, anciana y grave,
Hecha arcaduz de la sellada fuente,
Por cuya regalada voz suave
Entró envuelta de gracia la corriente,
Dando al hermoso Juan cuanto le cabe
De recudida de la gran vertiente,
Con gozo alegre y celestial espanto
Llena quedó del paracleto santo.

Y provocada de la voz del Verbo
A que las dé á su Dios agradecida,
Mas ligera que al agua herido ciervo
Es lengua fiel de la que está impedida;
Y adorando al que en cisne volvió el cuervo
Por el niño profeta prevenida,
Llena de alegre y justo regocijo,
La nueva Profetisa á voces dijo:

«Bendita tú entre todas las mujeres,
De las benditas tú la mas bendita;
Tú de Jerusalen la gloria eres
Y el gozo fiel del tímido israelita,
Honor de nuestra gente, santa Céres,
Que traes el pan que la hambre de Adan quita,
De marfil terso trono glorioso,
Donde se asienta el Salomon hermoso.

»Bendita tú, que del rosado velo
Vistes al que te da sus bendiciones;
Bendita tú, por quien el pobre suelo
Goza de Dios los prometidos dones;
Bendita tú, que entre la tierra y cielo,
Largo tiempo enemigos, paces pones;
Bendito el vientre santo en quien moraste,
Y benditos los pechos que mamaste.

»Bendito de tu vientre sin mancilla
El fruto hermoso á quien dichosa espera
Del Rey pastor la prometida silla,
Y quita del primero la dentera;
Bendito el fruto que en la fiel cestilla
Allega ya del mundo á la ribera,
Hecho fruto de gustos diferentes,
Do benditas serán todas las gentes.

»Bendito el fruto que del cielo vino,
Siempre engendrado del paterno pecho,
Y por aquel Señor que es uno y trino,
Hombre pasible en tus entrañas hecho;
Bendito el fruto que entra de contino
Al padre que le engendra en buen provecho;
Bendito el fruto de la flor hermosa,
En quien el Santo Espíritu reposa.

»¿De dónde á mí, bellísima Princesa,
Que la que es madre del Señor que adoro
Viniese á aquesta humilde montañesa
A enriquecerla con tan gran tesoro?
Mi indigna boca el suelo rico besa,
Que huellan las divinas plantas de oro,
Y el corazon en lágrimas deshecho
Baña este rostro de claveles hecho.

»Calle de nuestro antiguo patriarca,
Que hospedó á tres, la célebre visita,
Y la del que á pesar de la cruel Parca
Al niño á sí ajustado resucita;
Cese la gloria que dar pudo el arca
Cuando de Obededon la casa habita,
Pues que de hoy mas ¡oh Vírgen siempre hermosa!
Esta mas que las tres será famosa.

»Sabe, intacta doncella palestina,
Que así como pasó por mis oidos
Del cuello de marfil la voz divina,
Que á los cielos dejó de amor heridos,
Con gozo y alegría peregrina
Del tierno infante el alma y los sentidos
Se han alegrado en las entrañas mias,
Saltando alegre al dulce son que hacias.

»Vírgen hermosa, bienaventurada,
En quien se cumplirá por quien creiste
De las promesas ciertas la embajada
Que del rosado Paraninfo oiste;
Dichosa yo, pues con tu vista amada
Aquesta pobre casa enriqueciste,
Siendo el carro de fuego donde Elías
Vino á dar luz á las entrañas mias.»

La Vírgen soberana conociendo
Que es el dedo de Dios el que le avisa,
Los secretos misterios descubriendo
A la grave y anciana Profetisa,
Gracias de tanto bien humilde haciendo
Al que las alas de los vientos pisa,
Soltó la dulce voz, de gracia llena,
Y dijo la hermosísima Sirena:

«Al inmenso Señor de lo criado
Engrandece mi alma y magnifica,
Y en Dios, que es mi salud, arrebatado
Mi espíritu sus gracias multiplica.
Porque miró desde su trono amado
La humildad que su sierva le dedica,
Con devocion de espíritus ardientes,
Bendita me dirán todas las gentes.

«El infinito y Todopoderoso
Hizo en mí, indigna, cosas portentosas,
Siendo su nombre santo y glorioso
En todas las regiones espaciosas;
Y de su pecho misericordioso
Se verán por edades venturosas,
Para los que le temen, siempre abiertas
De su clemencia las sagradas puertas.

«En su brazo de inmensa fortaleza
Hizo fuerza, su gran valor mostrando,
De la poco segura y vana alteza
Los altivos soberbios derribando;
Levantó los humildes su grandeza,
Los poderosos de su asiento echando;
Enriqueció de bienes los hambrientos,
Haciendo empobrecer los avarientos.

«De su misericordia no olvidado
Israel recibió al que está conmigo,
Cumpliendo la palabra que habia dado
Al tio de Loth y á los del pueblo amigo.
Seas, eterno Señor, glorificado,
Que en nombre de los hombres te bendigo,
Y eternamente te bendiga el cielo,
Supliendo lo que falta á mi buen celo.»

Dijo, y suspensa en su Criador se queda,
Y al eco dulce de la voz suave,
Del eje celestial paró la rueda,
Oyendo absorto cuanto Dios la alabe.
La Isabel venerable alegre hospeda
Al Josef justo y á la Vírgen grave,
Y en ricas cuadras de dorados techos,
Los acomoda en regalados lechos.

Pasan gozosos los alegres dias
El niño Cristo con el primo tierno,
Y la esposa fiel de Zacarías
Con la que es madre de su autor eterno;
El mundo haciendo señas de alegrías,
Muestra en sus ojos el placer interno
Con el noble Josef, y juntos todos
A Dios alaban de diversos modos.

De la Vírgen intacta el casto Esposo,
Por no comer de balde la comida,
Con la labor de su trabajo honroso
El del ocioso tiempo alegre olvida;
Volverse á Nazaret le fué forzoso,
Y dando el alma á la que le da vida,
De sus huéspedes santos se despide,
Y pártese al negocio que le pide.

Deja Josef en la dichosa casa
La que lo es de la sabiduría;
Vuelve á la suya con dolor sin tasa,
Ausente su santísima María;
Ella un mar triste de dolores pasa
Ausente de su amada compañía,
Él se parte y se queda, y su adorada
Se queda y va con él en la jornada.

Del nacimiento del hermoso Niño
El tiempo daba ya claras señales,
Y aderezados con gracioso aliño
Previenen las mantillas y pañales;
Y la que vence al mas nevado armiño,
Devota alzando á Dios las manos reales,
Espera alegre el nacimiento santo;
Yo su favor para el siguiente canto.

CANTO X.

De la vuelta á Nazaret, y cómo vió San Josef la preñez de Nuestra Señora.

Al tiempo cuando las guardadas hoces
Los toscos segadores acicalan,
Y cuando juntos con alegres voces
Las blancas mieses codiciosos talan;
Cuando las aguas en correr veloces
Hechas baños del hombre le regalan;
Cuando la fruta sazonada ofrece
El tiempo, cocinero que la cuece;

Al tiempo cuando con espigas de oro
Va coronada la copiosa Céres,
Dando con su riquísimo tesoro
Al labrador colmados los placeres;
Cuando pasando del dorado Toro,
Que burló de Fenicia las mujeres,
Del Cancro celestial la cola pisa
Cintio dorado que derrama risa;

Al tiempo cuando la chicharra tosca
Ofende con la voz ronca y cansada,
Y la atrevida porfiada mosca
Desvergonzadamente al hombre enfada;
Cuando se desencoge y desenrosca
La serpiente de escamas matizada,
Y las ovejas en conforme muela
Hacen al blanco sol blanca rodela;

Al tiempo cuando la avarienta hormiga
De los granos hurtados la troj llena;
Cuando contento en la covacha amiga
El negro grillo agudamente suena;
Cuando descansan de su cruel fatiga
Las dos burladas Progne y Filomena;
Cuando las repentinas negras lluvias
Suelen desbaratar las parvas rubias;

Cuando á la sombra de árboles hojosos,
Que defienden del sol la furia airada,
Cantando Tirsi versos amorosos
Sesteando alegre guarda su manada;
Cuando de los arroyos bulliciosos
El cristal puro y plata aljofarada
Corteses brindan al que va camino,
Y él hace la razon que quita el vino;

Al tiempo cuando de la blanca nieve
Hurta el rigor la dulce cantimplora,
Y alegremente el vino helado bebe,
El que en la corte regalado mora;
Cuando el calor á desnudar se atreve
A la mas bella y principal señora;
Cuando acaban y empiezan las labores
De los nunca cansados labradores;

Al tiempo cuando la cereza roja
Competir quiere con la tiria grana,
Y la afeitada guinda desenoja
Con lo acedo la cólera villana;
Cuando la turquí endrina entre la hoja
Se admira siendo moza en verse cana;
Cuando se tiñe el pero, y la cermeña
Al viejo verde á ser maduro enseña;

Al tiempo cuando la leonada mora
De la sangre de amor flujo padece,
Y el albarcoque rojo que el sol dora
Dos frutos juntos á su dueño ofrece;
Cuando el higo meloso azúcar llora,
Y la albérchiga dura se enternece;
Cuando el verde durazno canas peina,
Y la granada pechiabierta reina;

Al tiempo cuando la camuesa rubia
Hurta de la mañana los colores,
Y la comun ciruela al sol se enrubia,
Que azucara la pera en sus ardores;
Cuando pide la vid la fértil lluvia,
Y el membrillo de acero los calores,
Y el tiempo de su mano deja escrito
Al melon, que nos habla por escrito;

Al tiempo cuando nuestra madre muda
Por pedir agua toda se hace bocas,
Y el lício labrador con la hoz aguda
Siega cruel sus esperanzas locas;
Cuando las galas de su gloria muda
Por jerga basta y por groseras tocas,
Porque en la calentura que le aflige
Piensa que el carro de oro Faeton rige;

Al tiempo cuando el guedijudo signo,
Cuya boca defiende un can que rabia,
Se hace temer con centellear maligno,
Con que en el huésped rubio infundió rabia;
Cuando el soldado dios y el dios benigno,
Las dos estrellas, la amorosa y sabia,
La helada Cintia y el helado viejo,
Temen mirarse en el ardiente espejo;

BIBLIOTECA LEO

Al tiempo cuando de las frescas grutas
Pomona rubia, blanca y colorada
Sale vestida de pintadas frutas
Y de uvas mal maduras coronada;
Cuando cargado de otras aun no enjutas
Del aljófar del alba mal casada
Sale Vertumno, que colmar desea
El cuerno de la copia de Amaltea:

Deja de Dios la dulce madre amada
La casa del anciano Zacarías,
Ya con el Angel niño mejorada,
Que alegró las hermosas jerarquías;
Deja en dichosas lágrimas bañada
A la madre del primo del Mesías,
Y con él habla, vuelta al mundo grave,
Porque con ella á su Criador alabe.

Y al despedirse de la anciana prima,
La Virgen la enlazó entre hermosos lazos,
Y luego al pecho de marfil arrima
Al niño Juan entre sus bellos brazos,
Y viendo cuánto el primo Dios le estima,
Con mas gusto le da tiernos abrazos,
Alegrando las ásperas montañas
Juan en sus brazos, Dios en sus entrañas.

Y dice al niño que en sus brazos tiene:
«O niño hermoso y ángel humanado
Más que profeta, niño á quien previene
Con su gracia el espíritu increado,
Cuyo nombre de Juan del cielo viene,
Que es gracia, y así gracia eres llamado;
Nombre que desató la lengua presa
Y alegró la familia montañesa:

»Bien es que el niño Dios buscando te ande
Para dejarte de su gracia rico,
Y que delante del mayor seas grande,
Siendo delante dél el cielo chico;
Bien es que seas la voz que al pueblo ablande
Y luz del sol, á quien me sacrifico;
Bien es, primo de Dios y niño anciano,
Que esté contigo su divina mano.»

Y uniéndole á los bellos blancos pechos
El niño Juan, con humildad profunda
De los brazos de nieve lazos hechos,
Al cuello virginal hizo coyunda;
Ella luego con otros mas estrechos
Al sobrinico con amor segunda:
Pasmóse el sacerdote venerable,
Y no sabe (no mudo) que se hable.

Sale la sin igual doncella hermosa
De la familia ilustre despedida,
Mostrando el alma grave y amorosa
Al hospedaje santo agradecida;
Sale de ver su amado deseosa,
Porque es Josef la vida de su vida,
Y por montañas de peñascos duros
Llegó de Nazaret á ver los muros.

Alégrase en los aires de su tierra;
Mira que crece la ciudad famosa,
Y vuelve atenta á ver la aguda sierra
De las montañas áspera y fragosa;
Al tiempo llega que la luz destierra
De la noche la sombra temerosa;
A ver alcanza su pequeña casa,
Que gozo vierte de placer sin tasa.

Josef, falto de gusto y de paciencia,
Que el gusto y la paciencia se le acaba,
En la amarga enemiga y fiera ausencia
De la que el alma libre es libre esclava,
Padece eternamente en la violencia
Con que el dolor el corazon le enclava,
Arrancando del centro deseado,
Que está sin su querida violentado.

Y con mas ojos que descubre el cielo
Cuando atento en la noche mas serena
Lo mas oculto mira que en el suelo
Obliga á Dios al premio y á la pena,
Sale á mirar si viene su consuelo,
Después de Dios la mas hermosa y buena,
La que es después de Dios lo que mas quiere,
Por quien su alma vive y por quien muere.

Vela venir, que el cielo enternecido
Descuento quiso hacer á sus enojos,
Y como suele al agua ciervo herido,
Josef se arroja al centro de sus ojos;
Ella, viendo al castísimo Marido
Que desearon ver sus soles rojos,
Se regala, consuela y enternece;
Josef va á hablar, y el gozo le enmudece.

Quéjase tiernamente á su querida
De la terrible temerosa ausencia,
Donde con vida no ha tenido vida,
Y ha tenido paciencia sin paciencia;
La virginal Esposa agradecida
Se goza de su amado en la presencia,
Y dice de la ausencia rigurosa
Que no ha sido con ella mas piadosa.

Goza la casa el dueño deseado,
Que hizo cielo su suelo venturoso,
Que cerca de tres meses han pasado
Que no gozó de ver su rostro hermoso;
Luego Josef con celestial agrado
De su cansada Esposa cuidadoso,
El descanso y regalo le previene,
Que solo gusto de su gusto tiene.

Como suele de rosa matutina
Verde corimbo que la flor ampara
Crecer, cuando la aurora cristalina
Le riega con las perlas de su cara;
Así de la doncella Palestina
El vientre virginal da muestra clara
De la preñez, que clara se parece,
Que el niño es ya mayor y el vientre crece.

El noble Esposo, como varon justo
Reparó alguna vez, sin hacer caso,
Y otras con mas cuidado y menos gusto
Lo miró triste, aunque tambien de paso,
Hasta que ya con repentino susto
El alma se turbó, suspendió el paso,
La sangre huyó de las heladas venas,
De pálida tristeza y temor llenas.

Y como el descuidado pastor suele
Hallarse de la víbora mordido,
Que le abrasa la herida, que le duele,
Confuso sin saber cómo le ha herido;
Así al justo Josef la pena impele,
Y en cuidadosas ansias encendido,
Siente el efecto, aunque la causa ignora,
Y á solas gime y á escondidas llora.

Acuérdasele al santo y justo Esposo
La aceda ausencia de su regalada,
Y entre turbado, honrado y temeroso,
Del camino pasado la jornada;
Y pásmase afligido y pavoroso,
Viendo mas llena su divina amada,
El vientre sacrosanto mas crecido,
Más corto el limpio y virginal vestido.

Mira por una parte la inocencia,
Y la inculpable vida considera;
Por otra la certísima evidencia
De la preñez el ánimo le altera;
Y fingiendo alegría en la apariencia,
Padece el alma en la congoja fiera,
Y sin saber qué diga ni qué haga,
Se va aumentando la encubierta llaga.

«¿Qué es esto dice, temerosos ojos?
¿Para qué atormentais al alma fria?
¿Podré creer de aquellos rayos rojos
Que abrieron puerta á la deshonra mia?
¿Creeré que los bellísimos despojos
Mas puros que la luz que alumbra al dia
Se movieron á hacerme injusto agravio?
Ved que el mas arrojado es menos sabio.

«Ojos, ¿cómo el placer que me habeis dado
De haber gozado los que humilde adoro,
Tan tristemente me le habeis trocado
En mortal ansia y repentino lloro?
Cómo que una sospecha así ha robado
De vuestras glorias el mayor tesoro?
Cómo, si veria siempre deseastes,
Agora os pesa porque la mirastes?

«Mirad que es muy posible el engañaros
Y que no es bien creer vanas sospechas,
Pues en mirando aquellos ojos claros
En su pureza las veréis deshechas;
Volved, turbados ojos, á informaros
De las luces de rayos del sol hechas;
Mas no volvais á verla, ¡ay ojos tristes!
Si es que la habeis de hallar como la vistes.

»¿Creeré que aquella vista de paloma
Que os daba vida con su luz serena
La propiedad del basilisco toma,
Que á quien le mira sin piedad condena?
Creeré que la que al mas lascivo doma,
Contra su propio honor se desenfrena?
Creeré traicion de su inocencia santa?
Creeré bajeza de pureza tanta?

»Pues el estar preñada no lo dudo,
Que está tan claro que la duda cesa,
Aunque no creo que atreverse pudo
A no cumplir su virginal promesa;
A la garganta aprieta un mortal nudo,
Al alma un fiero dardo la atraviesa,
El corazon revienta dentro el pecho,
De amor herido y de dolor deshecho.

»Mas ¿qué es aquesto vista temerosa?
¿Cómo ciega os habeis precipitado?
Qué, ¿antes creeré su castidad preciosa
Que á la señal del vientre levantado?
Y ¿creeré antes por mas fácil cosa
Sin obra de varon ser su preñado
Que no que haya ofendido á la fe pura
Del voto virginal que me asegura?

»¿No puede ser que tan dichosa sea,
Que aquella Vírgen que cantó Isaías,
Que por consuelo el limbo la desea,
Y por su gloria los presentes dias,
Preñada y vírgen por mi bien la vea,
Volviendo en gozo las sospechas mias?
Bien puede ser, pues miro que es llegado
El tiempo de los tiempos deseado.

»Pues si fuera traicion, ¿qué mujer fuera
Que habiendo ya el delito cometido,
Antes que yo mi agravio conociera,
De mi justo rigor no hubiera huido?
Si su inocencia no la defendiera,
Viendo mi afrenta y ya su honor perdido,
Por no perder tambien la vida cara,
Temerosa no huyera ó se ausentara?

»Pues bien sabe que está en la ley escrito
El rigor justo de la justa pena,
Pues á la que comete ese delito
A ser apedreada la condena;
Y bien sabe del agua el sacro rito,
En que se prueba la que es mala ó buena,
Y la buena por buena queda honrada,
Y la que es mala se empodrece hinchada.

»Pues triste yo, si, lo que Dios no quiera,
Y lo que yo contra mis ojos creo,
Mi conservado honor afrentar viera,
Teniendo en poco su dichoso empleo;
¿Cómo infamar y denunciar pudiera
A la que adoro y siempre ver deseo?
Cómo pudiera yo acusar por mala
A la que en su pureza el sol no iguala?

»¿Pudiera ver á un tronco duro atadas
Las manos de jazmin que humilde adoro?
Pudiera ver las piedras arrojadas
En su sangre bañar las hebras de oro?
Pudiera ver las piedras distiladas
Vueltas rubíes del sangriento lloro?
Pudiera ver las rosas de su frente
Vueltas violetas afrentosamente?

»Pudiera ver que piedra licenciosa
Desnudara sus pechos cristalinos?
Pudiera ver de aquella boca hermosa
Saltar forzados los diamantes finos?
Pudiera ver de mi divina Esposa,
Que, eclipsados sus soles peregrinos,
Su hermosura, bondad y honra perdida
Triste fin diera á su inculpable vida?

»Si esto no puedo y ella está preñada,
Y en su clara preñez parte no tengo,
Y veo su vida bienaventurada,
En cuya virtud santa me entretengo;
¿Qué puede hacer el alma atribulada
Entre las ansias que á padecer vengo?
Qué puedo hacer en tan amarga pena,
Donde hay quien la disculpa y la condena?

»La pública preñez su honor ofende,
Su honestidad purísima la ampara,
No ser yo el padre la sospecha enciende,
Apágala la gloria de su cara;
Venganza justa el triste honor pretende;
Mas soy testigo de su virtud rara;
Mi vida triste su preñado culpa,
La purísima suya la disculpa.

»Si aquí hay delito, como ser podria,
Mal podré consentir tan grave ofensa,
Tanto por ser ofensa propia mia,
Cuanto contra el Señor de gloria inmensa;
Y mas que escribe en su sabiduría
Salomon, que muy neciamente piensa
El marido que el daño ve presente,
Y de su honor la infamia vil consiente.

»Pues si ella esta preñada, como veo,
¿Tendré yo parte en el delito infame?
Siendo parte agraviada, ¿seré reo
Y esperaré que el pueblo me lo llame?
Pues si hay aquí inocencia, como creo,
¿Haré que una sospecha su honra infame?
¡Triste de mí! ¿Qué haré en tan triste extremo,
Si su pureza adoro y mi honor temo?

»¡Válame Dios! ¿Qué haré en confusion tanta,
Donde pierdo en callarlo y en decirlo?
Si hablo, afrento su persona santa,
Y si lo callo, no podré sufrirlo;
Mi vista pone el lazo á su garganta;
Su bondad santa sale á resistirlo,
Y así, navego en triste mar de enojos,
Luchando su inocencia con mis ojos.

»Mas ya que temo el judicial decreto
Y la prueba de malas é inocentes,
¿Daré, menos turbado y mas discreto,
Cuenta del caso á solos los parientes?
¡Ay triste yo! ¿Quién guardará secreto?
Que la honra es vidrio y rocas los oyentes,
Y como el vidrio acaba entre las rocas,
Así el honor en las parleras bocas.

»María preñada ¡cielos! ¿qué es aquesto?
¿María preñada y sin afrenta mia?
Entereza y preñez en un supuesto,
Aseguradme ¿cómo ser podria?
¡Ay, cruel sospecha, que el puñal has puesto
como traidor, al pecho que te cria!
Ay santo honor, si lloras agraviado!
Ay fiera obligacion del hombre honrado!

»¡No viera yo el honor con el decoro
Debido al trono real de quien deciendo!
No me dejara el tiempo este tesoro,
Pues los de Creso y Midas no pretendo!
Viera yo deste mal, que en duda lloro,
Y tan sin ella el alma va encendiendo,
Mi honor seguro, y viera destruida
Mi poca hacienda, mi salud y vida!

»Bastara, oh mundo, de la real alteza
De mi prosapia haberme derribado,
Donde contento con mi fiel pobreza,
De quien eres estoy desengañado;
Bastara del blason de mi nobleza
Verme en un rincon pobre despreciado,
Donde al sustento mi sudor ayuda,
Sin que mi antiguo honor pongas en duda.

»Duda cruel, que de mi Esposa amada
La vida y el honor desacreditas,
¿No ves que viene el alma asegurada
Del honor que quitarme solicitas?
¡Ay de mí triste! que la veo preñada;
La vida acaba si el honor me quitas,
Pues es la vida del que está agraviado
Muerte que da el tormento dilatado.

»¡Ay tristes ojos! ¿Qué mortal veneno
Habeis bebido en tan precioso vaso?
Qué brasas me arrojastes en el seno,
Que sin remedio siento que me abraso?
Qué viborezno, de piedad ajeno,
Que á quien le engendra trae al mortal paso,
Me come el corazon y rompe el pecho,
Viendo mi antiguo honor en tanto estrecho?

»Si la vida del hombre es en la tierra
Guerra del alma y de su paz tormento,
¿Cuál será la de aquel que triste encierra
Guerras civiles en su pensamiento?
A la razon repugna y hace guerra
Una ley triste que en el alma siento,
Por quien publican guerra á sangre y fuego
La razon clara y un antojo ciego.

»Yo triste, soy de mí el mas enemigo;
Huyendo voy de mí, que á mí me temo;
Dejo mi bien, mi mal llevo conmigo,
Sin alma vivo y sin calor me quemo;
Huyo de mi quietud, mis penas sigo,
Los mares aro, por los montes remo,
Pues es la vida del que está agraviado
Muerte que da el tormento dilatado.

»¿Ausentaréme de mi bella amada?
¿Iré sin alma, pues la di á mi Esposa?
¿Iré á la inhabitable Scitia helada
Ó á la inhumana Libia ponzoñosa?
Iré á la Etiopia negra y abrasada,
O á los desiertos de Africa arenosa?
¿Viviré entre arimaspos, entre scitas,
Lotofagos, ciclopes, trogloditas?

»Pensamiento engañado, ¿qué es aquesto?
Qué furor loco tu prudencia ciega?
Mira la luz del soberano gesto,
Que tu furiosa tempestad sosiega;
Mira del señoril mirar honesto
El mar tranquilo donde Dios navega;
Mira el respeto que á su honor se debe,
Y huirá la duda cual del sol la nieve.»

Cual suele nave en tempestad airada,
A quien el Ebro embravecido azota,
Verse en las olas turbias levantada
A la nube cruel que la alborota,
Y en un instante, dellas derribada,
Besar del mar la arena mas remota,
Ya envuelta entre las olas verdinegras,
Ya entre las aguas de las nubes negras;

Así el Esposo noble, combatido
De la preñez y la pureza santa,
De entre las olas de honra sumergido,
A las nubes de penas se levanta;
Ya á la pureza virginal rendido,
Vuelve á mirar el vientre que le espanta;
En esta confusion no duerme ó come,
Ni sabe qué remedio en ella tome.

Vuelve á mirar á su divina Esposa,
Y luego el vientre lleno se le ofrece,
Y crece la sospecha temerosa,
Al paso que el divino vientre crece;
Muestra en su rostro la alegría engañosa,
Y yendo á hablar, la lengua se entorpece;
Vuelve, y el rostro grave atento mira,
Y adora la inocencia que le admira.

La Virgen soberana que repara
En el cuidado del confuso Esposo,
Y ve que tiene ya noticia clara
De la preñez que le hace temeroso,
En el color robado de su cara
El pulso toma al corazon medroso,
Su pena siente, y sosegar quisiera
Del mar revuelto la borrasca fiera.

Y dice: «¡Oh quién pudiera, Esposo amado,
De la preñez que la color te muda
Y tiene el noble pecho alborotado
Quitar la pena y aclarar la duda!
Quién del secreto al cielo reservado
Decir pudiera la verdad desnuda!
Quién de la tempestad del mar incierto
Te sacara al seguro, alegre puerto!

»¿Descubriré el misterio sacrosanto
A la mitad del alma que me anima,
Al justo fiel que el cielo estima en tanto,
Que por custodio de su Dios le estima?
¿Declararé á mi amado Josef santo
La sospecha que el alma le lastima?
¿Podré dar cuenta de mi gloria mucha
Al que contra mi vientre y su honor lucha?

»¿Privaré á mi Josef de tanto gusto?
¿Diréle que el Señor que el cielo rige,
Por varon sabio, por honesto y justo,
Para mi esposo y su tutor le elige?
¿Diréle que no tema agravio injusto?
¿Satisfaré á la duda que le aflige?
¿Diré que la Deidad incircunscrita
El vientre humilde de su Esposa habita?

»¿Volveré por mi honor, daréle cuenta
Del bien que ignora y me enriquece el pecho?
¿Saldré al camino al deshonor y afrenta?
¿Dejaré á mi querido satisfecho?
¿Podré sufrir que el mal que le atormenta
Y á mí me pone al cuello el lazo estrecho
Tome fuerzas, creciendo en comun daño,
Pudiéndole atajar el desengaño?

»Mas ¿qué sé yo si la humildad preciosa
Que tengo al alma estrechamente asida,
Diciendo el bien que me hace venturosa,
Cual humo la veré desvanecida?
Y ya que salga desto victoriosa,
¿Podré tan fácilmente ser creida,
Que diciendo el misterio incomprehensible
Pueda nadie pensar que sea posible?

»Y cuando todo el mundo me creyese,
¿Podria decir el celestial secreto,
Sin que revelacion antes tuviese,
Que era de Dios particular decreto?
Aunque la vida en gran peligro viese,
Y el santo honor en afrentoso aprieto,
No habrá quien el secreto de mí entienda:
La causa es del Señor, él la defienda.

»Y entre tanto, Señor omnipotente,
Pues veis la pena de mi Esposo amado,
Y que mi alma llora tiernamente
La mortal ansia que le trae turbado,
Pues que sabeis que mucho menos siente
El deshonor que teme del preñado,
Que de vuestra Deidad la injusta ofensa,
Le favorezca vuestra mano inmensa.

»Sé que el dolor que atribulado pasa
Es de su santidad segura prueba,
Donde el siervo mas fiel de vuestra casa,
Cual Fénix, en el fuego se renueva;
Bien sé que de la pena que le abrasa
Saldrá cual oro, á quien el crisol prueba,
Que es la tribulacion que le lastima
Trillo del grano, del acero lima.

»Bien sé, Señor, el gran premio que alcanza
El afligido que de vos confia,
Pues vió Abraham lograda su esperanza
Entre el cuchillo y la congoja fria;
Y el Job paciente, humilde en su mudanza,
Volvió á doblados bienes que tenia,
Y que salió el hermano mal vendido
De la cárcel al premio merecido.

»Salga, Señor, de pena tan amarga
El que por dueño y padre me escogistes,
Que el gusto mengua y el dolor se alarga
Entre las ansias y congojas tristes;
Y pues hicistes tan igual la carga
De los que en lazo conyugal unistes,
La pena de mi Esposo será mia,
Como suya la gloria de María.

»Mirad que á la garganta el agua llega,
Ved sobre Isaac la espada levantada,
Y entre el diluvio que la tierra anega
El arca de las olas azotada;
Ved á Jonas, á quien la chusma ciega
Quiere dar á la mar alborotada;
Ved á Susana condenada y justa,
Y á Daniel en la prision injusta.

»Venga el ángel, detenga el brazo fuerte,
Al arca venga el ramo de la oliva,
Y la ballena libre de la muerte
Al que huyendo de Ninive se iba;
El niño Daniel trueque la suerte,
Los viejos mueran, la inocente viva,
Y Abacuc venga de un cabello asido
Al que en el lago escuro está metido.

»Y vos, hijo divino, que encerrado,
Haceis trono real el vientre estrecho,
Pues que mirais de mi consorte amado
La duda que alborota el noble pecho,
Volved por el honor que me habeis dado;
Quede vuestro escogido satisfecho;
Pues os hizo mi hijo vuestro padre,
Volved por el honor de vuestra madre.

»Mirad, hijo, que es vuestra la honra mia,
Como mia la pena de mi Esposo,
Y que si crece la sospecha fria,
Crece mi pena y su dolor forzoso;
Su tormento volved en alegria,
Y sea testigo de mi honor precioso
El turbado Josef, el noble justo,
Siendo mayor que su afliccion su gusto.»

Dijo: y del gran Josef por otra parte
Luchando con el mal que le atormenta,
El corazon se le divide y parte,
Y por los ojos de dolor revienta;
Ya se hace defensor, ya se hace parte,
Ya la inocencia mira, ya la afrenta,
Ya la quiere dejar, ya no se atreve,
Que la ama mucho y mucho amor la debe.

Si se queda, el honor que pierde mira,
Y si se va, perder su Esposa llora,
Que enamorado en su beldad se admira,
Y absorto por su hermoso bien la adora;
Cuando el preñado le provoca á ira,
Su santidad le amansa y enamora,
Y entre el temor y sus desconfianzas
Tiene del peso iguales las balanzas.

Como robusto roble sacudido
De la furia de Boreas, que se enoja,
Que está mas fuerte mientras mas herido
De las flechas heladas que le arroja;
Así el Esposo noble combatido
Del viento recio de la cruel congoja,
Aunque herido y turbado, mas se afierra,
No dando á nadie el premio de la guerra.

Y cual suele el perdido caminante
Que entre varios caminos atajado
Teme escoger el menos importante
Para hacer el viaje comenzado,
No de otra suerte el bien pagado amante,
En varios pensamientos ocupado,
Afligido entre el ansia y la congoja,
No sabe triste qué camino escoja.

Y así, gimiendo entre la pena grave,
Prostrado por el suelo, al cielo envía
El dolor que en el pecho no le cabe
Y tiene sin virtud la sangre fria;
A Dios suplica, pues la vida sabe
De su cara hermosísima María,
Su honor defienda y su inocencia mire,
Y lo que le conviene hacer le inspire.

Y luego con la mano en la mejilla,
No sabe qué se diga ó qué se haga;
«O esta es de Dios gloriosa maravilla,
Dice, ó es de mi honor injusta llaga;
Si esto es de Dios, mi corazon se humilla,
Y no merezco que me satisfaga,
Antes si está preñada y es doncella,
Indigno soy de cohabitar con ella.

»Si no es de Dios, mi pena es insufrible,
Y no conviene que mi afrenta vea,
Pues ser mala mi Esposa es imposible,
Y aunque preñada esté, que yo lo crea;
El que ve lo visible y lo invisible
De su preñez jüez y parte sea;
A él mi causa con la suya dejo,
De mi bien y mi mal triste me alejo.

»Iréme por el mundo desterrado,
Lloraré mi ventura mal lograda,
Habitaré el desierto despoblado
Con el leon cruel y tigre airada;
Y pues no merecí del rostro amado
Mirar la lumbre bienaventurada,
Huiré de mí, pues de mi Esposa huyo,
Que está en mi pecho como yo en el suyo.»

Cesó llorando, y al dolor rendido,
La cabeza juntó al brazo derecho,
Cuando de la caverna del olvido
Deja el sueño las plumas de su lecho;
Deja el monte Cimerio, en que escondido
Huye la luz su perezoso pecho;
Llega á Josef, y con el ramo verde
Hace que de sus penas no se acuerde.

Durmiendo el Santo con sus ansias lucha,
Y entre sueños la libra y la condena,
Cuando lleno de luz y gracia mucha
Ve un nuncio celestial que le despena;
Despiertamente, aunque dormido, escucha
El gozo grande de la nueva buena,
Dando su rostro muestras de alegría
A las nuevas santísimas que oia.

«Josef, le dice, claro descendiente
Del gran David, tu padre venturoso,
A cuyo fruto el Padre omnipotente
Prometió el cetro real y trono hermoso:
Temer no quieras ¡oh varon prudente!
De recebir en vínculo dichoso
A María, tu noble y bella esposa,
Santa en extremo y en extremo hermosa.

»Lo que encierra su vientre sacrosanto
Es por obra secreta y escondida
Del Paracleto sumamente santo,
Que la tiene de gloria enriquecida;
Con gozo grande y admirable espanto
De un Hijo eterno la verás parida;
Llamarásle Jesus, que á salvar viene
Al pueblo, á quien la culpa preso tiene.

»Esto ha el cielo santísimo ordenado
Para cumplir las ciertas profecías
Del prometido virginal preñado,
Que Dios pronosticó por Isaías;
Que de una vírgen se veria engendrado
El esperado por tan largos dias,
Que dulce Emanüel tiene por nombre,
Hecho pasible por dar vida al hombre.»

Despavorido, por el aire vano
Entre sueños Josef los brazos tiende
Para abrazar al Nuncio soberano,
Que enamorando al cielo el aire hiende;
Deseoso de besar la blanca mano
Del Gabriel santo que su honor defiende,
Despierta alegre y mas alegre mira
La certeza del caso que le admira.

Y como suele el que el metal precioso
Halló entre pobre tierra disfrazado,
Que ignorando el valor del oro hermoso,
Porque con ella le miró mezclado,
Teniéndose por menos venturoso,
Quiso arrojar el oro deseado,
Hasta que le avisó el platero sabio
Del tesoro á quien quiso hacer agravio;

Así Josef con un gozoso lloro,
Del Arcangel hermoso prevenido,
Estima humilde el singular tesoro,
Que sin pensar le deja enriquecido;
El cual, como ignoró el valor del oro
En el vientre santísimo escondido,
Quiso dejar el bien que poseia,
Y á Dios en su hermosísima María.

Y dice: «¡Ay triste, qué tormento y pena
Al alma fieramente atormentara,
Si á la luna del sol eterno llena
En daño mio de servir dejara!
¡Ay triste yo, si á la mujer mas buena
Que vió del rojo sol la rubia cara,
A la que el alma con razon adora,
Dejara de mirar sola una hora!

»No sé si al gozo de la dulce nueva
Que el alma alienta y enriquece el pecho,
De turbado y corrido el paso mueva,
Viendo que quise acometer tal hecho;
Que teniendo de tí tan cierta prueba,
Puse tu honor y el mio en tal estrecho,
Que te quise dejar, que quise irme,
A no venir del cielo á persuadirme.

»Misero yo si acaso me ausentara
Antes que el Paraninfo luz me diera
De la que encierra en sí mi Esposa cara,
Y la da hermosa á la suprema esfera;
Si otro dichoso en mi lugar entrara
Que á mi Esposa santísima sirviera;
Triste, si del tesoro verdadero
Otro viniera á ser el tesorero;

»Si Dios pusiera el serafin mas puro
En mi lugar, que mi lugar merece,
Que del jardin guardara el casto muro,
Adonde el árbol de la vida crece;
Y yo llorando triste y mal seguro
Del honor que al honor mismo engrandece,
Por ese mundo sin consuelo fuera
Donde mi Esposa y el vivir perdiera.

»Y ya que tan piadosa fué mi estrella,
Que á tal rigor no quiso someterme,
¿Con qué cara podré mirar á aquella
Que siendo tal no pudo convencerme?
¿Cómo podré mirar la lumbre bella
De la que imaginé pudo ofenderme?
Cómo, si della pretendí ausentarme,
Podré mirarla sin atormentarme?

»Vaya fuera el temor que me avergüenza,
Huya vencida mi desconfianza,
Mi nueva gloria al miedo helado venza,
Pues que victoria la pureza alcanza;
El mal acaba donde el bien comienza;
Muera mi pena y nazca mi esperanza;
Hallé el tesoro que perdido habia;
Vuelva á su firme centro la honra mia.

»Iré á prostrarme á mi consorte amada;
Pediréle perdon de la sospecha
En su preñez divina fabricada
Y en su admirable santidad deshecha;
Adoraré en mi virginal preñada
La palabra de Dios, pasible hecha;
Llegaré á ver su rostro sacrosanto.»
Y yo al fin dulce deste grave canto.

CANTO XI.

De la satisfacion que dió San Josef á Nuestra Señora.

Quien vió de oscura, súbita borrasca,
Hinchado el mar, el aire embravecido,
Roto el navío que á morir se enfrasca,
El fiel piloto y el timon perdido,
Salir luchando entre una y otra basca
Al venturoso, al puerto conducido,
Mire á Josef, entre sospechas muerto,
Salir del mar al descansado puerto.

El que en horrenda noche tenebrosa,
Revuelto el aire y enojado el cielo,
Nubes flechando en tempestad furiosa
Piedras y rayos al rendido suelo,
Se halló perdido en sierra montuosa,
En mil peligros erizado el pelo,
Y luego se vió libre en un instante,
Mire al dichoso virginal amante.

El preso que á la muerte condenado
Se vió llevar al palo el lazo al cuello,
Y en el fiero rigor mas apretado
Besó la nueva vida en el real sello;
La madre, que lloró desafuciado
De sus entrañas el pedazo bello,
Y sin pensarlo vió sano su hijo,
Miren del santo el justo regocijo.

Aquel que pleiteando su ascendencia,
Desvelado las noches y los dias,
Ya gastada la hacienda y la paciencia
En tribunales y chancillerías,
Esperando dudoso la sentencia,
La sangre helada entre las venas frias,
Besó alegre la ilustre ejecutoria,
Atento mire de Josef la gloria.

El varon noble que se vió captivo
Entre duras prisiones aherrojado
En la mazmorra turca apenas vivo,
Del bárbaro señor atormentado,
Que dando al sueño su dolor esquivo,
Por órden celestial de su abogado
Libre se halló gozando el patrio suelo,
Al justo mire que liberta el cielo.

Quien durmiendo rodó de peña en peña,
Porque el pié se le fué, y con voces mudas
Llora en imaginar que se despeña
Al abismo cruel de fieras crudas;
Y en el mayor peligro ve que sueña,
Y halla en vez de las peñas mas agudas
La cama blanda que le tiene en peso,
A Josef mire de placer sin seso.

El rico mercader que salteado
Se halló de desalmados bandoleros,
El cual, después de ser desbalijado
Con fuertes manos y cobardes fieros,
Del duro roble donde quedó atado
Libre por los honrados pasajeros,
Volvió alegre á gozar la rica hacienda,
Mire á Josef con su adorada prenda.

En fin el gozo del divino amante
Excedió al que del mar escapó á nado,
Al de la madre con su hallado infante,
Al del noble por noble declarado,
Al que cobró en su hacienda el mercadante,
Al del despierto en sueños despeñado,
Al que la amada patria dió al captivo,
Al del enfermo sano y muerto vivo.

Sale Josef alegre y temeroso,
Avergonzado, humilde y encogido,
De su vano temor sale quejoso,
Y de la duda con razon corrido;
Y ante la bella luz del rostro hermoso
De la Esposa, que el cielo le ha escogido;
Enmudece cobarde y teme alegre
Hasta ver si su esposa en él se alegre.

La Virgen bella, que conoce y sabe
Del mar revuelto la tranquila calma,
Y que tras el diluvio trujo el ave
De su victoria la gloriosa palma,
Con rostro alegre, entre risueño y grave,
En los hermosos ojos mostró el alma,
Y con gracia y amor que al cielo admira
Dice á Josef, que avergonzado mira.

«Querido dueño mio, esposo amado,
Bien de mi alma y alma de mi vida,
A quien con lazos del amor sagrado
Alegre estoy continuamente asida;
Alzad el rostro con razon turbado,
Pues si pude de vos ser ofendida,
Yo perdono la ofensa, amado esposo;
Mostradme alegre el rostro vergonzoso.

»Josef amado, bien conozco y veo
La fiera lucha de la cruel sospecha,
Trabada entre los ojos del deseo,
Y por el nuncio celestial deshecha;
Sé que no es culpa condenar por reo
Al que padece en la prision estrecha,
Pues que se ve la pena de la culpa,
Y no la santidad que le disculpa.

»No estoy quejosa, no, sino obligada
Al grande amor y fe que me mostrastes,
Pues viendo clara la preñez sagrada,
Por malhechora no me denunciastes;
Por vos, Josef, no estoy apedreada;
La vida os debo, pues me la dejastes;
Vuestro es mi honor, pues me le dais de nuevo,
Que la vida y honor, Señor, os debo.

»Y si ya por ventura estáis quejoso
De que no os dije el celestial misterio,
De que al Eterno y Todopoderoso
Bajó el amor al libre captiverio;
Cómo escondió la luz del sol hermoso,
Cómo abrevió al que rige el trino imperio
Al secreto de Dios ¿quién se atreviera,
Si él no mandara, que os le descubriera?

»Alzad los ojos con que ven los mios,
Gocen alegres de su luz serena,
Si no quereis que, vueltos en dos rios,
Lloren dos veces la pasada pena;
Huyan deshechos los temores frios;
Dadme del nuevo bien la enhorabuena;
Que yo os la doy de ver que Dios reposa
Dentro de vuestra casa y vuestra esposa.

»Escogido de Dios, amado justo,
Alzad del suelo los humildes ojos,
Ponedlos en quien siempre tiene gusto
De hacerosle sin daros nunca enojos;
No turbe mi placer vuestro disgusto;
Al rostro vuelva los colores rojos
El corazon y al mio su alegría,
Pues sois, Josef, el alma de la mia.

»Muchas veces, Señor, el cielo ordena
Sospeche el justo y dude el mas amigo
Para que libre de la duda y pena,
De la verdad desnuda sea testigo;
Y así, el infante que mi vientre llena
Quiso que vos, que siempre estáis conmigo,
Dudásedes del caso sin segundo,
Porque, vos satisfecho, lo esté el mundo.

»Si Dios, noble Señor, no os revelara
El misterio divino, ¿qué hombre hubiera
De tal valor y de virtud tan rara
Que ser en daño suyo no creyera?
¿Quién, amado Josef, la preñez clara
A la duda cruel no se rindiera,
Creyendo de su honor injusto agravio?
Quién sino solo el que es tan justo y sabio?

»Si la preñez divina conocistes,
Y solamente viéndola dudastes,
Si del honor ofensa no creistes,
Y combatido no os determinastes,
Con vuestro Dios mas premio merecistes,
Y mas amor conmigo granjeastes;
De nuevo me obligastes á quereros,
A amaros mas y mas obedeceros.

»Amado mio, levantad del suelo;
¿Para qué así prostrais vuestras rodillas,
Si no es que ya adorais en mortal velo
Al que repara las excelsas sillas?
Mirad, Josef, que ya os revela el cielo
La gloria de sus altas maravillas;
Gozad alegre el bien que el cielo ofrece,
La pena mengüe, pues la gloria crece.»

Tras aquesto la cándida paloma,
Con las nevadas manos de jazmines
Las de su dueño venturoso toma,
Admirando los bellos serafines;
Él á las luces donde el sol se asoma,
Que alegran de los cielos los jardines,
Se atrevió entre el temor y regocijo,
Y entre alegre y turbado, humilde dijo:

«Hermosa luz, que vence la del dia,
Terrible es el lugar que indigno piso;
Dios está en él, y yo no lo sabia,
Ni que hizo vuestro vientre paraíso;
Casa de Dios es ya la casa mia,
Puerta del cielo hacer mi casa quiso,
Hizo su madre mi adorada bella,
Su esposo á quien no pudo merecella.

»¿Quién el vientre santísimo mirara
Que, triste, no dudara ó no temiera?
Quién, oh Virgen hermosa, imaginara
Que á tanta dignidad Dios me subiera?
Si en mi hubo culpa, yo la digo clara,
Y fuélo, pues creer antes debiera
Que era posible concebir sin padre,
Y siendo virgen, ser virgen y madre.

»Antes, Esposa amada, creer debia
Que habiendo de abreviarse el infinito,
Y ser mortal el que los cielos cria,
Como en las letras santas está escrito,
Que solo el pecho de escoger habia
Lleno de gracia, ajeno de delito,
Pues sola á vos, ¡oh Vírgen soberana!
El agro no alcanzó de la manzana.

»Creer debia, Reina de hermosura,
Que vistiéndose Dios de mortal velo,
Habia de ser de la mujer mas pura,
Que miró el sol jamás ni gozó el suelo;
Y si de la mas santa, ¿qué criatura
Cual vos hizo ventaja á las del cielo?
Si mujer, ¿qué mejor? Y si doncella,
¿Quién mas pura, mas santa, casta y bella?

»Si ha de nacer el que es Verbo del Padre,
¿De quién, sino de vos, nacer debia,
Pues quiso, Vírgen, que á vos sola cuadre
Ser la criadora del Criador que os cria?
Y si una vírgen tiene de ser madre,
¿De quién, sino de Dios, serlo podria,
Pues puede hacer, la integridad guardada,
Que, quedando doncella, estéis preñada?

»Y si yo os conocí por la mas buena,
¿Cómo pude dudar de vuestra vida?
Cómo á los rayos de esa luz serena
No se deshizó el alma endurecida?
Y cómo estando, Vírgen, de Dios llena,
La sospecha no huyó desvanecida?
Cómo pudo atreverse á bondad tanta
A la mujer mas buena, honesta y santa?

»Bastara ver el resplandor hermoso
De la luz bella de esa hermosa cara,
Que excede al del caudillo venturoso
Que hizo el peñasco fuente con la vara;
Pues si él bajó del monte tan glorioso,
Que al pueblo deslumbró su lumbre clara,
Porque vió á Dios en la sagrada cumbre,
Vos traeis en vos al que es lumbre de lumbre.

»Bastara ver, ¡oh angélica criatura!
Los resplandores de la gloria nueva,
Pues aumentó el Señor vuestra hermosura,
Que al cielo admira y á la tierra eleva;
Que si á la viuda hermosa que procura
Que á Betulia el contrario no se atreva,
Aumentó Dios la gracia y la belleza,
En vos puso su gloria y su grandeza.

»Y bien me acuerdo ¡oh soberana Esposa!
Que vi de vuestro rostro la mudanza,
Pues miré atento de esa luz hermosa
Rayos de gloria y bienaventuranza;
Temió el alma entre alegre y temerosa,
Y la vista, que en veros gloria alcanza,
Se deslumbró, como el que atento mira
Al rubio sol que flechas de oro tira.

»Mi grave culpa y mi ignorancia veo,
Pídoos perdon, y bien sé que le pido
A quien tiene de dármele deseo.
Por verme de mi culpa arrepentido;
Vuelva á la gloria de mi rico empleo,
Vuelva de vos á ser favorecido;
Sirva por pena de mi culpa grave
La que triste pasé y el cielo sabe.

»Él sabe, Esposa bienaventurada,
Que nunca consentí en ofensa vuestra,
Y aunque padeció el alma atribulada,
Nunca creí de vos cosa siniestra;
Triste miraba la preñez sagrada,
Que daba de su aumento clara muestra,
Y nunca consentí en que habia pecado
En el divino celestial preñado.

»Siempre creí, bellísima escogida,
Que era vuestra pureza sin ejemplo;
Tuve por inculpable vuestra vida,
Que ya por mas de ángel la contemplo;
Siempre de Dios os vi favorecida,
Hecha altar suyo y de sus gracias templo;
Siempre os imaginé de gracia llena,
La criatura mas santa y la mas buena.

»Siempre, Vírgen, creí lo que ahora veo,
Y siempre ví, si es ya que verse puede,
Lo que me dijo el celestial correo,
Que á su grande bondad la vuestra excede;
Siempre indigno me hallé del rico empleo,
Con que hace Dios que enriquecido quede;
Siempre me hallé, seráfica María,
Indigno de tan santa compañía.

»Nunca al fiero rigor de la tormenta
De la duda cruel mas combatido,
Cuando ella crece y la preñez se aumenta
Y aflige al alma el mas noble sentido;
En la guerra del pecho mas sangrienta
El corazon que os ama ví rendido;
No consintió jamás ni creyó cosa
Contra vuestra pureza milagrosa.

»Con todo, miro cuán grosero anduve,
Pues del favor y dignidad divina,
A la cual justamente el cielo os sube,
No creí que érades sola la mas dina;
Mi ignorancia formó una espesa nube,
Sirvió á la flaca vista de cortina,
Solo ví mi dolor, ví mi sospecha,
El corazon turbado, el alma estrecha.

»Mas ya que miro, bella Vírgen pura,
Que á la oracion de vuestro ardiente ruego
Bajó del cielo la inmortal criatura
A dar luz nueva á un ignorante ciego;
Ya que el arcángel bello me asegura,
Y lo está el alma del desasosiego,
Dad, Vírgen, el perdon á mi ignorancia,
Mengüe mi daño y crezca mi ganancia.

»Dejad que goce, sin igual doncella,
Del bien que vos me haceis y el cielo envia,
Dejad, pues tan piadosa fué mi estrella,
Que me hizo esposo de la Reina mia,
Que goce alegre de la lumbre bella,
Que el sol adora y enamora al dia,
Goce libre del mar el dulce puerto,
El ciego cobre vista y vida el muerto.

»Y entre tanto, divino huésped mio,
Que rompiendo el alcázar estrellado,
Y estrecho vuestro eterno poderío,
Os hospedais en este pecho amado,
Hospedáos en el alma que os envio;
Mas en ella, Señor, os veo hospedado,
Pues es mi alma mi adorada Esposa,
Vuestra escogida y mi querida hermosa.

»Unicornio divino, que deciende
Al gremio virginal de la pureza,
Adonde vuestro amor de amor os prende
Por bien de la mortal naturaleza,
Amansad el rigor, pues que os enciende
De amor la Vírgen de mayor belleza,
Vírgen, Señor, que supo enamoraros,
Y en su vientre santísimo cazaros.

»Ahí encerrado la Deidad adoro,
Que con rayos de gloria sempiterna
Da luz gloriosa al mas supremo coro,
Su venturosa dicha haciendo eterna;
Ahí envuelto entre grana, nieve y oro,
Vuestra grandeza miro humilde y tierna,
Pues sé que sois, aunque hombre verdadero,
De las eternidades heredero.

»Piedra preciosa, rica, aunque pequeña,
Que cortada sin manos bajó al suelo
Del alto monte y encumbrada peña
A dar venganza de la estatua al cielo,
Piedra angular, cuya firmeza enseña
Que, aunque os repruebe el inhumano celo,
Sois la mejor de cuanto se edifica,
Pues estáis de ojos llena y de aguas rica:

»Fuerte y bravo leon domesticado,
Mas manso y mas humilde que el cordero,
Que ante el desquilador preso y atado,
No bala, viendo el sacrificio fiero;
Cordero, que á quitar viene el pecado,
Haciendo al desterrado su heredero;
Cordero cuya sangre es importante
Para ablandar los cielos de diamante:

»Pájaro real, que del seguro nido,
Del pecho paternal que estáis gozando,
Estando á él eternamente unido,
Y al serafin mas puro enamorando,
Os cazó amor, y os trae de amor herido
A la aljaba que estáis santificando;
Pájaro, cuya sangre derramada
Del vivo bañará la pluma amada:

»Sol de justicia, que en la nube roja
De la real sangre de la Esposa mia
Quereis que vuestra eterna luz se encoja,
Por dar la paga al Padre que os envia;
Sol, que os parais á la mortal congoja,
Y haceis por Josüé mayor el dia,
Y en el signo de Vírgo ya mas manso
Buscais para los hombres el descanso:

»Tesoro eterno, que en la fértil vena
De la sacerdotal tierra sagrada
Estáis haciendo su bondad mas buena,
Vistiéndoos su pureza inmaculada;
Precio que ha de pagar la culpa ajena
Y rescatar la gente encarcelada;
Precio que ha de correr en un madero
Para pagar la deuda del primero:

»Buen pastor, que en la pobre humilde choza
Os encerrais por una oveja aleve,
Y sin dejar la gloria del que os goza,
Bajais, dejando las noventa y nueve;
Pastor, que al fiero lobo, que destroza
El ganado, que en charcos turbios bebe,
Habeis de asir, y en vuestro fiel cayado
Ha de quedar muriendo vos clavado:

»Vid verdadera de la tierra santa,
Que el Padre eterno, agricultor divino,
Dichosamente en mi heredad trasplanta,
Enriqueciendo el vientre alabastrino;
Vid, cuyo fruto es dulce á la garganta
De la Esposa que aguarda el dulce vino;
Vid, que por una viña su enemiga
Le hará dar fruto una pesada viga:

»Rey disfrazado entre el sayal grosero,
Aunque sentado en trono mas glorioso
Que el que hizo de David el heredero,
De cándido márfil, terso y hermoso;
Rey soberano en traje de pechero,
Por hacer al pechero venturoso,
Eterno rey en forma de su esclavo
Para borrar de Adan la ese y clavo:

»Humilde peregrino, que camina
A la visita de la tierra santa
Con el brial cubierto y la esclavina
Del sayal pobre de la rica infanta;
Peregrino de gracia peregrina,
Que en el castillo que al infierno espanta
Os hospedais para que meses nueve
Una hermana os regale, otra se eleve:

»Agua viva, que nace eternamente
De aquella fuente viva sempiterna,
Ya represada en la sellada fuente,
Do amor estanca su corriente eterna;
Agua que se distila suavemente
Sobra el blanco vellon de la piel tierna,
Agua que ha de lavar nuestro pecado
Y ha de beber sediento el fiel ganado:

»Gigante, que con gozo y alegría
Hicistes la carrera deseada,
Y saliendo del Padre que os envia,
La humildad escogistes que os agrada;
Gigante, cuya eterna valentía
Está en flaqueza humana disfrazada,
Gigante, que en el puño el orbe tiene,
Y el mas humilde de los hombres viene:

»Perulero de gloria enriquecido,
Que de las bellas Indias orientales
El tesoro precioso habeis traido,
Que enriquece los coros celestiales;
Indiano que en el puerto habeis surgido
De las puras entrañas virginales
A enriquecer del hombre la pobreza
Y á dar á Dios por él suma riqueza:

»Mercader diligente, que procura,
Aunque la costa y paga sea infinita,
Que habeis de hacer por mares de amargura
Encontrar la preciosa margarita;
Mercader, que en sus tratos asegura
Ciento por uno al que lo solicita,
Y en la cruz, por pagar mejor, alzado,
Pagaréis á los cielos de contado:

»Esposo virginal, que descendistes
Al tálamo real del vientre estrecho,
Donde en vínculo eterno á vos unistes
La Esposa, que por vos no dejó el lecho;
Esposo fiel, que de los ascos tristes
La levantais á vuestro eterno pecho;
Esposo bello, que de amor herido,
Quereis morir por la que os ha ofendido:

»Inaccesible Dios y niño humano,
Justiciero Señor y tierno infante,
Dios que padece, hombre soberano,
Cera al amor y en el amor diamante,
Rico hecho pobre, rey hecho aldeano,
Pequeño niño, sin igual gigante,
Fuerte que llora y infinito estrecho,
Y en fin, Dios hombre, por los hombres hecho;

»Adoro, Dios, vuestra deidad sagrada,
Reconozco, Señor, vuestra grandeza,
Reverencio la gloria disfrazada
Con el velo mortal de mi flaqueza;
La palabra de Dios miro abreviada,
Miro pasible ya su fortaleza,
Miro mi Esposa, que es doncella y madre,
Y que es su hijo el del Eterno Padre.

»Y vos, Vírgen y madre venturosa,
Madre de Dios, la dignidad mas alta
Que os pudo dar la mano poderosa,
Pues que ser Dios es solo lo que os falta;
Vírgen, mas que los ángeles hermosa,
Pues en ellos sabemos que halló falta,
Y sin ella os formó con tal aviso,
Que os hizo de su gloria paraíso:

»Barca divina, soberana nave,
Que de léjos traeis al hombre hambriento
El pan al mismo Dios dulce y suave,
Que es de los bellos ángeles sustento;
Arca de cedro y oro, que en sí cabe
Al que le viene angosto el firmamento,
Arca, que el maná eterno dentro guarda,
Arca contra la lluvia escura y parda:

»Horno de amor donde se está guisando
El inocente cándido cordero,
Agora en leche al Padre enamorando,
Y con clavos después en un madero;
Oliva que está á Dios pacificando
Con el fruto que sana del primero,
Ungüento derramado en su fiel nombre,
Que hace misericordias con el hombre:

»Vaso divino, mas que el cristal puro,
Donde Dios puso el bálsamo precioso
Contra la herida del serpiente duro,
Que derramó el veneno ponzoñoso;
Ciudad de Dios, cuyo sagrado muro
Cerca al eterno Todopoderoso;
Ciudad de Dios, cuya cerrada puerta
Pasó el Rey solo sin dejarla abierta:

»Huerto cerrado de inmortal frescura,
Adonde crece el árbol de la vida,
Que en el color de vuestra sangre pura
Su fruta eterna se verá teñida;
Jardin de amor y parque de hermosura,
Donde la flor del campo está escondida,
Bello jardin, cuyo clavel y rosa
Viste del Padre la palabra hermosa:

»Libro de oro de amor iluminado,
De letra por el mismo Dios dorada;
Libro divino donde está encerrado
El libro de la vida deseada;
Libro en que Dios y el hombre encuadernado,
Viene á ser Dios la letra colorada;
Libro siempre sellado, en que se escribe
La gran generacion del que en él vive:

»Casa que para sí traza y ordena
La eterna y inmortal sabiduría,
Ya de la majestad gloriosa llena,
La niebla vuelta en resplandor del dia;
Casa del sol, donde su luz serena
Piadosas influencias causa y cria;
Casa de recreacion donde se hospeda
El que del cielo parte y allá queda:

»Nácar hermoso, en cuya concha pura
De los rayos del sol siempre engendrada,
Crece la perla rica que procura
Ver Adan en vinagre desatada;
Nácar de cuya cándida hermosura
La perla saldrá blanca y encarnada,
Para ser precio del captivo y preso
Por culpas que resultan del proceso:

»Muralla blanca del monton de trigo,
Templo en quien Dios al mismo Dios se ofrece,
Zarza verde que el fuego trae consigo,
Vara que vela, vara que florece;
Barca en quien libra Dios al pueblo amigo,
Arca de cedro donde el maná crece,
Escala hermosa donde Dios estriba,
Huerto cerrado, fuente de agua viva:

»Arco bello, que paz nos asegura,
Nube que viste al sol de nieve y grana,
Bellon con el rocío de hermosura,
Cantera de la piedra soberana,
Arbol contra la fruta acerba y dura,
Estrella celestial de la mañana,
Espejo claro donde Dios se mira,
Vírgen que engendra á Dios y al cielo admira:

»¡Quién, Vírgen, como pudo conoceros
Pudiera como debe regalaros,
Pues ninguno, Señora, llegó á veros
Que eternamente deje de adoraros!
Quién si algun tiempo comenzó á quereros
En alguno podrá dejar de amaros?
Y quién podrá, Señora, persuadiros
Que de rodillas me dejeis serviros?

»¡Oh, quién del serafin mas levantado
El encendido espíritu tuviera
Para gozar del bien que Dios me ha dado,
Y como debo humilde le sirviera!
Quién de tanta bondad fuera dotado
Que serviros cual debe mereciera,
Y quién supiera ¡oh Reina de alegría!
Con el alma servir al alma mia!

»El que encerrais en vuestro pecho hermoso
Y no hizo horror de entrar en vuestro seno
Para ser como debo vuestro esposo,
Me deje el corazon de su amor lleno;
Pues para ser cual soy tan venturoso,
Ninguno habia de ser, Vírgen, mas bueno,
Ninguno habia de ser mas justo y santo,
Y soy tan malo que de mí me espanto.

»Pedidle que me dé lo que me falta,
Lo que ve que me cumple y yo deseo,
Porque para una dignidad tan alta
Mi mucha indignidad conozco y veo;
Supla su gran favor mi grande falta,
Que humilde y bajamente de mí creo.
Pues no merezco de esas prendas bellas
Poner mi boca en las divinas huellas.

»¡Dios en mi casa! Dios en mi María!
Dios disfrazado en el humano velo!
¡Que Dios es hijo de la esposa mia!
¡Aquesta pobre casa es corte y cielo!
¡Padre de Dios llamarme yo podria!
¡Y ser del niño Dios guarda y consuelo!
¡Que me ha de respetar como á su padre!
¡Que soy amparo dél y de su madre!

¡Con estos ojos tengo de mirarle!
¡En estos brazos tengo de traerle!
¡Con estas manos he de sustentarle!
¡En este pecho tengo de tenerle!
¡Como á mi hijo tengo de mandarle!
¡Por menor mio tengo de tenerle!
¡Que he de tener de Dios al hijo amado
En mi casa, á mi mesa y á mi lado!

»¡Cómo al favor de la merced que toco
La vida amada de placer no pierdo!
Juicio debo de tener bien poco,
Pues con tal dignidad de mí me acuerdo;
Si fuera cuerdo ya estuviera loco,
Loco debo de ser pues estoy cuerdo.
Que en la merced que el cielo me asegura,
No tener seso es la mayor cordura.

»Dadme la suficiencia, Niño hermoso,
Para la dignidad que no merezco;
Dadme bondad para ser digno esposo
De mi Señora, á quien el alma ofrezco;
Y pues me dais un nombre tan honroso,
Que en él á vuestro padre me parezco,
Para que en él os sirva como debo,
Dadme nuevo favor y valor nuevo.

»Dadme del querubin mas encumbrado
Para serviros la sabiduría;
Dadme del serafin mas abrasado
El grande amor que en él el vuestro cria;
Dadme, pues el oficio me habeis dado,
Lo que veis que desea el alma mia
Para agradaros, Niño, como es justo,
Serviros siempre y siempre daros gusto.

»Y vosotros, espíritus gloriosos,
Que sois de guarda desta humilde casa,
Gozando de los rayos siempre hermosos
Del sol eterno, que os la da sin tasa,
Pues sois mis compañeros venturosos,
Y un deseo justo á todos nos abrasa
De acertar á servir al niño fuerte,
Pues mejor lo sabeis, haced que acierte.

»Pues sabeis, cortesanos celestiales,
Que todos somos unos desde el dia
Que encerró Dios sus rayos inmortales
En el virgíneo vientre de María,
Para servir á las personas reales,
Al niño Dios y á la adorada mia,
Me dad vuestro favor, y juntos todos
Lo procuremos por diversos modos.

»Llenad el suelo pobre de rubies,
De jacintos, carbunclos y esmeraldas;
De perlas y oro los zaquizamíes,
Con piñas de diamantes y guirnaldas;
Las paredes de rosas y alhelíes,
Hechos de nácar y oro atavialdas,
Traed del alba el oriental tesoro,
Los rios de plata, los mineros de oro.

»Traed, enamorados serafines,
Las flores entre todas mas hermosas,
Despojad á los mas bellos jardines
De azahares blancos y encarnadas rosas,
De alhelíes pajizos, de jazmines,
De lirios y azucenas olorosas,
De rosados claveles y mosquetas,
De narcisos, de acantos y violetas.

»Mas ¡qué digo! bajad de vuestro cielo
Las estrellas de luz mas encendida;
Dellas enladrillad el pobre suelo
Que pisa alegre el alma de mi vida;
Preste la luna de su blanco velo,
Pues nunca se habrá visto mas crecida,
Dénos el rubio sol sus rayos rojos,
Que todo lo merecen estos ojos.

»Mas ¡pobre yo! que necio desvarío
Me lleva á desear lo que poseo,
Pues donde vos estais ¡oh niño mio!
El cielo adoro y sus riquezas veo;
Sois del tesoro eterno eterno rio,
Sois la justa medida del deseo,
Con vos llevais el cielo ¡oh niño hermoso!
Que es donde vos estais lugar glorioso.

»Si puede hacer el rey corte la aldea,
Porque es corte el lugar que el rey habita,
¿Que mucho que esta casa cielo sea
Si goza Dios vuestra deidá infinita?
Los tesoros que el alma ver desea,
Cuanto para agradaros solicita,
Lo tiene, Niño, por mas alto modo,
Pues teniéndoos á vos lo tiene todo.

»Y entre tanto, divinos cortesanos,
Que á servir á mi Esposa habeis venido,
Y gozais los favores soberanos
Del Dios que estáis mirando, aunque escondido,
Enderezad mis piés, moved mis manos,
Como entendeis será mejor servido,
Y pues sabeis del niño Dios el gusto,
Procurad que le acierte como es justo.

»Regalad á mi Esposa soberana,
Servid á la que es gloria de mi vida,
Que su gracia y belleza mas que humana
De vosotros merece ser servida;
Que yo con pecho alegre y alma ufana
Procuraré ganarle la comida
A costa del sudor del rostro mio,
Que ha de envidiar el oriental rocío.»

En esto la santísima Señora,
Cuya hermosa belleza al cielo espanta,
Con sus luces doradas le enamora,
Y con sus blancas manos le levanta;
Él al Niño encerrado humilde adora,
Y reverencia su adorada santa;
Absorto queda si á su esposa mira,
Y el niño Dios en ella mas le admira.

Del misterio divino satisfecho
Por el nuncio de Dios á él enviado,
Recibe por mujer en lazo estrecho
A quien habia la fe de esposo dado,
Y conforme á las leyes del derecho
Fué el santo matrimonio celebrado,
Siendo perpetuo y firme eternamente,
Segun las ceremonias de su gente.

Y celebrando las solemnes bodas,
Púsoles el amor el casto velo;
Quedan alegres las criaturas todas,
Que el cielo encierra y que sustenta el suelo;
El que el Coloso insigne tiene en Ródas,
El suelo enriqueció y alumbró el cielo;
Renuevan luego el casto voto amado,
Sin condicion y en mas perfecto grado.

El fiel Josef con el sudor dichoso
Gana el sustento de su Esposa bella,
Y al virginal y bien nacido Esposo
Sirve y regala enamorada ella;
El vive de su gusto cuidadoso;
Tiénele en él la sin igual doncella:
En esto y contemplar el Niño santo
Pasan el tiempo, y yo al siguiente canto.

CANTO XII.

Del trabajo de San Josef, y el edicto de César Augusto.

El rey Amásis, que lo fué de Egito,
Viendo la ociosidad del reino, un dia
Mandó por general público edito
Que de la gente que en su reino habia
Ante su presidente fuese escrito
De cada uno el oficio que tenia,
Para que el ocio infame desterrado,
Fuese el útil trabajo mas honrado.

Y antes que aqueste sabio rey naciese,
Fué costumbre en Egipto celebrada
Que si ciertos estadios no corriese
La juventud do fuese ejercitada,
Ni el sustento ordinario se les diese,
Ni la acogida de su casa amada,
A los gimnosofistas imitando,
Que no comian sino trabajando.

Los espartanos, gente de la Grecia,
Destierra á sus hijuelos en su infancia,
Y cual gente sin fruto los desprecia,
Hasta que al bien comun son de importancia;
Y cuando vuelven los estima y precia,
Sabiendo oficio de honra y de ganancia
Con que trabajen en la patria amada,
La ociosidad venciendo descuidada.

Y entre las leyes de justicia llenas
Del gran Dracon, legislador famoso,
Fué la que ilustró mas la sabia Aténas
La que condena al ciudadano ocioso:
Decretos justos y costumbres buenas
En favor del trabajo provechoso
Contra la ociosidad desmazalada,
Que ofende al cielo y á la tierra enfada.

Con dotar Dios de soberano aviso
A la cabeza del mortal linaje,
Con darle por morada el paraíso,
Quiere que en él para su bien trabaje;
Y el mismo eterno Dios trabajar quiso,
Pues de las letras santas es lenguaje
Que descansó en el seteno dia
De la labor que hecho en seis habia.

Y él hace cargo á la bestial Sodoma
De la soberbia vana y ocio infame,
De donde fuerzas la torpeza toma,
Haciendo el aire gima y fuego brame;
Y á la arrogante vencedora Roma
Este vicio sabemos que la infame,
Pues vencida Cartago fué vencida,
Mas que Cartago infame y abatida.

Con la grosera piel y tosca abarca
¿No guardaba ganado el jóven santo
Que crió de Egipto el general monarca
Cuando la zarza vió lleno de espanto?
Y el que el niño quitó á la hambrienta Parca,
Volviendo de la viuda en gozo el llanto,
¿La reja del arado no seguia
Cuando salió á doblada profecía?

David en los trabajos de la guerra
Fué de virtud dignísimo dechado,
Y en el descanso y ocio de su tierra,
Cautiva el alma se quedó enterrado;
Y su hijo sabio, en quien el cielo encierra
El saber sobre todos celebrado,
No idolatró cuando ocupado estaba,
Sino en la ociosidad que la honra acaba.

¿Cuándo la madre tierna estuvo ociosa
Desentrañada en el mortal provecho?
Cuándo al trabajo no acudió piadosa
Abriendo por el hombre el franco pecho?
Cuándo no corren á la mar furiosa
Los raudos rios á pagarle pecho?
Cuándo el aire inquieto estuvo ocioso,
O fué el activo fuego perezoso?

¿Cuándo del cielo las esferas bellas
Pararon su continuo movimiento?
Cuándo el sol, que da luz á todas ellas,
Paró el curso en su cuarto hermoso asiento?
Cuándo la variedad de las estrellas
Dejó de obedecer al firmamento?
Cuándo la blanca con la luz ajena
Estuvo ociosa por hallarse llena?

¿Cuándo en aquel alcázar sacrosanto,
Donde entre olorosísimos altares,
Llenos de gloria y admirable espanto
Cantan á Dios dignísimos cantares,
Cesó jamás el santo, santo, santo
Que repiten millares de millares?
Y cuándo Dios en su profundo abismo
Cesó en la eterna gloria de sí mismo?

El agua rebalsada luego ofende,
La tierra no labrada se marchita,
El fuego muere, muerto lo que enciende,
La vida el aire detenido quita;
El oro entre la mina no se entiende,
Perece la ciudad que no se habita,
El soldado holgazan se hace cobarde,
Y el que trabaja mas muere mas tarde.

El sabio al perezoso envia á la hormiga,
Y yo al ocioso á la sútil abeja,
Esta, que con solícita fatiga
De su dulce trabajo el fruto deja,
Aquella, que en el silo y cueva amiga
Contra el airado invierno se apareja,
La una y otra siempre trabajando,
Las leyes justas de su autor guardando.

Y él mismo escribe el loco desvarío
Del holgazan ocioso que abrigado,
Huyendo del rigor del yerto frío,
Alza la mano del precioso arado,
Y después, cuando el fruto da el estío,
Se halla el necio con razon burlado,
Que pobreza y pereza juntas moran,
Juntas militan y conformes lloran.

Hace mayor el número el ocioso,
Siéntase el miserable en la medida,
Y en daño ajeno siempre malicioso
Come de balde el pan que le da vida;
Roto, baldío, necio y perezoso,
Sigue la escuadra de Murcea perdida,
Y de Sibaris hecho ciudadano,
Llora el invierno lo que holgó el verano.

Es el trabajo puerta de la honra,
Muerte del vicio, de la virtud vida,
Es padre de la fama en quien se honra
Y senda de la patria prometida;
El ocio es puerta vil de la deshonra,
Padre de la malicia carcomida,
Sepulcro feo del que en sí convierte
Del vicio vida, de la virtud muerte.

El perezoso que su ser ultraja
Cosecha espera sin haber sembrado;
Mas el que come de lo que trabaja
Dice David que es bienaventurado;
¿Quién halló de los hombres la ventaja,
Sino el trabajo, con razon honrado,
Que es quien después de Dios sustenta el suelo
Y puede osado conquistar el cielo?

¡O Josef justo y celestial María,
El uno, y otro digno descendiente
De la real ilustre monarquía
De lo escogido de la antigua gente!
¡Quién de tan cuerda y santa compañía
Viera vuestro trabajo diligente,
De la holgazana ociosidad triunfando
Y el tesoro del tiempo aprovechando!

Hace Josef que la madera cruja,
Quejosa de la sierra que la ofende;
Su Esposa diestra en la sutil aguja
El blanco lienzo con destreza hiende;
Labrando en él con tal primor dibuja,
Que Minerva admirada della aprende,
Y atenta mas que con Aragne brava
Su gracia admira y su labor alaba.

Alza los ojos la doncella hermosa,
Y ve á Josef, que trabajando suda,
Y con su luz alegre y amorosa
Divinamente á su querido ayuda:
Él vuelve á ver á su adorada Esposa,
Y descansa en la gloria de su ayuda;
Porque le dan los ojos soberanos
Al alma gusto y fuerzas á las manos.

Rompe gozoso con la aguda sierra
El madero cruel, que se resiste,
Baña con el sudor la amada tierra,
Que alegremente dél se adorna y viste;
Tiende los rayos la que á Dios encierra,
Y al amado Josef gozosa embiste,
Su rostro enjuga, y el sudor que vierte
En aljófar y perlas le convierte.

Del escuadron angélico, que mira
La dicha grande del varon glorioso,
Cuál dellos de la sierra alegre tira
Para ayudar al bien nacido Esposo;
Cuál dél enamorado en él se admira,
Limpiándole el sudor del rostro hermoso,
Y cuál pretende ser su compañero
Sirviendo de oficial de carpintero.

Cuál el madero para aserrar tiene,
Cuál le sirve el escoplo ó el cepillo,
Cuál del cuarton cargado humilde viene,
Cuál le da el cartabon, cuál el martillo,
Cuál en coger astillas se entretiene,
Llenando humildemente el esportillo,
Cuál acepilla, cuál asierra ó clava,
Y cuál la dicha de Josef alaba.

Cuál, que al justo varon cansado via,
Le quita del trabajo fatigado,
Cuál cortesmente con Josef porfia
Para acabar lo que él ha comenzado;
Cuál le canta canciones de alegria
Y le entretiene en el trabajo amado,
Y todos llenos de amoroso gusto
Sirven al noble Esposo y varon justo.

Josef contempla con placer sin tasa
El gusto de los nuevos oficiales,
Cómo le sirven en su humilde casa,
Siendo de Dios ministros celestiales;
Contempla cómo el niño los abrasa
Dentro de las entrañas virginales,
Cómo encerrado allí dél se enamoran,
Cómo le reverencian y le adoran.

Luego vuelve á mirar las luces bellas
De la divina virginal Esposa;
Parécenle del cielo dos estrellas,
A quien da el Niño sol su luz hermosa;
Mira que el resplandor que sale dellas
Da nueva gracia á su jazmin y rosa,
Haciendo mas hermosa su hermosura
Y su pureza virginal mas pura.

Mira al inaccesible ya humanado,
Al todo poderoso ve rendido,
Al que es incircunscripto ve cercado,
Y al que es incomprehensible comprehendido;
Al infinito mira ya abreviado,
Al inmenso Señor mira medido,
Temporal al eterno, flaco al fuerte,
La eterna vida ve sujeta á muerte.

Al ser humano mira levantado,
Con lazo inseparable á Dios asido,
Sobre todos los cielos encumbrado
Y estrechamente á la Deidad unido;
Mira infinito al que era limitado,
Mira al humilde al ser de Dios subido,
Al temporal eterno, al flaco fuerte,
La vida humana reina de la muerte.

Entre ejercicios de la vida activa
En que á su Esposa regalar pretende,
Abraza alegre la contemplativa,
Que el pecho casto blandamente enciende;
Mira que es de las dos estampa viva
Su Esposa, de quien sabiamente aprende
A ser de Dios regaladora Marta,
Y la que nunca de sus pies se aparta.

Gozosamente gana la comida
Para el sustento de la real doncella,
Y á su trabajo siempre agradecida,
Alegre le regala y sirve ella;
Él quiere á costa de su propia vida
Dar gusto y regalar su Esposa bella,
Y ella con rostro entre risueño y grave
Le sirve alegre lo mejor que sabe.

Con lo que puede de Josef el arte
Sustenta á la que es justo al mundo asombre;
Ella lo come, y luego lo reparte
Con el niño, que tiene de Dios nombre,
Y así, Josef alcanza á tener parte
En la preciosa redencion del hombre,
Pues que con el sustento el Niño crece,
Que él da á su Esposa, y ella al Niño ofrece.

Josef sudando la comida gana,
Y dala á la que el cielo le da en suerte;
Cómela la doncella soberana,
Y con ella sustenta al Niño fuerte;
Él aumentando su niñez humana,
En su propia sustancia la convierte,
Volviendo sangre, que ha de darnos vida,
El sudor que Josef hizo comida.

Josef con el trabajo de sus manos
Da de comer á la que á Dios sustenta;
La Virgen con los ojos soberanos
Gozo, gusto y descanso en él aumenta;
Admiranse los bellos cortesanos
De que Josef su Príncipe alimenta;
Pásmanse en ver con cuán piadoso celo
Sustenta alegre al que sustenta al cielo.

La Virgen bella derramando risa,
Llena de Dios y de sus gracias llena,
Gozosamente la comida guisa
Para el que siempre se la ha dado buena;
Josef, al resplandor que se divisa
Entre los rayos de su luz serena,
Se pasma, y mas en ver que le regala
La que el mas puro Serafin no iguala.

El vientre virginal se va aumentando,
Porque le aumenta el Niño que en él crece,
Que el tiempo deseado va llegando
Al que ha cinco mil años que padece;
Josef lleno de gozo espera el cuándo
Ha de gozar el bien que le enriquece;
En contínua oracion el tiempo gasta
Y en servir á su Esposa siempre casta.

El bélico clarin el aire altera;
Suena el pífaro real, suena la caja,
Tremola al aire la imperial bandera,
Y en confuso tropel el pueblo baja;
En la plaza mayor suspensa espera
La gente noble, la plebeya y baja,
Cada cual varias cosas maquinando
Hasta saber del atambor el bando.

El vulgo monstruo de cabezas varias
En varias opiniones se divide,
Contrarias unas de otras, y contrarias
A lo que el César por su edicto pide;
Hechas las prevenciones ordinarias
Para el pregon que el necio vulgo impide,
Sonó la voz, y en un silencio mudo
Al confuso rumor convertir pudo.

El invencible emperador de Roma,
Segundo César, y primero Augusto,
Señor del orbe en cuanto el cielo toma
Desde el helado clima al clima adusto;
Aquel que todo el mundo oprime y doma
Por valeroso y fuerte, sabio y justo,
El que las puertas del bifronte Jano
Doce años há cerró su sacra mano;

Manda por su imperial público edito,
Movido de un honrado y justo celo,
Pues se extiende y dilata su distrito
En cuanto ciñe el mar y mira el cielo,
Que cada cual parezca á ser escrito
Al solar proprio, al proprio patrio suelo
Donde está de su estirpe la cabeza
Y tuvo orígen su naturaleza.

Parezcan los egipcios, licaones,
Lidios, armenios, sirios, africanos,
Griegos, Arabes, Tracios, Esclavones,
Dalmacios, atenienses, transilvanos,
Numidas, albaneses, macedones,
Tártaros, scitas, Libios, Geórgianos,
Búlgaros, españoles, medos, persas,
Gentes en traje y condicion diversas;

Las que del norte al sur el cielo cria,
Las que curte el arquero que deslumbra,
Las que al salir del agua clara y fria
Le ven que por su eclíptica se encumbra;
Las que ven en el mar hundirse el dia,
Triste porque su padre no le alumbra;
Las que Africa, Asia, Europa dan sustento,
Obedezcan al santo mandamiento.

Donde reconociendo el homenaje
A su señor y príncipe absoluto,
Pague el de estirpe noble ó vil linage
Al imperio romano su tributo;
Su sujecion confiese y vasallaje,
Al que de nuestra paz nos cogió el fruto,
Al gran monarca, emperador inmenso,
Sin que ninguno usurpe el justo censo.

Y el que no pareciere en su persona
A ser empadronado como ordena
El edicto imperial que se pregona,
Cuya noticia en todo el mundo suena,
Siendo rebelde á la imperial corona
Por traidor y enemigo le condena,
Y aplicando la hacienda al sacro imperio
Le deja en su perpetuo cautiverio.

Mándase pregonar públicamente,
Porque alguno ignorancia no pretenda,
Pues quien se hallare ser inobediente
No habrá quien del castigo le defienda;
A nadie valdrá ser de ilustre gente,
Público oficio, dignidad ni hacienda,
Ninguno habrá que del rigor se esconda,
O traiga collar de oro ó ciña honda.

Tornó á sonar la resonante trompa
Y á responder el pífaro y la caja,
Haciendo el aire se adelgace y rompa
Herido de la fuerza que le ultraja;
Luego con la debida regia pompa
El presidente al consistorio baja
Para fijar el general edito,
Que del Senado y César va suscrito.

Cual suele el arroyuelo que trepando
De peña en peña sin temor se arroja,
Ir entre blancas guijas murmurando,
De quien las ondas del cristal le enoja;
Y como suele Céfiro volando
Susurrar blandamente entre la hoja
Del álamo acopado y olmo hojoso,
Haciendo un rumor blando y sonoroso;

Así un lento rumor el pueblo mueve,
Y en varios pareceres se alborota:
Cuál á decir el suyo no se atreve,
Y la soberbia del edicto nota;
Cuál con sereno rostro y alma leve
Dice que es justo, y que se pague vota,
Y cuál el hombro encoge y ceja enarca
La vanidad mofando del monarca.

Cuál aprieta los dientes y al sol mira,
Y del edicto con furor blasfema;
Cuál por los ojos vierte furia é ira,
De la que el pecho recocido quema;
Cuál por su libertad llora y suspira,
Que es justo que mayores daños tema,
Y cuál mirando al suelo habla entre dientes,
Y llora esclavos ya sus descendientes.

Hácese de los viejos una muela
Mirando al rededor quien los escucha;
Susurra cada cual lo que recela
Del bando echado que en sus almas lucha;
Cuál en su daño dice que es cautela,
Cuál que es gran ambicion y fuerza mucha,
Cuál dice que es soberbia y avaricia
Con sombra de bondad y de justicia.

Cuál vuelve por Augusto Octavïano
Y dice que el edicto es cuerdo y justo,
Que pues los sujetó el valor romano
Paguen el censo con contento y gusto;
Cuál dice que el edicto es de tirano,
De rey inicuo, emperador injusto;
Uno replica y otro se alborota,
Y cada cual, cual le parece vota.

Los viejos graves de mayor prudencia,
Y los que Nazaret honra y respeta
Por sus canas, sus letras y experiencia,
La furia amansan de la gente inquieta;
Y para huir de Roma la violencia,
Que al fuerte doma y al soberbio aprieta,
Decretan como sabios y discretos
Ganen amigos, pues están sujetos.

Lo que ha de hacer la fuerza hágalo el gusto,
De la necesidad virtud haciendo,
Que así será obligar al sacro Augusto,
Sus leyes y pragmáticas cumpliendo;
Que al vasallo no toca ver si es justo,
Mas tócale acudir obedeciendo
A lo que su señor manda y ordena,
O á no excusar la amenazada pena.

Cada cual dellos á su casa parte,
Y la jornada con temor previene
A la remota ó mas vecina parte,
A donde el tronco de su estirpe tiene;
Temen la furia del sangriento Marte
Que en el público bando envuelta viene,
Y por no cometer mayor delicto
Quieren obedecer al sacro edicto.

¡O caminos de Dios! ¡Cuán diferentes
Son de los que las gentes inventaron,
Pues yerran los caminos de las gentes,
Y los vuestros, Señor, nunca se erraron!
Venden unos hermanos inclementes
Al inocente justo que envidiaron,
Y es el camino el fraternal delito
Para que venga á ser virey de Egito.

Va por el campo el rústico profeta,
Que lleva á los que siegan la comida,
Cógele el ángel cual veloz cometa,
Y dala al que la tiene merecida;
Dispara acaso un arco una saeta,
Y quita al cruel Acab la injusta vida;
Llevan á apedrear una inocente,
Y á los jüeces apedrea la gente.

Del rey Asuero su mayor privado
Horca levanta para el noble hebreo,
Y siendo de ella infamemente ahorcado,
Queda libre y honrado Mardoqueo;
De las hinchadas olas azotado,
Entre la sucia brea y betun feo,
Llega Moisés guardado en el cestillo,
A ser del pueblo santo fiel caudillo.

Abre camino por el mar la vara
Para que pase salvo el pueblo amigo,
Y las murallas hechas de agua clara
Se desmantelan contra el enemigo;
Goza Absalon de su belleza rara,
Y es su belleza su mayor castigo;
A Judit da su amor el sirio fuerte,
Y trueca amor el arco con la muerte.

Manda César que el mundo se empadrone,
Pensando descubrir su fortaleza,
Y es que por instrumento Dios le pone
De su infalible é inmortal certeza;
Ordena Dios que el bando se pregone,
Porque Josef acuda á su cabeza,
A su patria Betlen, donde está escrito
Que ha de nacer estrecho el infinito.

De Ageo tambien está profetizado
Que Dios ha de mover todas las gentes
Antes que dellas venga el deseado
Por edades y siglos diferentes;
Sirve á lo que por Dios está ordenado
Listar del mundo á todos los vivientes,
Siendo instrumento el belicoso Augusto
De lo que ordena el sumamente justo.

El virginal Josef que ya ha sabido
La obligacion en que el pregon le pone,
Triste, turbado y desapercebido
Al forzoso camino se dispone;
Y á la que en lazo conyugal le ha asido
El que ordena que el orbe se empadrone
Le va á dar cuenta de su ausencia amarga,
Al alma triste y á los ojos larga.

Siente Josef de su adorada estrella
La ausencia triste y por su mal forzosa;
Siente la soledad la Esposa bella
Del que está unido á su bondad preciosa;
Muere Josef en apartarse della,
Ella en dejar su prenda venturosa
Derrama perlas de los claros soles
Sobre sus encarnados arreboles.

Siente Josef que el alma se le arranca
Solo en imaginar de verse ausente
Del jazmin casto y azucena blanca,
Que puso el cielo en la nevada frente;
La Vírgen bella del tesoro franca,
Que vence á los aljófares de oriente,
Siente que el triste corazon se parte
En pensar que su amado se le aparte.

Teme Josef que el alma se despida
Del pecho helado si á su Esposa deja;
Ella teme perder la amada vida
Si su amado Josef della se aleja;
Él llora triste la mortal partida,
Y de su dicha y del pregon se queja;
La Vírgen llora imaginada ausente
Del bien que estima y ama tiernamente.

Y dice ¡« mi Josef, ¿podré dejaros?
¿Podréis del alma vuestra desasiros?
¿Podré sufrir dejar de acompañaros?
¿Y vos sin vuestra Esposa podréis iros?
¿Podré vivir con gusto sin miraros?
¿Y vos sin mí á tenerle persuadiros?
¿Podré, Señor, si ya llegué á quereros,
Dejar un hora de gozar de veros?

»¿Sin vos qué gusto habrá que me dé gusto?
¿Con vos qué pena habrá que me dé pena?
¿Con vos qué pena me dará disgusto?
¿Y qué cosa sin vos podrá ser buena?
Sin vos, dulce Josef, de nada gusto;
Con vos de gusto tengo el alma llena;
Sin vos la vida me será enojosa,
Y la pena con vos dulce y sabrosa.

»Después del hijo que en el vientre encierro,
Gloria de Dios y su mayor tesoro,
¿Quién podrá consolarme en el destierro
Que amenazado solamente lloro?
Quién, mi Josef, condenará por yerro,
Siendo después de Dios el bien que adoro,
En quien el alma vive y por quien muere,
Que vaya el cuerpo donde el alma fuere?

»Si sois después de Dios mi mas amado,
Si sois después de Dios mi mas querido,
Si sois la vida de la que os la ha dado,
Y alma de quien la suya os ha ofrecido,
Si sois quien en mí vive trasformado,
Si sois quien tengo al alma siempre asido,
Y si después de Dios sois mi bien todo,
¿Cómo os podré dejar de ningun modo?

»El casto amor que con su lazo fuerte
Hizo de dos un alma y una vida,
Hizo tambien igual de ambos la suerte
Hasta que Atropos fiera la divida;
Y así, Josef amado, en vida y muerte
A vuestro lado me veréis unida,
No habiendo cosa alguna que sea parte
Para que, viva yo, de vos me aparte.

»Antes, vírgen Josef, me determino
Con gusto vuestro y con licencia vuestra
De báculo servir en el camino
A vuestra ilustre venturosa diestra;
Oya, amado Señor, el sí divino
Que dé de vuestro amor segura muestra;
Dadme este gusto, pues me le habeis dado
En cuanto vos sabeis que he deseado.»

»¿Qué os puedo yo negar, amada mia,
Josef responde, y mas siendo consuelo
Vuestra divina y santa compañía,
Para pedirle por merced al cielo?
Que del camino lo que mas temia
Era ausentarme del dichoso suelo
Que huellan vuestras bellas tiernas plantas
Y hacen cielo las luces sacrosantas.

»Temí la muerte, y era de temella,
Pues me apartaba de mi amada vida;
Temí que el alma se volviera á vella,
Dejándome en mitad de la partida;
Temí que ciego me perdiera en ella,
Sin la luz clara donde el sol se anida;
Temí errar el camino, y ¿quién no errara,
Ausente de mi norte la luz clara?

»Temí que el parto bienaventurado,
Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
Temí dejar de hallarme á vuestro lado,
Adonde os regalara y os sirviera;
Temí la pena que os habia causado
El miedo triste de mi ausencia fiera;
Temí mi falta, aunque ninguna habria,
Teniendo á Dios que os hace compañía.

»Y agora temo, soberana Esposa,
De la preñez no vuestra pesadumbre,
Que es obra de la mano poderosa
Del que procede de una y otra lumbre;
Sé que es vuestra preñez maravillosa
Fuera de toda natural costumbre,
Que traer su sangre á nadie le da pena,
Y dala siempre á la que trae la ajena.

»Mas temo del camino la jornada,
Que hay casi treinta leguas de aspereza
De Nazaret á la ciudad amada,
Donde está de mis padres la nobleza;
Temo, Vírgen hermosa, ver cansada
Vuestra divina sin igual belleza,
Que es la jornada larga y enojosa,
Vos Vírgen delicada y niña hermosa.

»Temo tambien el tiempo riguroso
Del erizado invierno y cierzo frio,
A cuyo soplo helado y enojoso
El campo se encanece y cuaja el rio;
Temo en ver que no soy tan venturoso
Que, como os llevo dentro el pecho mio,
Os pudiera llevar de tal manera,
Que os viera descansada y os sirviera.

»Temo faltarme el jumentillo rudo
Para llevar la venturosa carga,
Pues como á ocioso en casa, darle pudo
Aquesa mano limosnera y larga;
Temo hallarme tan pobre y tan desnudo,
Que á vuestro alivio mi pobreza embarga,
Pues si he de consentir que vais conmigo,
A pié habeis de ir cansada y sin abrigo.

»Temo viendo que al parto deseado
El tiempo sacrosanto ya se llega
Para que salga al puerto el que embarcado
Há casi nueve meses que navega;
Temo no os coja en un desierto helado
O entre la chusma de la gente ciega,
Donde falte el regalo y el decoro
Debido á la bondad que humilde adoro.

»Temo dejaros, y llevaros temo;
Dejaros y llevaros me da pena;
Temo no ver la luz en que me quemo,
Y temo ver la de su aljófar llena;
Temo mi daño en uno y otro extremo,
Y cada extremo á llanto me condena,
Que en llevar y en dejar á la que adoro
Mi daño temo y mi tormento lloro.

»Mas ¿qué puedo temer si veo, Señora,
Que vos gustais de hacerme compañía?
Qué teme el alma, qué mi miedo llora
De llevar mi dulcísima María?
Que si el Señor que en vuestro pecho mora
Quiere ir á honrar la amada patria mia,
Dios va conmigo y la que á Dios encierra,
Los mejores del cielo y de la tierra.

»Conmigo van sus ángeles de guarda,
El cielo va conmigo, pues que llevo
El sol cubierto con la nube parda
Del grosero sayal del traje nuevo;
Vamos, Señora, que ayo soy y guarda
Del que nos guarda y del que servir debo,
Y él nos ha de guardar, pues yo le guardo,
Que de tal guarda dulce fin aguardo.»

La Vírgen soberana, agradecida
Al gusto grande que Josef le ha hecho,
Descubre por su vista esclarecida
Las riquezas divinas de su pecho;
Que el Niño eterno, que por darnos vida
Se reclinó en su casto hermoso lecho
Era quien la inspiraba á la jornada,
Para empezar la suya deseada.

Y así, ya del camino cuidadosa
La Vírgen bella alegre se previene,
Sacando de la arquilla venturosa
Los paños pobres que guardados tiene;
Que sabe la doncella siempre hermosa
Que apercebirse dellos le conviene
Para el parto dichoso, que la lleva
Al sitio inculto de la agreste cueva.

Tenazas, sierras, cartabon, martillo,
Cepillo, escoplo, clavos y barrena
Junta Josef, y llena el esportillo
Del fiel sustento de la pobre cena;
Pone de cera el cándido librillo
Para la que es después de su autor buena;
Pedernal, eslabon y yesca pone,
Y á la jornada alegre se dispone.

Abriga á su adorada el noble Esposo
Contra el fiero rigor del tiempo helado,
Cubre con el cendal el rostro hermoso
Que ofende el hielo y á él ha enamorado;
Comienzan el camino trabajoso,
Dejan de Nazaret el suelo amado;
Dejan la casa, amigos y parientes
Por ser á la pragmática obedientes.

Camina pues el noble peregrino
Con la gracia y bondad mas peregrina
Que vió jamás el resplandor divino
Del que por el Zodíaco camina;
Oféndelos el áspero camino,
La sombra de la noche ya vecina,
El austro helado, el aquilon furioso,
La pobreza y el hielo riguroso.

Abre camino por la blanca nieve
La escuadra de los bellos cortesanos,
Admirados de ver cómo se atreve
A los dos peregrinos soberanos;
Y consideran cuánto á Josef debe
El Padre universal de los humanos,
Cuánto le debe la virginal Madre,
Pues hace oficio de su esposo y padre.

Lleva la mano la divina Esposa
Sobre el hombro querido del que ama,
Descansa el Santo con la carga hermosa,
Que en casto amor el corazon le inflama;
Muestra Bóreas la cara temerosa,
Esparce hielos y crueldad derrama,
Y ofendidas las luces virginales,
Le aplacan con sus perlas orientales.

Aflígese Josef de que despliega
Las negras alas la callada noche,
Porque del verde mar donde navega
Al horizonte sube el negro coche;
Aflígese de ver de que le niega
De su azul manto el uno y otro broche,
Y que de parda escuridad se viste,
Vistiendo de temor el mundo triste.

No mostró el rostro la menguante luna,
Porque el sol enojado no la trata,
Por verla cada mes cuán importuna
Mendiga el resplandor que la dilata;
No mostró Dios de fuego la coluna,
Que otro tiempo guió á la gente ingrata,
No se detuvo el sol, antes va huyendo
De las tinieblas que le van siguiendo.

Pero coluna, sol, luna y estrellas
Fueran ociosas donde el niño hermoso
Vierte sus rayos por las lumbres bellas
Que serenan al tiempo riguroso;
Halla Josef descanso en solo vellas,
Su Esposa en que descanse el noble Esposo,
La cual con dulce agrado soberano
De jazmines le dió la blanca mano.

Josef con humildad la reverencia,
Hecho bracero de la reina hermosa,
Cuya divina virginal presencia
Llena de luz la noche tenebrosa;
No teme ya del Austro la inclemencia,
No el manto negro de la negra diosa,
Que va tendiendo por el cielo santo
Con tal silencio, que le pone al canto.

CANTO XIII.

Del camino hasta llegar á Betlem.

Trastorna el vernegal el teucro acuario
Escureciendo con su lluvia el dia,
El crespo Orion soberbio y temerario
La tierra asombra con su vista fria;
La cabra de la piel de color vario,
Que á Júpiter crió y hoy luces cria,
Mueve las nubes con los cuernos de oro,
Cubriendo de los cielos el tesoro.

El vaquero Bootes desgreñado
El desabrido ceño al mundo muestra,
Y gruñidor y mal condicionado
Vientos esparce con la tosca diestra;
Los peces de oro entre el cristal sagrado
Dan del gusto que gozan clara muestra,
Somormujando las azules colas
De la abundante lluvia entre las olas.

Un arrugado viejo, rostrituerto
Es del pálido tiempo presidente,
El cual de escamas blancas trae cubierto
El mustio rostro y la pequeña frente;
Vive solo en un páramo desierto,
Al hielo tiembla y da diente con diente,
Llenando con sus lágrimas ancianas
La vieja tierra de nevadas canas.

Huye de ver al sol, y si le mira
Es raras veces, y esas por un lado;
Por los hundidos ojos saetas tira
De helado frio y hielo requemado;
Por su aliento cruel Bóreas respira;
Por sus narices sale el Austro helado;
Helado tiembla, y á su temblor frio
El campo se demuda y cuaja el rio.

Son de raíces una y otra pierna,
Sus secos brazos de árboles desnudos,
Su cuerpo de una encina casi eterna,
De proporcion grosera y miembros rudos,
Su cuerpo seco es húmida caverna,
Y por ella regüelda cierzos crudos;
Son sus barbas carámbanos helados,
Y hielos sus cabellos erizados.

El rostro feo á nuestra Madre asombra,
Y viendo con la furia que le embiste,
Quita de sobre sí la verde alfombra,
Y de la blanca escarcha el suyo viste;
Hace de blanco velo escudo y sombra,
Y en sus entrañas temerosa y triste,
Sus bellas flores y sus dulces frutas
Guarda metida en las secretas grutas.

Siembra de soliman espesos copos,
Que hechos racimos llenan de blancura
Las encinas, los robles y los chopos,
Así afeitando su corteza dura;
Temen cobardes los groseros topos,
Y hacen con miedo habitacion segura
Dentro del fiel sustento de su vida,
Que les sirve de casa y de comida.

Va el caminante con el fieltro duro
Contra la furia que del cielo llueve;
Cércale al rededor de nieve un muro,
Y queda sepultado entre la nieve;
Está el camino del ladron seguro,
Y no de la crueldad del tiempo aleve,
Que, como foragido y homicida,
Sale al camino por robar la vida.

Bala la oveja por el verde pasto
Para criar el tierno corderillo,
Pues si la tierra no hace el rico gasto,
Ni él se podrá criar ni ella sufrillo;
Sale el pastor con el zamarro basto,
Atado al cuerpo con el tosco orillo,
Las manos en el seno tiritando,
Y al son que hacen los dientes regañando.

Los árboles hermosos, mal heridos,
Enfermos de su gloria se desnudan:
Dejan desiertos los amados nidos
Los pájaros llorosos que se mudan;
Pásmanse los arroyos detenidos;
Las peñas lloran y de miedo sudan;
Las fieras á sus cuevas se recogen,
Adonde mansas de temor se encogen.

La pobre dama vive temerosa
Del yerto frio que la vuelve fea,
Pues no hay mejilla de jazmin y rosa
Que de violetas cárdenas no sea;
Y la cara, que tiene por hermosa,
Quiere que el frio no la toque ó vea;
Dentro los guantes trae las manos bellas,
Que en el invierno no se sirve dellas.

Envuelta en el precioso rebociño
Viste el turon peludo, felpa y martas,
Trayendo la estufilla como á niño
Entre las joyas de las ricas sartas;
Al hombro cuelga el delicado armiño,
Que de su rostro cubre menguas hartas,
Siempre escondida del contrario fiero
Con mas ropas que trae un pregonero.

Despoja el rico de la piel de nieve
Al blanco armiño, que por no ensucialla
Cazar se deja de la mano aleve
Que de cieno le puso la muralla;
Y al conejo flamenco, blando y leve
Le mueve guerra y vence en la batalla;
La marta cebellina airado embiste,
Sus pieles se desnuda, y él se viste.

Dobla el calzado, y la soberbia ropa
Aumenta su calor con el del vino;
Bulle el capon y la dorada sopa,
El pavo, la perdiz, el palomino;
Corre ligera la embriagada copa
Tras el rastro oloroso del tocino;
Anda la colacion y la conserva,
Y la razon señora se hace sierva.

A los corrientes caudalosos rios
Prende y embarga el atrevido hielo,
Y represando sus soberbios brios,
Los cose y los enclava con el suelo:
Ellos helados mas que el mármol frios,
Temen viendo parar su raudo vuelo,
Que no se queje el príncipe absoluto
Del mar, á quien le llevan el tributo.

Arde en la plaza la comun hoguera,
Donde se llega el haragan ocioso,
Y ante la choza poco lisonjera
El saludable enebro y cedro hojoso;
Cada cual huye de la furia fiera
Que escupe el cielo escuro y temeroso,
Y para estar seguros no hallan dónde,
Porque tras ellos donde van se esconde.

En medio del rigor del tiempo helado,
Cuando el Euro mojado se embravece,
Cuando el rostro de Bóreas regañado
Lanzas de hielo contra el mundo ofrece;
Cuando se hiela el rico mas guardado,
Y mas el pobre su fiscal padece,
Cuando llenan las nubes inhumanas
La vieja tierra de nevadas canas;

En medio, en fin, del riguroso invierno,
Caminan los dichosos peregrinos
En compañía del infante eterno,
Que por los hombres hace estos caminos;
El fiel Josef, enamorado tierno
De los luceros, mas que el sol divinos,
Se entristece de ver lo que padece
La niña hermosa, á quien el alma ofrece.

La cual cubierta de la blanca nieve,
Que la sirve de manto á su pureza,
Granos de aljófar orientales llueve
Sobre las rosas que honran la belleza;
Que el erizado invierno se le atreve,
Mostrando en su hermosura su fiereza
Para robar de los divinos ojos
Las perlas que á Dios quitan los enojos.

Parece la hermosísima doncella
Entre el hielo y la nieve rigurosa
Como entre nubes matutina estrella
O en medio del invierno fresca rosa;
Hace el cansancio su beldad mas bella,
Y el hielo su hermosura mas hermosa,
Porque el eterno niño y Dios humano
Cria en su alma un celestial verano.

Mira Josef al alma de su vida
Mas que el rojo clavel y tiria grana;
Teme que del cansancio está encendida
Su sin igual belleza soberana;
Imagina cansada á su querida,
Y que con rostro y gracia mas que humana
Disimula la Esposa siempre buena
Su pena solo por no darle pena.

Y dice á la castísima María:
«Vuestro cansancio, Vírgen, imagino,
Aunque mostreis bordado de alegria
El semblante del rostro cristalino;
Bien se deja entender, Señora mia,
Que al cabo de tres dias de camino
Que haceis pobre y á pié, niña y preñada,
Que aunque disimuleis venis cansada.

»Y no porque el preñado sacrosanto
Pueda, divina Vírgen, daros pena,
Que os hace sombra el sumamente santo,
Que de pena y dolor os enajena;
Que claro está que no ha de caber llanto
En la que está de gloria de Dios llena,
Pues el dolor del parto es el tributo
Que no debe ese vientre ni ese fruto.

»Mas porque sois, Señora, delicada,
Tierna doncella siempre recogida,
A caminos tan largos no enseñada
Ni á la furia del tiempo embravecida;
Porque tras el rigor de la jornada
Venis mal regalada y mal servida,
Pobre, desabrigada, á pié y al hielo,
La tierra helada y enojado el cielo,

»Dame nuevo cuidado ver, Señora,
El disimulo del cansancio grave
Que de arreboles rojos viste y dora
Aquese cielo del amor suave;
Sé que por no dar pena al que os adora,
Viendo la mucha parte que le cabe
De las que padeceis, sufris contenta
La que disimulada mas se aumenta.

»Lo mas de la jornada se ha ya andado:
Animo, Esposa, que el camino es breve,
Y en vez de lo que en él habeis pasado,
Gozaréis del regalo que se os debe;
Pues si llegar nos deja al pueblo amado
El frio cruel y la confusa nieve,
Allá os regalarán, Vírgen hermosa,
Los de nuestra familia venturosa.

»En llegando á la patria que nos ama,
Todo el trabajo del camino cesa,
Porque hallarémos la encendida llama
Contra el hielo erizado y niebla espesa;
Hallaréis el regalo de la cama,
La regalada y abundante mesa,
Las visitas, regalos y presentes
De amigos, conocidos y parientes.

»Y cuando todo falte, creed, Señora,
Que no hará falta para regalaros
El sudor deste rostro que os adora
Y el deseo perpetuo de agradaros;
El gusto que en quereros se mejora,
La voluntad que pudo enamoraros
No podrán hacer falta á lo que debo,
Al bien que adoro y dentro el alma llevo.

»Y vos, Señor, que en la imperial carroza
De la púrpura real de oro bordada
Vais peregrino de una en otra choza
A dar el censo no debiendo nada;
Vos, bien eterno, del que el cielo goza,
Gloria del Padre bienaventurada,
Pechero sois y vais hecho pechero,
Siendo de Dios legítimo heredero.

»En medio del rigor del seco frio,
Pequeño infante en el lugar estrecho,
Y breve vuestro eterno poderío,
Vais á pagar el no debido pecho;
¿No basta, Dios, que pagaréis el mio
Cuando roto y rasgado vuestro pecho,
A los hombres libreis del cruel tributo
Que impuso Adan sobre el vedado fruto?

»El Padre os da del mundo la conquista
Dentro del vientre santo que os sustenta,
Pues miro, Niño, que por vos se alista,
Por vos se escribe, se empadrona y cuenta,
Para que antes que goce vuestra vista
Vos le tengais sentado á vuestra cuenta,
Porque la habeis de dar al Padre amado
De todo el mundo que os le da contado.»

La Virgen soberana le replica:
«Muy bien echo de ver, querido Esposo,
Que mi pena la vuestra multiplica,
Pues della sola os miro cuidadoso;
Y yo padezco la que significa
El color rojo dese rostro hermoso;
La vuestra siento, y sabe el que lo ordena
Que quisiera pasar de ambos la pena.

»Yo, mi Josef, ¿qué pena llevar puedo
Si voy en vuestra amada compañía?
Antes, querido Esposo, tengo miedo
Del cuidado que os puede dar la mia;
De mi cansancio descansada quedo,
Mi tristeza mudada en alegría,
Solo con ver, Señor, que va conmigo
De Dios el mas amado y mas amigo.

»¿Qué pena llevar puedo, Esposo amado,
En medio del peligro mas estrecho,
Si á mi amado Josef llevo á mi lado
Y á mi amado Jesus dentro en mi pecho?
Si dentro en mis entrañas va guardado
Y vos mi guarda y su custodio hecho,
¿Qué pena ofrecer puede mi memoria
Que no la mire convertida en gloria?

»Y mas, Señor, que siento que me avisa
El Niño tierno que en mi pecho mora,
Que esta noche será de gozo y risa
Para el que ha tantas que encerrado llora;
Que el que las alas de los vientos pisa,
El que los serafines enamora
Quiere, como la luz sale del alba,
Salir, mi integridad dejando salva.

»Que nueve veces treinta ha parecido
El rojo sol en su balcon dorado,
Habiendo de su blanca luz vestido
Del aries de oro al capricornio helado,
Después que de mi vista despedido
Volvió á su patria el mensajero alado,
Y entró en mi pecho el que gozoso mora
En el del Padre Eterno que enamora.»

Josef con nuevo gozo y nueva pena
A su querida Esposa alegre anima,
Diciéndola: «Criatura la mas buena
Que el cielo goza y que su autor estima,
Veros, Señora, de cuidados llena
Al alma aflije, al corazon lastima,
Y mas que os coja el parto sacrosanto
En el camino y con trabajo tanto.

»Ya miro de Betlem las torres bellas,
Capiteles, pirámides, colosos,
Que quieren competir con las estrellas
Por ilustres, antiguos y famosos;
Miro entre el resplandor que sale dellas
Crecer los edificios suntüosos,
Y creciendo, salirnos al camino
Por recebir al Rey del orbe trino.

»Ya reconozco las paredes santas
De mi patria dichosa, donde ordena
Hacer el cielo maravillas tantas
Para el que gime al son de la cadena.
Animad, Virgen, las divinas plantas,
Aliéntelas aquella luz serena,
Dadles las alas que el corazon mueve
Para volar sobre la blanca nieve.

»Aguijad, Virgen, que al lugar llegamos
Del Rey, que soy indigno descendiente,
Aunque confusa la ciudad hallamos
Con el tropel y grita de la gente;
A nuestros nobles deudos acudamos
Para que con cuidado diligente
Acudan al regalo y hospedaje
Debido á esa beldad y á su linaje.»

Esto diciendo, va la niña hermosa
Asida á su Josef entre el rüido
De la confusa turba presurosa,
Que entra á pagar el censo al Rey debido;
Lleva Josef el alma temerosa
No atropelle la Reina á que va asido
El tropel de las bestias que se oia
Entre grita, rumor y vocería.

La noche negra descubrió su frente
De estrellas y de nubes coronada,
Sembró su escuridad entre la gente
Chamuscadora escarcha y seca helada;
Cada cual cuidadoso y diligente
Busca el deudo, el amigo, la posada
Adonde pueda estar hasta que el dia
Destierre al verde mar la noche fria.

Llama en casa de un deudo el varon justo,
De la posada incierta confiado,
Imaginando con el gozo y gusto
Que hospedarán á la que trae al lado;
Sale el pariente lleno de disgusto,
Y niega el deudo del linaje amado,
Y conociendo las señales ciertas,
Le da en el rostro con las altas puertas.

En casa de otro menos riguroso
Llama, que es mas cercano en el linaje;
Sale enmartado y mira al noble Esposo,
Y hace que desconoce el pobre traje;
Cierra la puerta, y dícele furioso
Que busque en un pórtal el hospedaje,
Y pues para los dos un portal basta,
No es bien que ande afrentando la real casta.

El turbado Josef no se alborota,
Antes sufre la injuria con paciencia;
Solo le pesa de la infamia y nota
Que hacen á la purísima inocencia.
La Virgen bella, que conoce y nota
La crueldad que no ablanda su presencia,
Ruega á Josef que deje los parientes
Mas que el tiempo inhumanos é inclementes.

El Santo, que con pena solicita
El regalo debido á la que ama,
A la casa que un grande amigo habita
Fiado en la amistad seguro llama;
Que la amistad mil cosas facilita
Que el deudo dificulta y encarama,
Que el parentesco de la sangre nace,
Y el amistad una alma de dos hace.

Sale el amigo, y hace que se goce
Josef alegre con su amigo estrecho;
Él, ceñudo y turbado, desconoce
A la mitad del alma de su pecho;
Que ni le vió jamás ni le conoce
Jura enojado, y dice con despecho
Que á buscar vaya el embaidor mendigo
Quien crea la burla del fingido amigo.

Sufre el baldon Josef, y considera
Como es un necio quien del hombre fia,
Y cuán discreto aquel que en Dios espera,
Pues su esperanza no verá vacía:
Bien sé que soy el mismo que antes era,
Mi rostro es este, aquesta el habla mia,
Mas no debe de ser, que la pobreza
El rostro muda y la naturaleza.

«Hermosa mia, mi pobreza es grande,
Grande el rigor del tiempo embravecido;
Siento que no haya quien su pecho ablande
Pudiendo el monte mas endurecido;
Temo afligido que por mas que ande
Que no he de ser de nadie conocido;
A los mesones miro y las posadas
De variedad de gentes ocupadas.

»Con todo quiero, ¡oh Reina y Virgen pura!
Los mesones mirar, que ser podria
Hallar algun rincon donde segura
Podais pasar la noche helada y fria;
Que en tan necesitada coyuntura
El capuz de los hombros venderia
Para alquilar un rinconcillo pobre,
Donde vuestro cansancio aliento cobre.»

Llega el justo Josef á una posada,
Y pide al huésped que la gente aloja
Le dé para una niña delicada
Un rincon pobre donde se recoja;
Que á pié ha venido toda la jornada,
Que el hielo y nieve como ve la enoja,
Que está preñada, que cansada viene,
Y que adonde descanse apenas tiene.

Responde el inhumano mesonero:
«Por Dios, hermano, la demanda es buena,
Cuando mi casa á peso de dinero
De gente noble y rica mirais llena;
Solo se hospeda en ella el caballero
O el que el argen en la escarcela suena,
No el bribon ni el mendigo, que los tales
Allá se albergan en los soportales.»

Con importunidad Josef replica,
Por la necesidad en que se halla,
Y por el Dios que adora le suplica
En un pobre pajar quiera hospedalla;
Que con un poyo puede hacerla rica,
Y con dos piés de suelo consolalla,
Detrás de cualquier puerta, donde quiera,
Antes que helada entre la nieve muera.

Endurécese el rústico villano,
Y pudiera ablandarse un mármol duro
Viendo del bello rostro soberano
El resplandor que vuelve al sol oscuro;
Y dejando al rigor del tiempo vano
A la que excede al serafin mas puro,
Echa de su meson al hielo y nieve,
A los que dentro el alma poner debe.

Y dice: «Vaya fuera el hombre honrado
Con su noble y honrada compañia,
Ladron quizá que viene disfrazado
A llevar lo que pudo ver de dia;
¿Con su dama preñada muy cargado,
Excusas quiere dar de su porfia?
Pues conmigo no hay levas: vaya fuera;
Viva en la nieve ó en la nieve muera.

»Y cuando, como él quiere, se quedara,
¿Pareciérale bien que al primer sueño
Con su parto el meson me alborotara,
Despertando del grande hasta el pequeño?
Con muy lindas monedas me pagara,
Que de muy pocas me parece dueño;
Vaya, amigo, á buscar otros mesones;
Convierta en piezas de oro esas razones.»

Escuadras de los cielos soberanas,
¿Cómo aquesto sufris? ¿Esto estáis viendo?
¿Cómo aquellas entrañas inhumanas
En mármol duro no se van volviendo?
¿Qué es de las piedras, de las nubes canas
Los rayos que la tierra está temiendo?
Qué es del diluvio, el fuego de Sodoma?
Tráguele el mar, la tierra se le coma.

Calla Josef, y asiéndose á su amada
La nieve pisa que del cielo viene;
Ella en el niño Dios regocijada,
Aunque cansada, humilde se entretiene;
Josef no osa llegar á otra posada,
Que temor de ofender á alguno tiene,
Y de escuchar razones tan sin ella
Con que entristezcan á su esposa bella.

«La noche, dice, escura y temerosa
A la mitad de su camino llega,
Que á la gente cansada y bulliciosa
Al sueño deseado veo que entrega;
Miroos, divina Reina y niña hermosa,
Con falta de regalo que se os niega,
Miroos cansada, miro cerca el parto,
Con poco abrigo y con trabajo harto.

»Fuera de la ciudad, pegada á un muro,
Me acuerdo de una cueva mal labrada,
Hecha de un pedernal grosero y duro,
Por la naturaleza fabricada;
Lugar, Vírgen, y albergue mal seguro
Para el rigor de aquesta noche helada,
Pero de mas piedad y mas abrigo
Que del meson, del deudo y del amigo.

»Vamos allá, Señora, si os parece,
Que quizá esta pobreza Dios escoge,
Pues siendo la riqueza se empobrece,
Y siendo sin medida en vos se encoge;
La nieve cae aprisa, el hielo crece,
La noche la mitad del cielo coge,
La ronda andará presto, y si nos topa
Hará fiscal de nuestra pobre ropa.»

Obedece á Josef la Niña santa,
Y con rostro y agrado peregrino
Sigue á su Esposo, que entre nieve tanta
Apenas ve señales del camino;
Va atentalando, con la helada planta
Abriendo senda al Serafin divino,
Pone el pié en tierra firme, y luego avisa
A su adorada que sus huellas pisa.

Miran los cobertizos y portales
Hechos nidos de gente forastera,
Que con gritos y voces desiguales
Defensa buscan á la helada fiera;
Ven ante algunas puertas principales
Que arde gozosa la encendida hoguera
Coronada de ociosa y pobre gente
Que descansa de dar diente con diente.

Salen de la ciudad, ven los mesones
De la gente que hospedan incapaces,
Ven en el campo armados pabellones
Con el color que se demandan paces;
Ven de los carros hechos tendejones,
Formadas chozas de los secos haces,
Ven que arde el heno, que la paja humea,
Que llora el que la enciende y se recrea.

Ven que al rostro rugado de la tierra
Sirve de soliman la blanca escarcha,
Que afeita el valle humilde y alta sierra
Por donde el escuadron del cielo marcha;
Sienten del tiempo la inclemente guerra,
Que los pobres vestidos los escarcha,
Que á ser de plata y oro, el escarchado
Estuviera en los dos bien empleado.

Llegan gozosos donde Dios los lleva
Al teatro divino, alcázar donde
Ha de obrar Dios la novedad mas nueva
Que miró el que en el mar su luz esconde;
Reconoce Josef la antigua cueva
Pegada al muro que á un meson responde,
Y repasando las guardadas señas,
Ve la muralla y socavadas peñas.

Un áspero peñasco está pendiente
Encima de unas peñas mal labradas;
Los lados van cubriendo incultamente
Muchas peñas nativas excavadas;
Estancia amiga de la tosca gente,
Que las labores rústicas dejadas,
Esquivaban de Cintio la braveza
Cuando abrasa la tierra su fiereza.

Entra Josef y su capuz se quita
Abrigando con él su amada prenda;
Al pedernal fogoso solicita
Que le dé luz y que la yesca aprenda;
Sale el fuego al acero que le incita,
Prende en la yesca, para que ella encienda
La blanca cera, cuya lumbre amada
La da á la pobre estancia deseada.

Ablanda el pedernal el pecho duro
Cuando los hombres se hacen pedernales,
Y en las entrañas de la peña el muro
Hospeda alegre á las personas reales;
Arde la cera y huye el miedo escuro;
Halla Josef dos mansos animales,
Que aunque rudos, humildes se arrodillan,
Y dándole su establo se le humillan.

Hácenle como saben mil amores;
Josef viendo las bestias se enternece,
Pues se ablandan haciéndole favores
Cuando el hombre inhumano se endurece:
Vuelve la luz los cándidos colores
A las mejillas donde el amor crece,
Descúbrese la cueva, el noble Esposo
Busca el regalo de su bien hermoso.

Estaba á un lado de la cueva asido
Un antiguo pesebre, sustentado
En un sarzo de sauce carcomido,
De mimbres y de palmas variado;
Llegóse á él, y vióle enriquecido
De seca paja y heno regalado,
Y asiendo dello cantidad copiosa
Tiende el estrado á su divina Esposa.

Paja es la alfombra, las almohadas heno,
Los tapices y telas telarañas,
Que al hombre enseñan de piedad ajeno
A ofrecer por su Reina las entrañas;
Es la cama de campo y al sereno,
Sobre una piedra echadas unas cañas;
Son piedras los bufetes y las sillas,
Los huéspedes dos rudas bestecillas.

Coge el Santo las húmidas serojas
Guardadas á los piés de la muralla,
Coge de palma y cedro algunas hojas,
Que á un rincon de la cueva juntas halla;
La cera aplica de las luces rojas,
Las serojas resisten la batalla,
La llama vence y al contrario arruga,
Llega la Vírgen y la ropa enjuga.

Saca Josef de la alforjuela pobre
El blanco pan y el oloroso queso;
Hace que aliento su querida cobre
Del cansancio, que ha sido con exceso;
Gózase en ver que no hay quien lo zozobre
Y en ver que come la que le trae preso,
Y con alegres muestras de alegría
Dice á la serenísima María:

«Tener quisiera, Emperatriz sagrada,
Las riquezas del mar, del alba el lloro,
Cama de blandas plumas regalada
Con las cortinas de mayor tesoro;
Quisiera ver la cuadra entapizada
Con tapices de perlas, plata y oro,
De cedro el lecho y de marfil labrado,
Y el suelo con tapetes de brocado.

»Quisiera los alcázares de Nino,
El Capitolio del altiva Roma,
El templo en todo el orbe peregrino
Que labró el que de sabio nombre toma;
Quisiera el resplandor del sol divino
Para abrigar mi cándida paloma,
Y una parte del cielo y sus estrellas
Para vestir aquesas prendas bellas.

»Quisiera abrir el abrasado pecho,
Y pues está del corazon vacío
Que tiene el vuestro de azucenas hecho,
Que en él fuérades vos corazon mio;
El, Vírgen bella, aunque lugar estrecho,
Os pudiera guardar del tiempo frio,
Que el casto ardiente fuego en que se abrasa
El duro hielo convirtiera en brasa.»

La Vírgen agradece al varon justo
Del ánimo divino la grandeza,
Y dice que bien sabe de su gusto
Lo que estima y adora la pobreza;
Y que cuando le diera algun disgusto
De la necesidad el aspereza,
Bastara ver de su Josef amado
El consuelo, la gracia y el agrado.

Y para que descanse de la pena
Del camino, del tiempo y del trabajo,
Le pide que repose tras la cena,
Poniendo su gaban pobre debajo;
Que al cansado cualquiera cama es buena,
Y el sueño de las penas el atajo;
Que duerma un poco que brumado viene,
Si gusto alguno de agradarla tiene.

El obediente Esposo no replica,
Aunque gozar de ver su luz quisiera,
Y á un lado pobre del portal se aplica
Haciendo de una piedra cabecera;
Al cielo se encomienda, y le suplica
Mire por su divina compañera,
Y tendiendo los miembros fatigados,
Del sueño se sintieron ocupados.

La Vírgen soberana conociendo
Que ya se allega la dichosa hora
En que su integridad enriqueciendo
Al mundo salga el Dios que la enamora;
Las manos de jazmines extendiendo
Alza los ojos donde el amor mora,
Y en extásis divino trasportada,
En Dios gozosa queda arrebatada.

Llegó la hora de consuelo llena,
Llegó el punto que glorias asegura,
Llegó el fin dulce de la amarga pena,
Llegó el principio de mayor ventura;
A la mitad llegó la noche Buena,
Noche mas clara que la luz mas pura,
Noche de gracia que destierra el llanto,
Y noche que al silencio entrega el canto.

CANTO XIV.

Del nacimiento de nuestro Redentor.

Abrió el cielo las puertas de diamantes,
Abrió tambien de estrellas los balcones,
Poniendo en sus alcázares triunfantes
Luminarias del sol, de paz pendones;
Oyense los clarines resonantes,
Vístense los alados escuadrones
De tela blanca, de gloriosa lumbre,
Tejida en la divina imperea cumbre.

Mezclan jacintos en sus alas bellas,
Zafiros, amatistes y esmeraldas,
Y de menudas cándidas estrellas
Hacen ricas coronas y guirnaldas;
Sus hebras de oro coronadas dellas
Ondean gozosas sobre sus espaldas;
Hacen espadas de los rayos puros
Del sol que alumbra los sagrados muros.

Y por las ricas plazas, de cristales,
De rubís y topacios empedradas,
Pasan los escuadrones celestiales
Al son de caja y trompa concertadas;
Llegan ante las puertas inmortales
De margaritas y oro variadas,
Adonde está la gloria incomprensible
Del que ve lo visible y invisible.

Y acobardando las vistosas alas
Ante la luz del rostro sempiterno,
Que esparce glorias en las etéreas salas,
Y las ilustra con su sér eterno,
Hacen alarde de las ricas galas
Que sacan al nacer del Niño tierno,
Que en el pecho del padre alegre mora,
Y entre los brazos de la Vírgen llora.

Piden licencia al Padre omnipotente
Para ir á ver envuelto en las mantillas
El que engendra en su pecho eternamente
Y ha de llenar las despojadas sillas;
Movió gozoso la serena frente
Causadora de eternas maravillas,
Y dando nueva gloria su presencia,
Gozan alegres de la real licencia.

En órden marchan, y á las puertas llegan
De la rica ciudad, bella y gloriosa,
Que los cristales de sus fuentes riegan,
Haciendo su belleza mas hermosa;
Las banderas rosadas se despliegan
Batidas á la puerta venturosa;
Tiros de oro disparan con olores
De amízcles celestiales y de flores.

Llevan en su agradable compañía
La paz, el gozo y la misericordia,
La música, la gracia, la alegría,
El amor, el placer y la concordia;
La caridad, señora deste dia,
Que en amistad convierte la discordia,
Es capitan del escuadron alado
Con un vestido hermoso nacarado.

El alférez Gabriel con gloria nueva
Va mas que el rojo sol resplandeciente,
Como escogido para traer la nueva
A la escogida de la humana gente;
Un manto rico de luceros lleva
Sobre un alba encarnada del Oriente,
Y un sol de estrellas sobre sus cabellos,
Que ellas vencen al sol y al oro ellos.

Va armado de cristal en vez de acero;
Sobre sus hombros la bandera estriba;
En ella va de perlas un cordero
Amarrado á una cruz de verde oliva;
Va puesto mas abajo un prisionero
Gimiendo al son de la cadena esquiva,
Escritas sobre plata estas razones:
«Salga tu sangre y quiebre mis prisiones.»

Rompen gozosas las esferas bellas
Al dulce son del pífano y la caja,
Cogiendo alegre de lo mejor dellas
Los resplandores de mayor ventaja;
Quitan al firmamento las estrellas
Para poner al Niño entre la paja;
Quitan al sol de los hermosos rayos
Con que hace abriles y produce mayos.

Amansan de Saturno la influencia,
Su malévola vista y cruel aspeto,
Ablandan de Mavorte la inclemencia
Bordando de oro la celada y peto;
Toman del blando Jove la clemencia,
La facundia del que es de Atlante nieto,
De Aceidalia belleza y hermosura,
De Cintia la belleza y la blancura.

Llegan á los palacios del aurora
En su cama de rosas acostada,
Y viendo la beldad que la enamora,
Con su música alegre y concertada,
Los ricos cofres abre, en que atesora
La librea del campo deseada,
Esparciendo gozosa á manos llenas
Lirios, jazmines, rosas y azucenas.

Quita de los cabellos de su frente
Diamantes bellos y de aljófar granos;
Abre de par en par el rico Oriente,
Vertiendo sus tesoros soberanos;
Va el divino escuadron resplandeciente
Con racimos de perlas en las manos,
Bordando el aire, enriqueciendo el suelo
Y serenando con la luz el cielo.

Llaman á la amorosa primavera,
Que estaba en sus jardines ocupada,
Llaman al tiempo de la edad primera,
Porque dé leche y miel la tierra helada;
El apacible Céfiro no espera
A que le saquen de su estancia amada,
Antes con el Favonio, su querido,
Se arma contra el Austro embravecido.

Llega marchando el invencible campo
A vista de la cueva donde habita
El que escurece de la nieve el ampo
Y entre la nieve sollozando grita;
Miran la escarcha del cuajado campo
Y la furia de Bóreas que la incita,
Ven de la noche escura el rostro triste,
Que de miedo y temor el mundo viste.

Y luego con las lanzas de cristales
Ahuyentan las escuadras bellas nueve,
La fuerza de los frios desiguales,
Las nubes negras y la blanca nieve;
Resplandecen los astros celestiales;
El cielo en vez de escarcha gracias llueve,
El aire blando suavidad de olores,
Leche las fuentes y los campos flores.

Traban una fingida escaramuza,
Suena el clarin y la trompeta suena,
La noche al son alegre se espeluza,
Llena de gozos y de glorias llena;
Una escuadra gallarda alegre cruza,
Otra al contrario su camino ordena,
Una espera en el puesto, y otra entra,
Cuál sigue á cuál y cuál con cuál se encuentra.

Un escuadron, fingiendo que acomete,
Saca del puesto al que es acometido,
Luego tras deste en órden acomete
Otro que está esperando apercebido;
Este al que huyendo va en su puesto mete,
Y vuelve huyendo de otro que ha salido,
Aquel revuelve, y otro sale luego
Haciendo un concertado alegre juego.

Esparcen por el aire pomos de oro
Llenos del agua de ángeles del cielo,
Disparan fuegos del celeste coro,
Enriqueciendo y alumbrando el suelo;
Cercan la cueva donde está el tesoro
Entre la tierra del humano velo,
Haciendo mil revueltos caracoles
Ante la luz de los divinos soles.

La noche sin el sol pareció dia,
Y el sol no pareció de envidia lleno,
De la que con los rayos que él le envia
Goza de los del Sol puesto entre el heno;
La luna llena, llena de alegría,
Mate la luz del resplandor ajeno,
Por entre algunas quiebras de la cueva,
Donde llena de luz es luna nueva.

Las estrellas que gozan del Infante
Quisieran que su globo se parara,
Las que sin verle pasan adelante
Quieren volver atrás su lumbre clara;
Las que suben del mar por el Levante
Se apresuran á ver la hermosa cara,
Y todas juntas quieren desasirse
Y á los piés de su gloria alegres irse.

Repártense los bellos escuadrones
De la gente inmortal, fuerte y gallarda;
Los que en las astas de oro traen pendones
Puestos en dos hileras, son de guarda;
Los que traen estrellados morriones
Cercan la cueva de la peña parda;
Los que traen en las cintas llaves de oro,
Al Rey asisten del impíreo coro.

Los nuncios soberanos parten luego
Sacudiendo las alas de colores
Por la clara region con dulce juego
A dar la buena nueva á los pastores,
Y ante la luz del encubierto fuego
Cantan himnos los ángeles cantores,
Y todos á la Madre y Hijo adoran,
Gózanse en él y della se enamoran.

Tiene la Madre al Hijo entre los brazos
Para abrigarle entre los blancos pechos;
Dale estrechos dulcísimos abrazos
Y mil besos sabrosos mas estrechos;
El Niño eterno haciendo tiernos lazos
De los bracitos de azucenas hechos,
Enlaza el cuello de la madre pura
Aumentando su gracia y hermosura.

Envuélvele en los cándidos pañales,
Los brazos tiernos con el pecho faja,
Besa los piés de rosas y corales
Del Dios que porque el hombre suba baja;
Y al Rey de las riquezas inmortales
En un pesebre pone entre la paja,
Siendo el que con sus plantas de jazmines
Huella glorioso alados serafines.

Salió mas bello que del alba el lloro,
Mas que sobre el vellon la lluvia fria,
Salió mas puro que del fuego el oro,
Salió mas bello que del mar el dia;
Dejó sellado el virginal tesoro,
Del gremio de la Reina de alegría;
Fué cual la zarza al fuego, ó cual la peña
Que dando el agua integridad enseña.

Quedó cual vidriera trasparente
Que pasa el claro sol por mitad della,
Y con su bella luz resplandeciente
Deja su claridad mas pura y bella;
Quedó como la puerta del Oriente
Cerrada al Rey, aunque pasó por ella;
Quedó cual la bujeta en que ámbar hubo,
Dando fragrancia del olor que tuvo.

Quedó llena de gozo y alegría,
Como suele la vista que concibe
Las semejanzas que el objeto envia,
Que dél sin lesion dellas las recibe;
Quedó cual rostro virginal que cria
El sudor que al salir no se percibe;
Quedó cual suele el corazon humano
Que pare su concepto y queda sano.

Puesto entre el heno pobre el Niño tierno,
Sintió el rigor de su primer verdugo,
Pues que se atreve el erizado invierno
A echar á su Hacedor su helado yugo;
Aljófar llora el claro sol eterno,
Que hacer su oriente en un portal le plugo;
Solloza tiritando el Infinito,
Josef despierta al soberano grito.

El cual turbado con la nueva lumbre
La soñolienta vista apriesa estriega,
Sacudiendo la grave pesadumbre
Del sueño que apartado mas se llega;
Alzó la vista á ver qué luz le alumbre,
Y acobardóse temerosa y ciega,
Y haciendo escudo de su mano santa,
Entre alegre y turbado se levanta.

Mira á su amada mas que el sol hermosa
Vertiendo de sus luces el tesoro,
Mira entre el heno la encarnada rosa
Aljofarada con su rico lloro;
Mira la cueva humilde y venturosa
Entapizada con los rayos de oro,
Mira al pesebre vuelto trono rico
Del Niño á quien el cielo viene chico.

Mira los escuadrones celestiales
Hechos custodia de la alegre cueva;
Escucha de sus voces sin iguales
La música que al mismo cielo eleva,
Y mira que los rudos animales,
Movidos del instinto que los lleva,
Calientan al que tiembla helado al frio,
Vertiendo de los cielos el rocío.

Mira la noche convertida en dia,
El seco invierno en blanda primavera,
Hecha cielo la cueva helada y fria,
Y la tierra una Flora jardinera;
Mira á la preciosísima María
Como antes de parir pura y entera,
Mira al hombre hecho Dios, mira á Dios hombre
Y hácele que se alegre y que se asombre.

Prostradas por el suelo las rodillas
Al niño Dios en el pesebre adora,
Adora á Dios fajado en las mantillas,
La luz que da y las lágrimas que llora;
Adora las no vistas maravillas
Del que entre el heno está y el cielo mora,
El pesebre, el establo, paja y heno,
Lleno de luz y de consuelo lleno.

Adora á la santísima doncella,
Madre de Dios y su querida esposa,
Adora al Sol, nacido de una estrella,
Y al mar nacido de una concha hermosa;
La vara con la flor gloriosa y bella,
Adonde el Santo Espíritu reposa,
La escala por quien Dios al suelo vino
A hacer franco á los hombres el camino.

Llega Josef á la sagrada cuna
Encogido, cobarde y temeroso;
El deseo de verle le importuna;
El conocer que es Dios le hace medroso;
La que huella los rayos de la luna
Anima á que se llegue al noble Esposo;
Llega Josef con suma reverencia;
Fáltale el corazon en su presencia.

La Virgen soberana, deseosa
De que goce Josef de gloria tanta,
De entre la rica paja venturosa
Al niño Dios á que le vea levanta;
Al Santo deslumbró la luz gloriosa
Que sale por la vista sacrosanta;
Vuelve en sí confortado, y su querida
Con el hermoso Niño le convida.

Josef, con un humilde encogimiento
Los brazos alza al bien que se le ofrece;
Siente en su alma tal contentamiento,
Que el casto corazon se le estremece;
Llega á coger el celestial aliento,
Que en los labios de rosa se parece,
Bebe de Dios el ámbar que respira,
El néctar celestial que el cielo admira.

Hizo Josef de sus dichosos brazos
Lazos con que enlazó al infante bello,
Y unido al pecho con estrechos lazos
El divino *Agnus Dei* se puso al cuello;
El Niño hermoso preso en sus abrazos
Le enlazó el corazon entre el cabello;
Él derramando risa le gorgea,
El Niño en su tutor la boca emplea.

Alégrase el recien venido Infante
Con su padre Josef, que por tal ama;
Josef con rostro al Niño semejante,
Al que es hijo de Dios hijo le llama;
El Niño al rostro de su amado Atlante
El suyo junta, y de su amor le inflama;
Josef en su querido se trasforma;
El Niño es alma que á Josef informa.

Besa Josef la luna de su frente,
Besa los soles que el del cielo adora,
Besa de Arabia el oro refulgente
Las mejillas rosadas de la Aurora;
Besa el puro coral resplandeciente
Donde la ambrosía de los cielos mora,
Los azahares de las blancas manos,
De los piés los jazmines soberanos.

Dale un abrazo y otro mas estrecho,
Un beso y otro llenos de dulzuras;
Quisiera abrir el amoroso pecho
Para meterle en sus entrañas puras;
Vese hecho cielo del que al cielo ha hecho,
Criador del que lo es de las criaturas,
Arbol que al mundo da la fruta nueva,
Pastor que al Corderico en brazos lleva.

Vese ya sacerdote, en cuyas manos
Está del pan del cielo la hostia viva,
Que es nube, en cuyos senos soberanos
El arco hermoso de la paz estriba;
La paloma que trae á los humanos
El ramo fértil de la verde oliva,
Pértigo firme, venturoso arrimo,
De donde cuelga el virginal racimo.

Vese hecho de los hombres el primero
Que adoró á Dios sujeto á mortal lloro,
Vese hecho soberano caballero
Del precioso collar del tusón de oro;
Vese hecho venturoso tesorero
Del que es del Padre su mayor tesoro,
Vese primer comendador de Cristo
Con la encomienda que jamás se ha visto.

Vese hecho alférez real, que hoy enarbola
El estandarte cándido y rosado,
Que ha de pacificar la trina bola
Cuando en la Cruz se viere levantado;
Ve que del Sol, que le parió la Sola,
Es solo el cielo donde está parado,
Vese hecho altar del sumo sacrificio,
Que al Padre eterno volverá propicio.

Vese hecho trono, donde Dios se asienta
Con menos majestad que vió Isaías,
Que humilde y pobre aquí se representa,
Aunque cercado de sus jerarquías;
Ve que es brasero que á su Dios calienta
Del rostro hermoso las mejillas frias;
Ve que es cama en que duerme su adorado,
Que siempre el corazon trae desvelado.

Adora, reverencia, abraza, besa,
Gorgea, requiebra, alegra y enamora
Al Niño pobre que por Dios confiesa,
Y al rico Dios que entre pañales mora;
Gózase la bellísima Princesa
Viendo á Josef que de contento llora,
Y tomando al Infante soberano,
Volvió á las pajas el precioso grano.

Prostra Josef el rostro y las rodillas
Al bello Dios de amor, que enamorado
Hace redes de amor de las mantillas,
Quedando entre la faja aprisionado;
Reconoce las altas maravillas,
Y en éxtasis divino arrebatado,
Lleno de luz de la que el Niño vierte,
Absorto en él, le dice desta suerte:

«Omnipotente Dios, Niño divino,
De la infinita lumbre lumbre pura,
Del Padre eterno espejo cristalino,
Imágen sustancial de su figura,
Verbo hecho carne, Dios que de Dios vino,
Resplandor inmortal de su hermosura,
Gloria de Dios, tesoro de su pecho,
A quien le viene todo el orbe estrecho:

»Alábente tus ruedas celestiales
Con la divina luz que sale dellas,
Alábente los coros inmortales
Y el resplandor y luz de las estrellas;
Alábente los rayos de cristales,
Que esparce el sol entre sus trenzas bellas,
La piedra, el animal, la planta, el hombre
Alabe, Dios, tu soberano nombre.

»Todo, Señor, tus alabanzas diga,
Todo te magnifique y engrandezca,
Todo te ensalce, todo te bendiga,
Y todo el bien de todos te agradezca;
La tierra al cielo en tu alabanza siga,
El cielo por la tierra te la ofrezca,
Todos te alaben por diversos modos,
Pues engrandece tu niñez á todos.

»Y yo en nombre de todos, gloria mia,
Como el hombre primero que ha gozado
El bello resplandor que el Padre envia,
En la flaqueza humana disfrazado;
De bondad pobre, y rico de alegría,
Gracias te doy por todo lo criado
Que en tu venida humilde se renueva
En nueva gracia y hermosura nueva.

»Gracias te doy ¡oh Dios recien nacido!
En la necesidad de mi pobreza,
Pues siendo la mayor, la has escogido
Para disfraz de tu mayor grandeza;
Tiene el raposo cueva, el ave nido,
Y falta en que se incline esa cabeza,
Pues es un canto cabecera blanda,
Que herido de tus lágrimas se ablanda.

»Al sereno rondais vuestros amores
Con la cabeza llena de rocío,
Y sufriendo del tiempo los rigores,
Os trata vuestra amada con desvio;
Pues acostada entre las blandas flores,
Os deja tiritando helado al frio,
Y aunque escucha los gritos regalados,
No os abre, por tener los piés lavados.

»Soberano Señor, que andais huido
Por las deudas del hombre y su malicia,
Y estáis entre las pajas escondido,
De miedo que no os prenda la justicia,
Que sabe que fiador habeis salido
Del hurto en que hizo presa la codicia,
Que de vos solo puede ser pagado
Sufriendo la dentera del pecado:

»Si sois el heredero soberano
Del cetro real del pastorcito hermoso,
¿Qué es de la cuna del márfil indiano
Con las manzanas del metal precioso?
Qué es de las telas que ama el cortesano
Y las plumas que busca el poderoso?
Qué es de la cama de oro, cedro y seda
Que como á rey autorizaros pueda?

»¿Cómo, Señor, no os viste vuestro cielo?
Cómo el sol con sus rayos no os enciende?
Cómo no os cubre de la luna el velo
Y el amor con sus plumas no os defiende?
Y cómo el serafin de mayor vuelo
Sus alas bellas sobre vos no extiende,
Para abrigar aquesa carne santa,
Que humilde alegra y endiosada espanta?

»Cómo, Señor, en estas manos bellas,
Torneadas de oro y llenas de jacintos,
Con los ojos de fe contemplo aquellas
Criadoras de los once laberintos;
Y cómo, Niño, de tres dedos dellas
Están pendientes orbes tan distintos?
Cómo, si son las que las cosas crian,
Están fajadas, tiemblan y se enfrian?

»Cómo en aquestos piés caben aquellos
Que pisan inmortales y gloriosos
De las nubes dorados los cabellos
Y la luz de los astros luminosos?
Y si están estribando los piés bellos
Sobre basas de mármoles preciosos,
Y es su tapete el estrellado cielo,
¿Cómo temblando están agora al hielo?

»Cómo, Señor, está en esta cabeza
La cabeza del mismo Dios cifrada?
Cómo la ciencia de mayor grandeza
En tan pequeño vaso está encerrada?
Cómo, si es de oro fino su riqueza,
En flaqueza mortal está engastada?
Y si el saber de Dios aquí se encierra,
Cómo escoge lo humilde de la tierra?

»¿Sois vos el que asomado á las murallas
Labradas de los astros mas serenos,
Os jactais de ser Dios de las batallas,
Rayos flechando y disparando truenos?
Sois el gigante de las fuertes mallas
Que de temor los hombres tiene llenos?
Sois el leon que el mundo se comia
Y el dios que de venganza se decia?

»¿Cómo leon, si os miro hecho cordero?
Y cómo niño, si gigante fuerte?
Cómo tan manso, siendo tan severo?
Cómo sois vida si temeis la muerte?
Cómo, si libre sois, sois prisionero?
Cómo en amor el odio se convierte?
Cómo, si vengador, estáis temblando,
Pidiendo paz, los hombres perdonando?

»Cómo el arco de guerra que asombraba
Es arco del amor con que amor prende?
Y la espada que al hombre amenazaba
Cómo es agora la que le defiende?
Cómo los rayos de la furia brava
Lo son de luz con que el amor enciende?
Cómo el rigor, la fuerza y los enojos
Paran en hacer fuentes vuestros ojos?

»Espíritus divinos, que guardando
Estáis aquesta cueva, donde llora
El que en el trono regio está gozando
La luz del pecho en que glorioso mora;
Vosotros, que, su gloria celebrando,
Su resplandor eterno os enamora,
Si alcanzais los misterios sacrosantos,
Decidme el cómo de misterios tantos.

»Y vos, Vírgen hermosa y Madre amada,
Que esta dichosa noche habeis parido,
Vuestra divina integridad sellada,
Al que es entre millares escogido;
Vos, Madre y Vírgen bienaventurada,
Madre del que dos veces ha nacido,
Una sin madre del Eterno padre,
Y esta sin padre de su Vírgen madre:

»Recebid la dichosa enhorabuena,
Que tan buena os ha sido y tan dichosa,
Y advertid, Vírgen de mil gracias llena,
Que es mia esta prenda, siendo de mi Esposa;
Pues si nace en mi huerto una azucena
O en mi heredad alguna planta hermosa,
Aunque la plante otro, se hace mia,
Por serlo la heredad que el árbol cria.

»Así que, Madre y Vírgen, cosa es llana,
Aunque de Dios el Hijo concebistes,
Que por ser vos mi Esposa soberana,
Viene á ser mio el hijo que paristes;
Si para aparecer en forma humana
Vuestra sangre purísima le distes,
Y vos sois mia, mio es vuestro hijo,
Y el que es del Padre eterno regocijo.

»Y pues es mio, permitid, Señora,
Que con mi Dios al viejo Adan convide,
Que há cinco edades que aherrojado llora,
Y que á los cielos sin cesar le pide;
Permitid, pues sus lágrimas mejora
Con las que por su hermosa faz despide,
Que le llame que al pobre portal venga
Para que su esperanza alivio tenga.

»Adan, que gimes la fatal caida
Del estado dichoso en que te viste,
Y siendo imágen del que te dió vida,
Semejante á las bestias te volviste,
Llega al pesebre, busca la comida,
Come de Dios, si serlo pretendiste,
Come, que el que le come es Dios por gracia,
Y será venturosa tu desgracia.

»Dichosa culpa, venturoso yerro,
Pues mereció las perlas destos ojos,
Que ablandan la prision del duro hierro
Y hacen rosas y flores tus abrojos;
Dios ha venido á alzarte tu destierro,
A aplacar con su padre tus enojos,
Y á quitarte la espada de la puerta
Cuando la de su pecho muestre abierta.

»Si á Dios en el jardin viste enojado
Pasearse al fresco, demediado el dia,
Adonde tu proceso sustanciado
Al campo estéril y al sudor te envia,
Ven al pesebre, llégate á su lado,
Que no es Dios de venganzas cual solia:
Fajado gime, sollozando nace,
Y tu abogado y tu fiador se hace.

»Trae el proceso donde está el delito,
Ponle á los ojos del que el cielo adora,
Que él borrará lo que hay contra tí escrito
Con las preciosas lágrimas que llora;
Entrégale en las manos del Chiquito,
Pues en manos de un niño ¿quién ignora
Que romperá las hojas del proceso,
Quedando libre del pasado exceso?

»Vén, que no está como le vió Isaías
En el excelso trono levantado,
No cercado del fuego que temias
Cuando del paraíso fuiste echado;
Temblando gime entre las pajas frias,
Hecho trono el pesebre mal labrado,
Cercado de dos mansas bestezuelas,
Que le calientan cuando tú le hielas.

»No está en la nube de la real carroza
Que tiran los alados animales,
Do cada cual el rostro vario goza,
Arrastrando las ruedas de cristales;
Humilde nace en una pobre choza,
Vertiendo de sus Indias orientales
El precio, que ha de ser copiosa paga
Con que por tí á su Padre satisfaga.

»No está armado de nubes y saetas,
No está jugando la desnuda espada:
Las manos trae atadas y sujetas,
Y el alma tierna de piedad armada;
El pecho te abrirá donde te metas,
Haciendo al tierno corazon entrada.
Llega, ¿qué aguardas? que el amor te espera,
Que quiere, porque vivas, que Dios muera.

»Vosotros, Padres santos, que esperastes
La noche buena tras las muchas tristes,
Ved de los cielos duros que ablandastes
El eterno rocío que pedistes;
Ved al justo que tanto deseastes,
Pues las nubes del cielo enternecistes,
Ved al que es de las gentes la esperanza
Premiando vuestra justa confianza.

»Ya rompiendo sus cielos ha bajado,
Ya la vara de Aaron ha florecido,
La raiz de Jesé nos ha brotado
Al capitan del pueblo prometido;
Ya al Salvador la tierra nos ha dado,
El que habia de enviar Dios es ya venido;
Ya vino de la piedra del desierto
El cordero de Dios para ser muerto.

»Llegue á la mesa rica el que está hambriento,
Coma del pan que al mismo Dios mantiene,
Llegue á las dulces aguas el sediento
Que al mar de amor en un arroyo tiene,
Llegue el desahuciado macilento
Al médico que á darle salud viene,
Llegue el ciego á la luz que la da al dia
Y al fuego del amor el alma fria.

»Llegue el perdido al que es camino cierto,
Llegue el errado á la verdad divina,
Llegue á la vida siempre eterna el muerto,
Y llegue el pobre á la preciosa mina;
El que pasa tormenta llegue al puerto,
El enfermo á la cierta medicina,
Llegue el cansado al que es descanso eterno,
Y el que á Dios teme llegue á un Niño tierno.

»El rico llegue que riquezas quiere,
Verá entre pajas la mayor riqueza,
Y el que hermosura y gracia pretendiere
Llegue y verá la gracia y la belleza;
El avariento llegue si quisiere,
Que ciento da por uno su largueza;
Llegue el desnudo, que aunque tiembla al hielo,
Le cortará un vestido de su cielo.

»Todos llegad al venturoso nido,
Adonde el Fénix del amor renace;
Llegad al pecho del amor herido,
Que romperá por el que mal le hace;
Llegad al Sol hermoso que ha nacido
De la luna que al cielo satisface;
Mirad entre la roja y blanca nube
El resplandor que á darle al Padre sube.

»Llegad á ver el rostro al que decia:
«Hombre no me verá que vivir pueda,»
Pues Moises, que le quiso ver un dia,
Sus espaldas mirando alegre queda;
Ya el rostro ofrece entre la helada fria
El que la gloria de su Padre hereda,
Ya con él ruega al hombre y paz le ofrece,
Ya con fuentes de aljófar le humedece.»

Lo que dijo la Reina soberana
Viendo á Dios reducido á breve suma,
No mereció contarlo lengua humana
Ni escribirlo tan mal cortada pluma;
Pluma del cielo y lengua sobrehumana
Quedará corta cuando tal presuma;
Quedará el serafin mas puro corto
Como en la gloria de su parto absorto.

Como á Verbo del Padre sempiterno
Con lágrimas hermosas le adoraba,
Y como á niño humano y hijo tierno
La sangre pura de sus pechos daba;
Consideraba niño al que es eterno,
Y niño le envolvia y le abrazaba;
Los piés besa del Dios que oculto mira,
Y del niño el aliento que respira.

Goza Josef de ver su prenda hermosa
Cómo al recien nacido Dios envuelve,
Y dentro de su alma venturosa
El bien que mira con piedad revuelve;
La madre Virgen y divina esposa
Al lecho pobre su querido vuelve;
Queda suspenso el venturoso Santo,
Dando fin dulce aqueste tierno canto.

CANTO XV.

De la venida de los pastores.

Está pastoreando hácia el desierto
Con la piel tosca y la grosera abarca
El que á la playa del egipcio puerto
Llegó de mimbres en la estrecha barca;
Y del pobre sayal que va cubierto
Le saca de los orbes el monarca
Para caudillo de su pueblo amado
Y para amigo suyo el mas privado.

Cansado rompe con la reja dura
Del corvo arado el jóven Eliseo
La tierra franca, que en colmada usura
Acude al labrador que hizo el empleo,
Y descuidado de su gran ventura
La alcanza á la medida del deseo,
Pues que de la aguijada que tenia
Le saca á la infalible profecía.

Está aventando en las doradas eras
Al aire deseado el rubio trigo
El que entre otras señales verdaderas
Del vellon y la lluvia fué testigo;
Mándale Dios que rija sus banderas
Y sea cabeza de su pueblo amigo,
Mudado el viento en el baston honroso
Del general del pueblo venturoso.

Al sol de julio y al rigor de ehero
Apacienta contento su ganado
El que al jayan vanaglorioso y fiero
Miró á sus toscos piés descabezado;
Súbele Dios del pastoril apero
A la púrpura rica y al brocado,
Y trocado el cayado por el cetro,
Es suave cisne en su acordado pletro.

Echan al mar azul las blancas redes,
Su oficio haciendo desde su barquilla
Las piedras, donde funda sus paredes
La iglesia, octava y nueva maravilla,
Y el amor, que los quiere hacer mercedes,
Volvió sus ojos á la fresca orilla,
Y Cristo con los suyos en su alcance,
Sacó del mar el primitivo lance.

En tanto estima Dios, en tanto precia
Al hombre, que en su oficio entretenido,
De trabajar en él no se desprecia,
Aunque sea pobre, humilde y abatido;
Es vicio loco de la gente necia
Despreciar el oficio en que han nacido,
Pues siguiendo un error de errores lleno,
Dejan el propio y siguen el ajeno.

La república llora esta tristeza,
Pues rompidos sus fueros soberanos,
Los miembros que adornaban su belleza
Se han convertido en monstruos inhumanos;
Ve que las manos quieren ser cabeza,
Y que los piés se atreven á las manos,
Que los ojos están en las espaldas,
Los brazos presos entre infames faldas.

Divina musa, recoged el freno,
Mirad que vuestra pluma se desboca;
Pues reprendeis tratar de oficio ajeno,
No querais hacer vos el que no os toca;
Volved al dulce canto de paz lleno,
Dejad de predicar la gente loca,
No haréis poco en cumplir con vuestro oficio;
Ved que hacer el ajeno será vicio.

Trasnocha un pastorcillo desvelado
Hecho custodia fiel de sus ovejas,
En la piel vedijuda enzamarrado
Que apenas se le ven ojos ni cejas,
Y del mastin amigo acompañado,
Librando su cuidado en sus orejas
Contra la astucia del sangriento lobo
Que anda rondando para hacer el robo.

Alza los ojos y en el aire mira
El divino escuadron de ángeles bellos,
Y aunque su hermosa claridad le admira,
Se le erizan temblando los cabellos;
Turbado á su cabaña se retira
Huyendo de la luz que sale dellos;
Oye las voces y con miedo escucha
El nuevo bien y su ventura mucha.

Sale espantado de la buena nueva,
Y el temor de los ojos sacudido,
En el misterio santo el alma eleva
De nuevo gozo el pecho enriquecido;
Sale, y la nueva venturosa lleva
A los demás pastores del ejido;
Llega á un repecho de maleza extraña,
Donde el fuego le enseña una cabaña.

Mira á la puerta arder las teas amigas
Y en medio mira el rústico caldero,
Adonde prenden las morenas migas
Los ajos blancos entre el pan grosero;
Arde la llama y menguan las fatigas
De la fuerza cruel del tiempo fiero;
Dentro en la choza mira recostados
Cantidad de pastores abrigados.

Metidos en los rústicos capotes
El calor gozan de la llama amada,
Y con graciosos amigables motes
Pasan el frio de la noche helada;
Recostados encima sus garrotes
Esperan la comida regalada
Que hierve apriesa, y con mayor querrian
Llenar las flacas tripas que se enfrian.

Cuál que en saberlas sazonar se extrema,
Llega con la cuchar y vuelve luego
A gustarlas, y viendo que se quema
Hacen dél los demás donaire y juego;
Él de las migas y el placer blasfema,
De la cuchar, de la sazon y el fuego;
La lengua por la boca mueve aprisa;
Hacen dél los demás donaire y risa.

Entró el pastor que aumenta el regocijo,
Y derramando por los ojos gozo,
La nueva venturosa alegre dijo,
Que apenas le dejaba el alborozo;
El corro pastoril le contradijo,
Que para burlar dellos es muy mozo;
Él jurando porfia, porfian ellos;
Ellos burlando, quiere él convencellos.

Por mas que jura no halla quien le crea:
Dicen que si ha cargado delantero,
Que otra vez salga y que por todos vea
El escuadron alegre y placentero.
Un hambriento pastor que ver desea
El reluciente suelo del caldero,
Le quita de la lumbre, y diligente
Le pone en medio de la hambrienta gente.

No se arrojan así perros de Irlanda
A la cobarde fugitiva presa,
Ni de palomas la copiosa banda
Al grano rubio de la parva espesa,
Como la escuadra tosca cerca y anda
Al rededor de la grosera mesa,
Do cada cual con su cuchar pretende
El castillo rendir que se defiende.

Hacen su centro del caldero ahumado,
Y hechos ellos igual circunferencia,
Arremeten al rústico guisado
Que los provoca á tanta diligencia;
Llenas las tripas del manjar amado,
Matando á quien mataba su paciencia,
Anda la bulla y bulle el alegria,
Huye la hambre fea y niebla fria.

La trápala y la grita anda derrota;
Comen cual si comieran á destajo;
Anda la rueda la liberal bota
Tras el chismoso mal nacido ajo;
Por segundar ninguno se alborota;
Tras la pimienta seca del tasajo,
Suenan las voces y la grita suena;
Ya es fuego el hielo y es placer la pena.

Cuál con el cucharon grosero ahonda
Para sacar las migas mas calientes;
Cuál puesto al cinto de la recia honda,
Deja colar el vino entre los dientes;
Cuál el caldero trae á la redonda,
Siguiéndole los otros diligentes;
Cuál con la mano de las migas llena,
Unta al que las cogió barba y melena.

Salen corriendo de la alegre choza
Unos tras otros por el blanco suelo,
Y como gente placentera y moza,
Gozosos velan al rigor del hielo,
Cuando el nuncio Gabriel se desemboza
De entre la nube de color de cielo;
Cércalos una luz hermosa y clara;
Deslúmbralos la lumbre de su cara.

Cuál con las migas por el suelo rueda,
Cuál ciego cae á la beldad que admira,
Cuál boca abajo, cuál de espaldas queda,
Y cuál apenas de temor respira;
Cuál por huir entre el gaban se enreda,
Cuál, hecho matachin, al sesgo mira,
Cuál con el cucharon se queda tieso,
Cuál deja el rostro entre la escarcha impreso.

«Dejad, dice Gabriel, santos pastores,
El asombro que os tiene acobardados
De ver los nunca vistos resplandores,
De cuya blanca luz os veis cercados;
Echad de vuestro pecho los temores,
Vuelvan en sí los rostros demudados;
Nuevas os traigo de contento llenas,
Grande gozo os anuncio y nuevas buenas.

»Que el salvador divino os ha nacido
En la ciudad del Rey pastor su abuelo,
Y para que creais lo referido
Y que soy nuncio que os despacha el cielo,
En unos pobres paños escondido
Le hallaréis puesto en un pesebre al hielo:
Levantad, no temais, buscad gozosos
El bien que siempre os ha de hacer dichosos.

»Mirad que el Niño que en las pajas yace
Es Dios y hombre, que entre cielo y tierra
Las perdurables amistades hace,
A su gracia volviendo al que destierra;
Mirad que es Dios que eternamente nace
Y de hoy nacido en un portal se encierra;
No tengais miedo, que por raros modos
Angeles y hombres somos unos todos.

»No está entre los tapices y las telas,
Ni en la real cuna de bruñida plata;
No en el palacio lleno de cautelas
Entre ricas cortinas de escarlata;
No guardado de armadas centinelas,
Ni de la gente que lisonjas trata;
No entre peludas martas abrigado
Ni en ricos cobertores de brocado;

»No está entre plumas de los serafines,
Ni al calor de su sol que le caliente,
Ni entre las alas de los querubines,
Ni vestido del cielo refulgente;
No entre hojas de claveles y jazmines
En las faldas rosadas del Oriente,
No de la luna entre las luces bellas
Ni entre rayos de cándidas estrellas:

»El alcázar suntuoso que ha escogido
Es un humilde establo, y ese ajeno;
La cuadra entapizada en que ha nacido
Un portal combatido del sereno;
Las telas ricas donde está escondido
Son pajas pobres del prestado heno;
Es el pesebre la dorada cama,
Rico con el aljófar que derrama.

»En medio del rigor desta pobreza
Del pesebre, el establo, paja y hielo,
Veréis gozosos la mayor riqueza
Que vió la tierra ni que goza el cielo;
Veréis de Dios la sin igual grandeza
Atesorada entre el humano velo,
Veréis entre pañales y mantillas
Al que no cabe en las etéreas sillas.

»Veréis mas que el sol bello hermosa y pura
A la Madre, que vírgen ha quedado;
Veréis á la bellísima criatura
Siendo criadora del que la ha criado;
Veréis de tierra y cielo y la hermosura,
El bien de tantos siglos deseado;
Veréis al fiel Josef, que alegre llora,
Hecho custodio de los dos que adora.

»Veréis al cielo que á la tierra baja,
Veréis la tierra que se sube al cielo,
Veréis la espiga eterna entre la paja
Con granos de oro enriqueciendo el suelo;
Veréis que saca de su verde caja
La tierra rosas á pesar del hielo;
La noche es dia, las escarchas flores,
Primavera del tiempo los rigores.

»Veréis los celestiales cortesanos
Ya avecindados en la pobre aldea,
Veréislos con vestido y traje humanos,
Porque su Rey de serlo se recrea;
Veréis que de amistad se dan las manos
La justicia y la paz, que lo desea;
Veréis que llora Dios preso de amores
Y que hace propios ya vuestros dolores.

»Veréis que el cielo pide paz al suelo,
Porque el suelo á su Rey preso le tiene;
Veréis que el hasta aquí cerrado cielo
A hacerle franco á los mortales viene:
Dejad, pastores, el cobarde hielo
Del amarillo miedo que os detiene;
Id al dichoso bien que desearon
Los profetas que del profetizaron.»

Dijo, y con voces llenas de alegría
Un angélico ejército resuena,
Haciendo con su luz hermoso dia
La siempre venturosa noche buena;
¡Gloria á Dios! el alado coro envia,
¡Paz á los hombres! por el aire suena;
Eco se alegra, y dentro, do se esconde,
¡Gloria á Dios y á la tierra paz! responde.

Respondieron los montes y collados
Volviéndoles las voces de que gozan;
Los mastines, atentos y turbados,
Parece que á las nuevas se alborozan,
Los cabritillos por el suelo echados
Se levantan alegres y retozan;
Balan las ovejuelas de contento:
Cobran sus dueños el perdido aliento.

Gozosos y admirados se levantan
Oyendo de los bellos escuadrones
Que por el aire claro alegres cantan
De gloria y paz dulcísimas canciones;
Ya del misterio celestial se espantan
Y rinden los humildes corazones
A la verdad del mensajero alado,
Que de millares vuela acompañado.

Aperciben la gaita, el caramillo,
El rabel, las sonajas y el pandero;
Cogen mirto, arrayan, trebol, tomillo,
Cinamomo, laurel, palma y romero;
Con pecho humilde y ánimo sencillo
Cada cual trueca el hábito grosero
Por el sayo con cintas de colores,
Que imitan del abril las varias flores.

Cuál de la ubre de la oveja blanca
La gruesa leche para el Niño lleva;
Del alcornoque antiguo cuál arranca
El nativo panal con la miel nueva,
Y cuál con mano liberal y franca
Despoja alegre la abundante cueva
De la pingüe manteca y fresco queso,
Del higo y pasa dulce y dátil tieso.

Cuál escoge el pintado cabritillo
De las copiosas tetas arrancado,
Y cuál con pecho y corazon sencillo
Al hombro carga el recental manchado;
Cuál en el limpio y blanco canastillo
Pone el pellico y camison labrado,
Cuál pone los pañales y mantillas,
Conserva añeja y frescas mantequillas.

Ponen sobre sus rústicas melenas
Guirnaldas de laureles y arrayanes,
Y las almas humildes de luz llenas
Llevan en cuerpos mas que el sol galanes;
Olvidan los cuidados y las penas
Y con meneos gozosos y ademanes,
Al son de concertados instrumentos
Bailando van festivos y contentos.

Ven hácia la abajada de una loma
Fuegos arder de cedros olorosos,
Porque otra escuadra pastoril asoma
Con bailes placenteros y gozosos:
Crece el placer y nuevas fuerzas toma;
Suenan los instrumentos bulliciosos;
La noche hacen los hachos claro dia;
Suena la bulla y bulle el alegria.

Júntanse los dos corros, danse cuenta
De las dichosas nuevas que han oido;
El gusto crece y el placer se aumenta;
Silbos y voces hunden el exido;
Cintia, zagala que á la nieve afrenta
Por bella Elena y por honesta Dido,
Toca el adufe y como cisne canta,
Porque le hurtó el color y la garganta,

Llegan de una alta sierra á la alta cumbre,
Donde el portal divino se parece
Tendiendo rayos de admirable lumbre
Que los pasma, deslumbra y enmudece;
Miran la soberana muchedumbre
Que por el aire claro resplandece;
Escuchan las dulcísimas canciones;
Deshácense de amor los corazones.

Suenan los silbos y las voces suenan,
Suenan los instrumentos concertados;
Con sus gritos el aire manso atruenan
Los montes, sierras, sotos y collados;
Retumban los peñascos y resuenan
Respondiendo tambien regocijados,
Y tras la luz que hácia el portal los guia
Renuevan el placer y la alegría.

Llegan gozosos á la cueva rica
Disparando ligeras zapatetas,
Y al son de la guitarra que repica
Repicando sonoras castañetas;
Cintia la voz al panderete aplica;
Ayúdanla con voces inquietas;
Trazan un contrapas zapateado
Y seis á seis comienzan un cruzado.

Ramos de oliva y cedros olorosos
En torno arriman de la agreste entrada,
Y con guirnaldas de árboles hojosos
Adornan y coronan la portada;
Ponen nardos y mirtos amorosos,
Cinamomo y la casia celebrada,
Romeros, arrayanes y laureles,
Madroños con racimos de claveles.

Llegan á ver entre las secas pajas
El rescate del largo cautiverio;
Suena el rabel, la gaita y las sonajas,
La zampoña, el adufe y el salterio;
Los pastores bailando se hacen rajas
Reconociendo el celestial misterio;
Josef llora de gozo y regocijo,
Y enséñales del Padre eterno el hijo.

Quitan de encima de las crespas sienes
Las verdes hojas y las frescas flores;
El portal siembran de los pobres bienes
Que pueden hacer ricos sus amores,
Y ante las fuentes del amor perenes
Que están vertiendo gracias y favores,
Se arrodillan suspensos y pasmados
En el Niño que adoran trasformados.

Apenas los groseros ojos mueven
De aquellas luces que la dan al dia,
De quien mil veces venturosos beben
El néctar que divinas almas cria;
Sangre del alma enternecidos llueven
Por los ojos bañados de alegría;
Los corazones suben á los ojos
Por ver los que á Dios quitan los enojos.

El Niño por la vista al alma pasa,
Y el alma herida de la luz hermosa
Sale en busca del fuego que le abrasa
En la llama que la hace venturosa;
A las ventanas sale de su casa,
Vierte por ellas dulce agua amorosa,
Agua de amor que del amor es leña,
Adonde el fuego mas su fuerza enseña.

Que como de la boca del tebano
Salian cadenas de oro que prendian
Las orejas del pueblo galicano,
Que adonde él los guiaba le seguian,
Así del resplandor del Dios humano
Unas prisiones de oro le salian
Que á los rústicos ojos las echaba
Y presos tras los suyos los llevaba.

Y cual el ámbar que la paja leve
Del suelo pobre á sí unida levanta,
Y como piedra iman que al hierro mueve
Por secreta virtud que al vulgo espanta,
El Rey eterno de los coros nueve
Con la luz de su vista sacrosanta
Las pajas de la tierra y hierro duro
Sube á su resplandor hermoso y puro.

Deidad conocen en el Niño tierno,
Divinidad de Dios entre pañales,
Entre flaqueza humana sér eterno
Y gloria entre sus perlas orientales;
Ven que hace mayo al erizado invierno,
Que le adoran escuadras celestiales,
Que está entre el heno y que de allí vocea
Que es la gloria en que el cielo se recrea.

Por Dios adoran al que tiembla al hielo,
Por todo poderoso y infinito,
Por rey universal de tierra y cielo,
Por infinita paga del delito;
Miran á Dios debajo el mortal velo,
Su omnipotencia en su lloroso grito,
Su gloria en un pesebre, y su grandeza
En el estado de mayor pobreza.

Conocieron del Verbo sacrosanto
Lo que el arcángel celestial les dijo,
Y en el pesebre entre la paja y llanto
Por Dios adoran al dos veces hijo;
Llenos de gozo y admirable espanto
Los embelesa el justo regocijo;
No se hartan de mirar la lumbre pura
Que llena el cielo impíreo de hermosura.

Miran á la dichosa cabecera
Al gran Josef, prostradas las rodillas,
Hecho su corazon de blanda cera
Que se derrite sobre sus mejillas;
Ven á la madre Vírgen siempre entera
Gozando de las raras maravillas
A los piés de su amado, en quien suspensa
Goza las luces de su lumbre inmensa.

Miran los animales mas dichosos
Que el falso que engañó á la bella Europa
Y el celebrado en cuentos fabulosos,
Donde triunfaba la embriagada copa;
Ven que con sus alientos amorosos
Sirven al Niño de caliente ropa,
Que le dan el calor, que les da vida,
El establo, el pesebre y la comida.

Ofrecen los humildes cortos dones
Al niño Dios, y entre ellos de amor llenos
Le ofrecen los cautivos corazones,
Que no merece su hermosura menos;
Ricos de fe, si pobres de razones,
Muestran en lo que dan sus deseos buenos,
Pues quisieran traer á su belleza
De las del mundo la mayor riqueza.

La Madre vírgen y su Esposo amado
Con rostro y corazon agradecido,
Hechos lenguas del mudo Dios fajado,
Los regalos reciben que han traido,
Estimando en los dones que le han dado
Las almas que tambien le han ofrecido,
Que no hay precio que llegue á lo que vale
Un don pequeño si del alma sale.

La Madre los convida con el Niño,
Y corriendo del heno las cortinas,
Gozan suspensos entre el pobre aliño
Al criador de las ruedas cristalinas;
Ven la blancura del nevado armiño
Entre las encarnadas clavellinas;
Ven por la nube al sol que los enciende,
Al Dios de amor que los cautiva y vende.

Llegan á los piés blancos de azahares,
Ya por el hombre entre la faja presos,
Besos le dan por ellos á millares,
Queriéndose comer el Niño á besos;
Los ojos de su Madre se hacen mares,
Gozosa en ver de amor tantos excesos;
Su amado Esposo con devota risa
Se alegra en ver que al pan del cielo hay prisa.

Un pastor se quitó el blanco pellico
Abrigando con él al pastor bueno,
Que se quiere curtir desde tan chico
Al rigor de la escarcha y del sereno;
Queda el pastor que se le ha dado, rico,
Y el coro pastoril, de gozo lleno,
Se regocija alegre y venturoso
Mirando hecho pastor al Niño hermoso.

Vuélvense á coronar de verde oliva,
Y por los ojos derramando amores,
Dicen alegres: « Viva el pastor, viva,
Viva el divino Dios de los pastores;
Muera el dios falso de la frente altiva
Llamado Pan, que lo era de dolores,
Y viva el bello Dios, el pan del cielo,
Que trae del hombre pobre el mortal velo. »

Quitan las bandas de los toscos brazos,
Y puestas en las manos van tejiendo
Al son del caramillo diestros lazos
Tras las dos sueltas guias revolviendo;
De gusto y de placer se hacen pedazos
Mirando al Niño, que se está riyendo,
Que parece los mira agradecido
Del baile alegre con que le han servido.

Los ángeles, alegres y gozosos,
Mueven los soberanos escuadrones;
Suenan los instrumentos belicosos
Y marchan tremolando los pendones;
Reverberan los rayos siempre hermosos
En los diamantes de los morriones;
Llevan tendidas las pintadas alas
Haciendo muestra de las ricas galas.

En tres escuadras iban ordenados,
Y en nueve aquestas tres se dividian,
Y en el humano Dios regocijados,
Un verdadero batallar fingian;
A los escudos de cristal labrados
Con ricas lanzas de oro arremetian;
Luego volviendo las espaldas bellas,
Se tiraban del cielo las estrellas.

Cuáles gozosamente se encontraban
En los escudos con igual destreza,
Cuáles dardos y flechas arrojaban
Venciendo al aire mismo en ligereza
Y cuáles en volar se señalaban
Volando al palio de mayor riqueza,
Y cuáles de las manos enlazados
Danzas tejian y corros concertados.

Tras estos las seráficas regiones
Gozosas muestras de su gloria dieron,
Y al son de las dulcísimas canciones
Alegres lazos con primor tejieron;
Mézclanse con los bellos escuadrones,
Y todos juntos nueva fiesta hicieron,
Cantando soberanas alabanzas,
Haciendo corros, juegos, bailes, danzas.

Los pastores, suspensos y turbados,
Se acobardaron á sus resplandores,
Mas de los mismos ángeles llamados
Salen alegres todos los pastores,
Y ángeles y pastores ya mezclados
Celebran de Dios niño los amores;
Los hombres y los ángeles se abrazan
Y en lazos dulces de amistad se enlazan.

Todos son unos, todos dulcemente
Gozan de los favores sobrehumanos,
Todos estrecha y amigablemente
De perdurable paz se dan las manos;
Ya la divina y la terrestre gente
Con canciones y versos soberanos
Cantan á Dios las celebradas paces,
Dellas los hombres hasta aquí incapaces.

Suenan los instrumentos pastoriles
Y renuevan sus rústicas mudanzas;
Los que vencen los cándidos marfiles
Los acompañan en las toscas danzas;
Resuenan las trompetas y añafiles,
Relucen de cristal las bellas lanzas,
Mézclanse los pastores venturosos
Entre los escuadrones siempre hermosos

Todos llenos de gozo y alegria
Gozan las luces de la lumbre pura
Que el Niño enamorado les envia
De las fuentes de gloria y hermosura;
Todos en dulce alegre compañia
Celebran de los hombres la ventura,
Celebran de la paz las amistades,
Que durarán por mas de mil edades.

En diferentes juegos ocupados
Están alegres hasta que del alba
Al horizonte vieron asomados
Los caballos, que le hacen dulce salva;
De jazmin y de rosa encubertados
Los pica en busca de la ocasion calva
Que ofrece de su frente la guedeja,
Burlándose del necio que la deja.

Saca delante las pintadas aves
Haciendo una agradable melodía
Que enjugan de sus ojos bellos graves
Las perlas ricas que hacen rico al dia;
Saca flores y aromas mas suaves
Que coge Hibla y que Pancaya cria;
Saca sus huertos, parques y pensiles,
Sembrando mayos y esparciendo abriles.

En esto los pastores se despiden
Del Niño, de Josef y de su Esposa,
Y encarecidamente á los tres piden
Se sirvan dellos en cualquiera cosa;
Que sienten que las almas se dividen
De los cuerpos en pena tan forzosa,
Y al despedirse de los tres que aman
Lágrimas tiernas de aficion derraman.

El gozoso Josef tiende los brazos
Agradecido por la Madre y Hijo;
Dales lleno de amor tiernos abrazos
Bañado en dulce y grave regocijo;
Cada cual preso en los divinos lazos
Mil alabanzas á Josef le dijo,
Mil ternezas, mil justas norabuenas,
Las puertas de las almas de agua llenas.

Y luego ante las luces sacrosantas
De la que puso á Dios entre mantillas
Se arrojan por besar las bellas plantas,
Prostradas por el suelo las rodillas;
La Reina humilde con las manos santas
Alza á la gente de almas tan sencillas,
Y con tiernas palabras agradece
El bien que al Niño y á ella se le ofrece.

Vuelven á ver el Niño en el pesebre;
Cércanle al rededor, y al despedirse
No hay corazon que no se parta y quiebre,
Viendo de aquellos ojos desasirse;
No hay ninguno que al Niño no requiebre
Diciendo lo que siente al dividirse
De aquella luz adonde el alma deja,
Que sin ella se va si dél se aleja.

El Niño hermoso el agradable ceño
En grave y dulce risa convertido,
Muestra al rostro divino mas risueño,
A su sencillo amor agradecido;
Y por no perturbar el dulce sueño
A quien al Niño amado ven rendido,
Se van y no se van los corazones,
Que dejan del amor en las prisiones.

Cogen las pajas del dichoso heno
Que tocaron del Niño á la belleza,
Y cada cual, de gozo y amor lleno,
Hace guirnalda dello á su cabeza;
Cada cual enriquece el tosco seno,
Venerando admirados la riqueza
De las reliquias santas que han tocado
Al Verbo eterno en carne disfrazado.

Abrazan á los ángeles hermosos
Hechos vides de aquellos olmos bellos,
Y ellos con lazos del amor gloriosos
Prenden y enlazan los hermosos cuellos;
Pártense los pastores venturosos,
Y los ángeles nobles van con ellos,
Acompañando á los pastores santos
Que han visto bienes y misterios tantos.

Con voces dulces y regocijadas,
Al son de los acordes instrumentos,
Llegan á ver las rústicas majadas
Que repiten sus últimos acentos;
Entran en las cabañas deseadas
Mas que nunca gozosos y contentos,
Adonde á Dios alegres alabaron
En todo lo que oyeron y miraron.

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

Salió el comun brasero del Oriente
Del regañon á soplos encendido,
Y de las nubes entre el humo ardiente
Centellea del mar humedecido;
Salió y abriga al Niño omnipotente,
Calienta al mundo helado y aterido,
La ropa blanca de la escarcha enjuga
Y da calor á la que el cierzo arruga.

La Vírgen soberana confiriendo
Dentro en su corazon lo que gozaba,
Los secretos misterios revolviendo
En el divino pecho los guardaba;
Los ojos graves á su Dios volviendo,
Que con los suyos bellos la buscaba,
Le pone entre los brazos, y él contento
Pide á los blancos pechos el sustento.

Dásele la bellísima Princesa;
Josef se pasma y de contento llora,
Ya como á su menor al Niño besa,
Ya como á su Criador y Dios le adora;
El Niño hermoso que de mamar cesa
Vuelve á mirar al Santo que enamora,
Ríese el Niño, y llora alegre el Santo,
Dando entre tanta gloria fin al canto.

CANTO XVI.

De la circuncision de nuestro Redentor.

A la engreida alegre primavera
Que esparce de su rostro los colores,
Volviendo al campo su beldad primera,
Sus verdes hojas y sus varias flores
Sigue el estío, cuya fuerza fiera
Derrama de su pecho los ardores,
A la avecilla enciende, al hombre exhala,
Los campos seca y sus frescuras tala.

Al rico otoño, rubio y colorado,
Que vierte frutas de su opimo seno,
Y de racimos dulces coronado
Exprime el fruto de dulzuras lleno,
Sigue el invierno pálido y mojado,
Que, robando el verdor del prado ameno,
Melancoliza al cielo, y á la tierra
Entre la escarcha tristemente entierra.

A la tranquilidad y á la hermosura
Del mar en blanca leche convertido,
Cuyo cristal alegra y asegura
Al mas cobarde y menos atrevido,
Sigue la triste tempestad escura
Y de las canas olas el rüido,
Montes haciendo, muros levantando,
Al sol que en él se mira amenazando.

Al carro de oro que sus luces vierte
En la tierra que deja florecida,
Sigue la noche, que es del mundo muerte,
Y privale del alma de su vida;
Tras la serenidad va airada y fuerte
La nube densa en lluvia convertida,
Y tras la juventud lozana y verde
La enfermedad que sus bellezas pierde.

Síguese á la belleza mas gallarda
Y á la rara indomable fortaleza
La amarilla vejez, enferma y tarda,
Marchitando sus fuerzas y belleza,
Y á la paz que en quietud los reinos guarda,
De la guerra inhumana la fiereza,
Y á la privanza real de la real gracia
La inopinada y súbita desgracia.

A la alegría risueña y bulliciosa
Se sigue la tristeza que la hereda,
Y la caida cierta y presurosa
Al que holló lo supremo de la rueda;
Sigue á la vida alegre y deleitosa
El fin amargo de la muerte aceda,
Los extremos del gozo ocupa el lloro,
Que sin mezcla de tierra no hay tesoro.

Está gozando el parque deleitoso,
Hecho virey de todo lo criado,
El primer padre y el primer Esposo
En la inocencia del dichoso estado,
Y del bien que le pudo hacer dichoso
Sale á destierro y muerte condenado,
Vuelto flaco y enfermo el sano y fuerte,
Su gracia en culpa y su pecado en muerte.

Está Abraham gozando el alegría
De la risa que en casa le ha nacido,
Fruto tardío de la Sara fría,
Que hizo risa del hijo prometido;
Y cuando mas placer se prometia,
Mándale Dios que al hijo al alma asido
Al campo lleve, y hecho filicida,
Le dé la muerte quien le dió la vida.

Goza el paciente Job de la abundancia
De posesiones, hijos y ganados,
Haciendo con su próspera ganancia
Los abundantes bienes mejorados;
Hace el soberbio Satanás instancia,
Y á Dios suplica que le sean quitados;
Dale licencia Dios, y tal le deja,
Que su mayor tesoro fué una teja.

Siempre se mezcla el llanto con la risa,
El bien y el mal, la pena y el contento;
Siempre las huellas de los gustos pisa
El amarillo y triste descontento;
Apenas por los ojos se divisa
El gozo, cuando va en su seguimiento
El dolor que le sigue como sombra,
Hecho fiscal que al alma triste asombra.

Siempre mezcla retama entre el almíbar,
La amarga hiel entre el panal hermoso,
Entre el azúcar dulce amargo acíbar,
Y entre el vino el absintio ponzoñoso,
Entre los granos del precioso Tibar
De su márgen el barro cenagoso;
En todo mezcla su forzosa salsa,
Royendo el gozo desta vida falsa.

Están Josef y su divina Esposa
Gozando del que gozan los del cielo;
Están cogiendo de su prenda hermosa
Las riquezas de gracia y de consuelo;
Están gozando de la luz gloriosa
Que se trasluce entre el humano velo;
Están bebiendo los favores raros
De la alegría de los ojos claros.

Y á siete dias de excesivo gusto
A embargar su placer llegó el octavo
Dia, en el cual el sumamente justo
Ha de ser señalado como esclavo;
Pasó á Josef el corazon robusto
La punta aguda del cuchillo bravo;
Hirió á su Esposa el cristalino pecho
En arroyos de lágrimas deshecho.

Saben que, aunque es legislador divino,
Quiere á la ley, que él hizo, sujetarse,
Que quiere, siendo rey del orbe trino,
Fiel descendiente de Abraham mostrarse;
Pues cuando el bello paraninfo vino
A decir que Jesus ha de llamarse,
Los reveló que Dios tenia ordenado
Que fuese el niño Dios circuncidado.

La Madre de la gracia y della llena
Baña su rostro de copioso llanto,
Sintiendo ya el dolor, la angustia y pena
Que huyeron de su parto sacrosanto;
Y viendo que es el cielo quien lo ordena,
Como lo declaró el arcángel santo,
Obedeciendo á Dios el alma esfuerza,
Pidiéndole en tal trance nueva fuerza.

Al niño Dios desnuda y descompone,
Y viéndole, al dolor menos resiste;
Él sus ojos en ella alegre pone
Por alegrarla como la ve triste;
Ella graciosamente le compone,
Y lo mejor que puede adorna y viste
Para que al templo su Josef le lleve;
A dar su sangre por el hombre aleve.

Dale mil dulces amorosos besos
Diciéndole ternísimos amores;
Baña con sus aljófares espesos
Del niño Dios las encarnadas flores;
El con los ojos en su Madre impresos
Derrama perlas de sus resplandores,
Mezclándolas al llanto de su Madre,
Y aumentando el dolor del vírgen Padre.

Llega el tierno Josef al Niño hermoso,
Y pónele llorando entre sus brazos,
Y juntándole al pecho venturoso,
Besos dulces le da y tiernos abrazos;
Lleva llorando al Todopoderoso,
Atado y preso en los piadosos lazos,
A dar señal de la copiosa paga,
Porque al Padre enojado satisfaga.

Va de la eternidad el heredero
En el humilde traje de villano,
Va á empadronarse en forma de pechero,
Siendo de Dios el Hijo soberano;
Va el inocente cándido cordero
A que señalen el vellon humano
Con el almagre de su sangre pura,
Que la deuda del hombre hace segura.

Va á que le piquen el vestido estrecho,
Porque le viene corto y apretado.
Pues fajado el sayal de que está hecho
Descubrirá la tela del brocado;
Va á mostrar el tesoro de su pecho,
Que un tiempo verterá por el costado,
Va á dar señal del infinito precio,
Que del bocado amargo fué el aprecio.

Va, como mercader, á abrir la tienda
De los ricos tesoros inmortales,
Haciendo muestra de la rica hacienda
Que baja de sus Indias orientales;
Va á dar por los mortales una prenda,
Que puede redimir á los mortales,
Va á firmar con su sangre una escritura
En que se obliga á Dios por su criatura.

Va, como suele tierno enamorado,
Que, ausente largo tiempo de su esposa,
Le desea dar, entre otras que ha guardado,
La joya que ha de hacerla venturosa;
Va el inocente Dios á ser sangrado
De la dolencia larga y contagiosa,
Que, aunque no le tocó su sangre pura,
Es de la enfermedad la cierta cura.

Despídese Josef de su querida,
Que queda sin el bien de sus amores,
Como la rosa sin sazon cogida,
O como el árbol sin las bellas flores;
Queda cual cuerpo á quien faltó la vida
Y como el cielo sin sus resplandores;
Queda sin alma, que la lleva el Niño
Entre las fajas del precioso aliño.

Herida queda del cuchillo agudo
Que ha de sacar la sangre sacrosanta
Para romper el apretado nudo
Que tiene el preso Adan á la garganta;
Y imaginando al bello Dios desnudo,
Que espera el golpe que al mas fuerte espanta,
Hace fuentes los ojos soberanos,
Que vierten de diamantes ricos granos.

Prostradas por el suelo las rodillas,
La beldad de sus ojos envia al cielo,
Y enriqueciendo las doradas sillas,
Al estrado de Dios llegó de un vuelo;
Suspensa en las eternas maravillas,
Encalmó de su pena el desconsuelo,
Y absorta en Dios, se está en su humilde casa
Mientras el tiempo de la ley se pasa.

Que, aunque pudiera por su gran pureza,
Pues mas que el sol quedó pura y hermosa,
No sujetar su sin igual limpieza
A la clausura de la ley forzosa,
La obedeció con rara fortaleza
Para encubrir su vida milagrosa,
Y porque si al pequeño Dios llevara,
Quien lo supiera se escandalizara.

Y aunque en el portalejo mal labrado
Circuncidarse el niño Dios pudiera,
Pareció que no estaba ataviado
Con la decencia justa que debiera;
Y que si al Niño viera desangrado,
Que el corazon del pecho se saliera
En busca de la sangre que dió al Verbo
Para el remedio del bocado acerbo.

Quédase, y parte el virginal Esposo,
Y á la cursada Sinagoga llega,
Y puesto ante el ministro riguroso
De nuevo el venerable rostro riega;
Desnuda al Niño mas que el cielo hermoso
Y al Dios de amor al sacrificio entrega;
Encógese temblando, Dios desnudo,
Que teme el golpe del cuchillo agudo.

La belleza del Niño los admira,
Su gracia sin igual los enamora;
El Niño á su querido Josef mira,
Y por sus brazos amorosos llora;
El virginal Josef llora y suspira
Viendo el temor del niño Dios que adora,
Y con tiernos amores le entretiene
Mientras el pedernal agudo viene.

Llega la piedra dura, que quisiera
Que licencia de Dios le fuera dada,
Para que convertida en blanca cera,
No le hiera la carne inmaculada;
Llega medrosa y con la punta fiera
Hiere la bella carne deificada;
Pasmóse el cielo, entristecióse el dia
Viendo en la carne santa la sangría.

Sus jazmines claveles se volvieron,
Sus azucenas coloradas rosas;
En vez de luz sus soles aguas dieron,
Y sus mejillas perlas congojosas;
Sus cristalinas carnes se tiñeron,
Salpicadas de gotas tan preciosas;
Abraza el niño á su Josef querido,
De amor llagado y por el hombre herido.

El divino Josef triste y lloroso,
Herida el alma de la aguda punta,
Viendo la herida de su amado hermoso
El soberano rostro al suyo junta;
Llora el Niño encogido y temeroso;
Josef con la color casi difunta
Acallarle procura diligente,
Y llora el Niño, que cual varon siente.

Dice Josef: «Dios bello, Dios herido,
Dios de amor, que del hombre enamorado
Por él la sangre hermosa habeis vertido,
Precio con que pudiera ser comprado;
Si tan pequeño, de ocho dias nacido,
Tan caro ser fiador os ha costado,
¿Qué será cuando herido vuestro pecho
Dejeis al Padre eterno satisfecho?

»Si agora al hombre vuestro amor convida,
Al tesoro de Dios abriendo puerta,
¿Qué será cuando dando vuestra vida
La del rasgado pecho quede abierta?
Si agora, Niño, de una sola herida
Al dolor queda el alma como muerta,
¿Qué será cuando lluevan á millares,
Y por ella de sangre rojos mares?

»Si de unas gotas son tantas las penas
Que el dolor vuestro al mas sensible excede,
¿Qué será cuando rotas vuestras venas
Ninguna gota dentro dellas quede?
Si agora de preciosa sangre llenas
Disimularse mal el dolor puede,
¿Qué será cuando abiertas y vacías
Dejen sin alma vuestras carnes frías?

»Ea, Señor, que aunque llorando os veo
Por sentiros herido y desangrado,
Bien sé que habeis tenido gran deseo,
De recebir la herida que os han dado;
Y sé que vos, por redimir al reo,
Este tesoro habeis desembolsado,
Dando á los cielos vuestra sangre en prendas,
Que á quien bien paga no le duelen prendas.

» Bien es, Señor, que por la fresca herida
El Pelicano eterno se desangre,
Que esperan los polluelos nueva vida
Si los salpica vuestra roja sangre:
Bien es que en calentura tan crecida
Vuestra divina majestad se sangre;
Que es grande su calor, y si le dura
La vida acabará la calentura.

» Salga esa sangre, soberano Infante,
Pues la sangre inocente del cordero
Puede romper el cielo de diamante
Y ablandar la prision del duro acero;
Dejad que salga, regalado amante;
Tiña la fruta del mortal madero,
Que si de aquesta sangre está bañada,
Como la del mortal será encarnada.

» Salga, Señor, de aquesa piedra viva
El fuego, donde amor sus flechas labra;
Salga el licor de la preciosa oliva,
Que unte la llave que los cielos abra;
Salga la sangre con que el Padre escriba,
Que vió hecha carne su inmortal palabra;
Salga el limpio sudor de la vid nueva
A hacer hermosa á la estragada Eva.

» Salga el bálsamo rico y oloroso
Para poner en la mortal herida;
La triaca salga de su vaso hermoso
Contra la mordedura desabrida;
Salga el vino suave y deleitoso
Con que se ha de embriagar vuestra querida;
Salga el tesoro de las ricas venas
A hacer de Adan gloriosas las cadenas.

» Salga, Señor, aquese licor santo
Para sacar la mancha que ha cundido
Desde el primero causador del llanto
En todos los que dél han decendido;
Salga, Señor, por el grosero manto
La tela de que estáis enriquecido;
Caiga el rocio de esa nube hermosa
Y haga la tierra estéril fructüosa.

» Salga esa sangre porque á voces pida,
No como la de Abel justicia al cielo,
Mas la misericordia pretendida
Del que sudó al calor y tembló al hielo;
Salga la sangre que es del mundo vida;
Mate la muerte que destruyó al suelo;
Anegue vuestra sangre soberana
La culpa ocasionada en la manzana.

» Corra, Señor, aquesa sangre pura
Que á dar la vida á Adan aguija y corre;
Salga, y cayendo sobre su escritura
Gloriosamente la cancele y borre;
Salga esa sangre con que Adan procura
Escalar de los cielos la alta torre;
Salga la sangre para el fiel ganado
Que de esa sangre quiere andar manchado.

»No lloreis mas, hermoso sol del cielo,
Eclipsado á ocho dias de nacido;
No escondais vuestra luz divina al suelo
Por ver que en vuestra sangre está teñido,
Mirad, Señor, que de ese roto velo
De que por bien del hombre estáis vestido,
Se ha de cubrir el que se halló desnudo
Contra la ira de Dios haciendo escudo.

»¿Quién, Niño mio, habrá que no se asombre
Mas que en ser hombre viéndoos humillado,
Pues si tomais su ser, su traje y nombre,
Señales de ser Dios habeis mostrado?
Mas hoy no solo no pareceis hombre,
Mas hombre en quien parece que hay pecado,
Cosa que haberla en vos es imposible,
Porque os es sumamente aborrecible.

»Y si habeis pretendido, herido hermoso,
Siendo la misma fuente de la gracia,
Sujetaros al golpe riguroso,
Que hiriendo cura al que nació en desgracia,
No os mostreis, mi amor bello, tan lloroso,
Ni esa belleza tan marchita y lacia;
Mirad que es en salud una sangria
Que remoza de Adan la sangre fria.

»Mirad que al fuego de esa sangre pura
El viejo Adan cual Fénix se renueva,
Que dejando la antigua vestidura
Quiere del nuevo Adan vestir la nueva;
Mirad que á aquesa fuente de hermosura
Cual águila las viejas plumas lleva
Adonde las ahoga, y él renace
Entre el precio que al cielo satisface.

» Y pues ya entre los grillos y cadenas
Habeis metido vuestros pies y manos
Por dar esquite á las debidas penas
Que deben por sus culpas los humanos;
Dejad que salgan de las ricas venas
Los tesoros del cielo soberanos
A hacer del hombre ricas las prisiones
Y á derretir los duros corazones.»

Como el Niño á Josef tanto parece,
Piensa el ministro que es Josef su padre,
Y dice que muy justo le parece
Que el nombre suyo al Niño hermoso cuadre;
Mas Josef el divino nombre ofrece
Que trujo el Angel á la Virgen Madre:
«Jesus ha de llamarse», y admirado,
Jesus el fiel ministro le ha llamado.

»Jesus su venturoso nombre sea,
Y por él le haga Dios tan venturoso,
Que como el de Navé hecho le vea
Caudillo el cielo siempre victorioso;
A su voz obedezca el que rodea
La tierra con su curso presuroso;
Como el de Josedech repare el templo,
Dando en su dignidad mas raro ejemplo.

» Cual Jesus de Sirach veais, padre, honrado
Al Hijo hermoso que os ha dado el cielo,
De tanta ciencia y letras adornado,
Que sea cual el honor del patrio suelo;
Deos tan buena vejez el Niño amado,
Cual la merece vuestro justo celo;
Hágale Dios cual deseais que sea,
Y un raro Salvador en él se vea.»

Regocijado el celestial padrino
De ver que de su padre oficio ha hecho,
Dándole el nombre que del cielo vino,
Y él ha guardado en su virginal pecho;
«Mi Jesus, dice, mi Jesus divino,
Jesus que al cielo deja satisfecho,
Nombre de Dios ditado, traido al suelo
Por uno de la cámara del cielo;

»¿Cómo tan dulce y soberano nombre
Dado de Dios y de un ángel traido,
Quiere el cielo que yo sea el primer hombre
Que decirle en la tierra ha merecido?
Jesus mi alma eternamente nombre,
Nómbrele el corazon enternecido,
Con letras de diamante en él se escriba,
Ásgase al alma donde eterno viva.

»Nombre que es gozo de la tierra y cielo,
Nombre que es paz del cielo y de la tierra,
Nombre que es de los hombres el consuelo
Y la gloria de los que el cielo encierra;
Alegria de Dios, vida del suelo,
Arco de paz, victoria de la guerra,
Premio del trabajado, sol del dia,
Refugio cierto del que en él confia;

»Del enfermo salud, vida del muerto,
Vista del ciego, guia del errado,
Torre del flaco, del perdido puerto,
Vida del alma, muerte del pecado;
Libertad del cautivo, amigo cierto,
Escudo fuerte, muro torreado,
Fuego de amor, sagrado del que yerra,
Premio del cielo, gloria de la tierra;

»Nombre que el Padre por su boca dijo,
Y con que el cielo ilustra y hermosea;
Nombre que escoge su encarnado Hijo,
Y entre todos sus nombres mas campea;
Nombre que engendra gloria y regocijo,
En la persona que á las dos recrea;
Nombre que de los ángeles es gloria,
Y del hombre vencido la victoria.

»Nombre que mas nos muestra y nos declara
Al Verbo eterno en carne disfrazado,
Pues Jesus, dice Dios que nos repara,
Y dice hombre preso y enclavado;
Nombre con que Adan quita de su cara
El clavo y ese con que estaba herrado,
Y poniendo en su frente el nombre regio,
Goza de hidalgo el rico privilegio.

»Nombre que á Dios y hombre manifiesta,
Nombre que salva, nombre que redime,
Nombre que á Dios la hermosa sangre cuesta,
Porque el cielo y la tierra mas le estime;
Nombre á quien hace el cielo siempre fiesta,
Nombre mas que los ángeles sublime,
Nombre á quien postra el ángel la rodilla,
El mortal hombre y la infernal cuadrilla.

»Nombre con sangre de Dios hombre escrito,
Que con ser Dios le cuesta sangre el nombre;
Nombre que anega al general delito,
Y es tabla que á la orilla saca al hombre;
Nombre de precio eterno y infinito,
Que sin gracia imposible es que se nombre;
Nombre que el que á la ronda no le diere,
No hay porque libertad ni vida espere.

»Es este nombre ungüento derramado
Que su misericordia eterna vierte,
Es nombre que en prision pondrá el pecado
Y destruirá la vida de la muerte;
Es nombre por quien Dios nace humanado,
Mostrando flaco al sumamente fuerte,
Nombre por quien el hombre el cielo hereda,
Pues que no hay otro que salvarle pueda.

»Es el divino nombre firma en blanco,
Aunque escrito con tinta colorada,
Que á letra vista en el eterno banco
No habrá libranza que no sea pagada;
Nombre que al que le toma hará tan franco,
Que dé su vida tras la sangre amada;
Nombre que abre las puertas celestiales,
Poniendo en posesion á los mortales.

»Nombre de Dios y de sus nombres cifra,
Mar que á los demás nombres sorbe y bebe,
Nombre que en sí al inmenso abismo cifra
Reduciendo lo eterno á suma breve;
Nombre que solamente Dios descifra,
Pues solo sabe lo que se le debe,
Jesus, de gracia piélago profundo,
Jesus divino, salvador del mundo.»

Mil requiebros y amores dulces dijo
Al nombre santo, y muchos mas dijera
Sino le aguara el mucho regocijo
El dolor que en el Niño considera;
Y así, cuidando del eterno Hijo,
Que siente el golpe de la herida fiera,
En los brazos le pone y se despide,
Llevándole á la Madre que le pide.

Cual tórtola amorosa que se queja
En la temida ausencia de su esposo
Que en el desierto tálamo la deja
Enterneciendo al cielo riguroso;
Y cual suele recien parida oveja
Que le han quitado el recental hermoso
Tiernamente balar por el cordero
Que fué llevado al sacrificio fiero;

Así piadosa bala y tierna gime
La tórtola fiel, la oveja blanca,
Divina madre del que á Adan redime
Y hace la puerta de los cielos franca;
El corazon llorosamente exprime,
Que ausente de su gloria se le arranca,
A su Esposo pidiendo á su Dios niño
Que trae bañado en sangre el blanco armiño.

Sale á mirar entre las celosías
De las ventanas de la humilde cueva,
Como á la Esposa en los pasados dias
El Esposo que el niño Dios renueva;
Sale á las quiebras de las piedras frias
A ver si viene quien su vida lleva,
Mira el camino, y si un árbol se mueve,
Se hace la grana de su rostro nieve.

Llora, tiembla, suspira, teme, aguarda,
Desojada mirando á ver si asoma
El ayo fiel y la divina guarda
Del Eterno, que humano traje toma;
Y cuando mas parece que se tarda,
Mira que vuelve al arca la paloma,
No con el ramo de la paz querida,
Mas por buscarla de una piedra herida.

Con blando arrullo llega al dulce nido
Donde la Madre espera desalada;
Llega el herido ciervo desvalido
A las fuentes del alma destilada;
Llega el nuevo galan que le han herido
Rondando á su querida regalada;
Llega de la batalla herido el fuerte,
Triste sintiendo que lo está de muerte.

Josef renueva el doloroso llanto
Mirando que su Esposa en él se anega;
La Virgen soberana en dolor tanto
Al Dios llagado con su aljófar riega;
El niño herido del agudo canto
A los pechos hermosos mas se llega,
Y se esconde cual niño temeroso,
Quejándose del golpe riguroso.

Dice la madre bella: «¡Ay mi querido!
Bien de mi alma, lumbre de mis ojos,
¿Cómo, por meter paz, os han herido,
Quebrando en vos el Padre sus enojos?
¿Tan presto la justicia os ha prendido?
Tan presto aprisionó vuestros despojos?
Tan presto os puso la señal de esclavo?
Tan presto el cielo contra vos tan bravo?

»Hijo de mis entrañas, mi alegría,
¿Tan presto dais la sangre que os he dado?
Pudiérades guardarla por ser mia
Sin haberla tan presto derramado;
Y si era menester esta sangría
Para el enfermo del mortal bocado,
La madre que os da leche se sangrara,
Porque temo que á vos es cueste cara.

»Y si es que la justicia rigurosa
Os saca prendas por la deuda ajena,
Pudiera menos brava y mas piadosa
Sacarlas de esa luz pura y serena;
Que una divina lágrima preciosa
Derramada por vos fuera tan buena,
Que no solo la deuda asegurara,
Mas abundantemente la pagara.

»Herido mio, ¿qué es lo que habeis hecho
Que así os castiga vuestro padre airado?
¿Por qué, Señor, os pone en tanto estrecho
Que os vuelve á vuestra madre señalado?
¿Tanta sed tiene su divino pecho
De la sangre que habeis á vos juntado,
Que no aguardara á veros mas crecido,
Sino que os hiere de ocho dias nacido?

»Quien ha cinco mil años que os espera,
¿Otros treinta siquiera no esperara,
Sin que en prenderos tal rigor hubiera
Que el vestido santísimo os rasgara?
Pues quien viene á pagar persona era
Que conoce muy bien que no se alzara,
Que el tesoro de Dios tiene guardado
Para pagar al cielo de contado.

»¿Tanta prisa á cobrar, que de ocho dias
Os descerraja el arca del tesoro,
Sabiendo que hay en ella prendas mias
Que ya como á divinas las adoro?
Bastaran, niño Dios, las perlas frias
Del corazon que se os deshace en lloro
Para dejar al cielo satisfecho
Sin sacaros la sangre de mi pecho.

»¿Cómo, mi niño y Dios recien nacido,
El vestido encarnado que os he dado
En ocho dias os le veo rompido
De vuestra sangre pura salpicado?
¿Con quién, mi Niño amado, habeis reñido
Que la divina sangre os ha sacado?
¡Ay hijo, que os quejais á vuestra madre
Del rigor con que os trata vuestro Padre!

»¡Ay Jacob santo, abuelo venturoso!
Tú que la vestidura fiel rompiste
Cuando teñida la del hijo hermoso
Con sangre ajena ante tus ojos viste,
¿Qué podré hacer en trance tan forzoso,
Donde se rompe mi corazon triste,
Viendo con sangre propia de mi herido
Manchado el blanco y virginal vestido?

»Si te dijeron que una cruda fiera
Sacó su sangre y acabó su vida,
Teniendo por su sangre verdadera
La que su ropa te mostró teñida,
Aquí otra fiera, que es la culpa fiera,
Hizo en mi niño Dios la fiera herida,
Dejando con su sangre fiel manchada
La ropa hermosa, blanca y colorada.

»¿Qué me decis, mi amor? Dejad el llanto,
Tomad el pecho y dél la sangre pura,
Porque ella irá á ocupar el vacío santo
De la que marchitó vuestra hermosura;
El cuerpo vuestro hirió el agudo canto,
Y el alma me pasó su punta dura;
Si herido estáis, herida gimo y lloro,
Que el dolor siento del amor que adoro.

»¡Ay mi hijo amado! Ay Jesus querido!
Jesus, que es nombre sobre todo nombre,
Nombre por quien os ha el amor herido,
Pues le tomastes por salvar al hombre;
Nombre de gracia y gloria enriquecido,
Nombre que al cielo y tierra es bien que asombre,
Nombre que tierra y cielo humilde adora,
Nombre que á Dios regala y enamora.»

La Virgen bella al Niño herido acalla,
Y sintiendo su herida se enternece;
El tierno Infante por su madre calla,
Que llora por sentir lo que padece;
Josef se esfuerza para consolalla,
Reprime el llanto, que se aumenta y crece,
Y con varonil ánimo consuela
A la que vistió á Dios de humana tela.

La Virgen, que á Josef guarda obediencia,
Modera el sentimiento enternecido;
Josef guarda con suma reverencia
La reliquia divina del herido;
El niño Dios, ejemplo de paciencia,
Al pecho hermoso de su madre asido,
Como amoroso niño se regala
Con la que su pureza el sol no iguala.

Josef divierte á su querida Esposa
De la memoria del martirio grave;
Ella del Niño entre la luz hermosa
Hace su sentimiento mas suave;
Toma él la leche cándida y sabrosa
Que á néctar dulce de los cielos sabe,
Y deja el doloroso amargo llanto,
Y yo el discurso deste tierno canto.

CANTO XVII.

De la adoracion de los Reyes, y presentacion en el Templo.

De los correos que despacha el cielo
Con la dichosa soberana nueva
De que entre paja en un pesebre al yelo
Se conserva la dulce fruta nueva,
Cuál por el aire enamorando al suelo
A los pastores santos se la lleva,
Dando las señas del recien nacido
En quien el sér de Dios está escondido;

Cuál esparciendo rayos de hermosura
Visita alegre el triste calabozo,
De luz vistiendo la prision escura,
Dando á las almas soberano gozo;
La cierta libertad les asegura,
Mejora su esperanza su alborozo;
Albricias pide de las nuevas buenas,
Y ellos cantan al son de las cadenas.

Cuál con la luz que á la del sol agravia
Por el aire esparciendo su tesoro,
Parte á la rica y venturosa Arabia,
Abundante en incienso, mirra y oro,
Y inspirando á la gente ilustre y sabia,
Insigne en ciencia y en el real decoro,
Del Oriente los lleva al nuevo Oriente,
Adonde nace el Sol omnipotente.

Suspensos miran una nueva estrella
Que hace clara la negra noche oscura,
De mayor resplandor y luz mas bella
Que el que da á las demás su lumbre pura;
Miran un niño hermoso en mitad della,
De peregrina gracia y hermosura,
Y sobre su cabeza una cruz de oro
Que alegra de los cielos el tesoro.

Quedan absortos á una voz que dijo:
«Id, venturosos sabios, á Judea,
Donde ha nacido el Rey que es de Dios hijo
Con el disfraz de la mortal librea.»
Pasmados en el raro regocijo
Que las dichosas almas les recrea,
Dan crédito á la voz viendo la lumbre
Fuera de toda natural costumbre.

Miran el cerco de los rayos de oro,
Del divino *Agnus Dei* iluminado,
Y al sol eterno del impíreo coro
De la luz de una estrella rodeado;
Ven de luz lleno el celestial tesoro
Que en un pesebre llora reclinado,
E inspirados del ángel que los llama,
Siguen la luz de la gloriosa llama.

Y con gozos del alma extraordinarios
Al nuevo Rey los dones aperciben,
Que son entre ellos fueros ordinarios
Dar dones cuando el nuevo Rey reciben;
Y subiendo en ligeros dromedarios,
Miran los rayos que en sus almas viven,
Siguiendo el celestial paje de hacha
Que con ricos tesoros los despacha.

Van tratando del bien que han alcanzado
Gozando de Balaan la nueva estrella,
Pues habiéndola muchos deseado,
Ellos llegaron á gozar de vella:
Cuál dice que lo habia profetizado
La Eutica Sibila sabia y bella;
Cuál que al paciente Job lo habian oido
El tiempo que en Arabia habia vivido.

En término de algunos pocos dias
Ven la Jerusalen dichosa y santa;
Echan menos las glorias y alegrías
De la estrella, que ausente los espanta;
Quedan las almas con su ausencia frías,
Y en tanta turbacion y pena tanta
Entran por la ciudad, que se alborota
Viendo gentes de tierra tan remota.

Preguntan por el nuevo Rey nacido;
Túrbase Herodes, la ciudad se altera:
Manda juntar del pueblo lo escogido,
Por saber dónde nace el Rey que espera;
Los sabios de la ley le han respondido
Que Betlen de Judá la ciudad era
De quien saldrá el caudillo valeroso
Que al pueblo de Israel hará dichoso.

En secreto á los tres Herodes llama,
Y con rostro fingido significa
Que al nuevo Rey nacido estima y ama,
Y que su corazon le sacrifica,
Y que para adorar Rey de tal fama
Encarecidamente les suplica
Que en adorando la majestad nueva
Vuelvan á darle la dichosa nueva.

Salen los tres fortísimos varones
Buscando de Betlen la fiel cisterna
Por mitad de los fieros escuadrones
Del enemigo rey que los gobierna;
Pasan con valerosos corazones
Buscando el agua de la fuente eterna,
Porque beba David, que está sediento
Del agua superior del firmamento.

Salen de la ciudad del rey tirano,
Ven la coluna rubia que los guia,
Como otro tiempo huyendo del gitano
Otra con el amado pueblo hacia;
Gózase el triunvirato soberano
Mirando de la estrella el alegría,
Siguen gozosos su derrota bella,
Buscando al sol en brazos de una estrella.

Siguen gozosos el divino rastro
De los rayos de luz que alegre ofrece
El nunca hasta allí visto hermoso astro
Que los ánimos reales enriquece,
Y absortos en el niño de alabastro,
Que enmedio dél risueño se parece,
Llegan al portal pobre donde habita
El nácar con su hermosa margarita.

Como ventor de muestra que siguiendo
La caza va, que atento se adelanta,
Y la tímida presa descubriendo,
La enseña con la mano que levanta,
Así la estrella, al unicornio viendo
En el regazo de la niña santa,
Dando de haberle hallado clara muestra,
A los tres cazadores se la muestra.

Con gozo celestial se lozanea
Sobre el portal con nuevos resplandores,
Y hechos lenguas sus rayos, los vocea
Que adoren al Señor de los señores;
Ellos absortos en quien los recrea,
Sus ojos reales derramando amores,
Se apean alegres, y en su amor deshechos,
No les caben las almas en los pechos.

La Vírgen soberana que sabia,
Como tan docta en la leccion sagrada
Que Heródes al Infante buscaria,
Y de Sabá la gente celebrada,
El temor escurece á su alegría,
Y entre triste y alegre está turbada;
Al Niño pone en sus hermosos brazos,
Haciendo dellos amorosos lazos.

Josef escucha el nabateo lenguaje
De la gente oriental, y alegre avisa
A la que puso en el humano traje
Al que las plumas de los vientos pisa;
Ella, cierta del nuevo vasallaje,
El pálido temor convierte en risa,
Y ataviada lo mejor que pudo,
Hizo del niño Dios al pecho escudo.

Arrastrando real púrpura y brocado,
Ante la bella Reina de hermosura,
El terno llega bienaventurado,
Turbados á su luz hermosa y pura;
La cortés Vírgen con divino agrado,
Corresponder con humildad procura
Al término cortés y real decoro,
Que arrastra y huella aljófar, perlas y oro.

Como suelen al sol montes de nieve,
Se deshacen aquestos montes altos
Al sol eterno que derrite y bebe
Los corazones de las almas faltos;
Dellos hace á sus piés el que al sol mueve
Tapete de brocado de tres altos,
Tan altos, que prostrados por el suelo,
Llegan al que es Altísimo del cielo.

De las cantoras aves del Oriente
La estrella cazó tres, que al Niño hermoso
Cantan un tres tan grave y dulcemente,
Que suspenden al aire vagaroso;
Alégrase gozosa y refulgente
De que á pesar del tiempo riguroso
Que hace llorar al niño, el Niño calla,
Pues como á niño con un tres le acalla.

Prostradas las rodillas por la tierra,
Suplican les enseñe el tierno Niño,
Que la deidad inescrutable encierra
Entre la blanca piel del limpio armiño;
La Madre Vírgen, paz de nuestra guerra,
Quitó del rostro bello el pobre aliño,
La cortina corrió del arca santa,
Que al cielo alegra y al infierno espanta.

Llegan los tres al Abraham eterno,
A quien en caridad no llegó alguno,
Y hecho huésped piadoso, humilde y tierno,
Dentro en su pecho hospeda á cada uno;
Que si el otro Abraham con gozo interno
Hospeda tres y adora en los tres uno,
Este de tres que hospeda es adorado,
Por el uno de tres y uno increado.

Cosen los graves rostros con el suelo
Al bello resplandor que los deslumbra,
Y pasmados al bien que goza el cielo
Del sol eterno, cuya luz le alumbra,
Adoran en el pobre humano velo
Al que en el pecho paternal se encumbra;
Por Dios y rey al Niño eterno adoran,
Y de su vista alegre se enamoran.

Abren los cofres de los ricos dones,
Y al Niño incienso, mirra y oro ofrecen,
Ofreciendo los nobles corazones
Que en los devotos ojos se parecen;
Confiésanle los ínclitos varones
Por Dios, y con incienso le engrandecen;
Como á su rey el oro le dedican,
Y en la mirra que es hombre significan.

Las águilas rëales coronadas
Se prueban á la luz del sol glorioso,
Quedando cual el Fénix remozadas,
Al resplandor del fuego poderoso;
Las alas encogidas y humilladas
Abaten ante el Rey y Niño hermoso;
Ante sus piés humillan sus coronas,
Y á la luz de sus ojos sus personas.

«Recibe, oh Niño, el mas anciano dijo,
Los pobres dones de los ricos pechos,
Llenos de fe, de gozo y regocijo,
Y en tu divino amor de amor deshechos;
Por Dios te confesamos de Dios Hijo,
Por quien la tierra y cielos fueron hechos;
Por rey, pues tus vasallos nos hacemos,
Y por mortal, pues padecer te vemos.

»Por príncipe heredero te juramos
De las eternidades, y decimos
Que por eterno Dios te confesamos,
Aunque cual hombre padecer te vimos;
Por la gentilidad caucion prestamos,
Y en su nombre por rey te recebimos;
Tú eres nuestro rey, rey Dios y hombre,
Y nosotros vasallos de tu nombre.

»Cese la fama ya de nuestra reina,
Que á ver de Salomon la gloria vino,
De donde el alba sus cabellos peina,
Movida de su ingenio peregrino;
Que ya otro nuevo Rey mas sabio reina,
Dios mortal, fuerte Rey, hombre divino,
Que nos trae de remotas partes varias,
A dar á su grandeza eternas parias.

»Cese del mesmo Salomon la historia
Y de su trono de marfil la fama,
Que este bello escurece la memoria
Del que famoso todo el mundo llama;
Vos, Vírgen, sois el trono de su gloria,
Donde se sienta el Salomon que os ama,
Trono de luz que á los del cielo humilla,
Trono de Dios y de su gloria silla.»

El guardajoyas del Infante hermoso,
Mayordomo mayor de su grandeza,
Josef, de su adorada Reina esposo,
Guarda de los tres dones la riqueza;
El Niño agradecido y amoroso
Por la luz donde vive la belleza
Les muestra el alma, y lleno de alegría
En las suyas divinos gozos cria.

Besan el pié del Papa sacrosanto,
Que concede plenísima indulgencia
A los que, visitando el lugar santo,
Hacen de sus pecados penitencia;
Vertiendo fuentes de copioso llanto,
Hacen para ganarla diligencia;
Gánanla humildes, y de pena sacan
Tres almas, que llorando á Dios aplacan.

Besan los piés que huellan las estrellas,
Y él risueño los prende y enamora,
Haciendo lazos de las manos bellas,
En sus pechos sus glorias atesora;
Esparce de su amor vivas centellas
Del fuego ardiente que en sus pechos mora;
Abrásales las almas amoroso,
Derretidas al sol del cielo hermoso.

Su Madre, la bellísima María,
Viendo el trofeo del recien nacido,
Y que alegres de donde nace el dia,
A adorar á su Rey tres han venido,
Vierte rayos de gozo y alegría
Sobre las rosas que de amor son nido,
Agradeciendo entre los ricos dones
La fe de los ilustres corazones.

Despídense los reyes venturosos,
Alegres del bien grande que han gozado
De los rayos del Sol maravillosos,
Con que el Niño sus almas ha ilustrado;
Parten regocijados y gozosos,
Absortos en la gloria que han mirado;
Siguen de su derrota otro camino,
Que á prevenirlos un arcángel vino.

Quedan Josef y su consorte amada
Llenos de gozo viendo que ya el suelo
Adora en la niñez disimulada
La majestad que adora y teme el cielo;
Y en el reparo de la fiel posada
Pasan del tiempo airado, nieve y hielo,
Al sol hermoso de los rayos de oro,
Que es de los cielos el mayor tesoro.

Diez veces cuatro la celada nuera
Del troyano perjuro Laomedonte
Tendió las Indias de su cabellera,
Bordando con su luz nuestro horizonte,
Y otras tantas, siguiendo su carrera,
Hizo de plata el mar y de oro el monte,
El rubio hermano de la blanca diosa
Que mendiga la luz que la hace hermosa;

Cuando la Madre Virgen se apercibe
A la ley que no obliga á su limpieza,
Obligando á cualquiera que concibe
Guardando el órden de naturaleza;
Y con ser ella en quien hermosa vive
La siempre hermosa y cándida pureza,
Se sujeta á la ley y parte al templo,
De humildad y obediencia dando ejemplo.

Salen del pobre albergue, alcázar rico,
Donde bajó la soberana corte
A ver disimulado entre el pellico
El Rey, que hará que el padre se reporte;
Coge Josef al nuevo pastorcico
De entre los brazos de su fiel consorte,
Pónele entre los suyos, y gozoso
Se dispone al camino trabajoso.

Lleva cosido al pecho á Dios humano,
Gozando del aliento de su boca,
Y agradecido el Niño soberano,
Con dulce risa á gloria le provoca;
Josef dichoso con la grave mano
Al Hijo eterno alegre abriga y toca;
Adórmecese el Niño, Josef canta,
Embelésase el cielo, el sol se espanta.

Es Josef cuna donde á su Dios mece,
Es brasero de amor que le calienta,
Es cama blanda donde se adormece,
Es carroza en que al templo se presenta,
Es trono celestial donde parece,
Es arca del maná que á Dios sustenta,
Arbol donde se arrima y regocija,
Que con su buena sombra á Dios cobija.

Es serafín que con las alas cubre
El rostro y piés de Dios disimulado,
Velo del templo que el Sagrario encubre,
Adonde el mismo Dios está encerrado;
Nube que al sol que al cielo se descubre
Hace sombra, teniéndole guardado,
Muro fuerte que á Dios defiende y cerca,
Es de su paraíso guarda y cerca.

Lleno Josef de celestial espanto,
Lleva abrazado al que los cielos cria,
Y arrimada y asida al hombro santo,
Lleva á la aurora que mejora al dia;
Absorto en tanto bien y en gozo tanto,
En medio la divina compañía,
La jornada quisiera hacer mas larga
Por gozar del descanso de la carga.

Ya las torres soberbias se parecen,
Que se quieren entrar por las estrellas,
Los espejados capiteles crecen,
Los edificios de las casas bellas,
Las murallas del templo resplandecen,
Levantando en mitad de todas ellas
La cabeza el pináculo sagrado,
Por ver el bien que tanto ha deseado.

Llegan á la ciudad edificada
Del sacerdote Rey, sin madre y padre,
Jerusalen ilustre y celebrada,
De todas las demás cabeza y madre;
Y dando fin á la feliz jornada,
Por ver la Vírgen que á su oficio cuadre,
Pide á su Esposo el Niño, y él previene
Lo que á la ofrenda de la ley conviene.

Compra las amorosas tortolillas
Para ofrecer con la adorada prenda,
Que siendo Rey de las eternas sillas,
Quiere que el mundo su pobreza entienda;
Y porque trae envuelto entre mantillas
El cándido Cordero, que es la ofrenda
Que ha de desenojar al sumo Padre,
Ofrecido en los brazos de su Madre,

Cinco preciosos siclos ha buscado
Con que ha de redimir á su querido,
Que quiere ser agora rescatado,
Ya que otra vez no lo será vendido:
Cinco siclos, que es precio señalado
Para que el Redentor sea redimido,
Cinco por cinco de valor profundo
Con que muriendo ha de comprar al mundo.

Entran al templo, y la Doncella santa
El tierno Infante entre los brazos toma,
Colgando del marfil de su garganta
Del ámbar rico la olorosa poma;
El justo Simeon en gloria tanta,
Como del templo por la puerta asoma,
Se levanta temblando, y á él se llega
Como á la luz la mariposa ciega.

Las rodillas prostradas por el suelo,
Sobre la nieve de su rostro grave
Derrama gotas de cuajado hielo
Ante el ramo de paz que trae el ave;
Pide á la Vírgen con piadoso celo
Le entregue el Niño porque quien es sabe,
Que há largos años que gozar aguarda
La nueva vida de su vejez tarda.

«Traes á ofrecer al templo al bello Infante,
Dice, cual labrador rubias espigas;
Traes, como suele rico navegante,
Lo que votó en mitad de sus fatigas;
Traes las prisiones del primer amante
Cautivo en las mazmorras enemigas,
A colgallas del templo en señal cierta
Que libre ha de volver á hallar la puerta.

»Dame, Vírgen intacta y reina mia,
De tierra y cielo el sin igual tesoro,
Dame el Hijo del Padre, que le envía
A que vuelva á llenar las sillas de oro;
Dame el Niño que mama y que te cria,
Dame el pequeño que por Dios adoro,
Dame al Señor que viene al templo santo,
Angel del Testamento sacrosanto.»

Pone la Madre en las heladas manos
Del temeroso justo el fruto eterno,
Precio infinito, don que los humanos
Esperan en el seno del infierno;
Riega los arrugados surcos canos
El viejo grave, viendo el Niño tierno,
Y cual águila antigua se remoza,
Bañándose en la fuente de que goza.

Cual suele el olmo seco y deshojado,
Que con la vid que se le arrima medra,
Y como muro antiguo destrozado,
A quien enlaza verde hojosa yedra,
El grave sacerdote y viejo honrado,
Arbol sin hoja y carcomida piedra,
De la vid Cristo con amor se abraza,
El cual con lazos del amor le enlaza.

Va en el amargo ramo de acebuche
Engerto el dulce de la verde oliva,
Va con Jacob el ángel, con quien luche
Hasta que bendiciones dél reciba;
Va el cisne, que hace que su voz se escuche
Dentro en la tierra de la gente viva,
Cuya voz grave rompe la garganta,
Y alegremente desta suerte canta:

«Agora en paz del mundo y sus enojos,
Saca á tu siervo como prometiste,
Señor eterno, pues que ven mis ojos
La salud que á las gentes propusiste;
Al que es la lumbre, cuyos rayos rojos
Ilustrarán la gentilidad triste,
Al que es la gloria de tu pueblo amado,
Por edades prolijas deseado.»

Y echando milagrosas bendiciones
A la dichosa Madre y noble Esposo,
Que admirados los santos corazones,
Al viejo escuchan justo y temeroso,
Endereza á la Madre sus razones,
Que en llanto vuelven su placer gozoso,
Pues el cuchillo que ha profetizado,
Teme en sangre del Niño Dios manchado.

Consuélala la viuda profetisa,
Y enamorada del Infante tierno,
A todos llena de contento avisa
Cómo es el Niño rey y Dios eterno;
Josef, en ocasion que es tan precisa,
Herida el alma del dolor interno,
Acompaña á su Esposa sacrosanta,
La ronca voz asida á la garganta.

Toda la gente que en el templo habia
Llega á escuchar el duo concertado
Del gran profeta y la Sibila fria,
Que pronostican del Infante el hado;
Pásmanse en la hermosisima María,
Y en la ventura de su Esposo amado,
Miran del Niño bello los despojos,
Que les roba las almas por los ojos.

Alegres todos, llenos de consuelo,
En concertada posesion se ofrecen,
Y entrando el Niño, rey de tierra y cielo,
Las paredes del templo se estremecen;
Los serafines, recogiendo el vuelo,
Se encogen ante el Niño que obedecen;
La vara se humilló, el maná sagrado
Teme al que representa figurado.

Las tablas de la ley se estremecieron
Reconociendo al Legislador santo,
Las cortinas del velo se encogieron
Llenas de nueva admiracion y espanto;
Las demás cosas claras muestras dieron
De que era Dios el Niño sacrosanto,
Que su deidad divina les asombra,
Reverenciando á la verdad la sombra.

Llegan ante el divino altar sagrado,
Donde el que siempre á Dios está presente
Tiene de ser al Padre presentado,
Que se ha de enternecer con el presente;
La Madre Vírgen toma el Niño amado
Al viejo grave que su ausencia siente;
Vuelve la luz á la eclipsada luna,
A su Madre Jesus, Dios á su cuna.

Y dándole ternísimos abrazos,
Del mal pronosticado enternecida,
El justo corazon hecho pedazos,
Sale á bañar el alma de su vida;
Y puesto encima de los bellos brazos,
Mas que los serafines encendida,
Las rodillas prostradas por el suelo,
Dice al que escucha de su imperio cielo:

«Si pudo ¡oh Padre eterno! el sacrificio
Del primer vírgen, mártir y inocente,
Obligarte á aceptar el fiel servicio
Mirando con agrado su presente,
Pueda volverte, eterno Dios, propicio
El hijo de tu pecho omnipotente
Que hoy te presento por el hombre ingrato,
Y perdona, Señor, el pobre plato.

»Si dádivas, Señor, quebrantan peñas,
¿Que dádiva mejor podrá ser parte
Para ablandar el gran furor que enseñas,
Que la que tú nos diste para darte?
Que aunque son de hombre las visibles señas,
Sé que nadie cual él podrá ablandarte,
Porque es el resplandor de tu hermosura,
Y de tu pecho sustancial figura.

»Si del soberbio y arrogante hermano
Que de su madre con acuerdo y traza
Perdió su mayorazgo soberano,
Siendo cazado por buscar la caza,
Pudo hacer cera el corazon tirano,
Y vínculo de amor el amenaza,
El que fué de Raquel dichoso amante
Con los presentes que le envió delante,

»Vuelva, eterno Señor, la aguda espada
A envainarse, y con gozo y regocijo
Abraza á la criatura desterrada,
A quien tu enojo con razon maldijo;
Atiende á la palabra disfrazada
Que eternamente tu grandeza dijo,
Pues que no puede ser que no sea acepto
De tu mente divina el fiel concepto.

»Mira, Señor, que entre tu justa ira
Y el hombre ingrato está mi Niño tierno,
Espejo inmaculado en quien se mira
La omnipotencia de tu sér eterno;
Y que si tu justicia flechas tira
Al que se hizo heredero del infierno,
Que han de dar en mi Niño amor desnudo,
Pues ha nacido para ser su escudo.

»Si pudo al que brotando enojo y rabia
Contra la casa de Nabal tirano,
Que injustamente al pobre rey agravia
Con pecho duro y corazon villano,
Ablandar una hermosa mujer sabia
Con el presente de su corta mano,
Convirtiendo su enojo en bendiciones,
Haciendo de sus dádivas prisiones,

»Pueda ablandar aquese pecho airado
Aquesta sierva humilde, que te ofrece
El don del pecho tuyo mas amado,
Y el que ser aceptado mas merece;
Pueda el Hijo divino que me has dado,
Que los cielos ablanda y enternece,
Ablandar tus entrañas inmortales,
Pues que te doy lo mismo que tú vales.

»Si un poco de agua en unas toscas manos
Ofrecida á un rey persa obligar pudo
A hacer nobles hidalgos cortesanos
Los descendientes del labrador rudo,
Puedan estos despojos soberanos,
Que ató el amor en un perpetuo nudo,
Hacer al desterrado tu heredero,
Hidalgo y noble al rústico pechero.»

Dijo, y tomando al Niño el noble Esposo
De entre los brazos de su amada prenda,
Le puso encima del altar precioso,
Ara sagrada de la viva ofrenda.
Paróse el sol al caso portentoso;
No hay ángel que del cielo no decienda
Abrasado de amor al altar santo,
Donde se ofrece el Niño sacrosanto.

Abriéronse del templo las cortinas,
Descubriéndose alados escuadrones
Por ventanas y puertas cristalinas
Con músicas alegres y canciones;
Viendo el Padre las lágrimas divinas,
De que el sagrado amor hace prisiones,
Se enterneció, aceptando el sacrificio
Que eternamente le tendrá propicio.

No pudo, no, aceptar el don sagrado,
Por ser su igual el que es el ofrecido;
No pudo, no, agradarle el Niño amado
Ante el claro lucero del nacido;
Enterneciόle el nuevo Isaac vendado
Y el sacrificio del Abel querido,
El bello Samuel, la Abigail bella,
El niño Dios, que ofrece una doncella.

Huyeron de su rostro los enojos,
Y mostróle pacífico y sereno;
Ablandóse á los rayos de los ojos,
Que se le entraron al sabido seno;
Aceptó los santísimos despojos
Del Niño, que es cual él tan santo y bueno;
Llenó el cielo de gloria y regocijo,
Y adoráronle todos por su hijo.

Dió el gran Josef las simples tortolillas
A su querida, y ella las ofrece,
Rico aljófar vertiendo en sus mejillas,
Que la ofrenda de pobres enriquece;
Viendo Josef las raras maravillas
Del Hijo y Madre, alegre se enternece,
Pues la Madre no debe lo que paga,
Y el Niño hermoso cobra que es la paga.

La Vírgen bella entre las perlas graves,
Con que hace feas las que la mar cria,
Dice: «Recibe, Dios, las simples aves,
Ofrenda pobre, como ofrenda mia;
Pido, Señor, que los defetos laves
De aquesta sierva humilde, que te envia
El corazon entre los pobres dones,
Pues aceptas humildes corazones.

»No te ofrezco, Señor, blanco cordero,
Porque no es menester figura y sombra
Adonde se te ofrece el verdadero
Manso Cordero, que de Dios se nombra;
Tu airado rostro y hasta aquí severo,
Que al cielo espanta y á la tierra asombra,
Con la hermosura deste don se amanse:
Tu enoje cese, tu rigor descanse.

»Y si porque sacando al pueblo triste
De la prision Egipcia y servil yugo,
Donde á sus mayorazgos muerte diste,
Siendo tu justa saña su verdugo,
Ordenaste, que el pueblo que escogiste,
Por quien aquesta hazaña hacerte plugo,
Sus mayorazgos te sacrificase,
Y que despues del templo los comprase;

»Aquí, Señor, te doy á mi querido,
Y te le ofrezco por el hombre ingrato,
Y en tus aras sagradas ofrecido,
Con estos cinco siclos le rescato;
Por mi mi Redentor es redimido,
Y sé, Señor, que me le das barato,
Pues si te habia de dar lo que valia,
El cielo es poco, pues al cielo cria.

»El agua de mis ojos derramara,
La sangre de mis venas ofreciera,
El corazon del pecho me sacara,
Y el alma propria por mi amado diera;
Y aqueste rostro por mi Niño herrara,
Y para rescatarle me vendiera,
Y fuera poco para lo que estimo
Al amoroso esclavo que redimo.

»Si el parto sigue al vientre gloria mia,
Esclavo sois, pues es humilde esclava
Aquesta madre que gozosa os cria,
Y en serlo alegre á vuestro Padre alaba;
Esclavo sois en quien el cielo fia
La libertad de quien llorar no acaba;
Esclavo libre, del amor esclavo,
Poned en este rostro la ese y clavo.

»Libre, que esclavo habeis aparecido,
Porque el esclavo quede libertado,
Pues juzgándoos, Señor, por el vestido
Sereis por el esclavo castigado;
Esclavo, que otra vez seréis vendido,
No quedando cual esta rescatado,
Dios hecho esclavo, porque señor sea
El fugitivo esclavo que os desea.

»Esclavo, que haceis libres los esclavos
Y cautivais los libres corazones,
Esclavo, escudo de los golpes bravos,
De afrentosas injurias y baldones;
Esclavo, que con tres agudos clavos
Os echará el amor nuevas prisiones,
Esclavo, que muriendo daréis vida
Al que la despreció por la comida.

»¿Quién en su rostro tierno esclavo viese
Escritos con el fuego y hierro bravo
El dulce clavo y amorosa ese
Con que el amor os pudo hacer esclavo?
¿Quién, amor mio, tan dichosa fuese
Que impresos en el alma la ese y clavo,
Os libertase de la Pasion fiera
Que el pecho me lastima y os espera?

»Ay si os topa la ronda, mi querido,
En forma del esclavo desterrado,
Temo que por las señas del vestido
A la prision os lleve maniatado,
Y á una columna fuertemente asido
Deje el hermoso cuerpo desangrado,
Llevándoos, Hijo amado, al matadero
Como á inocente y cándido cordero.»

Josef, mirando á su adorada Esposa
Enternecida con el Niño santo,
Y el jazmin blanco y encarnada rosa
Aljofaradas con el tierno llanto,
Acompañando á su querida hermosa,
Herido del dolor hace otro tanto,
Enterneciendo á la devota gente,
Que el daño ajeno como propio siente.

El Cordero de Dios se ase á su Madre,
Bebe las perlas vivas que derrama;
La Vírgen viendo cuánto á su bien cuadre,
Entre los pechos pone al que los mama;
El gran Josef como amoroso padre
Del que es hijo de Dios, hijo le llama,
Llega á besar las plantas de jazmines,
De quien alfombra son los serafines.

Cumplido, pues, lo que la ley ordena,
Despídense de la piadosa gente,
Que enamorada de la luz serena,
Absorta mira al nuevo Sol de Oriente;
A todos emplazó el dolor y pena,
Y cada cual la ausencia amarga siente
Del Niño, de la Madre y del Esposo,
Llorando tristes el partir forzoso.

Quedó el templo divino en la partida
Como en la noche el temeroso suelo,
Cual cuerpo helado á quien faltó la vida,
Cual sol sin luz ó sin el sol el cielo;
Entristecióse el arca enriquecida,
De luto se volvió del templo el velo;
Los serafines con sus alas de oro
Acompañar quisieran su tesoro.

Lleva Josef á su consorte amada
Con el fruto divino entre las hojas
Del árbol de la vida deseada,
Que ha de acabar del hombre las congojas;
A Nazareth ordenan la jornada,
Que desea ver de Dios las luces rojas;
Comienzan el camino sacrosanto,
Adonde acaba el suyo aqueste canto.

CANTO XVIII.

De la huida á Egipto.

En lo remoto de la Scitia helada,
Dentro de un bosque pálido y sombrío,
Hecho de una arboleda deshojada,
Que baña un triste cenagoso rio,
Hay una antigua gruta socavada,
En las entrañas de un peñasco frio;
Cáense las paredes de podridas,
Y las incultas piedras carcomidas.

De telarañas y de moho cubierta,
Agua azufrada y cieno hediondo brota,
Que atravesando por la escura puerta,
Los negros quicios lentamente azota;
Por esta puerta eternamente abierta,
Inficionando el aire, le alborota
La niebla pestilente que derrama
El humo negro de una turbia llama.

En lo mas hondo de la cueva escura
Está un flaco cadáver macilento,
De horrible aspecto y fiera catadura,
De cetrino color, bazo y sangriento,
Que por la boca denegrida y dura
Exhala negro y ponzoñoso aliento,
Que condensado el aire le escurece,
Con que el horror del triste lugar crece.

Son las monstruosas desgreñadas hebras
Del mal peinado horrífico cabello
Víboras ponzoñosas y culebras,
Que ondean encima del arado cuello;
La frente llena de arrugadas quiebras
Produce un largo verdinegro vello,
Que hace sombra á los ojos denegridos
En dos cavernas húmidas hundidos.

De fea amarillez tiene cubiertos
Los pardos surcos de las feas mejillas,
Al humor de los ojos siempre abiertos,
Bañados en sus gotas amarillas;
Los mohosos dientes muestra descubiertos,
Que muerden las ajenas maravillas;
La lengua hendida vil veneno vierte,
Que es del honor y la virtud la muerte.

Los verdes labios, mas que absintio amargos,
Vierten perpetuamente su amargura,
Hecha al ajeno bien velador Argos,
Su ponzoña infernal sembrar procura;
En los enjutos pechos feos y largos
Cria con hiel á la miseria escura,
Abrazando al dolor y al vil desprecio,
Nietos del ángel por su culpa necio.

Siempre el horrendo monstruo está comiendo
Su fiero corazon empodrecido,
Las secas manos con furor mordiendo
Baña siempre con llanto denegrido;
Por la vista infernal siempre vertiendo
De Aleto brava el fuego recocido,
Con que escurece al cielo, y al sol puro
Hace que huya del lugar escuro.

Róele las entrañas asquerosas
Un carnicero buitre vengativo,
Como al que en las cavernas temerosas
Otro le desentraña por altivo;
Cébanse en ellas dipsas ponzoñosas
Y basiliscos de mirar nocivo;
Aspides, hidras, sapos y culebras
Hacen en el cadáver hondas quiebras.

Esta, saliendo de la hedionda casa
Que ha mas de cinco mil años que habita,
Los campos seca por adonde pasa,
Las yerbas y los árboles marchita,
La ciudad quema, el edificio abrasa,
Provoca al hurto y á la guerra incita,
Inficiona los aires, mar y tierra,
Entierra al vivo, al muerto desentierra.

Esta monstruosa fiera descarnada
Con falso pecho y virginal trasunto,
Entre las pomas de oro enmascarada
Mató de un golpe á todo el mundo junto;
Esta con pura sangre inmaculada
Bañó la abuela del primer difunto,
Haciéndola salir á infames coces
Para que pida su venganza á voces.

Esta cruel, que al inocente hermano
Que soñó humilde las gavillas rubias
Pudo vender al mercader gitano,
Haciendo de Jacob los ojos lluvias;
Esta, que al suegro del pastor humano,
Que al gigante dejó las luces turbias,
Carcomió el corazon oyendo solo
Las alabanzas del pastor Apolo;

Esta, que al que vendió por la comida
El mayorazgo y primogenitura,
Hizo buscar para perder su vida
Al que Laban desbalijar procura;
Esta fiera Meguera carcomida,
Que de Mesopotamia á la hermosura
Movió contra su hermana legañosa
En la fecundidad mas que ella hermosa;

Esta, que dentro el cielo fué engendrada,
Y no pudo sufrirla el mismo cielo,
Pues cansado de carga tan pesada,
Deja que caiga al siempre escuro suelo;
Esta, del alto Olimpo despeñada,
Vuelto el pecho furioso Mongibelo,
Se muerde, se consume, se deshace,
Vive muriendo, y al morir renace.

Esta huéspeda vil de infames pechos,
A quien ofende el bien y el mal alegra,
Que se ha subido á los dorados techos,
Donde derrama su ponzoña negra;
Esta, carbon los corazones hechos,
Los hace arder mas que los suyos Flegra,
De cuyas llamas y funesto lloro
La virtud saca mas hermoso el oro.

Esta, que siembra su mortal veneno
Entre la tela rica y vil picote,
Esta, que con el bien y gusto ajeno
Da á su podrido corazon garrote;
Esta, que solo lo que tiene bueno
Es de sí misma ser pena y azote,
Esta, que como el sol lo escuro aclara,
Y escurece cualquiera cosa clara.

Este monstruo, que envidia el mundo nombra,
Envidiosa de todo y no envidiada,
Que al cielo ofende y á la tierra asombra,
Mordiendo el cetro real y tosca azada;
Esta, para dejar la horrible alhombra
De la cueva infernal donde está echada,
Se mueve, y mueve los hediondos trapos,
Adonde cria víboras y sapos.

Alzó la estrecha y arrugada frente,
Dando lugar á los hundidos ojos,
Y un báculo tomó que estaba enfrente
De punzantes espinas y de abrojos;
Deja su choza y parte diligente
A verter por Betlen arroyos rojos
De la sangre inocente que desea
Para afeitar su catadura fea.

Cruge furiosa los dañados dientes,
Vomita rabia y vil ponzoña exhala;
Lo que miran sus ojos pestilentes
Escurece, marchita, quema y tala;
Los caballos del sol resplandecientes,
De temor de mirar cosa tan mala,
Se arrojaron al mar, y van huyendo
De la vista cruel del monstruo horrendo.

Secó las yerbas, marchitó las flores,
Tembló la tierra, escurecióse el cielo,
Haciendo á sus hermosos resplandores
De nubes densas un escuro velo;
Las aves que cantaban sus amores
Hicieron pausa en su agradable vuelo,
Inficionadas de la vil presencia
Que esparce por los aires pestilencia.

Entra en Jerusalen pálida y mustia,
Y pesante del bien que en ella mira,
Se araña el rostro, el alma se le angustia,
Vertiendo por los ojos rabia y ira;
La ciudad cubre de dolor y angustia,
Y por su boca negras flechas tira
De hediondo azufre y requemado fuego,
Con que quita á las cosas el sosiego.

Está el tirano rey en la real cama
Sobre la blanda pluma recostado,
Entre ricas cortinas que recama
El oro sobre telas de brocado;
Siente en el corazon la lenta llama
Del nuevo Rey que le dejó turbado;
Siente la burla de los tres que huyeron
Sin darle cuenta del que niño vieron.

Llegó la envidia, y de sus tristes hebras
Un manojo arrancó, y emponzoñada
Al pecho le arrojó vivas culebras,
Cebadas en su sangre requemada;
En él hicieron ponzoñosas quiebras
Para roerle el alma atribulada;
Esparció podre entre las telas de oro,
Sembró dolor, veneno, rabia y lloro.

Púsole entre las sábanas de holanda
El báculo cruel de espinas duras,
Y encima de la colcha rica y blanda
De venenosos monstruos mil figuras;
El corazon cruel buscando anda
Para sembrar en él sus amarguras,
Las médulas le abrasa, róele el pecho;
Las furias del infierno trujo al lecho.

Y como á trasformarse en él aspira,
Abrázase con él, coge su aliento,
Y infunde en él el vil que ella respira,
Su ponzoña, su podre y su tormento;
Bebe el dormido rey veneno y ira,
Que de sus venas seca el alimento,
Pudre los huesos, las entrañas quema,
Y ya entre sueños con furor blasfema.

Y sin hablar palabra triste parte
Al lugar fiero de la escura cueva,
Dejando de sus males tanta parte
Cuanta consigo miserable lleva;
El corazon se le divide y parte
Al rey cruel con la polilla nueva;
En la cama no cabe ni en el mundo,
Envidioso, soberbio y iracundo.

Envidia al labrador la reja corva,
La pobre mesa y el gaban grosero;
Envidia al Rey nacido, que le estorba
La gloria de su reino lisonjero;
Teme que el nuevo Rey le trague y sorba
Como á pequeño arroyo el mar severo;
Teme perder el cetro y la real silla,
La corona que asombra y maravilla.

Es la cama de campo en que se halla
Campo lleno de espinas y de abrojos,
Cama de campo y campo de batalla,
Donde se la están dando sus enojos;
Las cortinas, que sirven de muralla,
Imagina prision de sus despojos,
Las almohadas argollas de sus penas,
Las sábanas los grillos y cadenas.

Da voces como loco, gime y llora,
El corazon comido de gusanos,
Haciéndole la envidia que en él mora
Secar y empodrecer los huesos canos;
La espada teme del que Oriente adora,
Cordel, puñal, veneno, fuego y manos,
Al vulgo, al mas privado, al mas amigo;
Que un tirano es de todos enemigo.

Teme beber en la dorada copa,
Desconfiando del que le hace salva,
Teme al privado que le da la ropa;
Que va á acostarse cuando sale el alba;
Teme del pueblo la confusa tropa;
A todos los condena, á nadie salva,
Que come y ve colgada de un cabello
La espada que amenaza al triste cuello.

Hállase combatido y acosado
Pasado el pecho de la infame envidia,
Que de un cabello solo está colgado,
Con quien para salir el alma lidia;
El nuevo Rey le tiene emponzoñado;
La burla de los magos le fastidia:
Muera el nacido Rey, loco pregona,
Tiña y bañe su sangre su corona.

Apenas concibió el dañado intento
El cruel Heródes, cuando alegre baja
Del estrellado soberano asiento
Un jóven, que al sol mismo hace ventaja;
A la luz celestial del firmamento
La de su rostro con razon ultraja;
A Nazaret llegó, donde dormia
Josef, su Esposa y el que á los dos cria.

Halló á Josef en una humilde cama,
En que el trabajo da al descanso tierno,
En otra vió que alegre luz derrama,
Abrazado á su madre el Niño eterno;
Gózase en ver del gran Jessé la rama
Con el fruto del Padre sempiterno;
Adora al Niño y á la Vírgen madre,
Y dice al que Dios hombre llama padre:

«Josef, levanta, el dulce sueño deja;
Coge el Niño divino y madre amada,
A Egipto con los dos luego te aleja
Hasta que vuelva á darte otra embajada;
Porque el tirano Heródes se apareja,
En fuego de la envidia el alma helada,
Para perder al Niño soberano.
A Dios, Josef, sacude el sueño en vano.»

Cual suele marinero que en la nave
Va durmiendo contento y descuidado,
Y en la mitad del sueño mas suave
Que le regala el cuerpo fatigado
Le suele despertar la furia grave
Del mar soberbio que halla alborotado,
Que temeroso y triste se levanta
No rendido á la furia que le espanta:

Así el justo Josef despavorido
Sacude el sueño temeroso y triste;
Y el corazon del nuevo golpe herido,
Turbada el alma apriesa el cuerpo viste;
Va á despertar al niño Dios dormido,
Y viéndole, el dolor menos resiste;
A su madre despierta, que afligida
Oye que quieren dar muerte á su vida.

Apenas los zafiros de sus ojos
Dieron luz á Josef, cuando por ellos
Mira salir estrellas á manojos
Sobre las rosas y jazmines bellos;
Mira del alma triste los despojos,
Y aflígese la suya solo en vellos;
Llora la madre y vístese turbada
De dolor y de lágrimas bañada.

Llega al dormido hermoso enamorado,
Que aunque dormido su corazon vela;
Mira que duerme Adan, de cuyo lado
Saldrá la esposa por quien se desvela;
Mira á Sanson dormido y sosegado
Sin temer de su esposa la cautela;
Dormido ve á Jacob, á su regalo,
Y ve la escala por quien suba al palo.

Llega á quitarle el regalado sueño,
Despierta sin sazon el Niño hermoso,
Mostrando en su hermosura un dulce ceño
De ver que le han quitado su reposo;
Luego mas amoroso y mas risueño,
Viendo á su madre hermosa y casto esposo,
Se regocija con los dos que ama,
Haciendo de su bella madre cama.

Cuidadoso Josef y diligente
Previene lo que importa á su camino
Para mostrarse humilde y obediente
Al bello nuncio que del cielo vino;
El peligro del Niño ve presente,
Ve que del rey humano huye el divino,
Previene el jumentillo, donde vaya
La que hizo á la belleza y gracia raya.

Recoge la herramienta y la compone,
De su pobre hacenduela haciendo un fardo,
Adonde su pobreza rica pone,
La blanca ropa y su vestido pardo;
A la jornada larga se dispone,
Que ya se juzga perezoso y tardo
Para esconder el soberano Infante
De la envidia de Heródes arrogante.

Llama luego á su esposa regalada,
Que le estaba esperando prevenida,
La cual al niño Dios sale abrazada
Partida el alma en la mortal partida;
Al corazon quisiera abrir entrada
Para esconder el alma de su vida,
Pues fuera el corazon hermoso y puro
Sagrado donde Dios fuera seguro.

Toma el Niño Josef de entre los lazos
De la divina aurora que le cria,
Y hecho el ilustre corazon pedazos,
Puso en el suelo al que es autor del dia;
Y cogiendo á su amada entre los brazos,
La pone encima de la bestia fria
Que ha de llevar la carga venturosa,
Para los mismos ángeles honrosa.

Pide la Madre á su querido bello,
Va su Josef por él, y el Niño amado
Se enlaza como vid al grave cuello;
Josef vuelve á su Esposa su adorado;
Ella abriga á su Dios con el cabello,
Que fué como vestirle de brocado;
Busca el Niño su pecho, ella su boca,
Josef á pena y gloria se provoca.

Abre el justo varon la humilde puerta,
Haciendo mudos los parleros quicios;
El cielo de cristal la suya abierta,
Mira el bien que va á honrar á los egicios;
Josef, de estrellas cándidas cubierta,
Mira la encubridora de los vicios,
Y entre el mudo silencio que derrama
Es norte de los dos que adora y ama.

Callando van por ser menos sentidos,
Porque es grande de cuerpo el miedo helado
Que los cerca cobardes y encogidos,
Guardando á su querido regalado;
El Niño llora, temen sus queridos
No se descubra y pierda su cuidado;
Acállale la madre, el Niño llora,
Teme Josef la vida del que adora.

«¡Ay hijo de mi alma! Ay gloria mia!
Dice la madre Virgen: ¿qué habeis hecho
Que así os destierra el Padre que os envia,
Haciéndoos sin sazon dejar el lecho?
Que á Adan destierre por su alevosía,
Entrándole la fruta en mal provecho,
No es mucho, que fué grande su malicia,
Y es mucho en vos sin culpa tal justicia.

»No es mucho peregrino y desterrado
Vaya el que fué tentado en la obediencia,
Que al Hijo hermoso pudo ver vendado
Sin que faltase fe en su descendencia;
Pues si á Egipto llegó con su ganado,
Fué huyendo de la hambre la violencia;
Mas es mucho que vaya peregrino
El hartura de Dios, el pan divino.

»Que el idólatra, hijo de la esclava,
Con su madre saliese desterrado,
No es mucho, pues se ve que idolatraba
Induciendo al Isaac bello y amado;
Pero que el nuevo Isaac, que el cielo alaba,
Del Padre eterno sustancial traslado,
El que viene á quitar á Adan el yerro,
¿Ese salga á la pena y al destierro?

»¿De quién huyendo vais, divino Elías?
Es de la injusta Jezabel, que intenta
Dar fin amargo á vuestros tiernos dias,
Buscando vuestra muerte y vuestra afrenta?
¿Huis, siendo la muerte de Golías
De Saul ingrato la impiedad sangrienta?
¿Por quién andais á sombra de tejados,
Huyendo de la envidia los soldados?»

Dijo, y temiendo los nocturnas guardas,
Salen de la ciudad al tiempo cuando
Las listas de oro entre las nubes pardas
Dicen que deja el alba el lecho blando;
Alentando Josef las fuerzas tardas
Del animal que humilde va guiando,
Su temor convertido en alegría,
Responde á su hermosísima María:

«Bien pudiera enviar, amada hermosa,
Quien envió en defensa de Eliseo
De sus escuadras cantidad copiosa
Para defensa del que por Dios creo;
Bien pudiera su mano poderosa
Cegar á Heródes como al pueblo feo
Que se atrevió en Sodoma á la hermosura
Que el temeroso Lot guardar procura.

»Pudiera hacer que el mar se le bebiera
Cual hizo al Rey rebelde y obstinado,
Y que como á Datan se le sorbiera
La tierra y vivo fuera sepultado;
Pudiera hacer que fuego descendiera
Como en Sodoma sobre el Rey malvado,
Y pudiera con ranas y mosquitos
Sacarle el alma entre rabiosos gritos.

»Bien lo pudiera Dios, dulce María;
Mas ¿cómo la corona se labrara
De vuestra gracia y la obediencia mia
Si con trabajos no nos regalara?
Y tambien el que á Egipto nos envia
Quiere que el niño Dios dé muestra clara
De que es hombre mortal, pues huye y teme
Porque el hereje infame no blasfeme.

»¿Podia faltarle á Dios una cestilla
Que del nuevo Moisés fuera navío,
En que, en llegando á la apacible orilla,
Moviera de la Infanta el pecho frio?
¿Faltárale una pobre mujercilla
Que descolgara con varonil brio
Por la ventana al explorador nuevo,
Que por órden de Dios á Egipto llevo?

»Faltara una Michol, que de piadosa
Diera la vida al tierno Esposo amado,
Componiendo una estatua artificiosa
En lugar de David que habia librado?
Faltara á Dios la Josabeth hermosa,
Que al Príncipe escondiera regalado,
Hurtándole á la furia de Atalía,
Que la regia prosapia destruia?

»No le faltara de Jael la mano,
La espada de Judith, ni el carro ardiente
En que Elías, rompiendo el aire vano,
Voló por ese globo trasparente;
No la vara dichosa que el Gitano
Mira culebra y azotado siente,
No el puñal de Moisés, ni la honda brava
Del que á Isai el ganado le guardaba.

»Así que, Esposa amada y reina mia,
Como mejor sabeis, el cielo ordena
Que padezcamos entre angustia fria
Del Niño desterrado el ansia y pena;
Que el Padre eterno á su querido envia
A Egipto, de tinieblas tristes llena,
Para ahuyentarlas con su lumbre pura,
Volviendo luz su densidad escura.

»Es Dios tan manso y misericordioso,
Que quiere reducir á su enemigo,
Y envia á tratar de paz al Niño hermoso,
Que desde el cielo la bajó consigo;
La paz pretende blando y amoroso,
Satisfaciendo á Egipto del castigo
De las diez plagas, con la medicina
Que para su salud allá camina.»

Desta suerte Josef va entreteniendo
La pena grave de su prenda hermosa;
Ella el consuelo al Santo agradeciendo,
Contempla su virtud maravillosa;
Mira que va cargado á pié y huyendo,
Martirizada el alma cuidadosa
De pena, de dolor, miedo y cuidado,
Y va mostrando un celestial agrado.

Mira que es de los dos guarda y consuelo,
Compañero, defensa, padre, amparo,
Que en humildad profunda y santo celo
Descubre la virtud del valor raro;
Ve que á las penas que les llueve el cielo
Hace con su prudencia fiel reparo,
Mostrando igual constancia el varon justo
Al gozo y al pesar, al mal y al gusto.

Deste modo los dos castos amantes
Peregrinando van noches y dias,
Sufriendo los rigores penetrantes
De los aires helados y aguas frias;
Si acaso ven algunos caminantes,
Se turban sus dichosas alegrías,
Temiendo de que buscan su querido
En rosas y jazmines escondido.

Altéralos el árbol que se mueve
Sacudido del aire que se enoja;
La sombra que hace entre la blanca nieve
Gente del fiero Rey se les antoja;
Temen la foragida gente aleve,
Que al caminante con rigor despoja:
Todo lo teme el uno y otro amante,
Que el miedo tiene cuerpo de gigante.

Teme Josef, si Heródes los hallara,
Que maniatados á los dos volviera
Y de los blancos pechos arrancara
Al que el del Padre airado hará de cera;
Que presos á la cárcel los llevara,
Y ante sus ojos muerte al Niño diera,
No pudiendo guardar su amada vida
De la furia del bárbaro homicida.

Imagina á su Esposa maniatada,
Que la condena el Rey por malhechora,
Y su justa inocencia condenada
A abrir su pecho mano vengadora;
Imagina su sangre derramada,
Y él la del corazon derrama y llora,
Disimulando el grave sentimiento
Por su Esposa que lleva igual tormento.

Imagínase preso y aherrojado
En el horrendo calabozo escuro,
Por infames verdugos azotado,
Rasgado el pecho con el garfio duro;
Imagínase á muerte condenado
Y que le arrastra el escuadron perjuro
Hasta el lugar donde el desnudo brazo
Al alma libra del estrecho lazo.

Y dice: «¡Ay Dios, si tan dichoso fuera
Que libre mi adorado y mi querida,
La sangre de mi pecho alegre diera
Por guardar de los dos la amada vida!
¡Quién por el Niño padecer se viera
Hasta que el alma, la prision rompida,
Fuera á esperar la redencion copiosa
A la cárcel de gente venturosa!»

Así contempla el mártir de deseo,
Mártir de amor, que del amor herido,
Del martirio gozó lauro y trofeo,
Padeciendo en el alma y el sentido;
Mártir, que de su vida haciendo empleo,
La ofreció por guardar á su querido;
Mártir de amor, que con gloriosa palma
Como su Esposa padeció en el alma.

Caminan los desiertos arenales,
Temiendo tigres, onzas y dragones,
Feroces y crueles animales,
Y mas que estos escuadras de ladrones;
Temen los enemigos capitales
Del pueblo de Israel y sus blasones;
Pisan la márgen al regador Nilo,
Temiendo al engañoso cocodrilo.

Pasan las noches con temor y susto
Entre desiertas ásperas montañas,
Tal vez abriendo el alcornoque adusto
Para hospedar al Niño en las entrañas;
Tal vez le ofrece con natural gusto
La encina miel, azúcares las cañas;
Tal vez las palmas bajan sus cabezas
Poniendo entre sus manos sus riquezas.

Tal vez el ganadero que los topa
Les ofrece la leche, el pan y el queso,
Cuál del corcho les da la leve copa,
En que hace ondas el cristal travieso;
Cuál con la blanca piel al Niño arropa,
De la hermosura de su rostro preso;
Cuál á Josef le da el corvo cayado,
Que, aunque alegre le ve, le ve cansado.

Tal vez Josef á su querida pide
Le dé el Niño Jesus, que ver desea,
Y el Niño con sus brazos se comide,
Premiando el gusto con que en él se emplea,
El Niño hermoso el cuello grave mide
Del dichoso que alegre le gorgea;
Besa el Niño á Josef, Josef suspenso
Bebe el néctar de gusto y gozo inmenso.

Lleva unida á su pecho la hermosura,
En el pecho de Dios siempre engendrada,
Que llenándole el alma de dulzura,
La deja de su amor mas abrasada;
Gozando va la sin igual ventura,
Sola para su Esposa y él guardada,
Pues solos le llevaron en sus brazos,
Gozando del favor de sus abrazos.

Va el Niño entre los brazos del que ama,
Y como es ya de un año y sed padece,
Agua pide á Josef, que padre llama,
Y él por los ojos la del alma ofrece;
Agua le pide el que de amor le inflama,
Y al paso de su sed la pena crece
Del Santo que le lleva, porque ignora
Dónde halle el agua para el Dios que adora.

¡Cuántas veces faltó entre piedras frias
La comida á la Esposa y Niño bello!
Y cuántas el que el pan ofreció á Elías,
Deseó bajar y al gran Josef traello!
Cuántas aquel, que en los pasados dias
Cogió el pastor del rústico cabello,
Deseó que el Padre eterno le mandara
Que comida del cielo les bajara!

La Vírgen disimula la sed grave
Por no afligir al caminante santo,
De cuyo amor con certidumbre sabe
Que hiciera fuentes de copioso llanto;
Josef come del pan dulce y suave,
Que es sustento del Padre sacrosanto;
Bebe del agua de la fuente viva,
Cuya inmortal dulzura es excesiva.

Vuelve y dice á su amada el noble Esposo
Del tiempo que otra vez la gente hebrea
Pisó el desierto estéril y arenoso,
Que agora el Niño ilustra y hermosea;
Y cuánto el cielo fué con él piadoso,
Que en cuarenta años que por él pasea
Dios le favoreció con mano larga,
Haciendo dulce la jornada amarga.

»Cómo la nube opaca al sol se opuso,
Hecha escudo al ardor que despedia,
Cómo de noche la columna puso
Su escuridad volviendo claro dia;
Y cuán contrario agora lo dispuso,
Pues la nube derrama lluvia fria,
Escureciendo la menguante luna,
Que pudiera en la noche ser coluna.

»Las piedras no gastaban su calzado,
Conservándose sanos sus vestidos,
Y agora miro en Dios maravillado,
La ropa rota y estos piés heridos;
Entonces daba el agua un canto helado,
Con que Dios regalaba á sus queridos,
Agora el agua huye y su ser trueca,
Dejando su corriente mustia y seca.

»Entonces daba el cielo la comida
A cada cual á gusto del deseo,
Agora la hambre vil descolorida
Nos amenaza con su rostro feo;
Entonces su rigor quitó la vida
Del reino egipcio á su mayor trofeo,
Con sus hijos mostrando el brazo fuerte,
Y agora el suyo huye de la muerte.

»Entonces el caballo y caballero,
Que al escogido pueblo perseguia,
Al mar, por donde abrió llano sendero,
Dejó caer sobre su valentía;
Agora, huyendo de un tirano fiero,
Le deja en su soberbia monarquía,
Enviando al Hijo de su pecho amado
Por montes y desiertos desterrado.

»En aquel bien pasado y mal presente
El afligido corazon repara,
Mas bien sabe este Niño omnipotente
Que por ninguno aqueste bien trocara;
¿Qué nube blanca, qué coluna ardiente,
Qué maná dulce y portentosa vara,
Qué mar abierto, qué abundante piedra
Llega al bien que á mi cuello se hace yedra?»

El Niño hermoso alegre á Josef besa,
El gusto en su trabajo agradeciendo;
El nuevo Atlante absorto se embelesa,
El aliento del Niño Dios cogiendo;
Pídele la hermosísima princesa,
El pecho de jazmines previniendo,
Donde reclina á Dios y adonde él bebe
Néctar que mana entre la grana y nieve.

Entra en Egipto el Todopoderoso
Sobre la nube que nos llovió al justo,
Y ante la bella luz del rostro hermoso
Los ídolos cayeron que hizo el gusto;
Huyendo van al reino temeroso,
Aullidos dando entre temor y susto,
Como lo dijo aquel profeta sábio,
Que limpió el fuego el uno y otro labio.

Bajó la china de la Indiana China,
Que del monte sin manos fué cortada,
Cuya potencia y santidad divina
La estátua derribó del Rey soñada;
Pues siendo de oro rico y plata fina,
De cobre, hierro y barro fabricada,
Hiriéndola en los piés la hizo pavesa,
Quedando convertida en niebla espesa.

Tambien el venerable Jeremías,
Que cautivo en Egipto lo predijo,
Al triste son de las cadenas frías,
Que por Dios le causaron regocijo,
Que veria Egipto en los futuros dias
Que una Vírgen hermosa tendria un hijo,
A cuyos bellos ojos soberanos
Caerian las aras de sus dioses vanos.

Desde entonces un ara levantaron,
Y al Niño y á la Madre la ofrecieron;
A la Madre por Vírgen adoraron,
Y deidad en el Niño conocieron;
Solas estas imágines quedaron,
Y todas las demás al suelo fueron,
Cuando entró por Egipto el arca viva
Que las estátuas de Dagon derriba.

Llegan á la Tebaida venturosa,
Y della á una ciudad pobre y pequeña,
Heliópolis llamada, mas gloriosa
Que la que sus pirámides enseña;
Pide Josef á su consorte hermosa
Al Niño Dios, que con su faz risueña
Infunde en él un resplandor divino,
Con que olvida el trabajo del camino.

Llega á un meson, pregunta si hay posada,
Sale el huésped, gitano mas piadoso
Que los ingratos que la noche helada
Le fueron mas que el tiempo riguroso;
Sale el huésped, y el alma enamorada
Del rostro bello del Infante hermoso,
Que sí responde, y cuando no la hubiera,
Que dentro el alma humilde se la diera.

Entra y descansa la divina Aurora
De dos meses de susto y de cuidado,
Y ofrece el pecho al que por ellos llora,
Que llega del camino trabajado;
Josef, que el gusto de los dos adora,
Le solicita con afable agrado;
Yo, que á Belen he de volverme luego,
Doy fin al canto, que cansado llego.

CANTO XIX.

De la muerte de los Inocentes, y puericia de Cristo nuestro Redentor.

¿Qué lamentables voces, qué gemidos
Adelgazando el aire le corrompen?
Qué gritos tristes, qué roncos aullidos
El vuelo de las aves interrompen?
Qué llantos miserables, qué alaridos
Al cielo llegan y sus puertas rompen?
Qué fines tristes, qué no vistos males
Pronostican los llantos desiguales?

¿Qué ricas hebras de oro veo arrancadas,
Que esparcidas al aire le enriquecen?
Qué mejillas de rosa veo arañadas?
Qué soles, que eclipsados amanecen?
Qué perlas de las almas distiladas?
Qué cuerdas, que furiosas se enloquecen?
Qué matronas sin seso descompuestas?
Qué gritos tristes, qué voces funestas?

¿Qué mar de sangre la ciudad inunda
Del rey tirano, en que nació el Eterno?
Qué crueldad fiera de Atalía iracunda
Hace de bronce duro el pecho tierno?
Qué Aleto, qué Meguera furibunda
Se ha desatado del horrible infierno?
Qué Abarimo cruel, qué helado scita
El llanto miserable solicita?

¿Qué cuadrilla de lobos carniceros,
Contra unos corderillos desarmados,
Muestra las garras y los dientes fieros
En la sangre purísima manchados?
Qué soldados afilan los aceros
En rosas y claveles encarnados?
Qué rústica segur las flores siega
Y el campo estéril con sus hojas riega?

¿Qué mano tosca de villano astuto
Al árbol llega lleno de hermosura,
Y sin sazon arranca el tierno fruto,
Marchitando del árbol la frescura?
Qué animal fiero, qué inhumano bruto
Al nido sube, donde mal segura
El avecilla guarda sus hijuelos,
Que ayuda pide á los piadosos cielos?

¿Qué cierzo requemado al hielo incita
Contra las flores que el almendro ofrece,
Que las vistosas hojas le marchita
Y las tempranas flores desvanece?
Qué mano sin piedad furiosa quita
A la temprana viña que florece
Los racimos en cierne que, colgando,
La enamorada vid está abrazando?

¿Qué tristes y sangrientos arreboles
Se muestran al salir de la mañana?
Y qué recien nacidos bellos soles
Eclipsados derraman sangre humana?
Qué jazmines, qué rubios tornasoles
Están vestidos de sangrienta grana?
Qué estolas mas que nieve veo teñidas
De la sangre que brotan las heridas?

¿Qué gigantes armados triste veo
Desnudar el acero reluciente,
Amenazando al escuadron pigmeo,
Mas que el de los corderos inocente?
Qué lauro victorioso, qué trofeo
Espera el escuadron fiero inclemente,
Mostrándonos cruel y embravecido
Cuánto corta la espada en un rendido?

¿Qué ovejas miro andar descarriadas
Dando balidos por sus recentales?
Qué gallinas defienden erizadas
Los polluelos con golpes desiguales?
Qué abejas de aguijon y enojo armadas
Defienden la labor de sus panales?
Qué mujeres, mudadas en leonas,
Muestran los corazones de amazonas?

Cuál, con mano tan fiera como blanca,
Del oro, de quien hurta al sol los rayos,
Las hebras rubias sin piedad arranca,
Volviendo enero sus floridos mayos;
Cuál de su sangre liberal y franca
Padece de la muerte los desmayos
Por defender del bárbaro homicida
La vida del que há un mes que tiene vida.

Cuál al que adora da el último abrazo;
Llega el verdugo del airado Marte,
Y asiendo de jazmin el tierno brazo,
Furiosamente por mitad le parte;
Cuál de la mano fiera haciendo lazo,
El cuello tuerce por do el alma parte;
Cuál coge al inocente, y encendido
Le arroja en varias partes dividido.

Cuál le clava en el pecho que le cria,
Y la leche que alegre el niño mama
Vuelve á salir por la boquilla fria
Mezclada con la sangre que derrama;
Cuál con la madre con crueldad porfia,
Y cada cual tirando de su rama,
Desgajan con amor y con violencia
El árbol do florece la inocencia.

Cuál á la madre llega que le encubre,
Y furioso y soberbio la atropella;
El inocente niño se descubre,
Y el verdugo inhumano le degüella;
Cuál madre de sudor el rostro cubre,
Y temerosa con su prenda bella
La va á esconder, y esconde el puñal fiero
El homicida ingrato en el cordero.

Cuál llega al niño que con dulce risa
Con el sayon por su inocencia aboga,
Y el inhumano con crueldad le pisa,
Y entre sus piés con impiedad le ahoga;
Cuál escondido al cruel ministro avisa,
Que por el mar de sangre airado boga,
Sácale el alma, y palpitando deja
El corderillo en brazos de la oveja.

Cuál al hermoso niño fiero arranca
De entre los pechos de quien vida bebe,
Volviendo rosa la azucena blanca,
Su jazmin lirio y su escarlata nieve;
Cuál madre de sus ricas joyas franca
Soborna en vano al que impiedades llueve,
Que el joyel que pretende ya le ha hallado
De la garganta de marfil colgado.

Cuál coge al niño, y en furor ardiendo,
En un poste le estrella la cabeza,
La piedra su dureza enterneciendo
Cuando los hombres hurtan su dureza;
Cuál al niño que alegre está durmiendo,
Enamorando al cielo su belleza,
Furioso le arrebata y pasa el pecho,
El de su madre de dolor deshecho.

Cuál como niño que temer no sabe
Al verdugo que viene, abre los brazos,
Y muestra el pecho para que le enclave,
Dando al fiero puñal tiernos abrazos;
Cuál madre entre la angustia y pena grave
De sus entrañas coge los pedazos,
Donde volverlos otra vez quisiera
Para que nueva vida y ser les diera.

Cuál con pasos helados se retira,
Y el cruel ministro vomitando sañas
Tira del niño y dél su madre tira,
Y el niño muestra abiertas las entrañas;
Cuál abrasada, como tigre, en ira,
Busca de muertos entre las montañas
La prenda de su amor que no parece,
Con que el dolor y su lamento crece.

Cuál dice: «¡Ay hijo, y quién no te engendrara,
Y ya que te engendró no te pariera,
Y ya que te parió al nacer te ahogara,
Y el vientre triste sepultura fuera!»
Cuál dice sollozando: «¡Ay prenda cara,
Quién dentro en sus entrañas te escondiera
De aquestos Trogloditas inhumanos,
Sin ver andar las tuyas en sus manos!»

Cuál dice al que su niño hermoso lleva:
«Si has sido padre, si has amor tenido,
Haga el amor de haberlo sido prueba,
Y deja de matarme mi querido;
Si no lo has sido, esa beldad te mueva
Que de en medio del alma has desasido;
¡Así lo seas de unos ojos bellos,
Que te alegre la gloria de tenellos!»

Deja el tierno cordero degollado,
Sin responder el lobo carnicero;
Ella le dice: «¡Ah cobarde armado,
Contra aquesta inocencia bravo y fiero!
Ladron, que del tesoro que has robado
Dejas la bolsa y sacas el dinero,
¿A dónde huyendo vas? Cobarde, espera,
Verás hecha leona una cordera.»

Dice otra: «¡Oh madres tristes! Id huyendo
De la fiera del hombre cruel y ingrata,
Mas que todas las fieras monstruo horrendo,
Pues que ninguna lo que engendra mata;
Huid, porque asolando y destruyendo
Gargantas siega y pechos desbarata,
Piernas y brazos con rigor desmiembra,
Las almas saca y las entrañas siembra.

»Huid deste animal, nobles matronas,
Que os persigue soberbio y iracundo,
Sino es que, como fuertes amazonas,
Quereis mostrar vuestro valor al mundo;
Huid debajo las airadas zonas
Al arimaspo, al scita furibundo,
A la Etiopía de inhumana gente,
A los dragones de la Libia ardiente.»

Otra, bañada en lágrimas, forceja
Por librar de la muerte á su adorado,
Y el verdugo cruel medio le deja,
Habiendo el otro medio desmembrado;
Otra en ser madre con dolor se queja,
Y maldice el haberlo deseado,
A la esterilidad bendita llama,
Aunque conoce que la ley la infama.

Cuál dice: «¡Ay tigres fieros inhumanos!
¿Son valentías de gallardos hechos
Mostrar contra estos pechos vuestras manos,
Abriendo airados estos blancos pechos?
Verdugos, como el mismo rey tiranos,
¡Murais rabiando de dolor deshechos,
A vuestros hijos os comais, y luego
Las nubes os consuman en su fuego!»

Cuál grita como loca: «Hombres ingratos,
¿Es este el pago á nuestra fe debido?
Maldiga el cielo los alegres ratos
De donde aquestos hijos han nacido;
Pues siquiera por ser vivos retratos,
Adonde cada cual se ve esculpido,
Pudiérades guardar su amada vida;
Pero por eso solo es bien perdida.»

Otra, rabiando, dice: «El hijo deja
Que me costó mi sangre y mis dolores»;
Ase el ministro de oro la guedeja,
Y marchita del alba los colores;
Cuál huye y á esconderse se apareja,
Y el niño bello, derramando amores,
Llama al verdugo, que como oye el grito,
Corta el jazmin y déjale marchito.

Cuál dice airada entre funestos llantos:
«Tirano Rey, ¿desta arte nos defiendes?
¿Por qué consientes que padezcan tantos,
Si solo á un Niño rey matar pretendes?
Cobarde, á quien un niño causa espantos,
¿No echas de ver, cruel, que no te entiendes,
Pues que tu vida tu puñal degüella
Matando á quien pudiera defendella?

»¿Quién te defenderá, si el Rey nacido,
Ya varon, se apercibe á hacerte guerra?
Quién, loco, si tú mismo has destruido
A los que habian de defender tu tierra?
Y si por rey el Niño está escogido,
Del eterno saber que nunca yerra,
En vano es, necio Rey, tu injusto celo,
Que ha de cumplirse lo que ordena el cielo.»

Otra dice: «¡Oh Rey niño! El mundo vea
Que glorioso y triunfante el cetro huelles
Deste cruel que tu morir desea,
Al cual como á tirano vil degüelles;
Toma venganza desta afrenta fea,
Miren mis ojos que al traidor desuelles,
Y que sus viles carnes, podrecidas,
De buitres y de cuervos sean comidas.»

«Salvador, dice otra: si lo eres,
Y vienes á salvar, ¿cómo condenas
A dolor y tristeza á estas mujeres
Y á aquestos inocentes á estas penas?
Salvador Niño, no nos desesperes,
Rompe los grillos, quiebra las cadenas
Del oprimido pueblo, y del tirano
La cerviz sigue tu gloriosa mano.—

«Vén, Salvador divino, otra vocea,
Y á los que por tí mueren libra y salva;
Mústias y secas tu grandeza vea
Las bellas flores al salir del alba;
Vén, Salvador, que el mundo te desea,
Y en la venida te hace fiesta y salva,
Sembrando flores, rosas y jazmines,
Sobre los cuales triunfador camines.»

Encarnizados en la cruel matanza
Los sangrientos verdugos la acrecientan;
Crece el dolor y mengua la esperanza
De las que tristes de dolor revientan;
Acabó de su bien la confianza,
Los alaridos roncos mas se aumentan,
Crecen los rios de la sangre roja,
La amarillez, el ansia y la congoja.

Los rayos escondió el rubio Timbreo,
Porque tan gran maldad mirar no pudo;
Hízole horror el caso atroz y feo
Del pueblo ingrato, de piedad desnudo;
Despeñóse á las olas de Nereo,
Y á la garganta de oro dando un nudo,
Encúbrese corrido, y triste parte
De haber mirado tan cobarde á Marte.

Tendió la noche su lobuna capa
Sobre los corderillos inocentes
Por ver si su piedad á alguno escapa
Del cobarde escuadron de los valientes;
Y aunque á los niños con su sombra tapa,
Ellos se manifiestan diligentes,
Que en su temprana muerte está su gloria,
Y en ser vencidos su mayor victoria.

Con las tinieblas crece la tristeza:
Llora el mozo, el varon, el niño, el viejo,
La madre llora su mayor riqueza,
Sin admitir consuelo ni consejo;
La sangre sube en presta ligereza
Al cielo, y empañándole su espejo,
Como la de Abel justo al cielo clama
Contra el vil escuadron que la derrama.

Llora Raquel y sus clamores crecen,
Y mirando sin vida sus despojos,
No admite los consuelos que le ofrecen,
Que antes le multiplican los enojos;
No halla consuelo como no parecen
Las bellas luces de los bellos ojos;
Sus voces, sus lamentos, sus aullidos
De todos fueron tristemente oidos.

Los montes tristemente la escucharon,
Los valles tristemente respondieron,
Su dureza las peñas ablandaron,
Y las yerbas en sangre se tiñeron;
Las aguas cristalinas se enturbiaron
Con la inocente sangre que cogieron,
El cielo se cubrió de negro luto,
El ave dejó el vuelo, el pasto el bruto.

Teñida en sangre la ligera Fama
Con las nuevas tristísimas se parte;
Furiosa gime y espantada brama,
Dando de tal crueldad al mundo parte;
Llega á do el Nilo su cristal derrama,
Y del egipcio reino á aquella parte,
Donde el noble Josef y su consorte
Gozan del Rey de la suprema corte.

Las almas les hirió el cuchillo agudo,
Cubrió sus rostros un temor helado;
Ninguno el golpe disimular pudo,
Que los dos corazones ha enclavado;
Cada cual de dolor y pena mudo
Está mirando á su consorte amado;
Llora la Vírgen, llora el noble Esposo,
Y el Niño que los ve llora medroso.

Disimula la Vírgen soberana
Los arroyos de aljófares divinos,
Por restañar los que entre nieve y grana
Vierte el Niño en sus pechos cristalinos;
Josef, con pecho tierno y alma humana,
Inescrutables mira los caminos
Que tiene Dios, y dale eternos loores
De ver libre al Señor de los señores.

Con miedo guarda y con temor encubre
Al Niño tierno, cuya lumbre pura
Por los divinos ojos se descubre,
Aumentando del cielo la hermosura;
La Madre entre mantillas pobres cubre
Al Niño hermoso, de quien es criatura,
El uno y otro en él regocijado
De que del impio Heródes le han librado.

El Niño amor con gusto se adormece
Colgado del clavel del blanco pecho,
Y el suyo el gran Josef luego enriquece
Haciendo de sus brazos lazo estrecho;
Puesto en la cuna á su adorado mece,
Cisne cantor de sus grandezas hecho;
Alégrase la Vírgen sacrosanta
De ver que el Niño duerme y Josef canta.

El infinito Niño va creciendo,
Y con donaire y gracia sobrehumana
Hace pinitos de la mano asiendo
A la que huella á la inmortal Diana;
Della al justo Josef parte corriendo,
Y de los brazos con que el orbe allana
Alas haciendo, vuela al dulce nido
Del tierno corazon de su querido.

Cuélgase alegre del amado cuello,
Y hallándose seguro entre sus brazos,
El rostro grave junta al suyo bello,
Premiando sus dulcísimos abrazos;
Josef entre las hebras del cabello,
Que son rayos del sol y de amor lazos,
Gozoso en tanta gloria se embelesa,
Y del que adora las mejillas besa.

La mano toma al Niño soberano,
Favor que á tanta dignidad conviene,
Y mira cómo tiene de la mano
Al que en la niña suya el orbe tiene;
Al riguroso Dios ve tan humano,
Que ya al hombre á la mano se le viene,
Y que olvidado Dios de su castigo,
Le da la mano de perpetuo amigo.

A todos por la mano se le gana,
Pues que glorioso de la mano lleva
A la sabiduría soberana,
Que hace de su niñez andando prueba;
Mueve los piés de rosa, nieve y grana,
Y ya mas firmes, á andar solo prueba
De su Josef la mano desasiendo,
A la ley de la infancia obedeciendo.

Tal vez deja los brazos de su madre,
Y lleno de amoroso regocijo
Por ver que tal favor á Josef cuadre,
Gorgeándose con él, padre, le dijo:
El con afecto y con amor de padre
Hijo le llama, siendo de Dios hijo;
Llega su rostro al de escarlata y nieve,
Y de sus rosas el aliento bebe.

Ya el niño Dios los blancos pechos deja
Ricos de su alimento soberano,
Y en los piés de oro ya mayor forceja,
Y anda sin que le dé nadie la mano;
Llora si ve que su Josef se aleja,
Y viéndole volver se alegra ufano;
Asele y dice lleno de alegría:
«Padre, dénos del pan de cada dia.»

Y tal vez que el dichoso carpintero
Con la cruel sierra de piedad desnuda
El pecho rompe del cuarton grosero,
Que se resiste á su fiereza aguda;
Llega el que es de la gloria el heredero,
Y como ve que trabajando suda,
Con el nevado babador le limpia,
Lavado por la que es mas que el sol limpia.

Cógele de la mano, y amoroso
Le lleva donde teje su querida;
Gózase en verla el virginal Esposo
En su honesto trabajo entretenida;
Ella, tendiendo el resplandor hermoso,
Vuelve á ver las dos almas de su vida,
Al niño Jesus mira y á su amado,
Que uno del otro viene enamorado.

Deja el telar la virginal Señora,
Y con la gracia que enamora al cielo
La limpia mesa pone á los que adora
Y le llenan el alma de consuelo;
Coge Josef al Dios que le enamora
Y le escogió por el mejor del suelo,
Y dícele entre el gozo que le muestra:
«Hijo querido, siéntate á mi diestra.»

Siéntase, y luego pone al Niño á un lado,
Y entrando la bellísima Princesa,
El otro toma de su Esposo amado,
Que es cabecera en la divina mesa;
A un lado ve la que es de Dios agrado,
Al otro al Niño, que por Dios confiesa,
Y que le sirven los que á Dios adoran,
Que de su dicha grande se enamoran.

Un ángel, que de estrellas viste un alba,
Trae los servicios de la real comida;
Otro, cuya belleza imita el alba,
Trincha á los tres que tienen una vida;
Otro, lleno de luz, les hace salva,
De rodillas sirviendo la bebida,
Sirviendo al rededor los de la boca,
Que el amoroso Niño á amor provoca.

Come el Esposo bienaventurado
La beldad que á Dios quita las enojos,
Y al eterno manjar siempre engendrado
Enamorado come por los ojos;
El niño Dios del Santo enamorado,
Le abrasa el alma y roba sus despojos;
Bebe Josef gozoso el agua viva,
Que hace que eterno el que la bebe viva.

El cuerpo flaco su porcion demanda,
Y la divina virginal paloma
Ruega amorosa al que á su Criador manda
La vianda pobre para el cuerpo coma;
Vuelve Josef humilde á su demanda,
Y la comida de sus manos toma;
Come Josef y llega el Niño amado,
Y de la boca quitale el bocado.

Muérdele alegre el sumamente bueno,
Baja á Josef, que á dulce amor provoca,
Y vuelve á darle de contento lleno
El bocado quitado de su boca;
El nutricio dichoso de sí ajeno,
Que á tal favor se vuelve el alma loca,
Sangre del alma por los ojos llueve,
Que el niño Dios enamorado bebe.

La bella Aurora, á quien el sol no iguala,
Con mucha gracia y con afable agrado
Al Niño hermoso y á Josef regala
Dándoles el manjar que ella ha guisado;
Los coros bellos que en la pobre sala
Sirven al Rey eterno disfrazado,
Como á Josef tan venturoso miran,
Su dicha alaban, su virtud admiran.

Como el Niño á Josef la vida debe,
Le regala premiando su pureza;
El vaso toma en que su Josef bebe,
Y bebe en él su sin igual grandeza;
Tiénesele Josef, y es bien se eleve,
De tal familia viéndose cabeza;
La Virgen se regala y enamora
Viendo el favor que goza el que la adora.

Suenan alegres músicas suaves
De las que en la sagrada impírea cumbre
Dan las divinas voladoras aves
Al que rige su inmensa muchedumbre;
Suspenden á las dos personas graves
Regocijando al que es lumbre de lumbre,
Que les da el postre en la comida pobre,
Porque con su presencia todo sobre.

Dan gracias á su Niño omnipotente
Por las que les ha hecho en la comida;
Luego la escuadra alada diligente
Alza la mesa en que comió su vida;
Coge Josef al bello Sol de Oriente,
Y puesto entre él y su mujer querida,
Mil requiebros le dice, mil amores,
Que paga con ternísimos favores.

Toma el hermoso Niño entre sus manos
Las de su Madre amada y justo Esposo;
Dales en ellas besos soberanos,
Honrando el matrimonio venturoso;
Pásmanse los celestes cortesanos,
Ríese el Niño, y con agrado hermoso
De los dos brazos hace un lazo bello
Con que enlaza amoroso su real cuello.

Coge Josef, que en dulce amor se inflama,
Al que es entre millares escogido;
Él besa alegre al que su padre llama
Del cuello grave estrechamente asido;
Josef hace su pecho dulce cama,
Donde se queda el niño Dios dormido;
El Niño eterno duerme, Josef vela
Hecho de Dios divina centinela.

Josef, lleno de gozo y alegría,
Su amor descubre y su bondad señala,
Hecho padre y tutor que adora y cria
A su menor, que al Padre eterno iguala;
La vírgen hermosísima María
Al Niño y á Josef sirve y regala;
El Niño en su niñez maravillosa
Se regala en los dos en quien reposa.

Cuál vez que la purísima Doncella
Está labrando sobre su almohadilla,
Llega el que rayos puros del sol huella,
Y ante los de su Madre se arrodilla;
El cual, asido estrechamente della,
Besa el clavel que al cielo maravilla;
Ella le pone en sus virgíneas faldas,
Los ángeles haciéndole guirnaldas.

Cuál vez que el Santo con la azuela aguda
Las astillejas del madero arranca,
Llega el que eternamente no se muda
A recogerlas con su mano blanca;
Y al que es en su niñez guarda y ayuda
Besa la mano en su servicio franca;
Abrázale Josef y en él se eleva,
Y él las astillas á su madre lleva.

Cuál vez que el carpintero venturoso,
Ayo de Dios y de su Madre dueño,
Rindió los lasos miembros al reposo
Que le venció pesado y halagüeño,
Allegó alegre su querido hermoso,
Y hecho fiel Argos de su dulce sueño,
Con el dedo en la boca se le guarda,
Hecho Dios de Josef custodio y guarda.

Cuál vez Josef con amorosa muestra
Manda al Niño hacer algo, y él responde:
«Hágase, padre, la voluntad vuestra,
Que á la vuestra la mia corresponde.»
Josef, mirando la humildad que muestra,
Entre los hombros la cabeza esconde,
Absorto en contemplar que le obedece
Aquel á quien el cielo se estremece.

Cuál vez á su querida Josef dijo,
Teniendo al cuello al niño Dios colgado:
«Virgen hermosa, este es mi amado hijo,
En quien gloriosamente á mí me agrado.»
Cuál vez vertiendo gozo y regocijo,
De su niño Jesus enamorado,
Llega y bebe el aliento que respira,
Pásmase el alma, el corazon se admira.

Cuál vez Josef, de dulce amor herido,
Clava los ojos en el Niño eterno;
Los suyos clava Dios en su querido,
Haciendo horno de amor su pecho tierno;
Josef en vivas llamas encendido
De la fuerza de amor del fuego interno,
Hecho un volcan de amor dulce y suave,
Brota el fuego que dentro no le cabe.

Cuál vez Josef, que á Cristo se parece,
Se mira en Dios de infinidad abismo;
Cristo mirando al Santo que engrandece,
Se goza viendo en él su rostro mismo;
Crece en Josef la gloria, el amor crece,
Padeciendo un glorioso parasismo,
Pues de verse y amarse los dos tanto,
Procede un dulce amor divino y santo.

Cuál vez Josef le dice : «¡Oh gloria mia!
Si el Hijo sabio es gloria y regocijo
Del cuidadoso padre que le cria
Para venir á honrarse con tal hijo;
Siendo vos la inmortal sabiduria
Que el Padre eterno eternamente dijo,
Y siendo mi hijo vos, ¿qué gloria y gozo
Pueden llegar al que en tal hijo gozo?»

Cuál vez que mira el Niño poderoso
Que dejan el trabajo sus amados,
Con un mirar suave y amoroso
Dice : «Venid á mí los trabajados;
Venid al que es vuestro descanso hermoso,
Llegad á descansar mis regalados;
Destos brazos haced yugo suave,
Dulce descanso del trabajo grave.»

Cuál vez la Madre dice viendo al Hijo
Que recogiendo las astillas anda:
«¿Qué es lo que haceis, mi Dios?» Y el Niño dijo:
«Lo que mi señor padre Josef manda.»
Josef en un gozoso regocijo,
Hecho su corazon de cera blanda,
Se le derrite al soberano fuego,
En quien se queda el sol helado y ciego.

Cuál vez Josef asido de la mano
Saca fuera de casa al que le eleva;
Gózase alegre el Niño soberano
De que consigo su Josef le lleva;
La ciudad y la gente mira ufano
De la experiencia humana haciendo prueba;
Pregunta á su Josef lo que él no ignora,
Josef le enseña niño, y Dios le adora.

Calle el triunfo del casto patriarca
Josef primero deste sin segundo,
Que de la piel grosera y tosca abarca
Vino á llamarse Salvador del mundo;
Pues hoy asido del que al cielo abarca
Les muestra el pan del alholí fecundo
Tras la esterilidad que el reino egicio
Sujetó hambriento y triste al real servicio.

Calle la hermosa ropa rozagante
Con que el Rey le premió su providencia;
Calle el anillo y sello de diamante
Con que quiso igualalle en su potencia;
Calle el collar debido al real Infante,
De oro y piedras con rica diferencia;
Calle la real carroza, en que aclamado
De todo el reino egipcio fué adorado.

Que otro nuevo Josef mas casto y bello,
Con otra ropa de virtudes hecha,
Con el collar mas rico al noble cuello,
Que es el Tuson que el Padre al suyo se echa,
Con el anillo del cerrado sello,
En quien la piedra Cristo quedó estrecha,
De Ezequiel en la imperial carroza
Mas digno triunfo venturoso goza.

Pues si el otro soñó que era adorado
De la luna, del sol y las estrellas,
Al nuestro sirve el sol puro y sagrado,
Que humilde encoge ante él sus luces bellas;
La luna llena, de quien es traslado
La que miró san Juan besar sus huellas,
Adora y reverencia al santo Esposo
Y el coro de los ángeles glorioso.

Si el otro siervo huyó de la ama hermosa,
Que por traerle al mas seguro sueño
Le mostró el rostro de jazmin y rosa,
Rendido, vergonzoso y halagüeño,
El nuestro tuvo por su digna Esposa
La gracia y la beldad, de quien fué dueño,
Y andando entre la gracia y la belleza,
Fué como ángel del cielo en la pureza.

Si el otro guardó el pan para los años
De la esterilidad descolorida,
El nuestro tuvo oculto en pobres paños
El pan del cielo, que es del cielo vida;
Si el otro en sueños vió casos extraños,
Y de los sueños la verdad cumplida,
Al nuestro le fué en sueños revelado
El Verbo eterno en carne disfrazado.

Lleva el divino Atlante venturoso
Al que rige los ejes inmortales,
Lleva al Rey niño todo poderoso,
Dando luz á las luces celestiales;
Gózase Egipto viendo al Niño hermoso,
Pásmanse los plebeyos oficiales,
Y absortas por las calles y ventanas,
En su beldad se admiran las gitanas.

Que si otro tiempo el venturoso hallado
Que el Nilo trujo en su corriente pura
Pudo dejar á Egipto enamorado
Con la beldad igual á su ventura,
No es mucho el Niño cándido y rosado,
El que es la misma gracia y hermosura,
Deje los oficiales y las damas
Cual mariposas en sus vivas llamas.

Calle Absalon con sus cabellos de oro,
Que fueron sogas de que quedó ahorcado,
Callen los que del horno hicieron coro
Cuya beldad al Rey dejó admirado;
Calle el que echó la capa como á toro
Al dueño de su rostro enamorado,
Y calle de Artajerjes el cautivo
Por su agrado y belleza libre y vivo.

Calle el hechizo y la beldad tirana
Del ciego hijo del ocio y la mentira,
Calle el perdido por su sombra vana,
Que dentro el agua su belleza admira;
Calle el amado de la diosa humana,
Que muerto de una fiera le suspira,
Y calle aquel que á Jove enamorando
Subió al cielo en una águila volando.

Que todos fueron un rasguño y sombra
De la hermosura del infante eterno,
Que suspende la tierra, el cielo asombra,
Y enamora á su Padre sempiterno;
Todo el pueblo á Josef dichoso nombra
Por padre del hermoso Niño tierno,
Al Niño y á Josef todos bendicen,
Y al uno y otro mil amores dicen.

Mira la noble y la plebeya gente
De la hermosura niña el real decoro;
Ven de nieve y cristal la grave frente
Con la corona de las hebras de oro;
Y en dos zafiros, soberano Oriente
De los soles que esparcen el tesoro
De los rayos de luz, divinas flechas
Que van al alma y corazon derechas.

Ven las mejillas, parques del Aurora,
Donde entre clavellinas y jazmines
El soberano amor glorioso mora
Abrasando de amor los serafines;
Ven la bella nariz, que hecha señora
De las gracias, preside en los jardines,
Igualmente su rostro hermoseando
Y igualmente las almas cautivando.

Ven la boca, que vierte aromas puros
De un coral en dos partes dividido,
Que es fortaleza de dos bellos muros
De diamantes donde hace amor su nido;
El corazon de pedernales duros
Del gitano mas zaino y mas perdido
Se derrite á las risas amorosas
Que descubren diamantes entre rosas.

Ven de marfil y de alabastro el cuello,
Que sirve de firmísima coluna
A la fábrica real del rostro bello,
Donde hay aurora, estrellas, sol y luna;
Presa en las redes ricas del cabello
La gente en demandar siempre importuna,
Con las manos á quien la nieve imita
Les vierte amor, y el desamor les quita.

La gente egipcia enamorada y presa
Del Niño en la bellísima hermosura,
Entre sus resplandores se embelesa
Teniendo por dichosa su ventura;
Cuál los piés de jazmin humilde besa,
Cuál las manos de nieve blanca y pura,
Cuál la rosa y clavel de sus mejillas,
Y cuál le adora puesto de rodillas.

Vuelve Josef al tierno enamorado,
Donde le espera su adorada Esposa;
El niño Dios con celestial agrado
Se abraza alegre de su amada hermosa;
Josef se vuelve á su trabajo amado,
Su Esposa á la almohadilla venturosa;
El niño Dios le sirve y obedece,
Y ya mayor en cuerpo y edad crece.

Siete veces el sol bañado habia
Su carro de oro en el crespado Acuario,
Y á los caballos que dan luz al dia
Cubierto de su ceño extraordinario,
Mientras que el digno Esposo de María
Tuvo en Egipto el rico santuario
De la Madre y el Hijo sacrosanto,
Que vuelve á Nazareth estotro canto.

CANTO XX.

De la vuelta de Egipto á Nazareth.

En lo escondido de la Scitia helada
Está el Cimerio monte, cuya cumbre,
De hayas, robles y abetos coronada,
Estorba al cielo su benigna lumbre;
A un lado está una peña desgajada
De la altiva y soberbia pesadumbre,
Que es de una gruta opaca parda puerta,
Jamás al cielo ni á su luz abierta.

Es tan espeso de árboles el monte,
Que impide al carro de la lumbre roja,
Tanto, cuando asomado al orizonte
Los ejes de oro entre las lluvias moja,
Como cuando, aunque altivo, se remonte
Al zenit nuestro donde fuego arroja;
Tanto al salir del agua verdinegra,
Como cuando al ponerse al indio alegra.

Exhala el sitio de uno y otro lado
De densas nieblas una nube opaca,
Que hecha toldo á la luz del cielo amado
La deja entrar desvanecida y flaca;
Aquí no suena el gallo coronado,
Que al alba rubia de la cama saca,
No el perro velador, no el ronco ganso,
No el toro fiero ni el cordero manso.

No suena la chicharra vocinglera,
El cantor grillo y la importuna rana,
No el mosquito y picaza palabrera
Ni la que llora á su burlada hermana;
Ave no hiere el aire, el campo fiera,
No se oye caja, trompa ni campana:
La quietud va esparciendo su reposo
Con mano blanda y paso temeroso.

Aquí los verdes árboles son mudos,
Pues no dejan que á hablar los entre el viento;
Aquí á las lenguas dados fuertes nudos
No se oye mormurar humano acento;
Aquí el Leteo entre guijarros rudos
Vierte un arroyo blando y soñoliento;
Aquí con manos, ojos, hombros, cejas,
Hablan sin bocas y oyen sin orejas.

Aquí no suena puerta chirriadora,
Porque no inquiete de la casa al dueño;
Aquí la soñolienta yerbamora
Crece entre adormideras y beleño;
Aquí la noche negra encubridora
La leche saca, con que infunde sueño,
Y con su mano escura al mundo vierte
La imágen de la vida y de la muerte.

Aquí el silencio con sus piés de lana
Pisa, cual hombre que anda sobre abrojos;
Entre los hombros la cabeza allana,
Sirviéndole de lenguas los dos ojos;
Aquí la ociosidad torpe, holgazana,
Grosera y necia tiende sus despojos;
Aquí el olvido de sí mesmo ajeno
Guarda la casa, de descuidos lleno.

Aquí la vil pereza desgreñada,
Ceñuda, fea, haragana, desceñida,
Bocezando se está desmazalada,
Hambrienta, sucia, floja, mal vestida;
Aquí la gula hambrona, siempre hinchada
Después de vomitada la comida,
Regoldando se duerme; torpe y bronca
Habla entre sueños y grosera ronca.

La puerta escura de la cueva parda
Adorna soñolienta y perezosa
Una yedra marchita, floja y tarda,
Que viste y cubre la pared mohosa;
Echados á la puerta están de guarda
Tres siervos fieles del que allí reposa,
Llamados Icelon, Fanto, Morfeo,
Hijos de las tinieblas y el Leteo.

Sobre haces de mandrágoras y helecho
Hay seis colchones de una pluma blanda,
Y un cobertor de adormideras hecho
Sobre unas ricas sábanas de holanda;
De ubacanilla es de la cama el techo,
Y las cortinas de una y otra banda
De ebenuz, opio y yerba morafria,
Que pereza derrama y sueño cria.

Es del palacio y de la cama dueño
Un jayanazo flojo, aunque membrudo,
Regalon, descuidado y halagüeño,
Que de pereza está siempre desnudo;
Llámale el mundo el necesario sueño,
De los trabajos el mas fuerte escudo,
Pues aunque es un retrato de la muerte,
Es el descanso del trabajo fuerte.

Este, antes de la muerte producido
Y antes de la mujer al mundo dado,
De los pesares descansado olvido,
Y de las penas el descanso amado:
Este que ante sus piés tiene rendido
Al papa, al rey, al príncipe, al soldado,
Al fuerte, al sabio, al necio, al pobre, al rico,
Al soberbio, al humilde, al grande, al chico;

Este, el mayor hermano de la muerte,
Y que es cual ella todo poderoso,
Pues no se escapa de su brazo fuerte
Nadie que vió la luz del cielo hermoso;
Este, que en mas figuras se convierte
Que Júpiter lascivo y Proteo undoso,
Aqueste, imágen de la amada vida,
Retrato de la muerte aborrecida;

Este, de los sentidos cerradura,
A quien tiene debajo de su llave,
Este, consorte de la noche escura,
De cualquiera animal muerte suave;
Este, que prende con igual blandura
Al rústico gañan y al señor grave;
Este, que al rico burla y empobrece,
Y al pobre engaña, alegra y enriquece;

Este, que siendo nuestra media vida,
Como ladron nos hurta la otra media;
Este, que la ventura mas subida
Trueca y convierte en trágica comedia;
Este, sueño de burlas homicida,
Que vanamente mil daños remedia;
Este, pesado, leve, dulce, amargo,
Iracundo, sabroso, corto y largo;

Deste, que aunque entre lino blando enlaza
Al cuerpo que descansa, el alma parte
Del cazador á la hechicera caza,
Y la del franco al oro que reparte,
La del soldado fiero á la amenaza,
La del letrado á defender su parte,
La del avaro al oro idolatrado,
La del tosco gañan al duro arado;

Este, que trae el mar hasta la cama,
Donde se engolfa el suelto marinero,
Y al mercader, que infames logros ama,
Le da engañosos montes de dinero;
Este, que saca la encerrada dama,
Y la lleva al amante lisonjero;
Este, que hartando de aguas al doliente,
Cual duende engaña y como sombra miente.

Este, nacido dentro del Paraíso
Que Dios infundió á Adán cuando le plugo
Con el saber de su divino aviso
Sacar de su costilla su verdugo;
Este, que al que á Raquel adoró y quiso
Yendo á Mesopotamia echó su yugo,
Siendo testigo de la firme escala
Con que el que en ella estriba le regala;

Este, que por ocultas maravillas
Tuvo en sus brazos al virey de Egito
Cuando vió estrellas, luna, sol, gavillas,
Causa del fiero fraternal delito;
Este, en quien vió las reses amarillas,
Y en ellas el estéril tiempo escrito,
El Rey, que entre su pena y desconsuelo,
Las siete gruesas le descubre el cielo;

Este, que dando á Dálida su ayuda,
Fué cómplice en el caso atroz y feo
Cuando la ingrata de piedad desnuda,
Vendió traidoramente al Nazareo;
Este, que puso el cebo en la viuda
Que burló de Holofernes el deseo,
Este que dió á Jael la cuña y mazo,
Moviendo el varonil gallardo brazo;

Este, que mostró al Rey la estatua escura
De oro, de plata, bronce, hierro y barro,
A quien declaró el sueño y la soltura
El que es merecedor del Febeo carro;
Este, que al mismo Rey mostró la altura
Del árbol, que extendiéndose bizarro,
Los términos llenó del ancho suelo
Tocando con su cima hojosa al cielo;

Aqueste pues tras el trabajo grave
Con que Josef sustenta á los que ama,
Le envia amoroso á la quietud suave
Que sobre el mundo su licor derrama;
Prende al justo Josef la veloz ave,
Y por cárcel le da la humilde cama;
Rindióse el varon justo al sueño amado,
Con quien el niño Dios duerme abrazado.

Dos camas humildísimas tenia
Josef como amador de la pobreza,
Una donde él al sueño se rendia,
Y otra donde la Fénix de belleza;
El niño Dios, que aunque rector del dia
No tuvo en qué recline su cabeza,
Durmió, mas niño, con su intacta madre,
Y ya mayor con el que llama padre.

Quédase en brazos de Josef dormido
El que sobre Sion despierto vela;
Duerme Josef al mismo Dios asido
Que divinos misterios le revela;
Josef, en tantas glorias encendido,
Se pasma, se enamora, abrasa y hiela,
Sabiendo mas, durmiendo y reposando,
Que todo el mundo cuando mas velando.

Duerme alegre y gozoso el Dios pequeño
Entre los brazos de su amado justo,
Gozando el Santo del mas dulce sueño
Que vió el deseo ni que formó el gusto;
Josef guarda, cual ayo, padre y dueño
Al Niño tierno y al jayan robusto;
El Niño guarda al que guardó su vida,
Y le gana sudando la comida.

Hace del pecho el Niño blanda almohada,
Y el corazon un horno de amor hecho,
Le baña con la bella luz sagrada,
Con que deja al del Padre satisfecho;
Roba á Josef el alma enamorada,
Y con la suya le enriquece el pecho,
Haciéndole de Dios trono dichoso,
Que iguala de la gloria al mas hermoso.

En el silencio de la escura noche,
Cuando en mitad de la estrellada cumbre
Hermosa con el uno y otro broche,
Al mundo esparce su confusa lumbre;
Cuando su azabachado negro coche,
De estrellas con vistosa muchedumbre
A lo último llegó de la alta sierra,
Que en sueño y en silencio al mundo entierra;

A las pias que tiran su carroza
Y tienen una estrella en cada frente,
Un jóven bello altera y alboroza
Que viste de oro el aire trasparente;
La noche parda, viéndole, se goza;
El como el rubio sol resplandeciente
Se va de Egipto á la mas pobre casa;
Calla la noche y su carrera pasa.

Llegó del real palacio á la real puerta
Adonde duerme el Rey, que el cielo adora;
Halló la guarda celestial despierta
Velando al que en su luz los enamora;
Dió el nombre, y luego por sí mesmo abierta
Adoró al Niño, que en los cielos mora,
Y por no perturbarle su reposo,
En sueños dice al virginal Esposo:

«Josef, levanta, el dulce sueño deja,
Y con el Niño y con su Madre amada
De aqueste reino al de Israel te aleja,
Que allá te ordena el cielo la jornada;
Que ya la gente, de quien tienes queja,
Que buscaron la vida deseada
Del niño hermoso Dios, para perdella,
El carro fiero de la muerte huella.»

Dijo, y besando las hermosas plantas
De púrpura nativa y blanca nieve,
Abraza alegre á las criaturas santas,
Que el sueño guardan del que al cielo mueve;
Celebran con silencio glorias tantas,
Que al dormido el silencio se le debe;
Hablan callando, y mudos se alborozan
Del sumo bien que en tierra y cielo gozan.

Despídese y glorioso rompe luego
El aire pardo, sobre quien derrama
La Etiope noche el general sosiego,
Que es capa del que hurta y del que ama;
El aire pasa, pasa el claro fuego,
Pasa los cielos y al impíreo llama;
Entra, y á la deidad suma postrado
Adora alegre al que le dió el recado.

Despierta el Santo en sueños venturoso,
Y venturoso mientras mas despierto,
Pues viendo en sueños al alado hermoso,
Despierto mira al que es Dios encubierto;
Josef sacude el sueño pegajoso,
Y de la nueva venturosa cierto,
Se alegra que haya el Padre eterno alzado
El destierro al sin culpa desterrado.

Mueve al dormido amor porque despierte,
Y dice humilde: «Niño Dios dormido,
Gloria del cielo, vida de la muerte,
Y muerte del pecado aborrecido:
Despertad, Niño grande y flaco fuerte,
Dejad el dulce sueño, mi querido,
Despertad, tierno amor del alma mia,
Abrid los ojos porque salga el dia.

»Abrid las puertas de las luces bellas
Donde el alma santísima se asoma,
Y de quien Febo, que se mira en ellas,
Las mas hermosas de las suyas toma;
Descubra aquese cielo sus estrellas;
Abrid los bellos ojos de paloma;
Dejad del sueño amado el fiel reposo,
Mi despierto dormido, Argos hermoso.»

Deja el dormido Dios el dulce sueño,
Y obedeciendo al Santo que le llama,
Con blando agrado y amoroso ceño
Se sienta alegre en la pequeña cama;
Cuenta Josef al niño Dios pequeño
El mandato del padre, que le llama;
El Niño lo que sabe alegre escucha,
Y se empieza á vestir con gracia mucha.

Josef, que es camarero venturoso,
Da de vestir al Rey, que vestir sabe
De luz al sol y dél al cielo hermoso,
Al árbol de hojas y de pluma al ave;
Viste Josef al Todopoderoso
La túnica inconsútil bella y grave,
De quien toma el color la nieve fria,
Hecha por la castísima María.

Va Josef á llamar su Esposa bella,
Que imagina que al sueño está rendida,
Y halla que en Dios absorta su doncella
Está dichosameute entretenida;
Mira que alados Serafines huella,
Y que mas abrasada y encendida
Que ellos en Dios, con humildad le alaba,
Reconociendo que es humilde esclava.

Llama á la puerta el Santo venturoso
Y mira que por ella se trasluce
La bella luz del resplandor glorioso,
Que mas que los del sol alegra y luce;
Luego que conoció á su digno Esposo
La que al perdido Adan á Dios reduce,
La oracion deja, y con divino agrado
Abrió la puerta á su dichoso amado.

El alegre en la luz en que se eleva,
Cuenta á su reina bella y digna Esposa
La alegre cuanto cierta buena nueva
Que los vuelve á la tierra venturosa;
La medianera de la culpa de Eva
Dando las gracias al que la hizo hermosa,
Da al bien nacido Esposo por albricias
La luz, que á las de Dios vuelve propicias.

Y antes que el alba con su rubia escoba
Del cielo hermoso las estrellas barra,
Y con la luz que al rojo Apolo roba
Al mundo afeite cándida y bizarra,
Coge Josef al Niño en quien se arroba,
Y hecho olmo rico de la opima parra,
Le saca alegre con su madre bella,
A Dios en brazos, de la mano á ella.

La Cintia blanca que en su ebúrneo coche
De ciervos ligerísimos tirado
Es con la luz del sol, sol de la noche,
Haciendo plata al monte y nieve al prado,
Se admira viendo que su Dios trasnoche
Obedeciendo á su tutor amado,
Y alegre con su luz los acaricia,
Que la mejora el que es sol de justicia.

Van delante las bellas jerarquías
Haciendo escolta al mas piadoso Eneas,
Que al Niño viejo de infinitos dias
Saca de Egipto y de sus llamas feas;
Que está abrasado en sus idolatrías,
Dignas de hollar las márgenes Leteas;
Saca del mar á nado su tesoro,
Y de las venas de la tierra el oro.

Saca el Bias sabio, que al de Grecia excede,
Las prendas de quien es padre y abrigo,
Que con razon mas justa decir puede:
Todo junto mi bien llevo conmigo;
Saca el Alcides que hace que atrás quede
El que en sus hombros tuvo al cielo amigo,
En sus brazos dichosos al que encierra
Dentro el pequeño puño cielo y tierra.

Sale Josef, que es carro luminoso,
Adonde vuela el venerable Elías,
Y hecho divino Rafael glorioso,
Vuelve á su patria al sin igual Tobías;
Alegre lleva al Abacuc hermoso
Al encerrado entre tinieblas frías;
Lleva el nuevo Josef á sus hermanos
El pan de los divinos cortesanos.

Ya habian andado una pequeña milla,
Cuando en los hombros de las horas bellas
El sol salió sobre la regia silla
De tela de oro y clavazon de estrellas;
Salió, y al Niño hermoso alegre humilla
Los rayos que del Niño son centellas,
Y vuelto paje de quien es criatura,
Alumbra al que le ha dado la hermosura.

Llegan á una aldehuela venturosa,
Donde Josef, que siempre se desvela
En el descanso de su bella Esposa,
Compró una humilde y mansa bestezuela;
Y en ella pone á su querida hermosa
Y al que en tantos trabajos le consuela,
Y alegre en el descanso de su amada
Prosigue la asperísima jornada.

Pisan la orilla del que á Egipto riega
Saliendo del regazo de su madre,
A quien la gente en sus deidades ciega
Por Dios venera y ama como á padre;
La soberana Reina á Josef ruega,
Por ver que á su temor y á su amor cuadre,
Dejen de hollar las márgenes del Nilo
Que teme al hipotamo y cocodrilo.

Teme los pescadores cautelosos
Que salen á robar desde los barcos
Entre cañares y árboles hojosos
Tirando flechas de los sueltos arcos;
Teme animales varios ponzoñosos
Nacidos entre el cieno de los charcos,
Teme, dos hecho, al que es señor de Delo,
Que abrasa desde el agua y desde el cielo.

Teme que el Nilo deje su corriente
Y que salga á bañar el campo amigo
Sobre quien vierte con su añal creciente
Frutas, aceite, yerbas, mosto y trigo;
Teme de ingrata y bandolera gente
El bando salteador, fiero enemigo;
Teme los montes de menuda arena
Que muda el aire, que es quien los ordena.

Teme la hambre flaca no se atreva
Al que da vida á cuanto el cielo ha hecho,
Pues aunque al pecho de marfil le lleva
No tomará la sangre de su pecho;
Que de su mucho amor hiciera prueba
Rompiendo el corazon por su provecho,
Cual pelícano hiriendo el pecho hermoso
Para el pequeño todo poderoso.

Tambien teme Josef y tambien siente
El peligro en que lleva á su heredero,
Que aunque padre en el nombre solamente,
Le ama como padre verdadero;
La pena aflige al corazon valiente,
Y aunque cera al amor vuelto de acero,
Dice á quien pudo hacer al justo amado
Por mujer buena bienaventurado:

«Todo lo teme quien de veras ama,
Dulcísima Señora; mas confio
En quien de vuestros brazos hizo cama,
Y siendo hijo de Dios, es hijo mio,
Y en quien al niño Dios de Egipto llama,
Pues de los dos es uno el poderío,
Que ha de entrar en la tierra prometida
Defendiendo las nuestras en su vida.

»¿Quién será, Vírgen bella, la criatura
Que viendo al Niño nuestro no se arrobe?
Quién no respetará aquesa hermosura
Mejor que la de Anúbis y de Jove?
Qué salteador no llamará ventura
Que el Niño el alma y corazon le robe?
Quién destos ojos mirará la lumbre
Que como ante Moisés no se deslumbre?

»¿Qué fiera habrá que no se vuelva un canto
Viendo, no de Medusa la cabeza,
Mas la del sol, que en ese cielo santo
Esparce rayos de inmortal pureza?
¿Qué sol ardiente puede abrasar tanto
Que ante aquel de quien toma su belleza
No se temple, mirando humilde y tierno
En el signo de vírgo al sol eterno?

»Y ¿qué montañas de menuda arena
Levantarán los vientos, si en sus alas
Anda ese Niño, que de luces llena
De oro y zafiros las etéreas salas?
Qué arena inquietará á su luz serena,
Siendo sus granos contra el cielo balas,
Si tiene el Rey de los gloriosos coros
De la arena escondidos los tesoros?

»Y si el Nilo soltare su corriente,
Volverse ha atrás como el Jordan sagrado,
O hacerse ha montes de agua trasparente
Como el mar que dió paso al pueblo amado;
La potestad del mar está obediente
Del niño Dios al celestial mandado,
Que él perturba sus olas y él las mueve,
Y le hace muros de la arena leve.

»Cuanto mas, Vírgen bella y reina mia,
Que cuando el Nilo sus linderos pasa,
Es cuando hace el sol mayor el dia
Y el leon del cielo en su calor se abrasa;
Que de unos montes de calidad fria
Por las nieves que en ellos caen sin tasa,
Deriva el enojado y recio viento,
De Egipto el fruto y de su rio el aumento.

»Sino es, que como nace en Etiopia,
En los extremos de la Libia ardiente,
Bajando en fértil y abundante copia
Al mediodía desde el fin de Oriente,
El viento Etesio con su virtud propia
Del frio Septentrion furiosamente
Sus muchas nubes barre y arrincona
Hasta encerrallas en la ardiente Zona,

»Donde en gotas de plata se resuelven
A fuerza del calor, que el sol dispara,
Y mas pesadas á su madre vuelven,
Bañando dellas su grosera cara;
Y hechas arroyos con los rios se envuelven,
Y todos juntos la corriente clara
Del Nilo aumentan con tan gran creciente,
Que hace que por sus márgenes reviente.

»Y esto es en el solsticio, que aun agora
Faltan, Vírgen hermosa, algunos meses,
Pues vemos que la mano labradora
Aun deja en pié las mal maduras mieses;
Vemos que al campo su librea desflora
El escuadron de rumiadoras reses,
Que maduran los frutos de las palmas,
Que aun tienen tiernas las osudas almas.

»Y si al Niño fatiga la hambre fiera,
Ahí traigo la alforjuela prevenida;
Sus higos dulces nos dará la higuera,
Y la palma su fruta defendida;
Las cañas que coronan la ribera
Del Nilo y con su agua agradecida
Las azucara, le serán sustento
Sustentando al hermoso Dios hambriento.

»Y cuando en las mas ásperas montañas,
Puestos en el peligro mas estrecho,
Nos negaren su humor las dulces cañas,
Y las palmas y higueras su provecho;
La sangre sacaré de las entrañas,
El corazon me arrancaré del pecho,
Y abrasado en su amor, será comida
Del que los come para darlos vida.»

El amoroso Niño se enternece
Viendo de su Josef enamorado
La fineza de amor con que se ofrece
A dar por él la vida que le ha dado;
Y con palabras tiernas le agradece
Los deseos, que ya ha experimentado
En las obras de Marta y de María,
Con que le adora Dios y hombre le cria.

La Vírgen soberana agradecida
Al que serena su congoja y susto,
Aljófares derrama enternecida
De casto amor y de piadoso gusto;
El Niño al que es custodio de su vida,
Y en todos sus caminos Rafael justo,
Pide los brazos, que sus brazos quiere;
Él se los da y entre ellos de amor muere.

Quiere bajar el niño Dios al suelo,
Y que Josef con gozo soberano
Sobre los hombros, donde estriba el cielo,
Alegre ponga la dichosa mano;
Goza Josef un sin igual consuelo,
Báculo haciendo al infinito humano,
Que sobre las espaldas tiernas lleva
Todas las culpas de los hijos de Eva.

Cuál vez el Niño de su amado toma
La venturosa mano y se la besa,
Y él con amor de cándida paloma
Las suyas blancas de besar no cesa;
Cuál vez á la bajada de una loma
Se abraza á Dios, que el alma le embelesa,
Y le quiere meter dentro del pecho,
Horno de amor en sus amores hecho.

Cuál vez la sola sin igual María,
Que en su cansado Esposo se desvela,
Cortesmente amorosa le porfia
Suba un rato en la humilde bestezuela,
Que ella irá á pié con gozo y alegría
En el descanso del que la consuela;
Josef se lo agradece, y no permite
Que descanso tan caro solicite.

Cuál vez que el Niño celestial se cansa,
Le pone en sus espaldas su nutricio;
Descansa el niño Dios, Josef descansa
De trono celestial haciendo oficio;
Va el Niño hermoso como la res mansa
En hombros del pastor, cuyo ejercicio
Es servir al Cordero sin segundo,
Muerto desde que orígen tuvo el mundo.

Es Josef el pastor del Pastor bueno,
Que á buscar una oveja se conmueve,
Y baja, sin dejar del Padre el seno,
Para juntarla á las noventa y nueve;
Lleno de gozo y de contento lleno,
Los brazos bellos de cristal y nieve
Echar al cuello de Josef le plugo,
La carga haciendo leve y suave el yugo.

Y como de sus alas hace el ave,
Que mira al sol, á sus polluelos cama,
Cuando los siente de su peso grave
Ir cansados al centro que los llama,
Así al divino amor dulce y suave,
El águila rëal que en él se inflama,
Y en su vista inmortal la suya prueba,
Sobre sus hombros virginales lleva.

Desta manera siguen su camino
Por desiertos, montañas y arenales,
Llevando de ocho años peregrino
Al desterrado por ajenos males;
Cuál vez camina á pié el Niño divino,
Cuál vez entre los pechos virginales,
Cuál vez entre los hombros de su amado,
Y siempre dentro el pecho enamorado.

Cuál vez el Niño Dios con sus razones,
Llenas de amor y de consuelo llenas,
Les abrasa los castos corazones,
Volviendo glorias las medrosas penas;
Cuál vez los soberanos escuadrones,
Que encantan cuando cantan las sirenas,
Cantando salmos y canciones vienen,
Con que á los caminantes entretienen.

Dos veces descubrió la blanca frente
La casta hermana del Grineo dorado,
Llenando con su luz resplandeciente
El rostro de la noche deseado,
Y otras dos de su rubia luz ausente
Corrida se escondió en su cielo amado,
Mientras la nueva trinidad divina
Vió la fertilidad de Palestina.

Saludan del Jordan las aguas claras,
Sus fértiles riberas espaciosas,
Sus valles verdes y sus vegas caras,
Sus montes y arboledas deleitosas;
Salen gozosos con risueñas caras
A refrescar las tres graves y hermosas
Con amigable juego y dulce guerra
Los amorosos aires de su tierra.

Josef, lleno de gozo y alegría,
Besa la tierra tanto deseada,
Y vuelve á la bellísima María
A darle el parabien de la jornada;
Ella en las luces que la dan al dia
El alma muestra tierna y regalada,
Dando gracias al que es siempre engendrado,
Y el parabien á su dichoso amado.

Sobre la urna de cristal hermoso
Recostado el Jordan, alzó su frente
Coronada de aljófar bullicioso
Sobre ovas verdes y oro refulgente;
Pasmóse viendo al Todopoderoso,
Y asombrado en su luz resplandeciente,
Se quejaron sus húmidos cristales,
Helados á los rayos inmortales.

Vuelto en sí, un caracol de nácar toca,
A sus ninfas con él señal haciendo,
A que en su alcázar de cristal de roca
Vuelvan, á su clarin obedeciendo;
En breve tiempo y en distancia poca
Al palacio de vidro van viniendo,
Cargadas de jazmines, de mosquetas,
De azucenas, de rosas y violetas.

Manda que dellas tejan tres guirnaldas,
Mezclando granos de oro entre las flores,
Perlas entre jacintos y esmeraldas,
Que al sol vencen sus bellos resplandores;
Él entre tanto tiende las espaldas
Cubiertas de un cendal de mil colores,
Y cortando sus aguas las vocea,
Que festejar á su Criador desea.

No sabe si detenga la corriente,
Como otra vez, porque pasase el Arca,
O se divida humilde y obediente
Como al Profeta que no vió la Parca,
O si de cristal puro y trasparente
Con remos de coral haga una barca,
O haciendo de sus brazos una silla,
Pase á los tres que adora á la otra orilla.

En esto mira que á un pobre barquero
Es el piadoso cielo mas amigo,
Que á Amiclas que escuchó dentro el mar fiero,
«La fortuna de César va contigo»,
Que al padre de la patria verdadero,
Que ha de morir venciendo á su enemigo,
En la barquilla lleva, y á los lados
Los padres del Infante enamorados.

Enladrillar de su cristal quisiera
Las olas canas el ceruleo rio,
Y esparcir de su rubia cabellera
Del alba roja el cándido rocío;
Que sabe ha de volver á su ribera,
Y humillando su eterno poderío,
Ha de santificar sus aguas puras,
Que será la mayor de sus venturas.

En esto llega el casto hermoso coro
De las ninfas, que cortan presurosas
De la agua clara el diáfano tesoro,
Que se enciende en mirarlas tan hermosas;
Vestidas vienen de cendales de oro,
Coronadas de flores y de rosas,
Las hebras del cabello á las espaldas,
Y en las manos de nieve las guirnaldas.

Llega la alegre virginal cuadrilla,
Y al rededor con amoroso juego
Cercan la rica celestial barquilla,
Y de mirto y laurel la enraman luego;
Ven la madre de amor, á quien se humilla
La celebrada del lascivo ciego,
Y ven al Dios de amor que amores vierte,
Que por ser Dios de amor viene á la muerte.

Siembran la barca de olorosas flores,
Y cantando suave y dulcemente,
Coronan los divinos resplandores
Del Niño que suspende su corriente;
Y diciendo á la Madre mil amores,
Le coronan la luna de su frente,
Y luego al virginal padre y Esposo
Corona el bando alegre y coro hermoso.

Besan los piés de rosas y azucenas
Del Niño tierno y de cristal las manos
De la que, siempre de mercedes llenas,
Las ocupa en favor de los humanos;
Y ante las luces de Josef serenas
Prostran las de sus ojos soberanos,
Y saltando en las olas las dividen,
Y con los brazos de marfil las miden.

Cargan sobre los hombros virginales,
Llenas de amor y gozo la barquilla,
Y cantando canciones celestiales,
La amarran dulcemente á la otra orilla;
Sacan á los dorados arenales
Los tres, que cada cual los maravilla;
Sale la aurora de las ondas claras,
Haciendo soles sus hermosas caras.

Como suele, enfrenando sus delfines,
La engendrada en el mar, y de su espuma
Salir á ver de su ciudad los fines
De entre la concha de riqueza suma,
Que sale al dulce son de los clarines
Del pueblo amado que su altar perfuma,
Así sale la Vírgen sacrosanta
Al son de la cancion que el coro canta.

Sale lleno de luz bello y bizarro
El que juntó con su saber profundo
Al oro eterno el quebradizo barro,
Hecho de amor, que no tendrá segundo;
Sale cual suele en el dorado carro
Salir el sol á dar la vida al mundo,
De entre las ondas, á quien viste de oro
Con la luz inmortal de su tesoro.

Sale Josef, divino mercadante,
Que trae la inestimable margarita
Y al eterno tesoro del Levante,
Que en la India Oriental del Padre habita;
Trae en la nave el rico navegante
El pan que á Heródes de la boca quita,
Sale con su familia el Noé dichoso
Tras el diluvio del destierro odioso.

Apenas dejan la pequeña nao,
Despedidos del rio y sus napeas,
Que con fiesta, con música y sarao
Acompañaron al piadoso Eneas,
Cuando tristes escuchan que Arquelao,
Hijo del que arde entre las sombras feas,
De Judea heredó la tetrarquía,
Nueva que volvió en pena su alegría.

Temió ir allá Josef, mas luego el cielo,
Que tiene cargo dellos, le da aviso
Que lleve al galileo y fértil suelo
Al que su padre y guarda hacerle quiso;
Sacude alegre de temor el hielo,
Y con las flores de su paraiso
Se parte á Nazaret, y yo entre tanto
Quedarme quiero, dando fin al canto.

CANTO XXI.

De cuando perdieron Nuestra Señora y san Josef á Cristo nuestro Redentor.

Quien de veras ha estado enamorado
Y al yugo dulce del amor rendido,
No digo del lascivo Argos vendado,
Lince sin ojos, del honor olvido,
Niño caduco, desnudillo armado,
Veneno azucarado, bien fingido,
Ave de plomo, voladora fiera,
Diamante blando, empedernida cera;

No digo del alnado del herrero,
Que aprisionados suelta y libres ata,
Que es necio, sabio, mudo, palabrero,
Y basilisco que sin vista mata;
Lobo con piel de cándido cordero,
Ponzoña que se da en vaso de plata,
Cobarde, fanfarron, rico muy pobre,
Y con quilates de oro bajo cobre;

No digo del que el ocio dios ha hecho,
Que es hijo de un herrero y de una errada,
Que como viborezno rompe el pecho
De la madre, aunque hermosa, desdichada;
No deste fuego blando y lazo estrecho,
Sabroso acíbar, píldora dorada,
Pan que no harta, sed que siempre dura,
Llaga que sabe bien, dulce amargura;

No del que con su fuerza abrasadora
Deshace el rayo que á la tierra espanta,
Que como aleve cocodrilo llora,
Y cual sirena encantadora canta;
No del que el mal afeita y daño dora,
Harpía vil, Medea atroz que encanta,
Circe que prende, esfinge que desmiembra,
Labrador que ara el aire y el mar siembra;

No deste falso amigo que nos vende,
Luz de linterna que encandila al alma,
Gloria de oidas, bien que no se entiende,
Mar tempestuoso con vistosa calma,
Tesoro que, tocado, lo es de duende,
Fruto que espera el que plantó la palma,
Red invisible, incendio de la tierra,
Paz instantánea, perdurable guerra;

No deste pescador con piel de cabra,
Que caza al simple pez diciendo amores,
Hechizo dulce que amarguras labra,
Rey que condena al que hace mas favores;
No del que al mas amigo descalabra,
Miel entre espinas, áspid entre flores,
Mal deseado, llaga no sentida,
Locura voluntaria, amada herida;

No del que trocó el arco con la muerte,
Que, ciego, á todos igualmente hería,
Y al sol que al mundo su belleza vierte
Hizo abrasar por una planta fria;
No del que siendo contra todos fuerte,
Herido de una abeja vino un dia
A Vénus, que le dice si se queja:
«Hijo, tu oficio te usurpó la abeja»;

No deste jactancioso, que se alaba
Que tras sí lleva un número infinito;
No del que hace á la razon esclava,
Poniendo en su lugar al apetito;
Que volvió rueca de Hércules la clava,
Que llevó á César por Cleopatra á Egito,
Que encendió á Troya, que arruinó la Grecia
Y asoló á España en una honrada necia;

No del que á Jove dió el paje de copa,
Haciéndole, aunque rey del alto coro,
Por Leda cisne, toro por Europa,
Por la encerrada Danae lluvia de oro;
Fuego escondido entre la blanca ropa
De Egina, á quien robó el casto tesoro,
Diana por Calisto y por Ío niebla,
Que cautamente á su mujer aniebla;

No del que trasformó á sus dioses vanos
En mas formas que brota Etna centellas,
Que gotas tiene el mar, su arena granos,
Que aves el aire ni que el cielo estrellas;
No del que no perdona á los hermanos
Que soliciten las hermanas bellas,
Que enciende por el hijo á la vil madre,
Y quita por la hija el seso al padre.

No del que á los Alcides y Teseos,
Ariadnes, Tisbes, Prognes, Filomenas,
Narcisos, Ganimedes, Macareos,
Mirras, Fedras, Semiramis, Elenas,
Leandros, Anteones y Perseos,
Pasifaes, Clitemnestras, Aufilenas
Y otro infinito número de gente
Sujeta torpe y afrentosamente;

No de aquel que enseñó las hijas bellas
De los hombres á los de Dios amados,
Que quitando la luz á sus estrellas,
En el diluvio los dejó anegados;
No del que hizo saltar vivas centellas
De los ojos de Dina regalados,
Que al príncipe Siquen dejaron ciego
Y entrada la ciudad á sangre y fuego;

No del que de Josef á la ama hermosa
Encendió blandamente el tierno pecho,
Que abrasada en su vista milagrosa,
Le daba parte en el vedado lecho;
No del que tras la cena sumptuosa
Puso el asirio fuerte en tanto estrecho,
Que pensando gozar de su querida,
Fué la viuda que amaba su homicida;

No de aquel que al que halló el panal sabroso
En la boca del fuerte obligó á tanto,
Que vino á hacerle de una extraña esposo
Contra la justa ley del pueblo santo;
No del que al manso Rey justo y piadoso
Desnudo le ofreció un hermoso encanto,
Con que le emponzoñó el rendido pecho,
Después un mar de llanto y dolor hecho;

No del que á Amon contra su hermana incita
Que estuprando la virgen descuidada,
De su presencia con furor la quita,
Pena comun de una mujer gozada;
No del que á los dos viejos solicita
Por la rara beldad de la casada,
Que desnuda, cautiva, helada enciende,
Y no jüez á los jüeces prende;

No de aquel que del templo en los retretes
Vió Ecequiel que le sacrificaban
Las almas entre torpes ramilletes,
Con que su mal olor disimulaban;
Al cual con odoríferos pebetes
Los viejos entre sapos incensaban,
Llorando á Adónis muerto las mujeres,
Que muertos lloran siempre sus placeres;

No del que al Rey de todos el mas sabio,
Que vió la vanidad de vanidades,
Hizo que hiciese á su Criador agravio
Adorando torpísimas deidades;
No del que al ángel Juan, que movió el labio
A Heródes predicando las verdades,
Le segó de los hombros la cabeza,
Que cortada reprehende su torpeza;

No del que tiene contra el hombre espada
Y contra la mujer fuego suave,
Está desnudo contra el pez que nada,
Y tiene alas con que alcanza al ave;
Arco para la fiera no domada,
Venda para poner al hombre grave,
Edad de viejo, de muchacho el rostro,
Siendo del mundo idolatrado mostro;

No digo de ese laberinto griego,
Que tiene entrada y no tiene salida,
Cárcel del alma, de los ojos fuego,
Espada que amenaza en la comida,
Sueño de hombre despierto, luz de ciego,
Infierno triste que atormenta en vida,
De los vivientes un tirano fuerte,
Casi tan general como la muerte;

No digo deste, sino del divino,
Del celestial, del puro, hermoso y casto,
Hijo de la virtud, que al suelo vino
A ser del virginal corazon pasto;
Deste, que anda en el mundo peregrino,
Y trae entre el sayal grosero y basto
Cosido al pecho un celestial tesoro,
De las Indias del cielo inmortal oro;

Deste, que tiene el rostro descubierto,
Amoroso, risueño, afable, humano,
Que trae el pecho virginal abierto,
Mostrando el corazon su franca mano,
Que tiene por divisa vivo y muerto,
Invierno adverso, próspero verano,
Léjos y cerca, letra que declara
Que nunca al bien que quiere desampara;

Deste lazo suave y yugo hermoso,
Que corazones amoroso enciende,
Que destierra el temor, que no está ocioso,
Y el bien ajeno y no su bien pretende;
Deste, como la muerte poderoso,
Que da descanso al que en su cárcel prende,
Que hace al pobre rico, al flaco fuerte,
Y triunfa de la vida y de la muerte;

Deste, que en los trabajos es constante,
Deste que de las penas es consuelo,
Que jamás engañó al querido amante,
Ni jamás engendró traidor recelo;
Deste, de la virtud divino atlante,
Algarabía del amor del suelo,
Deste, que nunca quema y siempre alumbra,
Y al mas humilde á honor mas alto encumbra;

Deste, que con un éxtasi amoroso
Trasforma el alma en el que la ha robado,
Estando mas en el amado hermoso
Que en el cuerpo que anima frio helado;
Deste, cuyo poder maravilloso
Hace uno del amante y del amado,
Que parece que un alma á dos informa,
O que dos almas son de un cuerpo forma;

Deste, que siempre en la razon estriba,
Siempre pagado y bien correspondido,
Que da la vida amada porque viva
La mitad de quien vida ha recebido;
Deste, que por virtud trasformativa
En sí quedando, está á su amado asido;
Es dos, es medio, es uno y uno en cuatro,
Mónstruo que admira al general teatro;

De aqueste virtuoso, que al vendado
A sus sagrados piés miró rendido,
Y habiéndole del arco despojado,
Le echó en el fuego, en que quedó encendido;
Y á un roble fuertemente maniatado
El rostro infame le dejó escupido;
Que si Cupido está escupido y preso,
Será un gran necio quien perdiere el seso;

Deste, por quien la Esposa pide enferma
Que le cerquen de frutas y de flores,
Que no la deja que con gusto duerma,
Mas que vaya á buscar á sus amores;
Deste, que sana cuando mas enferma
Y da á mayores penas mas favores;
Deste, que trae cubierto de rocío
Al bello Esposo, que se abrasa al frio;

Deste, que en lazo fuerte y nudo estrecho
Pegó á David á Jonatás valiente,
Que siendo vida del ajeno pecho,
Cada cual dentro el propio gloria siente;
Deste, que olvida y deja su provecho,
Como el noble Moisés por la infiel gente,
Que pide sea su culpa remitida
Ó le borren del libro de la vida;

Deste, por quien Jacob, gallardo mozo,
Viendo los ojos con que su alma medra,
La inmóvil piedra levantó del pozo,
Quedando los demás como de piedra;
De aqueste, que al pastor del rubio bozo
Que al oso y al leon del hato arriedra,
Encendió por Michol el casto pecho
Hasta dejar el del jayan deshecho;

Deste, que corazones enajena
Y dió el pecho de Dios al regalado,
Su cuerpo y sangre en la postrera cena,
Las llaves de su cielo al Pedro amado,
Los piés á la amorosa Magdalena,
El paraíso á quien se le ha robado,
Su corazon á quien su pecho hiere,
Y su cielo al que amando le pidiere;

De aqueste, pues quien libre esclavo ha sido
Y en medio su dulzura milagrosa,
Estando á su adorado tan unido,
Que siendo dos son una misma cosa,
Ha visto de sus ojos desasido
Su amado por la ausencia temerosa;
Mira á Josef y á su consorte bella
Sin corazon á él, sin alma á ella.

Los cuales ya después de haber gozado
Del sumo bien la infancia soberana,
En la ciudad donde juntó al brocado
El sayal bajo de la tela humana.
Después que cuatro años han pasado,
Y doce por el nieto de Santa Ana,
Al templo van de la ciudad famosa,
Llevando allá de Dios la luz hermosa.

Después de haber cumplido el sacro rito
Del sacrificio hecho en remembranza
De haber sacado al pueblo Dios de Egito,
Frustrando del Rey impío la esperanza;
Se volvieron los dos á su distrito,
Conforme á la ley justa y cuerda usanza,
Que apartaba mujeres y varones,
Por evitar peligros y ocasiones.

Piensa la sola y sin igual doncella
Que va con su Josef el Niño hermoso;
Piensa el virgen Josef que va con ella,
Cada cual de su niño cuidadoso;
Llega primero la princesa bella
Al lugar concertado con su Esposo,
Donde de amor y ausencia combatida,
Espera á las dos almas de su vida.

Cada instante mil años le parece,
Y camino sin fin el corto trecho;
Crece el deseo y el ausencia crece,
Y crece el fuego en que se abrasa el pecho:
El alma temerosa se entristece,
Y el corazon en lágrimas deshecho
Sale al camino, y mira desojada
Si ve venir la luz del cielo amada.

Como la madre de Tobías ausente
Salia á ver si venia su querido,
Tierna, triste, amorosa é impaciente,
El corazon en llanto convertido,
Así la Virgen, que el corazon siente
Del golpe fiero de la ausencia herido,
Sale al camino, y como no parecen,
Menguan sus gustos y sus penas crecen.

Josef por otra parte cuidadoso,
Como tan nuevo en la insufrible ausencia,
Ansiado viene por su bien hermoso,
Que no hay vida ni bien sin su presencia;
Camina desalado y deseoso,
Lleno de amor y falto de paciencia,
A ver los que arrancados de su pecho
Se le dejaron de dolor deshecho.

Pregunta á los que encuentra si ha llegado
La mitad de su alma, su querida,
Y el Niño tierno de su pecho amado,
Que es de su vida y alma el alma y vida;
Nadie respuesta al justo Esposo ha dado;
La ausencia hace mayor la fiera herida,
El corazon estrecha, el paso alarga,
Que no puede sufrir la ausencia amarga.

Apenas divisó al Esposo santo
La Vírgen sin la luz, que lo es del cielo,
Cuando deshecho el corazon en llanto
Salió á hacer Indias el indigno suelo;
Quedó su pecho como helado canto,
La sangre huyó, dando lugar á un hielo,
Que entró corriendo entre las venas frias,
Que las halló del noble humor vacías.

Quedó marchita la azucena y rosa
Del rostro hermoso bienaventurado,
Como suele quedar la flor hermosa
Cortada sin sazon del tosco arado;
Llega Josef y ve á su amada Esposa
Sin el bien que le trujo desalado;
Pásmose el corazon, el alma helóse,
Y al dolor grave sin morir murióse.

Con ser la pura sin igual doncella
De Josef alma mas que ella querida,
Con ser Josef de su adorada bella
La vida á quien estaba siempre unida,
Con ser extremo su deseo de vella
Y estar ella en su ausencia sin su vida,
De verse les pesó como se vieron
Sin el divino Niño que perdieron.

Josef va á preguntar por su querido,
Ella por su adorado le pregunta,
Él en mármol helado convertido,
Le vuelve por respuesta su pregunta;
Ella sintió su corazon herido
De un puñal fiero con la aguda punta,
A él le enclavó el alma el dolor fiero,
Que era su amor de padre verdadero.

Las palabras heladas se quedaron,
Y á las gargantas de los dos se asieron,
Las almas á los ojos se asomaron,
Y en lágrimas los ojos convirtieron;
Las lenguas mudas, sin hablar se hablaron,
Que los ansiados ojos lenguas fueron;
Con la cabeza su descuido culpan,
Y con hombros y cejas se disculpan.

Tendió la noche su estrellado manto,
Estorbando á los dos que no partiesen
A buscar el perdido sacrosanto,
Porque mayores sus dolores fuesen;
La Vírgen, hecha mar de amargo llanto,
Hace que los de su Josef no cesen;
Él siente su valor y el de su Esposa,
Y el de los dos la Vírgen dolorosa.

Los corazones puestos entre abrojos,
Heridos de enemigos pensamientos,
La sangre envian á los tristes ojos,
Que se anegan en penas y tormentos;
Mira á Josef la paz de sus enojos,
Reprime sus ansiosos sentimientos,
Su llanto bebe, su dolor se traga
Por no aumentar de su Josef la llaga.

El noble Esposo de dolor revienta,
Que dentro el pecho el corazon no cabe,
Y á no tener con su prudencia cuenta
Perdiera el seso entre la pena grave;
La Virgen su congoja y pena aumenta,
Temiendo que Josef la vida acabe;
Quiérele consolar, pero no puede,
Que su dolor al de su Esposo excede.

El cielo con su tardo movimiento,
Dando vueltas sus ruedas inmortales,
Se las da de cordel al sentimiento
De los dos corazones virginales;
Desvelados los dos en su tormento,
Del alba ven las luces orientales,
Que enternecida de su justo lloro
Derrama perlas de sus rayos de oro.

Apenas les hirió su luz serena,
Cuando dejaron la oracion ardiente
De vivas ansias y suspiros llena,
Vertidas por su Niño omnipotente;
La Virgen madre, mas que todos buena,
Por su camino vuelve diligente;
Josef, de llorar ciego, triste parte
Del que ya anduvo, por la misma parte.

Sonó su voz la tórtola afligida,
Y los valles y montes que la oyeron,
Su natural dureza enternecida,
A los tiernos gemidos respondieron;
La cándida cordera desvalida
Por el bien que del alma desasieron,
El dolor y la ausencia bala ansiosa,
Los cielos rompe y dice temerosa:

«Hijo de mis entrañas, mi querido,
Que bien sé que escuchais mi tierno llanto,
Bien pareceis, Señor, Dios escondido,
Pues que lo andais de la que os ama tanto;
¿En qué, mi Niño hermoso, os he ofendido,
Que el alma triste entre mortal quebranto
Dejais de aquesta Madre que os adora
Y en vuestra ausencia sin consuelo llora?

»¿Cuándo, mi amado, me desamparastes?
Cuándo sin mi licencia solo os fuistes?
Cuándo estos ojos, que de luz bañastes,
Gustastes, Hijo, de dejarlos tristes?
¿Cuándo por vuestra ausencia lastimastes
El pecho de quien leche recebistes?
¿Cuándo me distes pena, Niño amado,
Por faltar á mi gusto y á mi lado?

»¡Ay, Hijo mio! Si el tirano fiero
Como heredó del Rey la Tetrarquía,
Heredó dél el corazon de acero,
Su impiedad, su soberbia y tiranía;
Si alguno os denunció, manso cordero,
Y maniatado de la gente impia
Fuistes llevado al matadero infame
Para que vuestra sangre se derrame!

»¡Oh! vosotros que vais por el camino,
Atended y mirad qué dolor llega
Al que padece por su sol divino
El alma triste sin sus luces ciega;
¡Ay justo Simeon! Sabio adivino,
Ya el corazon en lágrimas se anega,
Ya tu cuchillo el alma me ha clavado,
Muriendo vivo sin mi dulce amado.

»Otra vez que me hirió en la fiera huida,
Cuando triste, turbada y temerosa,
Sin gozo el alma, el corazon sin vida,
Guardé la amada de mi prenda hermosa,
No me vi de sus ojos desasida,
Ni sin sus brazos de jazmin y rosa
Aquestos mios, ni este triste pecho,
Que no estuviese trono de Dios hecho.»

Derrama de sus ojos soberanos
Arroyos de cristal resplandeciente,
De donde el alma con avaras manos
Hurta las perlas de su rico Oriente;
Caen en la tierra los preciosos granos,
Y la tierra en su guarda diligente
Los encierra por único tesoro
Entre las venas donde guarda el oro.

Pregunta con ternísimos balidos
Si han visto la beldad que anda perdida,
Perdida por ganar hombres perdidos,
Que ha de ganarlos con perder la vida;
Todos le multiplican los gemidos
Y el fiero golpe de la fiera herida,
Pues nadie ha visto entre el tropel copioso
Al mas que la hermosura misma hermoso.

Entra en Jerusalen triste y ansiosa,
Guiada del amor, que todo es trazas,
Y dice: «Buscaré mi prenda hermosa
A pesar de peligros y amenazas;
Rodearé triste la ciudad famosa,
Y buscaré por calles y por plazas
A! bien que adora y quiere el alma mia,
Resplandor de su padre y sol del dia.

»¿Por ventura habeis visto á mi adorado,
Hijas de la ciudad? Si por ventura,
La mayor que ser puede habeis hallado,
Pues es él la que eternamente dura;
Restituidme el hijo que he buscado,
Restituid al alma su hermosura;
Enjugue aquestas lágrimas que vierto;
Salga desta tormenta al dulce puerto.»

Ellas le dicen: «Madre hermosa y triste,
Dinos las señas del que tu amor llamas,
Que si lo es de tu alma y le perdiste,
Con justa causa el corazon derramas.»
La Virgen bella, que á su pena asiste,
Las dice: «¡Oh nobles virginales damas!
¿Cómo podréis oir sus señas ciertas
Sin que quedeis de sus amores muertas?

»Es mi querido blanco y encarnado,
Hecho de clavellinas y azahares,
Es mi perdido, por quien yo lo he estado,
Escogido en millares de millares;
Son los cabellos de oro, en que ha enlazado
El alma que hace aquestos ojos mares,
Como tiernos cogollos de las palmas,
De que hace amor las redes de las almas.

»Es la cabeza de mi amado tierno
Oro mas puro que el que Arabia cria,
Nacido en el Oriente sempiterno
Ante el lucero anunciador del dia;
La frente hermosa de mi Niño eterno
Arco de paz tras la borrasca fria,
Cielo de amor que entre sus resplandores
Esparce gracias y derrama amores.

»Sus ojos son de cándidas palomas
Puestas del agua clara á las corrientes,
Sus mejillas jardines son de aromas,
De rosas y de flores diferentes;
Sus labios de coral distilan gomas
De la mirra estimada de las gentes,
De que traigo un manojo entre mis pechos
En esta ausencia de dolor deshechos.

»Son las manos del Niño soberano
Hechas á torno, de oro y de jacintos,
Su vientre hermoso de marfil indiano,
Donde hay zafiros varios y distintos;
Las fuertes piernas de mi Dios humano,
En quien cargan los once laberintos,
Son columnas de mármol; sus piés de oro,
Que pisan de los cielos el tesoro.

»Es del Líbano fértil su hermosura
Sobre las de los hombres admirable,
De un cedro descollado su estatura,
Y es todo junto mi querido amable;
Si sabeis, damas, de su beldad pura,
Decidle mi dolor incomparable,
Decidle cómo entre ansias y dolores
Enferma estoy de un mal que es mal de amores.»

Desta manera sollozando busca
Al que en su ausencia el corazon le parte,
Y al temor, que cual hielo la chamusca,
Vence el amor con que á buscarle parte.
Josef, á quien la pena el alma ofusca,
Ansiado y triste va por otra parte,
Por sus mejillas lágrimas vertiendo
Del corazon que se le está exprimiendo.

Por el camino por do vino vuelve,
Sembrando ansioso por la inculta tierra
El corazon que en lágrimas resuelve,
Que no cabe en el pecho que le encierra;
Dentro del alma mil cosas revuelve,
Que le dan sin cesar perpetua guerra;
La tierra fertiliza, el aire abrasa,
Montes de penas rompe, mares pasa.

»¡Ay hijo amado! dice, ¡ay mi querido!
¿Por qué, Señor, me habeis desamparado?
¿Cómo, si yo lo soy, anda perdido
El que al perdido quiere ver ganado?
Yo soy perdido, pues os he perdido,
Y vos lo estais, mas es de enamorado;
Yo perdido sin vos pierdo la vida,
Que en esta amarga ausencia es bien perdida.

»¿Qué sentirá, Señor, quien sola un hora
En doce años no se ha visto ausente
De esa beldad que el alma me enamora
Y hace que el pecho de dolor reviente?
¿Qué podrá hacer el corazon que llora
Su vida amada que violentamente
Le han arrancado de en mitad del pecho,
Un mar de penas y dolores hecho?

»Y si es que no merezco, como creo,
Gozar de los favores que me hicistes,
Bien sabeis que jamás erró el deseo
Ni el gusto que con él me agradecistes;
De mi vida hice en vos dichoso empleo,
Y della, Niño, por servido os distes:
Si en lugar de serviros ya os ofende,
Vuelva esa luz y mi ignorancia enmiende.

»Es el pan de que como noche y dia,
De lágrimas que amargamente lloro
Cuando ansiada me dice el alma mia:
¿Do está tu Dios? Do está el Señor que adoro?
Es mi bebida la que el pecho envia
Del corazon, que se deshace en lloro,
Haciendo surcos los arroyos tristes
Por las mejillas que de luz vestistes.

»¿Huis de quien á costa de su vida
La vuestra ha sustentado doce años,
Con su sudor ganando la comida
Entre enemigos propios y entre extraños?
Huis de un alma que á la vuestra unida
Los vuestros siente como propios daños,
Sirviéndoos, regalándoos como pudo,
Desde que al hielo os adoró desnudo?

»¿Por qué dejais aquestos tristes brazos,
Que otro tiempo llorando deseastes,
Y haciendo de los vuestros dulces lazos,
Lleno de amor en ellos reposastes?
¿Cómo mi pecho no se hace pedazos,
Viendo, Señor, que helado le dejastes,
Habiendo sido vuestro escudo fuerte
Por vos puesto al peligro de la muerte?

»Cómo dejais aquestos ojos tristes
Hechos fuentes de lágrimas y enojos,
Si son estos los ojos que dijistes
Que eran la luz de vuestros bellos ojos?
Cómo estas manos que gozoso asistes,
Y hinchéndolas de bienes á manojos,
Innumerables veces las besastes,
Agora, Niño, las desamparastes?

»Si es, Niño hermoso, que os habeis perdido
Porque mi triste corazon entienda
Que como está obligado no ha servido
Al bien que el Padre eterno me encomienda,
Con lágrimas del alma perdon pido:
Vos que veis mi dolor veréis mi enmienda;
Otro seré de hoy mas; volved, mi amado,
Volved y perdonadme lo pasado.

»Y si es, Señor, la culpa sola mia,
Que si será, pues nunca á vuestros ojos
Pudo ofender la angélica Maria,
Ni daros como yo injustos enojos;
¿Por qué dejais su amada compañía?
Por qué enturbiais aquellos rayos rojos?
Volved á la que es mas que todas buena:
La culpa tengo yo, tenga la pena.

»No pierda por mi culpa mi querida;
Volved á consolar á vuestra Madre,
Volved á dar á aquellos ojos vida,
Que son la luz de los de vuestro padre;
Mi vida, en llanto y pena convertida,
Hace que al cielo en mi dolor taladre,
Y que cubra de luto las estrellas,
Ausente de las dos mas que el sol bellas.

»Y si en aquesto el corazon no acierta,
Y es que perdido os hé, mi Niño amado,
¿Habeis de mendigar de puerta en puerta?
Habeis de andar hambriento y fatigado?
¡Ay, que temo, mi amor, por cosa cierta
Que toparéis algun desapiadado,
Que después de reñiros y afrentaros,
Un pedazo de pan no quiera daros!

»¡Ay, Ruben, que lloraste ansiado y triste
Al hermano empozado que no hallaste!
Y tú, Jacob, que tanto los sentiste,
Que los vestidos de dolor rasgaste;
¡Ay, mi abuelo David! Di ¿qué no hiciste
Por el ingrato hijo que lloraste?
Y tú, grave Tobías, ¿qué no hacias,
Ausente de tu casa tu Tobías?

»Pues todos juntos no sentistes tanto,
Tanto por ser mayor amor el mio,
Cuanto por ser mas digno el solo Santo
Del amor que me tiene ardiendo frio;
Tanto porque no llega todo cuanto
Encierra el cielo á mi Criador, que crio,
Cuanto porque es el amor vuestro sombra
Del que me abrasa por quien mio se nombra.

»¡Ay dulce amado mio! Ay bello ausente!
Vuestro Padre defienda vuestra vida,
Y os provea con mano omnipotente
De posada, de cama y de comida;
Envieos de su cielo refulgente
Gente de guarda de la mas lucida,
Que os sirva y os regale, amada prenda,
De mis faltas haciendo digna enmienda.

»¡Ay triste, que la vida se me acaba
Viéndome ausente de esa luz hermosa,
Y el cuchillo cruel el alma enclava,
Que Simeon pronosticó á mi Esposa;
En medio de la pena fiera brava
Que hirió esa carne de azucena y rosa,
Aunque mi corazon sentí deshecho,
Víos abrazado á aqueste triste pecho.

»En el camino largo y trabajoso,
Cuando á Egipto os llevé, sentí mil penas,
Temiendo no os cogiese el rey furioso
Y os hiciese morir por las ajenas;
Mas todas fueron, mi querido hermoso,
De mil consuelos y favores llenas,
Que la pena con vos es bien eterno,
Y el bien sin vos la pena del infierno.»

Desta manera, tristes y afligidos,
Andan Josef y su Consorte amada
Entre sus deudos y sus conocidos
Buscando la deidad disimulada;
Josef entre dolores y gemidos,
La tierra en tiernas lágrimas bañada,
Rodea, busca, pregunta, inquiere, mira,
Gime, solloza, túrbase y suspira.

Herido el pecho del amor divino
Que le da sacomano á sangre y fuego,
Desanda lo que ha andado del camino,
Y á andarlo tristemente vuelve luego;
No sabe por dó va ni por dó vino,
Loco de amores y de amores ciego;
Llega á Jerusalen triste y cansado,
Perdido, porque el niño Dios no ha hallado.

Piensa Josef que su Consorte bella
Quizá como mas buena ha merecido
Hallar al que dejándola doncella,
De su grana de polvo hizo vestido;
Lo mesmo menos triste piensa ella,
Y así espera turbada á su querido,
Por ver si trae al sol de su remedio
Que la eclipsó poniendo tierra en medio.

Encuéntranse los dos; quedan helados,
Y á las gargantas dados ciegos nudos;
Por los ojos en lágrimas bañados
Se hablaron, que son lenguas de los mudos;
Cada cual con suspiros abrasados,
Con que á los bronces de piedad desnudos
Pudieran ablandar, dicen, las penas
De que sus tristes almas están llenas.

Sus lágrimas amargas Josef bebe,
Cual las ha menester el triste pecho,
Que sin cesar ha tanto que las llueve
Que tiene el corazon de yesca hecho;
La Virgen el de no tocada nieve
Derrite al sol que le dejó deshecho;
Josef que ve su llanto, el suyo aumenta,
Y ella, el suyo mirando, le acrecienta.

Tres dias de amarga ausencia padecieron,
Y treinta mil de penas y dolores;
Entranse al templo, á quien enternecieron,
Que sabe hacer mercedes y favores;
Entran llorando, y de repente vieron
Al niño Dios en medio los doctores,
En su disputa, oyendo y preguntando,
Y en su saber á todos admirando.

El gozo, la dulzura, la alegría
De los dos corazones soberanos,
Dígalo la seráfica María
Y el escogido en todos los humanos;
Que mal podrá decillo alma tan fria
Ni los mas abrasados cortesanos;
Ellos lo digan, ellos que lo saben,
Si es que en palabras tales glorias caben.

Que ni Abraham cuando al Isaac querido
Quitó la venda de su rostro bello,
Ni Jacob cuando al sin razon vendido
Los medio muertos brazos echó al cuello,
Ni cuando el buen pastor de amor herido,
De escarcha coronado su cabello,
Halló la oveja, y vió á Tobías su madre,
Y al pródigo el piadoso y tierno padre;

Ni todo cuanto todos se alegraron
Llegó al contento, que con colmo excede
Al dolor fiero que los dos pasaron,
Que en su presencia es bien que muerto quede:
Los dos á su querido se abrazaron;
Él sus divinos brazos les concede,
Enmudecen las lenguas, y los ojos
Distilan de sus glorias los despojos.

«¿Cómo así con nosotros lo habeis hecho,
Hijo, le dice la que le ha engendrado,
Que vuestro padre en lágrimas deshecho
Y yo os habemos con dolor buscado?»
El niño Dios enternecido el pecho,
Donde tres corazones se han juntado,
Humilde entre los dos su rostro esconde,
Y á las quejas de amor así responde:

«Para buscarme así, ¿qué hallais que cuadre,
Si sabeis cuánto importa que yo asista
A los negocios de mi eterno Padre,
Que es lo que me ausentó de vuestra vista?»
Josef, loco de amor, tierna su Madre,
Asidos al amor que los conquista,
Vuelven á Nazaret, y yo entre tanto
Doy fin alegre á aqueste triste canto.

CANTO XXII.

De algunas alabanzas de san Josef, y de la pasion de nuestro Redentor.

Al que el deseo da perpetua guerra
De romper libre por los aires vanos,
Y dejando la carga de la tierra
Entrar por esos cielos soberanos;
Gozar la gloria que la gloria encierra,
Sus bellos y divinos cortesanos,
Y ver entre su luz hermosa y pura
La hermosura, que excede á la hermosura;

Entre en la casa de Josef dichoso,
Entre y verá como su casa es cielo,
Verá el bien sumo, que hace al cielo hermoso,
Que vuelve cielo el venturoso suelo;
Verá al Eterno y todo poderoso
Entre el sayal del encarnado velo,
Que esparciendo divinos resplandores,
Los del impíreo cielo hace mayores.

Verá una nueva Trinidad que admira,
De un solo Dios y tres personas bellas,
De quien la Trinidad de Dios se mira,
Gozosa en la beldad que mira en ellas:
Una es la que reporta á Dios la ira,
Que engendró al que es criador de las estrellas,
Que es de Dios hijo, la virginal Madre,
Madre de Dios y esposa de su Padre;

Otra es el Verbo eterno, que es el Hijo,
Nacido de la que es de Dios agrado,
Palabra que el eterno Padre dijo
En el principio, que sin él le ha dado;
Otra es Josef, que es gozo y regocijo
De la que engendra y del que es engendrado,
Pues procede de amarse los dos tanto,
Que sea su alma un Espíritu Santo.

Y si el que es Paracleto sempiterno,
Que procede del Padre y Hijo hermoso,
De los dos como de un principio eterno,
Es de la Vírgen madre amado Esposo,
Tambien Josef es della esposo tierno,
Sobre los de la tierra venturoso,
Pues fué en la tierra bienaventurado
Por la Esposa de Dios que Dios le ha dado.

Si él es consolador, Josef consuelo,
No solo de las almas afligidas,
Mas del sol, que nació temblando al hielo,
Y de la sola entre las escogidas;
Si él es el fuego que enamora al cielo
Y el gozo de las lágrimas vertidas,
Josef es fuego y gozo que enamora
Al Niño y Madre, que gozoso adora.

Josef es don de Dios á los dos dado
Para hacer sombra al celestial misterio,
En el trabajo su descanso amado,
Y en su cansancio dulce refrigerio;
Dulce huésped del alma regalado,
Que hospeda al Rey del celestial imperio,
Padre del pobre, que de amor deshecho,
Los abriga en su casa y en su pecho.

Dios es criador de cuanto mira el dia,
De cuanto ciñe el mar y el cielo encierra;
Cria lo que no es Dios, mas Josef cria
Al mismo Dios, criador de cielo y tierra;
El cielo todo lleno de alegría
Y cuanto su estrellado manto cierra
Obedecen al niño Dios hermoso,
Y el niño Dios al justo venturoso.

Dios es de serafines adorado
Y de millares de ángeles temido;
Josef mejor que Dios reverenciado,
Pues es Josef del mismo Dios servido;
Josef manda al que todo lo ha criado,
Y Dios á todo lo que Dios no ha sido;
Josef es vírgen, y de Dios es padre,
Y el dulce amado dél y de su Madre.

La criatura mas pura se retira
En las virtudes del heróico Santo,
Y mas cuando en el justo Josef mira,
Que no es Dios y que tiene de Dios tanto;
Que es hombre, que á los ángeles admira,
Que es ángel, que á los hombres causa espanto,
Que su alma es cielo, que de amor se abrasa,
Y que es un cielo su dichosa casa.

Después de Dios, ¿qué es lo que tiene el cielo?
¿No son los nueve coros inmortales?
Pues Josef, preso en el corpóreo velo,
Ejercitó sus obras celestiales;
¿Angel no fué, que lleno de consuelo
Fué guarda de las dos personas reales?
¿Y no fué digno Arcángel de María,
Cuando de Dios despachos le traia?

¿Y potestad no fué cuando en Egito
Con el pequeño Dios entre sus brazos
Los dioses falsos que hizo el apetito
Por tierra fueron hechos mil pedazos?
¿No fué virtud, oyendo el tierno grito
Del niño Dios, que entre mortales lazos
Le hizo ministro del milagro alegre,
Donde lloró para que Adan se alegre?

¿No gobernó cual sabio principado
Al Angel, que lo es del gran consejo,
Cristo, que, el ser Eterno disfrazado,
Nació por renovar al hombre viejo?
No fué dominacion, que respetado
Fué de su Esposa, que es del cielo espejo,
Y della y de su amado Dios servido
Mejor que el mismo Dios jamás lo ha sido?

¿Trono no fué cuando en sus brazos justos
Tuvo al eterno Niño, que amoroso
Trocó en glorias sus penas y disgustos
Abrasándole el pecho venturoso?
¿Y al paraiso de divinos gustos,
Que fué del mismo Dios jardin hermoso,
De su querida bienaventurada
Cuál querubin no defendió su espada?

¿Y Serafin no fué de amor deshecho
Desde que en el divino desposorio
Vivió su alma en el hermoso pecho
Que fué del Verbo eterno consistorio?
Y hermoso Serafin no se vió hecho,
Teniendo el arca del Propiciatorio
Del niño Dios entre él y su querida
Mas que los Serafines encendida?

Dios no lo pudo ser, mas de Dios tuvo
Un olor, que es razon al mundo asombre,
Pues con la vida con que á Dios mantuvo,
Vino á obrar Dios la redencion del hombre;
Y el mismo Dios con él tan franco anduvo,
Que al hijo suyo quiere que hijo nombre,
Y en tanto su virtud heróica esfima,
Que al Redentor ordena que redima.

Parece á Dios, que es Padre de las lumbres,
En que Josef lo es de las mas bellas
Que ven los montes en sus altas cumbres
Cuando el sol de oro se derrama en ellas;
Viven los dos, que son de unas costumbres,
Y exceden en pureza á las estrellas,
Unánimes en una pobre casa,
Adonde el cielo sus favores pasa.

Y si en aqueste cielo de la tierra
La variedad de santos quiere el alma,
En las virtudes que Josef encierra
Verá que absorta en sus grandezas calma;
Es mártir del amor que le hace guerra,
Tiene de Vírgen soberana palma,
Es profeta de Dios por varios modos,
Y Patriarca preferido á todos.

Es Josef antes santo que nacido,
Antes que viese luz santificado,
El fómes tuvo á la razon rendido,
Sin cometer jamás mortal pecado;
Entre todos los hombres escogido,
Y en la mente de Dios predestinado,
Esposo digno de la Vírgen Madre,
Padre del Hijo del eterno Padre.

¿Qué hijo honrado deste siglo hubiera
De su Madre tan poco cuidadoso,
Que para darle esposo no escogiera
El mejor hombre y el mejor esposo?
Y si el hijo al esposo hacer pudiera,
Y fuera el hijo todo poderoso,
¿No le formara por divinos modos
Tan bueno, que el mejor fuera de todos?

Pues si Dios desposó á su amada Madre,
A quien de gracia y de favores llena,
¿No habia de dar, mirando que á él le cuadre,
El mejor hombre á la mujer mas buena?
Si el mismo Dios le quiso llamar Padre,
Y su amor de si propio le enajena,
¿Por qué no le ha de hacer por varios modos
Que sea el mas santo y el mejor de todos?

No quiero yo quitar á ningun santo
De los que ven de Dios la hermosa cara
La santidad, que en admirable espanto
Hizo su vida peregrina y rara;
Mas digo del Esposo sacrosanto,
Que estando asido á aquella lumbre clara,
De la deidad de Dios, gozó en el suelo
Favores que no gozan los del cielo.

No fué apóstol Josef ni evangelista,
Porque cuando murió no habia empezado
El hombre Dios del mundo la conquista
Ni llamado al divino Apostolado;
Que evangelista fuéralo de vista,
Y de los cuatro por Maestro estimado,
Pues vió y supo secretos, que no oyeron
Los que de Cristo coronistas fueron.

Y evangelista fué, pues predicando
Enseñó á los tres Magos del Oriente,
Y apóstol, que á los tres catequizando,
Les predicó al pequeño Omnipotente;
Y cuando en casa de Isabel entrando
Delante el bello sol resplandeciente,
¿Del Precursor no fué precursor santo,
Que señaló al cordero sacrosanto?

En fin, no hay santo, aunque mas santo sea,
Arcángel bello ó Serafin glorioso,
Que ser humilde siervo no desea
De aquella de quien es Josef esposo;
Ella en servir á su Josef se emplea,
Humillasele el todo poderoso;
El mundo padre de su Dios le llama,
Y todo el cielo le respeta y ama.

Es el varon que halló el que le ha escogido,
Segun su corazon, que en él se agrada,
Es el fiel siervo, que ha constituido
En su familia bienaventurada;
Es el que halló el tesoro que escondido
Estaba en la heredad de Dios guardada,
Y el mercader que por su gran ventura
Halló la margarita de hermosura

Es el árbol plantado á las corrientes
Del agua viva, que á su tiempo lleva
El fruto deseado de las gentes
Del vientre de David en quien se eleva;
Arbol de flores y hojas diferentes,
Que su hermosura cada mes renueva,
De cuyo fruto es la virtud divina,
De las gentes salud y medicina.

Es árbol verde, cuyas hojas bellas
Defienden á las dos hermosas flores,
Una cuyo rocío son estrellas,
Y otra á quien viste el sol de resplandores;
Arbol á cuya sombra pasan ellas
Del inclemente tiempo los rigores,
Pues que se opone al sol, al cierzo y hielo
Siendo sus ramas de sus flores cielo.

Es el árbol que vió el Rey temeroso,
Que á la celeste bóveda llegaba,
De cuyas ramas el frescor vistoso
Esta terrestre máquina ocupaba;
Arbol que contra el cielo riguroso
Las aves y animales amparaba,
Lozano en ver que llegue el ave y bruto
De David y Jesé á la flor y fruto.

Es á quien Dios estima tanto y honra,
Que le da por mujer su Virgen Madre,
Fiando de Josef su misma honra,
Y honrándole con nombre de su padre;
Es por quien Dios no tuvo por deshonra,
Por ver que á su humildad y á su amor cuadre,
Parecer aprendiz del Santo nuestro,
Siendo oficial Jesus, Josef maestro.

Es el que mereció ser el primero,
Que reengendrado en el baptismo santo,
Gozó dél el efecto verdadero
Después de aquella que es del cielo espanto;
Porque aunque el puro cándido cordero
No habia con su contacto sacrosanto
Hecho santo al Jordan, virtud tenia
Para dársela al agua en cualquier dia.

Es el Adan de la Eva no engañada,
A quien el Angel con discreto aviso,
No solo muestra la encendida espada,
Mas le ruega que vuelva al Paraíso;
Es el Adan, que de su bella amada
Mereció ser la cosa que mas quiso
Después de Dios, que deste Adan amante
La hizo su adjutorio á él semejante.

Es á quien Cristo tanto favorece,
Que le da las facciones de su cara,
Pues tanto en su belleza le parece,
Que el mundo por su padre le declara;
Pues si Cristo á Josef tanto engrandece,
Que le hace imágen de su beldad rara,
Y él es imágen de su Padre eterno,
Pareceráse al Padre el que es el yerno.

Pues á su Esposa angélica la bella,
Que sola es bien que goce deste nombre,
¿Quién mereció ser semejante á ella
Sino este Angel en forma y traje de hombre?
Ella hizo voto de vivir doncella,
Y él fué el primero, porque al mundo asombre,
Que votó á la deidad omnipotente
De guardar castidad perpetuamente.

Ella de estirpe y sangre real nacida;
Josef nacido de la misma casa:
Ella para Josef sola escogida;
Él escogido, que con ella casa;
La soberana Vírgen concebida
Sin la culpa que á todo el mundo abrasa,
El divino Josef santificado
Antes que nazca, limpio de pecado.

Ella quien vió á Dios hombre la primera,
Él el dichoso que le vió el primero;
Ella de Dios la madre verdadera,
Él tenido por padre verdadero;
Él muere, viendo en Dios la herida fiera,
Y ella, sin morir, muere al dolor fiero;
Ella le tuvo en sus hermosos brazos,
Y él le dió mil dulcísimos abrazos.

Ella es de las mujeres la mas bella,
Él de los hombres es el mas hermoso;
En condicion afable un ángel ella,
Y él en su agrado un ángel amoroso;
Josef quien solo pudo merecella,
María quien mereció tan santo esposo;
Ella toda agradable, humilde, amable,
Y él todo amable, humilde y agradable.

Si habia Josef divino de casarse,
¿Con quién pudiera sino con María,
Pues otra alguna no pudiera hallarse
Conforme á lo que el Santo merecia?
Y si tenia la Vírgen de emplearse,
¿En quién mejor que en su Josef podia,
Pues fuera poco quien Josef no fuera
Para que tal esposa mereciera?

En fin, fueron del mundo los mejores
Que hizo el amor que fuesen para en uno,
Haciendo en sus hermosos resplandores
Que sus dos corazones fuesen uno;
Uno son por virtud de sus amores,
Y así en su amado vive cada uno,
Trasformado el amante en el amado,
Y el amado en su amante trasformado.

Pues si la Vírgen vive á Dios asida,
Tanto que entre los dos nadie haber puede,
Y es Josef de su Esposa el alma y vida,
Que en estimarla al mismo amor excede,
Y ella á su mucho amor agradecida
Amándole hace que á deberle quede;
Entre casados que se quieren tanto
¿Podrá entrar á ponerse ningun santo?

Ninguno habrá que tan descortés sea,
Que no solo los bienaventurados
Que gozan de la luz que los recrea,
Que quieran descasar tales casados;
¿Quién no se humillará cuando los vea
Tan dignamente amantes como amados,
Y les deje el lugar dentro del cielo
Que gozaron amándose en el suelo?

¿Qué mas hubo en Josef? Mas ¿qué no hubo
Que á cuanto pudo imaginar no pase?
Qué gracia, qué excelencia en él no estuvo?
Qué pretendió jamás que no alcanzase?
Qué pudo desear el que á Dios tuvo
Que á medida del gusto no gozase?
Qué pudo desear, de cualquier modo,
Que no alcanzase el que lo tuvo todo?

Parad el vuelo, pluma, poco á poco:
¿Dónde tan sin pensar habeis subido?
Ved que dirán que alas dais á un loco,
Que le pueden atar por atrevido;
Mirad que al cielo á indignacion provoco,
Alabando al que serlo ha merecido,
No del pobre caudal de mi ignorancia,
Sino de la seráfica elegancia.

Al Padre ¿quién conoce sino el Hijo?
Ese que le conoce, ese le alabe;
El Hijo que á Josef padre le dijo,
Ese diga quién es, pues que lo sabe;
Su Esposa, que es del cielo regocijo,
Ella sea musa de su Esposo grave,
Que solamente Dios y ella podrian
Alabar dignamente al que servian.

Después de mil regalos, mil ternezas,
Mil dulzuras, mil quejas amorosas,
Mil besos, mil abrazos, mil finezas,
Mil gustos y mil lágrimas gozosas;
Después de convertidas las tristezas
En gozos y alegrías venturosas,
A Nazaret alegres se volvieron,
Donde mil parabienes recibieron.

Después de haber sus ojos serenado,
Volviendo atrás el mar de sus enojos,
Y las lágrimas tiernas enjugado
El sol eterno con sus rayos rojos;
Después de haberles la palabra dado
De no ausentarse de sus graves ojos,
Es oficial del noble carpintero,
Sirviéndole cual Hijo verdadero.

La mujer fuerte, madre de la vida,
Que buscó cuidadosa lino y lana,
En tejer y labrar entretenida,
Redime el tiempo y la comida gana;
Guisa á los dos humilde la comida,
Y con amor y gracia mas que humana
Sirve y regala á los que trabajando
Dulcemente le están enamorando.

Ase un cuarton el rico carpintero,
Y ase dél luego el Hijo que le ayuda,
Y puesto al hombro de hombre verdadero,
Donde Josef le manda el cuarton muda;
Asierran luego el rígido madero,
Suda Josef y el Hijo eterno suda;
Josef, aunque trabaja, no se cansa,
Y Cristo trabajando en él descansa.

Cuál vez toma el escoplo ó la barrena
Quien es del Padre eterno la palabra,
Y al cuarton, que quejándose resuena,
Hace que al hierro las entrañas abra;
Cuál vez, su cara hermosa de paz llena,
Con el cepillo la madera labra,
Cuál con el cartabon compasa y mide,
Y cuál los clavos y el martillo pide.

Mira Josef si alguna arca fabrica,
La de Noe en el Hijo sacrosanto,
Que del diluvio de la tierra inica
Ha de salvar el pueblo que ama tanto;
Ve del Propiciatorio el arca rica
De incorruptible cedro y oro santo,
Pues mira humilde al celestial Cordero,
Que es el Propiciatorio verdadero.

Si labra alguna escala, absorto atiende,
Y ve la de Jacob en su querido,
Por donde Dios á ser mortal deciende,
Y sube el ser del hombre á Dios unido;
Si en hacer puerta alguna el Santo entiende,
Mira en su Esposa la que Ezequiel vido,
Y en su menor, que es puerta siempre abierta,
Que salva al que entra por la amada puerta.

Si hace el oficial santo alguna cama,
De la cruz se le acuerda, en que deshecho
Ha de morir el que le sirve y ama,
A su Esposa sacando de su pecho;
Si alguna mesa labra, en Dios se inflama,
Y un horno regalado de amor hecho,
La del altar contempla en que su amado
Hará el amor de amor dulce bocado.

Mira Josef al oficial glorioso
Que á obrar nuestra salud descendió al suelo,
Que fabricó la aurora y sol hermoso,
La cumbre de oro del lucido cielo;
Mira que manso, humilde y amoroso
Hace la obra, que es de Adan consuelo,
Que en un madero labrará la vida,
Que en otro otro oficial dejó perdida.

El hombre Dios, que entre maderos anda,
Entre martillos, clavos y barrena,
El corazon como de cera blanda
Por los ojos derrite en larga vena;
Que el amor, por quien sigue la demanda
De romper del infierno la cadena,
Le lleva entre los fieros instrumentos,
Que han de labrar el mar de sus tormentos.

Cuál vez encuentra con la gruesa soga,
Y imagina que echada al noble cuello
Le arrastra el pueblo ingrato que le ahoga,
Con furor remesando su cabello;
Cuál vez el tierno corazon desfoga
De lágrimas bañando el rostro bello,
Sus inocentes manos viendo atadas,
Y como malhechoras condenadas.

Cuál vez entre las sogas y cordeles
A una columna se imagina atado,
Y por los hombres, mas que ella crueles,
Desnudo, herido, roto y desangrado;
El rostro de jazmines y claveles
Imagina escupido y afrentado,
Que sus cabellos de su sangre llenan
Los juncos que las sienes le barrenan.

Cuál vez de llanto el bello rostro baña,
Si hace algun escabel, que se imagina
Vendado en otro y con la regia caña,
Donde le dicen: quien te dió adivina;
Vese burlado de la gente extraña,
Y que la propia huyendo dél camina,
Desamparando en el mayor estrecho
Al que les da la sangre de su pecho.

Si ve los fieros rigurosos clavos,
Imagina sus manos traspasadas
Por borrar los que tienen sus esclavos,
En sus yerros las almas enclavadas;
Mira cómo han de andar con él tan bravos
Que sus agudas puntas remachadas
Le tengan á la cruz atado y preso,
Procurando tener á Dios en peso.

Cuál vez porque su madre no le vea,
Della y Josef se aparta, y vase luego
A los maderos donde se recrea,
Que son la leña de su dulce fuego;
Josef, que siempre al hijo ver desea,
A quien le ató el amor con nudo ciego,
Viene tras él, y de la puerta mira
Lo que hace el Dios humano, que le admira.

Mira Josef que con divina traza
Escoge dos cuartones desiguales,
Que el uno al otro fuertemente enlaza,
Dejando al uno dos brazos iguales;
Que hace una cruz á quien gozoso abraza,
Y de sus ricas Indias orientales
Derrama los aljófares espesos,
Dándole abrazos y amorosos besos.

«Cruz, dice, de los cielos alegría,
Recibe estos dulcísimos abrazos
En pago, cruz amada, que algun dia
Me acogerás en tus piadosos brazos;
Porque aunque entonces quiera, esposa mia,
Hacer de aquestos amorosos lazos,
No podré, que tres clavos rigurosos
Te negaran mis brazos amorosos.

»Quiero ponerte, cruz, sobre mi pecho,
De cuya sangre quedarás manchada
Cuando tú en el peligro mas estrecho
Me dés el tuyo como esposa amada;
En tí, de amor y de dolor deshecho,
Daré la postrimera boqueada,
Y harás ¡oh cruz! que con contento muera
Mirándote á mi triste cabecera.

»Serás la zarza en que el cordero blanco
Parecerá por dar á Isac la vida,
Serás de cambio el mas seguro banco,
Donde la deuda quede remitida;
Serás la espada cuyo toque franco
La muerte triste dejará vencida,
Quebrando la cabeza á la culebra,
Por quien Eva de Dios las leyes quiebra.

»Serás la espada mas que todas fuerte
Que cortes la cabeza al Filisteo;
Serás horca que al fiero Aman dés muerte
Estando hecha para Mardoqueo;
Serás quien, mejorando á Adan en suerte,
Cumplas el largo fin de su deseo;
Serás tabla segura donde asido,
Nadando, salga al puerto pretendido.

»Serás vid fértil de la opima carpa
De la tierra á los hijos prometida;
Serás la barca que las olas zarpa
Donde Noe dé al mundo nueva vida;
Serás suave y sonorosa arpa
Adonde, harpado yo, serás tañida,
Tres clavijas las cuerdas estirando,
Tus voces á los cielos ablandando.

»Serás la que con lazo y nudo estrecho,
A tu Esposo tristísimo abrazada,
Le tendrás recio para abrirle el pecho,
Donde de Adan la vida está encerrada;
Serás estrecho, aunque amoroso lecho,
Do descanse mi carne desangrada;
Guardarás mis espaldas, cruz piadosa,
Mejor que una columna rigurosa.

»Serás secreto y soberano anzuelo
Donde estando empalmado este gusano,
Que es oprobrio de todos los del suelo,
Pique el soberbio Leviatan tirano;
Serás llave de cruz que abras el cielo
Puesta en los hombros deste Dios humano;
Serás la viga del lagar que exprimas
Este racimo que á tu pecho arrimas.

»Serás el árbol de la fuerte nave
Del pescador que no verá anegada,
Arbol en quien la mas montaraz ave
En varetas de amor quede cazada;
Arbol de fruta al mismo Dios suave,
Que hará dulce y sabrosa la vedada,
Arbol sagrado, que al que mio se nombra
Cobijará tu soberana sombra.

»Serás la vara que la mar rompiendo
Saques al puerto á la dichosa gente,
Arco de paz que, el cielo descubriendo,
A los hombres le dé perpetuamente;
Serás escala por la cual subiendo
El hombre llegue al cielo refulgente,
Montante, que esgrimiéndote á dos manos,
Venza á mis enemigos inhumanos.

»Serás granado real, de quien colgada
Tendrás esta granada pechiabierta,
Que estará, aunque de espinas coronada,
Al corazon abriendo franca puerta;
Tendrás la sierpe en alto levantada,
Que dará vida, aunque la mires muerta;
Serás de paz bandera descogida,
Donde por darla á Adan pierda mi vida.

»Serás quien me tendrá preso y atado
Para que el hombre, que ladron se ha hecho,
Abra con una lanza este costado
Y robe los tesoros de mi pecho;
Serás cielo en que el sol quede parado,
Dejando al Padre eterno satisfecho;
Serás la leña deste Isaac segundo
Que abrasado de amor dé vida al mundo.

»Serás quien atará mis fuertes manos
Para que no ejecute mi castigo,
Que abiertas las darás á los humanos
En señal de que quiero ser su amigo;
Colgado de tus brazos soberanos
Tan gran privanza alcanzarás conmigo,
Que te incline ¡oh cruz santa! la cabeza,
Predicando á los hombres tu grandeza.

»¡Ay dulce amada Esposa! ¡Ay mi querida!
Aquestos besos toma, estos abrazos;
Tus bellos brazos quiero, árbol de vida;
Recibe el corazon entre estos brazos;
Gusto en mirarte á aqueste pecho unida,
Aunque en tí ha de quedar hecho pedazos;
Quiero abrazarte ¡oh dulce compañera!
Porque algun dia no podré aunque quiera.»

Esto diciendo, al hombro se la carga,
En pago que él, de amor herido y preso,
Ha de ser de la cruz dichosa carga
Cuando borre las culpas del proceso;
Josef, herido de la pena amarga,
Viendo en Dios de su amor tan grave exceso,
Abrasado de amor, deshecho en llanto,
Entra y próstrase al Hijo sacrosanto.

«¿Qué bronce, dice, habrá, qué roca fria,
Qué monte duro ó rígido diamante,
Qué piedra helada ¡oh dulce gloria mia!
Que viéndoos su dureza no quebrante?
Mi dolor grave con mi amor porfia,
Porque es mi amor de verdadero amante,
Para entrar, como he entrado, sin licencia,
Que es mi amor mucho y poca mi paciencia.

»Perdonadme que entré, que amor lo ha hecho,
Que de veros tan tierno lo estoy tanto,
Que el corazon, en lágrimas deshecho,
Sale hecho fuentes de amoroso llanto;
Revienta dentro el lastimado pecho,
Y el alma falta en el mortal quebranto,
La sangre helada se quedó en las venas
Del dolor vuestro de dolores llenas.

»Si cuando solamente Josef mira
Un triste ensayo de la pasion vuestra,
El alma enferma de dolor suspira,
Y en este rostro el corazon se muestra,
¿Qué sentirá cuando entre mares de ira
Haga de su furor la envidia muestra,
Después de haberos preso y azotado,
Y en una cruz cual esta deshonrado?

»¿Podré mirar vuestra inocencia presa
Y el infame cordel al noble cuello?
¿Una mano atrevida veré impresa
En las mejillas dese rostro bello?
¿Veré al que os vende cuando amigo os besa?
¿Podré ver arrancado ese cabello?
Y en ese rostro donde Dios se mira,
¿Veré salivas de venganza y ira?

»¿Podré mirar entre traidores presos
La divina inocencia maniatada,
Y que con sogas y cordeles gruesos
A una fuerte coluna esté amarrada?
Podré mirar vuestros nevados huesos,
Que entre la pura sangre derramada
Se mostrarán con los azotes duros
Mas que el marfil y el alabastro puros?

»¿Podré mirar vendados vuestros ojos,
Y que hecho Dios de amor, la gente infame
Os haga rey de burlas y de enojos,
Y que por afrentaros os lo llame?
Podré mirar que vuelta arroyos rojos
Vuestra preciosa sangre se derrame,
Con ella las espinas esmaltando
Que estarán vuestras sienes traspasando?

»¿Podré escuchar la temerosa trompa
Cuando otra cruz en vuestros hombros puesta
Por las heridas vuestra sangre rompa,
Adonde vuestro amor se manifiesta?
Podré mirar que con indigna pompa
Del Calvario llegueis á la alta cuesta,
Donde á coces, á palos y á empellones
Os suban arrastrando los sayones?

»¿Podré ver renovar vuestras heridas
Cuando esas puras carnes descubiertas
La túnica os arranquen, donde asidas,
Por llevarlas tras sí las deje abiertas?
¿Veré de las entrañas encendidas
Salir el fuego por cinco mil puertas?
¿Podré veros desnudo y desangrado
Sobre la cruz santísima sentado?

»¿Podré ver barrenar el fiel madero
Y ya clavada vuestra diestra mano,
Porque llegue la izquierda al agujero,
Descoyuntar el cuerpo soberano?
Podré mirar al pueblo ingrato y fiero,
De rabia ciego y de furor insano,
Que el un pié sobre el otro airado os clave,
Añadiendo dolor al dolor grave?

»¿Podré mirar el fiero bando armado
Levantaros en alto, y que furioso,
Viendo que ya estáis medio levantado,
Deja caer el cuerpo doloroso?
Podré miraros en la cruz clavado?
¿Veré afeado vuestro rostro hermoso?
Veré que os dé la gente descreida
Mirra, hiel y vinagre en la bebida?

»¿Veré que con funesta y triste pompa
Vuestra muerte celebren tierra y cielo?
Que el velo santo por mitad se rompa,
Y el sol vista de luto el negro velo?
Y veré antes de la final trompa
Salir los muertos con piadoso celo,
Libres del lazo de la muerte dura,
A daros cada cual su sepultura?

»¿Podré ver que la noche se adelante
Y que su negra capa os eche encima
Para ver si á libraros es bastante
Del dolor que os aflige y os lastima?
¿Veré que el monte duro se quebrante
Y que sus piedras con asombro y grima
Vuestras obsequias con dolor celebren
Y que sus duros corazones quiebren?

»¿Podré ver en el paso mas estrecho,
Cuando estéis con la muerte agonizando,
Llamar al Padre, de dolor deshecho,
En sus manos el alma encomendando?
Y podré ver, rasgado vuestro pecho,
La fiera lanza sin piedad entrando
A hacer al corazon divina puerta,
Porque halle la del cielo el hombre abierta?

»Y ya que el alma no se me arrancase
En la triste avenida que os espera,
Sino que hecho de bronce me esforzase
A padecer con vos la muerte fiera;
¿Podria, sin que la pena me acabase,
Llegar á ver mi Esposa verdadera
Morir al pié del palo el alma herida,
Mirando desangrado al que es su vida?

»¿Podré llegar á ver en mi adorada,
Hechos mares de lágrimas sus ojos,
Viendo por vuestra carne inmaculada
Los que saldrán de pura sangre rojos?
¿Llegaré á ver que della salpicada
Mire de sus entrañas los despojos
En la cruz muertos, sin que el dolor grave
Me pase el corazon y el alma enclave?

»Oiréos decir en el mayor estrecho:
Padre, ¿por qué me habeis desamparado,
Sin que yo, que lo soy de amor deshecho,
Oyéndoos decir Padre, quede helado?
¿Miraré alancear aqueste pecho?
¿Veré el de vuestra madre traspasado?
Veré, sin morir yo, morir mi vida,
Y con vos enclavada á mi querida?

»¿Podré mirar en tanto desconsuelo
Que á vuestras penas, ansias y gemidos
Parezca que, de piedra vuelto el cielo,
Los ojos cierra y tapa los oidos?
¿Veré que brama el aire y gime el suelo,
Dando las piedras tristes alaridos,
Sin que yo, á no ser mas que ellas helado,
Mil veces muera, muerto mi adorado?

»No permitais, oh Hijo y gloria mia,
Que llegue á ver vuestro Josef querido
Sin vida al que lo es del que os envia
Por ver al hombre preso redimido;
El alma helada entre la sangre fria,
De amor llagado y de dolor herido,
Llorando os pido, oh luz que á Dios recrea,
Que antes mi muerte que la vuestra vea.

»Hijo, por estos piés que indigno beso,
Por estas fuentes tristes que derramo,
Por la fe con que en vos deidad confieso,
Por el amor de padre con que os amo,
Por esa cruz que os tiene de amor preso,
Y es del diluvio triste el verde ramo,
Por la cama, el regalo y la comida,
Que os he ganado á costa de mi vida;

»Os suplico y conjuro humildemente,
Y si os puedo mandar, oh gloria mia,
Os mando como á hijo á mi obediente,
Y á mi Esposa santísima María,
Que antes que el pecho de dolor reviente,
Antes que llegue tan amargo dia,
El de mi muerte llegue, y que no vea
La que Dios pide y la que Adan desea.

»Si para dar tormento á un hombre honrado
Hay una ley que rigurosa ordena
Que sea su hijo ante él atormentado,
Porque padezca en él doblada pena;
¿Qué sentirá este padre lastimado
Viendoos morir por causa y culpa ajena?
Amado Hijo, á vuestros piés asido,
Este favor con lágrimas os pido.»

Enternecido el Hijo sempiterno,
De la cruz deja los pesados brazos,
Y conmovido del amor paterno,
Da á su Josef ternísimos abrazos;
Levanta al que de amor está tan tierno,
Que vierte el corazon hecho pedazos,
Enjúgale su rostro, y le asegura
La merced que con lágrimas procura.

Josef besa la mano á su querido,
Cristo besa á Josef la grave mano,
Josef llora de amor enternecido,
Y llora enternecido Dios humano.
La Virgen, que la cena ha prevenido,
Llama al Esposo y Hijo soberano;
Salen disimulando el sentimiento
Por no dar pena á quien les da contento.

Desta manera el virginal Esposo
Vivió casi treinta años con su amado,
Gozando de su trato milagroso
Y de su rostro bienaventurado;
Siempre de su regalo cuidadoso,
Siempre de su bondad enamorado,
Siempre amado de Dios, siempre querido,
Siempre el uno del otro al alma asido.

Que si Moisés bajó de la alta cumbre
De haber hablado á Dios tan refulgente,
Que hace que el pueblo ingrato se deslumbre
En su rostro cual sol resplandeciente;
El que treinta años vió la hermosa lumbre
Del que es sol de justicia omnipotente,
Teniéndole á su mesa y á su lado,
¿De qué grandezas no estará dotado?

Si ninguno llegaba al Cristo ungido
Que mil favores dél no recibiese,
Pues hasta quien tocó el pobre vestido
Con salud confesamos que volviese;
Al dichoso entre todos escogido
Para que treinta años su ayo fuese,
Sirviéndole y criando como padre,
¿Qué bien y gloria habrá que no le cuadre?

El divino Josef se entretenia
Apacentado entre los lirios bellos
De Cristo y su bellísima María,
Que no hay mas gloria que gozar de vellos;
Llenos de gloria, llenos de alegría,
En su amado Josef se gozan ellos;
Él de los dos absorto se enamora,
Ellos regalan al que los adora.

La cárcel y hospital Josef visita;
Al muerto entierra, al pobre favorece;
En el ayuno y oracion imita
Al hombre Dios, que humilde le obedece;
En él la plenitud de gracia habita,
Y tanto en su divino pecho crece,
Que solo lo conoce el solo santo,
No la rudeza deste humilde canto.

CANTO XXIII.

De la enfermedad y muerte del glorioso san Josef.

Hablando Esdras con Dios, así decia:
«Señor, de la arboleda que plantastes
Con suma y inmortal sabiduría
Sola una viña para vos tomastes;
De las ciudades que da luz el dia
Sola á Sion por vuestra señalastes,
Y de la tierra toda al hombre dada
Escogeis solamente una morada.

»De los abismos de la mar furiosa
Y su puro cristal resplandeciente,
Con vuestra ciencia todopoderosa
Escogeis para vos sola una fuente;
De las flores que da la tierra hermosa
Cuando hace el sol que su beldad se aumente,
Dejándola de flores varias llena,
Solamente escogeis una azucena.

»De las aves que el manso y fresco viento
Sobre sus hombros invisibles toma,
Con soberano y peregrino intento
Escogeis solamente una paloma;
Del simple ganadillo, que contento
Las yerbas pace porque el hombre coma,
Escogeis solamente una cordera
De blanca piel y integridad sincera.»

¿Quién no sabe que aquesta oveja y viña,
Ciudad, paloma, casa, lirio y fuente
Es la paz dulce de la antigua riña,
En que se hizo hombre el Verbo omnipotente?
Esta el que corazones escudriña
Para sí la ha escogido eternamente
Y para el que, de todos escogido,
Mereció ser su Esposo y su marido.

De aquesta viña ¿quién fué el viñadero,
Defendiendo su fruto, cerca y torre,
Sino Josef su Esposo verdadero,
Que la sirve, regala y la socorre?
Quién, hecho cera el corazon de acero,
Con la vid verdadera á Egipto corre,
Porque en agraz no la desfrute airado
La fiera singular que la ha buscado?

Quién es la guarda que en perpetua vela
Esta ciudad de Dios ronda y defiende,
No trabajando en vano quien la vela,
Porque en su guarda el mismo Dios entiende,
Sino Josef, despierta centinela,
Que hachos de amor en su custodia enciende,
Que es su alcaide, cuya alma enamorada
Descansa en la ciudad santificada?

De aquesta casa, que con gran destreza
Fabricó la inmortal sabiduría,
¿Quién mereció ser dueño y ser cabeza
Del Dios humano y virginal María?
Quién, sino el que asombrando su pureza
Al sol que viste de su luz el dia,
Desta casa de Dios fué dueño y padre,
Tutor de Dios y Esposo de su Madre?

Desta fuente sellada de agua pura,
De quien el rio eterno de agua viva
Salió, dejando entera su clausura,
Porque en su brazo su poder estriba,
¿Quién guardó su pureza y hermosura
Para la humilde gente fugitiva
Que de Egipto salió, sino el amado
Que el mar de amor vió en ella represado?

¿Quién desta bella cándida azucena,
Que da al cielo aromáticos olores,
Y es de todas las flores la mas buena,
Porque es la flor divina de las flores,
Gozó su alma, de favores llena,
De sus claros hermosos resplandores,
Sino Josef, dichoso jardinero,
Mas que el que desfrutó el jardin primero?

Desta hermosa paloma plateada
Que al hombre en el diluvio combatido
Arrojó el ramo de la paz amada,
Donde salió gloriosamente asido,
¿A quién le fué la guarda encomendada,
Haciendo de su pecho amado nido,
Sino al Angel humano y varon justo,
Que fué su guarda, su regalo y gusto?

¿Quién fué el pastor que venturoso goza
De tener á su mesa y á su lado,
Apacentando en su dichosa choza
La oveja mansa del vellon dorado?
Quién, cual Fénix divino se remoza
Viendo de Dios el recental sagrado,
Sino Josef, que entre sus brazos tiene
Al que á quitar las culpas de Adan viene?

¿Qué bienes no gozó el varon dichoso?
Qué gustos, qué dulzuras, qué favores,
Siendo treinta años virginal esposo
De la que trujo á Dios preso de amores?
Qué no gozó, si deste Dios hermoso
Casi los mismos vió sus resplandores,
Hasta que la fatal soberbia Parca
Cortó el hilo del casto Patriarca?

Los tornos de los cielos inmortales,
Que devanan la estambre de las vidas,
Dieron priesa á las ruedas celestiales
Por dividir de Dios las mas queridas;
Siéntenlo las personas virginales
Que están al varon justo siempre asidas;
Aflige el corazon la Virgen bella,
Y el suyo el Hijo que se mira en ella.

Setenta veces la amorosa tierra
Brotó de sus entrañas bellas flores,
Y en su seno otras tantas las entierra,
Temiendo del invierno los rigores;
Otras tantas la mies dorada encierra
La multitud de varios labradores,
Otras tantas el sol dió vuelta al cielo
Del carnero de plata al pez de hielo;

Cuando á Josef un cálido accidente
Robó del casto rostro venerable
Los arreboles del nevado Oriente
Y entró la amarillez inevitable;
Un calor lento por las venas siente,
Un dolor riguroso y penetrable;
Sus fuerzas ve que van desfalleciendo,
El gusto y gana de comer perdiendo.

Jamás habia sabido de experiencia
El castísimo Esposo soberano
Qué era dolor, enfermedad, dolencia,
Que vivió siempre recio, entero y sano,
Y aunque llegó á los años de prudencia,
En que se aventajó al bifronte Jano,
Y vió de nieve su cabeza llena,
No tuvo de vejez dolor ni pena.

Jamás sus graves ojos se enturbiaron
Ni sus fuerzas jamás desfallecieron,
Sus mejillas jamás se marchitaron
Ni sus dientes jamás se le pudrieron;
Jamás enfermedades le acosaron
Ni dolores jamás se le atrevieron:
Con salud siempre alegre trabajaba,
Y á su Esposa y su Amado sustentaba.

Disimula Josef el dolor grave,
Por no dar pena á su querida Esposa
Y al Hijo eterno, que conoce y sabe
Cuánto la enfermedad es peligrosa;
Deja la vista de los dos suave,
Y la suya turbada y temerosa
Éntrase al obrador, adonde intenta
Sacudir el dolor que le atormenta.

Toma la sierra el virginal anciano,
Y comienza á aserrar un cuarton crudo,
Mas cáesele la sierra de la mano,
Porque moverla del dolor no pudo;
Aflígese el enfermo soberano
De verse herido de dolor agudo;
Ve que disimular su mal no puede,
Porque á su esfuerzo su dolor excede.

Entra Jesus, y á su Josef pregunta:
«¿Qué es lo que siente, dulce padre amado?»
Josef, con la color casi difunta,
Vuelve al Hijo que padre le ha llamado;
Sus brazos flacos á los suyos junta,
Laso, descolorido y fatigado:
«¡Ay, Hijo, dice, que de un dolor fiero
Asido al que es mi vida alegre muero!»

Cógele Dios en los piadosos brazos
Y llévale amoroso hácia la cama,
Josef, haciendo de los suyos lazos,
Del árbol de la vida se hace rama;
La Virgen, hecha de dolor pedazos,
Mirando enfermo al que respeta y ama,
Su pena traga, su dolor se bebe,
Y dice al que mil obras buenas debe:

«¿Qué es esto, dulce Esposo de mi vida?
Qué fiero mal vuestra salud aqueja,
Que en solo ver vuestra color perdida,
El alma helada, helado el cuerpo deja?»
Josef, que oye la voz de su querida,
Apretado del mal tierno se queja:
«Un dolor por mis venas se derrama,
Que abrasando me hiela y frio me inflama.

»No será nada, dulce Esposa mia,
Y si algo fuere, Dios es quien lo ordena;
No estéis triste, santísima María,
Si no quereis multiplicar mi pena;
Dios es quien esta enfermedad me envia,
Y de su mano venga en hora buena;
Si della bienes recebido habemos,
¿Estos males por qué no sufrirémos?»

La Vírgen, anudada la garganta
Y hechas presas las fuentes de sus ojos,
El corazon entre el dolor quebranta,
Enzarzado entre espinas y entre abrojos,
Va diligente, y con prudencia santa
Vertiendo perlas de sus soles rojos,
Abre y mulle la cama á su doliente,
Cuya dolencia dentro el alma siente.

Entre tanto el divino Dios piadoso
A desnudar á su nutricio ayuda,
Y como su hijo humilde y amoroso
Consuela al Santo mientras le desnuda;
Josef, clavado en su querido hermoso,
Turbios los ojos y la lengua muda,
Sus consuelos escucha, y á él asido
Va al lecho que su Esposa ha prevenido.

Los dos le llevan á la pobre cama,
Por la Vírgen santísima compuesta;
Cógele en brazos quien le sirve y ama,
Y enternecido con amor le acuesta;
La que bebe el aljófar que derrama,
Ante la cama de rodillas puesta,
Le abriga, le acaricia y le compone,
La almohada mulle y cabezal le pone.

Cristo, á su cabecera arrodillado,
Le toma el pulso, ¡oh médico divino!
Y sin él ve que está debilitado
Y para la otra vida de camino;
Su corazon la Virgen alterado,
Que en el mal suele ser sabio adivino,
Se turbó viendo al Hijo y Dios que adora
Dar muestras de que ya llegó su hora.

La Virgen bella en tanto desconsuelo,
Como que va á buscar alguna cosa,
Sale á sembrar luceros por el suelo,
Ahogada de la pena temerosa;
Alza los ojos al piadoso cielo,
Y arrodillada la paloma hermosa,
Pide salud en la fatal dolencia,
O que el cielo en su mal le dé paciencia.

Dios en la cama de Josef sentado,
Como hijo suyo con amor le anima;
Josef, que del dolor se ve apretado,
Al rostro de su Dios el suyo arrima;
Cristo se abraza con su enfermo amado,
Y el corazon en su dolor lastima;
Josef sus manos toma y se las besa;
Cristo las suyas de besar no cesa.

Josef con su querido se regala,
Que es de todas las penas su consuelo;
Cristo, á quien en amarle nadie iguala,
Regala á quien le regaló en el suelo;
La hora postrimera le señala
Que de su vida le concede el cielo;
Josef suplica al que por Dios adora
Que no le deje en tan terrible hora.

La Virgen, que hace oficio de enfermera,
Diligente, aunque el alma enternecida,
Entra, y puesta á su amada cabecera,
Amorosa le ofrece la comida;
El enfermo sufrido bien quisiera
Por hacer gusto al alma de su vida
Comer de la comida regalada
Por las manos santísimas guisada;

Pero no puede, que el dolor tirano
No le deja dar gusto á quien le ruega:
Tómala Cristo en su divina mano,
Y amoroso á la boca se la llega;
Esfuérzase el Esposo soberano
Entre el dolor que el corazon navega;
Prueba á tomarla de la mano santa,
Mas no puede pasarla la garganta.

El dolor grave de su Esposa crece,
Viendo mortal la media de su vida;
Cristo el pecho santísimo enternece
Viendo que de su amado se divida;
Josef que está cercana le parece
La muerte que apresura su partida,
Del mal se olvida, y con esfuerzo santo
La cama riega de copioso llanto.

Ásese á Dios, y dice: «¡Ay, Hijo amado!
En el dia malo libra á tu nutricio:
Dolores de la muerte me han cercado;
Con tu siervo no entres en jüicio;
Seguro vaya á él á ser juzgado
Quien Hijo os llama y hizo de ayo oficio,
Pues seguro á jüicio el padre viene
Que al hijo que ama por alcalde tiene.

»No me pesa dejar la cárcel dura,
Adonde el alma está aherrojada y presa,
Ni de salir de la borrasca escura
Al puerto amado, en quien su furia cesa;
De no poder gozar esa hermosura
Es, Hijo mio, de lo que me pesa,
Y de dejar la amada compañía
De mi Esposa santísima María.

»Esto llevo en el alma atravesado,
No el gusto de la vida transitoria,
Que es vapor de la tierra levantado,
Flor que antes de nacer perdió su gloria,
Humo que sube á ser desbaratado,
Correo que pasa sin dejar memoria,
Nave que corre sin dejarnos huella,
En agua ampolla, y en el aire estrella.

»Dejar vuestra adorada compañía
Y la de mi divina compañera
Es lo que siente y llora el alma mia,
Y antes de morir hace que muera;
Que yo asido á Jesus y á mi María,
Que miro á mi dichosa cabecera,
Ayudándome en este trance fuerte,
Venturosa podré llamar mi muerte.

»Cese, Vírgen, el mar de vuestro llanto;
Ved que mi corazon en él se anega,
Ved que el Esposo á quien amais vos tanto
Por su consuelo os lo suplica y ruega;
Aquí os queda este Hijo sacrosanto,
Que el mar furioso de mi mal sosiega;
Él mirará por vos, Esposa amada,
Que á él os deja el alma encomendada.

»Y aunque de vos ¡oh mi Criador! entiendo
Que como Dios amais á vuestra Madre,
En esta hora postrera os la encomiendo,
Como su Esposo y como vuestro padre;
Por el dolor que veis que estoy sufriendo,
Y vos me dais, por ver que á mi alma cuadre,
Os suplico mireis por mi adorada,
Que á vos, Señor, os queda encomendada.

»Hijo de Dios, aquí de vos asido,
Hecho un mar de pesar el flaco pecho,
De todos los pecados perdon pido,
Que contra vos, Señor, hubiere hecho;
No desprecieis un pecho arrepentido
Y un corazon en lágrimas deshecho,
El cual llora contrito y humillado,
Que ofendió á quien merece ser amado.

»Por el amor que os trujo desde el cielo
Y el que en mí conoceis de vuestro padre,
Por la deidad que del rosado velo
Vistió, quedando vírgen, vuestra Madre;
Por la sangre que á voces pide el suelo
Por ver que á su remedio tanto cuadre,
Por las lágrimas tiernas que vertistes
Cuando entre el hielo por mi bien nacistes;

»Por estas manos por mi bien abiertas,
Por los brazos por mí descoyuntados,
Por mas de cinco mil sangrientas puertas
Que os han de hacer mis culpas y pecados;
Por esas luces por mí vida muertas,
Por esos piés por mi salud clavados,
Por las sienes de espinas traspasadas
Y de sangre purísima bañadas;

»Por este pecho que contemplo herido,
Piedra que enlaza aquesta flaca yedra,
En cuyos agujeros hará el nido
La paloma, que en ella alegre medra;
Por este pecho agora enternecido,
Que será en el sufrir como de piedra,
Y será piedra de una vara herida,
Que dé agua y sangre para darme vida;

»Por este pecho, que de Dios adoro,
Y beso humilde su cerrada puerta,
Por donde amor derramará el tesoro,
Dejándose la rica bolsa abierta;
Por este pecho que humedece el lloro
Que es bien que arrepentido Josef vierta,
De haberos ofendido perdon pido,
Perdon, mi Dios, perdon, Hijo querido.

»Baje, Señor, á aquel terrestre globo,
Donde espera gozoso el fiel ganado,
Entre las garras del hambriento lobo
Hasta ver su rescate aprisionado;
Baje allá, y vea del sangriento robo
Al enemigo fiero despojado;
Baje á la cárcel de la gente hidalga,
De la cual, viendo al Rey, dichoso salga.

»Goce después del bien que en vos deseo
Pues solo vos amado, menor mio,
Podréis hartar de mi inmortal deseo,
La gran capacidad de su vacío;
Goce de la deidad que oculta veo,
Y padeciendo está al calor y al frío,
Goce de la vision, que en altos modos
Es el bien sumo y es los bienes todos.

»Goce aquella medida sin medida,
Que á aquel que os ama vuestra mano ofrece,
Goce la hermosa juventud florida,
Que siempre moza, nunca se envejece,
Goce, Dios mio, la dichosa vida,
Que el temor de la muerte no padece,
Sin tinieblas la luz, y sin tristeza
El gozo que hace eterno esa belleza.

»Goce del fin sin el que he deseado,
Del abismo de gloria y hermosura
Que está para el que os ama aparejado,
Y es de todos los bienes suave hartura;
Goce el bien de los bienes agregado,
Que derramando gloria eterno dura,
Goce de vuestro rostro inaccesible
Los rayos de su gloria incomprehensible.

»Y vos, Vírgen, mi Esposa y mi Señora,
Sed con el hijo Eterno que paristes
Por vuestro amado Esposo intercesora,
Pues sé que en mi favor siempre lo fuistes;
Mostrad en esta postrimera hora
El mucho amor que siempre me tuvistes;
Madre de Dios, dulcísima María,
Sed mi abogada en el airado dia.

»Por el paso en que estoy, Vírgen, os juro,
Que es del alma y el cuerpo el mas estrecho,
Que aunque miré de vuestro vientre puro
La preñez santa, que me turbó el pecho,
Aunque se levantó el nublado oscuro,
Que vi en turbadas lágrimas deshecho,
Y aunque de varias olas fuí acosado,
Jamás juzgué mi puro honor manchado.

»Dejaros quise, porque no sabia
Qué hacerme viendo la preñez sagrada;
Vuestra virtud santísima entendia,
Y via tambien que estábades preñada;
Vuestra inocencia el alma defendia,
Mi flaca vista atónita y turbada
Con la preñez lidiaba y la inocencia,
Sin pronunciar contra mi honor sentencia.

»Si os ofendí, perdon humilde pido
Desto, y no haberos, Vírgen, regalado
Con el sumo cuidado á vos debido,
Pues tuvistes de mí sumo cuidado;
Pésame, Vírgen, que no os he servido,
Ni esa bondad, como era justo, amado:
De todas las ofensas que os he hecho
Perdon os pido en lágrimas deshecho.»

La Vírgen soberana enternecida
No sabe qué se diga ó qué se haga;
Queda la voz á la garganta asida,
Bebe su llanto y sus suspiros traga;
Cristo, con pecho y alma agradecida,
Su mucho amor con lágrimas le paga,
Mientras que llega la que le asegura
De ver eternamente su hermosura.

Crece la enfermedad y el dolor crece;
Cristo á la cabecera le consuela,
La Vírgen, que en el alma el mal padece,
De dia le sirve, y por la noche vela;
Si levantarse al Santo se le ofrece
Se abraza dél el que en querubes vuela;
Levántale amoroso; él fatigado
Se goza en que su Dios le haya abrazado.

La Vírgen diligente y cuidadosa
Los colchones le mulle de la cama;
Hácesela la bien nacida Esposa,
Y en ella tiernas lágrimas derrama;
Hecha y compuesta por su mano hermosa
Disimulando el llanto, al Hijo llama,
Que traiga al padre, y tráele el pio Eneas,
Que ha de librarle de las llamas feas.

Lleva Dios hombre á su Josef anciano,
En la cama le asienta, y amoroso
Le pone en las espaldas la una mano,
Donde estriba el enfermo venturoso;
Josef con gozo y gusto soberano
Coge la otra al Todopoderoso;
Ásese á ella y llora enternecido,
Al enfermero Dios agradecido.

Él le aplica la ropa y la compone,
Regala y sirve al bien nacido Santo;
La Vírgen viendo lo que Dios dispone,
Hecha un mar de dolor, hace otro tanto;
Cristo á su cabecera se le pone,
Por él disimulando el grave llanto,
La Vírgen á sus piés le está sirviendo,
Regalando al que el pecho le está abriendo.

De beber pide el Santo, y su querida
Un vidro de agua entre sus manos toma,
Y pídele con gracia nunca oida
Que antes que beba alguna cosa coma;
Josef se esfuerza, y pide la comida;
Tráesela la hermosísima Paloma;
Cristo le sienta y la comida prueba,
Pártela y á la boca se la lleva.

Tómalo de la mano deificada,
Y esfuérzase el santísimo doliente
Por dar gusto á la Esposa regalada,
Que se lo ruega encarecidamente;
Aunque quiere no puede pasar nada,
Y nueva pena y nuevo dolor siente
Por no poder dar gusto á la que adora,
Que tiene dentro el alma y ve que llora.

La sed al virginal Josef fatiga,
El agua pide á la consorte bella:
Ella con alma triste y vista amiga,
Hecha un mar de pesar, vuelve á traella;
Cristo, á quien de hijo el mucho amor obliga,
La pide á la purísima doncella,
Y así arrimado al que la vida debe
Le da el agua, que alegre Josef bebe.

Desta suerte Josef vivió algun dia
Con paciencia los males padeciendo,
Alegre entre la hermosa compañia
Del hijo y madre, que le están sirviendo;
Cristo le vela, sírvele María,
El uno y otro su dolor sintiendo,
El uno y otro en lágrimas bañado
De ver morir á su Josef amado.

Josef, que ya su muerte ha conocido,
Con nuevo esfuerzo y ánimo se abraza
Al Hijo eterno, y dice: «Ay, mi querido,
Ya su segur la muerte desembraza;
Esperando la he estado apercebido,
Siempre mi oido oyendo su amenaza;
Cada dia, Hijo, así me apercebia,
Cual si hubiera de ser el postrer dia.

»Y así, Dios mio, consolado muero,
Pues dejo testamento en que declaro
Que sois de Dios el hijo verdadero,
Que venistes al mundo á ser su amparo;
Déjoos por mi legítimo heredero,
Pues sois, aunque adoptivo, mi hijo caro,
Y porque mi Santísima María
Os dió su sangre, que era sangre mia.

»En él os hago, Hijo, mi albacea,
Que sé que cumpliréis como hijo amado
Lo que mi alma y corazon desea
Y en él, como sabeis, dejo mandado;
Hijo de Dios, la muerte horrible y fea
A mi garganta el fuerte lazo ha echado:
Dadme la bendicion, hijo querido;
Amoroso Jesus, perdon os pido.

»Adios, Esposa bienaventurada,
Que con vos queda, si de vos me alejo:
Dentro del alma os llevo atravesada,
Viendo en el mar de lágrimas que os dejo;
A Dios quedais, Señora, encomendada,
Y pues que sois de Dios la luz y espejo,
Acordaos deste siervo y deste Esposo,
Que os llama en este paso temeroso.»

Perdió la habla Josef, que un parasismo
Le anudó fuertemente la garganta;
La Vírgen, de dolor hecha un abismo,
El alma vierte por su vista santa;
Cristo le abraza uniéndole á sí mismo,
Y le da voces entre pena tanta;
A las voces Josef turbado vuelve,
Y el corazon en lágrimas resuelve.

Con la muerte forceja agonizando,
Que está desanudando el lazo estrecho;
El cuerpo virginal se va igualando
Del temor natural un mármol hecho;
Vanse los firmes dientes traspillando,
Enronqueciendo el levantado pecho;
Los ojos se le quiebran, teme el alma,
Y entre las penas y dolores calma.

Los ojos en aquellos soberanos,
Que tiene siempre Dios sobre los justos,
Clava Josef, y velos tan humanos,
Que le serenan los mortales sustos;
Ásese ansioso á las divinas manos
Que están vertiendo soberanos gustos,
Y entre las suyas flacas apretadas
Las deja de sus lágrimas bañadas.

De los ángeles puros inmortales
Que cercan de Josef la humilde cama,
Cuál enjuga los granos orientales,
Que su Reina santísima derrama,
Cuál la dice consuelos celestiales
Porque sabe lo mucho que le ama,
Que Josef es, después de Dios, su vida,
Y después dél la cosa mas querida.

Cuál de rosas, jazmines y azucenas
Las guirnaldas previene para el alma,
Cuál con las hojas de frescura llenas
Al Santo trae la vitoriosa palma;
Cuál al salir al puerto de las penas
Del mar del mundo y su confusa calma,
Con los brazos abiertos le convida,
Su mucha pena en gozo convertida.

Cuál le sirve á la pobre cabecera,
El grave rostro con amor limpiando,
Cuál por su bella Esposa verdadera
Puesto á los piés se los está abrigando;
Cuál amoroso al alma hermosa espera
Deje la cárcel donde está penando
Para llevarla entre los brazos de oro
Del Limbo santo al venturoso coro.

Cristo, esforzando á su Josef querido,
En el temor del postrimero paso,
El pecho grave mira enronquecido,
Y llora triste el lastimoso caso;
Josef con nueva fuerza en el sentido
Mira al sol, que en sus ojos hace ocaso,
Abrázase con él, llora y suspira,
Y háblale con los ojos que le mira.

Ayúdale á morir el Dios piadoso,
Y con sus voces de consuelo llenas,
El paso de su muerte hace precioso,
Gozo sus ansias y quietud sus penas;
Josef con tal favor mas animoso
Se pone entre sus manos de azucenas,
Y así, viendo al que es suyo y de Dios hijo,
Estas palabras últimas le dijo:

«En tí esperé, no sea confundido;
Señor, en tu justicia me defiende:
La oreja inclina á un pecho arrepentido,
Date priesa en mi ayuda, el brazo extiende;
Sacarásme del lazo, que escondido
Para cazarme mi enemigo tiende.
En tus manos, que vida están vertiendo,
Hijo de Dios, mi espíritu encomiendo.»

Estas palabras últimas le dijo,
Y al arrancarse el alma enamorada,
Se abraza con el vivo Crucifijo,
Su boca en el lugar de la lanzada;
Abre los brazos el dos veces hijo,
Donde dió la postrera boqueada;
Sale del cepo humano el alma hermosa
Al lauro eterno y palma victoriosa.

Apenas el glorioso alado coro
Vió en las manos de Dios el alma santa,
Cuando en consuelo convertido el lloro
Himnos alegres y canciones canta;
Vístele un alba de diamantes y oro,
Y una palma en su diestra sacrosanta,
Corónanle de varias bellas flores,
Volviéndole á decir tiernos amores.

Puesta en sus hombros llévanla gozosos
Del Abraham piadoso al santo seno,
Donde el coro de padres venturosos
Le está esperando de contento lleno;
Van alegres los ángeles hermosos
Llevando el alma del varon mas bueno
Que vió su tiempo, de Dios hijo Padre,
Y digno Esposo de su digna Madre.

Con el virginal cuerpo está ajustado
El hombre Dios santísimo Eliseo,
Y pudiera su aliento deificado
A la muerte quitarle su trofeo;
Pero no quiere que su Padre amado
Vuelva del puerto hermoso al golfo feo,
De la paz dulce á la sangrienta guerra,
Del Limbo santo á la perdida tierra.

Infundir pudo en el quebrado barro
Otra vez nuevo espíritu de vida
Y volver á formarle mas bizarro,
A la muerte dejando destruida;
Mas quiere que le huelle el mortal carro,
Que está á su muerte su ganancia asida,
Que es preciosa la muerte de los justos
Y puerta alegre de divinos gustos.

Ciérrale Dios los ya difuntos ojos
Adonde se miró, y enternecido
Distila de los suyos á manojos
Bálsamo, con que el cuerpo deja ungido;
Compone los santísimos despojos;
Cierra la boca, que de amor fué nido;
Cruza llorando los helados brazos
Que gozaron de Dios dulces abrazos,

Y dice en tierna voz llorosa y triste:
«¿Cómo ¡oh mi Padre! me desamparaste?
Sediento estuve, y de beber me diste,
Hambre pasé, y tú me alimentaste;
Desnudo y pobre estuve, y me vestiste,
Vísteme peregrino, y me hospedaste,
Hallé en tí Padre, compañero, amigo,
Ayo, tutor, consuelo, gusto, abrigo.

»Si á un jarro de agua fria por mi dado
Le ha de de corresponder eterna paga,
¿Qué paga habrá para el que me ha criado
Que á lo que yo le debo satisfaga?
Si al que hospeda al profeta y justo amado,
Como á justo y profeta Dios le paga,
Al que á Dios hospedó en su casa y pecho
¿Con qué podrá dejarle satisfecho?

»Alma dichosa, espera confiada
La justa paga á tu bondad debida;
A mí lado has de verte coronada
En el reino comprado con mi vida;
Y tú, casa del alma, fria y helada,
Al alma hermosa te verás reunida
En mi santa Ascension, donde triunfando
Subas al premio que te está esperando.»

La pena grave, el grave desconsuelo
Que padeció la Virgen en su ausencia,
Digala el cielo, pues la sabe el cielo,
Que en tan fiero dolor la dió paciencia;
Que yo, como Timántes, pondré el velo
En pintura que atrás dejó mi ciencia;
Encubriré su rostro sacrosanto,
Y juzgue cada cual su justo llanto.

Cual tórtola amorosa, que afligida
Gime en el nido de su amor desierto,
Llora la Virgen á su media vida,
Que es una viuda honrada, medio muerto;
Que si la esposa á su consorte unida,
Por la virtud del conyugal concierto,
Viene á ser uno con el que ama y quiere,
Muerto su esposo, su mitad se muere.

Y por esto, cualquiera viuda honrada
De una medio mortaja anda vestida,
Y entre las tocas vive amortajada
Porque murió la media de su vida;
Si esto ha de hacer cualquiera bien casada;
Si esto ha de hacer cualquiera bien querida,
¿Qué hará la que perdió al mejor marido
De todos, mas amado y mas querido?

La Virgen viuda viste jerga baja,
Llorando á su consorte amargamente,
Que aunque á su pena su prudencia ataja,
Su viudez llora, y á su esposo siente;
Cristo el cuerpo santísimo amortaja,
Ungiéndole con mirra del Oriente,
Y el licor puro de sus graves ojos
Pudiera ungir los cándidos despojos.

Los ángeles gloriosos le componen,
Y ayudando á su Dios, le ungen y visten;
En el negro ataud el cuerpo ponen,
Y con su Dios á lo que manda asisten;
Los deudos al entierro se disponen,
Y en vano el llanto y el dolor resisten;
Los hombros ponen á la dulce carga,
Ricos despojos de la muerte amarga.

Sale Cristo arrastrando negro luto,
Del deudo y del amigo acompañado,
Y con el rostro grave nunca enjuto,
El cuerpo sigue de su justo amado;
La cueva espera el sazonado fruto
Por la Parca soberbia derribado;
Cántanle las exequias funerales,
Y aleluyas los coros celestiales.

Ponen á un lado de la cueva escura
Junto á Josef, su padre, el cuerpo santo,
Que guardó siempre su entereza pura
Causando al cielo admiracion y espanto;
Vierte Dios en la noble sepultura
Copiosas fuentes de amoroso llanto,
Y vuelve triste á la pequeña casa
Donde un mar de dolor su Madre pasa.

Despídese la noble, honrada gente,
Y sálele al encuentro desalada,
Llorando su viudez amargamente
La viuda Virgen bienaventurada;
Abrázase á su Hijo omnipotente,
Y entre sus brazos queda consolada,
Que solo Dios pudiera ser consuelo
En el dolor con que la prueba el cielo.

Cristo sirve á la viuda soberana,
Y ella le sirve con amor crecido;
Él trabajando la comida gana,
Y ella le hace oracion por su querido;
Él sale á hacer la redencion humana,
Que el tiempo que le espera es ya cumplido,
Y ella absorta en su Esposo sacrosanto,
Pasa su vida, y yo al postrero canto.

CANTO XXIV.

De la descension del alma del glorioso san Josef al Limbo, y de su subida en cuerpo y alma á los cielos.

Llegó á la puerta de la cárcel dura
El alma ilustre del varon dichoso,
Y el carcelero, viendo su hermosura,
Quedó pasmado en su mirar gracioso;
Postróse á la santísima criatura,
Y adora el rostro señoril y hermoso,
Y quitando el cerrojo de diamante,
Reverencia del alma el real semblante.

Abrió la cárcel, que es cárcel de corte,
Donde los hijosdalgo detenidos
Piden al cielo su prision acorte
En gloria convirtiendo sus gemidos;
Piden que sus cadenas fuertes corte,
Cristo en la cruz, sus brazos extendidos,
Y que baje á acabar el aventura,
Cuya victoria el cielo le asegura.

Así como las almas venturosas
Que la pena del daño están sintiendo,
Vieron la que ha de hacerlas mas dichosas
Las nuevas ciertas de su bien oyendo,
Alegres, placenteras y gozosas,
Una ordenada procesion haciendo,
Salen á recebir al alma santa
Del nieto que su ilustre honor levanta.

Llegó del viejo Adan el alma grave,
La de su esposa mal aconsejada,
La del que el cielo eternamente alabe
Del Cain ingrato con furor sacada;
La del que al Arca vió volver el ave,
La del que contra el hijo alzó la espada,
La del que ciego á su Jacob bendijo,
Quitando el mayorazgo al primer hijo;

La del que vió á su noble cabecera
Doce cabezas de sus tribus doce,
Y vió bajar del cielo la escalera,
En cuya altura á su Criador conoce;
La del que la cruel envidia fiera
Hizo á Ruben que con piedad empoce,
La del que hecho por Dios un dios humano,
Asoló al fiero contumaz gitano;

La del huésped que ampara enternecido
Los ángeles del pueblo afeminado,
La del pastor del suegro perseguido,
Al trono real y cetro levantado;
La del que al sol el cielo tuvo asido,
Obedeciendo Dios á su mandado,
La del que vió el vellon mojado y seco,
Pidiendo al cielo el admirable trueco;

La del que del panal dulce y sabroso
Y del muerto leon hizo la enima,
La del paciente que sufrió leproso,
La que mas que la lepra le lastima;
La del que sobre el muerto venturoso
Igualmente tendido el cuerpo anima,
La de los dos Tobías, hijo y padre,
La de Melquisedec, sin padre y madre;

La del que fué por Manasé aserrado
Porque dijo que á Dios glorioso vido,
La del que con un dardo atravesado
En sangre su cabello vió teñido;
La del que por las peñas arrastrado
Dejó su cuerpo en partes dividido,
La del santo empozado Jeremías,
La del apedreado Zacarías;

La de Jacob, su venerable padre,
La del noble Joaquin é ilustre suegra,
La de su noble bien nacida madre,
Que tiernamente en su Josef se alegra.
Salen por ver que con su deuda cuadre,
Y todos cuantos en la prision negra
Esperan ver al bello sol de Oriente,
A recebir su noble descendiente.

Tendió los brazos por el aire vano
Para abrazar al virginal Esposo,
Regocijado en él su padre anciano
Por tal hijo mil veces venturoso.
Josef, asiendo la paterna mano,
Humilde le respeta y amoroso;
Su madre dulcemente en él se enlaza,
Y él humilmente con los dos se abraza.

El viejo Adan, temblándole los brazos,
Al cuello ilustre con amor los echa,
Y haciendo dellos amorosos lazos,
De la ocasion alegre se aprovecha.
Eva le da ternísimos abrazos,
Dellos haciendo una lazada estrecha;
Ana se abraza con su digno yerno,
Joaquin está de gozo y amor tierno.

Abel, por virgen, al que lo es se llega,
Por justo el gran Noé se llega al justo,
Abraham por su fe en Josef se entrega,
Isaac por obediente halla en él gusto,
Con su peregrinar Jacob allega,
Y abrazar á Josef dice que es justo;
Josef, por casto y guardador del trigo,
Del que es deudo se ofrece por amigo.

Llega el que vió la zarza entre la lumbre,
Por manso, afable, humilde y amoroso,
Al que retrato fué de mansedumbre
Y vió en la virgen zarza el fuego hermoso;
Loth, que entre la nefanda mansedumbre
Del peregrino fué huésped piadoso,
Llega al huésped de Cristo peregrino,
Que peregrino y pobre al mundo vino.

Al paciente Josef va el Job paciente;
Sanson al fuerte en el trabajo y pena;
Por sabio llega el Daniël prudente,
Y por pastor Amós llegar ordena;
Por piadoso David, manso y clemente,
Al alma abraza de clemencia llena;
Por su limosna llega el gran Tobías,
Por su oracion el que heredó sus dias.

Llegó el ilustre y santo Macabeo
Con el bando de mártires amado
A Josef, que fué mártir de deseo,
Y su vida un martirio prolongado;
Llegó de su virtud á hacer empleo
El Júdas, ilustrísimo soldado,
En el Josef valiente no vencido,
De penas y trabajos combatido.

En fin, nadie quedó que no llegase
Al que sus esperanzas les mejora,
Y que lleno de gozo no abrazase
Al alma santa que los enamora.
Josef, alegre entre sus padres vase,
Y aunque con gusto de gozarlos llora,
Siente la ausencia de su Dios ausente,
Y la de su querida Esposa siente.

Al músico David, al real profeta,
Dulce cisne cantor, divino Orfeo,
De las obras de Dios sabio poeta,
De su gloria y bondad Apolo hebreo,
El alma de su nieto le inquïeta,
Y arrebatado de tan buen deseo,
Toma el plectro divino y amoroso,
Al virgen padre canta y casto Esposo.

El rio Leteo, absorto y olvidado,
Suspender quiso la corriente escura,
Y á la voz grave con razon parado,
Se alaba, aunque parece que murmura;
En su arenosa orilla recostado
El bando que á Dios hombre ver procura,
Honrando alegres al recien venido,
Atentos á David dan el oido.

«¡Dichoso tú, divino descendiente,
Precursor, dice, de la cierta nueva,
Consuelo amado de la presa gente
Que su dulce esperanza en tí renueva;
Espejo en cuya luz resplandeciente
Se vió del nuevo Adan la vírgen Eva,
Del Espíritu Santo digno templo,
Del cielo asombro, y de la tierra ejemplo!

»¡Gloria y honor de tu linaje claro,
De nuestro bien finísima coluna,
Del amparo del hombre cierto amparo,
Del sol eterno luz, sol de su luna;
Divino monstro en tus virtudes raro,
Unico fénix de la Fénix una,
Milagro de la tierra, en quien se eleva
El que en su carro de oro la luz lleva!

»Dichoso tú, entre todos escogido,
Con bellas flores y paloma bella,
Por casto Esposo y virginal marido
De la que, siendo madre, fué doncella;
Dichoso tú, que solo has merecido,
Siendo su dueño, cohabitar con ella,
Sirviendo de amor rico y gracia lleno
A la mejor de todas el mas bueno.

»Dichoso tú, que en la borrasca ciega,
Cuando dejar quisiste á tu adorada,
Con ella por un ángel Dios te ruega,
Siendo de Dios la cosa mas amada;
Dichoso tú, pues el amor te entrega
Por Esposa la suya regalada,
Dándote la querida Esposa suya
Por compañera y digna Esposa tuya.

»Dichoso tú, que en tus floridos dias
Cuando el juvenil brio está en su esfera,
Habitaste, como cantó Isaías,
Con la Vírgen, que siempre lo fué entera;
Dichoso tú, que, tus pasiones frias,
Tuviste por Esposa verdadera
En tu casa, á tu mesa y á tu lado
La digna Emperatriz del coro alado.

»Dichoso tú, que su hermosura viste
Y de su luz purísima gozaste,
Testigo fiel de su pureza fuiste,
Luz, que haciéndola sombra, te asombraste;
Dichoso tú, que humilde la serviste,
Y en Dios, después de Dios, siempre la amaste,
Haciendo el casto amor de los dos uno,
Favor, Josef, que no alcanzó ninguno.

»Destos dos que son uno eres el medio;
El medio eres, Josef, de tu María,
Eres el medio de la que fué el medio
Del remedio que al suelo el cielo envia;
Dichoso tú, que fuiste su remedio,
Que su remedio fué tu compañía,
Pues que por tu virtud tu Esposa amada
No murió infamemente apedreada.

»Dichoso tú, que entre las pajas viste
Escondido el santísimo tesoro,
Y su dichoso tesorero fuiste
Y el alegría de su tierno lloro;
Dichoso tú, que solo mereciste
Ver el primero de sus luces de oro
Rios salir de derretida plata,
Con que Dios nos redime y nos rescata.

»Dichoso tú, que abrigo de Dios hecho,
Contra el rigor del tiempo le abrigaste,
Pues hecho horno de amor tu noble pecho,
Al Niño helado humilde calentaste;
Dichoso tú, que en lágrimas deshecho,
En las que el sol llovia te bañaste,
Bautizado en las lágrimas preciosas,
Vertidas por jazmines y por rosas.

»Dichoso tú, aunque el pecho traspasado,
Viendo en el niño Dios la fiera llaga,
Pues, aunque le lloraste desangrado,
Viste la sangre con que al cielo paga;
Dichoso por padrino señalado
Para poner el nombre al que es mi paga;
De Redentor el nombre le pusiste,
Y al Dios que nos redime redimiste.

»Dichoso tú, que en el portal grosero
Viste arrastrar brocados, oro y grana
A los que trujo el cándido lucero,
De donde nace alegre la mañana;
Dichoso tú, que apóstol verdadero,
Con tu divina ciencia soberana
Fuiste á los Magos nobles enseñando
Que era Dios fuerte aquel que vian temblando.

»Dichoso tú, que al templo le llevaste,
Donde, hecho ofrenda para mi consuelo,
Al enojado Dios desenojaste
Y enterneciste con su luz el cielo;
Dichoso tú, aunque triste sollozaste,
Tu noble corazon hecho de hielo,
Oyendo al justo viejo que predijo
Tu pena, su pasion, mi regocijo.

»Dichoso tú en la súbita partida,
Pues, aunque huyendo del tirano fiero,
La vida fuiste del que te dió vida
Y perderá la suya en un madero;
Dichoso tú, que el alma enternecida
Sustentaste al pan vivo verdadero,
Haciendo el plato al Hijo omnipotente
Y al alba Madre del que es sol de Oriente.

»Dichoso tú, pues por tu amor profundo
A tan divina dignidad subiste,
Que habiendo de tener padre en el mundo,
Padre de Dios ser solo mereciste;
Dichoso tú, y el uno sin segundo,
Que si padre has de ser, de Dios lo fuiste,
Mereciendo tu amor piadoso y tierno
Ser padre del que es padre el Padre eterno.

»Dichoso tú, que fuiste su privanza,
Su tutor, ayo, amigo y compañero,
De su hermosura viva semejanza,
De su rostro retrato verdadero;
Dichoso tú, que, cierta tu esperanza,
Veniste á ser honrado prisionero
A la prision que goza tu hermosura,
Mejorando en tu vista su ventura.

»Dichoso tú, pues en la hora postrera
Cuando el aliento de la vida calma,
Tuviste á la dichosa cabecera
Al Hijo á quien gozoso diste el alma;
Dichoso tú, que de la guerra fiera
Mereciste la siempre verde palma,
Viniendo á aquestos tristes calabozos
A hacer sus penas soberanos gozos.

»Dichoso tú, cuando otra vez unida
El alma santa al cuerpo inmaculado,
Subas al reino de la eterna vida,
Del Hijo eterno al venturoso lado;
Dichoso tú, cuando tu Hijo presida
Y tú á su diestra goces asentado
De la infinita luz de su luz pura,
Que llenará los cielos de hermosura.

»Si mandé á Salomon, mi hijo querido,
Que como padre y como rey honrase
A los que habian mis males conocido,
Y que á su mesa real los asentase,
¿Qué premio te tendrá Dios prevenido
Que á lo que pudo imaginar no pase,
Pues ni el ojo lo vió ni oyó la oreja,
Y atrás el corazon humano deja?

»En el trono de estrellas asentado
Repartirás de gozo ricos dones,
Al devoto en tu nombre enamorado
Concediendo sus justas peticiones;
Allí al Hijo de Dios siempre engendrado,
Presentarás las vivas oraciones,
Que si las ve en tu mano venturosa
No les sabrá negar ninguna cosa.

»Dende allí harás favor á tu devoto
En su tristeza siéndole alegría,
En la tormenta fiera fiel piloto
Y en ásperas montañas cierta guía;
Respetaráte la temida Cloto,
Y á su pesar dilatará su dia;
La enfermedad huirá del nombre tuyo,
Y entrará la salud al lugar suyo.

»Serás, vírgen Josef, patron glorioso
De la devota religion descalza
Que fundó aquel profeta prodigioso
Que el carro ardiendo por los aires alza;
Serás caudillo, ¡oh virginal Esposo!
Del casto coro que tu nombre ensalza,
Gozando entre los hierros de sus redes
Sus vírgenes sagradas tus mercedes.

»Verás en nombre tuyo levantados
Altares santos, aras consagradas,
Templos á tu pureza dedicados,
Ricas capillas en tu honor labradas;
Verás nobles conventos fabricados,
Iglesias santas por tu amor fundadas,
Hermandades, cabildos, religiones
De castas almas y de pios varones.

»De los montes de Armenia, donde el arca
Del gran Noé su firme asiento toma,
Hasta do reina el imperial monarca,
Que padre de la patria llama Roma;
De donde de cristal deja la bárca
Cuando por el Oriente el sol se asoma,
Hasta do va dejando el mundo helado,
Será tu nombre ilustre celebrado.»

Aquí templó de nuevo el instrumento
El que con la dulzura de su canto
Suspender pudo el infernal tormento
Mejor que el que á Euridice quiso tanto;
Templó y pide á los cielos nuevo aliento
Para profetizar al varon santo
La honra soberana que le espera
Del claro Guadalupe en la ribera.

Y entre tanto, cual suele el agua pura,
Cuando con las guijuelas retozando,
Y haciéndolas cosquillas su dulzura,
Hacer querian con susurro blando;
La gente encarcelada, que segura
Está de Dios la vista deseando,
Con un blando rumor grave celebra
Al que así rompe el aire y la voz quiebra:

«Verás, Josef, del claro Guadalupe,
Aunque pequeño, grande por su fama,
Que por su boca aljófares escupe
Entre el cristal y plata que derrama,
Que aunque alegre en servir siempre se ocupe
El santuario de la que te ama,
Levantar otro tiempo la cabeza
Y celebrar tu virginal pureza.

»Verás en esta octava maravilla
Que gloriosa á los cielos se levanta
Y que á las siete con razon humilla,
Que el mundo fanfarron celebra y canta;
Que la paloma cándida y sencilla,
Despues de Dios la mas hermosa y santa,
Te labrará en su alcázar sumptuoso
Un cuarto digno de su digno Esposo.

»Pondráte casa tu imperial Esposa,
Donde como mereces seas servido,
Honrándose y llamándose dichosa
En amar y tener tan buen marido;
Labraráte una fábrica gloriosa
Que la de Efeso ilustre dé al olvido,
Cuyo adorno y valor, traza y riqueza
Digan de tu querida la grandeza.

»Será el ministro, á quien dará el cuidado
Desta machina insigne, un siervo suyo,
Nuevo Gabriel que, della enamorado,
Será perpetuo aficionado tuyo;
De cuyo nombre en él bien empleado,
Su diligencia en tu servicio arguyo,
Pues imitando al que á tu Esposo vino,
Será un ángel humano, hombre divino.

»El padre fray Gabriel de Talavera,
Que prelado dignísimo contemplo
De aquella casa, de tu Esposa esfera,
En todo el orbe sola y sin ejemplo,
Será una luz que asida á la primera
En ella la virtud ponga su templo,
Siendo sal de la tierra, luz del mundo,
De estirpe clara y de saber profundo.

»A este ilustre varon, santo y prudente,
Por tu Esposa santísima escogido,
Que escribirá elegante y dulcemente
Del tesoro en la sierra parecido,
Como á siervo fiel y diligente
Le será por tu amada cometido
El cuidado de hacer la obra dichosa
Tanto cuanto magnífica famosa.

»Hará juntar para la heróica hazaña
Artífices de ingenios soberanos,
Que serán honra de su madre España
Y asombro de los griegos y romanos;
Vendrá á ser tal su diligencia extraña,
Que saldrá en breve de las diestras manos
La machina que admire las estrellas,
Digna de verse coronada dellas.

»Será acabado el edificio extraño
Que el cielo justo á tu virtud promete,
Del hombre Dios el venturoso año
Mil y quinientos y noventa y siete;
Gobernando de Cristo el fiel rebaño
Clemente Octavo, cifra de los siete,
Siendo de España rey y el Nuevo Mundo
El segundo Filipo sin segundo.

»Celebrarán los venturosos dias
Con procesiones, ruegos y plegarias,
Con toros, regocijos y alegrías,
Danzas diversas y canciones varias,
Con músicas, con cantos y poesías,
Con bailes, fiestas, fuegos, luminarias,
Dedicando del templo la grandeza
A tu divina virginal pureza.

»Verás tu efigie en alto levantada,
A la de Cristo de la mano asida,
De riquezas sin número adornada
Y de joyas sin precio enriquecida;
En medio de la fábrica sagrada
Verás que, generalmente servida,
Será de proprias y de extrañas gentes
De pueblos y naciones diferentes.

»Serás, Josef, del rico sanctuario,
Que excederá de Midas la riqueza,
De Creso y César el copioso erario,
Guarda-joyas mayor de su grandeza;
Tesorero serás deste sagrario,
Castellano de aquesta fortaleza,
Argos del bien de que te doy aviso
Y querubin del nuevo paraíso.

»Serás de aquesta sala presidente,
Rico pastor del celestial ganado,
Sol, cuya luz repartas igualmente
En medio puesto de tu cielo amado;
Capitan de un ejército valiente,
Piloto diestro y bien afortunado
De la nave á tu cargo encomendada,
De tesoros riquísimos cargada.

»Verás santas reliquias y despojos
De los santos que, roto el mortal velo,
Viendo sus almas de su Dios los ojos,
Harán sus cuerpos tu capilla cielo;
Allí gozando de tus rayos rojos,
En la tierra tendrán gozo y consuelo,
Adornando sus huesos y cenizas
La casa ilustre en que los eternizas.

»Verás de plata y oro variados,
De aljófar fino y piedras de colores,
Cofres divinos, vasos estimados
De reliquias, que en verlas te enamores;
Verás huesos de apóstoles sagrados,
De mártires gloriosos y doctores,
De confesores santos, de doncellas,
Mas limpias que la luz de las estrellas.»

Esto cantó David lleno de gozo,
Dándosele á las almas que le oian,
Que con nuevo santísimo alborozo
Mil parabienes á Josef decian;
Él, alegrando el triste calabozo,
El favor agradece que le hacian
Con grave risa y con divino agrado,
Imitado de aquel que vió en su amado.

En esto el tiempo de la prision pasa,
Sintiendo y padeciendo tiernamente
La pena de la ausencia que le abrasa,
Que por ser mas su amor, mayor la siente;
Su pena es mucha, su querer sin tasa,
El tiempo largo, Dios quien ama ausente,
Sus deseos de tierno enamorado,
La ausencia del bien sumo que ha gozado.

En continuas ardientes oraciones
El tiempo gastá suplicando al cielo
Que le venga á sacar de las prisiones
El Hijo que abrigó temblando al hielo;
Corre el tiempo veloz en sus halcones,
Y Apolo de uno en otro paralelo;
Tres veces viste abril de su hermosura
La nieve convertida en agua pura:

Mientras que con portentos soberanos
El que es del hombre la copiosa paga,
Enclavados sus piés, rotas sus manos,
La sangre vierte, con que al cielo paga,
Donde entre los dolores inhumanos
A la muerte venciendo, se la traga,
Y dejando su cuerpo en un madero,
Bajó el alma siguiendo al ángel fiero.

Dejó el alma en la cruz el cuerpo herido,
Mas Dios no se apartó del cuerpo y alma,
Que siempre al cuerpo y alma quedó unido,
Aunque el cuerpo sin vida en la cruz calma;
Que, como suele el que un arco ha rompido,
Cada parte dejar en cada palma,
Enlazada á la cuerda cada parte,
Sin que la cuerda de las dos se aparte;

Así la deidad pura omnipotente
Al cuerpo y alma fuertemente unida,
No las desamparó perpetuamente,
Que siempre estuvo al cuerpo y alma asida;
Con el cuerpo quedó en la cruz pendiente,
Aunque el alma dejó al cuerpo sin vida,
Y bajó con el alma al reino triste,
Que con su luz gloriosa alegra y viste.

Entró en el Limbo roto el mortal velo,
El alma soberana, que gloriosa,
Hizo la escura cárcel claro cielo,
O la prision prolija venturosa;
Huyó de su presencia el desconsuelo,
Llegó á su puerto la esperanza ansiosa,
El deseo acabó, murió la pena
Viendo al nuevo Jonás en la ballena.

Entró, y habiendo á todos abrazado,
Vertiendo gloria, gozo y alegría,
Y despues de haber todos adorado
Al que la escura cárcel vuelve dia,
Asese á su nutricio regalado
Con el respeto con que le servia,
Abrázale amoroso, y hecho yedra,
Se enlaza al olmo en que glorioso medra.

Llega el Ladron dichoso al rico banco,
Donde le paga Dios á letra vista,
Llega el que señaló al Cordero blanco,
De quien fué Dios su digno coronista;
Llegaron sus abuelos al Dios franco
Que esparce gloria de su hermosa vista,
El inocente Abel, Adan y Eva
Llegaron al Jordan que los renueva.

Llegaron todos, y de amor heridos,
Gozan las luces de su hermosa gloria,
Y á la sangre vertida agradecidos,
Cantan alegremente la victoria;
Él con la escuadra de sus escogidos
Celebrá de su triunfo la memoria,
Donde muerto á la muerte deja muerta,
Quebrantando la dura infernal puerta.

Al cuerpo se reunió al tercero dia,
Y lleno de divinos resplandores,
Salió dando á los cielos alegría,
Al sol luz nueva y á los campos flores.
Glorioso penetró la piedra fría,
Bellísimo salió vertiendo amores;
Salió sin quebrantar la sepultura,
Cual salió de su madre intacta y pura.

Salió la hermosa Fénix remozada,
El grano muerto con espigas de oro;
Salió el águila noble renovada,
El mercader halló el rico tesoro;
Dió flores de Jesé la vara amada,
La tierra el fruto que enjugó su lloro,
El Daniel salió de la leonera,
El vendido á la gloria verdadera.

Dejó el escuro Limbo despojado,
Y encadenando al príncipe furioso,
Al lamentable infierno dió un bocado,
Que en su mesa tendrá Dios por sabroso;
Salió el nuevo Moisés de almas cercado,
Mas que el sol puro, mas que el cielo hermoso,
Pasando el mar al pueblo verdadero
Y anegando al caballo y caballero.

A algunas almas de las libertadas
Volvieron á reunirse los despojos,
Y ellos y ellas bienaventuradas
Excedieron del sol los rayos rojos;
Las puertas del infierno quebrantadas
Y rotos de la muerte los cerrojos,
Salieron á la luz del cielo hermosa,
Siguiendo á su cabeza victoriosa.

El virginal Josef fué el uno dellos
Que al lado de su bien nacido Hijo
El mas gallardo va de todos ellos,
Bañado de glorioso regocijo;
Preséntanse á los claros ojos bellos
De la doncella que Ecequiel predijo;
Los despojos le ofrece el Hijo amado
Que quitó al capitan encadenado.

Lo que los tres amantes corazones
En la visita virginal sintieron,
Las glorias inefables, las razones
Que derramando amores se dijeron,
Díganlo los alados escuadrones,
Que al misterio santísimo asistieron;
Que no es bien que lo diga alma tan ruda,
En tantas glorias de contento muda.

Ellos, que á Dios cantaron la victoria,
Ellos, si pueden, digan la alegría
Que bebió de la fuente de la gloria
La Fénix hermosísima María;
Porque para escribir tan dulce historia
Son groseras la pluma y mano mia,
La vista flaca, el pecho temeroso,
Y encalman en el caso misterioso.

Libre gozó al que ya vió maniatado,
Vivo al que en la cruz santa lloró muerto,
Glorioso el pecho que miró rasgado,
Que aunque glorioso se le trae abierto;
Gozó después de Dios su mas amado
Josef que goza del dichoso puerto,
Lleno de gloria, lleno de consuelo,
Hecha su alma un sol, su cuerpo un cielo.

Gozó las almas de los padres santos,
Las de su madre y de Joaquin divino,
La del sobrino que vivió entre cantos,
La del padre y la madre del sobrino;
La de Adan, que hechos gozos sus quebrantos,
Venturoso llamó su desatino;
Llegó encogida aunque gloriosa Eva,
Del Adan celestial á la Eva nueva.

Llegaron todas, todas adoraron
Las bellas luces de favores llenas,
Y en el templo de amor todas colgaron
Del captiverio triste las cadenas;
Las almas con los ángeles cantaron
Del bien que goza mil enhorabuenas;
Dáselas ella de su mucha gloria,
Y todos juntos cantan la victoria.

En esto Cristo, lleno de alegría,
Esparciendo gloriosos resplandores,
Hecho hortelano muéstrase á María,
Con puro amor premiando sus amores;
Muéstrase á la divina compañía
Que le trae aromáticos olores,
Al que es de los apóstoles caudillo,
Y á los dos que iban tristes al castillo;

A los que ocultan las cerradas puertas,
Entre tristezas y temores bravos,
Al que hizo en sus heridas descubiertas
Lanza su mano y de sus dedos clavos;
Junto á las ondas de la mar inciertas
A los que la red tiran como esclavos,
A los del monte, á los del pueblo amado
Y á los del panal dulce y pez asado.

Corren ligeros los cuarenta dias
Que Cristo vió y trató sus escogidos,
Abrasando en su amor las almas frias
De los medrosos, tristes y escondidos;
Josef, entre gloriosas gerarquías,
En gloria renovados los sentidos,
Goza la vista de su amada Esposa,
Y ella la lumbre de su luz gloriosa.

Llegó el dia en que el Hijo omnipotente
Por ver que á su divino oficio cuadre,
En el altar quedándose presente,
Se ha de volver al seno de su padre;
Despídese amorosa y tiernamente,
Amoroso abrazado con su Madre,
Que no la lleva al merecido cielo
Porque lo sea con su vida el suelo.

Despídese Josef de su adorada,
Que si se va, la lleva al alma asida;
Ella de tiernas lágrimas bañada,
Mira partir las vidas de su vida;
Llora la escuadra de la gente amada
En la amorosa tierna despedida;
Cristo á todos abraza y los bendice
Y consuelos santísimos les dice.

Levantadas las manos y los ojos
Con virtud propria déjase ir al cielo,
Llevando del infierno los despojos
Al premio que ganaron en el suelo;
Salió una nube de colores rojos,
Y á los hombres cubrió el divino vuelo
Que hace el águila real que se renueva,
Y á la captividad captiva lleva.

Abriéronse las puertas celestiales,
Hasta que allá volvió siempre cerradas;
Admíranse los coros inmortales
Sus vestiduras viendo ensangrentadas;
Ponen los bellos labios de corales
Sobre los piés de rosas encarnadas,
Al hombre Dios humildes adorando
Y su triunfo glorioso festejando.

Salen las nueve hermosas gerarquías
Ordenadas en varios escuadrones;
Suenan trompas, clarines, chirimías,
Y enarbolan gloriosas sus pendones;
Celebran las dichosas alegrías
Del que al hombre libró de las pasiones,
Luz esparciendo de su mucha gloria
Le reciben cantando su victoria.

Adoran de Dios hombre la luz pura,
Y al dulce son de acordes instrumentos
Suenan las voces llenas de dulzura,
Cantando sus gloriosos vencimientos;
El derramando rayos de hermosura,
Pasa multiplicando sus contentos
Por las calles del sol entapizadas
Y de luceros bellos empedradas.

Síguele la dichosa compañía,
Llevando siempre á su dichoso lado
Al virginal Esposo de María,
Su dulce padre y su mayor privado;
Josef, gozando el siempre eterno dia,
Entra en el reino de su Dios amado,
Y en tantas glorias como goza, calma
Glorioso el cuerpo y mas gloriosa el alma.

Llegan al solio regio inaccesible,
Adonde Dios está siempre gozando
La gloria de su sér incomprensible,
Siempre á sí mismo por sí siempre amando;
Llegó Cristo á quien solo fué posible
Gozar el trono que le está esperando,
Y abrazado á su Padre sempiterno,
Alegres gozan de su amor eterno.

Ofrécele glorioso los despojos
Que sacó de las cárceles escuras,
Convirtiendo en consuelo sus enojos
Y en dulces glorias sus cadenas duras;
Ofrécele al amado de sus ojos,
Pónele sobre todas sus criaturas,
Sobre los soberanos coros nueve,
Pagándole lo mucho que le debe.

Gózase el Padre eterno soberano
Con el que solamente ha merecido
Nombre de padre del divino humano,
Y abraza al que fielmente le ha servido;
Dale la diestra poderosa mano
El Paracleto amor á su escogido
Por Esposo de aquella que es su Esposa,
Despues de Dios la cosa mas hermosa.

Coronan su santísima cabeza
Del bello sol con rayos inmortales,
Premiando dignamente la pureza
Que admiró á las escuadras celestiales;
El Hijo, que en él muestra su grandeza,
Le toma por las manos virginales,
Y él, asentado al lado de su Padre,
Sienta al suyo al Esposo de su Madre.

Dejó un asiento de oro macizado,
De luceros y soles guarnecido,
En medio dél y su Josef amado
Para la que le tuvo por marido;
Cristo al lado del Padre está sentado,
Y al de Cristo la Madre que ha escogido.
Josef al de María venturoso,
Por padre de su Hijo y della esposo.

Lo que gozó Josef y lo que goza
Entre los soberanos resplandores
De Dios, en cuya vista se remoza
Bebiendo sus dulcísimos amores,
Quien no ha salido de una humilde choza
Entre la rustiquez de otros pastores,
Mal lo podrá contar, que no es posible,
Que es á mi rudo ingenio incomprensible.

Vos, dios de Dios, Josef, divino esposo
De la que es de los cielos maravilla,
Patron de aqueste siervo venturoso
Que humildemente á vuestra luz se humilla;
Enviad, Señor, vuestro favor glorioso
Para que tome puerto mi barquilla,
Que en vuestras alabanzas engolfada
Temió verse de tantas anegada.

Recebid el deseo que os ofrezco
Entre la ruda mano y tosca pluma,
Que si ser escuchado no merezco,
Por vuestra historia es bien que lo presuma;
Humildemente, Santo, os agradezco
Que para hacer aquesta breve suma
De los favores que de Dios gozastes,
Aunque tan rudo no me desechastes.

El ánimo mirad de mi deseo,
No al don, pequeño como quien le ofrece,
Que haciendo en vos de su caudal empleo,
Valdrá lo que por mio desmerece;
Cante de vos un español Orfeo
Como vuestra grandeza lo merece,
Que atento escucharé su voz suave,
Dando fin dulce á vuestra historia grave.

FIN DE LA VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

CREACION DEL MUNDO,

POR

EL DOCTOR ALONSO DE ACEVEDO,

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE PLASENCIA.

AL ILUSTRISIMO Y EXCELENTISIMO SEÑOR DON FRANCISCO DE CASTRO,

CONDE DE CASTRO, Y EMBAJADOR EN ROMA DE LA MAJESTAD CATÓLICA DON FILIPE TERCERO.

Muchos dias ha, excelentísimo señor, que comencé á poner en ejecucion un antiguo pensamiento mio de dibujar en octava rima las primeras obras que Dios hizo, repartidas por sus dias en la Historia Sagrada de la Creacion del Mundo. He llegado ya á darle la última mano, aunque con esta diferencia, que el original es perfecto, como dictado á Moisés por el mismo Criador, pero el dibujo está muy atrasado en perfecion, pues no pudo tener mas de lo que alcanza la cortedad de mi ingenio. Y así, me fué necesario acudir á vuecencia para que con el pincel de su amparo emiende las imperfeciones que en él hubiere, pues no puede por otro mejor camino restaurar lo perdido ni recebir de otro Mecénas mayor autoridad ni mas segura proteccion. Confieso que estuve muchas veces por dejar esta olvidada, entre otras obras mias, teniendo por imposible poder fabricar sobre fundamentos suficientes tan levantado edificio, por traer ocupadas las fuerzas necesarias del espíritu en las machinas de las pretensiones, careciendo del sosiego que la arquitectura poética pide. Pero la obligacion de mi promesa, excelentísimo señor, me ha forzado á manifestar esta universal obra, dedicándola á vuecencia como digno subjecto de sus merecimientos. Dios prospere á vuecencia igualando sus acrecentamientos con el colmo de sus virtudes. En Roma, 14 de febrero, 1615. —Ilustrísimo y excelentísimo señor.—Besa las manos á vuestra excelencia, su muy humilde servidor

El doctor Alonso de Acevedo.

AL LECTOR.

Viendo que en varias lenguas, poetas de mucha estima han pintado los hermosos dias en que Dios crió el mundo, me pareció ser justo describir su orígen en verso castellano; pues nuestra lengua ha sido siempre juzgada de hombres gravísimos por muy propria y acomodada para que en ella se expliquen los soberanos y teológicos conceptos. No me contenté con referir esta universal obra en verso suelto, como he visto lo han hecho algunos famosos poetas en otras lenguas, sino antes, por hacer mas gustosa la lecion della, me quise atar al trabajo de la octava rima. En la ortografía he guardado la propriedad de cada lengua, pareciéndome que la gravedad del subjecto lo pide. Cuánto haya conseguido mi intento, dejo al juicio del lector, á quien ruego no espere en este discurso digresiones de ficciones poéticas, que suelen entretener el gusto, porque el decoro de la materia me necesitó á que las mias vayan atadas al objecto de que se trata, porque no desdigan de su original. *Vale.*

CREACION DEL MUNDO.

DIA PRIMERO.

Inspire ardor del fuego inaccesible
En mis versos y estilo el Padre Eterno,
Que dió al Hijo la esencia incompartible
Toda, quedando en él toda *ab æterno;*
Porque espíritu siendo indivisible,
No pudo dar al parto coeterno
Parte della, ni entera dar la puede,
Sino es que en él entera tambien quede.

Que si entera en el Padre no quedara,
Nada fuera su excelsa omnipotencia;
Y cuando al Hijo igual á sí engendrara,
Se deshiciera su divina esencia;
Mas, cual sabio maestro en arte rara,
Que al discípulo da toda su sciencia,
Y en él se queda, así desta manera
Da el Padre al Hijo la substancia entera.

Y el Hijo, que es del Padre omnipotente
Inmortal resplandor, vivo dechado,
Y de la esencia suya, juntamente
Es con el proprio original, traslado,
Muestre el camino con su luz ardiente,
Como el faro en la cumbre levantado;
En mar tan peligroso á mi barquilla,
No encalle, como en sirtes, en la orilla.

Y el Espíritu Sancto, que encendido
Procede de una y otra sacra llama,
Por quien el Hijo, en igual gloria unido
Al Padre con recíproco amor ama,
Mueva mi lengua, infunda en mi sentido
La inmortal gracia que de sí derrama,
Para que con espíritu profundo
Yo el orígen del mundo cante al mundo.

Viendo el hombre el perpetuo movimiento
Del cielo, que jamás tuvo reposo,
Y en contorno girar el firmamento,
Contra su tarda vuelta presuroso,
Y viendo que era el sólido elemento
Centro y punto del círculo hermoso,
Admirado de ver efectos tales,
Quiso saber sus causas naturales.

Y el poético espíritu, que al puerto
De los secretos de naturaleza
Aferró, desplegando al mar incierto
Las velas de su ingenio y agudeza,
Como en fábulas era tan experto,
Fingió que de antes era una grandeza
Sin proporcion el mundo, un caos ajeno
De luz, y de confusas cosas lleno,

Adonde el cielo, mar, fuego, aire y tierra
Eran la tierra, mar, fuego, aire y cielo,
Y estaban cielo, mar, fuego, aire y tierra
Juntos con tierra, mar, fuego, aire y cielo;
Pero con cielo, mar, fuego, aire y tierra
Discordes tierra, mar, fuego, aire y cielo,
Era el cielo en mar, aire, en fuego, en tierra,
Y era en el cielo el mar, fuego, aire y tierra.

El cielo entonces no resplandecia,
Ni por los campos del rosado Oriente
Apolo, orígen de la luz, vertia
Los dorados arroyos de su fuente;
La luna no menguaba ni esparcia
La luz prestada de la llena frente;
No era la tierra de aire rodeada,
Ni con su mismo peso sustentada.

El Oceano los bañados brazos
No habia por sus márgenes tendido,
Ni el invisible fuego con abrazos
Trasparentes al aire habia ceñido;
Ni el aire de los húmedos regazos
Daba el vapor, en agua convertido,
Que el cielo, el mar, la tierra, el aire, el fuego
Se confundian en el bulto ciego.

El olmo no hacia al verde suelo
Opaca sombra con frondoso manto,
Ni quebrantaba el sol al duro hielo,
Ni alzaba la cabeza el tierno acanto;
Ni sobre sus espaldas hasta el cielo
Llevaba de las aves Euro el canto,
Ni del costado de la tierra abierto
Fuentes corrian por camino incierto.

Dentro de un mismo cuerpo contrastaba
Con el calor el frio, lo pesado
Con lo leve, lo seco repugnaba
A lo húmido, lo humilde á lo encumbrado;
Lo duro con lo blando peleaba,
Con lo grueso reñia lo delgado;
Al fin era el gran cuerpo una mistura,
Llena de variedad sin hermosura.

Tal fábula fingió el sutil poeta,
Que como luz divina no tenia,
No pudo alcanzar obra tan secreta,
Con solas fuerzas de filosofía;
Mas yo, llevando en todo al gran Profeta,
Legislador de Dios, por norte y guia,
Cantaré, aunque con lengua tosca y ruda,
Sin fingimientos, la verdad desnuda.

En el principio el Padre omnipotente,
Que de principio y término carece,
Y en quien el poder summo, juntamente
Con su voluntad, siempre resplandece,
De nada crió el cielo, en sí pendiente,
Y á la tierra, que en medio se aparece,
Y al agua, de la cual fueron sacados
Los demás cuerpos simples y formados.

Porque estas aguas fueron materiales,
De donde Dios el fuerte firmamento
Sacó después y globos celestiales,
Que sobre él tienen inmortal asiento;
Y á las demás esferas desiguales
Formó tambien del húmido elemento,
Y destas ruedas el labrado peso
Al principio fué un bulto vasto y grueso.

Mas como la osa ruda, que lamiendo
Del parto informe la cerdosa pasta,
Con la lengua formando va y puliendo
El cuerpo feo de su torpe casta,
Y con astucia natural va haciendo
De un peso tosco, de una carga vasta,
De un monton grueso su animal perfecto,
Del natural instinto raro efecto;

Así, habiendo el Señor omnipotente
Hecho un informe cuerpo, do confuso
Estaba con lo frio lo caliente,
Con lo húmido lo seco, lo compuso
Después, y en parte y sitio conveniente
Formando al mundo, á cada cosa puso,
Y abrazó con los círculos mayores
Poco á poco los orbes inferiores.

No porque no pudiese en un momento
Poner principio y fin á tal impresa,
En arco desplegar el firmamento,
Y de fieras llenar la selva espesa,
El aire de aves con sonoro acento,
Y de peces la esfera húmida y gruesa;
Que pudo con su voz, ó mirar solo,
Dar á mil mundos uno y otro polo:

Pero de este edificio la grandeza
Fué en seis dias enteros fabricada,
Del Criador de la naturaleza
Para la habitacion nuestra y morada,
Mostrando en esto la suprema Alteza,
Que primero ha de ser la obra acabada,
Y pulida después, porque no erremos,
Si juntas ambas cosas emprendemos.

Y el círculo, que el Verbo poderoso
En el principio fabricó de nada,
No es de los que con curso presuroso
Giran la rueda sólida y pesada,
Sino el empíreo inmoble y luminoso,
De las almas angélicas morada,
Que sobre todos firme asiento ha hecho,
Como de la inmortal fábrica techo.

Y como el edificio levantado
Que formar suele tosco el arquitecto,
Después con artificio aventajado
Lo pule y deja sin algun defecto;
Así, primero fué de Dios formado
El ancho mundo basto y imperfecto,
Mas después añadió á su arquitectura
Entera perfeccion y hermosura.

Y el soberano Artífice, como era
Uno solo el maestro, uno el dechado,
Uno el órden, así de una manera
Para nos dar de su interior traslado,
Hizo uno solo, y sola una es la esfera
De la cual está el mundo rodeado,
Si bien su circular y inmensa traza
En contorno mas círculos abraza.

Esta obra, cuya gran circunferencia,
Arte, rica labor, materia y forma
Nos muestran que hagamos reverencia
Al que de nada su edificio forma;
Deste universal templo la excelencia,
Que del Eterno padre nos informa,
Es un gran libro, que el poder profundo
De Dios callando enseña al mismo mundo.

Sagrado texto, do naturaleza
Nos muestra que una celestial idea
Desta máquina excelsa la grandeza
Gobierna con sus leyes y rodea;
No está escrito del roble en la corteza,
Ni con los puntos de la lengua hebrea,
Ni con griegos acentos, ni figuras
De símbolos y imágines escuras.

Que el que bebe las aguas del Hidaspe,
El mas gentil, el mas bárbaro scita,
El que en las tierras del inculto Caspe,
Mas inculto que el proprio monte habita,
El inhumano antártico, que al jaspe
Con la dureza de su vida imita,
Los caractéres desta fiel doctrina
Sabrá leer sin estudio y disciplina.

Que de Dios las grandezas inmortales
Publica el sol, que con su lumbre pinta
Los peces y los varios animales,
Que en torno ciñe la abrasada cinta;
La luna en los efectos desiguales
Que causa cuando mengua ó cuando quinta,
Y el cielo con sus fuegos soberanos
Manifiestan las obras de sus manos.

Su gloria anuncia el aire espacïoso,
Con tanta variedad de aves pintadas,
Que sulcando con vuelo presuroso
De su region las playas azotadas,
Adormecen del círculo hermoso
Con el canto las luces estrelladas,
Y la rosada aurora al son despierta,
Y al dia rubicundo abre la puerta.

El agua, con las líquidas corrientes
De los amenos y argentados rios,
Que de las plantas las altivas frentes
Corona con floridos atavíos;
El mar, que en sus montañas trasparentes
Da albergue y pasto á los ganados frios,
Y los mudos rebaños que en él nacen,
Del poder soberano muestras hacen.

Tiene de clara voz perfecta sciencia
La tierra, por de dentro enriquecida
De plata y oro, y la circunferencia
De yerba, flores y árboles vestida;
A la cual la divina Providencia
Dejó sobre los aires suspendida,
Con que al mas caudaloso ingenio apura
Cuando su traza penetrar procura.

Pero del cielo el Criador inmenso
¿En qué ocupaba su divina mente
Antes que de la tierra el globo denso
Fuese puesto en el aire trasparente,
Y al mar llevasen por tributo y censo
Los rios el cristal de su corriente,
Y las espigas rubias y crecidas
Ondeasen del viento sacudidas?

Antes que distinguiese el sol los dias,
Y al aire en torno el fuego rodease,
Y el Oceano con las ondas frias
De la tierra las faldas inundase;
Y antes que el tiempo por oblícuas vías
La carrera callada apresurase,
No estaba solo Dios, que en sí asistia
Gozándose en su Trina compañía.

Tente, no sulques los profundos senos
De mar tan extendido ¡oh musa mia!
Con argumentos de agudeza llenos
Sobre el bajel de la filosofía,
Que son de fuerza y de virtud ajenos;
Y si los lleva la razon por guia,
Por todas partes mi navío abierto
No aferrará jamás al dulce puerto.

Que el que seguro navegar espera
En este abismo, vaya costeando
Del peligroso Ponto la ribera,
Como sabio, el hinchado mar dejando;
Y para asegurar mas la carrera,
La fe por vela vaya desplegando,
Y al sagrado volúmen por estrella
Lleve, y á Cristo que le guíe con ella.

Yo á medio aire mi estilo numeroso
Desplegaré en octavas derramadas,
Que si mas le alzo, el fuego poderoso
Derretirá sus alas enceradas;
Y si con ellas toco el mar ondoso,
Las plumas perezosas y bañadas
Con la humidad me quitarán la vida,
Y al agua dará nombre mi caída.

En el principio, aquella arte divina
Que obra diciendo y obra es lo que piensa,
En arco desplegó, como cortina,
Del orbe celestial la vuelta extensa;
Y á la tierra, que un punto no declina,
El sumo Hacedor dejó suspensa
En el aire sútil sin movimiento,
Y en la mitad del mundo hizo asiento.

Y aunque la tierra está continuamente
Sobre el vano elemento, no por eso
Aflige al cuerpo raro y trasparente
Con la pesada carga el bulto grueso;
Como el cuello del hombre, que no siente
De la cabeza el ordinario peso,
Ni á los piés, sobre donde el cuerpo estriba,
Oprime el peso de la carga viva.

Y cual diestro arquitecto que fabrica
Algun toscano ó dórico edificio,
Donde resplandeciendo la obra rica
Está á porfía con el artificio,
Y en las soberbias salas de oro aplica
Figuras, que del vivo son indicio,
Antes de dar principio á alteza tanta,
Fuertes y grandes fundamentos planta;

Dios, antes que con luces inmortales
En noche escura al gran templo alumbrase,
Y en alto, de los orbes desiguales,
El edificio universal alzase,
Hizo por fundamentos principales
Donde la excelsa máquina estribase,
Cielo y tierra, que fué naturalmente
El mas útil principio y conveniente.

Primero el pino entre la selvas nace,
Y el duro roble en las montañas vastas,
Y el arte humana dellos después hace
Bajeles corvos y derechas astas;
En la tierra escondido el hierro yace,
Y el prudente saber las rejas castas
Del inocente arado con él forma,
Y en áncora otras veces lo trasforma.

Así con sus palabras sacrosantas
Formó la tierra Dios sin compostura
Al principio, y después con varias plantas
La ornó, y el don le dió de hermosura;
Porque si á un tiempo maravillas tantas
Fuesen criadas de su esfera dura,
Se dijera que nunca habian nacido,
Si añadidas después no hubieran sido.

No era adornada entonces, que sus faldas
No esmaltaba la plata de los rios,
Ni la naturaleza sus espaldas
Vestia con frondosos atavios,
Ni bordaba con varias esmeraldas
Su manto entre los árboles sombrios,
Ni la vid sus guirnaldas le ofrecia
Desde las ramas que abrazar porfia.

No era adornada, ni en los verdes meses
Estaba en las riberas deleitosa,
Ni en su altura imitaban los cipreses
La cima de los yelmos espantosa;
Ni estaba alegre con las rubias mieses,
Ni con las bellas flores olorosa,
Ni señalada con los horizontes,
Ni umbrosa con las cejas de los montes.

Tampoco en la admirable esencia quinta,
Los círculos, que giran hoy unidos,
Resplandecian con labor distinta
Y recamos de joyas esparcidos;
Ni el abrasado sol desde su cinta
Sacudia los rayos encendidos,
Ni menos á su lumbre en triste dia
Invidiosa la luna se oponia.

Sus coros, bailes, sus alegres danzas
No guiaban en alto las estrellas,
Ni los varios planetas sus mudanzas
Hacian entre sí con vueltas bellas;
No despertaba nuestras esperanzas
El alba, adormeciendo las centellas
De los astros, ni tiempo el caos tenia,
Ni lugar ni color en él habia.

Sin tiempo estaba, porque por momentos
Antes del tiempo el curso no hacian
Los siglos, y dejando atrás los vientos,
Las veloces edades no huian;
Sin lugar, porque entonces sus asientos
Repartidos las cosas no tenian;
Sin color, porque nunca color tuvo
Lo que en tinieblas sin nacer estuvo.

Las sombras de los bosques acopados,
Y de las selvas densas y apretadas,
Los aires con las nubes ofuscados,
De turbulenta tempestad cargadas,
Los nocturnos vapores añublados,
Y cuantas negras cosas hay criadas,
Cubrian deste caos feo y inculto
El espantoso, informe y tosco bulto.

Pero del cielo la materia pura
En parte alguna tenebrosa no era;
La misma escuridad, cual sombra escura,
Siguió al gran cuerpo de la umbrosa esfera;
Y así al punto que el Padre de la altura
En arco alzó la redondez primera,
Quedaron las tinieblas escondidas
Dentro de sus espacios incluidas.

Como si en tierra clara y descubierta
Alguna casa fuese fabricada,
De entretejidas ramas y cubierta
De espesas hojas, toda tan cerrada,
Que procurando el sol abrir la puerta
Con sus rayos, jamás hallase entrada,
Queda la habitacion de luz ajena,
Y de negras tinieblas toda llena;

Esta espantosa noche, que causaba
El gran cuerpo del círculo hermoso,
Por todas partes derramado estaba
En el abismo de aguas abundoso;
Sobre esta agua que al caos inundaba,
El Espíritu Sancto y glorioso
Andaba, y fomentándola asistia,
Cual la paloma que los huevos cria.

Que habiendo Dios á cielo y tierra dado
Por el Hijo la forma que convino,
Faltaba el cumplimiento deseado
De la obra en el espíritu divino,
Que fué misterio proprio y señalado
Del verdadero Dios, único y trino,
Que con su Verbo obró los cielos bellos,
Y con su sancto Espíritu el ser dellos.

Después, «Hágase», dijo el Padre inmenso
La luz, y fué criada la luz pura,
Con cuyo resplandor el orbe extenso
A tomar comenzó nueva figura;
Y en contorno del globo, en sí suspenso,
La sombra el paso mueve y apresura,
Huyendo de la luz resplandeciente
Que dió principio al dia en el Oriente.

La cual alegre se mostró á la tierra
En menos tiempo que el ardor violento
Se aparece del rayo, ó abre, ó cierra
La vista el hombre, ó mueve el pensamiento,
Y á la espantosa escuridad destierra,
Imitando del sol el movimiento,
Y la vuelta fué dando al mundo nuevo,
Tres dias alumbrando en vez de Febo.

Dios te salve, alma luz, que las pasiones
Tristes de nuestros corazones lanzas,
Y los nocturnos daños y traiciones
Descubres y crueles asechanzas;
Madre de verdaderas opiniones,
Fuego que aviva muertas esperanzas,
Tú, luz, despiertas en los justos pechos
Divinos cantos y sagrados hechos.

Cuando se halla en el mayor aprieto,
Por tí consuelo el afligido cobra;
Luz llamamos cualquier próspero efeto,
Y luz la perfecion de cualquier obra;
Luz la ley soberana y el preceto,
Luz las señales que en sus hijos obra
De inmenso amor el Criador eterno,
Y luz el conocerse el hombre interno.

¡Oh luz, fiel guia de los navegantes,
Cuando el Ponto la rabia concebida
Pare, y á las riberas circunstantes
Atruena Scila con rigor herida,
Y en el aire las hondas arrogantes
Se levantan con furia embravecida!
Sin tí, cuerpo ninguno, ni pintura
Muestra la perfeccion de su figura.

Peces en vano el gran Fidias labraba,
Si la luz al negro aire no ilustrase,
Que para que nadasen, no faltaba
Sino que el mar sobre ellos inundase;
En vano Cenodoto fabricaba
El Coloso, si el sol no le alumbrase,
Ni el Mausoleo fama no tendria,
Sino le descubriese el claro dia.

Y si perpetua noche al mar profundo
Y á la tierra cubriese con su manto,
No daria concorde todo el mundo
De la primera maravilla el vanto
Al templo, que Filipo, rey segundo,
Dedicó al invencible español santo,
Que cuanto mas el fuego le encendia,
Tanto mas en divino amor ardia.

Las bárbaras pirámides sepulte
La antigua Ménfis en silencio escuro,
Su circular trabajo Roma oculte,
Fabricado de jaspe y mármol duro;
De muertos edificios no resulte
Viva memoria al babilonio muro,
Y por tantos milagros, este solo
Se celebre del uno al otro polo.

Mas como el cisne, que suave canta
Del torcido Caistro en la ribera,
Opuesto contra el cuervo, mas levanta
Su color de jazmin y blanca cera;
Y como aquel estima la paz santa
Que primero probó la guerra fiera,
Ordenó el Criador que al claro dia
Succediese la sombra negra y fria.

La noche, con las alas de humor llenas,
Del mundo el seco centro va templando,
En el hombre afligido, de sus penas
El perezoso olvido derramando;
Y cuando vierte en las mortales venas
El sueño deleitoso, está igualando
Al rico con el pobre, y al cobarde
Con el que peleando en furor arde.

El labrador, que de sudor cubierto
Rompe los duros pechos de la tierra
Con el arado, y en el sulco abierto
Los granos de oro cudicioso entierra,
Rendido á la fatiga, y medio muerto
Del corvo hierro en la cansada guerra,
Cuando la noche por el cielo asoma,
Del trabajo cruel venganza toma.

El que el florido valle y verde prado
Priva con corva hoz de sus despojos,
En tus brazos, oh noche, recostado
Ofrece al sueño los cansados ojos;
Y en la blanda dulzura sepultado,
Olvida del trabajo los enojos;
Y el cansancio de sí va desterrando,
Al débil cuerpo nueva fuerza dando.

Eres tiempo del sueño y del sosiego,
Para que las virtudes distraidas
Con las vigilias del desasosiego,
Al despuntar de Oriente el sol, nacidas,
Se vuelvan á ligar con ñudo ciego,
Y ligadas como antes, y en sí unidas
Descansen, y en tus brazos recostadas,
Se levanten del ocio reforzadas.

Cuando el alba, del dia anunciadora,
Al grande olimpo sube fatigada,
Y de cansancio tiernas perlas llora,
Bajas tú alegre á la region salada;
Y cuando cae en el mar la rubia aurora,
Vuelves á su lugar regocijada,
Y la vida al dorado jóven quitas,
Mas piadosa después, le resucitas.

Tú de nuestros cuidados piedad tienes,
El húmido rocío del olvido
Vertiendo de tus alas en las sienes
De cuantos animales han nacido;
Las mieses y las plantas ricos bienes
Con tu rociada miel han producido;
Tú apacientas los astros celestiales,
Que te alumbran con fuegos inmortales.

Entonces las napeas por los prados
De los bosques alegres y gozosas,
Renovando los bailes concertados,
Se mezclan con las dríadas hermosas;
Las náyades, saltando por los vados
De las fuentes y rios, vergonzosas
Del Sátiro y del Fauno se recelan,
Que por ver sus desnudos cuerpos velan.

En este dia el Padre omnipotente
Que en arco desplegó el cuerpo hermoso
Del cielo, y á la luz resplandeciente
Dió forma con el Verbo poderoso;
Del olimpo crió la inmortal gente,
Resplandeciendo con ardor glorioso,
Y entre ellas la mas bella criatura
Se deslumbró de ver su hermosura.

Y con soberbio y áspero semblante
Contra su Dios, ¡oh injusto pensamiento!
«Los astros pisaré, dijo arrogante,
Y sobre el Aquilon pondré mi asiento;
Y al Altísimo igual y semejante
Me hará solo mi merecimiento,
Y triunfando de su excelsa gloria,
Mis hazañas tendrá el mundo en memoria.»

Al fiero orgullo consitieron luego
De espíritus innúmeras legiones,
Y de ira y rabia un encendido fuego
Abrasó los dañados corazones;
La veloz fama, oyendo el rumor ciego
Que mueven los rebeldes escuadrones,
Anunció á los humildes ciudadanos
Del cielo, la traicion de sus hermanos.

De coro en coro por la ardiente esfera
Un confuso murmurio se levanta:
No hay sosiego ni paz, todo se altera;
Cada uno á tomar armas se adelanta;
Tal furor muestra la tempestad fiera,
Con que á la tierra el mar turba y espanta,
Cuando se sueltan del eóleo claustro
Del un lado Aquilon, del otro el Austro.

Entonces la discordia (monstruo horrendo),
Con torcido semblante y ansia loca,
Los escabrosos dientes sacudiendo,
Ponzoña escupe por la negra boca;
Y en los dañados ánimos vertiendo
Odio eterno, á la infiel gente provoca
Al fiero asalto, y de ira y furor llena,
En medio de ellos la batalla ordena.

Salen los escuadrones conjurados
Contra su Dios, al juego belicoso,
Y por cabeza de los rebelados,
Luzbel, ángel soberbio y invidioso,
Vertiendo por los ojos abrasados
Y por la boca fuego impetüoso,
Como Encelado, cuando ardiente azufre
Del Etna arroja, cuyas llamas sufre;

Y armado de su misma rabia horrible
Y confiado en temerarias trazas,
Resistir piensa al ímpetu terrible
De los estoques y contrarias mazas,
Y del semblante indómito y insufrible,
Derramando crueles amenazas,
Y obstinado en su cólera y porfia,
Al Campion soberano desafia.

Cual toro, que herido con pungentes
Estímulos de amor, celoso brama,
Y aviva con mugidos impacientes
De la ira ardiente la rabiosa llama;
Y levantando con los piés valientes
Nubes de polvo, al enemigo llama
Por señas á la fiera escaramuza,
Y las armas al duro roble aguza.

Llevaba sobre el yelmo retratada,
En alto la cabeza levantando,
A la altiva soberbia, mas hinchada
Que odre ventosa al mundo despreciando;
Y en el infausto escudo dibujada
A la pálida invidia, devorando
Sus médulas y huesos, y en su seno
Derramando ponzoña y cruel veneno.

Con loca presuncion enarbolaba
Un estandarte negro y amarillo,
Con que su negra culpa publicaba
Y ardiente pena, el infernal caudillo;
Y con ira rabiosa y furia brava,
Como en el coso, indómito novillo,
Se presenta en el campo, y en su tema
Con la cuadrilla infiel así blasfema:

«¡De mi opinion espíritus secuaces!
Aunque mas peligroso sea el alarde,
No entre en vuestros ánimos audaces
Sombra ni rastro de temor cobarde;
Estad en el propósito tenaces,
Por mas que el premio que se os debe, tarde,
Que yo en mi pensamiento voy tan firme,
Que no puedo, aunque quiera, arrepentirme.»

Esto diciendo, de la opuesta parte
Resplandece el ejército divino,
Y hácia el enemigo escuadron parte,
Que contra el mismo Dios Luzbel convino;
Sale cubierto el soberano Marte
Con armas de diamante y oro fino,
El gran Miguel, á quien dió el Padre eterno
De sus sanctas escuadras el gobierno.

De su invencible yelmo en el cimero,
Pintada la humildad resplandecia,
Que al corazon mas atrevido y fiero
Sin armas pone miedo y cobardía;
Y en el escudo de inmortal acero
La poderosa caridad se via,
Con la cual en amor de Dios se inflama,
Y en él sus criaturas Miguel ama.

Para eternas empresas reservada,
La espada lleva en el siniestro lado,
Y un estandarte entre la gente armada
Iba de color rojo enarbolado,
Mostrando con la insignia colorada
La sangre del Cordero inmaculado,
Por quien pugna Miguel, y en alto escrito:
¿Quién como Dios? ejército maldito.

Viendo en frente al Antígono atrevido,
Manda dar el guerrero soberano
Aliento á las trompetas, y el sonido
Saliendo, retumbó en el aire vano,
Con mas terrible estrépito y rüido
Que cuando arroja con airada mano
Júpiter rayos, que á las nubes hienden,
Y á los mortales con el trueno ofenden.

Trábase al punto el fuego belicoso
De ambas partes, cada uno ardiendo en ira
Contra el otro, de fuego impetuoso
Saetas, dardos, lanzas vibra y tira,
Mas espesas, que cuando temeroso
El puercoespin huyendo se retira,
Y contra el cazador y suelto perro
Puntas dispara del armado cerro.

Vierte Luzbel centellas abrasadas,
En humo envueltas y azufrado aliento,
Y nubes, de relámpagos cargadas,
Por la boca con ímpetu violento;
Las tinieblas confusas y mezcladas
Con el ardiente y rápido elemento,
La claridad del cielo confundian,
Y la vista á los ojos impedian.

Y de la suerte que en el reino abierto
Del aire, el Aquilon fiero contiende
Con el Noto, de negra ira cubierto,
Y el uno al otro con rigor ofende;
Y del cruel combate el premio incierto
Con el igual furor de los dos pende,
Y á quién se dé la palma victoriosa,
El aire duda y tempestad furiosa;

Así procede en la sangrienta guerra
La armada rabia y el aspecto crudo;
El uno con el otro escuadron cierra,
Juntando yelmo á yelmo, escudo á escudo.
Caen las armaduras en la tierra,
Y dejan el espíritu desnudo,
Cayendo juntamente á medio vuelo
Las alas destroncadas en el suelo.

Pero aunque en el principio parecia
Igual el combatir de la contienda,
El ejército loco padecia
El daño entero en la refriega horrenda;
En los dañados corazones cria
Dolor, que mas á su furor encienda,
Y con el pertinaz furor mantiene
La fuerza, que á faltarle después viene.

Muchos de los guerreros atrevidos
Están en el negro aire peleando,
Como las sueltas aves, suspendidos,
Globos de fuego con rigor tirando;
Otros, de saña y cólera encendidos,
Así se arrojan al contrario bando,
Como cuando el neblí se precipita
Contra la garza, á quien la vida quita.

Pero ya entre las béficas cuadrillas
Cesa el uso cruel de las saetas,
La espesa tempestad de las cuchillas
Convertidas en pálidos cometas;
Que el que defiende las doradas sillas
Del cielo, que hoy al hombre están sujetas,
Ya la espada inmortal que fuego llueve
Contra el ángel soberbio en alto mueve.

¡Oh musa! mi cansada voz esfuerza,
A su furor igual furor me inspira,
Para que yo cantar pueda la fuerza
De este fiel capitan, bañado en ira.
Luzbel la rabia y el rancor refuerza
Cuando á Miguel delante de sí mira,
Y mientras los dos entran en batalla,
El cielo atento y espantado calla.

Del primer golpe, el Marte soberano,
Con la espada de fuego vengativa,
Hiriendo en la cabeza al monstruo insano,
Lo desvanece en su arrogancia altiva;
Y juntamente la invencible mano
Venciéndole, del cielo le derriba,
El cual huyendo por el aire vino
Como tempestüoso torbellino.

Toro, que de la tierra las arenas
Furioso con los piés esparce al viento,
Aquilon, que los árboles y antenas
Rompe, bramando con rabioso aliento;
Rayo, que de las torres las almenas
Deshace con estrépito violento,
Terremoto, que causa horror terrible,
No deben compararse al monstruo horrible.

Y cual de tempestad Boreas armado,
Que habiendo los vapores de la tierra
Con suspiros en piedras congelado,
Amenaza á las selvas cruel guerra;
Mas si se encuentra con Eólo airado,
Huye, y la boca sopladora cierra;
Así, lleno de rabia el ángel fiero,
Al momento huyó del fiel guerrero.

Corren tras él las infernales huestes
Precipitadas al escuro averno,
Y el negro Rey de las tartáreas pestes
Dice, vuelto á la turba del infierno:
«No os aflijais, espíritus celestes,
Porque de nuestro atrevimiento eterno
Siempre nos quedará perpetua gloria,
Aunque del enemigo es la victoria.»

Dijo, y las tristes sombras en pitones,
En centauros y esfinges se volvieron,
En harpías, quimeras, geriones,
Y al cavernoso abismo descendieron;
Entre tanto, los justos escuadrones,
Acompañando al gran Miguel, subieron
Al trono de alma luz resplandeciente,
Y gracias dan al Padre Omnipotente.

DIA SEGUNDO.

Padre de la inmortal sabiduría,
Fuente de donde eterna la luz mana,
Tú, que la luz criando, nombre al dia
Impones de la tarde y la mañana;
Y el agua, que á la tierra sumergia,
Con tu voz dividiste soberana,
Mi ingenio alumbra para que yo pueda
Cantar del mundo la estrellada rueda.

Habiendo el Sumo artífice formado
Del orbe celestial la excelsa cumbre,
En medio de su círculo asentado
De la tierra la dura pesadumbre,
Las confusas tinieblas esgombrado
Del caos escuro con la clara lumbre,
«Hágase, dijo, el alto firmamento
Y divida del agua al elemento.»

El cielo fué formado al mismo instante,
Firme en su asiento y fuerte en la carrera,
Porque al girar á otro cualquier errante
Sea cual ley y guia verdadera;
Y con su cuerpo válido y prestante
Fué dividida la bañada esfera;
Unas aguas en lo alto se pararon,
Otras sobre la tierra se quedaron.

Dios á este globo dió por su firmeza
Nombre de firmamento, cuya traza
Guarnece á toda la inferior grandeza
Del universo que en contorno abraza;
Como la inexpugnable fortaleza,
La cual batir el enemigo traza,
Que fabricada en circular figura,
Sus plazas fortalece y asegura.

Y como con antorchas abrasadas
Ciñe la grande redondez al suelo,
Gran suma de las aguas derramadas
Puso el eterno Padre sobre el cielo,
Para que de las llamas levantadas,
Templando el fuego ardiente con su hielo,
Los varios astros hagan la influencia
Que ordenó la divina Providencia.

Estas aguas, mezclando sus corrientes,
Segun es fama, con el mar profundo,
Cubriendo las montañas eminentes,
Habrian anegado el bajo mundo,
Si el antiguo Noé y sus descendientes,
Triunfando del piélago iracundo,
No hubiesen en su nave toda suerte
De animales librado de la muerte.

Luego que fueron dentro, Eolo encierra
Al claro Boreas en prision escura,
Que los ñublados con rigor destierra,
Descubriendo del sol la lumbre pura;
Y junto con el Noto desencierra
Al Austro insano de la cárcel dura,
Para que ambos, corriendo á rienda suelta,
Nubes engendren en la aérea vuelta.

Salen hiriendo el uno y otro viento
Al aire con suspiros bramadores,
En cuyas frentes hacen triste asiento
Negras exhalaciones y vapores;
Comienzan á turbar con el aliento
Del furioso Océano los humores,
Vertiendo fuentes, caudalosos rios
Con duros soplos de los ceños frios.

Hinchanse los arroyos espumosos,
Ensánchanse las bocas de las fuentes,
Y corriendo sin freno impetüosos,
En mares se convierten los torrentes;
Anéganse los prados deleitosos,
Perecen en los sulcos las simientes,
Quedando de los rústicos arados
Sin premio los trabajos tan llorados.

Neptuno, rey del piélago marino,
A la tierra hirió, y ella temblando,
Descubrió de las aguas el camino,
Lagos y rios de temor sudando;
Cada arroyo á hacerse un Ponto vino,
Los árboles y casas derribando,
Y aunque de nuevo tantos mares nacen,
Un Océano solo todos hacen.

El delfin, la tramielga, la ballena,
La trilla, la merluza plateada
Vueltas van dando adonde Filomena
Cantando en dulce son hizo morada;
Entre mansas ovejas la hiena,
Que es semejante al lobo cruel, nada;
Y junto con el tímido cordero,
Léjos de acometerle, el leon fiero.

Los unos de los míseros humanos
Al ímpetu espumoso resistiendo,
Sobre las selvas y anegados llanos
Con los brazos las aguas van rompiendo;
Pero los golpes de Neptuno insanos
Los cubren, que á gran furia van creciendo,
Quedando con muerte húmida hinchados,
Sobre las altas ramas sepultados.

Otros sobre las torres y las villas
Que las crecidas olas inundaban,
En vano con esquifes y barquillas
Los campos del Océano sulcaban;
Y entre tan lastimosas maravillas,
Las infaustas hermanas, que no usaban
Para dar muerte de unas armas solas,
Solo ya matan con las ciegas olas.

Muere todo animal, perece cuanto
A sus pechos la antigua madre cria:
La sancta nave asegurada en tanto
Sobre el soberbio mar camino abria;
Que en la tormenta del mayor espanto,
Era su marinero y su fiel guia
Su amiga estrella, y verdadero polo
Del mundo el Padre omnipotente solo.

Al fin, después de estrago tan terrible,
El sumo Dios, de piedad movido,
Manda que suene la trompeta horrible
A retirar las aguas en su nido;
Ellas luego la cólera insufrible
Enfrenan en oyendo el gran sonido,
Y del tiempo veloz en poco estrecho
Se recogieron en su antiguo lecho.

De los rios los rápidos raudales
Se humillan, y á entrar vuelve el Océano
En su cárcel estrecha de cristales,
Descubriendo el lodoso monte y llano;
Entonces á los orbes celestiales
Mostró la tierra el Padre soberano,
Donde se ofrezca á su poder inmenso
Sobre aras inmortales grato incienso.

Mucho de mi propósito te olvidas,
¡Oh musa mia! Vuelve atrás el paso,
No te aneguen las aguas atrevidas
Al retirarse en el salado vaso;
Y pues entre las luces encendidas
Naciste del olimpo claro y raso,
Dime de qué materia su grandeza
Formó al principio la divina alteza.

Del veloz cielo la circunferencia
En torno con perpetuo movimiento
Es una incorruptible y quinta esencia,
Sin tener parte alguna de elemento;
Porque vemos los dos con evidencia
De los cuatro subir cada momento
A su esfera, y bajar, por el contrario,
A su centro los otros de ordinario.

A los cuerpos compuestos de la tierra,
Del mar, del aire y fuego en prision dura,
Siempre una interna y continuada guerra
Altera, mata, aviva, augmenta, apura;
Y en todo cuanto dentro de sí encierra
El círculo de Cintia, jamás dura
En un mismo sugeto forma alguna
Sin menguar y crecer como la luna.

Pero el orbe celeste siempre parte
Por un propio camino, regulado
Con una propria linea, curso y arte,
Movido con un peso no pesado,
Sin jamás á la baja ó alta parte
Inclinarse ó al siniestro ó diestro lado;
Y aunque en los años crece, nunca crece
En cuerpo ni en vigor, ni se envejece.

Fué cuestion entre muchos ventilada,
Dudando cuántas ruedas inmortales
Esta máquina en arco levantada
Abraza dando vueltas desiguales;
Es opinion de algunos aprobada
Que del mundo los globos celestiales
No son mas que uno, que uno aprehendemos
Cuando al cielo los ojos extendemos.

Porque en sus varios cielos las estrellas
Hasta la misma del dorado Apolo,
Las que derraman rayos y centellas
Parece que en un orbe asisten solo;
Y así afirmaron que las luces bellas
De los planetas y encumbrado polo
En un círculo estaban, que el despierto
Sentido de la vista es el mas cierto.

Otros en ocho palcos dividian
Esta fábrica excelsa, conociendo
Que los planetas sus mudanzas guian,
Variamente en contorno revolviendo;
Que los topacios que resplandecian
En el octavo asiento iban corriendo
En breve espacio, desde el Oriente
Hasta la opuesta parte de Occidente.

Otros, viendo que el gran giro abrasado
En claras llamas de la firme esfera,
Al Euro desde el Céfiro templado
Movia perezoso la carrera,
Sin el curso veloz y arrebatado
Con que acaba de dar la vuelta entera,
Con mayor diligencia discurrieron,
Y al octavo el noveno orbe añadieron.

Otros, las fijas lumbres observando,
Vieron que el firmamento trepidaba,
Que del sublime polo declinando
Al Antárctico bajo se inclinaba;
El cual después, como titubeando,
Del Austro al Aquilon se desviaba,
Y como un cuerpo un moto solo tiene,
Añadir otra redondez conviene.

Otros con experiencia cuidadosa
Hallaron que inclinando al Mediodía
Como balanzas, desde la fria Osa
El circular ornato se movia;
Y que desde la zona calurosa
Se libraba tambien hácia la fria;
Con que nos fuerzan á que concedamos
Once cielos los astros que miramos.

De todos estos globos, el primero
Es el onceno, que desde el Oriente
Con paso simplicísimo y ligero
Corre en veinte y cuatro horas á Occidente;
Y á todos los demás el curso entero
Hace dar revolviendo fuertemente;
El décimo de un Norte á otro con pausa
De libracion su moto proprio causa.

De libracion tiene otro movimiento
Fuera de los dos dichos el noveno,
Que con los mismos polos hace asiento
Y eclíptica debajo del deceno;
Con moto desigual y nacimiento
En el círculo décimo ó onceno
De su Ecuator cortado comenzando,
Al negro Ocaso va titubeando.

Sin los tres movimientos superiores
Hacen su tarda vuelta las estrellas
Desde Occidente hácia los resplandores
Que el alba muestra en sus mejillas bellas;
Destas las demás ruedas inferiores
Al correr menos perezosas que ellas,
Naturalmente van desde el Ocaso
Contra el Aurora con desigual paso.

Del mundo la mas rica arquitectura,
La rueda de los cielos mas hermosa,
El sumo cielo, ardiendo en lumbre pura,
Sobre toda esta máquina reposa;
Donde entre flores para siempre dura
La primavera fértil y olorosa;
A las plantas que en fruto inmortal crecen,
Rios de dulce néctar humedecen.

Allí ante el soberano acatamiento
Goza el justo del premio merecido;
Allí Cristo á la diestra tiene asiento
Del Padre, en torno de ángeles servido,
Y de las almas que con tan sangriento
Y pio sacrificio ha redemido,
El cual volando con divino vuelo,
Llevó la humanidad consigo al cielo.

Debajo destas ruedas celestiales
Puso de Dios la poderosa mano
Los varios elementos, de los cuales
Toma principio todo el gremio humano;
Las aves, los terrestres animales,
Aquellos que apacienta el Océano,
La tierna yerba, la pequeña planta,
La que sobre el puro aire se levanta.

Y aunque perecer vemos y deshechos
Estos cuatro elementos, permanecen
Eternamente mientras sus derechos
Administran pidiendo y dando ofrecen;
A cuyas leyes y infalibles hechos
Al punto los que nacen obedecen,
Y todos cuatro, unidos y concordes,
Hacen efectos varios y discordes.

Destos el aire y fuego rodeando,
Van al mar y terrena pesadumbre;
El fuego al cielo se subió, tocando
De la etérea region la primer cumbre;
Donde al dorado alcázar forma dando,
Los muros fabricó de clara lumbre;
El aire, que sustenta al mismo fuego,
Tomó junto á su estancia asiento luego.

Prostró su cuerpo la region tercera,
La carga de los hombres esparciendo
Sobre su amada y dura compañera,
Que con bañados brazos va ciñendo;
La cual fué en medio de la suma esfera
La pendiente figura descubriendo,
Y es con ser medio del etéreo mundo,
Del orbe universal lo mas profundo.

Quedó firme, y cayendo á cada lado
Del mundo, ordenó Dios que no cayese;
Que si por suerte el círculo pesado
De la tierra suspenso no estuviese,
Fuera imposible andar el sol dorado
A Ocaso, y que á nacer después volviese,
Ni el astro que á la bella Aurora guia
Nos avisara que se acerca el dia.

Cuanto corre y arrastra, vuela y nada
Sustenta sobre el bulto grande y grueso
La tierra, y fué de sí cosa acertada
Ser natural y proprio contrapeso,
Para que con su peso sustentada,
Resistir pueda solo con su peso
De Neptuno las fieras ondas locas,
Del Austro y Bóreas las airadas bocas.

Convino que su globo ponderoso
Léjos esté del apartado cielo,
Porque no arrebatase presuroso
El primer móvil con su curso al suelo;
Como al aire y al fuego luminoso
Que desde Oriente con ligero vuelo
Y á gran parte del mar violentamente
Lleva sin resistencia al Occidente.

Así no podia estar en otra parte
Mejor la tierra que en lo mas profundo,
Porque el orbe estrellado y el de Marte
Y otro cualquiera del etéreo mundo,
Su influjo poderoso envia y reparte
Sobre el primo elemento y el segundo,
Piélago ondoso; mas su virtud alta
En la tierra se va á juntar y esmalta.

Como Apolo con rayos penetrantes
Del vidrio frágil al cristal traspasa,
Así al aire, á las playas ondeantes,
Al elemento líquido que abrasa
De las estrellas en su curso errantes,
Y de las fijas el influjo pasa;
Mas no del cielo al denso y firme centro,
Aunque su virtud obra fuera y dentro.

Mas deja por ahora ¡oh musa mia!
El tratar de las aguas y la tierra,
Que el Padre eterno, que los astros guia,
A los vientos las bocas abre y cierra;
Apartará después al nuevo dia
Estos dos cuerpos de su unida guerra,
Adornando las ásperas montañas
De selvas y de flores las campañas.

Rompe el cielo con tus alas ventosas,
Que ahora tienes tiempo, aunque no espero,
Sin miedo de las ondas espumosas
Y de la region pura el ardor fiero,
Llegar sobre tus plumas vergonzosas
Del sutil aire al círculo primero,
Porque infunde temor en mi memoria
Del atrevido Icaro la historia.

Como al cóncavo toca el fuego ardiente
Del primer orbe con su lumbre pura,
En lo convexo necesariamente
Tiene su cuerpo circular figura;
Y porque en alto parten igualmente
El fuego y aire de la tierra dura,
Es tambien en lo concavo rotundo,
En lo convexo el aire imita al mundo.

El mas alto elemento, desde arriba
Sacudiendo las alas abrasadas,
Con su calor elemental aviva
Las cosas destruidas y acabadas;
Como cuando el cruel invierno priva
De su fuerza las selvas despojadas,
Que después cobran la virtud perdida
Del año alegre en la estacion florida.

Pero si la virtud al calor falta,
El mismo humor se gasta y se resuelve,
Como cuando del aire el agua falta,
Que sobre la espigada haz se envuelve;
Al agua que cayó de la nube alta
El calor encerrado en humo vuelve,
Y detenido en los conductos vanos
Pudre y deshace los dorados granos.

Tambien los aliviana y aligera
Sobre las cañas donde el fruto carga;
Que mientras gasta la encendida esfera
En su humidad á la bañada carga,
La espiga pierde la sustancia entera,
Y el calor su abrasada fuerza alarga
Contra la humidad misma, á quien da muerte,
Porque en humo la muda y la convierte.

De aquí nace que cuantos animales
Del Océano habitan las arenas,
Los brutos y linajes racionales,
Aves, serpientes de ponzoña llenas,
Son mas livianos cuando los vitales
Espíritus se vierten por sus venas,
Por el calor en ellos esparcido,
Que no cuando el anhélito han perdido.

Y el hombre de la hambre asedïado
Con fieras asechanzas, si deshace
Y vence con el pasto deseado
El asedio que dentro de sí yace;
Por el calor, que en el está encerrado,
De la confortacion mas leve se hace,
Que no cuando la hambre le acomete
Y á sus golpes rendido se somete.

El aire, sin el cual nadie respira,
Recibe en sí y fomenta los vapores,
Exhalaciones que la tierra espira,
El mar exhala y rios corredores,
Con sosiego esparciendo y ya con ira
De los senos los cálidos humores,
Convertidos en agua, nieve, hielo,
Y en aljófar, que argenta al fértil suelo.

Cuando el vapor sutil, húmido y frio
En alto poco á poco se va alzando,
Mas no tanto, que adonde asiste el frio
Llegue, á su duro hielo penetrando;
Este espíritu en líquido rocio
Baja al suelo si el Austro va soplando
Con blandura, y tambien la noche umbría
Dulce serenidad al mundo envia.

Mas cuando el sol, de fuego rodeado,
El rostro del leon Nemeo enciende,
Y con su aliento seco y abrasado
La tierra en varias partes se abre y hiende,
El vapor tierno, en alto levantado
Y con llamas herido, si le ofende
El frio penetrante, en gruesas gotas
Al suelo baja de las nubes rotas.

Si sobre la frondosa y verde cumbre
De algun árbol se asienta perezoso,
Y de sus rayos con la muchedumbre
Le penetra el planeta mas hermoso,
Siendo cocido con la inmortal lumbre,
Hurta y usurpa del panal sabroso
El color y el sabor desde su asiento,
Dando al hombre suave nutrimento.

Mas si el vapor tan raro y sutil fuere,
Que dél formar el agua no se pueda,
Y con el presto vuelo solo hiere
La superficie de la inmoble rueda,
La claridad del cielo al punto muere;
Una espesa y bañada niebla queda
En el aire mas bajo, y perezosa
Sobre las playas húmidas reposa.

Pero si este vapor tan tenue pudo
A la estancia llegar del triste invierno,
Mientras arriba está raro y menudo,
En nube lo condensa el frio eterno;
La cual herida con el viento crudo
Nada allá arriba; en tanto el vapor tierno
En caudalosas ondas se resuelve,
Y al seno de su antigua madre vuelve.

Suelen tambien las nubes congelarse
Con el rigor del insufrible hielo;
En aquel punto vemos deslizarse
Helados copos del turbado cielo,
Los soberbios collados derramarse
Con dura nieve, que el señor de Delo
Deshace con sus rayos, y desata
En arroyuelos de cristal y plata.

Cuando en el seno, albergue de humedades,
Reciben el vapor que en alto vuela,
El cual del aire con las frialdades
Poco á poco se aprieta y se congela,
Le convierten en duras tempestades
El viento y sitio donde siempre hiela,
Las cuales con tal ímpetu descienden,
Que á las rocas y fuertes robles hienden.

Otras veces, con llamas azotado,
A levantarse poco á poco empieza
Tanto el vapor, que rompe el muro helado
Del frio con su rara sutileza;
Y vencedor del círculo abrasado,
Sube á su inexpugnable fortaleza,
Todo en lúcidas brasas convertido,
Siendo con su humedad propria cocido.

Esta fogosa exhalacion, ceñida
En contorno de escuras guarniciones
Y baluartes, busca la salida
Contra los procelosos escuadrones;
Aumentando la cólera encendida
Por salir de las ásperas prisiones,
Ya se muestra furiosa en los pertrechos,
Ya invincible en las fuerzas y en los hechos.

Con densas puntas la añublada fuente
Hiere á la exhalacion, la cual temblando,
Se enciende en ira por el cielo ardiente,
Vivas llamas de fuego derramando;
Y cuando muestra la enemiga frente,
Al opuesto escuadron desbaratando
De las cargadas nubes que interrompe,
Al punto muere y por el aire rompe.

Hace entonces el cielo de su muerte
Con espantoso trueno sentimiento,
Como cuando abrasado el metal fuerte
Se apaga con el húmido elemento;
Otras veces del orbe escuro vierte
Sin rumor el espíritu violento,
Otras con invisible y presto vuelo
Sube el vapor con gran rüido al cielo.

Este delgado y temerario fuego,
Cuando herido de las nubes hiende
Al turbado aire, con ñublados ciego,
Y á la tierra con ímpetu desciende,
Antes que se oya el atronado juego
Su luz nos muestra y con el golpe ofende,
Que de la vista el perspicaz sentido
Es mas presto y sutil que el del oido.

Como cuando en la selva ó bosque umbroso
Corta el villano el roble, que primero
Vemos bajar, del brazo impetuoso
Sobre el tronco robusto el golpe fiero,
Y después el sonido perezoso,
Que del leño sacó el movido acero,
Con gran rumor y estrépito resuena,
El eco en los incultos montes suena.

Y cuando de las nubes esparcidas
Desde muy alto raro el vapor baja,
Volando con las alas encendidas,
Los encuentros mas flacos rompe y raja,
No dejando las llamas impelidas
Rastro de ardor, do tanto el golpe ultraja:
Con tanta subtileza á veces tira
Júpiter rayos provocado de ira.

Mas cuando bate las torcidas alas
Con lento vuelo y con igual violencia,
Y deslizado por las nubes ralas,
En duras fuerzas halla resistencia,
Las fuertes torres y soberbias salas
Derriba la violenta pestilencia,
Y con mortal rüina se derrama
Por la ciudad atónita la llama.

Suele tambien con furia arrebatada
Caer de lo alto fuego acelerado,
No hecho de virtud elementada,
Cual rayo de vapores engendrado,
Mas de la indignacion justa y airada
Por castigo á los hombres enviado;
Tanto el mortal linaje á Dios ofende,
Que su misericordia en ira enciende.

Pide consejo á Belcebú Occocías,
Si del enfermo cuerpo el bien perdido
Restauraria, por lo cual de Elías
Con justa causa fué reprehendido;
Hizo al Profeta grandes legacías,
Y el santo respondió al rey fementido:
«Si soy hombre de Dios, llamas desciendan,
Que en tí y en tus legados muerte prendan.»

Oye Dios su demanda, y de su esfera
Abriendo el cielo los cerrados senos,
Arroja fuego, cual saeta fiera,
Que del aire caer suele con truenos;
Y hasta los reinos do Pluton impera,
De infernal confusion y azufre llenos,
Los envió sin dejar nadie á vida,
De su pecado pena merecida.

Y de los Sinas entre las regiones,
Ahora en nuestras décadas y edades,
Hubo en tan grande exceso inundaciones,
Que el agua sumergió siete ciudades,
Sin poder con astutas prevenciones
Los hombres excusar sus tempestades,
Sino fué un niño, que sobre un madero
Triunfando salió del lago fiero.

Y porque escapar muchos pretendieron
Las atrevidas ondas, no pudiendo
Huir el rigor justo, perecieron
Con golpe que del cielo bajó ardiendo;
Así, justa sentencia padecieron,
Y justo fué castigo tan horrendo,
Que los que rehusaban blanda muerte,
Padeciesen después otra mas fuerte.

Como verémos en el dia postrero,
Porque menos cruel y riguroso
Fué de las aguas el furor primero,
Cuando el mundo anegaron malicioso;
Que será la ira del incendio fiero,
Que al son de la trompeta temeroso,
Abrasará la esfera dura y densa
Que está en el aire líquido suspensa.

Hay tambien llamas sobre el aire horribles,
Mas de virtud elemental formadas,
Que, aunque no caen de alto con terribles
Terremotos y muertes desdichadas,
Envian torbellinos insufribles
Al bajo mundo, guerras lastimadas,
Tristes sucesos, pestes, tempestades,
Inundaciones y esterilidades.

De sus entrañas un vapor caliente
La tierra exhala de ligero vuelo,
Que siendo arrebatado fuertemente
De los rayos del sol y firme cielo,
A la extrema region seca y ardiente
Llega, escalando del aéreo hielo
Los muros frios, donde en tiempo breve
En fuego se convierte el vapor leve.

Este vapor, segun ha sido unido,
Igual ó desigual en el altura
Del aire, por el círculo extendido,
Volando forma varia la figura;
Que unas veces su espíritu encendido
Columnas ó pirámides figura,
Otras veces esparce de la cumbre
Cenizas muertas, espantosa lumbre.

Cuando imperaba Tito Vespasiano
Se quemó un monte junto á las orillas
Del extendido mar napolitano,
Que piedras arrojó por muchas millas;
Y de gigantes por el aire vano
Aparecieron bélicas cuadrillas;
La tierra descubrió los pechos rotos,
Herida con terribles terremotos.

En sus cavernas cóncavas y heladas
Se sintieron grandísimos rumores,
El aire con las nubes ofuscadas
Quitó á Febo los vivos resplandores;
Dos ciudades quedaron abrasadas;
Y del monte los vientos voladores
Llevaron las cenizas al distrito
De la Siria, del Africa y de Egito.

Primero que Alarico, rey de godos,
Viniese á Italia, el sol con negro manto
Triste escondió sus resplandores todos,
Escuro el cielo de uno y otro canto;
Y de grandeza en excesivos modos
Derramó el aire con temor y espanto
Granizo espeso, porque á la Osa fria
Un crinito cometa el paso abria.

Cuando de los cabellos espantosos
Rayos esparce la sangrienta estrella,
Sale alumbrando entierros lastimosos
La luz funesta que nació con ella;
Y publicando engaños cautelosos,
Del malo el hombre justo se querella;
Amenazada la afligida tierra,
Teme el último fin con fiera guerra.

Mas cuando de la larga cola arroja
El globo infausto convertido en brasa,
Purpúreo ardor como el aurora roja,
Las campañas el seco Apolo abrasa;
El rio, que soberbio, si se enoja,
La tierra inunda, ya sin fuerza pasa,
Y con el fuego, que el cometa atiza,
Se vuelven las ciudades en ceniza.

Del verde ornato el vencedor Vulcano
Priva á las selvas con las llamas fieras;
Y el pino, el fresno, el roble, el avellano,
Encendidas las grandes cabelleras,
En alto envian por el aire vano
A las aves del dia pregoneras,
Acostumbradas á habitar las ramas,
Que un tiempo fueron de sus miembros camas.

Viendo secar el Tajo caudaloso
De sus ondas el curso arrebatado,
Y que su cuerpo estaba caluroso,
Quedó todo confuso y espantado.
De sus ninfas el coro lastimoso
Con suspiros y llanto porfiado,
Llenó sus cuevas tímidas, mirando
La fuerza ardiente que les va quemando.

Y si el cometa fuere saturnino,
Temblará de su aspecto el triste suelo;
Levantarán horrible torbellino
Los vientos sacudiendo el negro vuelo;
Y prosiguiendo el húmido camino
Las derramadas nubes, desde el cielo
Consumirán con recias tempestades
Las esperadas mieses y heredades.

De los colmos y cimas encumbradas
No verán ya los míseros mortales
Caer las tiernas ramas deseadas
Para sustento de los animales,
Ni de las yerbas secas y cortadas
Las aguas distilar medicinales,
Ni arrancar de la planta conocida
La secreta raíz para dar vida.

Comienza á humear el aire escuro,
Todo de espesas nieblas rodeado;
Escalando el vapor su negro muro,
Al cielo sube en nubes levantado;
La pestilencial fuerza y aire impuro
Sintió primero el perro avenenado,
Y luego el ave, la carrera incierta
Perdiendo de su vuelo, cayó muerta.

El labrador entre los sulcos mira
Los fuertes bueyes sin vigor caidos,
Y el lanudo rebaño, que respira
Apenas, dando está enfermos balidos.
Olvida el jabalí cerdoso la ira,
No se acuerda el leon de sus bramidos;
Ni al tímido cordero el lobo espía,
Ni la cierva en sus piés sueltos confia.

Entonces la dañada pestilencia
A derramarse en los humanos pechos
Comienza con mayor daño y violencia,
Predominando entre dorados techos;
No hallan á su furia resistencia
Del autor sabio los remedios hechos;
El hombre muestra pálido el semblante,
Entre olas de congojas anhelante.

No permiten sus secos paladares,
Que bajen del estómago al asiento
Los ordenados y útiles manjares,
Poniendo al fiero mal impedimento.
Hiere una áspera tos en los ijares
Y pulmon del enfermo sediento,
Que anhelando despide, al mal rendido,
Por la boca un espíritu encendido.

Ningun médico fin á su mal pone,
Al prudente varon la arte resiste,
Y el que á sanarlo mas presto se opone,
Aquel le da mas presto muerte triste.
El doliente en beber se descompone,
Pero la sed, que con rigor le embiste,
Primero con la vida es apagada
Que con el agua tanto deseada.

Caen sobre la tierra reclinados
Los míseros mortales, como cuando
Va el pastor en los montes y collados
Los robles de sus frutos despojando,
O el tiempo de los árboles cargados
Las podridas manzanas derribando;
Tanta es la fuerza de la infausta estrella,
Que no hay á veces quien se libre della.

Cuando al principio de sus resplandores
Se muestra grande, cual la luna llena,
Lloran los engañados segadores
La vega inútil, en un tiempo amena;
En vano los cansados labradores
De la campaña estéril el arena
Sulcan, guiando los humildes bueyes,
Del duro yugo con las dulces leyes.

Cuando la exhalacion enjuta y fria,
Nacida de los húmidos cristales
Del mar, y que la tierra en alto envia,
Con favor de las luces inmortales,
Si del calor resuelta, que el sol cria,
Hiere el aire sutil con los ramales
Del invisible azote, con su herida
Al punto da á los sueltos vientos vida.

Y como tal vapor, estar parado
Por su inquietud no puede un punto solo;
Oblicuo, perezoso, apresurado,
Murmura desde el uno al otro polo,
Desde la Hesperia al círculo abrasado,
Desde el aurora adonde muere Apolo,
Desde la fria guardia del Arcturo
Adonde nace el Euro y Noto escuro.

Estas cuadrillas de Eolo ventosas
Penetran con suspiros impacientes
Del vasto mar las cuevas espantosas,
Subiendo al polo las ondosas fuentes;
Cuyas fuerzas son tanto poderosas,
Que no solo conturban á las gentes,
Mas haciendo al furioso Ponto guerra,
Alteran con los soplos cielo y tierra.

Los que nacen del sólido elemento
Son flacos al principio, pero augmentan
Después el frio y el vigor violento
Con vapores que arriba se acrecientan;
Como cuando soplando el recio viento
Crecen las llamas que abrasar intentan
Del orbe etéreo la mas alta estrella,
Y su fuego nació de una centella.

Estos correos, que del aire bienden
Los anchos campos con las plantas lestas,
Por todo el mundo la carrera extienden,
Las cuatro partes señalando opuestas:
Y sus diversos nacimientos prenden
Diversos nombres con las alas prestas,
Aunque de un vapor casi semejante
Es su espíritu inquieto y inconstante.

El Solano, que dentro el paralelo
Del Equinocio nace en el Oriente,
Es saludable cuando sobre el suelo
Empieza Febo á levantar la frente,
Y las antorchas del sereno cielo
Apaga de sus rayos con la fuente,
Porque el aire subtil, de que proviene,
Templado y útil el aliento tiene.

Y sulcando las playas celestiales
Con el arado de su vuelo, apura
Los turbados y impuros manantiales
Del raudal que hácia el alba se apresura;
Porque con los encuentros orientales
Y con la reflexion templada y pura
Del sol y de los vientos, sus humores
Subtilizan los rios corredores.

El Favonio, contrario del Solano,
Con varias flores á la tierra viste,
Y de la estrecha cárcel al verano
Libra, dando al invierno muerte triste;
Opuesto á Cinosura el Austro insano,
En cuyas cejas niebla espesa asiste,
Al aire con escuro ceño turba,
Al mar con soplos rápidos perturba.

El Bóreas, que debajo la osa fria
Nieve vertiendo de las alas, gime,
Las negras fuerzas que de Mediodía
Publica, el Austro con furor reprime;
Y con el hielo que en su pecho cria,
La superficie de la tierra oprime,
Alterando los cuerpos de los rios
Con sus lamentos y suspiros frios.

Mas nadie entienda que los marineros
En su falso viaje no han hallado
Mas que estos cuatro espíritus ligeros,
Que treinta y dos la aguja ha señalado
De navegar; con que los senos fieros
Rompe el bajel mas flaco al Ponto hinchado,
Y tantos son cuantas exhalaciones
Suben del sutil aire á las regiones.

Pero aunque en tantas partes se divida
Este escuadron, cada uno fuerza tanta
Tiene, que arranca sin que se le impida,
Cuando se enoja, á la mas dura planta;
Suspirando con rabia embravecida,
A veces hasta el cielo el mar levanta,
Y desde el bajo Polo á la Bocina
Las naves mas cargadas avecina.

Con atrevida furia confiados
En los mudables vientos los cosarios,
Si es que pueden estar asegurados
Por ventura en sus ánimos voltarios,
Con los débiles vasos, fomentados
De sus soplos, asaltan temerarios
Las torres de alto borde, y de las ondas
Bajar las hacen á las cuevas hondas.

Mas el eterno Eolo, á quien toca
Dar con su aliento vida á tierra y cielo,
Las alas les ató en la negra roca,
Movido con piadoso y justo celo;
Cuando en defensa de la armada loca,
En el Lepanto sacudian el vuelo,
Adonde del concorde cristianismo
Fué roto el otomano paganismo.

Luego que el Criador omnipotente
Las bocas les cerró, y de todo punto
Sus campos allanó el mar inclemente,
Ya reservados para el triste punto;
Con órden militar y conveniente,
De las escuadras todo el poder junto
De Cárlos el invicto hijo reparte,
Y contra la turquesca gente parte.

Con los remos y proas azotadas,
En blanca espuma el húmido elemento
Vuelven las fortalezas fabricadas
Sobre el inquieto y fluctüoso asiento;
Y tanto las grandezas torreadas
Se levantan en alto sobre el viento,
Que parecen las cícladas redondas
Que arraucadas sulcando van las ondas.

El enemigo ejército guiaba,
Dispuesto en forma de menguante luna,
Su gran poder, en que pronosticaba
Que iba menguando su cruel fortuna;
Como la misma Cintia cuando daba
Luz sin menguar su rostro en parte alguna,
Y después pierde de la vista cara,
Hecha una corva hoz la virtud clara.

Puesto en frente el infiel campo otomano
Del nuestro, apenas del combate duro
Dando señal, salió del bronce vano
El ronco trueno por el aire escuro;
Cuando rompiendo el escuadron cristiano
Los extendidos valles del mar puro,
En las armadas huestes del contrario
Embiste con denuedo temerario.

Salen bramando por los huecos caños
De los tiros las balas abrasadas,
Haciendo mas inremediables daños
En las naciones de Levante airadas,
Que no las nubes cuando en tristes años
De impetüosa tempestad cargadas,
De los senos granizo derramando,
Van las doradas mieses derribando.

Con la niebla que en alto el fuego envia
De negro humo, el cielo fué perdiendo
La clara vista, y al sereno dia
Volvió en tinieblas el nublado horrendo;
En las cavernas de la rueda fria
Alborotada del terrible estruendo,
Los espantosos ecos retumbaban,
Que las llamas con ímpetu causaban.

A cada paso los cerrados pechos
Abriendo el Ponto, heridos y azotados,
Da, todo vuelto en sangre, en sus estrechos
Sepultura á los cuerpos destroncados;
Que con las balas rotos y deshechos
De los metales fuertes y colados,
Sin número caian de la popas,
Y de las proas en espesas tropas.

Mas no por eso la sangrienta guerra
Sobre las ondas oprimidas cesa,
Que con las corvas áncoras afierra
La nuestra en la enemiga armada gruesa;
El uno con el otro bajel cierra,
Y adonde hay mas peligro se atraviesa,
Renovando el feroz juego de Marte
Con ira y rabia de una y otra parte.

Derrámase gran grita y vocería
A este punto por todas las defensas;
En lugar de jugar la artillería,
De todas armas llueven nubes densas;
Y en la nueva batalla que crecia
Por momentos, crecian las ofensas;
Entonces una confusion de espadas
Nació entre picas, petos y celadas.

Reforzando la guerra con la furia
Con que vienen las lluvias de Occidente,
Cuando cargados de bañada injuria
Nacen los cabritillos en Oriente,
O con la que el furioso Noto injuria
A las plantas, vertiendo de la frente
Agua y granizo, y con terrible espanto
Tira Júpiter rayos entre tanto.

Como lobos rabiosos y inclementes
Cuando, saliendo de diversas cuevas,
Dan contra los corderos inocentes,
Haciendo en ellos las hambrientas pruebas,
Así nuestros soldados impacientes
Cobrando á cada paso fuerzas nuevas,
Dentro en los fuertes movedizos saltan,
Y con mortal estrago les asaltan.

Dió á la fiel liga el caso desastrado
El merecido fin de la victoria,
A los infieles el funesto hado
Justo castigo con mortal historia;
El que vivo quedó, desbaratado,
Acrecentando al César nueva gloria,
Huyendo sale por el lago abierto,
A manos del temor ya casi muerto.

DIA TERCERO.

Unos se alegran viendo en corto estrecho
O en extendido y descubierto llano
Al caballo andaluz herirse el pecho
Con el hierro de la una y otra mano;
Y ya al siniestro lado, ya al derecho,
Volver al son del instrumento vano;
Y como el mar ondea bajo y alto,
Tras el doblado paso dar el salto.

Otros de ver los bailes y las danzas
Que el tierno amante por dar gusto inventa
A aquella que con verdes esperanzas
Su corazon mantiene y alimenta,
A quien da el alma envuelta entre mudanzas,
El cuerpo al aire con que se sustenta,
Al firme suelo las ligeras plantas,
Tristes suspiros á las luces santas.

Otros están mirando desde afuera
Las fingidas batallas que de Marte
Representan la guerra verdadera,
Con las hileras de una y otra parte;
Y en los campos labrados de madera
El blanco Rey, que contra el negro parte,
Acompañado del guerrero gremio
Por alcanzar el prometido premio.

Y nosotros ¿la vista no alzarémos
A mirar de los orbes desiguales
Las maravillas que estampadas vemos
En contorno con letras inmortales?
Y en un compuesto ¿no contemplarémos
Las hazañas divinas y mortales
Que obró con artificio soberano
Del Padre Eterno la invincible mano?

Tú, Señor, que las aguas dividiste,
A la tierra del peso húmido y vasto
Librando, en firme asiento la pusiste,
Para que diese el deseado pasto;
Tú, que sus faldas de árboles cubriste
Y de yerba y de flor su vientre casto,
Haz que de tierra y mar los elementos
Yo pinte con diversos ornamentos.

La mas soberbia roca, cuya cima
Esconde entre las nubes la cabeza,
El alto atlante, que sustenta encima
De la cerviz la celestial grandeza,
Antes que Dios la arquitectura prima
Formado hubiese en circular alteza,
Tenian las espaldas sumergidas
En las aguas que no eran divididas.

Mas cuando de su mano omnipotente,
Como en feudo, el imperio y el gobierno
Del orbe quiso dar liberalmente
Al hombre el justo Rey y Padre Eterno,
Mandó á Neptuno que con su tridente
Abriendo al Ponto el gran pecho paterno,
El ancho y sordo lago recogiese
Y la tierra los hombros descubriese.

De la manera que al teatro ó scena
El extendido velo en torno gira,
Y al tiempo que la cierta señal suena,
Por todas partes se recoge y tira;
La bella obra de pinturas llena,
Que atentamente el pueblo alegre mira,
Muestra columnas, mármoles, retratos,
Cornijas, bases, varios aparatos;

Así cuando las aguas detenidas
Obedeciendo á Dios se recogieron,
Sus incultas cabezas escondidas
Los collados y montes descubrieron;
Y las mismas que de antes esparcidas
Sobre el confuso caos estuvieron,
Las congregó en su vientre el Oceáno,
Dejando atrás el valle, el cerro, el llano;

Como cuando las fuentes anubladas,
Humor vertiendo de los grandes senos,
Inundan las campañas agostadas
Y los valles de seca yerba llenos;
Pero después las ondas derramadas,
Los pasos de espumosa humedad llenos
Retiran hácia atrás, y en breve lecho
A sí proprias se sorben en su pecho.

Mas si por tantas partes se esparcian
En el umbroso caos aguas tantas,
¿Cómo á lo bajo aquellas no movian
Desde lo alto las ligeras plantas,
Y al lugar reservado no corrian,
Que eligieron después por leyes santas,
Que es natural al húmido elemento
Descender, y en lo bajo hacer asiento?

Antes que con su mano poderosa
Dios enfrenase la soberbia fiera
Del Oceano y rabia impetüosa,
A esta rueda faltaba la carrera,
Porque era una laguna perezosa
Naturalmente la bañada esfera;
Pero al punto que oyó el Verbo divino,
Por los campos corriendo abrió camino.

Como en las calles ó extendidos llanos
Los mozos señalados y desnudos
Cuando oyen la señal, sueltas las manos,
Corren con fuerza arrebatada agudos;
Y levantando con los piés livianos
Nubes de polvo espesas, sufren mudos
Un temor en los rostros manifiesto,
Hasta alcanzar el rico don propuesto;

Privan los soplos del hinchado Noto
A la region salada del sosiego,
Y su fingida paz con terremoto
Truecan en rabia y belicoso juego;
Con obstinada furia y alboroto
El negro Ponto de soberbia ciego,
Sobre los aires sus grandezas mide,
Y al triste navichuelo el paso impide.

Los afligidos pescadores, viendo
En las cerradas aguas descubierto
El simulacro de la muerte horrendo,
Al vivo dia entre tinieblas muerto,
Llaman á Cristo con mayor estruendo
Que mueve el mar de tempestad cubierto,
Para que refrenase su ira brava,
El cual dormia y vigilante estaba.

Despierta Cristo, y viendo la mudanza
Del piélago con ímpetu bramando,
Le rompe al punto la feroz pujanza,
De suerte tal con su palabra y mando,
Que nunca tuvo el Ponto tal bonanza
Ni el tiempo se mostró jamás tan blando,
Ni el céfiro sopló mas suavemente,
Ni las ondas alzaron mas la frente.

Pues si los montes de humedad preñados,
Que en alto levantó con saña fiera
Neptuno, y á los vientos enojados
Con su palabra Dios quieta y modera,
Y esgombrando los cóncavos nublados,
Del cielo descubrió clara la esfera,
Tambien hará correr con presto curso
De las paradas ondas el concurso.

Y así, en diciendo el Rey del firmamento:
«El agua en los abismos derramada
Se junte en un lugar», luego al momento
Obedeció al precepto apresurada;
Y el bañado y solícito elemento
A la tierra en sí misma sustentada,
Con torcido viaje y con revueltas
En contorno cercó y oblicuas vueltas.

¡Oh desconocimiento conocido
Del humano linaje, que inclinando
Los cuerpos insensibles el oido
Al mandato de Dios su ley guardando,
El hombre racional, cuyo sentido
El moto de los cielos alcanzando,
Penetra lo mas íntimo, sin seso
La cerviz huye de tan dulce peso!

Sus entrañas abrió piadosamente
Para dar paso enjuto al pueblo hebreo,
Sustentando en el aire trasparente
Las caudalosas venas Eritreo;
Con que hizo al Jordan de su corriente
Volver atrás el húmido paseo,
Y al gran Moisés mostró abierto el camino,
Que la naturaleza á cerrar vino.

Y cual toro corrido y acosado
Del irlandés ó del español perro,
Que herido del uno y otro lado
De la garrocha con el duro hierro,
Levantando en el coso alborotado
En alto la cerviz y áspero cerro,
Los pasos poco á poco atrás retira,
Para partir después con mayor ira;

Así cuando el varon fiero en semblante
Mas que el mar, encendidas las mejillas
Con su gente pasar quiso adelante,
Viendo enjutas y abiertas las orillas,
El retirado Ponto al mismo instante
Con fuerza caminó, y á las cuadrillas
Y cruel capitan dió sepulturas
En sus cavernas cóncavas y escuras.

Pero Dios, porque fuese mas hermoso
El bajo mundo y mas rico de dones,
Hizo que el mar, que con su giro ondoso
De la tierra humedece los terrones,
Ya con viaje oblicuo y tortüoso
Bañase sus confines y cantones,
Ya en forma de geométricas escuadras,
De figuras esféricas y cuadras.

Como del ancho Nilo la profunda
Corriente en varios cuerpos se reparte,
Cuando los campos fértiles inunda,
Que aquí se junta y acullá se parte,
Allí corre derecho, allá asegunda
El natural triángulo á otra parte,
Y revolviendo por los valles, juega
Fertilizando la agostada vega;

Tal es el lago que desde Occidente
Humedeciendo viene al Mediodia,
Por templar el calor del Cancro ardiente,
Dando vuelta después á la Osa fria;
Por medio de la tierra al Oriente
Sus olas de la opuesta parte envia,
Por cuya media division el hombre
De mar Mediterráneo le dió nombre.

Deste gran seno las profundas venas
Que se derraman por la antigua Esperia,
Primero que á otra tierra las arenas
Hácia el Siroco bañan de la Iberia;
La cual porque habitaron sus almenas
Los celtas, la llamaron Celtiberia,
Y pasando las aguas adelante,
Los mallorquines ciñe en el Levante;

A quien liga con grillos de cristales,
Como en prision la fugitiva onda,
Porque extendiendo en alto los ramales
De la torcida y espantosa honda,
Que al despedir la piedra da señales,
Temblando de temor, la esfera honda,
No maten con el golpe duro y cierto
Todas las aves en el aire incierto.

Tal es el campo líquido y salado
Que sustenta las tierras de Marsilia,
Que en Italia Tirreno fué llamado,
El Siculo, que templa de Sicilia
El promotorio adusto y abrasado,
De donde sin correr parte á Panfilia,
Y extendido por Creta, el gran distrito
Riega y mitiga del ardiente Egito.

Con diferentes giros y revueltas
Saliendo de Helesponto, abre camino
Contra Aquilon, que con las alas sueltas
Rompe el grueso bajel de roble ó pino,
Pero junto á la Grecia dando vueltas
En el profundo Ilírico vecino,
Recogiendo las venas en su pecho,
Se retira, formando un corto estrecho.

Desta pequeña boca serpeando,
Sale el abierto Ponto contra Oriente,
Y aunque tuerce el camino, está mirando
Siempre al Euro y al Böreas juntamente;
Y como por la tierra va arrastrando
Con viaje torcido la serpiente,
De tal manera el Océano infido
Camina flexuoso y retorcido.

Hacia el rigor del Arctos penetrante,
Sobre las vastas ondas levantado,
Después muestra la frente semejante
Al ariete, el promontorio helado;
De donde mira el frio navegante
Los dos mares del piélago hinchado,
Que en su vuelta á la cuerda se parece,
Que las puntas del arco fortalece.

Otros senos tambien este mar tiene,
Que con secretas y abundantes venas
Bañando las campañas, las mantiene,
Propincuas á sus ásperas arenas,
Y con sus fuerzas el furor detiene
A las escuadras de soberbia llenas,
Poniendo freno á su obstinada furia,
Fundada en ambicion y atroz injuria.

Riegan tambien á la preñada tierra
El agua mansa y el inquieto rio,
Que por quiebras inciertas juega y yerra
Con burlador y bullicioso brio;
El gran torrente, que de la alta sierra
Despeñado, quebranta el humor frio,
Y la veloz carrera va parando,
Cansado de correr de cuando en cuando.

A la famosa Ménfis humedece
El Nilo, levantando su ribera
En alto contra el Cancro, cuando crece,
Y los pasos al Böreas acelera;
Las provincias por donde se aparece,
Jamás vieron humilde su carrera,
Cuyos grandes principios y cabeza
A pocos descubrió naturaleza.

Contra Siria con furia arrebatada,
Del paraíso el suelto Tigris nace,
Y las piedras con fuerza no domada
Revolcando en sí mismo las deshace,
A quien llamó saeta acelerada
Persia, por el veloz curso que hace;
El cual después, el acerado enojo
Templa en el ancho lago del mar Rojo.

Con el Tigris Eufrates es nacido,
Rico de joyas de una propria fuente;
El Araxes con ímpetu atrevido
Baja de Armenia contra su corriente;
En cuyas hondas cuevas sumergido
Fué de Alejandro el fabricado puente
De robles duros y de gruesos pinos,
Traidos de los montes convecinos.

El venturoso Líbano descansa
Sobre los hombros del Jordan hermoso,
Que al judío con senda clara y mansa
Divide del arábigo oloroso,
Y á do la furia, el mar muriendo, amansa,
Viene á parar su curso milagroso,
Por quien el hombre restauró la vida,
Que por la inobediencia fué perdida.

¡Oh mas que los demás privilegiado,
Que ante el pueblo de Dios, Jordan, te abriste,
Y por su fiel amigo declarado,
Del tierno pecho sabidor le hiciste,
Al cual en tus orillas congojado,
Entre las aguas paso enjuto diste;
Y de los justos Eliseo y Elías
Dieron entera fe tus ondas frias!

Tú solo mereciste y alcanzaste
Sanctificado ser, cuando la viva
Y limpia carne del Señor bañaste,
Que te dió fuerza regenerativa;
Tú nuestra mancha original lavaste,
Con que el alma dejó de ser captiva,
Cuando en tus brazos el Redemptor mismo
Ordenó el Sacramento del baptismo.

El Ebro de su nombre señaladas
Deja las tierras, que soberbio baña,
El Bétis entre olivas plateadas
Tiñe las blancas lanas en España,
Do el Tajo vierte entre olas azotadas
El oro, que en sus cuevas acompaña,
Cuyas riberas los caballos pacen,
Que de las yeguas y el Favonio nacen.

Unas veces, en lagos caudalosos
Extiende Guadiana el grande lecho,
Otras, los senos blancos y espaciosos
Por extremo reduce en corto estrecho,
Y del todo en sus valles deleitosos,
Cosa maravillosa, esconde el pecho,
Después naciendo, por mirar sus prados
De olorosos matices adornados.

De las cumbres de Soria derivando
El Duero su veloz curso acelera,
Varias fuentes y rios tropellando,
Hasta que acaba su raudal carrera;
El Miño con voraz boca usurpando
El color al pimiento y roja cera,
Bajando de los montes leoneses,
Los gallegos divide y portugueses.

El claro Tórmes, argentado rio,
Con su plata las márgenes matiza,
Y á despecho del hielo y duro frio
Los castellanos valles fertiliza:
De sus cristales con el humor frio
Los ingenios aclara y sutiliza
En la universidad salamantina,
De sciencias y de sabios oficina.

El Jerete con ímpetu se arroja
De los riscos de Béjar y la vega
Florida de mi patria después moja,
Cuya fábrica antigua á besar llega;
Por donde la veloz carrera afloja,
Con que sus huertos y jardines riega,
Y verlo hinchado en mis versos quisiera
Tanto, que el mundo su corriente oyera.

Tambien la grande y seca tierra bebe
Del Océano inmenso las corrientes,
Que el mismo por ocultas partes mueve,
Sorbiéndose de nuevo los torrentes;
Y sin temor mi pluma no se atreve
Contar sus maravillas excelentes,
Que increibles á muchos son, y tanto,
Que entre dudas les ponen grave espanto.

Cuando el dorado sol cubriendo el suelo
Con nueva luz, señala al Mediodia,
Vence á la nieve y al rigor del hielo
De Júpiter Amon el agua fria;
Pero cuando la noche desde el cielo
Su resplandor escuro nos envia,
Y la cándida luna resplandece,
Cual suele al fuego, al punto hierve y cuece.

Si algun pastor, que el tierno pensamiento
Al blando yugo del amor inclina,
Esparce el son del rústico instrumento
Al aire, en las riberas de Eleusina,
Ella, al compás del amoroso acento,
Se alegra y bulle, cosa peregrina,
Y va de punto en punto saltos dando,
Una y otra cadencia segundando.

Hay en Canarias una dulce fuente
Que brota sobre el aire, y se levanta
El natural humor de su corriente,
De los continuos llantos de una planta,
Que de los brazos y de la ancha frente
Está vertiendo en abundancia tanta
El suave licor, que la sed quita
De la gente que en entorno della habita.

En el Perú dorado negra brea,
En lugar de cristal corriente nace,
Con la cual el cascado bajel brea
El piloto y de nuevo le rehace;
Un rio en la Beocia, de la idea
Al triste que dél bebe, borrar hace
Las efigies pintadas en la tabla,
Donde callando, la figura habla.

Cierto arroyo en Sicilia fertiliza
Al impotente, que sus venas prueba,
Otro, en su competencia, esteriliza
Al que de fértil complexion dió prueba;
En Egipto la antorcha muerta atiza
Hoy un lago, y su oculta luz renueva,
Y renovada, si después le toca,
A morir en sus ondas la provoca.

Yo sin duda tan raras experiencias
Diria que eran fábulas y errores,
Si con averiguadas apariencias
No lo afirmaran doctos escriptores;
A los cuales se debe por sus sciencias
Dar crédito, y efectos no menores
Vamos cada momento en aguas varias,
Que no admiran, por ser tan ordinarias.

Como son las corrientes manantiales,
Nacidas en los llanos y en las cumbres,
Que corriendo por venas de metales,
De tépidos azufres y de alumbres,
Libran con sus virtudes naturales
Al enfermo de tristes pesadumbres,
Envejecido con crueles daños,
En el abril de sus floridos años.

Todas pues estas fuentes y arroyuelos,
Ya estén léjos del Ponto, ya vecinos,
El vaporoso humor que de los cielos
Vierten las nubes entre torbellinos,
Los raudales torrentes y los hielos
Deshechos en los Alpes y Apeninos,
Siguiendo del Señor el estatuto,
Llevan al mar el húmido tributo.

Mas, crecer no le hacen una gota,
Ni los pasos mover mas adelante,
Aunque las aguas, que la tierra brota,
Augmentase el invierno cada instante,
Y de la nieve quebrantada y rota,
Con el ardor de Febo penetrante,
Sobre las cimas de los montes frios
Naciesen cada punto inmensos rios.

Que cuando los espíritus de Eólo
Las alas con furioso ímpetu baten,
Y entristeciendo el rostro al rubio Apolo,
Con el hinchado piélago combaten,
Levantando las olas hasta el polo,
Que después al profundo infierno abaten,
Con tan gran tempestad Neptuno apenas
Cubre de sus riberas las arenas.

Que en sí mismo su cólera quebranta,
En blanda espuma su furor convierte;
En alto las montañas, que levanta,
Desde los astros esparcidas vierte;
Tanto dominio tiene la ley santa,
Que Dios impuso al Oceáno fuerte;
Pero tambien su indómita braveza
No contradice á la naturaleza.

Porque los escuadrones voladores
De Hipotades, el sol resplandeciente,
Que con suspiros y con resplandores
Purgan al Ponto la bañada frente,
Siempre están enjugando los humores,
Que recogiendo van naturalmente
De la rociada tierra y aire escuro,
Que le ofrecen después por censo y juro.

De la suerte que el hombre, siendo herido
De calentura en el inquieto lecho,
Se retira y alarga, y afligido
Vuelve y revuelve el abrasado pecho;
Así con parasismos sacudido
El mar, ya bajo, ya alto, ya deshecho
En blanca espuma, encrespa la ribera,
Moviendo siempre la bañada esfera.

Como cuando con soplos arrogantes
El Bóreas, esgombrando los nublados,
Lucha con las alturas tremolantes
De los bosques frondosos y acopados;
Pero tambien los círculos errantes
Hacen que los confines usurpados
A la arenosa tierra restituya
Neptuno, y que cobarde della huya.

Y sin errar su movimiento incierto,
Sigue el oblicuo giro y ordinario
Del sol, el concertado desconcierto
De los cielos, en su curso contrario;
Pero principalmente el error cierto
Del mas propincuo, mas veloz y vario,
Y de las ondas la materia fria
Crece y mengua seis horas cada dia.

Al tiempo que del rostro luminoso
A descubrir comienza las mejillas
Cintia á la dura tierra, el globo ondoso
Con blanca espuma argenta las orillas,
Y augmentando las fuerzas, victorioso
Viene con sus embates á cubrillas.
Hasta que al medio globo la gran diosa
Sobre su carro sube presurosa.

Si desde el alto asiento despeñada
Viene á morir al inclinado ocaso,
El mar de la ribera golpeada
Poco á poco retira atrás el paso;
El cual tambien con furia arrebatada
Vierte las aguas del redondo vaso,
Y á crecer vuelve cuando á la otra gente
Muestra la luna altísima la frente.

Pero cuando después hácia el Levante
De nuestro Oriente la carrera inclina,
El Ponto, sin pasar mas adelante,
Con temeroso paso atrás camina;
Y con humilde y tímido semblante
Viendo que la bañada ira declina
De las ondas, con ellas atrás vuelve,
Y en su mudable pecho las resuelve.

Aunque no todo mar la rabia augmenta
Por una misma ley ó debilita,
Cuando su resplandor Cintia acrecienta,
O de su rostro el sol la lumbre quita;
Que tres veces la Scila, que se asienta
Junto á Caribdis, cada dia grita,
Sorbiéndose las ondas, y con ellas
Otras tantas azota las estrellas.

Hay otros senos, que al profundo suelo
Dos veces, segun muchos han escrito,
Bajan las aguas, y después al cielo
Vuelven á alzarlas con terrible grito;
Mientras el carro del señor de Delo
Corre por el dorado circüito
De la esmaltada cinta treinta grados,
Con los caballos sueltos y enfrenados.

Acrecentando va las fuerzas fieras
El Oceano, y los soberbios rios
Entrando en él, las húmidas carreras
Vuelven atrás á sus principios frios;
Y como huyendo, dejan las riberas,
Recogiendo las riendas de sus brios:
Tan grande es el poder que les oprime
De Neptuno, que inquieto brama y gime.

Y cuanto mas espanta, si se enoja,
Cuando azotado de contrarios vientos,
Con proceloso y ciego rancor moja
De las divinas luces los asientos,
Tanto es mas agradable cuando afloja
De su enojo los ímpetus violentos,
Y blanqueando como leche pura,
Los medrosos confines asegura;

O cuando el fiero grito, con que atruena
Las playas, en sonido alegre muda,
Y de la frente plácida y serena
Con manso movimiento espuma suda;
O cuando retozando en el arena,
Las márgenes parece que saluda:
¡Qué apacible ruido, qué suave
Saltar atrás, al son y compás grave!

El mar es quien los poros apretados
Fortaleciendo baña de la tierra,
El que junta los pueblos apartados,
Y aparta los peligros de la guerra;
Dando socorro á los necesitados,
El rigor de los bárbaros destierra,
Aunque otras veces, cuando se embravece,
Al hombre entre sus brazos aborrece.

Pero la tierra como mas piadosa
Jamás desamparó al linaje humano,
A quien naturaleza poderosa
Suele negar la defensora mano;
La retorcida llama, impetüosa
Nos amenaza con furor insano;
El aire herido del azote fuerte
Congela nieves y granizo vierte.

Deste pesado y sólido elemento,
Con igual intervalo, la grandeza
Dista del estrellado firmamento,
Inclinando en el medio su firmeza;
A quien estable, sobre moble asiento
Crió el Señor de la naturaleza,
Y la gran carga de su bulto es nada
Con el orbe celeste comparada.

Mas, aunque de inquietud el grande peso
Está libre, y su esfera es densa y dura,
Es tambien cavernoso el cuerpo grueso,
Como con fuego y aire hace mixtura;
Bóreas mil veces con cadenas preso,
Dentro en la cárcel lóbrega y escura,
Por salir á los campos deleitosos,
Causa mil terremotos espantosos.

Aposenta vapores encendidos
En sus entrañas el preñado suelo;
Aunque sus fuertes miembros son heridos
Con el rigor del enojado hielo;
Pero como adversarios atrevidos,
Que siempre intentan levantarse al cielo,
Poniendo fin al porfiado encuentro,
En alto los exhala de su centro.

Arroja entre una y otra áspera roca,
Con ira el Mongibel, de azufre ardiente
Espesas llamas, por la negra boca,
Como de Flegetonte el gran torrente;
En el polo con nubes de humo toca,
Del sol turbando la serena frente,
Y con bramidos el furioso monte
Entorno atemoriza á su horizonte.

Las horribles montañas entre tanto
El gran Tifeo deshacer procura;
Tiembla la tierra, teme Radamanto
No se abra de Plutón la cueva escura,
Y entrando por la boca, cause espanto
Del enviado dia la luz pura
A las crueles sombras del infierno
Y al mismo rey del tenebroso averno.

Cuando del Padre Eterno entre las manos
El mundo, como niño iba creciendo
Poco á poco, y los brazos soberanos
En contorno del gran cuerpo extendiendo,
Alzó los montes, abajó los llanos
El sumo Dios, las aguas dividiendo,
Antes mezcladas en el caos confuso,
Y en lo mas inferior los valles puso.

Después dijo: «La tierra que criada
Fué al principio por mis intentos castos,
Corone la cabeza levantada
Con varias flores, con suaves pastos;
Y segun la simiente, que encerrada
Tienen en sus profundos senos vastos
Los árboles, sus cimas extendidas
Muestren con dulces fructos guarnecidas.»

Sintiendo pues el doloroso punto
La gran madre del parto repentino,
En alegre trocó el rostro defunto,
Luego que obedeció al Verbo divino;
Y del cerrado vientre al mismo punto,
Conmovida á engendrar, abrió camino
A las verdes escuadras, adornadas
De fructos cuando apenas son criadas.

Cual la viuda que con negro manto
Toda se cubre, y para mas enojos
Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de sus ojos;
Pero olvidada del funesto canto,
Vistiéndose después ricos despojos,
Y compuesta de joyas con grande arte,
Risueña á las segundas bodas parte;

Deste modo la esfera seca y dura,
Que se mostró con pálidos colores,
Cubrió el cuerpo después con vestidura
Recamada de yerbas y de flores;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Y por cumplir de Dios las leyes ciertas,
Los bosques y las selvas extendieron
Las cumbres acopadas y cubiertas
Con verde ornato, de que se vistieron;
Y de repente en las montañas yertas
Varias hileras de árboles se vieron,
Que con primor diversas formas hechos,
Adornan templos y reales techos.

El alto pino con airoso brio
En pié se puso y extendió la coma,
Que varado en el mar hecho navío,
Resistiendo á las ondas su ira doma;
Y con el Bóreas entra en desafío,
Cuando mas fiero por el Norte asoma:
El chopo enderezó su amena alteza,
Escondiendo en el aire la cabeza.

Haciendo opaca sombra el avellano,
En ancho los frondosos brazos tiende;
Las plateadas hojas el manzano,
Las ramas el espeso fresno extiende;
El fuerte roble, que del hielo insano
Y vientos enojados se defiende,
Hace demostracion con vista fiera
De la espantosa y tosca cabellera.

El árbol, que las sienes levantadas,
Segun es fama, coronó de Alcides,
Muestra de blanco y negro señaladas
Las hojas respetadas en las lides;
Y las varas del sauce acomodadas
Para ligar las amorosas vides,
Nacen, significando con los brazos
Los vínculos de Dios y estrechos lazos.

Seguro de las llamas vengadoras
Y de las nieves del invierno helado,
Coronas á las sienes vencedoras
Ofrece el lauro á Febo consagrado;
El cedro de las tarmas roedoras
Exempto, sobre todos encumbrado,
Suave olor de la una y otra rama,
De quien huyen los áspides, derrama.

Las quietas hojas extendió la oliva,
Con inmortal esmalte matizadas,
A quien jamás el duro tiempo priva
Del don hermoso de que son dotadas;
Ni cuando el Bóreas con rigor derriba
Las cimas de las selvas acopadas,
Ni cuando augmenta el sol la rabia fiera
Del Nemeo leon desde su esfera.

Las tristes y funestas guerras doma,
Y así, cuando hacer paces pretendia
Con su enemigo la famosa Roma,
Su blanco y verde ornato le ofrecia,
Cuya excelencia muestra la paloma
Cuando llevó á Noé y su compañía
Desta planta el despojo deseado,
En señal de que Dios se habia aplacado.

El árbol, que en las manos adornadas
Del guerrero publica el vencimiento,
En forma de pirámides y espadas,
Alzó los brazos sobre el sutil viento,
Conservando las ramas estimadas
Sin succesion cuando de su ornamento
Priva á los bosques Aquilon airado,
Y el Cancro de centellas rodeado.

Y mientras tiene mas pesada carga,
Sobre los fuertes hombros mas estriba
Contra el peso que en sus espaldas carga,
Levantándose en arco mas arriba;
Mostrando al hombre que en la pena amarga
Y adversidades siempre firme viva,
Porque no alcanza heróicos parabienes
Quien huye del trabajo los desdenes.

La caña, que tocada blandamente
De los vientos, á trechos añudada,
Con las frondosas cuerdas dulcemente
Resuena cual la música acordada,
Luego en naciendo inclina humildemente
Al suelo la cabeza levantada;
El cinnamomo viste negra hoja,
Que cortado, olorosa niebla arroja.

Vertiendo néctar la suave rosa,
Sin agudas espinas se mostraba,
Porque su gracia, mas que el alba hermosa,
Sin engaño en aquel tiempo brotaba;
Mas ya nace entre zarzas espinosa
La flor, que al sol su resplandor hurtaba,
Mostrando que con ásperos cuidados
Son los humanos gozos molestados.

Alegre el lirio que con su blancura
Vence á la nieve y trasparente hielo,
En su cuerpo dichoso la figura
De la copa olorosa mostró al cielo,
La cual, como del oro la luz pura,
En lo interior reluce sobre el suelo;
Las sienes adornó con grana fina
Luego la vergonzosa clavellina.

Inmortal florecia el amaranto;
Enarcaba las puntas esparcidas
De sus opacas lenguas el acanto,
Que en las cornijas vemos esculpidas;
De la tierra opulenta sobre el manto
Descubre las mejillas encendidas
El florido jacinto, y la viola
Risueña se mostró, y el amapola.

Pero yo creo que la tierra pia
En montes, selvas, valles y collados
Mas rica planta que la vid no cria,
Con los racimos de oro matizados;
Que la cumbre del plátano sombría
Viste en torno, y con lazos enredados
Ceñido el cuerpo de su amado tiene,
Que sobre las espaldas la sostiene.

Parcamente su dulce humor bebido
Conforta al hombre mas que otra bebida,
Fomenta al natural calor perdido,
Engendra pura sangre, la podrida
Purifica y aclara, y al herido
Restaurar hace la salud perdida;
Al humo, que causar suele tristeza,
Deslumbra; al débil cuerpo da firmeza.

Conviene el vino á todas las edades:
Vierte en el tierno niño nutrimento,
Porque consume las superfluidades,
Al calor imperfecto dando augmento;
El viejo, del invierno á las frialdades
Resiste con su cálido sustento;
Al robusto mancebo le convino
Segun su natural el fuerte vino.

¡Dichosa vid, que de un pequeño grano,
Trepando de los troncos las alturas,
Tan grandes dones al linaje humano
Ofreces de los ñudos y junturas,
Que creciendo en el tépido verano,
Retienen de las uvas no maduras
El agro, á quien el sol desde la cumbre
Vuelve dulce, cociendo con su lumbre!

Entre tanto de pámpanos se viste
La viña fértil, alegrando al suelo,
Con que á la injuria y al furor resiste
Del tiempo duro y riguroso hielo;
Que á veces suele con semblante triste
Causar en la estacion templada el cielo,
Y se defiende del ardor terrible
Que causa la canícula insufrible.

¿Qué cosa hay mas hermosa á nuestros ojos
Que el ver sobre los árboles colgados
De las pendientes vides los despojos,
Con diversos colores matizados?
Cuyos racimos de rubíes rojos
Y topacios en llamas abrasados,
Que en alto entre esmeraldas resplandecen,
Collares de los árboles parecen.

Al fin el pasto que el ganado pace,
La mas humilde y abatida planta,
La que con la ambiciosa cima que hace
En alto sobre el aire se levanta,
Aquella que de si muerta renace,
Y cuanto la industriosa mano planta,
Cubrian de la tierra la gran carga,
Reverdeciendo en abundancia larga.

Ningun desden entonces se temia
Del cielo ni espantoso torbellino,
Que el encendido rayo no podia
Entre nubes bramando abrir camino;
El aire de los senos no vertia
El agua ni el granizo repentino
Contra los fructos tiernos ó crecidos
De las silvestres ramas suspendidos.

Ya de todos el árbol mas temprano,
Que á los demás, cual mensajero, avisa
Que se acerca la fiesta del verano,
Porque renueven de hojas la camisa;
Hoy seguro del frio y hielo insano,
Los dulces dones con alegre risa
Para nuestro sustento da y engendra,
Y para la salud la amarga almendra.

La piña dentro de su fuerte muro
Las hileras formó de los piñones,
Y porque alguna vez el tiempo duro
Con ventosas y heladas municiones
No conquistase al escuadron seguro,
Le trincheó por todos los cantones
De cortezas la gran naturaleza,
Con que vence del frio la dureza.

Finos granates y jacintos cubre
En su redondez lisa la granada;
El castaño la rubia esfera encubre,
De agudas puntas en contorno armada;
La olorosa camuesa se descubre
Entre esmeraldas de oro matizada;
El membrillo lanudo y restringente
Muestra madura la florida frente.

La tierra fértil en un breve rato
Adornada de pastos y de flores,
De árboles varios con vistoso ornato,
Risueña se mostró con mas colores
Que el iris saca con aspecto grato
Del sol contra los vivos resplandores,
Cuando rescata de la prision fria
Con el arco celeste al triste dia.

Muchos se admiran de razon ajenos,
Cómo la tierra derramó en un punto
Los nuevos partos de los anchos senos,
Volviendo alegre su color defunto,
Y en los campos de varias flores llenos,
Dieron las plantas fructo al mismo punto,
Como si en cualquier cosa no se viera
Mayor milagro, si se considera.

Recibe el césped al menudo grano
Del rubio pan, que para su provecho
Sembró del labrador la avara mano,
Rompiendo á Céres el piadoso pecho;
Pero su intento no le sale en vano,
Que en el sulco del trigo ya deshecho
Brota la yerba, y como sutil planta,
Reverdeciendo en alto se levanta.

Mas luego que á crecer la espiga empieza,
Para el futuro fructo con grande arte
Prepara vasos la naturaleza
Donde forma los granos y reparte,
Porque del Aquilon ni la aspereza,
Que con rigor desde el Arcturo parte,
Ni el seco estío ni el bañado invierno
Les hagan daño en su principio tierno.

Entonces sobre el colmo ya maduro
Con el fuego que enciende el sol dorado,
De Dios la providencia un fuerte muro
Hace en torno de aristas rodeado;
Para que, como alcázar muy seguro,
El torreon no sea despojado
Por las menores aves de la tierra
De las queridas prendas que en sí encierra.

Mas ¿para qué tan largo tiempo gasto
En adornar de espigas la campaña,
De plantas, yerba y de florido pasto
El campo, el valle, el prado, la montaña,
Si puede enriquecer el árbol vasto
Que en Zebut es nacido (cosa extraña)
Los campos, valles, montes y jardines
De espigas, yerba, plantas y jazmines?

Si de la sed te aflige el accidente,
De sus venas tomar puedes el vino;
Si el vinagre te agrada, el sol ardiente
Cociéndolo á tu gusto abre camino;
Si rompes su corteza y dura frente,
Hilo á hilo sacar puedes el lino;
Da flores, fructo y pan si se ofreciere,
En suma es todo lo que el hombre quiere.

Pero Dios, que con solo el pensamiento
Rige el sidéreo círculo, extendido
Como una gran cortina, no contento
De haber los varios árboles vestido
De verde y odorífero ornamento,
Y de fructos tambien enriquecido,
Ha puesto medicinas conocidas
En las plantas pequeñas y crecidas.

El ciervo tan ligero, que corriendo
Sobre las mieses de oro matizadas,
En su carrera al céfiro venciendo,
No dobla las aristas levantadas;
Del dictamo las hojas en comiendo,
De sí arroja las flechas enojadas,
Que despidió con rigurosa mano
Del arco doblador el brazo insano.

Ceñida en torno á la garganta humana
La chicoria, á la espesa niebla esgombra,
Que de los ojos el cristal apana,
Y con su escuridad turba y asombra;
Como cuando al hermano de Diana
La tosca nube con opaca sombra
La luz impide, y al sereno cielo
Cubre la vista tenebroso velo.

La flor suave que el tomillo cria,
Y entre panales gran fragrancia arroja,
Con su virtud de la melancolía
Al afligido corazon despoja;
El fumoso vapor que Baco envia
Al celebro fantástico se afloja,
Si sus sienes el nuevo azafran tiñe,
Y en torno á la cabeza inquieta ciñe.

El oloroso nardo el dolor quita,
Que impide el don y gracia del oido,
Y el ménstruo en las mujeres solicita
Hasta haber el intento conseguido;
Al grueso humor consume y debilita,
Que de la articular voz el sonido
Estorbar suele, por tener cerrados
Los miembros de la lengua organizados.

¡Oh plantas cuyas ramas saludables,
No solo muestran su valor secreto,
En las enfermedades incurables,
Mas doman á las fieras con su efeto!
Del infierno á las sombras detestables
Ponen con su poder en grande aprieto,
Y á las estrellas fuerzan en su curso,
Si es verdadero el mágico discurso.

Cuando derrama la cruel serpiente
Por los sangrientos ojos vivas llamas,
Si las espinas escabrosas siente
De agudas zarzas sobre las escamas,
Hiere á la lengua con el fiero diente,
Y entre las puntas y espinosas ramas
Esparce por la boca en humo envuelto
El ponzoñoso espíritu resuelto.

El escorpion, que luego que el sol pudo
Mostrar la tierra de su luz vestida,
Prepara siempre el aguijon agudo,
Deseoso de hacer la corva herida;
Y por la cola, de piedad desnudo,
Vierte ponzoña y cólera encendida,
Si el acónito acaso toca ó muerde,
Al punto los sentidos todos pierde.

Si devorando por su mala suerte
La doradilla el jabalí cerdoso,
A lo interior la envia, dando muerte
A la hambre en asedio riguroso;
El bazo, que la cólera divierte
Del hígado sanguino y caluroso,
Y al estómago esfuerzo le está dando,
Al feroz animal le va faltando.

Por ventura, ¿no son hazañas tantas
Hechas, mi Dios, por tu divina mano,
Que de varios efectos varias plantas
Cubran la selva, el soto, el monte, el llano?
Y las que fueron por tus leyes santas
Para el un animal remedio sano,
Medicina eficaz y saludable,
¿Para el otro sean daño irreparable?

La cicuta, que al hombre de la vida
Priva, engendra en los tordos nutrimiento,
Que con la buena digestion cocida
Del corazon la llevan al asiento,
Antes que de la yerba digerida
Sus espíritus toque el frio sustento;
Y del hebero el pasto venenoso
Es á las codornices provechoso.

El buey, manso animal, y conveniente
Al uso de los carros y la reja
Del corvo arado, muere de repente
Si come la toscana cañaheja;
Del dolor vigilante el accidente,
Que á nuestro triste corazon aqueja,
Con las adormideras, de que usamos,
Muchas veces se aduerme y reposamos.

En suma, ó yo pasee por los prados,
O por los campos fértiles camine,
O me suba á los montes y collados,
O á los profundos valles me avecine,
O pase por los bosques acopados,
O por ásperas tierras peregrine,
Hallo al Eterno Padre en cualquier parte,
De quien todo deriva y se reparte.

Mas no solo adornada fué la tierra
De árboles y fructíferas guirnaldas,
Que preciosos metales en sí encierra,
Ricas joyas esmalta en las espaldas;
El crisólito claro, que destierra
Las ciegas sombras, se cria en sus faldas,
Y la asteria, que al fuego con que adorna
El sol al mundo, de su color torna.

El diamante, que el hombre hoy tanto precia,
Que con la sangre del cabron se ablanda,
Y á la rápida llama menosprecia,
Rompiendo al hierro como cera blanda;
Cuya virtud, tan poderosa y recia,
En los reinos de amor gobierna y manda,
Volviendo á la mujer que hizo divorcio
Mas fácilmente al marital consorcio.

Tambien en brazos de la tierra nace
La negra acates, que del Ponto fiero
La temerosa escuridad deshace
Y las artes del mágico agorero;
A los arrebatados rios hace
Volver atrás á su principio altero
El jacinto, que cuando Febo empieza
A anublarse, da muestras de tristeza.

El carbunco encendido, que arrojado
En las llamas, se apaga ó se marchita,
Mas con el agua líquida rociado,
Arde al punto y de nuevo resucita;
El ametisto, que al clavel rosado
Y á la violeta las colores quita,
El zafiro, con cuya lumbre bella
Se escurece la mas hermosa estrella.

El rubio oro, con cuyo color pinta
Sus madejas el sol cuando procura,
Guiando el carro por la roja cinta,
Mostrar alegre al mundo su luz pura;
El hierro, que si vierte sangre tinta,
La misma sangre, de la fuerza dura
Con que á los bravos corazones doma,
Cubriéndolo de orin, venganza toma;

A quien la piedra iman con ciegos lazos
Atrae á sí con garfios insensibles,
Con ocultos anzuelos, con abrazos
Secretos y con redes invisibles,
Y porfiando con estrechos brazos
Jamás deja los ñudos insufribles,
Sin los cuales con él está añudada
Fuertemente sin cuerda ni lazada.

¡Oh venturosa tierra, enriquecida
Con tantos dones, cuya verde gloria
Por el bien general, que en ti se anida,
Suficiente á ilustrar cualquier historia,
A escribir tus loores me convida,
Merecedores de inmortal memoria!
¡Oh reina á quien por tu merecimiento
Todo el mundo te rinde acatamiento!

Del cielo abierto sobre tí desciende
La divina influencia para ornarte;
El fuego su remoto ardor extiende
De tí en contorno para calentarte;
El aire del veloz viento pretende
Ser conmovido para refrescarte;
Y por templarte, con humores frios
Te humedecen los mares y los rios.

¡Pluguiera á Dios que cuando como espiga
A crecer comencé, con su guadaña
La muerte, pues su ira no mitiga,
Hiciera agosto desta inútil caña,
O la séptima estrella, tan amiga
Me fuera al tiempo que salí de España,
Que á romper con la reja me inclinara
Los campos, que yo entonces me ayudara!

Pero ¡ay! que el tiempo de mis tiernos años
En vanas pretensiones he gastado,
Y el invierno, sin dar fin á mis daños,
Nevará sobre mi cabeza airado;
Porque sin acabarse mis engaños,
De mi edad el estío se ha pasado,
A quien mató el otoño, que hoy despoja
La cima que el verano cubrió de hoja.

DIA CUARTO.

Padre del cielo, que del sol hiciste
La rueda, de inmortal fuego adornada,
Que á las fijas estrellas curso diste,
A las errantes, regla concertada;
Tú, que á la escura luna esclareciste,
Del claro Febo con la luz prestada,
Tu resplandor infunde en mis sentidos
Para cantar los astros encendidos.

La cinta del Zodíaco, esculpida
De zafiros, y mas resplandeciente
Que la plata, mas rubia y encendida
Que el alba bella al despuntar de Oriente;
Rica de varias joyas y lucida,
Tuerce el viaje por la Libia ardiente,
De donde viene lleno de humedades
El invierno y de negras tempestades.

Después, cortando al cielo demediado,
Adonde la florida primavera
Nace risueña, al Aquilon helado,
Sin correr, endereza la carrera;
Desde allí las espigas abrasado
Dora el estío, y sube ella á la esfera
Demediada del cielo, do preside
El otoño, que igual al tiempo mide.

En esta faja de los cuernos vierte
El Aries bellas y olorosas flores,
El Toro la cerviz ñudosa y fuerte
Adorna con nevados resplandores;
Los dos hermanos, por divina suerte
De sí esparciendo rayos tembladores,
Hacen eterna la amistad unida
Que concordes tuvieron en la vida.

El caluroso Cancro nos envia,
Renovando la fuerza del estío,
Cada año al tardo y perezoso dia,
Relajando del hombre el vital brio;
El Leon, con las llamas que en sí cria,
De las fuentes agota el humor frio,
Y los pastos y selvas acopadas
Quema con sus centellas abrasadas.

Muestra la espiga en llamas encendida
Con maduras aristas la Doncella,
Que antiguamente con razon tenida
Por la justicia fué, su deidad bella;
Cuando en la edad del oro, ya perdida,
Rigió los siglos venturosos ella,
Y las leyes civiles publicaba
Alegre, y con las gentes conversaba.

No era entonces el curso peligroso
De las soberbias ondas conocido,
Ni sobre el yunque el hierro riguroso
El adusto cíclope habia batido;
Ni confiado el hombre codicioso
En los dudosos vientos, atrevido
Buscaba sobre tablas fabricadas
Las riquezas remotas y invidiadas.

Pero después, cuando en la edad postrera
Con el hallado hierro se alegraron
Las gentes, y con ira y saña fiera
Las enemigas armas dél labraron;
La Virgen sancta al cielo abrió carrera,
Que Júpiter y Témis engendraron,
Y entre la Libra y el Leon sediento
Junto al frio Bootes hizo asiento.

La Libra las balanzas suspendiendo,
Al tiempo iguala; del dañado seno
Vierte, con rayos de furor ardiendo,
El Escorpion, pestífero veneno;
La cuerda del cruel arco extendiendo
El Sagitario, de piedad ajeno,
A vibrar la saeta aguda y diestra
Comienza, armando la espantosa diestra.

El Capricornio de uno y otro cuerno
Esparce y de los pechos luces bellas;
Cristal derrama el Ganimedes tierno
De la broca adornada de centellas;
Poniendo fin al riguroso invierno,
Con las colas de cándidas estrellas
Hacen el uno y otro animal mudo
Del gran Eufrates el dorado ñudo.

Estas figuras, que formó y compuso
En el gran templo el Padre omnipotente,
Del primer móvil con circular uso
Arrebatadas son continuamente;
Pero del cielo al eje inmoble puso,
El cual rompiendo va invisiblemente
La tierra, y rige al nivelado mundo
Con el polo encumbrado y el profundo.

La Osa, que al navegante codicioso
En Fenicia guió, ciñe y rodea
Al Arctico con giro perezoso,
Y tarda en torno dél Heles pasea;
El Dragon con el cuerpo sinüoso
De un lado á la cabeza señorea
De Heles, y del otro á Cinosura
La cola enciende con su lumbre pura.

Desde los piés ocupa hasta el pecho
Del Norte helado el círculo á Cefeo,
A cuya hija, del terrible estrecho
En las Indias libró el fuerte Perseo;
Y la corona, que sacó á despecho
Del rey de Creta al inclito Teseo
Del labirinto, con su luz dorada
Resplandece, de joyas adornada.

Muestra las cuerdas la suave lira,
Con que al infierno Orfeo abrió camino,
Y las selvas movió y aplacó la ira
De fieros brutos con su son divino;
El cual hoy á mayor poder aspira,
Que si atrajo á su canto peregrino
Los bosques, mueve ahora en su alta cumbre
Del cielo la voluble pesadumbre.

Junto á Engonaso el cisne plateado
Asiste (precio de su hermosura),
Con el cual engañó el enamorado
Júpiter, disfrazado en su figura,
A Leda, y en sus brazos recostado
Término puso á su pasïon dura;
Y el ave hoy dia por el ancho cielo,
Llena de estrellas, tiende el sacro vuelo.

En la silla, de perlas recamada,
La Casiopea, que venció en belleza
A las ninfas del mar, está sentada,
Que nunca cae y á caer empieza;
Levanta en alto la sangrienta espada
Con que cortó á Medusa la cabeza
Perseo; y Erictonio soberano
Muestra los cabritillos en la mano.

Esculapio, que dió á la muerta gente
En otro tiempo vida, al ponzoñoso
Escorpion pisa; la cruel serpiente
Con oro esmalta el cuerpo sinüoso;
El ave, que con vuelo tan valiente
Hasta el cielo llevó al jóven hermoso,
En el olimpo clava el corvo pico
De los diamantes y topacios rico.

Saliendo de los náufragos humores
El delfin junto al águila se ofrece,
Que con los imitados resplandores
Escamado en el cielo se aparece;
Con los piés estribando corredores
Sobre el círculo estivo, resplandece
El animal, que á los poetas sabios
Con su licor movió los dulces labios.

Andrómeda las manos extendiendo,
De Perseo el trabajo inmortal hace,
La cual, cuando la Libra va naciendo,
Muere, y con Piscis y el Ariete nace;
Cerca de sus divinos piés luciendo
El triángulo junto al Aries yace,
Y el que iguales los tres ángulos forma
De la vida perfecta al hombre informa.

Del otro lado, donde el Austro ardiente
Sopla, la gran ballena plateada,
Del Eridano sobre la corriente
La cola encorva, de oro matizada;
Y contra el toro el Orion valiente
Muestra en alto la clava levantada,
El cual, cuando se cala la visera,
Publica guerra con tempestad fiera.

La corredora liebre temerosa
Por el campo hiemal sale huyendo,
A quien ardiendo en llamas presurosa
Va la cruel canícula siguiendo,
Que vierte de la boca ponzoñosa,
Inficionando el aire, fuego horrendo;
De la nave las velas extendidas,
Blanquean de zafíros guarnecidas.

La mitad de su cuerpo la hidra tiende
Debajo del leon, la cola larga
Hasta el centauro monstrüoso extiende,
Contra la cual el cuervo el pico alarga;
Y en medio de su cuerpo la urna pende,
Donde Apolo gustó la húmida carga;
El ara, adonde se ofrecian olores,
Esparce ahora vivos resplandores.

Cuando la noche tiende el negro velo
Y todos los colores se confunden,
Estas y otras antorchas que del cielo
En el templo su luz viva difunden,
Hermoseando con la vista al suelo,
Quietud en el mortal linaje infunden,
Y vibran desde lo alto las estrellas
Continuamente rayos y centellas.

Al nacer y al morir son variables,
Porque entonces el Ponto alborotado,
Unas veces con ondas intratables
Sus encendidos fuegos han bañado;
Otras, las altas cumbres deleznables
De sus salados reinos ha allanado,
Y quietado las tímidas riberas,
Sobresaltadas con las aguas fieras.

Estos faros del alto firmamento
Son de suceso próspero al piloto,
Que sin temer al ímpetu violento
Del enojado mar y recio noto,
En blanca espuma al trémulo elemento
Vuelve con los polidos remos roto;
Y ellos le muestran con feliz pasaje
De los salados campos el viaje.

Es sin medida la inmortal grandeza
Destas hachas y vivos resplandores;
Mas la larga distancia de su alteza
Las representa en ángulos menores;
Y cuanto mas oblicua su belleza
Nos muestran, son al parecer mayores,
Por las exhalaciones que se engruesan
Y entre ellas y nosotros se atraviesan

Como cuando la piedra sumergida
En los corrientes y húmidos cristales,
Nos la muestran mayor de su medida
Los bañados y gruesos manantiales;
Al contrario, cuando hacen la herida
Mas derecha los rayos celestiales
De los astros, que en llamas resplandecen,
Menores en sus círculos parecen.

En esta octava esfera, cuando encubre
Su círculo la luna plateada,
Y con las alas á la tierra cubre
La noche de centellas rodeada,
Una redondez grande se descubre
Por todas partes, la cual fué llamada
Vía láctea, pues della la blancura
En el color parece leche pura.

Esta succede contra el polo frio,
Sus hilos plateados apartando
Del círculo de Bóreas, y al estío
Toca, del alta Casiopea bajando;
Después corta las velas del navío
De Argos, cuando ya en alto caminando
Al Erictonio sube, y en la estrella
Acaba el orbe, que comenzó della.

Y como el arco celestial que pinta
La primavera en su florida alteza,
Y en la faja de vario color tinta
Anuncia de las nubes la aspereza,
Así se muestra la estrellada cinta
Del señalado cielo en la grandeza,
Despertando inquietud en los mortales
Que escudriñan sus causas naturales.

Unos dicen que cuando el atrevido
Faeton gobernó el carro dorado
Del sol por el Zodíaco encendido,
Que mostró este camino plateado;
Entonces el olimpo esclarecido
Ardió en vivas centellas abrasado,
Y el incendio en los astros quedó impreso,
Que hoy dan fe del pretérito suceso.

Otros afirman que del pecho hermoso
De Juno, reina de los sueltos vientos,
Corrió de leche un rio caudaloso,
Que manchó desta faja los asientos;
Otro, escritor antiguo y fabuloso,
Refiere, con no menos fingimientos,
Que los sabios y héroes del gran Marte
Del mundo gozan en aquella parte.

Mas yo entiendo sin duda que esta zona
El señalarse en su encendida cumbre,
Es porque allí extendió la gran corona
Sus llamas con mas densa muchedumbre;
Y como tantos fuegos amontona,
Siempre parece allí mayor la lumbre,
Y el olimpo mas claro resplandece
Con la luz que la cinta al cielo ofrece.

Después debajo de la gran cortina
Del firmamento, llena de diamantes,
Puso de Dios la voluntad divina
Por su órden los siete orbes errantes;
El que mas á los fijos se avecina
Es aquel que los siglos inconstantes
En su memoria pálido revuelve,
Y en seis lustros adonde salió vuelve.

Luego desde su excelso trono muestra
El rostro alegre Júpiter sagrado,
El cual esparce con la feliz diestra
En los hombres succeso afortunado,
Y por los doce signos guia y adiestra,
El carro de oro y plata matizado,
Acabando de dar la vuelta entera
En otro tanto tiempo, de su esfera.

En este celestial globo tenia
Reservadas el Padre soberano
La corona, tiara y monarquía,
Que después repartió al linaje humano;
Entre ellas inmortal resplandecia
El cetro insigne de Fernando hispano,
Y la corona de Isabel su esposa,
En sus hazañas, como el Rey, famosa.

Los cuales extendieron por el mundo
Sus leyes y pragmáticas, sulcando
De la infiel gente el piélago profundo,
Las enemigas ondas azotando:
Al escuadron de Eolo furibundo
Las católicas velas desplegando,
Con que, seguros del peligro cierto,
Siempre aferraron al amado puerto.

Allí se via descubiertamente
Para el primer Filipo reservada
La corona, que ornó su altiva frente,
Del uno al otro polo respectada;
El cual, como el sol puro en Occidente,
Nos encubrió su vista deseada,
Acortando la muerte al Rey invito
Las glorias con el término prescrito.

Pero al fin nos dejó á Cárlos famoso,
Que con la herencia de la fortaleza
De sus abuelos, triunfó animoso
Del infido poder y su grandeza,
Y guarneció en contorno, victorioso
A pesar de los hados, la cabeza
Con la diadema del soberbio imperio,
Que en otro tiempo gobernó Tiberio.

Luego la regia insignia se mostraba,
Con que al segundo valeroso Atlante,
El magnánimo Jove coronaba,
Vertiendo paz tranquila en su semblante;
El cual, con tal prudencia gobernaba,
Que sujetó de ocaso y de levante,
Solamente con ella reinos varios,
Hoy á ti, gran Filipo, tributarios.

Tú, magnánimo Rey, que deseoso
De augmentar la católica fe, esgombras
Con la luz de tu celo piadoso
De la morisca y infiel secta las sombras,
No permites que idioma tenebroso
En los estados, donde rey te nombras,
Eclipse las unánimes ciudades,
Fundadas en católicas verdades.

Y aunque el haber á España libertado
De la borrasca, que con rigor mueve
El contrario Aquilon frio y helado,
A los Reyes Católicos se debe
Haber de todo punto ahuyentado
De nuestros reinos tan maligna nieve;
A tí, tercer Filipo, se atribuya,
Columna de la fe, defensa suya.

Después de Jove, Marte con su almete
Armado, la espantosa lanza afierra,
Que en los inquietos ánimos promete
Tristes delictos de enemiga guerra;
Con los sueltos caballos arremete
Por el quinto orbe, y la carrera cierra,
Mientras dos veces la cabeza alzada
Muestra Céres de espigas coronada.

En tanto que del mar Cintia la frente,
Trece veces sacó con luz entera,
Corriendo oblicuo el sol resplandeciente,
Término pone á su veloz carrera;
Y con el regalado moto ardiente
Mide los meses desde su alta esfera,
La hermosa Vénus; amorosos juegos
Infunde alegre con sus dulces fuegos.

Mercurio, hijo de Maya, mensajero
De Júpiter, y grande cortesano,
En las mercadurías medianero,
Lleva el caduceo en la derecha mano,
Que por ser en su vuelta tan ligero,
Tiene dominio en el discurso humano,
Y cual Vénus, que adonde sale vuelve
Dentro de un año, el presto curso absuelve.

Acaba el giro de su estrella helada
En veintiocho dias la serena
Luna, que cuanto mas está apartada
De su hermano, de luz está mas llena;
La cual, ya baja, ya alta, ya hinchada
Camina, ya los cuernos enajena
Del globo lleno, ya de nuevo crece,
Agora no se ve, ya se aparece.

Deste modo los orbes celestiales
Adornó el Criador, mas yo no creo
Que puso tantas joyas inmortales
Solo en los cielos por vistoso arreo;
Si la silvestre flor que entre jarales
Nace, y la piedrezuela que de Alfeo
Entre arenas menudas se entretiene,
Su natural virtud vemos que tiene.

Y así no están resplandeciendo en vano
De los astros los círculos, mayores
Que la ancha redondez del Océano,
Aunque la vista juzga ser menores;
Ni solamente el templo soberano
Hermosean los vivos resplandores,
Que tambien derramando su influencia,
Sobre los cuerpos tienen preeminencia.

Apenas muestra sobre el horizonte
La visera calada Orïon fuerte,
Cuando entristece al padre de Faetonte
El Noto, y de las alas ríos vierte;
El fiero mar sobre el mas alto monte,
Rabiando Scila, los humores vierte;
Teme el Ciclope que el bañado juego
No apague de Etna al encendido fuego.

Mas si levanta con lucida lumbre
La clara frente de Neptuno el hijo,
Cesa de la salada pesadumbre
Y de los vientos el gemir prolijo;
El sol alegre desde su alta cumbre
En los hombres infunde regocijo,
Y temerosa la cargada nube
Huyendo, á los mas altos montes sube.

Y cuando de las Hiades el coro
Nace, que entre las ruedas estrelladas
Del cielo, puso el excesivo lloro,
Las nubes de los vientos azotadas,
Llorando, cubren las madejas de oro
De las hijas de Atlante, lastimadas,
Que truecan con sus llantos y dolores,
En ríos á los húmidos vapores.

La sediente canícula, si el pecho
Enseña en vivas llamas abrasado,
Perturba al aire, y del hondoso estrecho
Con su ardor turba al nadador ganado;
En los cuerpos humanos, á despecho
De los hombres, envia un destemplado
Calor, que por las venas discurriendo,
Las naturales obras va impediendo.

Luego si en el Olimpo no hay centella
Que en los círculos ínfimos no influya
Mudanza alguna con su lumbre bella,
Que las cosas augmente ó disminuya;
Está claro que á cada errante estrella
Tambien sobre nosotros se atribuya
Alguna natural virtud secreta
Que influye desde el círculo el planeta.

Con el rigor de su melancolía
Saturno, en los humanos corazones
Humores gruesos y viscosos cria,
Mezclados con suspiros y aflíciones;
Y revolviendo el globo, al mundo envia
Con fiera tempestad inundaciones;
En los hombres derrama árido y frio
El pálido color del seco estío.

Jove, como calienta y humedece
Templadamente, desde su alto asiento
En los prudentes ánimos ofrece,
Y reparte el benigno pensamiento;
Los piadosos pechos enternece
De la concordia con el instrumento,
En compañía de la vida honesta,
De costumbres pacíficas compuesta.

El fiero Marte, seco y encendido,
Los inhumanos corazones prende
Con el ardor de su crueldad nacido,
Y por las venas llamas de ira extiende,
Que irritada con ímpetu atrevido
De sí misma, al furor y rabia enciende,
Y impaciente con sangrienta guerra,
Hace daño á los hombres y á la tierra.

El Sol, padre de todo cuanto nace,
Cuando en su nacimiento está muy fuerte,
Justos y heróicos á sus hijos hace,
Y en sus labios el dulce panal vierte;
Vénus, con su risueña vista aplace,
Influyendo su estrella feliz suerte,
Y humedeciendo, mas de lo que es justo,
Despierta en los humanos torpe gusto.

Con su naturaleza variable,
Obra mudanzas de naturaleza
Mercurio, y el planeta mas instable
Causa con su humedad en la cabeza
Humor, que hace al hombre inexplicable,
Llenándole la lengua de torpeza,
Por cuya enfermedad, con ansia loca,
Daña en espuma la torcida boca.

Tambien cuando la Luna se pasea,
Vertiendo de los cuernos oro fino,
Los vientos entre sí fiera pelea
Mueven con espantoso torbellino;
Si en el tercero dia la rodea
Con negra nube entorno el orbe trino,
El marinero con los remos rotos,
Ofrece al cielo duplicados votos.

Pero usurpando sus mejillas bellas,
El color á la plata y leche pura,
Al Ponto, que amenaza las estrellas,
Con dulce paz el céfiro asegura;
El Austro, dando fin á sus querellas,
Enjuga el llanto de la cara escura;
Cintia entretanto, desde la alta cumbre,
Viste á la tierra con serena lumbre.

¡Oh diosa de las selvas, de humedades
Madre, espejo del sol, del mar señora,
Medida de las décadas y edades,
Del mal oculto fiel descubridora,
Pronóstico de varias tempestades,
Que el suelo de los pechos evapora!
Con tus mudanzas las defunctas mieses
Nacen y ondean en diversos meses.

Cuando vas por el cielo paseando,
La noche, como á reina esclarecida,
Con antorchas te sale acompañando
Toda de negro resplandor vestida,
Y al tiempo que al leon el sol dorando
Va la cerviz, en llamas encendida
Coronas de los árboles las frentes,
Con las guirnaldas de la vid pendientes.

Tú, en la tierra del uno y otro cuerno,
Y de la llena redondez arrojas
El frio natural en el invierno,
Y los bosques del verde honor despojas,
Restituyendo en el verano tierno
A los desnudos árboles las hojas;
Tú pones leyes al furioso abismo
Del Ponto, y te obedece el Ponto mismo.

Mas encendido que la roja grana,
Por las arterias y bañadas venas
Con tu poder el líquido humor mana,
El mar cubre y descubre sus arenas;
Las tristes influencias, oh Diana,
De las estrellas templas y refrenas
A los vivientes, de quien eres causa;
Tu celestial humor augmento causa.

Eres tambien, cual luna vidriosa,
Que sin agena luz no resplandece,
Que Apolo con su lámpara hermosa
Piadoso tu círculo esclarece;
Mas no siempre tu rueda luminosa
En el cielo de un modo se aparece,
Que cuando pone en tí su vista grata
De lado, muestras tú la hoz de plata.

Si exdiámetro está contigo opuesto,
Los cuernos en el orbe entero juntas,
Y luego poco á poco de tu gesto
Disminuyendo las colores juntas
Renuevas, hacia donde el sol se ha puesto,
De la cabeza las cornudas puntas,
Hasta que de tu esposo los despojos
Gozas, cerrando de placer los ojos.

Pero si de la misma parte opuesta,
Su luz te envia por camino recto,
Y la tierra está en medio de ambos puesta,
La tierra el resplandor quita á tu aspecto
Que de su clara redondez te presta,
Y así eclipsas tu círculo perfecto,
Aunque después, en poco tiempo, miro
Sereno y claro tu redondo giro;

Como cuando las nubes van corriendo
Por el aire cargadas de humedades,
Los esparcidos rayos encubriendo
De Febo, con cerradas tempestades;
Pero cesando el torbellino horrendo
Con que huyeron las escuridades,
Ufano descubriéndose, derrama
Los dorados arroyos de su llama.

En suma, nunca tienes firme estado,
Eres menor, cuando en la vuelta creces,
Cuando mengua tu globo plateado,
Mayor á nuestros ojos te apareces;
Ya apresuras tu curso arrebatado,
Perezosa caminas otras veces;
Ya te abajas, ya en alto el paso mueves,
Y en las cosas mudanzas varias llueves.

Y es infalible, que la docta gente
Que tus efectos no penetra y sabe,
No puede discernir perfectamente
El peligro del mal agudo y grave;
Que á los cuerpos, es cierto, el accidente
Que poco mas ó menos les agrave,
Segun el vario aspecto y el consorcio
Que con los astros haces y divorcio.

Si acaso juntas la menguante frente
Con el Aries, del sol en compañía,
El que entonces enferma, ardor caliente
Dentro del encendido pecho cria;
Como las llamas de la cueva ardiente
Que con furor al aire el Etna envia,
Que en sus venas y arterias, entre azufre
Ha tanto tiempo que el gigante sufre.

Mas, si del Toro en el lugar florido
Con Marte y con Apolo te apareces,
Al triste enfermo impides el sonido
De la voz, y la lengua le entorpeces;
Y si te mira Fénon afligido
Por diámetro en Gémlnis, ofreces
Un humor grueso, que al doliente aqueja,
El cual suspira y de dolor se queja.

Si te conturba dentro de tu casa
Por cuadrado, después que has esparcido
Por las medulas un ardor sin tasa,
Vuelves de nieve el cuerpo descaido;
Y si con el Leon, que al cielo abrasa,
En el aspecto mismo te ha afligido,
La mudanza que el triste astro dispone,
La complexion humana descompone.

Si con la Vírgen sale acompañando
Júpiter tu deidad, mas fuerte y dura
Será la flaca enfermedad, turbando
Al hombre con frenética locura;
¡ Oh cuántas veces en la Libra estando
Opuesta con Saturno, allá en su altura,
Al enfermo el celebro has violentado,
Y en sus sienes dolor grave causado!

Si con el signo octavo ponzoñoso
Caminas, medio círculo apartada
De Saturno, en veneno peligroso
Truecas la sangre pura y delicada;
Si en la octava, el Centauro riguroso,
Jove y Vénus contigo hacen morada,
En aquel punto catarrosos rios
De sí distilan los celebros frios.

Si en la séptima, el viejo Celio mira,
De Pan entre los cuernos, tu semblante
El doliente del pecho saca, y tira
La ansiada voz al cielo penetrante;
Mas inquieto que el mar cuando suspira,
Miedo infundiendo al pobre navegante,
Y un tépido sudor su cuerpo altera,
De quien después el frio se apodera.

Si Vénus y Saturno ven unida
Con Acuario en la décima tu estrella,
Celosa engendras cólera encendida
En el triste, que al cielo se querella;
Mas, si por cuadro aspecto ve ceñida
Celio con Piscis tu redondez bella,
En lo íntimo del pecho el yelo externo
Siente el enfermo del nevado invierno.

Pero el sol, rey de la naturaleza,
Modera con sus rápidas saetas,
Del aire inficionado la maleza,
El riguroso influjo de planetas;
Aunque tambien infunde fortaleza
Y espíritu en los rayos y cometas;
¿Cómo comenzaré tu loor jocundo,
Fuente de luz, gobernador del mundo?

Tú abres los poros de la tierra dura,
Y penetrando sus entrañas frias,
Con los calores de tu lumbre pura
En las raices una virtud crias
Con que cubres los bosques de espesura,
Y á los troncos el verde ornato envias,
Adornando con flores desde el cielo
La superficie del estéril suelo.

Tú, de los astros entre sí contrarios,
Acuerdas la enemiga competencia,
Y ya los elementos adversarios,
Por su continua guerra y diferencia
Perecieran, si en sus efectos varios
No los reconciliase la influencia
De tu virtud, con que las mieses nacen,
Y treguas entre sí los vientos hacen.

Tú tienes de oro rico firme asiento
En medio de los cielos, y en tu esfera
Haces lo que del músico instrumento
En la mitad, la cuerda obra tercera,
Que de las otras, el discorde acento
Concierta en armonía placentera:
Así tú acuerdas en sus vueltas varias
Las estrellas errantes y contrarias.

Las formas con tu luz diferenciando
De las cosas, distingues los colores,
Y cuando del Océano sacando
Los fogosos caballos voladores,
Vas de oro en alto el carro levantando,
Encendido con vivos resplandores,
Con nuevas fuerzas las arterias riegas
Hasta que al demediado cielo llegas.

Mas, cuando de lo alto presuroso
Cayendo, inclinas el ligero paso,
Las doradas madejas deseoso
De bañar en las ondas del ocaso,
Todo animal afloja perezoso
El natural vigor del cuerpo laso:
Tales efectos hace la presencia,
Oh Apolo, de tus rayos y el ausencia.

Como la delicada y fresca rosa,
Que con el puro fuego de tu lumbre
Sobre la verde base en que reposa,
Ufana muestra la olorosa cumbre;
Y si la gracia de tu vista hermosa
Cubres con añublada pesadumbre,
Ella, humillando al suelo la cabeza,
Marchita las mejillas de tristeza.

Tus esparcidos rayos sutilizan
Del mar las exhaladas impresiones,
Y en alto condensadas se deslizan
De helada nieve en húmidos vellones;
Cuando el frio y el viento la ira atizan,
Se congelan cual balas de cañones,
Otras veces en lluvias se resuelven,
Y á los senos del vasto Ponto vuelven.

Cuando desde el olimpo á los mortales
El Toro envia la estacion templada
Del año, y por Oriente alegre sales,
Viendo la antigua tierra renovada,
Y entrando por las casas celestiales,
Dora tu luz su fábrica labrada,
El aire, que sin nubes se aparece,
Hasta que mueres, siempre resplandece.

Si te encubre al nacer escuro velo,
O pálidas descubres las mejillas,
El Oceano, amenazando al cielo,
Se vuelve airado contra las orillas;
Pero si viertes por el ancho suelo
De los cabellos llamas amarillas,
El padre de los vientos la ira recia
De sus hijos en vano menosprecia.

Porque el Austro augmentando los enojos,
Y el opuesto Aquilon arrebatado,
Rompiendo de la cárcel los cerrojos,
Combaten á porfia el mar hinchado;
Netpuno con los húmidos despojos,
Entre dudosas ondas azotado,
No sabe á quién ha de acudir, que mira
Igual la rabia de los dos y la ira.

Pero apenas la ciega noche igualas
Con el dia, en el Aries albergando,
Cuando batiendo las templadas alas
Los vientos, y las cosas fomentando,
Los troncos vistes con frondosas galas,
A las muertas raices vida dando;
Rien las horas, y el verano tierno
Recoge flores del precioso cuerno.

Mas, cuando enderezando al Bootes frio
Tu curso, al Cancro hieres encendido,
Con maduras espigas el estio
A Céres pone el pálido vestido;
Enfrena entonces el corriente rio
De su raudal el ímpetu atrevido,
El segador, sudando barba y cejas,
Corta á la seca tierra las madejas.

Si el presuroso carro atrás volviendo,
La Libra adornas con tus rubias hebras,
El dia con la noche igual haciendo,
Poco á poco al calor la fuerza quiebras;
Las sepultadas fuentes renaciendo,
Bajan del monte por inciertas quiebras;
El otoño la frente levantada
Muestra alegre con fructos coronada.

¡Oh mi querida patria venturosa,
Mas obligada que ninguna al cielo!
En cuya vega amena y deleitosa
El Céfiro batiendo manso el vuelo,
La primavera tierna y olorosa
Cubre de flores el alegre suelo,
Con varias esmeraldas matizado,
Seguro del estío y tiempo helado;

Do impiden las escuadras ordenadas
De los árboles fértiles y hermosos
A Febo con las cimas acopadas
La entrada de sus rayos poderosos;
Y por las verdes plantas derramadas
Las aves, con acentos sonorosos,
De las aguas el son claro acompañan,
Que en torno á la florida tierra bañan.

Ricos dones derrama en la ribera
De los dorados astros la influencia,
Y del placer que allí la primavera
Causa, la llaman Vera de Placencia;
Allí en contorno de su cabellera
Muestra el otoño varia diferencia
De dulces fructos, y en las grandes cubas
Distilan mosto las pisadas uvas.

Allí nace el membrillo restringente,
Cubierto de vellosa y blanda lana,
Porque del tiempo duro y inclemente
Ofender no le pueda la ira insana;
Mezcla el durazno en la encarnada frente
La blanca nieve y encendida grana;
El pérsigo el veneno en hiel convierte,
El oloroso pero sangre vierte.

Allí, después que del romano imperio
Hubo el gran César español triunfado,
Se retiró, porque del hemisferio
Es el lugar mas sano y mas templado,
Y de Yuste en el sacro monasterio
Esperó y padeció el golpe acerado
De la Parca, dejando á su hijo Atlante
La carga del Ocaso y del Levante.

Allí pues las simientes escondidas,
Oh Febo, en alto con tu ardor levantas,
Y conviertes en ramas extendidas
Los pequeños renuevos de las plantas;
Las flores de olor árabe esparcidas
Vuelves en fructo con tus llamas santas,
Y con fuego templado calentando,
Vas en dulzura su amargor trocando.

Cuando doras el uno y otro cuerno
Del Capricornio, caminando al Austro,
Rompe las piedras el furioso invierno,
Aquilon sale del nevado claustro
Vertiendo hielo, al parecer eterno,
Con recios soplos desde el frio plaustro,
Con que el hinchado Océano exaspera
Las ondas con furor y rabia fiera.

Si del corvo Dragon en la cabeza
O en la cola cruel haces morada,
Y entre nosotros y entre tu belleza
Se atraviesa la luna levantada,
El rostro alegre llenas de tristeza,
Encubriendo tu vista deseada,
Porque los rayos de tu luz divina
No penetran el globo de Lucina.

Mas el funesto y tenebroso velo,
Que impide el resplandor de tu semblante,
No niega á todo el extendido suelo
La gracia de tu esfera rutilante;
Que el que los dones del benigno cielo
Participa en las partes de Levante
Y opuesto Ocaso, goza enteramente
La inmortal gracia de tu globo ardiente.

Pero cuando con luto negro y triste
Cubrió la acerba muerte al sol divino,
Por nuestra culpa, y tú, Apolo, escondiste
Doloroso el cabello de oro fino;
A todo el mundo en torno escureciste,
Atónito del caso peregrino,
Y entre nubes los orbes celestiales
Encubrieron su vista á los mortales.

Bramó el Ponto; el lucido firmamento
Del gran templo apagó las luces puras,
Y sin hacer el hombre sentimiento,
Se abrieron de dolor las piedras duras;
Temerosas gimieron en su asiento
Hasta las almas de Pluton escuras,
Y cubiertos de azufre y fuego eterno
Temblaron los umbrales del infierno.

Espantada Megera y suspirando,
A las hermanas llama en tal conflito,
El monstrüoso Cancerbero aullando,
Atruena las cavernas de Cocito;
Las sombras la infernal pena augmentando,
Temen de nuevo su ladrar maldito:
Silbaron de temor las hidras fieras,
Y llamas vomitaron las quimeras.